

Reposición

Es de esperar que las cosas importantes no sucedan jamás en el momento adecuado. Ya se trate del nacimiento de un bebé o de una emergencia nacional, esa clase de acontecimientos suele encontrar dormida o indispuesta a la gente que debe hacerse cargo. En este caso no había nada que hacer. Ben Goodley determinó que la CIA no tenía efectivos in situ para confirmar la señal de inteligencia y que, por interesado que estuviera su país en esa región, no se podrían implementar acciones de ninguna clase. Las nuevas organizaciones aún no habían alcanzado ese grado de información y, como de costumbre en esos casos, la CIA se haría la estúpida hasta que se enteraran. Al hacerlo, la CIA cimentaba la convicción popular de que las nuevas organizaciones eran tan eficaces como el gobierno cuando se trataba de descubrir algo. No siempre era ése el caso, aunque se daba con más frecuencia de lo que Goodley hubiera querido.

La SNIE (Estimación Especial de Inteligencia Nacional) sería breve. La sustancia no requería pontificaciones y el hecho no era difícil de presentar. Goodley y su especialista de área tardaron media hora en bosquejarla. Imprimieron una copia para uso interno y transmitieron una versión por módem a otras agencias gubernamentales interesadas. Una vez hecho esto, regresaron al Centro de Operaciones.

Golovko hacía lo posible por dormir un poco. Aeroflot acababa de comprar diez Boeing 777 para su servicio internacional a Nueva York, Chicago y Washington, mucho más cómodos y confiables que los aviones soviéticos en los que había viajado tantos años, aunque no lo entusiasmaba demasiado la idea de volar tan lejos con sólo dos motores, de fabricación norteamericana o no, en vez de los acostumbrados cuatro. Por lo menos los asientos de primera clase eran cómodos y el vodka que había bebido poco después de despegar era ruso y de primera calidad. La combinación de ambos detalles le había permitido dormir cinco horas y media, hasta que la habitual desorientación de los viajes se hizo presente obligándolo a despertar cuando sobrevolaban Greenland, mientras su guardaespaldas continuaba inmerso en los sueños que su profesión le permitía. En algún lugar más atrás, las azafatas también estarían durmiendo lo mejor que podían en sus butacas plegables.

Sergey Nikolayevich sabía que en épocas pasadas todo hubiera sido diferente. Él habría volado en un charter especial con equipos de

comunicación ultraavanzados y, si algo hubiera ocurrido en el mundo, hubiera recibido la información apenas la torre de transmisiones emplazada en las afueras de Moscú hubiera estado en condiciones de retransmitirla. Lo más frustrante era que, efectivamente, algo estaba ocurriendo. Estaba seguro. Siempre era así, pensó en la oscuridad ruidosa. Uno viajaba rumbo a una reunión importante porque esperaba que ocurriera algo y lo que tanto esperaba ocurría, sí, pero mientras uno viajaba, lo que disminuía las posibilidades de entrar en contacto con los superiores para pedir instrucciones. Irak y China. Por fortuna, los dos lugares “calientes” estaban separados por una ancha franja. Golovko recordó que la franja que separaba a Washington de Moscú era todavía más ancha, y duraba un día de vuelo en un avión bimotor. Complacido, se acomodó en el asiento para dormir un poco más.

Lo difícil no era sacarlos de Irak sino llevarlos de Irán a Sudán. Hacía tiempo que los vuelos provenientes de Irán tenían prohibido sobrevolar el reino saudita, con la única excepción de los vuelos de peregrinaje a La Meca durante el hajj anual. En cambio, el avión comercial tendría que bordear la península arábiga y subir al Mar Rojo antes de girar al oeste, hacia Kartum, triplicando así el tiempo y la distancia del proceso. El vuelo corto siguiente no podría iniciarse hasta que el primer vuelo largo hubiera llegado a África y los VIP hubieran arribado a sus cuarteles rápidamente preparados y los hubieran encontrado satisfactorios y hubieran hecho una llamada telefónica codificada para confirmar que todo andaba bien. Hubiera sido muchísimo más fácil cargarlos a todos en un solo avión para un único recorrido Bagdad-Teherán-Kartum, pero no era posible. Tampoco era posible tomar la ruta aérea más corta de Bagdad a Kartum sobrevolando Jordania porque eso implicaba pasar cerca de Israel, perspectiva que obviamente no agradaba a los generales iraquíes. Y, para colmo de males, todo debía mantenerse en secreto.

Un hombre menos espiritual que Daryaei se hubiera enfurecido de sólo pensarlo, pero él estaba de pie, solo, frente al ventanal de un sector cerrado de la terminal, observando cómo el G-IV se detenía al lado de un avión gemelo, cómo se abrían las puertas, cómo la gente bajaba por una escalera e inmediatamente pasaba a otra mientras los changarines trasladaban las pocas pertenencias que habían llevado con ellos... Sin duda joyas y otros ítems igualmente valiosos y portátiles, pensó sin sonreír. Pocos minutos después el avión en espera empezó a moverse.

De veras era una tontería haberse acercado para ver algo tan pedestre y tedioso, pero lo que estaba viendo representaba dos décadas completas de esfuerzo y, aunque era un hombre de Dios, Mahmoud Haji Daryaei seguía siendo lo bastante humano como para querer ver los frutos de su afanosa labor. Se le había ido la vida entera en ello, y no obstante... todavía faltaba hacer más de la mitad. Y se le estaba acabando el tiempo...

Igual que a los demás hombres, reflexionó Daryaei. Un segundo,

un minuto, una hora, un día... era igual para todos. Pero por alguna razón, el tiempo parecía correr más rápido después de los setenta años. Miró sus manos: las arrugas y cicatrices de toda una vida las surcaban, algunas naturales y otras no. Le habían roto dos dedos cuando fue huésped del Savak, el servicio de seguridad del Sha entrenado por israelíes. Todavía podía recordar el intenso dolor. Pero más recordaba haber reconocido a los dos hombres que lo habían interrogado. Sin pronunciar palabra, Daryaei se había quedado mirándolos, rígido como una estatua, mientras los llevaban frente al pelotón de fusilamiento. La ejecución no lo había complacido. Después de todo, eran sólo dos funcionarios que hacían el trabajo que otro les asignaba, sin pensar quién era ese otro y sin encontrar razones para odiarlo. Otro mullah se había acercado a orar con ellos, porque era un crimen negarle a alguien la oportunidad de reconciliarse con Alá... ¿Y a quién perjudicaron rezando? Murieron... igual que todos. El último, breve paso de la vida... Aunque la vida de ellos había resultado mucho más corta que la suya.

Había dedicado sus mejores años a un solo propósito. Khomeini se había exiliado en Francia, pero Daryaei no. Se había quedado en la retaguardia, coordinando y dirigiendo para su líder. Una sola vez lo habían atrapado e inmediatamente lo habían dejado en libertad, porque nadie había hablado, ni él ni sus allegados. Ése fue el error del Sha, uno de tantos: sucumbir a la indecisión. Demasiado liberal en política para complacer a los religiosos musulmanes, demasiado reaccionario para agradar a sus patrocinadores occidentales, el Sha había intentado vanamente hallar una posición intermedia en un lugar del mundo donde un hombre que se precie tiene sólo dos opciones. Sólo una, a decir verdad, se corrigió Daryaei. El Gulfstream despegó por fin. Irak había seguido el otro camino, lejos de la Palabra de Dios... ¿y de qué le había servido? Hussein inició la guerra contra Irán creyendo que se trataba de un país débil y acéfalo... ¿y qué obtuvo? Nada. Después se dirigió al sur y obtuvo todavía menos en su búsqueda exclusiva de poder temporal.

Para Daryaei era diferente. Jamás había perdido de vista su objetivo, como Khomeini. Y aunque Khomeini había muerto, su obra estaba viva. Al avanzar rumbo al norte, su objetivo quedó a sus espaldas, demasiado lejos para verlo. Pero allí seguía estando, en las ciudades santas de La Meca y Medina... y en Jerusalén. Había estado en las dos primeras, pero no en la tercera. De niño había anhelado ver la Roca de Abraham pero algo, no recordaba qué, evitó que su padre comerciante lo llevara a visitarla. Todo llegaría a su tiempo. No obstante, sí había visto la ciudad donde había nacido el Profeta y por supuesto había hecho el peregrinaje a La Mecca, el hajj, más de una vez a pesar de las diferencias políticas y religiosas entre Irán y Arabia Saudita. Anhelaba volver a hacerlo, anhelaba ardientemente rezar ante la Kaaba velada... Pero era más que eso.

Como jefe de Estado titular, quería más. No tanto para él. No, tenía una tarea mayor que cumplir en su humilde vida. El Islam se extendía desde el extremo oeste de África al extremo este de Asia, sin contar los pequeños grupos de creyentes en el hemisferio occidental,

pero hacía más de un milenio que la religión no tenía un líder único y un único propósito. Le dolía que pasara eso. Sólo había un Dios y una Palabra, y Alá debía sentirse triste porque Su Palabra había sido trágicamente malentendida. Ésa era la única razón posible para el fracaso de los hombres al intentar aprehender la Fe Verdadera, y si él lograba modificarla, podría cambiar el mundo y conducir hacia Dios a toda la humanidad. Pero, para lograrlo...

El mundo era el mundo, un instrumento imperfecto con reglas imperfectas para hombres imperfectos, pero Alá lo había hecho así, y así era. Peor aún, muchos se opondrían a todo lo que Daryaei hiciera, Creyentes y no creyentes por igual... un nuevo motivo de tristeza antes que de rabia. No odiaba a los sauditas ni a los otros habitantes del golfo Pérsico. No eran hombres malvados. Eran *Creyentes*, y a pesar de sus diferencias con él y con su país, jamás les habían negado acceso a La Meca. Pero su camino no era *el Camino*, y eso era imposible de soslayar. Habían engordado, se habían enriquecido y corrompido, y era necesario acabar con eso. Daryaei debía controlar La Meca para poder reformar el Islam. Hacerlo significaba adquirir poder mundano y crearse enemigos. Eso no era una novedad, y además acababa de ganar su primera batalla importante.

Si solamente no llevara tanto tiempo... Daryaei solía hablar de la paciencia, pero ésa era la obra de su vida, y ya tenía setenta y dos años y no quería morir como su mentor, con el trabajo a medio hacer. Cuando le llegara el momento de ver el rostro de Alá, quería poder hablar de completud, de haber cumplido exitosamente la tarea más noble a la que cualquier hombre puede aspirar: la reunificación de la Fe Verdadera. Y Daryaei estaba dispuesto a dar mucho por alcanzar ese objetivo. Pero no sabía cuánto estaba dispuesto a soportar porque todavía no se había hecho todas las preguntas. Y como su meta era tan pura y brillante, y le quedaba tan poco tiempo, jamás se había atrevido a preguntarse hasta dónde era capaz de llegar para alcanzarla.

Bien. Se alejó del ventanal y fue hacia el automóvil que lo esperaba. El proceso había comenzado.

A la gente de la comunidad de inteligencia no le pagan para creer en las coincidencias, y esa gente en particular tenía mapas y relojes para predecirlas. Conocían el alcance del G-IV sin recarga de combustible y las distancias cubiertas eran fáciles de computar. El AWACS que supervisaba la región estableció un recorrido en dirección sur desde Teherán. Los radares indicaron tipo de aeronave, velocidad, dirección y altitud (la última registrada eran 1.000 pies para mejor rendimiento del combustible). Chequearon el cronometraje entre un vuelo y otro, y el curso les dijo lo poco que les faltaba saber.

—Sudán —confirmó el mayor Sabah. Podría haberse dirigido a otra parte. Hasta había pensado en Brunei como alternativa posible, pero no, en Brunei hubieran estado demasiado lejos de Suiza, y era en Suiza donde estaba el dinero... o donde debía estar.

Enviaron una señal satelital a la CIA, que obligó a despertar a un oficial DO para responder con un escueto sí a una breve pregunta. La respuesta fue retransmitida a PALM BOWL por cortesía a los kuwaitíes. A partir de ese momento, todo era cuestión de esperar.

La CIA tenía una pequeña presencia en Kartum: un jefe, un par de oficiales de campo y una secretaria que compartían con el sector de señales de la NSA. No obstante, el jefe era bueno y había reclutado agentes entre los ciudadanos locales. Ayudaba mucho que el gobierno de Sudán, demasiado pobre para interesarle a alguien, tuviera poco que ocultar la mayor parte del tiempo. En otras épocas el gobierno sudanés había utilizado la ubicación geográfica del país como base del enfrentamiento de Oriente contra Occidente, obteniendo dinero, armas y favores diversos a cambio. Pero la URSS había caído y con ella el Gran Juego de Poder que había sustentado al Tercer Mundo durante dos generaciones. En la actualidad los sudaneses dependían de sus propios recursos, que eran magros, y de las escasas migajas que les arrojaban los países que necesitaban, transitoriamente, lo poco que ellos tenían para ofrecerles. Los líderes del país eran islamitas y lo proclamaban a voz en cuello (aunque no eran más devotos que sus contrapartes occidentales). Así obtenían ayuda de Libia, Irán y otros países de la misma fe a cambio de hacerles la vida imposible a los animistas paganos del sur de Sudán, corriendo el riesgo de desatar una marea política islámica en la capital, marea de gente que conocía el nivel real de devoción de los líderes del país y quería reemplazarlos por verdaderos creyentes. Los líderes políticos de esa nación empobrecida creían que era más fácil ser religioso y rico que religioso y pobre.

Lo que eso significaba para el personal de la embajada norteamericana era absolutamente impredecible. A veces Kartum era segura, porque los agitadores fundamentalistas estaban bajo control. Otras veces no, porque no lo estaban. En ese momento parecía segura y los funcionarios norteamericanos debían preocuparse sólo por las condiciones del medio ambiente, que eran tan malas como para hacer de ese destino el último en el ranking de las embajadas, incluso sin amenaza terrorista. Para el jefe local eso había significado ascenso rápido, aunque su esposa y sus dos hijos se habían quedado en Virginia. La mayoría de los funcionarios norteamericanos residentes creían que el país no era seguro para establecerse con sus familias. Para empeorar el panorama general, el SIDA se había convertido en una amenaza radical que les negaba acceso a la vida nocturna, por no mencionar las dificultades para encontrar sangre no infectada en caso de accidente u otras eventualidades. La embajada tenía un médico del ejército para manejar esos temas. Y el médico estaba muy preocupado.

Apartó esos pensamientos de su mente. Había ascendido al aceptar el puesto en Sudán. Se desempeñaba eficazmente con ayuda de un agente bien colocado en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Sudán, que informaba a Estados Unidos sobre todo lo que hacía su

país. A los calientasillas de Langley no les importaba que Sudán hiciera poco y nada.

Decidió manejar el caso personalmente. Chequeó tiempo y distancia contra sus propios mapas, almorzó liviano y se dirigió al aeropuerto, situado a pocas millas de la ciudad. La seguridad se manejaba según el estilo “casual” africano y enseguida encontró un lugar propicio para ocultarse. Era más fácil cubrir la terminal privada que la pública, sobre todo con una lente de 500 mm. Hasta tuvo tiempo de verificar el foco. Una llamada de la NSA a su celular confirmó que el avión implicado estaba en la terminal, hecho luego verificado por la llegada de algunos vehículos de aspecto oficial. Ya había memorizado dos fotografías enviadas por fax desde Langley. ¿Así que... dos generales en jefe iraquíes?, pensó. Bueno, con la muerte de su jefe, no era tan sorprendente después de todo. El problema con el negocio de las dictaduras era que no ofrecían planes jubilatorios a sus acólitos.

El blanco avión comercial carreteaba lanzando las usuales bocanadas de humo gomoso. Apuntó la cámara y tomó algunas fotos blanco y negro a alta velocidad para asegurarse de que el disparador funcionaba. Su única preocupación era que el avión se detuviera de manera tal que le permitiera cubrir la salida con la cámara... Los bastardos podían estacionar en sentido inverso y estropearle el plan. No tenía opción. El Gulfstream se detuvo. La puerta se abrió y el jefe empezó a tomar fotos. Un oficial de rango intermedio se encargó de la bienvenida semioficial. Era posible adivinar quiénes eran los más importantes por la cantidad de abrazos y besos que recibían... y por la mirada alerta con que recorrían el área. *Clic. Clic.* Reconoció una de las dos caras. El traslado llevó un par de minutos. Los vehículos oficiales arrancaron y no le importó saber adónde iban. Por el momento. Su agente infiltrado en el Ministerio del Exterior lo averiguaría. Tomó las últimas fotos del avión, que estaba siendo reabastecido, y decidió quedarse a ver qué haría. Treinta minutos después el avión volvió a despegar y el jefe se dirigió a la embajada. Hizo una llamada a Langley mientras uno de sus subordinados revelaba las fotos.

—Confirmado —dijo Goodley, mostrando su reloj—. Dos generales iraquíes aterrizaron en Kartum hace cincuenta minutos. Están huyendo.

—El SNIE quedará muy prolijo, Ben —observó el especialista de área enarcando una ceja—. Espero que presten atención a la hora impresa.

El oficial nacional de inteligencia esbozó una sonrisa.

—Sí, bueno, el próximo tendrá que decir qué significa esto. —Los analistas regulares, que recién iniciaban su jornada de trabajo, se encargarían de eso.

—Nada bueno. —No se necesitaba ser agente encubierto para darse cuenta.

—Están entrando fotos —avisó el oficial de comunicaciones.

La primera llamada debía ser a Teherán. Daryaei le había pedido a su embajador que se ocupara de todo. Irán asumiría la responsabilidad de todos los gastos. Debían brindar las mayores comodidades que el país estuviera en condiciones de ofrecer. La totalidad del operativo no costaría demasiado dinero pero como los salvajes sudaneses se impresionaban ante pequeños montos, ya se habían transferido electrónicamente diez millones de dólares estadounidenses —una pitanza— para asegurar que todo marchara sobre rieles. La llamada del embajador iraní confirmó que la primera parte del plan había funcionado correctamente y que el avión había emprendido el regreso.

Bien. A partir de ese momento, los iraquíes empezarán a confiar en él. En lo personal, hubiera sido un placer eliminar a esos cerdos —ambición nada difícil de concretar dadas las circunstancias—, pero había dado su palabra y, además, la situación nada tenía que ver con satisfacciones personales. Apenas colgó el teléfono, su ministro de aeronavegación pidió un avión adicional para acelerar los traslados. Era mejor que esa clase de cosas se hicieran rápido.

Badrayn intentaba hacer otro tanto. Pronto se correría la voz... probablemente ese mismo día, con seguridad al día siguiente. Estaban abandonando gente cuyo rango y jerarquía les impediría sobrevivir al levantamiento que se avecinaba y cuya escasa importancia no ameritaba la solicitud que los iraníes estaban dispuestos a mostrar a los generales. Esos tenientes, coroneles y brigadieres no saltarían de felicidad ante la perspectiva de transformarse en los chivos expiatorios destinados a apaciguar la creciente ira de la plebe. La situación era cada vez más clara pero en vez de impulsarlos a escapar, emergía como un miedo no específico que despertaba todos los otros miedos ocultos o negados. Viajaban en un barco incendiado que acababa de abandonar tierra enemiga y, para colmo de males, no sabían nadar. Pero el barco seguía ardiendo. Tenía que hacérselos entender de algún modo.

Ryan estaba empezando a acostumbrarse y hasta a sentirse cómodo con el discreto golpecito en la puerta, más eficaz inclusive que la radio-reloj con que había iniciado sus días durante veinte años. Abrió los ojos al oír el golpe sordo, se levantó, se puso la bata, caminó unos pasos de la cama hasta la puerta y recibió el diario, junto con las hojas de su agenda diaria. Inmediatamente se dirigió al baño, y luego a la sala de estar adyacente al dormitorio presidencial, mientras su esposa iniciaba su rutina matinal unos minutos después.

Extrañaba el simple acto de leer el diario normalmente. Aunque nunca era tan bueno como los documentos de inteligencia que lo esperaban sobre la mesa, el *Washington Post* cubría cosas de interés no estrictamente gubernamental y alimentaba así su normalísimo deseo de mantenerse en contacto con la realidad. Pero lo primero en la lista

de lecturas era un SNIE, un documento oficial urgente dentro de un sobre de papel manila. Se restregó los ojos antes de leerlo.

Maldición. Bueno, podría haber sido peor. Por lo menos esta vez no lo habían despertado para informarlo sobre algo que no podría cambiar. Revisó la agenda. De acuerdo, lo discutiría con Scott Adler y el chico Vasco. Muy bien. Vasco parecía conocer su oficio. ¿A quién más debía ver? Recorrió la página con el dedo índice. ¿Sergey Golovko? ¿Ese mismo día? Buena suerte para el cambio. Habría una breve conferencia de prensa para anunciar el nombramiento de Tony Bretano como secretario de Defensa, con una lista de preguntas difíciles adjunta e instrucciones de Arnie: ignorar la cuestión Kealty dentro de lo posible. Que Kealty y sus alegatos murieran de apatía —*¡ésa sí que era una buena estrategia!*—. Tosió mientras se servía un café. Había dado órdenes estrictas para tener derecho a servirse el desayuno. Ojalá que los de la Armada no lo tomaran como un insulto personal, pero él estaba acostumbrado a hacer *algunas* cosas personalmente. Según el presente acuerdo, los mucamos disponían el desayuno en la sala de estar y los Ryan se servían solos.

—Buen día, Jack —Cathy apareció ante sus ojos. La besó en los labios y sonrió.

—Buen día, querida.

—¿El mundo sigue en su sitio? —preguntó, sirviéndose un café. Eso le indicó al presidente que la primera dama no operaría esa mañana. Jamás bebía café cuando debía operar, aduciendo que no podía arriesgarse a que le temblaran las manos por efectos de la cafeína mientras escarbaba en el globo ocular ajeno. Esa imagen siempre le producía escalofríos a Jack, aunque en los últimos tiempos operaba con láser casi exclusivamente.

—Parece que el gobierno iraquí se está desmoronando.

Un bostezo femenino.

—¿No se había desmoronado la semana pasada?

—Ése fue el primer acto. Éste es el tercer acto. —*O tal vez el cuarto.* Se preguntó cuál sería el quinto.

—¿Es importante? —Jack oyó bajar la tostada por su garganta.

—Podría serlo. ¿Cómo se presenta tu día?

—Clínica y seguimientos, reunión de presupuesto con Bernie.

—Ah. —Empezó a leer el *Early Bird*, una colección de recortes de los diarios más importantes editada por el gobierno. Por el rabillo del ojo vio que Cathy espiaba su agenda oficial.

—¿Golovko...? ¿No es el que conocí en Moscú...? ¡Es el que bromeaba con apuntarte con un revólver!

—No era una broma. Pasó de verdad.

—¡Vamos!

—Después dijo que el revólver no estaba cargado —se preguntó si sería cierto. Probablemente sí.

—¿Entonces estaba diciendo la verdad? —preguntó Cathy, incrédula.

El presidente levantó la vista y sonrió. Era asombroso que aquel episodio resultara gracioso a la distancia.

—En esa época Golovko estaba furioso conmigo. Fue cuando colaboré en la defección del director de la KGB.

Ella levantó el diario.

—Jack, nunca sé si hablas en serio o en broma.

—Cathy, creo que ha llegado el momento de contarte ciertas cosas que mantuve en secreto durante años, y empezaré diciéndote que... sí, una vez Golovko me apuntó una pistola a la cabeza, en una de las entradas del aeropuerto de Moscú, porque ayudé a salir del país a dos rusos muy importantes. Uno de ellos era su jefe en la KGB.

La confesión inesperada le hizo levantar la vista del diario y recordar las pesadillas que habían atormentado a su marido pocos años atrás.

—¿Dónde está ahora? —le preguntó.

—En el área del D.C., no recuerdo exactamente dónde, en los campos ecuestres de Virginia, creo. —Recordaba haber oído que la hija, Katryn Gerasimov, se había comprometido con un rico heredero y cazador de zorros de Winchester, pasando así de una forma de nobleza a otra. Además, el estipendio que la CIA había pagado a la familia bastaba para mantener un estilo de vida más que opulento.

Afuera, un nuevo día estaba comenzando para todos. El NIO personal de Ryan daba los toques finales a su temido informe matutino de inteligencia. El presidente era verdaderamente difícil de complacer. El ujier principal había llegado temprano para supervisar el mantenimiento del Piso de Estado. En el dormitorio del presidente, el valet preparaba la ropa de POTUS y FLOTUS. Los automóviles esperaban para llevar a los niños a la escuela. La policía de Maryland ya estaba vigilando la ruta a Annapolis y los marines alistaban su helicóptero para el viaje a Baltimore (todavía no habían encontrado solución a ese problema). Toda la maquinaria estaba en movimiento.

Gus Lorenz llegó temprano a su oficina para recibir una respuesta telefónica de África. ¿Dónde estaban sus monos? Su agente de compras le explicó que otra persona había adquirido el cargamento debido a la demora en la transferencia del dinero, y que esperaban atrapar una nueva tanda en la selva. Probablemente tardarían una semana.

Lorenz refunfuñó. Esperaba iniciar un nuevo estudio esa misma semana. Escribió un número en su anotador, preguntándose quién demonios podría haber comprado semejante cantidad de monos verdes africanos. ¿Rousseau estaría empezando otra investigación en París? Lo llamaría más tarde, después del coloquio de esa mañana con su equipo. Lo bueno era que... Oh, no. Era una mala noticia. La segunda paciente había muerto en un accidente aéreo, decía el telegrama de la OMS. Pero no se habían reportado más casos y, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde el contagio de la Número Dos, podían decir que la microepidemia había terminado... Probablemente, ojalá, pensó Lorenz. Ésa sí era una buena noticia. Lo que tenía bajo la lente del microscopio electrónico parecía un Ébola Zaire Mayinga, el más nocivo

de los subtipos del virus. Era probable que el portador siguiera vivo, esperando infectar a alguien más. El portador del virus de Ébola era la presa más desconcertante y elusiva desde la malaria... “aire malo” en italiano, porque en un principio se creyó que el aire la provocaba. Tal vez el portador fuera un roedor aplastado por un camión en una carretera lejana. Se encogió de hombros. Todo era posible.

La Paciente Dos estaba semiinconsciente en la disponibilidad de Hasanabad debido a la reducción de su dosis de morfina. Tenía la suficiente conciencia para reconocer y sentir el dolor, pero no para comprender lo que pasaba. El dolor era imposible de ignorar, tanto más porque Jean Baptiste sabía lo que significaba cada punzada. El espasmo abdominal era el peor de todos. La enfermedad estaba destruyéndole sus diez metros de tracto gastrointestinal *devorando* literalmente los delicados tejidos destinados a convertir el alimento en nutrientes y bombeando sangre infectada al recto.

Sentía el cuerpo retorcido, golpeado y quemado al mismo tiempo. Necesitaba moverse, hacer *algo* para cambiar las cosas, para que el dolor llegara de otra parte y aliviara momentáneamente el tormento mayor, pero cuando intentó moverse descubrió que todas sus extremidades estaban atadas con tiras de Velcro. Ese insulto era, en cierto sentido, peor que el dolor, pero cuando quiso protestar la asaltó una náusea violenta. Las arcadas alertaron al enfermero, vestido con un traje aislante que parecía espacial. El hombre hizo rotar la cama —¿qué clase de cama era ésa?— para permitirle vomitar en un balde. Todo lo que vio fue sangre negra, muerta. La visión le hizo olvidar el dolor por un segundo. Supo que no sobreviviría, que la enfermedad había avanzado demasiado, que su cuerpo estaba muriendo... y rezó. Rezó para que llegara la muerte, porque era lo único que podía esperar, y el dolor era tan atroz que el final tenía que estar cerca... Temía perder la fe si el proceso se extendía demasiado. La temible perspectiva se desplegó en su debilitada conciencia como el muñeco que salta sorpresivamente de la caja. Pero su juguete infantil tenía cuernos y pezuñas. Necesitaba hablar con un sacerdote. Necesitaba... ¿dónde estaría María Magdalena? ¿Acaso estaba condenada a morir sola? La monja agonizante miró los trajes espaciales esperando encontrar una mirada familiar detrás de los escudos plásticos, pero los ojos que vio, aunque piadosos, no le resultaban familiares. Tampoco hablaban su idioma.

El médico fue muy cuidadoso para extraer sangre. Primero comprobó que el brazo estuviera bien sujeto e imposibilitado de moverse más de un centímetro. Luego le pidió a un colega que lo sostuviera entre sus manos poderosas, cuidando de mantenerlas apartadas de la aguja. Por último eligió la vena adecuada y clavó la aguja. Esa vez tuvo suerte. La aguja entró en el primer intento. El médico colocó un tubo de ensayo de 5 cc. en el extremo posterior de la jeringa, tubo que recibió la sangre, mucho más oscura que el púrpura habitual. Cuando estuvo lleno, lo retiró y lo colocó en una caja de plástico. Repitió

el procedimiento tres veces. Después retiró la aguja y puso una gasa sobre el pinchazo, que ya no pararía de sangrar. El otro médico soltó el brazo de Jean Baptiste y advirtió que la piel había perdido el color. El primer médico tapó la caja y salió de la habitación. El segundo fue a un rincón a rociar sus brazos y sus guantes con iodina diluida. Muchas veces los habían informado sobre el peligro extremo de la tarea que desempeñaban pero, como casi todos los hombres normales, se habían negado a creerlo... a pesar de las constantes repeticiones, los videos y las diapositivas. Ahora sí lo creían, y al pie de la letra, y rezaban para que la Muerte acudiera a llevarse a esa mujer al sitio que Alá le tuviera reservado. Era espantoso ver cómo se desintegraba su cuerpo. La sola idea de seguirla en ese horrible viaje bastaba para aniquilar de terror a los más valientes. No se parecía a nada que hubieran visto antes. Esa mujer *se estaba deshaciendo* de adentro hacia afuera. El médico había terminado de limpiar la parte externa de su traje cuando un alarido de dolor lo apartó de sus pensamientos. Era como si el diablo en persona estuviera torturando a una niña. La monja, con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída, dejó escapar un grito ronco y líquido que penetró el plástico del traje.

En el Laboratorio Especial, al final del pasillo, las muestras de sangre eran manipuladas rápidamente y con el mayor cuidado. El doctor Moudi y el director del proyecto estaban en sus consultorios. No era estrictamente necesario que estuvieran en el laboratorio y, además, les resultaba más fácil examinar los análisis sin las molestias del traje protector.

—Es tan rápido, tan ostensiblemente rápido. —El director movía la cabeza de un lado a otro, azorado.

Moudi asintió.

—Sí, destruye el sistema inmunológico como un maremoto.

Lo que veían en la pantalla de la computadora provenía de un microscopio electrónico. La muestra estaba repleta de virus con forma de cayado de pastor. Se veían algunos anticuerpos, tan ineficaces como una oveja en medio de una manada de leones. Todas las células estaban siendo atacadas y destruidas. De haber podido extraer muestras de tejido de los órganos mayores, hubieran descubierto que el bazo se estaba transformando en algo duro como una pelota de goma y lleno de pequeños cristales que eran como cápsulas de transporte para las partículas del virus de Ébola. De hecho, hubiera sido interesante, y tal vez científicamente útil, realizar un examen laparoscópico del abdomen para ver exactamente cómo la enfermedad destruía a un ser humano a determinados intervalos de tiempo. Pero ese examen hubiera conllevado el riesgo de acelerar la muerte de la paciente, riesgo que obviamente no deseaban correr.

En las muestras de vómito había fragmentos de intestino grueso, muy interesantes porque no sólo estaban flojos y fofos, sino muertos. Grandes sectores del cuerpo todavía vivo de la monja habían muerto y eran eliminados en un vano intento de supervivencia de la totalidad del organismo. La sangre infectada sería centrifugada y congelada para su uso posterior. Cada gota que salía era útil y por eso le

transfundían sangre por sondas de goma intravenosas. Un análisis rutinario de enzimas cardíacas les permitió saber que el corazón de Jean Baptiste, a diferencia del corazón del Paciente Índice, todavía era normal y saludable.

—Las estrategias de ataque de la enfermedad varían de manera extraña —observó el director, leyendo el informe.

Moudi apartó la vista, creyendo escuchar los gritos de angustia de la monja a través de las múltiples paredes de concreto del edificio. Hubiera sido un acto de suprema misericordia entrar a la habitación donde agonizaba e inyectarle 20 cc. de potasio, o simplemente abrir el dosaje de morfina para provocarle un paro respiratorio.

—¿Supones que el chico africano tenía un problema cardiovascular preexistente? —le preguntó su jefe.

—Tal vez. Pero no fue diagnosticado.

—El hígado está empezando a fallar rápidamente, tal como esperábamos. —El director escaneó la información obtenida. Todas las cifras excedían los parámetros normales, excepto los indicadores cardíacos. —Es un caso de libro, Moudi.

—Ya lo creo.

—Esta variedad del virus es más robusta de lo que imaginaba.

—Levantó la vista. —Has obrado bien.

Ah, sí...

—...Anthony Bretano tiene dos doctorados MIT, en Matemáticas y Física Óptica. Posee un impresionante record personal en industria e ingeniería, y espero que sea un secretario de Defensa singularmente eficaz —dijo Ryan, concluyendo el discurso. ¿Alguna pregunta?

—Señor, el vicepresidente Kealty...

—El ex vicepresidente —interrumpió Ryan. Kealty renunció. Tengámoslo en claro.

—Pero él dice que no —señaló el periodista del *Chicago Tribune*.

—Si él le dijera que conversó con Elvis Presley, ¿le creería?

—preguntó Ryan, esperando haber proferido la respuesta preparada con naturalidad. Escrutó las reacciones de las caras. Otra vez estaban ocupados los cuarenta y ocho asientos y había veinte reporteros de pie. La frase burlona los hizo parpadear, y algunos hasta se permitieron una sonrisa—. Adelante, termine la pregunta.

—El señor Kealty ha pedido que una comisión judicial se ocupe de esclarecer el hecho. ¿Cómo piensa responderle?

—El FBI que, como saben, es la principal agencia de investigaciones del gobierno, está investigando el tema. Es necesario establecer los hechos antes de emitir un juicio al respecto. Pero creo que todos sabemos qué sucederá. Ed Kealty renunció y ustedes saben por qué. Por respeto a los procedimientos constitucionales he ordenado que el FBI se ocupe del tema, pero mi asesor legal ha sido absolutamente claro al respecto. El señor Kealty puede hablar todo lo que quiera. Yo debo seguir trabajando. ¿Alguna otra pregunta? —preguntó Jack con tono confiado.

—Señor presidente —Ryan sonrió al escuchar a la reportera del *Miami Herald*—. En su discurso de la otra noche usted dijo que no es político. No obstante, ocupa un puesto político y el pueblo norteamericano quiere conocer su opinión sobre ciertos temas.

—Tiene sentido. ¿Como cuáles? —preguntó Jack.

—El aborto, por mencionar uno —preguntó la periodista del *Herald*, una mujer muy liberada. ¿Cuál es su posición al respecto?

—No me gusta —Ryan contestó con la verdad, sin detenerse a pensar. Soy católico, como probablemente sabrán, y pienso que mi Iglesia tiene razón en ese tema de índole moral. No obstante, en la práctica la ley es *Roe v. Wade* —hasta que la Corte Suprema pueda reconsiderarla— y el presidente no puede ignorar los dictámenes de las cortes federales. Eso me deja en una posición incómoda, pero como presidente debo ejercer mi oficio de acuerdo con la ley. Juré hacerlo—. *No estuve tan mal*, se consoló.

—¿Entonces no apoya el derecho a elegir de las mujeres? —acometió la del *Herald*, oliendo la sangre.

—¿A elegir qué? —preguntó Ryan, todavía cómodo con su actitud—. Cierta vez alguien trató de matar a mi esposa cuando estaba embarazada de nuestro segundo hijo, y poco después vi a mi hija mayor debatiéndose entre la vida y la muerte en la cama de un hospital. Creo que la vida es un don precioso. Aprendí duramente esa lección y espero que la gente lo piense antes de decidir un aborto.

—Eso no responde mi pregunta, señor.

—No puedo impedir que la gente aborte. Me guste o no, es legal. El presidente no puede violar la ley. —¿Acaso no era obvio?

—¿Pero usará el aborto como límite para elegir a los miembros de la Corte Suprema? ¿Le gustaría derogar la ley *Roe v. Wade*? —Ryan apenas notó que las cámaras cambiaban de foco y los reporteros se concentraban en sus notas garrapateadas.

—Como dije, *Roe v. Wade* me desagrada. Creo que fue un error. Le diré por qué. La Corte Suprema intervino en lo que debió haber sido un asunto puramente legislativo. La Constitución no se ocupa del tema y, cuando un tema no figura en la Constitución, son las legislaturas estatales y federales las que deben dictar las leyes. —La lección de instrucción cívica marchaba viento en popa.— En cuanto a las nominaciones que debo hacer en la Corte Suprema, trataré de encontrar los mejores jueces. Próximamente nos ocuparemos de eso. La Constitución es como la Biblia para Estados Unidos y los jueces de la Corte Suprema son los... teólogos, supongo, que deciden lo que significa la palabra escrita. No se supone que deban escribir otra Constitución. Si fuera necesario introducir algún cambio en la que ya tenemos, hay un mecanismo para hacerlo, mecanismo que, debo recordarle, hemos utilizado más de veinte veces.

—Eso quiere decir que elegirá jueces estrictos y dispuestos a derogar la ley *Roe*.

Era como hablarle a la pared. Ryan hizo una pausa evidente antes de responder.

—Espero elegir a los mejores jueces que pueda encontrar. No voy a interrogarlos previamente sobre temas particulares.

El periodista del *Boston Globe* se paró de un salto.
—Señor presidente, ¿qué pasa si la vida de la madre corre peligro? La Iglesia Católica...

—La respuesta es obvia. La vida de la madre es lo más importante.

—Pero la Iglesia manifestó que...

—No soy vocero de la Iglesia Católica. Como dije antes, no puedo violar la ley.

—Pero quiere cambiarla —señaló el del *Globe*.

—Sí, creo que sería mejor para todos que el tema volviera a las legislaturas estatales. De ese modo, los representantes elegidos por el pueblo dictarán las leyes de acuerdo con la voluntad de sus electores.

—Pero entonces —intervino una periodista del *San Francisco Examiner*—, tendremos un montón de leyes distintas en todo el país y en algunas regiones el aborto será ilegal.

—Sólo si el electorado lo desea. Así funciona la democracia.

—¿Y qué pasará con las mujeres pobres?

—No me corresponde a mí decirlo —replicó Ryan, al borde de la ira, y preguntándose cómo se había metido en semejante embrollo.

—Entonces, ¿apoyará una enmienda constitucional contra el aborto? —el del *Atlanta Constitution* exigió una respuesta.

—No, no creo que sea un asunto constitucional. Creo que es un tema exclusivamente legislativo.

—Entonces —resumió el del *New York Times*—, en lo personal usted está contra el aborto por razones morales y religiosas, pero no interferirá con los derechos de las mujeres. Planea nombrar jueces conservadores para la nueva Corte Suprema que probablemente derogarán la ley *Roe*, pero no apoyará una enmienda constitucional para derogar la libertad de elegir. —El periodista sonrió. ¿Puede responder con precisión *lo que piensa* sobre este tema, señor?

Ryan negó con la cabeza, apretó los labios y se tragó una primera respuesta contra los males de la impertinencia.

—Creo haber respondido claramente esa pregunta. ¿Podemos pasar a otro tema?

—¡Gracias, señor presidente! —gritó un periodista viejo, obligado por los gestos frenéticos de Arnie van Damm. Ryan bajó del podio confundido y abandonó rápidamente el salón. El jefe de staff lo tomó del brazo y lo empujó contra la pared, pero esa vez el Servicio Secreto no movió un dedo.

—¡Bravo, Jack! ¡Acabas de ponerte al país en contra!

—¿Qué quieres decir con eso? —replicó el presidente. Pero por dentro pensaba: *¿Cómo?*

—¡Quiero decir que uno no carga nafta fumando un cigarrillo, maldita sea! ¡Dios santo! ¿No te das cuenta de lo que acabas de hacer?

—Era obvio que no. —La gente pro elección libre piensa que vas a arrebatárle sus derechos. La gente pro vida piensa que el tema te importa un bledo. Fue perfecto, Jack. ¡Perfecto! ¡Alienaste a todo el maldito país en menos de cinco minutos!

Van Damm salió como un relámpago, dejando boquiabierto al presidente, porque temía perder los estribos si seguía hablando.

—¿De qué está hablando? —preguntó Ryan. Los agentes del Servicio Secreto no dijeron nada. La política no era asunto de ellos y, además, estaban tan molestos por lo ocurrido como la mayoría del país.

Fue como sacarle las galletitas a un bebé. Y, después de la sorpresa inicial, el bebé gritó a voz en cuello.

—BUFFALO SIX, aquí GUIDON SIX, cambio. —El teniente coronel Herbert Masterman —“Duke” para sus colegas— estaba en la torreta del “Mad Max II”, su tanque comando M1A2 Abrams, micrófono y binoculares en mano. Frente a él, desplegados en las diez millas cuadradas del Área de Entrenamiento de Negev, se erguían los tanques Merkava y los carros de infantería de la 7ma. Brigada Acorazada del ejército israelí, con sus titilantes luces amarillas y el humo púrpura emitido por los lanzafumígenos de sus torretas. El humo era una innovación israelí: cuando los tanques resultaban averiados en la batalla, ardían, y al registrar el “golpe” los receptores MILES ponían en marcha el marcador de conteo. Los israelíes planeaban contar de esa manera las estratagemas exitosas contra la FuOp, pero sólo cuatro de los tanques y seis de los carros de orugas M3 Bradley Scout de Masterman habían “perecido”.

—GUIDON, BUFFALO —respondió el coronel Sean Magruder, comandante del Regimiento 10 de Caballería “Buffalo”.

—Creo que hemos terminado aquí, coronel, cambio. Todas las liebres están en la bolsa.

—Entendido, Duke. Debemos presentarnos para la AAR. En pocos minutos nos enfrentaremos a un israelí verdaderamente molesto. —Por suerte el código radial estaba encriptado.

—En camino, señor —Masterman bajó de la torreta y su HMMVW inició el ascenso.

Jamás superaban ciertos límites. Masterman se sentía como un jugador de fútbol con permiso para jugar todos los días. Comandaba el Escuadrón 1ro. “Guidon” del Décimo ACR. La denominación correcta sería batallón, pero en Caballería todo era diferente, desde las volutas doradas de las charreteras a los guiones rojos y blancos de la unidad, y el que no pertenecía a Caballería no valía una mierda.

—¿Seguimos pateando traseros, señor? —le preguntó el conductor, viéndolo encender un cigarro cubano.

—Matanza de corderitos, Perkins. —Masterman bebió agua de una botella plástica. Los F-16 de combate israelíes pasaron a unos cien pies sobre su cabeza, furiosos por lo que acababa de ocurrir abajo. Probablemente algunos de ellos habían entrado en colisión con las “lanchas” administrativas SAM. Masterman había prestado especial atención a sus vehículos Stinger-Avenger, que con seguridad habrían aparecido en el momento justo. Duro con ellos.

En el plano intelectual, los israelíes comprendían que el simulacro les había resultado muy útil. Pero el plano emocional era otra cosa. La 7ma. Acorazada israelí era la brigada más orgullosa del mundo. En 1973 había logrado detener, casi sola, un cuerpo de tanques sirios en

las Alturas del Golán, comandada por un teniente que se había hecho cargo de la compañía acéfala y peleado con bravura e inteligencia. Aquel teniente, que no conocía el fracaso, acababa de ver aniquilada en treinta brutales minutos la brigada en la que había crecido.

—General —dijo Masterman, ofreciéndole la mano al castigado brigadier. El israelí vaciló antes de estrecharla.

—No es nada personal, señor, sólo negocios —dijo el teniente coronel Nick Sarto, que comandaba el Escuadrón 2do. “Bighorn” que había actuado como martillo para el yunque de Masterman... con la 7ma. israelí en el medio.

—Caballeros, ¿podemos comenzar? —dijo el observador de control más jerárquico. En atención al ejército israelí el equipo local de OC estaba compuesto por oficiales israelíes y norteamericanos. Era difícil adivinar cuál de los dos grupos estaba más avergonzado.

Primero se retransmitió el esquema teórico. Los vehículos azules israelíes avanzaron hacia el valle vadoso para encontrar al equipo de reconocimiento de GUIDON, que retrocedió rápidamente a salto de rana, pero no hacia las posiciones defensivas del resto del escuadrón, sino en ángulo. Creyendo que se trataba de una trampa, la 7ma. israelí maniobró en dirección oeste con el propósito de rodear y atacar a sus enemigos, pero tuvo que enfrentarse a una sólida muralla de tanques y al Bighorn que avanzaba desde el este a gran velocidad... a tanta velocidad que el 3ro. “Dakota” de refuerzo comandado por Doug Mills no tuvo necesidad de iniciar la fase de persecución. Era lo de siempre. El comandante israelí había imaginado la posición del enemigo en vez de enviar equipos de reconocimiento.

—Tu equipo de reconocimiento no avanzó lo suficiente, Benny —sugirió diplomáticamente el OC israelí.

—¡Los árabes no pelean así! —replicó Benjamin Eitan.

—Supuestamente sí, señor —señaló Masterman—. Ésta es la doctrina soviética standard y me permito recordarle que los soviéticos entrenaron militarmente a los árabes. “Mete todas las liebres en la bolsa y ajusta el cordel”. Diablos, general, usted hizo exactamente eso con sus Centuriones en 1973. Leí su libro —agregó el norteamericano, logrando cambiar el humor imperante. La diplomacia era otra de las cosas que los oficiales norteamericanos practicaban allí. El general Eitan miró a los costados y esbozó algo bastante parecido a una sonrisa.

—Así fue, ¿verdad?

—Claro que sí. Hizo pedazos a ese regimiento sirio en cuarenta minutos, si mal no recuerdo.

—¿Y usted, en Easting 73? —respondió Etan, agradecido por el cumplido y esforzándose por calmar su furia.

No era casual que Magruder, Masterman, Sarto y Mills estuvieran allí. Los cuatro habían participado en acciones de combate en la guerra del Golfo Pérsico, donde tres unidades del 2do. de Caballería sorprendieron a una brigada iraquí de elite en condiciones climáticas muy adversas —tan adversas que los escuadrones aéreos no pudieron participar, ni siquiera para detectar la presencia del enemigo, derrotándola en pocas horas. Los israelíes lo sabían y por consiguiente no

podían aducir que los norteamericanos eran soldados de biblioteca dedicados a simulacros teóricos.

A decir verdad, el resultado de la “batalla” no era para sorprenderse. Eitan era nuevo (hacía sólo un mes que estaba al mando) y aprendería, como tantos militares israelíes, que el modelo norteamericano de entrenamiento era más impiadoso que el combate real. Era una lección difícil para los israelíes, tan difícil que ninguno la aprendía hasta haber visitado en persona el Área de Entrenamiento de Negev —la NTA— y recibido su propia cabeza en bandeja de plata. Si los israelíes tenían una flaqueza era el orgullo, y el coronel Magruder lo sabía. La tarea de la FuOp, allí y en California, era arrancarles el orgullo de raíz... porque el orgullo de un comandante casi siempre implicaba la muerte de sus soldados.

—De acuerdo —dijo el OC norteamericano. ¿Qué podemos sacar en limpio de esto?

Que con el Buffalo no se jode, pensaron los tres comandantes al unísono, pero no lo dijeron. Marion Diggs había restablecido la valerosa reputación del regimiento antes de trasladarse a Fort Irwin. Aunque se había corrido la voz entre las Fuerzas de Defensa Israelíes, los soldados del Décimo solían adoptar un aire sobrador cuando salían de paseo y eran muy populares por los traspies y dolores ocasionados a los militares israelíes en los campos de simulacro de la NTA. El Décimo ACR, junto con los dos escuadrones de aviones de combate F-16, eran el aporte norteamericano a la seguridad de Israel, tanto más porque llevaban a las fuerzas militares del Estado judío a un grado de excelencia que no experimentaban desde que el ejército israelí había estado a punto de perder su fibra y esencia en las montañas y pueblos del Líbano. Eitan aprendería, y rápido. Les traería problemas hacia el final del entrenamiento. Probablemente, pensaron los tres comandantes. Pero no estaban allí para facilitarle nada a nadie.

—Recuerdo cuando intentabas convencerme de las delicias de la democracia, señor presidente —le espetó Golovko al entrar.

—Deberías haberme visto por televisión esta mañana —Ryan apuró una respuesta.

—Recuerdo épocas en que comentarios como éstos hubieran significado la muerte del que los profería —sentenció Golovko.

A sus espaldas, Andrea Price escuchaba azorada. Ese ruso se estaba dando el lujo de apretarle las clavijas al presidente norteamericano.

—Bueno, aquí no lo haremos —respondió Jack, sentándose—. Eso es todo por ahora, Andrea. Sergey y yo somos viejos amigos.

Cuando la puerta se cerró detrás de Price, Golovko prosiguió.

—Gracias —dijo.

—Demonios, somos viejos amigos, ¿no?

Golovko sonrió.

—Fuiste un enemigo soberbio, Jack.

—¿Y ahora...?

—¿Cómo se adapta tu familia?

—Casi tan bien como yo —admitió Ryan. Inmediatamente contrató—. Pasaste tres horas en la embajada.

Golovko asintió. Como de costumbre, Ryan había sido informado antes del encuentro. La embajada rusa estaba a pocas cuadras, sobre la Calle Dieciséis, y el ruso había ido caminando a la Casa Blanca para pasar desapercibido en una ciudad donde los funcionarios oficiales se trasladan exclusivamente en vehículos oficiales.

—Francamente, no esperaba que la situación en Irak decayera tan pronto.

—Nosotros tampoco. Pero no viniste a hablar de eso, Sergey Nikolayevich. ¿China?

—Presumo que tus fotografías satelitales son tan claras como las nuestras. Los militares chinos están preparados como nunca.

—Aquí tenemos opiniones divididas al respecto —dijo Ryan. Tal vez se estén preparando para presionar más a Taiwan. La Armada está muy bien pertrechada.

—La Armada china todavía no está lista para operaciones de combate. El ejército sí, y los cohetes también. Y no para cruzar el estrecho de Formosa, señor presidente.

La afirmación de Golovko esclareció definitivamente el motivo de su viaje. Jack hizo una pausa para mirar por la ventana el Monumento a Washington, rodeado por un círculo de mástiles que más bien parecía una guirnalda. ¿Qué había dicho George sobre evitar alianzas complicadas con extranjeros? Pero el mundo de aquel entonces era mucho más simple. Se tardaba dos meses para cruzar el Atlántico, no siete horas...

—Si me estás preguntando lo que sospecho, sí... o mejor dicho, no.

—¿Podrías ser más claro?

—Estados Unidos no mirará con buenos ojos un ataque de China contra Rusia. Semejante conflicto tendría efectos sumamente adversos sobre la estabilidad mundial y también impediría el progreso de Rusia hacia el status democrático. Estados Unidos quiere ver a Rusia convertida en una próspera democracia. Fuimos enemigos mucho tiempo. Estamos empezando a ser amigos, y Estados Unidos anhela el bienestar y la paz de sus amigos.

—Los chinos nos odian y codician lo que tenemos —prosiguió Golovko, insatisfecho con el discurso de Ryan.

—Sergey, ha pasado el tiempo en que las naciones robaban lo que no podían ganar. Aquello es historia, y no se repetirá.

—¿Y si nos atacan, no importa cómo?

—Cruzaremos ese puente cuando llegue el momento, Sergey —respondió el presidente—. La idea es evitar esa clase de acciones. Si llegamos a la conclusión de que realmente piensan atacar, les aconsejaremos reconsiderar su posición. Los tenemos en la mira.

—No creo que ustedes puedan entenderlos. —Otro cachetazo. Ya estaba un poco harto del tema.

—¿Crees que alguien los entiende? Ni ellos mismos saben lo que quieren... ¿no? —Los dos oficiales de inteligencia (porque así se pensa-

ban íntimamente esos dos hombres, y así se pensarían siempre) intercambiaron una mirada de complicidad profesional.

—Ése es el problema —admitió Golovko. Intenté explicarle a mi presidente lo difícil que es predecir el comportamiento de un pueblo indeciso. Ellos tienen capacidades, nosotros también, y las especulaciones difieren según el cristal con que se mire... y ahí entran en juego las personalidades. Ivan Emmetovich, los chinos son hombres viejos con ideas viejas. Sus personalidades son de extrema importancia en este caso.

—Y su historia, su cultura, su economía y sus intereses comerciales... y todavía no he tenido la oportunidad de mirarlos cara a cara. Soy débil en esa región del mundo —le recordó a su invitado. Pasé la mayor parte de mi vida tratando de descifrarlos a ustedes.

—¿Entonces nos apoyarás?

Ryan negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto para decirlo. No obstante, haremos todo lo posible para evitar un posible conflicto entre la República Popular China y Rusia. Si llegara a desatarse, habría una guerra nuclear. Yo lo sé, tú lo sabes... y creo que ellos también lo saben.

—Pero no lo creen posible.

—Sergey, nadie es tan estúpido —Ryan programó discutir el tema con Scott Adler, quien conocía esa región mucho mejor que él. Era tiempo de cerrar momentáneamente ese tema y abrir otro. Irak—. ¿Qué opina tu gente al respecto?

Golovko sonrió con suspicacia.

—Hace tres meses perdimos una red de informantes. Veinte personas, fusiladas o colgadas... después de ser interrogadas, claro está. Los que quedaron no dicen mucho, pero parece que los grandes generales se traen algo entre manos.

—Dos de ellos aterrizaron en Sudán esta mañana —le dijo Ryan. Pocas veces había tomado a Golovko por sorpresa, y ésa era una.

—¿Tan rápido?

Ryan asintió y le pasó las fotografías del aeropuerto de Kartum.

—Sí.

Golovko las miró. No reconocía los rostros, pero no era necesario. La información pasada a esos niveles jamás era falsa. Aun con enemigos y ex enemigos, las naciones debían mantener su palabra sobre ciertos temas. Devolvió las fotos.

—Irán, es obvio. Tenemos gente allí, pero últimamente no nos han informado nada. Como sabrás, es un entorno bastante peligroso para operar. Creemos que Daryaei tuvo algo que ver con el asesinato, pero carecemos de evidencias. —Hizo una pausa—. Las implicancias son graves.

—Entonces, ¿me estás diciendo que ustedes no pueden hacer nada al respecto?

—No, Ivan Emmetovich, no podemos. No tenemos ninguna influencia allí, y ustedes tampoco.

Último avión

El siguiente vuelo despegó temprano. El tercer y último avión comercial de la corporación había llegado de Europa y, luego de un cambio de tripulación, estuvo listo tres horas antes. Eso significaba que el primer G-IV podía volar a Bagdad, recoger dos generales más y regresar. Badrayn se sentía como un agente de viajes o un despachante, por no mencionar su inusual papel de diplomático. Sólo esperaba que la cosa no se prolongara demasiado. Tal vez fuera peligroso viajar en el último avión, porque el último.. bueno, era imposible saber cuál sería el último, ¿no? Los generales todavía no se habían dado cuenta. El último podría ser perseguido por un rastreador y sus pasajeros obligados a enfrentar la situación en tierra. Y Badrayn sabía lo que pasaría con ellos... en una región del mundo donde la selectividad no era parte integral del sistema de justicia. Se encogió de hombros. La vida tenía sus riesgos y le estaban pagando muy bien. Por lo menos le habían informado que habría un tercer vuelo de rescate en menos de tres horas, y un cuarto cinco horas después. El total de vuelos ascendería a diez u once, y eso significaba tres días más... y tres días podían equivaler a toda una vida en esas condiciones.

Más allá de los confines de ese aeropuerto, el ejército iraquí seguía en las calles. Pero pronto cambiaría. Los soldados conscriptos, y hasta los custodios de elite, habían estado allí afuera durante varios días cumpliendo una rutina torpe y sin propósito, y *eso* era muy destructivo para los soldados. Andarían merodeando, fumando y empezando a hacerse preguntas como: *¿Qué está pasando exactamente?* En principio no habría respuestas. Sus sargentos les ordenarían cumplir sus deberes, aconsejados por sus superiores inmediatos, a su vez aconsejados por los jefes de batallones, y así sucesivamente... hasta que la misma pregunta fuera repetida por enésima vez y no hubiera *nadie* en la cadena de mando para responderla. En ese momento la pregunta iniciaría el camino inverso: *de arriba hacia abajo*. El ejército sentiría lo que estaba pasando, así como una espina clavada en el pie indica al cerebro que algo anda mal. Y si la espina está sucia, existe la posibilidad de que se haga una infección generalizada que mate al cuerpo entero. Se suponía que los generales debían tener en cuenta esas cosas... pero no, ya no. A los generales solía pasarles algo bastante estúpido, especialmente en esa región del mundo. Olvidaban. Así de simple. Olvidaban que las mansiones y los sirvientes y los automóviles no eran una prerrogativa divina sino una conveniencia

temporal que podía desaparecer tan rápidamente como la niebla de la mañana. Temían más a Daryaei que a su propia gente, y eso era una estupidez. En otra situación, Badrayn los hubiera despreciado y nada más, pero ahora su propia vida dependía de la vida de ellos.

El asiento del lado derecho de la cabina todavía estaba húmedo. Esa vez fue ocupado por la hija menor del general que, hasta hacía diez minutos, había comandado la 4ta. División de la Guardia Motorizada, y que en ese momento hablaba con un colega de la Fuerza Aérea. La niña tocó la pegajosa humedad y, confundida, se lamió la mano, hasta que su madre la vio y la mandó a lavarse. La madre se quejó al auxiliar de a bordo iraní que acompañaba al grupo. El joven cambió de lugar a la niña y redactó una nota para que el asiento fuera limpiado o cambiado en Mehrabad. Ese viaje fue menos tenso que los otros porque el primer par de militares trasladados a Kartum había avisado que todo estaba en orden allí. Un pelotón del ejército sudanés vigilaba la amplia casa que compartían y el lugar parecía seguro. Los generales ya habían decidido hacer una importante “contribución” al tesoro de esa nación con el propósito de garantizar su propia seguridad durante el tiempo —breve, dentro de lo posible— que pasaran allí antes de trasladarse. Su jefe de inteligencia, todavía en Bagdad, estaba llamando por teléfono a sus contactos en distintos países para encontrarles un alojamiento seguro y permanente. ¿Suiza? Tal vez. Un país frío en términos de clima y cultura, pero seguro... y anónimo para todo el que tuviera dinero para invertir.

—¿Quién tiene tres G-IV allí?

—El avión está registrado en Suiza, teniente —informó el mayor Sabah, que acababa de enterarse. Había obtenido el número de la cola gracias a las fotos tomadas en Kartum y lo había chequeado en la base de datos de su computadora. Hizo correr la información para determinar el nombre del propietario—. Es propiedad de una corporación. Tienen tres de éstos y otros más pequeños para traslados dentro de Europa. Seguiremos investigando a la corporación.

Los que se ocuparan de la investigación descubrirían algo obvio. Se trataría, probablemente, de una empresa de importación-exportación que actuaría de fachada. La corporación tendría una cuenta de mediana importancia en un banco comercial, abogados encargados de que se obedecieran escrupulosamente todas las leyes locales, empleados que sabrían cómo comportarse —Suiza es un país que acata la ley— y cómo mantener el orden general. La corporación pasaría desapercibida, porque a los suizos no les molesta la gente que deposita dinero en sus bancos y respeta sus leyes. Pero los que quebrantan las leyes seriamente descubren que Suiza es un país tan poco hospitalario como el que los generales estaban abandonando. Eso también era obvio.

Lo más lamentable era, pensaba Sabah, que él conocía a los dos primeros en huir y probablemente también conocería a los que estaban

en tránsito. Hubiera sido un placer llevarlos ante la justicia, especialmente ante un tribunal kuwaití. La mayoría de ellos tenía menos rango cuando Irak invadió su país y habían participado en los saqueos. Recordaba haber recorrido las calles intentando parecer lo más inocente e inofensivo posible. Pero otros kuwaitíes habían resistido más activamente, una actitud valiente pero peligrosa. Los iraquíes habían atrapado y asesinado a la mayoría de los resistentes y sus familias, pero los sobrevivientes, ahora célebres y bien recompensados, habían trabajado sobre información obtenida por él. Al mayor no le importaba. Su familia era bastante rica y a él le gustaba ser un *agente encubierto*. Además, estaba absolutamente seguro de que jamás volverían a sorprender de ese modo a su país. Se encargaría personalmente de eso.

En todo caso, los generales que se estaban yendo lo preocupaban menos que sus futuros reemplazantes. Eso sí que le quitaba el sueño.

—Bueno, temo que el desempeño del señor Ryan fue débil en todos los aspectos —dijo Ed Kealty, entrevistado por el noticiero del mediodía—. Antes que nada, el Dr. Bretano es un industrial que hace tiempo optó por alejarse del servicio público. Yo estaba cuando se propuso su nombre por primera vez, y cuando rechazó un alto puesto gubernamental... para quedarse donde estaba y seguir haciendo dinero, supongo. Es un hombre talentoso, y evidentemente un buen ingeniero —concedió con una sonrisa tolerante—, pero no es un buen secretario de Defensa. —Negó con la cabeza para dar mayor énfasis a sus palabras.

—¿Qué opina de la posición del presidente Ryan sobre el aborto, señor? —preguntó Barry para la CNN.

—Es que ése es el problema, Barry. Ryan *no es* nuestro presidente —replicó Kealty con tono calmado e indiferente—. Y debemos corregir ese error. Su falta de comprensión de la escena pública quedó en evidencia en esa funesta y contradictoria declaración que hizo en la Sala de Prensa. *Roe v. Wade* es la ley del país. Eso es lo único que tendría que haber dicho. No es necesario que al presidente le gusten las leyes, pero debe hacer que se cumplan. Claro que si un funcionario público no entiende cómo piensa el pueblo norteamericano sobre el tema no está demostrando insensibilidad hacia el derecho de elegir de las mujeres sino incompetencia, lisa y llana. Ryan tendría que haber escuchado a sus asesores antes de abrir la boca, pero ni siquiera se molestó en hacerlo. Es una bala perdida —concluyó Kealty. Y en la Casa Blanca no necesitamos balas perdidas.

—Pero su reclamo... —Kealty alzó la mano y detuvo en seco al corresponsal.

—No es un reclamo, Barry. Es un hecho. Jamás renuncié. Jamás dejé la vicepresidencia. Por esa razón me convertí en presidente al morir Roger Durling. Lo que debemos hacer ahora, y el señor Ryan lo hará si de verdad le importa su país, es crear un panel judicial que examine las cuestiones constitucionales y determine quién es el presi-

dente en realidad. Estoy convencido de que Jack Ryan actúa de buena fe. Es un hombre honrado y ha demostrado ser un valiente en el pasado. Pero ahora, desafortunadamente, está muy confundido, y hemos podido comprobarlo en la conferencia de prensa de esta mañana.

—El buey solo bien se lame, Jack —observó Van Damm, bajando el volumen del televisor—. ¿Te das cuenta de lo bueno que es Kealty en esto?

Ryan casi saltó de la silla.

—¡Maldita sea, Arnie, eso es lo que dije! Debo haberlo dicho tres o cuatro veces... es la ley, no puedo violar la ley. ¡Eso es lo que yo dije!

—¿Recuerdas lo que te dije sobre controlar las emociones? —El jefe de staff esperó que Ryan recuperara su color habitual para subir el volumen.

—No obstante, lo más llamativo —decía Kealty— fue lo que dijo sobre los nombramientos en la Corte Suprema. Está claro que quiere volver el tiempo atrás en muchas cosas. Por ejemplo, utilizando el tema del aborto como límite para elegir a los jueces y eligiendo jueces pura y exclusivamente conservadores. Eso me lleva a preguntarme si planeará terminar con la acción afirmativa... y Dios sabe con qué más. Por desgracia nos hallamos en una situación que otorga inmenso poder al presidente en ejercicio, particularmente en lo que hace a las cortes. Y Ryan no sabe usar ese poder, Barry. No sabe, y por lo que pudimos apreciar esta mañana... lo que piensa hacer es bastante aterrador, ¿no le parece?

—¿Acaso estoy viviendo en otro planeta, Arnie? —exigió Jack. Yo no fui el que habló de “usar el aborto como límite”, fue un periodista. Yo no fui el que habló de “jueces conservadores”, fue un periodista.

—Jack, no importa qué hayas dicho. Importa lo que la gente escucha.

—Entonces, ¿cuánto daño estima que puede causar el presidente Ryan? —preguntó Barry desde el televisor. Arnie no cabía en sí de admiración. Kealty lo había seducido hasta la médula, en vivo, y Barry había respondido a la perfección. Seguía llamando “presidente” a Ryan pero su manera de plantear la pregunta estaba destinada a minar la fe de la gente en Jack. No era para asombrarse que Ed tuviera tanto éxito con las mujeres, ¿no? Y el televidente promedio jamás captaría la sutileza con que le había bajado los pantalones a Barry. Era todo un profesional.

—¿En una situación como ésta, con el gobierno acéfalo? Llevaría años reparar todo lo que Ryan está en condiciones de estropear —dijo Kealty con la grave preocupación de un confiable médico de familia. No porque sea una mala persona. De hecho, no lo es. Sino porque simplemente no sabe cómo ejercer el oficio de presidente de Estados Unidos. No sabe, Barry.

—Volveremos después de la pausa —Barry se dirigió a la cámara. Arnie ya había escuchado bastante y no quería ver los avisos publicitarios. Levantó el control remoto y apagó el televisor.

—Señor presidente, antes no estaba preocupado. Pero ahora sí. —Hizo una pausa. Mañana las editoriales de los diarios más impor-

tantes coincidirán en que es necesario nombrar una comisión judicial y no tendremos otra opción que aceptar.

—Un momento. La ley no estipula que...

—La ley no estipula nada, ¿recuerdas? Y aunque estipulara, no hay Corte Suprema para tomar las decisiones. Estamos en democracia, Jack. La voluntad de la gente decidirá quién es el presidente. Y la voluntad de la gente será manipulada por la opinión de los medios. Y tú nunca te manejarás tan bien como Ed en los medios.

—Mira, Arnie, *Ed renunció*. El Congreso *me confirmó* como vicepresidente, Roger fue asesinado, y *yo* me convertí en presidente... ¡y ésa es la maldita ley! Y *yo* debo atenerme a la ley. Juré hacerlo, y lo haré. Nunca quise este maldito cargo pero tampoco escapé de nada en toda mi vida... ¡y maldito sea si voy a escapar de esto! —Pero había algo más. Ryan despreciaba a Edward Kealty. No le gustaban sus ideas políticas, no le gustaba su aureola de Harvard, no le gustaba su vida privada, y absolutamente no le gustaba su manera de tratar a las mujeres. ¿Sabes qué es Kealty, Arnie? —lo desafió Ryan.

—Sí, lo sé. Es un rufián, un buscavidas y un estafador. No tiene convicciones. Jamás cumplió la ley, pero ayudó a redactar miles de leyes. No es médico, pero estableció una política nacional de salud. Jamás generó un producto o un servicio en el sector privado de la economía, pero se ha pasado la vida decidiendo el monto de los impuestos y la forma de gastar el dinero de los contribuyentes. Las únicas negras que conoció de niño fueron las mucamas que le hacían la cama, pero es el adalid de los derechos de las minorías. Es un hipócrita. Es un charlatán. Y va a ganarte si no presentas batalla, señor presidente —dijo Arnie, echando un balde de agua helada sobre el iracundo Ryan. Porque él sabe jugar este juego... y tú no.

Los registros decían que el paciente había viajado al Lejano Oriente en octubre y que en Bangkok había utilizado los servicios sexuales que han hecho célebre a Tailandia. Pierre Alexandre, en el pasado capitán asignado a un hospital militar en ese país tropical, también los había utilizado... pero no tenía problemas de conciencia al respecto. Había sido joven y tonto, como se supone que deben ser los jóvenes. Pero eso había sido antes del SIDA. Ahora había tenido el penoso deber de comunicarle al paciente —blanco, caucasiano, de treinta y seis años— que tenía anticuerpos de HIV en la sangre, que no podía mantener relaciones sexuales con su esposa sin profiláctico, y que su esposa debía hacerse un análisis de sangre lo antes posible. Oh, ¿estaba embarazada? Entonces debía hacérselo inmediatamente. Mañana, de ser posible.

Alexandre se sentía como un juez. No era la primera vez que daba noticias como ésa, y lamentablemente no sería la última. Pero los jueces dictaban sentencia de muerte por crímenes serios, y siempre existía la posibilidad de apelar. Ese pobre tipo no era culpable de nada, excepto de estar lejos de su casa... probablemente ebrio y desolado. Tal vez hubiera discutido por teléfono con su esposa. Tal vez ya estuviera embarazada

en ese momento y no se hubiera infectado. Tal vez todo fuera culpa del exotismo del lugar. Alex todavía recordaba lo seductoras que eran esas tailandesas aniñadas... Demonios, ¿cómo saberlo? Ahora mucha gente lo sabría, y no habría proceso de apelación. Pero las cosas podían cambiar. Acababa de decírselo al paciente. No había que perder la esperanza. Los oncólogos habían repetido esa frase a sus pacientes durante dos generaciones. Esa esperanza era real, era verdadera. Muchos científicos estaban dedicados a ese virus —Alexandre era uno de ellos— y mañana mismo podría abrirse una brecha. O tal vez dentro de cien años. Según las estadísticas, al paciente le quedaban diez.

—No parece muy contento.

Levantó la vista.

—Dra. Ryan.

—Dr. Alexandre. Creo que conoce a Roy. —Señaló la mesa con la bandeja. El comedor estaba atestado—. ¿Me permite?

Alexandre se levantó a medias.

—Por favor.

—¿Tiene un mal día?

—Un caso de variedad E. —Era todo lo que podía decir.

—¿HIV, Tailandia? ¿Ya llegó aquí?

—Usted *lee M&M*. —Esbozó una sonrisa.

—Debo estar a tono con mis residentes. ¿Variedad E? ¿Está seguro? —preguntó Cathy.

—Yo mismo repetí el análisis. Se infectó en Tailandia, durante un viaje de negocios. Su esposa está embarazada —agregó Alex. La profesora Ryan hizo una mueca.

—Nada bueno —farfulló.

—¿SIDA? —preguntó Roy Altman. El resto de la custodia personal de SURGEON estaba en distintos puntos del comedor. Hubieran preferido que comiera en su consultorio, pero la Dra. Ryan les había explicado que los médicos de Hopkins se ponían al tanto de las novedades mientras almorzaban, y que para ella era una actividad de rutina. Hoy se hablaba de enfermedades infecciosas. Mañana de pediatría.

—Variedad E —explicó Alexandre, asintiendo. En América tenemos mayormente la variedad B. Igual que en África.

—¿Cuál es la diferencia?

Cathy respondió.

—Es difícil contagiarse la variedad B. Para infectarse hay que entrar en contacto directo con la sangre. El contacto se produce cuando los drogadictos comparten jeringas o durante las relaciones sexuales. Afecta principalmente a homosexuales con tejidos lesionados por desgarramiento o enfermedades venéreas más tradicionales.

—Olvidó la mala suerte, pero sólo afecta a un uno por ciento —Alexandre retomó el hilo de la conversación—. Parece que la variedad E —propia de Tailandia— afecta más heterosexuales que la B. Evidentemente, se trata de una versión más cordial de nuestro viejo amigo.

—¿El CDC ya ha elaborado estadísticas? —preguntó Cathy.

—No, tardarán unos meses. Al menos eso decían hace un par de semanas.

—¿Es muy malo? —preguntó Altman. Trabajar con SURGEON se estaba transformando en una experiencia educativa para él.

—Ralph Forster fue a investigar hace cinco años. ¿Conoce la historia, Alex?

—No conozco la historia completa, sólo el final.

—Ralph voló con pasaje oficial, en viaje oficial y todo eso. Apenas bajó del avión, un funcionario tailandés lo recibió en la aduana, lo acompañó al automóvil y le preguntó: “¿Quiere unas chicas para esta noche?” Ahí se dio cuenta de que el problema era verdaderamente serio.

—Le creo —respondió Alex, recordando las épocas en que hubiera sonreído y asentido al escuchar la historia. Se las ingenió para no encogerse de hombros—. Las cifras son alarmantes, Sr. Altman, casi un tercio de los muchachos que entran al ejército son HIV positivo. Variedad E, principalmente. —Las implicancias del porcentaje eran insoslayables.

—¿Un tercio? ¿*Un tercio* de los muchachos?

—Más del veinticinco por ciento cuando estuvo Ralph. Una cantidad importante, ¿no?

—Pero eso significa...

—Puede significar que dentro de cincuenta años ya no exista Tailandia —anunció Cathy con voz neutra para disimular el horror que sentía—. Cuando iba a la facultad creía que la oncología sería el campo de batalla para los más duchos —Cathy señaló un grupo de médicos—: Marty, Bert, Curt y Louise, los que están en aquel rincón. No me creía capaz de enfrentar el cáncer, así que me dediqué a operar ojos y componerlos. Estaba equivocada. Vamos a derrotar al cáncer. Pero no sé si podremos con estos malditos virus.

—La solución, Cathy, está en entender las interacciones específicas entre las muestras genéticas del virus y la célula portadora, y eso no debería ser *tan* difícil. Los virus son unos diminutos hijos de puta. En cuanto descubramos eso, derrotaremos a todos los pequeños demonios —Alexandre era un optimista, como la mayoría de los investigadores médicos.

—¿Entonces hay que estudiar la célula humana? —preguntó Altman, interesado en aprender. Alexandre negó con la cabeza.

—Es algo mucho más pequeño. Ahora estamos en el genoma. Es como desarmar una máquina extraña, imaginando a cada paso qué función cumple cada parte individual. Tarde o temprano se tienen todas las partes separadas y se sabe dónde va cada una, y entonces se imagina qué hacen de manera sistemática. Eso es lo que estamos haciendo ahora.

—¿Sabe en qué terminará todo? —Cathy formuló una sugerencia en forma de pregunta, e inmediatamente la respondió—: Matemáticas.

—Lo mismo dice Gus en Atlanta.

—En el nivel más básico, el código genético humano está compuesto por cuatro aminoácidos, llamados A, C, G y T. Las relaciones de esas letras —es decir, de los ácidos— determinan todo —explicó

Alex—. Diferentes secuencias significan cosas diferentes e interactúan de manera diferente. Es probable que Gus tenga razón: las interacciones se definen matemáticamente. El código genético es un código real. *Puede ser interpretado, puede ser entendido —Probablemente alguien les asignará un valor matemático... polinominales complejos...*, pensó. ¿Acaso era importante?

—Sólo que todavía no ha aparecido alguien capaz de hacerlo —observó Cathy Ryan—. Así están las cosas por aquí, Roy. Algún día, alguien saltará la cerca de la ignorancia y nos dará la clave para derrotar todas las enfermedades humanas. Todas. Absolutamente todas y cada una. La marmita de oro al final del arco iris es la inmortalidad médica... y, quién sabe, tal vez la inmortalidad humana.

—Nos dejarán sin trabajo a todos. Especialmente a usted, Cathy. Entre las primeras cosas que desterrarán del genoma humano estarán la miopía, la diabetes y esa...

—Usted se quedará sin empleo antes que yo, profesor —dijo Cathy, esbozando una sonrisa impiadosa—. Soy cirujana, ¿recuerda? Siempre habrá lesiones para arreglar. Pero tarde o temprano, usted ganará su batalla.

Ganaría la batalla, tal vez. ¿Pero la solución llegaría a tiempo para el paciente de esa mañana? Probablemente no. Probablemente no.

Los estaba insultando en francés, y también en flamenco. Los médicos del ejército no entendían ninguno de los dos idiomas. Moudi hablaba francés lo suficientemente bien como para saber que, por viles que fueran las imprecaciones de la monja, no eran producto de una mente lúcida. El cerebro ya había sido afectado y Jean Baptiste no estaba en condiciones de hablar con nadie, ni siquiera con su Dios. El virus también estaba atacando el corazón y el médico tenía la esperanza de que la Muerte se mostrara misericordiosa con esa pobre mujer, que merecía mucho más de lo que la vida le había dado. Tal vez el delirio fuera una bendición para ella. Tal vez su alma se hubiera separado del cuerpo. Tal vez, al no saber dónde estaba ni quién era ni qué estaba mal, el dolor ya no la afectara. El médico necesitaba aferrarse a esa ilusión, pero lo que creía advertir en el delirio de la monja era sólo una variedad fantasmal de la misericordia.

La cara de la enferma era una masa de moretones, como si hubiera sido brutalmente golpeada. Su piel pálida era como un velo opaco contra la hemorragia. Moudi no sabía si los ojos seguían funcionando. Había sangre en la superficie y el interior de cada ojo y, si todavía podía ver, no sería por mucho tiempo. Una hora antes habían estado a punto de perderla y Moudi había acudido corriendo a la habitación. Los médicos de turno se esforzaban para despejar las vías respiratorias —Jean Baptiste se había tragado su propio vómito sanguinolento— manteniendo intactos sus guantes. Las ataduras que la mantenían inmóvil le habían raído la piel, a pesar de estar recubiertas de plástico suave, aumentando la hemorragia y el dolor. Los tejidos del sistema vascular también se estaban desintegrando y el suero

intravenoso iba a parar a la cama y a sus brazos y piernas por partes iguales. Todos los fluidos del cuerpo de Jean Baptiste eran tan mortíferos como el más tóxico de los venenos. Los médicos tenían miedo de tocarla, con o sin guantes. Moudi vio que habían llevado un balde plástico con iodina diluida para sumergir los guantes antes de tocarla, creando así una barrera química contra los agentes patógenos que pudieran saltar del lacerado cuerpo. Era una precaución innecesaria —los guantes eran gruesos— pero no podía culparlos por sentir miedo. En ese momento cambió la guardia. Antes de abandonar su puesto, uno de los médicos rezó en silencio para que Alá se llevara a esa pobre mujer antes de su próximo turno, ocho horas después. Una vez fuera de la habitación, un médico del ejército iraní similarmente vestido los conduciría al área de desinfección, donde sus trajes serían rociados antes de quitárselos y posteriormente incinerados. Moudi no dudaba de que cumplirían los procedimientos al pie de la letra... No, se excederían en cada detalle, y aun así el miedo les roería las entrañas.

Si en ese instante hubiera tenido un arma mortal... la hubiera usado contra ella, y al diablo con las consecuencias. Pocas horas antes hubiera bastado una inyección de aire para provocar una embolia fatal, pero el colapso del sistema vascular era tan terrible que ni siquiera podía estar seguro de eso. Era su fortaleza lo que empeoraba las cosas. Pequeña como era, había trabajado largas jornadas durante cuarenta años manteniendo una salud excelente. El cuerpo que había sostenido su valiente alma durante tanto tiempo no abandonaría la batalla, por inútil que fuera.

—Vamos, Moudi. Sabes mejor que yo cómo son las cosas —dijo el director a sus espaldas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó sin darse vuelta.

—¿Qué cambiaría si la devolviéramos al hospital de África? ¿Acaso no la tratarían de la misma manera, tomando las mismas medidas para mantenerla viva? La sangre, el suero intravenoso y todo lo demás. Sería lo mismo. Su religión no permite la eutanasia. En todo caso, aquí está mejor cuidada —acotó oportunamente, aunque con frialdad, y se apartó unos pasos para estudiar la planilla. Cinco litros. Excelente.

—Podríamos empezar...

—No. —El director negó con la cabeza.— Cuando el corazón se detenga, drenaremos toda la sangre del cuerpo. Extirparemos el hígado, los riñones y el bazo, y ahí empezará nuestro verdadero trabajo.

—Alguien debería rezar por su alma.

—Tú lo harás, Moudi. Eres un buen médico. Hasta te preocupas por una infiel. Puedes sentirte orgulloso. Si hubieras podido salvarla, lo hubieras hecho. Lo sé muy bien. Y tú también. Y ella.

—Lo que estamos haciendo al infligir este...

—A los no creyentes —le recordó el director—. A los que odian nuestro país y nuestra Fe, a los que escupen sobre las palabras del Profeta. Coincido en que ésta es una mujer virtuosa. Alá será misericordioso con ella, estoy seguro. Tú no elegiste su destino. Tampoco yo. —Debía respaldar a Moudi. Era un médico brillante, tal vez

demasiado bueno. Agradeció a Alá por haber pasado la última década en un laboratorio. De otro modo podría haber sucumbido a las mismas debilidades humanas.

Badrayn insistió. Eran tres generales esa vez. Todos los asientos estaban ocupados, y en uno había dos niños. Ahora entendían. Tenían que entender. Se los había explicado señalando la torre, cuyos controles habían registrado todos los vuelos y *ya deberían saber* lo que estaba pasando. De poco serviría que los arrestaran y además sus familias los echarían de menos, y si recogían a sus familias los vecinos se enterarían, ¿no?

Bueno, sí, reconocieron.

La próxima vez manden un maldito avión comercial, eso hubiera querido pedir a Teherán, pero no, alguien hubiera puesto objeciones, aquí o allá, no tenía importancia, porque no importaba lo que uno dijera: por más sensato que fuera, alguien pondría objeciones. Tampoco importaba si las objeciones provenían de los iraníes o los iraquíes. De todos modos moriría gente. Era indudable. Y él no podía hacer otra cosa que esperar, esperar y preocuparse. Pensó en tomar un trago, pero desistió. Más de una vez había bebido alcohol durante los años pasados en el Líbano. El Líbano había sido, y probablemente volvería a ser, un lugar donde las estrictas leyes del Islam podían ser violadas, y allí se había permitido gozar del vicio occidental como tantos otros. Pero ahora no. Tal vez estuviera cerca de la muerte y, pecador o no, era musulmán y deseaba enfrentar la muerte de manera apropiada. Por eso bebía café constantemente mientras miraba por la ventana, sentado junto al teléfono, autoconvenciéndose de que era la caféina la que le hacía temblar las manos, y no otra cosa.

—¿Usted es Jackson? —preguntó Tony Bretano. Había pasado la mañana con los jefes en ejercicio y había llegado la hora de conocer a las abejas obreras.

—Sí, señor, J3. Supongo que soy su oficial de operaciones —replicó Robby sentándose y, por una vez, sin escurrirse como Bugs Bunny cargando una pila de papeles.

—¿Cuál es el estado de las cosas?

—Bueno, no demasiado imponente. Todavía tenemos dos portaaviones con efectivos en el Océano Índico para vigilar a India y Sri Lanka. Hemos enviado un par de batallones de infantería liviana a las Marianas para reforzar controles y supervisar la retirada del personal japonés. Son acciones de corte político que no traerán problemas. Nuestros comandos aéreos en la zona han sido llamados a CONUS para mantenimiento. Ese aspecto de las operaciones contra Japón funcionó bien.

—¿Entonces querrá que aceleremos la producción de F-22 y retomemos la de B-2? Es lo que acaba de decir la Fuerza Aérea.

—Hemos comprobado que el Stealth multiplica infernalmente la

fuerza, señor secretario. Es un hecho. Necesitamos todos los que podamos conseguir.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué pasa con la estructura restante de la fuerza?

—Es demasiado escasa para la cantidad de compromisos que tenemos. Por ejemplo, si debiéramos volver a Kuwait como en 1991, no podríamos hacerlo. Literalmente, ya no tenemos la fuerza que teníamos. Usted sabe cuál es mi trabajo, señor. Debo imaginar cómo hacer lo que debemos hacer. Bueno, las operaciones contra Japón nos exigieron al máximo de nuestras posibilidades y...

—Mickey Moore habló maravillas del plan que usted diseñó y ejecutó —acotó Bretano.

—El general Moore es muy amable. Sí, señor, funcionó, pero la mayor parte del tiempo tuvimos la sogá al cuello... y no se supone que las Fuerzas Armadas norteamericanas deban esquivar el peligro, señor secretario. Se supone que somos nosotros los que asustamos al enemigo ni bien el primer cabo salta del avión. *Puedo* improvisar si tengo que hacerlo, pero no es ése mi trabajo. Tarde o temprano me equivocaré, o alguien se equivocaré, y terminaremos con muchos uniformados muertos.

—También estoy de acuerdo con eso —Bretano mordió la punta de su emparedado. El presidente me ha dado libertad absoluta para limpiar este departamento a mi manera. Tengo dos semanas para especificar los nuevos requerimientos de la fuerza.

—¿Dos semanas, señor? —De haber podido, Jackson se hubiera puesto pálido.

—Jackson, ¿hace cuánto que lleva puesto el uniforme? —preguntó Bretano.

—¿Contando la época de la Escuela de Comercio? Digamos que... treinta años.

—Si no lo tiene listo mañana mismo, sabré que estoy frente al hombre equivocado. Pero le daré diez días —afirmó con generosidad el secretario.

—Señor secretario, soy oficial de Operaciones, no de Potencial Humano y...

—Exactamente. Según mi punto de vista, Potencial Humano cubre las necesidades que Operaciones define. Se supone que son los tiradores los que toman las decisiones en un lugar como éste, no los contadores. Eso era lo que andaba mal en TWR cuando entré. Los contadores les decían a los ingenieros cómo ser ingenieros. No —Bretano negó con la cabeza—. No funcionó. Si los ingenieros construyen las cosas, los ingenieros deben decidir cómo se maneja la compañía. En un lugar como éste, los tiradores deciden qué necesitan y los contadores se remiten a que todo entre en el presupuesto. Siempre habrá peleas, pero el producto final del negocio es el que toma las decisiones.

Bueno, maldición. Jackson disimuló una sonrisa.

—¿Parámetros?

—Imagine la mayor amenaza creíble, la crisis más grave probable, no posible, y diseñeme una estructura armada que pueda contro-

larlas y manejarlas. —Ni siquiera eso alcanzaba, y ambos lo sabían. En los viejos tiempos tenían los ejemplos de dos guerras y media y Estados Unidos había logrado dominar dos conflictos mayores y algunos conflictos menores. Pocos llegaron a admitir que esa “regla” siempre había sido pura fantasía, desde la presidencia de Eisenhower en adelante. Actualmente, como acababa de admitir Jackson, Estados Unidos no tenía cómo conducir un despliegue militar mayor. La flota había sido reducida a la mitad de lo que era diez años antes y la Armada aún más. La Fuerza Aérea, siempre escudada en sus grandes avances tecnológicos, era formidable, y no obstante tenía inactiva casi la mitad de sus capacidades. Los marines todavía eran rudos y prestos, pero el Cuerpo de Marines era una fuerza expedicionaria equipada con armas peligrosamente livianas que siempre contaba con la llegada de refuerzos. La alacena no estaba vacía, pero la dieta forzosa no le había hecho bien a nadie.

—¿Diez días?

—Tiene todo lo que necesita en el cajón del escritorio y podría entregármelo ya mismo, ¿no? —Bretano sabía cómo se movían los oficiales de planeamiento.

—Sí, lo tenemos, pero deme un par de días para pulirlo un poco, señor.

—¿Jackson?

—¿Sí, señor secretario?

—Seguí de cerca sus operaciones en el Pacífico. Uno de mis empleados en TRW, Skip Tyler, era muy bueno para esas cosas y todos los días mirábamos mapas y analizábamos estrategias. Sus despliegues fueron impresionantes. La guerra no es solamente física. También es psicológica, como el resto de la vida. Gana el que tiene la mejor gente. Las armas y los aviones tienen su importancia, pero los cerebros cuentan más. Soy un buen gerente y un gran ingeniero, pero no soy un guerrero. Prestaré atención a lo que usted diga, porque usted y sus colegas saben pelear. Los apoyaré donde y cuando tenga que hacerlo. A cambio, quiero saber qué necesitan en realidad, y no qué les gustaría tener. Eso no podemos solventarlo. Tampoco podemos cortar la burocracia. De eso se encargará Potencial Humano, civil y uniformado. Voy a limpiar este lugar. En TRW me deshice de un montón de cuerpos inútiles. Es una empresa de ingeniería y ahora está manejada por ingenieros. Ésta es una empresa de operaciones militares y debe ser manejada por operadores calificados, gente con mellas en la empuñadura del arma. Limpia. Humilde. Ruda. Inteligente. ¿Entiende lo que digo?

—Creo que sí, señor.

—Diez días. Si puede, menos. Llámeme en cuanto esté listo.

—Clark —dijo John, levantando la línea directa.

—Holtzman —respondió una voz. Ese nombre dejó boquiabierto a John.

—Supongo que podría preguntarle cómo consiguió este número, pero jamás revelaría su fuente.

—Supone bien —concedió el periodista. ¿Recuerda la cena que compartimos en Esteban's?

—Vagamente —mintió Clark—. Pasó mucho tiempo. —En realidad no había sido una cena, pero la máquina que registraba las conversaciones telefónicas no tenía por qué saberlo.

—Le debo una. ¿Qué le parece esta noche?

—Volveré a llamarlo —Clark colgó y se quedó mirando su escritorio. ¿Qué demonios significaba ese llamado?

—Vamos, eso no es lo que dijo Jack —le dijo Van Damm al *New York Times*.

—Eso es lo que quiso decir, Arnie —respondió el periodista—. Tú lo sabes. Y yo lo sé.

—Me gustaría que fueran de a poco con él. No es un político de carrera —señaló el jefe de staff.

—No es culpa mía, Arnie. Está en el puesto. Debe cumplir las reglas.

Arnold van Damm asintió, disimulando la furia que el comentario informal del periodista había despertado en él. Internamente sabía que el otro tenía razón. Eran las reglas del juego. Pero también sabía que el periodista estaba equivocado. Tal vez él estuviera demasiado vinculado al presidente Ryan y hubiera absorbido algunas de sus ideas escamosas. Los medios, compuestos exclusivamente por empleados de empresas privadas —la mayoría corporaciones dedicadas a bienes y servicios— habían ganado poder al punto de *decidir* lo que decía o no decía la gente. Una conclusión sumamente negativa. Peor aún, disfrutaban demasiado de su trabajo. Podían levantar o tirar abajo a cualquiera en esa ciudad. Ellos hacían las reglas. Y el que las quebrara podía resultar quebrado.

Ryan *era* un ingenuo. No había manera de negarlo. En su defensa podía aducirse que no había buscado la presidencia. Había llegado a ella por accidente. Lo único que Ryan quería era una última oportunidad de servir al país para luego retirarse de una vez y para siempre, y volver a la vida privada. No había sido electo para el cargo. Pero los medios tampoco, y por lo menos había una Constitución para definir los deberes de Ryan. Los medios se estaban pasando de la raya. Empezaban a tomar partido en un asunto constitucional y elegían el bando equivocado.

—¿Quién hace las reglas? —preguntó Arnie.

—Simplemente existen —respondió el del *Times*.

—Bueno, el presidente no va a atacar la ley *Roe*. Jamás dijo que lo haría. Y tampoco va a sacar jueces de los bancos del parque. No va a elegir activistas, ni liberales ni conservadores, y creo que lo sabes.

—¿Entonces Ryan se malinterpreta a sí mismo? —la sonrisita casual del periodista lo decía todo. Se quejaría de control solapado por parte de un funcionario oficial jerárquico. El artículo diría que Arnie había intentado “clarificar”, es decir corregir, lo que el presidente había dicho.

—En absoluto. Ustedes lo malinterpretaron —contraatacó Arnie.

—Para mí fue muy claro, Arnie.

—Eso se debe a que estás acostumbrado a escuchar a políticos profesionales. El actual presidente está acostumbrado a hablar de frente. Y, a decir verdad, me gusta que sea así —prosiguió Van Damm, mintiendo; en realidad lo volvía loco—. Y hasta podría facilitarles las cosas a ustedes. Ya no tendrían que leer la borra del café, sino simplemente tomar notas usando la inteligencia. O tal vez juzgarlo según reglas justas. Estamos de acuerdo en que no es político, pero ustedes se empeñan en tratarlo como tal. Háganme el favor de escuchar lo que dice el presidente en realidad, ¿sí? —O al menos presten atención al video, pensó, cerrando la boca. Ahora avanzaba por la cuerda floja. Hablar con los medios era como acariciar un gato recién adquirido. Uno nunca sabía cuándo lanzaría el zarpazo.

—Vamos, Arnie. Eres el hombre más leal de esta ciudad. Maldita sea, hubieras sido un excepcional médico de familia. Todos lo sabemos. Pero Ryan no tiene norte. Ese discurso en la Catedral Nacional, ese discurso demencial desde el Despacho Oval. Es tan presidencial como el director del Rotary en Bumfuck, Iowa.

—¿Y quién decide qué es presidencial o no?

—En Nueva York, yo —el periodista volvió a sonreír—. En Chicago, tendrás que hablar con otro.

—El *es* el presidente de Estados Unidos.

—Ed Kealty no opina lo mismo, y por lo menos Ed *actúa* como un presidente.

—Ed está fuera de la cuestión. Renunció. Roger recibió una llamada del secretario Hanson y me informó. Maldita sea, *tú mismo* diste la noticia.

—¿Pero qué motivos podría tener Ed para...

—¿Qué motivos podría tener para levantar todas las faldas que se le cruzaban en el camino? —bramó el jefe de staff. *Bravo*, pensó, *ahora estoy perdiendo el control de los medios*.

—Ed siempre ha sido un mujeriego. Y ha mejorado desde que dejó el alcohol. Pero nunca postergó sus deberes —aclaró el corresponsal de la Casa Blanca. Era un fuerte defensor de los derechos de las mujeres—. Esto último habrá que sacarlo.

—¿Qué posición tomará el *Times*?

—Te mandaré una copia del editorial —prometió el periodista.

No pudo aguantar más. Levantó el tubo y marcó los seis dígitos, contemplando la oscuridad. El sol había bajado y las nubes avanzaban. Sería una noche fría y lluviosa, seguida por un amanecer que sus ojos tal vez no verían.

—¿Sí? —respondió una voz después del primer ring.

—Aquí Badrayn. Sería más conveniente que el próximo avión fuera más grande.

—Tenemos un 737 esperando, pero necesito autorización para mandarlo.

—Me ocuparé de eso.

Los noticieros televisivos lo habían alertado. Más censurados que de costumbre, no habían transmitido una sola noticia política. Ni una, en una nación donde los comentarios políticos solían desplazar al boletín meteorológico. Lo más ominoso de todo era que habían pasado la historia de una antigua mezquita Shi'a que se estaba viniendo abajo. El relator lamentaba ese hecho citando la larga y honorable historia del edificio, e ignorando que estaba abandonada porque había sido lugar de reunión de un grupo culpado, tal vez certeramente, de planear el derrocamiento del bienamado, grande y próximo a pasar al olvido líder de Irak, recientemente asesinado. Lo peor de todo era que en el video aparecían cinco mullahs parados fuera de la mezquita, sin mirar directamente a la cámara, haciendo gestos hacia los desteñidos mosaicos azules de la pared y probablemente discutiendo lo que debía hacerse. Eran los cinco mullahs que habían ingresado como rehenes. Pero no había un solo soldado a la vista y las caras de por lo menos dos mullahs eran conocidas por la teleaudiencia iraquí. Alguien se había acercado al canal de televisión, más precisamente a los que trabajaban allí. Si los reporteros querían conservar sus puestos y sus cabezas tendrían que enfrentar una nueva realidad. Pero, ¿esos brevísimos planos televisivos bastarían para que la gente común viera y reconociera las caras de los visitantes... y captara el mensaje implícito? Podía ser peligroso conocer la respuesta a esa pregunta.

A la gente común no le importaría. A los coroneles y mayores sí. Y a los generales que no figuraban en la lista también. Pronto se enterarían. Tal vez algunos ya lo supieran. Llamarían por teléfono para obtener información fehaciente. Algunos escucharían mentiras. Otros no obtendrían respuesta. Empezarían a pensar. Empezarían a hacer conexiones. Durante las doce horas siguientes hablarían entre ellos y tomarían decisiones difíciles. Todos los identificarían con el régimen agonizante. Ésos eran los hombres que no podían huir, los que no tenían a dónde ir ni dinero para llevarse, los destinados a quedarse. El hecho de que los identificaran con el antiguo régimen podía ser una sentencia de muerte... y para muchos lo sería indudablemente. Para otros, todavía quedaba una oportunidad. Tendrían que hacer lo que hacen todos los criminales del mundo para sobrevivir. Salvarían sus propias vidas entregando a un pez más grande. Siempre pasaba lo mismo. Los coroneles entregarían a los generales.

Finalmente, los generales entendieron.

—Hay un 737 esperando. Con lugar para todos. Puede estar aquí en noventa minutos —les dijo.

—¿Y no nos matarán en el aeropuerto de Mehrabad? —preguntó el jefe de staff del ejército iraquí.

—¿Prefiere morir aquí? —preguntó Badrayn por toda respuesta.

—¿Y qué pasa si todo es una trampa?

—El riesgo existe. En ese caso, las cinco personalidades que vimos por televisión morirán. —Por supuesto que no. Ése hubiera sido

un acto digno de tropas leales a los generales muertos. Pero esa clase de lealtad no existía allí y todos lo sabían. El mero acto de tomar rehenes había sido un gesto instintivo, ya invalidado por alguien, tal vez de los medios, o tal vez el coronel que comandaba la custodia de los religiosos iraníes. Se suponía que era un especialista en inteligencia confiable, recordó Badrayn, un oficial sunni leal, hijo de un miembro del Partido Ba'ath. Eso podía significar que el Partido Ba'ath ya estaba recibiendo sobornos. Todo iba demasiado rápido. Los mullahs no tenían por qué ocultar la naturaleza de su misión, ¿o sí? Nada de eso importaba. Matar a los rehenes no serviría de nada. Los generales estaban condenados si se quedaban en el país y el martirio no sería precisamente ofensivo para los religiosos iraníes. Era parte integral de la tradición Shi'a.

No, la decisión estaba irreversiblemente tomada. Esos generales todavía no se daban cuenta. No lo habían pensado aún.

Bueno, de haber sido militares realmente competentes su bienamado líder los hubiera mandado matar muchos años antes.

—Sí —dijo el de mayor rango.

—Gracias —Badrayn levantó el tubo y volvió a marcar el número.

“Las dimensiones de la crisis constitucional que atraviesa Estados Unidos no fueron evidentes hasta ayer. Aunque el tema aparentemente sea técnico, no lo es en sustancia.

”John Patrick Ryan es un hombre capaz, pero todavía queda por verse si posee o no el talento necesario para cumplir sus deberes presidenciales. Los indicios iniciales no son prometedores. El servicio de gobierno no es para amateurs. Nuestro país ha recurrido frecuentemente a ellos, pero en el pasado siempre han sido minoría con posibilidades de crecer dentro de sus deberes y de manera ordenada.

”No hay orden en la crisis que enfrenta el país. Hasta el momento, el señor Ryan ha trabajado correcta y cuidadosamente para estabilizar el gobierno. Por ejemplo, su designación de Daniel Murray como director interino del FBI es aceptable. Similarmente, George Winston constituye una buena elección interina para el Departamento del Tesoro, aunque sea iletrado en política. Scott Adler, talentoso y constante funcionario del Servicio Exterior, es tal vez el mejor miembro del actual gabinete...” Ryan saltó los dos párrafos siguientes.

”El vicepresidente Edward Kealty, a pesar de sus falencias personales, conoce el arte de gobernar y su posición intermedia en la mayoría de los temas que afectan a la nación brinda un panorama confiable hasta que se elija una nueva administración por elecciones. ¿Pero sus reclamos son justos?”

—¿Acaso te importa? —Ryan dirigió su pregunta al editorial principal del *Times* del día siguiente.

—Conocen a Ed. Y no te conocen —respondió Arnie. Sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Es para usted, señor presidente. El señor Foley. Dice que es importante.

—Está bien... ¿Ed? Te pondré en speaker. —Tocó el botón adecuado y colgó el tubo. —Arnie está escuchando.

—Es definitivo. Irán se está moviendo, rápido y en grande. Si tienes tiempo, tengo videos televisivos para que veas.

—Envíalos —Jack sabía cómo hacerlo. En ése y otros despachos había televisores alimentados con cables de fibra óptica segura conectados con el Pentágono y otras dependencias. Sacó el control remoto del cajón y encendió el equipo. El “espectáculo” duró apenas quince segundos. Lo repitió y congeló una imagen.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Jack.

Foley leyó los nombres. Ryan ya había escuchado hablar de dos.

—Consejeros de mediano y alto nivel de Daryaei. Están en Bagdad y alguien decidió hacer correr la voz. Bueno, sabemos que los generales de mayor rango están huyendo. Ahora tenemos cinco mullahs hablando por la televisión nacional sobre la reconstrucción de una importante mezquita. Mañana hablarán más alto —prometió el DCI designado.

—¿Algún informe in situ?

—Negativo —admitió Ed—. Le pedí al jefe de estación Riyadh que se sentara a hablar personalmente con alguien, pero cuando llegue... ya no habrá nadie con quien sentarse a hablar.

—Eso es un poco grande —dijo un oficial en funciones a bordo del AWACS. Leyó el despliegue alfanumérico—. Coronel —la teniente llamaba por la línea de comando—, tengo algo que parece un charter 737, recorrido Mehrabad-Bagdad, curso dos-dos-cero, velocidad cuatro-cinco-cero nudos, veinte mil pies. PALM BOWL reporta tráfico de voz encriptado a Bagdad.

Inmediatamente, el oficial que comandaba el avión chequeó sus datos. La información era correcta. El coronel encendió la radio para reportarse a KKMC.

El resto de los militares llegaron juntos. Badrayn pensó que tendrían que haber esperado un poco más. Tal vez hubiera sido mejor que aparecieran cuando el avión ya hubiera llegado, lo más rápido posible para... pero, no.

Lo divertía ver así a esos hombres poderosos. Una semana antes hubieran recorrido el lugar con paso marcial, seguros de su lugar y su poder, sus camisas color caqui adornadas con varias cintas por sus servicios heroicos a la patria. Era injusto. Algunos *habían guiado* a sus hombres en la batalla, una o dos veces. Tal vez uno o dos de ellos hubieran matado enemigos. Enemigos iraníes. El pueblo al que ahora confiarían su seguridad porque temían a sus compatriotas. Y allí estaban, reunidos en grupos pequeños y cargados de preocupación, sin confiar siquiera en sus propios custodios. En ellos menos que en nadie.

Tenían armas y estaban cerca, y no estarían en semejante brete de haber tenido custodios dignos de confianza.

A pesar de que su propia vida corría peligro, Badrayn no podía evitar que le resultara divertido. Había pasado toda su vida adulta dedicado a provocar un momento como ése. Cuánto tiempo había soñado ver a los generales israelíes sufriendo así en un aeropuerto... abandonando a su gente a un destino incierto, derrotados por su... *esa* ironía ya no era tan divertida, ¿no? ¿Habían pasado más de treinta años y todo lo que había obtenido era la destrucción de un país *árabe*? Israel seguía en pie. Estados Unidos seguía protegiéndolos y lo único que estaba haciendo él era ajustar las cadenas de poder en el Golfo Pérsico.

Tuvo que admitir que también estaba huyendo. Habiendo fracasado en la misión de su vida, sólo le había quedado ese trabajo mercenario, ¿y después qué? Por lo menos esos generales tenían dinero y disfrutarían comodidades. A él no lo esperaba nada y sólo tenía fracasos a sus espaldas. Ali Badrayn lanzó una maldición y volvió a sentarse, justo a tiempo para ver una forma oscura que recorría la pista a toda velocidad. Dos minutos después apareció el 737. No se necesitaba combustible adicional. La escalera inició su marcha, arrastrada por una camioneta, y sólo se detuvo cuando el avión hizo lo propio. Los generales, sus familias y sus custodias —y sus amantes en la mayoría de los casos— corrieron hacia el avión bajo la llovizna helada que empezaba a caer. Badrayn fue el último. Hasta para eso tuvo que esperar. Los iraquíes llegaron al pie de la escalera en un denso nudo de empujones y trastabilleos, olvidados de su importancia y dignidad y abriéndose paso a codazos. Un tripulante uniformado los recibía, sonriendo para dar la bienvenida a gente que tenía todas las razones para odiar. Ali esperó que se vaciara la escalera para subir y, al llegar a la pequeña plataforma, dio media vuelta para mirar lo que dejaba atrás. Realmente, tanto apuro no había sido necesario. No se veían camiones verdes atestados de soldados confundidos. Pero tal vez, de haber llegado una hora después sólo hubieran encontrado el aeropuerto vacío. Negó con la cabeza y entró al avión. El tripulante cerró la puerta tras él.

El comandante pidió salida a la torre de control y la recibió automáticamente. Los operadores de la torre hicieron sus llamadas y pasaron la información, sin instrucciones. Sólo estaban haciendo su trabajo. El avión llegó al final de la pista, aumentó la velocidad y levantó vuelo hacia la oscuridad que pronto cubriría el país.

Recetas

—Ha pasado el tiempo, señor Clark.

—Sí, señor Holtzman, ha pasado —coincidió John. Se habían sentado en el mismo reservado de antes, atrás de todo, cerca de la máquina de música. Esteban's seguía siendo un bonito sitio familiar sobre Wisconsin Avenue, todavía patrocinado por la cercana Universidad de Georgetown. Pero Clark recordaba que jamás le había dicho su nombre al periodista.

—¿Dónde está su amigo?

—Está ocupado esta noche —respondió Clark. Ding había terminado de trabajar temprano y había corrido a Georgetown para llevar a Patsy a cenar afuera, pero el periodista no tenía por qué enterarse. La expresión de su cara traslucía que ya sabía demasiado. Entonces, ¿qué puedo hacer por usted? —le preguntó.

—Tendrá presente que hicimos un trato, supongo.

Clark asintió.

—No lo he olvidado. Pero vence dentro de cinco años. Todavía no ha llegado el momento —la respuesta de Clark fue obvia.

—Los tiempos cambian —Holtzman le echó un vistazo al menú. Le gustaba la comida mexicana, aunque últimamente ya no le gustaba tanto comer.

—Un trato es un trato —Clark no miró su menú. Miró a Holtzman a los ojos. La gente solía tener problemas para enfrenar su mirada, y lo sabía.

—Se corrió la voz. Katryn va a casarse con un cazador de zorros de Winchester.

—No lo sabía —admitió Clark. Tampoco le importaba.

—Supuse que no. Ya no es un SPO. ¿Le gusta estar de vuelta en el campo?

—Si quiere hacerme hablar de ese tema, ya sabe que no puedo...

—Es una lástima. Lo vengo observando desde hace un par de años —le espetó el periodista—. Tiene una foja de servicios *infernal* y dicen que su socio es prometedor. Usted estuvo en Japón —agregó Holtzman con una sonrisa—. Usted rescató a Koga.

Una mirada burlona escondió la auténtica sensación de alarma de John.

—¿De dónde demonios sacó semejante idea?

—Hablé con Koga cuando estuvo aquí. Dijo que lo rescataron dos hombres. Uno corpulento, el otro enjuto. Koga describió sus ojos:

azules, duros, intensos. Pero también agregó que su discurso era razonable. ¿Hay que ser muy inteligente para atar cabos? —Holtzman sonrió otra vez—. La última vez que hablamos, me dijo que yo podría ser un buen agente secreto. —El camarero apareció con dos cervezas—. ¿Ha probado ésta antes? El orgullo de Maryland, un nuevo emprendimiento local de la Costa Este. —El camarero se retiró. Clark se apoyó sobre la mesa.

—Mire, respeto su capacidad. La última vez que hablamos usted mantuvo su palabra, y también respeto eso. Pero quiero hacerle recordar que desde que salí, mi vida corre por otros carriles y...

—No revelaré su identidad. Por tres razones: está mal, va contra la ley, y no quiero ponerme en contra de alguien como usted. —Bebió un trago de cerveza. —Estoy segurísimo de que algún día escribiré un libro sobre usted. Si la mitad de lo que se dice es cierto...

—Me parece bien, y quiero que Val Kilmer haga mi papel en el cine.

—Es demasiado lindo —Holtzman movió la cabeza con una mueca burlona—. Nick Cage tiene mejor mirada. De todos modos, le pedí que nos encontráramos para... —Hizo una pausa—. Ryan fue el que sacó al padre, todavía no sé cómo. Usted fue a la playa y sacó a Katryn y su madre, las llevó en bote a un submarino. No sé a cuál, pero sí sé que era uno de nuestros submarinos nucleares. Pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata entonces?

—De Ryan, que, como usted, es un Héroe Silencioso —Robert Holtzman disfrutó viendo la sorpresa en los ojos de Clark—. Me gusta Ryan, quiero ayudarlo.

—¿Por qué? —preguntó John, sin saber si podía confiar en Holtzman.

—Mi esposa Libby descubrió el caso Kealty. Lo publicó demasiado pronto y no podemos volver sobre eso ahora. Es una basura, mucho peor que los demás. No todos están tan convencidos de eso, pero Libby habló con dos de sus víctimas. En otros tiempos un hombre podía salirse con la suya, especialmente si proponía una política "progresista". Ya no. Es decir, supuestamente no —se corrigió—. No es que esté convencido de que Ryan es el tipo adecuado para ocupar la presidencia, ¿entendido? Pero es honesto. Tratará de hacer lo correcto, por los motivos correctos. Como solía decir Roger Durling: es un buen hombre en medio de la tormenta. Quiero venderle esa idea a mis editores.

—¿Cómo piensa hacerlo?

—Contando la historia de cómo Ryan hizo algo realmente importante por su país. Una historia lo bastante vieja para no alterar los ánimos y lo bastante nueva para que la gente reconozca que se trata del mismo hombre. ¡Dios santo, Clark, Ryan salvó a los rusos! Evitó un juego interno de poder que podría habernos dado otra década de Guerra Fría. Eso fue *grandioso*... y Ryan *jamás* dijo una palabra al respecto. Dejaremos muy claro que Ryan no filtró la información. Hablaremos con él antes de difundirla, y ya sabe qué nos dirá él...

—Les dirá que no la difundan —coincidió Clark. Se preguntaba con quién habría hablado Holtzman. ¿Con el juez Arthur Moore? ¿Con Bob Ritter? ¿Habrían hablado? En otro momento la respuesta a esa

pregunta hubiera sido un contundente *no*, ¿pero ahora? Ahora no estaba tan seguro. Al llegar a cierto nivel la gente suponía que romper las reglas era parte de un alto deber moral hacia el país. John sabía de memoria lo del “alto deber moral”. Más de una vez le había traído graves problemas.

—Pero es una historia demasiado buena para no divulgarla. Me llevó años atar cabos. El público tiene derecho a saber qué clase de hombre está sentado en el Despacho Oval, y especialmente si es el hombre correcto —prosiguió el peiodista. Evidentemente, Holtzman era la clase de hombre que podía persuadir a una monja a abandonar los hábitos.

—Bob, usted no sabe siquiera la mitad de lo ocurrido —Clark se detuvo en seco, molesto por haber hablado de más. Estaba en aguas profundas, nadando con un cinturón de piedras. Oh, maldición...—. Está bien, dígame qué quiere saber sobre Jack.

Se había acordado que utilizarían el mismo avión y que, para alivio de ambas partes, no permanecerían en Irán un minuto más de lo necesario. No obstante había un problema: el 737 no tenía el alcance de los G-IV, más pequeños, y tuvo que aterrizar en Yemen para cargar combustible. Los iraquíes no salieron del avión en Mehrabad pero, cuando colocaron la escalerilla, Badrayn descendió, sin recibir una sola palabra de gratitud de la gente que había salvado. Un automóvil lo estaba esperando y no miró atrás. Los generales ya eran parte de su pasado, y él del pasado de ellos.

El automóvil lo trasladó a la ciudad. El tránsito no era tan denso a esa hora de la noche y el trayecto fue fácil. Cuarenta minutos después el automóvil se detuvo frente a un edificio de tres pisos, con personal de seguridad. ¿Empezaría a vivir en Teherán a partir de ese momento?, se preguntaba Badrayn. Salió del automóvil. Un guardia de seguridad uniformado comparó una fotografía con su cara y señaló una puerta. Otro guardia, un capitán por sus insignias, le palmeó el hombro cortésmente y lo hizo subir a la sala de conferencias. Ya eran las tres de la mañana, hora local.

Encontró a Daryaei sentado cómodamente, leyendo recortes de diarios —la quintaescencia de los informes gubernamentales— en vez del Sagrado Corán. Bueno, de tanto estudiarlo, Daryaei ya sabía el Corán de memoria.

—La paz sea contigo —dijo Ali.

—La paz sea contigo —replicó Daryaei, no tan automáticamente como esperaba Badrayn. El anciano se levantó y fue a abrazarlo. Su rostro estaba más relajado que lo esperable. Obviamente cansado, dado que había sido un largo día para el religioso. Pero, anciano o no, los acontecimientos lo tenían en vilo—. ¿Se encuentra bien? —preguntó, invitándolo a sentarse.

Ali se permitió un profundo suspiro.

—Ahora sí —dijo—. No sabía por cuánto tiempo se mantendría estable la situación en Bagdad.

—La discordia no habría beneficiado a nadie. Mis colegas dicen que la vieja mezquita necesita refacciones.

Badrayn podría haber respondido que no sabía —en realidad, no sabía, pero hacía muchísimo tiempo que no pisaba una mezquita, hecho que obviamente no agradaría a Daryaei.

—Hay mucho que hacer —decidió responder.

—Sí, hay mucho que hacer —Mahmoud Haji Daryaei volvió a su silla e hizo a un lado los recortes de diarios. Sus servicios han sido muy valiosos. ¿Tuvo dificultades?

Badrayn negó con la cabeza.

—Realmente no. Es sorprendente lo miedosa que puede ser esa clase de hombres, pero yo estaba preparado. Su propuesta fue generosa y no tuvieron más remedio que aceptarla. ¿No piensa...? —se permitió preguntar.

Daryaei negó con la cabeza.

—No, se irán en paz.

Y aunque eso, de ser verdad, lo sorprendía bastante, Ali no permitió que su rostro lo delatara. Daryaei tenía pocas razones para amar a esos hombres. Todos habían participado en la guerra Irán-Irak y eran responsables de miles de muertes, una herida todavía abierta en su nación. Habían muerto demasiados jóvenes. Esa guerra era una de las razones por las que Irán no había desempeñado un papel mayor en el mundo durante años. Pero eso cambiaría pronto, ¿verdad?

—Entonces, ¿puedo preguntarle qué piensa hacer ahora?

—Irak ha sido un país enfermo durante mucho tiempo, apartado de la Fe Verdadera, errante en la oscuridad.

—Y agobiado por el embargo —agregó Badrayn, preguntándose si esa observación le permitiría sacar algo en limpio.

—Ha llegado el momento de terminar con eso —admitió Daryaei. Una chispa de luz en sus ojos demostró que aprobaba la observación de Badrayn. Sí, era el paso obvio a seguir, ¿no? Un cachetazo a Occidente. Se levantaría el embargo. Los comestibles inundarían el país y la población estaría encantada con el nuevo régimen. Agradaría a todos con el único motivo de agradarse a sí mismo. Y a Alá, por supuesto. Daryaei estaba seguro de que su política era inspirada por Alá, idea que Badrayn había desechado hacía tiempo.

—Estados Unidos será un problema, igual que otros países más cercanos.

—Estamos analizando el tema —respondió con tranquilidad. Bueno, tenía sentido. Habría pensado el movimiento durante años y, habiéndolo concretado por fin, se sentiría invencible. Daryaei siempre había creído que Alá estaba de su lado... mejor dicho, a su lado. Y tal vez estuviera, pero tenía que haber algo más. Tenía que haberlo si uno quería triunfar. Los milagros sucedían más fácilmente cuando uno se preparaba para recibirlos. Ali pensó que tal vez pudiera intervenir en el próximo milagro.

—Estuve observando al nuevo líder norteamericano —dijo.

—¿Ah, sí? —Daryaei lo miró con cierto interés.

—No es difícil conseguir información en la edad moderna. Los

medios norteamericanos publican demasiado y es fácil acceder a lo que se quiere. Varios de mis hombres están trabajando en eso, preparando un cuidado dossier —Badrayn mantuvo un tono casual. No le resultó difícil, estaba exhausto hasta la médula—. Es notable lo vulnerables que son ahora.

—Ciertamente. Dígame más.

—La clave de Estados Unidos es ese tipo Ryan. ¿No le parece obvio?

—La clave para cambiar Estados Unidos es una convención constitucional —dijo Ernie Brown, tras varios días de contemplación silenciosa. Pete Holbrook manejaba el control del proyector de diapositivas. Había tomado tres rollos del edificio del Capitolio y algunos más de otros edificios como la Casa Blanca, incapaz de evitar comportarse como un turista. Protestó al ver que una de las diapositivas estaba cabeza abajo. La idea de Ernie había tardado mucho en gestarse y no era tan impresionante después de todo.

—Hace tiempo que venimos hablando de eso —dijo Holbrook, sacando la diapositiva del proyector. ¿Pero cómo...?

—¿Forzarlo? Muy fácil. Si no hay presidente y tampoco hay manera de elegir uno dentro de la Constitución, *algo* tiene que pasar, ¿no?

—¿Matar al presidente? —bostezó Pete. ¿A cuál?

Ahí estaba el problema. No se necesitaba ser científico espacial para imaginarlo. Sacas del medio a Ryan y sube Kealty. Sacas del medio a Kealty y Ryan ya está adentro. Sería bastante difícil. Ambos recordaban la cantidad de seguridad que habían visto en la Casa Blanca. Si mataban a uno de los dos, todos los SS norteamericanos formarían un muro impenetrable alrededor del que quedara y necesitarían un misil para alcanzarlo. Los Montañeses no tenían misiles. Preferían las armas norteamericanas tradicionales, los rifles. Y hasta los rifles tenían sus limitaciones. El Jardín Sur de la Casa Blanca estaba forestado y escudado por liseras hábilmente disimuladas. Sólo se podía ver la Casa Blanca desde una avenida, pasando la fuente y el edificio propiamente dicho. Los edificios que la rodeaban pertenecían al gobierno y en las terrazas había guardias permanentes con binoculares... y rifles. Los SS norteamericanos estaban decididos a mantener alejada a la gente de “su” presidente, el siervo del pueblo cuyos custodios no confiaban en el pueblo. Pero si el hombre que viviera en esa casa fuera realmente uno del pueblo, no habría necesidad de semejante despliegue, ¿no? Cierta vez Teddy Roosevelt había abierto las puertas de par en par y estrechado la mano de los ciudadanos durante cuatro horas. ¡Eso jamás volvería a suceder!

—Ambos al mismo tiempo. Imagino que Ryan será el blanco más difícil, ¿correcto? —preguntó Brown. Quiero decir que él está donde está la mayor parte de la protección. Kealty tiene que moverse más, hablar con los transfugas de los diarios, y nunca estará tan protegido, ¿correcto?

Holbrook colocó la diapositiva en su lugar.

—De acuerdo, tiene sentido —concedió.
—Entonces, si encontramos la manera de matar a Ryan, eliminar a Kealty será un juego de niños —Brown sacó un teléfono celular del bolsillo—. Fácil de coordinar.
—Prosigue.
—Hay que investigar su agenda, conocer sus rutinas y elegir el momento adecuado.
—Muy costoso —observó Holbrook, pasando a la siguiente diapositiva. Era una foto muy común de la Casa Blanca, tomada desde la pequeña ventana norte del Monumento a Washington. Ernie Brown la había tomado, como tantos otros, y había pedido una ampliación en la casa de fotos local. Así podría mirarla durante horas sin cansarse. Luego conseguiría un mapa y revisaría la escala. Luego haría algunos cálculos simples.
—Lo más costoso será comprar el camión de cemento y alquilar un lugar no demasiado lejos de la ciudad.
—¿Cómo?
—Sé dónde está el agujero, Pete. Y sé cómo aprovecharlo. Todo es cuestión de elegir el momento adecuado.

No pasaría de esa noche, pensó Moudi. Tenía los ojos abiertos pero era imposible saber qué veía. Por fin, misericordiosamente, había dejado de sufrir. A veces pasaba. Ya lo había visto antes, sobre todo en enfermos de cáncer, y siempre era la antesala de la muerte. No tenía suficientes conocimientos de neurología para esclarecer las razones. Tal vez los conductos electroquímicos estuvieran sobrecargados, tal vez el cerebro tuviera una función correctiva. El cuerpo sabía lo que estaba ocurriendo, reconocía que había perdido la batalla y, dado que el sistema nervioso utilizaba el dolor como sistema de advertencia, cuando pasaba el tiempo de la advertencia también pasaba el tiempo del dolor. O tal vez fuera pura imaginación. Posiblemente su cuerpo estuviera demasiado dañado para reaccionar a cualquier estímulo. Era obvio que la hemorragia intraocular la había dejado ciega. La última aguja se había desprendido por el daño irreversible de las venas y Jean Baptiste también sangraba por ese lugar. Sólo se mantenía el goteo de morfina, con firmeza adherido al brazo con cinta. El corazón se estaba quedando sin sangre e intentaba bombear lo poco que le quedaba, agotándose en el esfuerzo.

Jean Baptiste todavía emitía ruidos, difíciles de oír a través del traje Racal. El plañido ocasional y los intervalos entre uno y otro lo llevaron a preguntarse si estaría rezando. Probablemente sí. Habiendo perdido la salud y estando a punto de perder la vida, sólo le quedarían infinitas horas de plegarias, disciplina que había regido su vida, y volvería a ellas en su locura... porque su mente no tenía otro lugar adonde ir. La enferma aclaró la garganta. En realidad tuvo un acceso de arcadas, pero luego murmuró algo con cierta claridad y Moudi bajó la cabeza para escuchar.

—...dre de Dios, ruega por nosotros pecadores...

Oh, ésa. Sí, ésa debía haber sido la plegaria favorita de la monja.
—No luche más, señora —le dijo Moudi. Ha llegado su hora. No luche más.

Los ojos cambiaron. Aunque no podía ver, dio vuelta la cabeza y lo miró. El médico sabía que se trataba de un reflejo mecánico. Ciega o no, los años de práctica indicaron a los músculos qué hacer. La cara se volvió instintivamente hacia la fuente de ruido y los ojos —cuyos músculos seguían funcionando— se dirigieron al foco de interés.

—¿Doctor Moudi? ¿Está ahí? —Las palabras salieron lentamente y, aunque no eran del todo claras, Moudi pudo entenderlas.

—Sí, hermana. Estoy aquí —tocó automáticamente la mano de la agonizante y quedó atónito. *¿Todavía estaba tan lúcida?*

—Gracias por... ayudarme. Rezaré por usted.

Lo haría. Y él lo sabía. Le palmeó la mano y aumentó el goteo de morfina. Todo había terminado. No podían seguir transfundiéndola para obtener más sangre infectada. Miró a su alrededor. Los dos médicos del ejército estaban sentados en un rincón, felices de que Moudi se ocupara de la enferma. Se acercó y señaló a uno de ellos.

—Avísele al director... Pronto.

—Enseguida. —El hombre estaba encantado de abandonar la habitación. Moudi contó hasta diez antes de hablarle al otro.

—Guantes nuevos, por favor. —Levantó las manos para demostrar que a él tampoco le gustaba tocar a la enferma. El segundo médico salió de la habitación. Moudi calculó que tenía un par de minutos.

La bandeja de medicamentos del rincón contenía lo que necesitaba. Tomó una aguja de 20 cc y la clavó en la sonda de morfina, empujándola lo suficiente para llenar por completo el cilindro de plástico. Después volvió junto a la cama, retiró la sábana plástica y buscó... allí. El dorso de la mano izquierda. Le clavó la aguja e inmediatamente empujó el émbolo hacia abajo.

—Esto la ayudará a dormir —dijo, retrocediendo. No esperó a ver si la moribunda le respondía o no. La aguja fue a parar al recipiente rojo de residuos punzantes y cuando el médico regresó con un nuevo par de guantes todo había vuelto a la normalidad.

—Aquí tiene.

Moudi asintió y dejó caer sus guantes en el recipiente de residuos, reemplazándolos por el par nuevo. Se acercó a la cama y vio cerrarse por última vez los ojos azules de Jean Baptiste. En el monitor se veían los latidos de su corazón a poco más de uno-cuarenta, irregularmente espaciados. Sólo era cuestión de tiempo. Probablemente estaría rezando en su sueño, o soñando plegarias. Bueno, al menos estaba seguro de que ya no sufría. La morfina invadiría el torrente sanguíneo por completo, las moléculas químicas se abrirían paso al cerebro, encajarían en los receptores y liberarían la dopamina que le diría al sistema nervioso que... sí.

El pecho de la enferma subió y bajó con dificultad. Hubo una pausa, casi como un hipo, y la respiración recomenzó en forma irregular. El flujo de oxígeno a la sangre disminuía aceleradamente. El ritmo cardíaco se hacía todavía más rápido. Por fin la respiración se

detuvo, pero el corazón no. Era tan fuerte y tan valiente, pensó el médico con tristeza, admirando al órgano de una persona ya muerta que se negaba a morir. Pero los latidos también cesaron y el monitor empezó a emitir un tono monocorde de alarma. Moudi lo apagó. Se dio vuelta y vio que los médicos intercambiaban una mirada de alivio.

—¿Tan pronto? —preguntó el director, viendo la línea chata en el monitor.

—Fue el corazón. Hemorragia interna —Moudi no necesitó decir nada más.

—Ya veo. Entonces, ¿estamos listos?

—Correcto, doctor.

El director hizo un gesto a los médicos para que cumplieran su última tarea. Uno de ellos envolvió los accesorios médicos en un plástico, el otro desconectó el último suero intravenoso y las líneas del monitor. Envolvieron a la enferma fallecida en una sábana plástica, como un pedazo de carne, patearon las trabas de las ruedas de la camilla y se la llevaron. Después volverían a limpiar escrupulosamente la habitación, asegurándose de que no quedara nada vivo en las paredes, el piso o el techo.

Moudi y el director siguieron la camilla hasta “Autopsias”, en el mismo sector aislado detrás de las puertas dobles, donde los esperaba una mesa de autopsia de acero inoxidable, suave y frío al tacto. Los asistentes acercaron la camilla a la mesa, descubrieron el cadáver y lo dejaron boca abajo sobre el frío acero, mientras los médicos observaban desde un rincón, poniéndose batas de cirugía sobre sus trajes protectores... más por hábito que por necesidad; después de todo, algunos hábitos son simplemente hábitos. Los asistentes levantaron las sábanas plásticas, tomándolas por los extremos para formar una U y permitir que la sangre acumulada pasara a un recipiente. Estimaron que había por lo menos medio litro. Colocaron las sábanas en un receptáculo especial con ruedas y salieron de la sala rumbo al incinerador. Aunque estaban muy nerviosos no habían dejado caer una sola gota.

—Muy bien.

El director apretó un botón para elevar un extremo de la mesa. Con exceso de rigor profesional apoyó las yemas de los dedos en la arteria carótida izquierda para asegurarse de que no había pulso y repitió el procedimiento en la derecha. Colocó el cuerpo en un ángulo de veinte grados, tomó un escalpelo grande y cortó ambas arterias, junto con las venas yugulares paralelas. La sangre se derramó, empujada por la gravedad, y fue drenada a un recipiente plástico con capacidad para cuatro litros. El cadáver quedó lívido. Pocos minutos antes, la piel de la monja tenía grandes manchas rojizas y purpúreas.

Moudi la veía desaparecer ante sus ojos, o tal vez fuera pura imaginación. Un técnico de laboratorio recogió el recipiente de sangre y lo colocó en una pequeña carretilla para trasladarlo. Nadie estaba dispuesto a cargar el recipiente, ni siquiera unos pocos pasos.

—Nunca hice la autopsia a una víctima de Ébola —observó el director. Pero no se trataba de una autopsia normal. Era como si hubieran degollado a un carnero para arrebatárle la sangre.

No obstante, debían tener cuidado. En casos como ése sólo trabajaba un par de manos dentro del campo quirúrgico, y Moudi dejó que el director practicara las incisiones brutales y anchas utilizando retractores de acero inoxidable para separar las capas de piel y músculo. No podía apartar la vista del escalpelo preso entre las manos enguantadas del director. Un minuto después quedó expuesto el riñón izquierdo. Esperaron el regreso de los asistentes. Uno de ellos colocó una bandeja sobre la mesa próxima al cadáver. Moudi sintió que se le revolvía el estómago. Uno de los efectos del virus de Ébola era la destrucción de tejidos. El riñón expuesto estaba licuado a medias y cuando el director intentó retirarlo se rompió... partiéndose en dos como un horrible budín pardo-rojizo. El director se sintió muy molesto por su torpeza. Sabía qué debía esperar, pero lo había olvidado.

—Es notable lo que pasa con los órganos, ¿no?

—Lo mismo pasará con el hígado, pero el bazo...

—Sí, ya sé. El bazo será como un ladrillo. Cuidado con las manos, Moudi —advirtió el director. Tomó un retractor esterilizado con forma de cuchara para retirar el pedazo de riñón remanente, que fue a parar a la bandeja. Asintió y uno de los asistentes lo llevó al laboratorio. El riñón derecho salió más fácil. Ante la insistencia del director, y después de separar los músculos y canales sanguíneos, ambos médicos usaron las manos para retirarlo. Gracias a eso el órgano permaneció razonablemente intacto... hasta que lo apoyaron en la bandeja. Allí se deformó y desparramó. Lo único bueno fue que la suavidad del tejido no comprometió la integridad de los guantes protectores dobles. No obstante, ambos retrocedieron espantados.

—¡Aquí! —El director hizo señas a los asistentes para que se acercaran. Denla vuelta.

Uno la tomó de los hombros y el otro de las rodillas y la dieron vuelta con celeridad. La brusquedad del movimiento hizo que la sangre y algunos tejidos les salpicaran las ropas. Los asistentes retrocedieron, tratando de mantenerse lo más lejos posible del cadáver.

—Quiero el hígado y el bazo, nada más —dijo el director a Moudi, levantando la vista. Luego se dirigió a los asistentes—. Después envolverán el cadáver y lo llevarán al incinerador. Esta sala debe ser escrupulosamente desinfectada.

Los ojos de la hermana Jean Baptiste estaban muy abiertos y tan ciegos como treinta minutos antes. Moudi le cubrió la cara con un trapo, murmurando una plegaria por su alma que el director escuchó.

—Sí, Moudi, ella ya está en el Paraíso. No lo dudes. Ahora, ¿podemos continuar? —preguntó. Hizo la acostumbrada incisión en forma de Y para abrir el tórax con la misma rudeza y profundidad que antes, despegando rápidamente las capas de músculo y piel. Parecía más un carnicero que un cirujano. Lo que vieron los espeluznó.

—¿Cómo pudo vivir tanto...? —musitó el director.

Moudi recordó su época de estudiante, cuando vio por primera vez un modelo plástico del cuerpo humano tamaño natural en la clase de anatomía. Era como si alguien hubiera metido aquel modelo en un

balde de solvente. Todos los órganos expuestos estaban deformados. El tejido superficial estaba... disuelto. El abdomen era un mar de sangre negra. No había salido siquiera la mitad de toda la sangre que le habían transfundido. Asombroso.

—¡Succión! —ordenó el director. Un asistente se paró a su lado con un tubo de plástico conectado a una botella vacía. El sonido era obsceno. El proceso duró diez minutos. Los médicos miraban desde un rincón mientras el asistente manejaba el tubo de succión como una mucama maneja la aspiradora. Otros tres litros de sangre contaminada para el laboratorio.

El Sagrado Corán enseñaba que el cuerpo debía ser un Templo de Vida. Moudi bajó la vista para ver un cuerpo humano transformado en... ¿qué? En una fábrica de muerte, más poderosa aún que el edificio donde estaban. El director volvió a la carga y Moudi lo vio descubrir el hígado con las manos, mucho más cuidadosamente que antes. Tal vez lo hubiera impresionado la sangre de la cavidad abdominal. Los canales sanguíneos y el tejido conectivo estaban otra vez cortados. Agotado, el director bajó el instrumental y, sin que se lo pidiera, Moudi retiró el órgano y lo colocó en la bandeja que el asistente volvió a llevarse.

—Me pregunto por qué el hígado se comporta de manera tan diferente.

Abajo, otros asistentes médicos y paramédicos trabajaban incansablemente. Las jaulas de los monos habían sido retiradas, una por una, de las ordenadas pilas del depósito. Los verdes africanos habían sido alimentados y se estaban recuperando del impacto del viaje. Eso reducía por el momento su capacidad de arañar, atrapar y morder las manos enguantadas que manipulaban sus jaulas. Pero volvieron a entrar en pánico cuando los trasladaron a otra sala, en grupos de diez. Y, cuando las puertas se cerraron en la sala de ejecuciones, los monos ya conocían su destino. Los más desafortunados llegaban a observar el procedimiento. Un soldado apoyaba la jaula sobre la mesa, abría la puerta e introducía un palo con una anilla metálica en el extremo. El mono era forzado a meter la cabeza en la anilla, que se ajustaba hasta romperle el cuello. Casi siempre el animal se ponía tieso y luego se aflojaba, con los ojos abiertos y encolerizados por el asesinato. El mismo instrumento se utilizaba para sacar de la jaula al animal muerto. La anilla se aflojaba y el cuerpo inerte era recibido por otro soldado, que lo llevaba a la sala vecina. Los otros monos veían y chillaban iracundos, pero las jaulas eran demasiado pequeñas para intentar algo. Algunos estiraban el brazo para evitar la anilla, pero lo único que conseguían era un brazo roto antes de morir. Para los verdes africanos —que eran lo bastante inteligentes para ver, saber y entender lo que estaban haciendo con ellos— la situación no difería demasiado de estar sentados en la copa de un árbol en la sabana y ver que un leopardo trepaba, trepaba y trepaba... y ellos no podían hacer otra cosa que aullar. A los soldados les molestaba un poco el ruido, aunque no era para tanto.

En la sala vecina, cinco equipos de forenses trabajaban en cinco mesas separadas. Primero fijaban los cuerpos a la mesa con grampas ajustadas al cuello y la base de la cola. Con ayuda de un cuchillo curvo, un soldado abría la espalda del mono en busca del espinazo, mientras otro hacía un corte perpendicular para dejar expuestos los órganos internos. El primer soldado extirpaba los riñones y se los entregaba al segundo. Los órganos más pequeños iban a parar a un recipiente especial y el primer soldado arrojaba el cuerpo a un barril plástico para su futura incineración. Cuando volvía a recoger su cuchillo, el otro miembro del equipo ya había preparado el siguiente cadáver de mono. Cada procedimiento individual llevaba cuatro minutos y, después de noventa minutos, todos los monos verdes africanos estaban muertos. Había cierta urgencia al respecto: la materia prima que utilizaban era biológica y estaba sujeta a procesos biológicos. Por último, el equipo de carniceros entregaba sus productos a través de ventanas con doble hoja abiertas en las paredes que daban al Laboratorio Especial.

Allí las cosas eran diferentes. Todos llevaban puestos sus trajes de plástico azul. Todos los movimientos eran lentos y cuidados. Habían sido entrenados e informados y, en caso de que hubieran olvidado algo, los médicos seleccionados al azar para atender a la occidental agonizante se lo habían recordado con lujo de detalles.

La sangre había sido colocada en un tanque que mantenía su temperatura al que se le infundía aire. Dos baldes llenos de riñones de simios fueron llevados a una máquina picadora, no demasiado diferente de los procesadores de alimentos que se encuentran en cualquier cocina. La picadora redujo los riñones a una pasta que pasó de una mesa a otra y fue repartida en bandejas junto con algunos líquidos nutrientes. Muchos de los que estaban en el laboratorio pensaron con asombro que el procedimiento no difería demasiado del horneado de una torta. La sangre se vertió generosamente en las bandejas. La mitad de la sangre reunida se usó de ese modo y el resto, dividido en recipientes plásticos, fue a parar a un congelador enfriado mediante nitrógeno líquido. El clima del Laboratorio Especial era cálido y húmedo, bastante parecido al de la jungla. Las luces no eran demasiado brillantes y estaban protegidas para evitar emisiones de rayos ultravioletas. A los virus no les gustan los rayos ultravioletas. Necesitan un medio ambiente apropiado para crecer y los riñones de los monos verdes africanos eran exactamente eso, junto con los nutrientes, la temperatura adecuada, la humedad correcta y una pequeña dosis de odio.

—¿Tanto has llegado a saber? —preguntó Daryaei.

—Gracias a los medios y los periodistas norteamericanos —replicó Badrayn.

—¡Son todos espías! —objetó el mullah.

—Muchos lo creen —dijo Ali con una sonrisa. Pero en realidad no lo son. Son... ¿cómo explicarlo? Son como heraldos medievales: ven lo que ven y dicen lo que ven. No son leales a nadie, excepto a sí mismos

y a su profesión. Sí, es verdad que espían, pero espían *a todos*, en especial a su propia gente. Admito que es una locura, pero no deja de ser verdad.

—¿Creen en algo? —Era una pregunta difícil para Badrayn.

Esbozó otra sonrisa.

—En nada que yo haya podido identificar. Ah, sí, los norteamericanos son devotos de Israel, pero hasta eso es una exageración. Me llevó años entenderlo. Son como perros al ataque, capaces de morder la mano del amo. Buscan, ven, y cuentan lo que han visto. Y por eso he podido enterarme de todo respecto a Ryan... su casa, su familia, las escuelas de sus hijos, el número de consultorio de su esposa, todo.

—¿Y si parte de la información no fuera verdadera? —preguntó Daryaei con suspicacia. Para él, la naturaleza de los periodistas occidentales era demasiado ajena e incomprensible.

—Es fácil de verificar. Por ejemplo, el lugar de trabajo de su esposa. Estoy seguro de que debe haber algunos fieles de servicio en ese hospital. Todo es cuestión de acercarse y hacerles un par de preguntas inofensivas. La casa, obviamente, estará custodiada. Igual que los hijos. Es un acertijo para todos ellos. Deben contar con cierta protección para moverse, pero la protección es *visible*, y por lo tanto es posible saber cuántos son, dónde están y quiénes son. Con la información que he conseguido, hasta sabemos por dónde empezar a buscar —Badrayn profería frases cortas y simples. No porque Daryaei fuera tonto —estaba claro que no lo era—, sino porque era insular. Todos esos años en el Líbano le habían dado la ventaja de ver mucho y aprender mucho más. Sobre todo había aprendido que necesitaba un patrocinador y en Mahmoud Haji Daryaei veía al candidato perfecto. Ese hombre tenía planes y necesitaba gente. Y, por una u otra razón, no confiaba en los suyos por completo. Badrayn no quería saber por qué. Cualesquiera fueran las razones, para él era un golpe de suerte que no debía ser cuestionado.

—¿Hasta qué punto están bien custodiados? —preguntó el mullah, jugando con su barba. Hacía casi veinticuatro horas que no se afeitaba.

—Están muy bien custodiados —replicó Badrayn, advirtiendo cierto tufillo extraño en la pregunta—. Las agencias policiales norteamericanas son muy eficaces. El problema del crimen en Estados Unidos no tiene nada que ver con la policía. Simplemente no saben qué hacer con los criminales que atrapan. ¿En cuanto al presidente...? —Ali se despejó un poco—. Estará rodeado por un grupo de custodios expertos y superentrenados, bien motivados... y absolutamente leales. —Agregó las últimas palabras para ver si los ojos de su interlocutor cambiaban. Daryaei estaba cansado y hubo un cambio en su mirada. —De otro modo, custodia siempre es custodia. Los procedimientos son directos. Pero usted no necesita que lo instruya al respecto.

—¿Hasta qué punto es vulnerable Estados Unidos?

—Es muy vulnerable. El gobierno es un caos. Pero usted ya lo sabe.

—Esos norteamericanos son difíciles de medir... —musitó Daryaei.

—Tienen un formidable poder militar. Su voluntad política es impredecible, tal como alguien que ambos... *conocíamos* descubrió para su infortunio. Sería un error subestimarlos. Estados Unidos es como un león dormido: hay que tratarlo con cuidado y respeto.

—¿Y cómo se hace para derrotar a un león?

La pregunta sorprendió a Badrayn con la guardia baja. Pero inmediatamente recordó que durante un viaje a Tanzania —donde había aconsejado al gobierno sobre manejo de insurgentes— había visitado la selva acompañado por un coronel del servicio de inteligencia. En determinado momento vieron un león viejo pero todavía capaz de cazar sus presas. Tal vez estuviera tullido. De pronto apareció una manada de hienas. Al verla, el coronel tanzano detuvo el jeep Zil de fabricación soviética y, tendiéndole sus binoculares a Badrayn, le aconsejó observar y aprender una lección sobre los insurgentes y sus capacidades. Entonces pasó algo que jamás olvidaría. El león era voluminoso, tal vez viejo, tal vez agostadas las fuerzas de su juventud, pero todavía poderoso e imponente; aun a doscientos metros de distancia, una criatura de innegable magnificencia. Las hienas eran más pequeñas, parecían perros, y marchaban a medio galope. Primero se reunieron en un grupo pequeño a veinte metros del león que intentaba devorar su presa. Luego se movieron y formaron un círculo alrededor de la gran bestia. La que estaba detrás del poderoso felino avanzó y le mordió las patas traseras. El león se dio vuelta, rugió y avanzó unos metros... y la hiena se retiró rápidamente. Mientras tanto, otra hiena avanzó para mordisquear las patas traseras del león. Separadas, las hienas no tenían más posibilidades contra el rey de la selva de las que un hombre con un cuchillo hubiera tenido contra un soldado armado con una ametralladora, pero, desafiado de esa manera, el león fue incapaz de proteger su presa —ni siquiera pudo proteger sus ancas— y pronto tuvo que ponerse a la defensiva sin siquiera poder correr dignamente... porque siempre había una hiena tras él, mordiéndole los testículos, obligándolo a correr de manera ridícula, arrastrando la cola contra el suelo para protegerse. Y finalmente el león se retiró, sin rugir, sin mirar atrás, y las hienas se adueñaron de la presa con sus extraños ladridos risueños, como si les resultara divertido usurpar el trabajo de un animal más grande. Y así el poderoso fue derrotado por el más débil. El león envejecería más, se debilitaría más, y algún día sería incapaz de derrotar a una sola hiena para defender su propio pellejo. Tarde o temprano, le había dicho su amigo tanzano, las hienas se comían a los leones. Badrayn miró a los ojos a su anfitrión.

—Puede hacerse.

Nuevas administraciones

Había treinta en el Salón Este —para su sorpresa, todos hombres acompañados por sus esposas. Jack escrutó sus caras al entrar a la recepción. Algunos le agradaron. Otros no. Los que le agradaban estaban tan asustados como él. Pero eran los confiados y sonrientes los que lo preocupaban.

¿Qué debía hacer con ellos? Ni siquiera Arnie conocía la respuesta a esa pregunta, aunque había analizado varias estrategias. ¿Demostrar fortaleza para intimidarlos? Seguro, y al día siguiente los diarios dirían que ambicionaba convertirse en el Rey Jack I. ¿Tomarlos a la ligera? Dirían que era un pusilánime incapaz de asumir su posición de liderazgo. Estaba aprendiendo a temer a los medios. Antes no le había ido tan mal. Lo habían ignorado cuando era una simple abeja obrera. Y cuando era asesor de Seguridad Nacional de Roger Durling lo tenían por muñeco de ventrílocuo. Pero la situación había cambiado y ya no podía decir nada que no pudiera ser transformado en lo que cada interlocutor quería escuchar... o hubiera querido decir. Hacía tiempo que Washington había perdido la objetividad. Todo era política, y la política era ideología, y la ideología se basaba más en prejuicios personales que en la búsqueda de la verdad. ¿Dónde se habían educado esos tipos para que la verdad les importara un bledo?

El problema de Ryan era que en realidad *no tenía* una filosofía política per se. Creía en las cosas que funcionaban, produciendo los resultados esperados y reparando lo que se hubiera roto. Que esas cosas adhirieran a una inclinación política u otra carecía de importancia frente a los efectos que surtían. Las buenas ideas funcionaban, aunque algunas parecieran alocadas en un principio. Las malas ideas no funcionaban, aunque muchas parecieran endiabladamente sensatas. Pero en Washington no pensaban así. En esa ciudad las ideologías eran *hechos*, y si sus ideologías no funcionaban la gente lo negaba; y si las ideologías que les desagradaban *funcionaban*, los opositores no lo admitían... porque admitir un error les resultaba más odioso que cualquier forma de descarrío personal. Estaban más dispuestos a negar la existencia de Dios que a negar sus ideas. La política debía ser el único campo donde la gente realizaba grandes acciones sin tener en cuenta sus consecuencias sobre el mundo real, la única actividad manejada por gente para la que el mundo real era mucho menos importante que cualquier fantasía —fuera de derecha, izquierda o centro— que la hubiera llevado a esa ciudad de mármol y abogados.

Jack miraba todas las caras, preguntándose qué bagaje político habrían llevado junto con sus maletas. Tal vez su incapacidad de entender cómo funcionaban las cosas fuera una debilidad, pero hasta el momento había vivido una vida donde los errores provocaban la muerte de las personas... y en el caso de Cathy, las dejaban ciegas. Para Jack las víctimas eran personas con nombres y caras reales. Para Cathy eran las personas cuyas caras había *tocado* en la sala de operaciones. Para las figuras políticas eran abstracciones mucho más lejanas que sus ideas férreamente sostenidas.

—Es como estar en una jaula del zoológico —le dijo Carolyn Ryan, FLOTUS, SURGEON, a su marido, escudándose en una sonrisa encantadora. Había regresado a la casa con el tiempo justo para ponerse un vestido nuevo de seda blanca y un collar de oro que Jack le había regalado para Navidad... pocas semanas antes de que los terroristas trataran de matarla en el puente de la Ruta 50, en Annapolis.

—Con barrotes de oro —replicó su esposo, POTUS, SWORDS-MAN, esbozando una sonrisa tan falsa como un billete de tres dólares.

—¿Y qué animales somos? —preguntó Cathy mientras los senadores recién designados aplaudían su entrada. ¿El león y la leona? ¿El toro y la vaca? ¿La pareja de pavos reales? ¿O dos conejitos de laboratorio a la espera de que les echen shampoo en los ojos?

—Todo depende de quién esté mirando, nena —Ryan llevaba a su esposa de la mano y juntos se acercaron al micrófono.

—Damas y caballeros, bienvenidos a Washington. —Hizo una pausa para recibir otra ronda de aplausos. Ésa era otra cosa que tendría que aprender. La gente aplaudía al presidente por todo. Por suerte los baños tenían puerta. Metió la mano en el bolsillo y sacó algunas tarjetas de tres por cinco centímetros donde figuraban los puntos centrales de su discurso. Las tarjetas habían sido preparadas por Callie Weston y la letra manuscrita era tan grande que no necesitó ponerse anteojos. No obstante, estaba seguro de que sufriría una jaqueca. Siempre le dolía la cabeza después de tantas lecturas.

—Nuestro país tiene necesidades, y no son pequeñas. Ustedes están aquí por la misma razón que yo. Han sido nombrados para llenar un vacío. Ocuparán cargos que tal vez no esperaban ocupar y que muchos de ustedes ni siquiera anhelaban. —Eran adulaciones vanas, de la clase que deseaban escuchar... Mejor dicho, deseaban que las cámaras CSPAN los *registraran* mientras las escuchaban. Había tal vez tres personas en el salón que no eran políticos de carrera, y una de ellas era un gobernador que había intercambiado figuritas con su vicegobernador para cubrir el mandato de un senador de otro partido en Washington. Los diarios recién estaban empezando a escribir sobre ese fenómeno. La polaridad del Senado cambiaría como resultado del choque del 747, porque el control de las treinta y dos gobernaciones norteamericanas no estaba en absoluta concordancia con los lineamientos del Congreso.

—Eso es bueno —prosiguió Ryan. Hay una larga y honorable tradición de ciudadanos al servicio de su nación que data de Cincinnatus, un ciudadano romano que, después de haber respondido

más de una vez el llamado de su país, regresó a su granja, su familia y su trabajo. Una de nuestras grandes ciudades fue bautizada en memoria de aquel caballero —agregó Jack, mirando al nuevo senador por Ohio, oriundo de Dayton, muy cerca de Cincinatti.

—Creo que no estarían aquí si no comprendieran esas necesidades. Pero mi mensaje de hoy para ustedes es que debemos trabajar juntos. Nosotros no tenemos tiempo y nuestro *país* no tiene tiempo para nuestras peleas y altercados. —Tuvo que detenerse para recibir un nuevo aplauso. Molesto por la demora, se esforzó por esbozar una sonrisa apreciativa y asentir.

—Senadores, pronto comprobarán que es fácil trabajar conmigo. Mi puerta está siempre abierta, sé contestar el teléfono y la calle tiene dos manos. Discutiré todos los temas. Escucharé todas las opiniones. No habrá más reglas que la Constitución que he jurado preservar, proteger y defender.

”La gente que vive más allá de la Interestatal 495 espera que hagamos bien nuestro trabajo. No espera que trabajemos para ser reelegidos. Espera que trabajemos para el bien común al máximo de nuestras capacidades. Nosotros trabajamos para ellos. Ellos no trabajan para nosotros. Nosotros tenemos el deber de trabajar para ellos. Robert E. Lee dijo una vez que “deber” es la palabra más sublime de nuestro idioma. Hoy es todavía más sublime e importante, porque ninguno de nosotros ha sido electo para el cargo. Representamos al pueblo de una democracia, pero todos hemos llegado aquí de una manera que no era la esperada. ¿Cuánto más grande entonces será nuestro deber personal para cumplir nuestros roles de la mejor manera posible? —Más aplausos.

—No hay mayor confianza que la que el destino nos ha otorgado. No somos nobles medievales, ricos y poderosos por nacimiento. Somos los sirvientes, no los amos, de aquellos cuyo consenso nos ha dado el poder que tenemos. Heredamos la tradición de los gigantes. Henry Clay, Daniel Webster, John Calhoun y tantos otros miembros del Congreso que deben ser nuestros modelos. “¿Cómo se erguirá la Unión?”, dicen que pregunta Webster desde la tumba. Nosotros lo determinaremos. La Unión está en nuestras manos. Lincoln dijo que Estados Unidos era la última y mejor esperanza de la humanidad, y en los últimos veinte años Estados Unidos ha dado fe de la afirmación de nuestro decimosexto presidente. Estados Unidos es todavía un experimento, una idea colectiva, un equipo de reglas que llamamos Constitución, dentro y fuera de la capital del país. Es ese brevísimo documento lo que nos hace tan especiales. Estados Unidos no es una franja de tierra y roca entre dos océanos. Estados Unidos es una idea y un grupo de reglas que todos obedecemos. Eso es lo que nos vuelve diferentes, y en honor a esa verdad todos los presentes en este salón nos aseguraremos de que el país que leguemos a nuestros sucesores sea el mismo que nos fue confiado, y tal vez un poco mejor. Y ahora —Ryan se volvió hacia el supremo juez de la Corte de Apelaciones del Cuarto Distrito Judicial de Estados Unidos, el juez de apelaciones de mayor jerarquía de la nación— ha llegado el momento de unirse al equipo.

El juez William Staunton se acercó al micrófono. Todas las esposas de senadores tenían una Biblia entre las manos, y todos los futuros senadores apoyaron la mano izquierda sobre ella, levantando la derecha.

—Yo... digan sus nombres...

Los nuevos senadores juraron bajo la atenta mirada de Ryan. Por lo menos era una ocasión solemne. Algunos legisladores besaron las Biblias, no sabía si por convicciones religiosas personales o porque las cámaras estaban cerca. Después besaron a sus esposas, la mayoría radiantes. Hubo un suspiro colectivo, todos se miraron y el staff de la Casa Blanca apareció con tragos apenas se apagaron las cámaras. Ahora comenzaría el verdadero trabajo. Ryan tomó un vaso de Perrier y avanzó hacia el centro del salón, sonriendo a pesar de su fatiga y su dificultad para enfrentar compromisos políticos.

Cada vez llegaban más fotos. La seguridad del aeropuerto de Kartum no había mejorado y en ese momento había tres oficiales de inteligencia norteamericanos tomando fotos de la gente que bajaba por las escaleras. Todos estaban sorprendidos porque los noticieros aún no habían explotado la historia. Una hilera de vehículos oficiales —probablemente la flota entera de esa nación paupérrima— se llevó a los recién llegados. Cuando el proceso concluyó, el 737 volvió al este y los agentes secretos regresaron a la embajada. Había otros dos agentes en las proximidades de las viviendas asignadas a los generales iraquíes... dato obtenido a través de un importante contacto en el Ministerio del Exterior de Sudán. Después de tomar las fotos correspondientes, también emprendieron el regreso, y los negativos fueron procesados y revelados en el cuarto oscuro de la embajada y luego enviados por fax vía satélite. En Langley, Bert Vasco identificó todos los rostros, asistido por un par de oficiales de la CIA y una borrosas fotos de archivo.

—Eso es —declaró Vasco. Estamos frente a la plana militar mayor. Pero no ha salido un solo civil del Partido Ba'ath.

—Entonces ya sabemos quiénes son los chivos expiatorios. —La observación pertenecía a Ed Foley.

—Sí —respondió Mary Pat, asintiendo. Y eso les da a los oficiales jerárquicos sobrevivientes la oportunidad de arrestarlos, "procesarlos" y demostrar lealtad al nuevo régimen. Mierda —concluyó—. Demasiado rápido. —Su jefe de estación en Riyadh no tenía a dónde ir y lo mismo podía decirse de algunos diplomáticos sauditas que habían implementado un programa de incentivos fiscales para el régimen iraquí... que a partir de ahora sería completamente innecesario.

Ed Foley, el nuevo DCI, movió la cabeza admirativamente.

—No creía que llegaran a tanto. Matar a nuestro amigo, seguro, pero engatusar al liderazgo tan rápido y con tanta astucia... ¿quién lo hubiera dicho?

—Ése es el punto, señor Foley —coincidió Vasco. Seguramente hubo un intermediario... ¿pero quién?

—Abejas obreras, a sus labores —dijo Ed Foley a sus oficiales con una sonrisa torcida—. Todo lo que puedan revelar, ASAP.

Parecía una suerte de horrible estofado: la sangre humana ennegrecida y la pasta nefrítica pardo-rojiza de los riñones de los monos flotaban en chatas bandejas de vidrio bajo luces suaves y semicubiertas para evitar que los rayos ultravioletas dañaran los virus. No había mucho que hacer, excepto monitorear las condiciones ambientales, tarea realizada por simples instrumentos. Moudi y el director, vestidos con trajes protectores, entraron para chequear personalmente las selladas cámaras de cultivo. Dos tercios de la sangre de Jean Baptiste habían sido congelados en caso de que algo anduviera mal en el primer intento de reproducir el virus de Ébola Mayinga. También chequearon los sistemas múltiples de ventilación, porque el edificio se había transformado en una verdadera fábrica de muerte. Se tomaban precauciones por partida doble. Como deseaban proporcionar al virus un medio propicio para multiplicarse, los forenses del ejército rociaban constantemente cada milímetro cuadrado de la puerta para asegurar la asepsia exterior... pero el virus también debía ser protegido y aislado de los desinfectantes. Además, había que filtrar con cuidado el aire de las cámaras de cultivo, por miedo a que el esfuerzo de mantener viva a la gente que trabajaba en el edificio matara aquello que a su vez podría matarlos si cometían otra clase de error.

—¿De verdad crees que esta variedad puede transmitirse por aire?

—Como sabrás, la variedad Ébola Mayinga debe su nombre a una enfermera que se contagió a pesar de todas las medidas protectoras convencionales. La Paciente Dos —le resultaba más fácil no pronunciar su nombre— era una enfermera capaz y con mucha experiencia en Ébola, que no aplicó inyecciones y no pudo determinar cómo se había infectado. Por lo tanto, sí, creo que es posible.

—Eso nos sería muy útil, Moudi —susurró el director, tan lánguidamente que Moudi tuvo dificultades para escucharlo. No obstante lo escuchó. La sola idea era lo bastante altisonante—. Podemos comprobarlo —agregó el director.

Moudi pensó que eso le resultaría mucho más fácil. Por lo menos no conocería a la gente por su nombre. Se preguntó si tendría razón sobre el virus. Tal vez la Paciente Dos hubiera cometido un error y lo hubiera olvidado. Pero no, él había examinado su cuerpo en busca de incisiones, al igual que María Magdalena, y obviamente Jean Baptiste no habría lamido las secreciones del pequeño Benedict Mkusa, ¿no? Entonces, ¿qué significaba eso? Significaba que la variedad Mayinga sobrevivía un breve período de tiempo en el aire, y eso a su vez significaba que tenían entre manos un arma potencial como jamás había poseído el hombre, peor que las armas nucleares, peor que las armas químicas. Tenían un arma que podía reproducirse a sí misma y ser propagada por sus propias víctimas, de una a otra y a otra y a otra hasta que la epidemia se detuviera en el momento debido. Porque en

algún momento se detendría. Todas las epidemias se detenían. Tenía que detenerse, ¿no?

¿No?

Moudi alzó la mano para acariciarse el mentón y su ademán contemplativo fue obstaculizado por la máscara plástica. No conocía la respuesta. En Zaire y los otros países africanos afligidos por la odiosa enfermedad, las epidemias, por terroríficas que fueran, terminaban por detenerse... a pesar de las condiciones ambientales ideales que protegían y sustentaban al virus. Pero en el otro lado de esa ecuación estaba la naturaleza primitiva de Zaire, los espantosos caminos y la falta de transportes eficaces. La enfermedad mataba a la gente antes de que pudiera trasladarse. Ébola barría aldeas, pero nada más. Nadie sabía realmente lo que ocurriría en un país avanzado. Teóricamente, era posible infectar un avión, por ejemplo un vuelo internacional al aeropuerto Kennedy. Los pasajeros abandonarían ese avión y subirían a otros. Tal vez propagarían la enfermedad inmediatamente a través de toses y estornudos, o tal vez no. No tenía importancia. Muchos de ellos volverían a volar en pocos días, preguntándose si tendrían gripe, y propagarían el virus infectando a más personas.

La propagación de una epidemia dependía casi exclusivamente del tiempo y la ocasión. Cuanto más rápido saliera del foco infeccioso, más podría propagarse en la población. Había modelos matemáticos, pero eran todos teóricos y dependían de multitud de variables individuales, cada una de las cuales podía a su vez afectar toda la ecuación según el orden de magnitud. Decir que la epidemia terminaría a su tiempo era correcto. La pregunta era: ¿cuánto tiempo *duraría*? La respuesta determinaría la cantidad de gente infectada antes de que las medidas protectoras surtieran efecto. ¿El virus lograría invadir un uno por ciento de la sociedad, un diez por ciento, o un cincuenta por ciento? Estados Unidos no era precisamente una sociedad provinciana. Todos interactuaban con todos. Un virus transmisible por aire con un período de incubación de tres días... Moudi no conocía ningún modelo aplicable al caso. La epidemia más mortífera y reciente en Kikwit, Zaire, había diezmado poco menos de trescientas vidas, pero se había iniciado con un desafortunado hachero que había contagiado a su familia y luego a sus vecinos. El truco para crear una epidemia más abarcativa era aumentar el número de casos índice. Si lograban hacerlo, el brote inicial de Ébola Zaire Mayinga *Estados Unidos* sería lo bastante grande como para invalidar las medidas de control convencionales. No se propagaría a partir de un hombre y su familia sino a partir de cientos de individuos y sus familias... ¿o miles? El próximo salto generacional podría implicar cientos de miles. Para ese entonces los norteamericanos se habrían dado cuenta de que había un mecanismo perverso detrás de la enfermedad, pero aún quedaría tiempo para un nuevo salto generacional de mayor magnitud, tal vez millones. Y las facilidades médicas estarían absolutamente superadas...

...y tal vez no hubiera manera de detenerlo. Nadie conocía las posibles consecuencias de una infección masiva deliberada en una

sociedad altamente móvil. Podía tener implicancias globales. Seguro no las tendría, decidió Moudi, observando a través del plástico de su máscara las transparentes bandejas de cultivo protegidas por gruesos paneles de vidrio reforzado con alambre. La primera generación de la enfermedad provenía de un portador desconocido y había matado a un niño. La segunda generación había ocasionado una sola víctima, gracias al destino, la suerte y su propia competencia como médico. La tercera generación crecería ante sus ojos. Era imposible determinar hasta qué punto se propagaría, pero las generaciones Cuatro, Cinco, Seis, y quizá Siete determinarían el destino de un país entero... que casualmente era enemigo del suyo.

Todo sería más fácil. Jean Baptiste había tenido una cara, una voz y una vida que habían tocado las suyas. No volvería a cometer el mismo error. La monja había sido infiel pero virtuosa, y ahora estaría con Alá, porque Alá era verdaderamente misericordioso. Él había rogado por su alma y Alá habría escuchado sus plegarias. Muy pocos en Estados Unidos o en cualquier parte del mundo serían tan virtuosos como ella, y él sabía que los norteamericanos odiaban a su país y desconfiaban de su fe religiosa. Tal vez tuvieran nombres y caras pero él no los había visto y jamás los vería, y estaban a miles de kilómetros de distancia, y era fácil apagar el televisor.

—Sí —coincidió Moudi—. Comprobarlo será fácil.

—Miren —decía George Winston a un grupo de tres nuevos senadores—, si el gobierno federal fabricara autos, una camioneta Chevy costaría ochenta mil dólares y tendría que parar cada diez cuerdas a recargar nafta. Ustedes conocen el paño. Yo también. Podemos hacer mejor las cosas.

—¿Es realmente tan terrible? —preguntó el senador por Connecticut.

—Puedo mostrarles los números de productividad comparativa. Si Detroit se manejara así, todos andaríamos en automóviles japoneses —replicó Winston, hundiendo el dedo índice en el pecho del senador y pensando en deshacerse de su Mercedes 500SEL... o al menos abandonarlo en el garaje por un tiempo.

—Es como tener un solo patrullero para cubrir Los Ángeles Este —les decía Tony Bretano a otros cinco, dos de ellos oriundos de California. No tengo las fuerzas que necesito para cubrir *un* MCR. Es un conflicto regional mayor. Y en los papeles se supone que podemos cubrir dos al mismo tiempo, además de una misión para mantener la paz en algún otro sitio. ¿Entendido? Ahora, lo que necesito en Defensa es la oportunidad de reconfigurar nuestras fuerzas para que los tiradores sean lo más importante y el resto del equipo los respalde, y no al revés. Los contadores y los abogados son útiles, pero ya tenemos bastantes en Tesoro y Justicia. En Defensa nos ocupamos de la policía, y no tengo suficiente policía en las calles.

—¿Pero cómo haremos para pagarlos? —preguntó el joven sena-

dor de Colorado. El senador del Rocky Mountain State había participado en una recaudación de fondos en Golden esa misma noche.

—El Pentágono no es un programa laboral. Tenemos que recordarlo. La semana entrante tendré la descripción detallada de todo lo que necesitamos. Iré a la Colina y juntos imaginaremos cómo alcanzar nuestros objetivos con el menor costo posible.

—¿Ves? ¿Qué te dije? —murmuró Van Damm, pasando detrás de Ryan. Déjalos actuar por ti. Simplemente, relájate y disfruta.

—Lo que dijo es cierto, señor presidente —dijo el nuevo senador por Ohio, aprovechando que las cámaras estaban apagadas para saborear un trago de aguardiente y agua—. Sabe, una vez en la escuela hice un pequeño informe histórico sobre Cincinnatus y...

—Bueno, lo único que debemos hacer es anteponer el país a todo... —dijo Jack.

—¿Cómo se las arregla para seguir trabajando y... quiero decir... —la esposa del senador de Wisconsin intentaba explicarse—, ¿todavía practica cirugías?

—Y enseño, que es más importante aún —dijo Cathy con un gesto de asentimiento, deseando estar arriba escribiendo recomendaciones para sus pacientes. Bueno, al día siguiente volvería al helicóptero—. Nunca dejaré de trabajar. Mi trabajo es devolver la vista a los ciegos. A veces les quito los vendajes yo misma y verles las caras en ese momento es lo mejor del mundo. Lo mejor —repitió.

—¿Mejor que yo, querida? —preguntó Jack, abrazándola. Tal vez funcionara. Hechízalos, le habían aconsejado Arnie y Callie.

El proceso había comenzado. El coronel asignado para vigilar a los cinco mullahs los había seguido a la mezquita, donde, conmovido por el momento, había orado con ellos. Al concluir las devociones, el más viejo le había hablado cortesmente, mencionando un pasaje favorito del Sagrado Corán a fin de establecer lazos de simpatía. Eso había despertado en la memoria del coronel un recuerdo de su juventud y su padre, hombre honorable y devoto. Siempre pasaba lo mismo cuando se trataba con gente, sin importar la cultura o el lugar. Había que hacerlos hablar, leer entre líneas y elegir la estrategia apropiada para proseguir la conversación. El mullah, dedicado a la vida religiosa desde hacía más de cuarenta años, había aconsejado a la gente en cuestiones de fe y problemas diversos, y por eso no le resultaba difícil comunicarse con su captor, un hombre supuestamente destinado a matarlo si así lo ordenaban sus superiores. Pero los generales prófugos habían escogido poco sabiamente al escoger un hombre devoto. El Islam era una religión con una larga y honorable historia, atributos imposibles de aplicar al régimen agonizante que el coronel había jurado defender.

—Debe haber sido difícil pelear en los pantanos —dijo el mullah unos minutos después. Estaban discutiendo las relaciones entre los dos países islámicos.

—La guerra es mala. Nunca sentí placer al matar —admitió el

coronel. Era como un católico en el confesionario. Los ojos se le llenaron de lágrimas y relató algunas de las cosas que había hecho a lo largo de los años. Ahora se daba cuenta de que, aunque nunca había sentido placer al matar, había endurecido su corazón para apretar el gatillo sin distinguir al inocente del culpable, al justo del corrupto, limitándose a cumplir órdenes... porque eran meras órdenes y no la manera correcta de hacer las cosas. Ahora se daba cuenta.

—El hombre cae con frecuencia, pero a través de las palabras del Profeta puede encontrar el camino de regreso a Dios misericordioso. Los hombres olvidan sus deberes, pero Alá jamás olvida el Suyo. —El mullah tocó el brazo del militar. —Creo que aún no han concluido tus plegarias. Rezaremos juntos a Alá y juntos encontraremos paz para tu alma.

Después de eso, todo había sido muy fácil. Al enterarse de que los generales estaban abandonando el país, el coronel tuvo dos buenas razones para cooperar. No tenía deseos de morir. Estaba dispuesto a cumplir la voluntad de su Dios para permanecer vivo y servirlo. Para demostrar su devoción, reunió dos compañías de soldados que puso a las órdenes de los mullahs. Para los soldados fue fácil. Lo único que tenían que hacer era obedecer las órdenes de sus superiores. Nunca se les hubiera ocurrido hacer otra cosa.

Amanecía en Bagdad y las puertas de algunas mansiones fueron abiertas a patadas. Algunos estaban despiertos, otros dormían su borrachera. Algunos habían empacado para escapar e intentaban resolver dónde ir y cómo llegar allí. Todos tardaron un poco en entender lo que estaba pasando, a pesar de que el error de un minuto podía marcar la diferencia entre una vida próspera y una muerte violenta. Pocos se resistieron, y él único que estuvo a punto de triunfar en el intento fue partido en dos junto con su esposa por la estrepitosa ráfaga de una AK-47. La mayoría fueron arrastrados descalzos hasta los camiones, de cara a la vereda. Finalmente, todos tuvieron plena conciencia de que había terminado su participación en el drama.

Esos mensajes radiales tácticos no estaban encriptados y las débiles señales VHF fueron monitoreadas por STORM TRACK, que estaba más cerca de Bagdad. Los nombres fueron pronunciados más de una vez cuando los equipos de los camiones se reportaron a sus cuarteles, facilitando la tarea de los equipos ELINT localizados en la frontera y en KKMC (Ciudad Militar Rey Khalid). Los oficiales de vigilancia llamaron a sus supervisores y enviaron vía satélite varios despachos de prioridad CRÍTICA.

Ryan acababa de acompañar a la puerta al último de los nuevos senadores cuando entró Andrea Price.

—Los zapatos me están matando y tengo una operación en...
—Cathy dejó de hablar.

—Está entrando tráfico FLASH, señor.

—¿Irak? —preguntó Jack.

—Sí, señor presidente.

El presidente besó a su esposa.

—Subiré en un rato —prometió.

Cathy no tuvo otra opción que asentir y dirigirse al ascensor, donde un ujier esperaba para llevar a la primera pareja a su dormitorio. Los niños ya estarían acostados. Habrían hecho la tarea, probablemente con la generosa ayuda de sus custodios. Jack giró a la derecha, bajó las escaleras al trote, giró nuevamente a la derecha, luego a la izquierda para salir del edificio, y finalmente ingresó al Ala Oeste y luego al Salón de Situaciones.

—Quiero saber todo —ordenó el presidente.

—Ha empezado —dijo Ed Foley desde el televisor empotrado en la pared. Y lo único que podían hacer era observar.

La televisión nacional iraquí saludaba el nuevo día y la nueva realidad. Eso quedó claro cuando los lectores de noticias comenzaron su presentación diaria invocando el nombre de Alá. No era la primera vez que lo hacían, pero jamás habían manifestado ese grado de fervor.

—Al diablo con esa religión anticuada, es bastante buena para mí... ahora —observó el sargento en jefe de PALM BOWL, porque la transmisión era nacional y repetida por los transmisores de la cercana Basra. Se dio vuelta e hizo una seña—. ¿Mayor Sabah?

—Sí, jefe, sí —replicó el oficial kuwaití, aproximándose. Él nunca había tenido dudas. Sus superiores habían manifestado ciertas reservas. Siempre pasaba lo mismo: ellos nunca estaban tan cerca del pulso del enemigo como el mayor porque pensaban en términos políticos y no en ideas. Miró su reloj. Estarían en sus oficinas dos horas después de la rutina matutina normal, pero ya no importaba. Apresurarse no cambiaría las cosas. La represa se había roto y el agua se desparramaría. Había pasado el momento de detenerla, suponiendo que hubiera existido alguna vez.

Los noticieros televisivos anunciaban que los militares iraquíes habían tomado el poder como si se tratara de una situación única y novedosa. Se había formado un consejo de justicia revolucionario. Los culpables de crímenes contra el pueblo (término abarcativo que significaba poco pero todos comprendían) estaban siendo arrestados y deberían enfrentar el juicio de sus compatriotas. La televisión decía que la nación necesitaba calma ante todo. Ese día habría feriado nacional. Los que ocuparan puestos esenciales al servicio público tendrían que ir a trabajar. El resto de los ciudadanos debía destinar el día a la plegaria y la reconciliación. El nuevo régimen prometió la paz al resto del mundo. En cuanto al resto del mundo, tendría todo el día para pensarlo.

Daryaei ya lo había pensado bastante. Había conseguido dormir tres horas antes de despertar para las plegarias matinales. Cuanto más

viejo era, menos necesitaba dormir. Tal vez el cuerpo comprendiera que le quedaba poco tiempo y que no podía destinarlo al descanso, aunque siempre había tiempo para los sueños... Había soñado con leones en las primeras horas del día. Leones muertos. El león también había sido el símbolo del régimen del Sha y ciertamente Badrayn tenía razón. Era posible matar al león. Los leones reales, originarios de Irán —o Persia, a la vieja usanza—, habían sido cazados hasta la extinción en la época clásica. Los simbólicos, la dinastía Pahleyi, habían sido erradicados con una combinación de paciencia y rudeza. Él había desempeñado un papel en ese drama, papel que no siempre había sido agradable. Había ordenado y supervisado una atrocidad, el bombardeo de un teatro atestado de gente más interesada en la decadencia de Occidente que en su fe islámica. Centenares de personas habían perecido horriblemente, pero... pero había sido necesario, imprescindible para la campaña destinada a devolver a su país y su pueblo al Sendero Verdadero y, aunque lamentaba ese incidente particular y rezaba regularmente por las vidas segadas, no, no lamentaba el hecho. Él era un instrumento de la Fe y el Sagrado Corán hablaba de la necesidad de la guerra, de la Guerra Santa, en defensa de la Fe.

Otro regalo de Persia (de India, según algunos) al mundo era el juego de ajedrez, que Daryaei había aprendido de niño. La expresión utilizada para dar por terminado el juego —“jaque mate”— venía del persa *shah mat* —“el rey está muerto”, algo que él había ayudado a hacer realidad y, aunque hacía tiempo que había dejado de jugar, recordaba que un buen jugador no pensaba un movimiento por vez sino cuatro o incluso más movimientos anticipados. Uno de los mayores problemas del ajedrez —y de la vida— era que el movimiento siguiente podía predecirse, sobre todo si el oponente era habilidoso..., en caso de ser algo más que habilidoso entrañaría un peligro. En cambio, si se planeaban anticipadamente las jugadas el porvenir resultaba más difícil de prever, hasta que llegaba el final y el oponente podía ver con claridad pero, mal posicionado, despojado de piezas, poder y opciones, no tenía otra opción que abandonar el partido. Ése había sido el caso de Irak esa mañana. El otro jugador —en realidad, eran muchos— había renunciado y huido, y Daryaei se había dado el gusto de permitirselo. Todavía era más delicioso cuando el otro no podía escapar, pero el objetivo era ganar, no satisfacerse, y ganar significaba pensar más rápido y mejor que el oponente, de modo que el siguiente movimiento fuera una sorpresa y el oponente, atónito y confuso, se viera obligado a tomarse tiempo para reaccionar... y en los partidos de ajedrez, como en la vida, el tiempo era limitado. Todo era cosa de la mente, no del cuerpo.

Aparentemente, lo mismo pasaba con los leones. Hasta el más poderoso podía ser derrotado por criaturas inferiores si se presentaba la ocasión: ésa era la lección y la tarea del día. Concluyó sus plegarias y mandó llamar a Badrayn. Badrayn era un estratega y recolector de información capaz y avezado. Lo único que necesitaba era que un erudito de la estrategia le proporcionara ciertas pautas. De ese modo, ciertamente le resultaría muy útil.

Después de una hora de conversación con los mejores expertos del país, se decidió de manera concluyente que el presidente no podía hacer absolutamente nada. El día siguiente prometía tormenta: como de costumbre.

—Esto acabará con la última nieve —dijo Andrea Price, sorprendida por su propia audacia. Acababa de hablarle espontáneamente al Jefe.

Ryan se dio vuelta y sonrió.

—Usted trabaja más duro que yo, agente Price, y es una...

—¿Mujer? —Price completó la pregunta con una sonrisa cansada.

—Mi chauvinismo es por demás elocuente. Le pido perdón, señora. Lo siento, estaba soñando con un cigarrillo. Dejé de fumar hace varios años... Cathy me obligó. Más de una vez —admitió Jack con buen humor—. A veces es arduo estar casado con un médico.

—A veces es arduo... estar casado —Price se había casado con su trabajo y sus dos matrimonios fracasados eran la mejor prueba. Su problema, si podía denominárselo así, era que ponía en el cumplimiento del deber la clase de devoción que supuestamente sólo podía destinarse a los hombres. Era un hecho claro y simple, pero les había pasado inadvertido a un abogado primero y a un ejecutivo publicitario después

—¿Por qué lo hacemos, Andrea? —preguntó Ryan.

La agente especial Price tampoco lo sabía. El presidente era para ella una figura paterna. Era el hombre que debía tener respuestas para todo pero, después de varios años en la Custodia Personal, ya sabía a qué atenerse. Su padre siempre había tenido respuestas para todo, o al menos eso había creído en su juventud. Luego había crecido y completado su educación, se había unido al Servicio y ascendido rápidamente por una escalera difícil y resbalosa, y había perdido su camino en la vida en el proceso. Ahora estaba en el pináculo de su profesión, junto al "padre" de la nación, y se daba cuenta de que la vida no permitía a la gente saber lo que quería y necesitaba saber. El trabajo de Price era duro... pero el de Ryan era infinitamente peor. Tal vez fuera mejor que otro asumiera la presidencia en lugar del decente y honorable caballero John Patrick Ryan. Tal vez un hijo de puta pudiera sobrevivir mejor en el cargo...

—¿Sin respuesta? —Ryan le sonrió a la lluvia.— Supongo que usted debería decir que alguien *tiene* que hacerlo. Dios santo, acabo de intentar seducir a treinta nuevos senadores. ¿Sabe de qué hablo? De seducir —repitió Jack. Como si fueran chicas y yo fuera esa clase de muchacho... y no tengo la menor idea de cómo carajo me fue.— Se le congeló la voz por la palabrota que acababa de proferir.— Lo siento, discúlpeme.

—Está bien, señor presidente. Escuché antes la palabra carajo, incluso en boca de otros presidentes.

—¿Con quién podría hablar? —preguntó Jack—. Antes hablaba con mi padre, con mi sacerdote, con James Greer cuando trabajaba para él, o con Roger hasta hace poco. Ahora todos me preguntan a mí. En Quantico me enseñaron que el puesto de mando podía ser solitario. Caramba, no estaban bromeando. Realmente no estaban bromeando.

—Usted tiene una excelente esposa, señor —señaló Price con un poco de envidia hacia ambos.

—Se supone que siempre habrá alguien más inteligente que uno. Una persona a la que acudir cuando uno se siente inseguro. Ahora todos acuden a mí. Y yo no soy tan inteligente —Ryan hizo una pausa y respondió a la observación de Price—. Tiene razón, pero está muy ocupada y yo no debo sobrecargarla con mis problemas.

Price lanzó una carcajada.

—Usted es un chauvinista, jefe.

Ryan pegó un salto.

—¡Con su perdón, señorita Price! —dijo con voz falsamente enfurecida y ahogada por la risa—. Por favor no les diga a los medios que dije eso.

—Señor, a los periodistas ni siquiera les digo dónde está el baño.

El presidente bostezó.

—¿Qué tengo que hacer mañana?

—Bueno, pasará el día en el Despacho. Supongo que este asunto de Irak le ocupará toda la mañana. Yo saldré temprano y volveré por la tarde. Mañana haré una recorrida para chequear el aparato de seguridad destinado a sus hijos. Y tenemos una reunión para decidir cómo llevar a trabajar a SURGEON sin el helicóptero...

—Eso sí que es gracioso, ¿no?

—El sistema jamás consideró la posibilidad de una FLOTUS con un trabajo real, independiente.

—¡Trabajo real, demonios! Ella gana más dinero que yo y ha sido así durante más de diez años, excepto cuando volví al mercado. Los diarios todavía no se han ocupado de eso. Es una gran doctora.

Price notó que se le mezclaban las palabras. Estaba demasiado cansado para pensar. Bueno, los presidentes también se cansaban. Y por eso ella debía andar cerca.

—Roy dice que sus pacientes la adoran. De todos modos, mañana debo supervisar la seguridad de sus hijos... Es la rutina, señor, yo soy responsable de la seguridad de su familia. El agente Raman pasará con usted la mayor parte del día. Le resultará muy agradable —informó la agente Price.

—¿Es el que me disfrazó con un traje antillamas la primera noche?

—¿Entonces... usted sabía? —preguntó Price. El presidente giró sobre sus talones para volver a la Casa Blanca. Esbozó una débil sonrisa, pero sus ojos azules resplandecieron de picardía cuando miró a su custodia principal.

—No soy *tan* sordo, Andrea.

No, decidió Price, no era mejor tener un hijo de puta como POTUS.

Relaciones

Patrick O'Day era un viudo cuya vida había cambiado de manera particularmente cruel y abrupta después de un matrimonio tardío. Su esposa Déborah había sido agente de la División Laboratorio, una experta en investigación forense que salía con frecuencia de los cuarteles generales, hasta que una tarde, en vuelo hacia Colorado Springs, su avión cayó a tierra por razones aún no determinadas. Era su primer destino de campo después de la licencia por maternidad y dejaba atrás una hija de catorce semanas, Megan.

Megan ya tenía dos años y medio y el inspector O'Day seguía preguntándose cuál sería la mejor manera de presentarle a su madre. Tenía cintas de video y fotografías de Déborah, pero si señalaba un papel amarillento o una pantalla y le decía a su hijita "Ésa es mamá", ¿no la estaría induciendo a creer que la vida era algo artificial? ¿Qué efecto tendría eso sobre el desarrollo de la niña? Una pregunta más en la vida de un hombre cuyo oficio era encontrar respuestas. La paternidad solitaria a que lo había sometido el destino lo convirtió en un padre devoto, en la cima de una carrera profesional en la que había resuelto por lo menos seis secuestros de principio a fin. Alto y robusto, O'Day había sacrificado su mostacho Zapata a los requerimientos de la División. Era un rudo entre hombres rudos, pero las atenciones que brindaba a su pequeña hija hubieran provocado la risa solapada de sus colegas. Megan tenía el cabello largo y rubio y cada mañana O'Day la peinaba con delicadeza después de vestirla con ropas coloridas y ayudarla a atarse las zapatillas. Para ella, Papá era un gran oso protector que tocaba el cielo azul con la cabeza y la levantaba del suelo como un cohete para que pudiera abrazarse a su cuello.

—¡Uf! —dijo Papá. ¡Abrazas muy fuerte!

—¿Te lastimé? —preguntó Megan con alarma burlona. Era parte de la rutina matinal.

El oso esbozó una sonrisa.

—No, esta vez no.

Riendo, salió de la casa. Abrió la puerta de su camioneta embarrada, acomodó a Megan en su sillita de viaje y apoyó la caja del almuerzo entre ambos. Eran las seis y treinta e iban rumbo a una nueva guardería. O'Day era incapaz de poner en marcha la camioneta sin mirar antes a Megan, vivo retrato de su madre. Cada día se mordía los labios, cerraba los ojos y negaba con la cabeza al recordarla, sin

entender cómo era posible que el 737 se hubiera estrellado con su flamante esposa en el asiento 18-F.

La nueva guardería le quedaba de paso al trabajo. Se la habían recomendado sus vecinos. Giró a la izquierda hacia la Autopista Ritchie y encontró el lugar: Giant Steps —Pasos Gigantes—, lindo nombre.

Le costó bastante estacionar la camioneta. Marlene Dagget siempre estaba allí desde las seis para recibir a los hijos de los burócratas que invadían Washington cada mañana. Salió a darles la bienvenida.

—¡Señor O'Day! ¡Y ésta es Megan! —anunció la maestra con sorprendente entusiasmo para una hora tan temprana. Megan tenía sus dudas y miró a su padre, pero quedó boquiabierta al ver algo muy especial—. Ella también se llama Megan. Es *tu* osita y te ha estado esperando todo el día.

—Ah. —La niñita se apoderó del peluche y lo abrazó, con tarjeta y todo.— Hola, Megan.

La señora Daggett lo miró como diciéndole: *siempre da resultado*.

—¿Tienes tu almuerzo? —preguntó.

—Aquí está, señora —dijo O'Day, entregándole también los formularios que había completado la noche anterior. Megan no tenía problemas médicos ni alergia a medicamentos, leche o alimentos; sí, en caso de emergencia podían trasladarla al hospital zonal; más los números de su trabajo y su pager, y el número telefónico de sus padres, y el número de los padres de Déborah, que eran los mejores abuelos del mundo. Giant Steps estaba muy bien organizado. O'Day no sabía hasta qué punto porque la señora Daggett no estaba autorizada a hacer comentarios a la ligera. Pero la identidad del Inspector había sido previamente comprobada por el Servicio Secreto.

—Bueno, señorita Megan, creo que llegó el momento de ir a jugar y conocer nuevos amigos. —Levantó la vista.— La cuidaremos bien.

O'Day volvió a su camioneta, presa del breve dolor que siempre experimentaba al separarse de su hija, y fue a tomar un café. Tenía una reunión a las nueve en punto para actualizar información sobre la investigación del incidente aéreo, seguida por un día de basura administrativa que no le impediría recoger puntualmente a su hijita. Cuarenta minutos después ingresaba a los cuarteles generales del FBI en Décima y Pennsylvania. Su puesto de inspector itinerante le garantizaba un lugar reservado en el estacionamiento. Desde allí caminó al campo interno de tiro.

Tirador experto desde sus épocas de Boy Scout, Pat O'Day también había sido “instructor principal de armas de fuego” en varias oficinas de campo del FBI, lo cual significaba que había sido elegido por el SAC para supervisar el entrenamiento en armas de los demás agentes... parte siempre importante en la vida de un policía, aunque sólo disparaban en contadas ocasiones.

El campo de tiro tenía un ritmo demasiado ajetreado para esa hora del día —llegó a las 7.25— y el inspector seleccionó dos cajas de balas de punta hueca Federal de 10mm. para su Smith & Wesson 1076 automática, junto con un par de blancos “Q” estándar y un par de protectores auditivos. El blanco era una simple cartulina blanca con las partes

vitales del cuerpo humano delineadas. Tenía el tamaño y la configuración de un tanque de leche de tambo con la letra “Q” en el centro, en el lugar del corazón. Colocó el blanco en posición, marcó una distancia de treinta pies y puso a funcionar el mecanismo. El blanco empezó a moverse y O’Day dejó vagar sus pensamientos. Al llegar a destino, el blanco giró hacia un costado y se volvió casi invisible. Sin mirar, O’Day lo reprogramó. Sus pensamientos cambiaron. El que estaba allí era un Muchacho Malo. Un Muchacho Muy Malo. Un felón convicto, que ahora estaba acorralado. Un Muchacho Malo que había jurado a sus informantes que *jamás* volvería a la cárcel, que no se dejaría atrapar vivo. El inspector O’Day había escuchado esa frase muchas veces en su ya larga carrera, y siempre había intentado darle al sujeto la oportunidad de cumplir su palabra... Pero todos se retractaban, arrojaban el arma, se meaban en los pantalones y hasta se ponían a llorar al enfrentarse al peligro verdadero... que no se parecía en nada a lo que habían imaginado entre cervezas y cigarrillos de marihuana. Pero esta vez no. Este Muchacho Malo iba en serio. Tenía un rehén. Tal vez un niño. Tal vez su propia hijita Megan. La sola idea le hizo arder los ojos. La niña tendría un revólver apuntado a la cabeza. En las películas, el Muchacho Malo le ordenaría arrojar el arma, pero todos sabían que si lo obedecía sólo obtendría un policía muerto y un rehén muerto, y por eso había que hablar con el Muchacho Malo. Había que tratar de sonar calmado y razonable y conciliador, y esperar que el tipo se relajara, sólo un poco, lo suficiente para alejar el revólver de la cabeza del rehén. Podía llevar horas, pero tarde o temprano...

...El blanco de cartón giró para enfrentar al agente. La mano derecha de O’Day se movió como una ráfaga para desenfundar la pistola. Simultáneamente dio un paso atrás con el pie izquierdo, pivoteó el cuerpo y se agachó un poco. La mano izquierda se unió a la derecha sobre la pistola. Apuntó directamente a la cabeza del blanco “Q” y apretó el gatillo dos veces; disparó tan rápido que ambos cartuchos fueron eyectados casi al mismo tiempo. Llamaban a eso “golpe doble” y O’Day lo había practicado tantos años que el sonido de las balas casi se mezcló en el aire y el doble eco todavía resonaba cuando los cartuchos vacíos rebotaron sobre el piso de concreto. Para entonces había dos agujeros en la cabeza del blanco, separados por menos de una pulgada, justo entre y encima de los ojos. Menos de un segundo después de haberse dado vuelta el blanco se deslizó a un costado, simulando bastante bien la caída de un delincuente a tierra.

Sí.

—Creo que los tienes, Tex.

O’Day se dio vuelta. La voz familiar lo despertó de su fantasía.

—Buen día, director.

—Hola, Pat —Murray bostezó. Llevaba un par de protectores auditivos colgando de la mano izquierda—. Eres endiablidamente rápido. ¿Simulacro con rehenes?

—Trato de entrenarme para la peor situación posible.

—Tu hijita —Murray asintió. Todos hacían lo mismo porque el rehén debía ser muy importante para ellos—. Bueno, ahí lo tienes.

Quiero ver cómo lo haces —ordenó el director. Quería observar la técnica de O'Day. Allí había algo que aprender. Después de la repetición quedó un enorme agujero en la supuesta frente del blanco. Aunque era un tirador experto, Murray quedó un poco intimidado—. Necesito practicar más.

O'Day relajó su rutina. Si uno lo lograba con el primer disparo del día —y él lo había logrado con los cuatro primeros— podía darse por satisfecho. Dos minutos y veinte disparos después, la cabeza del blanco era un anillo. Murray, en la senda vecina, practicaba la técnica estándar Jeff Cooper: dos tiros rápidos al pecho, seguidos por uno más lento y directo a la cabeza. Cuando ambos quedaron satisfechos con sus blancos muertos, se dedicaron a evaluar el día.

—¿Algo nuevo? —preguntó el director.

—No, señor. Están entrando más seguimientos de entrevistas sobre el caso JAL, pero nada importante.

—¿Qué pasa con Kealty?

O'Day se encogió de hombros. Tenía prohibido interferir con la investigación OPR pero recibía sumarios diariamente. Un caso de esa magnitud debía ser reportado y, aunque la supervisión del caso estaba bajo la égida del OPR, la información obtenida también llegaba a la oficina del director, filtrada por su principal inspector itinerante —Dan, entró y salió tanta gente de la oficina del secretario Hanson que cualquiera pudo haberse robado la carta, en caso de que existiera. Nuestra gente opina que existía. Hanson habló de esa maldita carta con unas cuantas personas... o al menos eso nos dijeron.

—Creo que este asunto se caerá de maduro —acotó Murray.

—Buen día, señor presidente.

Otro día de rutina. Los chicos no estaban. Cathy no estaba. Ryan salió de su habitación vestido con traje y corbata —llevaba el saco abotonado, algo inusual en él hasta mudarse a la Casa Blanca— y sus zapatos relucían gracias a los buenos oficios de algún valet. Pero todavía no se sentía en casa. Su dormitorio parecía más un hotel o un alojamiento VIP, como los que había ocupado cuando trabajaba para la CIA, aunque más ornamentado y con mucho mejor servicio.

—¿Usted es Raman?

—Sí, señor —replicó el agente especial Aref Raman. Era alto y corpulento, y parecía más un levantador de pesas que un aerobista, aunque eso podía deberse al chaleco antibalas que usaban muchos miembros de la Custodia Personal. Andaría por los treinta y cinco años, pensó Ryan. Era bien parecido al estilo Mediterráneo y tenía una sonrisa tímida y ojos tan azules como los de SURGEON.

—SWORDSMAN se está moviendo —dijo Raman por el micrófono. Al Despacho.

—¿De dónde viene el apellido Raman? —preguntó Ryan camino al ascensor.

—Madre libanesa, padre iraní. Llegaron en el '79, cuando el Sha empezó a tener problemas. Papá estaba vinculado al régimen.

—¿Y usted qué piensa de la situación en Irak?

—Señor, ni siquiera hablo el idioma. —El agente sonrió. Pero si quiere saber quién ganará las finales de la NCAA, ha dado con la persona indicada.

—Kentucky —dijo Ryan con decisión. El ascensor de la Casa Blanca era antiguo, con terminaciones pre-Art Decó y gastados botones negros que el presidente tenía prohibido apretar. Raman lo hizo por él.

—Oregon tiene grandes posibilidades. Jamás me equivoco, señor. Pregúntele a los muchachos. Gané las tres últimas apuestas. Nadie volverá a apostar en mi contra. La final será entre Oregon y Duke —mi escuela— y Oregon ganará por seis u ocho tantos. Bueno, tal vez por menos si Maceo Rawlings tiene una buena noche —agregó.

—¿Qué estudió en Duke?

—Empecé abogacía pero decidí que no quería ser abogado. En realidad decidí que los criminales no deben tener derechos, y por eso pensé que lo mejor era ser policía y me uní al Servicio.

—¿Es casado? —Ryan quería conocer a la gente que lo rodeaba. Hasta cierto punto era cuestión de buenos modales. No obstante, sus custodios habían jurado defender su vida y no podía tratarlos como a simples empleados.

—Todavía no encontré a la chica correcta...

—¿Musulmán?

—Mis padres eran musulmanes, pero cuando vi todos los problemas que les traía la religión, bueno —sonrió—, si pregunta por ahí, le dirán que mi única religión es el basketball. Jamás me pierdo un partido de Duke por televisión. Es una vergüenza que Oregon sea tan fuerte este año. Pero es imposible cambiar ciertas cosas.

El presidente sonrió disimuladamente ante esa verdad.

—¿Su primer nombre es Aref?

—Sí, pero me llaman Jeff. Es más fácil de pronunciar —explicó Raman, abriendo la puerta. El agente se posicionó en el medio de ambas hojas, bloqueando la línea de visión directa a POTUS. Adentro había un miembro de la División Uniformada y otros dos de la Custodia Personal a quienes Raman conocía de vista. Con un gesto de asentimiento, Raman salió seguido por Ryan, y el grupo giró hacia el oeste, atravesando el pasillo que llevaba a las canchas de bowling y la carpintería.

—De acuerdo, Jeff, tenemos un día fácil por delante —dijo Ryan sin necesidad. El Servicio Secreto se enteraba antes que él de los planes del día.

—Fácil para nosotros, puede ser.

Lo estaban esperando en el Despacho Oval. Los Foley, Bert Vasco, Scott Adler y un quinto hombre se pusieron de pie cuando entró el presidente. Ya habían pasado por los detectores de armas y materiales nucleares.

—¡Ben! —dijo Jack. Apoyó sus informes matutinos sobre el escritorio y se unió a sus visitantes.

—Señor presidente —replicó el Dr. Ben Goodley con una sonrisa.

—Ben ha preparado el informe matutino —explicó Ed Foley.

Como no todos los visitantes formaban parte del círculo íntimo, Raman permanecería en el Despacho por si a alguno se le ocurría pegar un salto y tratar de estrangular al presidente. No se necesitaban armas de fuego para matar. Pocas semanas de estudio y práctica podían transformar a una persona medianamente fuerte en un experto en artes marciales capaz de matar a una víctima desprevenida. Por esa razón los miembros de la Custodia Personal no sólo llevaban pistolas sino Aspides, bastones policiales hechos de segmentos de acero. Raman vigilaba atentamente mientras Goodley —oficial nacional de inteligencia identificado— presentaba los informes. Como muchos miembros del Servicio Secreto, sabía casi todo. La etiqueta “Sólo para ojos del presidente” colocada sobre una carpeta particularmente sensible no significaba realmente eso. Siempre había alguien más en el lugar, y aunque los miembros de la Custodia Personal proclamaban no prestar atención a esas cosas, en realidad no las discutían. No escuchar y no recordar era otra cosa. A los policías no se los entrenaba ni se les pagaba para olvidar cosas, mucho menos para ignorarlas.

En ese sentido, pensó Raman, él era el espía perfecto. Entrenado por los Estados Unidos de Norteamérica para garantizar el cumplimiento de la ley, había actuado brillantemente en el campo, sobre todo en casos de falsificación. Era un eficiente tirador y pensaba organizadamente... rasgo que se había revelado desde la escuela primaria. Después se había graduado en Duke con *summa cum laude*. Para un investigador era útil tener buena memoria, y él la tenía. De hecho, tenía memoria fotográfica, talento que había atraído la atención del liderazgo de la Custodia Personal desde un principio, porque los agentes que protegían al presidente debían poder reconocer instantáneamente una cara a partir de los contactos fotográficos. Durante la administración Fowler, como agente novel destinado a la Custodia Personal por la oficina de campo de St. Louis para cubrir una cena de recaudación de fondos, Raman había identificado y detenido a un sospechoso que resultó tener una .22 automática en el bolsillo. El entonces director del Servicio Secreto de Estados Unidos consideró que el joven agente tenía escrito “Custodia Personal” en todo el cuerpo, y así Raman fue transferido a su actual puesto poco después del ascenso de Roger Durling a la presidencia. Como miembro inferior de la Custodia había pasado largas y aburridas horas de guardia o corriendo al lado de la limusina presidencial, hasta que poco a poco se abrió paso. Había trabajado arduamente sin quejarse, comentando de vez en cuando que, como inmigrante, conocía la importancia de Estados Unidos y que, así como su lejano ancestro había servido a Darío el Grande en la guardia de los “Inmortales”, él confiaba en llegar a hacer otro tanto por su país de adopción. Era tan fácil, mucho más fácil que la tarea que su hermano —étnico, no biológico— había realizado en Bagdad poco tiempo atrás. Dijeran lo que dijeran en las encuestas, los norteamericanos amaban a los inmigrantes en el interior de sus corazones grandes y tontos. Sabían mucho y siempre estaban aprendiendo,

pero todavía les faltaba aprender que era imposible conocer el interior de *otro* corazón humano.

—No tenemos capacidades in situ —estaba diciendo Mary Pat.

—Pero pudimos interceptar información —prosiguió Goodley—. La NSA está haciendo un buen trabajo para nosotros. La plana mayor del Ba'ath está en la cárcel y no creo que vaya a salir, al menos caminando.

—¿Entonces Irak está completamente acéfalo?

—Hay un consejo militar formado por coroneles y generales jóvenes. Aparecieron en los noticieros de la tarde en compañía de un mullah iraní. No es accidental —dijo Bert Vasco—. Cuanto menos indica un acercamiento a Irán. Y existe la posibilidad de que los dos países se unifiquen. Lo sabremos en un par de días...

—¿Y los sauditas? —preguntó Ryan.

—Se las están viendo negras, Jack —replicó en el acto Ed Foley—. Hablé con el príncipe Ali hace menos de una hora. Prepararon un cargamento aéreo de ayuda destinado a comprar al nuevo régimen iraquí, pero nadie contesta el teléfono. Eso los tiene vacilando en Ridayh. Irak siempre estuvo dispuesto a negociar. Ya no.

Ryan sabía que eso infundiría temor a todos los estados de la península arábiga. Los occidentales no llegaban a comprender que los árabes eran hombres de negocios. No eran ideólogos ni fanáticos ni lunáticos... sino simples negociantes. La suya era una cultura marítima y comercial que precedió al Islam, hecho recordado en Estados Unidos sólo por las películas de Simbad el Marino. En ese sentido se parecían a los norteamericanos a pesar de las diferencias de idioma, ropas y religión, e, igual que los norteamericanos, tenían problemas para entender a la gente que no quería negociar, llegar a un acuerdo, realizar cierta clase de intercambio. Irán era de los que no negociaban, transformado en teocracia por el Ayatollah Khomeini después del próspero período del Sha. *Ellos no son como nosotros*, he ahí la preocupación universal de toda cultura. *Ellos YA NO son como nosotros*, he ahí lo que tanto temían los estados del Golfo, que hasta el momento habían contado con cierto sentido de comunidad y comunicación a pesar de las diferencias políticas.

—¿Teherán? —preguntó Jack. Ben Goodley respondió.

—Los noticieros oficiales celebran lo ocurrido... y reiteran sus ofertas de paz y renovada amistad, pero nada más. Oficialmente es así. Extraoficialmente estamos interceptando tráfico radial. La gente de Bagdad pide instrucciones y la gente de Teherán da instrucciones. Por el momento dicen que la situación debe desarrollarse a su propio ritmo. Después están las cortes revolucionarias. Aparecen muchos religiosos islamitas por televisión, predicando amor y libertad, y esa clase de cosas. Cuando empiecen los juicios y la gente deba enfrentar los pelotones de fusilamiento, el vacío será total.

—Entonces aparecerá Irán o manejará a Irak desde las sombras, como a una marioneta —dijo Vasco, estudiando la última tanda de comunicaciones interceptadas—. Goodley puede tener razón. Estoy leyendo por primera vez este SIGINT. Perdóneme, señor presidente,

pero me concentré en el campo político. Este documento es más revelador de lo que esperaba.

—¿Quiere decir que significa *más* de lo que yo creo que significa? —preguntó el NIO.

Vasco asintió sin levantar la vista.

—Es posible. Esto no es nada bueno —opinó sombríamente.

—Hoy tarde, los sauditas van a pedirnos colaboración —acotó el secretario Adler. ¿Qué debo decirles?

La respuesta de Ryan fue tan automática que lo dejó azorado.

—Nuestro compromiso con el reino es inalterable. Si nos necesitan, allí estaremos, ahora y siempre. —Con dos frases acababa de prometer el poder y la credibilidad de Estados Unidos de Norteamérica a un país no democrático a siete mil millas de distancia. Afortunadamente, Adler estaba allí para facilitarle las cosas.

—Estoy de acuerdo, señor presidente. No podemos hacer otra cosa. —Todos manifestaron su acuerdo, hasta Ben Goodley.— Podemos hacerlo silenciosamente. El príncipe Ali entiende y puede hacer entender al rey que no estamos bromeando.

—Próximo punto —intervino Ed Foley. Tenemos que informar a Tony Bretano. A propósito, es muy eficaz. Sabe escuchar. ¿Piensas pedir una reunión de gabinete para esto?

Ryan negó con la cabeza.

—No. Creo que debemos manejarnos con cautela. Estados Unidos observa con interés los acontecimientos regionales, pero no tenemos por qué alterarnos. Scott, quiero que tu gente informe a la prensa.

—De acuerdo.

—Ben, ¿qué estás haciendo en Langley ahora?

—Señor presidente, me han nombrado oficial superior de Vigilancia del Centro de Operaciones.

—Buen informe —le dijo Ryan al más joven. Luego se acercó al DCI—. Ed, a partir de ahora él trabajará para mí. Necesito un NIO que hable mi propio idioma.

—Está bien, ¿por lo menos me conseguirás un buen reemplazo? —replicó Foley con una carcajada—. Este chico es toda una promesa y espero que se cumpla.

—Buen tiro, Ed. Ben, lo tuyo va cada vez peor. Por ahora puedes usar mi vieja oficina al otro lado del edificio. La comida es mucho mejor aquí —prometió el presidente.

Mientras ellos hablaban, Aref Raman permaneció quieto, apoyado contra la pared blanca mientras sus ojos pasaban automáticamente de un visitante a otro. Estaba entrenado para no confiar en nadie, con las posibles excepciones de la esposa y los hijos del presidente. En nadie más. Claro que todos confiaban en él, incluyendo aquellos que lo habían entrenado para no confiar en nadie, porque todos tenían que confiar en alguien.

Realmente, sólo era cuestión de tiempo, y una de las cosas que le habían otorgado su educación norteamericana y su entrenamiento profesional era la paciencia para esperar el momento propicio. Pero los acontecimientos del otro lado del planeta volvían cada vez más

cercano ese momento. Con ojos inexpresivos, Raman consideró la posibilidad de que alguien lo guiara. Su misión ya no era el hecho azaroso que había prometido realizar veinte años antes. Eso podía hacerlo en cualquier momento, pero *ahí* estaba ahora, y aunque cualquiera podía matar, y aunque una persona dedicada podía matar casi a cualquiera, sólo un verdadero asesino profesional podía matar a la persona adecuada en el momento adecuado en pos de un objetivo mayor. Era deliciosamente irónico, pensó, que su misión viniera de Dios pero todos los medios para concretarla vinieran del Gran Satán, encarnado en un hombre que serviría a Alá abandonando esta vida en el momento propicio. Escoger el momento sería lo más difícil y así, después de veinte años, Raman decidió darse a conocer. Había cierto peligro en eso, pero no demasiado.

—Su objetivo es temerario —dijo Badrayn con calma. Internamente sentía cualquier cosa menos calma. Apenas podía respirar.

—Los dóciles no heredarán la tierra —replicó Daryaei, después de explicar por primera vez su misión en la vida a alguien ajeno a su círculo íntimo de religiosos.

Los dos luchaban para actuar como jugadores de poker mientras discutían un plan que cambiaría la forma del mundo. Para Daryaei se trataba de un concepto que había elaborado, pensado y planeado durante más de una generación, la culminación de todo lo que había hecho en su vida, la realización de un sueño, algo tan maravilloso que colocaría su nombre junto al del Profeta... si alcanzaba su meta. La unificación del Islam, así solía denominarlo en su círculo íntimo.

Badrayn sólo veía el poder implícito en la situación. La creación de un nuevo súper Estado centrado en el Golfo Pérsico, un Estado con inmenso poder económico, gran densidad de población, autoabastecido en todos los aspectos y capaz de expandirse a través de Asia y África, tal vez cumpliendo el anhelo del profeta Mahoma, aunque no pretendía saber cuáles habían sido los anhelos del fundador de su religión. Dejaba esas elucubraciones para hombres como Daryaei. Para Badrayn todo se trataba de un juego de poder y las religiones o ideologías sólo servían para definir las identidades de los equipos. Perteneía a ese equipo por nacimiento y porque, después de haberse acercado al marxismo, había decidido que no estaba a la altura de sus objetivos.

—Es posible —dijo Badrayn, tras unos minutos de reflexión.

—El momento histórico es único. El Gran Satán —realmente no le gustaba caer en jergas ideológicas cuando discutía asuntos de Estado, pero a veces no había cómo evitarlo— es débil. El Satán Inferior fue destruido y sus repúblicas islámicas están listas para caer en nuestras manos. Necesitan una identidad, ¿y qué identidad podría ser mejor que la Santa Fe?

Eso era absolutamente cierto, admitió Badrayn asintiendo en silencio. El colapso de la Unión Soviética y su reemplazo por la Confederación de Estados Independientes había generado un vacío que

nadie había llenado hasta el momento. La hilera meridional de “repúblicas” seguía vinculada económicamente a Moscú, como una serie de carros enganchados a un caballo agonizante. Siempre habían sido mini-naciones inestables y rebeldes apartadas del imperio ateo por su religión, y ahora estaban peleando para establecer una identidad económica propia con el fin de separarse de una vez y para siempre del centro de un país muerto al que jamás habían pertenecido de verdad. Pero no podían sostenerse económicamente en la era moderna. Necesitaban otro modelo, otra guía para el nuevo siglo. Ese nuevo liderazgo tendría que proporcionarles dinero a paladas además de la unificación religiosa y cultural que el marxismo-leninismo les había negado. A cambio, las repúblicas ofrecerían su tierra y su gente. Y sus recursos.

—El obstáculo es Estados Unidos, pero no es necesario que se lo diga —observó Badrayn. Y Estados Unidos es demasiado grande y poderoso para ser destruido.

—Conozco a ese Ryan. Pero primero dígame qué piensa de él.

—No es tonto ni cobarde —dijo juiciosamente Badrayn—. Ha demostrado bravura física y es muy versado en operaciones de inteligencia. Tiene una buena educación. Los sauditas confían en él, y los israelitas también. —Dos países que importaban mucho en ese momento. Igual que un tercero—: Los rusos lo conocen y lo respetan.

—¿Qué más?

—No lo subestime. No subestime a Estados Unidos. Ambos sabemos qué les pasa a quienes lo hacen —aconsejó Badrayn.

—¿Pero qué pasa con el Estado?

—Lo que he visto indica que el presidente Ryan está trabajando duro para reconstruir el gobierno de su país. Es una tarea desmesurada, pero Estados Unidos es fundamentalmente un país estable.

—¿Qué piensa del problema de la sucesión?

—No lo comprendo —admitió Badrayn. No he visto suficientes noticieros sobre el tema.

—He visto a Ryan —dijo Daryaei, revelando por fin sus pensamientos. Es un subalterno, nada más. Parece fuerte pero no lo es. Si fuera un hombre fuerte enfrentaría directamente a Kealty. Ese hombre ha cometido una traición, ¿no? Pero no tiene importancia. Ryan es un hombre. Estados Unidos es un país. Ambos pueden ser atacados, al mismo tiempo, desde más de un flanco.

—Leones y hienas —acotó Badrayn, y luego se explicó. A Daryaei lo complació tanto la idea que no objetó su propio lugar en la metáfora.

—Nada de grandes ataques, ¿sólo ataques pequeños? —preguntó el religioso.

—Ha funcionado antes.

—¿Y qué le parecen muchos ataques grandes? Contra Estados Unidos, y contra Ryan. En cuanto a Ryan, ¿qué pasaría si llega a caer? ¿Qué pasaría entonces, mi joven amigo?

—Caos en el sistema de gobierno. Pero me permito aconsejar cautela. También me permito recomendar alianzas. Cuantas más hienas y cuantos más flancos de ataque, más acosado estará el león. En cuanto a atacar a Ryan personalmente —prosiguió Badrayn, pregun-

tándose por qué habría dicho *eso* su anfitrión y preguntándose si podría ser un error—, el presidente de Estados Unidos es un blanco difícil, bien custodiado y bien informado.

—Eso me han dicho —replicó Daryaei, con sus ojos oscuros vacíos de expresión. ¿Qué países recomendaría como aliados?

—¿Ha prestado atención al conflicto entre Japón y Estados Unidos? —preguntó Badrayn. ¿Alguna vez se preguntó por qué algunos perros grandes no ladran?

Los perros grandes tenían aspectos graciosos. Siempre estaban hambrientos. No obstante, Daryaei había hablado más de una vez de Ryan y su custodia. Pero había un perro más hambriento que todos. Sería una alianza interesante.

—Tal vez simplemente se descompuso.

Los representantes de Gulfstream estaban sentados en una habitación con los oficiales de la aviación civil suiza y con el jefe de operaciones de vuelo de la corporación propietaria de los aviones. Los registros escritos indicaban que el avión había recibido mantenimiento adecuado por parte de una firma local. Todas las partes habían sido provistas por abastecedores aprobados. La corporación suiza encargada del mantenimiento tenía una historia de diez años sin accidentes y era a su vez regulada por la misma agencia gubernamental que supervisaba la investigación.

—No sería la primera vez —coincidió el representante de Gulfstream. Los grabadores de información de vuelo eran robustas piezas de hardware que no siempre sobrevivían a los accidentes, porque cada accidente era diferente. La esmerada búsqueda del USS *Radford* no había logrado detectar los silbidos del localizador. Por si eso fuera poco, el fondo era demasiado profundo para encarar una búsqueda indirecta, y además estaba el tema de los libios, que no querían barcos husmeando en sus aguas. Si el avión desaparecido hubiera pertenecido a una aerolínea podría haberse forzado el tema, pero un avión comercial con dos tripulantes y tres pasajeros —uno de ellos infectado por una plaga mortal— no tenía la suficiente importancia. —Sin la información pertinente es poco lo que podemos decir. Reportaron fallas en el motor y eso podría significar defectos de combustible, mal mantenimiento...

—¡Por favor! —objetó el contratista de mantenimiento.

—Teóricamente hablando —señaló el representante de Gulfstream—. También podría tratarse de un error del piloto. Sin la caja negra tenemos las manos atadas.

—El piloto tenía más de cuatro mil horas de vuelo. El copiloto más de dos mil —dijo el representante del propietario por quinta vez esa tarde.

Todos estaban pensando lo mismo. El fabricante de aviones tenía un soberbio récord de seguridad que defender. Había relativamente pocos fabricantes de aviones grandes y, si bien la seguridad era importante para ellos, lo era mucho más para los constructores de aviones

comerciales, medio donde la competencia era encarnizada. Los compradores de esa clase de avioncitos tenían buena memoria y no necesitarían que nadie les recordara la desaparición de un avión y sus pasajeros.

El contratista de mantenimiento tampoco quería quedar asociado a un accidente fatal. Suiza tenía muchísimas pistas aéreas y muchísimos aviones comerciales. Un mala propaganda podía hacerle perder negocios, por no mencionar los problemas con el gobierno suizo a raíz de la violación de sus severas leyes de aviación civil.

El dueño del avión era el que menos tenía que perder en términos de reputación, pero el *amour propre* le impedía asumir responsabilidades sin causas reales.

Como inspector itinerante ganaba más que un agente callejero y se divertía más que un empleado de escritorio, pero Pat O'Day todavía se quejaba de tener que pasar la mayor parte del día leyendo informes escritos por agentes o por sus secretarias. Los empleados más jóvenes chequeaban los informes en busca de inconsistencias y él hacía otro tanto, tomando cuidadosas notas a lápiz en su anotador amarillo, notas que *su* secretario clasificaría para los informes sumarios al director Murray. O'Day estaba convencido de que los verdaderos agentes no escribían a máquina. Bueno, probablemente se lo hubieran enseñado sus instructores en Quantico. Terminó temprano sus reuniones en Buzzard's Point y decidió que su oficina del edificio Hoover ya no lo necesitaba. La investigación estaba perdiendo interés. La información "nueva" eran puras entrevistas, y cada entrevista confirmaba información ya analizada y ya verificada en voluminosos documentos cargados de referencias.

—Siempre odié esta parte del trabajo —dijo el DAC Tony Caruso. Estaban en el punto en que el procurador general de Estados Unidos tenía todo lo necesario para convencerse pero, abogado como era, jamás tenía lo suficiente... como si la mejor estrategia para condenar al culpable fuera aburrir mortalmente al jurado.

—Ni siquiera un tufillo de información contraria. Este gato ya está en la bolsa, Tony. —Eran amigos hacía años. —Basta, me ha llegado el momento de buscar algo nuevo y excitante.

—Tienes suerte. ¿Cómo está Megan?

—Hoy empezó en una nueva guardería. Giant Steps, sobre la Autopista Ritchie.

—La misma —observó Caruso—. Sí, supongo que sí.

—¿Qué?

—Los hijos de Ryan... Ah, tú no estabas cuando esos bastardos del ULA la atacaron.

—Ella no..., la propietaria de la guardería no me dijo nada... Bueno, supongo que no tiene por qué, ¿no?

—Nuestros cofrades son un poquito quisquillosos al respecto. Supongo que el Servicio Secreto le habrá dado una larguísima lección sobre lo que puede o no puede decir.

—Probablemente haya un agente o dos ayudándolos a pintar con

los dedos —O'Day lo pensó un segundo. Había un nuevo empleado en el 7-Eleven al otro lado de la calle. Recordó haber pensado, al ir a buscar su café, que el muchacho estaba demasiado prolijo para esa hora de la mañana. Hmmm. Mañana se fijaría si tenía armas y por cortesía profesional le mostraría su documento de identidad con un guiño cómplice.

—Un agente supercalificado —coincidió Caruso—. Pero qué demonios, no creo que te moleste saber que hay custodia en la guardería de tu hija.

—Claro que no, Tony —O'Day se puso de pie—. De todos modos, mejor iré a buscarla.

—Aquí el horario es de ocho horas —gruñó Caruso.

—Tú eres la gran promesa de nuestra agencia, Don Antonio.

Siempre se sentía liberado cuando salía de trabajar. El aire parecía más fresco al salir que al entrar. Fue hacia su camioneta, y comprobó que no había sido tocada ni robada. Ésas eran las ventajas de la mugre y el barro. Se quitó el saco del traje —rara vez se molestaba en ponerse un sobretodo— y se deslizó en su vieja campera de cuero, lo suficientemente usada para resultar cómoda. Luego se deshizo de la corbata. Diez minutos después estaba en la Ruta 50 hacia Annapolis, escuchando C&W por la radio. El tránsito era especialmente favorable esa tarde y justo antes del noticiero ingresó al estacionamiento del Giant Steps, esa vez en busca de vehículos oficiales. Pero los del Servicio Secreto eran muy astutos al respecto. Igual que los del FBI, sus automóviles eran azarosamente camuflados y hasta habían aprendido a no utilizar los modelos demasiado baratos y vulgares que delataban a tantos vehículos policiales. No obstante logró identificar dos y confirmó sus sospechas estacionando junto a uno y descubriendo la radio. Hecho eso, se preguntó por la eficacia de su propio disfraz y decidió comprobar si de verdad eran buenos. Pero enseguida se dio cuenta de que, aunque fueran modestamente competentes, ya habrían chequeado su documento de identidad gracias a los documentos que le había entregado esa mañana a la señora Daggett, o tal vez antes. Existía una considerable rivalidad profesional entre el FBI y el USSS. De hecho, el primero se había formado con un grupo de agentes del Servicio Secreto. Pero el FBI había crecido y acumulado mucha más experiencia en investigaciones criminales. Eso no quería decir que el Servicio no fuera bueno, aunque, como había observado acertadamente Tony Caruso, sus miembros eran demasiado quisquillosos. Bueno, tal vez fueran las niñeras más avanzadas del mundo.

Cruzó el estacionamiento con la campera cerrada y vio a un hombre corpulento junto a la puerta. ¿Permanecería encubierto? O'Day pasó caminando junto a él, era sólo otro padre que iba a buscar a su cachorro. Adentro sólo sería cuestión de observar las ropas y los auriculares. Sí, había dos agentes con largas camisolas, debajo de las cuales ocultarían sus automáticas SigSauer de 9mm.

—¡Papito! —chilló Megan, parándose de un salto. Junto a ella

había una niña de la misma edad y aspecto semejante. El inspector se agachó para mirar los dibujos del día.

—Perdóneme. —Sintió que una mano presionaba suavemente sobre su campera y tocaba su automática.

—Usted sabe quién soy —dijo sin darse vuelta.

—¡Ah, sí! Claro que sé —O'Day reconoció la voz. Se dio vuelta para mirar a Andrea Price.

—¿Degradada? —Se paró para mirarla cara a cara. Las dos agentes en camisola mezcladas con los niños lo vigilaban atentamente, alertadas por el bulto bajo la campera de cuero. No estaba mal, pensó O'Day. Debían ser muy sagaces, porque los pliegues del cuero eran muy engañosos. Ambas habían apartado la mano del revólver de cualquier tarea educativa que hubieran desempeñado hasta el momento y sus miradas sólo resultarían inofensivas a los legos.

—Rutina. Estoy chequeando la seguridad de todos los niños —explicó Andrea.

—Ésta es Katie —Megan presentó a su nueva amiga—. Y éste es mi papá.

—Bueno, hola, Katie. —Se agachó para darle la mano y volvió a levantarse. ¿Es...?

—SANDBOX, Primera Beba de los Estados Unidos —confirmó Price.

—¿Y el que está al otro lado de la calle? —Los negocios estaban primero.

—Dos, refuerzos.

—Se parece a su madre —dijo Pat de Katie Ryan. Y sólo por demostrar cortesía sacó su identificación oficial y se la arrojó a la agente más próxima, Marcella Hilton.

—Quisiste pasar desapercibido para probarnos, ¿no? —preguntó Price.

—El hombre que está en la puerta sabía quién era yo no bien entré. Se dedica a dar vueltas a la manzana.

—Es Don Russell, y sí, sabía quién eras, pero...

—Pero nada de "pasar desapercibido" —coincidió el inspector O'Day—. Sí, está bien, lo admito, quería ver si eran eficaces. Caramba, mi hijita también está aquí. Supongo que este lugar se ha transformado en un blanco. —*Maldición*, pensó en silencio.

—¿Pasamos el examen?

—Uno enfrente, tres aquí. Apuesto a que tienen tres más en las proximidades, ¿quieres que busque los Suburbans y las armas largas?

—Tendrás que esmerarte. Los tenemos bien escondidos. —No mencionó que había un cuarto agente en el edificio, al que O'Day no había detectado.

—Apuesto a que sí, agente Price —dijo O'Day aceptando el desafío y mirando a su alrededor. Había dos cámaras de televisión camufladas, instaladas recientemente. Eso explicaba el leve olor a pintura fresca, que a su vez explicaba la falta de rastros de manos infantiles en las paredes. Probablemente el edificio estaría rodeado de

cables como una máquina de pinball—. Debo admitir que son muy astutos. Aprobado —concluyó.

—¿Se sabe algo más del choque?

Pat negó con la cabeza.

—No. Hoy analizamos algunas entrevistas adicionales. Las inconsistencias son demasiado débiles para producir cambios de importancia. Por otra parte, los canadienses están haciendo un gran trabajo. Igual que los japoneses. Creo que han hablado con todos los que conocieron a Sato, desde la maestra jardinera en adelante. Incluso descubrieron que cortejaba a dos azafatas. Ese gato ya está en la bolsa, Price.

—Andrea —replicó ella.

—Pat —Ambos sonrieron.

—¿Qué arma cargas?

—Una Smith 1076. Mejor que ese ratón de 9 mm de ustedes. —La afirmación fue proferida con un dejo de superioridad. O'Day creía en hacer grandes agujeros, hasta el momento sólo en los blancos, pero también en la gente si fuera necesario. El Servicio Secreto tenía su propia política de armas y estaba seguro de que el FBI tenía mejores ideas en ese área. Ella no mordió el anzuelo.

—¿Nos harás un favor? La próxima vez que vengas, muéstrale tu identificación al agente de la puerta. Tal vez no sea el mismo. —Ni siquiera le pidió que la dejara en la camioneta. Demonios, para qué existía la cortesía profesional.

—Entonces, ¿cómo le está yendo?

—¿A SWORDSMAN?

—Dan —el director Murray— piensa muy bien de él. Se conocen desde hace mucho tiempo. Igual que Dan y yo.

—No es fácil, pero sabes una cosa... Murray tiene razón. He conocido hombres peores. Y también es más inteligente de lo que parece.

—Sabe escuchar.

—Más que eso, sabe hacer preguntas. —Ambos se dieron vuelta cuando un niño aulló y barrieron el salón con la mirada al mismo tiempo y de la misma manera. Luego volvieron a las dos niñas, que compartían los lápices para completar sus respectivas obras de arte—. La tuya y la nuestra parecen llevarse bien.

La *nuestra*, pensó Pat. Eso lo decía todo. El viejo grandote de la puerta, Russell, sería el jefe de la subcustodia. No tenía la menor duda de que era un agente avezado. Habían elegido agentes más jóvenes, dos mujeres, para trabajar adentro, porque se mezclarían mejor con los niños. Tal vez fueran buenas, pero no tanto como él. *Nuestra* era la palabra clave. Eran como leones vigilando a sus cachorros. Una sola cachorrita en este caso. O'Day se preguntó cómo manejaría él ese trabajo. Sería aburrido estar allí parado, duro como un poste, pero un buen agente no podía permitirse caer en el aburrimiento.

—Andrea, me parece que tu gente sabe hacer su trabajo. ¿Por qué tantos?

—Sé que tenemos gente de más —Price inclinó la cabeza. Todavía estamos definiendo la situación. Caramba, recibimos un golpe durísimo en la Colina, ¿sabes? No volverá a suceder, no mientras yo esté al mando de la Custodia Personal, y si la prensa arma lío por eso, por mí pueden irse al demonio—. Hasta hablaba como un verdadero policía.

—Señora, para mí es perfecto. Bueno, con su permiso, debo ir a casa a preparar fideos con queso. —Miró hacia abajo. Megan estaba a punto de concluir su obra maestra. Era difícil decir quién era quién, las dos niñas se parecían como gotas de agua.

—¿Dónde practicas? —No necesitaba especificar *qué*.

—Hay un campo de tiro en el antiguo edificio del Correo, una ubicación muy conveniente para la Casa Blanca. Todas las semanas —dijo. No tenemos un solo agente que sea menos que “experto” y creo que Don es el mejor del mundo.

—Ya veo. —Los ojos de O’Day chispearon. Algún día lo comprobaremos.

—¿En tu lugar o en el mío? —preguntó Price, guiñándole el ojo.

—Señor presidente, el señor Golovko en el tres. —Era la línea directa. Sergey Nikolayevich volvía a aparecer.

Jack apretó el botón correspondiente.

—¿Sí, Sergey?

—Irán.

—Ya sé —dijo el presidente.

—¿Cuánto? —preguntó el ruso, que ya había empacado para volver a su casa.

—Lo sabremos dentro de diez días.

—Entendido. Ofrezco cooperación.

Jack pensó que eso se estaba transformando en un hábito, pero había que pensarlo primero.

—Lo discutiré con Ed Foley. ¿Cuándo regresas?

—Mañana.

—Llámame antes. —Lo sorprendía poder hablar tan eficazmente con un ex enemigo. Tendría que entrenar así al Congreso. Se levantó del escritorio y fue a la sala de secretarios—. ¿Qué tal algo para masticar antes del próximo compromiso?

—Hola, señor presidente —lo saludó Price. ¿Tiene un minuto?

Ryan le hizo una seña mientras su secretaria número dos llamaba al comedor.

—¿Sí?

—Sólo quería informarle que la seguridad acordada a sus hijos es muy eficaz. —Si eso debía agradar a POTUS, POTUS no lo demostró. Era comprensible. *Eh, tenemos un montón de custodios encima de tus hijos*. Qué mundo terrible. Dos minutos después Price estaba hablando con Raman, listo para abandonar el servicio ya que había arribado a la Casa Blanca a las 5 de la mañana. Como de costumbre, no había nada que reportar. Había sido un día tranquilo para todos.

El joven agente subió a su automóvil y salió del complejo. Mostró

su pase a los guardias de la puerta y esperó que le abrieran. Desde allí se abrió camino a través de las barricadas de concreto sobre Pennsylvania Avenue... hasta hacía poco tiempo una calle pública. Giró al oeste y avanzó en dirección a Georgetown, donde tenía un loft. Pero esa vez no fue directamente a su casa sino que dobló sobre Wisconsin Avenue y de nuevo a la derecha para estacionar.

Era un poco gracioso que el hombre vendiera alfombras. Muchos norteamericanos creían que los iraníes sólo podían ser terroristas, vendedores de alfombras o médicos descorteses. Éste había dejado Persia —la mayoría de los norteamericanos no vinculaban las alfombras persas con Irán, como si fueran dos naciones distintas— hacía más de quince años. Tenía una foto del hijo en la pared y el viejo decía a quien quisiera escucharlo que su hijo había muerto en la guerra Irán-Irak. Era cierto. También decía odiar al gobierno de su antiguo país. No era cierto. Era un agente encubierto. Jamás había tenido contacto antes con alguien vinculado con Teherán. Tal vez lo hubieran investigado. Probablemente no. No pertenecía a ninguna asociación, no marchaba, no hablaba en público, no hacía otra cosa que manejar un próspero negocio...y, al igual que Raman, nunca iba a la mezquita. De hecho, jamás había visto a Raman. Por eso, cuando Raman traspasó el umbral de su tienda su único interés era saber cuál de su vasta colección de alfombras podría interesarle. Pero el posible cliente, comprobando que no había nadie más en la tienda, fue directamente al mostrador.

—La foto de la pared. Se parece a usted. ¿Es su hijo?

—Sí —replicó el hombre con una tristeza que jamás lo abandonaba, más allá de cualquier Paraíso prometido. Lo mataron en la guerra.

—Muchos perdieron hijos en ese conflicto. ¿Era religioso?

—¿Acaso tiene importancia ahora? —replicó el comerciante, parpadeando.

—Siempre tiene importancia —dijo Raman con tono casual.

Ambos se acercaron a una pila de alfombras. El comerciante pasó el dedo por el extremo de una.

—Estoy en posición. Necesito instrucciones sobre el momento propicio —Raman no tenía nombre codificado y sólo tres hombres conocían la frase codificada que acababa de pronunciar. El comerciante no sabía nada más, excepto que debía repetir las diez palabras que otro le había dicho, esperar una respuesta, y transmitirla.

—¿Le molestaría darme sus datos para mi lista de clientes?

Raman lo hizo. Escribió el nombre y la dirección de una persona real. Había sacado el nombre de la guía telefónica, más específicamente de una agenda de la Casa Blanca, lo que le había facilitado la tarea de encontrar un número que difiriera del suyo en un solo dígito. Una marca gruesa sobre el sexto dígito le indicaría al comerciante dónde agregar 1 a 3 para obtener 4 y completar el número verdadero. Era un truco excelente. Su instructor en Savak lo había aprendido de un israelí hacía más de dos décadas y no lo había olvidado. Ningún hombre de la ciudad sagrada de Qom olvidaba nada.

Husos horarios

Las dimensiones de la Tierra y la localización de los lugares de conflicto estaban ocasionando grandes inconvenientes. Estados Unidos dormiría aún mientras otras partes del mundo despertaban al nuevo día, situación empeorada por el hecho de que quienes contaban con ocho o nueve horas de ventaja tomarían decisiones frente a las que tendría que reaccionar el resto del mundo. A eso se sumaba el hecho de que la promocionada CIA norteamericana contaba con pocos agentes u oficiales capaces de predecir lo que estaba ocurriendo. Debido a eso STORM TRACK y PALM BOWL tenían el deber de reportar lo que decían la televisión y la prensa locales. Y así, mientras el presidente de Estados Unidos dormía, sus oficiales luchaban para reunir y analizar información que de todos modos llegaría tarde a sus manos y cuyo análisis podía o no ser acertado. Además, los mejores agentes secretos de Washington eran demasiado jerárquicos para perturbarles el descanso —después de todo tenían familias— y deberían ser informados velozmente antes de sus propios pronunciamientos, lo cual implicaría discusión y debate y demoraría ostensiblemente la presentación de información vital para la seguridad nacional. En términos militares eso se denominaba “tomar la iniciativa”: hacer el primer movimiento físico, político o psicológico. Tanto mejor si el oponente partía con un tercio de día en desventaja.

Las cosas no andaban mucho mejor en Moscú, a sólo una hora de diferencia con Teherán y en el mismo huso horario que Bagdad. La RVS —sucesora de la KGB— estaba en la misma infeliz posición que la CIA, con casi todas sus redes de espionaje barridas en ambos países. Para Moscú los problemas estaban en cierto sentido más próximos y Sergey Golovko iba a descubrirlo no bien su avión aterrizara en Sheremetyevo.

El mayor problema del momento era la reconciliación. Los noticieros matutinos de la televisión iraquí anunciaron que el nuevo gobierno en Bagdad había informado a las Naciones Unidas que todos los equipos de inspección internacionales tendrían plena libertad para visitar cualquier disponibilidad del país, sin ninguna clase de interferencias —de hecho, Irak requería que las inspecciones se llevaran a cabo lo más rápido posible— y con absoluta e instantánea cooperación ante cualquier requerimiento; y también que el nuevo gobierno iraquí estaba deseoso de acabar con todo lo que obstaculizara la inserción completa del país en el comercio internacional. Por el

momento, Irán enviaría camiones con alimentos de acuerdo con la antigua prerrogativa islámica de hacer caridad con los necesitados, lo que sería un anticipo de la voluntad de reingresar a la comunidad de naciones ya manifestada por ese país. Un video de la televisión de Basra copiado por PALM BOWL mostraba la primera caravana de camiones cargados de trigo bajando la sinuosa Autopista Shahabad y cruzando territorio iraquí al pie de las montañas que separaban ambos países. Imágenes posteriores mostraban a los gendarmes iraquíes retirando obstáculos y barreras y haciendo señas a los camiones, mientras los gendarmes iraníes permanecían pacíficamente de su lado de la frontera, sin armas evidentes.

El personal de Langley calculó la cantidad de camiones, las toneladas de carga y el número de hogazas de pan que resultarían. Concluyeron que deberían enviar barcos cargados de trigo para hacer una diferencia más que simbólica. Pero los símbolos eran *importantes*, y ya estaban cargando los barcos, tal como determinó una serie de fotos satelitales. Los funcionarios de las Naciones Unidas en Ginebra, con sólo tres horas de desventaja, recibieron el pedido de Bagdad con agrado e inmediatamente mandaron órdenes a sus equipos de inspección, que fueron escoltados hacia su misión por vehículos policiales. El personal iraquí se mostró sumamente amistoso y encantados ante su recién descubierta capacidad de decir todo lo que sabía y hacer sugerencias sobre cómo desmantelar, por ejemplo, una disponibilidad de armas químicas disfrazada de fábrica de insecticida. Finalmente, *Irán* pidió una reunión especial del Consejo de Seguridad para considerar el levantamiento de las sanciones comerciales remanentes, algo tan seguro como la salida del sol, aunque tardía, sobre la Costa Este de Estados Unidos. En dos semanas la dieta promedio iraquí aumentaría por lo menos quinientas calorías. No era difícil imaginar el impacto psicológico, y el país encargado de restablecer la normalidad en esa nación rica en petróleo pero aislada sería su antiguo enemigo, Irán... aduciendo, como siempre, que la religión era el factor principal que los determinaba a ofrecer ayuda.

—Mañana veremos cómo distribuyen pan desde las mezquitas —predijo el mayor Sabah. Podría haber agregado los pasajes del Corán que acompañarían el evento, pero sus colegas norteamericanos no eran expertos en Islam y no hubieran podido captar la profundidad de la ironía.

—¿Sus estimaciones, señor? —preguntó el oficial norteamericano.

—Los dos países se unirán —replicó Sabah con tono seguro—. Y pronto.

No había necesidad de preguntar por qué estaban exhibiendo las fábricas de armas iraquíes. Irán tenía todo lo que necesitaba.

La magia no existe. Es sólo una palabra que utiliza la gente para explicar algo hecho con tanta inteligencia que no tiene explicación posible. La técnica más simple empleada por los magos consiste en distraer al público con una mano (usualmente cubierta por un guante

blanco) mientras la otra hace otra cosa. Lo mismo pasa con las naciones. Mientras los camiones avanzaban y los barcos eran cargados y los diplomáticos recibían instrucciones y Estados Unidos despertaba a lo que estaba ocurriendo, en Teherán era de noche, después de todo.

Los contactos de Badrayn fueron tan útiles como siempre, y lo que él no pudo hacer, pudo hacerlo Daryaei. El avión comercial civil despegó de Mehrabad y giró hacia el este, sobrevolando Afganistán y luego Pakistán en un vuelo de dos horas que terminó en la oscura ciudad de Rytog, cerca de la frontera entre Pakistán, India y Kashmiri. La ciudad estaba en las montañas Kunlun y alojaba parte de la población musulmana de China. En esa pequeña ciudad fronteriza había una base de la Fuerza Aérea con algunos MiG de combate de fabricación local y una sola pista de aterrizaje, separada del pequeño aeropuerto regional. Era una ubicación ideal para todos, ya que estaba a escasas 600 millas de Nueva Delhi, aunque, perversamente, el vuelo más largo provino de Beijing, a unas dos mil millas de distancia. Los tres aviones aterrizaron con pocos minutos de diferencia, poco después de la puesta del sol. Sus pasajeros fueron trasladados en vehículos militares a la sala destinada al contingente MiG local. El ayatollah Mahmoud Haji Daryaei estaba acostumbrado a lugares más limpios y, peor aún, olía a cerdo cocido, parte integral de la dieta china pero nauseabundo para él. Hizo a un lado las consideraciones religiosas. No era el primer ni el único fiel que debía tratar con paganos y no creyentes.

La primera ministra de la India se mostró cordial. Había conocido a Daryaei en una conferencia regional de comercio y le había parecido recoleto y misántropo, cosa que no había cambiado demasiado.

El último en llegar fue Zhang Han San, a quien la primera ministra también conocía. Era un hombre regordete y aparentemente alegre... hasta que se lo miraba directamente a los ojos. Hasta cuando hacía bromas tenía la ambición de aprender algo de sus compañeros. Era el único de los tres cuyo trabajo era un enigma para los demás. No obstante, estaba claro que tenía autoridad para hablar y, dado que su país era el más poderoso de los tres, no se consideró insultante que un simple ministro sin ministerio tratara con jefes de Estado. El encuentro se realizó en inglés, excepto cuando Zhang despidió al oficial que les había dado la bienvenida.

—Por favor perdónenme por no haber estado aquí cuando llegaron. Sinceramente lamentamos las... irregularidades en el protocolo. —Se sirvió té con masas. Tampoco habían tenido tiempo de preparar un banquete apropiado a la ocasión.

—No se preocupe —lo tranquilizó Daryaei—. La celeridad siempre trae inconvenientes. En lo que a mí respecta, estoy sumamente agradecido por su voluntad de reunirse en circunstancias tan especiales. —Se dio vuelta.— Y también le estoy agradecido a usted, señora primera ministra, por unirse a nuestra empresa. Dios bendiga este encuentro —concluyó.

—Mis felicitaciones por los acontecimientos de Irak —dijo Zhang, preguntándose si la agenda quedaría completamente en manos de Daryaei, dada su voluntad de demostrar que era él quien había pro-

puesto el encuentro—. Debe ser muy satisfactorio después de tantos años de discordia entre sus dos naciones.

Sí, pensó India, bebiendo su té. *Fue muy inteligente de su parte asesinar al líder en el momento y la forma apropiados.*

—Entonces, ¿en qué podemos serle útiles? —preguntó, otorgando primacía a Daryaei e Irán ante la impasible molestia de China.

—Usted estuvo con Ryan hace poco. Me gustaría conocer su impresión.

—Un hombre pequeño para un gran trabajo —replicó enseguida—. Por ejemplo, fíjese en el discurso que dio en el funeral. Hubiera sido apropiado para una ceremonia familiar privada. Pero se esperan cosas más grandes de un presidente. Más tarde, en la recepción, parecía nervioso e incómodo, y su esposa es arrogante... Es médica, como sabrá. Suelen ser muy arrogantes.

—Pensé lo mismo de él cuando nos conocimos hace algunos años —coincidió Daryaei.

—Y no obstante controla un gran país —observó Zhang.

—¿Lo controla? —preguntó Irán—. ¿Estados Unidos sigue siendo grande? Porque... ¿de dónde proviene la grandeza de una nación sino de la fortaleza de sus líderes? —Los otros dos supieron al instante cuál sería la agenda.

—Dios santo —murmuró Ryan para sus adentros—, éste es un lugar solitario.

Ese pensamiento no lo dejaba en paz, especialmente cuando estaba solo en su despacho de paredes combas y puertas moldeadas de tres pulgadas. Todo el tiempo usaba anteojos para leer —por recomendación de Cathy— pero sólo servían para lentificar las jaquecas. No era que la lectura le resultara extraña. Todos los trabajos que había desempeñado en los últimos quince años lo habían obligado a leer, pero las jaquecas constantes eran nuevas para él. ¿Tal vez tendría que hablar con Cathy u otro médico al respecto? No. Negó con la cabeza. Sólo era estrés laboral y tendría que aprender a sobrellevarlo.

Seguro, sólo es estrés. Y el cáncer es sólo una enfermedad.

Estaba leyendo un informe sobre toma de posiciones preparado por el staff político del OEOB, al otro lado de la calle. Le resultaba un tanto divertido, sino consolador, que no supieran qué aconsejarle. Ryan jamás había pertenecido a un partido político. Siempre se había declarado independiente y eso le había evitado recibir cartas de pedido de los partidos organizados, aunque Cathy y él habían contribuido asiduamente al fondo de gobierno contra la corrupción política. Pero no sólo se esperaba que el presidente fuera miembro de un partido... sino *líder*.

Los partidos estaban todavía más acéfalos que las tres ramas del gobierno. Todos conservaban sus secretarios, que no sabían qué hacer. Durante algunos días se había supuesto que Ryan era miembro del mismo partido que Roger Durling, pero la verdad había sido descubierta por la prensa unos días antes, provocando un *¡ah, mierda!*

colectivo en el establishment de Washington. Para los orientadores ideológicos de la ciudad federal eso equivalía a preguntar cuánto era 2 más 2 y descubrir que la respuesta era “Cartuja”. El informe que leía era predeciblemente caótico, producto de cuatro o más analistas políticos profesionales. Hasta era posible identificar al autor de cada párrafo. Su staff de inteligencia podría haberlo hecho mejor, se dijo Jack, arrojando el informe a la basura y deseando, nuevamente, un cigarrillo. Eso también se debía al estrés.

Pero todavía tenía que salir a la *tribuna política* —expresión cuyo significado jamás había logrado entender— y *hacer campaña* para la gente, o al menos dar discursos. O algo por el estilo. El informe tampoco era claro al respecto. Ya se había hundido hasta la cintura con el tema del aborto —el día anterior, Arnie van Damm le había ordenado ácidamente mantenerse cauto— y ahora tendría que establecer su posición política respecto de un número de temas: acción afirmativa y seguro de desempleo, impuestos, medio ambiente y sólo Dios sabía qué más. Una vez que decidiera qué posición tomar respecto de esas cosas, Callie Weston escribiría una serie de discursos para ser leídos de Seattle a Miami y Dios sabía dónde más. Hawaii y Alaska quedarían fuera de la lista porque eran estados pequeños en términos de importancia política e ideológicamente polos aparte. Sólo servirían para crear confusiones, o al menos eso decía el informe que acababa de leer.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí y trabajar, simplemente? —le preguntó a su recién llegado jefe de staff.

—Porque lo de afuera también *es trabajo*, señor presidente —Van Damm tomó asiento para comenzar la última clase de Presidencia 101—. Porque, según su propia terminología, “es una función del liderazgo”... ¿Aplicé bien el concepto? —preguntó con una mueca sardónica—. Y liderazgo significa salir al campo de batalla con las tropas o, en este caso, con los ciudadanos. ¿Quedó claro, señor presidente?

—¿Te estás divirtiendo con esto? —Jack se restregó los ojos debajo de los anteojos. También odiaba esas malditas gafas.

—Casi tanto como tú. —Era un comentario justo.

—Lo siento.

—La mayoría de la gente que viene aquí disfruta escapando de este museo y viendo gente de verdad. Por supuesto que eso pone nerviosa a Andrea y sus secuaces. Probablemente estarían de acuerdo en tenerte aquí adentro todo el tiempo. Pero ya parece una cárcel, ¿o no? —preguntó Arnie.

—Sólo cuando estoy despierto.

—Entonces sal. Visita a la gente. Diles lo que piensas, diles lo que quieres. Demonios, hasta son capaces de escucharte. Y hasta podrían decirte qué piensan *ellos* y tal vez *tú* podrías aprender algo de eso. En todo caso, no puedes *ser* presidente y no hacerlo.

Jack levantó el informe que acababa de leer.

—¿Leíste esta cosa?

—Sí —asintió Arnie.

—Es una basura confusa —dijo Ryan, completamente sorprendido.

—Es un documento político. ¿Desde cuándo la política es consistente o sensata? —Hizo una pausa—. La gente para la que trabajé durante veinte años mamó esta clase de cosas con la leche materna... Bueno, probablemente todos fueron alimentados a mamadera.

—¿Qué?

—Pregúntale a Cathy. Es una de esas teorías conductistas, esa basura New Age que supuestamente explica todo sobre todo a todos y en todas partes. Los políticos son bebés de mamadera. Mamá jamás los amamantó, nunca se sintieron protegidos ni se vincularon apropiadamente, se sintieron rechazados y todo eso, y por eso, en compensación, salen y dan discursos y le dicen a la gente de diferentes lugares las cosas —diferentes— que la gente quiere oír para obtener de extraños el amor y la devoción que sus madres les negaron. Por no mencionar a los que, como Kealty, se acuestan con todo el mundo todo el tiempo. Por otra parte, los bebés alimentados naturalmente crecen y se transforman en... médicos, supongo, o tal vez en rabinos...

—¡Qué *demonios* estás diciendo! —gritó el presidente—. Su jefe de staff se limitó a sonreír.

—¿Te tuve en vilo un rato, no? ¿Sabes una cosa? —prosiguió Van Damm. Acabo de descubrir de qué nos olvidamos al fundar este país.

—De acuerdo, morderé la carnada —dijo Jack con los ojos aún cerrados y disfrutando el momento con humor. Maldita sea, ese Arnie sabía cómo manejar una clase.

—Del bufón de la corte, tal vez en un puesto de Gabinete. Sabes, un enano —perdón, una persona de sexo masculino con una escala de desafío vertical inusualmente grande— vestido con un jubón multicolor y un gracioso sombrero con cascabeles. Pónle un banquito en el rincón —claro que aquí no hay rincones, pero supongamos que sí— y cada quince minutos saltará sobre tu escritorio y sacudirá los cascabeles en tu cara para recordarte que debes activar la válvula de escape de vez en cuando, como el resto de la humanidad. ¿Te das cuenta ahora, Jack?

—No —admitió el presidente.

—¡Eres terco como una mula! ¡Este trabajo puede ser *divertido*! Salir y ver a tus ciudadanos es *divertido*. Enterarse de lo que quieren es importante, pero también es entretenido. Ellos quieren *amarte*, Jack. Quieren respaldarte. Quieren saber lo que piensas. Más que nada quieren saber que eres uno de ellos... ¿y sabes qué? ¡Eres el primer presidente en mucho tiempo que de verdad es uno de ellos! Entonces saca el trasero de la silla, ordénales a los pilotos que pongan en marcha el Big Blue Bird y juega el maldito juego. —No necesitaba agregar que las actividades programadas eran ineludibles.

—No a todos les gustará lo que yo digo y creo, Arnie, y maldita sea si pienso mentirle a la gente para chuparle las medias o conseguir votos o lo que sea.

—¿Esperas que todos te amen? —preguntó Van Damm, nuevamente sardónico. La mayoría de los presidentes agradecerían ser amados por el cincuenta y uno por ciento de la población. Algunos tuvieron que conformarse con menos. Te reprendí severamente por tus declaraciones sobre el aborto... ¿sabes por qué? Porque fueron confusas.

—No, no fueron confusas, yo...

—¿Vas a escuchar a tu maestro o no?

—Prosigue —admitió el presidente.

—Para empezar, alrededor del cuarenta por ciento de la gente vota a los demócratas. Otro cuarenta por ciento vota a los republicanos. De ese ochenta por ciento, la mayoría no cambiaría de opinión aunque Adolf Hitler se postulara contra Abe Lincoln... o contra la FDR, para cubrir ambas partes con ecuanimidad.

—Pero por qué...

Exasperación:

—¿Por qué es azul el cielo, Jack? Simplemente *es*, ¿de acuerdo? Aunque puedas explicar por qué — y supongo que algún astrónomo podría explicarlo— el cielo *es* azul y debemos aceptarlo como un hecho, ¿de acuerdo? Eso nos deja un veinte por ciento que puede inclinarse hacia uno u otro lado. Tal vez sean verdaderos independientes, como tú. Ese veinte por ciento controla el destino del país y si quieres que las cosas sean a tu manera debes llegar a ese veinte por ciento. Ahora viene la parte divertida. A ese veinte por ciento no le importa demasiado lo que tú piensas. —La conclusión fue acompañada de una sonrisa torcida.

—Espera un momento...

Arnie levantó la mano.

—Deja de interrumpir a tu maestro. Al ochenta por ciento que vota a su partido no le importa el personaje. Votan al partido porque creen en la filosofía del partido... o porque papá y mamá siempre votaron a ese partido. La razón no importa en realidad. Pasa. Es un hecho. Hay que enfrentarlo. Ahora volvamos al veinte por ciento que *sí* importa. Ellos constituyen tu ventaja, señor presidente. Políticamente hablando tienes tanto que hacer en este despacho como un niño de tres años en una tienda de armas, pero tienes una personalidad... y la pondremos en juego.

Ryan frunció el ceño ante la expresión “poner en juego”, pero mantuvo la calma y asintió para que el jefe de staff prosiguiera.

—Simplemente dile a la gente lo que piensas. Con sencillez. Las buenas ideas deben expresarse con sencillez y eficacia. Y con consistencia. Ese veinte por ciento quiere creer que realmente *crees* en lo que dices. Jack, ¿eres capaz de respetar a un hombre que dice lo que piensa, aunque no estés de acuerdo con él?

—Por supuesto, eso es lo que...

—Debe hacer todo hombre que se precie de tal —dijo Arnie, completando la idea—. Eso hace el veinte por ciento. Te respetarán y respaldarán aunque no estén de acuerdo contigo. ¿Por qué? Porque sabrán que eres un hombre de palabra. Y quieren que este despacho sea ocupado por un hombre con personalidad e integridad. Porque si las cosas andan mal, al menos se puede confiar en que un hombre de esas características intente hacer lo correcto.

—Ah.

—El resto es puro envoltorio. Y no desprecies el envoltorio ni la entrega en mano, ¿entendido? No hay nada de malo en vender las

propias ideas con inteligencia. En el libro que escribiste sobre Halsey, *Marinero Luchador*, elegiste cuidadosamente las palabras adecuadas para presentar tus ideas, ¿correcto? —El presidente asintió—. Lo mismo pasa con estas ideas... Demonios, estas ideas son todavía más importantes, y por lo tanto tendrás que envolverlas con mayor habilidad, ¿no?

—Arnie, ¿con cuántas de esas ideas estarás de acuerdo?

—Seguramente no con todas. Creo que estás equivocado respecto al aborto porque las mujeres deben tener derecho a elegir. Apuesto a que no coincidimos sobre acción afirmativa y otras cosas pero, sabes, jamás dudé de tu integridad. No puedo decirte qué creer, pero sabes escuchar. Amo este país, Jack. Mi familia huyó de Holanda cruzando en bote el Canal de la Mancha cuando yo tenía tres años. Todavía recuerdo que vomité hasta el tuétano.

—¿Eres judío? —preguntó Jack, azorado. Desconocía la filiación religiosa de Arnie.

—No, mi padre estaba en la Resistencia y fue delatado por un alemán. Escapamos justo a tiempo. En otro caso lo hubieran fusilado y mamá y yo hubiéramos terminado en el mismo campo de concentración que Anna Frank. Pero al resto de la familia no le fue tan bien. Su nombre era Willem y cuando la guerra terminó decidió venir a Estados Unidos. Crecí oyendo hablar del viejo país y lo diferente que era este lugar. Es diferente. Me convertí en lo que soy para proteger el sistema. ¿Qué es lo que hace diferente a Estados Unidos? La Constitución, supongo. La gente cambia, los gobiernos cambian, las ideologías cambian, pero la Constitución sigue siendo esencialmente la misma. Tú y Pat Martin hicieron un juramento. Yo también —prosiguió Van Damm. Excepto que yo juré ante mí mismo y ante mi madre y mi padre. No tengo que estar de acuerdo contigo en todos los temas, Jack. Sé que tratarás de hacer lo correcto. Mi trabajo es protegerte para que puedas hacerlo. Eso significa que tendrás que escuchar y que a veces tendrás que hacer cosas que no te gusten, pero este trabajo tuyo, señor presidente, tiene sus propias reglas. Y debes cumplirlas —concluyó Van Damm.

—¿Cómo lo he venido haciendo, Arnie? —preguntó Jack, absorbiendo la lección más grande de la semana.

—Bastante bien, pero tendrás que mejorar. Kealty todavía es una molestia, no una amenaza real para nosotros. Salir y asumir tu imagen presidencial ayudará a marginarlo definitivamente. Otra cosa. En cuanto salgas al ruedo, empezarán a preguntarte por la reelección. ¿Qué les dirás?

Ryan negó enfáticamente con la cabeza.

—No quiero este trabajo, Arnie. Que otro se haga cargo cuando...

—En ese caso vas muerto. Nadie te tomará en serio. No tendrás en el Congreso a la gente que quieres. Estarás baldado y serás incapaz de lograr lo que deseas. Te volverás políticamente ineficaz. Estados Unidos no está en condiciones de afrontar eso, señor presidente. Los gobiernos extranjeros —los manejados por políticos, no lo olvides— no te tomarán en serio, y *eso* tendrá implicancias sobre la seguridad

nacional, tanto inmediatamente como a largo plazo. ¿Entonces qué dirás cuando los periodistas te hagan esa pregunta?

El presidente se sentía como un alumno de tercer grado que levantaba la mano para responder.

—¿Todavía no lo he decidido?

—Correcto. Estás ocupándote de reconstituir el gobierno y considerarás ese tema a su debido tiempo. Dejaré traslucir que estás considerando la posibilidad de quedarte, que sientes que te debes al país, y cuando los periodistas te interroguen sobre *eso*, simplemente repetirás tu posición original. Los gobiernos extranjeros recibirán un mensaje comprensible y te tomarán en serio y el pueblo norteamericano también te entenderá y respetará. En el aspecto práctico, debes recordar que los partidos no elegirán a los candidatos marginales que no murieron en el Congreso para ocupar cargos de importancia. Votarán delegaciones. Hasta podríamos querer que hables sobre ese tema. Lo hablaré con Callie. —No agregó que los medios adorarían esa perspectiva. Cubrir dos convenciones políticas abiertas al público era un sueño que pocos se habían atrevido a soñar. Arnie intentaba simplificar las cosas. No importaba qué posición tomara Ryan, siempre que tomara una, por lo menos el cuarenta por ciento de la población la objetaría, si no más. Lo divertido del veinte por ciento al que aludía constantemente era que cubría todo el espectro político... y al igual que él, estaba menos preocupado por la ideología que por la personalidad. Algunos vociferarían sus objeciones, y en eso no se diferenciarían del cuarenta por ciento que compartía una particular premisa ideológica, pero al final del día votarían al hombre. Siempre lo hacían, porque eran honestos y ponían al país por encima de los prejuicios. Aunque lamentablemente la mayoría de las veces elegían honestamente a personas que en cuestiones de honor no les llegaban a la suela de los zapatos. Ryan todavía no podía apreciar la oportunidad que tenía entre manos, y probablemente fuera mejor así, porque si pensaba demasiado intentaría controlar el hilo de las cosas, algo que jamás lograría hacer del todo bien. Hasta los hombres honorables podían cometer errores, y Ryan no se diferenciaba del resto. Por eso existía gente como Arnold van Damm, para enseñar y guiar desde adentro y desde afuera del sistema al mismo tiempo. Miró a su presidente y advirtió la confusión que acompañaba sus nuevos pensamientos. Estaba tratando de encontrar sentido a lo que había escuchado y probablemente triunfaría en el intento, porque sabía escuchar y procesar adecuadamente la información recibida. Sin embargo, no llegaría a la conclusión natural. Sólo Arnie, y tal vez Callie Weston, eran capaces de considerar el futuro más lejano. En las últimas semanas Van Damm había decidido que Ryan tenía condiciones para ser presidente. Y él se encargaría de que permaneciera en el cargo.

—No podemos hacer eso —protestó la primera ministra de India, agregando—: Acabamos de recibir una lección de la armada norteamericana.

—Una lección durísima —coincidió Zhang—. Pero no causó daños permanentes. Creo que el daño sufrido por sus barcos estará resuelto dentro de dos semanas. —Esa frase la dejó boquiabierta. Se había enterado de eso hacía pocos días. Las reparaciones abarcarían buena parte del presupuesto naval anual de India y el tema había sido su preocupación esencial. No todos los días un país extranjero, particularmente si había sido enemigo declarado, revelaba su capacidad de penetración en un gobierno.

—Estados Unidos es una fachada, un gigante de corazón enfermo y cerebro dañado —dijo Daryaei—. Usted misma lo dijo, primera ministra. El presidente Ryan es un hombre pequeño en un gran trabajo. Si hacemos que su trabajo sea más grande y más duro, Estados Unidos perderá su capacidad de interferir con nosotros el tiempo suficiente para que podamos alcanzar nuestros objetivos. El gobierno norteamericano está paralizado y seguirá así durante las próximas semanas. Lo único que necesitamos es aumentar el grado de parálisis.

—¿Y cómo podríamos hacerlo? —preguntó India.

—Simplemente aumentando la exigencia de sus compromisos y al mismo tiempo perturbando su estabilidad interna. En lo que a usted respecta, se necesitarán sólo pequeñas demostraciones de su parte. El resto me atañe a mí. Y creo que es mejor que no conozcan mis estrategias.

De haber podido, Zhang ni siquiera hubiera respirado para controlar mejor sus sentimientos. No todos los días encontraba a alguien más despiadado que él y no, no quería saber qué tenía en mente Daryaei. Siempre era mejor que fuera otro el país que cometiera actos de guerra.

—Prosiga, por favor —dijo Zhang, buscando un cigarrillo en el bolsillo interno de su chaqueta.

—Cada uno de nosotros representa a un país con grandes capacidades y necesidades aún más grandes. China e India tienen grandes poblaciones y necesitan espacio y recursos. Pronto tendré recursos, el capital que siempre los acompaña, y también la capacidad de controlar su distribución. La República Islámica Unida se transformará en una gran potencia. Ustedes ya son grandes potencias. Occidente ha dominado a Oriente demasiado tiempo —Daryaei miró directamente a Zhang—. Al norte de nuestro país hay un cadáver en descomposición. Muchos millones de fieles están allí y deben ser liberados. También están los recursos y el espacio que su país necesita. Se los ofrezco, si usted me ofrece a cambio las tierras de los fieles. —Luego miró a la primera ministra de India.— Al sur de su país yace un continente vacío con el espacio y los recursos que ustedes necesitan. Creo que la República Islámica Unida y la República Popular China están dispuestas a ofrecerle protección a cambio de su cooperación. A ambos pido solamente cooperación pacífica sin riesgo directo.

India recordó haber oído eso antes, pero sus necesidades tampoco habían cambiado desde entonces. China inmediatamente ofreció un medio de distracción que entrañaba poco peligro. Ya había pasado antes. Irán...que *era la esencia* de esa República Islámica Unida... Oh,

por supuesto, pensó Zhang. Por supuesto. La RIU correría todos los riesgos reales, aunque parecerían inusualmente bien calculados. Chequearía la correlación de fuerzas a su regreso a Beijing.

—No pido compromisos en este punto, obviamente. Necesitarán asegurarse de que mis capacidades e intenciones son serias. Les pido que consideren esta alianza —informal— que les propongo.

—Pakistán —dijo la primera ministra, tamborileando tontamente los dedos, pensó Zhang.

—Islamabad ha sido el títere de Estados Unidos demasiado tiempo y no es digno de confianza —replicó Daryaei inmediatamente. Ya había pensado en eso, aunque no esperaba que India reaccionara tan rápidamente. Esa mujer odiaba a Estados Unidos tanto como él. Bueno, la “lección” —así la llamaba ella— habría herido su orgullo mucho más profundamente de lo que habían dicho sus diplomáticos. Era típico de las mujeres valorar tanto el orgullo. Y también era señal de debilidad. Excelente. Miró a Zhang.

—Nuestros vínculos con Pakistán son exclusivamente comerciales y como tales están sujetos a modificaciones —observó China, igualmente encantado por la debilidad de India. Todo había sido culpa suya. Ella había enviado fuerzas al campo —bueno, al mar— para respaldar el ineficiente ataque de Japón contra Estados Unidos... mientras China no había hecho nada ni arriesgado nada, emergiendo de la “guerra” ilesa y sin compromisos. Ni siquiera los superiores más cautos de Zhang habían objetado su juego, por malogrado que fuera. Y nuevamente otro correría los riesgos, India brindaría su apoyo pacifista y China no haría otra cosa que repetir una política que aparentemente nada tenía que ver con esa nueva RIU, sino que era una manera de probar al nuevo presidente norteamericano, algo que de todos modos ocurría todo el tiempo. Además, Taiwan seguía siendo una molestia. Era curioso. Irán, motivado esencialmente por la religión. India, motivada por la ira y la codicia. China, por su parte, pensando a largo plazo, desapasionadamente, buscando lo que realmente importaba pero con circunspección, como siempre. El objetivo de Irán era evidente y si Daryaei estaba dispuesto a arriesgarse a la guerra para alcanzarlo, ¿por qué no observar desde lugar seguro y desear que triunfara? No estaba dispuesto a comprometer a su país por el momento. ¿Por qué mostrarse dispuesto? India estaba dispuesta, tan dispuesta que pasaba por alto algo obvio: si Daryaei triunfaba, Pakistán haría las paces con la nueva RIU y hasta podría unirse a ella, e India quedaría aislada y vulnerable. Bueno, siempre era peligroso ser vasallo, tanto más cuando se aspiraba a ascender de jerarquía... aunque sin condiciones para lograrlo. Había que ser cuidadoso al escoger aliados. La gratitud entre las naciones era una flor de invernadero que se marchitaba fácilmente al ser expuesta al mundo real.

La primera ministra asintió, saboreando su victoria sobre Pakistán, y no dijo nada más.

—En ese caso, amigos míos, les agradezco por haber aceptado reunirse conmigo y, con su permiso, me retiro. —Los tres se pusieron de pie. Intercambiaron apretones de manos y fueron hacia la puerta.

Minutos después, el avión de Daryaei despegaba de la tortuosa pista. El mullah miró la cafetera y decidió no consumir su contenido. Quería dormir unas horas antes de las plegarias matinales. Pero antes...

—Sus predicciones eran correctas.

—Los rusos las hubieran denominado “condiciones objetivas”. Son y seguirán siendo infieles, pero sus fórmulas para analizar problemas tienen cierta precisión —explicó Badrayn—. Gracias a ellos aprendí a reunir información cuidadosamente.

—He podido comprobarlo. Su próxima tarea será diseñar algunas operaciones.

Dicho eso, Daryaei reclinó su asiento y cerró los ojos, preguntándose si volvería a soñar con leones muertos.

Por mucho que deseara volver a la clínica médica, a Pierre Alexandre le desagradaba atender gente que no sobreviviría. El ex oficial del ejército imaginaba que defender Bataan había sido igual. Hacer todo lo posible, disparar los mejores proyectiles... sabiendo que el alivio jamás llegaría. En ese momento había tres enfermos de SIDA a su cargo, tres hombres homosexuales en la treintena con un pronóstico de vida que no superaba el año. Seguirían allí al día siguiente y ninguno necesitaría asistencia de emergencia esa noche. Hacer a un lado sus problemas no era indicio de crueldad. Era algo propio de la profesión y las vidas de esos tres hombres, si abrigaban alguna esperanza, dependían en parte de que Alexandre se apartara de sus cuerpos consumidos y volviera a investigar los organismos microscópicos que los atacaban. Entregó un cassette a su secretaria para que lo desgrabara.

—El Dr. Lorenz de Atlanta devolvió su llamada —le dijo al pasar. Alexandre tomó asiento y marcó el número de memoria.

—¿Sí?

—¿Gus? Te habla Alex desde Hopkins. Te identifiqué, ahí estás.

—Escuchó una risotada al otro extremo de la línea. Ser identificado por teléfono era insoportable.

—¿Cómo va la pesca, coronel?

—¿Me creerás si te digo que todavía no tuve oportunidad de salir de pesca? Ralph me obliga a trabajar duro.

—¿Qué quieres de mí...? ¿Tú fuiste el primero en llamar, no?

—Lorenz ya no estaba seguro, otra señal de que trabajaba demasiado.

—Sí, Gus. Ralph dice que estás iniciando una nueva investigación sobre la estructura de Ébola... a partir de esa miniepidemia en Zaire, ¿es cierto?

—Bueno, sería así, salvo que alguien se robó mis monos —informó con amargura el director del CDC—. El cargamento de reemplazo debe llegar dentro de un par de días.

—¿Has sufrido un ataque? —preguntó Alexandre.

—No, fueron contrabandeados en África. Algún otro estará jugando con ellos ahora. De todos modos, eso me obliga a demorarme una semana. Qué demonios. Hace quince años que observo al pequeño bastardo.

—¿La muestra es fresca?
—Pertenece al Paciente Índice. Identificación positiva, Ébola Zaire, variedad Mayinga. Tenemos otra muestra de la paciente restante. La que desapareció...

—¿Cómo? —preguntó Alex, alarmado.

—La perdimos en un accidente aéreo. Evidentemente la estaban trasladando a París a ver a Rousseau. No hay más casos, Alex. Para variar, esta vez esquivamos la bala —aseguró Lorenz a su colega más joven.

Alexandre pensó que era mejor morir aplastado en un accidente aéreo que ser devorado por el maldito virus. Seguía pensando como un soldado, profano y todo.

—Entendido.

—Entonces, ¿por qué llamaste?

—Polinominales —fue la respuesta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el médico desde Atlanta.

—Cuando hayas mapeado éste, piensa en hacer un análisis matemático de la estructura.

—Hace tiempo que acaricio esa idea. Aunque en este momento prefiero examinar el ciclo reproductivo y...

—Precisamente, Gus, la naturaleza matemática de la interacción. Estuve hablando con una colega aquí... Una cirujana de ojos, ¿puedes creer? Me dijo algo interesante. Si los aminoácidos tienen un valor matemático cuantificable, y deberían tenerlo, su manera de interactuar con otros sistemas de codones podría decirnos algo. —Alexandre hizo una pausa y escuchó el sonido de un fósforo que se encendía. Gus estaba volviendo a fumar en pipa en su oficina.

—Prosigue.

—Todavía estamos buscando éste, Gus. ¿Qué pasaría si fuera lo que vienes pensando, que todo es una ecuación? La cosa sería quebrarla, ¿no? ¿Cómo podríamos hacerlo? Bueno, Ralph me habló de tu estudio sobre el ciclo temporal. Creo que estás en la pista de algo. Si mapeamos el ARN del virus y mapeamos el ADN del portador, tendremos...

—¡Eureka! Las interacciones nos dirán algo sobre los valores de los elementos en...

—Y eso nos dirá cómo se reproduce el maldito virus y tal vez...

—Cómo atacarlo. —Una pausa y un hondo suspiro del otro lado de la línea—. Alex, eso es muy bueno.

—Eres el mejor para este trabajo, Gus, y estás iniciando el experimento.

—No obstante, falta algo.

—Siempre falta algo.

—Déjame pensarlo un par de días y volveré a llamarte. Buen tiro, Alex.

—Gracias, señor —el profesor Alexandre cortó la comunicación e imaginó que había hecho su buena acción del día para la ciencia médica. No era mucho, y como siempre, faltaba algo.

Experimentos

Llevó varios días poner todo en su lugar. El presidente Ryan tuvo que reunirse con otra clase de nuevos senadores... Algunos estados habían sido un poco lentos para designarlos, principalmente porque sus gobernadores establecieron algo semejante a comités de investigación para evaluar la lista de candidatos. Eso fue una sorpresa para muchos funcionarios de Washington que esperaban que los ejecutivos estatales hicieran lo que siempre habían hecho para reemplazar miembros del Congreso antes de que los cadáveres se enfriaran... Pero era obvio que el discurso de Ryan *había* influido bastante en la toma de decisiones. Ocho gobernadores se habían dado cuenta de que la situación era única y por consiguiente habían actuado de otra manera ganándose el elogio de los diarios locales, y en muchos casos la aprobación absoluta de la prensa nacional.

El primer viaje político de Jack fue experimental. Se levantó temprano, besó a su esposa e hijos al salir y abordó el helicóptero antes de las siete de la mañana. Diez minutos después, abandonó el helicóptero y abordó el Uno de la Fuerza Aérea, técnicamente conocido por el Pentágono como VC-25A, un 747 modificado para ser transformado en la aeronave personal del presidente. Lo abordó justo cuando el piloto, un coronel muy jerárquico, hacía los anuncios previos al despegue al estilo de las compañías comerciales. Miró hacia atrás y vio aproximadamente ochenta periodistas ajustándose los cinturones de seguridad en sus asientos de cuero “mejores que primera clase” —de hecho muchos no se ajustaron el cinturón porque el Uno de la Fuerza Aérea solía ser más placentero que un transatlántico sobre el océano en calma— y, cuando miró nuevamente hacia adelante, oyó gritar “*¡Y en este vuelo no está permitido fumar!*”

—¿Quién dijo eso? —preguntó.

—Uno de los periodistas de televisión —replicó Andrea—. Cree que éste es su avión personal.

—En cierto sentido lo es —señaló Arnie—. No lo olvide.

—Es Tom Donner —agregó Callie Weston—. El de la NBC. Sus heces no son odoríferas y usa más fijador para el cabello que yo. Pero parte del suyo está aglutinado.

—Por aquí, señor presidente —Andrea señaló hacia adelante. La cabina presidencial del Uno de la Fuerza Aérea estaba provista de asientos comunes aunque mullidos, más un par de sillones cama para viajes largos. El presidente se ajustó el cinturón de seguridad bajo la

estrecha vigilancia de su custodia principal. Los pasajeros podían romper las reglas —al USSS no le preocupaban tanto los periodistas— pero POTUS no. Cuando terminó, Andrea hizo señas a un tripulante de la Fuerza Aérea, quien levantó un teléfono y le anunció al piloto que podían despegar. Se encendieron los motores. Jack había perdido el miedo a volar, pero cerró los ojos y rezó (en otras etapas de su vida había murmurado) mentalmente por la seguridad colectiva de todos los que iban a bordo... convencido de que rezar exclusivamente por uno mismo podía parecer egoísta a los ojos de Dios. El avión inició el carreteo previo al despegue, más rápidamente que un 747 normal. Con poca carga, se sentía como un aeroplano y no como un tren que sale de la estación.

—Está bien —dijo Arnie, cuando la nariz del Uno apuntó hacia el cielo. El presidente, estudiadamente, no aferró los apoyabrazos como de costumbre—. Esto va a ser fácil. Indianapolis, Oklahoma City y de vuelta a casa para cenar. Las multitudes serán amistosas y casi tan reaccionarias como tú —agregó con un guiño—. Por lo tanto no tienes nada de qué preocuparte.

La agente especial Price, sentada en el mismo compartimento para el despegue, sentía un ramalazo de odio cada vez que alguien decía eso. El jefe de staff Van Damm —CARPENTER para el Servicio Secreto; Callie Weston era CALLIOPE— era de los que jamás apreciaban del todo los dolores de cabeza del Servicio Secreto. Pensaba en el peligro como en un azar político, incluso después del incidente del 747. Qué notable, pensó Price. El agente Raman estaba sentado a pocos metros, con acceso a la cabina presidencial en caso de que un reportero intentara darse a conocer por su revólver antes que por su afilada pluma. Había seis agentes más a bordo dedicados a vigilar a todos los pasajeros, incluso a los tripulantes uniformados, más un batallón de agentes en los dos destinos previstos, junto con un importante conjunto de policías locales. En la Base Tinker de la Fuerza Aérea, en Oklahoma, el camión de combustible estaba bajo la vigilancia del USSS por si alguien planeaba contaminar el JP destinado al avión presidencial, y permanecería bajo vigilancia hasta *después* que el 747 regresara a Andrews. Un transporte A C-5B Galaxy había trasladado a Indianapolis los vehículos presidenciales. Trasladar al presidente equivalía a transportar al circo Barnum & Bailey o al Ringling Brothers, excepto porque nadie temía que asesinaran al trapecista.

Ryan estaba repasando su discurso. Ése era uno de sus escasos actos normales. Todos los presidentes se ponían nerviosos con los discursos... generalmente no por la puesta en escena sino por los contenidos esenciales. Ese pensamiento obligó a sonreír a Price. Ryan no estaba preocupado por el contenido sino por la manera en que lo transmitiría. Bueno, seguramente aprendería y además tenía la suerte de que Callie Weston, aunque fuera una molestia administrativa, escribía discursos excepcionalmente buenos.

—¿Desayuno? —preguntó una azafata. El presidente negó con la cabeza.

—No tengo apetito, gracias.

—Tráigale huevos, mermelada, tostadas y café sin cafeína —ordenó Van Damm.

—Jamás intente dar un discurso con el estómago vacío —le aconsejó Callie. Créame.

—Y tampoco después de haber bebido mucho café verdadero. La cafeína podría exaltarte. Cuando un presidente da un discurso —Arnie inició la lección de la mañana—, es... Callie, ¿podrías ayudarme con esto?

—No hay nada dramático en el discurso de hoy. En este caso usted sería el vecino amable que se acerca porque el de al lado quiere saber su opinión sobre algo que ha venido pensando. Amistoso. Razonable. Calmo. “Sí, Fred, realmente me parece que podrías hacerlo de este modo” —explicó Weston enarcando una ceja.

—O el amable médico de la familia que aconseja no comer con tanta grasa y jugar un poco más al golf... porque se supone que es un ejercicio divertido, y esa clase de cosas —explicó el jefe de staff—. Lo haces todo el tiempo en la vida real.

—Sólo que esta mañana tendré que hacerlo frente a miles de personas, ¿correcto? —preguntó Ryan.

—Y a las cámaras de televisión. Saldrá en los noticieros de la tarde y...

—CNN también lo transmitirá en vivo, porque será su primer discurso en el interior del país —agregó Callie. No tenía sentido mentirle al presidente.

Dios Santo. Jack miró el texto de su discurso.

—Tienes razón, Arnie. Mejor descafeinado. —Levantó la vista repentinamente—. ¿Hay algún fumador a bordo?

Su manera de preguntar hizo que la azafata de la Fuerza Aérea se diera vuelta instantáneamente.

—¿Quiere un cigarrillo, señor?

La respuesta le resultaba un poco vergonzante, pero...

—Sí —musitó.

Ella le ofreció un Virginia Slim y le dio fuego con una cálida sonrisa. No todos los días se tenía la oportunidad de brindar un servicio tan personal al comandante en jefe. Ryan dio una pitada y levantó la vista.

—Si le dice algo a mi esposa, sargento...

—Será nuestro secreto, señor. —La joven desapareció en busca del desayuno, sintiendo que su día ya era un éxito.

El fluido tenía un color asombrosamente horrible: escarlata profundo con un toque pardusco. Habían monitoreado el proceso con pequeñas muestras bajo el microscopio electrónico. Los riñones de mono expuestos a la sangre infectada estaban compuestos por células discreta y altamente especializadas y, por alguna razón indescifrable, Ébola amaba esas células como los glotones aman la mousse de chocolate. Había sido un proceso a la vez fascinante y

horrible de observar. Los virus de tamaño microscópico tocaban las células, las penetraban... y empezaban a replicarse en la cálida y rica biósfera. Era como una película de ciencia ficción, sólo que absolutamente real. Ese virus, igual que todos los otros, estaba equívocamente vivo. Sólo podía actuar con ayuda, ayuda que debía provenir de su portador que, al proveer los medios para activar el virus, también conspiraba para su propia muerte. Los virus de Ébola sólo contenían ARN y para que se produjera la mitosis eran necesarios el ARN y el ADN. Las células del riñón tenían ambos ácidos, el virus los localizaba y, cuando se unían, empezaba a reproducirse. El proceso requería energía, y esa energía era provista por las células del riñón que, por supuesto, resultaban destruidas por completo. El proceso de multiplicación era un microcosmos del proceso de la enfermedad en la comunidad humana. Se iniciaba lentamente y luego se aceleraba geométricamente hasta que todos los nutrientes eran devorados y sólo quedaban virus latentes y a la espera de su próxima oportunidad. La gente aplicaba toda clase de falsas imágenes a la enfermedad. Que yacía a la espera de la ocasión, que mataba sin piedad, que buscaba nuevas víctimas. Todo eso era pura basura antropomórfica y Moudi y su colega lo sabían. El virus no pensaba. No hacía nada guiado por un impulso malévolo. Lo único que Ébola hacía era alimentarse y replicarse y volver a su estado latente. Pero, así como una computadora es sólo un conjunto de interruptores eléctricos capaces de distinguir exclusivamente los numerales 1 y 0 —aunque lo hace con mayor rapidez y eficacia que los humanos que la utilizan—, Ébola está muy bien adaptado a reproducirse tan rápido que el sistema inmunológico del cuerpo humano, ordinariamente un eficaz y denodado mecanismo de defensa, es superado, como atacado por un ejército de hormigas carnívoras. Allí residía la debilidad histórica de Ébola. Era *demasiado* eficiente. Mataba *demasiado* rápido. Su mecanismo de supervivencia dentro del portador humano tendía a matar al portador antes de que pudiera contagiar la enfermedad. También estaba superadaptado a un ecosistema específico. Ébola no sobrevivía demasiado al aire libre y sólo en la jungla. Por esa razón, y dado que no podía sobrevivir en un portador humano sin matarlo en un plazo menor a diez días, también había evolucionado lentamente... sin dar el siguiente paso evolutivo y transformarse en aerotransmisible.

Eso pensaban todos. Tal vez “esperaban” fuera el término más adecuado, reflexionó Moudi. Una variedad de Ébola propagable por aerosol sería catastróficamente mortífera. Y era posible que tuvieran precisamente eso entre manos. Se sospechaba que la variedad Mayinga podía transmitirse por aerosol, y era eso lo que tenían que probar.

Por ejemplo el congelamiento profundo, utilizando nitrógeno líquido como refrigerante, mataba la mayoría de las células humanas normales. Cuando se congelaban, la expansión de agua —que constituía la mayor parte de la masa celular— rompía las paredes de la célula dejando atrás una catástrofe. Por otra parte, Ébola era dema-

siado primitivo para esa clase de proceso. El exceso de calor podía matarlo. Los rayos ultravioleta podían matarlo. Los microcambios del medio químico podían matarlo. Pero si se le daba un lugar fresco y oscuro para descansar quedaba satisfecho y dormía en paz.

Trabajaban en una caja de guantes. Un medio ambiente muy controlado y letalmente contaminado recubierto de una capa de plástico lo suficientemente fuerte para detener una bala de pistola. En dos de los lados habían abierto agujeros en el grueso plástico y en cada estación de trabajo había un par de pesados guantes de goma. Moudi extrajo 10 cc de líquido rico en virus y los traspasó a un pequeño recipiente, que selló. La lentitud del proceso se debía más a la torpeza provocada por los guantes que al peligro físico. Cuando el recipiente estuvo sellado lo pasó de una mano enguantada a la otra y de allí al director, que realizó el mismo procedimiento y finalmente depositó el recipiente en una pequeña cámara de aire comprimido. Cuando la puerta se cerró, operación indicada por una luz que leía un sensor de presión, el pequeño compartimento fue inundado de aerosol desinfectante —fenol diluido— y pudieron sentarse a descansar durante tres minutos, hasta tener la certeza de que el aire y el recipiente de traslado eran seguros. Aun así, nadie los tocaría sin guantes y, a pesar de la seguridad de la caja de guantes, ambos médicos usaban trajes protectores. El director retiró el recipiente, acunándolo entre sus manos durante el trayecto de tres metros a la mesa de trabajo.

La lata de aerosol utilizada con propósitos experimentales era la misma que usaban para los insecticidas, de la clase que se puede apoyar en el piso, activar y dejar para que inunde toda la habitación. Había sido desarmada por completo, limpiada tres veces al vapor y vuelta a armar... Las partes plásticas habían sido un problema, pero ya lo habían previsto varios meses antes. Era un artefacto tosco. Las versiones de producción serían más elegantes. El único peligro provenía del nitrógeno líquido, un fluido de apariencia acuosa que, de caer sobre los guantes, los congelaría inmediatamente y haría que se fragmentaran como cristal negro. El director se apartó un poco cuando Moudi virtió el líquido criogénico en el vaso de presión. Sólo necesitaban unos centímetros cúbicos para ese experimento. El líquido rico en Ébola fue inyectado al recipiente interno de acero inoxidable y la tapa fue convenientemente ajustada. Una vez sellada, el nuevo recipiente fue rociado con desinfectante y lavado con salina estéril. El pequeño recipiente utilizado para el traslado fue a parar a un recipiente para residuos para su posterior incineración.

—Aquí está —dijo el director. Estamos listos.

En el interior de la lata de aerosol, el virus de Ébola dormía congelado, pero no por mucho tiempo. El nitrógeno se dispersaría rápidamente y la muestra se derretiría. En ese momento se llevaría a cabo el resto del experimento y los dos médicos se quitarían el traje protector para ir a cenar.

El coronel que manejaba el avión aterrizó con habilidad consumada. Era la primera vez que transportaba a ese presidente y tenía algo que probar. Por la ventana Ryan pudo ver cientos —no, *miles*— de personas. *¿Todos para verme a mí?* se preguntó. *Maldición*. Sobre la cerca baja que rodeaba la pista pendían los colores rojo, azul y blanco de la bandera nacional y cuando el avión finalmente se detuvo, todas las banderas se alzaron al mismo tiempo, como una ola patriótica. Acercaron las escaleras móviles a la puerta, que fue inmediatamente abierta por la azafata que le había convidado un cigarrillo.

—¿Quiere otro? —le susurró.

Ryan sonrió con cierto disimulo.

—Tal vez más tarde. Y gracias, sargento.

—Rómpace la pierna, señor presidente... pero no en estas escaleras, ¿entendido? —la joven recibió un guiño presidencial por recompensa.

—Todo listo para el Jefe —oyó decir Price por radio al líder del equipo terrestre. Asintió en dirección al presidente.

—Es hora de actuar, señor presidente.

Ryan respiró hondo y se paró en el centro de la puerta, mirando el brillante sol del medioeste.

El protocolo indicaba que debía avanzar primero y solo. Apenas se había asomado cuando una multitud que no lo conocía en absoluto lo ovacionó estruendosamente. Con la chaqueta abotonada, el cabello peinado y colocado en su sitio con fijador a pesar de sus objeciones, Jack Ryan bajó los escalones, sintiéndose más un tonto que un presidente. Al llegar abajo, el sargento de la Fuerza Aérea hizo la venia, saludo que Ryan devolvió inmediatamente, tan adentrados estaban en él los hábitos de su breve época de marine... Fue ovacionado nuevamente. Miró a su alrededor y vio que los del Servicio Secreto y otros agentes del Tesoro se desplegaban para vigilar las inmediaciones. El primero en acercársele fue el gobernador del estado.

—¡Bienvenido a Indiana, señor presidente! —Buscó la mano de Ryan y la estrechó vigorosamente—. Nos sentimos honrados de recibir su primera visita oficial.

Habían puesto todo lo que tenían para darle la bienvenida. La banda local arremetió con "Ruffles and Flourishes", inmediatamente seguido por "Hail to the Chief" y Ryan se sintió un verdadero fraude. Con el gobernador a su derecha y medio paso atrás, avanzó por la alfombra roja. Los soldados presentaron armas, deponiendo en cierto modo su majestad marcial, aunque no las Franjas y Estrellas que, según había dicho un atleta norteamericano, jamás se inclinarían ante ningún rey ni potentado (era un irlandés-norteamericano que se había negado a honrar al rey de Inglaterra en las Olimpiadas de 1908). Al pasar frente a las tropas Jack cruzó la mano sobre el pecho, gesto que recordaba de su juventud, y miró a los soldados. Ahora era su comandante en jefe. Podía enviarlos al campo de batalla. Eran jóvenes afeitados al ras y orgullosos, como él mismo habría sido veinte años antes. Estaban allí para él. Y él siempre tendría que estar allí para ellos. *Sí*, se dijo Jack. *Tendré que recordarlo*.

—¿Puedo presentarle a algunos ciudadanos locales, señor?
—preguntó el gobernador, señalando la cerca. Ryan asintió y lo siguió.

—Las cabezas altas, avanzar a empujones —ordenó Andrea por su micrófono. Los agentes de la Custodia Presidencial odiaban esa clase de acontecimientos por encima de todo. Price permanecería con POTUS todo el tiempo. Raman y otros tres permanecerían a ambos lados del mandatario vigilando a la multitud detrás de sus anteojos oscuros, en busca de armas, expresiones dudosas, caras memorizadas a partir de fotografías, cualquier cosa fuera de lo común.

Eran demasiados, pensó Ryan. Ninguno de ellos lo había votado y hasta hace muy poco ni siquiera conocían su nombre. No obstante, allí estaban. Algunos serían meros empleados estatales que obtendrían medio día libre, pero los que llevaban sus hijos no, no todos. Las miradas de la multitud dejaron atónito al presidente, que nunca en su vida había experimentado nada semejante. Las manos se tendían frenéticamente y Ryan estrechó todas las que pudo, tratando de escuchar voces individuales entre la cacofonía producida por los gritos.

—¡Bienvenido a Indiana! ¿Cómo se siente? ¡SEÑOR PRESIDENTE! ¡Confiamos en usted! ¡Buen trabajo! ¡Estamos con usted!

Ryan intentó responderles, pero sólo atinó a repetir la palabra gracias. Estaba boquiabierto ante la poderosa calidez del momento, absolutamente dirigida a él. Eso bastaba para hacerle superar el dolor de la mano, pero finalmente tuvo que apartarse de la cerca y saludar desde lejos, recibiendo a cambio otra amorosa ovación.

Maldición. Si sólo supieran que era un fraude, ¿qué harían? ¿*Qué demonios estoy haciendo aquí?* se preguntó, avanzando raudamente hacia la puerta abierta de la limusina presidencial.

Había diez en el sótano del edificio. Todos hombres. Sólo uno era prisionero político, y su crimen era la apostasía. El resto eran personas singularmente indeseables: cuatro asesinos, un violador, dos abusadores de niños y dos ladrones reincidentes que, de acuerdo con la ley del Corán, estaban sujetos a la amputación de su mano derecha. Estaban en una habitación aislada y climáticamente controlada, sujetos por esposas a las patas de la cama. Todos eran condenados a muerte, excepto los ladrones que supuestamente sólo debían ser mutilados y lo sabían, y se preguntaban qué hacían allí, con el resto. Para los otros era un misterio seguir todavía vivos, misterio que ninguno cuestionaba pero que tampoco les proporcionaba ninguna clase de satisfacción. Su dieta de las últimas semanas había sido particularmente pobre, suficiente para reducir su energía física y su nivel de atención. Uno de ellos se metió un dedo en la boca para sentir el gusto amargo y las encías sangrantes y sólo lo retiró cuando se abrió la puerta.

Era alguien con traje de plástico azul, alguien que ninguno de ellos había visto antes. La persona —un hombre, aunque apenas podían adivinar sus rasgos a través de la máscara plástica— apoyó un

recipiente cilíndrico sobre el piso de concreto, lo destapó y apretó un botón. Luego se retiró apresuradamente. Apenas cerró la puerta, se oyó un sonido sibilante proveniente del recipiente y una niebla brumosa invadió la habitación.

Uno de ellos gritó creyendo que se trataba de un gas venenoso, apoderándose de la delgada sábana y cubriéndose la cara con ella. El que estaba más cerca del aerosol era un poco lento y simplemente miraba. Cuando la nube avanzó sobre él, miró a su alrededor mientras los demás esperaban verlo morir. Al ver que no moría, sintieron más curiosidad que miedo. Después de unos minutos el incidente pasó a formar parte de su limitada historia común. Se apagaron las luces y fueron a dormir.

—En tres días sabremos la verdad —dijo el director, apagando el televisor—. El sistema de aerosol parece funcionar bien, la dispersión es apropiada. Tuvieron un problema con la duración del aerosol. En la versión de producción tendrá que durar... ¿cuánto? Cinco minutos, supongo.

Tres días, pensó Moudi. Setenta y dos horas para saber qué monstruo de maldad habían procreado.

A pesar de todo lo que habían gastado y celebrado, a pesar del exquisito planeamiento, Ryan estraba sentado en una simple silla plegadiza de metal, de la clase que escalda el coxis. Frente a él había una baranda de madera cubierta de banderines rojos, blancos y azules. Debajo de la baranda había una plancha de acero destinada a detener las balas. El podio estaba similarmente acorazado —acero y Kevlar en ese caso; el Kevlar es más fuerte y más liviano que el acero— y le protegería todo el cuerpo de los hombros para abajo. La dependencia de la Universidad —un gimnasio enorme, no el que utilizaba el equipo de basket ya eliminado del torneo de la NCA— estaba atestada “hasta las vigas”, frase que utilizaban los reporteros para definir un lugar con todos los asientos ocupados. La mayoría de los presentes eran estudiantes y Ryan era el blanco predilecto de numerosas luces cegadoras que le impedían ver a la multitud.

El gobernador estaba hablando nuevamente. Había sido precedido por otros tres oradores: un estudiante, el presidente de la Universidad y el alcalde de la ciudad. El presidente trataba de escuchar los discursos, pero por una parte decían todos lo mismo y por otra no era verdad lo que decían. Era como si estuvieran hablando de algún otro, de un presidente teórico con virtudes genéricas. Tal vez se debiera a que los redactores de discursos locales sólo trabajaban sobre temas locales, pensó Jack. Tanto mejor para ellos.

—... un gran honor presentar al presidente de Estados Unidos. —El gobernador se dio vuelta e hizo un gesto. Ryan se levantó, fue hacia el podio y estrechó la mano del gobernador. Al apoyar la carpeta del discurso sobre el podio, asintió avergonzado en dirección a la multitud que apenas podía ver. En las primeras filas, a la derecha sobre las tribunas, estaban los personajes locales más importantes. En

otro momento y circunstancia hubieran sido contribuyentes mayores. En este caso no sabía. Tal vez aportaran a los dos partidos. Recordó que todos los contribuyentes mayores donaban dinero a ambos partidos, equilibrando sus apuestas para garantizarse acceso al poder independientemente de quién ganara las elecciones. Probablemente estarían tratando de imaginar cómo donar dinero a *su* campaña.

—Gracias, gobernador —Ryan hizo un gesto hacia los que lo acompañaban, leyendo sus nombres de la primera página de su discurso. Eran buenos amigos a los que jamás volvería a ver después de esta primera vez y cuyas caras se iluminaron por el simple hecho de que leyeran sus nombres en el orden correcto.

—Damas y caballeros, nunca había estado en Indiana antes. Es mi primera visita a este estado, pero después de disfrutar la bienvenida que me han dado, espero que no sea la última...

Fue como si alguien hubiera mostrado el cartel de APLAUSOS en un programa de televisión. Había dicho la verdad, seguida por algo que podía o no ser mentira, y aunque ellos debían saberlo, les importaba un bledo. Y entonces Jack Ryan aprendió algo importante por primera vez.

Dios, es como un narcótico, pensó, comprendiendo por qué la gente se metía en política. Nadie podía quedarse allí de pie, oyendo el ruido y viendo las caras, sin enamorarse del momento. Eso superaba el miedo a aparecer en escena y la horrorosa sensación de no pertenecer. Allí estaba él, ante cuatro mil personas, todos compatriotas suyos, todos iguales a él ante la ley, aunque para ellos él era algo más. Era Estados Unidos de Norteamérica. Era su presidente, más que eso, era la encarnación de sus esperanzas y sus deseos, era la imagen de la nación. Por eso estaban dispuestos a amar a alguien a quien no conocían, a ovacionar sus palabras, a creer que por un instante los había mirado directamente a los ojos para que el momento fuera eterno y jamás cayera en el olvido. Era un poder tal como jamás había imaginado que existía. Esa multitud estaba a sus órdenes.

¿Y ahora qué? se preguntó el presidente de Estados Unidos, pensando velozmente mientras la ola de aplausos decrecía en intensidad. Jamás había sido lo que ellos creían que era. Era un buen hombre, pero no un grande, y la presidencia era un trabajo, un puesto, una función gubernamental que iba acompañada de deberes definidos por James Madison y, como todas las cosas de la vida, un lugar de transición de una realidad a otra. El pasado era algo imposible de modificar. El futuro era lo que todos trataban de prever. El presente era donde estaban, y en el presente había que tratar de hacer lo mejor posible... y si tenía suerte, tal vez sería merecedor del momento. No bastaba con sentir el amor de la multitud. Tendría que ganárselo, ofreciéndole algo más que una mentira convincente, porque al otorgarle el poder también le otorgaban responsabilidades y al darle su amor le exigían devoción a cambio. Jack miró el panel de vidrio que reflejaba el texto de su discurso, respiró hondo y comenzó a hablar, tal como lo hacía cuando era profesor de Historia en Annapolis.

—Vine aquí hoy para hablarles de Estados Unidos...

Debajo del presidente había una hilera de cinco agentes del Servicio Secreto. Usaban gafas oscuras para impedir que el público viera a quién estaban mirando y también porque la gente sin ojos resulta intimidante a nivel visceral. Tenían ambas manos entrelazadas al frente y se comunicaban mediante auriculares. En la parte trasera del gimnasio había otro grupo de agentes armados de binoculares, porque todos sabían que el amor manifestado en el interior del edificio no era universal e incluso que podía haber alguien decidido a matar lo que otros tanto amaban. Por esa razón, el equipo de avanzada había colocado detectores de metal portátiles en todas las entradas. Por esa razón los perros Malinois habían husmeado el edificio en busca de explosivos. Por esa razón observaban todo como un miembro de infantería en zona de combate que examina cada sombra.

—... y la fuerza de Estados Unidos no está en Washington sino en Indiana, en Nuevo México y en todos los estados donde los norteamericanos viven y trabajan. Los de Washington no somos Estados Unidos. Ustedes son Estados Unidos. —La voz del presidente resonaba a través del sistema PA... un sistema no muy bueno, pensaron los agentes, pero los preparativos del evento habían sido demasiado rápidos. —Y nosotros trabajamos para ustedes. —La audiencia lo ovacionó sin tener en cuenta la calidad del audio.

Las cámaras de televisión estaban conectadas a camionetas con fuentes satelitales estacionadas cerca del edificio. Los periodistas se habían quedado en la retaguardia, dedicados a tomar notas a pesar de que contaban con el texto completo del discurso, junto con la promesa escrita de que Ryan efectivamente leería *ese* discurso. Esa noche todos hablarían del “discurso del presidente”, aunque el presidente no había escrito una sola palabra. Ellos sabían quién lo había escrito. Callie Weston ya había hablado con varios al respecto. Por eso se ocupaban de observar a la multitud, tarea fácil para ellos ya que las luces de los reflectores no los cegaban.

—... no es una oportunidad sino una responsabilidad que todos compartimos, porque si Estados Unidos nos pertenece a todos, el deber de poner en marcha el país empieza aquí, no en Washington. —Más aplausos.

—Buen discurso —dijo Tom Donner a su comentarista/analista John Plumber.

—Muy bien dicho también. Hablé con el superintendente de la Academia Naval. Dicen que fue un profesor excelente —replicó Plumber.

—Tuvo un buen público, jóvenes principalmente. Y no habló de temas políticos mayores.

—Está probando el terreno —coincidió John—. Tenemos un equipo trabajando en el otro segmento para esta noche, ¿no?

Donner chequeó su reloj y asintió.

—Ya deben estar allí.

—Entonces, Dra. Ryan, ¿qué se siente al ser la primera dama? —preguntó Krystin Matthews con una cálida sonrisa.

—Todavía no me doy cuenta. —Estaban conversando en la oficina

de Cathy, con vista a Baltimore. Apenas había lugar para un escritorio y tres sillas (una para la doctora, otra para el paciente y otra para la esposa o madre del paciente) y se sentía atrapada con todas las cámaras y luces metidas allí—. Sabe una cosa, extraño cocinar para mi familia.

—Usted es cirujana... ¿y su marido espera que también cocine? —preguntó la periodista de la NBC con sorpresa lindante con la ira.

—Siempre me gustó cocinar. Es una buena manera de relajarme cuando llego a casa. —*En vez de mirar televisión*, omitió agregar. Llevaba puesto un uniforme nuevo. Había perdido quince minutos en peinado y maquillaje y tenía pacientes esperándola—. Además, soy muy buena cocinera.

Ah, bueno, eso era otra cosa. Sonrisa complaciente:

—¿Y cuál es el plato favorito del presidente?

Devolución de sonrisa.

—Es muy fácil. Bife, papa asada y ensalada de espinacas... Ya sé, la médica siempre presente en mí no deja de decirle que es una dieta un poco pesada para el colesterol. Jack es muy bueno en la parrilla. De hecho, es muy hábil arreglando las cosas de la casa. Ni siquiera le molesta cortar el pasto.

—Permítame volver a la noche en que nació su hijo, esa horrible noche cuando los terroristas...

—No la he olvidado —dijo Cathy con voz ahogada.

—Su esposo ha matado gente. Usted es médica. ¿Cómo se siente frente a eso?

—Jack y Robby —el almirante Jackson—, Robby y Sissy son nuestros mejores amigos —explicó Cathy—. De todos modos, hicieron lo que debían hacer... o no hubiéramos sobrevivido esa noche. No me gusta la violencia. Soy cirujana. La semana pasada tuve un caso traumático, un hombre que perdió el ojo por una pelea de puño en un bar a pocas cuadras de aquí. Pero lo que hizo Jack es diferente de lo que ellos hicieron. Mi esposo peleó para protegernos, a mí, a Sally y al Pequeño Jack, que todavía no había nacido.

—¿Le gusta ser médica?

—Amo mi trabajo. No lo dejaría por nada.

—Pero usualmente una primera dama...

—Sé a qué apunta. No soy la esposa de un político. Practico la medicina. Soy investigadora científica y trabajo en el mejor instituto de ojos del mundo. Tengo pacientes esperándome. Me necesitan y yo también los necesito. Soy quien soy por mi trabajo. También soy esposa y madre, y me gusta casi todo lo que tengo en la vida.

—¿Excepto esto? —preguntó Krystin con una sonrisa.

Los ojos azules de Cathy resplandecieron.

—Realmente no tengo por qué responder esa pregunta, ¿no? —Matthews supo que había tocado el límite de la entrevista.

—¿Qué clase de hombre es su esposo?

—Bueno, no puedo ser totalmente objetiva al respecto. Arriesgó su vida por mí y por nuestros hijos. Cada vez que lo necesité estuvo

allí. Y yo hice lo mismo por él. Creo que eso es amor y matrimonio. Jack es inteligente. Y honesto. Supongo que se preocupa demasiado. A veces se despierta en mitad de la noche —bueno, eso era en casa— y pasa media hora mirando el agua por la ventana. No creo que sepa que yo lo sé.

—¿Todavía lo sigue haciendo?

—Últimamente no. Está demasiado cansado cuando se acuesta. Jamás ha trabajado tan arduamente.

—Respecto a sus otros cargos gubernamentales, en la CIA por ejemplo, los informes dicen que...

Cathy detuvo la pregunta con la mano en alto.

—No sé, y probablemente no quiero saber. Conmigo pasa lo mismo. No estoy autorizada a discutir información confidencial de los pacientes con Jack ni con nadie ajeno a la facultad.

—Nos gustaría verla con sus pacientes y...

FLOTUS negó con la cabeza, parando en seco la pregunta.

—No, esto es un hospital, no un estudio de televisión. No se trata tanto de mi privacidad como de la de mis pacientes. Para ellos no soy la primera dama. Para ellos soy la Dra. Ryan. No soy una celebridad. Soy médica y cirujana. Y para mis alumnos, soy profesora y maestra.

—Según dicen, una de las mejores del mundo en su especialidad —agregó Matthews, sólo para ver la reacción de Cathy.

Una sonrisa.

—Sí, he ganado el premio Lasker y el respeto de mis colegas es un regalo que vale más que el dinero... Pero tampoco se trata de eso. A veces —no muy a menudo— pero a veces, después de una operación importante, soy yo la que quita los vendajes al paciente en un cuarto oscuro. Luego encendemos las luces lentamente y vemos. Puedo verlo en el rostro del paciente. Le operé los ojos y vuelven a funcionar y la mirada que veo en su rostro... Bueno, nadie se dedica a la medicina por dinero, al menos en Hopkins. Estamos aquí para curar a los enfermos. Yo estoy para preservar y restaurar la vista de la gente y la mirada que veo al terminar mi trabajo equivale a una palmada de Dios en el hombro diciendo "Buen trabajo". Por eso nunca, nunca abandonaré la medicina —dijo Cathy Ryan, casi líricamente, sabiendo que lo pasarían esa misma noche por televisión y esperando que algún estudiante brillante de la secundaria escuchara sus palabras y viera su expresión y decidiera pensar en la posibilidad de ser médico. Si debía someterse a semejante pérdida de tiempo, al menos anhelaba que fuera de utilidad a su arte.

Krystin Matthews pensó que había obtenido una muy buena secuencia, pero con sólo dos minutos treinta segundos al aire no podrían usarla. Sería mejor pasar la parte en que manifestaba odio hacia su rol de primera dama. La gente estaba harta de escuchar hablar a los médicos.

En vuelo

El regreso al avión fue rápido y eficiente. El gobernador siguió su camino. La gente que había ido a escucharlo volvió a su trabajo y los que se daban vuelta y miraban eran comerciantes que probablemente se preguntaban a qué se debían tantas sirenas... o, si lo sabían, estaban molestos por el ruido. Ryan pudo reclinarsse cómodamente en el mullido asiento de cuero, desinflado por la fatiga que sigue a todos los episodios estresantes.

—Entonces, ¿cómo lo hice? —preguntó, mirando por la ventanilla. Indiana pasaba a setenta millas por hora ante sus ojos. Sonrió internamente ante la idea de conducir tan rápido en los suburbios de una ciudad sin que le cobraran una multa.

—Muy bien —dijo Callie Weston—. Habló como un maestro.

—*Fui* maestro —acotó el presidente. *Y, con suerte, volveré a serlo algún día.*

—Está bien para un discurso como el de hoy, pero para otros tendrás que ser un poco más fogoso —observó Arnie.

—Una cosa por vez —le aconsejó Callie al jefe de staff—. Los bebés gatean antes de caminar.

—El mismo discurso en Oklahoma, ¿correcto? —preguntó POTUS.

—Con algunos cambios no demasiado importantes. Simplemente recuerde que ya no está en Indiana. Ambos estados están en la misma línea de tornados, pero juegan al football en vez de al basketball.

—También perdieron a sus senadores, pero todavía les queda un congresal que estará contigo en el estrado —recalcó Van Damm.

—¿Cómo fue que se salvó? —preguntó Jack, casi sin interés.

—Probablemente se acostó con alguien esa noche —la respuesta fue cortante—. Anunciarás un nuevo contrato para la Base Tinker de la Fuerza Aérea. Eso significará aproximadamente quinientos nuevos empleos, consolidando algunas operaciones en el nuevo emplazamiento. La noticia alegrará a los diarios locales.

Ben Goodley no sabía si era el nuevo asesor de Seguridad Nacional o no. Si la respuesta era afirmativa, era demasiado joven para el puesto, pero al menos el presidente al que servía tenía sus propios conocimientos sobre asuntos exteriores. En ese caso sería más un secretario de alto nivel que un asesor. La función no le importaba.

Había aprendido mucho durante su breve estadía en Langley y sus rápidos progresos lo habían convertido en el NIO más joven de la historia, porque sabía cómo organizar la información y porque tenía la astucia política de identificar lo verdaderamente importante. Le gustaba trabajar directamente para el presidente Ryan. Goodley sabía que podía hablar francamente con el Jefe, y también sabía que Jack —todavía pensaba en él por su nombre, aunque ya no podía usarlo en público— siempre le haría saber lo que estaba pensando. Sería otra experiencia de aprendizaje para el Dr. Goodley, y particularmente invaluable tratándose de alguien cuyo sueño en la vida era llegar a ser DCI por mérito propio y no por política.

La Agencia de Seguridad Nacional —NSA— tenía por hábito enviar resúmenes periódicos de sus actividades a todo el mundo.

Goodley vio que el FLASH concernía a Irak. Otro punto a favor del coronel. No usaba encabezamientos CRITIC por el solo placer de usarlos, como tantos otros. Ben levantó la vista y miró el reloj de pared. Después del ocaso, hora local, momento de descanso para algunos y de acción para otros. La acción duraría toda la noche para alcanzar los objetivos previstos sin interferencias, de modo que el día siguiente fuera genuinamente nuevo y genuinamente distinto.

—Oh, no —suspiró Goodley. Volvió a leer el fax. Hizo girar su silla y levantó el teléfono, apretando el botón #3 de discado veloz.

—Oficina del director —respondió una voz femenina, ya en la cincuenta.

—Goodley para Foley.

—Por favor espere, Dr. Goodley.

Un instante después:

—Hola, Ben.

—Hola, director. —Le pareció inadecuado llamar por su nombre al DCI. Probablemente volvería a trabajar en Langley ese mismo año, y no como oficial jerárquico.— ¿Recibiste lo mismo que yo? —La página todavía conservaba el calor de la impresión.

—¿Irak?

—Correcto.

—Debes leerlo dos veces, Ben. Acabo de ordenarle a Bert Vasco que se presente inmediatamente aquí. —Ambos pensaban que el escritorio de Irak de la CIA era débil y que ese muchacho de Estado era ciertamente muy capaz.

—Una situación bastante caliente, en apariencia.

—Coincido —replicó Ed Foley, asintiendo—. Dios santo, se están moviendo a toda velocidad. Dame una hora, tal vez noventa minutos.

—Creo que el presidente debería saberlo —dijo Goodley, intentando ocultar la preocupación que sentía. Al menos eso esperaba.

—El presidente necesitaría saber más de lo que podemos decirle por ahora. ¿Ben? —agregó el DCI.

—¿Sí, director?

—Jack no te matará por tener paciencia y, además, no podemos hacer otra cosa que observar el desarrollo de los acontecimientos.

Recuerda que no podemos sobrecargarlo de información. Ya no tiene tiempo para ver todos los ángulos de un asunto. Lo que vea debe ser forzosamente conciso. Ése es tu trabajo —explicó Ed Foley—. Te llevará unas semanas adaptarte. Yo te ayudaré —prosiguió, recordándole a Goodley su calidad de novato.

—De acuerdo. Estaré esperando. —Cortó la comunicación.

Goodley estaba relejendo el boletín de la NSA cuando volvió a sonar el teléfono.

—Dr. Goodley.

—Doctor, le hablo desde el despacho presidencial —dijo una de las secretarías principales—. Tengo al señor Golovko en la línea privada del presidente. ¿Puede atender la llamada?

—Sí —replicó, pensando *Oh, mierda*.

—Adelante, por favor —dijo la secretaria, y cortó.

—Habla Ben Goodley.

—Soy Golovko. ¿Quién es usted?

—Soy el asesor de Seguridad Nacional en ejercicio. —*Y sé muy bien quién eres tú.*

—¿Goodley? —Por el tono de su voz, Ben supo que estaba revisando el arcón de su memoria.— Ah, sí, usted es el oficial de inteligencia que acaba de aprender a afeitarse. Lo felicito por el ascenso.

La habilidad de Golovko lo impresionó, aunque suponía que sobre el escritorio del ruso había un archivo con todos sus datos, desde la fecha de nacimiento al número que calzaba. Además, la memoria de Golovko no podía ser tan buena y Goodley había estado en la Casa Blanca el tiempo suficiente para que se corriera la voz. Seguramente la RVS/KGB había hecho, una vez más, sus tareas escolares.

—Bueno, alguien tiene que atender el teléfono, ministro. —Él también sabía contestar con ironía. Golovko no era ministro, aunque actuaba como tal, y eso era técnicamente un secreto. Su respuesta era débil, pero al menos era una respuesta.— ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Conoce el acuerdo que tengo con Ivan Emmetovich?

—Sí, señor, lo conozco.

—Muy bien, entonces dígame que está a punto de nacer un nuevo país. Se llamará República Islámica Unida. Por el momento incluirá a Irán e Irak. Sospecho que aspira a crecer en el futuro.

—¿Su información es fidedigna, señor? —Mejor ser cortés. Eso haría sentir al ruso grande y ampuloso como un pavo real.

—Jovencito, jamás transmitiría a su presidente información que no considerara fidedigna, pero —agregó generosamente— entiendo que es su deber formular esa pregunta. El punto de origen de la información no es de su incumbencia. La confiabilidad de la fuente me permite transmitirla sin reparos. Pronto podré decirle más. ¿Tiene indicios similares?

La pregunta dejó helado a Goodley. No tenía instrucciones al respecto. Sí, sabía que el presidente Ryan había discutido temas de cooperación con Golovko, que luego había comentado el asunto con Ed Foley, y que ambos habían decidido seguir adelante. Pero nadie le

había indicado qué parámetros seguir en cuanto a la devolución de información a Moscú y no tenía tiempo de llamar a Langley para recibir instrucciones. De hacerlo, los rusos lo tomarían como una señal de debilidad, y los rusos no querían que Estados Unidos pareciera débil en ese momento histórico, y era él el que estaba en posición de decidir, y debía hacerlo. El proceso racional completo duró apenas un tercio de segundo.

—Sí, señor ministro. Su información es excelente. El director Foley y yo estábamos discutiendo el desarrollo de los acontecimientos.

—Ah, sí, Dr. Goodley, veo que su personal de señales es tan eficiente como siempre. Qué pena que sus recursos humanos no igualen su desempeño.

Ben no se molestó en responder esa observación, aunque su exactitud le contrajo el estómago. Goodley respetaba a Ryan más que a nadie, y ahora recordaba que Jack había expresado frecuentemente su admiración por el ruso. Bienvenido a la compañía de los grandes, muchachito. No te confíes demasiado. Tendría que haber dicho que Foley lo había llamado.

—Ministro, en menos de una hora hablaré con el presidente Ryan y le transmitiré su información. Gracias por su oportuna llamada, señor.

—Buen día, Dr. Goodley.

República Islámica Unida, leyó Ben en el anotador de su escritorio. Ya había habido una República Árabe Unida, formada por la improbable alianza entre Siria y Egipto y destinada al fracaso por dos aspectos. Ambos países eran fundamentalmente incompatibles y se habían aliado con el único propósito de destruir Israel. La idea de una República *Islámica* Unida apuntaba tanto a lo religioso como a lo político, porque Irán no era una nación árabe —como Irak— sino aria, con diferentes raíces étnicas y lingüísticas. El Islam era la única religión mayor del mundo que condenaba en su escritura todas las formas de racismo y proclamaba la igualdad de todos los hombres ante Dios, independientemente del color... hecho frecuentemente ignorado por Occidente. Por eso el Islam estaba abiertamente destinado a ser una fuerza unificadora y el nuevo país utilizaría ese hecho a partir de su mismo nombre. Eso decía mucho, tanto que Golovko ni siquiera debía molestarse en explicarlo, y también decía que Golovko sentía que Ryan y él estaban en la misma longitud de onda. Goodley volvió a mirar el reloj de pared. También era de noche en Moscú. Golovko trabajaba hasta tarde... bueno, no era *tan* tarde por tratarse de un funcionario jerárquico. Ben levantó el tubo y volvió a marcar #3. Tardó menos de un minuto en resumir la llamada de Moscú.

—Podemos creer todo lo que diga... particularmente sobre este tema. Sergey Nikolayevich es un profesional de larga data. Supongo que te hizo sufrir un poco tirándote del rabo, ¿me equivoco? —preguntó el DCI.

—Me arrancó un poco de pelo —admitió Goodley.

—Es una costumbre de los viejos tiempos. Les gustan los juegos

de estatus. No te sientas molesto y trata de no devolver el golpe. Lo mejor es ignorar ciertas cosas —explicó Foley—. Está bien, ¿qué le preocupa tanto?

—Un montón de repúblicas que terminan con “stan” —le espetó Goodley sin pensar.

—Conforme. —Una tercera voz se unió a la conversación.

—¿Vasco?

—Sí, acabo de entrar —Goodley tuvo que repetir lo que le había dicho a Foley. Probablemente Mary Pat también estuviera allí. Por separado, ambos eran muy buenos en lo que hacían. En el mismo lugar, pensando juntos, eran un arma mortífera. Había que verlos en acción para creerlo.

—Esto me parece bastante importante —observó Goodley.

—A mí también —coincidió Vasco. Quiero despejar algunas incógnitas. Estaré de vuelta en quince o veinte minutos.

—¿Me creerás si te digo que Avi ben Jakob está en línea? —reportó Ed, después de un sonido de fondo en la línea—. Deben estar teniendo un mal día.

Por el momento era sólo una ironía que los rusos hubieran sido los primeros en comunicarse con Estados Unidos y los único en llamar directamente a la Casa Blanca, ganándoles a los israelíes ambos tantos. Pero la diversión no duraría demasiado y todos los jugadores lo sabían. Israel era probablemente el que pasaba los momentos más difíciles. Rusia sólo estaba teniendo un muy mal día. Y Estados Unidos comenzaba a compartir la experiencia.

No hubiera sido civilizado negarles la oportunidad de rezar. Aunque fueran crueles y hubieran cometido crímenes debían tener la ocasión de rezar. Cada uno estaba en presencia de un avisado mullah que, con voz firme pero no exenta de amabilidad, hablaba del destino, citaba la escritura y les sugería la posibilidad de reconciliarse con Alá antes de encontrarse cara a cara con Él. Todos rezaron —si creían o no era otro tema, un tema que sólo juzgaría Alá, pero los mullahs debían cumplir su deber— y posteriormente fueron conducidos de a uno al patio de la cárcel.

El tiempo del proceso había sido calculado con precisión, de modo tal que los tres mullahs otorgaran a cada criminal condenado exactamente tres veces el intervalo requerido para ser sacado al patio, atado al poste, fusilado, retirado y el proceso se reiniciara. Se usaban cinco minutos por ejecución y quince minutos por plegaria.

El general al mando de la División Acorazada 41 era típico, excepto porque la religión era en él algo más que un vestigio de infancia. Tenía las manos atadas ante su imán —el general prefería el término árabe al farsi— y fue arrastrado al patio de la cárcel por los mismos soldados que una semana antes hubieran saludado y temblado a su paso. Se había reconciliado con su destino y no les daría a los bastardos persas que había combatido en los pantanos de la frontera la

menor satisfacción, aunque interiormente maldecía ante Dios a sus cobardes superiores que habían esquilado el país dejándolo atrás. Tal vez hubiera podido matar él mismo al presidente y ocupar su puesto, pensó mientras lo amarraban al poste por las esposas. Miró el paredón de fusilamiento para evaluar la puntería del pelotón. Le causó cierto placer extraño comprobar que tal vez tardaría unos segundos de más en morir, y sonrió pesaroso. Entrenado por los rusos y competente, siempre había tratado de ser un militar honesto —apolítico, cumpliendo sus órdenes fielmente y sin preguntas, fueran cuales fueran— y por eso el liderazgo político de su país nunca había confiado del todo en él. Aquí tenía la recompensa. Un capitán se acercó con una venda para los ojos.

—Un cigarrillo, por favor. Puede guardar *eso* para cuando se vaya a dormir esta noche.

El capitán asintió inexpresivamente. Sus emociones habían sido enmudecidas por las diez ejecuciones que había presenciado. Sacó un cigarrillo del paquete, lo puso en los labios del general y lo encendió con un fósforo. Hecho eso, dijo lo que sentía:

—*Salaam alaykum*. —La paz sea contigo.

—Tendré más paz que tú, jovencito. Cumple tu deber. Asegúrate de que tu pistola esté cargada, ¿sí? —El general cerró los ojos para degustar una larga y placentera pitada. Pocos días antes, su médico le había dicho que fumar era malo para su salud. ¿No era ridículo? Recordó su carrera militar, maravillándose de estar todavía vivo después de lo que los norteamericanos le habían hecho a su división en 1991. Bueno, había esquivado la muerte más de una vez pero, aunque el hombre podía sacar ventaja en esa carrera, jamás podría ganarla. Así estaba escrito. Dio otra larga pitada. Un Winston norteamericano. Reconoció el sabor. ¿Cómo se las habría ingeniado para conseguirlos un simple capitán? Los soldados alzaron los rifles ante la voz de “apunten”. No había expresión en sus rostros. Bueno, matar volvía inexpresivos a los hombres, reflexionó. Lo que supuestamente era cruel y horrible se transformaba en un simple trabajo que...

Había llevado unos días organizar las cosas, pero ahora estaban en casas separadas en distintas partes de la ciudad... y una vez logrado eso, los generales y sus entornos habían empezado a preocuparse. Todos pensaban que, acuartelados por separado, podían ser apresados uno por uno y encarcelados para emprender un vuelo de regreso a Bagdad. Ninguna de las familias tenía más de dos custodios, ¿y qué podrían hacer, excepto ahuyentar a los mendigos? Se reunían frecuentemente —cada general tenía asignado un automóvil— con el propósito de preparar nuevos traslados. También consideraban la posibilidad de viajar juntos a un nuevo hogar colectivo o seguir cada uno su propio rumbo. Algunos argumentaban que sería más seguro y menos costoso comprar una gran extensión de tierra y edificar. Otros no dejaban de aclarar que estaban fuera de Irak de una vez y para siempre (dos de ellos todavía tenían la ilusión de regresar triunfantes a reclamar el

gobierno, pero eso era pura fantasía y todos, salvo ellos dos, lo sabían) y que se sentirían muy felices de no volver a ver a sus compatriotas. Las mezquinas rivalidades que los habían enfrentado ocultaban genuina antipatía que las nuevas circunstancias liberaban sin exarcebarla. Sus fortunas personales no bajaban de los 40 millones de dólares —uno tenía casi 300 millones de dólares desparramados en distintos bancos suizos, más que suficiente para vivir cómodamente y sin prejuicios en cualquier parte del mundo. La mayoría eligió Suiza, el paraíso de los que tienen dinero y quieren vivir en paz, aunque algunos consideraron el Lejano Oriente. El sultán de Brunei necesitaba que le reorganizaran el ejército y tres de los generales iraquíes aspiraban al puesto. El gobierno sudanés también había iniciado conversaciones informales para emplear a varios de ellos como asesores de futuras operaciones militares contra minorías animistas en el sur del país... los iraquíes habían adquirido mucha experiencia con los kurdos.

Pero los generales no sólo debían preocuparse por sí mismos. Todos habían viajado con sus familias. Muchos habían llevado a sus amantes, que ahora vivían en la casa de sus esposas para desconuelo e incomodidad de todos. Las amantes seguían siendo tan ignoradas como lo habían sido en Bagdad. Eso tendría que cambiar.

Sudán es un país de grandes desiertos, célebre por su calor seco y quemante. Otrora protectorado británico, en la capital hay un hospital para extranjeros, atendido por personal en su mayoría británico. Aunque no es el mejor hospital del mundo, es mejor que los del Sahara africano, atendidos por médicos jóvenes y un poco idealistas que llegan a ocupar sus cargos con ideas un tanto románticas sobre África y sus carreras (cosa que viene ocurriendo desde hace más de cien años).

Los dos pacientes llegaron con apenas una hora de diferencia. La niña llegó primero, acompañada por su atribulada madre. El Dr. Ian MacGregor se enteró de que tenía cuatro años y buena salud, excepto por un suave ataque de asma que, según la correcta apreciación de su madre, no debiera haber sido un problema en el clima seco de Kartum. ¿De dónde eran? ¿De Irak? El médico no sabía de política y tampoco le interesaba. Tenía veintiocho años, acababa de ser nombrado interno, era enjuto y su cabello color arena comenzaba a ralearse. Jamás había visto un boletín médico concerniente a ese país y una enfermedad infecciosa mayor. Se había enterado de los casos de Ébola en Zaire, pero sólo había sido una señal.

La temperatura de la paciente ascendía a 38.0. No era demasiado alarmante para una niña, mucho menos en un país donde la temperatura ambiente era aún mayor en horas del mediodía. La presión sanguínea, el ritmo cardíaco y la respiración eran normales. Parecía desconcentrada. ¿Hace cuánto que están en Kartum? ¿Sólo unos días? Bueno, entonces podría tratarse del malestar posterior a los vuelos en avión. Algunas personas eran más sensibles que otras, explicó MacGregor. El nuevo entorno también podía afectar a los niños. Tal vez fuera un resfrío o gripe, nada serio. Sudán tiene un clima caluroso pero muy saludable, no como otras partes de África. Se puso los

guantes, no porque los necesitara particularmente sino porque su formación en la Universidad de Edimburgo lo instaba a hacerlo indefectiblemente y en todos los casos. Porque si uno olvidaba tomar las medidas precautorias podía terminar como el doctor Sinclair... ¿cómo, no sabías que se contagió el SIDA de un paciente? Con un caso así era más que suficiente. La paciente no estaba perturbada. Tenía los ojos un poco vidriosos. La garganta algo inflamada, nada serio. Probablemente necesitara dormir bastante. No necesitaba prescripciones. Aspirinas para la fiebre y el dolor y, si el problema persiste, llámeme. Es una niña encantadora. Estoy seguro de que mejorará. La madre se llevó a la niña y el médico decidió que había llegado el momento de beber una taza de té. Rumbo a la sala de médicos se quitó los guantes de látex que le habían salvado la vida y los arrojó en el recipiente de residuos.

El otro llegó treinta minutos después. Era un hombre de treinta y tres años con aspecto de truhán, burlón y suspicaz con los africanos y solícito con los europeos. Sin duda conoce África, pensó MacGregor. Probablemente sería un comerciante árabe. ¿Viaja con frecuencia? ¿Recientemente? Ah, bueno, podría ser eso. Debe tener cuidado si bebe agua de la canilla. Sí, el malestar estomacal puede deberse a eso. También él volvió a su casa con un frasco de aspirinas, más medicación de propaganda para sus problemas gastrointestinales, y para el doctor MacGregor terminó un día más de labor rutinaria.

—¿Señor presidente? Ben Goodley por el STU —anunció un sargento, mostrándole cómo funcionaban los teléfonos.

—¿Sí, Ben? —dijo Jack.

—Sabemos que muchos peces gordos iraquíes fueron fusilados. Le estoy enviando el informe por fax. Los rusos e israelíes confirman el dato.

Un NCO de la Fuerza Aérea le entregó tres hojas de papel a Ryan. La primera decía ULTRASECRETO — SÓLO PARA LECTURA DEL PRESIDENTE aunque, sólo en el avión, ya la habían visto tres o cuatro comunicadores. El Uno inició el descenso a la Base Tinker.

—Acabo de recibir el informe, déjeme leerlo. —Primero le echó un rápido vistazo y luego volvió al principio para leerlo atentamente—. De acuerdo, ¿quién quedará?

—Vasco dice que nadie que valga la pena mencionar. Se trata del liderazgo completo del Partido Ba'ath y de todos los militares de rango que no pudieron salir del país. No queda nadie con estatus. Bueno, lo más ríspido viene de PALM BOWL y...

—¿Quién es este mayor Sabah?

—Yo mismo llamé para averiguarlo, señor —replicó Goodley—. Es un agente kuwaití. Los nuestros dicen que es muy sagaz. Vasco coincide. Los acontecimientos están siguiendo el curso que temíamos, y a toda velocidad.

—¿Respuesta saudita? —Ryan se sacudió un poco cuando el VC-25A atravesó unas nubes. Aparentemente, estaba lloviendo.

—Todavía nada. Siguen conversando.
—De acuerdo. Gracias por los titulares, Ben. Manténgame informado.

—Por supuesto, señor.

Ryan colgó el teléfono y frunció el ceño.

—¿Problemas? —preguntó Arnie.

—Irak, va demasiado rápido. Están ejecutando gente en un abrir y cerrar de ojos. —El presidente entregó el informe a su jefe de staff.

Los informes siempre estaban rodeados de una sensación de irrealidad. El reporte de la NSA, corregido y aumentado por la CIA y otras agencias, daba una lista de hombres. De haber estado en su despacho, Ryan también hubiera visto fotos de hombres que no conocía, y jamás conocería, porque mientras él estaba a punto de aterrizar en Oklahoma para dar un discurso fundamentalmente apolítico las vidas de esos hombres se estaban extinguiendo... probablemente ya se habrían extinguido. Era como escuchar un partido por radio, sólo que en este partido moría gente de verdad. A siete mil millas de distancia, la realidad estaba llegando a su fin para muchos seres humanos y Ryan se enteraba por radio, con interferencias que volvían irreal la situación. La distancia... y el medio que lo rodeaba surtían ese efecto. *Cien o más militares iraquíes están siendo ejecutados... ¿Gustaría servirse un emparedado antes de bajar del avión?* La dualidad podría haber resultado divertida excepto por sus implicancias en política exterior. No, tampoco era así. En realidad, la situación no tenía nada de gracioso.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Van Damm.

—Debería volver al despacho —respondió Ryan—. Esto es importante y necesito estar al tanto permanentemente.

—¡Error! —le espetó Van Damm, sacudiendo la cabeza y apuntándolo con el dedo índice—. Ya no eres asesor de Seguridad Nacional. Otros se ocupan de eso. Eres el presidente y tienes un montón de cosas que hacer... y todas son importantes. El presidente jamás se concentra en un solo asunto y nunca queda atrapado en el Despacho Oval. La gente de allá afuera no quiere ver eso... porque significaría que tú no controlas la situación y que la situación te controla. Pregúntale a Jimmy Carter acerca de su segunda presidencia. Demonios, esto no es *tan* importante.

—Podría serlo —protestó Jack. El avión aterrizó.

—Lo único importante ahora es tu discurso para Oklahoma.
—Hizo una pausa antes de proseguir—. No sólo la caridad empieza por casa. El poder político también. Y empieza exactamente allá afuera.
—Señaló Oklahoma a través de la ventana.

Ryan miró, pero lo único que vio fue la *República Islámica Unida*.

Antes era difícil entrar a la Unión Soviética. Existía una vasta organización llamada Directorio Superior de Guardias de Frontera del Comité de Seguridad Estatal que patrullaba las vallas —en algunos casos campos minados y fortalezas genuinas— con el doble propósito

de mantener a la gente adentro y afuera, según el caso. Pero las vallas habían caído en decadencia desde hacía tiempo y el propósito principal de las inspecciones de frontera era recibir los sobornos de los contrabandistas que usaban enormes camiones para ingresar sus mercaderías en la nación que otrora había sido regida con mano férrea desde Moscú y era ahora un conjunto de repúblicas semiindependientes que en su mayoría se manejaban con criterio económico propio, y en consecuencia, con criterio político propio. Nadie lo había planeado así. Al establecer una economía centralizada, Stalin había intentado desplazar los sitios tradicionales de producción, de modo tal que cada segmento del vasto imperio dependiera de todo el resto para cubrir sus necesidades vitales. Pero había pasado por alto el hecho de que si toda la economía se iba a pique, cuando se necesitara algo imposible de obtener en una fuente habría que recurrir a otra y, con la disolución de la Unión Soviética, el contrabando, controlado bajo el régimen comunista, se había transformado en una industria genuina. Y con las mercaderías llegaban las ideas, difíciles de detener e imposibles de someter a impuestos.

Lo único que faltaba era un comité de bienvenida, pero no era necesario. La corrupción de los gendarmes iba en ambas direcciones. Solían comentar con sus superiores lo que ocurría, conservando su porcentaje de las ganancias, y por eso el representante permaneció impávido en el asiento de la derecha del camión mientras el conductor manejaba el negocio... En la mayoría de los casos se hacía desde la caja del vehículo, ofreciéndoles a los gendarmes una selección de mercaderías. Los gendarmes no eran en absoluto codiciosos y rara vez tomaban más de lo que cabía en el baúl de sus automóviles particulares. (La única concesión a la ilegalidad era que el negocio se hacía siempre de noche.) Una vez recibido el soborno, colocaron las estampillas apropiadas en los documentos apropiados y el camión siguió rumbo al cruce de fronteras, probablemente el único camino pavimentado de la zona. Aproximadamente una hora después el camión ingresó a la gran ciudad y se detuvo un momento. El representante bajó y entró rápidamente a un automóvil privado para seguir viaje, llevando sólo una valija pequeña, con una muda o dos de ropa.

El presidente de esa república semiautónoma se autoproclamaba musulmán, pero esencialmente era un oportunista, un ex miembro del partido que había renegado regularmente de Dios para asegurarse el progreso político y que ahora, con los cambios de los vientos políticos, abrazaba el Islam con entusiasmo público y desinterés privado. Su fe, si así podía llamársela, estaba absolutamente centrada en su bienestar secular. (El Corán contiene varios pasajes sobre esa clase de gente, ninguno halagador.) Llevaba una cómoda vida en un cómodo palacio personal que alguna vez había cobijado al jefe del partido de esa ex república soviética. Apoltronado en esa residencia oficial bebía alcohol, fornicaba y gobernaba su república con mano a veces demasiado firme y a veces demasiado suave. Controlaba la economía local con demasiada firmeza (gracias a su preparación comunista, era inepto sin esperanzas) y permitía el florecimiento del Islam con demasiada blan-

dura. Esto último estaba destinado a darle a su pueblo una ilusión de libertad personal (y en eso claramente malinterpretaba la naturaleza de la fe islámica que decía profesar, porque la ley islámica debe aplicarse tanto a lo secular como a lo espiritual). Como todos los presidentes que lo habían precedido, estaba convencido de que el pueblo lo amaba. El representante sabía que ésa era una ilusión común a todos los tontos. A su debido momento, el representante llegó a la modesta casa de un amigo del líder religioso local. Éste era un hombre creyente y honorable, amado por todos los que lo conocían y al que nadie detestaba, porque trataba todos los temas con voz amable y calma y sus ojos ocasionales se fundaban en principios que hasta los no creyentes podían respetar. Había sufrido a manos del régimen anterior pero la fuerza de su fe no había menguado. Era perfecto para lo que debía hacerse y estaba rodeado por sus allegados más próximos.

Se intercambiaron los saludos habituales en el Santo Nombre de Dios, luego se bebió té, y por último se habló de negocios.

—Es triste —comenzó el representante— ver a los fieles vivir en semejante pobreza.

—Siempre ha sido así, pero ahora podemos practicar nuestra religión en libertad. Mi pueblo está volviendo a la Fe. Nuestras mezquitas han sido reparadas y cada día están más llenas. ¿Qué son las posesiones materiales comparadas con la Fe? —respondió el líder local, con su voz razonable de maestro.

—Es cierto —coincidió el representante—. Y no obstante Alá desea que sus fieles prosperen, ¿no es así? —Hubo consenso general. Todos los presentes eran estudiosos del Islam y muy pocos preferían la pobreza a la vida regalada.

—Por sobre todo, mi gente necesita escuelas, escuelas apropiadas —fue la respuesta—. Necesitamos mejores disponibilidades médicas... Estoy cansado de consolar a los padres de niños que no deberían haber muerto. Necesitamos muchas cosas. No lo niego.

—Todo es fácil de proveer... si uno tiene dinero —señaló el representante.

—Pero éste siempre ha sido un país pobre. Tenemos recursos, sí, pero jamás han sido apropiadamente explotados y ahora hemos perdido el respaldo del gobierno central... en el mismo momento en que tenemos la libertad de controlar nuestro destino, mientras ese imbécil que tenemos por presidente se emborracha y abusa de las mujeres en su palacio. Si sólo fuera un hombre justo, un hombre fiel, podría traer prosperidad a su tierra —observó el líder con más tristeza que enojo.

—Eso, más un poco de capital extranjero —sugirió modestamente uno de los más versados en economía de su entorno. El Islam jamás se había pronunciado contra las actividades comerciales. Aunque en Occidente se lo recuerda por el poder de convicción de su espada, se propagó en Oriente gracias a los barcos de los mercaderes, así como el cristianismo se propagó por la palabra y el ejemplo de sus fieles.

—En Teherán creen que ha llegado el momento de que los fieles actúen como manda el Profeta. Hemos cometido el mismo error que los infieles: pensar en términos de codicia nacional en lugar de considerar

las necesidades de todo el pueblo islamita. Mi propio maestro, Mahmoud Haji Daryaei, ha predicado la necesidad de volver a los fundamentos de nuestra fe —dijo el representante, bebiendo su té. Él mismo hablaba como un maestro, con voz pausada. Ahorraba la pasión para la arena pública. En una habitación cerrada, sentado en el suelo en compañía de hombres tan eruditos como él, sólo hablaba con la voz de la razón—. Tenemos riqueza... tanta riqueza como sólo Alá podría haber destinado a Su plan. Y ahora tenemos el momento propicio. Ustedes han conservado la fe, han honrado la Palabra frente a las persecuciones mientras nosotros nos enriquecíamos. Es nuestra obligación recompensarlos, darles la bienvenida al rebaño, compartir el botín con ustedes. Eso es lo que propone mi maestro.

—Es bueno oír esas palabras —fue la cautelosa respuesta. El hecho de ser hombre de Dios no lo hacía ingenuo. Guardaba para sí sus pensamientos con el mayor cuidado —otra enseñanza del régimen comunista—, aunque era obvio lo que debía estar pensando.

—Nuestra esperanza es unir al Islam bajo un solo techo, juntar a todos los fieles como deseaba el Profeta Mahoma, bendito sea y la paz sea con él. Somos diferentes por patria, idioma y color, pero en la Fe somos uno. *Somos los elegidos de Alá.*

—¿Y entonces?

—Y entonces, deseamos que su república se una a la nuestra y que juntas sean una sola. Les ofrecemos escuelas y asistencia médica para su gente. Los ayudaremos a controlar el país para que lo que reciban sea compartido por todos, y seremos hermanos como Alá lo ha querido.

Un observador occidental no empapado en el tema hubiera opinado que esos hombres eran cualquier cosa menos sofisticados con sus ropajes cualesquiera, su modo sencillo de hablar y su costumbre de sentarse en el suelo. Pero tal no era el caso, y lo que el visitante de Irán proponía era casi tan asombroso como recibir una embajada de otro planeta. Había diferencias entre ambas naciones, entre ambos pueblos. Para empezar, el idioma y la cultura. Habían guerreado a lo largo de los siglos, habían sufrido y perpetrado violaciones y saqueos mutuos a pesar de las serias restricciones del Corán respecto al conflicto armado entre dos naciones islámicas. De hecho no tenían nada en común... salvo una cosa. Algo que podría haberse considerado accidental si no fuera porque los fieles no creen en accidentes ni en casualidades. Cuando Rusia, primero bajo los zares y después bajo el marxismo-leninismo, conquistó su tierra (en un proceso que duró siglos) arrasó con muchas cosas. La cultura, por citar una. La historia y la herencia. Todo excepto el idioma, creando un mejunje al que los soviéticos habían denominado “la cuestión de las nacionalidades” durante generaciones. Destruyeron todo y lo reconstruyeron de manera nueva y sin Dios, hasta que la única fuerza unificadora que le quedó a la gente fue la fe, que también pugnaron por aniquilar. Pero todos sabían que la fe no podía ser eliminada y que los intentos en su contra sólo servían para fortalecerla aún más. Tal vez todo había sido —*tenía que ser*— un plan de Alá para mostrarle a su pueblo que la única salvación estaba en la Verdadera Fe. Ahora estaban volviendo a ella,

a los líderes que habían mantenido viva la llama, y ahora Alá mismo había despejado sus diferencias mezquinas para que pudieran unificarse de acuerdo al deseo de Dios. Tanto mejor si existía una promesa de prosperidad material, porque la caridad era uno de los pilares del Islam, muchas veces negada por aquellos que se proclamaban fieles a la Sagrada Palabra. Y ahora la Unión Soviética estaba muerta, y el Estado sucesor baldado, y los distantes y detestados hijos de Moscú habían quedado a la deriva, gobernados por el eco de algo que había desaparecido. Si esta oportunidad no era una señal de Alá, ¿entonces qué era? se preguntaban todos.

Sólo tenían que hacer una cosa. Y él *no era creyente*. Y Alá lo juzgaría... a través de ellos.

—Y aunque no puedo afirmar que me haya gustado cómo trataron a mis Boston College Eagles en octubre pasado —dijo Ryan con una sonrisa a los campeones de football de la NCA de la Universidad de Oklahoma en Norman—, su tradición de excelencia es parte del alma norteamericana.

La gente volvió a aplaudir. Jack estaba tan encantado con los aplausos que casi olvidó que no había escrito su discurso. Su sonrisa, con diente torcido y todo, iluminó el estadio y alzó la mano derecha para saludarlos, sin la timidez de antes. Las cámaras de televisión permitieron apreciar la diferencia.

—Aprende rápido —dijo Ed Kealty. Era muy objetivo respecto a esas cosas. Su cara pública era otro cantar, pero todos los políticos son realistas, al menos en cuanto a las tácticas.

—No olvide que tiene muy buenos preparadores —acotó el jefe de staff del ex vicepresidente—. No hay nadie mejor que Arnie. Nuestra primera jugada les llamó la atención y Van Damm habrá caído sobre Ryan con toda su sabiduría.

No necesitaba agregar que el “juego” no había seguido por los carriles esperados. Los diarios habían publicado sus primeros editoriales a favor de Kealty, pero luego habían reflexionado un poco y retrocedido... no por escrito, porque los medios rara vez admiten sus errores, pero todo lo que aparecía sobre la Casa Blanca, si no era en elogio de Ryan, al menos no se valía de las usuales palabras asesinas: *inseguro, confuso, desorganizado* y cosas por el estilo. Ninguna Casa Blanca con Arnie van Damm adentro podía ser desorganizada y todo el establishment de Washington lo sabía.

Los nombramientos de Ryan para el Gabinete habían sacudido un poco el avispero, pero todos sus funcionarios habían empezado a obrar correctamente. Adler era otro “insider” que había escalado su camino a la cima: como oficial joven había informado a demasiados corresponsales sobre asuntos exteriores como para que se le pusieran en contra... y jamás había perdido la oportunidad de aprovechar la experiencia de Ryan en política exterior. George Winston, un plutócrata que no pertenecía al establishment, había iniciado el examen “calmo y constante” de todo su departamento y tenía en su

agenda el número de todos los editores financieros de Berlín a Tokyo, a los que pedía opinión y consejo sobre su estudio interno. Lo más sorprendente era la presencia de Tony Bretano en el Pentágono. Bretano había vociferado contra Washington durante los últimos diez años y acababa de prometer a la comunidad de defensa que limpiaría el templo o moriría en el intento, sosteniendo que el Pentágono *seguía* desperdiciando el dinero como siempre había sostenido pero que él, con el respaldo del presidente, haría lo imposible por terminar con la corrupción en las adquisiciones de una vez y para siempre. Era un conjunto de personas poco hechizante pero, maldita sea, estaban logrando hechizar a los medios de la mejor manera posible, con calma, desde la retaguardia del poder. Lo más perturbador de todo era que el *Washington Post* estaba preparando una historia sobre el paso de Ryan por la CIA, a cargo nada menos que de Robert Holtzman. Holtzman era la quintaesencia del periodismo “insider” y, por razones desconocidas, simpatizaba personalmente con Ryan... y contaba con una fuente de información importantísima. Ése era el caballo de Troya. Si la historia funcionaba y era leída en toda la nación —las dos opciones eran probables, ya que aumentaría el prestigio de Holtzman y el *Post*—, sus propios contactos en los medios retrocederían rápidamente, los editoriales le aconsejarían retirar su reclamo por el bien de la nación y se quedaría sin respaldo, y su carrera política terminaría en una desgracia mayor aún que la que había sufrido poco tiempo atrás. Los historiadores que podrían haber pasado por alto sus indiscreciones personales se concentrarían en cambio en su ambición desmedida y, en vez de considerarla una irregularidad, analizarían toda su carrera política, cuestionando todo lo que hubiera hecho, viéndolo bajo una luz diferente y desfavorable a cada paso, afirmando que las pocas cosas buenas que había hecho eran las irregularidades. Kealty ya no estaba frente a su tumba política sino a su condena eterna.

—Has olvidado a Callie —musitó, todavía mirando el discurso, escuchando el contenido y prestando mucha atención a la manera de decirlo... demasiado académica, pensó, adecuada para ese público de estudiantes que ovacionaba a Ryan como si fuera un entrenador de football o alguien igualmente irrelevante.

—Un discurso de Callie podría hacer que PeeWee Herman pareciera presidencial —acotó el jefe de staff. Y ése era el mayor peligro. Para ganar, Ryan sólo tenía que *parecer* presidencial, sin importar si lo era o no... y por supuesto que *no* lo era. ¿Cómo podría serlo?

—Jamás dije que fuera estúpido —admitió Kealty. Debía ser objetivo. Esto ya no era un juego. Importaba más que la vida misma.

—Ocurrirá pronto, Ed.

—Lo sé.

Kealty pensó que debería tener un blanco más grande. Era una metáfora curiosa tratándose de alguien que toda su vida política había abogado por el control armamentista.

Capullos

La granja había venido con un establo que ahora servía de garaje. Ernie Brown se había metido en el negocio de la construcción y había ganado bastante dinero, primero a fines de los '70 como plomero contratado y luego con su propia empresa en los '80, durante el florecimiento edilicio de California. Aunque un par de divorcios habían menguado sus ahorros, la venta del negocio fue oportuna y con el dinero resultante pudo comprar una importante parcela de tierra en una zona cuyas propiedades no se valuaban aún por los estándares de Hollywood. Así había podido adquirir casi una "sección" completa —una milla cuadrada— de privacidad. En realidad más, porque los ranchos vecinos dormían en esa época del año, con las pasturas congeladas y el ganado alimentándose de silaje en los cómodos y calefaccionados establos. Podían pasar varios días sin ver un vehículo en el camino, o al menos ésa era la impresión que daba el Big Sky Country. Los ómnibus escolares no contaban.

El camión de cinco toneladas también había venido con el rancho —un diesel, muy conveniente—, junto con un tanque de combustible de dos mil galones enterrado a la derecha del establo. La familia que le había vendido rancho, establo y casa al recién llegado de California obviamente no sabía que pensaba instalar allí una fábrica de bombas. Lo primero que tuvieron que hacer Ernie y Pete fue poner en marcha el viejo camión. El ejercicio duró cuarenta minutos porque no era sólo un caso de batería muerta, pero Pete Hollbrook era un mecánico competente y a su debido curso el motor del camión, desamordazado, rugió a la vida... y acto seguido demostró su voluntad de permanecer en el mundo de los vivos. Aunque el camión no tenía patente, algo bastante común en la zona, el trayecto de cuarenta millas al almacén de ramos generales fue tranquilo y hasta placentero.

Para el almacén fue el mejor anticipo de la primavera. Se aproximaba la temporada de plantar (había un montón de granjeros merodeando) y allí estaba el primer gran comprador de la montaña de fertilizante que acababa de enviarles el distribuidor mayorista de Helena. Los Montañeses compraron cuatro toneladas —cantidad bastante usual— que una grúa depositó en la parte trasera del camión. Pagaron en efectivo y se fueron, luego del apretón de manos y la consabida sonrisa.

—Tendremos que trabajar duro —observó Hollbrook, a mitad de camino.

—Es verdad, y tendremos que hacerlo todo solos —acotó Brown—. ¿O quieres traer a alguien que podría ser un informante potencial?

—Te escucho, Ernie —replicó Pete, cuando un auto de la policía estatal pasó junto a ellos. El policía ni siquiera volvió la cabeza para mirarlos, pero los dos Montañeses sintieron un escalofrío. ¿Cuánto falta?

Brown había repetido el cálculo una docena de veces.

—Un camión más. Es una desgracia que esta cosa sea tan voluminosa.

Mañana harían la segunda compra en un almacén localizado treinta millas al sudoeste del rancho. Esa noche tendrían bastante trabajo vaciando el camión en el establo. Sería un buen ejercicio. ¿Por qué demonios la maldita granja no tendría una grúa pequeña?, se preguntó Hollbrook. Por lo menos la empresa local de combustible se encargaría de recargarles el tanque cuando lo necesitaran. Eso lo consolaba un poco.

Hacía frío en la costa china, y el frío facilitó la tarea de los satélites que pudieron observar una serie de metales térmicos en dos bases navales. La “Armada china” era en realidad el servicio naval del Ejército de Liberación del Pueblo, tan despectivo de la tradición que las armadas occidentales ignoraban su nombre correcto en honor a la costumbre. Las imágenes obtenidas fueron grabadas y enviadas de inmediato al NMCC —Comando Militar de la Nación— en el Pentágono, donde el oficial de vigilancia se las pasó al especialista de inteligencia.

—¿Los chinos están preparando alguna práctica naval?

—No que nosotros sepamos. —Las fotos mostraban doce barcos en hilera con los motores en marcha en vez del procedimiento normal mediante el cual recibían energía eléctrica del muelle. También se veían media docena de remolcadores en las proximidades del puerto. El especialista de inteligencia pertenecía a la Armada e inmediatamente llamó a un oficial naval.

—Están saliendo algunos barcos —fue el análisis obvio.

—¿No se trata de un examen de ingeniería o algo por el estilo?

—Para eso no necesitarían remolcadores. ¿Cuándo llegará la próxima tanda satelital? —preguntó el comandante de la Armada, chequeando la referencia horaria de la foto. Había sido tomada treinta minutos antes.

—Dentro de cincuenta minutos.

—Entonces tendrían que aparecer tres o tal vez cuatro barcos mar adentro en ambas bases. Eso confirmaría las sospechas. Por ahora, podemos apostar dos contra tres a que están preparando un ejercicio naval. —Hizo una pausa.— ¿Se avecina alguna tormenta política?

El oficial de vigilancia negó con la cabeza.

—Nada.

—Entonces es un ejercicio de la flota. Tal vez alguien haya querido comprobar su excelencia. —Se enterarían de otras cosas gracias a

un comunicado de prensa de Beijing, pero dentro de treinta minutos, en un futuro que no podían ver... aunque les pagaran para eso.

El director era un hombre religioso, como era de esperar, pero sumaba a su religiosidad la sensatez de su cargo. Había sido un médico talentoso y seguía siendo un gran científico virólogo que vivía en un país donde la confiabilidad política se medía por la devoción a la rama Shi'a del Islam... y sobre eso no había dudas. Siempre rezaba a horario y organizaba su trabajo en el laboratorio de acuerdo a sus plegarias. Exigía lo mismo de su gente y tal era su devoción que transgredía las enseñanzas del Islam sin darse cuenta, quebrando las reglas que se interponían en su camino como si fueran de goma y diciéndose al mismo tiempo que no, que jamás había violado la Sagrada Palabra del Profeta ni la Voluntad de Alá. ¿Cómo podría haberlo hecho? Estaba ayudando al mundo a volver a la Fe Verdadera.

Los prisioneros, los sujetos experimentales, eran hombres condenados de una u otra manera. Hasta los ladrones, criminales menores, habían violado cuatro veces el Sagrado Corán, y probablemente habrían cometido también otros crímenes, acaso —probablemente— merecedores de la muerte. Todos los días les informaban el horario de los rezos, y aunque se arrodillaban e inclinaban y murmuraban las plegarias, a través del monitor de televisión se podía percibir que sólo cumplían el ritual, incapaces de alabar a Alá en sus corazones. Eso los convertía en apóstatas —y la apostasía era un crimen capital en su país, aunque sólo uno de ellos había sido condenado por eso.

Ese condenado profesaba la religión Baha'i, una minoría casi expulsada por completo, una estructura de creencias que había evolucionado *después* del Islam. Los cristianos y los judíos eran al menos Pueblos del Libro. Por erróneas que fueran sus religiones, al menos reconocían al mismo Dios del Universo, de quien Mahoma era mensajero definitivo. Los Baha'i habían aparecido después, *inventando* algo a la vez nuevo y falso que los relegó al estatus de paganos negadores de la Fe Verdadera y merecedores del odio y la persecución del gobierno. Por eso le parecía apropiado que ese hombre, ese apóstata, fuera el primero en demostrar el éxito del experimento.

El embotamiento cerebral producido por las malas condiciones de la cárcel impidió que los prisioneros manifestaran los primeros síntomas gripales. El cuerpo médico entró a la celda —como siempre, con sus trajes protectores— para extraer muestras de sangre. Un beneficio extra de la condición de los prisioneros era que estaban demasiado decaídos para protestar o traer problemas. Todos habían pasado cierto tiempo en la cárcel sujetos a una dieta deficiente que surtía efectos nefastos sobre los niveles de energía, a la que se sumaba un régimen disciplinario tan duro que no se atrevían a resistirlo. Ni siquiera los condenados a muerte deseaban acelerar el proceso. Todos se sometieron mansamente a que su sangre fuera extraída por médicos exquisitamente cuidadosos. Los tubos de ensayo fueron etiquetados de acuerdo con el número de cama y los médicos se retiraron.

En el laboratorio, la sangre del Paciente Tres fue la primera en llegar al microscopio. El test de anticuerpos era propenso a resultar falsamente positivo y la situación era demasiado importante para arriesgarse a cometer errores.

—Ah —dijo el director. Centró la muestra bajo la lente y aumentó la magnificación a 112.000... y allí estaba, proyectado en blanco y negro en el monitor de la computadora. Su cultura era especialista en pastores y rebaños y el eufemismo “Cayado de Pastor” le parecía una descripción perfecta. El filamento de ARN estaba en el centro, delgado y curvado en el extremo inferior, con las ondas de proteínas en la parte superior. Éstas eran la clave de acción del virus, o al menos eso pensaban todos. Su función precisa no llegaba a comprenderse, cosa que agradaba al director.

—Moudi —llamó.

—Sí, lo veo —dijo el médico, asintiendo con lentitud y yendo hacia ese sector del laboratorio. Ébola Zaire Mayinga había invadido la sangre del apóstata. También él acababa de hacer el test de anticuerpos y había visto cómo la pequeña muestra cambiaba de color. Evidentemente no se trataba de un positivo falso.

—Se confirma la transmisión por aire.

—Correcto. —La cara de Moudi no cambió. No estaba sorprendido.

—Esperaremos un día más... no, dos días, para la segunda fase. Y entonces sabremos —. Por ahora, debía mandar un primer informe.

El anuncio de Beijing tomó por sorpresa a la embajada norteamericana. Fue lanzado en términos de rutina. La armada china llevaría a cabo prácticas mayores en el estrecho de Taiwan. Se producirían algunos lanzamientos de misiles superficie-a-aire y superficie-a-superficie en fechas todavía no especificadas (aún faltaba considerar las variaciones meteorológicas, decía el comunicado). El gobierno de la República Popular China había enviado mensajes de alerta a pilotos aéreos y marítimos para que las compañías aéreas y navieras pudieran ajustar sus derroteros convenientemente. Aparte de eso, el comunicado no decía nada, lo que resultaba bastante perturbador para el DCM —jefe de misión— destinado en Beijing. El DCM se comunicó inmediatamente con sus agregados militares y con el jefe de estación de la CIA, pero ninguno pudo aportar nada al caso... excepto la observación obvia de que el comunicado no aludía en absoluto al gobierno de Taiwan. En cierto sentido era una buena noticia: no había quejas sobre la prolongada independencia política de lo que Beijing consideraba una provincia rebelde. En otro, era una mala noticia: el comunicado *no* decía que se tratara de una práctica de rutina sin intenciones de perturbar a nadie. El comunicado era escueto, sin explicaciones adjuntas. La información fue despachada al NMCC en el Pentágono, al Departamento de Estado y a los cuarteles generales de la CIA en Langley.

Daryaei tuvo que buscar en su memoria el rostro que acompañaba al nombre, pero el rostro que recordó no podía ser el verdadero, porque aquél era un muchachito de Qom y el mensaje actual provenía de un hombre adulto a medio mundo de distancia. Raman... ah, sí, Aref Raman, un muchachito extraordinariamente brillante. Su padre, que vendía automóviles Mercedes Benz a los poderosos de Teherán, era un hombre cuya fe había flaqueado. Pero no la del hijo. El hijo ni siquiera había parpadeado al enterarse del deceso de sus padres, muertos por accidente. En realidad habían perecido a manos del ejército del Sha por estar en la calle en el momento equivocado, atrapados en un disturbio civil del que no formaban parte. Juntos, él y su maestro habían rezado por ellos. Muertos a manos de aquellos en quienes confiaban, ésa había sido la lección para el hijo, aunque innecesaria. Raman ya era un muchachito de fe profunda, ofendido porque su hermana mayor había mantenido relaciones íntimas con un oficial norteamericano deshonrando su familia y su nombre. Ella también había desaparecido en la revolución, condenada por adulterio por un tribunal islámico. Sólo había quedado Aref. Podrían haberlo usado de muchas maneras, pero la elegida había sido idea de Daryaei. Lo vincularon a dos personas ancianas y la “nueva” familia abandonó el país con la riqueza de la familia Raman, primero con destino a Europa y casi inmediatamente a Estados Unidos. Allí se habían dedicado a vivir tranquilamente. Daryaei suponía que los ancianos ya habrían muerto. El hijo, elegido para la misión por su precoz maestría en inglés, había proseguido su educación e ingresado al servicio del gobierno, donde cumplía sus deberes con la misma excelencia demostrada durante las primeras etapas de la revolución, cuando había matado a dos militares de la Fuerza Aérea del Sha mientras bebían whisky en el bar de un hotel.

Desde entonces había hecho lo que se le ordenó. Nada. Mezclarse. Desaparecer. Recordar su misión, pero *no hacer nada*. El ayatollah se sentía gratificado por haber juzgado acertadamente al muchacho, porque ahora sabía, gracias al breve mensaje, que la misión estaba casi cumplida.

La palabra *asesino* deriva de *hashshash*, palabra árabe para el narcótico hashish, herramienta otrora usada por los miembros de la subsecta islámica Nizari para prodigarse una visión del Paraíso antes de emprender misiones asesinas. De hecho, Daryaei pensaba que los Nizaris habían sido heréticos... y el uso de drogas era sencillamente abominable. A pesar de la debilidad de sus mentes, los nizaris habían servido eficientemente a una serie de maestros terroristas como Hasan y Rashid ad-Din, y durante casi dos siglos habían colaborado con el equilibrio político de la región comprendida entre Siria y Persia. Pero un concepto particularmente brillante puesto en práctica por los nizaris había fascinado al religioso desde niño: infiltrar un agente fiel en campo enemigo. Esa tarea llevaba años y era, por esa razón, una tarea de fe. Esa nizaris habían fracasado por herejes, separados de la Fe Verdadera. Y aunque habían sido capaces de atraer algunos terroristas a su seno jamás habían captado a la multitud, y por eso habían

servido a un hombre y no a Alá, y por eso habían necesitado drogas para fortalecerse... así como los infieles necesitaban el alcohol. Una idea brillante pero defectuosamente ejecutada. No obstante, era una idea brillante. Daryaei la había perfeccionado y por eso ahora tenía un hombre en el ojo del huracán. Mejor aún, tenía un hombre en el ojo del huracán y a la espera de instrucciones, en el extremo final de una cadena de mensajes jamás usada hasta el momento y formada por gente que había emigrado al extranjero hacía apenas quince años. Esa situación era bastante más propicia que la que él mismo había implantado en Irak, porque en Estados Unidos la gente sospechosa era arrestada o blanqueada o, si la vigilaban, era sólo por un tiempo, hasta que los detectives se aburrían y pasaban a otra cosa. En otros países, cuando los detectives se aburrían, apresaban a los sospechosos y casi siempre los mataban para terminar con el problema.

Por fin había llegado el momento de que Raman concluyera su misión. Después de tantos años seguía usando la cabeza sin ayuda de drogas y entrenado por el mismísimo Gran Satán. La noticia era tan sublime que el religioso no pudo menos que esbozar una sonrisa.

Sonó el teléfono. El privado.

—¿Sí?

—Tengo buenas noticias de la Granja de Monos. —Dijo el director

—Sabes, Arnie, tenías razón —dijo Jack, avanzando por el pasillo hacia el Ala Oeste—. Fue grandioso salir un poco de aquí.

El jefe de staff advirtió la elasticidad de su andar, pero no se entusiasmó excesivamente. El Uno de la Fuerza Aérea había devuelto al presidente a tiempo para una cena tranquila con su familia en vez del acostumbrado rigor de tres o cuatro discursos, interminables horas de coqueteo con contribuyentes mayores y el descanso nocturno de cuatro horas resultante —las más de las veces en el avión—, seguido de una rápida ducha y un día laboral artificialmente prolongado. Era notable que los presidentes pudieran trabajar, pensó. Los deberes reales del cargo eran bastante difíciles de por sí y casi siempre estaban subordinados a las relaciones públicas. No obstante, las relaciones públicas eran una función necesaria en las democracias, porque la gente necesitaba ver que su presidente hacía algo más que sentarse a su escritorio y hacer... su trabajo. La presidencia era un trabajo que uno podía amar sin que le gustara, frase aparentemente contradictoria hasta que uno lo veía con sus propios ojos.

—Estuviste muy bien —dijo Van Damm—. Lo de la televisión fue perfecto y el segmento de la NBC con tu esposa también estuvo muy bien.

—A ella no le gustó. Dice que no pasaron lo más importante —anunció Ryan sin aspereza.

—Podría haber sido muchísimo peor. —*Por suerte no le preguntaron su opinión sobre el aborto*, pensó Arnie. Para evitar que algo así pasara había concedido ciertas prerrogativas a la NBC, asegurándose también de que Tom Donner fuera tratado como un senador —mejor

aún, como un miembro del Gabinete— durante el vuelo del día anterior. La semana entrante Donner sería el primer periodista en entrevistar personalmente y a solas al presidente Ryan en la sala de estar de su residencia. Para esa entrevista no se pactarían límites a las preguntas, lo que significaba que debería aleccionar exhaustivamente a Ryan para asegurarse de que no metiera la pata. Por ahora, el jefe de staff permitía que su presidente disfrutara los coletazos de un día particularmente bueno en el interior del país, cuyo verdadero objetivo había sido —aparte de sacar a Ryan de Washington y hacerle sentir qué era la presidencia— lograr que Ryan diera una *imagen* presidencial que contribuyera a marginar a ese bastardo de Kealty.

Los del Servicio Secreto estaban tan exaltados como el presidente —solían absorber como esponjas los estados de ánimo de POTUS— y devolvían las sonrisas y gestos que éste les dedicaba con frases alentadoras de su propia cosecha.

—¡Buen día, señor presidente! —repitieron a coro cuatro de ellos cuando Ryan pasó rumbo al Despacho Oval.

—Buen día, Ben —dijo Ryan con tono festivo. Fue a su escritorio y se dejó caer en la cómoda silla giratoria—. Dime cómo está el mundo hoy.

—Tal vez tengamos un problema. La Armada china está saliendo a mar abierto —dijo el asesor de Seguridad Nacional en ejercicio. El Servicio Secreto acababa de asignarle un nombre codificado: CARDSHARP.

—¿Y? —preguntó Ryan, molesto ante la perspectiva de que algo empañara su momento de gloria.

—Y parece una práctica naval mayor, y dicen que lanzarán algunos misiles. Taipei no reaccionó todavía.

—No están en vísperas de elecciones ni nada por el estilo, ¿no?

Goodley negó con la cabeza.

—No, todavía falta un año para eso. El gobierno de Taiwan sigue gastando dinero con la ONU y están buscando el apoyo de varios países en caso de que formalicen un pedido de representación, pero tampoco sale de lo normal. Taipei plantea un juego limpio y trata de no hacer ruido para no ofender al gran coloso. La relación comercial es estable. En suma, no sabemos cómo explicar esa práctica.

—¿Qué tenemos en el área?

—Un submarino en el estrecho de Formosa para vigilar al SSN chino.

—¿Portaaviones?

—Ninguno cerca del Océano Índico. El *Stennis* está de regreso en Pearl por desperfectos en el motor, igual que el *Enterprise*, y deberán quedarse un rato. —CARDSHARP le recordó al presidente lo que él mismo había informado a su presidente apenas unos meses atrás.

—¿Qué pasa con el ejército chino?

—Otra vez, nada nuevo. Observamos niveles de actividad más altos que de costumbre, como decían los rusos, pero ya hace bastante de eso.

Ryan se recostó en la silla y contempló la posibilidad de una taza

de café descafeinado. En su viaje “de discursos” había comprobado que realmente le sentaba mejor que el café común y se lo había dicho a Cathy, quien se había limitado a sonreír, diciendo *¿Te lo había dicho!*

—De acuerdo, Ben. Especula.

—Estuve hablando con algunos funcionarios de Estado y de la CIA en China —replicó Goodley—. Tal vez los militares estén haciendo un movimiento político, de política interna quiero decir, y aumentando su efectividad para que los del Politburó de Beijing sepan que siguen allí y que tienen injerencia. Aparte de eso, todo lo demás es *pura* especulación y no me pagan para eso, ¿no, jefe?

—Y “no sé” significa *no sé*, ¿verdad? —Era una pregunta retórica y uno de los aforismos favoritos de Ryan.

—Tú me enseñaste eso al otro lado del río, señor presidente —coincidió Goodley, sin la sonrisa esperada—. También me enseñaste a no gustar de las cosas que no puedo explicar. —Hizo una pausa—. Ellos saben que sabemos, y saben que nos interesaremos, y saben que eres nuevo aquí, y saben que no tienes necesidad de conflictos. Entonces, ¿por qué hacerlo? —preguntó Goodley, también retóricamente.

—Sí —coincidió el presidente con tono calmado. ¿Andrea? —preguntó. Como de costumbre, Price estaba en el despacho fingiendo no prestar atención.

—¿Sí, señor?

—¿Dónde está el fumador más cercano? —preguntó Ryan sin la menor vergüenza.

—Señor presidente, yo no...

—Al diablo. Quiero un cigarrillo.

Price asintió y desapareció en la sala de secretarios. Conocía las señales, igual que todo el mundo. Se dejaba el café común por el café sin caféina... y luego se pedía un cigarrillo. En cierto sentido era asombroso que hubiera tardado tanto y para ella eso hablaba más de los informes de inteligencia que el propio Dr. Benjamin Goodley.

Obviamente se trataba de una fumadora, pensó el presidente un minuto después. Otra vez uno de esos cigarrillos delgados. Price acompañó con un fósforo y un cenicero su mirada desaprobadora. Ryan se preguntó si habrían actuado igual con FDR y Eisenhower.

Dio la primera pitada, inmerso en sus pensamientos. China había sido el socio silencioso en el conflicto —aún no se avenía a *usar* la palabra guerra, ni siquiera mentalmente— con Japón. Supuestamente. Tenía sentido y todo encajaba bien, pero no había pruebas concluyentes. *Entonces...* Ryan levantó el tubo. —Quiero al director Murray.

Una de las cosas agradables de la presidencia era el uso del teléfono. “Un momento por favor, el presidente quiere hablarle”... Esa frase simple, dicha por una secretaria de la Casa Blanca con la misma voz con que uno pediría una pizza, siempre provocaba una reacción instantánea de pánico —justificado o no— al otro extremo de la línea. Rara vez tardaban más de diez segundos en pasarle la comunicación. Esa vez tardaron seis.

—Buen día, señor presidente.

—Buen día, Dan. Necesito algo. ¿Cómo se llama el inspector de policía japonés que estuvo aquí?

—Jisaburo Tanaka —replicó Murray al instante.

—¿Es bueno?

—Claro. Tan bueno como cualquiera de los que trabajan aquí. ¿Qué quieres de él?

—Presumo que están hablando mucho con ese Yamata.

—También puedes dar por cierto que los osos salvajes se vuelven locos en el bosque —dijo el director del FBI, conteniendo la risa.

—Quiero saber qué habló con China, y especialmente quién fue su contacto.

—Podemos averiguarlo. Trataré de comunicarme con él ya mismo. ¿Te llamo?

—No, pásale el informe a Goodley y él coordinará con el resto de la gente. Ben está ocupando mi antigua oficina.

—Sí, señor. Ya mismo lo haré. En Tokyo es casi medianoche.

—Gracias, Dan. Hasta luego —Jack colgó el teléfono—. Dejemos esto por un rato.

—Tendrás lo que necesitas, jefe —prometió Goodley.

—¿Ha pasado algo más en el mundo? ¿Irak?

—Las mismas noticias de ayer, montones de ejecuciones. Los rusos nos informaron sobre este asunto de la “República Islámica Unida” y todos pensamos que es probable, pero todavía no hubo movimientos definidos. Planeaba dedicar el día a eso y...

—Está bien. Hazlo.

—De acuerdo, ¿cuál es la estrategia a seguir? —preguntó Tony Bretano.

A Robby Jackson le desagradaba hacer cosas en los aviones, pero así era el trabajo del recién promovido J-3, director de Operaciones del Consejo Militar. La semana anterior había empezado a simpatizar con el secretario de Defensa. Bretano era un hombrecito obstinado, pero sus rabetas eran puro espectáculo y ocultaban un cerebro muy concienzudo capaz de tomar decisiones rápidas. Además era ingeniero... sabía cuándo no sabía y era rápido para hacer preguntas.

—Tenemos al *Pasadena* —un submarino de ataque veloz— realizando rutinas de vigilancia en el estrecho. Le ordenaremos moverse al noroeste y abandonar al seguimiento de los SSN chinos. Después, enviaremos dos o tres embarcaciones adicionales al área y les asignaremos áreas operativas y de vigilancia. Abriremos una línea de comunicaciones con Taipei y nos transmitirán todo lo que vean y sepan. Jugarán honestamente. Siempre lo hacen. En circunstancias ordinarias hubiéramos movido un portaaviones, pero esta vez, bueno, no tenemos ninguno cerca y además, dado que no hubo amenaza política contra Taiwan, parecería una reacción excesiva de parte nuestra. Tendremos aeronaves con inteligencia electrónica sobrevolando el área, provenientes de la Base Anderson de la Fuerza Aérea en Guam. Estamos bastante trabados por la falta de una base en las proximidades.

—Entonces, ¿esencialmente nos dedicaremos a obtener información de inteligencia pero no haremos nada sustancial? —preguntó Bretano.

—Obtener inteligencia *es* sustancial, señor, pero... sí.

Bretano sonrió.

—Ya sé. Construí los satélites que usarán. ¿Y qué nos dirán mis queridos satélites?

—Probablemente obtendremos un montón de conversaciones que requerirán los servicios interpretativos de todos los que entiendan mandarín en Fort Meade... pero no servirá para conocer sus intenciones. La información operativa será más útil... nos permitirá conocer a fondo sus capacidades. Si no me equivoco, el almirante Mancuso —COMSUBPAC— jugará un poco con su submarino para ver si los chinos lo persiguen, pero nada abierto. Ésa es una de nuestras opciones si no nos gusta el estilo de esta práctica.

—¿Qué quiere decir?

—Que si uno quiere infundir temor a Dios a un oficial naval... sólo tiene que hacerle saber que hay un submarino cerca. Lo que equivale a decir, señor secretario, que uno aparece inesperadamente en la mitad de la formación ajena e inmediatamente vuelve a desaparecer. Es un juego artero y desagradable. Nuestra gente es muy buena para eso y Bart Mancuso sabe aprovechar al máximo sus naves. No podríamos haber derrotado a los japoneses sin él —dijo Jackson con convicción.

—¿Tan bueno es? —Mancuso era sólo un nombre para el nuevo secretario de Defensa.

—No hay nadie mejor que él. Es una de las personas que usted debe escuchar. Lo mismo que su CINCPAC, Dave Seaton.

—El almirante DeMarco me dijo...

—Señor, ¿puedo hablar libremente? —preguntó el J-3.

—Jackson, esa es la única manera de hablar aquí.

—Bruno DeMarco fue nombrado vicecomandante de Operaciones Navales por una razón.

Bretano lo captó al vuelo.

—Ah, ¿por dar discursos y no hacer nada que pudiera perjudicar a la Armada? —Robby asintió por toda respuesta—. Entendido, almirante Jackson.

—Señor, no sé nada de industria, pero debe saber algo acerca de este edificio. Hay dos clases de oficiales en el Pentágono: operativos y burócratas. El almirante DeMarco ha pasado aquí más de la mitad de su carrera. Mancuso y Seaton actúan e intentan pasar el mayor tiempo posible fuera de este edificio.

—Usted también —observó Bretano.

—Supongo que es porque me gusta el olor del aire salado. No estoy intentando llevar harina a mi propio costal, señor. Usted decidirá si le gusta o no... demonios, de todos modos estoy fuera de carrera para volar aviones y firmé para hacer lo que estoy haciendo. Pero, maldita sea, sólo espero que preste atención cuando Seaton y Mancuso hablen.

—¿Qué le pasa, Robby? —preguntó Bretano, súbitamente preocupado. Reconocía a un buen servidor con sólo verlo.

Jackson se encogió de hombros.

—Artritis. Un mal de familia. Podría ser peor, señor. No me perjudicará para jugar al golf y de todos modos los jefes de escuadra no vuelan mucho.

—No le preocupan los ascensos, ¿no? —Bretano estaba pensando en recomendar otra estrella para Jackson.

—Señor secretario, soy hijo de un predicador del Mississippi. Ingresé a Annapolis, piloteé aviones de combate durante veinte años y todavía estoy vivo para contarlo —Robby jamás olvidada que muchos de sus amigos habían muerto—. Puedo retirarme cuando quiera y conseguir un buen trabajo. Supongo que me irá bien, pase lo que pase. Pero Estados Unidos ha sido muy generoso conmigo y le debo algo a cambio. Lo que le debo, señor, es decir la verdad y hacer lo mejor posible y soportar las consecuencias.

—Entonces, tampoco es un burócrata

—Preferiría aporrear el piano en un prostíbulo, señor. Es un trabajo más honesto.

—Creo que vamos a llevarnos bien, Robby. Preparemos un plan. No les saquemos el ojo de encima a los chinos.

—En realidad, se supone que debo limitarme a asesorar y...

—Entonces coordínelo con Seaton. Supongo que él también lo escucha a usted.

De la noche a la mañana, Irak se había transformado en un honesto miembro de la comunidad mundial.

Ese hecho quedó en claro durante la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El embajador iraquí habló desde su asiento en la mesa anular, utilizando dibujos para mostrar lo que ya se había abierto a los equipos de inspección y lamentando el hecho de no haber podido decir antes toda la verdad. Los otros diplomáticos comprendieron. Muchos de ellos mentían tanto que ya no sabían cuál era la verdad. Y por eso ahora tenían la verdad ante los ojos y eran incapaces de reconocer la mentira que había detrás.

—En vista del cumplimiento absoluto por parte de mi país de todas las resoluciones de las Naciones Unidas, respetuosamente pedimos que, teniendo en cuenta las necesidades de mis compatriotas, el embargo de productos alimenticios sea levantado lo antes posible —concluyó el embajador. Hasta su tono era razonable ahora, advirtieron satisfechos los demás diplomáticos.

—Cedemos la palabra al embajador de la República Islámica de Irán —dijo el embajador chino, que habitualmente ocupaba la dirección del Consejo de Seguridad.

—Ningún país aquí presente tiene más razones para detestar a Irak. Las plantas de armas químicas inspeccionadas hoy fabricaron armas de destrucción masiva que luego fueron utilizadas contra el pueblo de mi nación. Al mismo tiempo, sentimos que es nuestro deber

reconocer el nuevo día que prodiga su luz a nuestro país vecino. Los ciudadanos de Irak han sufrido mucho por las acciones de su anterior gobernante. Ese gobernante ha muerto, y el nuevo gobierno demuestra su voluntad de reingresar a la comunidad de las naciones. En vista de eso, la República Islámica de Irán apoyará la suspensión inmediata del embargo. Además, enviaremos alimentos y artículos de primera necesidad para paliar las necesidades de los atribulados ciudadanos iraquíes. Irán propone que la suspensión sea condicional, y que el condicionamiento sea la continua buena fe de Irak. Con ese fin, remitimos el Borrador de Resolución 3659...

Scott Adler había volado a Nueva York para ocupar el asiento de Estados Unidos en el Consejo. El embajador norteamericano ante la ONU era un diplomático experimentado, pero en algunas situaciones la proximidad de Washington era más que conveniente, y ésta era una de ellas. Por poco útil que fuera, pensó Adler. No tenía cartas que jugar. Frecuentemente, la estrategia diplomática más inteligente era hacer lo que pedía el adversario. Ese había sido el gran temor en 1991, que Irak simplemente se retirara de Kuwait, dejando a Estados Unidos y sus aliados imposibilitados de actuar y preservando a los militares iraquíes. Afortunadamente, la opción había superado en mucho los niveles de inteligencia iraquíes. Pero alguien había aprendido de aquello. Si uno exigía que alguien hiciera algo bajo la amenaza de negarle algo que necesitaba y esa persona lo hacía... bueno, entonces uno ya no estaba en condiciones de negarle lo que necesitaba, ¿no?

Adler había sido informado sobre la situación, por inútil que fuera. Era como estar sentado a una mesa de poker con tres ases en la mano y enterarse de que el oponente había recibido escalera real. La buena información no siempre ayudaba. Lo único que podía demorar las cosas era el paso cansino de las Naciones Unidas y hasta eso tenía sus límites cuando los diplomáticos padecían un ataque de entusiasmo. Adler podría haber pedido que se pospusiera la votación para tener la seguridad de que Irak cumpliría con las exigencias de la ONU a largo plazo, pero Irán le había cortado esa posibilidad al remitir una resolución que especificaba la naturaleza temporaria y condicional de la suspensión del embargo. Los iraníes también habían dejado en claro que enviarían alimentos a Irak en cualquier caso... De hecho ya los habían enviado por vía terrestre, amparándose en la teoría de que al hacer algo ilegal en público ese algo se volvía aceptable. El secretario de Estados miró a su embajador —eran amigos desde hacía años— y captó un guiño irónico. El embajador británico no apartaba los ojos de su lapicera. El ruso se dedicaba a leer despachos. Nadie estaba prestando atención en realidad. No tenían por qué. En dos horas recibirían el texto de la propuesta iraní. Bueno, podría haber sido peor. Por lo menos tendría la oportunidad de hablar cara a cara con el embajador chino e interrogarlo sobre las maniobras navales de su país. Sabía de antemano cuál sería la respuesta, y nunca sabría si era o no verdadera. Por supuesto. *Soy el secretario de Estado de la nación más poderosa del mundo*, pensó Adler, *pero hoy he sido solamente un espectador.*

Malezas

Pocas cosas hay más tristes que un niño enfermo. Sohaila era su nombre, recordó el doctor MacGregor. Un nombre bonito para una niña bonita con cara de elfo. Su padre la llevaba en brazos. Parecía un hombre brutal —al menos ésa era la primera impresión de MacGregor, y había aprendido a confiar en ellas—, pero la preocupación por su hija lo transformaba. Su esposa lo seguía un paso atrás, acompañada por otro hombre de rasgos árabes que llevaba puesta una chaqueta. Un funcionario oficial sudanés cerraba la marcha. El médico los ignoró a todos. Ellos no estaban enfermos. Sohaila sí.

—Bueno, hola otra vez, señorita —dijo el médico, sonriendo para darle confianza—. No te sientes del todo bien, ¿no? Veremos qué te anda pasando, ¿quieres? Venga conmigo —le dijo al padre.

Estaba claro que esas personas eran importantes para alguien y que deberían ser tratadas de acuerdo a ello. MacGregor los condujo a un consultorio. El padre dejó a la niña sobre la mesa y retrocedió, permitiendo que su esposa le sostuviera la mano a Sohaila. Los guardaespaldas —porque no podían ser otra cosa— se quedaron esperando afuera. El médico apoyó la mano en la frente de la niña. Estaba ardiendo... 39 por lo menos. Bueno. Se lavó escrupulosamente las manos y se puso guantes, porque estaban en África, y en África era imprescindible tomar todas las precauciones. Lo primero que hizo fue tomarle la temperatura por el oído: 39.4. El pulso estaba acelerado pero no era para preocuparse tratándose de una niña. Un examen rápido con el estetoscopio confirmó la normalidad del ritmo cardíaco y los pulmones, aunque respiraba con agitación. Afortunadamente sólo tenía fiebre, algo bastante común en los niños pequeños, especialmente cuando deben adaptarse a un nuevo medio ambiente. Levantó la vista.

—¿Qué problema tiene su hija? —le preguntó a la madre.

—No puede comer, y en la cola... —empezó el padre.

—¿Vómitos y diarrea? —preguntó MacGregor, revisándole los ojos. Nada notable allí tampoco.

—Sí, doctor.

—Si no me equivoco, han llegado hace poco al país. —Levantó la vista al percibir que titubeaban. —Necesito saberlo.

—Correcto. De Irak, hace pocos días.

—Y su hija padece un caso leve de asma, nada más. No tiene ningún otro problema de salud, ¿correcto?

—Es cierto, sí. Ha recibido todas las vacunas y cosas por el estilo. Nunca estuvo tan enferma. —La madre se limitó a asentir. El padre tomaba la delantera, probablemente para sentir que de algún modo podía controlar los acontecimientos, supuso el médico.

—Desde que llegaron aquí, ¿comió algo raro? Verán —explicó MacGregor—, los viajes son muy perturbadores para algunas personas, y los niños suelen ser muy vulnerables. Todo podría deberse al agua local.

—Le di el medicamento, pero empeoró —musitó la madre.

—No es el agua —dijo el padre con seguridad—. La casa tiene su propio pozo. El agua es buena.

Como si algo la hubiera perturbado, Sohaila gimió y vomitó sobre la mesa de examen y el piso de baldosas. Había algo extraño en el color del vómito. Tenía rastros rojos y negros. Rojos de sangre nueva, negros de sangre vieja. No era el malestar del viaje ni el agua. ¿Tal vez una úlcera? ¿Alimentos en mal estado? MacGregor parpadeó varias veces e instintivamente miró para comprobar si tenía puestos los guantes. La madre fue a buscar una toalla de papel para...

—No toque eso —ordenó con suavidad. Tomó la presión sanguínea a la enferma. Era muy baja, y eso confirmaba una hemorragia interna—. Sohaila, me temo que tendrás que pasar la noche con nosotros para que podamos curarte.

Los síntomas podían deberse a varias cosas, pero el médico había pasado mucho tiempo en África y sabía que siempre había que estar preparado para lo peor. Se consoló pensando que tal vez no fuera *tan* terrible como aparentaba.

No era como en los viejos tiempos —¿acaso algo lo era?—, pero Mancuso disfrutaba su trabajo. Había tenido una buena guerra —él *sí* la consideraba una guerra— y sus submarinos habían hecho exactamente lo que se esperaba de ellos. Después de perder a *Asheville* y *Charlotte* —antes del comienzo reconocido de las hostilidades— no había perdido nada más. Sus naves habían cumplido todas las misiones asignadas: devastar la flota submarina enemiga en una emboscada cuidadosamente planeada, apoyar una brillante operación especial, ordenar lanzamientos de misiles a profundidad y, como de costumbre, obtener inteligencia táctica vital. A su juicio, su mejor jugada había sido ordenar la reincorporación de las naves pesadas. De acuerdo, la modestia le dictaba que no era precisamente un Charlie Lockwood. Había hecho el trabajo que le pagaban por hacer. Y ahora tenía otro.

—¿Qué se supone que están buscando? —le preguntó a su superior inmediato, el almirante Dave Seaton.

—Aparentemente nadie lo sabe —Seaton había ido a echar un vistazo. Como todo buen militar trataba de pasar el menor tiempo posible en su oficina, aunque eso muchas veces significara visitar la oficina de otro—. Tal vez sólo se trate de una práctica naval, pero dado que tenemos nuevo presidente es probable que quieran flexionar los músculos y ver qué pasa. —A los uniformados les desagradaba esa

clase de demostraciones internacionales porque eran sus vidas las que entraban en juego.

—Conozco al hombre en persona, jefe —dijo Bart secamente.

—¿Ah, sí?

—No demasiado, pero debes saber lo de *Octubre Rojo*.

Seaton sonrió burlón.

—Bart, si llegas a contarme esa historia uno de los dos tendrá que matar al otro... y yo soy más corpulento. —La historia en cuestión, uno de los secretos mejor guardados de la Armada, todavía no se conocía con precisión, aunque los rumores —es imposible parar los rumores— eran muchos y diversos.

—Tienes que saberlo, almirante. Debes saber qué lleva colgando entre las piernas la Máxima Autoridad Nacional. Fui compañero de armas de ese hombre.

CINCPAC lo miró con desconfianza.

—Estás bromeando —le espetó.

—Ryan iba conmigo a bordo. Por si te interesa, llegó antes que yo.

Mancuso cerró los ojos, encantado ante la posibilidad de relatar su historia de mar y salirse con la suya. Dave Seaton era un gran comandante en jefe y tenía derecho a saber qué clase de hombre daba las órdenes desde Washington.

—Oí decir que estuvo involucrado en la operación, incluso que subió a bordo, pero pensé que había sido en Norfolk, cuando pasaron un tiempo en el Muelle Ocho-Diez. Es decir, el tipo es un agente secreto, correcto, experto en inteligencia...

—No tanto. Mató a un hombre —le disparó en la sala de misiles— antes de que yo subiera a bordo. Él estaba en el timón cuando hundimos el Alfa. Creo que estaba aterrado, pero jamás reculó. Este presidente que tenemos estuvo allí e hizo eso. De todos modos, si alguien quiere ponerlo a prueba, apuesto todo mi dinero a su favor. Dos grandes bolas de bronce, Dave, eso es lo que lleva colgando entre las piernas. Tal vez por televisión no lo parezca, pero yo seguiré a ese hijo de puta a cualquier parte —Mancuso quedó sorprendido por sus propias palabras. Era la primera vez que pensaba seriamente en el tema.

—Es bueno saberlo —opinó Seaton.

—¿Entonces cuál es la misión? —preguntó SUBPAC.

—J-3 quiere que hagamos sombra.

—Conoces a Jackson mejor que yo. ¿Cuáles son los parámetros?

—Si se trata de una práctica de la flota y nada más, observaremos encubiertos. Si las cosas cambian, les haremos saber que nos importa. Tendrás que hacerte cargo, Bart. Mi alacena está condenadamente vacía.

Sólo tenían que mirar por la ventana para comprobarlo. El *Enterprise* y el *John Stennis* estaban en muelle seco. CINCPAC no tenía un solo portaaviones y pasaría dos meses sin tenerlo. Habían enviado el *Johnnie Reb* para recuperar las Marianas y allí estaba ahora, junto a su hermano mayor, surcado por enormes agujeros que iban de la cubierta al primer nivel de plataforma y a la espera de nuevas turbinas. Los portaaviones eran emblema de toda demostra-

ción de fuerza de la Armada de Estados Unidos. Probablemente eso fuera parte del plan chino: ver cómo reaccionaba Estados Unidos cuando no era posible una reacción sustancial.

—¿Me cubrirás con DeMarco? —preguntó Mancuso.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que Bruno es de la vieja escuela. Piensa que es malo ser detectado. Personalmente, a veces creo que puede ser bueno. Si quieres que haga sonar la jaula de John el Chino, primero tendrá que escuchar sacudirse las rejas, ¿no?

—Yo redactaré las órdenes. Cómo lo harás es asunto tuyo. Por el momento, si algún bribón norteamericano convence a una señorita para hacer el amor en la playa... lo quiero filmado en video para mi colección.

—Dave, ésa es una orden que cualquiera puede acatar. Hasta te conseguiré el número de teléfono.

—Y, maldita sea, no hay nada que podamos hacer —concluyó Cliff Rutledge.

—Entiendo, Cliff —respondió Scott Adler—. Ya me había dado cuenta solo. —La idea era que los subordinados ofrecieran alternativas en vez de desecharlas ... o, como en este caso, decirle a uno lo que ya sabía.

Hasta el momento habían tenido mucha suerte. No se había filtrado casi nada a los medios. Washington todavía era una ostra sellada por el impacto de la tragedia. El personal inferior que llenaba los puestos jerárquicos aún no había adquirido la confianza suficiente para filtrar información sin autorización previa y los hombres que Ryan había nombrado para los puestos clave le eran absolutamente leales. Pero esa situación no podía durar, sobre todo con algo tan jugoso como un nuevo país a punto de nacer gracias a la unión de dos enemigos, dos países que habían derramado sangre norteamericana.

—Supongo que podríamos no hacer nada —observó Rutledge, preguntándose cómo reaccionarían ante eso. Era una alternativa distinta a no poder hacer nada, una sutileza metafísica que el Washington oficial no había perdido.

—Tomar esa posición sólo serviría para estimular acontecimientos adversos a nuestros intereses —observó con desgano otro funcionario jerárquico.

—¿Entonces deberíamos proclamar nuestra impotencia? —replicó Rutledge—. Proclamar que no nos gusta y no poder detenerlo es peor que no tomar ninguna posición.

Adler pensaba que siempre se podía depender de un egresado de Harvard para mejorar la gramática y el peinado y, en el caso de Rutledge, para nada más. Rutledge había llegado al séptimo piso por no haber equivocado jamás el paso, lo que equivalía a decir que nunca en su vida había marcado el compás del baile. Por otra parte estaba muy bien conectado... o había estado. Cliff sufría la enfermedad más mortífera que puede sufrir un FSO —funcionario del servicio exte-

rior—: para él, todo era negociable. Adler no pensaba lo mismo. Uno debía sostener y luchar por algunas cosas, porque si no lo hacía, el otro definiría el emplazamiento del campo de batalla y controlaría la situación. La misión de los diplomáticos era evitar las guerras. Una misión seria, pensó Adler, que sólo se concretaba si uno sabía dónde mantenerse firme y conocía los límites de la negociación. Para Cliff, en cambio, se trataba de una danza interminable. Y siempre era otro el que marcaba el ritmo. Desafortunadamente, Adler todavía no tenía suficiente crédito político para despedirlo... o nombrarlo embajador en un destino inofensivo. Recordó que el nuevo Senado todavía debía confirmarlo en su puesto.

—¿Entonces lo consideraremos un simple asunto regional? —preguntó otro diplomático. Adler volvió lentamente la cabeza. ¿Acaso Rutledge estaba logrando consenso?

—No, no se trata de eso —proclamó el secretario de Estado. Es un asunto de interés vital para la seguridad de Estados Unidos. Hemos garantizado nuestro apoyo a los sauditas.

—¿Marcas en la arena? —preguntó Cliff—. Todavía no hay razón para hacer eso. Miren, tratemos de ser sensatos respecto a esto, ¿de acuerdo? Irán e Irak se unen y forman esta nueva República Islámica Unida, bien. ¿Entonces qué? Les llevará años organizar el nuevo país. En el ínterin, las fuerzas que sabemos infiltradas en Irán debilitarán el régimen teocrático que tantos dolores de cabeza nos ha dado. Éste no es un pacto unilateral, ¿no? Podemos confiar en la influencia que los elementos seculares de la sociedad iraquí ejercerán necesariamente sobre Irán. Si nos asustamos y nos ponemos insistentes les facilitaremos las cosas a Daryaei y sus fanáticos. Pero si lo tomamos con calma, ya no podrán emplear su perversa retórica contra nosotros. Bueno, de todos modos no podemos impedir esa unión, ¿no? —prosiguió Rutledge—. Entonces, si no podemos impedirla, ¿qué podemos hacer? Debemos considerar la oportunidad de abrir el diálogo con el nuevo país.

Adler admitió que la propuesta de Cliff tenía cierta lógica. El resto de los presentes parecía pensar lo mismo. Había usado las palabras clave: oportunidad, diálogo.

—Así lograremos que los sauditas se sientan cómodos y respaldados —objetó una voz desde el extremo más lejano de la mesa. Era Bert Vasco, el hombre más joven presente—. Señor Rutledge, creo que subestima la situación. Irán ordenó el asesinato...

—No tenemos pruebas de eso, ¿verdad?

—Y Al Capone nunca fue condenado el Día de San Valentín, pero yo vi la película. —La retórica de Vasco se había vigorizado después de haber sido convocado al Despacho Oval. Divertido, Adler enarcó una ceja—. Alguien está orquestando esto, empezando por el asesinato y siguiendo por la eliminación de la primera plana del ejército y el liderazgo del Partido Ba'ath. Además está el resurgimiento religioso. En mi opinión se trata de la renovación de la identidad religiosa y nacional. *Eso* atenuará las influencias moderadoras a las que usted alude. Estos acontecimientos disiparán el disenso interno en Irán por

lo menos durante un año... y no sabemos *qué más* puede pasar. Daryaei siempre ha hecho grandes planes a largo plazo. Es paciente, es dedicado, y es un despiadado hijo de puta...

—Que ya está en las últimas —objetó uno de los aliados de Rutledge.

—¿Quién dijo? —contraatacó Vasco—. Este último golpe fue muy eficaz.

—Tiene más de setenta años.

—No fuma ni bebe. En todos los videos que tenemos de él, aparece fuerte y vigoroso. Ya hemos cometido antes el error de subestimarlos.

—No está en contacto con su pueblo.

—Tal vez no lo sepa. De todos modos está teniendo un buen año y todo el mundo ama a los ganadores —concluyó Vasco.

—Lo que pasa, Bert, es que temes perder tu puesto cuando formen la RIU —bromeó alguien. Era un golpe bajo, de un funcionario superior a uno inferior, que contó con el apoyo generalizado. El silencio resultante le indicó al secretario de Estado que *había* consenso, y no precisamente el que él quería. Era hora de tomar una vez más el control.

—De acuerdo, nos vamos —dijo Adler—. Mañana el FBI volverá a hablarnos de la carta robada. ¿Y saben qué nos traerán?

—Otra vez la Caja, no —gruñó alguien. Nadie prestó atención a la manera en que Rutledge volvió la cabeza.

—Piensen que se trata de un test de rutina para nuestra seguridad —propuso Adler con una sonrisa. Los polígrafos no eran precisamente desconocidos para los más viejos.

—Maldita sea, Scott —dijo Cliff, hablando por todos—. O confían en nosotros o no confían. Ya perdí muchas horas con esa gente.

—Sabes, tampoco encontraron la carta de renuncia de Nixon —acotó alguien.

—Tal vez Henry se la guardó —bromeó un tercero.

—Mañana. Empezaremos a las diez en punto. Yo incluido —les dijo Adler. También él pensaba que era una pérdida de tiempo.

Su piel era muy fina, sus ojos eran grises y su cabello tenía un tinte rojizo, herencia de alguna inglesa entre sus ancestros. Al menos eso se comentaba jocosamente en la familia. Eso le daba la ventaja de poder pasar por caucásico. Gracias a su innata cautela todavía podía hacerlo. Para sus escasas operaciones “públicas” se había teñido el pelo, usado gafas oscuras y dejado crecer la barba —que era negra—, ganándose las bromas de su comunidad. “Estrella de cine”, le decían. Pero muchos de los bromistas estaban muertos, y él no. Tal vez los israelíes tuvieran fotos suyas... era imposible saberlo. Pero lo que sí sabía era que los israelíes rara vez compartían información con alguien, ni siquiera con sus patronos norteamericanos, lo que era una estupidez. Y además no podía estar preocupando por todo, menos por unas fotos en algún archivo del Mossad.

Recién llegado de Frankfurt, atravesó el Aeropuerto Internacio-

nal Dulles con las dos maletas imprescindibles para su personaje de serio hombre de negocios. Declaró una botella de scotch adquirida en el free-shop de Alemania. ¿El motivo de su visita a Estados Unidos? Negocios y placer. ¿Hay seguridad en Washington después de lo ocurrido? Fue verdaderamente terrible, lo vi por televisión, lo repitieron más de mil veces, horrible. ¿Hay seguridad entonces? ¿En serio? ¿Las cosas han vuelto a la normalidad? Bueno. Lo estaba esperando su automóvil de alquiler. Condujo hasta un hotel cercano, cansado por el largo vuelo. Compró un diario, ordenó que le llevaran la cena a su habitación y encendió el televisor. Luego enchufó su computadora portátil al teléfono del cuarto y accedió a la red para informarle a Badrayn que había llegado a salvo a destino para la misión de reconocimiento. Un programa comercial de encriptado transformó lo que era una frase codificada sin sentido en un verdadero galimatías.

—Bienvenidos a bordo. Mi nombre es Clark —anunció John a la primera clase de quince. Tenía mejor aspecto que su cliente, con su traje bien cortado, su camisa abotonada y su corbata a rayas. Por el momento debía causar una buena impresión ocular. Pronto los impresionaría de otro modo. Conseguir el primer grupo había sido más fácil que lo esperado. La CIA, a pesar de Hollywood, era una agencia popular entre los ciudadanos norteamericanos y había recibido por lo menos diez solicitudes por cada convocatoria. Posteriormente habían analizado las solicitudes por computadora hasta encontrar quince que llenaran los parámetros del PLAN AZUL de Clark. Todos eran oficiales de policía graduados que contaban con por lo menos cuatro años de servicio y un registro de actividades impecable que sería chequeado por el FBI. Por el momento eran todos hombres. John lo consideró un error, aunque por ahora carecía de importancia. Había siete blancos, dos negros y un asiático. Casi todos pertenecían a la fuerza policial de ciudades grandes. Todos eran por lo menos bilingües.

—Soy oficial de campo de inteligencia. No soy “agente”, no soy “espía”, no soy “operativo”. Soy *oficial* —explicó—. Hace bastante tiempo que ando en el negocio. Estoy casado y tengo dos hijos. Si alguno de ustedes está pensando en rubias sensuales y en matar gente, puede irse ya mismo. Este negocio es bastante insípido, especialmente si uno tiene la astucia de hacer las cosas bien. Todos ustedes son policías y por lo tanto conocen la importancia de este trabajo. Tratamos con altos niveles de crimen y nuestro trabajo es obtener información para detener esos crímenes mayores antes de que muera gente. Para eso reunimos información y la pasamos a quienes la necesitan. Otros observan imágenes satelitales o se dedican a leer la correspondencia ajena. Nosotros nos encargamos de la parte dura. Obtenemos información de la *gente*. Algunos son buenas personas con buenos motivos. Otros no son tan buenos y sólo quieren dinero, vengarse o sentirse importantes. No importa lo que sean. Todos ustedes han tratado con informantes en la calle y saben que no son la Madre Teresa, ¿no? Lo mismo pasa aquí. Frecuentemente sus informantes

serán más educados, o más poderosos, pero no se diferenciarán demasiado de los que ya conocen. E, igual que con los informantes callejeros, tendrán que serles leales, protegerlos y retorcerles un poquito el cuello de vez en cuando. Si ustedes fallan esa gente muere, y también sus esposas e hijos, en algunos de los lugares donde tendrán que trabajar. Se equivocan si piensan que estoy bromeando. Trabajarán en países donde los procesos de la ley son manejados según los caprichos del gobernante de turno. Lo habrán visto por televisión últimamente, supongo —afirmó. Los fusilamientos de algunos jerarcas del Ba'ath habían recorrido el mundo con las usuales advertencias de alejar a niños y personas sensibles de la pantalla. Muchos asintieron.

—La mayoría de las veces *no* estarán armados en el campo de acción. Sobrevivirán gracias al ingenio. Muchas veces tendrán que arriesgar la vida. He perdido amigos en acción, algunos en sitios que ustedes conocen y otros no. Tal vez el mundo sea actualmente un poco más amable y noble, pero no en todas partes. Y ustedes no irán a lugares precisamente agradables, muchachos —les prometió John. En el fondo de la habitación, Ding Chávez luchaba para no reirse. *Ese jovenzuelo grasiento es mi socio y está comprometido con mi hijita*. Domingo sabía que no tenía sentido tratar de asustarlos.

—¿Qué es lo bueno de este trabajo? Bien, ¿qué es lo bueno de ser policía? Respuesta: cada criminal que apresamos ahorra muertes de inocentes. En este trabajo, transmitir información correcta a la gente correcta también salva vidas. Miles de vidas —enfaticó Clark—. Cuando nosotros hacemos las cosas bien... *no* hay guerras.

—De todos modos, bienvenidos a bordo. Soy su maestro supervisor. El entrenamiento les parecerá estimulante y difícil, creo. Comienza a las ocho treinta, mañana por la mañana —John bajó del podio y fue hacia el fondo de la habitación. Chávez abrió la puerta y juntos salieron a tomar un poco de aire.

—Bueno, Mr. C., ¿dónde tengo que firmar?

—Maldita sea, Ding, tenía que decirles *algo*. —Hacía años que John no hablaba tanto de una sola vez.

—¿Qué tuvo que hacer Foley para que aprobaran el proyecto?

—Misterio, misterio. Diablos, Ding, tenemos que empezar a trabajar, ¿no te parece?

—Me parece que tendría que haber esperado un par de semanas. El Senado todavía no confirmó a Foley. Era mejor esperar —opinó Chávez—. Pero sólo soy un agente subalterno.

—Siempre olvido lo inteligente que te has vuelto.

—¿Quién demonios es Zhang Han San? —preguntó Ryan.

—Según nuestro amigo anda por los cincuenta pero parece más joven, tiene diez kilos de más, estatura y complexión medianas —reportó Dan Murray, leyendo sus notas. Tranquilo y reflexivo. Y abandonó a Yamata.

—¿Ah, sí? —intervino Mary Pat Foley—. ¿Cómo fue?

—Yamata estaba en Saipan cuando logramos controlar las cosas.

Hizo una llamada a Beijing para escapar a un lugar seguro. El señor Zhang reaccionó fríamente. “¿Trato? ¿Qué trato? Nosotros no hicimos ningún trato.” Después, directamente no aceptó más llamadas de Yamata. Nuestro amigo japonés lo consideró una traición personal.

—Parece estar cantando como un canario —observó Ed Foley—. ¿Eso no lo vuelve sospechoso?

—No —dijo Ryan—. En la Segunda Guerra Mundial los japoneses que tomamos prisioneros hablaron hasta por los codos.

—El presidente tiene razón —confirmó Murray—. Yo mismo se lo pregunté a Tanaka. Dice que es una cosa cultural. Yamata quiere llevar a su esposa con él —la salida honorable en ese contexto cultural— pero lo tienen estrictamente vigilado porque temen un suicidio... ni siquiera le han dejado los cordones de los zapatos. La desgracia resultante es tan grande para él que ya no tiene por qué guardar secretos. Endemoniada técnica de interrogatorio, ¿no? De todos modos, se supone que Zhang es un diplomático —Yamata dijo que era titular de una delegación comercial— pero en Estado jamás oyeron hablar de él. Los japoneses no lo tienen registrado en ninguna lista diplomática. En lo que a mí concierne eso lo transforma en agente encubierto, y por lo tanto... —Miró a los Foley.

—Busqué el nombre —dijo Mary Pat—. Zippo. ¿Pero cómo saber si es el nombre verdadero?

—Aunque lo fuera —agregó su marido—, no sabemos casi nada sobre el personal de inteligencia. Si tengo que adivinar —adivinó—, diría que es político. ¿Por qué? Anuló un trato, un trato silencioso pero importante. Los militares siguen en estado de alerta y se entrenan constantemente debido a ese trato, y por eso los rusos siguen nerviosos. Sea quien sea ese tipo, es indudable que se trata de un jugador de peso. —Una revelación que obviamente no haría temblar la tierra.

—¿Pueden hacer algo para descubrirlo? —preguntó Murray con delicadeza.

La señora Foley negó con la cabeza.

—No tenemos efectivos in situ, por lo menos nada que pueda servir en este caso. Tenemos un eficaz equipo matrimonial en Hong Kong, que está creando una buena red de informantes. Tenemos un par de efectivos en Shanghai. En Beijing tenemos algunos agentes de bajo nivel en el Ministerio de Defensa, pero están destinados a proyectos a largo plazo. Usarlos para este tema sólo serviría para ponerlos en peligro. Dan, el problema que tenemos con China es que no sabemos cómo funciona su gobierno. Tiene niveles de complejidad que sólo nos permiten hacer suposiciones. Sabemos... mejor dicho, creemos saber quiénes son los miembros del Politburó. Es probable que uno de los peces gordos esté muerto... y hace un mes que estamos tratando de pescarlo. Hasta los rusos nos informaban cuando enterraban gente —señaló la DDO, bebiendo un poco de vino—. A Ryan le agradaba convidar unos tragos a sus asesores más próximos al final de la jornada. En este caso estaba pasando por encima de su asesor de Seguridad Nacional porque, por leal e inteligente que fuera Ben Goodley, Jack Ryan todavía pretendía acudir a las fuentes cuando era posible.

Ed se hizo cargo de la explicación.

—Creemos conocer a la plana política mayor, pero jamás hemos tenido certezas sobre los segundos violines. La dinámica es simple si uno la piensa, pero nos llevó mucho tiempo verla. Estamos hablando de ancianos que no pueden moverse mucho. Necesitan ojos y orejas móviles, y con los años esos rufianes han acumulado muchísimo poder. No podemos estar seguros de quién tiene la sartén por el mango.

—Yo puedo averiguarlo, compañeros —murmuró Murray, bebiendo su cerveza—. Cuando trabajaba para OC —crimen organizado— a veces identificábamos capos mafiosos viendo quién le abría la puerta del auto a quién. Rara manera de hacer negocios. —Era lo más amable que los Foley habían escuchado decir al FBI sobre la CIA. —La seguridad operativa realmente no es tan difícil si uno la piensa un poco.

—Un buen caso para el PLAN AZUL —dijo Jack.

—Bueno, tal vez te agrada saber que los primeros quince ya están preparándose. John les dio el discurso de bienvenida hace unas horas —anunció el DCI.

Ryan había analizado el plan de reducción de fuerzas diseñado por Foley para la CIA. Ed planeaba agitar la hoz y reducir el presupuesto de la Agencia en 500 millones de dólares durante cinco años, aumentando a la vez las fuerzas de campo. Eso alegraría a la gente de la Colina, aunque dado que la mayor parte del presupuesto real de la CIA figuraba en negro en los gastos federales, pocos lo sabrían. O tal vez no, pensó Jack. Probablemente se filtrara información.

Filtrar información, algo que había odiado desde el principio de su carrera. Pero ahora formaba parte del aparato estatal, ¿no? ¿Qué se suponía que debía pensar? ¿Que las filtraciones estaban bien, porque ahora era él quien las hacía o quien las permitía? Maldición. No se suponía que las leyes y los principios funcionaran de esa manera, ¿no? ¿Exactamente a qué idea, ideal, principio o saliente de piedra se suponía que debía aferrarse ahora?

El nombre del guardaespaldas era Saleh. Era un individuo de compleción robusta como requería su trabajo y, como tal, se empeñaba en negar cualquier clase de molestia física o enfermedad. Un hombre en su situación simplemente no admitía dificultades. Pero cuando el malestar no desapareció como esperaba y como el médico le había dicho —Saleh sabía que todos los hombres eran vulnerables a los problemas estomacales—, y cuando vio sangre en el inodoro... bueno, no pudo ignorarlo más. Se supone que el cuerpo no larga sangre espontáneamente, excepto si uno se corta al afeitarse o recibe un balazo. En ningún caso por mover el intestino. La aparición de sangre entre las heces era un indicio capaz de hacer temblar a cualquiera, tanto más a un hombre tan fuerte y confiado. Como tantos otros se había demorado un poco, pensando que podría tratarse de un problema temporario que pronto desaparecería. Pero las cosas empeoraron, finalmente el miedo triunfó sobre él y fue directamente al hospital.

El segundo grupo de diez criminales no se diferenciaba demasiado del primero, excepto porque en éste no había un apóstata condenado. Era fácil despreciarlos, pensaba Moudi, observando el conjunto de rostros cetrinos y gestos cobardes. Lo peor eran las expresiones. Tenían aspecto criminal, nunca miraban de frente, siempre miraban a los costados con ojos huidizos, como buscando una salida, una treta, un ángulo, un imprevisto. Había una combinación de miedo y brutalidad fluctuante en sus caras. No eran solamente hombres y, aunque pareciera pueril, esa observación los diferenciaba de él y de la gente que conocía y, por consiguiente, restaba importancia a sus vidas.

—Tenemos varios enfermos aquí —les dijo—. Ustedes han sido asignados para atenderlos. Si lo hacen bien, serán entrenados como asistentes médicos y podrán trabajar en la cárcel. Si no, volverán a sus celdas y a sus sentencias. Si alguno de ustedes se extralimita, el castigo será inmediato y severo.

Los reos asintieron. Sabían por experiencia lo que era un tratamiento severo. Las cárceles iraníes no eran célebres por sus comodidades. Tampoco por la buena comida. Todos tenían la piel pálida y derrames en los ojos. Bueno, ¿acaso merecían atenciones solícitas?, se preguntó el médico. Todos eran culpables de crímenes serios... y sólo Alá y los propios criminales sabían de qué más. La mezquina piedad que Moudi sentía por ellos era residual, resultado de su preparación médica que lo obligaba a verlos como seres humanos más allá de cualquier otra consideración. Tendría que superar esa debilidad. Ladrones, estafadores, pederastas todos ellos, habían violado la ley en un país donde la ley era cosa de Dios y, aunque dura, era también justa. Si el tratamiento que les prodigaban era rudo para los estándares occidentales —los europeos y los norteamericanos tenían una idea bastante excéntrica de los derechos humanos; ¿dónde quedaban los derechos de las víctimas de esa gente malvada?—, a él le importaba un bledo. Sus reflexiones lo hacían distanciarse cada vez más de la gente que tenía frente a sus ojos. Hacía tiempo que Amnesty International había dejado de quejarse de las cárceles de su país. Tal vez estuvieran dedicando su atención a otras cosas, como el tratamiento de los fieles en otras tierras. No había una hermana Jean Baptiste entre ellos, y ella estaba muerta, y eso estaba escrito, y lo que quedaba por verse era si el destino de los reos había sido escrito por la misma mano en el libro de la vida y la muerte. Hizo una seña al guardia principal, que llamó a gritos a los nuevos “asistentes”. Moudi comprobó que eran insolentes hasta para ponerse de pie. Bueno, ya se ocuparían de someterlos.

Fueron duchados, afeitados, desinfectados y vestidos con uniformes verdes de cirugía, identificados por un número en la espalda. Les ordenaron calzarse con zapatillas. Los guardias armados los condujeron ante los médicos del ejército. En la sala había un guardia suplementario que se mantenía a distancia y portaba una pistola en su mano enguantada. Moudi volvió a la sala de seguridad para ver lo que sucedía por el sistema de televisión. Los vio atravesar el corredor, mirando a derecha e izquierda con curiosidad... indudablemente bus-

cando una salida. No perdían de vista al guardia, que nunca estaba a menos de cuatro metros de distancia. A mitad de camino cada uno recibió un balde de plástico con herramientas sencillas. Los baldes también estaban numerados.

Se sorprendieron un poco al ver los trajes protectores de los médicos, pero siguieron avanzando. En la entrada de la sala de tratamiento se detuvieron en seco. Tal vez por el olor, o por lo que vieron. Uno de ellos finalmente se dio cuenta de que, fuera cual fuera la enfermedad...

Uno de los médicos señaló al que se había quedado paralizado en el umbral. El condenado vaciló y empezó a retroceder. Un momento después arrojó su balde al suelo y comenzó a sacudir el puño. Los demás esperaban ver qué pasaría. El guardia de seguridad apareció en un rincón de la imagen, con el brazo de la pistola extendido. Cuando estuvo a dos metros disparó —era extraño ver un disparo y no oírlo— directamente a la cara del criminal. El cuerpo cayó sobre el piso de baldosas, dejando un reguero de manchas negras en la pared agrisada. Otro médico señaló a otro de los prisioneros, que inmediatamente recogió el balde caído y entró a la sala. No habría más problemas disciplinarios con ese grupo. Moudi dirigió la mirada a otro monitor.

Ésta era una cámara color. Tenía que ser color. También podía hacer paneos y zoom. Moudi enfocó la cama del rincón, Paciente 1. El recién llegado con el número 1 en la espalda y en el balde se paró a los pies de la cama, balde en mano, sin saber qué demonios estaba viendo. La transmisión de sonido era bastante defectuosa. Había un solo micrófono no direccional y el personal de seguridad había bajado el volumen a cero porque lo que se escuchaba era tan lamentable que los debilitaba y deprimía... llantos, gemidos, quejas, gritos de moribundos. Predeciblemente, el apóstata era el peor de todos. Rezaba y hasta intentaba consolar a los que estaban cerca de su cama. Incluso había tratado de conducir a otros en la plegaria... pero sus compañeros de cuarto no eran de los que hablan con Dios en vísperas de la muerte.

El Asistente 1 permaneció impávido unos segundos, mirando al Paciente 1, un asesino convicto encadenado a la cama por el tobillo. Moudi utilizó el zoom para observar de cerca. Las cadenas le habían destrozado la piel, dejando una enorme mancha roja en el colchón. El hombre —el *condenado enfermo*, se corrigió Moudi— se estaba retorciendo de dolor. El Asistente 1 recordó lo que le habían ordenado hacer. Se puso los guantes, humedeció la esponja y la pasó por la frente del enfermo. Moudi captó un plano general. Uno por uno, los otros hicieron lo mismo. Los médicos del ejército se retiraron.

El régimen de tratamiento para los pacientes no sería exigente. No tenía sentido que lo fuera, dado que ya habían cumplido su propósito en el proyecto general. Eso les facilitaba la vida a todos. Nada de sueros intravenosos ni agujas... nada de objetos “punzantes” de qué preocuparse. Al haber contraído Ébola, los pacientes habían confirmado que la variedad Mayinga era transmisible por aire y lo único que restaba probar era que el virus no se atenuara durante el proceso reproductivo... y que pudiera ser transmitido por el mismo sistema de

aerosol que había infectado al primer grupo de criminales. Moudi vio que la mayoría de los recién llegados hacían lo que se les había ordenado... pero mal, torpemente, enjugando la frente de los enfermos con rápidos y brutales golpes de esponja. Eran pocos los que demostraban compasión genuina. Tal vez Alá tomara en cuenta su caridad y fuera misericordioso con ellos cuando llegara el momento, dentro de diez días como mucho.

—Informes sobre los niños —dijo Cathy cuando Jack entró al dormitorio.

—¿Buenos o malos?

—Sugiero que lo veas con tus propios ojos.

Ajá, pensó el presidente, tomando las informes que le entregaba su esposa. Las hojas adicionales de comentarios —cada maestro escribía un párrafo breve para complementar el informe principal— dejaban en claro que el nivel de las tareas escolares había mejorado en las últimas semanas... Era obvio que los agentes del Servicio Secreto habían *colaborado*. En cierto sentido era gracioso. En otro... significaba que manos extrañas hacían lo que tendría que haber hecho él. Se le contrajo el estómago. La lealtad de los agentes evidenciaba todo lo que no estaba haciendo por sus hijos.

—Si Sally quiere entrar a Hopkins tendrá que prestar más atención a las clases de ciencia —observó Cathy.

—Es muy chica. —Para su padre siempre sería la niña que...

—Está creciendo, ¿y sabes qué? Está interesada en un joven jugador de football. Su nombre es Kenny y parece bastante moderado —reportó SURGEON—. También necesita un corte de cabello. Lo tiene más largo que yo.

—Oh, mierda —replicó SWORDSMAN.

—Me asombra que haya tardado tanto. Yo empecé a salir con muchachos a los...

—No tengo ganas de enterarme...

—Me casé *contigo*, ¿no? —Pausa—. Señor presidente...

Jack se dio vuelta.

—Ha pasado el tiempo.

—¿Es verdad que estamos en el dormitorio de Lincoln? —preguntó Cathy. Jack vio un vaso sobre su mesa de noche. Había bebido. Mañana no tendría cirugías.

—Lincoln nunca durmió aquí, nena. Lo llaman así porque...

—El cuadro. Ya sé. Ya pregunté. Me gusta la cama —explicó con una sonrisa. Dejó las notas de sus pacientes y se quitó los anteojos. Luego levantó los brazos, casi como un bebé que pide que lo alcen y lo abracen—. Sabes, nunca hice el amor con el hombre más poderoso del mundo antes... al menos esta semana.

—¿Cómo vamos con las fechas? —Cathy jamás había tomado la píldora.

—¿Qué pasa con la fecha? —replicó. Y siempre había sido regular como un metrónomo.

—No quieres otro...
—Tal vez no me importe tanto.
—Tienes cuarenta años —objetó POTUS.
—Bueno, ¡gracias! Todavía no estoy fuera de carrera. ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

Jack lo pensó un momento.

—Nada, supongo. Nunca me hice esa vasectomía, ¿no?

—No. Ni siquiera hablaste con Pat como dijiste que harías... y si te la haces ahora —arremetió FLOTUS con una sonrisa malévola— saldrá en *todos* los diarios. Y hasta por televisión, en vivo. Arnie te dirá que es un buen ejemplo para la gente de Crecimiento Poblacional Cero y tú te sentirás aliviado. Excepto por las implicancias de seguridad nacional...

—¿Qué?

—Si le cortan las bolas al presidente de Estados Unidos, el mundo entero nos perderá el respeto, ¿no?

Jack estuvo a punto de soltar la carcajada, pero se detuvo. Los de la Custodia Personal podrían escuchar y...

—¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—Tal vez me esté sintiendo cómoda con todo esto... o tal vez sólo desee que me haga el amor.

En ese preciso instante sonó el teléfono. Cathy hizo una mueca de disgusto antes de contestar.

—¿Hola? Sí, Dr. Sabo. ¿La señora Emory? Está bien... no, no creo... No, definitivamente no, no me importa si está agitada o no. Debemos esperar hasta mañana. Déle algo que la ayude a dormir... lo que sea. Seguirá con el vendaje puesto hasta que yo ordene otra cosa. Asegúrese de que no se los toque, es bastante astuta. Sí. Buenas noches, doctor. —Colgó el teléfono y gruñó. El cambio de lentes que hice el otro día. No le gusta tener los ojos vendados, pero si retiramos el vendaje demasiado pronto...

—Espera un momento, él llamó...

—Tienen nuestro número en Wilmer.

—¿El directo de la residencia? —Ese número, como todos los de la Casa Blanca, estaría interferido. Ryan no lo había preguntado y probablemente no le interesaba saberlo.

—También tenían el de la casa, ¿no? —preguntó Cathy—. Soy cirujana, atiendo enfermos, soy profesora, siempre me llaman por los pacientes... especialmente por los más molestos.

—Interrupciones —Jack se acostó junto a su esposa—. Realmente no quieres otro bebé, ¿o sí?

—Lo que quiero es hacerle el amor a mi marido. No puedo seguir preocupándome por las fechas, ¿no?

—¿Te resulta muy molesto? —La besó con dulzura.

—Sí, pero tampoco me enloquece. Estás trabajando mucho. Me recuerdas a mi nuevo residente... aunque un poco más viejo. —Le acarició la cara y sonrió. —Si pasa algo... pasó. Me gusta ser mujer.

—Y a mí me encanta que lo seas.

Resultados

Algunos eran graduados en psicología, la carrera favorita y más común entre ciertos policías. Uno de los miembros de la Custodia Personal tenía un doctorado y había hecho su tesis sobre perfiles criminales. Todos eran, en el peor de los casos, talentosos aficionados en la ciencia de leer mentes ajenas. Andrea Price no escapaba a la regla. SURGEON se había mostrado exultante camino al helicóptero y SWORDSMAN la había acompañado a la planta baja, despidiéndola con un beso... el beso era rutina, pero el hecho de acompañarla y llevarla tomada de la mano no, al menos últimamente. Price intercambió una mirada con dos de sus agentes. Los tres se leyeron las mentes como sólo pueden hacerlo los policías y coincidieron en que los Ryan habían pasado una buena noche. Todos aprobaron, excepto Raman, sagaz como el resto, pero mojigato. Raman dedicaba más pasión a los deportes que a cualquier otra cosa y Price imaginaba que pasaba las noches frente al televisor. Probablemente sabría programar su VCR. Bueno, había muchos tipos de personalidades en el Servicio.

—¿Cómo se presenta el día? —preguntó POTUS apenas despegó el Black Hawk.

—SURGEON está en el aire —oyó Andrea por su auricular—. Todo está despejado —reportó el personal de vigilancia apostado en los edificios que rodeaban la Casa Blanca. Como todos los días, habían vigilado atentamente el área durante más de una hora. Estaban los de siempre, los “regulares” que la Custodia Personal conocía de vista. Algunos se sentían literalmente fascinados por la Primera Familia. Para ellos la Casa Blanca era la gran telenovela norteamericana, un *Dallas* en grande, y las trampas y mecanismos de la vida en la más célebre de las residencias los atraían por alguna razón que los psicólogos del Servicio pugnaban por entender... porque la sola existencia de los “regulares” los tornaba peligrosos a ojos de la Custodia Personal. Gracias a sus poderosos binoculares los detectives del Antiguo Edificio Ejecutivo —OEOB— y del Tesoro los conocían de vista. También conocían sus nombres porque los miembros de la Custodia Personal merodeaban por todas partes, disfrazados de ratas callejeras o transeúntes. Cuando sospechaban de alguno, un miembro de la Custodia disfrazado de “aerobista” lo empujaba accidentalmente al suelo, palpándolo de armas mientras lo ayudaba a levantarse con las debidas disculpas. Pero ese peligro había pasado, por ahora.

—¿No revisó su agenda anoche? —preguntó Price, distraída de sus deberes.

—No, preferí mirar un poco la televisión —mintió SWORDSMAN, sin saber que ellos sabían que mentía. Ni siquiera se ruborizó, comprobó Price. Por su parte, no se permitió el más mínimo cambio de expresión. Hasta POTUS tenía permitido guardar un secreto... o al menos la ilusión de guardarlo.

—De acuerdo, aquí tiene mi copia —Ryan echó un vistazo a la primera página, que terminaba en el almuerzo. El secretario del Tesoro desayunará con usted inmediatamente después de CARDSHARP.

—¿Cómo llaman a George? —preguntó Jack, entrando al Ala Oeste.

—TRADER. A él le gusta —informó Andrea.

—Siempre que lo pronuncien bien. —No estaba mal para las 7.50 de la mañana, pensó POTUS. Pero era difícil saberlo. La Custodia festejaba casi todas sus bromas. ¿Lo harían por simple cortesía?

—Buen día, señor presidente. —Como de costumbre, Goodley se puso de pie cuando Jack entró al Despacho Oval.

—Hola, Ben —Ryan dejó caer la agenda sobre el escritorio, se fijó si había algún documento importante y tomó asiento—. Adelante.

—Anoche me robaste el puesto —reclamó en broma—. Tenemos *gornischt* sobre el señor Zhang. Puedo darte la versión completa, pero supongo que ya la habrás escuchado. —El presidente asintió y le indicó que prosiguiera.

—De acuerdo. Situación del estrecho de Taiwan. China tiene quince barcos en el mar, en dos formaciones, una de seis y otra de nueve. Acorazados y fragatas, puedo especificar posiciones si quieres. Desplegados en grupos regulares de escuadrones según el Pentágono. Tenemos un EC-135 a la escucha. Tenemos un submarino —el *Pasadena*— entre las dos formaciones y dos más en ruta desde el Pacífico Central. Suponemos que llegarán al área dentro de treinta y seis y cincuenta horas respectivamente. El almirante Seaton, CINCPAC, avanza a toda marcha para realizar tareas de vigilancia. Sus parámetros están sobre el escritorio del secretario Bretano. Discutí el tema por teléfono. Parece que Seaton conoce su trabajo al dedillo.

—En cuanto al costado político, el gobierno de Taiwan no ha reconocido oficialmente la práctica. Lanzaron un comunicado de prensa a esos efectos, pero sus militares están en contacto con los nuestros... a través de CINCPAC. Hemos enviado alguna gente —Goodley chequeó su reloj—. Ya deben haber llegado. El Departamento de Estado no le da demasiada importancia pero permanece alerta.

—¿Visión general? —preguntó Ryan.

—Podría ser sólo rutina pero algunas cosas no cierran del todo. De todos modos, no hacen provocaciones abiertas.

—Y hasta que no las hagan no podremos hacer nada. Bueno, no reconoceremos oficialmente esa maldita práctica. Sigamos como hasta ahora. Nada de comunicados de prensa ni de información filtrada a los periodistas. Si nos preguntan, responderemos que se trata de un episodio menor.

Goodley asintió.

—Ése es el plan, señor presidente.

—Próximo tema: Irak. Otra vez tenemos poca información directa. La televisión local ha entrado en un paroxismo religioso. Todo es Shi'a. Los religiosos iraníes que ya hemos visto están todo el día en el aire. La cobertura de noticias se basa casi exclusivamente en la religión. Los reporteros se han vuelto rapsodas. Las ejecuciones parecen haber terminado. No hemos contado los cadáveres, pero superan el centenar. El liderazgo del Ba'ath ha desaparecido para bien del país y los peces pequeños están en la cárcel. Se hizo un poco de alharaca sobre lo misericordioso que era el gobierno provisional con los "criminales menores"... estoy citando textualmente. La "misericordia" está justificada religiosamente y parece que algunos de esos "criminales menores" han vuelto a Jesús... perdón, han vuelto a Alá con bastante premura. La televisión los muestra sentados con sus imanes y discutiendo sus malas acciones.

—Próximo indicador: observamos mayor actividad organizada entre los militares iraníes. Las tropas se están entrenando. Estamos interceptando tráfico radial táctico. Es rutinario, pero excesivo. Rutledge, el subsecretario de Asuntos Políticos, ordenó vigilancia nocturna en Foggy Bottom. Evidentemente se habrá ganado el odio de la división IR. —La Oficina de Inteligencia e Investigación —IR— del Departamento de Estado era el pariente pobre de la comunidad de inteligencia, pero en ella había un grupo de astutos analistas cuya perspectiva diplomática solía abarcar aspectos que la comunidad de inteligencia pasaba por alto.

—¿Conclusiones? —preguntó Jack. De la vigilancia nocturna, quiero decir.

—Ninguna. —*Por supuesto*, podría haber agregado Goodley, pero no lo hizo. — Hablaré con ellos dentro de una hora aproximadamente.

—Presta atención a la opinión de IR. Presta muchísima atención a...

—Bert Vasco. Sí —coincidió Goodley—. Es excelente, pero creo que los del séptimo piso le están haciendo la vida imposible. Hablé con él hace veinte minutos. Prepárate, Vasco dice que la cosa no llevará más de cuarenta y ocho horas. Nadie está de acuerdo con él. *Nadie* —enfaticó CARDSHARP.

—¿Pero...? —Ryan se hamacó en su silla, extrañado.

—Pero yo no apostaré en su contra, jefe. No tengo manera de respaldar lo que dice. Los de la CIA no están de acuerdo. Estado no lo apoyará... Ni siquiera me transmitieron su opinión, el propio Vasco lo hizo. Pero, sabes, no pienso decir que está equivocado —Goodley hizo una pausa, dándose cuenta de que no estaba hablando como un NIO tradicional—. Debemos tenerlo en cuenta, jefe. Vasco tiene olfato... y pelotas.

—Pronto lo sabremos. Equivocado o no, estoy de acuerdo contigo en que es el mejor de todos. Asegúrate de que Adler hable con él y dile que no lo eche a perder, cualquiera sea el resultado.

Ben asintió y anotó algo.

—Vasco cuenta con protección de alto nivel. Me gusta eso, jefe. Hasta podría estimular a otros a tener cojones de vez en cuando.

—¿Qué sabemos de los sauditas?
—Nada. Como si estuvieran catatónicos. Creo que temen pedir ayuda mientras no haya razones para hacerlo.
—Llama a Ali dentro de una hora —ordenó el presidente—. Quiero su opinión.
—Sí, señor.
—Y si quiere hablar conmigo en cualquier momento del día o de la noche, le dices que es mi amigo y que siempre tengo tiempo para él.
—Esas son las noticias de la mañana, señor. —Se puso de pie.— A propósito, ¿quién me bautizó CARDSHARP?
—Nosotros —respondió Price desde el otro extremo del despacho. Se llevó la mano izquierda al auricular—. Está en su archivo. Jugaba muy bien al poker en su fraternidad.
—No preguntaré qué opinaron de mí mis novias —prometió Ben, yendo hacia la puerta.
—No lo sabía, Andrea.
—Incluso ganó un poco de dinero en Atlantic City. Todos lo subestiman por su edad. TRADER acaba de llegar.
Ryan chequeó su agenda. Bueno, hablarían sobre la presentación de George ante el Senado. Se tomó un minuto para revisar su lista de compromisos mientras una camarera de la Armada servía un desayuno liviano.
—Señor presidente, el secretario del Tesoro —anunció Andrea Price desde la puerta.
—Gracias, podemos quedarnos solos —dijo Ryan, levantándose al ver entrar a George Winston.
—Buen día, señor —dijo el secretario del Tesoro apenas se cerró la puerta. Llevaba puesto uno de sus trajes a medida y traía un sobre de papel manila. A diferencia del presidente, el secretario del Tesoro estaba acostumbrado a usar saco la mayor parte del tiempo. Ryan se quitó el suyo y lo arrojó sobre el escritorio. Se sentaron en los sillones gemelos separados por la mesa de café.
—Bueno, ¿cómo van las cosas del otro lado de la calle? —preguntó Ryan, sirviéndose un poco de café común.
—Si manejara así mis negocios, los clientes colgarían mi pellejo de la puerta del establo, pondrían mi cabeza a secar en la estufa y destinarían mi trasero a los cerdos. Voy a... demonios, ya empecé a convocar a algunos de mis empleados administrativos de Nueva York. Allá enfrente hay demasiada gente cuya única tarea es mirarse las caras y alabarse mutuamente. Nadie se hace *responsable* de nada. Maldita sea, en el Columbus frecuentemente tomamos decisiones a través de un comité... pero a tiempo para que funcionen. Hay demasiada gente, señor pres...
—Puede llamarme Jack, al menos aquí adentro, George, yo... —Se abrió la puerta de la sala de secretarios y entró el fotógrafo con su Nikon. No dijo nada. Casi nunca hablaba. Se apartó un poco, dando la sensación de no estar allí. Hubiera sido un gran espía, pensó Ryan.
—De acuerdo. Jack, ¿hasta dónde puedo llegar? —preguntó TRADER.

—Ya se lo dije. El departamento está en sus manos. Entonces, cuénteme cómo van las cosas.

—Muy bien. Voy a reducir el personal. Voy a manejar ese departamento como si fuera un negocio. —Hizo una pausa—. Y pienso volver a redactar el código impositivo. Dios santo, hasta hace dos días no sabía lo desastroso que era. Llamaré a algunos de mis abogados y...

—Debe mantenerse neutral con respecto a las rentas públicas. No podemos andar alardeando con el presupuesto. Ninguno de nosotros tiene la suficiente experiencia todavía y hasta que sea reconstituida la Casa de Representantes... —el fotógrafo salió después de capturar al presidente en una gran pose, con ambas manos extendidas sobre la bandeja del café.

—La gran jugada del mes —dijo Winston, lanzando una risotada mientras enmancaba su croissant—. Conocemos el modelo. El efecto sobre la renta pública será neutro si nos basamos en los números brutos, Jack, pero probablemente habrá un aumento generalizado de los fondos utilizables.

—¿Está seguro? ¿No tendría que estudiar todo el...?

—No, Jack. No tengo que estudiar nada. Traje a Mark Gant como mi asistente ejecutivo. Sabe más que nadie sobre programas de computadoras. Pasó toda la semana desarmando el... ¿nadie se lo dijo nunca? Nunca dejan de observar el sistema de impuestos allá enfrente. ¿Estudiar? Si levanto el teléfono, dentro de media hora tendré un documento de mil páginas sobre el escritorio diciéndome cómo eran las cosas en 1952, qué efectos causaba entonces el código impositivo sobre cada segmento de la economía... o lo que la gente pensaba al respecto, que se oponía a lo que pensaban los estudiosos del '60, que se oponía a lo que decían otros, y así sucesivamente. —Hizo una pausa para dar un mordisco a su croissant.— ¿Estamos ante un barril sin fondo? Wall Street es mucho más complejo pero utiliza modelos más simples. Y esos modelos *funcionan*. ¿Por qué? Porque son más simples. Eso es lo que voy a decirle al Senado dentro de noventa minutos. Con su permiso, por supuesto.

—¿Está seguro de tener razón en esto, George? —preguntó POTUS. Ése era uno de los problemas, acaso el mayor de todos. El presidente no podía chequear todo lo que se hacía en su nombre (chequear apenas el uno por ciento hubiera sido una hazaña heroica) pero era absolutamente responsable. Esa certeza había llevado a muchos presidentes al fracaso de la microgestión.

—Jack, estoy tan seguro que apostararía el dinero de mis inversores.

Cruzaron miradas. Cada uno conocía la medida del otro. El presidente podría haber dicho que el bienestar de la nación era mucho más importante que los billones de dólares que Winston manejaba en el Grupo Columbus pero no lo hizo. Winston había levantado su negocio de la nada. Era un hombre de origen humilde, igual que Ryan, que había sacado a flote su negocio a fuerza de cerebro e integridad en un medio ferozmente competitivo. El dinero que sus clientes le confiaban era para él *más* precioso que el suyo propio y gracias a eso se había

vuelto rico y poderoso, sin olvidar jamás cómo ni por qué. La primera declaración importante sobre política pública de la administración Ryan estaría sustentada por la sabiduría y el honor de George Winston. El presidente lo pensó un momento y asintió.

—Adelante con eso, TRADER. —Entonces Winston manifestó sus recelos. Para el presidente fue muy instructivo que una figura tan poderosa como el secretario del Tesoro bajara los ojos un segundo y luego dijera algo con más calma y menos determinación que cinco segundos antes.

—Debe tener en cuenta que, políticamente, esto...

—¿Lo que piensa decirle al Senado es bueno para la totalidad del país?

—¡Sí, señor!

—Entonces no me anticipe posibles consecuencias.

El secretario del Tesoro se limpió la boca con la servilleta monogramada y volvió a bajar los ojos.

—Cuando todo esto termine y volvamos a la vida normal, tendremos que encontrar una manera de trabajar juntos. No hay muchos como nosotros, Ryan.

—Sí hay —dijo el presidente, después de reflexionar un poco—. El problema es que nunca vienen a trabajar aquí. ¿Sabe de quién aprendí eso? De Cathy. Si ella falla alguien se queda ciego, pero no puede escapar corriendo cuando la llaman, ¿no? Imagínese, usted falla y alguien pierde la vista para siempre... o muere. Los que trabajan en la sala de emergencias están siempre en el filo de la navaja, como cuando Sally y Cathy estuvieron internadas. Uno comete un error y alguien desaparece para siempre. Es muy difícil, George, mucho más difícil que lo nuestro. Lo mismo pasa con los policías. Y con los militares. Hay que hacer lo necesario, aquí y ahora, o sucederá algo realmente nefasto. Pero esa clase de gente no viene a trabajar a Washington, ¿no? Esa clase de gente necesita estar donde está la acción —dijo Ryan, como arengando—. Los verdaderamente buenos van adonde los necesitan y siempre saben dónde está ese lugar.

—Pero a los verdaderamente buenos les desagradan las imposturas y las estupideces. ¿Será por eso que no vienen aquí? —preguntó Winston, recibiendo una clase individual de Gobierno 101 y encontrando un maestro notable en Ryan.

—Algunos vienen. Adler trabaja en Estado, por ejemplo. Y hay otro que descubrí hace poco, su nombre es Vasco. Pero éstos son los que resisten al sistema. El sistema trabaja contra ellos. Ésos son los que debemos identificar y proteger. Suelen ocupar puestos menores, pero lo que hacen no es en ningún modo menor. Hacen funcionar el sistema y pasan inadvertidos porque no les interesa llamar la atención. Lo único que les importa es hacer bien su trabajo y servir al pueblo norteamericano. ¿Sabe qué me gustaría hacer? —preguntó Ryan, revelando por primera vez las profundidades de su alma. Ni siquiera se había atrevido a hablarlo con Arnie.

—Sí, poner en marcha un sistema que realmente funcione, un sistema que reconozca a los buenos y les dé lo que merecen. ¿Sabe lo

difícil que es lograr eso en *cualquier* organización? Demonios, fue una lucha en mi negocio y en el Tesoro hay más conserjes que ejecutivos de comercio. Ni siquiera sé *por dónde* comenzar semejante tarea —dijo Winston—. Ryan pensó que era uno de los pocos que apoyarían su sueño.

—Creo que es más duro de lo que usted piensa. Los que trabajan no quieren ser jefes. Quieren trabajar. Cathy podría haber sido administradora. Le ofrecieron el puesto en la Facultad de Medicina de la Universidad de Virginia... y hubiera ganado muchísimo dinero. Pero también hubiera reducido a la mitad el tiempo que pasaba con los pacientes y a ella le gusta hacer lo que hace. Algún día Bernie Katz se retirará de Hopkins y le ofrecerán su puesto a Cathy... y ella rechazará el ofrecimiento. Probablemente —pensó Jack—. A menos que logre convencerla de lo contrario.

—Es imposible hacerlo, Jack —TRADER negó rotundamente con la cabeza—. Aunque la idea es brillante.

—Hace más de cien años Grover Cleveland reformó el Servicio Civil —le recordó POTUS a su compañero de desayuno. Sé que no podemos lograr la perfección del sistema, pero al menos podríamos mejorarlo. Usted ya lo está intentando... acaba de decírmelo. Piénselo un poco.

—Lo pensaré —prometió Winston, poniéndose de pie—. Pero por ahora debo fomentar otra revolución. ¿Cuántos enemigos estamos en condiciones de soportar?

—Siempre hay enemigos, George. Hasta Jesús tuvo enemigos.

Le gustaba el apodo “Estrella de Cine” y desde hacía quince años había aprendido a sacarle provecho. Su misión era de reconocimiento y su arma era el encanto. Contaba con gran variedad de acentos en su repertorio. Como tenía pasaporte alemán imitaba el acento de un nativo de Frankfurt y llevaba un atuendo típicamente germano de los zapatos a la billetera, todo comprado con el dinero del nuevo sponsor de Ali Badrayn. La empresa de alquiler de autos lo había provisto de una excelente batería de mapas, ahora desplegados en el asiento del acompañante. Eso le ahorra memorizar todas las rutas, actividad agotadora y tendiente a desperdiciar su tiempo y su memoria fotográfica.

El primer destino fue la St. Mary’s School, en las afueras de Annapolis. Era una escuela religiosa, católica apostólica romana, a la que asistían casi seiscientos alumnos. Esa cifra la convertía en un caso límite en términos económicos. Había un solo camino de acceso. El terreno de la escuela terminaba en el agua y había un río cerca, pasando los campos de deportes. A un costado del camino había casas, producto de un plan residencial que databa de treinta años atrás. La escuela tenía once edificios, algunos agrupados, otros no. Estrella de Cine conocía las edades de los blancos y a partir de ese dato era fácil imaginar en cuáles edificios pasarían la mayor parte del tiempo. El entorno táctico no era favorable. La escuela tenía muchísimo terreno —por lo menos

doscientas hectáreas, con un perímetro de defensa de dimensiones considerables y difícil de penetrar. Identificó un total de tres vehículos grandes y oscuros, Chevy Suburbans, obviamente utilizados para transportar a los blancos y sus custodios. ¿Cuántos serían? Vio dos personas afuera, pero en cada vehículo había lugar por lo menos para cuatro. Los vehículos podían estar blindados y equipados con armas pesadas. Casi un kilómetro los separaba del camino principal. ¿Y el agua?, pensó Estrella de Cine, yendo hacia el fondo del predio. Ah. Había una lancha guardacostas, pequeña pero seguramente equipada con radio, lo que la volvía extraordinariamente grande.

Detuvo el automóvil al final del camino y bajó para echar un vistazo a una casa en venta. Sacó el diario y verificó ostentosamente el número de la puerta con el aviso clasificado. Se acercó un poco más. Debía actuar rápido. Los guardias estarían alerta y aunque no podían chequear todo —hasta el Servicio Secreto de Estados Unidos tenía límites de tiempo y recursos— no podía permitirse el menor riesgo. Sus primeras impresiones no eran para nada favorables. El acceso era limitado. Había demasiados alumnos... sería difícil no equivocarse de chicos. Los guardias eran numerosos y estaban dispersos. Ésa era la parte mala. Los números importaban menos que el espacio físico. El estilo de defensa más difícil de quebrar era la defensa en profundidad, porque la profundidad abarca espacio y tiempo. Se puede neutralizar cierta cantidad de gente en cuestión de segundos si están próximos y se cuenta con las armas adecuadas. Pero si se les da apenas cinco segundos podrán resistirse. Los guardias seguramente estarían muy bien entrenados. Tendrían planes de defensa, algunos predecibles, otros no. Por ejemplo, esa lancha guardacostas podía avanzar sobre la orilla y liberar a los blancos. O bien los guardias podían retirarse con los blancos a un sitio aislado y pelear desde allí. Estrella de Cine no se hacía ilusiones sobre el entrenamiento y la dedicación de esos malditos. Eran capaces de ganar en menos de quince minutos. Pedirían ayuda a la policía local —que hasta tenía helicópteros, según había podido comprobar— y los atacantes serían reducidos. No, no era un sitio favorable. Arrojó el diario al asiento trasero y se alejó. Al salir, buscó vehículos encubiertos. Había varias camionetas estacionadas en calles laterales, pero no tenían vidrios polarizados. Confirmó su primera impresión. Ése no era el lugar adecuado. Sería mejor secuestrarlos en el camino. Pero no mucho mejor. Probablemente estarían muy protegidos. Paneles Kevlar. Ventanas blindadas. Neumáticos especiales. Y helicópteros, claro está. No se molestó en contar los vehículos no identificados ni el rápido acceso a refuerzos policiales suplementarios.

Okay, pensó Estrella de Cine, usando un americanismo universalmente aprobado. El próximo paso sería el Giant Steps Day Care Center, en la Autopista Ritchie sobre Joyce Lane. Allí sólo había un blanco, aunque mejor y, probablemente, un entorno táctico más favorable.

Hacia más de veinte años que Winston estaba en el negocio de

venderse a sí mismo y a sus ideas. Eso le había otorgado cierto sentido de la teatralidad. Mejor aún, el pánico escénico iba en ambas direcciones. Solamente uno de los senadores del comité tenía experiencia previa y estaba en el partido minoritario... la polaridad del Senado había cambiado después de la tragedia del 747, cambio que le resultaba ideológicamente favorable. Los hombres y mujeres sentados detrás de los macizos tableros de roble estaban tan nerviosos como él. Mientras se sentaba y acomodaba sus papeles, un total de seis personas apilaba enormes volúmenes en la mesa vecina. Winston los ignoró. Las cámaras de televisión no.

Las cosas mejoraron enseguida. Mientras Winston conversaba con Mark Gant la sobrecargada mesa cedió, se partió en dos y la pila de libros se desparramó por el suelo ante el suspiro colectivo de todos los presentes. Winston miró el desparramo, entre azorado y complacido. Sus asistentes hicieron exactamente lo que les había pedido: apilar los pesados volúmenes del Código Impositivo de Estados Unidos justo en el centro de la mesa en vez de distribuir el peso adecuadamente.

—Ah, mierda, George —murmuró Gant, luchando para no reírse.

—Tal vez Dios esté realmente de nuestro lado. —Se estiró para ver si alguien había resultado lastimado. Nadie. El primer gemido de protesta del roble había hecho retroceder a todos. Los guardias de seguridad ingresaron, veloces como flechas, sólo para comprobar que no había pasado nada. Winston se acercó al micrófono.

—Señor presidente del Senado, pido disculpas por el incidente. Gracias a Dios, nadie salió lastimado. ¿Podemos comenzar para evitar mayores demoras?

El presidente del Senado pidió orden en la sala sin apartar los ojos del desastre. Un minuto después, George Winston prestó juramento.

—¿Ha preparado un discurso de presentación, señor Winston?

—Sí, señor. —El secretario del Tesoro esbozó una sonrisa.— Supongo que debo pedir disculpas a los miembros del comité por nuestro pequeño accidente. Mandé traer esos volúmenes para ilustrar uno de los temas que quiero tratar pero... bueno... —Reacomodó sus papeles y se irguió en la silla.

—Señor presidente, señores miembros del comité, mi nombre es George Winston. El presidente Ryan me ha pedido que abandone momentáneamente mis negocios para servir a mi país como secretario del Tesoro. Permítanme contarles algunas cosas sobre mi persona...

—¿Qué sabemos de él? —preguntó Kealty.

—Mucho. Es inteligente. Es duro. Es absolutamente honesto. Y es más rico que Dios Padre. —*Incluso más rico que tú*, pero el asesor no se atrevió a decirlo.

—¿Alguna vez fue investigado?

—Jamás. —Su jefe de staff negó con la cabeza.— Tal vez haya patinado sobre una capa de hielo muy delgada pero... no, Ed, ni siquiera

ra eso. Winston juega de acuerdo a las reglas. Su grupo inversionista es tenido en alta estima por su desempeño e integridad. Hace ocho años tuvo un empleado deshonesto y testificó personalmente contra él en la corte. También pagó de su propio bolsillo las trapisondas de aquel individuo. *De su propio bolsillo*, oíste bien. Cuarenta millones de dólares. El estafador había trabajado cinco años para él. Ryan eligió bien. No es político pero cuenta con el respeto de Wall Street.

—Carajo —musitó Kealty.

—Señor presidente del Senado, tenemos necesidad de hacer muchas cosas. —Winston puso a un costado su discurso de presentación y continuó improvisando. O al menos eso parecía. Señaló la pila de libros con la mano izquierda—. Fíjense en esa mesa rota. Ése es el código impositivo de Estados Unidos. Un principio legal establece que la ignorancia de la ley no puede utilizarse como defensa frente a un tribunal de justicia. Pero eso ya no tiene sentido. El Departamento del Tesoro y el Servicio de Rentas Públicas promulgan y hacen cumplir la ley impositiva de nuestro país. Como todos sabemos, esas leyes pasan por el Congreso, pero es mi departamento el que las propone y el Congreso eventualmente las modifica y aprueba. Luego las hacemos cumplir. En muchos casos la interpretación del código queda en manos de la gente que trabaja conmigo y, como todos sabemos, la interpretación puede ser tan importante como la ley misma. Tenemos tribunales impositivos para aplicaciones posteriores... pero siempre terminamos en esa pila de papel impreso —volvió a señalarla— y quiero que este comité tenga en cuenta que *nadie*, ni siquiera un experto, puede comprenderla en su totalidad.

"Hasta tenemos la absurda situación de que si un ciudadano lleva sus constancias de impuestos y formularios de pago a una dependencia del IRS —Servicio de Rentas Públicas— y pide asesoramiento a las personas encargadas de hacer cumplir la ley, y los empleados del IRS cometen un error, el *ciudadano* que acudió a su gobierno en busca de ayuda es responsable de los errores que comete el *gobierno*. Ahora bien, si yo aconsejo mal a uno de mis clientes debo hacerme responsable.

"El propósito de los impuestos es dar fondos al gobierno del país para que pueda servir mejor al pueblo. Pero para recaudarlos hemos creado toda una industria que cuesta billones de dólares a la gente. ¿Por qué? Para explicar un código impositivo que cada año se vuelve más complejo, un código que los mismos que deben garantizar su cumplimiento no comprenden y de cuyas implicancias no pueden hacerse responsables. Supongo que conocen, o deberían conocer —de hecho no sabían— la cantidad de dinero que destinamos a *hacer cumplir* el código impositivo... mediante procedimientos bastante improductivos por otra parte. Se supone que trabajamos para beneficio de la gente, no para confundirla.

"Y por eso, señor presidente del Senado, espero poder lograr algunas cosas durante mi permanencia en el Tesoro, si el comité considera adecuado confirmar mi nominación. Primero, quiero que se vuelva a redactar el código impositivo de manera que cualquier per-

sona normal pueda entenderlo. Quiero que el código impositivo tenga sentido. No quiero un código con términos farragosos. Quiero que las mismas reglas se apliquen a todos equitativamente. Estoy preparado para presentar una propuesta al respecto. Quiero trabajar con el comité que lo legislará. Quiero trabajar con ustedes, damas y caballeros. No permitiré que ninguna clase de corporación o grupo de lobbystas entre a mi despacho para opinar sobre el tema... y aquí y ahora los exhorto a hacer otro tanto. Señor presidente del Senado, si empezamos a hablar con cada Tom, Dick o Harry que tiene una pequeña sugerencia para hacernos, sugerencia que generalmente implica ocuparse de un grupo especial con necesidades especiales... ¡terminaremos en eso que está allí! —Volvió a señalar la pesada pila de papeles y la mesa rota—. Todos somos norteamericanos. Se supone que debemos trabajar juntos y sabemos que, a largo plazo, la promulgación de leyes impositivas favorables a los lobbystas con clientela propia da por resultado que todos debemos *pagar más*. No se supone que las leyes de nuestro país sean un programa laboral para contadores y abogados del sector privado y burócratas del sector público. Las leyes que ustedes promulgan y que personas como yo debemos hacer cumplir están destinadas a atender las necesidades de los ciudadanos, no las del gobierno.

”En segundo lugar, quiero que mi departamento sea eficiente. *Eficiencia* es una palabra que los funcionarios de gobierno no saben deletrear y mucho menos implementar. Eso debe cambiar. Bueno, no puedo cambiar toda esta ciudad pero sí puedo cambiar el departamento que el presidente me ha confiado y que ustedes, espero, confirmarán. Sé cómo manejar un negocio. El Grupo Columbus sirve literalmente a millones de personas, directa e indirectamente, y siempre he llevado esa carga con orgullo. En los próximos meses les remitiré un presupuesto para el Departamento del Tesoro sin *un solo* gasto extraordinario. —Era una exageración considerable y no obstante causó buena impresión.— Esta sala ya ha sido testigo de discursos similares y no los culparé si toman con pinzas mis palabras. Pero soy un hombre acostumbrado a respaldar mis palabras con hechos, y eso es lo que me propongo hacer aquí.

”El presidente Ryan tuvo que gritar para conseguir que me mudara a Washington. *No me gusta* estar aquí, señor presidente del Senado —aseguró Winston al comité. Era obvio que ya los tenía en sus manos—. Quiero hacer mi trabajo e irme. Si me lo permiten, lo haré. Con eso termina mi discurso de presentación.

Los más experimentados de la sala eran los periodistas de la segunda fila... en la primera estaban la esposa y los hijos de Winston. Los periodistas sabían cómo se hacían y cómo se decían las cosas. Se suponía que un funcionario de gabinete debía cantar los sobre el honor de servir a la nación, sobre la alegría de que le confiaran el poder, y sobre la responsabilidad que pronto pesaría sobre sus hombros.

¿No me gusta estar aquí? Los periodistas dejaron de tomar notas

y levantaron la vista. Primero miraron a los senadores, luego se miraron unos a otros.

A Estrella de Cine le gustaba lo que veía. Aunque el peligro era mayor para él, el riesgo estaba equilibrado. Había una autopista con cuatro carriles a pocos metros del objetivo, que a su vez llevaba a una red infinita de caminos laterales. Lo mejor era que se podía ver casi todo. Exactamente detrás del objetivo había un bosque lo suficientemente espeso para impedir la entrada de un vehículo de apoyo. No obstante tenía que haber uno. ¿Dónde podría estar...? Mmm, allí, pensó. Había una casa lo bastante cerca con un garaje orientado a la guardería y... sí. Había dos vehículos estacionados frente a la casa... ¿por qué no adentro? Probablemente el Servicio Secreto habría hecho un arreglo con los propietarios. Era ideal, a cincuenta metros de la escuela, orientada en la dirección correcta. Si pasaba algo inesperado se daría la alarma, los agentes ocuparían sus puestos, las puertas del garaje se abrirían y el vehículo de apoyo saldría a toda velocidad y con la potencia de un tanque... salvo que no era un tanque.

El problema con la seguridad en casos como ése era formular la estrategia teniendo en cuenta que, a pesar de su descontada inteligencia, los miembros del Servicio Secreto debían atenerse a parámetros a la vez conocidos y predecibles. Miró el reloj. ¿Cómo confirmar sus sospechas? Para empezar, necesitaba unos minutos extra. Justo enfrente del Giant Steps había una tienda. Tendría que chequearla porque seguramente el enemigo tendría allí una persona, si no más. Estacionó el auto, entró a la tienda y pasó uno o dos minutos merodeando entre las góndolas.

—¿En qué puedo servirlo? —preguntó una voz. Sexo femenino, veinticinco años... No, era mayor, aunque trataba de parecer más joven. Eso se lograba con un buen corte de pelo y un poco de maquillaje, pensó Estrella de Cine. Él también usaba detectives femeninos y siempre les ordenaba rejuvenecerse. La gente joven siempre parece menos amenazante, especialmente las mujeres. Se acercó al mostrador con una sonrisa entre confundida y avergonzada.

—Estoy buscando mapas de este distrito —dijo.

—Están aquí abajo —la empleada señaló los mapas con una sonrisa. Perteneecía al Servicio Secreto. Su mirada era demasiado vivaz para un puesto tan mediocre.

—*Ach* —dijo con disgusto, seleccionando una gran guía de mapas con todas las calles residenciales del distrito... o condado, como lo llamaban en Estados Unidos. Hojeó varias páginas con un ojo puesto en la calle. Estaban llevando a los niños al patio de juegos. Los acompañaban cuatro adultos. Lo normal hubieran sido dos. Entonces, por lo menos dos... tres, había un hombre inmóvil y en sombras. Un hombre alto y corpulento, vestido con ropa informal. Sí, el patio de juegos daba al garaje de la casa. Los custodios *tenían* que estar allí. No sería fácil,

precisamente... pero al menos *sabría* dónde estaba el enemigo. ¿Cuánto cuesta esta guía?

—El precio está impreso en la tapa.

—*Ach, ja*, discúlpeme. —Buscó en su bolsillo—. Cinco dólares con noventa y cinco centavos —murmuró, buscando el cambio.

—Más impuestos. —Calculó el impuesto en la registradora.— ¿Es nuevo en la zona?

—Sí. Soy maestro.

—Ah, ¿y qué enseña?

—Alemán —replicó, tomando el cambio y contándolo—. Quiero ver cómo son las casas de esta zona. Gracias por los mapas. Tengo mucho que hacer. —Dio por finalizado el encuentro con una europea inclinación de cabeza y salió sin mirar atrás. Sintió un repentino escalofrío. La empleada era definitivamente policía. En ese mismo momento lo estaría vigilando. Probablemente tomaría su número de chapa. Si lo hacía, el Servicio Secreto se enteraría de que su nombre era Dieter Kolb, ciudadano alemán de Frankfurt, profesor de inglés, corrientemente fuera de su país. Se dirigió a la Autopista Ritchie y giró a la derecha a la primera oportunidad. En una colina cercana había una escuela pública con estacionamiento propio.

Sólo era cuestión de encontrar el lugar apropiado. Los bosques cercanos pronto florecerían con el advenimiento de la primavera, bloqueando el acceso visual al Giant Steps. En la parte trasera de la casa en cuyo garaje probablemente guardaban el Chevy Suburban de apoyo había sólo un par de ventanas orientadas en esa dirección, y ambas tenían cortinas. Estrella de Cine/Kolb recorrió el área con sus poderosos binoculares. No fue fácil con todos esos troncos de árboles que lo separaban del objetivo, pero pudo afirmar que, a pesar de su descontada escrupulosidad, la gente del Servicio Secreto norteamericano no era perfecta. Más específicamente, el Giant Steps no era lugar adecuado para una criatura tan importante... aunque no era para asombrarse. La familia Ryan había enviado allí a todos sus hijos. Probablemente los maestros fueran excelentes. Probablemente Ryan y su esposa médica los conocieran y frecuentaran. Las noticias de diarios que había copiado por Internet destacaban el hecho de que los Ryan querían mantener intacta su vida familiar. Muy humano de su parte. Y muy estúpido.

Observó los movimientos de los niños en el patio de juegos. Parecía estar cubierto de virutas. Qué natural era todo, los más pequeños enfundados en abultadas ropas de invierno —la temperatura era de once o doce grados, estimó— y corriendo por todas partes, algunos en los toboganes, otros en las hamacas, otros jugando en la poca tierra que podían encontrar entre las virutas. El tipo de ropa le indicó que se trataba de niños bien cuidados. Después de todo, eran sólo niños. Excepto una. Desde esa distancia no podía distinguir cuál —cuando llegara el momento utilizarían fotos para identificarla—, pero esa no era en absoluto una simple niña. Ésa equivalía a la declaración política que alguien formularía. A Estrella de Cine no le importaba saber quién formularía esa declaración. Tampoco le interesaba conocer sus

motivos. Permanecería en su puesto varias horas sin pensar en el resultado final de sus actividades. O tal vez. Le importaba un bledo. Escribiría sus notas de memoria, dibujaría sus mapas y diagramas detallados y se olvidaría de todo. “Kolb” estaba a años luz de preocuparse. Lo que había comenzado como fervor religioso por la Guerra Santa para la liberación de su pueblo, con el paso del tiempo se había transformado en un trabajo muy bien pago. Si sucedía algo políticamente beneficioso para su pueblo, tanto mejor. Pero, a pesar de todos los sueños y esperanzas y discursos feroces, nunca pasaba nada, y lo único que lo sostenía era su trabajo y su capacidad para llevarlo a cabo. Qué raro que las cosas ocurrieran de esa manera, pensó Estrella de Cine, pero los más apasionados habían muerto, víctimas de su propia dedicación. Sonrió con ironía. Los verdaderos creyentes se habían quemado en su pasión y los que sostenían la esperanza de su pueblo eran los mismos que... ¿ya no le importaba nada? ¿En serio?

—Mucha gente objetará la naturaleza del plan impositivo que propone. Para ser realmente justo, un plan debe ser progresivo —prosiguió el senador. Predeciblemente era uno de los sobrevivientes, no uno de los recién llegados—. ¿No le parece que sería una pesada carga para los trabajadores norteamericanos?

—Senador, entiendo lo que quiere decir —replicó Winston después de beber un sorbo de agua—. ¿Pero a quiénes alude cuando habla de “trabajadores” norteamericanos? Yo trabajo. Levanté mi negocio de la nada y, créame, eso es trabajar. La primera dama, Cathy Ryan, gana alrededor de cuatrocientos mil dólares anuales... mucho más que su marido, debo agregar. ¿Eso significa que no trabaja? Yo creo que sí. Es cirujana. Tengo un hermano médico y sé cuántas horas trabaja. Es cierto que esas dos personas ganan más que el norteamericano promedio, pero el mercado decidió hace tiempo que el trabajo que realizan vale más que el de otra gente. Un obrero o un abogado no pueden ayudarme si estoy a punto de quedarme ciego. Un médico sí. Eso no significa que el médico *no trabaje*, senador. Significa que su trabajo requiere mayores calificaciones y más tiempo de preparación. Y, debido a eso, el trabajo es posteriormente mejor recompensado. ¿Qué podemos decir de un jugador de baseball? Es otra categoría de trabajo calificado y nadie en esta sala objetaría el sueldo de Ken Griffey Jr., por ejemplo. ¿Por qué? Porque es un jugador soberbio, uno de los cuatro o cinco mejores del mundo, y por eso es recompensado. Otra vez, por decisión del mercado.

”En un sentido más amplio, hablando como ciudadano y no como secretario designado, objeto fuertemente la dicotomía artificial y esencialmente falsa que establecen algunos políticos entre trabajadores “de cuello azul” y “de cuello blanco”. La única manera de ganarse con honestidad la vida en este país es proveer un producto o un servicio al público y, generalizando, cuanto más duramente se trabaja, más dinero se gana. Pero algunas personas tienen más capacidad que otras. Creo que en el único lugar donde se pueden encontrar ricos ociosos en

Estados Unidos es en las películas de Hollywood. Si tuviera la oportunidad de hacerlo, ¿quién de ustedes no cambiaría instantáneamente de lugar con Ken Griffey o Jack Niklaus? ¿Acaso todos no soñamos con ser *tan* buenos en algo? Yo sí —admitió Winston—. Pero soy incapaz de lanzar tan lejos la pelota.

”De acuerdo, ¿qué podemos decir de un talentoso ingeniero de software? Tampoco puedo hacer lo que él hace. ¿Y un inventor? ¿Y un ejecutivo que transforma una empresa al borde de la quiebra en una máquina de hacer dinero? ¿Recuerdan lo que decía Samuel Gompers? El peor fracaso de un capitán de la industria es no poder mostrar sus ganancias. ¿Por qué? Porque una empresa que da ganancias es una empresa que hace bien su trabajo, y solamente esa clase de empresa puede recompensar apropiadamente a sus trabajadores y al mismo tiempo dar dinero a sus accionistas... No olvidemos que los accionistas son los que invierten *su* dinero en la *empresa* que genera *empleos* para los *trabajadores*.

”Senador, hemos olvidado por qué estamos aquí y qué intentamos hacer. El gobierno no ofrece trabajos productivos. No se supone que debamos hacerlo. General Motors y Boeing y Microsoft son las empresas que emplean trabajadores para producir lo que la gente necesita. El trabajo del gobierno es proteger a la gente, hacer cumplir la ley y asegurarse de que la gente juegue según las reglas, como los árbitros deportivos. Creo que no es nuestro trabajo castigar a los buenos jugadores.

”Recaudamos impuestos para que el gobierno pueda ejercer sus funciones. Pero lo hemos olvidado. Podríamos recaudar impuestos dañando mínimamente el conjunto de la economía. Por su naturaleza los impuestos son una influencia negativa y no podemos pasarlo por alto ni evitarlo, pero sí podemos estructurar el sistema impositivo de la manera más inofensiva posible. Y tal vez eso estimule a la gente a usar su dinero de manera tal que estimule el funcionamiento del sistema en su totalidad.”

—Sé lo que va a decirnos. Sé que propondrá reducir los impuestos a las ganancias, pero eso beneficia sólo a unos pocos al costo de...

—Senador, discúlpeme por interrumpir, pero eso no es verdad y usted sabe que no es verdad —le espetó Winston con brusquedad—. Reducir el impuesto a las ganancias significa lo siguiente: estimula a la gente a invertir su dinero... no, permítame explayarme un poco.

”Digamos que yo gano mil dólares. Pago impuestos por esa cantidad, pago mi hipoteca, pago lo que como, pago el auto... e invierto lo que me sobra en la Empresa de Computación XYZ. XYZ acepta mi dinero y contrata a alguien. Esa persona hace su trabajo como yo hago el mío y a partir de su trabajo —convengamos en que fabrica un producto que la gente aprueba y adquiere— la empresa genera una ganancia que obviamente comparte conmigo. *Ese* dinero paga impuestos como ingreso regular. Entonces vendo mis acciones e invierto en otra empresa, para que esa otra empresa pueda contratar a alguien. El dinero obtenido por la venta de las acciones paga impuesto a las ganancias. La gente ya no guarda el dinero debajo del colchón —les

recordó— y no queremos que vuelva a hacerlo. Queremos que inviertan en Estados Unidos, es decir en sus compatriotas.

”Ahora bien, yo ya pagué impuestos sobre el dinero que invertí, ¿correcto? Bueno, además colaboré para que un compatriota tenga trabajo. Ese trabajo sirve al bien público. Y por *ayudar* a que alguien consiga trabajo, y por *ayudar* a que ese trabajador beneficie al público, recibí una modesta retribución. Eso es bueno para el trabajador y para el público. Entonces decido hacer lo mismo en otro lugar. ¿Por qué castigarme? ¿No tiene más sentido estimular a la gente a hacer otro tanto? Además, no olviden que ese dinero invertido ya pagó impuestos una vez... y más de una vez en la práctica.

”Eso no es bueno para el país. De por sí es malo que obliguemos a la gente a pagar tanto dinero, pero nuestra manera de hacerlo es absolutamente contraproducente. ¿Por qué estamos aquí, senador? Se supone que para *ayudar* a mejorar las cosas, no para molestar. Pero permítame recordarle que el resultado de nuestros esfuerzos es un sistema impositivo tan complicado que necesitamos recaudar billones de dólares para administrarlo... dinero absolutamente *desperdiciado* que va a llenar las arcas de contadores y abogados que se ganan la vida gracias a algo que el público no puede comprender —concluyó el secretario del Tesoro.

”Estados Unidos no peca de envidia. En Estados Unidos no hay rivalidad de clases. En Estados Unidos *no tenemos* un sistema de clases. Nadie les dice a los ciudadanos norteamericanos qué pueden o no pueden hacer. El origen no importa demasiado. Observemos a los miembros de este mismo comité. Hijo de granjero, hijo de maestro, hijo de camionero, hijo de abogado, y usted, senador Nikolides, hijo de inmigrante. Si la nuestra fuera una sociedad definida por clases, ¿cómo habrían llegado ustedes aquí? —preguntó. El que lo cuestionaba era un político profesional, hijo de otro, por no decir que era un arrogante hijo de puta, pensó Winston, y no fue clasificado. Todos los que señaló titubearon un poco al ser individualizados por las cámaras—. Caballeros, intentemos que a la gente le resulte fácil hacer lo que todos nosotros hemos hecho. Si para eso necesitamos modificar el sistema, modifiquémoslo de manera tal que estimule la ayuda mutua entre nuestros compatriotas. El único problema estructural económico de Estados Unidos es que no genera tantas oportunidades como debería y ciertamente podría generar. El sistema no es perfecto. Bueno, tratemos de perfeccionarlo. Para eso estamos aquí.”

—Pero el sistema debe exigir que cada uno pague equitativamente lo que le corresponde —dijo el senador, intentando recuperar terreno.

—¿Qué significa “equitativamente”? Según el diccionario, significa que todos deben hacer más o menos lo mismo. El diez por ciento de un millón de dólares sigue siendo diez veces más que el diez por ciento de cien mil dólares y veinte veces más que el diez por ciento de cincuenta mil. Pero, para el código impositivo el término “equitativamente” ha llegado a significar que nosotros le sacamos todo el dinero que podemos a las personas exitosas y luego lo repartimos ddivo-

samente... y, ah, a propósito, esas personas ricas y exitosas contratan abogados y lobbyists que hablan con los políticos y obtienen para ellas un millón de excepciones especiales dentro del sistema para no quedar totalmente *arruinadas* —jamás quedarán en la ruina, y todos lo sabemos— y entonces... ¿dónde terminamos? —Señaló por enésima vez la pila de libros. Terminamos con un programa laboral para burócratas, contadores, abogados y lobbyists y sencillamente nos olvidamos de los ciudadanos que pagan impuestos. *No nos importa* que esos ciudadanos no puedan entender el sistema que supuestamente debe estar a su servicio. No se supone que deba ser así —Winston se acercó al micrófono. Les diré qué significa, a mi criterio, “equitativamente”. Creo que significa que todos debemos llevar la misma carga en la misma proporción. Creo que significa que el sistema no sólo debe permitirnos sino estimularnos a participar en la economía. Creo que significa que debemos promulgar leyes simples y comprensibles para que la gente sepa dónde está parada. Creo que “equitativamente” significa que hay un campo de juego donde todos juegan según las mismas reglas y Ken Griffith no es castigado por destacarse. Admiramos a Griffith. Tratamos de emularlo. Queremos que haya más como él. Y no le obstaculizamos el camino.

—¿Los hará probar la torta? —preguntó el jefe de staff.

—No podemos decir que sean salchichas, ¿no? —retrucó Kealty. Esbozó una ancha sonrisa—. Por fin.

—Por fin —acotó otro de sus asistentes.

Todos los resultados eran equívocos. El polígrafo del FBI había trabajado toda la mañana y todas las huellas que aparecían sobre el papel eran dudosas. Era inevitable. Le dijeron que la sesión había durado toda la noche, dando a entender que se trataba de algo importante que no podían comentar. Era obvio que aludían a la situación Irán/Irak. Podía ver la CNN igual que cualquier hijo de vecino. Los hombres que había interrogado estaban cansados e irritables. Algunos hasta habían fallado al decir sus nombres y sus puestos específicos. Y todo había sido inútil. Probablemente.

—¿Aprobé? —preguntó Rutledge, sacándose el brazalete presurizado como un experto en esas lides.

—Bueno, seguramente ya le habrán dicho...

—Que no es un proceso de examen donde se aprueba o se fracasa —explicó con renovado cansancio el subsecretario de Estado—. Sí, dígaselo a alguien que haya perdido sus privilegios de seguridad gracias a estas pruebas. Odio estas malditas cosas. Siempre las odié.

Era como ser dentista, pensaba el agente del FBI. Aunque era uno de los mejores en ese particularísimo arte, ese día no había sacado nada en limpio de la investigación.

—La sesión que tuvieron anoche...

Rutledge lo detuvo en seco.

—Lo siento, no puedo hablar de ese tema.

—No, sólo quiero saber... ¿esas cosas son normales aquí?

—Por un tiempo lo serán, probablemente. Mire, seguramente se dará cuenta de qué se trata. —El agente asintió y el subsecretario hizo otro tanto.— Bueno. Entonces sabrá que se trata de algo importantísimo y que vamos a pasar muchas noches en vela. Nosotros, especialmente. Lo que equivale a litros de café, largas horas y mal carácter. —Miró su reloj.— Mi grupo de trabajo se reúne dentro de diez minutos. ¿Necesita algo más?

—No, señor.

—Gracias por estos noventa minutos de diversión —le espetó Rutledge, yendo hacia la puerta. Era tan fácil. Sólo había que saber cómo funcionaban las cosas. Querían sujetos relajados y pacíficos para obtener los resultados adecuados... el polígrafo medía la tensión provocada por preguntas difíciles o malintencionadas. Eso les ponía los pelos de punta a todos. Era muy sencillo. Y los iraníes estaban haciendo de las suyas. Lo único que tenía que hacer era agitar un poco las llamas. Sonrió complacido y entró al lavatorio para refrescarse.

Allí. Estrella de Cine miró su reloj y tomó nota mentalmente. Dos hombres salieron de la residencia privada. Uno de ellos se volvió para decir algo mientras cerraba la puerta. Caminaron hasta el estacionamiento del Giant Steps observándolo todo con la agudeza propia de los uniformados. El Chevy Suburban emergió del garaje privado. Buen escondite, aunque demasiado obvio para un observador avezado. Dos niñas salieron juntas, una de la mano de una mujer y la otra de la mano de un hombre... sí, el mismo que vigilaba desde las sombras cuando salieron al patio de juegos. Un hombre corpulento, realmente formidable. Dos mujeres, una adelante, otra atrás. Todos alerta y mirando en todas direcciones. Llevaron a las niñas a un automóvil común. El Suburban se detuvo a la entrada del camino y los otros vehículos lo siguieron hasta la autopista. Un automóvil policial los seguía a quince segundos de distancia.

Sería difícil, pero no imposible. La misión tenía varios resultados posibles, todos aceptables para sus patronos. Qué bueno que no sintiera debilidad por los niños. Ya había participado en esa clase de misiones. Simplemente no había que pensar que eran niños. Lo que ese hombre formidable llevaba de la mano era lo que había pensado antes: la declaración política de alguien. Alá no lo aprobaría. Estrella de Cine lo sabía. No había religión en el mundo que admitiera lastimar a un niño. Pero las religiones no eran instrumentos del Estado, independientemente de lo que creyera el superior de Badrayn. Las religiones pertenecían a un mundo ideal, y el mundo no era ideal. Y por eso estaba permitido valerse de métodos inusuales para alcanzar objetivos religiosos, y eso significaba... algo en lo que sencillamente no quería pensar. Su trabajo era ver qué se podía hacer, con o sin reglas, y Estrella de Cine no era en absoluto mojigato al respecto. Probablemente por eso seguía vivo mientras otros habían muerto... Y, si cumplía su misión con eficiencia, evitaría otras muertes.

...pero un sollozo

A los políticos no les gustan las sorpresas. De hecho, muchos de ellos disfrutaban sorprendiendo a los demás... en especial a otros políticos, por lo general en público, con todo el cuidado y la astucia de una emboscada en la jungla. Simplemente, así funcionan las estrategias y argucias políticas... en países donde la política es un asunto civilizado.

Pero las cosas no habían llegado tan lejos en Turkmenistán. El premier —tenía una amplia variedad de títulos para elegir y le gustaba más “premier” que “presidente”— disfrutaba todos los aspectos de su vida y su cargo. Como caudillo del semidesaparecido Partido Comunista hubiera vivido con mayores restricciones personales y hubiera debido estar en el otro extremo de una línea telefónica directa a Moscú, como la carnada enganchada al anzuelo de la caña de pescar. Pero ahora no. Moscú ya no controlaba la caña y él se había convertido en un pez demasiado gordo. Era un sujeto vigoroso que orillaba los sesenta años al que le gustaba decir, bromeando, que pertenecía al pueblo. En este caso el “pueblo” había sido una atractiva amanuense de apenas veinte años que, después de una exquisita cena y un intervalo de danzas étnicas (era un excelente bailarín) lo había entretenido como sólo podía hacerlo una mujer joven. Y ahora regresaba a su residencia oficial bajo un cielo claro y colmado de estrellas, apoltronado en el asiento de su Mercedes negro, con la sonrisa saciada de un hombre que acababa de probar que lo era de la mejor manera posible. Tal vez propusiera un ascenso para la chica... dentro de unas semanas. El poder que ejercía era casi absoluto y lo complacía más de lo que podía expresar. Popular entre su pueblo por su calidad de líder común y sumamente terrenal, sabía cómo actuar, cómo sentarse con la gente, cómo apretar una mano o un hombro para demostrar que era uno de ellos, siempre frente a las cámaras televisivas. El antiguo régimen lo denominaba “culto a la personalidad”... y eso era, precisamente. De eso se trataba la política. Tenía una gran responsabilidad y cumplía con eficacia sus deberes... y a cambio recibía ciertos privilegios. Uno de ellos era ese maravilloso automóvil alemán —ingresarlo al país de contrabando había sido más una fanfarronada que un acto de corrupción— y otro era volver a su cama con una sonrisa satisfecha y un hondo suspiro. La vida era generosa. No sabía que le quedaban menos de sesenta segundos.

No se había molestado en llevar escolta policial. Su pueblo lo

amaba, estaba seguro, y además era tarde. Vio un patrullero en una intersección, con la sirena y las luces intermitentes encendidas, bloqueando el camino justo antes del cruce. Un policía alzó la mano mientras seguía hablando por radio, aparentemente sin prestarles atención. El premier se preguntó cuál sería el problema. Molesto, su chofer/guardaespalda aminoró la marcha y frenó exactamente en la intersección, asegurándose antes de tener la pistola a mano. Apenas el automóvil oficial se detuvo, ambos oyeron un ruido a la derecha. El premier miró en esa dirección y sólo tuvo tiempo de abrir aún más los ojos antes de que el camión Zil-157 lo embistiera a cuarenta kilómetros por hora. El paragolpes, alto y de estilo militar, se clavó justo debajo de la ventanilla, y el automóvil oficial fue arrojado diez metros a la izquierda, estrellándose contra la pared de piedra de un edificio oficial. El policía se acercó, acompañado por otros dos que salieron de las sombras. El chofer había muerto. Tenía el cuello roto. Los policías se dieron cuenta por el ángulo de la cabeza. Uno de ellos metió el brazo por la ventanilla destrozada y lo sacudió un poco para asegurarse. Pero, para sorpresa de todos, el premier todavía estaba vivo, gimiendo a pesar de sus heridas. Probablemente debido a la cantidad de alcohol ingerida, pensaron, su cuerpo se agitaba y temblaba. Bueno, eso sería fácil de arreglar. El policía más viejo fue al camión, abrió la caja de herramientas, tomó una barra de hierro, volvió y la estrelló contra la cabeza de su premier, justo encima de la oreja. Una vez concluida la tarea, le arrojó la herramienta al conductor del camión. El premier de Turkmenistán acababa de morir en un accidente automovilístico. Bueno, habría que llamar a elecciones, ¿no? Serían las primeras y tendría que ganarlas un líder que el pueblo conociera y respetara.

—Ha sido un largo día, senador —coincidió Tony Bretano—. Y podría agregar que ha sido un largo par de semanas para mí. Pero ya sabe, administrar es una tarea difícil y el Departamento de Defensa ha estado acéfalo demasiado tiempo. Me preocupa particularmente el sistema de procuración. Tarda demasiado y cuesta demasiado. El problema no es tanto la corrupción sino la voluntad de imponer un estándar tan exquisito que... bueno, para dar un ejemplo pedestre, si uno comprara comida de la misma manera que el DOD está obligado a comprar armas, moriría de hambre en el supermercado titubeando entre elegir peras Libby o DelMonte. La TWR es una empresa de construcción, muy buena en mi opinión. Jamás podría administrar mi empresa de esta manera. Mis accionistas me lincharían. Podemos hacerlo mejor y es mi intención demostrarlo.

—Señor secretario designado —preguntó el senador—, ¿cuánto más debe durar esto? Acabamos de ganar una guerra y...

—Senador, Estados Unidos tiene la mejor asistencia médica del mundo pero la gente sigue muriendo de cáncer y enfermedades cardiovasculares. Lo mejor no siempre es tan bueno como sería necesario, ¿no? Pero, volviendo a lo que nos atañe, podemos hacer mejor las cosas por menos dinero. No vengo a pedirles un aumento presupuesta-

rio. Los fondos para adquisiciones tendrán que ser más altos, sí. El entrenamiento también tendrá que aumentar. Pero el dinero que importa en Defensa se escapa en gastos personales, y ahí es donde podemos hacer una pequeña diferencia. Hay exceso de personal donde no debiera haberlo. Así se desperdicia el dinero de los contribuyentes. Yo lo sé. Yo pago muchos impuestos. En Defensa no usamos eficazmente a nuestro personal y no existe derroche más grande que ése, señor senador. Creo que estoy en condiciones de prometerle una reducción neta del dos o el tres por ciento. Tal vez más, si puedo meterme un poco en el sistema de adquisiciones. Para esto último necesitaré asistencia estatutaria. No hay por qué esperar entre ocho y doce años para lanzar un nuevo avión. Analizamos los proyectos hasta cansarnos. Alguna vez eso significó un importante ahorro de dinero, y tal vez fuera una buena idea, pero ahora gastamos más dinero en estudios que en producción. Ya es hora de dejar de inventar la rueda cada dos años. Nuestros ciudadanos trabajan para ganar el dinero que nosotros gastamos y, en mi opinión, es nuestro deber gastarlo con inteligencia.

”Más importante aún, cuando Estados Unidos manda a sus hijos e hijas a la guerra es fundamental que cuenten con las fuerzas mejor entrenadas, mejor respaldadas y mejor equipadas que podamos ofrecerles. El caso es que podemos hacerlo y al mismo tiempo ahorrar dinero. ¿Cómo? Haciendo que el sistema funcione con más eficiencia. —Lo bueno de esa nueva cosecha de senadores, reflexionó Bretano, era que no sabían cuándo algo era imposible. Un año antes no hubiera podido expresarse tan libremente. El concepto de eficiencia era ajeno a la mayoría de las dependencias gubernamentales, no porque hubiera algo malo en la gente sino porque nadie le había dicho jamás que mejorara. Eso ya era mucho decir para los que se encargaban de imprimir el dinero, sin olvidar la innegable obsesión por las tortas fritas y los bollos de crema típicas de todo funcionario público. Si el corazón de Estados Unidos hubiera sido el gobierno, la nación habría muerto de un síncope mucho tiempo atrás. Afortunadamente, el corazón de su país estaba en otra parte y sobrevivía a base de alimentos más saludables.”

—¿Pero para qué necesitamos tanta defensa en una época que...?

Bretano volvió a interrumpirlo. Era un hábito al que tendría que poner límites... pero esto era demasiado.

—Senador, ¿ha pasado últimamente por el edificio de aquí a la vuelta?

Fue gracioso ver cómo el senador echaba la cabeza hacia atrás, sorprendido con la guardia baja. El asistente sentado a la izquierda de Bretano también retrocedió abruptamente. Ese senador tenía voto tanto en el comité como en la cámara del Senado e indudablemente lo haría pesar en contra del secretario de Defensa. Pero su observación alertó al resto del comité. En su debido momento el presidente del Senado dio por terminada la sesión, estipulando que se votaría a la mañana siguiente. Los senadores ya habían dejado en claro cuál sería su voto al elogiar el discurso franco y positivo de Bretano y manifestar su deseo de trabajar con él con palabras casi tan ingenuas como las

suyas. Así terminaba el día en un lugar... mientras un nuevo día estaba por comenzar en otro.

Cuando llegó la resolución de la ONU el primer barco ya había zarpado rumbo al puerto iraquí de Bushire, donde fue descargado por las enormes estructuras con aspecto de lavarropas. De allí en más, todo marchó viento en popa. Por primera vez en muchos años, habría pan suficiente en la mesa del desayuno de cada ciudadano iraquí. Los noticieros televisivos de la mañana anunciaron la buena nueva —con las predecibles imágenes en vivo de panaderías barriales vendiendo sus hogazas a sonrientes y felices multitudes— y concluyeron la emisión diciendo que el nuevo gobierno revolucionario se reuniría para discutir otros asuntos de importancia nacional. Las emisiones fueron copiadas en PALM BOWL y STORM TRACK y posteriormente transmitidas a distintas agencias, pero la verdadera noticia del día provino de otra fuente.

Golovko se dijo que el premier turkomano bien podría haber muerto en un accidente. Sus tendencias personales eran conocidas por la RVS y los accidentes automovilísticos eran bastante habituales en todos los países del mundo. De hecho, la cantidad de accidentes automovilísticos en la Unión Soviética siempre había sido desproporcionada, especialmente en los casos asociados al exceso de bebida. Pero Golovko no era de los que creían en casualidades de ninguna clase, mucho menos cuando se producían en circunstancias inconvenientes para su país. De nada le había servido contar con recursos in situ para diagnosticar el problema. El premier estaba muerto. Habría elecciones. El probable ganador era obvio porque el político fallecido había sido maravillosamente eficaz en sofocar toda oposición política. Y también había unidades militares iraníes dispuestas a marchar hacia el oeste de su país. Dos jefes de Estado muertos en tan poco tiempo, dentro de un pequeño radio, ambos en países limítrofes con Irán... no, aunque hubiera sido de verdad una casualidad, jamás lo hubiera creído. Suspirando, Golovko cambió de sombrero —otra expresión occidental— y levantó el tubo del teléfono.

El USS *Pasadena* estaba posicionado entre dos grupos de acción de superficie de la República Popular China, separados aproximadamente por nueve millas de distancia. El submarino tenía una carga completa de armas de guerra y, a pesar de eso, su situación se asemejaba a la del único policía apostado en Times Square la noche de Año Nuevo. Portar un revólver cargado no servía de mucho en ciertos casos. Cada cinco minutos el submarino desplegaba su mástil ESM para captar señales electrónicas en la zona y mediante su equipo de sonar enviaba información a la partida de rastreo localizada en la retaguardia del centro de ataque. El mareante hizo descender el submarino a trescientos pies de profundidad y se tomó unos minutos para analizar el despliegue, que se había vuelto demasiado complejo para él.

Evidentemente se trataba de un ejercicio naval, pero la clase de ejercicio no era ... Por lo general los miembros de un grupo hacían el

papel de “buenos” contra los teóricamente “malos” del otro grupo y era fácil adivinar cuál era cuál por la disposición táctica de los barcos. Sin embargo, en vez de estar orientados uno hacia el otro, ambos grupos estaban orientados en dirección este. Eso se denominaba “axis de amenaza” y aludía a la dirección desde donde, supuestamente, vendría el ataque enemigo. Al este estaba la República de China, que comprendía principalmente la isla de Taiwan. El especialista en operaciones que supervisaba el despliegue estaba marcando la capa de acetato. La foto era clara y precisa.

—Timón, sonar.

—Timón, afirmativo —respondió el capitán, tomando el micrófono.

—Dos nuevos contactos, señor, designados como Sierra Veinte y Veintiuno. Aparentemente se trata de contactos sumergidos. Sierra Veinte, tres-dos, cinco, rumbo directo y suave... un momento... sí, parece un SSN clase Han, hay ruido de máquinas. Veintiuno, contacto sumergido, tres-tres-cero, aparentemente se trata de un Xia, señor.

—¿Un Xia en un ejercicio naval? —se maravilló el especialista.

—¿Son confiables las señales de Veintiuno?

—Están mejorando, señor —replicó el encargado del sonar. Toda la tripulación del sonar estaba en el compartimento, evaluando el centro de ataque en los mapas. El ruido de máquinas indica que se trata de un Xia, capitán. El Han maniobra en dirección sur, tres-dos-uno, a una velocidad de... digamos dieciocho nudos.

—¿Señor? —el especialista en operaciones hizo una evaluación teórica rápida. El SSN y el Xia estarían detrás del grupo norte de superficie.

—¿Algo más, sonar? —preguntó el capitán.

—Señor, la cantidad de rastros complica un poco las cosas.

—Dígamelo a mí —suspiró alguien desde la mesa de rastreo, haciendo otro cambio.

—¿Algo al este? —insistió el capitán.

—Al este tenemos seis contactos, señor, todos clasificados como tráfico comercial.

—Los tenemos a todos —confirmó el especialista en operaciones. Todavía no sabemos nada de la armada taiwanesa.

—Pronto cambiarán las cosas —pensó en voz alta el capitán.

El general Bondarenko tampoco creía en las casualidades. Más aún, la parte meridional del país otrora conocido como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas carecía de encanto para él. Su estadía en Afganistán y una frenética noche en Tajikistan podían dar testimonio de sus sentimientos. En abstracto le hubiera importado un bledo que la República Rusa se divorciara de las protonaciones musulmanas enquistadas en el límite sur de su país, pero el mundo real no era precisamente abstracto.

—Entonces, ¿qué cree que está pasando? —preguntó el teniente general.

—¿Conoce la situación de Irak?

—Sí, camarada.

—Entonces dígamelo usted, Gennady Iosefovich —ordenó Golovko.

Bondarenko se inclinó sobre el mapa y empezó a hablar, señalando con el dedo los sitios a que aludía.

—Me atrevería a decir que lo preocupa la posibilidad de que Irán tenga planes de convertirse en una superpotencia. Al unirse con Irak aumentará su riqueza petrolera en aproximadamente un cuarenta por ciento. Además, será limítrofe de Kuwait y el reino Saudita. La conquista de esas naciones duplicaría su riqueza... y podemos suponer que las naciones más pequeñas también caerán en sus garras. Las circunstancias objetivas son más que evidentes —prosiguió el general, con la voz calma que utilizan los militares para analizar posibles desastres. Irán e Irak unidos superarán en número a las poblaciones de otros estados por un considerable margen... ¿digamos cinco a uno, camarada? ¿Más? No recuerdo exactamente, pero la ventaja numérica es decisiva y posibilitaría la conquista lisa y llana o por lo menos una gran influencia en el orden político. Eso solo le daría a esta nueva República Islámica Unida un enorme poder económico y la capacidad de restringir a voluntad el suministro de energía a Europa Occidental y Asia.

—Sigamos con Turkmenistán. Si, como sospecha, no se trata de una casualidad, habríamos comprobado que Irán también desea moverse hacia el norte, tal vez para absorber Azerbaiján —marcó el recorrido en el mapa, Uzbekistán, Tajikistán y por lo menos parte de Kazajistán—. Con eso lograría triplicar su población, sumaría una importante base de recursos a la nueva República Islámica Unida y luego, me atrevo a suponer, se apoderaría de Afganistán y Pakistán. De ese modo tendríamos una nueva nación que se extendería del Mar Rojo a China y nuestro límite sur estaría absolutamente formado por naciones que nos son hostiles. —Levantó la vista del mapa.

—Esto es muchísimo peor de lo que esperaba, Sergey Nikolaevich —concluyó sombríamente—. Sabemos que China es nuestra gran amenaza al este. Este nuevo estado amenaza *nuestros* recursos petrolíferos transcaucásicos... y no estoy en condiciones de defender esa frontera. Dios mío, defenderse de Hitler fue un juego de niños comparado con esto.

Golovko estaba al otro lado del mapa. Había llamado a Bondarenko por una razón. La cúpula militar de su país estaba formada por remanentes de las viejas épocas. En cambio, Gennady Iosefovich pertenecía a la nueva camada, se había probado en el campo de batalla en la malograda guerra de Afganistán y era lo bastante viejo para saber qué era una batalla —perversamente, eso los convertía, a él y a sus pares, en superiores de aquellos que pronto deberían reemplazar— y lo bastante joven para no cargar con el bagaje ideológico de la generación anterior. Tampoco era un pesimista, sino un optimista dispuesto a aprender de Occidente, donde acababa de

pasar un mes con los distintos ejércitos de la OTAN, aprendiendo todo lo que podía... especialmente de los norteamericanos. Pero Bondarenko no apartaba los ojos del mapa, alarmado.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el general—. ¿Cuánto tardarán en establecer ese nuevo Estado?

Golovko se encogió de hombros.

—¿Cómo saberlo? —respondió—. Tres años, dos en el peor de los casos. Cinco en el mejor.

—Déme cinco años y la posibilidad de reconstruir el poder militar de nuestro país y podremos... probablemente... no. —Bondarenko negó con la cabeza, desalentado. —No puedo garantizar nada. El gobierno no me dará el dinero ni los recursos que necesito. No puedo. No tenemos suficiente dinero.

—¿Y entonces? —El general levantó la vista y clavó una mirada escrutadora en los ojos del director de la RVS.

—Y entonces preferiría ser oficial de operaciones del otro lado. En el este tenemos montañas para defendernos, y eso es bueno, pero sólo contamos con dos líneas ferroviarias para apoyo logístico, y eso ya no es *tan* bueno. ¿Y qué pasará en el centro si absorben todo el Kazakhstán? —Golpeó el mapa—. Estarían muy cerca de Moscú. ¿Y las posibles alianzas? ¿Con Ucrania tal vez? ¿Y qué me dice de Turquía? ¿Y Siria? Medio Oriente en pleno tendrá que buscar la manera de entenderse con ese nuevo Estado... y nosotros perdemos, camarada. Podríamos amenazarlos con nuestras armas nucleares... ¿pero de qué nos serviría? China puede darse el lujo de perder quinientos millones de ciudadanos y seguir superándonos en número. La economía china crece a paso agigantado y la nuestra permanece estancada. Pueden comprar armas a Occidente o, mejor aún, conseguir la licencia para fabricarlas. Por otra parte, sería peligroso que utilizáramos nuestras armas nucleares, tanto táctica como estratégicamente, por no mencionar las consecuencias políticas. Eso se lo dejo a usted. En cuanto a lo militar, nos superarán en número en todas las categorías relevantes. El enemigo será superior en términos de armas, hombres y localización geográfica. Y el hecho de que puedan cancelar el suministro de petróleo al resto del mundo limita enormemente nuestra esperanza de obtener ayuda extranjera... suponiendo, en primer lugar, que alguna nación occidental estuviera dispuesta a brindárnosla. Lo que acaba de mostrarme es la destrucción potencial de nuestro país. —Lo más perturbador de todo era que lo dijera con tanta calma. Bondarenko no era alarmista. Simplemente estaba presentando un hecho objetivo.

—¿Cómo podríamos evitarlo?

—No podemos permitirnos perder las repúblicas meridionales pero, a la vez, ¿cómo hacer para retenerlas? ¿Tomar el control de Turkmenistán? ¿Combatir la campaña guerrillera que resultaría de eso? Nuestro ejército no está en forma para esa clase de guerra... Ni siquiera para una sola, y sabemos que habría muchas más, ¿no? —El predecesor de Bondarenko había sido despedido por el fracaso del Ejército Rojo —el nombre y la idea tardaban en morir— frente a los

chechenos. Lo que debió haber sido un relativamente simple esfuerzo de pacificación sirvió para enterar al mundo de que el ejército ruso era apenas la sombra de lo que había sido pocos años antes.

Ambos sabían que la Unión Soviética había operado sobre el principio del miedo. El miedo a la KGB había mantenido a raya a los ciudadanos, y el miedo a lo que el Ejército Rojo podía y *debía* hacer ante cualquier rebelión contra el sistema había evitado disturbios políticos a gran escala. ¿Pero qué pasó cuando se acabó el miedo? La impotencia soviética para pacificar a Afganistán, a pesar de la aplicación de las medidas más brutales, había servido para que las repúblicas musulmanas comprendieran que ya no tenían nada que temer por ese lado. La Unión Soviética había desaparecido y lo que quedaba de ella era una triste sombra. Y ahora esa sombra podía ser borrada por un sol brillante en el sur. Golovko lo leyó en la cara de su visitante. Rusia no tenía el poder que necesitaba. Gracias a sus fanfarronadas su país aún podía darse el lujo de asustar a Occidente —Occidente todavía recordaba el Pacto de Varsovia y el espectro del masivo Ejército Rojo dispuesto a marchar sobre la Bahía de Vizcaya—, pero no a ciertas partes del mundo. Europa Occidental y Estados Unidos todavía recordaban el puño de hierro que habían visto pero jamás sentido. Los que *sí* lo habían sentido sabían que el puño se había aflojado. Más aún, sabían qué significaba ese puño flojo.

—¿Qué necesitará?

—Tiempo y dinero. Respaldo político para recomponer el ejército. Ayuda de Occidente.

El general seguía mirando el mapa. Era como ser descendiente de una poderosa familia capitalista. El patriarca había muerto y él era el único heredero de una gran fortuna... sólo para descubrir que se había esfumado, dejándole solamente deudas. Había vuelto entusiasmado de Estados Unidos, convencido de haber visto el camino, de haber visto el futuro, de haber encontrado una manera de proteger adecuadamente a su país, mediante un ejército profesional formado por expertos veteranos, unidos por el *sprit* de corps, orgullosos de servir y proteger a una nación libre... como aquel legendario Ejército Rojo que marchó sobre Berlín. Pero lograrlo llevaría años. Tal como estaban las cosas... si Golovko y la RVS tenían razón, lo mejor que podía esperar era que su nación se reavivara como en 1941, cambiara espacio por tiempo como en 1941, y peleara como lo había hecho en 1942-43. El general pensó que nadie podía prever el futuro, afortunadamente ningún hombre tenía ese don. Tal vez se debiera a que el pasado, que todos los hombres conocían, tendía a repetirse. Rusia había tenido suerte contra los fascistas. Pero no se podía depender de la suerte.

Sí se podía depender de un adversario artero e impredecible. Otros podían mirar el mapa lo mismo que él, ver las distancias y los obstáculos, discernir las correlaciones de fuerzas, y saber que el naipe ganador estaba en otra parte, al otro lado del globo. La fórmula clásica indicaba baldar al fuerte, destrozar al débil y, por último, confrontar nuevamente al fuerte en una ocasión más propicia. Sabiéndolo, Bondarenko no podía hacer nada al respecto. Él era el débil. Tenía sus

propios problemas. Su nación no tenía amigos con que contar, sólo los enemigos que le había llevado tanto tiempo y esfuerzo crearse.

Saleh jamás había conocido una agonía semejante. Las había visto, e incluso las había infligido en su momento como miembro del servicio de seguridad de su país... Pero ninguna había sido tan terrible como ésta, ninguna tan espantosa. Era como si estuviera pagando por todas de una sola vez. El dolor asolaba su cuerpo de un extremo a otro. Su fuerza era formidable, sus músculos firmes y su rudeza personal manifiesta. Pero ya no. Ahora le dolía cada gramo de tejido y, cuando se movía un poco para aplacar el dolor, lo único que lograba era trasladarlo a otro lugar, apenas diferente. El dolor era tan grande que incluso llegaba a anular el miedo que debía ser su compañero de ruta.

Ése no era el caso del médico. Ian MacGregor llevaba puesto un traje de cirugía, máscara y guantes. Sólo su enorme concentración impedía que le temblaran las manos. Acababa de extraer sangre con más cuidado que nunca en su vida —más que el que había tenido con los enfermos de SIDA—, ayudado por dos enfermeros. Jamás había visto un caso de fiebre hemorrágica. Se había enterado de su existencia por los libros de medicina o por algún artículo en el *Lancet*. Hasta ahora, la fiebre hemorrágica había sido algo intelectualmente interesante y lejanamente aterrador para él, como el cáncer, como otras enfermedades africanas. Ya no.

—¿Saleh? —preguntó el médico.

—...Sí. —Una palabra, un jadeo.

—¿Cómo llegó aquí? Tengo que saberlo para poder ayudarlo.

No hubo vacilaciones mentales ni consideración por los temas secretos o la seguridad. Hizo una pausa para respirar y reunir la energía necesaria para responder la pregunta.

—De Bagdad. En avión —agregó innecesariamente.

—¿África? ¿Estuvo en África recientemente?

—Nunca antes. —Movi6 la cabeza de izquierda a derecha apenas un centímetro, cerrando los ojos. Trataba de ser valiente, y lo estaba logrando—. Primera vez en África.

—¿Mantuvo relaciones sexuales recientemente? La semana pasada o algo así —aclaró MacGregor. Parecía una pregunta muy cruel. Teóricamente uno podía contagiarse esas enfermedades por contacto sexual... ¿tal vez una prostituta local? ¿Tal vez hubiera otro caso similar en otro hospital local y estuviera siendo silenciado...?

Al enfermo le llevó un minuto darse cuenta de lo que le estaban preguntando. Volvió a negar con la cabeza.

—No, no estuve con mujeres últimamente. —MacGregor lo leyó en sus ojos: *Y nunca volveré a estar con una mujer, ya no, nunca más...*

—¿Ha recibido sangre últimamente? Una transfusión, quiero decir.

—No.

—¿Ha estado en contacto con alguien que haya viajado a alguna parte?

—No, sólo Bagdad, sólo Bagdad, soy custodio de mi general, estuve todo el tiempo con él, con nadie más.

—Gracias. Vamos a darle algo para el dolor. También vamos a trasfundirle sangre. Y trataremos de enfriarlo un poco con hielo. Enseguida vuelvo. —El paciente asintió y el médico abandonó la habitación llevando los tubos llenos de sangre en sus manos enguantadas. —Infierno sangriento—, suspiró.

MacGregor hizo su trabajo mientras las enfermeras y asistentes hacían los suyos. Dividió en dos una de las muestras de sangre y envolvió ambos tubos con extremo cuidado, uno para el Instituto Pasteur de París y otro para los Centros de Control y Prevención de las Enfermedades en Atlanta. Serían enviados por expreso vía aérea. El resto de la sangre fue a manos del técnico jefe, un sudanés muy competente, mientras MacGregor garabateaba un fax. Posible caso de fiebre hemorrágica, país de contagio, ciudad y hospital... Pero primero... Levantó el tubo del teléfono y llamó a su contacto en el Ministerio de Salud.

—¿Aquí? —preguntó el médico de gobierno—. ¿En Kartum? ¿Está seguro? ¿De dónde es el paciente?

—Estoy seguro —replicó MacGregor—. El paciente dice venir de Irak.

—¿Irak? ¿Cómo podría venir de Irak esta enfermedad? ¿Hizo los análisis de anticuerpos?

—Los están haciendo ahora mismo —respondió el escocés al africano.

—¿Cuánto demorarán?

—Una hora.

—Quiero verlos antes de que haga ninguna notificación —ordenó el funcionario público.

Supervisar, eso era lo que quería. Era como si los gobiernos locales quisieran proteger la industria turística... industria de la que Sudán singularmente carecía, excepto por algunas excavaciones antropológicas realizadas en el sur, cerca de la frontera con Etiopía, en busca del hombre primitivo. Pero pasaba lo mismo en todo el exuberante continente. Los Ministerios de Salud negaban todo, una de las razones de la falta de control del SIDA en África Central. Todos negaban y negaban... ¿y seguirían negando hasta que muriera un alto porcentaje de población? Pero nadie se atrevía a criticar a los gobiernos africanos y sus burócratas. Era fácil ser tildado de racista. Por eso, era mejor cerrar la boca... y dejar que la gente siguiera muriendo.

—Doctor —insistió MacGregor—, confío en mi diagnóstico y tengo el deber profesional de...

—El deber puede esperar hasta que yo llegue —fue la respuesta, al más puro estilo africano. Mac Gregor sabía que no valía la pena pelear. Jamás podría ganar esa batalla. El Ministerio de Salud sudanés podía levantarle la visa en diez minutos y entonces, ¿quién atendería a sus pacientes?

—Muy bien, doctor. Por favor venga inmediatamente —lo instó.

—Primero debo hacer un par de cosas. Iré apenas termine. —Eso

podía significar todo el día, incluso más, y ambos lo sabían. —¿El paciente está aislado?

—Se han tomado todas las precauciones —le aseguró MacGregor.

—Es un buen médico, Ian, y sé que puedo confiar en usted.

—Cortó la comunicación. MagGregor acababa de colgar el teléfono cuando volvió a sonar.

—¿Sí?

—Por favor, doctor, venga a la veinticuatro —dijo la voz de una enfermera.

Llegó allí en menos de tres minutos. Era Sohaila. Un ordenanza estaba retirando el recipiente de emesis. Había sangre dentro. MacGregor sabía que ella también venía de Irak. Oh, Dios mío.

—Ninguno tiene nada que temer.

Esas palabras eran en cierto sentido tranquilizadoras, aunque no tanto como hubieran querido los miembros del Consejo Revolucionario. Probablemente los mullahs iraníes estuvieran diciendo la verdad, pero los coroneles y generales sentados a la mesa habían combatido contra Irán con el rango de capitanes y mayores y sabían que nadie olvida jamás a sus enemigos de batalla.

—Necesitamos que controlen los ejércitos de su país —prosiguió el más viejo—. Si cooperan, conservarán sus puestos. Solamente les pedimos que juren lealtad en nombre de Dios al nuevo gobierno.

Pero habría más que eso. Los vigilarían de cerca. Todos lo sabían. Si se equivocaban en algo, por nimio que fuera, serían fusilados. Pero no tenían opciones, excepto tal vez ser fusilados esa misma tarde. La ejecución sumaria —una eficiente manera de tratar a los disidentes, reales o imaginarios— no era precisamente desconocida en Irán ni en Irak.

La manera de encararla difería según en qué lugar se encontrara uno. Si uno estaba del lado de los rifles la veía como una manera rápida, eficaz y definitiva de volcar las cosas a su favor. Si uno estaba del otro lado, tenía la abrupta injusticia de un accidente de helicóptero... el tiempo suficiente para que el propio espíritu gritara *¡No!* antes que los disparos acabaran con todo, hasta con el descreimiento y la ira. Siempre habían tenido diversidad de opciones, excepto en este caso. Enfrentaban la muerte segura o la posibilidad de morir en un futuro cercano. Los militares sobrevivientes del ejército iraquí intercambiaron miradas furtivas. Ellos *no* controlaban las fuerzas armadas de su país. Los soldados estaban con el pueblo, o con sus pares. El pueblo estaba encantado de tener un poco más de comida para comer, por primera vez en casi una década. Los soldados estaban felices de ver nacer un nuevo día para su país. La caída del antiguo régimen era total. Ya se estaba transformando en un mal recuerdo que jamás podría volver. Los hombres reunidos en esa sala sólo podrían recuperar el control de las fuerzas armadas gracias a los buenos oficios de sus antiguos enemigos, parados junto al extremo de la mesa con la serena sonrisa de los ganadores, de los que tienen en sus manos el don de la

vida ajena y pueden darla o quitarla despreocupadamente, como si de dinero sencillo se tratara. Realmente no tenían otra opción.

El titular del Consejo asintió para manifestar su aceptación, seguido por todos los demás. Y con ese gesto, la identidad de su país se desvaneció en la historia.

De allí en adelante, todo sería cuestión de hacer unas llamadas telefónicas.

La única sorpresa fue que no lo pasaran por televisión. Por una vez, los analistas STORM TRACK y PALM BOWL fueron derrotados por sus colegas. Las cámaras de televisión estaban en el lugar, pero primero hubo que hacer otras cosas y eso fue grabado en satélite.

Los primeros iraníes que cruzaron la frontera atravesaron las autopistas en unidades motorizadas bajo silencio radial, pero era de día y sobre ellos había dos satélites KH-11 que enviaron señales a sus receptores. El más cercano a Washington estaba en Fort Belvoir.

—Sí —dijo Ryan, acercando el teléfono a su oreja.

—Soy Ben Goodley, señor presidente. Está ocurriendo ahora mismo. Las tropas iraníes están cruzando la frontera sin oposición a la vista.

—¿Algún anuncio?

—Todavía nada. Parece que primero quieren controlar la situación.

Jack miró el reloj sobre la mesa de noche.

—De acuerdo, lo trataremos en el primer informe matutino. —No tenía sentido arruinarse el descanso. Había gente que trabajaría toda la noche para él, se consoló Ryan. Él mismo había hecho otro tanto en otras épocas.

—Sí, señor.

Ryan colgó el teléfono y pudo volver a dormirse. Ésa era una de las destrezas presidenciales que estaba aprendiendo a dominar. Tal vez, pensó adormeciéndose, tal vez podría aprender a jugar al golf durante una crisis... ¿no sería...?

Obviamente, era uno de los pederastas. Había buscado un compañero criminal —en ese caso un asesino— y, a juzgar por los videos, había hecho un buen trabajo para acelerar el proceso.

Moudi había ordenado a sus asistentes que supervisaran de cerca a los nuevos “enfermeros”. Estos últimos habían tomado las consabidas precauciones: usar guantes, lavarse cuidadosamente, mantener limpia la sala, limpiar con estropajo todos los fluidos. Esta última tarea se había vuelto cada vez más difícil debido al avanzado proceso de la enfermedad en el primer grupo de sujetos expuestos al virus. Sus quejidos colectivos llegaban a través del sistema de sonido con la claridad suficiente para que Moudi supiera lo que estaban pasando, debido especialmente a la falta de medicamentos contra el dolor... una violación de las leyes musulmanas de misericordia que Moudi no quiso

tener en cuenta. El segundo grupo de sujetos estaba haciendo lo que se le había pedido, pero no les habían proporcionado máscaras y eso obedecía a una razón.

El pederasta era un hombre joven, de apenas veinte años, asombrosamente eficaz en el cumplimiento de sus funciones. Que lo hiciera para aliviar el dolor del asesino o para ser él mismo digno de misericordia no tenía la menor importancia. Moudi enfocó la cámara. La piel del enfermo estaba enrojecida y seca, y sus movimientos eran lentos y dolorosos. El médico levantó el teléfono. Un minuto después, uno de los médicos del ejército apareció en la imagen. Habló un poco con el pederasta y le puso el termómetro en la oreja antes de abandonar la sala y hablar por uno de los teléfonos del pasillo.

—El Sujeto Ocho tiene 39.2 de temperatura y reporta fatiga y dolor en las extremidades. Tiene los ojos lacrimosos e inyectados en sangre —informó el médico con brusquedad. Se esperaba que los médicos no sintieran por ninguno de los sujetos experimentales el mismo grado de empatía que habían sentido por la hermana Jean Baptiste. Aunque la monja hubiera sido una infiel, al menos había sido una mujer virtuosa. Obviamente no podía decirse lo mismo de los que estaban en la sala y eso facilitaba las cosas para todos.

—Gracias.

Entonces era cierto, se dijo Moudi. La variedad Mayinga se transmitía por aire. Sólo quedaba por verse si se había transmitido por completo y con la fuerza suficiente para matar a su nueva víctima. Cuando la mitad del segundo grupo manifestara los primeros síntomas sería trasladada a otra sala de tratamiento, y el primer grupo —todos estaban fatalmente afligidos por el virus de Ébola— estaría terminado en cuanto a atención médica.

Moudi sabía que el director se sentiría complacido. El último paso del experimento había sido tan exitoso como los anteriores. Cada vez era más cierto que tenían un arma mortífera en sus manos. ¿Acaso no era maravilloso...? reflexionó por un momento.

El vuelo de salida siempre era más fácil. Estrella de Cine atravesó el detector de metales, se detuvo, permitió que la varita mágica recorriera su cuerpo con la consiguiente e incómoda detección de su lapicera Cross, y fue al salón de primera clase sin molestarse en ver si había policías, policías que, de haber sabido la verdad, lo hubieran detenido allí mismo. Pero, como no sabían la verdad, no lo detuvieron. En su equipaje de mano tenía una carpeta de cuero, pero no quiso sacarla todavía. Los pasajeros fueron llamados a horario. Estrella de Cine entró al 747 y enseguida encontró su asiento en las primeras filas. El vuelo estaba lleno a medias. Eso era muy conveniente. Apenas despegó el avión, el espía sacó su anotador y empezó a grabar todo lo que no deseaba confiar exclusivamente al papel. Como de costumbre, su memoria visual le resultó muy útil. Trabajó durante tres horas hasta que, en medio del Atlántico, sucumbió al sueño. Sospechaba, acertadamente, que lo necesitaba.

Corte Suprema

Kealty sabía que podía ser su último disparo, valiéndose nuevamente de una metáfora con armas de fuego. Jamás había registrado la ironía. Tenía cosas más importantes que hacer. La noche anterior había emplazado a sus contactos en la prensa... los que le quedaban, los confiables. Los otros, aunque no habían exactamente reculado, mantenían una discreta distancia desde su incertidumbre. Pero no sería difícil atraer la atención de la mayoría de ellos. Por ejemplo, la reunión de esa medianoche había sido convocada sobre la base de ciertas palabras clave y frases que excitaban sabiamente sus sensibilidades profesionales. Lo único que tuvo que hacer después fue establecer las reglas de juego. Todo lo que se hablara esa noche sería secreto, no para divulgarse. Los periodistas estuvieron de acuerdo, por supuesto.

—Es muy perturbador. El FBI sometió al detector de mentiras a todo el décimo piso del Departamento de Estado —les dijo. Ya se había corrido el rumor pero ninguno de ellos había podido confirmarlo. Bueno, ahí tenían la confirmación—. Pero lo más perturbador de todo son las políticas que pretenden aplicar. Ryan piensa reconstruir Defensa bajo la égida de ese tal Bretano... un tipo que ha crecido dentro del complejo militar-industrial. Dice que quiere eliminar todas las salvaguardias dentro del sistema de procuración, quiere saltar la supervisión del Congreso. Y George Winston, ¿qué quiere hacer George Winston? Desmantelar el sistema impositivo, volverlo más regresivo, acabar con el impuesto a las ganancias... ¿y para qué? Para que toda la carga impositiva del país pese sobre los hombros de las clases media y obrera y los peces gordos tengan vía libre, exactamente para eso.

—Nunca pensé que Ryan fuera un profesional, un hombre lo suficientemente competente para ocupar la presidencia, pero debo decirles que tampoco me esperaba esto. Es un reaccionario, un conservador radical... no sé cómo lo llamarían ustedes.

—¿Está seguro de lo que pasó en Estado? —preguntó el *New York Times*.

Kealty asintió.

—Positivo ciento por ciento. Ahora van a decirme que ustedes... Vamos, ¿están haciendo su trabajo como corresponde? —preguntó con cansancio—. En medio de una crisis en Medio Oriente, Ryan se encarga de que el FBI acose a nuestros mejores funcionarios, acusándolos de robar una carta que jamás estuvo allí.

—Y ahora —agregó el jefe de staff de Kealty, aparentemente fuera de lugar—, el *Washington Post* está a punto de canonizarlo.

—Un momento —dijo el reportero del *Post*, enderezando la espalda—, eso es cosa de Bob Holtzman. Yo no tengo nada que ver. Le dije a mi AME que no era buena idea.

—¿Quién es su informante? —preguntó Kealty.

—No tengo la menor idea. Bob nunca filtra esas cosas. Usted lo sabe.

—Entonces, ¿qué está haciendo Ryan en la CIA? Quiere *triplicar* el Directorio de Operaciones... los espías. Justo lo que el país necesita, ¿no les parece? ¿Qué está haciendo Ryan? —preguntó Kealty retóricamente—. Alimentando a Defensa. Reescribiendo el código impositivo para beneficiar a los peces gordos. Y haciendo retroceder a la CIA a la época de la Guerra Fría. Estamos volviendo a los '50... ¿por qué? —preguntó Kealty. ¿Por qué está haciendo todo esto? ¿En qué está pensando? ¿Soy el único que hace preguntas en esta ciudad? ¿Cuándo van a hacer su trabajo como corresponde? Ryan está intentando embaucar al Congreso, y lo está logrando, ¿y dónde están los medios? ¿Quién protege a los ciudadanos comunes?

—¿Qué está diciendo, Ed? —preguntó el *Times*.

El gesto de frustración fue realizado con habilidad consumada.

—Ahora mismo estoy parado en mi propia tumba política. No tengo nada que ganar con esto, pero simplemente *no puedo* quedarme quieto, sin hacer nada. Aunque Ryan tenga todo el poder del gobierno detrás, no puedo permitir que él y sus secuaces traten de concentrar todo el poder de nuestro gobierno en las manos de unos pocos, aumentando sus posibilidades de espiarnos, desmantelando el sistema impositivo para enriquecer todavía más a la gente que jamás contribuyó como le correspondía hacerlo, recompensando a la industria de defensa... ¿Cuál será el próximo paso, tirar a la basura las leyes de derechos civiles? Todos los días manda a su esposa a trabajar en helicóptero y ustedes ni siquiera han notado que eso jamás ocurrió antes. Estamos frente a una presidencia imperial que ni Lyndon Johnson se atrevió a soñar, *sin* un Congreso capaz de reaccionar. ¿Saben a quién tenemos en la Casa Blanca? —les dio un momento para pensarlo—. Al Rey Jack Primero. Se supone que a alguien tiene que importarle. ¿A ustedes no?

—¿Qué sabe sobre el artículo de Holtzman? —quiso saber el *Boston Globe*.

—Ryan tiene una larga historia en la CIA. Ha matado gente.

—Una suerte de James Bond apócrifo —dijo el jefe de staff, justo a tiempo. El periodista del *Post* tuvo que defender el honor de su publicación:

—Holtzman no dice eso. Si está aludiendo al momento en que los terroristas...

—No, no se trata de eso. Holtzman va a escribir sobre el episodio de Moscú. Ryan ni siquiera lo planeó. Fue el juez Arthur Moore, cuando era DCI. Ryan era el que daba la cara. De todos modos fue bastante desacertado interferir en los asuntos internos de la ex Unión

Soviética y a nadie se le ocurrió pensar que *tal vez* no fuera una idea tan brillante... quiero decir, ¿qué demonios significa mezclarse con el gobierno de un país mientras diez mil cabezas de guerra nos están apuntando? Ustedes saben que eso se denomina acto de guerra, ¿no? ¿Y todo para qué? Para rescatar al líder delincuente de una nación extranjera, evitando que recibiera su merecido para posteriormente desbaratar una red de espías dentro de la CIA. Apuesto que no le dijo eso a Holtzman, ¿o sí?

—No he visto la historia —admitió el periodista del *Post*—. Sólo escuché algunos comentarios. —Semejante declaración casi merecía una sonrisa. Las fuentes de Kealty dentro del diario superaban a las del viejo periodista.— Está bien, usted afirma que Ryan ha matado gente igual que James Bond. Demuéstrelo —lo desafió con voz neutra.

—¿Recuerdan las bombas en Colombia hace cuatro años, cuando murieron algunos miembros del cártel? —Kealty esperó que asintieran—. Fue un operativo de la CIA. Ryan viajó a Colombia... y ése fue *otro* acto de guerra, muchachos. Sólo puedo hablar de esos dos.

A Kealty le resultaba gracioso que Ryan contribuyera con tanta destreza a su propia destrucción. La movida del PLAN AZUL dentro de la CIA ya estaba molestando al Directorio de Inteligencia, muchos de cuyos veteranos enfrentarían el retiro o la reducción de sus imperios burocráticos, sin olvidar que la mayoría disfrutaba recorriendo los pasillos del poder. Para ellos era fácil creerse vitales para la seguridad del país y, apoyados en semejante convicción, obviamente tendrían que hacer algo. Para empeorar más las cosas, Ryan había pasado por encima de varios capitostes burócratas en Langley y les había llegado la hora de la venganza. Lo mejor de todo era que los afectados sólo hubieran hablado con el ex vicepresidente de Estados Unidos —aunque tal vez fuera el verdadero presidente— y no con los medios, lo que, después de todo, iba contra la ley porque se oponía a la discusión legítima de un tema vital para la política nacional.

—¿Está absolutamente seguro de lo que dice? —preguntó el *Globe*.

—Tengo fechas. ¿Recuerdan cuándo murió el almirante James Greer? Era el mentor de Ryan. Probablemente planeó la operación en su lecho de muerte. Ryan no asistió al funeral porque estaba en Colombia. Es un hecho y pueden comprobarlo —insistió Kealty—. Es probable que James Cutter se haya suicidado por eso...

—Creía que había sido un accidente —dijo el *Times*—. Estaba haciendo aerobismo y...

—¿Y tropezó contra un ómnibus? Mire, no estoy diciendo que Cutter haya sido asesinado. Estoy diciendo que estaba implicado en la operación ilegal comandada por Ryan y no quería enfrentar las consecuencias. Saben —concluyó Kealty—, he subestimado a nuestro amigo Ryan. Es un operador tan sagaz y escurridizo como esta ciudad no ha visto desde Allen Dulles, tal vez Bill Donovan... pero eso pertenece al pasado. No necesitamos una CIA con tres veces más espías. No necesitamos gastar más dólares en defensa. No necesitamos volver a redactar el código impositivo para proteger a los millonarios amigos de

Ryan. Con seguridad no necesitamos un presidente que piense que la de 1950 fue una década maravillosa. No podemos permitir que siga haciéndole eso a nuestro país. No sé —otro gesto de frustración—, tal vez deba hacer esto yo solo. Yo... sé que estoy arriesgando mi reputación histórica diciendo estas cosas... pero, maldita sea, una vez juré sobre la Constitución de nuestro país... la primera vez —prosiguió con voz calma y reflexiva—, cuando gané mi primera banca en Diputados... luego en el Senado... y luego cuando Roger me pidió que fuera su vicepresidente. Saben, esas cosas no se olvidan... y... tal vez no sea yo el más apropiado para esto, ¿entendido? Sí, cometí muchos errores, traicioné a mi esposa, viví pegado a una botella durante muchos años. El pueblo norteamericano seguramente merece que alguien mejor que yo se ponga de pie y haga lo correcto... pero yo soy el único que se atreve a hacerlo y no puedo... cueste lo que cueste, *no puedo* traicionar la fe de la gente que me envió a esta ciudad. Ryan *no* es el presidente de Estados Unidos. Él lo sabe. ¿Por qué otro motivo estaría tratando de cambiar tantas cosas tan rápido? ¿Por qué acusa de mentir a los funcionarios superiores del Departamento de Estado? ¿Por qué juega con el derecho al aborto? ¿Por qué juega con el código impositivo a través de su plutócrata Winston? Está tratando de comprarlos. Y seguirá engañando al Congreso hasta que lo nombren rey o algo por el estilo. Yo les pregunto, ¿quién está representando al *pueblo*?

—Yo no lo veo de ese modo, Ed —respondió el *Globe* después de unos segundos—. Políticamente tiende a la derecha, sí, pero creo que es un hombre sincero.

—¿Cuál es la primera regla en política? —preguntó el *Times* con una sonrisa burlona. Luego prosiguió: —Les diré una cosa, si este asunto de Rusia y Colombia es cierto... ¡uf! Estaríamos otra vez en los '50, entrometiéndonos con otros gobiernos. No se supone que debamos volver a hacerlo, mucho menos a ese nivel.

—Nosotros jamás les dijimos esto y no pueden revelar la fuente de Langley —les recordó el jefe de staff, entregándoles unos cassettes—. Pero aquí hay suficientes hechos verificables que respaldan todo lo que les hemos dicho.

—Va a llevar un par de días —dijo el *San Francisco Examiner*, señalando el cassette y mirando a sus colegas. Se había largado la carrera. Cada periodista presente querría ser el primero en revelar la historia. Empezarían por escuchar el cassette en el automóvil, de regreso a casa, y el que viviera más cerca tendría mayor ventaja.

—Caballeros, lo único que puedo decirles es que ésta es una historia importante y deberán tratarla con la mejor conducta profesional. No es por mí —dijo Kealty—. Ojalá pudiera llamar a otro para que se hiciera cargo de esto, alguien con una carrera más transparente... pero no puedo. No es por mí. Es por el país, y eso significa que deben jugar limpio.

—Lo haremos, Ed —prometió el *Times*. Miró su reloj. Casi las tres de la mañana. Trabajaría todo el día para llegar a la hora de cierre. En ese lapso tendría que verificar, re verificar y hablar con su editor asistente para asegurarse de que le dieran la primera página. Los

diarios de la Costa Oeste tendrían ventaja —tres horas más gracias a los husos horarios— pero él sabía cómo ganarles la posta. Los pocillos de café quedaron sobre la mesa y los periodistas se levantaron, guardando sus minigrabadores personales en el bolsillo de sus chaquetas y llevando el cassette en la mano izquierda mientras con la derecha buscaban las llaves del auto.

—Dímelo todo, Ben —ordenó Jack apenas cuatro horas después.

—Todavía nada en la televisión local, pero hemos captado microondas transmitidas para su posterior difusión —Goodley hizo una pausa y Ryan se dejó caer en su silla—. La calidad es demasiado pobre para mostrártelo, pero también tenemos rastreos de audio. De todos modos, han pasado el día consolidando su poder. Mañana lo harán público. Probablemente se haya corrido la voz en la calle y la declaración oficial esté básicamente destinada al resto del mundo.

—Muy astuto —observó el presidente.

—Coincido —asintió Goodley. Más trastornos. El premier de Turkmenistán dio el gran paso, supuestamente en un accidente de tránsito. Golovko llamó a eso de las cinco para informarnos. Por el momento no se siente muy feliz. Piensa que Irak es parte del mismo juego...

—¿Hay algo que lo confirme? —preguntó Ryan, ajustándose la corbata. Era una pregunta estúpida.

—¿Estás bromeando, jefe? No tenemos espías, ni siquiera menores. Jack miró su escritorio durante unos segundos.

—Sabes, aunque la gente opina que la CIA es muy poderosa...

—Eh, yo trabajo aquí, ¿lo olvidaste? Gracias a Dios existe la CNN. Sí, ya sé. Buenas noticias, los rusos nos están diciendo al menos algo de lo que saben.

—Están asustados —observó el presidente.

—Muy asustados.

—Entonces, tenemos que Irán se está apoderando de Irak. Tenemos un líder muerto en Turkmenistán. ¿Análisis?

—No voy a contradecir a Golovko en esto. Indudablemente tiene agentes in situ y aparentemente está en la misma situación que nosotros. Puede observar y preocuparse pero carece de posibilidades operativas reales. Tal vez sea mera coincidencia, pero los agentes secretos no creemos en esas cosas. Sergey tampoco. Él cree que todo es parte del mismo juego. Yo creo que puede tener razón. También hablaré con Vasco al respecto. Lo que dijo antes está tornándose un poquito aterrador. Hoy hablaremos con los sauditas.

E Israel no se quedará atrás, pensó Ryan.

—¿Y China? —preguntó. Tal vez el otro lado del mundo anduviera un poco mejor. No.

—Ejercicio naval mayor. Combatientes de superficie y submarinos. Todavía nada aéreo, pero los satélites indican que las bases se están preparando...

—Espera un momento...

—Sí, señor. Si fuera una práctica rutinaria, ¿por qué no estaban preparados? Hablaré de esto con el Pentágono a las ocho treinta. El embajador conversó un poco con una suerte de ministro del Exterior. Según él la cosa carece de importancia, el ministro ni siquiera estaba enterado, entrenamiento de rutina.

—Mentira.

—Tal vez. Taiwan mantiene el perfil bajo pero hoy enviará algunos barcos... bueno, esta noche. Tenemos efectivos rumbo al área. Los taiwaneses están jugando limpio y cooperan con nuestros observadores. Pronto nos preguntarán qué haremos si sucede "A" o "B". Tenemos que pensarlo. El Pentágono sostiene que la República Popular China no tiene recursos para lanzar una invasión, lo mismo que en el '96. La fuerza aérea taiwanesa es más fuerte ahora de lo que era entonces. Tal vez se trate realmente de una práctica. Tal vez quieran ver cómo reaccionamos nosotros... es decir tú.

—¿Qué piensa Adler?

—Aconseja ignorarlos. Creo que tiene razón. Taiwan mantiene un perfil bajo. Creo que debemos hacer otro tanto. Mover barcos, especialmente submarinos, pero fuera del alcance visual de los chinos. CINCPAC se está haciendo cargo personalmente. ¿Le permitimos seguir adelante?

Ryan asintió.

—Sí, a través del secretario de Defensa. ¿Y Europa?

—Bella y tranquila, igual que nuestro hemisferio, igual que África. Sabes, si los chinos sólo están siendo tan odiosos como de costumbre, el único problema real es el Golfo Pérsico... y la verdad del asunto es que estuvimos allí e hicimos lo que hicimos, jefe. Les prometimos apoyo a los sauditas y dentro de poco los otros lo sabrán. Eso debería bastar para que se detuvieran a pensar antes de hacer nuevos planes de conquista. No me gusta lo de la RIU, pero creo que podemos hacerle frente. Irán es fundamentalmente inestable, el pueblo iraní quiere más libertad y, apenas le tome el gusto, el país cambiará. Creo que saldremos indemnes de esto.

Ryan sonrió y se sirvió una taza de café sin caféina.

—Estás entrando en confianza, doctor Goodley.

—Me pagas para pensar. Supongo que debo decirte todo lo que se me pasa por la cabeza, jefe.

—De acuerdo, sigue con tu trabajo y manténme informado. Hoy debo imaginar la mejor manera de reconstituir la Corte Suprema.

—Ryan bebió su café y esperó que entrara Arnie. Este trabajo ya no era tan duro, ¿no? Especialmente si se contaba con un buen equipo.

—Se trata de seducir —sostuvo Clark frente a las nuevas caras reunidas en el auditorio, molesto por la mueca burlona de Ding, quien estaba cómodamente apoltronado en el fondo. La película de entrenamiento que acababan de ver trataba la historia de seis casos importantes. Sólo había cinco copias y Clark rebobinó la cinta para devolverla. Él mismo había trabajado en dos de los casos. Uno de los agentes había

sido ejecutado en el sótano de 2 Dzerzhinskiy Square después de ser quemado por un espía de la KGB en el interior de Langley. El otro tenía una pequeña granja al norte de New Hampshire y probablemente todavía anhelaba volver a casa... pero Rusia seguía siendo Rusia y la opinión de los rusos sobre la alta traición no era invento del régimen anterior. Los traidores quedaban huérfanos de patria para siempre... Clark dio vuelta la página y prosiguió con sus anotaciones.

—Buscarán gente con problemas. Simpatizarán con esos problemas. Trabajarán con gente que distará mucho de ser perfecta. Todos tendrán sus ambiciones secretas. Algunos se acercarán a ustedes antes de que los busquen. No tienen que amarlos, pero sí tienen que serles leales.

”¿Qué quiero decir con seducir? Todos los presentes habrán intentado seducir más de una vez, ¿no? Escuchar en vez de hablar. Asentir. Estar de acuerdo. Seguro, eres más inteligente que tu jefe... escuché hablar de él, tenemos la misma clase de imbéciles en nuestro gobierno. Una vez tuve un jefe como el tuyo. Es difícil ser honesto en esa clase de gobierno, ¿no? Pero claro, el honor es lo más importante.

”Cuando hablan de *honor* significa que quieren dinero. Y está bien —les dijo Clark—. Jamás esperan recibir tanto como piden. Nuestro presupuesto nos permite pagarles lo que quieran... pero lo importante es que muerdan el anzuelo. Una vez que pierden la virginidad ya no pueden echarse atrás.

”Sus agentes, la gente que ustedes recluten, se volverán adictos a lo que hacen. Ser espía es *entretenido*. Hasta los más puros ideológicamente alardearán de vez en cuando porque sabrán algo que nadie más sabrá.

”Todos tendrán *algo* malo. Los más idealistas suelen ser los peores. Sienten culpa. Beben. Algunos hasta son capaces de visitar al cura... como me pasó a mí. Algunos violan las reglas por primera vez y suponen que las reglas ya no le importan a nadie. Ésos empezarán a acosar a cada chica que se les cruce en el camino e intentarán aprovechar toda clase de oportunidades.

”Manejar agentes es un arte. Uno debe ser madre, padre, sacerdote y maestro para ellos. Uno debe tranquilizarlos, aconsejarles pensar en sus familias y cuidar el propio trasero, especialmente a los ideológicamente “buenos”. Son dependientes en un montón de cosas y muchos se autodestruyen. Hasta pueden transformarse en cruzados. Muy pocos de nuestros cruzados —prosiguió Clark— murieron de viejos.

”El agente que quiere dinero suele ser el más confiable. No arriesgan demasiado. Quieren salir de donde están y darse la buena vida en Hollywood, acostarse con una estrellita y esas cosas. Eso es lo lindo de los agentes que trabajan por dinero: quieren vivir para gastarlo. Por otra parte, cuando necesiten que algo se haga rápidamente o que alguien corra un riesgo pueden llamar a uno de ellos... y estar listos para evacuarlo al día siguiente. Tarde o temprano supondrá que ya hizo demasiado y exigirá su liberación.

”¿Qué les estoy diciendo? Que no existen reglas duras o rápidas en este negocio. Tendrán que usar la cabeza. Tendrán que conocer a la

gente, saber quiénes son, cómo actúan, cómo piensan. Deberán tener genuina empatía con sus agentes, les agraden o no. La mayoría no les agrada —les aseguró—. Ya vieron la película. Cada palabra que escucharon fue real. Tres de esos cinco casos terminaron con un agente muerto. Uno terminó con un oficial muerto. No lo olviden.

—De acuerdo, tienen un descanso. El señor Revell les dará la próxima clase.

Clark juntó sus papeles y se dirigió al fondo del salón mientras sus discípulos absorbían en silencio la lección magistral.

—Entonces, Mr. C., ¿eso significa que la seducción es un método válido? —preguntó Ding con sorna.

—Sólo si te pagan por seducir, Domingo.

Todos los miembros del Grupo Dos estaban enfermos, como si se hubieran puesto de acuerdo. En un lapso de diez horas todos se habían quejado de fiebre y dolores... síntomas gripales. Moudi percibió que algunos de ellos sabían, o sospechaban acertadamente, lo que les habían hecho. Algunos seguían asistiendo a los enfermos que les habían asignado. Otros llamaban a los médicos del ejército para quejarse o sencillamente se sentaban en el piso de la sala para saborear su propia enfermedad, temiendo convertirse en lo que veían con creciente espanto. Las condiciones y la dieta de la cárcel otra vez conspiraban contra ellos. Es más fácil controlar a los hambrientos y debilitados que a los saludables y bien alimentados.

El grupo original se deterioraba al ritmo previsto. El dolor era cada vez peor, al punto tal que habían dejado de estremecerse porque hasta el más pequeño movimiento los hacía sufrir indeciblemente. Uno de ellos parecía estar muy cerca de la muerte y Moudi se preguntó si, como el de Benedict Mkusa, su corazón sería inusualmente vulnerable a la variedad Ébola Mayinga... ¿tal vez este subtipo de la enfermedad sintiera una insospechada afinidad por el tejido cardíaco? Hubiera sido interesante estudiarlo en abstracto, pero Moudi había ido mucho más allá del estudio abstracto de la enfermedad.

—No ganamos nada continuando esta fase, Moudi —dijo el director, observando la pantalla. Próximo paso.

—Como guste —Moudi levantó el teléfono y habló un par de minutos.

Tardaron quince minutos en poner las cosas en movimiento. Los asistentes médicos entraron en la imagen, sacaron de la sala a los nueve miembros del segundo grupo, los llevaron por el pasillo a una segunda sala de tratamiento donde a cada uno se le asignó una cama y se le hizo tomar una medicación que lo hizo dormir en pocos minutos. Una vez hecho eso, los médicos volvieron al grupo original. La mitad de los enfermos estaban dormidos y el resto se sentía demasiado débil para resistir. Primero mataron a los más despiertos con inyecciones de Dilaudid, un poderoso narcótico sintético. Las ejecuciones tardaron pocos minutos y, finalmente, fueron un acto de misericordia. Uno por uno, los cuerpos fueron colocados en camillas y trasladados al

incinerador. Los colchones y ropas de cama fueron empaquetados para su posterior incineración. Sólo quedaron las estructuras metálicas de las camas que, junto con el resto de la sala, fueron rociadas con sustancias químicas cáusticas. La sala quedaría clausurada varios días y luego volverían a desinfectarla. A partir de ahora, el staff dedicaría su atención al Grupo Dos, formado por nueve criminales condenados que habían probado que el virus de Ébola Zaire Mayinga podía ser transmitido a través del aire.

El funcionario del Ministerio de Salud tardó un día entero en llegar, indudablemente demorado, sospechaba el doctor MacGregor, por una pila de papeles sobre su escritorio, una buena cena y una placentera noche en brazos de la mujer que sazónaba su rutinaria vida cotidiana. Y probablemente la pila de papeles siguiera intacta, concluyó el escocés con un suspiro.

Por lo menos tenía idea de las precauciones necesarias. El médico del gobierno se mostró renuente a entrar a la sala... Dio un paso con desgano para que se pudiera cerrar la puerta pero no avanzó más. Se quedó inmóvil, observando al enfermo con los ojos entrecerrados desde una distancia prudencial. Las luces estaban apagadas para no herir los ojos de Saleh. A pesar de eso, la decoloración de su piel era evidente. Las dos bolsas de sangre grupo 0 y el goteo de morfina decían el resto, junto con la planilla que el funcionario gubernamental sostenía entre sus manos enguantadas y temblorosas.

—¿Los análisis de anticuerpos? —preguntó con voz calma, recuperando su dignidad oficial.

—Positivos —informó MacGregor.

La primera epidemia documentada de Ébola —nadie conocía la antigüedad de la enfermedad ni, por ejemplo, cuántas aldeas de la jungla habría exterminado cien años atrás— se propagó entre el personal del hospital más próximo a una velocidad tal que los médicos abandonaron sus puestos presas del pánico. Perversamente, eso sirvió para que la epidemia terminara más rápido: las víctimas murieron y nadie se acercó lo suficiente a ellas para contagiarse la enfermedad. Actualmente los médicos africanos sabían qué precauciones tomar. Todos usaban máscaras y guantes, y los procedimientos de desinfección habían sido enérgicamente reforzados. Por negligente y descuidado que fuera, el personal africano había aprendido esa lección de memoria y, una vez recuperada la sensación de seguridad, los médicos se entregaron nuevamente a su labor.

Pero este paciente estaba desahuciado. La planilla no hacía más que confirmarlo.

—¿De *Irak*? —preguntó el funcionario.

MacGregor asintió.

—Eso dijo.

—Tendré que chequearlo con las autoridades de inmigración.

—Doctor, debo informarle algo —insistió MacGregor—. Es posible que haya una epidemia y...

—No. —El funcionario negó terminantemente con la cabeza—. No, hasta que sepamos más. Además de alertar a la población, si llegáramos a hacerlo, debemos transmitir toda la información necesaria para que el alerta sea útil.

—Pero...

—Pero esto es *mi* responsabilidad, y es *mi* deber hacer que esa responsabilidad sea debidamente ejecutada. —Señaló al paciente con la planilla. Ya no le temblaba la mano. Había establecido su poder sobre el caso.— ¿Tiene familia? ¿Quién puede darnos más información sobre él?

—No sé.

—Me ocuparé personalmente —dijo el médico del gobierno—. Consígame copias de todos los registros y hágamelas llegar inmediatamente. —Con esa escueta orden, el representante del Ministerio de Salud sintió que había cumplido su deber hacia su profesión y su país.

MacGregor asintió con desgano. Momentos como ése lo hacían odiar a África. Su país estaba presente en África desde hacía más de un siglo. Un compatriota escocés se había enamorado del Sudán —¿acaso estaría loco?, se preguntaba MacGregor— y había fallecido en esa misma ciudad 120 años atrás. A partir de entonces el Sudán se convirtió en protectorado británico y Escocia envió un regimiento de infantería que peleó con bravura al mando de los oficiales británicos. Pero finalmente Sudán volvió a manos de los sudaneses... demasiado rápido, sin el tiempo y el dinero necesarios para crear la infraestructura institucional capaz de transformar ese páramo tribal en una nación viable. Lo mismo podía decirse del resto del continente africano, cuyos habitantes todavía pagaban el precio de ese deservicio. Eso era algo que ni él ni ningún otro europeo podía decir en voz alta, excepto entre ellos —y a veces ni siquiera así—, por miedo a ser tildado de racista. Pero si fuera racista, ¿para qué demonios habría venido a África?

—Las tendrá en dos horas.

—Muy bien. —El funcionario se paró en el umbral. La enfermera jefe lo acompañaría al área de desinfección y allí el envanecido sudanés obedecería órdenes como un niño bajo la mirada su madre.

Pat Martin llegó con un abultado maletín del que extrajo catorce carpetas que acomodó, por orden alfabético, sobre la mesa de café. En realidad iban de la A a la M, porque el presidente Ryan había pedido no enterarse de los nombres en principio.

—Sabe, me sentiría mucho mejor si no me hubiera dado tanto poder —dijo Martin sin levantar la vista.

—¿A qué se debe eso? —preguntó Jack.

—Sólo soy un fiscal, señor presidente. Un excelente fiscal, seguro, y ahora dirijo la División Criminal, y me encanta, pero sólo soy...

—¿Cómo cree que me siento yo? —le espetó Ryan, pero inmediatamente suavizó el tono—. A nadie, desde Washington, le cayó este trabajo del cielo, ¿y qué le hace pensar que yo sé lo que hago? Demonios, ni siquiera soy abogado para poder entender estas cosas.

Martin lo miró a los ojos con una semisonrisa.

—De acuerdo, me lo merezco —murmuró.

Pero Ryan acababa de establecer un criterio. Tenía frente a él una lista de jueces matriculados. Cada una de las catorce carpetas contenía la historia profesional de un juez de la Corte de Apelaciones de Estados Unidos, de Boston a Seattle. El presidente había ordenado a Martin y sus colaboradores que eligieran jueces con no menos de diez años de experiencia y con no menos de cincuenta fallos importantes que no hubieran sido rechazados por la Suprema Corte.

—Es una buena selección —dijo Martin.

—¿Pena de muerte?

—No olvide que la Constitución se ocupa específicamente de eso. Quinta Enmienda —Martin citó de memoria: —“Ninguna persona estará sujeta por la misma ofensa a correr dos veces peligro de muerte o amputación; ni será obligada a testificar en su contra en ninguna causa criminal; ni será privada de la vida, la libertad o sus propiedades sin que medie el debido proceso legal”. Es decir que, debido proceso *mediante*, se puede condenar a muerte a una persona, pero sólo se la puede juzgar una vez por cada crimen cometido. La Corte estableció ese criterio para un número de casos juzgados en los '70 y los '80... veredicto culpable seguido de penalización, con la fase de la penalización dependiente de circunstancias “especiales”. Todos los jueces seleccionados han apoyado esa regla... con algunas excepciones. Por ejemplo, *D* indultó un caso en Mississippi sobre la base de incompetencia mental. Fue un fallo justo, aunque el crimen era horripilante... y la Corte Suprema lo reafirmó sin comentarios ni audiencias. Señor, el problema del sistema es que nadie puede fijarlo debido, precisamente, a la naturaleza de la ley. Gran cantidad de principios legales se basan en fallos de casos inusuales. Suele decirse que los casos difíciles producen leyes malas. Como aquel caso en Inglaterra, ¿recuerda? Dos niños matan a un niño más pequeño. ¿Qué demonios se supone que debe hacer un juez cuando los acusados tienen ocho años de edad y son definitivamente culpables de un brutal asesinato... pero sólo tienen ocho años? Lo único que puede hacer un juez en esos casos es rezar para que llamen a otro juez. Pero, por algún motivo, tratamos de elaborar una doctrina legal cohesiva a partir de casos como ése. En realidad no es posible, pero lo hacemos de todos modos.

—Supongo que habrá elegido jueces duros, Pat. ¿También son justos? —preguntó el presidente.

—¿Recuerda lo que dije hace un momento? ¿Que no quería esta clase de poder? No hubiera podido hacerlo de otro modo. Por ejemplo, *E* revirtió un fallo obtenido por uno de mis abogados basándose en un tecnicismo —un tema de admisibilidad— y todos nos volvimos locos de furia. Era un caso de entrampamiento. El acusado era absolutamente culpable, sin duda. Pero el juez... *E* consideró las argumentaciones y probablemente dio un fallo correcto, que actualmente forma parte de las reglas del FBI.

Jack miró las carpetas. Le llevaría una semana leerlas. Arnie le

había dicho pocos días antes que ésa sería su decisión presidencial más importante. Ningún jefe del Ejecutivo desde Washington había tenido necesidad de nombrar a toda la Corte Suprema, y aquello había pasado cuando el consenso nacional sobre la ley era más firme y más profundo que en la actualidad. En aquella época, un “castigo cruel e inusual” equivalía al potro de tormento o la hoguera —métodos ampliamente *utilizados* en la era prerrevolucionaria, pero en fallos más recientes había llegado a significar falta de televisión por cable, o negativa a operaciones de cambio de sexo, o superpoblación en las cárceles. *Muy bien*, había pensado Ryan, *las cárceles están superpobladas... ¿entonces por qué no liberar a los criminales peligrosos y permitirles que se incorporen a la sociedad? Cualquier cosa antes que ser crueles con un felón convicto.*

Ahora tenía poder para cambiar eso. Lo único que debía hacer era elegir jueces que consideraran el crimen tan crudamente como él, crudeza que había adquirido escuchando a su padre relatar un crimen vil o el fallo de un juez con cerebro de mosquito que jamás había visto la escena del crimen y por consiguiente no sabía de qué se estaba hablando. Para Ryan también era un asunto personal. Habían tratado de asesinarlo, y también a su esposa e hijos. *Sabía* cómo eran las cosas, había experimentado la ira de comprobar que alguna gente podía matar con la misma facilidad con que compraba un paquete de galletitas, gente que perseguía a sus víctimas como si fueran presas de caza y cuyos actos exigían a gritos ser bien recompensados. Recordaba haber mirado a los ojos a Sean Miller y no haber visto *nada*, absolutamente nada en ellos. Ni humanidad, ni empatía, ni sentimientos... ni siquiera odio, se había apartado tanto de la comunidad humana que había llegado a un punto sin retorno...

Y no obstante...

Ryan cerró los ojos y recordó aquel momento, se vio empuñando la Browning cargada. La sangre le hervía en las venas pero tenía las manos heladas. Aquel momento exquisito, cuando pudo haber exterminado al hombre que tanto había anhelado matarlos... a él, a Cathy, a Sally y al Pequeño Jack, que todavía no había nacido. Recordó haberlo mirado a los ojos hasta ver asomar, por fin, el miedo, el miedo que atravesaba su dura coraza de inhumanidad... ¿pero cuántas veces había agradecido a Dios piadoso por haberse olvidado de amartillar su pistola? Quería matarlo. Quería matarlo más que cualquier otra cosa que hubiera querido en su vida... Todavía recordaba haber apretado el gatillo y haberse asombrado de que no se moviera y luego... el momento había pasado. Recordaba cómo era matar. Aquel terrorista en Londres. El del bote. El cocinero del submarino. Seguramente había matado más... esa horrible noche en Colombia que le había provocado tantas pesadillas durante muchos años. Pero Sean Miller era otra cosa. No tenía necesidad de matar a Miller. Sólo hubiera sido un acto de justicia para él. Y había estado allí, y había encarnado la ley, y, Dios, ¡cómo anhelaba terminar con esa vida sin valor! Pero no lo mató. La ley que terminó con la vida de ese terrorista y sus secuaces había sido bien pensada, fría y distanciada... como debía ser. Por esa razón tenía que

elegir los mejores jueces para repoblar la Corte Suprema, porque las decisiones que ellos tomaran no serían producto de un hombre enfurecido y ansioso por proteger y al mismo tiempo vengar a su familia. Tendrían en cuenta que la ley era para todos y nada tenía que ver con deseos personales. Lo que la gente llamaba civilización era algo más que la pasión individual de un hombre. Tenía que serlo. Y era su deber garantizar que lo fuera, eligiendo la mejor gente para la Corte.

—Sí —dijo Martin, leyendo la expresión del presidente—. Es una gran responsabilidad, ¿no?

—Un momento —Ryan se puso de pie y fue a la sala de secretarios—. ¿Quién de ustedes fuma? —preguntó.

—Yo —dijo Ellen Sumter. Tenía la edad de Jack y probablemente estaba intentando abandonar el vicio, como casi todos los fumadores de esa generación. Sin preguntas, le ofreció al presidente un Virginia Slims —la misma marca que la sargento del avión presidencial, pensó Jack— y un encendedor. El presidente le agradeció con un gesto y regresó a su despacho encendiendo el cigarrillo. Antes de que cerrara la puerta, la señora Sumter corrió para ofrecerle un cenicero.

Sentándose, Ryan dio una larga pitada con los ojos clavados en la alfombra que ostentaba el Gran Sello del Presidente de Estados Unidos... aunque estaba cubierta de muebles.

—¿A quién demonios —preguntó tranquilamente Jack— se le ocurrió decidir que un solo hombre tuviera tanto poder? Quiero decir, ¿qué estoy haciendo aquí...?

—Sí, señor. Es como ser James Madison, ¿no? Usted tiene que elegir a la gente que interpretará la Constitución. Todos rondan la cincuentena y, por lo tanto, se quedarán aquí un buen rato —le dijo Martin—. Alégrese. Por lo menos no se lo toma como un juego. Por lo menos intenta hacerlo de la manera correcta. No elegirá mujeres por ser mujeres, o negros por ser negros. Le he preparado una buena mezcla de colores, sexos y demás atributos, pero los nombres no figuran... y le resultará imposible identificarlos a menos que tenga el hábito de seguir los procesos judiciales. Le doy mi palabra de que son buenos. Los mejores. Pasé mucho tiempo preparando este listado. Sus lineamientos me fueron muy útiles. Y eran buenos. Todos estos jueces piensan como usted. La gente que ama el poder me asusta —dijo el fiscal—. Los buenos reflejan lo que harán aun antes de hacerlo. Escogí jueces verdaderos que emitieron algunos fallos duros... bueno, mejor léalos usted mismo. Verá hasta qué punto se comprometieron con su trabajo.

Otra pitada. Golpeó las carpetas con impaciencia.

—No conozco la ley lo suficientemente bien como para entender todos los puntos de los fallos. No sé nada de leyes, excepto que uno no debe violarlas.

Martin sonrió abiertamente:

—Si lo piensa, no es un mal lugar para comenzar. —No necesitaba decir más. No todos los que habían ocupado ese despacho habían pensado así. Ambos lo sabían, pero no era la clase de cosa que se le dice al presidente.

—Sé perfectamente bien qué es lo que no me gusta. Sé qué cosas

querría cambiar, pero maldita sea —Ryan levantó la vista, tenía los ojos muy abiertos—, ¿acaso tengo *derecho* a tomar semejante decisión?

—Sí, señor presidente, tiene derecho, porque el Senado se encargará de confirmar sus designaciones, ¿recuerda? Tal vez disientan en uno o dos casos. Todos estos jueces han sido investigados por el FBI. Son honestos. Son justos. Ninguno de ellos ambicionó llegar a la Corte Suprema por medios non sanctos. Si no encuentra nueve que le gusten buscaremos más... aunque sería mejor que otro se ocupara de eso. El director de la División Derechos Civiles es una excelente persona... un poco volcado hacia la izquierda para mi gusto, pero también un gran pensador.

Derechos Civiles, pensó Jack. ¿También tendría que lanzar políticas de gobierno sobre *eso*? ¿Por qué demonios se suponía que *él* debía saber cuál era la manera correcta de tratar a la gente que se diferenciaba un poco del resto? Tarde o temprano uno perdía la capacidad de ser objetivo y sus creencias personales tomaban la delantera... ¿y en ese caso estaría haciendo política sobre la base de sus prejuicios personales? ¿Por qué demonios se pensaba que uno debía saber qué era lo correcto? Dios santo.

Ryan dio la última pitada y aplastó la colilla contra el cenicero, recompensado como siempre por un ligero mareo, producto del vicio recuperado.

—Bueno —suspiró, supongo que tendré mucho que leer.

—Le ofrecería ayuda, pero es mejor que lo haga usted solo. De esa manera no contaminaré el proceso... es decir, más de lo que ya lo hice. Debe tener eso en mente. Tal vez yo no sea el más adecuado para esto pero... usted me lo pidió, y yo le ha dado lo mejor que tengo.

—Supongo que es lo único que podemos hacer, ¿no? —observó Ryan, mirando la pila de carpetas.

El director de la División Derechos Civiles del Departamento de Justicia de Estados Unidos era un funcionario político que databa de la época del presidente Fowler. Ex abogado corporativo y lobbyista —oficios en los que ganó mucho más dinero que en el puesto académico que ocupaba antes de su primer nombramiento político—, era políticamente activo desde antes de entrar a la escuela de leyes y, como tantos otros ocupantes de despachos oficiales, había llegado a encarnar, si no su puesto, la idea de su puesto. Aunque nunca lo habían elegido para nada tenía un distrito electoral y, aunque sus servicios al gobierno habían sido intermitentes, una serie de puestos cada vez más altos le había permitido acceder al poder asentado en Washington, los almuerzos, las fiestas, las visitas oficiales en representación de gente que podía o no importarle, porque un abogado tiene la obligación de atender los intereses de sus clientes...y son los clientes los que eligen al abogado. Los casos que fue manejando a lo largo del camino fueron haciéndose parte de su identidad, en un proceso tan gradual y aparentemente tan lógico que ni siquiera sabía cuándo o cómo había tenido lugar. Ahora, *él era* aquello por lo que había abogado durante tantos años.

Y ése era, precisamente, el problema. Conocía y admiraba a Patrick Martin como un talento legal menor que había progresado en Justicia trabajando exclusivamente en las cortes... no como fiscal de Estados Unidos (ésos eran nombramientos políticos, en su mayoría realizados por senadores) sino como una de las tantas abejas obreras profesionales y apolíticas que hacían el trabajo duro mientras su jefe se ocupaba de los discursos, de los manejos internos y de sus propias ambiciones políticas. La clave del asunto era que Martin era un dotado estratega político pero no sabía nada de política. Y por esa razón no era el más adecuado para aconsejar al presidente Ryan.

Tenía la lista. Uno de sus colaboradores había ayudado a Martin, y sus colaboradores eran leales porque sabían que la única manera de progresar en esa ciudad era entrar y salir de escena intermitentemente como había hecho su jefe. Y también sabían que, mediante un sencillo llamado telefónico, su jefe podía conseguirles un empleo en una firma importante. Y por eso uno de ellos le entregó la famosa lista... *con los nombres incluidos*.

Lo único que tuvo que hacer fue leer los catorce nombres. No necesitaba informarse sobre los fallos. Los conocía de memoria. *Éste*, por ejemplo, había revertido el fallo de un tribunal menor y escrito un voluminoso informe cuestionando la constitucionalidad de la acción afirmativa... un discurso demasiado bueno con el que logró persuadir a la Suprema Corte. El caso había pasado desapercibido, pero al director de Derechos Civiles no le agradaba en absoluto.

Y *este otro*, en Nueva York, había afirmado la posición del gobierno en otra área pero, al hacerlo, había limitado la aplicabilidad del principio... y *ese caso* no había pasado desapercibido y ahora era ley para gran parte del país.

Martin había escogido la gente equivocada. Su visión del Poder Judicial estaba demasiado circunscripta. Hacían demasiadas concesiones al Congreso y las legislaturas estatales. La idea de la justicia de Pat Martin difería notablemente de la suya. Martin no creía que los jueces *pudieran* corregir lo que estaba mal... habían debatido el tema animadamente pero con buen espíritu durante muchos almuerzos. Martin era un hombre agradable y bastante difícil de persuadir estuviera equivocado o no, y si bien esa característica hacía de él un buen fiscal, no tenía la capacidad de *ver* la conveniencia de las cosas... y así había elegido a los jueces. Para colmo, el Senado era lo bastante torpe como para aprobar la selección y *eso simplemente no podía ocurrir*. Para esa clase de poder había que elegir gente que supiera ejercerlo de la manera adecuada.

No tenía opción. Metió la lista en un sobre que guardó en el bolsillo de su chaqueta. Acto seguido, invitó a almorzar a uno de sus muchos contactos.

Prensa

Lo hicieron para los noticieros de la mañana, tan penetrante se había vuelto la influencia de la televisión. Así fue como la realidad fue definida, cambiada y anunciada. Un nuevo día acababa de nacer. Al televidente no podía quedarle ninguna duda. Una nueva bandera pendía detrás del locutor: un campo verde —el color del Islam— con dos pequeñas estrellas doradas. El locutor empezó con una invocación del Corán y luego pasó a los temas políticos. Había un nuevo país. Se llamaba República Islámica Unida. Estaba formado por las antiguas naciones de Irán e Irak. La nueva nación sería regida por los principios islámicos de paz y hermandad. Habría un Parlamento. Habría elecciones hacia fin de año. En el ínterin el nuevo país sería gobernado por un consejo revolucionario formado por figuras políticas de los dos países, en proporción a la población... No tuvo necesidad de aclarar que eso otorgaría mayoría absoluta a Irán.

No había razones, prosiguió, para que ningún país temiera a la RIU. La nueva nación proclamaba su buena voluntad hacia todas las naciones musulmanas y hacia todas las naciones que hubieran mantenido relaciones cordiales con los segmentos antes separados que ahora conformaban el país. Nadie objetó que esta declaración fuera contradictoria de muchas y diversas maneras. Las otras naciones del Golfo, todas ellas islámicas, no habían mantenido relaciones cordiales con ninguna de las partes. La eliminación de las fábricas de armamentos iraqués continuaría para evitar hostilidades con la comunidad internacional. Los prisioneros políticos serían liberados inmediatamente...

—Para tener lugar para los nuevos —observó el mayor Sabah en PALM BOWL—. Entonces, ha sucedido.

Ya no tendría que telefonar más. Todo el Golfo estaría viendo el noticiero y la única cara feliz sería la de la pantalla...es decir, hasta que la escena se trasladara a diversas mezquitas donde los creyentes, después de sus plegarias matinales, manifestarían su alegría.

—Hola, Ali —dijo Jack. Se había quedado despierto leyendo las carpetas que le había dejado Martin, sabiendo que llegaría la llamada, sufriendo nuevamente una jaqueca que aparentemente era producto del Despacho Oval. Era asombroso que los sauditas hubieran tardado tanto en autorizar la llamada de su príncipe/ministro-sin-ministerio. Tal vez esperaran ahuyentarla de esa manera, característica no preci-

samente exclusiva de esa parte del mundo—. Sí, estoy viéndolo por televisión. —Debajo de la imagen podía leerse la transcripción de los diálogos, tipeada por los especialistas de inteligencia de la Agencia Nacional de Seguridad. La retórica era un tanto florida pero el contenido resultó absolutamente claro para todos los presentes. Adler, Vasco y Goodley se habían presentado apenas apareció la señal, liberando a Ryan de su lectura... pero no de su jaqueca.

—Esto es muy perturbador, aunque no nos sorprende particularmente —dijo el príncipe por línea encriptada.

—No hubo manera de evitarlo. Sé cómo se siente, Alteza —dijo el presidente con voz cansada. Podría haber tomado un café, pero quería dormir *un poco* esa noche.

—Nuestras fuerzas armadas entrarán en estado de alerta.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Ryan.

—Por el momento, sólo queremos saber si nos siguen respaldando.

—Seguimos haciéndolo. Ya se lo dije. Nuestro compromiso con la seguridad del reino permanece inalterable. Si quiere que hagamos algo para demostrarlo, estamos listos para dar todos los pasos que nos parezcan razonables y apropiados. ¿Acaso...?

—No, señor presidente, esta vez no estamos haciendo ningún pedido formal. —El tono de la frase hizo que Ryan mirara a sus acompañantes.

—En ese caso, ¿puedo sugerirle que algunos de sus colaboradores discutan opciones con algunos de los míos?

—Debo ser discreto. Mi gobierno no desea inflamar la situación.

—Haremos todo lo posible. Puede empezar por hablar con el almirante Jackson... Es J3 en el...

—Sí, señor presidente, lo conocí en el Salón Este. Haré que mis colaboradores se comuniquen con él más tarde.

—Está bien. Si me necesita, Ali, siempre estoy para usted.

—Gracias, Jack. Que duerma bien. —*Lo necesitará. Todos lo necesitaremos.* Con eso terminó la conversación.

—¿Opiniones? —preguntó a sus colaboradores.

—Ali quiere que hagamos algo, pero el rey no se decide —dijo Adler.

—Tratarán de establecer contactos con la RIU —acotó Vasco—. Su primer instinto será entablar el diálogo, tratar de hacer negocios. Los sauditas tomarán la iniciativa. Kuwait y los otros estados menores les permitirán manejar los contactos, pero pronto sabremos de ellos, probablemente a través de los medios.

—¿Tenemos un buen embajador en Kuwait? —preguntó el presidente.

—Will Bach —respondió Adler, asintiendo enfáticamente—. FSO de carrera. Buen hombre. No demasiado imaginativo, pero conoce el idioma y la cultura y tiene un montón de amigos dentro de la familia real. Es un tipo con gran visión comercial. Fue muy eficaz como mediador entre nuestros hombres de negocios y el gobierno de Kuwait.

—Está respaldado por un buen jefe de misión —agregó Vasco—, y los agregados son excelentes.

—De acuerdo, Bert. —Quitándose los anteojos, Ryan se restregó los ojos. —Dígame qué pasará ahora.

—Todo el sector sur del Golfo está muerto de miedo. Su pesadilla se ha hecho realidad.

Ryan asintió y miró a Goodley.

—Ben, quiero un análisis de la CIA sobre las intenciones de la RIU y quiero que llames a Robby y veas qué opciones tenemos. También quiero a Tony Bretano. Quería ser secretario de Defensa y quiero que empiece a pensar en la parte no administrativa del puesto.

—En Langley no tienen la menor idea —señaló Adler. No es culpa de ellos, pero así son las cosas. Y, por consiguiente, el análisis que presentaran ofrecería una amplia escala de opciones potenciales, desde un teatro de guerra nuclear —después de todo, Irán podría tener misiles— a un Segundo Advenimiento, más tres o cuatro opciones en el medio, cada una con su consabida justificación teórica. De ese modo, como de costumbre, el presidente tendría la oportunidad de elegir la opción incorrecta... y nadie tendría la culpa, excepto él.

—Sí, ya sé. Scott, veamos si podemos entablar alguna clase de contacto con la RIU.

—¿Les mandaremos una rama de olivo?

—Exactamente —dijo el presidente—. ¿Todos coinciden en que necesitan tiempo para consolidarse antes de hacer nada radical? —Todos asintieron... excepto uno.

—¿Señor presidente? —dijo Vasco.

—Sí, Bert... A propósito, lo felicito. Falló en el momento escogido, pero acertó en todo lo demás.

—Gracias. Señor presidente, cuando habla de consolidarse está aludiendo a la gente, ¿verdad?

—Seguro —Ryan y el resto asintieron. Consolidar un gobierno significaba esencialmente que la gente se acostumbrara al nuevo sistema y lo aceptara.

—Señor, si está pensando en la cantidad de iraquíes que tendrán que acostumbrarse a este nuevo gobierno, compare esa cantidad con la población de los estados del Golfo. Es un gran salto en términos de distancia y territorio, pero no en términos de población —dijo Vasco, recordándoles a todos que, aunque Arabia Saudita era más grande que todo Estados Unidos al este del Mississippi, tenía menos población que el área metropolitana de Filadelfia.

—Por el momento no van a hacer nada —objetó Adler.

—Pero podrían. Depende de a qué aluda con “por el momento”, señor secretario.

—Irán tiene demasiados problemas internos —empezó a decir Goodley.

A Vasco le estaba gustando atraer la atención presidencial y decidió tomar la posta.

—No subestimen la dimensión religiosa —advirtió—. Es un factor unificador que podría borrar o al menos suprimir los problemas internos. La bandera lo dice. El nombre del país lo dice. En todo el mundo

la gente ama a los ganadores. Daryaei seguramente parece un ganador ahora, ¿o no? Otra cosa.

—¿Cuál, Bert? —preguntó Adler.

—¿Vieron la bandera? Las dos estrellas son demasiado pequeñas —dijo Vasco pensativamente.

—¿Y entonces? —preguntó Goodley. Ryan volvió a mirar al locutor. La bandera seguía allí y...

—Y entonces... hay lugar para muchas más.

Era tal como lo había soñado, pero la culminación de un sueño siempre supera a su contemplación, porque ahora los vítores eran reales y acariciaban sus oídos desde afuera, no desde adentro. Mahmoud Haji Daryaei había llegado antes del alba. Al salir el sol había entrado a la mezquita central, quitándose los zapatos y lavándose las manos y los antebrazos porque un hombre siempre debía estar limpio ante su Dios. Había escuchado humildemente el llamado diario a los fieles desde el minarete. Ese día los fieles no se dieron vuelta en la cama para dormir unas horas más. Ese día acudieron en rebaño a la mezquita, en un gesto de devoción que lo conmovió hasta la médula. Superado por la emoción, Daryaei apreció la singularidad del momento. Ríos de lágrimas bañaron sus mejillas oscuras y marcadas. Había cumplido la primera de sus misiones. Había cumplido los deseos del profeta Mahoma. Había devuelto una medida de unidad a la Fe, el primer paso de su búsqueda sagrada. Envuelto en el reverente silencio que siguió a las plegarias matinales, Daryaei se levantó y salió a la calle. La multitud lo reconoció. Para desesperación de sus custodios el religioso siguió avanzando, retribuyendo los saludos de la gente primero estupefacta y luego extasiada de ver al antiguo enemigo de su país caminando entre ellos en calidad de huésped.

Ninguna cámara registró el momento. Momentos como ése no debían ser contaminados por la publicidad y, aunque eso entrañaba un riesgo, Daryaei lo aceptó. Lo que estaba haciendo le diría la verdad. Le hablaría del poder de su Fe y de la renovada fe de ese pueblo. Le diría si su búsqueda merecía o no la bendición de Alá, porque Daryaei era verdaderamente humilde y siempre hacía lo que debía hacer, no por él, sino por su Dios. A menudo se preguntaba por qué otra razón habría elegido una vida de peligros y privaciones. La multitud pronto se transformó en turba. Unas personas que jamás había visto antes le abrían paso entre la masa de cuerpos y aplausos, de modo que sus viejas piernas pudieran seguir su camino mientras sus ahora serenos ojos lloraban a mares y miraban a derecha e izquierda, preguntándose si lo esperaría algún peligro y encontrando solamente una inmensa alegría que era espejo de la suya. Miraba a la multitud exultante como un abuelo a su proge, sin sonreír, compuesto, aceptando el amor y el respeto que le prodigaban, prometiéndoles grandes cosas con mirada benigna, porque los grandes acontecimientos siempre son seguidos de otros grandes acontecimientos, y había llegado el momento largamente esperado.

—Entonces, ¿qué clase de hombre es? —preguntó Estrella de Cine. De Frankfurt había volado a Atenas, de allí a Beirut, y por último a Teherán. Conocía a Daryaei sólo de nombre.

—Conoce el poder —respondió Badrayn, escuchando las demostraciones. Supuso que tendrían que ver con la paz. La guerra entre Irán e Irak había durado casi una década. Habían muerto niños. Los cohetes habían destrozado ciudades en ambos países. El costo humano jamás sería recuperado y, aunque la guerra había terminado hacía años, recién ahora acababa de terminar por completo... según el corazón, no según la ley. Tal vez se tratara de la ley de Dios, diferente de la ley del hombre. Él mismo había sentido esa clase de euforia alguna vez. Ya no. Esa clase de sentimientos eran armas de Estado, podían usarse. Hasta hace poco, la gente de allá afuera se lamentaba por lo que tenía o no tenía, cuestionaba la sabiduría de su líder y se quejaba —tanto como podía hacerlo en esa sociedad estrictamente controlada— de la falta de libertad. Las quejas se habían esfumado en el aire y no volverían a aparecer... ¿hasta cuándo? Ése era el gran interrogante... y por eso había que usar convenientemente la euforia del momento. Daryaei, naturalmente, lo sabía.

—¿Entonces —dijo Badrayn, apagando el ruido de los fieles—, de qué te has enterado?

—Lo más interesante fue mirando televisión. El presidente Ryan se está manejando bien pero tiene dificultades. El gobierno todavía no funciona del todo. La cámara baja del Parlamento aún no ha sido reemplazada... habrá elecciones el mes próximo. Ryan es popular. A los norteamericanos les encanta hacer encuestas —explicó—. Llamamos por teléfono a la gente y le hacemos preguntas... sólo a unos miles, no a todos, y a partir de eso elaboran estadísticas.

—¿Con qué resultado?

—La inmensa mayoría aparentemente aprueba lo que está haciendo Ryan... pero en realidad no está haciendo nada más que continuar. Ni siquiera ha elegido un vicepresidente.

Badrayn lo sabía, pero desconocía los motivos.

—¿Por qué? —preguntó.

Estrella de Cine sonrió.

—Yo me hice la misma pregunta. El Parlamento en pleno debe aprobar al vicepresidente y todavía no ha sido restablecido del todo. Seguirá así por un tiempo. Además está el problema con el ex vicepresidente, ese Kealty, que se autoproclama presidente... y este Ryan no lo manda a la cárcel. El sistema legal norteamericano no se ocupa eficazmente de la traición.

—¿No podríamos matar a Ryan...?

Estrella de Cine negó con la cabeza.

—Sería muy difícil. Me llevó toda una tarde recorrer Washington. La seguridad es muy estricta en el palacio. No está abierto a visitas turísticas. La calle del edificio está cerrada. Me senté en un banco durante una hora, fingiendo leer, para vigilar los alrededores. Hay tiradores en todos los edificios vecinos. Supongo que tendríamos ocasión de matarlo durante uno de sus viajes oficiales, pero eso requeriría

un planeamiento escrupuloso que no tenemos tiempo de hacer. Y por lo tanto, sólo nos queda una opción...

—Sus hijos —concluyó Badrayn.

Dios mío, casi nunca los veo, pensó Jack. Acababa de salir del ascensor acompañado por Jeff Raman. Miró su reloj. Un minuto pasada la medianoche.

Maldición. Se las había ingeniado para compartir una rápida cena con Cathy y los niños antes de bajar corriendo para proseguir con sus reuniones y lecturas y ahora... todos estarían durmiendo.

El pasillo del segundo piso era un lugar solitario, demasiado ancho para dar la sensación de intimidad de un hogar verdadero. Había tres agentes a la vista y un oficial subalterno custodiando “el Football” lleno de códigos nucleares. Todo estaba en calma debido a la hora avanzada, pero daba la impresión de ser una empresa de pompas fúnebres y no una casa habitada por una familia. Nada de desorden, nada de juguetes desparramados sobre la alfombra, nada de vasos vacíos frente al televisor. Demasiado ordenado, demasiado limpio, demasiado frío. Y siempre había alguien rondando. Raman miró a los otros agentes, que asintieron. El asentimiento significaba literalmente “O.K., todo está en orden”. *Nadie armado en las inmediaciones*, pensó Ryan. *Soberbio*.

Los dormitorios estaban demasiado apartados. Dobló a la derecha, rumbo al de Katie. Abrió suavemente la puerta y vio a su hija menor, recién graduada de la cuna a la cama, tendida de costado y abrazada a un peludo osito de color marrón. Todavía usaba enteritos con pie para dormir. Jack recordó que Sally también los usaba y pensó que todos los niños parecían pequeños paquetes con esa clase de indumentaria. Pero ahora Sally soñaba con comprar prendas íntimas en Victoria Street y el Pequeño Jack —que últimamente había empezado a objetar lo de “pequeño”— insistía en usar calzoncillos “boxer” porque era la moda entre los niños de su edad, y además debían tener el elástico un poco flojo, porque lo más “in” de todo era el riesgo de que se cayeran. Bueno, todavía le quedaba una niña. Se acercó a la cama y contempló a Katie, disfrutando los encantos de la paternidad. Miró a su alrededor. Otra vez, el cuarto estaba antinaturalmente limpio y ordenado. No había un solo juguete en el suelo. Todo estaba en su lugar. La ropa que Katie usaría al día siguiente estaba prolijamente colgada en un perchero de madera. Hasta los zoquetes blancos estaban doblados junto a los diminutos pantalones estampados con animalitos de los dibujos animados. ¿Acaso era vida para una niña? Parecía una película de Shirley Temple... una escena de clase alta que siempre lo había hecho preguntarse: *¿La gente vive así de verdad?*

La gente normal no, sólo la realeza y la familia de un hombre sentenciado a la presidencia. Jack sonrió resignado y salió de la habitación. El agente Raman cerró la puerta por él. Ni siquiera le permitían hacer *eso*. Ryan estaba seguro de que, en algún lugar del edificio,

un tablero electrónico habría indicado que la puerta había sido abierta y cerrada. Probablemente los sensores habrían informado que alguien había entrado al cuarto y, también probablemente, alguien habría interrogado por radio al Servicio y se habría enterado de que SWORDSMAN había pasado a ver a SANDBOX.

Metió la cabeza en la habitación de Sally. Su hija mayor también estaba dormida, soñando con algún compañero de clase seguramente... Kenny era su nombre, ¿no? Un muchachito calmo y aplomado. El piso del dormitorio del Pequeño Jack había sido mancillado por una revista de historietas, pero su camisa blanca estaba impecablemente planchada y alguien le había lustrado los zapatos.

Otro día perdido, pensó el presidente. Miró a su guardaespaldas.

—Buenas noches, Jeff.

—Buenas noches, señor —respondió el agente Raman junto a la puerta del dormitorio principal. Ryan lo saludó con un gesto y Raman esperó que se cerrara la puerta. Luego miró a derecha e izquierda, a los otros agentes de la Custodia Personal. Acarició con la mano derecha la pistola de servicio y sus ojos sonrieron secretamente, saboreando lo que podría haber pasado. Aún no le habían respondido. Bueno, su contacto habría tomado las mayores precauciones, igual que él. Esa noche Aref Raman tenía el deber de supervisar a toda la Custodia. Caminó por el corredor, saludando a los agentes de guardia y haciendo preguntas inocuas. Luego subió al Departamento de Estado y salió a tomar un poco de aire, estirar las piernas y echar un vistazo al perímetro de vigilancia donde, también, todo estaba en calma. Había un grupo de protesta en Lafayette Park pero a esa hora de la noche los manifestantes permanecían acurrucados, fumando... no sabía exactamente qué, pero tenía sus sospechas. ¿Tal vez hashish?, especuló con una sonrisa críptica. Sería gracioso. Más allá del grupo sólo se oían los ruidos del tránsito, una sirena lejana al este y los agentes en sus puestos, tratando de mantenerse despiertos hablando de basketball, de hockey o de lo que fuera, escrutando la oscuridad en busca de peligros ocultos entre las sombras de la ciudad. Están mirando en la dirección equivocada, pensó Raman, yendo hacia el puesto de comando.

—¿Es posible raptarlos?

—A los dos mayores no. Demasiado inconveniente, demasiado difícil. Pero sí es posible raptar a la más chica. Aunque sería peligroso... y costoso —lo previno Estrella de Cine.

Badrayn asintió. Eso significaba escoger gente particularmente confiable. Daryaei tenía esa clase de gente. Era obvio, teniendo en cuenta lo que había pasado en Irak. Estudió los diagramas en silencio durante unos minutos mientras su huésped miraba por la ventana. La demostración continuaba. Ahora gritaban “¡Muerte a Estados Unidos!”. Las multitudes y los que las organizaban tenían mucha experiencia con ese mantra.

—¿Cuál es exactamente la misión, Ali? —preguntó Estrella de Cine.

—La misión estratégica sería evitar que Estados Unidos interfiera con nosotros —Badrayn levantó la vista. A partir de ahora, *nosotros* significaba lo que se le antojara a Daryaei.

Los nueve, comprobó Moudi. Él mismo había hecho los análisis de anticuerpos. Había repetido tres veces cada análisis... y todos eran positivos. Los nueve estaban infectados. En beneficio de la seguridad general les habían dado drogas, prometiéndoles que pronto se recuperarían... y así sería hasta que se determinara que la enfermedad había sido transmitida en toda su virulencia, no atenuada por la reproducción en el grupo anterior de portadores. Principalmente se les aplicaban dosis de morfina para mantenerlos tranquilos y atontados. Primero Benedict Mkusa, después la hermana Jean Baptiste, después diez criminales, y ahora nueve criminales más. Veintidós víctimas, contando a la hermana María Magdalena. Se preguntó si Jean Baptiste todavía estaría rezando por él en el Paraíso. No.

Sohaila, pensó el doctor MacGregor, releendo sus notas. Estaba enferma pero estable. La temperatura había bajado un grado y la niña estaba ocasionalmente alerta. Primero creyó que se trataba del malestar posterior a un viaje largo en avión. Hasta que vio sangre en sus vómitos y sus heces, pero eso había pasado... ¿Envenenamiento por alimentos en mal estado? Hubiera sido un diagnóstico posible. Probablemente la niña había comido lo mismo que el resto de su familia pero le había tocado un pedazo de carne en mal estado. O tal vez había hecho lo que hacen todos los niños, comer alguna porquería del suelo o vaya a saber qué. Esos casos se presentan todas las semanas en todos los consultorios médicos del mundo y eran muy comunes entre la comunidad occidental residente en Kartum. Pero Sohaila era de Irak, igual que el paciente Saleh. Había repetido los análisis de anticuerpos de este último y no tenía dudas. El guardaespaldas estaba gravemente enfermo, y a menos que su sistema inmunológico se recompusiera...

Los niños, recordó MacGregor un tanto azorado, tienen poderosos sistemas inmunológicos, mucho más eficaces que los de los adultos. La razón de que los niños presenten síntomas de enfermedad y picos de fiebre en cuestión de horas es que, a medida que crecen, se ven expuestos por primera vez a toda clase de agentes externos. Cuando uno de esos organismos ataca a un niño, el sistema inmunológico se defiende creando anticuerpos que derrotarán a ese enemigo particular (paperas, sarampión y todo el resto) cada vez que reaparezca... y, en la mayoría de los casos, ya la primera vez lo derrotan rápidamente, por eso un niño puede padecer fiebre alta un día y salir a jugar al parque al día siguiente, otra característica de la infancia que primero aterra y luego ofende a los padres. Las denominadas "enfermedades de la infancia" son las que se *derrotan* en la infancia. Un adulto expuesto a ellas por primera vez afrontará peligros mayores: las paperas pueden

dejar impotente a un hombre sano, la varicela puede *matar* adultos, el sarampión ha aniquilado pueblos enteros. ¿Por qué? Porque a pesar de su aparente fragilidad el bebé humano es uno de los organismos más fuertes que existen. Las vacunas contra enfermedades infantiles no se inventaron para salvar a la mayoría sino a unos pocos que, por alguna razón (probablemente genética, pero eso todavía se estaba investigando), son inusualmente vulnerables. Hasta la polio, una devastadora enfermedad neuromuscular, causó daños permanentes apenas a una fracción de sus víctimas... en su mayoría niños. Y ya se sabe que los adultos protegen a los niños con una ferocidad asociada al reino animal —y muy adecuadamente, pensó MacGregor, porque la psiquis humana está programada para mostrar solicitud hacia los niños—, y por eso tantos esfuerzos científicos se dedicaban al bienestar de los niños... ¿A dónde lo estaba llevando esa línea de pensamiento? Con demasiada frecuencia su cerebro seguía su propio camino, como si paseara por una biblioteca de ideas buscando la referencia correcta, la conexión correcta...

Saleh había venido de Irak.

Sohaila también había venido de Irak.

Saleh tenía Ébola.

Sohaila tenía síntomas de gripe, o de envenenamiento, o de...

Pero inicialmente Ébola se presentaba como...

—Dios mío —suspiró MacGregor. Abandonó su escritorio y sus notas y fue a la habitación de Sohaila. En el camino consiguió una jeringa y algunos tubos de ensayo. La niña se asustó un poco al ver la aguja, pero MacGregor era muy diestro y terminó antes de que empezara a llorar, problema que dejó en manos de su madre, que pasaba la noche con ella.

¿Por qué no hice antes este análisis? El joven médico estaba furioso consigo mismo. *Maldición.*

—Oficialmente no están aquí —informó el funcionario del Ministerio del Exterior al funcionario del Ministerio de Salud. ¿Cuál es, exactamente, el problema?

—Tiene el virus de Ébola. —El otro se enderezó en la silla, parpadeó atónito y se apoyó en el escritorio para preguntar:

—¿Está seguro?

—Absolutamente —confirmó el médico sudanés—. Vi el resultado de los análisis. El médico que atiende el caso es Ian MacGregor, uno de nuestros residentes británicos. Es excelente.

—¿Alguien más lo sabe?

—No. —El sudanés negó enfáticamente con la cabeza. —No hay razones para entrar en pánico. El enfermo está completamente aislado. El personal del hospital conoce su oficio. Supuestamente debemos notificar a la Organización Mundial de la Salud e informarles sobre el caso...

—¿Está seguro de que no hay riesgo de epidemia?

—Ninguno. Ya le dije que se han tomado todas las precauciones.

Ébola es una enfermedad peligrosa, pero sabemos cómo tratarla —respondió el médico, tal vez con excesiva confianza.

—¿Entonces por qué deben notificar a la OMS?

—Porque en estos casos envían un equipo médico para supervisar la situación, aconsejar procedimientos y buscar el foco infeccioso local, de modo que...

—Ese paciente, Saleh, no se contagió aquí... ¿no?

—No. Si tuviéramos ese problema ya nos habríamos enterado —aseguró.

—Entonces, si no hay riesgos de propagar la enfermedad y fue él quien la trajo aquí, ¿eso implicaría que la salud pública de nuestro país no corre peligro?

—Correcto.

—Ya veo. —Miró por la ventana. La presencia de los ex funcionarios iraquíes en Sudán todavía era un secreto y su país estaba sumamente interesado en que lo siguiera siendo. Guardar un secreto equivalía a no contárselo a nadie. A nadie. Miró al médico.

—Usted *no* notificará a la OMS. Si se diera a conocer la presencia de ese iraquí en nuestro país tendríamos dificultades diplomáticas.

—Será un problema. El doctor MacGregor es joven e idealista y...

—Hágaselo saber. Si pone objeciones, enviaré a otra persona a hablar con él —dijo el funcionario, enarcando una ceja. Era una advertencia que no podía pasar desapercibida.

—Como guste.

—¿Saleh sobrevivirá?

—Probablemente no. El índice de mortalidad es ocho de cada diez y sus síntomas progresan aceleradamente.

—¿Tiene idea de cómo contrajo la enfermedad?

—En absoluto. Niega haber estado en África antes, pero esa clase de gente no siempre dice la verdad. Puedo volver a preguntarle.

—Sería útil.

EL PRESIDENTE TIENE EN VISTA CONSERVADORES PARA LA CORTE SUPREMA, decía el titular. El staff de la Casa Blanca nunca duerme: ése es un privilegio ocasionalmente concedido a POTUS. La primera edición de los diarios llegaba cada madrugada mientras el resto de la ciudad dormía y el personal se encargaba de identificar los temas particularmente interesantes para el gobierno. Los recortes se reunían en una carpeta y luego eran fotocopiados para el *Early Bird*, una publicación informal cuyo objetivo era que los poderosos supieran qué estaba pasando... o al menos lo que la prensa suponía que estaba pasando, lo cual a veces era cierto, a veces falso... y otras veces mitad y mitad.

—Tenemos una fuga importante —dijo una de ellos, recortando con un cuchillo X-Acto la noticia del *Washington Post*.

—Así parece. También parece estar cerca —acotó su compañera, haciendo otro tanto con el *Times*.

Un documento interno del Departamento de Justicia incluye la

lista de jueces cuya posible nominación para ocupar los nueve asientos vacantes en la Corte Suprema está siendo considerada por la administración Ryan.

Todos los jueces incluidos en dicha lista pertenecen a la Corte de Apelaciones. La lista es altamente conservadora. No hay en ella un solo juez designado por los presidentes Fowler y Durling.

Ordinariamente la lista de nominados se remite primero a un comité del Colegio de Abogados de Estados Unidos, pero en este caso la lista fue preparada internamente por funcionarios de carrera del Departamento de Justicia supervisados por Patrick Martin, fiscal de carrera y actual director de la División Criminal.

—A la prensa no le gustó nada.

—¿Eso te parece malo? Lee antes este editorial. Realmente respondieron rápido.

Nunca habían trabajado tanto. La misión se había convertido en dieciséis horas de trabajo diario, poca cerveza por las noches, comida rápida... y un aparato de radio como único entretenimiento. En ese momento el volumen estaba muy alto. Habían puesto plomo a hervir. El equipo era el mismo que usaban los plomeros: un tanque de propano con un quemador arriba, como un cohete invertido, encima del cual había un recipiente metálico lleno de plomo, que la llama rugiente mantenía en estado líquido. Con el recipiente había venido una cuchara. La cuchara se sumergía en el plomo hirviente y, una vez colmada, su contenido se vertía en moldes para balas. Los moldes eran calibre .58 para rifles cargables por la boca, parecidos a los que los montañeses originales habían llevado al oeste allá por 1820. Los habían pedido por catálogo. Eran diez en total, con cuatro cavidades por molde.

Hasta el momento, pensaba Ernie Brown, las cosas iban bien, especialmente en cuanto a la seguridad. El fertilizante no era una sustancia controlada. Tampoco la nafta. Tampoco el plomo. Además, habían comprado en más de un lugar para no agitar el avispero.

Seguía siendo una tarea servil que consumía mucho tiempo pero, como decía Pete, Jim Bridger no había llegado en helicóptero al oeste. No, había hecho todo el trayecto a caballo, indudablemente con un par de mulas, recorriendo tal vez quince o veinte millas por día, cazando un castor de vez en cuando. Todo lo había hecho duramente, solo, cruzándose en ocasiones con otro de su misma clase y cambiando sus pieles por alcohol o tabaco. Entonces, lo que ellos estaban haciendo entraba en la tradición. Eso era importante.

Pete estaba encargado de verter el plomo con la cuchara y, en el tiempo transcurrido desde el primer molde hasta el último, el plomo del primero endurecía tanto que, una vez sumergido en agua y abierto el molde, los proyectiles estaban completamente formados y solidificados. Luego los proyectiles eran arrojados a un tambor de petróleo vacío y los moldes volvían a su posición original. Ernie juntaba el plomo derramado y lo arrojaba al recipiente metálico para no desperdiciar nada.

Lo único verdaderamente difícil había sido conseguir el camión de cemento, pero leyendo los diarios locales habían encontrado un remate de un contratista que dejaba el negocio y por apenas u\$s 21.000 habían conseguido un vehículo de tres años de antigüedad, con caja Mack, solamente 70.567,1 millas en el odómetro y en muy buena forma. Lo habían entrado de noche, y ahora estaba estacionado en el establo, a veinte pies de distancia, apuntándolos con sus faroles delanteros que semejaban un par de ojos.

El trabajo era servil y repetitivo, pero hasta eso ayudaba. En la pared del establo habían colgado un mapa de la ciudad de Washington y, mientras vertía el plomo, Ernie lo miraba de vez en cuando, tratando de hacer coincidir el diagrama impreso en el papel con su propia imagen mental. Conocía todas las distancias y la distancia era el factor primordial. Los del Servicio Secreto se creían muy astutos. Habían cerrado Pennsylvania Avenue con el único propósito de impedir que cayeran bombas sobre la casa del presidente. Demonios, a decir verdad no eran tan astutos. Algo se les había pasado por alto.

—Pero *tengo que hacerlo* —dijo MacGregor—. Estamos *obligados*.

—No lo hará —le advirtió el funcionario del Ministerio de Salud—. No es necesario. El Paciente Índice trajo la enfermedad con él. Usted ha iniciado el tratamiento adecuado. El personal está haciendo lo suyo... los entrenó muy bien, Ian —agregó para atenuar el calor del momento—. A mi país no le convendría que se corriera la voz. Discutí el tema en el Ministerio del Exterior y llegamos a la conclusión de que esto no debe saberse. ¿Está claro?

—Pero...

—Si se empeña en contradecirnos, tendremos que pedirle que abandone el país.

MacGregor se ruborizó. Tenía la piel pálida y su cara demostraba su estado emocional. Ese bastardo podía hacer, y seguramente haría, otra llamada, y un policía —así los llamaban, aunque decididamente no eran civilizados y amistosos como los de Edimburgo— iría a su casa y le ordenaría empacar para llevarlo al aeropuerto. Eso mismo le había pasado a un londinense por alertar bruscamente a un funcionario gubernamental sobre los peligros del SIDA. Si se iba tendría que abandonar a sus pacientes. El funcionario sabía que ése era su punto vulnerable, su talón de Aquiles. Y MacGregor sabía que el funcionario lo sabía. Joven y dedicado, atendía a sus pacientes a sol y a sombra y no se resignaría fácilmente a dejarlos en manos de otros, mucho menos en África, donde había tan pocos médicos competentes.

—¿Cómo está el paciente Saleh?

—Dudo que sobreviva.

—Es una desgracia, pero no puede evitarse. ¿Tenemos alguna idea de cómo se contagió la enfermedad?

Ian MacGregor volvió a ruborizarse.

—No, ¡y no es lo más importante!

—Hablaré con él.

No creo que pueda escucharte a tres metros de distancia, pensó MacGregor. Pero tenía cosas más importantes en qué pensar.

Los análisis de Sohaila también habían dado positivo. Pero estaba mejorando. La temperatura había bajado medio grado más. Había dejado de sangrar por vía gastrointestinal. MacGregor había repetido varios análisis y revisado otros. El hígado de la paciente Sohaila funcionaba casi normalmente. Estaba seguro de que sobreviviría. De algún modo se había contagiado Ébola y de algún modo lo había derrotado... pero desconociendo lo primero sólo podía hacer suposiciones vagas sobre lo segundo. A veces pensaba que Sohaila y Saleh se habían contagiado del mismo modo... no, no exactamente. Por formidables que fueran las defensas inmunitarias de un niño no eran *tanto* más poderosas que las de un adulto sano, y Saleh no tenía problemas de salud previos. Al contrario. Pero el adulto estaba agonizando y la niña iba a sobrevivir. ¿Por qué?

¿Qué otros factores habían participado en ambos casos? No había epidemia de Ébola en Irak... jamás la había habido, y tratándose de un país tan populoso... ¿Irak no tenía un programa de guerra biológica? ¿Habrían sufrido una epidemia y lo habrían ocultado? Pero no, era imposible, el gobierno de Irak estaba en medio de un torbellino. Eso decían los noticieros. Hubiera sido imposible guardar un secreto como ése en semejantes circunstancias. Cundiría el pánico.

MacGregor era médico, no detective. Los médicos capaces de cumplir ambas funciones trabajaban para la Organización Mundial de la Salud, el Instituto Pasteur en París y el CDC en Estados Unidos. No eran tan brillantes como él, aunque sí más experimentados y con otra preparación.

Sohaila. Tenía que atender su caso, seguir analizando su sangre. ¿Todavía podría infectar a otros? Tendría que leer todo lo que encontrara al respecto. Lo único que sabía por ahora era que un sistema inmunológico estaba ganando y otro estaba perdiendo. Tendría que seguir el caso si quería saber más. Tal vez más adelante pudiera notificar a la OMS, pero ahora debía quedarse para aprender.

Además, ya había enviado las muestras de sangre al Pasteur y al CDC sin avisarle a nadie. Ese burócrata fanfarrón no lo sabía y, si había llamadas telefónicas, serían al hospital y a MacGregor. Haría correr la voz. Les diría cuál era el problema político. Podría hacer algunas preguntas y responder otras. Valía la pena someterse.

—Como guste, doctor —dijo—. Tendrá que tomar las precauciones necesarias.

Ondas y olas

La deuda se saldaría esa misma mañana y, una vez más, el presidente Ryan tuvo que sufrir los embates del maquillaje y el fijador para cabello.

—Al menos deberíamos tener un buen sillón de peluquería —observó Jack mientras la señora Abbot cumplía afanosamente su deber. El día anterior se había enterado de que el barbero presidencial se presentaba en el Despacho Oval y hacía su trabajo en la mismísima silla giratoria del presidente. Para los del Servicio Secreto debía ser una formidable amenaza tener allí un hombre pertrechado con tijeras y apoyando una filosa navaja a una pulgada de la carótida presidencial. Bueno, Arnie, ¿qué debo hacer con el señor Donner?

—Número uno, preguntará todo lo que se le ocurra. Eso significa que tendrás que pensar las respuestas.

—Siempre trato de hacerlo, Arnie —observó Ryan con el ceño fruncido.

—Dejarás en claro que eres un simple ciudadano, no un político. Tal vez no le importe a Donner, pero sí le importará a la gente que esta noche mirará la entrevista —aconsejó Van Damm. Espérate un zarpazo sobre el asunto de la corte.

—¿Quién filtró la información?

—Nunca lo sabremos y tu empeño en descubrirlo te hace parecido a Nixon.

—¿Por qué demonios, haga lo que haga, alguien...? Maldita sea —Ryan suspiró mientras Mary Abbot terminaba de retocarle el cabello—. Se lo dije a George Winston, ¿no?

—Estás aprendiendo. Si ayudas a cruzar la calle a una anciana las feministas dirán que fue un gesto paternalista. Si no la ayudas, la AARP dirá que eres insensible a las necesidades de los ancianos. Lo mismo pasará con todos los grupos de interés. Todos tienen agendas, Jack, y sus agendas les importan muchísimo más que tú. La idea es ofender a la menor cantidad de gente posible. No es lo mismo que no ofender a nadie. Si tratas de no ofender a nadie los ofenderás a todos —explicó el jefe de staff.

Ryan abrió mucho los ojos.

—¡Lo tengo! —exclamó—. Diré algo que ofenda a todos por igual... y entonces todos me amarán.

Arnie no estaba de humor.

—Y cada broma que digas le molestará a alguien. ¿Por qué?

Porque el humor siempre es cruel con alguien y, para comenzar, alguna gente ni siquiera tiene sentido del humor.

—En otras palabras, allá afuera hay un montón de gente que *quiere* enfurecerse con alguien y yo soy el blanco más atractivo.

—Estás aprendiendo —observó Van Damm con una sonrisa aprobatoria. No podía disimular que la entrevista lo preocupaba.

—Tenemos barcos en pre-posicionamiento marítimo en Diego García —dijo Jackson, señalando el lugar exacto en el mapa.

—¿Cuántos? —preguntó Bretano.

—Acabamos de reconfigurar la TOE...

—¿Qué es eso?

—La Tabla de Organización y Equipamiento. —El general Michael Moore era el jefe de staff del ejército. Había comandado una brigada de la Primera División Acorazada en la guerra del Golfo Pérsico—. Hay pertrechos suficientes para una brigada pesada, más todos los insumos necesarios para un mes de operaciones de combate. Además, tenemos algunas unidades en Arabia Saudita. El equipamiento es casi todo nuevo: tanques de batalla M1A2, Bradleys, MLRS. Los nuevos carros de artillería llegarán dentro de tres meses. Los sauditas —agregó— han colaborado con el financiamiento. Parte de los equipos les pertenece técnicamente, se supone que como reserva para su ejército, pero nosotros nos encargamos del mantenimiento y lo único que necesitamos es gente que los saque de los depósitos.

—Si piden ayuda, ¿quién iría primero?

—Depende —contestó Jackson. Probablemente el primero sería un ACR... Regimiento Acorazado de Caballería. Para una emergencia real enviaríamos al Décimo ACR que combatió en el desierto de Negev. Podríamos hacerlo en menos de un día. Para ejercicios, el Tercero ACR de Texas o el Segundo de Louisiana.

—Señor secretario, un ACR es una formación bien balanceada del tamaño de una brigada. Muchos dientes y poca cola. Los ACR saben cuidarse muy bien y el enemigo siempre pensará un poco antes de atacarlos —explicó Mickey Moore—. Sin embargo, si deben permanecer bastante tiempo en un lugar necesitarán un batallón de apoyo en combate... tropas suplementarias de refuerzo.

—Todavía tenemos un portaaviones en el océano Índico... ahora está en Diego con el resto de las embarcaciones para darle un respiro a la tripulación —prosiguió Jackson, pensando que el atolón estaría plagado de marineros. *Sólo de marineros*. Bueno, por lo menos podrían beber unas cervezas, estirar un poco las piernas y jugar softball—. También tenemos un F-16 —en realidad, más de uno— en el Negev. Es parte de nuestro compromiso con la seguridad de Israel. Ése y el Décimo de Caballería son excelentes. Su misión permanente es entrenar al IDF y suelen estar muy ocupados.

—A los soldados les encanta entrenar, señor secretario. Lo prefieren a cualquier otra cosa —agregó el general Moore.

—Necesito salir al ruedo y ver personalmente estas cosas

—observó Bretano—. En cuanto solucione el tema del presupuesto. En fin, es un decir. Suena imponente, caballeros.

—Lo es, señor —acotó Jakson—. No lo suficiente para pelear una guerra pero sí para desalentarla, si llegara el caso.

—¿Habrá otra guerra en el Golfo Pérsico? —preguntó Tom Donner.

—No veo razones para que la haya —replicó el presidente. Lo más difícil era controlar la voz. Era una respuesta cautelosa, pero sus palabras debían sonar firmes y positivas. También era otra forma de mentira, porque la verdad podría cambiar la ecuación. Tal era la naturaleza del “espín” (o rotación), un juego tan falso y artificial que había llegado a convertirse en una suerte de realidad internacional. Decir que algo no era cierto para mejor servir a la verdad. Churchill ya lo había dicho: en época de guerra, la verdad era tan preciosa que necesitaba un escudo de mentiras. ¿Y en época de paz?

—Pero nuestras relaciones con Irán e Irak hace tiempo que no son amistosas.

—El pasado es el pasado, Tom. Nadie puede cambiarlo, pero podemos aprender de él. No hay razones que justifiquen la animosidad entre Estados Unidos y los países de esa región. ¿Por qué tendríamos que ser enemigos? —preguntó retóricamente el presidente.

—¿Entonces hablaremos con la República Islámica Unida? —preguntó Donner.

—Siempre estamos dispuestos a hablar, especialmente para fomentar relaciones amistosas con otros países. El Golfo Pérsico es una región muy importante para el mundo entero. A todos nos interesa que esa región tenga paz y estabilidad. Ya hubo suficientes guerras. Irán e Irak pelearon durante —¿cuánto?— ocho años con un enorme costo humano para ambos. A eso podemos sumar todos los conflictos entre Israel y sus vecinos. Suficiente es suficiente. Ahora acaba de nacer una nueva nación. Este nuevo país tiene mucho trabajo por delante. Sus ciudadanos tienen necesidades y, afortunadamente, también tienen los recursos necesarios para satisfacerlas. Les deseamos lo mejor. Y si podemos ayudarlos, lo haremos. Estados Unidos siempre ha estado dispuesto a tender la mano de la amistad.

Hubo una breve interrupción, probablemente para un comercial. La entrevista se transmitiría esa misma noche, a las nueve en punto. Donner le cedió el lugar a su colega John Plumber, quien condujo el tramo siguiente.

—Entonces, ¿le agrada ser presidente?

Ryan ladeó un poco la cabeza y sonrió.

—Todo el tiempo me digo que no fui electo, sino sentenciado. ¿Honestamente? Las horas son largas, el trabajo es duro, mucho más duro de lo que pensaba, pero he tenido mucha suerte. Arnie van Damm es un genio de la organización. El staff de la Casa Blanca es excelente. He recibido miles de cartas de apoyo de la gente y me

gustaría aprovechar esta oportunidad para agradecerles y hacerles saber que realmente me ayudan con sus mensajes solidarios.

—Señor Ryan —Jack supuso que su doctorado ya no tenía importancia—, ¿qué cosas piensa cambiar? —preguntó Plumber.

—Depende de lo que entienda por “cambiar”, John. Mi tarea principal es hacer que el gobierno funcione. En ese caso, no se trata de “cambiar” sino de “restaurar”. Todavía no tenemos un Congreso —no lo tendremos hasta que se restablezca la Casa de Representantes— y por lo tanto no puedo presentar un presupuesto. Traté de elegir buena gente para los puestos de Gabinete. Su trabajo es lograr que sus respectivos departamentos funcionen eficazmente.

—Su secretario del Tesoro, George Winston, ha sido criticado por su abrupto deseo de cambiar el código impositivo federal —dijo Plumber.

—Lo único que puedo decir es que apoyo absolutamente al secretario Winston. El código impositivo es irracionalmente complicado y eso es injusto. Lo que Winston se propone hacer no afectará la renta pública. Y tal vez esté siendo demasiado pesimista. El efecto neto será un aumento de la renta pública gracias al ahorro administrativo en otras áreas.

—Pero ha habido muchísimos comentarios adversos acerca de la naturaleza regresiva...

Ryan alzó la mano.

—Un momento. John, uno de los problemas de esta ciudad es el retorcimiento del lenguaje. Repartir el peso equitativamente entre todos no es regresivo. Esa palabra significa dar un paso atrás, es decir que los pobres carguen más que los ricos. Ciertamente *no* haremos eso. Si uno utiliza incorrectamente esa palabra confunde a la gente.

—Pero así es como la gente ha descrito el sistema impositivo durante años. —Hacia tiempo que nadie le cuestionaba la gramática a Plumber.

—Eso no quiere decir que sea correcto —señaló Jack—. En cualquier caso, como digo siempre, no soy político, John. Sólo sé hablar de frente. Cobrar a todos la misma tasa de impuestos coincide con lo que el diccionario define como “justo” o “equitativo”. Vamos, John, usted sabe cómo son estas cosas. Tom y usted ganan muchísimo dinero —mucho más que yo— y cada año su abogado y su contador se ocupan de todo. Probablemente haya hecho inversiones destinadas a reducir el pago de impuestos, ¿no? ¿Cómo se produjeron esos agujeros? Muy fácil. Los lobbystas convencieron al Congreso de alterar un poquito la ley. ¿Por qué? Porque los ricos les pagaron para hacerlo. ¿Qué sucede entonces? Que el sistema supuestamente “progresista” es manipulado de manera tal que los ricos no pagan las tasas aumentadas que deben pagar, porque sus abogados y contadores les enseñan cómo engañar al sistema... y lo engañan. Por consiguiente, esas tasas son una mentira, ¿no? Los políticos saben todo esto cuando aprueban las leyes.

”¿A dónde nos lleva todo esto? A ninguna parte, John. No nos lleva a ninguna parte. Es un gran juego, eso es todo. Un juego que nos hace perder tiempo, confunde a la gente y le hace ganar muchísimo

dinero a los que conocen el sistema... ¿y de dónde viene ese dinero? De los ciudadanos, de la gente que paga los platos rotos. Entonces George Winston quiere cambiar el sistema —ambos estamos de acuerdo en eso—, ¿y qué sucede? Los que juegan el juego y conocen el sistema usan las mismas palabras confusas para que parezca que estamos proponiendo algo injusto. Estos personajes conforman el grupo de interés especial más pernicioso y peligroso de Washington.

—Y a usted no le gusta. —John sonrió.

—En cada trabajo que tuve, como inversionista, profesor de historia o lo que fuera, me propuse decir la verdad costara lo que costara. No voy a cambiar ahora. Pero tal vez sí haya que cambiar algunas cosas. Le mencionaré una:

”Tarde o temprano, todos los padres norteamericanos les dicen a sus hijos que la política es un negocio sucio, brutal, desagradable. Su padre se lo habrá dicho. Mi padre me lo dijo... y lo aceptamos como si tuviera sentido, como si fuera normal, correcto y adecuado. Pero *no* lo es, John. Durante años hemos aceptado el hecho de que la política... un momento, antes definamos los términos, ¿de acuerdo? El sistema político es la manera en que gobernamos el país, promulgamos las leyes que todos debemos acatar y ejecutamos impuestos. Todo eso es muy importante, ¿no? Pero al mismo tiempo aceptamos dentro del sistema gente a la que no estaríamos dispuestos a invitar a nuestras casas, a la que no confiaríamos ni un minuto nuestros hijos. ¿No le parece un poco raro, John?

”Dejamos entrar a nuestro sistema político a gente que rutinariamente distorsiona los hechos, que tuerce las leyes para complacer a los patrones que luego ponen dinero en sus campañas. Gente acostumbrada a mentir, lisa y llanamente. Y todos lo aceptamos. Ustedes lo aceptan desde los medios. Pero no aceptarían esa clase de conducta en su profesión, ¿me equivoco? Ni en la medicina, ni en la ciencia, ni en los negocios, ni en la policía.

”Aquí hay algo que no cierra —prosiguió el presidente, inclinándose hacia adelante y hablando apasionadamente por primera vez—. Estamos hablando de *nuestro* país, y los estándares de conducta que exigimos a nuestros representantes no deberían ser tan bajos... de hecho, deberían ser los más altos. Deberíamos exigirles inteligencia e integridad. Por eso estuve dando discursos por el país. John, soy un independiente declarado. No estoy *afiliado* a ningún partido. No tengo otro interés que mejorar las cosas para todos nosotros. Juré hacerlo, y siempre tomo en serio mis juramentos. Bueno, sé que esto le molesta a alguna gente y lo lamento, pero *no* pienso comprometer mis convicciones para complacer a ningún grupo armado de un ejército de lobbystas propio. Estoy aquí para servir a todos los ciudadanos, no a los que hacen más ruido y ofrecen más dinero.

Plumber no demostró entusiasmo por el exabrupto.

—De acuerdo, señor presidente. Para comenzar, ¿qué piensa de los derechos civiles?

—Hasta donde yo sé, la Constitución no distingue colores. Discriminar a alguien por su aspecto, su manera de hablar, la iglesia a la

que concurre o el país de origen de sus ancestros va contra las leyes de nuestro país. Haré que esas leyes se cumplan. Se supone que todos somos iguales a los ojos de la ley, sin importar que la obedezcamos o la violemos. Pero aquellos que la violen tendrán que vérselas con el Departamento de Justicia.

—¿No le parece demasiado idealista?

—¿Y qué tiene de malo el idealismo? —Ryan contestó con otra pregunta—. Además, ¿no nos vendría bien un poco de sentido común de vez en cuando? En lugar de que un grupo reducido de gente siga sacando harina para su propio costal, ¿no sería mejor que todos trabajáramos juntos por una causa común? ¿Acaso no somos todos norteamericanos antes que cualquier otra cosa? ¿Por qué no podemos trabajar juntos y encontrar soluciones razonables a nuestros problemas? Este país no se creó para que cada grupo clavara un cuchillo en la garganta del otro.

—Algunos dirían que ésa es nuestra manera de conseguir que las cosas sean justas y equitativas —observó Plumber.

—Y así, de paso, corrompemos el sistema político.

Tuvieron que parar el reportaje para que los técnicos cambiaran las cintas de las cámaras. Jack miró anhelante la puerta cerrada de la sala de secretarios. Quería un cigarrillo. Se restregó las manos tratando de parecer relajado pero, aunque había tenido la ocasión de decir lo que deseaba desde hacía años, el haberlo hecho lo puso todavía más tenso.

—Las cámaras están apagadas —dijo Tom Donner, recostándose un poco en su silla. ¿Realmente piensa que podrá sacar adelante *algo* de todo esto?

—Si no lo intento al menos, ¿para qué seguir en el puesto? —suspiró Jack—. El gobierno es un desastre. Todos lo sabemos. Pero si nadie trata de componerlo, será cada vez peor.

Donner estaba empezando a simpatizar con él. La sinceridad de Ryan era manifiesta, como si hablara con el corazón en la mano. Pero no terminaba de entender el juego. No era que fuera un mal tipo. Simplemente el puesto le quedaba grande, como decían todos. Kealty tenía razón y, como tenía razón, Donner debía hacer su parte.

—Listos —dijo el productor.

—La Corte Suprema —dijo Donner, haciéndose cargo de la entrevista—. Se dice que está estudiando una lista de posibles jueces para enviar al Senado.

—Sí, es cierto.

—¿Qué puede decirnos de ellos?

—Pedí al Departamento de Justicia que confeccionara una lista de jueces con experiencia en tribunales de apelaciones. La hicieron. Ahora la estoy estudiando.

—¿Qué está buscando, exactamente?

—Estoy buscando buenos jueces. La Corte Suprema es la custodia primordial de la Constitución. Necesitamos gente que comprenda esa responsabilidad e interprete las leyes justamente.

—¿Conservadores estrictos?

—Tom, la Constitución dice que el Congreso hace la ley, el Ejecutivo hace cumplir la ley y las cortes explican la ley.

—Pero históricamente la Corte Suprema ha sido una importantísima fuerza de cambio en nuestro país —acotó Donner.

—Y no todos los cambios fueron buenos. *Dred Scott* inició la guerra civil. *Plessy v. Ferguson* fue una desgracia que hizo retroceder setenta años al país. Por favor, le pido que recuerde que soy lego en cuanto a leyes...

—Por eso el Colegio de Abogados de EE.UU. revisa por rutina los nombramientos judiciales. ¿Les enviará la lista?

—No —Ryan negó con la cabeza—. Primero, todos los jueces de la lista han pasado muchos exámenes para llegar adonde están. Segundo, el Colegio de Abogados también es un grupo con intereses propios, ¿o no? De acuerdo, tienen derecho a proteger los intereses de sus miembros, pero la Corte Suprema es el cuerpo de gobierno que decide la ley para todos y el Colegio de Abogados es una organización de gente que se gana la vida gracias a la ley. ¿Acaso no es un conflicto para la gente que vive de la ley elegir a la gente que la definirá? En cualquier otro campo lo sería, ¿no?

—No todos piensan así.

—Sí, el Colegio de Abogados tiene una importante oficina aquí en Washington, llena de lobbystas —coincidió el presidente—. Tom, mi trabajo no es servir a los grupos de interés. Mi trabajo es preservar, proteger y defender la Constitución al máximo de mis capacidades. Estoy intentando encontrar gente que piense, como yo, que el juramento significa algo. Gente que no guarde ases en la manga.

Donner giró la cabeza.

—¿John?

—Pasó muchos años en la CIA —dijo Plumber.

—Sí, es cierto —admitió Jack.

—¿Haciendo qué? —preguntó Plumber.

—Trabajé principalmente en el Directorio de Inteligencia, analizando información que llegaba a través de distintos medios, tratando de imaginar qué significaba y luego transmitiéndola a otros. Eventualmente encabecé el Directorio de Inteligencia y, bajo el presidente Fowler, me convertí en subdirector. Después, como saben, fui asesor de Seguridad Nacional del presidente Durling —respondió Jack, tratando de llevar la conversación al futuro.

—A propósito, ¿alguna vez participó de operativos concretos? —preguntó Plumber.

—Bueno, asesoré al equipo de negociaciones para el control de armas y participé en muchísimas conferencias —replicó el presidente.

—Señor Ryan, algunos informes dicen que usted hizo mucho más que eso, que participó en operaciones que terminaron con la muerte de, bueno, con la muerte de ciudadanos soviéticos.

Jack titubeó un momento, lo suficiente para impresionar a los televidentes.

—John, desde hace años nuestro gobierno tiene por principio no comentar las operaciones de inteligencia. No traicionaré ese principio.

—El pueblo norteamericano tiene el derecho y la necesidad de

saber qué clase de hombre ocupa el sillón presidencial —insistió Plumber.

—Esta administración no discutirá jamás operaciones de inteligencia. En cuanto a qué clase de hombre soy, creo que ha quedado claro en esta entrevista. Nuestro país debe guardar algunos secretos. Y usted también, John —dijo Ryan, mirando al comentarista a los ojos—. Si usted revelara sus fuentes, bueno, se le terminaría el negocio. Si Estados Unidos hiciera otro tanto, mucha gente resultaría perjudicada.

—Pero...

—El tema está cerrado, John. Nuestros servicios de inteligencia operan bajo la supervisión del Congreso. Siempre he apoyado esa ley, y continuaré apoyándola. Y vuelvo a repetir que el tema está cerrado.

Los dos reporteros parpadearon, molestos por lo tajante de la respuesta. Seguramente, pensó Ryan, esa parte del reportaje no saldría al aire esa noche.

Badrayn tenía que elegir treinta personas y, aunque la cantidad no era particularmente difícil de completar —como tampoco la dedicación requerida— el cerebro sí lo era. Tenía los contactos. Si había exceso de algo en Medio Oriente, era de terroristas, hombres como él, aunque un poco más jóvenes, que habían dedicado sus vidas a la Causa sólo para verla marchitarse ante sus ojos. Eso sólo servía para empeorar su ira y su dedicación... o mejorarlas, según el punto de vista. En realidad, sólo necesitaba veinte hombres inteligentes. El resto sólo tenían que ser dedicados. Todos tendrían que cumplir órdenes. Todos tendrían que estar dispuestos a morir, o al menos a arriesgarse. Bueno, eso tampoco era problema. El Hezbollah todavía tenía una gran reserva de gente dispuesta a atarse un paquete de explosivos al cuerpo, y había más.

Era parte de la tradición de la región... parte que probablemente Mahoma no habría aprobado del todo, pero Badrayn no era particularmente religioso y el terrorismo era su negocio. Históricamente los árabes jamás habían sido los soldados más eficientes del mundo. Agrupados en tribus nómadas durante la mayor parte de su historia, su tradición militar era la guerra de guerrillas, no la gran batalla campal que, de hecho, había sido un invento de los griegos copiado por los romanos y luego por todas las naciones occidentales. Históricamente, un individuo podía dar un paso adelante y ofrecerse al sacrificio —en la tradición vikinga se lo llamaba “guerrero feroz” y en Japón “kamikaze”— en el campo de batalla, donde antes de morir agitaría su espada y mandarían a muchos enemigos a servir al Paraíso. Esto era especialmente cierto en la *jihād* o “guerra santa”, cuyo objetivo era servir los intereses de la Fe Verdadera. Y probaba que el Islam podía ser corrompido por sus fieles, como cualquier religión. Pero por el momento significaba que Badrayn tendría una reserva de hombres que harían lo que él les ordenara, según las instrucciones previamente recibidas de Daryaei, quien también les diría que ese

servicio a la *jihad* les garantizaría una gloriosa vida después de la muerte.

—Entonces, ¿cómo nos portamos esta vez, entrenador? —preguntó Jack con una sonrisa.

—La capa de hielo estuvo a punto de quebrarse, pero supongo que no llegaste a mojarte —respondió Arnie van Damm, visiblemente aliviado—. Les diste duro a los grupos de interés.

—¿Acaso no está *bien* echar a la basura los intereses especiales? Demonios, ¡todo el mundo lo hace!

—Depende de qué grupos y de qué intereses estemos hablando, señor presidente. Todos ellos tienen voceros capaces de asemejarse a la Madre Teresa... antes de cortarte la garganta con un machete. —No obstante, te manejaste muy bien. No dijiste nada que pudiera volverse en tu contra. Veremos qué partes transmiten y qué dicen Donner y Plumber al terminar. El último par de minutos es lo que cuenta.

Los tubos llegaron a Atlanta en un recipiente muy seguro, denominado “sombrerera” por su forma. Era, a su manera, un artefacto muy sofisticado, diseñado para contener los materiales más peligrosos con absoluta seguridad, múltiplemente sellado y capaz de sobrevivir a impactos violentos. Estaba cubierto de etiquetas que daban cuenta de su peligrosidad y era tratado con sumo respeto por quienes lo manipulaban, incluyendo el empleado de FedEx que lo llevó a destino a las 9.14 de esa mañana.

La sombreroera fue trasladada a un laboratorio de seguridad. Una vez allí, su exterior fue rociado con un poderoso desinfectante químico, y posteriormente fue abierta según procedimientos estrictos. Los documentos que la acompañaban explicaban la necesidad de medidas tan extremas. Los dos tubos de ensayo contenían sangre posiblemente infectada con el virus que causaba la fiebre hemorrágica. La descripción podía aplicarse a muchas enfermedades propias de África —el continente de origen indicado—, todas igualmente mortales. Un técnico de laboratorio retiró los tubos de la sombreroera, después de comprobar que no había filtraciones. Por precaución, volvió a rociarla con desinfectante. La sangre sería analizada y comparada con otras muestras. Toda la documentación fue a parar a la oficina del Dr. Lorenz en el Sector Patógenos.

—Gus, soy Alex —escuchó el Dr. Lorenz por teléfono.

—¿Todavía no pudiste salir a pescar?

—Tal vez este fin de semana. Un tipo de neurocirugía tiene un bote y finalmente logramos poner la casa en orden. —El Dr. Alexandre estaba mirando por la ventana de su oficina en Baltimore este. Desde allí se veía el puerto que llevaba a la bahía Chesapeake donde, supuestamente, abundaban los peces.

—¿Qué pasa? —preguntó Gus mientras su secretaria le alcanzaba una carpeta.

—Quería chequear el brote de Ébola en Zaire. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, gracias a Dios. El momento crítico ya ha pasado. Por suerte se acabó en un abrir y cerrar de ojos. Fuimos muy... —Lorenz abrió la carpeta y quedó atónito—. Un momento. ¿Kartum? —murmuró para sus adentros.

Alexandre esperó pacientemente. Lorenz era un lector lento y cuidadoso. Un hombre mayor que, como Ralph Forster, se tomaba su tiempo con las cosas. Y ésa era una de las razones de su éxito como investigador científico. Rara vez daba un paso en falso. Pensaba mucho antes de mover el pie.

—Acabamos de recibir dos muestras de Kartum. Fueron enviadas por un tal MacGregor del Hospital Inglés de Kartum, dos pacientes, masculino adulto y femenino de cuatro años, posiblemente casos de fiebre hemorrágica. Estamos analizando las muestras en el laboratorio.

—¿Kartum? ¿Sudán?

—Eso dice aquí —confirmó Lorenz.

—Eso está muy lejos del Congo, viejo.

—Aviones, Alex, aviones —observó Lorenz. Si algo aterraba a los epidemiólogos eran los viajes aéreos internacionales. El informe era bastante escueto, pero adjuntaba números de teléfono y fax—. Bueno, tendremos que esperar los resultados de los análisis.

—¿Qué pasó con las muestras anteriores?

—Ayer terminamos el mapeo. Ébola Zaire, subtipo Mayinga, idénticas a las muestras de 1976 hasta el último aminoácido.

—La variedad transmisible por aire —murmuró Alex—, la que se contagió George Westphal.

—Eso jamás se confirmó, Alex —le recordó Lorenz.

—George era precavido, Gus. Tú lo sabes bien. Tú mismo lo entrenaste. —Pierre Alexandre se restregó los ojos. Jaquecas. Tendría que conseguir una lámpara nueva—. Hazme llegar los resultados de esas muestras, ¿sí?

—Seguro. Yo no me preocuparía tanto. Sudán no es un medio ambiente propicio para el maldito bastardo. Caluroso, seco, sol rajante. El virus no duraría dos minutos al aire libre. De todos modos, déjame hablar con mi jefe de laboratorio. Veré si puedo ocuparme personalmente hoy mismo... no, mejor mañana a primera hora. Tengo reunión de personal dentro de una hora.

—Sí, y yo tengo que almorzar. Te llamaré mañana, Gus.

—Alexandre —que todavía se sentía interiormente más “coronel” que “profesor”— colgó y fue a la cafetería. Le agradó volver a encontrar a Cathy Ryan en la fila de comida, como siempre acompañada por su guardaespaldas.

—Hola, profe.

—¿Cómo andan esos bichos? —preguntó Cathy con una sonrisa.

—Más o menos. Necesito hacerle una consulta, doctora —dijo él, eligiendo un emparedado.

—No me ocupo de virus —respondió ella, aunque atendía muchos enfermos de SIDA con problemas visuales secundarios—. ¿Qué problema tiene?

—Jaquecas —dijo él, rumbo a la caja.

—¿Ah, sí? —Cathy le quitó los anteojos para observarlos a contraluz—. Podría limpiarlos de vez en cuando. Tiene aproximadamente dos dioptrías de menos. ¿Hace cuánto que no se hace ver? —Se los devolvió con una última mirada de reprobación a la suciedad acumulada en los cristales, conociendo de antemano la respuesta.

—Oh, tres...

—Años. Es injustificable. Que su secretaria llame a la mía para pedir turno. ¿Viene con nosotros?

Eligieron una mesa junto a la ventana. Roy Altman ocupó la cabecera para vigilar mejor el entorno. Todo estaba en orden.

—Podría ser un buen candidato para nuestra nueva técnica láser. Podríamos rediseñarle la córnea y reducirle el astigmatismo a 20-20 —le dijo. También había colaborado en ese programa.

—¿Es seguro? —preguntó Alexandre con tono dubitativo.

—Solamente realizo procedimientos inseguros en la cocina —replicó la profesora Ryan enarcando una ceja.

—Sí, señora —rió Alex.

—¿Qué tiene de nuevo para contarme?

La edición era la clave de todo. O casi, pensaba Tom Donner. Como todos los buenos periodistas, tenía *conexiones*. Podía levantar el teléfono y comunicarse con quien quisiera, porque en Washington las reglas para tratar con la prensa eran exquisitamente simples: se era fuente de información o blanco. Punto. Si alguien no se entendía con los medios, los medios encontraban inmediatamente un enemigo de ese alguien... con el que por supuesto se entendían al pie de la letra. En otros contextos eso se hubiera llamado "extorsión".

Su instinto le decía que jamás había conocido a alguien como el presidente Ryan, al menos en la vida pública, pero... ¿sería cierto? ¿Estaría bien usar la información que le habían hecho llegar sobre sus actividades en la CIA? En el especial no. Tal vez en el noticiero, hasta sería un buen anzuelo para atraer a los espectadores.

Donner sabía que debía tener cuidado. Ningún periodista acosaba a un presidente para divertirse... bueno, tal vez sí. Acosar a un presidente era *la mejor* de las diversiones, pero tenía sus propias reglas. La información debía ser sólida y confiable. Eso equivalía a tener múltiples fuentes, todas buenas. Posteriormente había que pasar la información a los directores del canal que, tras varios dimes y diretes, comprarían los derechos de la historia y la transmitirían.

Uno de ustedes. Pero *Uno de ustedes* no trabaja para la CIA ni se hace espía, ¿no? Seguramente Ryan era el primer espía que había llegado a la Casa Blanca... ¿y eso era bueno?

Había demasiadas incógnitas en su vida. El episodio de Londres. Allí había matado por lo menos a uno de los terroristas que atacaron

su casa. Esa increíble historia del robo de un submarino soviético durante el cual, según su informante, había matado a un marinero ruso. Las otras cosas. ¿Ésta era la clase de hombre que el pueblo norteamericano quería en la Casa Blanca?

Y no obstante trataba de parecer... un hombre común. Sentido común. Es lo que dice la ley. Tomo en serio mis juramentos.

Es mentira, pensó Donner. Tiene que ser mentira.

Eres un astuto hijo de puta, Ryan.

Y si era astuto y todo era mentira... ¿qué? Cambios en el sistema impositivo. Cambios en la Corte Suprema. Cambios en nombre de la eficiencia. La propuesta del secretario Bretano para Defensa... Maldición.

Tal vez la CIA y Ryan tuvieran algo que ver con el ataque al Capitolio... no, era una locura. Ryan era un oportunista. Igual que todos los que había entrevistado durante tantos años, desde su primer trabajo en Des Moines, donde había mandado a la cárcel a un comisionado, atrayendo la atención de los ejecutivos de 30 Rock. Figuras políticas. Donner había transmitido toda clase de noticias, desde avalanchas a ejercicios de guerra, pero se había dedicado especialmente a los políticos por profesión y por hobby.

Todos eran lo mismo. El lugar adecuado, el momento adecuado... y ya está. El poder en sus manos. Si algo había aprendido en todos esos años, era eso. Miró por la ventana y descolgó el teléfono con una mano, mientras con la otra hojeaba su Rolodex.

—Ed, habla Tom. Quiero saber si sus fuentes son confiables y, en ese caso, cuándo puedo reunirme con ellas. —Lamentablemente no pudo ver la sonrisa al otro extremo de la línea.

Sohaila ya podía sentarse. Esos progresos producían un alivio que jamás dejaba de asombrar al joven médico. La medicina era la más exigente de las profesiones, pensaba MacGregor. Todos los días, a menor o mayor escala, debía apostar contra la Muerte. No se consideraba un soldado ni un caballero cruzado, al menos no conscientemente, porque la Muerte era un enemigo que jamás se dejaba ver... y no obstante siempre estaba allí. Todos los pacientes que había atendido llevaban ese enemigo dentro o rondándolos de cerca, y su trabajo como médico consistía en descubrir dónde se ocultaba, acecharlo y destruirlo, y luego ver la victoria en el rostro del paciente... y saborearla.

Sohaila todavía no estaba bien del todo, pero pronto lo estaría. Se alimentaba a base de líquidos y afortunadamente los estaba reteniendo. Seguía débil, pero la debilidad no iría en aumento. Le había bajado la temperatura. Todos sus signos vitales se habían estabilizado e iban camino a normalizarse. Era toda una victoria. Habían triunfado. La Muerte no se la llevaría esta vez. A su debido tiempo crecería, jugaría, aprendería, se casaría y tendría sus propios hijos.

Pero era una victoria que MacGregor no podía acreditarse, al menos no del todo. Él no había curado a la niñita, sólo la había apoyado en su curación. ¿Habría servido de algo? Probablemente. En

ciertos casos era imposible discernir los límites de la intervención médica. La práctica de la medicina sería mucho más fácil si los médicos tuvieran esa percepción, pero por el momento no la tenían y tal vez nunca la tuvieran. Si él no la hubiera atendido... bueno, en ese clima, tal vez el calor la hubiera matado, o seguramente la deshidratación, o acaso alguna infección secundaria y oportunista. Con demasiada frecuencia la gente expiraba por algún factor que aprovechaba la debilidad generalizada del cuerpo y no por la enfermedad original. Y entonces sí, sí, *se acreditaría la victoria*, tanto más por tratarse de la vida de una niña atractiva y encantadora que muy pronto volvería a sonreír. Le tomó el pulso, saboreando como siempre el hecho de tocar a un paciente y sentir el remoto latido de su corazón y saber que seguiría latiendo. Sohaila se quedó dormida en el ínterin. Apoyó con suavidad la mano de la niña en la cama y se dio vuelta.

—Su hija se recuperará por completo —les dijo a los padres, confirmando sus esperanzas y ahuyentando para siempre sus temores con seis palabras tranquilizadoras y una cálida sonrisa.

La madre se atragantó un poco y quedó boquiabierta. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se tapó la cara con las manos. El padre recibió la buena nueva con una actitud más varonil para sus estándares. Su rostro era impassible... pero sus ojos se aflojaron y miraron al techo con alivio y agradecimiento. Estrechó la mano del médico y clavó en él su mirada oscura.

—Nunca olvidaré esto —musitó el general.

Luego llegó el momento de visitar a Saleh, momento que había demorado conscientemente. MacGregor salió de la habitación de Sohaila y avanzó por el pasillo. Se cambió de ropa antes de entrar. Al entrar vio la derrota. Saleh deliraba. La enfermedad le había llegado al cerebro. La demencia era otro de los síntomas de Ébola, uno de los más piadosos. Los ojos de Saleh estaban vacíos y fijos en las manchas de humedad del cielorraso. La enfermera que lo atendía le entregó una planilla cargada de malas noticias. MacGregor le echó un vistazo, sonrió resignado y escribió una orden para aumentar el goteo de morfina. La atención médica no había servido de nada en ese caso. Una victoria, una derrota. Si él hubiera podido elegir a quién salvar y a quién perder... el destino de ambos pacientes hubiera sido exactamente el mismo, porque Saleh ya había tenido su oportunidad de vivir. Le quedaban apenas cinco días de vida, como mucho, y MacGregor no podía hacer nada para salvarlo, sólo podía intentar que sus últimos momentos no fueran tan horripilantes para él... ni para el personal. Cinco minutos después salió de la habitación, se quitó el uniforme protector y volvió a su consultorio con el ceño fruncido.

¿De dónde había salido el virus? ¿Por qué uno de los pacientes sobreviviría y el otro no? ¿Por qué demonios no sabía lo que necesitaba saber? Se sirvió una taza de té y trató de pensar cómo obtener la información imprescindible que había determinado ambos casos, más allá de la victoria y el fracaso recientes. La misma enfermedad, al mismo tiempo. Dos resultados absolutamente diferentes. ¿Por qué?

Repeticiones

—No puedo darle esto ni permitirle que saque copias, pero puedo dejarle echar un vistazo. —Le entregó la foto. Llevaba puesto un par de guantes livianos de algodón y le había ofrecido otro par a Donner.— Por las huellas digitales —había explicado discretamente.

—¿Es lo que creo que es? —Era un fotografía en blanco y negro, ocho por diez, sin estampilla de clasificación, al menos no en el anverso. Donner no miró el reverso.

—Realmente no quiere saberlo, ¿no? —Era una pregunta y una advertencia al mismo tiempo.

—Supongo que no —Donner asintió, había captado el mensaje. No sabía cómo interactuaba el Acta de Espionaje —18 U.S.C. 793E— con sus derechos según la Primera Enmienda pero, si no se enteraba de que la foto estaba clasificada, no tendría necesidad de saberlo.

—Es un submarino nuclear soviético y el del portalón es Jack Ryan. Notará que lleva puesto un uniforme de la Armada. Fue una operación de la CIA en cooperación con la Armada y éste fue nuestro trofeo. —Le prestó una lupa para asegurarse de que lo identificara. Engañamos a los soviéticos y los convencimos de que había explotado, hundiéndose a mitad de camino entre Florida y Bermuda. Probablemente sigan pensándolo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Donner.

—Lo hundieron hace un año cerca de Puerto Rico —explicó el oficial de la CIA.

—¿Por qué allí?

—Es el sector más profundo del Atlántico próximo a territorio norteamericano, alrededor de cinco mil millas de profundidad. Nadie podrá encontrarlo... y nadie podrá intentar una búsqueda sin que nos enteremos.

—Esto pasó... ¡ya recuerdo! —exclamó Donner—. Los rusos estaban llevando a cabo un gran ejercicio naval y nosotros protestamos muchísimo, y ellos perdieron un submarino, no...

—Dos. —Sacó otra foto de la carpeta.— ¿Ve los daños en la proa del submarino? *Octubre Rojo* sacó sus espolones y hundió otro submarino cerca de las Carolinas. Todavía está ahí. La Armada no lo recuperó, pero mandaron robots y rescataron unas cuantas cosas útiles. Se habló mucho del hundimiento del primero, provocado por una falla del reactor. Los rusos jamás supieron qué le pasó al segundo Alfa.

—¿Y esta información nunca se filtró? —Eso era demasiado sor-

prendente para alguien que se había pasado la vida extrayéndole información al gobierno... igual que un dentista a un paciente rebelde.

—Ryan sabe cómo silenciar las cosas. —Otra foto.— Una bolsa para cadáveres. El muerto era un tripulante ruso. Ryan lo mató... de un disparo de pistola. Así obtuvo su primera Estrella de Inteligencia. Supongo que pensó que no nos arriesgaríamos a que lo llamaran... Bueno, no es tan difícil de imaginar, ¿no?

—¿Asesino?

—No. —El hombre de la CIA no estaba dispuesto a ir tan lejos. —La historia oficial dice que hubo un tiroteo, con varios heridos. Eso dicen los documentos del archivo, pero...

—Sí. Es para dudarlo, ¿no? —Donner asintió, contemplando las fotografías—. ¿Esto es fácil de falsificar?

—Posiblemente sí —admitió el otro—. Pero no es el caso. Los otros que están en la foto son... éste de aquí es el almirante Dan Foster, entonces jefe de Operaciones Navales. Este otro es el comandante Bartolomeo Mancuso, entonces a cargo del USS *Dallas*. Fue transferido a *Octubre Rojo* para facilitar la desertión. Todavía está en servicio activo y, a propósito, fue ascendido al grado de almirante. Comanda todos los submarinos del Pacífico. Y éste es el capitán Marko Aleksandrovich Ramius de la armada soviética. Era el capitán de *Octubre Rojo*. Todos están vivos. Ramius vive en Jacksonville, Florida. Trabaja en la base naval de Mayport bajo el nombre de Mark Ramsey —explicó—. Lo de siempre. También recibió una gran recompensa del gobierno, pero Dios sabe que se lo ganó.

Donner anotó los detalles y reconoció una de las caras. Seguro que la información no era falsa. Eso también tenía sus reglas. Si alguien le mentía a un periodista, el “damnificado” se aseguraba de que los interesados supieran quién había violado la ley... peor aún, el “mentiroso” se convertía en blanco de los medios, que a su manera eran fiscales mucho más crueles que los del Departamento de Justicia.

—Está bien —dijo el periodista. El primer grupo de fotos fue devuelto a la carpeta. Inmediatamente después apareció otra carpeta, de la que salió otra foto.

—¿Reconoce a este tipo?

—Era... espere un minuto. Gera... algo. Era...

—Nikolay Gerasimov. Era el director de la vieja KGB.

—Murió en un accidente aéreo en...

El de la CIA sacó otra foto donde el sujeto aparecía más viejo, más canoso e indudablemente más próspero.

—Ésta fue tomada en Winchester, Virginia, hace dos años. Ryan fue a Moscú, encubierto como asesor técnico de las conversaciones START. Hizo que Gerasimov desertara. Nadie sabe con exactitud cómo. Su esposa e hija también salieron de la ex Unión Soviética. Esa operación fue manejada directamente desde el despacho del juez Moore. Ryan trabajó muchas veces de ese modo. Nunca formó parte del sistema, en realidad. Ryan sabe... bueno, mire, para ser justos con él, digamos que es un gran agente secreto, ¿entendido? Se supone que trabajó directamente para Jim Greer como parte del DI, no

del DO. Que yo sepa, jamás cometió un error operativo. Eso es todo un récord. Pocos pueden acreditarse otro tanto, pero una de las razones de su eficacia es su implacable condición de hijo de puta. Es eficaz, sí, pero cruel como pocos. Pasó por alto la burocracia cada vez que pudo. Siempre hace las cosas a su manera y el que se interpone en su camino... bueno, comparte el destino del ruso muerto de *Octubre Rojo* y de toda la tripulación del otro Alfa en Carolinas. En cuanto a éste, no sé. En el archivo no hay nada, pero el archivo tiene muchos agujeros negros. Por ejemplo, no dice cómo salieron la esposa y la hija de Gerasimov. Todo lo que tengo son rumores, bastante débiles por cierto.

—Maldición, ojalá me hubiera enterado unas horas antes.

—Lo han envuelto, ¿no? —la pregunta fue formulada por Ed Kealty desde un speaker.

—Conozco el problema —dijo el oficial de la CIA—. Ryan es resbaladizo. Quiero decir que *sabe deslizarse*. Durante años ha esquiado en la CIA como Dorothy Hamill en Innsbruck. El Congreso lo adora. ¿Por qué? Porque se presenta como un muchachito recto y sensato que podría sentarse a la derecha del Honesto Abe. Salvo que ha matado gente. —El informante se llamaba Paul Webb y era oficial jerárquico del Directorio de Inteligencia, aunque no lo suficientemente jerárquico para evitar que toda su unidad terminara en la lista RIF (Reducción Forzosa). Webb pensaba que a esa altura ya podría ser DDI... y seguramente lo habría sido si Ryan no se hubiera apoderado para siempre de la atenta oreja de James Greer. Y así había terminado su carrera con un cargo menor... y ahora hasta querían arrebatarse *eso*. Tenía su retiro. Y nadie podría quitárselo... bueno, si llegaba a saberse que había robado esos archivos de Langley tendría grandes problemas... aunque tal vez no. Después de todo, ¿qué castigo tan soberbio sufrían los soplones? Los medios los protegían como a nadie, y él tenía muchos años de servicio, y... *no le gustaba* formar parte de un operativo de reducción forzosa. En otra época, aunque no pudiera admitirlo ni siquiera ante sí mismo, la ira lo hubiera impulsado a contactarse con... no, eso no. Con el enemigo jamás. Pero los medios no eran el enemigo, ¿no? Se respondió que no, a pesar de que toda su carrera había pensado exactamente lo contrario.

—Lo han envuelto, Tom. Y con papel de regalo —repitió Kealty por el speaker—. Bienvenido al club. Ni siquiera yo conozco toda la información que pudo filtrar. Háblele de Colombia, Paul.

—No encontré nada en el archivo —admitió Webb—. Bueno, hay archivos especiales, sellados hasta una fecha determinada. Los primeros se abrirán recién en el año 2050. Nadie puede verlos.

—¿Cómo es *posible*? —preguntó Donner, indignado—. Ya lo había oído antes, pero nunca pude confirmarlo...

—¿Cómo mantienen archivos ultrasecretos? Todo pasa por el Congreso, es la parte no documentada del proceso de supervisión. La Agencia acude al Congreso y dice que tiene un problemita, pide tratamiento especial y, si el Congreso está de acuerdo, el archivo en cuestión va a parar a la bóveda especial... Demonios, no sé casi nada del

tema Colombia, pero puedo tirarle algunos datos verificables —concluyó Webb.

—Lo escucho —replicó Donner. Su grabador también.

—¿Cómo supone que los colombianos desbarataron el cártel de Medellín? —preguntó Webb, envolviendo aún más a Donner. No era difícil. Los periodistas se creían expertos en intrigas, pensó Webb con una sonrisa benigna.

—Bueno, tenían una especie de lucha interna de facciones, explotaron un par de bombas y...

—Eran bombas de la CIA. De algún modo... no sé exactamente cómo, fuimos nosotros los que iniciamos la lucha de facciones. Lo único que sé es que Ryan estaba allí. Su mentor en Langley era James Greer... eran como padre e hijo. Pero cuando James murió, Ryan no asistió al funeral. No estaba en el país, tampoco estaba trabajando afuera para la CIA... De hecho, acababa de regresar de una conferencia de la OTAN en Bélgica. Simplemente había desaparecido del mapa, como tantas veces. Poco después el asesor de Seguridad Nacional del presidente, Jim Cutter, es atropellado *accidentalmente* por un ómnibus en el centro de Washington, ¿correcto? ¿No lo vio venir? No, se tiró bajo las ruedas. Eso dijo el FBI, pero el que se ocupaba del caso era Dan Murray... ¿y qué cargo ocupa Murray ahora? Director del FBI, ¿correcto? Casualmente, Ryan y Murray se conocen desde hace más de diez años. Murray fue asistente “especial” de Emil Jacobs y Bill Shaw. Cuando tenían que hacer algo “en silencio”... llamaban a Murray. Antes de eso fue agregado legal en Londres... un puesto típico de los agentes secretos, muchos contactos con todas las comunidades de inteligencia europeas. Murray es el costado negro del FBI, un pez gordo con excelentes conexiones. Fue *él* quien escogió a Patrick Martin para que asesorara a Ryan sobre los nombramientos de la Corte Suprema. ¿El cuadro se está volviendo más claro?

—Un momentito. *Conozco* a Dan Murray. Es rudo como nadie, pero *sé* que es un policía honesto...

—Estuvo en Colombia con Ryan, lo que equivale a decir que desapareció del mapa exactamente al mismo tiempo que él. De acuerdo, recuerde que *no* tengo el archivo de la operación, ¿entendido? No puedo probar nada de lo que estoy diciendo. Fíjese en la secuencia de los hechos. El director Jacobs y todos los demás mueren y al poco tiempo explotan unas cuantas bombas en Colombia y los muchachos del cártel van a entrevistarse con Dios... pero también muere gran cantidad de gente inocente. Ése es el problema con las bombas. ¿Recuerda lo que dijo Bob Fowler al respecto? ¿Y qué pasa después? Ryan desaparece. Murray también. Supongo que fueron a detener la operación antes de que se les fuera de las manos... y luego Cutter muere en el momento justo. Cutter no tenía huevos para el puesto y probablemente lo sabía. Y probablemente los demás también lo sabían y temían que colapsara por falta de huevos. Pero Ryan sí tenía huevos... y los sigue teniendo. En cuanto a Murray... bueno, si alguien mata al director del FBI y desbarata una organización muy seria... no puedo decir que estoy en contra. Esos bastardos de Medellín se habían pasa-

do de la raya, y encima en año de elecciones, y Ryan estaba en el lugar exacto para detenerlos, y alguien le extendió una licencia para matar, y tal vez se le fue un poco la mano —a veces pasa—, y tuvo que ir a terminar el asunto. Exitosamente —enfaticó Webb—. De hecho, toda la operación fue un éxito. El cártel fue desbaratado...

—Y otro tomó su lugar —objetó Donner. Webb asintió con la sonrisa capciosa de los que saben.

—Es cierto, pero hasta ahora no han matado a ningún funcionario norteamericano, ¿verdad? Alguien se encargó de explicarles cuáles eran las reglas. Nuevamente no diré que Ryan se haya equivocado, excepto en una cosa.

—¿En cuál? —preguntó Donner desilusionando a Webb, aunque la historia lo había atrapado por completo.

—Cuando uno despliega fuerzas militares en un país extranjero y mata gente, eso se llama “acto de guerra”. Pero Ryan supo deslizarse, como de costumbre. Sabe moverse, incluso con belleza. Jim Greer lo entrenó muy bien. Usted podría arrojar a Ryan a un foso séptico y él saldría oliendo a Old Spice.

—Entonces, ¿cuál es su entripado con él?

—Por fin lo preguntó —observó Webb—. Jack Ryan es probablemente el mejor operador de inteligencia que hemos tenido en los últimos treinta años, el mejor desde Allen Dulles, tal vez el mejor desde Bill Donovan. *Octubre Rojo* fue un golpe brillante. Sacar al director de la KGB fue todavía mejor. Y lo de Colombia, bueno, le retorcieron la cola al tigre, olvidando que el tigre tiene zarpas poderosas. De acuerdo —concedió Webb—. Ryan es el rey de los agentes secretos... pero necesita que alguien le diga que la ley existe, Tom.

—Un tipo como Ryan jamás hubiera sido electo —observó Kealty, conteniéndose para hablar lo menos posible. A tres millas de distancia, su jefe de staff estuvo a punto de arrancarle el teléfono de la mano. Estaban muy cerca de lograr su objetivo. Afortunadamente, Webb volvió a arremeter.

—Ha hecho un gran trabajo en la CIA. Incluso fue un buen asesor para Roger Durling, pero ser presidente es otra cosa. Sí, él lo envolvió en papel de regalo, señor Donner. Tal vez haya envuelto a Durling también... probablemente no, ¿cómo saberlo? Pero el tipo está reconstruyendo todo el maldito gobierno, y lo está haciendo *a su imagen y semejanza*... por si todavía no se ha dado cuenta. Hasta ahora sólo ha nombrado gente que trabajó con él, algunos durante mucho tiempo... o gente seleccionada por sus allegados más próximos. Murray dirige el FBI. ¿Usted quiere a Dan Murray al frente de la agencia más poderosa de Estados Unidos? ¿Usted quiere que esas dos personas elijan a la Corte Suprema? ¿Adónde va a llevarnos Ryan? —Webb hizo una pausa y suspiró—. Odio hacer esto. Es uno de nosotros en Langley, pero no tiene por qué ser nuestro presidente, ¿entendido? Tengo una obligación hacia mi país, y mi país no es Jack Ryan. —Juntó las fotos y volvió a guardarlas en la carpeta.— Tengo que volver. Si alguien descubre lo que hice, bueno, mire lo que le pasó a Jim Cutter...

—Gracias —dijo Donner—. Debía tomar algunas decisiones. Se-

gún su reloj eran las quince y treinta. Debería tomarlas rápido. Ciertamente existía algo más furioso en la creación que una mujer burlada... y era un periodista que acababa de descubrir que lo habían envuelto en papel de regalo.

Los nueve estaban agonizando. El desenlace tardaría entre cinco y ocho días, pero todos estaban condenados... y lo sabían. Contemplaban abotagados las cámaras que registraban todos sus movimientos, y en sus rostros ya no había esperanza. Sus ejecuciones serían más crueles que las estipuladas por los tribunales para ellos. O al menos eso pensaban. Este grupo prometía ser más peligroso que el primero —simplemente porque sabían lo que estaba pasando— y por eso tenía mayores restricciones. Mientras Moudi observaba por el monitor, los médicos del ejército entraron a extraer sangre a los sujetos para confirmar y posteriormente cuantificar el grado de infección. Los médicos habían encontrado una singular manera de impedir que los “pacientes” se resistieran (si alguno movía el brazo en un mal momento el médico podía clavar la aguja en el cuerpo equivocado): mientras uno extraía sangre, el otro empujaba un filoso cuchillo contra la garganta del sujeto. Por mucho que los criminales se autocompadecieran, no dejaban de ser *criminales*, y además cobardes... y por lo tanto enemigos de acelerar sus propias muertes. No era una buena técnica médica, pero ninguno de ellos estaba realizando una buena práctica de la medicina. Moudi observó el proceso durante unos minutos y luego abandonó la sala de los monitores.

Habían sido excesivamente pesimistas sobre muchas cosas, entre ellas la cantidad de virus que necesitarían. En el tanque de cultivo, los Ébola habían consumido la sangre y los riñones de los monos con un placer cuyos resultados espeluznaban incluso al director. Aunque ocurría fundamentalmente a nivel molecular, era como ver hormigas devorando un fruto caído, apareciendo de la nada y cubriéndolo por completo, tornándolo negro con sus cuerpos diminutos y voraces. Lo mismo pasaba con el virus de Ébola: aunque eran demasiado pequeños para verlos, había literalmente trillones de Ébola devorando y desplazando el tejido que se les ofrecía como alimento. Lo que había sido de un color ahora era de otro, y no se necesitaba ser médico para saber que los contenidos de las “cámaras” eran detestables más allá de lo decible. Se le helaba la sangre de sólo mirar la horrenda “sopa”. Ya había litros de esa inmundicia... y la estaban aumentando con sangre humana recibida del banco central de sangre de Teherán.

El director estaba examinando una muestra bajo el microscopio y comparándola con otra. Al acercarse, Moudi vio a quiénes pertenecían. Una era de Jean Baptiste. La otra acababa de serle extraída a uno de los “pacientes” del segundo grupo de nueve.

—Son idénticas, Moudi —dijo, dándose vuelta para mirarlo.

No era tan esperable como podría suponerse. Uno de los problemas con los virus era que, dado que prácticamente no tenían vida propia, estaban mal capacitados para reproducirse. Al ARN le faltaba

la “función de edición” que garantizaba que cada generación siguiera los pasos de la precedente. Era una seria debilidad de adaptación de Ébola y otros organismos similares. Tarde o temprano cada estallido de Ébola desaparecía por sí solo, y ésa era una de las razones. El virus mismo, mal adaptado al huésped humano, se volvía menos virulento. Y eso lo convertía en el arma biológica ideal. Mataría. Se propagaría. Y moriría antes de propagarse demasiado. La cantidad de muertes que ocasionara sería una función de la distribución inicial. Ébola era a la vez horriblemente letal y autolimitado.

—Entonces, tenemos por lo menos tres generaciones de estabilidad —observó Moudi.

—Y por extrapolación, probablemente de siete a nueve. —El director del proyecto, cualquiera fuera su perversión con respecto a la ciencia médica, era absolutamente conservador en temas técnicos. Moudi hubiera dicho de nueve a once. Mejor que el director tuviera razón, admitió para sus adentros, alejándose del microscopio.

En una mesa contra la pared había veinte latas. Similares a las que habían utilizado para infectar al primer grupo de criminales, pero ligeramente modificadas, ostentaban la etiqueta de una popular crema de afeitar europea. (En realidad la empresa productora era norteamericana, lo cual divertía a todos los que participaban del proyecto.) Las habían hecho comprar por unidad en doce ciudades diferentes de cinco países diferentes, como indicaban los números de lotes impresos en la base. Una vez en la Casa de los Monos, las habían vaciado y desarmado para modificarlas. Cada una contendría medio litro de la horrible “sopa” (previamente adelgazada), más un gas propulsor neutral (nitrógeno, porque no provocaría reacciones químicas en la “sopa” ni combustión) y una pequeña cantidad de refrigerante. Otra parte del equipo se había encargado de chequear el sistema de reparto. Durante más de nueve horas no se produciría ninguna degradación en el virus. Después, a medida que disminuyera el efecto del refrigerante, las partículas del virus empezarían a morir en función lineal. Ocho horas después de las nueve horas iniciales habría muerto menos del diez por ciento de las partículas... No obstante, pensó Moudi, las primeras en morir serían las débiles y probablemente incapaces de provocar la enfermedad. Dieciséis horas después de las nueve iniciales habría muerto el quince por ciento de las partículas. Los experimentos habían revelado que cada ocho horas moría un cinco por ciento adicional de partículas. Y por consiguiente...

Era muy simple. Todas las latas saldrían en avión de Teherán. Tiempo de vuelo a Londres, siete horas. Tiempo de vuelo a París, treinta minutos menos. Tiempo de vuelo a Frankfurt, todavía menos. Había que tener en cuenta la hora del día. Sería fácil conectar vuelos en las tres ciudades. El equipaje no sería revisado porque los pasajeros se dirigirían a otro país y la inspección de aduanas no era requisito en ese caso. Por consiguiente nadie advertiría las latas inusualmente frías de crema de afeitar. Cuando el refrigerante dejara de surtir efecto los pasajeros estarían cómodamente sentados en sus asientos de primera clase rumbo a su destino final, gracias a los buenos oficios de

los vuelos internacionales. Había vuelos directos de Europa a Nueva York, Washington, Boston, Filadelfia, Chicago, San Francisco, Los Ángeles, Atlanta, Dallas, Orlando, y trasbordos regulares a Las Vegas y Atlantic City... de hecho, a todas las grandes ciudades de Estados Unidos. Todos los pasajeros viajarían en primera clase para reclamar antes su equipaje y pasar más rápido por el control de aduana. Tendrían reservas en hoteles importantes y pasajes de vuelta desde distintos aeropuertos. Desde la hora cero al momento de la entrega no pasarían más de veinticuatro horas, y por consiguiente el ochenta por ciento de Ébola estaría activo. Después, quedarían en manos del azar, no, en manos de Alá... ¡No! Moudi negó con la cabeza. Él no era como el director. Jamás atribuiría un acto como ése a la voluntad de su Dios. Por muy necesario que fuera para su país —y para el que acababa de unírsele—, no mancharía sus creencias religiosas diciendo *eso*, ni siquiera pensándolo.

¿Muy simple? Había sido simple una vez, pero entonces... había sido un legado de la suerte. La hermana Jean Baptiste, su cuerpo incinerado hacía tiempo... en lugar de dejar hijos como correspondía a todo cuerpo de mujer, había dejado la enfermedad como único legado físico. Era un acto de tal malignidad que seguramente habría ofendido a Alá. Pero Jean Baptiste había dejado algo más, un verdadero legado. En el pasado, Moudi había odiado a todos los occidentales por infieles. En la escuela había estudiado las Cruzadas y cómo esos supuestos soldados del profeta Jesús habían exterminado a los musulmanes, igual que Hitler había masacrado a los judíos, y a partir de entonces había creído que todos los occidentales y todos los cristianos eran inferiores a los musulmanes. Así había sido más fácil odiarlos, fácil considerarlos irrelevantes en el mundo de los fieles y los virtuosos. Pero esa sola mujer... ¿Qué era Occidente y qué era la Cristiandad? ¿Los criminales del siglo XI o una mujer virtuosa del siglo XX que había negado sus deseos humanos... y todo para qué? Para servir a los enfermos, para enseñar su fe. Siempre humilde, siempre respetuosa. Jamás había roto sus votos de pobreza, castidad y obediencia —Moudi estaba seguro de eso— y aunque esos votos y creencias fueran esencialmente falsos, no lo eran *tanto*. De ella había aprendido lo mismo que había aprendido el Profeta. Había un solo Dios. Había un solo Libro. Y ella los había servido a ambos con el corazón puro, por equivocadas que hubieran sido sus creencias religiosas.

No sólo la hermana Jean Baptiste, recordó. La hermana María Magdalena también. Pero la habían asesinado... ¿y por qué? Por ser leal a su fe, por ser leal a sus votos, por ser leal a su amiga, lealtades que el Sagrado Corán no encontraba objetables en lo más mínimo.

Para él habría sido mucho más fácil trabajar sólo con africanos negros. Sus creencias religiosas eran aborrecidas por el Corán, ya que muchos de ellos eran todavía paganos en los hechos si no en las palabras, ignorantes del Único Dios, y Moudi podría haberlos mirado con desprecio. Y en cuanto a los cristianos... pero había conocido a Jean Baptiste y María Magdalena. ¿Por qué? ¿Por qué había tenido que conocerlas?

Desafortunadamente, era demasiado tarde para hacerse esas preguntas. Lo pasado, pisado. Moudi fue a un rincón de la sala y se sirvió un pocillo de café. Hacía más de un día que estaba despierto y con la fatiga llegaban las dudas. Esperaba que el café las disipara hasta que llegara el sueño, y con el sueño el descanso, y con el descanso, tal vez, la paz.

—¡Debe estar bromeando! —gritó Arnie por teléfono.

La voz de Tom Donner intentaba ser lo más persuasiva posible.

—Tal vez fueron los detectores de metal al salir. La cinta... está dañada, lamentablemente. Se puede ver y oír, pero hay un poco de ruido en el audio. No tiene calidad suficiente para ser emitida. Damos por perdida la entrevista. No podemos usarla.

—¿Entonces? —exigió Van Damm.

—Entonces... tenemos un problema, Arnie. Se supone que debemos transmitirla a las nueve.

—Entonces, ¿qué quiere que haga yo?

—¿Ryan estaría dispuesto a repetirla en vivo? Hasta sería mejor —ofreció el reportero.

El jefe de staff estuvo a punto de contestar, pero se reprimió. Si ésa hubiera sido una semana de barrido comercial —durante la cual los canales se sacaban chispas para atraer a la audiencia y conseguir más publicidad— hubiera acusado a Donner de estropear deliberadamente la cinta. No, ése era un límite que ni siquiera *él* podía cruzar. Tratar con la prensa a ese nivel era como ser Clyde Beatty en la pista del circo, armado con una silla desfondada y un revólver descargado, manteniendo a raya a los tigres para beneplácito del público, siempre con éxito... y sabiendo siempre que a los tigres les bastaría con tener suerte una sola vez. Guardó un obstinado silencio, obligando a Donner a mostrar su juego.

—Mire, Arnie, las preguntas serán las mismas. ¿Cuántas veces le damos a un presidente la oportunidad de ensayar su parte? Y esta mañana estuvo muy bien. John piensa lo mismo.

—¿No pueden volver a grabar? —preguntó Van Damm.

—Arnie, salgo al aire dentro de cuarenta minutos y estaré metido allí hasta las siete y treinta. Me quedarían apenas treinta minutos para llegar a la Casa Blanca, grabar y traer aquí la cinta, ¿todo antes de las nueve? ¿Piensa prestarme uno de esos famosos helicópteros? —Hizo una pausa—. Le diré una cosa. Anunciaré que se nos estropeó la cinta y que el Jefe accedió graciosamente a concedernos una entrevista en vivo. Si eso no le parece justo, entonces no sé qué es justo para usted.

Las luces de alarma de Van Damm se encendieron a pleno. Lo bueno era que Jack se había manejado muy bien. No a la perfección, pero muy bien, especialmente por su sinceridad. Hasta en los temas controvertidos había dado la impresión de creer lo que decía. Ryan estaba dispuesto a aprender y lo hacía rápido. No había estado tan relajado como debiera, pero eso podía pasarse por alto. Ryan *no era político* —lo había dicho dos o tres veces— y por consiguiente estaba

bien que estuviera un poco tenso. Grupos de personas entrevistadas en siete ciudades diferentes habían dicho que Jack les gustaba porque actuaba como una de ellas. Ryan no sabía que Arnie y el staff político estaban haciendo esas encuestas. Era un programita tan secreto como una operación de la CIA y Arnie lo justificaba diciéndose que el chequeo de la realidad le permitiría proyectar la agenda y la imagen presidenciales para lograr una mayor eficacia de gobierno... y además ningún presidente había sabido jamás todas las cosas que se hacían en su nombre. De modo que sí, sí, la actitud de Ryan era *presidencial*... no de la manera habitual, claro, sino *a su manera*, y los grupos entrevistados opinaban que *eso* también era bueno. Y salir en vivo, sí, eso sí que sería *propicio*, lo vería muchísima gente. Y Arnie quería que la gente conociera mejor a Ryan.

—De acuerdo, Tom. Por ahora le respondo que sí. Pero tengo que preguntarle *a él*.

—Trate de que sea rápido, por favor —replicó Donner—. Si cancela tendremos que cambiar toda la programación de la noche, y eso podría significar mi despido, ¿entendido?

—Le responderé en cinco minutos —prometió Van Damm. Salió apresuradamente de su oficina, dejando el tubo del teléfono sobre su anotador.

—Voy a ver al Jefe —les anunció a los agentes del Servicio Secreto apostados en el corredor este-oeste. La velocidad de su marcha los obligó a abrirle paso de un salto aun antes de ver sus ojos.

—¿Sí? —dijo Ryan. Nadie abría la puerta de su despacho sin anunciarse antes.

—Tenemos que rehacer la entrevista —le espetó Arnie, un poco sofocado por la corrida.

Jack sacudió la cabeza sorprendido.

—¿Por qué? ¿Tenía el cierre del pantalón abierto?

—Mary está atenta a *todos* los detalles, Jack. La cinta se estropeó y no hay tiempo de volver a grabar. Donner me pidió que te preguntara si aceptarías la entrevista en vivo, esta noche a las nueve. Te harán las mismas preguntas y... no, no —dijo Arnie, pensando a toda velocidad—. ¿Qué tal si te acompañara tu esposa?

—A Cathy no le gustará. ¿Por qué? —preguntó el presidente.

—Lo único que tiene que hacer es quedarse sentada y sonreír. A la gente le gustará. Jack, ocasionalmente tiene que comportarse como primera dama. Lo de hoy será muy fácil. Tal vez podríamos hacer entrar a los niños casi al final y...

—No. Mis hijos permanecerán fuera del espacio público. Punto. Cathy y yo ya lo hemos hablado.

—Pero...

—No, Arnie. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. No —la voz de Ryan sonó tan definitiva como una sentencia de muerte.

El jefe de staff comprendió que no podría persuadirlo bruscamente. Le llevaría un poco de tiempo, pero finalmente lo convencería. Jamás podría ser uno del pueblo si impedía que el pueblo viera a sus hijos, pero no era el momento más indicado para presionarlo.

—¿Le preguntarás a Cathy?

Ryan suspiró y asintió.

—Está bien —dijo.

—Bueno, entonces le diré a Donner que probablemente estará, pero que todavía no estamos seguros debido a sus compromisos médicos. Eso lo dejará pensando un rato. También apartará un poco los reflectores de tu persona. No olvides que ésa es la verdadera función de la primera dama.

—¿Quieres que se lo diga a ella, Arnie? No olvides que es cirujana y tiene gran habilidad con los cuchillos.

Van Damm lanzó una risotada.

—Te diré qué es Cathy. Es una gran dama, y es más valiente que cualquiera de nosotros. Pregúntaselo de buena manera —le aconsejó.

—Sí. —*Justo antes de cenar*, pensó Jack.

—Está bien, lo hará. Pero queremos pedirle a su esposa que lo acompañe.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —preguntó Arnie—. Todavía no es seguro. No volvió de trabajar aún —agregó. Esa última frase hizo sonreír a los periodistas.

—Está bien, Arnie, gracias. Le debo una —Donner cortó la comunicación.

—Te das cuenta de que acabas de mentirle al presidente de Estados Unidos —observó pensativo John Plumber. Plumber era más viejo que Donner en la profesión. No pertenecía a la generación de Edward R. Murrow... por poco. Orillaba los setenta años y había sido adolescente durante la Segunda Guerra Mundial. Pero había ido a Corea como periodista novato y se había desempeñado como corresponsal extranjero en Londres, París, Bonn y Moscú. Lo habían expulsado de Moscú, a decir verdad, y sus inclinaciones políticas un tanto izquierdistas no lo habían llevado a simpatizar con la Unión Soviética. Pero, aunque no pertenecía a la generación de Murrow, había crecido escuchando al inmortal corresponsal de la CBS, y todavía podía cerrar los ojos y escuchar esa voz grave y ceremoniosa que había alcanzado un grado de autoridad normalmente asociado a los clérigos. Tal vez porque Murrow había empezado en la radio, donde la propia voz era la moneda corriente de la profesión. Ciertamente conocía el idioma mejor que la mayoría de sus contemporáneos y mucho mejor que los reporteros y redactores de noticias semiiletrados de la actual generación. Plumber era una especie de erudito por derecho propio, estudioso devoto de la literatura isabelina, y trataba de redactar sus comentarios con elegancia para estar a tono con el insigne maestro que había visto y escuchado, pero al que jamás había conocido. John Plumber recordó que, como todos, había escuchado a Ed Murrow principalmente por su sentido del honor. Murrow era tan duro como cualquier "periodista investigador" de la nueva generación pero todos sabían que, además de duro, era justo. Y todos sabían que no rompía las

reglas. Plumber pertenecía a la generación de los que creían que su profesión debía tener reglas, una de las cuales era *no mentir, jamás*. Uno podía distorsionar y hasta manipular la verdad para sacarle información a alguien —eso era diferente— pero *jamás* decía algo que fuera deliberada y definitivamente falso. Eso lo preocupaba. Ed Murrow jamás hubiera hecho lo que ellos estaban por hacer. Ni por casualidad.

—John, él nos engañó, nos envolvió con su supuesta sinceridad.

—Eso crees tú.

—La información que conseguí... bueno, ¿y *tú* qué crees? —Habían sido dos horas frenéticas de reunir información y chequearla, pero al menos habían llegado a algo.

—No estoy seguro, Tom —Plumber se restregó los ojos—. ¿El puesto le queda grande a Ryan? Sí, tal vez. ¿Pero se está esforzando mucho? Absolutamente sí. ¿Es honesto? Creo que sí. Bueno, tan honesto como puede ser uno de ellos —se enmendó.

—Entonces le daremos la ocasión de probarlo, ¿sí o no?

Plumber no dijo nada. Visiones de ratings y premios Emmy danzaban en los ojos de su joven colega como copos de nieve en vísperas de Navidad. En todo caso, Donner era el entrevistador y Plumber el comentarista. Además, Tom tenía más peso en la oficina central de Nueva York, otrora poblada por hombres de su generación y hoy acaparada por gente de la misma edad que Donner, negociantes más que periodistas, para quienes el rating era el Santo Grial. Bueno, a Ryan le agradaban los negociantes, ¿no?

—Supongo que sí.

El helicóptero aterrizó en el Jardín Sur. El jefe de tripulación abrió la puerta y saltó afuera, ayudando a bajar a la primera dama con una sonrisa. Seguida por su Custodia Personal, Cathy dejó atrás la suave loma que llevaba a la entrada sur y subió al ascensor, donde Roy Altman apretó el botón por ella... ya que a la primera dama tampoco le estaba permitido hacerlo.

—SURGEON está en el ascensor, rumbo a la residencia —reportó el agente Raman desde la planta baja.

—Entendido —respondió Andrea Price desde arriba. Había ordenado que el personal de la Unidad de Seguridad Técnica (TSU) revisara todos los detectores de metal por los que habían pasado los de la NBC al salir. El experto de la TSU comentó que ocasionalmente los aparatos se alteraban un poco y que las cintas Beta formato grande utilizadas en televisión se estropeaban con facilidad... pero no creía que hubiera sido eso. Tal vez una onda en la línea, había preguntado Price. Imposible, había respondido el experto, recordándole jocosamente que *hasta el aire* de la Casa Blanca era continuamente chequeado por sus agentes. Andrea pensó en comentárselo al jefe de staff, pero resolvió que sería inútil. Malditos reporteros. Eran lo más molesto del mundo.

—Hola, Andrea —dijo Cathy, pasando velozmente junto a ella.

—Hola, Dra. Ryan. Están a punto de servir la cena.

—Gracias —replicó SURGEON rumbo al dormitorio. Se detuvo en seco al ver un lujoso vestido y joyas sobre su perchero personal. Frunciendo el ceño se quitó los zapatos y se cambió para cenar, preguntándose, como siempre, si en algún lugar habría cámaras ocultas para registrar *también* ese acontecimiento.

El cocinero de la Casa Blanca, George Butler, superaba las habilidades culinarias de la primera dama. Incluso había mejorado su ensalada de espinaca agregándole una pizca de romero al aderezo que ella había perfeccionado durante años. Cathy se entrometía en la cocina al menos una vez por semana y, a cambio, Butler le enseñaba a usar los utensilios institucionales. A veces pensaba que hubiera sido una excelente cocinera de no haber optado por la medicina. El chef ejecutivo no le dijo que tenía talento culinario por miedo a parecer paternalista... SURGEON *era cirujana*, después de todo. Al poco tiempo ya conocía las preferencias de la familia y había descubierto que cocinar para una niña pequeña era un desafío, especialmente cuando volvía hambrienta de la escuela. Katie y Don Russell tomaban leche con galletitas por lo menos dos veces por semana. Indudablemente SANDBOX era la favorita de todo el staff.

—¡Mami! —exclamó Katie Ryan cuando Cathy abrió la puerta.

—Hola, querida —SANDBOX recibió el primer abrazo y beso. POTUS el segundo. Los hijos mayores se resistieron, como siempre. Jack, ¿por qué está afuera mi ropa?

—Esta noche estaremos en la televisión —replicó un cauteloso SWORDSMAN.

—¿Por qué?

—La grabación de esta mañana se estropeó y quieren repetir la entrevista en vivo a las nueve. Me gustaría que me acompañes, siempre que estés de acuerdo.

—¿Para decir qué?

—Supongo que nada.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer, entrar con una bandeja de galletitas?

—¡George hace las mejores galletitas del mundo! —SANDBOX se sumó a la conversación, sus hermanos rieron ante el exabrupto... y la tensión se alivió.

—No estás *obligada* a venir si no quieres, pero Arnie opina que es una buena idea.

—Grandioso —observó Cathy, ladeando un poco la cabeza para mirarlo. A veces se preguntaba dónde estarían los hilos con que Arnie manejaba a esa marioneta que a veces parecía ser su marido.

Bondarenko trabajaba hasta tarde... o temprano, según el punto de vista. Había pasado veinte horas en su escritorio. Apenas fue ascendido a general comprobó que la vida de coronel era muchísimo mejor. Cuando era coronel tenía tiempo para salir a correr y hasta se las arreglaba para dormir con su esposa casi todos los días. Ahora...

bueno, siempre había aspirado a un rango más alto. Siempre había tenido ambición, ¿por qué otro motivo habría ido a las montañas de Afganistán con el Spetznaz? Reconocido por su talento, había colaborado hombro a hombro con otro coronel que resultó ser espía... hecho que todavía lo conflictuaba. ¿Misha Filitov espía de los occidentales? La traición de Filitov había sacudido su fe de muchas maneras, sobre todo su fe en el país... pero aquel país había muerto. La Unión Soviética que lo había criado, uniformado y entrenado había muerto una fría noche de diciembre para ser reemplazada por algo más pequeño y más... fácil de servir. Era más fácil amar a la Madre Rusia que a un inmenso imperio políglota. Era como si todos los hijos adoptivos se hubieran ido y sólo quedaran los hijos verdaderos... formando una familia más feliz.

Más feliz... pero también más pobre. ¿Por qué no lo habría visto antes? El ejército de su país había sido el más grande y el más impresionante del mundo —al menos eso había creído entonces—, con su imponente masa de hombres y armas y su orgullosa victoria sobre los invasores alemanes en la guerra más brutal de la historia. Pero ese ejército había muerto en Afganistán. Y si no había muerto del todo, indudablemente había perdido el alma y la confianza... como Estados Unidos en Vietnam. Pero Estados Unidos se había recuperado, proceso que su país aún debía iniciar.

Tanto dinero desperdiciado en las provincias perdidas, miserables ingratas que la Unión había solventado durante generaciones y que ahora se separaban llevándose toda la riqueza, en algunos casos para unirse a otros y acaso convertirse en enemigas. Ingratas hijas adoptivas.

Golovko tenía razón. Si querían anular ese peligro, debían hacerlo ya. ¿Pero cómo? Bastante difícil había sido enfrentar a los miserables bandidos chechenos.

Ya era jefe de operaciones. Dentro de cinco años sería comandante en jefe. Bondarenko no se hacía ilusiones al respecto. Era el mejor oficial de su generación y su desempeño en el campo de batalla había atraído la atención de sus superiores. Tal vez lo promovieran justo a tiempo para comandar la última batalla de la derrotada Rusia. Tal vez no. Si le daban fondos y vía libre para rediseñar la doctrina y el entrenamiento, en sólo cinco años podría transformar al ejército ruso en una fuerza imbatible y nunca vista. Utilizaría desvergonzadamente el modelo norteamericano, tal como los norteamericanos habían utilizado desvergonzadamente la doctrina táctica soviética en la guerra del Golfo Pérsico. Pero para eso necesitaría algunos años de relativa paz. Si el ejército se involucraba en combates menores en la frontera meridional, él no tendría el tiempo ni los fondos necesarios para salvarlo.

Entonces, ¿qué debía hacer? Era jefe de operaciones. Supuestamente tendría que saberlo. Ése era su trabajo. Pero no. Turkmenistán estaba primero. Si no los detenía ahora mismo, ya no podría detenerlos. En el extremo izquierdo de su escritorio había una planilla de las divisiones y brigadas disponibles, con sus supuestos estados de prepa-

ración. En el extremo derecho había un mapa. Mapa y planilla hacían mala pareja.

—Tiene un cabello tan bonito... —dijo Mary Abbot.

—Hoy no tuve cirugía —explicó Cathy. La gorra siempre lo arruina.

—¿Hace cuánto que usa el mismo corte de pelo?

—Desde que nos casamos.

—¿Jamás lo cambió? —*Eso* sí que sorprendió a Mary Abbot. Cathy se limitó a negar con la cabeza. Pensaba que su corte se parecía al de la actriz Susannah York... por lo menos al que usaba en una película que había visto en la secundaria. Y lo mismo podía decirse de Jack, ¿no? Nunca había cambiado *su* corte de pelo, excepto cuando no tenía tiempo de cortárselo. Pero ya no, porque el staff de la Casa Blanca se ocupaba de acicalarlo cada dos semanas. En realidad, organizaban la vida de Jack mucho mejor que la propia Cathy. Probablemente hacían y deshacían sin molestarse en preguntar. Ése sí que era un sistema eficiente, murmuró para sus adentros la primera dama.

Estaba más nerviosa de lo que dejaba traslucir, mucho más que su primer día en la facultad de medicina, mucho más que en su primera cirugía... cuando tuvo que cerrar los ojos y gritar interiormente para evitar que le temblaran las manos. Pero al menos sus manos la habían escuchado... y seguían escuchándola. Bueno, pensó, ésa era la clave. La entrevista sería como una cirugía, y ella era cirujana, y un cirujano siempre controlaba la situación.

—Creo que ya está —dijo la señora Abbot.

—Gracias. ¿Le gusta trabajar con Jack?

Sonrisa de experta.

—*Odia* el maquillaje. Como la mayoría de los hombres —concedió.

—Debo confesarle un secreto: yo también.

—No le puse demasiado —le aseguró Mary—. Su piel no lo necesita.

La observación típicamente femenina hizo sonreír a la doctora Ryan.

—Gracias.

—¿Puedo hacerle una sugerencia?

—Claro.

—Déjese crecer el cabello una pulgada más, tal vez dos. Así complementará mejor la forma de su cara.

—Elaine dice exactamente lo mismo... es mi peluquera en Baltimore. Una vez lo intenté. Pero las gorras de cirugía lo aplastan todo.

—Podemos hacerle gorras más grandes. Nos gusta atender bien a nuestras primeras damas.

—¿Ah, sí? —*¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí?*, pensó Cathy. Seguramente sería más barato que ir a trabajar en helicóptero... ¡Gracias!

—Por aquí —la señora Abbot acompañó a FLOTUS al Despacho Oval.

Asombrosamente, Cathy había estado sólo dos veces en el despacho, y sólo una de ellas para ver a Jack. De golpe, todo le pareció muy raro. Su dormitorio estaba a menos de cincuenta yardas del lugar de trabajo de su esposo, después de todo. El escritorio le parecía demasiado anticuado y macizo... pero el despacho era amplio y ventilado si lo comparaba con su propia oficina en Hopkins, incluso ahora, con tantos reflectores y cámaras de televisión. Sobre una repisa frente al escritorio se erguía lo que el Servicio Secreto llamaba "la planta más fotografiada del mundo". El mobiliario era demasiado formal para ser cómodo y la alfombra con el Sello Presidencial bordado era de un mal gusto arrollador, juzgó. En todo caso, no era una oficina normal diseñada para una persona normal.

—Hola, querida —Jack la besó e inició las presentaciones—. Estos son Tom Donner y John Plumber.

—Hola —Cathy sonrió—. Solía escucharlo mientras preparaba la cena.

—¿Ya no? —preguntó Plumber, devolviéndole la sonrisa.

—En el comedor no hay televisor y tampoco me permiten preparar la cena.

—¿Su esposo no colabora? —preguntó Donner.

—¿Jack en la cocina? Bueno, se desempeña muy bien en la parrilla, pero la cocina es mi territorio. —Se sentó, mirándolos a los ojos. No fue fácil. Los reflectores ya estaban prendidos. Hizo un esfuerzo extra. Plumber le agradaba. Donner estaba ocultando algo. Se echó un poco hacia atrás y adoptó su acostumbrada expresión doctoral. Tuvo el deseo repentino de decírselo a Jack, pero no había...

—Un minuto —dijo el productor. Como siempre, Andrea Price estaba presente, parada junto a la puerta de la sala de secretarios. La puerta a espaldas de Cathy estaba abierta. Jeff Raman estaba allí. Ese también era un tipo raro, pensaba Cathy, pero el problema con la Casa Blanca era que todos lo trataban a uno como si fuera Julio César o alguien por el estilo. Era tan difícil mantener un trato cordial y sencillo con la gente. Siempre parecía interponerse algo. Fundamentalmente, ni Jack ni Cathy estaban acostumbrados a tener sirvientes. Empleados sí, pero no sirvientes. Ella era muy popular entre los enfermeros y técnicos de Hopkins porque los trataba como profesionales que eran. Estaba intentando hacer lo mismo en la Casa Blanca, pero por alguna razón no funcionaba... y eso la preocupaba un poco. No demasiado por ahora.

—Quince segundos.

—¿Nos estamos divirtiendo un poco? —susurró Jack.

¿*Por qué no te habrás quedado en Merrill Lynch?* estuvo a punto de gritarle Cathy. Ahora sería VP superior... pero no. Jamás hubiera sido feliz así. A Jack lo apasionaba tanto su trabajo como a ella componer los ojos del prójimo. En eso eran iguales.

—Buenas noches —Donner se dirigió a la cámara ubicada detrás de los Ryan—. Estamos en el Despacho Oval para hablar con el presidente Jack Ryan y la primera dama. Como anticipé en el noticiero vespertino, un desperfecto técnico estropeó la grabación que hicimos

esta mañana. Por eso el presidente Ryan nos ha concedido esta entrevista en vivo. —Giró la cabeza.— Queremos agradecerse, señor.

—Me alegra volver a verlo, Tom —dijo el presidente. Se sentía cómodo. Estaba aprendiendo a ocultar sus pensamientos.

—También está con nosotros la señora Ryan...

—Por favor —interrumpió Cathy con una sonrisa—. Soy la doctora Ryan. Trabajé mucho para serlo.

—Sí, señora —dijo Donner con tanto encanto que le hizo recordar un horrible caso de trauma ocurrido ese mediodía en Monument Street—. Ambos son doctores, ¿no?

—Sí, señor Donner. Jack en Historia y yo en Oftalmología.

—Y además es una distinguida cirujana que acaba de recibir el Premio Lasker al Servicio Público —observó, apelando a sus encantos de periodista.

—Bueno, hace más de quince años que hago investigaciones médicas. En Johns Hopkins todos somos clínicos e investigadores. Trabajo con un maravilloso grupo de gente y, en realidad, el Lasker les corresponde a ellos más que a mí. Hace quince años el profesor Bernard Katz me estimuló a pensar cómo usar el láser para corregir diversos problemas oculares. Me pareció interesante y desde entonces trabajo en ese área, además de mi práctica normal como cirujana.

—¿Es cierto que gana más dinero que su marido? —preguntó Donner, guiñándole el ojo a la cámara.

—Muchísimo más —confirmó Cathy riendo entre dientes.

—Siempre dije que Cathy era el cerebro de la pareja —prosiguió Jack, palmeando la mano de su esposa—. Es demasiado modesta para decir que es la mejor del mundo en su especialidad.

—Entonces, ¿cómo le sienta su papel de primera dama?

—¿Tengo que contestar? —Una sonrisa encantadora seguida de una extrema seriedad—. Llegamos a la Casa Blanca de una manera... bueno, creo que a nadie le agradaría llegar así, pero supongo que es como lo que hago en el hospital. A veces llega un caso de trauma, donde el afectado no eligió estar herido y nosotros hacemos lo posible por ayudarlo. Jack jamás le ha dado la espalda a un problema o un desafío en toda su vida.

Cortesías aparte, habría que dedicarse a lo importante.

—Señor presidente, ¿a usted le gusta *su* trabajo?

—Bueno, los horarios son muy largos. Aunque trabajé mucho tiempo al servicio del gobierno creo que nunca me di cuenta de lo difícil que era ser presidente. Cuento con un staff magnífico y hay miles de personas dedicadas en las oficinas públicas. Eso ayuda mucho.

—A su juicio, ¿en qué consiste específicamente *su* trabajo? —preguntó Plumber.

—El juramento dice “preservar, proteger y defender la Constitución de Estados Unidos” —replicó Ryan—. Estamos trabajando para restaurar el gobierno. Ya tenemos el Senado completo y, apenas haya elecciones en todos los estados, tendremos una nueva Casa de Representantes. Ya hemos llenado todos los puestos del Gabinete... excepto HHS y Educación.

—Esta mañana hablamos sobre los acontecimientos del Golfo Pérsico. ¿Qué opinión le merece ese problema? —Otra vez Plumber. Ryan se estaba manejando bien, más relajadamente. Plumber advirtió la mirada de su esposa. Ella sí que era inteligente.

—Estados Unidos sólo quiere paz y estabilidad en esa región. Deseamos establecer lazos amistosos con la nueva República Islámica Unida. Ya hubo demasiados conflictos, allí y en el resto del mundo. Me gusta pensar que esa clase de conflictos pertenece al pasado. Después de muchas décadas turbulentas hemos hecho la paz —me refiero a una paz verdadera, no a la ausencia de guerra— con los rusos. Quiero que sigamos por ese camino. Tal vez el mundo no conozca jamás la paz absoluta, pero nada nos impide intentarlo. John, hemos avanzado mucho en los últimos veinte años. Todavía nos queda muchísimo por hacer, pero tenemos una excelente base.

—Volveremos después de la pausa —Donner se dirigió a las cámaras. Vio que Ryan estaba satisfecho consigo mismo. Excelente.

Un miembro del staff les acercó una bandeja con vasos de agua. Todos bebieron un poco mientras esperaban que pasaran los comerciales.

—En realidad detesta todo esto, ¿no? —le preguntó a Cathy.

—Siempre que pueda trabajar soy capaz de adaptarme casi a cualquier cosa, pero me preocupan los niños. Cuando esto termine volverán a ser chicos normales. En realidad, no los educamos para este torbellino. —Dicho esto, todos se quedaron callados por el resto de la tanda publicitaria.

—Estamos de vuelta en el Despacho Oval con el presidente y la primera dama. Señor presidente —preguntó Donner—, ¿qué puede decirnos sobre los cambios que propone su administración?

—Esencialmente mi trabajo no es “cambiar”, Tom, sino “restaurar”. En el ínterin trataremos de hacer algunas cosas. Elegí a los miembros del Gabinete teniendo en vista un mejor funcionamiento del gobierno. Como sabrá, trabajé mucho tiempo al servicio del gobierno y pude ver infinitos ejemplos de ineficacia. Nuestros compatriotas pagan muchísimo dinero en impuestos y es nuestro deber garantizar que ese dinero se gaste con sabiduría... y con eficiencia. Por eso les he pedido a mis secretarios de Gabinete que examinen todos los departamentos ejecutivos a fin de poder hacer el mismo trabajo, pero a menor costo.

—Muchos presidentes prometieron lo mismo.

—Yo lo digo en serio —dijo Ryan con extrema seriedad.

—Pero hasta ahora su acto político más importante ha sido atacar el sistema impositivo —observó Donner.

—“Atacar” no, Tom. “Cambiar”. George Winston tiene mi respaldo absoluto. Nuestro actual código impositivo es totalmente injusto... quiero decir injusto de muchas maneras. Primero, la gente no puede entenderlo. Eso significa que deben contratar a alguien que les explique el sistema impositivo, y a mí me indigna ver que el pueblo norteamericano tiene que pagar mucho dinero para que alguien le explique por qué la ley le saca todavía más dinero... especialmente cuando es el gobierno el que dicta la ley. ¿Para qué dictar leyes que el pueblo no

puede entender? ¿Para qué hacer leyes tan complicadas? —preguntó Ryan.

—Pero el objetivo de su administración es crear un sistema impositivo regresivo, no progresista.

—Ya hemos hablado de eso —replicó el presidente y Donner supo que lo tenía atrapado. Una de las flaquezas más obvias de Ryan era que no le gustaba repetirse. Evidentemente *no era* un político de raza. A los políticos les encanta repetirse—. Cobrarles a todos la misma suma es lo más justo. Si pudiéramos entenderlo así, *ahorraríamos* muchísimo dinero. Los cambios que proponemos en el sistema impositivo no afectarán la renta pública. No harán quebrar a nadie.

—Pero la tasa impositiva de los ricos caerá en picada.

—Es cierto, pero también eliminaremos todas las excepciones que sus lobbystas introdujeron en el sistema. Terminarán pagando lo mismo, o probablemente un poco más que hasta ahora. El secretario Winston ha estudiado escrupulosamente el tema y yo coincido con su criterio.

—Señor, es difícil entender cómo pagarán más mediante una reducción del treinta por ciento en la tasa. Es aritmética de cuarto grado.

—Pregúntele a su contador —Jack sonrió—. O analice sus propios recibos de impuestos, si puede entenderlos. Verá, Tom, en una época fui contador —pasé el examen antes de ingresar al Cuerpo de Marines— y ni siquiera así puedo entenderlos. El gobierno no sirve al interés público haciendo cosas que la gente no puede entender. Ya hubo demasiado de eso. Es mi intención parar un poco.

Bingo. Sentado a la izquierda de Donner, John Plumber sonrió complacido. Donner le devolvió una sonrisa ganadora que fue inmediatamente registrada por las cámaras.

—Me alegra que sienta eso, señor presidente, porque al pueblo norteamericano le gustaría saber muchas cosas sobre las operaciones del gobierno. Casi todos sus colaboradores han trabajado para la CIA.

—Eso es cierto pero, como le dije esta mañana, ningún presidente habló jamás sobre operaciones de inteligencia. Y hay buenas razones para no hacerlo —Ryan todavía estaba tranquilo, sin darse cuenta de nada.

—Pero, señor presidente, usted estuvo personalmente involucrado en numerosas operaciones de inteligencia, importantísimas para la finalización de la Guerra Fría. Por ejemplo, la deserción del submarino nuclear soviético *Octubre Rojo*. Usted desempeñó un importante papel allí, ¿no?

El director de cámaras (que conocía de antemano la pregunta) tomó un primer plano de Ryan, cuyos ojos se abrieron como dos huevos fritos. Realmente no era tan capaz de controlar sus emociones.

—Tom, yo...

—Los televidentes tendrían que saber que usted jugó un rol decisivo en uno de los golpes de inteligencia más grandes de todos los tiempos. Nos apoderamos de un submarino nuclear soviético intacto, ¿verdad?

—No haré comentarios sobre ese episodio. —El maquillaje no podía ocultar la palidez de su rostro. Cathy se dio vuelta para mirarlo, sintiendo que la mano de su marido se congelaba entre las suyas.

—Y menos de dos años después, arregló personalmente la desertión del director de la KGB rusa.

Finalmente, Jack se las ingenió para controlar sus gestos, pero tenía la voz quebrada.

—Tom, no podemos seguir así. Está haciendo especulaciones infundadas.

—Señor presidente, ese individuo, Nikolay Gerasimov, ex director de la KGB, vive actualmente en Virginia con su familia. El capitán del submarino vive en Florida. No es un “episodio” —sonrió—, y usted lo sabe. Señor, no comprendo su reticencia. Usted desempeñó un importante papel para la paz mundial de la que tanto hablaba hace unos minutos.

—Tom, permítame dejar algo en claro. Jamás discutiré operaciones de inteligencia en ningún foro público. Punto final.

—Pero el pueblo norteamericano tiene derecho a saber qué clase de hombre ocupa el sillón presidencial.

John Plumber había dicho exactamente lo mismo once horas antes y se sintió un poco avergonzado al oírse citado de ese modo, pero no podía enfrentar a su colega en público.

—Tom, durante muchos años he servido a mi país al máximo de mi capacidad, pero, así como usted no puede revelar sus fuentes periódicas, nuestras agencias de inteligencia no pueden revelar muchas de las cosas que hacen, esencialmente para evitar que muera gente.

—Pero, señor presidente, usted mismo ha matado gente.

—Sí, he matado, y más de un presidente ha sido militar o...

—Un momento —interrumpió Cathy. Sus ojos ardían de rabia—. Quiero decir algo. Jack se unió a la CIA después que nuestra familia fue atacada por terroristas. Si no hubiera hecho lo que hizo, ninguno de nosotros estaría vivo. En aquel momento estaba embarazada de nuestro segundo hijo y los terroristas trataron de matarnos, a mí y a mi hija mayor, en mi automóvil rumbo a Annapolis y...

—Excúseme, señora Ryan, debemos hacer una pausa.

—Esto debe terminar, Tom. Esto debe terminar ahora mismo —exigió Ryan—. Puede morir gente si alguien revela operaciones de inteligencia. ¿Entiende eso? ¿Sí o no? —Las cámaras estaban apagadas pero los grabadores no.

—Señor presidente, la gente tiene derecho a saber y mi trabajo es informar hechos. ¿Dije alguna mentira acaso?

—Ni siquiera puedo responderle eso, y usted lo sabe —dijo Ryan, a punto de perder la calma por completo. *Tranquilo, Jack, tranquilo. El presidente no puede perder la calma, y mucho menos por televisión.* Maldición, Marko jamás cooperaría con... ¿o sí? Era lituano y tal vez le agradara la idea de convertirse en héroe nacional, pero podría vencerlo de callarse la boca. Gerasimov era otra cosa. Ryan lo había humillado, amenazándolo de muerte —a manos de sus propios compatriotas, pero eso carecía de importancia para un hombre de su cala-

ña— y despojándolo de todo su poder. Gerasimov disfrutaba en la actualidad de una vida infinitamente más cómoda que la que hubiera tenido en la Unión Soviética, pero no era la clase de hombre que antepone la comodidad al poder. Gerasimov había aspirado al puesto que Ryan ocupaba ahora y sin duda se hubiera sentido muy cómodo en su lugar. Pero los que aspiraban al poder eran precisamente los que abusaban de él, y eso los diferenciaba de Jack en más de un sentido. Ya no importaba. Gerasimov hablaría. Estaba seguro. Y ellos sabían dónde estaba.

¿Qué hago ahora?

—Estamos de vuelta en el Despacho Oval con el presidente y la señora Ryan —repitió Donner, por si alguien lo había olvidado.

—Señor presidente, usted es experto en seguridad nacional y asuntos exteriores —dijo Plumber antes de que su colega empezara a hablar—. Pero nuestro país enfrenta también otros problemas. Usted debe restablecer la Corte Suprema. ¿Cómo se propone hacerlo?

—Le pedí al Departamento de Justicia una lista de jueces con experiencia en cortes federales de apelación. Estoy estudiándola y espero enviar mis nominaciones al Senado en un plazo no mayor a dos semanas.

—Normalmente el Colegio de Abogados de Estados Unidos asiste al gobierno en la selección de los jueces. En este caso no. ¿A qué se debe, señor?

—Tom, todos los jueces de la lista ya han pasado por ese proceso y han ocupado sus cargos durante más de diez años.

—¿La lista fue confeccionada por fiscales? —preguntó Donner.

—Fue confeccionada por profesionales expertos del Departamento de Justicia. La cabeza del grupo es Patrick Martin, que acaba de hacerse cargo de la División Criminal. Fue asistido por otros funcionarios del Departamento de Justicia, entre ellos el director de la División Derechos Civiles.

—Pero todos son fiscales o ayudantes de fiscales. ¿Quién le sugirió al señor Martin?

—Es cierto que no conozco personalmente a los miembros del Departamento de Justicia. El director en ejercicio del FBI, Dan Murray, me sugirió el nombre del señor Martin. Hizo un buen trabajo supervisando la investigación del incidente del Capitolio y le pedí que confeccionara la lista.

—El señor Murray y usted son amigos desde hace tiempo.

—Sí, somos amigos —Ryan asintió.

—Y el señor Murray lo acompañó en otra operación de inteligencia, ¿no?

—¿Perdón? —preguntó Ryan.

—La operación de la CIA en Colombia, donde usted jugó un importante papel en la eliminación del cártel de Medellín.

—Tom, se lo diré por última vez: no discutiré operaciones de inteligencia, reales o ficticias... jamás. ¿Está claro?

—Señor presidente, esa operación terminó con la muerte del almirante James Cutter. Señor —prosiguió Donner, con expresión sin-

ceramente dolorida—, se está hablando mucho sobre sus actividades en la CIA. Los rumores pronto saldrán a la luz y queremos darle la oportunidad de aclarar las cosas lo antes posible. Usted no fue elegido para este cargo y jamás fue examinado como cualquier político. El pueblo norteamericano quiere saber qué clase de hombre ocupa el sillón presidencial, señor.

—Tom, el mundo de la inteligencia es un mundo secreto. Tiene que serlo. Nuestro gobierno ha hecho muchas cosas. No todas se pueden discutir en público. Todos tenemos secretos. Todos los televidentes tienen secretos. Usted tiene secretos. En lo que atañe al gobierno, guardar esos secretos es de vital importancia para el bienestar de nuestro país y también para la seguridad de quienes desempeñan tareas de inteligencia. En otras épocas los medios respetaban esa regla, particularmente en tiempos de guerra, aunque no exclusivamente. Ojalá siguieran respetándola.

—Señor presidente, ¿hasta qué punto esos secretos no conspiran contra nuestros intereses nacionales?

—Para eso tenemos una ley que otorga al Congreso el derecho de supervisar todas las operaciones de inteligencia. Si fuera solamente el Ejecutivo el que tomara las decisiones, entonces sí, tendría sobradas razones para preocuparse. Pero no es el caso. El Congreso también analiza lo que hace el Ejecutivo. Yo mismo he reportado ante el Congreso muchas de estas cosas.

—¿Hubo una operación secreta en Colombia? ¿Usted participó? ¿Daniel Murray lo acompañó a Colombia después de la muerte del entonces director del FBI, Emil Jacobs?

—No tengo nada que decir sobre ése ni ningún otro episodio de esa índole.

Hubo otra pausa comercial.

—¿Por qué esta haciendo esto? —Para sorpresa de todos, fue Cathy quien formuló la pregunta.

—Señora Ryan...

—Doctora Ryan —lo corrigió enseguida.

—Perdón. Doctora Ryan, estos alegatos deben ser atendidos.

—Ya pasamos por esto antes. Alguien trató de destruir nuestro matrimonio... también con mentiras, y...

—Cathy —dijo Jack con voz calma. Ella lo miró.

—Me enteré de eso, Jack, ¿recuerdas? —susurró.

—No, no te enteraste del todo.

—Ése es el problema —intervino Tom Donner—. Estos episodios, como usted los llama, serán seguidos al dedillo. La gente quiere saber. La gente tiene derecho a saber.

—Señor presidente, sé que es un tema difícil para usted.

—Está bien, Tom, le diré una cosa. Como parte de mis servicios a la CIA ocasionalmente tuve que servir al país de maneras que por ahora no pueden ser reveladas. Pero en ningún momento violé la ley y todas mis actividades fueron oportunamente reportadas a los miembros del Congreso designados a tal fin. Permítame contarle por qué me uní a la CIA.

”En principio no quería hacerlo. Era maestro. Enseñaba Historia en la Academia Naval. Amo enseñar y hasta tuve tiempo de escribir un par de libros de historia, cosa que también me gusta hacer. Pero entonces un grupo de terroristas nos atacó, a mí y a mi familia. Hubo dos intentos muy serios de matarnos... a todos. Usted lo sabe. En su momento la noticia invadió los medios. Entonces decidí que mi lugar estaba en la CIA. ¿Por qué? Para proteger a otros de la misma clase de peligros. Nunca me gustó demasiado, pero es el trabajo que elegí hacer... porque sentía que debía hacerlo. Ahora estoy aquí, ¿y sabe una cosa? Tampoco me gusta mucho este trabajo. No me gustan las presiones. No me gusta esta clase de responsabilidad. Creo que ninguna persona debería tener tanto poder. Pero *estoy* aquí, juré esforzarme al máximo de mis capacidades, y pienso cumplir mi juramento.

—Pero, señor presidente, usted es la primera persona que ocupa este despacho sin tener una carrera política. Sus ideas jamás han sido moldeadas por la opinión pública y a mucha gente le molesta que busque el apoyo de otros iguales a usted. El peligro es que tenemos al frente del país un pequeño grupo de gente sin experiencia política y que esa gente establecerá la política para el futuro. ¿Cómo respondería a esa preocupación?

—Hasta ahora nadie me ha transmitido esa *preocupación*, Tom.

—Señor, también lo critican por pasar demasiado tiempo en su despacho y muy poco con la gente. ¿Eso podría ser un problema?

—Habiendo clavado la daga, Donner podía permitirse cierta condescendencia.

—Desafortunadamente tengo mucho trabajo por hacer y es aquí donde debo hacerlo. En cuanto al equipo que he formado, ¿por dónde podría empezar? —se preguntó Jack. Cathy había empalidecido. Ahora era su mano la congelada—. El secretario de Estado, Scott Adler, funcionario de carrera del servicio exterior, hijo de un sobreviviente del Holocausto. Hace años que conozco a Scott. Es el mejor hombre que conozco para dirigir Estado. En el Tesoro está George Winston, un hombre que se hizo solo. Fue fundamental para la salvación de nuestro sistema financiero durante el conflicto con Japón, cuenta con el respeto de la comunidad financiera y es un gran pensador. El secretario de Defensa, Anthony Bretano, es un exitoso ingeniero y hombre de negocios que ya está haciendo reformas imprescindibles en el Pentágono. En el FBI está Dan Murray, policía de carrera, excelente. ¿Sabe cómo los elijo, Tom? Escojo profesionales, gente que conozca el trabajo antes de hacerlo, no políticos que sólo se dediquen a hablar. Si le parece que estoy equivocado, bueno, lo lamento, pero hace tiempo que estoy en el gobierno y tengo más fe en los profesionales que conozco que en los políticos que he visto pasar. Y, a propósito, ¿en qué me diferencio de los políticos que eligen a la gente que conocen... o, peor aún, a la gente que contribuyó a su campaña electoral?

—Algunos dirán que la gente comúnmente seleccionada para altos puestos oficiales tiene más experiencia.

—No soy de esa opinión, y he trabajado muchos años a las órde-

nes de esa clase de gente. Yo he nombrado gente cuyas capacidades conozco. Más aún, se supone que el presidente tiene derecho a elegir gente con la que pueda trabajar, con el consentimiento de los representantes elegidos por el pueblo.

—Pero con tanto por hacer, ¿cómo espera triunfar sin tener al lado políticos experimentados? Esta es una ciudad política.

—Tal vez sea ése el problema —contraatacó Ryan—. Tal vez el proceso político que venimos estudiando hace años sea más un impedimento que una ayuda. Tom, yo no pedí este trabajo, ¿entendido? Cuando Roger me pidió que fuera vicepresidente, la idea era que completara el período y abandonara el servicio de gobierno. Quería volver a enseñar. Pero luego sucedió ese hecho lamentable... y aquí estoy. No soy político. Nunca quise serlo y, en lo que a mí concierne, seguiré sin serlo. ¿Soy el más adecuado para el cargo? Probablemente no. No obstante, soy el presidente de Estados Unidos y tengo mucho por hacer. Y voy a hacerlo al máximo de mis capacidades. Eso es todo.

—Y ésa fue la última palabra. Gracias, señor presidente.

Jack apenas esperó que se apagaran las cámaras por última vez para arrancarse el micrófono de la corbata y pararse. Los dos periodistas estaban mudos. Cathy los miró.

—¿Por qué hicieron esto?

—¿Perdón? —respondió Donner.

—¿Por qué la gente como ustedes siempre ataca a la gente como nosotros? ¿Qué hicimos para merecer esto? Mi esposo es el hombre más honorable que conozco.

—Sólo hacemos preguntas.

—¡No me digan! Por la manera de formularlas y las preguntas que eligen, ustedes mismos dan las respuestas antes que nadie.

Ninguno de los dos respondió. Los Ryan partieron en silencio. Luego entró Arnie.

—De acuerdo —dijo—, ¿quién preparó esto?

—Lo destriparon como a un pescado —pensó Holbrook en voz alta. Habían visto la entrevista. Siempre era bueno conocer al enemigo.

—Este tipo es temible —dijo Ernie Brown, considerando las cosas con un poco más de profundidad—. Por lo menos, con los políticos uno sabe que son rufianes. Pero este tipo, carajo, este tipo va a intentar... Estamos hablando de una dictadura, Pete.

La sola idea de la dictadura asustó al Montañés. Siempre había pensado que los políticos eran lo peor de la creación, pero acababa de comprender que no. Los políticos jugaban el juego del poder porque les gustaba, porque les agradaba la idea del poder y andar rodeados de gente, porque eso los hacía sentir importantes. Ryan era peor. Ryan pensaba que era *lo correcto*.

—Maldita sea —suspiró—. La Corte que piensa nombrar...

—Lo hicieron quedar como un idiota, Ernie.

—No. ¿No te das cuenta? Estaban jugando *su* juego.

Repercusiones

La noticia apareció en la primera plana de todos los diarios importantes. Los más audaces llegaron a publicar fotos de las casas de Marko Ramius —que en ese momento no estaba— y de la familia Gerasimov. Gerasimov sí estaba pero un guardia de seguridad los instó a retirarse después de haber sido fotografiado más de cien veces.

Donner entró muy temprano a trabajar y fue el más sorprendido de todos. Plumber ingresó a su oficina cinco minutos después, sosteniendo en alto la primera página del *New York Times*.

—¿Entonces quién envolvió a quién, Tom?

—No entiendo...

—Un poco débil como estrategia, eso sí —observó ácidamente su compañero—. Supongo que después de la entrevista la gente de Kealty tuvo otra charla informal contigo. Pero tú los atrapaste a todos, ¿no? Si alguna vez llega a saberse que la cinta no estaba estro...

—Nunca se sabrá —lo cortó Donner—. Y tanta repercusión hace que nuestra entrevista se vea mejor.

—¿Mejor para quién? —preguntó Plumber yendo hacia la puerta. También era temprano para él y su primer pensamiento irrelevante del día fue que Ed Murrow jamás habría usado spray para el cabello.

El doctor Gus Lorenz terminó temprano su reunión de personal. La primavera estaba llegando a Atlanta. Árboles y arbustos estaban empezando a florecer y pronto el aire se colmaría de las fragancias que habían hecho famosa a la ciudad... y también de grandes cantidades de polen, pensó Gus, lo que empeoraría su sinusitis... aunque era un precio justo a pagar por vivir en una ciudad tan vibrante y a la vez tan típicamente provinciana. Una vez concluida la reunión y vestido con su saco blanco de laboratorio, Lorenz se dirigió a su feudo privado en el Centro de Control y Prevención de Enfermedades. El CDC (la "P" jamás fue agregada a la sigla) era una de las joyas preciosas del gobierno, una agencia de elite que era uno de los centros de investigación médica más prestigiosos del mundo... muchos dirían que el más prestigioso. Y por esa razón atraía a los mejores profesionales. Algunos se quedaban. Otros se iban a enseñar a las facultades nacionales de medicina, pero todos quedaban marcados para siempre como gente del CDC, así como otros alardeaban de haber servido en el Cuerpo de Marines, y casi por la

Fueron los primeros que el país envió a sitios problemáticos. Fueron los primeros en combatir enfermedades en vez de enemigos armados, y ese sello distintivo creó un *esprit de corps* que retuvo en el CDC a la mayoría de ellos... a pesar de los magros salarios que pagaba el gobierno.

—Buen día, Melissa —Lorenz saludó a su asistente jefe de laboratorio... Melissa ya tenía la maestría y estaba terminando su doctorado en biología molecular en la vecina Universidad de Emory. Una vez doctorada obtendría un importante ascenso.

—Buen día, doctor. Ha vuelto nuestro amigo —agregó.

—¿Ah, sí? —El espécimen estaba bajo el microscopio. Lorenz se sentó, pensativo, tomándose su tiempo como de costumbre. Chequeó las planillas para identificar la muestra: 98-3-063A. Sí, los números coincidían. Sólo era cuestión de acercar más la lente... y sí, ahí estaba: el Cayado de Pastor.

—Tiene razón. ¿El otro anda por allí?

—Sí, doctor.

La pantalla de la computadora se dividió en dos mitades verticales y un espécimen de 1976 apareció junto al primero. No eran absolutamente idénticos. La curva al final de la cadena de ARN aparentemente no se repetía jamás, como los copos de nieve, pero eso no tenía la menor importancia. Lo que importaba eran las curvas de proteínas en la parte superior, que evidentemente eran...

—Variedad Mayinga —dijo sin inmutarse.

—Estoy de acuerdo —dijo Melissa a sus espaldas. Se inclinó hacia adelante para tipear la denominación de la muestra reciente: -063B—. Fue muy difícil aislarlos pero...

—Sí, idénticos nuevamente. ¿Éste es el de la niña?

—Sí, una niña muy pequeña. —Ambos investigadores hablaban con tono distante. El ser humano puede soportar una excesiva exposición a la tristeza sólo si activa el mecanismo defensivo de la mente. Entonces las muestras son sólo eso, muestras, y nada tienen que ver con la gente que las originó.

—De acuerdo, tengo que hacer algunas llamadas.

Mantuvieron separados a los dos grupos por razones obvias. De hecho, ninguno conocía la existencia del otro. Badrayn habló con el primer grupo de veinte. Estrella de Cine se encargó de hacerlo con el segundo, de nueve. La información fue la misma en ambos casos. Irán era una nación-estado con los recursos propios de toda nación-estado. El Ministerio del Exterior tenía una Oficina de Pasaportes y el Tesoro tenía un departamento encargado de imprimir y estampillar. Ambas dependencias imprimían pasaportes de todos los países y duplicaban las estampillas de entrada y salida. De hecho era posible preparar esa clase de documentación en muchísimos lugares, casi siempre de manera ilegal, pero el recurso iraní proporcionaba mayor calidad sin el riesgo de revelar el lugar de origen.

Perversamente, la más importante de las dos misiones era la

más segura en términos de peligro físico inminente... bueno, según el punto de vista. Badrayn leyó sus miradas. La sola idea de lo que estaban por hacer hubiera hecho enrojecer de vergüenza a cualquiera, aunque tratándose de esa gente era sólo un ejemplo más de los caprichos de la naturaleza humana. El trabajo, les dijo, sería simple. Entrar. Entregar. Salir. Destacó la absoluta seguridad del proceso, siempre que siguieran los pasos previstos. No habría contactos con la otra parte. No eran necesarios y su falta aumentaría la seguridad de los procedimientos. Cada uno elegiría qué “disfraz” adoptar y debido a los parámetros de la misión no tenía importancia que más de uno eligiera el mismo. Lo que importaba era que se desempeñaran adecuadamente, y por eso cada viajero escogería un campo de actividades del que tuviera cierto conocimiento. Casi todos tenían estudios universitarios, y los que no los tenían eran capaces de hablar de negocios o maquinarias o lo que fuera hasta aburrir a los oficiales de aduana.

Estrella de Cine se sentía casi como un asesino, pero ya lo había hecho antes, aunque de segunda mano. Hacerlo de primera mano siempre era peligroso... y ésa prometía ser la misión más peligrosa de los últimos años.

Era pavoroso que no se dieran cuenta. Cada uno se sentía interiormente la piedra en la honda de Alá, sin pensar que por su misma naturaleza la piedra sólo sirve para ser arrojada. O tal vez no. Tal vez tuvieran suerte y, para esa eventualidad, les proporcionaba la mejor información que había podido conseguir. La tarde sería la mejor hora, antes de que la gente saliera de trabajar. Lo mejor sería utilizar autopistas atestadas para confundir a sus perseguidores. Él mismo entraría en acción, les prometió, para facilitarles la huida final... *si llegaban.*

—De acuerdo, Arnie, ¿qué está pasando? —preguntó Ryan. Afortunadamente Cathy no tenía ninguna cirugía programada para ese día. Había tenido una mala noche y su estado mental no era propicio para trabajar normalmente. Él no estaba mucho mejor, pero hubiera sido injusto maltratar por eso a su jefe de staff.

—Bueno, es seguro que alguien de la CIA está filtrando información, o tal vez alguien de la Colina, alguien que conoce algunas cosas que hiciste.

—Los únicos que saben lo de Colombia son Fellows y Trent. Y también saben que Murray no estuvo allí... no exactamente, en todo caso. El resto de la operación es secreto.

—¿Qué pasó en realidad? —Arnie tenía necesidad de saberlo. El presidente gesticulaba y hablaba como quien le explica a sus padres una cuestión delicada.

—Hubo dos operaciones: SHOWBOAT y RECIPROCITY. Una de ellas involucraba ingresar tropas en Colombia para cazar contrabandos aéreos de drogas. Pero esos vuelos fueron derribados...

—¿Cómo?

—La Fuerza Aérea les disparó... bueno, algunos fueron interceptados y sus tripulaciones fueron arrestadas y procesadas discretamente. Pasaron más cosas, Emil Jacobs fue asesinado, e implementamos RECIPROCITY. Empezamos a tirar bombas en ciertos lugares. Se nos fue un poco la mano. Murieron algunos civiles y todo empezó a desmoronarse.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—No lo supe hasta el final. Jim Greer estaba agonizando y yo me ocupaba de su trabajo, pero el asunto pertenecía mayormente a la OTAN. No me enteré de nada hasta que empezaron a caer las bombas... en ese momento estaba en Bélgica. Lo vi por televisión, ¿te das cuenta? Cutter dirigía la operación. Convenció al juez Moore y a Bob Ritter para iniciarla y luego trató de cancelarla. Así fue como el río salió de madre. Cutter quiso hacer desaparecer a los soldados. Yo lo descubrí. Entré a los registros personales de Ritter. Bajé a Colombia con el equipo de rescate y logramos sacar a la mayoría. No fue nada divertido —le aseguró Ryan—. Hubo disparos y yo manejé uno de los fusiles del helicóptero. Buck Zimmer, un sargento de la tripulación, resultó muerto en la última operación de rescate y desde entonces nos ocupamos de su familia. Liz Elliot se enteró y trató de usar la información en mi contra.

—Hubo más que eso —observó Van Damm.

—Sí, claro. Tenía que reportar las operaciones al Comité pero no quería que el gobierno se desmembrara. Entonces lo hablé con Trent y Fellows y fui a ver al presidente. Hablamos un rato, salí del despacho, y luego Sam y Al hablaron otro rato con él. No sé qué acordaron pero...

—Pero perdió la elección. Echó a su jefe de campaña y su campaña fue un verdadero desastre. Dios santo, Jack, ¿qué hiciste? —preguntó Arnie. Había empalidecido, pero por razones políticas. Y pensar que estaba convencido de haber manejado una campaña brillante y exitosa para Bob Fowler, logrando derrotar a un presidente muy popular. Pero no, en realidad había gato encerrado. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Ryan cerró los ojos. Acababa de revivir una noche horrenda.

—Terminé una operación técnicamente legal, pero justo al borde. La terminé con discreción. Los colombianos no se enteraron. Creí haber evitado otro Watergate doméstico... y un espantoso incidente internacional. Sam y Al sellaron los registros, que no podrán abrirse hasta que estemos todos muertos. El que filtró la información debe haber oído un par de rumores y atado cabos. ¿Me preguntas qué hice? Creo que obedecí la ley lo mejor que pude... No, Arnie, no violé la ley. Seguí las reglas. No fue fácil, pero lo hice. —Abrió los ojos.

—¿Por qué no informaste directamente al Congreso y...?

—Piénsalo un poco —dijo el presidente—. Eso no era lo único que pasaba en aquel momento, ¿correcto? Europa Oriental empezaba a despegarse, la Unión Soviética estaba a punto de colapsar, pasaban cosas realmente importantes y si nuestro gobierno se desmoronaba... demonios, creo que hubiera habido un verdadero desastre mundial. Estados Unidos no podía... no hubiéramos podido ayudar al restable-

cimiento de Europa de haber estado metidos en un escándalo doméstico. Y yo fui el que tuvo que hacer la llamada y encargarse de la acción, *en ese mismo momento*, para evitar que mataran a nuestros soldados. Piénsalo un poco, ¿quieres?

”Arnie, no pude pedirle consejo a nadie, ¿entiendes? El almirante Greer estaba muerto. Moore y Ritter estaban comprometidos. El presidente estaba hundido hasta el cuello en el asunto... en aquel momento pensé que *él* manejaba los hilos a través de Cutter... pero no, quedó involucrado por la incompetencia política de ese bastardo. No sabía adónde ir y pedí ayuda al FBI. No podía confiar en nadie excepto en Dan Murray y Bill Shaw, y en uno de los nuestros en Langley para el aspecto operativo. Bill —¿sabías que era J.D.?— me ayudó en la parte legal y Murray colaboró en el rescate. Iniciaron una investigación sobre Cutter. Fue un operativo codificado, creo que lo denominaron ODYSSEY. Estaban a punto de presentarlo ante un magistrado oficial, pero Cutter se suicidó. Un agente del FBI lo seguía a pocos metros cuando se tiró abajo del ómnibus. Tú lo conoces, Pat O’Day. Ninguno de nosotros violó la ley, *jamás*, excepto Cutter. Las operaciones propiamente dichas están dentro de la Constitución... al menos eso me aseguró Shaw.

—Pero políticamente...

—Sí, ya sé, no soy tan ignorante. Y aquí me tienes, Arnie. No violé la ley. Serví a los intereses de mi país lo mejor que pude dadas las circunstancias... y mira qué bien me fue.

—Maldición. ¿Cómo fue que nunca se lo dijeron a Bob Fowler?

—Fue cosa de Sam y Al. Pensaban que, de decírselo, hubieran envenenado la presidencia de Fowler. Además, ni siquiera sé *qué* le dijeron al presidente, ¿te das cuenta? Nunca quise saberlo y nunca me enteré. Lo único que tengo son especulaciones... aunque muy buenas —admitió Jack—, pero eso es todo.

—Jack, pocas veces me ha pasado no saber qué decir.

—Dilo de todos modos —ordenó el presidente.

—La cosa va a saberse. Los medios tienen suficiente información para atar algunos cabos y el Congreso se verá obligado a investigar. ¿Y los otros temas?

—Todo es verdad —dijo Ryan—. Sí, nos apoderamos de *Octubre Rojo*, sí, yo mismo saqué a Gerasimov. Casi me cortan la cabeza por eso, pero aquí me tienes. Si no lo hubiéramos hecho, Gerasimov hubiera ayudado a derrocar a Andrey Narmonov... y todavía existiría el Pacto de Varsovia y los malos viejos tiempos no habrían llegado a su fin. De modo que comprometimos al bastardo y no le quedó otra opción que subir al avión. Todavía está furioso con nosotros, a pesar de todo lo que hicimos para ayudarlo, pero sé que su esposa e hija gustan de Estados Unidos.

—¿Mataste a alguien? —preguntó Arnie.

—En Moscú no. En el submarino sí... el tipo estaba intentando que el submarino se autodestruyera. Mató a un oficial e hirió a otros dos, pero yo me encargué de liquidarlo... y tuve pesadillas durante años a raíz de eso.

En otra realidad, pensó Van Damm, su presidente sería un héroe. Pero la realidad y la política pública tenían poco en común. Ryan había omitido contarle su historia con Bob Fowler y el abortado lanzamiento nuclear. El jefe de staff había averiguado algo por las suyas y sabía que Bob Fowler estuvo a punto de sufrir un colapso al comprender que le habían impedido cometer un asesinato en masa a escala hitleriana. Una frase de Victor Hugo en *Les Misérables* lo había impresionado profundamente: “Qué malo puede ser el bien”. Ahora estaban frente a uno de esos casos. Ryan había servido al país bien y con bravura más de una vez, pero nada de lo que había hecho sobreviviría a la opinión pública. La inteligencia, el amor a la patria y el coraje se sumarían a una serie de eventos que cualquiera podía transformar en escándalo. Y Ed Kealty sabía cómo hacerlo.

—¿Cómo haremos para controlar esto? —preguntó el presidente.

—¿Hay algo más que yo deba saber?

—Los archivos sobre *Octubre Rojo* y Gerasimov están en Langley. En cuanto a lo de Colombia, bueno, ya sabes todo. No estoy seguro de tener derecho legal a abrir los registros sellados. Por otra parte, ¿estás interesado en desestabilizar a Rusia? Con esto lo lograrás.

Octubre Rojo, pensó Golovko, contemplando el altísimo cielo raso de su oficina.

—Ivan Emmetovich, astuto bastardo... *Zvo tvoyu maht!* —exclamó.

La maldición fue proferida con admiración callada. Desde el primer momento había subestimado a Ryan y a pesar de todos los contactos, directos e indirectos, que habían mantenido desde entonces, debía admitir que jamás había dejado de subestimarlo. Entonces, ¡había comprometido a Gerasimov con eso! Y al hacerlo había salvado a Rusia, tal vez ...pero se suponía que un país debía salvarse desde adentro, no desde afuera. Se suponía que ciertos secretos debían guardarse para siempre, porque protegían a todos por igual. Éste era uno de esos secretos. Ahora ambos países quedarían deshonorados. Para los rusos significaba la pérdida de un importante activo nacional por alta traición... peor aún, algo que sus organismos de inteligencia no habían descubierto, lo que resultaba increíble si se pensaba un poco, pero las posibilidades elucubradas en el momento habían resultado convincentes y la pérdida de dos submarinos en la misma operación era algo que la Armada soviética obviamente anhelaba olvidar... y por consiguiente no habían proseguido las investigaciones.

Sergey Nikolayevich conocía mejor la segunda parte que la primera. Ryan había impedido un *coup d'état*. Supuso que Ryan podría haberle dicho lo que estaba ocurriendo y dejado todo en manos de los organismos internos de la Unión Soviética... pero no. Los servicios de inteligencia sacaban provecho de todo y Ryan hubiera sido un imbécil de no haber aprovechado la ocasión. Seguramente Gerasimov habría cantado como un canario —conocía la metáfora occidental— y vomita-

do todo lo que sabía. De esa manera habían identificado a Ames, estaba seguro, y en su momento Ames había sido una mina de diamantes para la KGB.

Y siempre creíste que Ivan Emmetovich era un talentoso aficionado, se reprochó Golovko.

Pero hasta su admiración profesional quedó congelada. Rusia pronto necesitaría ayuda. ¿Cómo haría para pedírsela a alguien que había manejado los hilos de la política interna soviética como un titiritero? Lanzó otra maldición al darse cuenta.

Las aguas públicas son libres para el paso de todos, y la Armada no podía hacer otra cosa que evitar que la embarcación arrendada se acercara demasiado al Muelle Ocho-Diez. Pronto se le unió otra, y enseguida otras más, hasta que un total de once cámaras apuntó al muelle ahora vacío por la partida de la mayoría de los submarinos misilísticos de Estados Unidos... y por la ausencia de otro, no norteamericano, que había pasado allí... o al menos eso se rumoreaba.

Se podía acceder por computadora a los registros del personal de la Armada, y muchos lo estaban haciendo para identificar a los ex tripulantes del USS *Dallas*. Una madrugadora llamada a COM-SUBPAC, concerniente a su período al mando del *Dallas*, fue interceptada por su jefe de relaciones públicas, quien estaba preparado para no responder preguntas sobre temas escabrosos. Ese día trabajaría más que nunca. Igual que otros.

—Habla Ron Jones.

—Soy Tom Donner de la NBC.

—Qué bien —dijo Jones secamente—. Yo miro la CNN.

—Bueno, tal vez le interese vernos esta noche. Me gustaría hablarle sobre...

—Leí el *Times* esta mañana. Siempre lo recibimos. Sin comentarios —agregó.

—Pero...

—Pero sí, fui tripulante de submarino y nos llaman el Servicio Silencioso. Además, eso fue hace mucho tiempo. Ahora tengo mi propio negocio. Soy casado, tengo hijos y casa propia, ¿entiende?

—Usted estaba encargado del sonar a bordo del USS *Dallas* cuando...

—Señor Donner, firmé un pacto de secreto al dejar la Armada. No hablo de las cosas que hicimos, ¿entendido? —Era su primer encuentro con un periodista y superaba todo lo imaginable para él.

—Entonces, lo único que puede decirnos es que eso jamás ocurrió.

—¿Qué cosa jamás ocurrió?

—La deserción de un submarino ruso llamado *Octubre Rojo*.

—¿Sabe qué es lo más loco que escuché como encargado del sonar?

—¿Qué?

—Elvis Presley —cortó. Acto seguido, llamó a Pearl Harbor.

Al rayar el alba los camiones de la televisión atravesaron Winchester, Virginia, como los ejércitos de la Guerra de Secesión que en el pasado intercambiaron la posesión de esa ciudad más de cuarenta veces.

En realidad no era propietario de la casa. Tampoco podía decirse que fuera propiedad de la CIA. El título de propiedad del terreno estaba a nombre de una corporación, a su vez propiedad de una fundación cuyos directores eran oscuros; pero dado que la propiedad de bienes raíces en Estados Unidos es cuestión de registro público, y dado que todas las corporaciones y fundaciones también lo son, la información pertinente se podría obtener en menos de dos días, a pesar de que los rótulos de los archivos proclamaban a las claras la incompetencia de los empleados municipales para encontrar documentos.

Los periodistas tenían fotos y algo de información sobre Nikolay Gerasimov. Los reporteros gráficos colocaron sus cámaras sobre trípodes y utilizaron lentes largas para enfocar las ventanas, a un cuarto de milla de distancia, más allá de unos caballos que ramoneaban el pasto dándole un toque de distinción a la historia: LA CIA TRATA AL EX ESPÍA RUSO A CUERPO DE REY.

Los dos guardias de seguridad de la casa se estaban volviendo locos y llamaban a Langley para pedir instrucciones, pero la oficina de asuntos públicos de la CIA —institución de por sí extraña— no tenía artimañas al respecto excepto el consabido argumento del respeto a la propiedad privada (los abogados de la CIA ya estaban determinando si lo de “propiedad privada” era legalmente aplicable dadas las circunstancias) que, como tal, no podía ser invadida.

—Tal vez se vayan —dijo María, apareciendo a su lado.

—No creo.

—Entonces debemos quedarnos adentro hasta que se vayan —dijo su esposa, aterrada ante lo que estaba pasando.

Él negó con la cabeza.

—No, María.

—¿Y si nos mandan de vuelta?

—No lo harán. No pueden. Con los desertores no se hace eso. Es una regla —le explicó—. Nunca mandamos de vuelta a Philby, a Burgess o a MacLean... borrachos y degenerados. Oh, no, los protegimos, les compramos alcohol y les permitimos disfrutar de sus perversiones, porque ésa es la regla.

Terminó el café y fue a dejar la taza en el lavaplatos. Miró el artefacto con una sonrisa burlona. Ni en su departamento de Moscú ni en su dacha de las Colinas Lenin —probablemente vueltas a bautizar desde su partida— había un aparato como ése. Tenía sirvientes que le lavaban los platos. Ya no. En Estados Unidos la conveniencia sustituía al poder y la comodidad al status.

Sirvientes. Todo podría haber sido suyo. El status, los sirvientes, el poder. Ryan le había robado su destino, la clara alegría del poder y la responsabilidad, la felicidad de ser árbitro de los destinos de su nación... y luego había ganado el mismo destino para él y el imbécil no sabía cómo usarlo. La desgracia mayor era haber sido derrotado por

semejante idiota. Bueno, todavía quedaba algo por hacer, ¿no? Entró a la habitación que daba al fondo, eligió una chaqueta de cuero y salió. Lo pensó un momento. Sí, encendería un cigarrillo e iría hacia ellos, a cuatrocientos metros de distancia. En el camino consideraría la mejor manera de expresar su gratitud al presidente Ryan. No había dejado de estudiar a Estados Unidos, y sus observaciones acerca de la manera de pensar de los medios le resultarían asombrosamente útiles, pensó.

—Skipper, ¿te desperté? —preguntó Jones. Eran alrededor de las cuatro de la mañana en Pearl Harbor.

—No del todo. Sabes, mi PAO es mujer y está embarazada. Espero que este escándalo no la haga parir antes de tiempo. —El vicealmirante Mancuso estaba en su escritorio. Su teléfono, siguiendo sus instrucciones, no sonaba si no tenía una buena razón para hacerlo. Un viejo compañero de armas era una buena razón.

—Recibí una llamada de la NBC preguntando sobre aquel trabajito que hicimos en el Atlántico.

—¿Qué les dijiste?

—¿Qué crees, Skipper? Nada. —Al honor requerido por la situación se sumaba el hecho de que Jones seguía trabajando con la Armada—. Pero...

—Sí, pero alguien hablará. Siempre habla alguien.

—Ya saben demasiado. El *Today Show* está transmitiendo en vivo desde el Muelle Ocho-Diez en Norfolk. Te imaginarás lo que están diciendo.

Mancuso pensó en encender el televisor de su oficina, pero era demasiado temprano para el noticiero matutino de la NBC... no. Lo prendió y seleccionó la CNN. Estaban a punto de transmitir la noticia de la hora.

—La próxima vez preguntarán por aquel otro trabajo que hicimos, el del nadador.

—Estamos en línea abierta, Jones —le advirtió CONSUBPAC.

—No dije dónde, Skipper. Sólo quiero que lo tengas en cuenta.

—Sí —admitió Mancuso.

—Tal vez puedas decirme una cosa.

—¿Qué cosa, Ron?

—¿Cuál es el problema? Quiero decir, claro, yo no hablaré ni tú tampoco, pero seguramente algún otro hablará. Es una historia de mar demasiado buena para no contarla. ¿Pero qué hay detrás de esto, Bart? ¿Cuál es el problema? ¿Acaso no hicimos lo correcto?

—Creo que sí —replicó el almirante—. Pero supongo que a la gente no le gustará la historia.

—Sabes, espero que Ryan conserve la presidencia. Voy a votar por él. Fue extraordinario eso de arrancarle la cabeza a la KGB y...

—¡Ron!

—Skipper, sólo estoy repitiendo lo que dicen por televisión, ¿entendido? En lo que a mí atañe, no sé nada de eso. *Maldición*, pensó Jonesy, *es una maravillosa historia de mar. Y absolutamente verdadera.*

Al otro extremo de la línea, la gráfica de "Breaking News" apareció en la pantalla de Mancuso.

—Sí, yo soy Nikolay Gerasimov —su rostro apareció en los televisores del mundo entero. Había por lo menos cuarenta periodistas arracimados al otro lado del muro de piedra y lo más difícil era descifrar una de las tantas preguntas que vociferaban.

—¿Es cierto que usted fue...?

—¿Es...?

—¿Fue...?

—¿Es cierto que...?

—Silencio, por favor —Gerasimov alzó una mano. Quince segundos después se hizo silencio—. Sí, alguna vez fui director de la KGB. El presidente Ryan me indujo a desertar y desde entonces he vivido en Estados Unidos con mi familia.

—¿Cómo lo indujo a desertar? —gritó un reportero.

—Debe comprender que el negocio de inteligencia es algo rudo, como dicen ustedes. El señor Ryan sabe jugar el juego. En aquella época había gran lucha de poder. La CIA se opuso a mi facción y en favor de Andrey Il'ych Narmonov. El señor Ryan vino a Moscú como supuesto asesor de las conversaciones START. Aseguró que quería darme información para hacer suceder el encuentro, ¿sí? —Gerasimov había decidido disimular su conocimiento del idioma inglés para parecer más creíble ante cámaras y micrófonos—. Realmente, pueden decir que me atrapó con acusación de que yo iba a crear, ¿cómo dicen ustedes? ¿traición? No era verdad, pero efectivo, y así decido venir a Estados Unidos con mi familia. Vengo por avión. Mi familia viene por submarino.

—¿Cómo? ¿En submarino?

—Sí, en submarino *Dallas*. —Hizo una pausa y sonrió satisfecho—. ¿Por qué son tan duros con el presidente Ryan? Sirve a su país bien. Un espía magistral —aseveró con admiración.

—Bueno, adiós primicia —Bob Holtzman enmudeció el televisor y miró a su editor en jefe.

—Lo siento, Bob. —El editor le devolvió la copia. Iban a publicarla dentro de tres días. Holtzman había realizado un trabajo magistral reuniendo información e integrándola para crear un retrato cohesivo y agradable del hombre cuyo despacho estaba apenas a cinco cuadras de su propia oficina. Todo tenía que ver con el bendito espín, palabra favorita de Washington. Alguien había girado el espín, y eso era todo. Una vez lanzada la primera versión de una noticia era imposible modificarla, incluso para un periodista experimentado como Holtzman... especialmente si su propio diario no lo apoyaba.

—Bob —dijo el editor con un poco de vergüenza—, tu posición en esto difiere de la mía. ¿Qué pasa si el tipo es un vaquero? Quiero decir, está bien, conseguir el submarino fue una cosa, la Guerra Fría, etcétera, etcétera, etcétera, pero meterse en la política interna soviética... ¿eso no se acerca peligrosamente a lo que llamamos acto de guerra?

—Las cosas no fueron exactamente así. Ryan estaba tratando de sacar a un agente cuyo nombre codificado era CARDINAL. Gerasimov y Aleksandrov estaban usando ese caso de espionaje para presionar a Narmonov y desbaratar todas las reformas que planeaba iniciar.

—Bueno, Ryan podría aclararlo si quisiera. No es así como se ven las cosas desde aquí. ¿“Espía magistral”? Justo lo que necesitamos para gobernar el país, ¿no?

—¡Ryan no tiene nada que ver con eso, maldita sea! —bramó Holtzman—. Es un hombre recto que...

—Sí, es un hombre recto, claro. Y mató por lo menos a tres personas. ¡Mató, Bob! ¿Cómo demonios se le metió en la cabeza a Roger Durling que ese tipo era el mejor candidato para la vicepresidencia? Quiero decir, Ed Kealty no es precisamente una joyita, pero al menos...

—Al menos sabe cómo manipularnos, Ben. Salió por televisión y nos convenció de seguir la historia a su manera.

—Bueno... —Ben Saddler se había quedado sin palabras—. Se atuvo a los hechos, ¿no?

—Que no es lo mismo que atenerse a la “verdad”, Ben, y tú lo sabes.

—Tenemos que analizar mejor las cosas. Ryan parece un tipo que juega rápido y afloja. Quiero que escribas sobre Colombia. ¿Podrás hacerlo? Tienes excelentes contactos en la CIA, pero déjame decirte que me preocupa tu objetividad sobre el tema.

—No tienes opción, Ben. Si quieres la primicia, la historia la escribo yo... Claro que siempre puedes copiar lo que diga el *Times* —agregó Holtzman, haciendo enrojecer a su editor. La vida también podía ser ruda en los medios.

—Tú escribes la historia, Bob. Trata de hacerlo bien. Alguien violó la ley, Ryan se ocupó de tapar el asunto y salió del estercolero perfumado como una rosa. Quiero que escribas esa historia —Saddler se levantó—. Tengo que escribir un editorial.

Daryaei apenas podía creerlo. El momento escogido no podía ser mejor. Faltaban pocos días para su nuevo golpe y el blanco estaba cayendo al abismo sin necesidad de empujarlo. Claro que, si él le daba un empujoncito, caería más rápido.

—¿Es lo que parece?

—Así parece —respondió Badrayn—. Puedo hacer una investigación rápida y entregársela por la mañana.

—¿Es verdaderamente posible? —insistió el Ayatollah.

—¿Recuerda lo que le conté sobre los leones y las hienas? En Estados Unidos es deporte nacional. No es una treta. No se especializan en tretas de esa clase. No obstante, permítame asegurarme. Tengo mis métodos.

—Mañana por la mañana, entonces.

WWW.Terror.ORG

Tenía mucho trabajo por hacer. De regreso en su oficina Badrayn activó la computadora, que contaba con un módem de alta velocidad y una línea telefónica de fibra óptica conectada a la embajada de Irán —ahora RIU— en Pakistán y desde allí a otra línea en Londres, desde donde podía ingresar a la WWW —Red Mundial— sin temor a dejar rastros. Lo que alguna vez había sido una práctica bastante simple para las agencias policiales —después de todo, eso eran el contraespionaje y el contraterrorismo— se había vuelto virtualmente imposible. Literalmente millones de personas podían acceder a toda la información producida por la humanidad, y a mayor velocidad que la que uno empleaba en caminar desde su auto a la biblioteca municipal. Badrayn empezó por buscar los diarios más importantes, desde el *Times* de Los Angeles al *Times* de Londres, sin olvidar a Nueva York y Washington en el trayecto. Todos los diarios mayores ofrecían la misma historia de base, aunque el comentario editorial difería ligeramente de uno a otro. Las historias eran vagas en cuanto a fechas y Badrayn se vio obligado a recordar que la mera repetición del contenido no garantizaba veracidad. Pero esto *parecía* real. Badrayn sabía que Ryan había sido oficial de inteligencia y también sabía que los británicos, los rusos y los israelíes lo respetaban. Seguramente historias como ésa explicaban semejante respeto. También lo hacían sentirse un tanto incómodo, hecho que hubiera sorprendido a su amo. Ryan podía ser un adversario más formidable de lo que Daryaei creía. Sabía actuar con decisión en circunstancias difíciles, característica en absoluto subestimable.

Pero Ryan estaba ahora fuera de su elemento, hecho que la cobertura periodística dejaba en claro. Mientras pasaba de un diario local a otro, un nuevo sello editorial apareció en pantalla. Reclamaba una indagación del Congreso sobre las actividades de Ryan en la CIA. Y el gobierno colombiano pedía en términos diplomáticos una explicación de las acusaciones... Otra tormenta en ciernes. ¿Cómo respondería Ryan a tantos cargos y demandas? Pregunta abierta, concluyó Badrayn. Imprimió los artículos y editoriales más importantes para su uso posterior y procedió a ocuparse de su verdadera misión.

Había una página local dedicada a convenciones y exhibiciones de ventas en todo Estados Unidos. Probablemente para agentes de viaje, pensó. Bueno, no sería tan complicado. Era cuestión de elegir las por ciudad. Eso le indicaría las características de los centros de conven-

ción, típicamente edificios grandes con estructura de granero. Cada uno tenía destinada una página para alardear de sus capacidades. Muchos mostraban diagramas y direcciones de viaje. Todos daban números de teléfono y fax. Copió hasta llegar a veinticuatro, un poco más por las dudas. No podía enviar a uno de sus viajeros a una exhibición de ropa interior femenina, por ejemplo, aunque... sonrió para sus adentros. De todos modos las exhibiciones de modas y telas corresponderían a la temporada invernal, porque el verano todavía no había llegado... ni siquiera a Irán. Exhibiciones de automóviles. Se realizaban en todo el territorio norteamericano. Era evidente que los fabricantes de automóviles y camiones exhibían sus productos como un circo ambulante exhibe sus fieras y payasos... Tanto mejor.

Circo, pensó, y señaló otra página... Pero no, no era la época del año. Mala suerte. ¡Pésima ventura en realidad! gruñó Badrayn. ¿Los grandes circos no viajaban en trenes privados? Maldición. Pero, inevitablemente, era un mal momento para circos. Tendría que ser la exhibición de vehículos.

Y todas las demás.

Todos los miembros del grupo dos estaban desahuciados. Había llegado la hora de terminar con su sufrimiento. No tanto por misericordia como por eficiencia. No tenía sentido arriesgar las vidas de los médicos por gente condenada a muerte tanto por la ley como por la ciencia. Y así, como los del grupo uno, fueron enviados a mejor vida mediante grandes inyecciones de Dilaudid. Moudi observó el proceso por circuito cerrado. El alivio de los médicos era visible, incluso a través de las máscaras de plástico. En pocos minutos todos los sujetos del experimento habían muerto. Practicarían los mismos procedimientos que antes. El médico se felicitó por lo bien que habían funcionado. Además, ningún miembro del personal se había contagiado. Eso se debía principalmente a su crueldad. Sabía que en otros lugares —hospitales propiamente dichos— no tendrían tanta suerte. De hecho, ya estaban lamentando la pérdida de algunos practicantes.

Era extraño que los segundos pensamientos llegaran siempre demasiado tarde para implementarlos. Ya no podía detener lo que estaba por pasar, así como no podía detener el eje de la tierra.

Los médicos empezaron a arrojar los cadáveres infectados a las camillas. Moudi apartó la vista. No tenía necesidad de volver a verlo. Se levantó y volvió al laboratorio.

Otro equipo de técnicos estaba cargando la “sopa” en recipientes conocidos como frascos. Tenían mil veces más frascos de los que necesitaban, pero la naturaleza de la operación era tal que siempre resultaba más fácil hacer de más que justo lo suficiente. Además, el director había dicho que era imposible saber si se necesitarían más en el futuro. Los frascos eran de acero inoxidable, en realidad de una aleación especial que no perdía su fuerza bajo el frío extremo. Todos fueron llenados a tres cuartos de su capacidad y sellados. Posteriormente serían rociados con sustancias químicas cáusticas para garanti-

zar la asepsia del exterior. Luego serían colocados en una carretilla y trasladados al depósito refrigerado en el sótano del edificio, donde finalmente serían sumergidos en nitrógeno líquido. Las partículas de virus de Ebola podrían permanecer allí durante décadas, demasiado heladas para morir, completamente inertes, esperando la próxima exposición al calor y la humedad... y la próxima oportunidad de reproducirse y matar. Uno de los frascos quedaría en el laboratorio, dentro de un recipiente criogénico del tamaño de un tambor de petróleo, aunque un poco más alto, con un despliegue LED de la temperatura interna.

En cierto sentido era un alivio que esa parte del drama estuviera a punto de terminar. Moudi se detuvo en la puerta, observando cumplir sus funciones al personal inferior. Probablemente ellos sintieran lo mismo. Pronto las veinte latas de aerosol serían llenadas y retiradas del edificio, cada centímetro cuadrado sería rigurosamente higienizado, y todo volvería a sus habituales condiciones de seguridad. El director volvería a pasar todo el tiempo en su oficina y Moudi... bueno, no podría reaparecer en la OMS, ¿no? Después de todo, había muerto en un accidente aéreo sobre la costa del Líbano. Alguien tendría que proporcionarle una nueva identidad y un nuevo pasaporte para viajar, suponiendo que volviera a hacerlo. O tal vez, como medida de seguridad... No, el director no sería tan cruel, ¿o sí?

—Hola, quiero hablar con el Dr. Ian MacGregor.

—¿Quién le habla?

—El doctor Lorenz del CDC de Atlanta.

—Un momento, por favor.

Gus tuvo que esperar dos minutos por reloj, lo suficiente para encender su pipa y abrir la ventana. Los más jóvenes solían burlarse de su hábito, pero no inhalaba el humo y fumar en pipa ayudaba a pensar y...

—Habla el doctor MacGregor —dijo una voz joven.

—Soy Gus Lorenz, de Atlanta.

—¡Ah! ¿Cómo está, profesor?

—¿Cómo andan sus pacientes? —preguntó Lorenz a siete husos horarios de distancia. Le gustaba la voz de MacGregor, que obviamente trabajaba hasta tarde. Los buenos médicos solían hacerlo.

—Me temo que el paciente masculino no está nada bien. Pero la niña se está recuperando.

—¿En serio? Bueno, examinamos las muestras que nos mandó. Ambas contenían el virus de Ébola, sub-variedad Mayinga.

—¿Está completamente seguro?

—Sin duda, doctor. Yo mismo hice los análisis.

—Me lo temía. Envié otro grupo de muestras a París, pero todavía no me respondieron.

—Necesito saber algunas cosas —Lorenz sacó un anotador—. Hábleme un poco más de sus pacientes.

—Hay un problema con eso, doctor Lorenz —tuvo que decir

MacGregor. No sabía si la línea estaba intervenida, pero tratándose de Sudán no cabía descartar la posibilidad de que lo estuviera. Por otra parte tenía que decirle algo a Lorenz, así que empezó a relatar cuidadosamente todo lo que estaba en condiciones de revelar.

—Anoche la vi por televisión. —El Dr. Alexandre había decidido compartir el almuerzo con Cathy Ryan precisamente por esa razón. La doctora Ryan había empezado a gustarle. ¿Quién hubiera dicho que una cirujana oftalmóloga (para Alex, la de Cathy era una especialidad mecánica y no verdadera medicina como la que él practicaba... aunque cada profesión tiene sus rivalidades y Alex sentía lo mismo por todas las especialidades quirúrgicas) se interesaría en genética? Además, probablemente necesitaría una palabra amistosa.

—Qué bien —replicó Caroline Ryan con la vista clavada en su ensalada de pollo. Alexandre se sentó. El guardaespaldas parecía tenso y desdichado.

—Usted estuvo muy bien.

—¿Le parece? —Lo miró a los ojos y dijo al pasar:— Hubiera querido romperle la cara.

—Bueno, no se notó. Respaldó muy bien a su esposo, con muchísima elegancia e inteligencia.

—¿Qué pasa con los periodistas? Quiero decir, ¿por qué...?

Alex sonrió.

—Doctora, si un perro orina sobre una boca de incendios no está cometiendo vandalismo. Sólo es un perro —Roy Altman estuvo a punto de ahogarse con la bebida.

—Ninguno de nosotros quería esto, ¿sabe? —dijo ella, lo bastante compungida para no apreciar la broma.

El profesor Alexandre alzó las manos en señal de rendición.

—Pero estuvo allí e hizo eso, señora. Eh, yo nunca quise entrar al ejército. Casi me arrancaron de la facultad de Medicina. Todo salió bien e incluso alcancé rango de coronel. Descubrí que era una excelente forma de mantener el cerebro ocupado y pagar las cuentas.

—¡No me pagan para abusar de mí! —objetó Cathy, aunque con una sonrisa.

—Y su marido no gana lo que merece —agregó Alex.

—Nunca. A veces me pregunto por qué no trabaja gratis y devuelve los cheques para hacer notar que vale más de lo que le pagan.

—¿Cree que hubiera sido un buen médico?

A Cathy se le iluminaron los ojos.

—Se lo dije más de una vez. Creo que hubiera sido un cirujano... no, tal vez otra cosa, algo como usted. Siempre le gustó merodear y averiguar cómo son las cosas en realidad.

—Y decir lo que piensa.

Cathy lanzó una carcajada.

—¡Siempre! ¡Sin excepción!

—Bueno, ¿sabe una cosa? Parece un buen tipo. No lo conozco, pero me agrada lo que vi. Obviamente no es político... pero tal vez eso

no sea tan malo de vez en cuando. ¿Me haría el favor de animarse un poco, doctora? ¿Qué es lo peor que podría suceder? Que él abandone el puesto, vuelva a hacer lo que le gusta —enseñar, según dijo—, y usted siga siendo una gran cirujana con un Lasker colgado en la pared.

—Lo peor que podría suceder...

—Aquí está el señor Altman para ocuparse de eso, ¿no? —Alexandre lo miró—. Supongo que es suficientemente corpulento para interceptar la bala. —El agente no respondió, pero bastó una mirada. Sí, defendería a muerte a su custodiada—. Tienen permitido hablar de estas cosas, ¿no?

—Sí, señor, podemos hablar si usted pregunta. —Todo el día había querido hablar de eso. Había visto el especial por televisión y, como de costumbre, la Custodia Personal había especulado con darle un escarmiento al insolente reportero. El Servicio Secreto también tenía sus fantasías—. Doctora Ryan, su familia nos gusta mucho, y no lo digo por cortesía, ¿entendido? No siempre nos gustan nuestros custodiados. Pero ustedes sí nos gustan, todos ustedes.

—Hola, Cathy. —Era el decano James, que la saludó al pasar con una sonrisa.

—Hola, Dave. —Varios médicos la saludaron desde sus mesas. Bueno, después de todo no estaba tan sola como creía.

—Entonces, Cathy, ¿es verdad que está casada con James Bond?

En otro contexto la pregunta la hubiera sacado de quicio, pero los ojos de Alexandre resplandecían de gozo.

—Sé muy poco en realidad. Me enteré de algo cuando el presidente Durling le pidió a Jack que fuera vicepresidente, pero no puedo...

Alexandre alzó una mano.

—Ya sé. Todavía debo atenerme a ciertas cláusulas de seguridad porque de vez en cuando visito Fort Detrick.

—No es como en el cine. Nadie hace esa clase de cosas y luego bebe un trago, besa a la chica y se aleja a bordo de su automóvil. Jack solía tener horribles pesadillas y... bueno, yo lo abrazaba dormido y lograba calmarlo, pero al despertar fingía que no había pasado nada. Conozco parte del asunto, no todo. Cuando estuvimos en Moscú el año pasado, se nos acercó un ruso y dijo que una vez le había apuntado un revólver a la cabeza a Jack —Altman comenzó a prestar más atención al relato—, pero lo dijo como si fuera una broma y después aseguró que el revólver estaba descargado. Luego cenamos juntos, como si fuéramos amigos o compinches, y conocí a su esposa... una pediatra, ¿no es increíble? Ella es médica y su esposo es el espía ruso más importante y...

—Suenan un poco traídos de los pelos —coincidió el Dr. Alexandre enarcando juiciosamente una ceja. Al instante ambos reían a carcajadas.

—Todo esto es una locura —concluyó Cathy.

—Hablando de locuras, tenemos dos casos de Ébola confirmados en Sudán. —Había logrado distender el ánimo de Cathy y ya podía hablarle de sus problemas.

—Un lugar un poco raro para el virus. ¿Los enfermos eran de Zaire?

—Gus Lorenz está averiguando. Y yo estoy esperando el resultado de sus averiguaciones. No puede tratarse de un estallido local.

—¿Por qué no? —preguntó Altman.

—Es el peor medio ambiente para el virus —explicó Cathy, decidiéndose finalmente a comer—. Caluroso, seco, con un sol implacable. Los rayos ultravioletas del sol lo exterminan.

—Como un lanzallamas —acotó Alex—. Y no hay jungla para que vivan los animales portadores.

—¿Sólo dos casos? —preguntó Cathy con la boca llena de ensalada. Al menos la había instado a alimentarse, pensó Alexandre. Sí, todavía conservaba su estilo galante... hasta en la cafetería.

Asintió.

—Un hombre adulto y una niña, es todo lo que sé por ahora. Gus hará los análisis hoy mismo, probablemente ya los haya hecho.

—Maldición, Ébola es un virus muy escurridizo. Y todavía no descubren al portador.

—Ya son veinte años de búsqueda —confirmó Alex—. Jamás se encontró un animal enfermo... bueno, obviamente el portador no podría estar enfermo, usted me entiende.

—Como un caso criminal, ¿no? —preguntó Altman—. ¿Merodeando en busca de evidencia física?

—Más o menos —admitió Alex—. Sólo que estamos buscando en todo un país y aún no sabemos exactamente qué estamos buscando.

Don Russell vio salir los catres. Después de almorzar —ese día habían almorzado emparedados de jamón y queso con pan blanco, un vaso de leche y una manzana— todos los niños bajaban a dormir una pequeña siesta. Los adultos pensaban que era una gran idea. La señora Daggett era una gran organizadora y los niños conocían de memoria la rutina. Los catres se guardaban en el depósito y cada niño sabía cuál era el espacio que le estaba destinado. SANDBOX se estaba entendiendo muy bien con Megan O'Day. Las dos solían llevar puestos jardineros Oshkosh adornados con flores o conejitos... por lo menos la tercera parte de los niños los usaba, era una marca muy popular entre ellos. Lo más engorroso era persuadirlos de ir al baño para evitar "accidentes" durante la siesta... finalmente algunos eran inevitables, pero para eso eran niños. El procedimiento demoró quince minutos en total, menos que antes porque dos de sus agentes ayudaron. Finalmente los niños se acostaron en sus catres, con sus mantas y sus osos, y se apagaron las luces. La señora Daggert y sus colaboradores buscaron sillas para sentarse y libros para leer.

—SANDBOX está durmiendo —dijo Russell, saliendo a tomar un poco de aire fresco.

—Parece un ganador —dijo uno de los miembros del equipo móvil, sentado en un rincón de la casa de enfrente. Habían guardado su Chevy Suburban en el garaje familiar. Eran tres agentes, dos de ellos en constante vigilancia cerca de la ventana que daba al Giant Steps. Probablemente estarían jugando a las cartas, siempre una buena ma-

nera de matar el tiempo. Cada quince minutos —no tan regularmente por si alguien estaba vigilando— Russell u otro agente recorría las inmediaciones. Un circuito de televisión vigilaba el tránsito de la autopista Ritchie. Uno de los agentes internos permanecía posicionado para cubrir las puertas dentro y fuera del centro. En ese momento era Marcella Hilton, joven y bella, siempre con la cartera a cuestas. Una cartera especial para policía femenina, tenía un bolsillo lateral que le permitía alcanzar sin dificultades su SigSauer 9mm. automática y dos cargas de cartuchos de repuesto. Se estaba dejando crecer el cabello más allá de los hombros, con cierto estilo hippie (tendría que explicarle qué era un hippie) para acentuar su “disfraz”.

Seguía sin gustarle. Era un lugar de fácil acceso, demasiado próximo a la autopista con su tránsito pesado, y había un estacionamiento a la vista, el emplazamiento perfecto para los delincuentes. Por lo menos habían ahuyentado a los periodistas. SURGEON había sido más que directa al respecto. Después de algunos comentarios iniciales sobre Cathy Ryan y sus amiguitos tuvieron que ajustarse los cinturones. A partir de ese momento se les pidió, con firmeza no desprovista de cortesía, que no volvieran por allí. Los que insistían a toda costa tenían que hablar con Don Russell, que reservaba su cariño de abuelo exclusivamente para los niños del Giant Steps. Con los adultos era intimidante y solía ponerse sus gafas oscuras para parecerse más a Schwarzenegger, a quien superaba en estatura por más de tres pulgadas.

Pero habían reducido la subcustodia a seis agentes. Tres en el lugar y tres al otro lado de la calle. El último trío portaba armas grandes, ametralladores Uzi y M-16 con mira telescópica. En otro lugar seis hubieran sido muchos, pero allí no, pensó. Desafortunadamente, la presencia de un solo agente más hubiera transformado a esa cálida guardería en un campamento militar, y el presidente Ryan ya tenía bastantes problemas.

—¿Cuál fue el resultado, Gus? —preguntó Alexandre. Uno de sus pacientes de SIDA había empeorado, y estaba intentando encontrar una alternativa para él.

—Identidad confirmada. Ébola Mayinga, la misma variedad de los dos casos de Zaire. El paciente adulto no podrá recuperarse, pero la niña sí.

—¿Ah, sí? Qué bien. ¿En qué se diferencian ambos casos?

—No estoy seguro, Alex —replicó Lorenz—. No tengo mucha información sobre los pacientes, sólo sus nombres de pila, edades y cosas por el estilo. El adulto se llama Saleh y la niña Sohaila.

—Nombres árabes, ¿no? —Pero Sudán era un país islámico.

—Creo que sí.

—Sería útil saber cuál es la diferencia entre ambos casos.

—Ya intenté averiguarla. El médico a cargo es un tal Ian MacGregor, creo que de la Universidad de Edimburgo. Por teléfono parece muy capaz. De todos modos, no sabe cuál es la diferencia.

Tampoco tiene idea de cómo se contagiaron. Aparecieron en el hospital casi al mismo tiempo y casi en las mismas condiciones. Los primeros síntomas eran de gripe o malestar posterior al vuelo...

—¿De dónde viajaron, entonces? —lo interrumpió Alexandre.

—Pregunté. MacGregor dijo que no podía decirlo.

—¿Cómo es posible?

—También pregunté cómo era posible. Dijo que tampoco podía responderme eso, pero aseguró que no tenía conexión con los casos.

—El tono de Lorenz indicaba a las claras cuál era su opinión al respecto. Ambos sabían que era una cuestión de políticas locales, uno de los grandes problemas de África, especialmente en cuanto al SIDA.

—¿No hubo más casos en Zaire?

—Nada —confirmó Gus—. Eso terminó. Es un rompedero de cabeza, Alex. La misma enfermedad apareció en dos lugares diferentes, a dos mil millas de distancia, dos casos por lugar, dos muertos, un agonizante y una en vías de recuperación. MacGregor ha iniciado procedimientos preventivos en su hospital y aparentemente sabe lo que hace. —Casi se podía oír cómo se encogía de hombros por teléfono.

Lo que había dicho el tipo del Servicio Secreto durante el almuerzo era acertadísimo, pensó Alexandre. El suyo era más un trabajo detectivesco que médico, y en este caso no tenía el menor indicio en qué apoyarse, como esos casos de crímenes seriales sin pistas. Tal vez fueran entretenidos en forma de libro, pero no en la realidad.

—Está bien. ¿Entonces qué sabemos?

—Sabemos que la variedad Mayinga está vivita y coleando. La inspección visual es idéntica. Estamos haciendo algunos análisis de proteínas y secuencias, pero mi técnico afirma que son idénticos punto por punto.

—Maldición, ¿dónde está el huésped, Gus? ¡Si pudiéramos encontrarlo!

—Gracias por la observación, doctor. —Gus estaba molesto de la misma manera y por la misma razón. Pero era una vieja historia para ambos. Bueno, pensó, había llevado *miles* de años descubrir el proceso de la malaria. Hacía apenas veinticinco que investigaban a Ébola. Evidentemente el virus andaba por allí desde hacía tiempo, apareciendo y desapareciendo como un ficticio asesino serial. Pero Ébola no tenía cerebro ni estrategia, y ni siquiera se movía por voluntad propia. Estaba superadaptado a algo muy limitado y excesivamente estrecho. Pero no sabían a qué—. Basta para empujar a un hombre a la bebida, ¿no?

—Supongo que un buen trago de borgoña lo mataría, Gus. Tengo que ver unos pacientes.

—¿Te gusta hacer la recorrida diaria, Alex? —Lorenz también la extrañaba.

—Es bueno volver a ser un verdadero médico. Pero me gustaría que mis pacientes tuvieran un poco más de esperanza. Bueno, son cosas de la profesión, ¿no?

—Si quieres, te enviaré los resultados del análisis estructural por fax. Lo bueno es que parece estar controlado —repitió Lorenz.

—Te lo agradeceré. Hasta la vista, Gus —Alexandre colgó. *¿Controlado? Lo mismo pensamos antes...* Pensó en otra cosa, como debía. *Paciente blanco, masculino, treinta y cuatro años, homosexual. ¿Cómo estabilizarlo?* Recogió la planilla y salió del consultorio.

—¿Entonces no soy el más adecuado para colaborar en la selección de los jueces? —preguntó Pat Martin

—No te sientas mal —respondió Arnie—. *Todos nosotros* somos los menos adecuados para cualquier cosa.

—Excepto tú —advirtió el presidente con una sonrisa.

—Todos cometemos errores de juicio —admitió Van Damm—. Podría haber abandonado con Bob Fowler, pero Roger dijo que me necesitaba para atender este bendito negocio y...

—Sí —Ryan asintió—. Lo mismo me pasó a mí. ¿Y entonces, señor Martin?

—No se violó ninguna ley. —Había pasado las tres últimas horas revisando los archivos de la CIA y el informe de Jack sobre las operaciones colombianas. Ahora una de sus secretarias, Ellen Sumter, estaba al tanto de cierta información restringida... pero era una secretaria *presidencial* y, además, le convidaba cigarrillos a Jack—. Al menos en lo que a usted respecta. Ritter y Moore podrían ser acusados de no reportar la totalidad de sus actividades encubiertas al Congreso, pero aducirían que el presidente les ordenó hacerlo de ese modo y las instrucciones sobre Operaciones Especiales y Riesgosas anexadas al estatuto de supervisión contribuirían a su defensa. Supongo que podría hacer que los procesaran, pero no querría ocuparme personalmente del caso —prosiguió—. Estaban tratando de solucionar el problema de la droga y la mayoría de los jurados no los condenarían por eso, especialmente porque a raíz de nuestra intervención se desbarató el cártel de Medellín. El verdadero problema es desde la perspectiva de las relaciones internacionales. Colombia se sentirá muy molesta, señor, y con razón. Hay tópicos de ley internacional y tratados aplicables a la actividad, pero no tengo suficiente conocimiento del tema para arriesgar una opinión. Desde el punto de vista doméstico debemos atenernos a la Constitución, la ley suprema del país. El presidente es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. El presidente decide qué atañe o no a la seguridad del país como parte de sus potestades ejecutivas. Por consiguiente, el presidente puede realizar cualquier acción que considere apropiada para proteger la seguridad del país... eso es, precisamente, lo que significa poder *ejecutivo*. El freno para eso, aparte de las violaciones estatutarias que se aplican *dentro* del país, está en las moderaciones y equilibrios propiciados por el Congreso. El Congreso puede negar fondos para evitar algo, pero nada más. La Resolución de Poderes de Guerra fue redactada de manera tal que el presidente pueda actuar *antes* de que el Congreso intente impedirlo. Como verá, la Constitución es flexible en cuanto a los temas realmente importantes. Fue creada para que la gente razonable solucione las cosas de manera razonable. Se supone que los

representantes electos saben qué quiere la gente y actúan acordemente, siempre dentro de límites razonables.

—*¿Los que redactaron la Constitución*, se preguntó Ryan, *eran políticos o qué?*

—¿Y el resto? —preguntó el jefe de staff.

—¿Las operaciones de la CIA? No se aproximan a ninguna clase de violación, pero nuevamente enfrentamos un problema político. En mi opinión —no olvide que dirigí muchas investigaciones de espionaje— fueron hermosos trabajos, señor presidente. Excelentes. Pero los medios no dirán lo mismo —le advirtió.

Arnie pensó que, de todos modos, era un buen comienzo. Su tercer presidente no tendría que temer que lo mandaran a la cárcel. *Después* de eso venía el tema político, que era —para él— lo más importante de todo.

—¿Audiencias cerradas o abiertas? —preguntó Van Damm.

—Según la política. Lo principal es el tema internacional. Será mejor resolverlo con el Departamento de Estado. En eso me tienen al filo de la navaja, éticamente hablando. Si hubiera descubierto una posible violación de su parte en cualquiera de estos tres casos, no habría podido discutirla con ustedes. Llegado el caso me cubriría diciendo que usted, señor presidente, me pidió opinión sobre las posibles violaciones criminales de otros, pedido al que yo, como funcionario federal, debo responder como parte de mis deberes oficiales.

—Saben, me gustaría que dejaran de hablar como abogados todo el tiempo —les espetó Ryan de mala manera—. Debo enfrentar problemas reales. Un nuevo país en Medio Oriente que no nos tiene la menor simpatía, los chinos haciendo lío en el mar por razones que no alcanzo a comprender, y todavía no tengo un Congreso.

—Éste *es* un problema real —aclaró Arnie. Otra vez.

—Sé leer —Ryan señaló la pila de recortes sobre su escritorio. Los medios le habían obsequiado los borradores de los editoriales adversos que publicarían al día siguiente. Muy considerado de su parte—. Antes creía que la CIA era Alicia en el País de las Maravillas. La erraba por mucho. Está bien, la Corte Suprema. Leí más de la mitad de la lista. Son todos buena gente. La semana próxima revelaré mis elecciones.

—El Colegio de Abogados saltará como leche hervida —dijo Arnie.

—Que salten. No puedo mostrarme débil. Lo aprendí anoche. ¿Qué pensará hacer Kealty?

—Lo único que puede hacer: debilitarte políticamente, amenazarte con el escándalo y obligarte a renunciar —Arnie volvió a levantar la mano—. No estoy diciendo que tenga sentido.

—Maldita sea, Arnie. Casi nada tiene sentido en esta maldita ciudad. Por eso lo sigo intentando.

Un elemento crucial para la consolidación del nuevo país era, por supuesto, el ejército. Las divisiones de la ex Guardia Republicana

conservarían su identidad. Habría que hacer algunos ajustes en los cuerpos de oficiales. Las ejecuciones de las últimas semanas no habían expulsado por completo los elementos indeseables pero, por razones de amistad, las siguientes eliminaciones se transformaron en simples retiros... Las órdenes de retiro fueron ostensiblemente directas: *Abandonar la fila y desaparecer*. Una advertencia que no podía pasar inadvertida. Los oficiales obligados a retirarse aceptaban su destino con sumisión, contentos y agradecidos de seguir con vida.

Esas unidades habían sobrevivido a la Guerra del Golfo Pérsico... al menos en su mayoría. El feroz impacto del trato recibido a manos de los norteamericanos había sido mitigado por las numerosas campañas destinadas a sofocar rebeliones civiles, donde los rencorosos oficiales pudieron desplegar a gusto sus fanfarronadas y bravuconadas.

Los grupos salieron de Irán por la autopista Abadan, atravesando puestos de gendarmería ya desmantelados. Se movían al amparo de la oscuridad y con un mínimo de tráfico radial... cosa que a los satélites no les importó.

—Tres divisiones pesadas —fue el análisis instantáneo del I—TAC —Centro de Inteligencia y Análisis de Amenaza del Ejército—, un edificio sin ventanas localizado en el Washington Navy Yard. La DIA y la CIA llegaron rápidamente a la misma conclusión. Ya estaba en camino un nuevo Orden de Batalla para el nuevo país, y las primeras especulaciones indicaban que la RIU duplicaba el poder militar conjunto de los demás estados del Golfo. Probablemente sería peor cuando terminaran de evaluar el resto de los factores.

—Me gustaría saber hacia dónde se dirigen exactamente —dijo el oficial superior de vigilancia mientras rebobinaban las cintas.

—El último límite de Irak siempre ha sido Shi'a, señor —le recordó un oficial subalterno.

—Y es el sector más próximo a nuestros amigos.

—Correcto.

Mahmoud Haji Daryaei tenía mucho en qué pensar y usualmente prefería hacerlo afuera, no adentro, de una mezquita. En este caso era una de las más antiguas del ex territorio iraquí, con vista a la ciudad más vieja del mundo: Ur. Aunque pertenecía a su Dios y su Fe, Daryaei también era un hombre de la historia y la realidad política que pensaba que todo formaba parte de un todo unificado que definía la forma del mundo y que, por consiguiente, todo debía ser tenido en cuenta. En momentos de debilidad o entusiasmo (en su mente ambos eran lo mismo) resultaba fácil pensar que ciertas cosas habían sido escritas por la mano inmortal de Alá, pero la circunspección era también una virtud exaltada en el Corán y Daryaei había descubierto que podía alcanzarla más fácilmente caminando por los alrededores de un lugar sagrado, preferentemente por un jardín como el de esa mezquita.

Concepto operativo

Cuando unas fuerzas armadas se mueven las otras fuerzas armadas las observan con interés, pero lo que hagan al respecto dependerá siempre de las instrucciones de sus líderes. La entrada de las fuerzas iraníes a Irak fue absolutamente administrativa. Los tanques y otros vehículos de arrastre llegaron en remolques y los camiones llegaron sobre sus propias ruedas. Los problemas fueron los de costumbre. Algunas unidades equivocaron el camino para vergüenza de sus oficiales y enojo de sus superiores, pero pronto cada una de las tres divisiones encontró un nuevo hogar en las inmediaciones de una división iraquí del mismo tipo. La traumática reducción forzosa del ejército iraquí había dejado suficiente lugar para los nuevos ocupantes de las bases, que, apenas llegaron, iniciaron prácticas para familiarizarse con sus contrapartes iraquíes. Allí también hubo dificultades culturales e idiomáticas, pero ambos bandos utilizaban prácticamente las mismas armas y la misma doctrina y los oficiales al mando, igual que en el resto del mundo, se esforzaron por encontrar un terreno común. Esos procedimientos también fueron observados vía satélite.

—¿Cuántos son?

—Digamos que tres formaciones completas —informó un coronel al almirante Jackson—. Una de dos divisiones acorazadas y dos de una acorazada y una mecanizada. La artillería es un poco liviana pero tienen todo lo necesario en cuanto a municiones. Detectamos un grupo de vehículos de comando-y-control en el desierto, probablemente haciendo simulacros para un CPX. —El CPX (Comando Post Práctica) era un juego de guerra para profesionales.

—¿Algo más? —preguntó Robby.

—Están exhibiendo y alistando toda la artillería de la base situada al oeste de Abu Sukayr. En la base de Nefej, al norte, hay algunos inquilinos nuevos, MiGs y Sukhois entre ellos, pero los motores están fríos.

—¿Evaluación? —La pregunta fue formulada por Tony Bretano.

—Llámelo como quiera, señor —replicó el coronel—. El nuevo país está integrando sus ejércitos, obviamente tendrán que conocerse. Lo que nos sorprende un poco es la manera de integrar las formaciones. Debido a eso tendrán dificultades administrativas, pero tal vez resulte eficaz desde un ángulo político-psicológico. De esta manera están actuando como si fueran realmente un solo país.

—¿Ninguna amenaza? —preguntó el secretario de Defensa.

—Ninguna amenaza evidente, por ahora.

—¿Cuánto tardarían en llegar a la frontera saudita? —preguntó Jackson para asegurarse de que su jefe captara la totalidad del cuadro.

—¿Una vez que estén pertrechados y entrenados? Digamos que... entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas. Nosotros podríamos hacerlo en menos de la mitad, pero estamos mejor entrenados.

—¿Composición de la fuerza?

—En total, estamos hablando de seis divisiones pesadas, mil quinientos tanques de combate, más de dos mil quinientos carros de infantería, más de seiscientos cañones... todavía no tenemos las cifras del equipo rojo, almirante. El equipo rojo es la artillería, señor secretario —explicó el coronel—. Logísticamente siguen el viejo modelo soviético.

—¿Qué significa eso?

—Logística orgánica para las divisiones. Nosotros hacemos lo mismo, pero mantenemos formaciones separadas para aumentar la fuerza de maniobra.

—Reservistas en su mayoría —explicó Jackson—. El modelo soviético permite realizar maniobras más integradas, pero a corto plazo. No pueden realizar operaciones tan prolongadas como las nuestras en términos de tiempo y distancia.

—El almirante tiene razón, señor —prosiguió el coronel—. Cuando los iraquíes atacaron Kuwait en 1990, llegaron tan lejos como les permitió su cola logística. Tuvieron que parar para reabastecerse.

—Eso es una parte de la historia. Cuénteles la otra —ordenó Jackson.

—Después de una pausa de doce a veinticuatro horas, estaban *listos* para volver a moverse. No se movieron, pero sólo por razones políticas.

—Siempre me pregunté qué habría pasado. ¿Podrían haberse apoderado de los pozos de petróleo sauditas?

—Fácilmente —dijo el coronel—. Debe haber pensado mucho en eso durante los últimos meses —agregó sin un ápice de simpatía.

—Entonces, ¿tenemos una amenaza allí? —Bretano hacía preguntas simples y escuchaba atentamente las respuestas. A Jackson le gustaba eso. Bretano sabía que no sabía y no sentía vergüenza de aprender.

—Sí, señor. Esas tres formaciones representan una fuerza potencial que iguala en poder a la utilizada por Hussein en aquella oportunidad. Habría más unidades involucradas, por supuesto, pero sólo son fuerzas de ocupación. La primera está aquí —dijo el coronel, señalando con su puntero un lugar en el mapa.

—Pero todavía la tiene en el bolsillo. ¿Cuánto tardará en cambiar la situación?

—Como mínimo unos meses para hacerlo bien, señor secretario. Depende sobre todo de sus intenciones políticas. Todas esas unidades están entrenadas según estándares locales. Lo primero que deben hacer es integrar sus fuerzas y organizaciones.

—Explíquese —ordenó Bretano.
—Señor, supongo que usted lo denominaría equipo gerencial. Todos tienen que conocerse mutuamente para poder comunicarse apropiadamente y empezar a pensar de la misma manera.
—Tal vez sea más fácil pensarlo como un equipo de football, señor —intervino Robby—. Uno no junta once tipos y se sienta a esperar que jueguen un buen partido. No, uno hace que todos lean el mismo librito de instrucciones y, además, todos deben saber qué son capaces de hacer los demás.
Bretano asintió.
—Entonces no son las armas lo que nos preocupa. Es la gente.
—Correcto, señor —dijo el coronel—. Puedo enseñarle a manejar un tanque en cinco minutos, pero pasará un tiempo hasta que le permita manejarlo en mi brigada.
—Por eso a ustedes les debe encantar tener un nuevo secretario cada cuatro años —observó Bretano con una sonrisa torcida.
—La mayoría aprende muy rápido.
—Entonces, ¿qué le decimos al presidente?

Los barcos chinos y taiwaneses mantenían la distancia debida, como si alguien hubiera dibujado una línea invisible de norte a sur en el Estrecho de Formosa. Los últimos seguían pacientemente la marcha de los primeros interponiéndose entre el enemigo y la isla, pero hasta el momento ninguno de los dos había violado las reglas informales previamente establecidas.

Eso era un buen indicio para el comandante del USS *Pasadena*, cuyo sonar y equipos de rastreo trataban de registrar los movimientos de ambas partes esperando que no se iniciaran los disparos mientras ellos estuvieran en el medio. Ser asesinado por error era un final bastante escandaloso para cualquiera.

—¡Torpedo en el agua, orientación dos-siete-cuatro! —indicó la siguiente llamada del compartimento del sonar. Todos se dieron vuelta.

—Tranquilos —ordenó en voz baja el capitán—. ¡Sonar, Timón, necesito más información!

—Misma orientación que el contacto Sierra Cuatro-Dos, clase Luda-II, señor, probablemente lanzado desde allí.

—Cuatro-Dos, orientación dos-siete-cuatro, alcance treinta mil yardas —informó un oficial de la patrulla de rastreo.

—Suenan como una de sus nuevas adquisiciones, señor, seis hélices, velocidad en aumento, cambio de orientación dirección norte-sur.

—Muy bien —dijo el capitán, permitiéndose permanecer tan tranquilo como fingía estar.

—Podría apuntar a Sierra-Quince, señor. —Ese contacto era un antiguo submarino clase Ming (la réplica china del viejo submarino ruso clase Romeo) cuyo diseño databa de los años '50, que había asomado la nariz a la superficie hacía menos de una hora para recargar baterías—. Orientación dos-seis-uno, alcance similar.

El capitán cerró los ojos y suspiró. Había oído las historias de los

buenos viejos tiempos de la Guerra Fría, cuando gente como Bart Mancuso subió al Mar de Barents y ocasionalmente se encontró en medio de una práctica naval de tiro de la Armada soviética... Hasta era probable que los hubieran confundido con un blanco. Ahora, detrás de sus escritorios, bromeaban diciendo que habían tenido la gran oportunidad de comprobar la eficacia de las armas soviéticas. Y ahora sabía cómo se habían sentido aquellos hombres en aquel momento.

—Transitorio, transitorio, transitorio mecánico orientación dos-seis-uno, probablemente lanzado por el contacto Sierra-Quince. La orientación actual del torpedo es dos-seis-siete, velocidad estimada cuatro-cuatro nudos, la orientación continúa cambiando en dirección norte —reportó el sonar—. Un momento... ¡otro torpedo en el agua, orientación dos-cinco-cinco!

—Tal vez hayan lanzado un helicóptero —dijo el oficial superior.

Cuando regresara a Pearl tendría que discutir alguna de esas historias de mar con Mancuso, pensó el capitán.

—Idéntica señal acústica, señor, dirección norte, también podría apuntar a Sierra-Quince.

—Frenado —reportó el XO.

—En la superficie está oscuro, ¿no? —dijo repentinamente el capitán. A veces era fácil perder el rastro.

—Seguro que sí, señor —respondió el XO.

—¿Los hemos visto hacer operaciones nocturnas con helicópteros esta semana?

—No, señor. Inteligencia dice que no les gusta volar de noche.

—Acaba de cambiarles el gusto, ¿no? Veamos. Icen el mástil ESM.

—Izar el mástil ESM, cambio. —Un marinero accionó la válvula apropiada y la antena con sensores electrónicos ascendió a propulsión hidráulica. El *Pasadena* se movía a profundidad periscopio, decidido a permanecer en el límite entre las dos flotas enemigas. Era el lugar más seguro para estar hasta que comenzaran los disparos.

—Buscando...

—Lo tengo, señor, un emisor banda-Ku, orientación dos-cinco-cuatro, tipo aeronave, frecuencia y repetición de pulso iguales a los del último modelo francés. ¡Uh! Hay *muchísimas* señales de radar, señor, llevará tiempo clasificarlas.

—Helicópteros Dauphin franceses sobrevolando algunas fragatas, señor.

—Haciendo operaciones nocturnas —afirmó el capitán. Eso sí que era inesperado. Los helicópteros eran caros y hacerlos aterrizar sobre latas flotantes en mitad de la noche implicaba un riesgo innecesario. Era evidente que la Armada china se estaba entrenando con un objetivo preciso.

Las cosas podían ser resbaladizas en Washington. La capital de la nación solía entrar en pánico al ver un copo de nieve, aun sabiendo que la borrasca no haría otra cosa que rellenar los baches de las

calles... siempre que la gente tuviera la delicadeza de palear la nieve en esa dirección. Pero había algo más. Así como los antiguos soldados seguían a su bandera al campo de batalla, los funcionarios jerárquicos de Washington seguían líderes o ideologías. Pero cerca de la cima el terreno se volvía resbaladizo. Un burócrata de nivel medio o inferior podía quedarse sentado en su puesto e ignorar la identidad del secretario de su Departamento, pero cuanto más alto llegaba uno, más se acercaba a algo parecido a tomar decisiones o hacer política. Al llegar a esa posición uno tenía que hacer cosas de vez en cuando, u ordenarle a otros que las hicieran, en vez de seguir a pie juntillas lo que otros habían escrito antes. Entonces uno comenzaba a entrar y salir regularmente de las oficinas importantes y la gente empezaba a identificarlo con los ocupantes —temporarios o no— de esas oficinas, hasta llegar por fin al Despacho Oval del presidente en el Ala Oeste. Y aunque el acceso a la cima era indicio de cierta clase de poder y de prestigio, evidenciados por una fotografía autografiada que desde la pared de la propia oficina proclamaba a los visitantes lo importante que era *uno*, si a la *otra* persona de la foto le ocurría algo, la foto y el autógrafo se transformarían repentinamente en un riesgo. El riesgo más temido era dejar de ser “insider” —siempre bienvenido— y convertirse en “outsider”, casi siempre expulsado o, en el mejor de los casos, obligado a abrirse paso dificultosamente, perspectiva nada atractiva para aquellos que habían invertido mucho tiempo en ser los primeros en llegar.

La defensa más obvia contra ese peligro era, por supuesto, tener una *red*, un círculo de amigos y asociados más amplio que profundo que necesariamente debía incluir gente de todos los sectores del espectro político. Uno debía ser conocido por un amplio número de “insiders” para tener detrás una plataforma segura, una red de salvataje, pasara lo que pasara en la cima. La red debía estar lo suficientemente cerca de la cima para que sus integrantes accedieran a ésta sin correr el riesgo de caerse. Si tenían cuidado, los que estaban en la cima podían disfrutar también la protección de la red, teniendo la posibilidad de entrar y salir de los puestos según les conviniera, e incluso de trasladarse a otras oficinas —nunca a más de una milla de distancia— para esperar la próxima oportunidad, o, en el caso de ser *expulsados*, permanecer en la red, conservar el acceso y hasta alquilar ese acceso a quienes lo necesitaran. En ese sentido, nada había cambiado desde las cortes faraónicas de la antigua Tebas a orillas del Nilo, donde conocer a un noble que tenía acceso al faraón le otorgaba a uno un poder que se traducía en dinero y en la alegría extrema de ser lo suficientemente importante para agacharse y acumular riquezas.

Pero, tanto en Washington como en Tebas, si uno estaba demasiado cerca del líder equivocado corría el riesgo de quedar mancillado, sobre todo si el faraón no jugaba el juego del sistema.

Y el presidente Ryan no lo hacía. Era como si un extranjero hubiera usurpado el trono; no era necesariamente un mal hombre, pero sí un hombre *diferente* que no se parecía a la gente del establishment. Habían esperado pacientemente que se acercara a ellos —como

hacían todos los presidentes— en busca de sabiduría y consejo, para dar y recibir acceso a cambio... como los cortesanos de todos los tiempos. Manejaban los asuntos del mandatario atareado, repartiendo justicia y ocupándose de que las cosas se hicieran siempre a la antigua usanza, que debía ser la correcta dado que todos ellos coincidían con sus prerrogativas mientras la servían y eran servidos por ella.

Pero el viejo sistema no había sido destruido sino ignorado, lo que ofuscaba enormemente a los miles de miembros de la Gran Red, quienes celebraban sus habituales fiestas y discutían al nuevo presidente entre Perriers y paté, sonriendo con tolerancia ante sus ideas novedosas y esperando que por fin viera la luz. Pero había pasado mucho tiempo desde aquella noche horrible... y todavía no la había visto. Los miembros de la Red que seguían trabajando para el gobierno (remanentes de la administración Fowler-Durling) iban a las fiestas y manifestaban no entender lo que estaba pasando. Los lobbystas más importantes trataban de hacer citas con el presidente y regularmente se les informaba que estaba demasiado ocupado y no tenía tiempo.

¿No tenía tiempo?

¿No tenía tiempo para *ellos*?

Ellos sabían cómo manejar el asunto. De hecho, alguien ya había empezado a hacerlo. Rumores. No sólo desde adentro. Los de adentro eran personajes ínfimos con agendas más ínfimas todavía. Había más. Estaba la plana mayor y el acceso seguía contando, porque la Red tenía muchas voces y aún quedaban muchos oídos para escucharlas. No habría plan ni conspiración *per se*. Todo sucedería naturalmente, mejor dicho tan naturalmente como todo lo que sucedía allí. De hecho, ya había comenzado.

El tiempo contaba en la computadora de Badrayn. El tiempo era decisivo para su misión. Casi siempre era así, pero en este caso por una nueva razón. El tiempo de viaje no era importante. El factor límite en este caso era el hecho de que Irán seguía siendo un país marginal en cierto sentido y con escasísimas opciones aéreas.

Contaba con muy pocos vuelos, todos ellos fácilmente observables por los servicios de inteligencia extranjeros... Si eran competentes, y debía suponer que lo eran, tendrían gente a bordo de los vuelos o habrían instruido a la tripulación sobre qué buscar y cómo informar mientras el avión todavía estaba en el aire. Entonces no era sólo cuestión de tiempo, ¿no?

Había seleccionado gente capaz. En su mayoría eran educados, sabían vestirse y mantener una conversación, o al menos desviarla cortésmente... en vuelos internacionales lo más fácil era fingir que se tenía sueño, y casi siempre no era necesario fingirlo. Pero si llegaban a cometer un error, un solo error, las consecuencias podrían ser serias. Se los había dicho... y lo habían escuchado con atención.

Badrayn nunca había estado a cargo de una misión como ésta y el desafío intelectual era intenso. Había muy pocos vuelos utilizables, y el único a Moscú dejaba mucho que desear. Tendrían que entrar por

Londres, Frankfurt, París, Viena y Amsterdam... y volar una vez por día. Lo bueno era que esas cinco ciudades ofrecían una amplia variedad de conexiones vía American u otras empresas aéreas norteamericanas. Un grupo tomaría el vuelo 601 a Frankfurt y, una vez allí, algunos se dispersarían a través de Bruselas (Sabena a Nueva York-JFK) y París (Air France a Washington-Dulles; Delta a Atlanta; American Airlines a Orlando; United a Chicago) vía vuelos convenientemente escogidos, y otros abordarían Lufthansa con destino a Los Ángeles. El grupo de British Airways era el que más opciones tenía. Algunos tomarían el vuelo 3 del Concorde a Nueva York. Lo más difícil sería acomodarlos en la primera serie de vuelos. Después, el sistema de aerolíneas internacionales se encargaría de dispersarlos.

Pero eran veinte personas, veinte errores posibles. La seguridad operativa siempre era un problema. Había pasado la mitad de su vida tratando de eludir a los israelíes y, aunque el hecho de que siguiera vivo testimoniara que en cierto sentido había triunfado —o que, en rigor de verdad, no había fracasado del todo—, más de una vez había estado a punto de volverse loco. Bueno. Al menos había organizado los vuelos. Mañana los pondría al tanto de todo. Después de todo, mañana no estaba tan lejos.

No todos los “insiders” estaban de acuerdo. Cada grupo tenía sus cínicos y sus rebeldes, algunos buenos, otros malos. También había enojo entre ellos. Cuando los emprendimientos de algunos miembros de la Red eran obstaculizados por otros miembros, los emprendedores solían adoptar un punto de vista filosófico sobre el asunto —siempre habría oportunidad de llegar a un acuerdo y seguir siendo amigos—, pero no siempre. Esto era particularmente cierto entre los miembros de los medios, que a la vez formaban y no formaban parte. Formaban parte en tanto mantenían sus propias relaciones personales y amistades con la gente del gobierno y podían acudir a sus contactos para obtener información, perspectivas y también rumores sobre sus enemigos. No formaban parte porque los “insiders” no confiaban a ciegas en ellos, porque los medios podían ser usados y engañados... más frecuentemente adulados, lo cual resultaba más fácil para un lado del espectro político que para el otro. ¿Pero confiar en ellos? No precisamente. O más precisamente no, en absoluto.

Algunos hasta tenían principios.

—Arnie, tenemos que hablar.

—Opino lo mismo —respondió Van Damm, reconociendo la voz que había aparecido en *su* línea directa.

—¿Esta noche?

—Claro. ¿Dónde?

—¿En mi lugar?

El jefe de staff consideró brevemente la propuesta.

—¿Por qué no?

La delegación llegó justo a tiempo para las plegarias de la tarde. Ambas partes se saludaron con cordialidad y luego los tres entraron a la mezquita y ejecutaron su ritual cotidiano. Ordinariamente se habrían sentido purificados por sus devociones al salir al jardín. Pero esa vez no. La larga práctica de ocultar sus emociones era lo único que impedía que manifestaran abiertamente su tensión. Eso les decía mucho a los tres, en especial a uno de ellos.

—Gracias por recibirnos —el primero en hablar fue el príncipe Ali bin Sheik.

—Me agrada poder darles una pacífica bienvenida —replicó Daryaei—. Es bueno que hayamos rezado juntos. —Los acompañó a una mesa preparada por sus custodios y se sentaron a beber café... el café fuerte y amargo preferido en todo Medio Oriente—. Dios otorgue sus bendiciones a este encuentro, amigos míos. ¿En qué puedo servirlos?

—Estamos aquí para discutir los últimos acontecimientos —dijo el príncipe después del primer sorbo de café. Clavó los ojos en Daryaei. Su colega kuwaití, Mohamed Adman Sabah, ministro del Exterior de su país, permanecía en silencio.

—¿Qué desean saber? —preguntó Daryaei.

—Sus intenciones —replicó bruscamente Ali.

El jefe espiritual de la República Islámica Unida suspiró.

—Hay mucho trabajo por hacer. Tantos años de guerra y sufrimiento, tantas vidas perdidas por tantas causas, tanta destrucción. Esta mezquita —indicó con gesto apesadumbrado la obvia necesidad de reparaciones— es un símbolo de todo eso, ¿no les parece?

—Hay mucho de qué lamentarse —coincidió Ali.

—¿Mis intenciones? Restaurar. Este infeliz pueblo ha sufrido demasiado. Tanto sacrificio... ¿para qué? Para satisfacer las ambiciones seculares de un ateo. La injusticia reclamó a gritos a Alá, y Alá respondió el llamado. Y ahora, tal vez, podremos ser un pueblo próspero y religioso... —El *nuevamente* quedó suspendido en el aire al terminar la frase.

—Es una tarea que llevará años —observó el kuwaití.

—Así es —coincidió Daryaei—. Pero una vez levantado el embargo tendremos suficientes recursos para llevarla a cabo, y lo haremos. Aquí habrá un nuevo comienzo.

—En paz —agregó Ali.

—Ciertamente en paz —replicó Daryaei con extrema seriedad.

—¿En qué podemos ayudarlo? Después de todo, uno de los pilares de nuestra Fe es la caridad —observó Sabah.

Daryaei asintió benignamente.

—Su amabilidad es recibida con gratitud, Mohamed Adman. Es bueno que nos dejemos guiar por la Fe y no por las influencias mundanas que lamentablemente han diezmando esta región en los últimos años. Pero, por el momento y como usted mismo podrá apreciar, la tarea es tan vasta que aún no hemos podido determinar qué hacer ni en qué orden hacerlo. Tal vez debamos discutir su propuesta de ayuda en un futuro no muy lejano, Mohamed.

No la había rechazado de plano, pero casi. La RIU no estaba interesada en hacer negocios, justificando los temores previos del príncipe Ali.

—En el próximo encuentro de la OPEC —ofreció Ali— podemos discutir la redistribución de las cuotas de producción, de modo que ustedes puedan compartir más justamente la renta que recibimos de nuestros clientes.

—Eso sería ciertamente muy propicio —accedió Daryaei—. Pero no pedimos tanto. Sólo un ajuste menor —agregó.

—¿Entonces estamos de acuerdo en eso? —preguntó Sabah.

—Ciertamente. Es un tema técnico que podemos delegar a nuestros respectivos funcionarios.

Ambos visitantes asintieron, tomando en cuenta que la distribución de las cuotas de producción de petróleo era el tema que más rencores despertaba. Si cada país producía demasiado petróleo, el precio mundial bajaría y todos se verían perjudicados. Por otra parte, si se restringía demasiado la producción, el precio subiría perjudicando las economías de los estados clientes, que a su vez reducirían la demanda y con ella las ganancias. El equilibrio adecuado —difícil de lograr, como siempre en economía— era tema central de todas las misiones diplomáticas de alto nivel, cada una con su propio modelo económico, casi siempre en discordancia con los demás. Pero en esta oportunidad las dificultades se estaban zanjando con demasiada facilidad.

—¿Desea hacer llegar algún mensaje a nuestros gobiernos? —preguntó Sabah.

—Sólo queremos paz, paz para llevar a cabo la tarea de unir nuestras dos sociedades, siguiendo la voluntad de Alá. No tienen nada que temer de nosotros.

—¿Entonces qué piensan? —Habían completado otra rueda de entrenamiento. En la revisión final de operaciones estaban presentes algunos militares israelíes muy jerárquicos. Por lo menos uno de ellos era agente encubierto. El coronel Sean Magruder pertenecía a la caballería, pero en realidad todos los militares de rango superior eran consumidores de inteligencia dispuestos a salir de compras a la primera oportunidad.

—Pienso que los sauditas están muy nerviosos, igual que sus vecinos.

—¿Y usted? —preguntó Magruder. Inconscientemente había adoptado el estilo informal y directo de uso común en el país, sobre todo entre los militares.

Avi ben Jakob, titularmente oficial del ejército —en ese momento llevaba puesto el uniforme— era subdirector del Mossad. Se estaba preguntando hasta dónde podría llegar pero, dada su jerarquía, él mismo debía determinarlo.

—Los acontecimientos recientes no son de nuestro agrado —dijo finalmente.

—Históricamente —observó Magruder—, Israel ha mantenido relaciones con Irán, incluso después de la caída del sha. Desde el imperio persa, para ser más exactos. Creo que ciertas festividades israelíes se originan en ese período. Pilotos de la Fuerza Aérea Israelí dirigieron misiones para los iraníes durante la guerra Irán-Irak y...

—En aquel momento había muchos judíos en Irán. Aquello fue un intento de recuperarlos —replicó rápidamente Jakob.

—Y el canje de armas por rehenes del que participó Reagan también tuvo que ver con eso, probablemente a través de su agencia —agregó Magruder, sólo para demostrar que él también conocía las reglas del juego.

—Está muy bien informado.

—Es mi trabajo, en parte. Señor, no estoy haciendo juicios de valor. Sacar a su gente de Irán fue un asunto de negocios, como decimos aquí, y todos los países hacen negocios. Sólo quiero saber qué piensa usted de la RIU.

—Pensamos que Daryaei es el hombre más peligroso del mundo.

Magruder recordó el informe sobre movimientos de tropas iraníes en Irak que había recibido esa mañana.

—Coincido plenamente —aseguró.

El avión comercial “perdido” en el Mediterráneo no podía abandonar el país. Usarlo para trasladar a Sudán a los generales iraquíes había sido un grave error, aunque necesario. Ahora se había transformado en el transporte personal de Daryaei y le resultaba verdaderamente útil, porque él tenía poco tiempo y su nuevo país tenía grandes dimensiones. Dos horas después de despedir a sus visitantes, Sunni estaba de regreso en Teherán.

—¿Entonces?

Badrayn apoyó sus papeles sobre el escritorio y comenzó a mostrar ciudades, rutas y horarios. Era pura mecánica. Daryaei observó los planos con ojo avizor y, aunque le parecieron bastante complejos, no le importó. Había visto muchos mapas en su vida. Levantó la vista para escuchar la explicación que naturalmente debía acompañarlos.

—Lo primordial es el tiempo —dijo Badrayn—. Necesitamos que cada viajero llegue a destino no más de treinta horas después de la partida. Éste, por ejemplo, saldrá de Teherán a las 6.00 y llegará a Nueva York a las 2.00, hora de Teherán, después de un viaje de 20 horas. La exhibición comercial a la que asistirá —en el Jacobs Javits Center de Nueva York— permanecerá abierta hasta pasadas las diez de la noche. Este otro partirá a las 2.55 y llegará a Los Ángeles veintitrés horas después... aproximadamente a las cuatro de la tarde, hora local. La exhibición a la que asistirá estará abierta todo el día. Éste será el viaje más largo en términos de tiempo y distancia, y su “paquete” conservará todavía más del ochenta por ciento de eficacia.

—¿Y la seguridad?

—Han recibido instrucciones específicas. Elegí gente inteligente y educada. Lo único que tienen que hacer es parecer agradables. Con cautela, por supuesto. Sí, es un poco problemático que salgan los veinte juntos, pero esas fueron sus órdenes.

—¿Y el otro grupo?

—Saldrán dos días después, prácticamente de la misma manera —informó Badrayn—. Esa misión es mucho más peligrosa.

—Tengo plena conciencia de ello. ¿Son leales?

—Lo son —Badrayn asintió, sabiendo que Daryaei le estaba preguntando si eran tontos—. Me preocupan los riesgos políticos.

—¿Por qué? —La observación no sorprendió a Daryaei, pero quería conocer las razones.

—Me preocupa el contexto político norteamericano. Cuando un político se ve afectado por un acontecimiento desafortunado la opinión pública suele manifestar simpatía hacia él, simpatía que puede traducirse en apoyo político.

—¡Imposible! ¿Acaso no tendrían que despreciar su debilidad?

—A Daryaei le resultaba difícil digerir eso.

—En nuestro contexto político y cultural, sí, pero no necesariamente en el de ellos.

Daryaei comparó lo que Badrayn decía con otros análisis que había ordenado y estudiado.

—Vi personalmente a Ryan. Es *débil*. No maneja eficazmente sus dificultades políticas. Todavía no tiene un verdadero gobierno que lo respalde. Entre la primera misión y la segunda, lo quebraremos... o al menos lo distraeremos lo suficiente para alcanzar nuestra próxima meta. Una vez que lo hayamos logrado, Estados Unidos será irrelevante.

—Será suficiente con la primera misión —aconsejó Badrayn.

—Debemos sacudirlos. Si lo que dice de su gobierno es verdad, les haremos muchísimo daño. Trastornaremos a su líder, destrozaremos su confianza, el pueblo dejará de confiar en él.

Debía responder con cuidado. Estaba frente a un Hombre Sagrado con una Misión Sagrada. Daryaei no era demasiado propenso a razonar. Y además había otro factor que desconocía. Tenía que haberlo. Daryaei era más proclive a los deseos que a la acción razonada... no, eso no era cierto, ¿o sí? Había unido a los dos países dando la impresión opuesta. Lo que el religioso apreciaba era la vulnerabilidad real del gobierno norteamericano, dado que la Cámara baja del Parlamento todavía no había sido reemplazada, proceso que recién se estaba iniciando.

—Lo mejor de todo sería matar a Ryan, si pudiéramos. Un ataque a sus hijos sólo servirá para inflamar los ánimos del pueblo norteamericano. Son muy sentimentales con respecto a sus vástagos.

—¿La segunda misión se llevará a cabo sólo si la primera resulta bien? —preguntó Daryaei.

—Sí, así es.

—Con eso basta —dijo el religioso, volviendo a los planes de viaje y abandonando a Badrayn a sus propios pensamientos.

Hay un tercer elemento, pensó Badrayn. Tenía que haberlo.

—Dice que sus intenciones son pacíficas.

—Lo mismo dijo Hitler, Ali —le recordó el presidente. Miró su reloj. Era medianoche en Arabia Saudita. Como era de esperar, Ali había regresado y conferenciado con su gobierno antes de llamar a Washington—. Está enterado del despliegue de tropas, supongo.

—Sí, ustedes nos informaron hoy temprano. Pasará un tiempo para que estén en condiciones de intentar algo. Esas cosas llevan tiempo. No olvide que alguna vez vestí un uniforme.

—Es verdad, aquí opinan lo mismo. —Ryan hizo una pausa—. De acuerdo, ¿cuál es la propuesta del Reino?

—Los vigilaremos de cerca. Nuestros militares se están preparando. Ustedes han reiterado su apoyo. Estamos preocupados, pero no tanto.

—Podríamos organizar prácticas conjuntas —ofreció Jack.

—Sólo serviría para caldear aún más el ambiente —replicó el príncipe. La absoluta falta de convicción en su voz no era accidental. Probablemente habría propuesto la idea a su gobierno y obtenido una respuesta negativa.

—Bueno, supongo que ha tenido un largo día. Dígame, ¿qué aspecto tenía Daryaei? No he vuelto a verlo desde que usted me lo presentó.

—Goza de buena salud. Parece un poco cansado, pero es lógico.

—Puedo dar fe de eso. ¿Ali?

—¿Sí, Jack?

El presidente hizo una pausa, recordando que era lego en cuestiones diplomáticas.

—¿Debo preocuparme por esto? ¿Hasta qué punto?

—¿Qué dicen sus asesores? —replicó el príncipe.

—Casi lo mismo que usted. No todos. Debemos seguir comunicados, amigo mío.

—Entiendo, señor presidente. Adiós, por ahora.

Fue una conclusión insatisfactoria para una llamada insatisfactoria. Ryan colgó el tubo y miró su despacho vacío. Ali no decía lo que de verdad quería decir porque la posición de su gobierno difería de la que él consideraba adecuada. Lo mismo solía pasarle a Jack, y en ambos casos valían las mismas reglas. Ali debía ser leal a su gobierno —demonios, el gobierno era su propia familia— pero se había permitido un pequeño desliz. El príncipe era demasiado inteligente para cometer esa clase de errores. Probablemente hubiera sido más fácil antes, cuando Ryan no era presidente y ambos podían hablar libremente, sin implicancias políticas. Ahora Jack *era* Estados Unidos para el mundo entero y los funcionarios oficiales sólo podían hablarle de ese modo, olvidando que era un hombre pensante que necesitaba analizar opciones antes de tomar decisiones. Tal vez si no hubieran hablado por teléfono..., pensó. Tal vez hubiera sido mejor cara a cara. Pero hasta los presidentes estaban limitados por el espacio y el tiempo.

Viajeros

El vuelo 534 de KLM cerró sus puertas puntualmente, a la 1.10 hora local. El avión estaba lleno... dada la hora, lleno de gente cansada que llegaba a tropezones a sus asientos, se ajustaba los cinturones, y aceptaba gustosa mantas de viaje y almohadas. Los pasajeros más experimentados esperaron que el avión se estabilizara para empujar hacia atrás los respaldos de sus asientos y cerrar los ojos, con la esperanza indisimulada de disfrutar de un vuelo tranquilo y también de algo parecido al sueño.

A bordo había cinco hombres de Badrayn: dos en primera clase y tres en business. Todos habían despachado parte del equipaje, quedándose sólo con el de mano. Todos estaban un poco nerviosos y hubieran bebido algo liviano para tranquilizarse —a pesar de la prohibición religiosa—, pero el vuelo había aterrizado en un aeropuerto islamita y no serviría alcohol hasta abandonar el espacio aéreo de la República Islámica Unida. Consideraron la situación como un solo hombre y se atuvieron a las circunstancias. Habían sido instruidos y adecuadamente preparados. Atravesarían el aeropuerto como pasajeros comunes y someterían su equipaje a la inspección de rayos X del personal de seguridad, tan cuidadoso como sus contrapartes occidentales... tal vez más, dado que había relativamente pocos vuelos y la paranoia local superaba con creces a la occidental. En todos los casos, los rayos X revelaron instrumentos para afeitarse, papeles, libros y demás accesorios.

Todos eran hombres educados. Algunos habían asistido a la Universidad Norteamericana de Beirut para graduarse, otros simplemente para conocer al enemigo. Iban prolijamente vestidos, de saco y corbata. Cuarenta minutos después estaban profundamente dormidos.

—¿Entonces qué opina de todo esto? —preguntó Van Damm.

Holtzman agitó un poco su vaso de whisky y observó el movimiento de los cubos de hielo.

—Bajo diferentes circunstancias lo hubiera considerado una conspiración, pero no. Para tratarse de alguien cuya única ambición manifiesta es arreglar algunas cosas, Jack está haciendo un montón de locuras e innovaciones.

—La palabra “locura” me parece un poquito fuerte, Bob.

—Para ellos no lo es. Se la pasan diciendo “no es uno de los nuestros” y reaccionan agresivamente a sus iniciativas. Usted mismo

tendrá que admitir que sus ideas impositivas son bastante extravagantes, pero bueno, son una excusa para lo que está pasando... El juego es el mismo de siempre. Un par de rumores planteados de determinada manera y ya está. Así se determinan las reglas.

Arnie tuvo que asentir. Era como recoger la basura de las autopistas. Si alguien arrojaba la basura en el recipiente apropiado, todo quedaba limpio y la recolección se hacía en pocos minutos. Si ese mismo alguien arrojaba la basura por la ventanilla de su automóvil en marcha, se tardaba horas en recogerla. La otra parte del conflicto estaba arrojando basura y el presidente debía malgastar su escaso tiempo en cosas inútiles e improductivas en vez de seguir avanzando por el camino. La comparación era desagradable pero adecuada. Frecuentemente la política tenía menos que ver con el trabajo constructivo que con desparramar basura para que otro la recogiera.

—¿Quién filtró la información?

El periodista se encogió de hombros.

—Sólo puedo hacer suposiciones. Alguien de la CIA, probablemente perjudicado por las nuevas medidas. Tendrá que admitir que esa idea de rediseñar el equipo de espías podría pertenecer al hombre de Neanderthal. ¿Cómo piensan recortar el directorio de Inteligencia?

—Lo suficiente para compensar los nuevos agentes de campo. La idea es ahorrar dinero, obtener más información y aumentar la eficacia de los desempeños. Yo no aconsejo al presidente sobre temas de inteligencia —agregó—. En eso sí que es un verdadero experto.

—Lo sé. Estaba a punto de publicar mi nota. Iba a llamarlo para pedirle una entrevista con él cuando estalló la burbuja.

—¿Ah, sí? ¿Y...?

—¿Cuál era mi posición? Creo que Ryan es el más contradictorio hijo de puta de todo Washington. En algunas cosas es brillante, pero en otras...

—Prosiga, por favor.

—Me gusta Ryan —admitió Holtzman—. Es un hombre honesto... no relativamente honesto, sino realmente honesto. Pensaba contar las cosas tal como eran. ¿Quiere saber qué *me* molestó? —Hizo una pausa para beber un sorbo de borgoña y titubeó antes de proseguir, pero finalmente dejó salir su enojo—. Alguien del *Post* filtró mi nota, probablemente a Ed Kealty. Y Kealty luego arregló con Donner y Plumber.

—¿Y usaron su nota para colgar a Ryan?

—Eso creo —admitió Holtzman.

Van Damm casi soltó una carcajada. Se contuvo lo más posible, pero era demasiado delicioso para seguir resistiendo.

—Bienvenido a Washington, Bob —dijo por fin.

—Sabe, algunos de nosotros nos tomamos en serio la ética de la profesión —replicó el periodista, bastante molesto—. Era una buena nota. Investigué muchísimo para hacerla. Conseguí una buena fuente en la CIA... bueno, en realidad tengo varias, pero conseguí una nueva para esto, alguien que realmente sabe del tema. Tomé lo que me dio, verifiqué todo lo que pude y escribí la nota tratando de diferenciar lo

que sabía de lo que creía —aseguró—. ¿Y sabe una cosa? Ryan salió muy bien parado. Sí, claro, a veces hace cortocircuito con el sistema, pero hasta donde yo sé jamás ha violado las reglas. Si alguna vez debemos enfrentar una crisis mayor quiero que sea Ryan quien esté sentado en el Despacho Oval. Pero algún hijo de puta robó *mi* nota, *mi* información obtenida gracias a *mis* fuentes, y jugó con ella. Eso no me gusta, Arnie. Mis lectores confían en *mi*, igual que mi diario, y alguien *se cagó* en eso. —Apoyó el vaso sobre la mesa—. Bueno, sé lo que piensa de mí y...

—No, no lo sabe —interrumpió Van Damm.

—Pero usted siempre...

—Soy el jefe de staff, Bob. *Tengo* que ser leal a mi jefe y jugar para mi equipo, pero si cree que no respeto a la prensa... debo decirle que es mucho menos inteligente de lo que parece. No siempre podemos ser amigos. A veces somos enemigos, pero los necesitamos tanto como ustedes nos necesitan. Por Dios, si no lo respetara, ¿por qué demonios estaría bebiendo mi whisky?

Podía tratarse de una salida elegante o una declaración sincera, pensó Holtzman, pero Arnie era un jugador demasiado habilidoso para captar la diferencia. Lo más astuto era terminar el trago, cosa que hizo. Era una lástima que su anfitrión eligiera un whisky barato para acompañar sus camisas L.L.Bean. Arnie tampoco sabía vestirse. O tal vez formara parte de su mística. El juego político era tan intrincado que a veces parecía un cruce entre metafísica clásica y ciencia experimental. Uno jamás podía descifrarlo del todo y descubrir una parte solía equivaler a ignorar la otra, igualmente importante y decisiva. Bueno, por eso era el mejor juego de la ciudad.

—De acuerdo, Arnie. Acepto.

—Muy inteligente de su parte —Van Damm sonrió y volvió a llenarle el vaso—. ¿Entonces por qué me llamó?

—Casi me da vergüenza decirlo. —Otra pausa—. No quiero participar del ahorcamiento público de un hombre inocente.

—Ya lo ha hecho antes —objetó Arnie.

—Tal vez, pero eran políticos y conocían las reglas. No sé... es como si me preguntara por qué no abuso de niños. Creo que Ryan merece una oportunidad.

—Y está furioso porque perdió su nota y el Pulitzer que...

—Ya tengo dos —le recordó Holtzman. De otro modo el editor mismo le hubiera robado la nota, porque la política interna del *Washington Post* estaba tan viciada como la del resto de la ciudad.

—¿Entonces?

—Entonces necesito saber todo sobre Colombia. Necesito saber cómo murió Jimmy Cutter.

—Dios santo, Bob, no sabe por lo que tuvo que pasar hoy nuestro embajador en Colombia.

—Gran idioma para las invectivas... el español. —Sonrisa de periodista.

—Esa historia no puede saberse, Bob. Imposible.

—Esa historia *se sabrá*. Todo es cuestión de *quién* la cuente. Eso determinará *cómo*. Arnie, soy capaz de escribir sensatamente, ¿no?

Y, como suele suceder en Washington en ocasiones como ésta, todo el mundo quedó atrapado por las circunstancias. Holtzman quería escribir la nota. Si lo hacía correctamente, tal vez lograra resucitar su nota original y ponerse en carrera para otro Pulitzer —premio todavía importante para él a pesar de las negativas, y Arnie lo sabía—. Además, el que le había vendido su nota a Kealty tendría que retirarse del *Post* antes de que Holtzman averiguara su nombre y echara a perder su carrera con un par de rumores bien colocados. Arnie estaba atrapado por su deber de proteger al presidente. Y la única manera de hacerlo era violar la ley y traicionar la confianza de su presidente. Tenía que haber una manera más fácil de ganarse la vida, pensó el jefe de staff. Podría haber hecho esperar a Holtzman, pero hubiera sido una solución temporaria y evidentemente teatral y ambos estaban viejos para eso.

—Sin anotadores, sin grabador.

—Sin alusiones. “Funcionario jerárquico”, ni siquiera “funcionario administrativo jerárquico” —prometió Bob.

—También puedo decirle con quién confirmarlo.

—¿Todos lo saben?

—Mucho mejor que yo —le aseguró Van Damm—. Demonios, acabo de enterarme de lo más importante.

Holtzman enarcó una ceja con suspicacia.

—Es gracioso. ¿Quién sabe realmente la verdad sobre esto?

—Ni siquiera el presidente la sabe. No creo que nadie la sepa.

Holtzman bebió otro trago. Sería el último. Igual que a los cirujanos, no le parecía bien mezclar el alcohol con el trabajo.

El vuelo 534 aterrizó en Estambul a las 2.55 hora local, después de 1.270 millas y tres horas quince minutos de viaje. Los pasajeros estaban semidormidos. Las azafatas los habían despertado treinta minutos antes para que pusieran sus asientos en la posición correcta. El aterrizaje fue suave. Algunos levantaron las persianas plásticas para comprobar que habían llegado a otra anónima pista con luces blancas y azules... como todas las del mundo. Los que bajaban se pusieron de pie en el momento indicado para salir a la noche turca. Los pasajeros restantes volvieron a reclinar los asientos para dormir un poco durante los cuarenta y cinco minutos de espera hasta que el avión despegara a las 3.40 hora local para la segunda mitad del vuelo.

El 601 de Lufthansa era semejante al Boeing de KLM en tamaño y capacidad. También tenía cinco hombres de Badrayn a bordo. Despegó a las 2.55, hora local, con destino directo a Frankfurt. La partida fue rutinaria en todos los aspectos.

—No puede ser cierto, Arnie.

—Lo es. No me enteré de lo más importante hasta esta semana.

—¿Estás seguro de todo? —preguntó Holtzman.

—Las piezas encajan perfectamente. —Volvió a encogerse de hombros—. No diré que me haya gustado enterarme. Creo que de todos modos habríamos ganado la elección pero, Dios santo, el tipo abandonó antes. Retrocedió ante una elección presidencial pero tal vez ése haya sido el acto político más valiente y generoso del siglo. Creo que sí.

—¿Fowler lo sabe?

—No se lo dije. Tal vez debiera.

—Espere un momento. ¿Recuerda la nota de Liz Elliot sobre Ryan y cómo...?

—Sí, todo encaja con lo que sé ahora. Jack fue personalmente a rescatar a esos soldados. El tipo que viajaba junto a él en el helicóptero murió y desde entonces se ha ocupado de su familia. Pero Liz pagó por eso. Voló en pedacitos la noche que estalló la bomba en Denver.

—¿Y Jack realmente...? Es una historia absolutamente desconocida. Fowler estuvo a punto de lanzar un misil contra Irán... Ryan se lo impidió, ¿no? Fue él —Holtzman miró el vaso y decidió beber otro trago—. ¿Cómo?

—Se metió en la Línea Caliente —replicó Arnie—. Interrumpió al presidente y habló directamente con Narmonov, persuadiéndolo de retroceder un poco. Fowler ordenó al Servicio Secreto que lo arrestara pero cuando llegaron al Pentágono todo estaba en calma. Gracias a Dios, la estrategia de Ryan funcionó.

Holtzman tardó unos minutos en digerir la información, pero nuevamente las piezas del rompecabezas encajaban a la perfección. Fowler había renunciado dos días después, quebrado, pero con el suficiente honor de reconocer que su derecho moral a gobernar el país había caducado cuando ordenó disparar un arma nuclear contra una ciudad inocente. Y Ryan también había sido afectado por el evento, lo suficiente para abandonar inmediatamente el servicio de gobierno... hasta que Roger Durling volvió a convocarlo.

—Ryan ha violado todas las reglas existentes. Parecería que le gusta hacerlo. —Era un comentario injusto, ¿no?

—Si no lo hubiera hecho, tal vez no estaríamos aquí ahora —Arnie se sirvió otro whisky. Holtzman rechazó el ofrecimiento—. ¿Se da cuenta, Bob? Si usted contara esta historia la nación resultaría perjudicada.

—¿Pero entonces por qué Fowler recomendó a Ryan a Roger Durling? —preguntó el periodista—. No podía soportarlo y...

—Cualesquiera sean sus fallas, y tiene muchas, Bob Fowler es un político honesto. Por eso. No, en lo personal no le gusta Ryan, tal vez sea una cuestión de química, no sé, pero Ryan lo salvó y él le dijo a Roger que Ryan era... ¿qué? Ah, sí. "Un buen hombre en medio de la tormenta". Eso era —recordó Arnie.

—Lástima que no sepa nada de política.

—Aprende muy rápido. Tal vez lo sorprenda.

—Se tragará al gobierno en cuanto pueda. No puedo... quiero decir, personalmente me gusta Ryan, pero sus políticas...

—Cada vez que creo haberlo comprendido salta con algo nuevo y me veo obligado a recordar que no tiene agenda política que respetar —dijo Van Damm—. Simplemente hace su trabajo. Le doy material para que lea y actúa en consecuencia. Escucha lo que le dicen —hace buenas preguntas y siempre presta atención a las respuestas— pero toma sus propias decisiones, como si supiera qué está bien y qué está mal... y lo peor es que casi siempre acierta. ¡Me ha envuelto, Bob, también *a mí!* Pero no, no se trata de eso. A veces no estoy seguro de qué se trata, Bob.

—Es un “outsider” hecho y derecho —observó Holtzman—. Pero... El jefe de staff asintió.

—Sí, *pero*. *Pero* lo están tratando como si fuera un “insider” con una agenda oculta y están jugando juegos de “insiders” como si pudieran hacerlo con él, pero no es posible.

—Entonces la clave con él es no dar nada por sentado... qué hijo de puta —concluyó Bob—. Odia la presidencia, ¿verdad?

—La mayor parte del tiempo. Tendría que haber estado cuando habló en el Medio Oeste. Ahí sí que estuvo bien. La gente lo amaba y él amaba a la gente... Allí sí que salió lo mejor de él. ¿Nada por sentado? Nada. Como dicen en el golf, lo más difícil es pegarle recto a la pelota, ¿no? Todos buscan las curvas. No hay muchas.

Holtzman sonrió burlesco.

—Entonces, ¿cuál es el ángulo si no hay ángulo?

—Bob, solamente trato de controlar a los medios, ¿recuerda? Maldita sea. No sé cómo podría escribir esto, excepto mencionar los hechos... es decir, hacer exactamente lo que *se supone* que debe hacer un buen periodista.

Holtzman sabía cómo defenderse. Había pasado toda su vida profesional en Washington.

—También *se supone* que todos los políticos deberían ser como Ryan, pero no lo son.

—Yo sí —le espetó Van Damm.

—¿Cómo voy a decirles *eso* a mis lectores? ¿Quién va a creerme?

—¿Acaso no es ése el problema? —suspiró Van Damm—. He estado en política toda mi vida y creo que los conozco a todos. Demonios, claro que *los conozco* a todos. Soy uno de los mejores en lo mío y todos lo saben. Y de golpe aparece este tipo en el Despacho Oval y dice que el emperador está desnudo y tiene razón y nadie sabe qué carajo hacer... excepto decir que está equivocado. El sistema no está preparado para tipos como Ryan. El sistema sólo está preparado para sí mismo.

—Y el sistema destruirá a todo el que sea diferente —Holtzman disfrutó pensando que si Hans Christian Andersen hubiera ambientado “Las ropas del emperador” en Washington, el niño que había dicho la verdad habría sido asesinado en el acto por una multitud furiosa de “insiders”.

—Al menos lo intentará —coincidió Arnie.

—¿Y qué podemos hacer al respecto?

—Usted fue el que dijo que no quería participar del colgamiento de un hombre inocente, ¿recuerda?

—¿A dónde nos lleva eso?
—Tal vez a hablar de la turba desbocada —sugirió Arnie—, o de la corte corrupta del emperador.

El próximo en salir fue el 774 de Austrian Airlines. El procedimiento se había vuelto rutina y todo encajaba perfectamente dentro de los parámetros técnicos. Las latas de crema de afeitar habían sido llenadas cuarenta minutos antes del despegue. El hecho de que la Casa de los Monos estuviera cerca del aeropuerto ayudaba, igual que la hora del día. Además, que la gente tuviera que correr los últimos cien metros para abordar el avión no era raro en ninguna parte del mundo, particularmente en esa clase de vuelos. La “sopa” era introducida en el fondo de la lata y cubierta por una válvula plástica invisible para los rayos X. El nitrógeno se colocaba sobre un receptáculo aislado ubicado en el centro de la lata. El proceso era limpio y seguro. Las latas estaban frías, por supuesto, pero eso no implicaba ningún peligro. Aunque el nitrógeno es un importante elemento en los explosivos, es en sí mismo totalmente inerte, claro e inodoro. Tampoco reaccionaría químicamente con los contenidos de las latas.

El proceso de llenado estaba a cargo de los médicos del ejército, que se negaban a trabajar sin sus trajes protectores. Intentar persuadirlos para que se los quitaran hubiera sido totalmente impropio, y por eso el director accedía a sus temores. Faltaban dos grupos de cinco para terminar. Moudi sabía que podrían haber preparado todas las latas al mismo tiempo, pero no querían correr riesgos innecesarios. Ese pensamiento lo dejó helado. ¿No correrían riesgos innecesarios? Claro.

Daryaei no durmió esa noche, algo inusual en él. Aunque con el paso de los años cada vez necesitaba dormir menos, conciliar el sueño nunca le había resultado difícil. En una noche realmente calma, si el viento era propicio, podía oír los motores de los aviones al despegar... un sonido distante, casi como una cascada, pensaba a veces, o como un terremoto. Algún sonido fundamental de la naturaleza, distante y ominoso. Y ahora estaba allí, tratando de escucharlo y preguntándose si lo habría oído en realidad o todo era cosa de su imaginación.

¿Se habría apresurado demasiado? Era un anciano en un país donde muchos morían jóvenes. Recordaba las enfermedades de su juventud. Posteriormente había conocido las causas científicas, principalmente agua contaminada y pésima higiene, porque Irán había sido un país retrógrado durante casi toda su vida a pesar de su larga historia de civilización y poder. Luego había resucitado gracias al petróleo y las inmensas riquezas que lo acompañaban. Mohammad Reza Pahlevi, Shahanshah —palabra que significaba ¡Rey de reyes!— había empezado a levantar el país, cometiendo el gravísimo error de avanzar demasiado rápido y ganarse demasiados enemigos. En la época negra de Irán, como en todas las épocas, el poder secular había recurrido a los religiosos islamitas, y al liberar a los campesinos el sha

los había ofendido demasiado, transformando en sus enemigos a aquellos cuyo poder era espiritual y a quienes la gente común acudía en busca de orden en medio del caos originado por el cambio. No obstante, el sha había triunfado, pero no del todo, y *no del todo* era la maldición que el mundo reservaba a los grandes.

Pero ahora... el asesinato del líder iraquí, el infortunio que había golpeado a Estados Unidos... esos acontecimientos debían ser una señal, ¿verdad? Los había analizado cuidadosamente. Ahora Irán e Irak eran uno solo. *Esa* había sido su búsqueda de décadas... y virtualmente en el mismo instante Estados Unidos había quedado baldado. No sólo Badrayn lo decía. Tenía expertos en Estados Unidos que conocían al dedillo el funcionamiento del gobierno norteamericano. Conocía a Ryan habiéndolo visto sólo una vez, había visto sus ojos, escuchado sus palabras calmas pero vacías. Conocía al hombre que sería su principal adversario. Sabía que, según las leyes de su país, Ryan no *podía* elegir su propio reemplazante. Había llegado el momento de actuar o lamentarse para siempre.

No, no sería recordado como otro Mohammad Reza Pahlevi. Aunque no anhelaba las trampas del poder, disfrutaba el hecho de poseerlo. Antes de morir lideraría el Islam. En un mes tendría el petróleo del Golfo Pérsico y las llaves de La Meca: poder secular y poder espiritual. A partir de allí su influencia se expandiría en todas direcciones. En pocos años su país sería una superpotencia en todo sentido y él dejaría a sus sucesores un legado tal como el mundo no había visto desde Alejandro, pero con la ventaja de estar fundado en las palabras de Dios. Para alcanzar ese objetivo, para unir el Islam, para cumplir la Voluntad de Alá y las palabras del profeta Mahoma haría lo que fuera necesario... Y si eso significaba moverse rápido, se movería rápido. Esencialmente el proceso era simple, constaba de tres simples pasos, y el tercero y más difícil ya había sido implementado y nadie podría detenerlo, aunque los planes de Badrayn fracasaran estrepitosamente.

¿Se estaría moviendo demasiado rápido? La pregunta atravesó su mente por última vez. No, se estaba moviendo con decisión, con sorpresa, con cálculo, con frialdad, con temeridad. Y así lo juzgaría la historia.

—¿Volar de noche es tan especial? —preguntó Jack.

—Para ellos sí —replicó Robby. Le agradaba pasar sus informes al presidente cómodamente sentado en el Despacho Oval, trago de por medio—. Siempre han sido más parsimoniosos con los equipos que con la gente. Los helicópteros —franceses en este caso— cuestan dinero y es la primera vez que realizan estas operaciones nocturnas. Tal vez estén pensando en vérselas con todos esos submarinos holandeses que compró la República China el año pasado. También registramos muchas operaciones combinadas con la Fuerza Aérea.

—¿En conclusión?

—Se están preparando para algo. —El director de Operaciones del Pentágono cerró su libro de informes—. Señor, nosotros...

—Robby —dijo Ryan, mirándolo por encima de los anteojos para leer que Cathy acababa de recetarle—, si no empiezas a llamarme “Jack” cuando estamos solos volverás al grado de alférez por decreto presidencial.

—No estamos solos —objetó el almirante Jackson, señalando con la barbilla a Andrea Price.

—Andrea no cuenta... oh, mierda, quise decir... —Ryan se ruborizó.

—El presidente tiene razón, almirante, yo no cuento —dijo ella, conteniendo la risa—. Señor presidente, hace *semanas* que espero oírle decir eso.

Jack clavó la vista en la mesa y sacudió la cabeza.

—Esto no es vida. Mi mejor amigo me llama “señor” y yo soy descortés con una dama.

—*Jack*, eres mi comandante en jefe —aclaró Robby, sonriendo ante la incomodidad de su amigo—. Y yo soy un pobre marinero.

Lo primero estaba primero, pensó el presidente.

—¿Agente Price?

—¿Sí, señor?

—Sírvese un trago y tome asiento.

—Señor, estoy de servicio y las reglas...

—Que sea liviano entonces, pero es una orden de su presidente. ¡Obedézcala!

Price titubeó un poco, pero luego decidió que POTUS estaba intentando demostrar algo. Se sirvió una generosa medida de whisky en el vaso Old Fashioned, a la que agregó una buena cantidad de hielo y Evian. Luego se sentó junto al J-3. Su esposa Sissy estaba en la planta alta con la familia Ryan.

—Vayamos a lo práctico —prosiguió Ryan en tono de broma—. El presidente necesita relajarse un poco y le resulta más fácil si las damas no están de pie como soldados y su mejor amigo lo llama por su nombre de vez en cuando. ¿Estamos de acuerdo?

—Ajá —dijo Robby sin dejar de sonreír, pero percibiendo la lógica y la desesperación del momento—. Sí, Jack, ahora todos estamos relajados... y lo *disfrutaremos*. —Miró a Price—. Usted está aquí para dispararme si me porto mal, ¿no?

—Directo a la cabeza —confirmó ella.

—Personalmente prefiero los misiles. Son más seguros —agregó Jackson.

—Sin embargo, una noche le alcanzó con un revólver. Al menos eso me dijo el Jefe. A propósito, gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarle la vida. Nos agrada cuidar al Jefe, aunque se tome demasiada confianza con el personal contratado.

Jack agregó un poco de hielo a su bebida. Qué notable, pensó. Por primera vez había una atmósfera genuinamente relajada en su despacho, al punto tal que dos personas podían bromear acerca de él, frente a él, como si fuera un ser humano en vez de POTUS.

—Creo que esto es muchísimo mejor. —El presidente levantó la

vista—. Robby, esta chica tiene más experiencia que nosotros dos juntos, ha oído toda clase de cosas. Tiene una maestría, es inteligente... pero supuestamente debo tratarla como a una guerrera feroz.

—Bueno, demonios, yo sólo soy un combatiente con una rodilla en mal estado.

—Y yo todavía no sé qué demonios se supone que soy. ¿Andrea?

—¿Sí, señor presidente? —Jack sabía que sería inútil pedirle que lo llamara por su nombre.

—China. ¿Qué piensa de China?

—Creo que no soy experta en el tema pero, ya que lo pregunta, no sé.

—Es lo suficientemente experta —observó Robby con un gruñido—. Los caballos y los caballeros del rey tampoco saben demasiado. Están llegando los submarinos adicionales —le dijo al presidente—. Mancuso los quiere en la línea norte-sur entre las dos armadas. Yo estuve de acuerdo, y el secretario autorizó la operación.

—¿Cómo se conduce Bretano?

—Sabe que no sabe, Jack. Escucha nuestros consejos, hace buenas preguntas y presta atención. Quiere salir al campo la semana próxima para educarse un poco observando a nuestros muchachos. A nivel gerencial sabe manejarse asombrosamente bien, pero está revoleando un hacha muy pesada... mejor dicho, pronto la revoleará. He visto su plan para reducir la burocracia. Caramba —concluyó el almirante Jackson, poniendo los ojos en blanco.

—¿Tienes problemas con eso?

—De ninguna manera. Tendríamos que haberlo hecho hace cincuenta años. Señorita Price, soy un auténtico soldado —explicó—. Me gustan los uniformes grasientos y el olor del combustible. Pero los tipos de los escritorios nos persiguen como perritos y nos muerden los tobillos a cada rato. Bretano adora a los ingenieros y hacedores y odia a los burócratas y contadores ociosos. Me gusta.

—Volvamos a China —dijo Ryan.

—Bueno, desconocemos las intenciones de China comunista. La CIA no aporta demasiado. Las señales de inteligencia son insignificantes. Estado dice que el gobierno chino dice “¿Cuál es el problema?”. Eso es todo. La armada taiwanesa es lo suficientemente poderosa para manejar la amenaza, si la hubiera, a menos que queden inconscientes. Eso no sucederá. Tienen ojos brillantes y colas peludas y saben cómo defenderse. Mucho sonido y mucha furia... nada que yo pueda descifrar por el momento.

—¿Y el Golfo?

—Bueno, nuestra gente en Israel informa que están vigilando de cerca, pero imagino que no tienen nada concreto en cuanto a inteligencia. Sus fuentes probablemente se evaporaron con los generales que huyeron a Sudán... A propósito, recibí un fax de Sean Magruder.

—¿Quién es? —preguntó Ryan.

—Es un coronel del ejército, importante figura del Décimo de Caballería en el Negev. Lo conocí el año pasado; es un tipo para

prestarle atención. Nuestro buen amigo Avi ben Jakob opina que Daryaei es “el hombre más peligroso del mundo”. Magruder creyó conveniente que lo supiéramos.

—¿Y?

—Y necesitamos vigilarlo de cerca. Probablemente esté a años luz de lograrlo, pero Daryaei tiene ambiciones imperiales. Los sauditas se están equivocando. Tendríamos que mandar gente, no demasiada, sí la suficiente para que el otro bando sepa que estamos en el juego.

—Ya lo hablé con Ali. Su gobierno quiere enfriar las cosas.

—Mala señal —observó Jackson.

—Coincido —POTUS asintió—. Nos ocuparemos de eso.

—¿En qué estado se encuentra el ejército saudita? —preguntó Price.

—No tan bien como debiera. Después de la guerra del Golfo las Fuerzas Armadas se unieron a la Guardia Nacional y compraron equipos como si compraran una flota de Mercedes Benz a un mayorista. Por un tiempo se divertieron jugando a los soldaditos, pero luego descubrieron que había que mantener los equipos. Contrataron gente para mantenerlos, como los barones y caballeros del medioevo. Sólo que no es lo mismo —agregó Jackson—. Y ya no se entrenan. Oh, seguro, dan vueltas con sus tanques y practican tiro —el M1 es un lindo tanque para dispararle, se especializan en eso— pero las unidades no se entrenan. Barones y caballeros. Su tradición es un grupo de hombres a caballo persiguiendo a otros hombres a caballo... uno contra uno, como en las películas. Pero la guerra no es así. La guerra implica un gran equipo trabajando en conjunto. Su cultura y su historia van contra ese modelo y todavía no tuvieron oportunidad de aprender. En fin, no son tan buenos como creen ser. Si la RIU une sus ejércitos y avanza hacia el sur los sauditas perderán... como en la guerra.

—¿Cómo podríamos arreglarlo? —preguntó Ryan.

—Para empezar tendríamos que mandar gente y hacer venir aquí a los sauditas, al NTC, para tomar un curso acelerado de realidad. Ya lo hablé con Mary Diggs y...

—¿Mary?

—El general Marion Diggs. Lo de “Mary” tiene que ver con el uniforme —le explicó Jackson a Price—. Me gustaría traer un batallón saudita y hacer que la FuOp los revuelque varias semanas en la arena hasta que captén el mensaje. Así aprendió nuestra gente. Así aprendieron los israelíes. Y así tendrán que aprender los sauditas, maldita sea. Diggs está de acuerdo. Perfecto. Danos dos o tres años, tal vez menos, y los pondremos en forma... excepto en cuanto a política —agregó.

POTUS asintió.

—Sí, los israelíes deben estar nerviosos y los sauditas nunca han querido tener un ejército demasiado fuerte por razones domésticas.

—Podrías contarles la historia de los tres cerditos. Tal vez no pegue con su cultura, pero el gran lobo malo se mudó al lado de ellos y sería mejor que empezaran a prestar atención.

—Entendido, Robby. Lo hablaré con Adler y Vasco —Ryan miró su reloj. Otro día de quince horas. Le hubiera gustado beber otro trago pero, tal como estaban las cosas, tendría suerte si lograba dormir seis horas. No quería despertarse con un dolor de cabeza más fuerte de lo necesario. Dejó su vaso sobre la mesa y se puso de pie. Los otros dos lo siguieron.

—SWORDSMAN rumbo a la residencia —informó Price por radio. Un minuto después estaban en el ascensor.

—Que nadie note que bebí un poco —bromeó Ryan.

—¿Qué *vamos a hacer* con usted? —le preguntó Price al techo. La puerta del ascensor se abrió.

Jack salió primero, quitándose la chaqueta. Odiaba llevarla puesta todo el tiempo.

—Bueno, ahora ya sabe —le dijo Robby a Price, quien se dio vuelta para mirarlo directamente a los ojos.

—Sí. —Hacía tiempo que sabía, pero cada vez aprendía más y más sobre SWORDSMAN.

—Cuídelo bien, Price. Quiero recuperar a mi viejo amigo... cuando logre escapar de este sitio.

Los caprichos del viento hicieron que el vuelo de Lufthansa fuera el primero en llegar a la terminal internacional de Frankfurt, Alemania. Para los viajeros fue como un embudo invertido. La salida del avión era la parte más angosta y al entrar a la boca se desparramaron según sus destinos, buscando las puertas correspondientes en los monitores. Las esperas durarían de una a tres horas y sus equipajes serían transferidos automáticamente de un avión a otro... los changarines alemanes tenían una eficacia del 99.9 en el cumplimiento de su tarea, porcentaje notable tratándose de cualquier empresa humana. Los empleados de aduana no les prestaron demasiada atención dado que ninguno de ellos pasaría en Europa más tiempo del necesario. Evitaron cuidadosamente el contacto visual, incluso cuando tres de ellos entraron a la cafetería y pidieron, los tres, café sin caféina. Los otros dos entraron al baño de hombres por razones obvias y se miraron al espejo. Todos se habían afeitado antes de partir, pero uno de ellos, de barba singularmente tupida, vio que ya le estaba creciendo. ¿Tal vez debería afeitarse otra vez? No, mejor no, pensó, sonriéndole al espejo. Recogió su equipaje de mano y fue al salón de primera clase a esperar el vuelo a Dallas-Forth Worth.

—¿Fue largo el día? —preguntó Jack. Todos se habían ido, sólo quedaba la patrulla nocturna rondando por el pasillo.

—Sí. Mañana haremos una gran recorrida con Bernie. Pasado mañana tendré que operar —Cathy se puso el camisón, tan cansada como su marido.

—¿Alguna novedad?

—No. Pero almorcé con Pierre Alexandre. Es el nuevo profesor asociado que trabaja con Ralph Forster, ex militar, muy inteligente.

—¿Enfermedades infecciosas? —Jack recordaba conocerlo de alguna parte—. ¿SIDA y esas cosas?

—Sí.

—Desagradable trabajo —observó Ryan, metiéndose en la cama.

—Hubo un mini estallido de Ébola en Zaire —dijo Cathy, metiéndose del otro lado—. Dos muertos. Luego aparecieron otros dos casos en Sudán, pero aparentemente está controlado.

—¿Es tan horrible como dice la gente? —Jack apagó la luz.

—Ochenta por ciento de mortalidad... Sí, es tan horrible. —Acomodó el edredón y se acurrucó junto a él—. Pero no hablemos más de eso. Sissy dice que dará un concierto dentro de dos semanas en el Kennedy Center. La Quinta de Beethoven, dirigida por Fritz Bayerlein, ¿te das cuenta? ¿Crees que conseguiremos entradas? —Pudo sentir la sonrisa de su esposa en la oscuridad.

—Creo que conozco al dueño del teatro. Veré qué puedo hacer —Un beso. El día había terminado.

—Hasta mañana, Jeff —Price fue hacia la derecha a buscar su auto. Raman fue hacia la izquierda a buscar el suyo.

Ese trabajo podía entorpecerle la mente a cualquiera, pensó Aref Raman. La mecánica, las horas, la vigilancia, la espera, el no hacer nada... pero siempre estar listo.

Mmm. ¿Por qué quejarse? Era la historia de su vida adulta. Se dirigió al norte, esperó que abrieran el portón de seguridad y avanzó en dirección noroeste. Las calles vacías facilitaban la marcha. Cuando llegó a su casa, cabeceaba agotado por su trabajo en la Casa Blanca.

Abrió la puerta, desconectó la alarma, recogió el correo y le echó un vistazo. Una cuenta y un montón de basura ofreciéndole la gran oportunidad de su vida para comprar cosas que no necesitaba. Colgó su chaqueta, se quitó la pistolera y fue a la cocina. La lucecita del contestador titilaba suavemente. Había un mensaje.

—Señor Sloan —dijo una voz desde la máquina. La voz le resultaba familiar aunque la había escuchado sólo una vez en su vida—, habla el señor Alahad. Acaba de llegar su alfombra. Está lista para enviársela.

Descargas

Estados Unidos dormía cuando los viajeros abordaron sus vuelos en Amsterdam, Londres, Viena y París. Esa vez todos tomaron aviones diferentes y los horarios se organizaron de manera tal que un mismo inspector de aduanas no tuviera la oportunidad de abrir dos equipos de afeitador y encontrar la misma marca de crema y asombrarse, por improbable que eso fuera. El verdadero riesgo había sido hacerlos salir de Teherán en los mismos vuelos, pero habían recibido instrucciones precisas sobre cómo actuar. Por ejemplo, aunque la siempre alerta policía alemana hubiera sospechado de un grupo de hombres de Medio Oriente arracimado en un rincón después de bajar del mismo vuelo, los aeropuertos eran lugares anónimos colmados de pasajeros semidormidos, un poco cansados y usualmente desorientados, y un viajero solitario y sin rumbo se parecía mucho a otro cualquiera.

El primero en abordar un vuelo transatlántico subió a un 747 de Singapore Airlines en el Aeropuerto Internacional Schiphol de Amsterdam. Identificado como SQ26, el avión comenzó a carretear a las 8.30 hora local y llegó puntualmente al aire, donde giró en dirección noroeste para un gran recorrido circular que abarcaría el extremo sur de Groenlandia. El vuelo duraría menos de ocho horas. El pasajero en cuestión ocupaba un asiento de primera clase junto a la ventana. Todavía no eran las tres de la mañana en su próximo destino y prefirió dormir a mirar una película, igual que la mayoría de los pasajeros ubicados en la nariz del avión. Había memorizado su itinerario, y si la memoria le fallaba tenía los boletos para recordar qué hacer. Por el momento lo mejor sería dormir. Apoyó la cabeza en la almohada, acunado por el siseo del aire a través de las ventanas dobles.

A su alrededor, en el aire, había otros vuelos con otros viajeros, rumbo a Boston, Filadelfia, Washington-Dulles, Atlanta, Orlando, Dallas-Fort Worth, Chicago, San Francisco, Miami y Los Ángeles, las principales diez puertas de entrada a los Estados Unidos de Norteamérica. Cada uno de ellos asistiría a una exhibición comercial o convención. En otras diez ciudades —Baltimore, Pittsburgh, St. Louis, Nashville, Atlantic City, Las Vegas, Seattle, Phoenix, Houston y Nueva Orleans— también habría eventos de esa clase. Podrían llegar a ellas por un vuelo corto —en dos de los casos por tierra— desde la puerta de entrada más próxima.

El pasajero del SQ26 pensó en eso antes de dormirse. El equipo de afeitador estaba guardado con su equipaje de mano debajo del asiento,

cuidadosamente aislado y envuelto. Se aseguró de que sus pies no tocaran, y mucho menos patearan, la maleta.

Estaba llegando el mediodía en las afueras de Teherán. Estrella de Cine observaba atentamente la práctica de armas de su grupo. En realidad era una mera formalidad destinada a fortalecer la moral más que otra cosa. Todos sabían disparar. Habían aprendido y practicado en el valle del Bekaa y el hecho de que no estuvieran utilizando la misma clase de armas que tendrían en Estados Unidos carecía de importancia. Un arma siempre es un arma y un blanco siempre es un blanco... y todos ellos sabían diferenciarlos muy bien. Por supuesto que no podían simular todo, pero todos sabían conducir y habían pasado mucho tiempo estudiando el diagrama y los modelos. Entrarían en las últimas horas de la tarde, cuando los padres fueran a buscar a sus hijos para llevarlos de vuelta a sus casas, cuando los custodios estuvieran cansados y aburridos de otro día más transcurrido entre niños y juegos infantiles. Estrella de Cine había conseguido las descripciones de varios de los vehículos “regulares”, algunos eran modelos muy comunes y fáciles de alquilar. Tendrían que igualar el entrenamiento y la experiencia de sus oponentes... pero después de todo no eran superhombres. Para más datos algunos eran mujeres. A pesar de su prolongado contacto con Occidente, Estrella de Cine no podía tomar en serio a las mujeres como adversarios, con o sin armas. Pero la mayor ventaja táctica con que contaban era que su equipo estaba dispuesto a matar con licencioso abandono. Con más de veinte niños rondando por ahí, más el personal escolar y probablemente algunos padres, los custodios tendrían las manos atadas. Por eso la primera parte de la misión era la más fácil. Lo difícil sería escapar... si las cosas llegaban a ese punto. Tenía que asegurarles que podrían escapar, y que había un plan. Pero eso no tenía importancia en realidad e interiormente todos ellos lo sabían.

El día comenzó a las 5.30 para el inspector Patrick O'Day. La radio reloj lo hizo levantar de un salto. Inmediatamente entró al baño para sus abluciones habituales, se miró un segundo en el espejo y fue a la cocina a preparar el café. Pronto amanecería. La mayoría de la gente (los sensatos) todavía no se había levantado. No había automóviles en las calles. Hasta los pájaros dormitaban en sus ramas. Salió a recoger los diarios. Al sentir el silencio se preguntó por qué el mundo no sería siempre así. Al este, entre las copas de los árboles, se anunciaban las primeras luces del alba, aunque todavía predominaban las estrellas en lo alto. No se veía una sola lámpara encendida en las casas. Maldición. ¿Era el único que debía trabajar tan temprano?

Era hora de despertar a Megan. Estaba acurrucada dentro de su pijama con pies, el azul con Casper el Fantasma. O'Day observó que empezaba a quedarle chico. Sus piecitos empujaban la tela. Crecían tan rápido. Le pellizó suavemente la nariz y ella abrió los ojos.

—¡Papito! —Primero se sentó y luego se paró para darle un beso. Pat se preguntó por qué todos los niños despertarían con una sonrisa y los adultos no. El día recomenzó con otro viaje al cuarto de baño. Advirtió complacido que no había mojado los pañales. Megan había logrado dormir toda la noche sin hacerse encima —durante un tiempo había sido una lucha—, pero era un extraño motivo para enorgullecerse, pensó. Empezó a afeitarse, acontecimiento cotidiano que fascinaba a su hija. Una vez afeitado se agachó y le arrimó la cara para que pudiera olerla y pronunciar su veredicto: ¡Muy bien!

El desayuno de esa mañana fue una taza de avena con rodajas de banana y un vaso de jugo de manzanas, mirando el Canal Disney en el televisor de la cocina mientras Papá volvía a sus diarios. Megan llevó su plato y su vaso al lavaplatos, tarea que estaba empezando a dominar. Lo más difícil era colocar el plato en su lugar. Todavía estaba aprendiendo. Más difícil aún era calzarse los zapatos. La señora Daggert le había dicho que Megan era una niñita inusualmente brillante, un motivo más para enorgullecerse... seguido siempre por la tristeza de recordar a su esposa. Podía ver el rostro de Déborah en ella, pero a veces se preguntaba cuánto sería verdad y cuánto puro deseo. Al menos parecía haber heredado el cerebro de su madre. ¿Tal vez tuviera la misma expresión brillante, vivaz?

El trayecto a la guardería fue rutinario. El sol ya estaba alto pero el tránsito seguía siendo liviano. Megan viajaba en su sillita, como de costumbre, mirando azorada a los otros vehículos.

La llegada también fue rutinaria. Estaba el agente de siempre en el 7-Once, más el equipo de avanzada en el Giant Steps. Bueno, nadie raptaría jamás a *su* hijita. La rivalidad laboral entre el FBI y el Servicio había desaparecido hacía tiempo, excepto por las bromas y pullas ocasionales. Lo alegraba que estuvieran allí y a ellos no los molestaba verlo entrar con su arma reglamentaria. Apenas entró, Megan corrió a abrazar a la señora Dagget y puso su almuerzo en el estante correspondiente.

—Hola, Pat. —Lo saludó el agente de la puerta.

—Buen día, Norm.

—Tus horarios son tan traídos de los pelos como los míos —replicó el agente especial Jeffers. Era uno de los que rotaban al servicio de SANDBOX y esa mañana formaba parte del equipo de avanzada.

—¿Cómo anda tu esposa?

—Dentro de seis semanas tendremos que buscar un sitio como éste. ¿Es tan buena como parece?

—¿La señora Dagget? Pregúntale al presidente —bromeó O'Day—. Mandaron aquí a todos sus hijos.

—Entonces no será tan malo —admitió el del Servicio Secreto—. ¿Qué se sabe del caso Kealty?

—Alguien de Estado está mintiendo. Eso piensan los del OPR. —Se encogió de hombros—. No saben quién. El detector de mentiras no funcionó. ¿Ustedes saben algo?

—Es gracioso, sabes. Ha comenzado a prescindir de sus custodios. Aparentemente les dice que no quiere ponerlos en posición de...

—Entendido —Pat asintió—. ¿Y ellos tienen que seguirle el juego?

—No hay opción. Se encuentra con gente, no siempre sabemos con quiénes, y tenemos prohibido descubrir qué planea contra SWORDS-MAN. —Movi6 la cabeza con desconsuelo—. ¿No te encanta?

—Me gusta Ryan. —Por si acaso, ech6 un r6pido vistazo al 6rea. Era autom6tico, como respirar.

—Nosotros lo amamos —coincidi6 Norman—. Pensamos que va a lograrlo. Kealty est6 lleno de mierda. Caramba, form6 parte de su custodia cuando era vicepresidente. Tenía que quedarme all6 parado, eso s6, del otro lado de la puerta, mientras 6l se aprovechaba de alguna chiquilina. Era parte del trabajo —concluy6 amargamente. Cruzaron una mirada. Era una historia interna que s6lo pod6a ser contada dentro de las agencias federales y, aunque los del Servicio Secreto cobraban un sueldo por proteger a sus custodiados y guardar todos los secretos, eso no significaba que les gustara necesariamente.

—Creo que tienes raz6n. ¿Las cosas andan bien por aqu6?

—Russell quiere tres personas m6s, pero no creo que se las den. Demonios, tenemos tres agentes adentro y tres de vigilancia externa —no era ninguna sorpresa, O'Day ya se hab6a dado cuenta— y...

—S6, cruzando la calle hay m6s. Russell da la impresi6n de conocer su oficio.

—El abuelo es el mejor —acot6 Norm—. Diablos, ha entrenado a la mitad de los agentes del Servicio. Tendr6as que verlo disparar. Con ambas manos.

O'Day sonri6.

—Todos hablan de eso. Un d6a tendr6 que invitarlo a mi pr6ctica de tiro.

Una sonrisa capciosa.

—Andrea me cont6. Ella, estee, sac6 tu archivo del FBI...

—¿C6mo?

—Eh, Pat, es un asunto de negocios. Investigamos a todo el mundo. Todos los d6as tenemos un personaje importante aqu6, ¿lo has olvidado? —prosigui6 Norm Jeffers—. Adem6s, quer6a ver tu registro de armas de fuego. O6 decir que eres excelente, pero te dir6 una cosa, viejo, si quieres apostar con Russell trae mucho dinero, ¿entendido?

—El dinero hace a la carrera de caballos, se6or Jeffers —O'Day amaba esa clase de desaf6os y todav6a no hab6a perdido ninguno.

—Claro, puedes apostar tu blanco trasero, se6or O'Day. —Levant6 las manos. Cheque6 su auricular y luego mir6 su reloj—. Acaban de salir. SANDBOX est6 en camino. Nuestra ni6a y tu ni6a se llevan muy bien.

—Parece una buena chica.

—Todos son buenos chicos. A veces hacen demasiado bullicio, pero as6 son los ni6os. Tu hijita tendr6 un mont6n de candidatos cuando empiece a salir.

—¡No quiero enterarme!

Jeffers lanzó una carcajada.

—Sí, espero que el nuestro sea varón. Mi papá —capitán de policía en Atlanta— dice que las hijas son el castigo que Dios nos envía por ser hombres. Uno vive temiendo que se topen con un tipo como uno a los diecisiete años.

—¡Basta! Déjame ir a trabajar. Prefiero vérmelas con criminales. —Palmeó a Jeffers en el hombro.

—Estará aquí cuando vuelvas, Pat.

O'Day pasó por la cafetería de la Autopista Ritchie en vez de tomar la Ruta 50. Debía admitir que los del Servicio Secreto conocían su oficio. Pero el FBI estaba manejando al menos un aspecto de la seguridad presidencial. Tendría que hablar con los tipos del OPR... extraoficialmente, por supuesto.

Uno había muerto y la otra había vuelto a su casa, casi al mismo tiempo. Era la primera muerte de Ébola para MacGregor. Había visto otra clase de muertes: ataques al corazón, embolias, cáncer o simplemente vejez. Casi siempre los médicos no estaban y la tarea recaía sobre las enfermeras. Pero esa vez sí estuvo. Con el final no llegó la paz esperada, llegó el agotamiento. El cuerpo de Saleh había luchado incansablemente y su fuerza sólo sirvió para prolongar la lucha y el dolor, como un soldado en una batalla perdida de antemano. Pero finalmente se acabó la fuerza y el cuerpo se abandonó a esperar la muerte. La señal del monitor cardíaco desapareció. No tenía sentido intentar resucitarlo. Retiraron el suero intravenoso con todas las precauciones. Literalmente todo lo que había estado en contacto con el paciente sería incinerado. No era para espantarse. Los sidosos y algunas víctimas de hepatitis también eran tratados como objetos de contaminación mortal. Incinerar los cadáveres era lo más conveniente... y además el gobierno había insistido. Sí, había perdido la batalla.

MacGregor se sintió aliviado, y un poco avergonzado de su alivio, al quitarse el traje protector por última vez y lavarse cuidadosamente para ir a ver a Sohaila. La niña todavía estaba débil, pero lista para partir y seguir recuperándose en su casa. Los análisis más recientes indicaban que su sangre estaba llena de anticuerpos. Por alguna razón su sistema inmunitario había enfrentado al enemigo y triunfado. Ya no tenía virus activos. Podía ser abrazada. En otro país la hubieran dejado internada para análisis posteriores y hubiera donado gran cantidad de sangre para intensivos estudios de laboratorio, pero el gobierno local había dicho que no se haría nada de eso y que la niña debía abandonar el hospital en cuanto pudiera hacerlo. MacGregor había dudado al principio, pero ahora estaba seguro de que no habría complicaciones. Alzándola con cuidado, la sentó en la silla de ruedas.

—¿Vendrás a verme cuando te sientas un poco mejor? —le preguntó con una cálida sonrisa. Sohaila asintió. Era una niña brillante. Su inglés era bueno. Una niña hermosa, con una sonrisa encantadora a pesar de la fatiga, y contenta de irse a casa.

—¿Doctor? —Era su padre. Por la rigidez de su espalda se adivi-

naba que había tenido entrenamiento militar. Su rostro revelaba lo que quería decirle aun antes de elegir las palabras adecuadas.

—Yo hice muy poco. Su hija es joven y fuerte. Eso la salvó.

—Aun así, jamás olvidaré esta deuda. —Intercambiaron un firme apretón de manos y MacGregor recordó la frase de Kipling sobre Oriente y Occidente. Fuera quien fuera ese hombre —y el médico tenía sus sospechas—, todos los hombres tenían algo en común.

—Seguirá débil durante unos días. Déjenla comer lo que quiera. Será mejor que duerma lo más posible.

—Se hará como usted dice —prometió el padre de Sohaila.

—Tienen mi número de teléfono, el de aquí y el de casa. Llámeme ante cualquier duda.

—Y si usted tiene alguna dificultad, con el gobierno por ejemplo, por favor hágamelo saber de inmediato. —El padre de Sohaila reveló así la magnitud de su gratitud. A partir de ahora, MacGregor contaría con un protector. No tenía nada de malo, pensó, acompañándolos a la puerta. Luego volvió a su consultorio.

—Entonces —dijo el funcionario después de escuchar el informe—, todo se ha estabilizado.

—Correcto.

—¿Han revisado al personal?

—Sí, y mañana repetiremos los análisis para estar seguros. Las habitaciones de ambos pacientes serán desinfectadas hoy. Todos los ítems contaminados están siendo incinerados en este mismo momento.

—¿Y el cadáver?

—También será incinerado, como usted ordenó.

—Excelente. Dr. MacGregor, quiero agradecerle sus servicios. Creo que debemos olvidar este desdichado incidente.

—¿Pero *cómo llegó aquí* el virus? —preguntó MacGregor quejumbrosamente. Hasta allí podía llegar.

El funcionario no lo sabía y se expresó en tono confidencial.

—Eso no nos concierne, ni a usted ni a mí. No se repetirá. De eso sí estoy seguro.

—Como usted diga. —Se despidieron amablemente. MacGregor cortó y miró la pared. Decidió enviar otro fax al CDC. El gobierno no podría objetarlo. Tenía que informarles que el mini-estallido de Ébola había terminado. Eso también era un alivio. Mejor volver a la práctica normal de la medicina y a las enfermedades que estaba en condiciones de derrotar.

Kuwait se había adelantado a los sauditas en reportar los contenidos de la reunión, tal vez porque el gobierno kuwaití era en realidad un negocio familiar y se encontraba en una posición verdaderamente peligrosa. Adler le entregó la transcripción y el presidente le echó un rápido vistazo.

—Parece decir “Estamos perdidos”.

—Correcto —coincidió el secretario de Estado.

—O el ministro Sabah suprimió todas las cortesías diplomáticas...

o lo que escuchó lo dejó temblando. Apuesto a lo segundo —intervino Bert Vasco.

—¿Ben? —preguntó Jack.

El Dr. Goodley movió la cabeza desalentado.

—Es probable que tengamos problemas.

—¿Probable? —preguntó Vasco—. Es más que “probable”.

—De acuerdo, Bert, usted hizo el mejor pronóstico para el Golfo Pérsico —acotó el presidente—. ¿Qué va a pronosticarnos ahora?

—Tienen la cultura del regateo. En todas las reuniones importantes se utilizan elaborados rituales verbales. Pueden tardar una hora para decir “Hola, ¿cómo estás?”. Si vamos a pensar que pasaron por alto todos los prolegómenos, debemos considerar que hay un mensaje en la ausencia. Usted mismo lo dijo, señor presidente: *Estamos perdidos*—. Aunque era llamativo que hubieran empezado rezando juntos. ¿Tal vez fuera una señal significativa para los sauditas pero no para los kuwaitíes? Ni siquiera él conocía todos los aspectos de la cultura local.

—¿Entonces por qué no dicen nada los sauditas?

—¿No me dijo que el príncipe Ali daba otra impresión?

Ryan asintió.

—Es cierto. Prosiga.

—El reino es un poquito esquizofrénico. Les gustamos y confían en nosotros como socios estratégicos, pero en otro sentido no les gustamos y desconfían de nuestra cultura. No es tan simple, pero temen que un excesivo contacto con Occidente afecte adversamente a su sociedad. Son muy conservadores en lo que denominamos temas sociales, como cuando nuestro ejército estuvo allí en el '91 y pidieron que los capellanes militares retiraran la insignia religiosa de sus uniformes y les molestaba ver mujeres conduciendo autos y portando armas. Entonces, por una parte dependen de nosotros como garantes de seguridad —el príncipe Ali le pide confirmación constante al respecto, ¿no?— pero, por otra parte, temen que tanta protección eche a perder su país. Todo tiene que ver con la religión. Probablemente preferirían hacer un trato con Daryaei antes que invitarnos a proteger sus fronteras, y por eso la mayoría del gobierno postergará la cosa... sabiendo que iremos al instante si nos lo piden. Con Kuwait pasa otra cosa. Si les pidiéramos permiso para hacer una simple práctica dirían que sí *corriendo*, aunque los sauditas les pidieran que no lo hicieran. Lo bueno es que Daryaei lo sabe y debido eso no se moverá tan rápido. Si comenzara a mandar tropas al sur...

—La CIA nos advertiría inmediatamente —dijo Goodley con confianza—. Sabemos qué buscar y ellos no son tan sofisticados como para esconderlo.

—Si enviáramos tropas a Kuwait ahora mismo, la medida sería percibida como un acto de agresión —los previno Adler—. Sería mejor que primero nos encontráramos con Daryaei y lo sondeáramos.

—De ese modo le estaríamos haciendo una advertencia —acotó Vasco.

—No, no cometeremos semejante error y, además, creo que

Daryaei sabe que el estatus de los países del Golfo es un tema central para nosotros. Esta vez no habrá señales contradictorias. —La embajadora April Glaspie había sido acusada de dar una señal contradictoria a Saddam Hussein en el verano de 1990... pero ella había negado la afirmación de Hussein y éste no era en absoluto una fuente de información confiable. Tal vez sólo hubiera sido un malentendido idiomático. Lo más probable era que Hussein hubiera escuchado lo que quería escuchar y no lo que le habían dicho, hábito frecuentemente compartido por los jefes de Estado y los niños.

—¿Cuánto tardaríamos en ponerlo en marcha? —preguntó el presidente.

—Muy poco —replicó el secretario de Estado.

—Hazlo —ordenó Ryan—. Lo más rápido posible. ¿Ben?

—Sí, señor.

—Ya hablé con Robby Jackson. Quiero que coordinen juntos un plan para enviar una modesta fuerza de seguridad a la zona del Golfo. Lo necesario para mostrar que el tema nos interesa... sin provocarlos. Quiero que llames a Kuwait y les digas que estamos a su disposición si nos necesitan, y que *podemos* enviarles fuerzas si las piden. ¿Quién estaría a cargo de esto?

—El Veinticuatro de Mecánica, Fort Stewart, Georgia. Ya lo averigüé —dijo Goodley, bastante orgulloso de sí mismo—. La segunda brigada está en estado de alerta. También hay una brigada del 82 en Fort Bragg. Podemos estar allí en cuarenta y ocho horas. También aconsejaría aumentar el estado de preparación de los barcos de preposicionamiento marítimo en Diego García. Podemos hacerlo discretamente.

—Buen trabajo, Ben. Llama al secretario de Defensa y dile que quiero que se haga... discretamente.

—Sí, señor presidente.

—Le diré a Daryaei que estamos dispuestos a tender la mano de la amistad a la República Islámica Unida —dijo Adler—. También le diré que estamos comprometidos con la paz y la estabilidad de esa región, y que eso significa integridad territorial. Me pregunto qué responderá...

Todos miraron a Bert Vasco, quien estaba aprendiendo a maldecir su recién adquirido status de genio residente.

—Tal vez sólo haya querido sacudir un poco el avispero de sus vecinos. No creo que quiera sacudir el nuestro.

—Es la primera vez que se cubre, Bert —observó Ryan.

—No cuento con suficiente información —replicó Vasco—. No veo que Daryaei quiera un conflicto con nosotros. Ya pasó una vez y todos se quedaron mirando. Sí, claro que no le agradamos. Sí, tampoco le gustan los sauditas ni los otros estados vecinos. Pero no, no quiere enfrentarnos. Tal vez *podría* derrotarlos a todos. Es un asunto militar y yo soy solamente un FSO. Pero no podrá derrotarlos si nosotros intervenimos, y él lo sabe. De modo que presionará políticamente sobre Kuwait y Arabia Saudita, seguro. No obstante, fuera de eso no veo que haya de qué preocuparse.

—Por ahora —agregó el presidente.
—Sí, señor, *por ahora* —admitió Vasco.
—¿Le estoy exigiendo demasiado, Bert?
—Está bien, señor presidente. Por lo menos me escucha. Creo que nos sería útil tener una SNIE (Estimación de Inteligencia Nacional) sobre las capacidades e intenciones de la RIU. Y yo necesitaría tener más acceso a los informes de la comunidad de inteligencia.

Jack se dio vuelta.

—Ben, quiero una SNIE. Bert tendrá acceso total a la información, es una orden. ¿Sabes una cosa, muchachos? Dar órdenes es divertido —agregó el presidente, sonriendo para aflojar la tensión generada por la reunión—. Éste es un problema potencial pero todavía no nos quita el sueño, ¿correcto? —Asentimiento general—. De acuerdo. Gracias, caballeros. Mantengámonos al tanto.

El vuelo número 26 de Singapore Airlines aterrizó con cinco minutos de demora y llegó a la terminal a las 10.25 hora local. Los pasajeros de primera clase, habiendo disfrutado asientos más anchos y más mullidos, disfrutaron también de un acceso más rápido al galimatías de entrada que Estados Unidos inflige a sus visitantes. El viajero recuperó sus dos valijas en el carrusel y, con el equipaje de mano colgado del hombro, eligió una fila. Ya había llenado su formulario de entrada al país, donde no declaraba nada de interés para el gobierno de Estados Unidos. La verdad no les hubiera agradado, de ninguna manera.

—Hola —dijo el inspector, recibiendo el formulario y echándole un vistazo. Luego miró el pasaporte. Parecía viejo, tenía las páginas literalmente cubiertas de sellos de entrada y salida. Encontró una página en blanco y se preparó para estampar un nuevo sello—. ¿Cuál es el propósito de su visita a Estados Unidos?

—Negocios —replicó el viajero—. Vine para la exhibición de autos en el Javits Center.

—Ajá. —Casi no escuchó la respuesta. Estampó el sello y le indicó otra fila donde sus valijas pasaron un examen de rayos X—. ¿Algo para declarar?

—No. —Las respuestas simples eran las mejores. Otro inspector miró por el monitor el interior de las valijas y no vio nada interesante. Dejaron pasar al viajero, quien recogió su equipaje y salió en busca de un taxi.

Asombroso, pensó, después de ubicarse en otra fila y subir a un taxi en menos de cinco minutos. Su primera preocupación —ser atrapado en el control de aduanas— había quedado atrás. En cuanto a la segunda, nadie podría haber preseleccionado para él el taxi que ocupaba. Había tropezado con sus valijas y dejado que una mujer se le adelantara en la fila para evitarlo. Se recostó en el asiento y fingió mirar los alrededores pero en realidad quería ver si alguien lo estaba siguiendo. El tránsito del mediodía era tan intenso que parecía imposible que alguien pudiera seguirlo, mucho menos en el interior de uno

entre miles de vehículos amarillos que entraban y salían de la autopista con la furia del ganado en estampida. Lo único malo era que su hotel estaba demasiado lejos del centro de convenciones y tendría que tomar otro taxi. Bueno, era inevitable. De todos modos, primero tendría que registrarse en el hotel.

Treinta minutos después estaba en el ascensor del hotel rumbo al sexto piso, acompañado por un servicial botones que llevaba sus dos valijas. El viajero retuvo el equipaje de mano. Le dio dos dólares de propina —lo habían instruido sobre el monto conveniente de las propinas: lo mejor era una propina modesta para que no lo recordaran como manirroto ni como avaro— que fueron recibidos con gratitud, aunque no excesiva. Una vez en su habitación, el viajero desempacó sus trajes y camisas. Dejó el equipo de afeitar dentro del bolso de mano y utilizó el que el hotel proveía para afeitarse después de una ducha reparadora. Estaba sorprendido por lo bien que se sentía a pesar de la tensión. Había viajado... ¿cuánto tiempo? ¿Veintidós horas? Más o menos. Pero había dormido bastante y los viajes en avión no lo ponían ansioso como a tantos otros. Almorzó en la habitación. Luego se vistió y, echándose al hombro el bolso de mano, bajó las escaleras del hotel y tomó un taxi rumbo al Javits Center. Una exhibición de autos, pensó. Siempre le habían gustado los autos.

Detrás de él en tiempo y espacio, la mayoría de los diecinueve viajeros restantes todavía estaba en el aire. Algunos acababan de aterrizar —el primero en Boston, luego otros más en Nueva York y uno en Dulles— e iban rumbo al control de aduanas para probar sus conocimientos y su suerte contra el Gran Satán, o comoquiera que llamara Daryaei a su enemigo colectivo. Satán, después de todo, tenía grandes poderes y merecía respeto. Satán podía mirar a un hombre a los ojos y ver sus pensamientos, casi como Alá. No, esos norteamericanos eran simples funcionarios que sólo demostraban peligrosidad si uno los provocaba.

—Deben aprender a leer entrelíneas —les dijo Clark. Era una buena clase. A diferencia de la gente que asistía a escuelas convencionales, todos querían aprender. La experiencia lo retrotrajo a su propio aprendizaje en la Granja, en los momentos culminantes de la Guerra Fría, cuando todos querían ser James Bond... En realidad se sentían un poquito James Bond a pesar de lo que dijeran sus instructores. La mayoría de sus compañeros de clase eran graduados recientes que sabían mucho de libros... pero nada de la vida. La mayoría aprendió muy rápido. Pero otros no y, aunque el fracaso en la vida real no era tan dramático como en el cine, comprendieron que había llegado el momento de cambiar de carrera. Clark cifraba grandes esperanzas en ese nuevo grupo. Tal vez no se hubieran graduado en Historia en las universidades de Darmouth o Brown, pero habían estudiado algo en alguna parte y luego habían aprendido todo lo que sabían en las calles de las grandes ciudades. Tal vez sabían desde el principio que *todo* lo que aprendieran sería importante para ellos algún día.

—¿Nos mentirán... nuestros agentes?
—Usted es de Pittsburgh, señor Stone, ¿correcto?
—Sí, señor.
—Trabajó con informantes confidenciales en la calle. ¿Alguna vez le mintieron?

—Algunas veces —admitió Stone.

—Ya tiene la respuesta a su pregunta. Le mentirán sobre su importancia, sobre el peligro que corren, prácticamente sobre todas las cosas... según cómo se sientan ese día. Tendrá que conocerlos y conocer sus estados de ánimo. Stone, ¿usted se daba cuenta cuando sus informantes mentían?

—La mayoría de las veces.

—¿Cómo hacía para darse cuenta? —preguntó Clark.

—Cuando sabían demasiado, cuando algo no encajaba...

—¿Sabe una cosa? —observó Clark con una sonrisita torcida—.

Ustedes son tan astutos que a veces me pregunto qué demonios estoy haciendo aquí. Es cuestión de conocer a la gente. Durante su carrera en la Agencia tendrán que vérselas con gente que cree poder adivinarlo todo desde arriba: son los que dicen que el satélite sabe todo y dice todo. No exactamente —prosiguió Clark—. Es posible engañar a los satélites, y es mucho más fácil de lo que sus seguidores admiten. Pero la gente también tiene sus debilidades y no hay nada mejor que mirarla a los ojos para averiguar algo. Lo lindo de trabajar con informantes es que hasta cuando les mientan estarán revelando parte de la verdad. Por ejemplo en este caso: Moscú, Kutuzovkiy Prospekt, 1981. Sacamos a un agente —vendrá a conocerlos la semana próxima— que estaba teniendo problemas con su jefe y...

Chávez se asomó por la puerta del fondo con un mensaje telefónico en la mano. Clark concluyó rápidamente el ejemplo y entregó la clase a su asistente.

—¿Qué pasa, Ding?

—Mary Pat nos quiere ya mismo en el DC, creo que para un SNIE.

—Apuesto que el tema es la República Islámica Unida.

—Ni que me hubiera leído la mente, Mr. C —observó Chávez—. Quieren que lleguemos a tiempo para comer. ¿Manejo yo?

Había cuatro barcos de preposicionamiento marítimo en Diego García. Eran relativamente nuevos, construidos para ser garajes flotantes para vehículos militares. Un tercio de esos vehículos eran tanques, artillería móvil y carros de ataque. El resto eran vehículos cargados con toda clase de cosas, desde armas a raciones de agua. Los barcos estaban pintados de gris —el color de la Armada— pero ostentaban bandas coloreadas alrededor de las chimeneas para indicar que formaban parte de la Reserva Nacional de Defensa (NDRF), y eran tripulados por marinos mercantes cuyo trabajo era mantenerlos. No era una tarea extremadamente difícil: cada tres meses encendían los grandes motores diesel y navegaban varias horas por los alrededores

para asegurarse de que todo funcionaba bien. Esa noche recibieron el mensaje de aumentar su estado de alerta.

Los tripulantes de la sala de máquinas bajaron de a uno y empezaron a encender los motores. Verificaron las cantidades de combustible con los registros anteriores y realizaron algunas pruebas para asegurarse de que el barco estuviera listo para navegar. Probar los motores no era nada anormal. Pero probar todo al mismo tiempo sí lo fue, especialmente porque el conjunto de monstruosos motores produjo una florescencia térmica evidente para los detectores infrarrojos, particularmente de noche.

Treinta minutos después el peculiar acontecimiento llamó la atención de Sergey Golovko quien, como todos los jefes de inteligencia del mundo, reunió un equipo de expertos para discutirlo.

—¿Dónde están los norteamericanos? —preguntó en primer término. Estados Unidos amaba repartir gente por todos los mares del mundo.

—Ayer dejaron el atolón, rumbo al este.

—¿Se retiraron del Golfo Pérsico?

—Correcto. Tienen prácticas programadas con Australia. Se denominan SOUTHERN CUP. No tenemos información de que hayan sido canceladas.

—¿Entonces por qué ejercitan sus tropas?

El analista hizo un gesto obvio.

—Podría tratarse de un mero ejercicio, pero los acontecimientos del Golfo Pérsico sugieren otra cosa.

—¿Sabemos algo de Washington? —preguntó Golovko.

—Nuestro amigo Ryan sigue remontando los rápidos políticos —reportó el director del sector político norteamericano—. Bastante mal.

—¿Sobrevivirá?

—Nuestro embajador cree que sí, y los residentes coinciden con él, pero ninguno cree que tenga el toro por las astas. Es un enredo clásico. Estados Unidos siempre se ha enorgullecido de sus “civilizadas” transiciones de poder gubernamental, pero las leyes norteamericanas no anticiparon hechos como los que estamos viendo. Ryan no puede actuar decisivamente contra su enemigo político...

—Lo que está haciendo Kealty es traición al Estado —observó Golovko. La pena para ese crimen siempre había sido muy severa en Rusia. La frase en sí misma bastaba para bajar la temperatura de una habitación.

—Sin tener en cuenta la ley norteamericana, mis expertos legales aseguran que el asunto es muy confuso y que no habrá un ganador claro. En ese caso Ryan seguirá al mando debido a su posición... fue el que llegó primero.

Golovko asintió con expresión descontenta. *Octubre Rojo* y el tema Gerasimov jamás habrían debido hacerse públicos. Su gobierno y él se habían enterado del último caso y sólo sospechado el primero. En el asunto del submarino la seguridad norteamericana había sido espectacular... entonces *ésa* era la carta que había jugado Ryan para

hacer desertar a Kolya. Tenía que ser. Todo cobraba sentido con el tiempo y la distancia. Había sido una jugada brillante, debía admitirlo. Excepto por una cosa: también se había hecho pública en Rusia y a raíz de eso tenía prohibido contactar a Ryan directamente hasta que se determinara el costo diplomático. Los norteamericanos estaban haciendo algo. Todavía no sabía qué, y en vez de llamar para preguntar y tal vez obtener una respuesta sincera, tendría que esperar las especulaciones de sus oficiales de campo. El problema estaba en el daño causado al gobierno norteamericano y en el hábito personal de Ryan, aprendido en la CIA, de trabajar con poca gente en lugar de dirigir todo el aparato burocrático como si de una orquesta sinfónica se tratara. El instinto le decía que Ryan cooperaría, que confiaría en sus ex enemigos con miras al interés colectivo. Pero ese traidor de Kealty había logrado —¡quién más habría podido contarle esas historias a la prensa!— crear un impasse político. ¡Política!

Tenía que haber una razón para que encendieran los motores de esos barcos. Ryan estaba haciendo algo o pensando en hacer algo y, en vez de preguntar, en vez de cooperar con un aliado, tendría que convertirse nuevamente en un espía que trabaja contra otro espía. Bueno, no tenía opción.

—Quiero que se forme un equipo especial de estudio para el Golfo Pérsico. Juntemos todo lo que tenemos, lo más rápido posible. Estados Unidos tendrá que reaccionar de algún modo ante la situación. Primero debemos determinar qué está pasando. Segundo, qué sabe Estados Unidos. Tercero, qué hará Estados Unidos. Pongan al tanto al general G.I. Bondarenko. Acaba de estar con los militares norteamericanos.

—Inmediatamente, camarada director —replicó su asistente principal en nombre de todos. ¡Por lo menos eso no había cambiado!

Las condiciones climáticas eran excelentes, pensó. Ni demasiado frío, ni demasiado calor. El Javits Center daba al río y debido a esa proximidad había cierta humedad, lo que también era bueno. Una vez en el interior no tendría que preocuparse por los rayos ultravioletas. En cuanto al resto, la teoría de lo que estaba haciendo no le incumbía: lo habían instruido convenientemente y haría lo que le habían ordenado. Si funcionaba o no... bueno, eso estaba en manos de Alá, ¿no? El viajero bajó del taxi y entró al Javits Center.

Nunca había estado en un edificio tan amplio y se sintió un poco desorientado después de recibir su insignia de visitante y el programa de actividades con un mapa del interior. Con eso venía un índice que le permitió localizar las diferentes exhibiciones. Con una sonrisa muda decidió que tenía muchas horas por delante para lograr su objetivo y que pasaría un buen rato mirando autos.

Había montones de autos, resplandecientes como joyas, algunos colocados sobre plataformas giratorias para los perezosos, muchos con mujeres despampanantes que hacían gestos como si uno fuera a mantener relaciones sexuales... con los autos, aunque algunas de las mujeres eran bastante accesibles, pensó, mirando sus caras con picardía

oculta. Sabía que Estados Unidos fabricaba millones de autos, casi de todos colores y diseños... pero verlos era otra cosa. Todo le pareció un desperdicio... Después de todo, ¿qué era un auto, sino un medio para trasladarse de un lugar a otro? Y con el uso se estropeaban y ensuciaban y la exhibición era esencialmente una mentira porque los mostraba así, resplandecientes, y el resplandor desaparecería en menos tiempo del que se tardaba en conducir uno desde allí hasta la propia casa... incluso en Estados Unidos, tal como había podido comprobarlo en su breve trayecto desde el hotel.

Aun así era una experiencia placentera. Pero no podía conectarla con aquello que tan bien conocía: un callejón lleno de pequeñas tiendas atendidas por mercaderes para quienes regatear era tan importante como respirar. No, Estados Unidos era diferente. Aquí prostituían a las mujeres para vender cosas a un precio predeterminado. No era que personalmente estuviera en contra de la prostitución; el viajero era soltero y tenía sus deseos carnales como cualquier mortal, pero proclamarlos de esa manera era un ataque contra la modestia puritana de su cultura. Por eso, aunque no podía apartar los ojos de las mujeres tendidas en los automóviles, lo alegraba que ninguna de ellas hubiera nacido en Oriente.

Todas las marcas y diseños. Había varios Cadillac en el sector de General Motors. Ford tenía un sector propio para todos sus productos. Caminó un poco por la sección Chrysler y luego se dirigió a las fábricas extranjeras. Advirtió que el público evitaba la sección japonesa —indudablemente debido al conflicto reciente entre Japón y Estados Unidos—, a pesar de los carteles que proclamaban ¡FABRICADO EN NORTEAMÉRICA POR NORTEAMERICANOS! en letras de tres metros de altura para los pocos que parecían interesarse. Toyota, Nissan y el resto tendrían seguramente un mal año, igual que el deportivo Cressida, independientemente de dónde se fabricaran. Se podía adivinar por la ausencia de gente en el área. Su interés en los automóviles asiáticos se evaporó. No, no era el lugar propicio, decidió.

Vio que los autos europeos sacaban provecho del infortunio japones. Los Mercedes atraían grandes multitudes, especialmente un nuevo modelo del automóvil deportivo, el más costoso de la fábrica, pintado de un negro tan brillante que reflejaba las luces del centro de exhibiciones como un pedazo del despejado cielo del desierto. Durante el recorrido, el viajero recogió un folleto del representante de cada fábrica que guardó parsimoniosamente en su bolso de mano... como los demás visitantes. Encontró un puesto de comida y se sentó a comer algo... salchichas para más datos. No lo preocupó si eran de cerdo o no. Después de todo, Estados Unidos no era un país islámico y él no tenía por qué ocuparse de esas cosas. Pasó bastante tiempo mirando vehículos para todo terreno, preguntándose si sobrevivirían a los primitivos caminos del Líbano e Irán y decidiendo que sí, probablemente. Uno de los modelos se basaba en un vehículo militar que ya había visto. De haber podido comprar alguno, hubiera elegido ése, amplio y poderoso. Consiguió todo el paquete publicitario del modelo y se apoyó contra un poste para leerlo. Los autos deportivos eran para los tontos. Éste sí

que era grandioso. Qué pena que jamás podría comprarlo. Miró su reloj. Eran las seis de la tarde. Cada vez se acumulaban más visitantes. Habían salido de sus trabajos y dedicaban la noche para gozar de sus fantasías. Perfecto.

Prestó atención al aire acondicionado. Hubiera sido mejor colocar la lata en el sistema mismo, pero también lo habían instruido al respecto. Gracias a una epidemia ocurrida en Filadelfia varios años atrás los norteamericanos habían aprendido a mantener limpios los sistemas: solían usar clorina para tratar el agua condensada que humedecía el aire circulante y la clorina mataría el virus con tanta seguridad como una bala mataría a un hombre. Levantó la vista del colorido folleto publicitario y vio los inmensos acondicionadores circulares. Emitían aire frío que, al ser calentado por los cuerpos, ascendía y reingresaba al sistema para enfriarse... y desinfectarse hasta cierto punto. Tendría que elegir un lugar donde la circulación del aire fuera su aliada, no su enemiga. Empezó a pensar dónde, parado frente a un automóvil con cara de comprador interesado. Siguió caminando, parándose debajo de los acondicionadores, sintiendo la brisa refrescante sobre su piel, evaluándolos en silencio y buscando el sitio adecuado para dejar la lata. El último paso era igualmente importante. El período de rociado duraría alrededor de quince segundos. Se escucharía un sonido sibilante —que probablemente se perdería en el bullicio— y habría un poco de niebla. La nube se volvería invisible en pocos segundos. Las partículas eran muy pequeñas y, al tener la misma densidad del aire, formarían parte de la atmósfera ambiente y se propagarían durante treinta minutos aproximadamente, tal vez más, según la eficacia de los sistemas acondicionadores del centro. Quería exponer al virus a la mayor cantidad de gente posible. Volvió a recorrer el lugar con ese pensamiento en mente.

También era útil que, por grande que fuera la exhibición de automóviles, no llenara el Javits Center. Los stands estaban formados por bloques separados y tenían detrás grandes pedazos de tela, como estandartes verticales, cuyo único propósito era evitar que se vieran los sectores vacíos del edificio. No había ninguna clase de vallas y era posible dar la vuelta completa a un stand. Vio algunos grupos reunidos detrás de los stands y personal de seguridad circulando. Nada más. El personal de mantenimiento era un problema potencial. No le gustaría que recogieran su lata antes de que terminara de vaciarse. Pero esa gente tenía sus rutinas, ¿no? Sólo era cuestión de observar sus movimientos. Por supuesto. Entonces, ¿cuál es el mejor lugar? pensó. La exhibición permanecería abierta varias horas más. Quería escoger el lugar y el momento perfectos, pero le habían aconsejado que no se preocupara demasiado por eso. Siguió el consejo al pie de la letra. Lo importante era pasar inadvertido. Ésa era su misión primordial.

La entrada principal es... ésa. La gente entraba y salía por el mismo lado del edificio. Había salidas de emergencia en todas partes, todas adecuadamente señalizadas, pero con alarmas. Observó que el sistema había sido diseñado para mover el aire desde adentro hacia la periferia... y que todos tenían que entrar y salir por el mismo lugar...

¿cómo aprovecharlo? Vio las puertas de los baños, con su tránsito humano habitual... Demasiado peligroso: alguien podía ver la lata y tirarla al tacho de basura. Caminó hacia el otro lado, tropezando con la gente, hasta llegar nuevamente al sector de General Motors. Un poco más allá estaban Mercedes y BMW. Había muchísima gente en los tres sectores... más la que los acondicionadores contaminarían en la puerta de entrada y salida. Las telas verdes bloqueaban la visión de la pared, pero quedaba un poco de espacio debajo. Un área abierta... parcialmente fuera de la vista del público. Lo había encontrado por fin. Sería allí. Se alejó mirando el reloj y los horarios de la exhibición. Guardó el programa en el bolso y al mismo tiempo abrió el cierre del equipo de afeitar. Recorrió el lugar por última vez, buscando otro sitio adecuado. Encontró uno, pero no tan bueno como el primero. Observó atentamente a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estuviera siguiendo. No, nadie sabía que estaba allí, y no anunciaría su presencia ni su misión con una descarga de AK-47 ni con el estallido de una granada de mano. Había más de una manera de ser terrorista, y lamentaba no haberlo sabido antes. Hubiera disfrutado muchísimo colocando una lata como ésa en un cine de Jerusalén... pero no, ya tendría tiempo de hacerlo, tal vez, en cuanto destruyeran al enemigo principal de su cultura. Ahora sí los miró a las caras: rebaños de malditos norteamericanos llenos de odio, hacia él y hacia su pueblo. Moviéndose tontamente de un lado a otro, sin propósito, como ovejas. Había llegado el momento.

El viajero se deslizó detrás de un stand, extrajo la lata y la apoyó de costado sobre el piso de concreto. El peso le permitiría girar hasta la posición correcta y así, de costado, sería más difícil de ver. Una vez hecho eso, puso en marcha la cuenta regresiva y empezó a caminar hacia el área de exhibición para salir del edificio. Cinco minutos después estaba en un taxi rumbo a su hotel. Antes de que llegara al hotel, la válvula fue liberada y la lata vació su contenido en el aire durante quince segundos. El ruido se perdió en la cacofonía de la multitud. La nube de vapor se dispersó antes de que nadie pudiera verla.

En Atlanta fue la Exhibición Náutica Primavera. Aproximadamente la mitad de los presentes tenía el firme propósito de comprar un bote, ese año o el próximo. El resto sólo soñaba con hacerlo. Que sigan soñando, pensó el viajero al salir.

En Orlando fue una exhibición de vehículos de recreo. Particularmente fácil. El viajero miró debajo de una Winnebago, como si quisiera revisar el chasis, dejó su lata allí, y salió.

En Chicago fue el McCormick Center, una exhibición de equipamientos para el hogar, un amplio salón lleno de toda clase de muebles y accesorios y mujeres que anhelaban tenerlos.

En Houston fue una de las exhibiciones de caballos más importantes de Estados Unidos. Lo asombró ver que había muchos caballos árabes. El viajero musitó una plegaria para que la enfermedad no afectara a esas nobles criaturas, tan amadas por Alá.

En Phoenix fue una exhibición de equipos de golf, juego que el viajero desconocía por completo, aunque había obtenido gratis varios kilos de literatura sobre el tema que devoraría en el vuelo de regreso al Hemisferio Oriental. Antes de salir, escondió la lata en una bolsa de golf vacía.

En San Francisco fue una exhibición de computadoras, la más concurrida del día. Más de veinte mil personas habían asistido al Moscone Convention Center. Eran tantos que el viajero temió no poder salir a los jardines antes de que la lata vaciara su mortífero contenido. Pero lo logró y volvió a su hotel caminando cuesta arriba. Misión cumplida.

La tienda de alfombras estaba cerrando cuando llegó Aref Raman. El señor Alahad cerró la puerta del frente y apagó las luces.

—¿Cuáles son mis instrucciones?

—No harás nada sin órdenes directas, pero es importante saber si eres capaz de completar tu misión.

—¿Acaso no está claro? —preguntó Raman, bastante irritado—. ¿Por qué cree...?

—Recibo órdenes —se disculpó Alahad.

—Soy capaz. Estoy listo —aseguró el asesino. Hacía años que había tomado la decisión, pero era bueno decirlo en voz alta, a otro, aquí, ahora.

—Se te hará saber en el momento adecuado. Será pronto.

—La situación política...

—Somos conscientes de eso y confiamos en tu devoción. Vete en paz, Aref. Están ocurriendo grandes cosas. No sé cuáles pero sé que están en camino. Y en el momento propicio tu acto será la coronación de la Sagrada Jihad. Mahmoud Haji te envía sus saludos.

—Gracias —Raman inclinó la cabeza ante la distante pero poderosa bendición. Había pasado mucho tiempo desde que había escuchado la voz del religioso por televisión. En aquel momento había tenido que volver la cabeza para evitar que los demás vieran su reacción.

—Ha sido duro para ti —dijo Alahad.

—Lo ha sido —Raman asintió.

—Pronto todo habrá terminado, mi joven amigo. Ven atrás conmigo. ¿Tienes tiempo?

—Tengo.

—Es hora de rezar.

Período de gracia

—No soy especialista en la región —objetó Clark. Ya había estado antes en Irán.

Ed Foley no estaba dispuesto a aceptar esa respuesta.

—Conoces el terreno —le espetó—. ¿Acaso no eras tú el que siempre decía que no hay nada mejor que un par de manos sucias y una buena nariz?

—Algo así les estuvo diciendo esta tarde a los chicos de la Granja —comentó Ding mirándolo de soslayo—. Bueno, en realidad habló de leer entrelíneas a la gente mirándola a los ojos, pero es lo mismo. Buen ojo, buen olfato, buenos sentidos. —Él no había estado en Irán y ellos no mandarían a Mr. C solo, ¿no?

—Estás adentro, John —dijo Mary Pat Foley y, dado que MP era DDO, así era—. El secretario Adler viajará pronto. Quiero que Ding y tú vayan como SPO. Maténganlo con vida y husmeen un poco la situación. Nada de agentes encubiertos. Quiero que vean qué dice la calle. Eso es todo, simple reconocimiento rápido—. Eso era lo que solían hacer los reporteros de la CNN, pero Mary Pat quería que un agente experimentado tomara el pulso a la ciudad y... una orden siempre era una orden.

Si algo había de malo en ser un buen oficial de entrenamiento era que la gente que uno entrenaba obtenía rápidos ascensos y recordaba las lecciones recibidas... Peor aún, también recordaba al que se las había enseñado. Clark recordaba a los Foley tomando sus clases en la Granja. Desde el principio ella había sido el "cowboy" —bueno, la "cowgirl"— de la pareja, dueña de un instinto brillante, un fantástico dominio del idioma y la cultura rusos y el peculiarísimo don de leer las intenciones ajenas mejor que cualquier psiquiatra... aunque un poco temeraria y demasiado confiada en que su papel de rubia estúpida y presumida bastaría para salvarla. A Ed le faltaba pasión pero tenía la capacidad de formular el denominado Cuadro General y la mayoría de las veces presentaba una visión sensata de la totalidad del problema. Ninguno de los dos era perfecto. Juntos eran imbatibles y John se sentía orgulloso de haberles enseñado. Bueno, no siempre.

—De acuerdo. ¿Tenemos algunas ventajas in situ?

—Nada útil. Adler quiere ver personalmente a Daryaei para decirle cuáles son las reglas. Estarán acuartelados en la embajada francesa. El viaje será secreto. Abordarán un VC-20 a París y transporte francés a partir de allí. Tendrán que entrar y salir en un abrir y cerrar

de ojos —les dijo Mary Pat—. Pero quiero que pasen una o dos horas merodeando para sentir qué dice la calle, averiguar el precio del pan, ver cómo se viste la gente, ya saben.

—Y todos tendremos pasaportes diplomáticos para que nadie nos moleste —agregó John airadamente—. Sí, ya lo escuché antes. Lo mismo pasó en la embajada en 1979, ¿recuerdan?

—Adler es el secretario de Estado —le recordó Ed.

—Creo que ellos lo saben —replicó. Deliberadamente omitió decir: *Y también saben que es judío.*

El vuelo a Barstow, California, era el usual comienzo de la práctica. Una flota de ómnibus y camiones se acercó a los aviones y las tropas bajaron las escaleras para el corto viaje al NTC. El general Diggs y el coronel Hamm observaban desde su helicóptero la formación de los soldados. El grupo, una brigada reforzada, provenía de la Guardia Nacional de Carolina del Norte. Era infrecuente que la Guardia fuera a Fort Irwin y supuestamente esa brigada era muy especial. Carolina del Norte siempre había contado con la bendición de importantes senadores y diputados —bueno, hasta hacía poco— y por eso sus militares tenían los equipos más modernos. Por otra parte, se pavoneaban como auténticos soldados y hacía más de un año que sus oficiales se preparaban para ese entrenamiento. Hasta se las habían ingeniado para conseguir combustible adicional para entrenar unas semanas extra. Los oficiales hicieron formar a sus hombres en filas regulares antes de entrar al transporte. Diggs y Hamm los observaban desde un cuarto de milla de distancia.

—Parecen orgullosos, jefe —observó Hamm.

Oyeron un grito lejano: la compañía de tanques le había asegurado a su capitán que estaba lista para patear algunos traseros. Los del noticiero aprovecharon para inmortalizar el acontecimiento.

—*Son orgullosos* —dijo el general—. Los soldados deben ser orgullosos, coronel.

—Pero se olvida de algo, señor.

—¿De qué, Al?

—*Beeeee* —el coronel Hamm baló largamente, mordiéndose su cigarro—. Corderitos para la carnicería. —Cruzaron una mirada. La primera misión de la FuOp era terminar con ese orgullo. El Blackhorse jamás había perdido más de un simulacro de combate frente a una formación regular... y eso muy pocas veces. Hamm no estaba dispuesto a cambiar la tradición. Dos batallones de tanques Abrams, otro de Bradleys, otro de artillería, un regimiento de caballería y un batallón de apoyo contra sus tres escuadrones de la Fuerza Opositora. Realmente no era justo. Para los visitantes.

Casi habían terminado. Lo más molesto había sido mezclar el AmFo, tarea que resultó ser un buen ejercicio muscular para los Montañeses. Primero que nada, averiguaron en un libro las proporcio-

nes adecuadas de fertilizante (un compuesto químico con base amoniacal) y combustible. Les resultó divertido que a las plantas les gustara comer un explosivo mortal. El impelente utilizado en artillería también tenía base amoniacal. Debido a eso, después de la Primera Guerra Mundial, una planta química alemana de fertilizantes había explotado y destruido los pueblos vecinos. El agregado de combustible se debía en parte a la necesidad de proveer un elemento adicional de energía química, pero principalmente actuaba como agente humidificante destinado a propagar la onda de impacto interna dentro de la masa explosiva y acelerar la detonación. Habían utilizado una enorme bañera para la mezcla y un remo de canoa para agitar la masa hasta lograr la consistencia adecuada (eso también lo habían sacado del libro). El resultado fue una sustancia de aspecto barroso a la que fueron dando forma de ladrillos.

Adentro del tambor del camión mezclador todo era sucio, maloliente y un poquito peligroso. Hacían turnos para el relleno. La compuerta de acceso, diseñada para admitir cemento semi-líquido, apenas superaba los tres metros de diámetro. Holbrook había llevado un ventilador eléctrico para mandar aire fresco al tambor, porque las emanaciones de la mezcla AmFo eran desagradables y posiblemente peligrosas... les provocaban jaquecas, advertencia suficiente. Habían trabajado más de una semana, pero el tambor quedó casi lleno —a tres cuartos de su capacidad— cuando colocaron el último ladrillo. Como las capas de ladrillos eran bastante desiguales rellenaron los espacios vacíos con una mezcla líquida que transportaron en baldes.

—Creo que ya está, Pete —dijo Ernie Brown—. Nos quedan aproximadamente otras cien libras, pero...

—No tenemos dónde meterlas —acotó Holbrook, saliendo del tambor. Bajó por la escalera y salió al jardín a tomar un poco de aire fresco en compañía de su amigo. Se sentaron a descansar—. Maldición, ¡me alegra que hayamos terminado!

—Qué te parece —Brown se limpió la cara con la manga y respiró hondo. Le dolía tanto la cabeza que temía que se le cayera la cara. Ahora permanecerían afuera largo rato, hasta que esas malditas emanaciones dejaran en paz a sus pulmones.

—Esto tiene que ser malo para nosotros —dijo Pete.

—Seguramente será malísimo para alguien. Buena idea la de las balas —agregó. Adentro había dos tambores de petróleo llenos de balas. Probablemente fueran demasiadas. Tanto mejor.

—¿De qué sirve una galleta sin un poco de mermelada? —preguntó Holbrook.

—¡Taradito! —Brown rió tan fuerte que casi se cayó de la silla—. ¡Ay, Dios, cómo me duele la cabeza!

La aprobación de la cooperación francesa para la reunión llegó notablemente rápido. Francia tenía intereses diplomáticos en todos los países que bordeaban el Golfo, conectados con toda clase de relacio-

nes comerciales desde tanques a productos farmacéuticos. Las tropas francesas enviadas a la Guerra del Golfo Pérsico habían terminado combatiendo contra productos franceses, cosa para nada inusual. La aprobación de la misión fue comunicada al embajador norteamericano a las nueve de la mañana. El embajador envió un télex a Foggy Bottom cinco minutos después, télex que fue transmitido al secretario Adler antes de que se levantara de la cama. Posteriormente se realizaron otras notificaciones. La primera de todas fue al Ala 89 de Transporte Militar Especial en la Base Andrews de la Fuerza Aérea.

Hacer salir discretamente de la ciudad al secretario de Estado nunca había sido tarea fácil. La gente tendía a notar la ausencia en puestos de esa magnitud y por eso se informó que Adler había viajado a tratar distintos temas con aliados europeos.

—¿Sí? —dijo Clark, atendiendo el teléfono en el Marriott más próximo a Langley.

—Se saldrá hoy —dijo una voz.

Parpadeó varias veces. Sacudió la cabeza.

—Bárbaro. Está bien, estoy listo. —Se dio vuelta en la cama para dormir un poco más. Al menos no tendría que recibir instrucciones. Vigilar a Adler, recorrer las calles y volver a casa. No habría riesgos mayores en cuanto a seguridad. Si los iraníes —todavía no se acostumbraba a llamarlos RIU-níes o lo que fuera— intentaban algo, dos hombres con sendas pistolas no podrían hacer nada...

—¿Nos vamos? —preguntó Chávez desde la otra cama.

—Sí.

—*Bueno.*

Daryaei miró el reloj de su escritorio. Restó ocho, nueve, diez y once horas y comenzó a preguntarse si algo habría salido mal. Pensar dos veces era la ruina para gente como él. Uno tomaba las decisiones, ejecutaba la acción y después, invariablemente, se preocupaba... a pesar de todos los planes e ideas previos. No existía un camino regio al triunfo. Había que correr riesgos, hecho jamás apreciado por aquellos que sólo *pensaban* qué era ser jefe de Estado.

No, nada había salido mal. Había recibido al embajador francés, un infiel muy agradable que hablaba el idioma local tan bellamente que Daryaei pensó en sugerirle la lectura de algunos poetas iraníes. Un hombre educado, siempre cortés y deferente, que había mediado con habilidad de casamentero, escondiendo tras una sonrisa esperanzada los deseos de su propio gobierno. Los norteamericanos no habrían formulado el pedido de haber sabido algo sobre la gente de Badrayn y su misión. No, en ese caso la reunión se hubiera llevado a cabo en territorio neutral —Suiza siempre era una posibilidad—, a fin de mantener un contacto informal pero directo. En este caso pensaban enviar a su mismísimo ministro del Exterior a un país enemigo... ¡Y para colmo un judío! *Contacto amistoso, intercambio amistoso de opiniones, ofrecimiento amistoso de relaciones amistosas* había dicho el francés, esperando indudablemente que, si el encuentro salía bien,

Francia fuera recordada como el país que había estimulado y cimentado una nueva amistad —bueno, quizá sólo una “relación”— y, si el encuentro salía mal, se recordara que Francia había *intentado* mediar honestamente. Si Daryaei hubiera sabido algo de ballet, habría utilizado esa imagen para describir el papel jugado por los franceses.

Malditos sean los franceses, siempre, pensó. *Si ese Martel no hubiera detenido a Abd-ar-Rahman en el 732 en Poitiers, el mundo entero sería...* pero ni siquiera Alá podía cambiar la historia. Rahman había perdido esa batalla porque sus hombres se habían vuelto codiciosos, apartándose de la pureza de la Fe. Expuestos a las riquezas de Occidente, habían dejado de pelear y empezado a saquear, dándole a las fuerzas de Martel la oportunidad de recuperarse y contraatacar. Sí, era una lección que debía ser recordada. Siempre habría tiempo para saquear. Pero primero era menester ganar la batalla. Primero había que destruir a las fuerzas enemigas y *luego* llegaría el momento de apoderarse de todo lo que se quisiera.

Fue de su despacho a la habitación vecina. De la pared colgaba un mapa de su nuevo país y sus vecinos. Frente al mapa había un cómodo sillón. Daryaei se sentó. Los mapas suelen provocar lamentables confusiones. Daryaei no fue la excepción. Las distancias se acortaban. Todo parecía tan cerca, mucho más después de haber perdido tanto tiempo en su vida. Lo suficientemente cerca para llegar a apoderarse. Ya nada podría andar mal. Todo estaba demasiado cerca.

Salir fue más fácil que entrar. Como la mayoría de los países occidentales, a Estados Unidos lo preocupaba más lo que la gente podía ingresar que lo que podía retirar del país... y con toda la razón del mundo, pensó el primer viajero, mientras revisaban su pasaporte en el JFK. Eran las 7.05 y el vuelo 1 de Air France, un Concorde supersónico, estaba esperando para llevarlo parte del recorrido a casa. Tenía una vasta colección de folletos sobre automóviles y había pasado varias horas elaborando una batería de respuestas precisas en caso de que alguien le preguntara algo, pero no, no hubo preguntas. Abandonaba el país y todo estaba bien. Su pasaporte fue debidamente sellado. Al agente de aduana ni siquiera le interesó saber por qué se iba al día siguiente de haber llegado. Los viajeros de negocios eran viajeros de negocios.

En el salón de primera clase de Air France servían café, pero el viajero no aceptó su pocillo. Estaba casi exhausto. Recién ahora le temblaba el cuerpo. Era asombroso lo fácil que había sido todo. El informe de Badrayn había previsto que sería fácil pero él no lo había creído del todo, acostumbrado como estaba a vérselas con los incontables soldados y armas de la seguridad israelí. Por fin comenzaba a menguar la tensión que había experimentado. La noche anterior había dormido mal en el hotel, pero ahora dormiría todo el viaje. De regreso en Teherán, se le reiría a Badrayn en la cara y pediría más misiones como ésa. Al pasar junto al mostrador vio una botella de champagne y se sirvió una copa. El alcohol lo embotaba un poco y era contrario a su

religión, pero era la manera occidental de celebrar... y él tenía mucho que celebrar. Veinte minutos después entró al Concorde con el resto de los pasajeros. Ahora su única preocupación era el malestar propio de los viajes largos. ¡El vuelo despegaría a las ocho en punto y llegaría a París a las 17.45! Pasaría del desayuno a la cena sin la comida del mediodía. Bueno, tal era el milagro de los viajes modernos.

Llegaron por separado a la Base Andrews, Adler en su automóvil oficial y Clark y Chávez en el automóvil del hispano. El secretario de Estado entró directamente pero los agentes de la CIA tuvieron que mostrar su identificación, obteniendo al menos un saludo cordial del guardia armado.

—Realmente no le gusta el lugar, ¿no? —preguntó Chávez.

—Bueno, Domingo, hace un tiempo, mientras tú te dedicabas a aceitar las ruedas de tu bicicleta, yo era agente doble en Teherán y aullaba “¡Muerte a Estados Unidos!” con la multitud mientras nuestra gente era paseada por las calles con los ojos vendados por un grupete de muchachones enloquecidos y armados hasta los dientes. Durante un tiempo temí que los fusilaran contra un paredón. Conocía al jefe de la estación. Demonios, lo reconocí. Estaba entre ellos. —Se recordaba parado entre la multitud, a menos de cincuenta yardas, sin poder hacer nada...

—¿Qué estaba haciendo allí?

—La primera vez un reconocimiento rápido para la Agencia. La segunda vez iba a formar parte de la misión de rescate que terminó patas para arriba en Desert One. Aquella vez todos lo atribuimos a la mala suerte, pero esa operación de veras me asustó. Probablemente fue mejor que fracasara —concluyó Clark—. Por lo menos logramos rescatarlos con vida.

—Malos recuerdos, entonces. ¿No le gusta el lugar?

John se encogió de hombros.

—No. Jamás pude descifrarlos. Entiendo a los sauditas... y me gustan mucho. Una vez roto el caparazón se hacen amigos para siempre. Ciertas actitudes tuyas pueden resultarnos un poco graciosas, pero están bien. Cosas de película antigua: sentido del honor, hospitalidad, etcétera —prosiguió—. En cualquier caso, he tenido experiencias maravillosas allí. No puedo decir lo mismo del otro lado del Golfo—. Ding estacionó el auto. Ambos estaban recogiendo sus valijas cuando una sargento se acercó a recibirlos.

—Vamos a París, sargen —dijo Clark, volviendo a mostrar su identificación.

—Acompáñenme, por favor. —Los guió a la terminal VIP. El edificio de una planta había sido despejado para recibir a personajes más distinguidos. Scott Adler estaba repantigado en uno de los sillones, releyendo algunos informes.

—¿Señor secretario?

Adler levantó la vista.

—Permítanme adivinar... Sí, usted es Clark y usted es... Chávez.

—Tal vez tenga futuro en inteligencia criminal —John sonrió. Intercambiaron los consabidos apretones de mano.

—Buen día, señor —dijo Chávez.

—Foley dice que, con usted, mi vida está en buenas manos —afirmó el secretario, cerrando su libreta de informes.

—Exagera —Clark se alejó unos pasos para probar un pastelito. ¿Serían los nervios? se preguntaba. Ed y Mary Pat tenían razón. Sería una operación de rutina, entrar y salir. Hola, ¿cómo estás?, come tu propia mierda y muérete, hasta la vista. Y había estado en lugares más calientes que Teherán entre 1979 y 1980... no muchos, pero algunos. Frunció el ceño al morder el pastel. Algo había despertado en él esa vieja sensación que le erizaba la piel. Se dio vuelta.

—También dicen que está en el equipo de SNIE y que debo prestar atención a todo lo que me diga —prosiguió Adler. Al menos parecía relajado, observó Clark.

—Los Foley y yo nos conocemos hace mucho tiempo —explicó John.

—¿Estuvo antes en Irán?

—Sí, señor secretario —Clark tardó dos minutos en dar una explicación que Adler escuchó muy atentamente.

—Yo también —comentó después—. Fui uno de los que los canadienses sacaron de contrabando. Aparecieron justo una semana antes. Yo estaba afuera cuando tomaron la embajada. Me perdí toda la diversión —concluyó—. Gracias a Dios.

—¿Entonces conoce un poco el país?

Adler negó con la cabeza.

—No, realmente no. Conozco algunas palabras del idioma. Justamente había ido a aprenderlo in situ, pero no resultó y me dediqué a otras áreas. Me gustaría estar más al tanto de su experiencia, John.

—Haré lo que pueda, señor —prometió Clark. Un joven capitán se acercó a informarles que el vuelo estaba listo. Un sargento retiró el equipaje de Adler.

Los agentes de la CIA recogieron sus valijas. Adentro llevaban, además de dos mudas de ropas, sus armas de cinto —John prefería la Smith & Wesson y a Ding le gustaba la Beretta .40— y cámaras compactas. Uno nunca sabía cuándo vería algo útil.

Alguien había filtrado información a Tom Donner y John Plumber. Tenía que ser Kealty. La imagen que Holtzman tenía de Kealty era exactamente opuesta a la que tenía de Ryan. Pensaba que las ideas políticas de Kealty eran buenas, progresistas y sensatas. Sólo que era un inútil. En otra época se hubiera pasado por alto su condición de mujeriego. De hecho, la carrera política de Kealty atravesaba ambas épocas, la pasada y la presente. Washington estaba lleno de mujeres atraídas por el poder como las abejas por la miel —o las moscas por otra cosa—, y los hombres se aprovechaban de ellas. Esas mujeres solían abandonar la ciudad más sabias y más tristes... una vez legalizado el aborto, las consecuencias más permanentes se convirtie-

ron en cosa del pasado. Los políticos eran por naturaleza tan encantadores que los *bomboncitos* —eufemismo casi tan viejo como el mundo— se marchaban con una sonrisa satisfecha, sin darse cuenta de que las habían usado. Pero algunas se sentían heridas, y Kealty había herido a varias. Incluso una de ellas se había suicidado. La esposa de Bob, Libby Holtzman, había investigado esa historia, en su momento desplazada por el torbellino del brevísimo conflicto con Japón. En el ínterin los medios decidieron colectivamente que esa historia ya era Historia y Kealty recuperó su imagen pública. Hasta los grupos de mujeres habían comparado su conducta personal con sus ideas políticas y decidido que las últimas importaban más que la primera. Holtzman se había sentido ofendido por aquello. La gente debía tener *algunos* principios, ¿verdad?

Pero así era Washington.

Kealty había accedido a Donner y Plumber, probablemente entre la entrevista grabada por la mañana y el noticiero en vivo de la noche. Y eso significaba que...

—¡Oh, mierda! —suspiró Holtzman. Acababa de prendérsele la lamparita.

¡Ésa sí que era una noticia! Más aún, fascinaría a su editor. Donner había dicho en vivo que la grabación se había estropeado. *Tenía que ser mentira*. Un periodista le había mentado públicamente a su audiencia. No había demasiadas reglas en el negocio del periodismo y la mayoría eran cosas amorfas que podían ser esquivadas o pasadas por alto. Pero esa no. Los medios impresos y televisivos no se llevaban demasiado bien. Competían por el mismo público y el *inferior* estaba ganando. ¿*El inferior*? Por supuesto. La televisión era pura espuma y aunque una imagen podía hablar más que mil palabras, era innegable que las seleccionaban con criterio de entretenimiento y no de información. La televisión era la chica que uno mira por la calle. Los diarios y revistas eran la chica con la que uno se casa y tiene hijos.

¿Pero cómo probarlo?

¿Qué pasaría con Plumber? Holtzman lo conocía y respetaba. Plumber había llegado a la televisión en otro momento, cuando la industria intentaba ganar respetabilidad y contrataba periodistas experimentados basándose en sus reputaciones y no en su aspecto. Plumber tenía que saber. Y probablemente no le habría gustado.

Ryan no podía *no* ver al embajador colombiano. Éste era un diplomático de carrera de origen aristocrático, imaculadamente vestido para su encuentro con el jefe de Estado norteamericano. El apretón de manos fue fuerte y amable. Luego intercambiaron las cordialidades de rigor frente al fotógrafo oficial y por fin llegó el momento de hablar de negocios.

—Señor presidente —dijo el embajador—, mi gobierno me ha pedido que pregunte sobre ciertas noticias aparecidas recientemente en los medios.

Jack asintió cortésmente.

—¿Qué desea saber? —preguntó.

—Se dice que hace algunos años el gobierno de Estados Unidos pudo haber invadido mi país. Es una noticia perturbadora para nosotros, por no mencionar que implicaría la violación de leyes internacionales y de numerosos tratados entre nuestras dos democracias.

—Comprendo sus sentimientos al respecto. De estar en su posición sentiría lo mismo. Ahora, permítame decirle que mi administración no respaldará semejante acción bajo ninguna circunstancia. Tiene mi palabra y espero que se lo comunique a su gobierno —Ryan decidió servirle un poco de café a su visitante. Había aprendido que los pequeños gestos personales tenían muchísima injerencia en los intercambios diplomáticos, por razones que no llegaba a entender del todo pero que estaba dispuesto a aceptar si funcionaban. Esa vez la gentileza funcionó, aligerando la tensión del momento.

—Gracias —dijo el embajador, levantando su taza.

—Creo que es café de Colombia —acotó el presidente.

—Que, lamentablemente, no es nuestro más famoso producto de exportación —admitió Pedro Ochoa.

—No los culpo por eso —le espetó Jack.

—¿Cómo?

—Señor embajador, soy absolutamente consciente de que su país ha pagado un alto precio por los malos hábitos del mío. Cuando estaba en la CIA, sí, tuve acceso a toda clase de información concerniente al tráfico de drogas y a los efectos que causa en los países productores como el suyo. No participé en el inicio de ninguna actividad impropia en su país, pero sí analicé toda clase de información. Sé todo sobre los policías asesinados —mi padre era policía, como sabrá—, y también sobre los jueces y periodistas. Sé que Colombia ha luchado más que ningún otro país de la región para poder tener un gobierno verdaderamente democrático... y le diré algo más, señor embajador. Estoy avergonzado por algunas de las cosas que se han dicho en esta ciudad acerca de su país. El problema de la droga no empieza en Colombia, Ecuador o Perú. El problema de la droga comienza aquí, y ustedes son tan víctimas como nosotros... en realidad mucho más. El dinero norteamericano está envenenando a su país. No son ustedes los que nos lastiman. Nosotros los lastimamos a ustedes.

Ochoa había esperado muchas cosas de ese encuentro, menos ésa. Dejó la taza sobre la mesa y por el rabillo del ojo vio que estaban solos en el Despacho Oval. Los custodios se habían retirado en silencio. Ni siquiera había un secretario para tomar nota de lo que se decía. Era verdaderamente inusual. Además, Ryan acababa de admitir que lo que se decía era cierto... en parte cierto, en todo caso.

—Señor presidente —dijo en su perfecto inglés aprendido en casa y perfeccionado en Princeton—, no estamos acostumbrados a escuchar esta clase de discurso por parte de ustedes.

—Lo está escuchando ahora, señor. —Cruzaron una intensa mirada—. No estoy dispuesto a criticar a su país a menos que lo merezca y, basándome en lo que sé, no merece crítica alguna. Para disminuir el narcotráfico ante todo hay que atacar la demanda, y ésa será una

prioridad de esta administración. Estamos redactando leyes para castigar a los que usan drogas, no sólo a los que las venden. Cuando el Congreso haya sido plenamente restablecido presionaré a favor de esa legislación. También deseo crear un grupo informal de trabajo, compuesto por miembros de mi gobierno y el suyo, a fin de discutir la mejor manera de colaborar con ustedes... siempre con el debido respeto a la integridad nacional de su país. Estados Unidos no siempre ha sido un buen vecino. No puedo cambiar el pasado, pero sí puedo tratar de cambiar el futuro. Dígame, ¿su presidente aceptaría una invitación para discutir el tema personalmente? *Quiero estar preparado para toda esta locura.*

—Creo que considerará favorablemente esa invitación, con las debidas consideraciones de tiempo y otros compromisos, por supuesto.

—Lo que significaba: *¡Claro que sí!*

—Sí, señor, yo mismo estoy aprendiendo lo demandante que es la tarea presidencial. Tal vez —agregó con una sonrisa—, él pueda *dar-me* algunos consejos.

—Menos de los que cree. —El embajador Ochoa se preguntaba cómo explicaría esa reunión a su gobierno. Claramente le estaban ofreciendo un trato. Ryan estaba ofreciendo algo que en América del Sur sería considerado como una disculpa por algo que jamás sería admitido y cuya revelación sólo serviría para perjudicar a todos los involucrados. No obstante, no lo estaba haciendo por razones políticas, ¿no? ¿O sí?

—Con respecto a las leyes que mencionó, ¿qué se propone lograr, señor presidente?

—Lo estamos estudiando. Creo que la mayoría de la gente consume drogas porque es divertido... para escapar de la realidad o como quiera llamarlo. Nuestra información sugiere que por lo menos la mitad de las drogas vendidas en el país son consumidas por gente que busca divertirse y no por verdaderos adictos. Creo que deberíamos lograr que el uso de drogas dejara de resultar tan divertido, y con eso estoy aludiendo a penalizar de alguna manera todos los niveles de posesión e intoxicación. Obviamente, no tenemos lugar en las cárceles para todos los que usan drogas en Estados Unidos, pero sí tenemos un montón de calles para barrer. Creo que treinta días de barrer calles y recoger basura en áreas pobres, vistiendo el uniforme apropiado para la tarea, le quitaría bastante diversión a la cosa. ¿Usted es católico?

—Sí, igual que usted.

Ryan sonrió.

—Entonces sabe qué es la vergüenza. Lo aprendimos en la escuela, ¿verdad? Por el momento es sólo un punto de partida. Es necesario considerar los temas administrativos. La Justicia también está investigando algunas cuestiones constitucionales, pero parecen ser menos problemáticas de lo que esperaba. Quiero que esta ley salga antes de fin de año. Tengo tres hijos y el problema de las drogas en Estados Unidos me aterra a nivel personal. La nuestra no es la respuesta perfecta al problema. Los verdaderos adictos necesitan asistencia pro-

fesional y estamos estudiando diversos programas estatales y locales para ellos... pero, demonios, si podemos terminar con el uso esporádico —que se lleva la mitad del negocio— habremos hecho algo importante.

—Observaremos este proceso con enorme interés —prometió el embajador Ochoa. Si reducían los ingresos de los narcotraficantes, reducirían también sus posibilidades de comprar protección y su gobierno acaso podría hacer lo que tanto anhelaba, porque el poder económico de la droga era un cáncer político en el cuerpo de su país.

—Lamento las circunstancias que motivaron este encuentro, pero me alegra saber que tendremos una nueva oportunidad de discutir estos temas. Gracias, señor embajador, por ser tan franco. Quiero que sepa que siempre estoy abierto a intercambiar opiniones. Ante todo, quiero que usted y su gobierno sepan que tengo un gran respeto por la ley, respeto que no caduca en nuestras fronteras. Más allá de lo ocurrido en el pasado, propongo un nuevo comienzo y estoy dispuesto a respaldar mis palabras con acciones.

Ambos se pusieron de pie. Ryan volvió a estrecharle la mano y lo acompañó afuera. Pasaron unos minutos al borde del Rosedal, enfocados por las cámaras de televisión. La Oficina de Prensa de la Casa Blanca emitiría un comunicado sobre el afable encuentro entre ambos funcionarios y las fotos servirían para acreditar la información.

—Promete ser una hermosa primavera —dijo Ochoa, observando el cielo despejado y sintiendo la calidez de la brisa.

—Pero los veranos suelen ser muy penosos aquí. Dígame, ¿cómo son en Bogotá?

—Estamos a mucha altura. Nunca hace un calor terrible, pero el sol es un tormento. Este rosedal es muy bello. Mi esposa adora las flores. Se está haciendo famosa —dijo el embajador—. Ha desarrollado una nueva variedad de rosa. De algún modo mezcló rosas rojas con rosas amarillas y obtuvo una variedad de color dorado.

—¿Qué nombre le puso? —Lo único que sabía Ryan sobre rosas era que uno debía tener cuidado con las ramas, o tallos, o como demonios se llamara la parte que tenía espinas. Pero las cámaras seguían encendidas.

—“Alba Reciente”. Parece que todos los nombres buenos para rosas ya habían sido utilizados —acotó Ochoa con una sonrisa amistosa.

—¿Tal vez podría enviarnos algunas para nuestro rosedal?

—María se sentirá muy honrada, señor presidente.

—Entonces hemos llegado a más de un acuerdo, señor. —Otro apretón de manos.

Ochoa también conocía el juego. Dedicó a las cámaras la más amistosa de sus sonrisas diplomáticas, pero la calidez de su apretón de manos era genuina.

—Espero que ésta sea el “Alba Reciente”... de un nuevo día para todos nosotros, señor presidente.

—Tiene mi palabra. —Se despidieron. Ryan volvió al Ala Oeste. Arnie lo estaba esperando junto a la puerta.

—Estás aprendiendo. Realmente estás aprendiendo —observó complacido su jefe de staff.

—Esta vez fue fácil, Arnie. Hace tiempo que venimos jodiendo a los colombianos. Lo único que hice fue decir la verdad. Quiero que esa ley salga rápido. ¿Cuándo estará listo el proyecto?

—Dentro de un par de semanas. Se armará un escándalo —advirtió Van Damm.

—Me importa un bledo —replicó el presidente—. ¿No te parece bien intentar algo que tal vez funcione en vez de gastar tanto dinero en apariencias? Hemos probado derribar aviones. Hemos probado asesinar. Hemos probado la interdicción. Hemos probado perseguir a los incentivadores. Hemos agotado todas las posibilidades y nada funcionó porque hay demasiado dinero en danza. ¿Qué pasaría si fuéramos directamente al origen del problema? Para cambiar un poco, digo. El problema se origina en el mismo lugar de donde sale el dinero.

—Sólo estoy diciéndote que será difícil.

—¿Acaso hay algo útil que no lo sea? —preguntó Ryan volviendo a su despacho. En vez de utilizar la puerta directa del pasillo entró a la sala de secretarios—. ¿Ellen? —dijo, indicando con un gesto el Despacho Oval.

—¿Lo estoy corrompiendo? —preguntó la señora Sumter, llevando sus cigarrillos bajo las semiocultas sonrisas de las otras damas presentes.

—Cathy podría pensar eso, pero no tiene por qué enterarse, ¿no? —En la santidad de su despacho, el presidente de Estados Unidos encendió un cigarrillo de mujer, celebrando con una adicción el ataque a otra... y, ah, casi lo olvidaba, el hecho de haber neutralizado un potencial terremoto diplomático.

Extrañamente, el último viajero salió de Estados Unidos por el Aeropuerto Internacional de Saint Paul, Minneapolis, en un vuelo de KLM. Badrayn tendría que sudar la gota gorda unas horas más. Por seguridad no habían llevado ni siquiera un número telefónico para anunciar el éxito de la misión, advertir el fracaso o dárselo a cualquiera que los arrestara... Era la mejor manera de evitar que algo más que sus propias palabras los vinculara a la RIU. En cambio, Badrayn tenía gente en todos los aeropuertos de salida. Si los viajeros eran visualmente reconocidos cuando abordaban sus vuelos, la noticia se transmitía mediante circuitos de llamadas realizadas anónimamente desde teléfonos públicos.

El regreso triunfal de los viajeros a Teherán daría comienzo a la siguiente operación. Sentado en su oficina, Badrayn no podía hacer otra cosa que mirar el reloj y preocuparse. Su computadora estaba conectada a la Red y acababa de echar un vistazo a la información más reciente. Nada importante. Ciertamente no habría nada importante hasta que los viajeros regresaran e hicieran sus informes individuales. Y ni siquiera entonces, a decir verdad. Pasarían tres o cuatro días, tal vez cinco, para que empezaran a saltar las líneas de correo electrónico al CDC. Entonces sí sabría.

Cara a cara

El vuelo resultó sumamente placentero. El VC-20B era más cómodo que un avión comercial y la tripulación de la Fuerza Aérea parecía bastante eficaz en lo suyo. El avión inició el descenso hacia la envolvente oscuridad de la noche europea y finalmente aterrizó en un aeropuerto militar en las afueras de París.

No hubo una ceremonia de recepción propiamente dicha, pero Adler era un funcionario de rango ministerial y debía ser recibido, aunque formara parte de una misión secreta. En este caso, un funcionario de alto nivel —un sirviente civil— avanzó en dirección al avión apenas se apagaron los motores. Adler lo reconoció incluso antes de bajar la escalera.

—¡Claude!

—Scott. ¡Te felicito por el ascenso, mi viejo amigo! —En deferencia a los gustos norteamericanos no hubo intercambio de besos.

Chávez y Clark echaron un vistazo al área en busca de peligros potenciales pero lo único que vieron fueron soldados franceses, o tal vez policías —a esa distancia era imposible distinguirlos—, parados en círculo, evidentemente armados. Los europeos sienten inclinación por mostrar sus ametralladoras, incluso en las calles. Probablemente el despliegue surtiera un efecto saludable sobre los delincuentes callejeros, pensaba John, pero resultaba un tanto excesivo. En todo caso, no habían esperado correr peligro en Francia y ciertamente sus expectativas se estaban cumpliendo. Adler y su amigo entraron en un vehículo oficial, Clark y Chávez en uno de la escolta. La tripulación de la nave tomaría un “merecido descanso”: así denominaban en la USAF a las conversaciones con sus colegas franceses.

—Pasaremos unos minutos en el salón hasta que su avión esté listo —explicó un coronel de la Fuerza Aérea francesa—. ¿Tal vez deseen refrescarse un poco?

—*Merci, mon commandant* —replicó Ding. Sí, pensó, los franceses saben hacerlo sentir cómodo a uno.

—Gracias por tu ayuda —le dijo Adler a su amigo. Habían sido FSO juntos, una vez en Moscú y otra en Pretoria. Ambos se habían especializado en misiones sensibles.

—No es nada, Scott. —Lo cual no era cierto, pero los diplomáticos hablan como diplomáticos hasta cuando no tienen necesidad de hacerlo. En cierta oportunidad Claude lo había ayudado a divorciarse a la francesa: hablando todo el tiempo como si se tratara de una negocia-

ción política. Con el tiempo aquel episodio se había convertido en una broma para los dos—. Nuestro embajador dice que será receptivo al acercamiento correcto.

—¿Y cuál podrá ser? —preguntó Scott Adler a su colega. Entraron a lo que parecía ser el club de oficiales de la base y un minuto después llegaron a un comedor privado donde los esperaba una garrafa de fino Beaujolais—. ¿Qué opinas de esto, Claude? ¿Qué quiere Daryaei?

Encogerse de hombros era parte del estilo francés, como el vino que Claude se apresuró a servirle. Brindaron. Ese vino era soberbio hasta para los estándares del servicio diplomático francés. Luego hablaron de negocios.

—No estamos seguros. No sabemos qué pensar de la muerte del premier turcomano.

—¿Y sí saben qué pensar de la muerte de...?

—No creo que nadie tenga dudas al respecto, Scott. Pero ése es un asunto de larga data, ¿no?

—No exactamente. —Otro trago—. Claude, sigues siendo la mayor autoridad en vinos que conozco. ¿En qué está pensando Daryaei?

—En muchas cosas probablemente. En sus problemas domésticos... ustedes los norteamericanos no son capaces de apreciarlos en toda su magnitud. El pueblo está inquieto, tal vez un poco menos ahora que ha conquistado Irak, pero el problema sigue latente. Sentimos que debe consolidarse antes de intentar otra cosa. También sentimos que el proceso puede resultar desastroso para él. Tenemos esperanzas, Scott. Tenemos la esperanza de que los aspectos extremos del régimen se moderen con el tiempo, tal vez dentro de poco. Deben moderarse, es forzoso. Ya no estamos en el siglo VIII, ni siquiera en esa región del mundo.

Adler lo consideró unos segundos y asintió.

—Espero que tengas razón. Ese tipo siempre me asustó.

—Todos los hombres son mortales. Tiene setenta y dos años y trabaja muy duramente. En todo caso lo estamos vigilando, ¿no? Si él se mueve, nosotros nos moveremos, juntos, como en el pasado. También hemos hablado con los sauditas al respecto. Están preocupados, pero no tanto. Nosotros igual. Te aconsejo mantener la mente abierta.

Claude podría tener razón, pensó Adler. Daryaei *era viejo* y consolidar el gobierno de un país de formación reciente no era exactamente una empresa trivial. Más aún, la mejor manera de derribar a un país hostil era —si uno tenía paciencia— ser amable con los bastardos. Un poco de comercio, algunos periodistas, un poco de CNN y un par de películas clase G... esas cosas podían obrar maravillas. Si uno tenía paciencia. Si uno tenía tiempo. Había muchísimos jóvenes iraníes en las universidades norteamericanas. Ése podría ser el medio más efectivo para provocar un importante cambio en la RIU. El único problema era que Daryaei también tendría que saberlo. Y allí estaba él, Scott Adler, secretario de Estado, puesto al que jamás había soñado aproximarse, mucho menos ocupar... y supuestamente debía saber qué hacer. Pero había leído suficiente historia diplomática.

—Escucharé lo que tenga para decir. No queremos hacer nuevos enemigos, Claude. Creo que lo sabes.

—*D'accord*. —Chocó su copa con la de Adler—. Desafortunadamente no encontrarás nada como esto en Teherán.

—Y dos es mi límite cuando estoy trabajando.

—La tripulación de tu vuelo es excelente —le aseguró Claude—. Trasladan a nuestros propios ministros.

—¿Acaso alguna vez me quejé de tu hospitalidad?

Clark y Chávez fueron agasajados solamente con Perrier, que obviamente sería más barata allí, pensaron ambos, aunque probablemente los limones fueran más caros.

—Entonces, ¿cómo andan las cosas en Washington? —preguntó un agente francés para matar el tiempo, o al menos así parecía.

—Raras. Es asombroso lo tranquilo que está el país. Tal vez ayude que falten tantos funcionarios todavía —replicó John, tratando de escabullirse.

—¿Y lo que se dice del presidente y sus aventuras?

—A mí me suena a película de Hollywood —dijo Ding, con mirada franca.

—¿Robar un submarino ruso? ¿Él solito? Maldición —se burló Clark—. Me pregunto a quién se le habrá ocurrido...

—Pero el espía ruso existe —objetó el francés—. Es él y salió por televisión.

—Sí. Bueno, apuesto a que le pagamos un montón de dinero para aparecer. Seguro.

—Y probablemente planea escribir un libro para ganar un poco más —rió Chávez—. Eh, *mon ami*, sólo somos abejas obreras, ¿entendido?

Clark miró a los ojos a su interrogador. Los ojos del francés se dilataron. Era un DGSE y con sólo verlos podía reconocer a los de la CIA.

—Entonces tenga cuidado con el néctar que encontrará en su próximo destino, mi joven amigo. Tal vez sea demasiado dulce. —Era como el comienzo de una partida de naipes. Probablemente una sola mano, y tal vez amistosa, pero había que jugarla.

—¿Qué quiere decir?

—El hombre que va a ver... es peligroso. Tiene el aspecto de alguien que ve lo que nosotros no vemos.

—¿Usted recorrió el país? —preguntó John.

—He viajado por el país, sí.

—¿Y? —preguntó Chávez.

—Y jamás he podido comprenderlos.

—Sí —Clark coincidió con él—. Sé de qué está hablando.

—Es un hombre interesante, su presidente —dijo el francés por pura curiosidad, algo bastante agradable de ver en los ojos de un oficial de inteligencia.

John lo miró directamente a los ojos y decidió agradecerle su advertencia, de profesional a profesional.

—Sí, lo es. Es uno de nosotros —le aseguró.

—¿Y lo que se dice por ahí?

—No puedo hablar —respondió con una sonrisa. *Por supuesto que es verdad. ¿Cree que los periodistas tienen la inteligencia necesaria para inventar esa clase de cosas?*

Los dos estaban pensando lo mismo y lo sabían, aunque ninguno podía decirlo en voz alta: *Es una pena que no podamos salir a cenar una noche para hablar de estas cosas.* Pero no, no era posible.

—Cuando regrese, lo invitaré a un trago.

—Cuando regrese, lo aceptaré gustoso.

Ding se limitaba a ver y escuchar. El viejo bastardo seguía siendo el mejor y todavía tenía mucho que aprender de él.

—Es lindo tener un amigo —dijo cinco minutos después, camino al avión.

—Mejor que un amigo, un profesional. Debes prestar atención a esa clase de gente, Domingo.

El avión era un Dassault Falcon 900B de aproximadamente nueve años, similar en tipo y funciones al VC-20B de la USAF. La tripulación de dos hombres estaba conformada por un par de oficiales de la Fuerza Aérea francesa, tal vez demasiado jerárquicos para ese “charter”. También había un par de azafatas absolutamente encantadoras. Por lo menos una de ellas era agente encubierta de la DGSE, supuso Clark. Tal vez ambas. Le gustaban los franceses, particularmente los de los servicios de inteligencia. Aunque Francia muchas veces resultaba ser un aliado bastante problemático, los franceses eran los mejores negociantes. Afortunadamente en ese caso, los aviones eran ruidosos y las conversaciones difíciles de interceptar. Tal vez eso explicara por qué las azafatas se acercaban cada quince minutos a preguntarles si necesitaban algo.

—¿Hay algo en especial que debemos saber? —preguntó John, después de declinar el último ofrecimiento con una sonrisa.

—No —replicó Adler—. Queremos ver al tipo cara a cara, saber qué está tramando. Mi amigo Claude dice que las cosas no son tan malas como parecen, y tal vez tenga razón. En lo esencial pienso transmitir el mensaje de siempre.

—Compórtese —dijo Chávez, con una sonrisa encantadora.

El secretario de Estado sonrió.

—En cierto sentido más diplomáticamente, pero sí. ¿Dónde estudió, señor Chávez?

A Clark le gustó esa pregunta.

—No querrá saber de dónde lo sacamos —dijo.

—Acabo de terminar mi tesis de maestría —respondió Chávez con orgullo—. Me graduaré en junio.

—¿Dónde?

—En la Universidad George Manson. Con el profesor Alpher. Ese nombre despertó el interés de Adler.

—¿En serio? Solía trabajar para mí. ¿Sobre qué es la tesis?
—Se titula “Una reflexión sobre sabiduría convencional: equívocas maniobras diplomáticas en la Europa de fin de siglo”.

—¿Alemanes y británicos?

Ding asintió.

—Principalmente, en especial las carreras navales.

—¿Y a qué conclusión llega?

—No pudieron reconocer las diferencias entre objetivos tácticos y estratégicos. Creían estar pensando “en el futuro” cuando en realidad estaban pensando “en el aquí y ahora”. Confundieron diplomacia con gobierno y terminaron en una guerra que acabó con el orden europeo y lo reemplazó por tejido cicatrizado. —Era notable cómo le cambiaba la voz a Ding cuando discutía su tesis, pensó Clark.

—¿Y usted es un SPO? —preguntó el secretario de Estado con cierto grado de incredulidad.

La sonrisa burlona y latina de Ding iluminó su rostro moreno.

—Solía serlo. Discúlpeme por no traer puesta la manopla, señor.

—¿Y por qué los mandó conmigo Ed Foley?

—Es culpa mía —dijo Clark—. Quieren que hagamos una breve recorrida por las calles y olfateemos un poco el ambiente.

—¿Culpa suya? —preguntó Scott.

—Yo los entrené —explicó John, breve explicación que cambió por completo el tono de la conversación.

—¡Ustedes son los que rescataron a Koga! Ustedes son los que...

—Sí, estuvimos allí —confirmó Chávez—. Fue divertidísimo.

El secretario de Estado pensó que debería ofenderse por haber sido acompañado por dos agentes secretos... Las observaciones del más joven sobre la manopla justificarían con creces su ofensa. Pero una maestría de George Manson...

—Son los mismos que enviaron aquel informe sobre Goto. También fue un buen trabajo. De hecho, fue excelente. —Se había estado preguntando qué harían esos dos en el equipo de SNIE para la situación de la RIU. Ya lo sabía.

—Pero nadie le prestó atención —señaló Chávez. Podría haber sido un factor decisivo en la guerra con Japón. Habían pasado momentos escabrosos en ese país, pero le habían servido para comprender que la diplomacia y el arte de gobernar no habían cambiado demasiado desde 1905. Eran como un viento fétido que no le hacía bien a nadie.

—Yo prestaré atención —prometió Adler—. Háganme saber los resultados de sus paseos, ¿de acuerdo?

—Claro. Supongo que tiene necesidad de saber cómo funcionan las cosas —observó John, enarcando una ceja.

Adler se dio vuelta e hizo señas a una azafata, la bella morena que Clark había identificado como agente encubierta. Era absolutamente encantadora y mortalmente hermosa, pero se movía un poco torpemente para ser azafata.

—¿Sí, monsieur ministro?

—¿Cuánto falta para aterrizar?

—Cuatro horas.
—Bueno. ¿Podría traernos un mazo de naipes y una botella de vino?
—Claro. —Se alejó para buscarlos.
—No deberíamos beber en horas de servicio, señor —dijo Chávez.
—Están fuera de servicio hasta que aterricemos —les dijo Adler—. Y me gustaría jugar a las cartas antes de entrar en una de esas sesiones. Es bueno para los nervios. ¿Aceptan una partida amistosa, caballeros?
—Bueno, señor secretario, si usted insiste —replicó John. Ahora todos harían su propia lectura de la misión—. ¿Póker, tal vez?

Todos sabían dónde estaba la línea. No había habido intercambio de comunicados oficiales —al menos entre Beijing y Taipei— pero igualmente se sabía y se comprendía perfectamente lo que pasaba, porque los uniformados tienden a ser prácticos y observadores. Los aviones de la República Popular China nunca se acercaban más de diez millas náuticas (quince kilómetros) a determinada línea nortesur, y los aviones de Taiwan, percibiendo esa actitud, mantenían la misma distancia de la misma línea invisible. A cada lado de la línea podían hacer lo que se les antojaba, parecer tan agresivos como se les ocurriera, gastar todas las municiones que pudieran solventar gracias a un sencillo acuerdo pactado mediante un mensaje radial táctico. Todo se hacía en nombre de la estabilidad. Jugar con armas cargadas siempre es peligroso, tanto para las naciones como para los niños, aunque es mucho más fácil disciplinar a estos últimos... ya que las primeras son demasiado grandes para aprender.

Estados Unidos había enviado cuatro submarinos al Estrecho de Formosa, por el momento posicionados sobre —debajo de— la línea invisible, que era el lugar más seguro para estar. Además, acababa de llegar un grupo de tres barcos al extremo norte del estrecho: el USS *Port Royal* y los cazatorpederos *The Sullivans* y *Chandler*, equipados con un total de 250 misiles SM2-MR. Ordinariamente debían proteger portaaviones de posibles ataques aéreos, pero “su” portaavión estaba en Pearl Harbor para un reemplazo de motores. *Port Royal* y *The Sullivans* —llamado así en homenaje a una familia de marineros barrida de esa misma embarcación en 1942— estaban equipados con poderosos radares SPY, ahora dedicados a vigilar la actividad aérea mientras los submarinos se encargaban del resto. *Chandler* llevaba a bordo un equipo especial ELINT para rastrear transmisiones de radio. Igual que el policía de la esquina, las naves no estaban allí para interferir con las prácticas de nadie sino para que todos supieran que La Ley andaba cerca, siempre de manera amistosa... y, en lo que a ellos concernía, las cosas no pasarían a mayores. Al menos ésa era la idea. Y si a alguien se le ocurría objetar la presencia de las naves norteamericanas, responderían que había libre acceso a los océanos y que por otra parte no estaban interfiriendo con nadie, ¿verdad? Nadie tenía por qué saber que formaban parte del plan de *alguien*. Pero lo que sucedió después los confundió a todos.

Amanecía en el aire —aunque no en la superficie— cuando cuatro aviones de combate de la RPCH despegaron del continente rumbo al este, seguidos por otros cuatro apenas cinco minutos después. Todas las aeronaves fueron rastreadas por los radares de los barcos norteamericanos. Se les asignaron números de rutina y el sistema de computadoras siguió sus progresos para satisfacción de los oficiales y hombres del CIC del *Port Royal*. Hasta que vieron que no volvían. Entonces, un teniente descolgó el teléfono y marcó un botón.

—¿Sí? —respondió una voz adormilada.

—Capitán, Combate, tenemos un vuelo de la RPCH, probablemente aviones de combate, a punto de cruzar la línea, orientación dosuno-cero, altura quince mil, curso cero-nueve-cero, velocidad quinientos. Seguido por otros cuatro con pocos minutos de diferencia.

—Voy para allá. —El capitán, parcialmente vestido, llegó al centro de información de combate dos minutos después. No alcanzó a ver cómo los aviones de China Popular violaban las reglas, pero escuchó decir a un oficial:

—Nuevo rastreo, cuatro o más aviones de combate en dirección oeste.

Para facilitar las cosas habían ordenado a la computadora asignar símbolos “enemigos” a los aviones del continente y símbolos “amistosos” a los taiwaneses. (De vez en cuando aparecían también algunos aviones norteamericanos, pero eran recolectores de inteligencia electrónica y generalmente estaban fuera del área de peligro.) El radar también estaba rastreando seis aviones comerciales, todos del lado este de la línea, intentando esquivar las áreas de “prácticas navales” previamente acordadas.

—Invasor Seis girando —reportó el marinero. Invasor Seis era el primer vuelo salido del continente. Mientras el capitán observaba, el vector de velocidad giró hacia el sur, iluminado por la flota de Taiwan.

—Reflectores encendidos —dijo el operador de la consola ESM—. Los taiwaneses están iluminando a Invasor Seis. Han activado los radares, modalidad localizadora.

—Tal vez por eso pegaron la vuelta —opinó el capitán.

—¿Se habrán perdido? —preguntó el oficial del CIC.

—Todavía está oscuro afuera. Tal vez se alejaron demasiado. —No sabían con qué equipos de navegación contaban los aviones de China comunista y conducir una aeronave de un solo asiento sobre el mar en plena noche requería excesiva precisión por parte del piloto.

—Más aviones rastreados, dirección este, probablemente Invasor Siete —reportó el operador de ESM. Invasor Siete era el segundo vuelo salido del continente.

—¿Registramos actividad electrónica de Invasor Seis? —preguntó el oficial del CIC.

—Negativo, señor. —Los aviones completaron el giro y avanzaron hacia el oeste, de vuelta a la línea, perseguidos por los F-16 taiwaneses. En ese punto las cosas cambiaron radicalmente.

—Invasor Siete girando, curso actual cero-nueve-siete.

—Eso los ubica sobre los F-16... y están encendiendo los reflecto-

res... —observó el teniente con un asomo de preocupación en la voz—. Invasor Siete está iluminando a los F-16, radares en modalidad localización.

Los F-16 de China nacionalista también giraron. Los más nuevos, de fabricación norteamericana y conducidos por pilotos de elite, comprendían sólo un tercio de la fuerza de combate taiwanesa y estaban cargando con el excesivo peso de cubrir y responder a las prácticas de vuelo de sus primos continentales. Habiendo permitido el regreso de Invasor Seis, necesariamente se interesaron por el vuelo posterior, todavía con rumbo este. La velocidad de cierre se mantenía en las mil millas por hora y ambos bandos habían activado los radares de sus misiles, apuntándose mutuamente. Eso se reconocía internacionalmente como un acto agresivo que debía ser evitado por la sencilla razón de ser el equivalente aéreo de apuntar un rifle a la cabeza de alguien.

—Ajá —dijo un oficial parado junto al ESM—. Señor, los radares de Invasor Siete han cambiado a modalidad localización.

En vez de simplemente rastrear los blancos, los sistemas estaban operando de la misma manera utilizada para guiar misiles aire-a-aire. Lo que hasta hace unos segundos era meramente agresivo acababa de tornarse abiertamente hostil.

Los F-16 se abrieron en dos pares —elementos— y empezaron a maniobrar libremente. Los aviones de combate de la RPCH hicieron otro tanto. El vuelo original de cuatro, Invasor Seis, cruzó la línea hacia el oeste, dirigiéndose aparentemente a una pista de aterrizaje.

—Oh, creo saber qué está pasando aquí, señor, mire cómo...

Una señal diminuta apareció en pantalla, salida de uno de los F-16 taiwaneses...

—Oh, mierda —dijo el marinero—. Tenemos un misil en el aire...

—Digamos que son dos —lo corrigió su jefe.

En lo alto, un par de misiles AIM-120 de fabricación norteamericana se dirigían a dos blancos diferentes.

—Pensaron que era un ataque. Oh, Dios santo —dijo el capitán, yendo hacia el equipo de comunicaciones—. ¡Comuníqueme ya mismo con CINCPAC!

No tardó demasiado. Uno de los aviones continentales desapareció de la pantalla. Prevenido, el otro maniobró bruscamente y logró esquivar el misil en el último segundo.

Luego regresó. El elemento sur de la RPCH también maniobró e Invasor Seis giró al norte, encendiendo sus radares. Diez segundos después otros seis misiles estaban en el aire rastreando sus blancos.

—¡Tenemos una batalla entre manos! —dijo el oficial de vigilancia. El capitán levantó el teléfono:

—¡Puente, Combate, cuarteles generales, cuarteles generales! —Aferró el micrófono TBS para alertar a los capitanes de los otros dos barcos, ambos a diez millas de distancia al este y al oeste de su nave, mientras la alarma empezaba a sonar en el USS *Port Royal*.

—Lo tengo —reportó *The Sullivans* desde alta mar.

—Yo también —afirmó el *Chandler*, más próximo a la isla.
—¡Es una matanza! —Otro avión de China comunista fue alcanzado e inició el abrupto descenso a la todavía oscura superficie. Cinco segundos después murió un F-16. En el ínterin llegaron más tripulantes al CIC y ocuparon sus estaciones de combate.

—Capitán, Invasor Seis sólo estaba tratando de simular...

—Sí, ya me doy cuenta, pero tenemos un descarrilamiento entre manos.

Y entonces, predeciblemente, se desbandó un misil. Eran tan pequeños que el radar Aegis tenía dificultades para rastrearlos, pero uno de los técnicos aumentó el poder lanzando seis millones de watts de energía RF al área de “práctica”. La imagen se aclaró.

—¡Dios Santo! —dijo el oficial, señalando el despliegue táctico principal—. ¡Mire allí, capitán!

Fue instantáneamente obvio. Alguien había liberado lo que probablemente era un misil localizador infrarrojo y el blanco más caliente de la zona era un Air China Airbus 310 con dos enormes turbofanos General Electric CF6 —los mismos motores básicos que movían a los tres barcos de guerra norteamericanos—, que sería como el sol para su único ojo rojo.

—¡Prevéngalos, Albertson! —gritó el capitán.

—Air China Seis-Seis-Seis, aquí un barco de guerra norteamericano, un misil los persigue desde el noroeste, repito, maniobren inmediatamente, ¡un misil los persigue desde el noroeste!

—¿Cómo, cómo? —El avión giró a la izquierda e inició el descenso, maniobra que, de todos modos, no serviría para nada.

El vector de velocidad del misil jamás se aparta del blanco. Los norteamericanos tenían la esperanza de que estallara en el aire y se desintegrara, pero el misil avanzaba a velocidad máxima y el vuelo de Air China había empezado a disminuir la velocidad para iniciar el descenso. Al apuntar hacia abajo la nariz del avión, el piloto simplemente le facilitó las cosas al misil.

—Es un avión grande —dijo el capitán.

—Sólo tiene dos motores, señor —observó el oficial de armas.

—Hay señal —dijo el operador del radar.

—Maldita sea —suspiró el capitán, anhelando desaparecer. En la pantalla, la señal del 310 se triplicó en tamaño y activó el código de emergencia.

—Emite Mayday, señor —dijo el operador de radio—. Air China vuelo triple seis, Mayday... daños en los motores y las alas... posible incendio a bordo.

—Aproximadamente cincuenta millas afuera —dijo el oficial—. Están intentando un acercamiento directo a Taipei.

—Capitán, todas las estaciones están listas. Condición Uno en marcha en toda la nave —dijo el oficial de vigilancia.

—Muy bien. —Tenía los ojos clavados en las tres pantallas de los radares. El tema de los aviones de combate había terminado de manera tan intempestiva como había comenzado, con tres aviones derribados, otro posiblemente dañado, y ambos bandos retirándose a lamerse

las heridas y a pensar qué demonios había ocurrido. Una flota de aviones de combate bordeaba la costa del lado taiwanés.

—¡Capitán! —el grito provenía de la consola ESM—. Parece que hubieran activado todos los radares de todas las embarcaciones. Los estamos clasificando.

Pero eso no tenía importancia, y el capitán lo sabía. Lo que importaba ahora era que el Airbus 310 estaba aminorando la velocidad y descendiendo, según la imagen de la pantalla.

—Operaciones CINCPAC, señor —avisó el operador de radio.

—Aquí *Port Royal* —dijo el capitán, levantando el receptor de la conexión radial satelital—. Acabamos de presenciar una pequeña batalla aérea aquí... un misil se escapó y aparentemente atacó a una aerolínea que cubría el trayecto Hong Kong-Taipei. Todavía está en el aire pero parece tener problemas. Fueron derribados dos MiG de China comunista y un F-16 taiwanés y tal vez haya otro F-16 dañado.

—¿Quién empezó? —preguntó el oficial de vigilancia.

—Creemos que el primer misil fue disparado por pilotos taiwaneses. Pudo haber sido una provocación. —Explicó brevemente la maniobra—. Enviaré la información de nuestros radares en cuanto pueda.

—Muy bien. Gracias, capitán. Se lo comunicaré al jefe. Por favor manténganos informados.

—Lo haré. —Cortó la comunicación y ordenó—: Envíen inmediatamente a Pearl una grabación de la batalla.

—Sí, señor.

El Air China 666 todavía volaba en dirección a la costa, pero el rastreo del radar lo mostraba serpenteando y avanzando en línea recta hacia Taipei. El equipo ELINT a bordo del *Chandler* estaba escuchando el tráfico radial. El idioma internacional de la aviación es el inglés y el piloto al mando del avión dañado hablaba rápida y claramente, pidiendo procedimientos de emergencia mientras luchaba por salvar la nave ayudado por su copiloto. Sólo ellos conocían la magnitud real del problema. Todos los demás eran simples espectadores, limitados a rogar que pudieran controlarla otros quince minutos.

El mensaje llegó en un abrir y cerrar de ojos. El nexo de comunicaciones era la oficina del almirante David Seaton sobre la colina que daba a Pearl Harbor. El oficial superior de comunicaciones informó al comandante en jefe del teatro de operaciones, quien enseguida le ordenó enviar un breve mensaje CRITIC a Washington. Seaton ordenó además un mensaje de alerta a los siete barcos de guerra norteamericanos posicionados en el área —principalmente submarinos—. Acto seguido, envió mensajes a todos los norteamericanos que estaban “observando” la práctica en diversos puestos militares en Taiwan. Estos últimos tardarían en llegar. Todavía no había embajada norteamericana en Taipei y por consiguiente no tenían agregados ni personal de la CIA que pudiera acercarse al aeropuerto para comprobar si el avión había aterrizado a salvo o no. Debía limitarse a esperar e intentar

anticiparse a las preguntas que empezarían a llegar desde Washington... para las cuales todavía no tenía respuesta.

—¿Sí? —dijo Ryan, atendiendo el teléfono.

—El Dr. Goodley para usted, señor.

—Está bien, pásame la comunicación. —Pausa—. ¿Qué pasa, Ben?

—Problemas en la costa de Taiwan, señor presidente. Podría ser malo. —El asesor de Seguridad Nacional no tardó demasiado en explicarle lo ocurrido. No sabía tanto.

Podría decirse que lo más excepcional era la eficacia del sistema de comunicaciones. El Airbus todavía estaba en el aire y el presidente de Estados Unidos ya sabía que había un problema... pero nada más.

—Está bien, manténganme informado —Ryan miró el escritorio que estaba a punto de abandonar—. Oh, diablos. —Era tan placentero el poder de la presidencia. Se enteraba al instante de cosas en las que no podía intervenir en lo más mínimo. ¿Habría norteamericanos en el avión? ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué demonios estaba pasando?

Podría haber sido peor. Daryaei volvió al avión después de haber estado menos de cuatro horas en Bagdad, haber tratado los problemas más concisamente que de costumbre, y haber comprobado con cierto grado de satisfacción el miedo que infundía en los corazones de aquellos que se atrevían a molestarlo por minucias y trivialidades. Su acidez estomacal contribuía a la amarga expresión de su rostro. Apenas abordó el avión hizo señas a la azafata para que la tripulación se pusiera en movimiento... Chasqueó los dedos de manera inconfundible, gesto que para muchos significaba *que le corten la cabeza*. Treinta segundos después se encendieron los motores.

—¿Dónde aprendió a jugar? —preguntó Adler.

—En la Armada, señor secretario —respondió Clark, juntando el pozo. Había ganado más de cien dólares, pero lo importante no era el dinero sino los principios. Le había ganado al secretario de Estado.

—Siempre creí que los marineros hacían trampa.

—Eso dicen algunos —Clark sonrió complacido, apilando los billetes.

—Mírele las manos —aconsejó Chávez.

—Le *estoy mirando* las manos. —La azafata se acercó a servirles el resto del vino. No habían llegado a beber dos vasos llenos cada uno, sólo para matar el tiempo—. Discúlpeme, ¿cuánto falta para llegar?

—Menos de una hora, monsieur ministro.

—Gracias —Adler le dedicó su mejor sonrisa.

—Usted es mano, señor secretario —dijo Clark.

Chávez miró sus cartas. Un par de ases. Buen comienzo. Arrojó diez dólares al centro de la mesa después de la apuesta de Adler.

El Airbus 310 de fabricación europea había perdido el motor derecho por obra del misil, pero eso no era todo. El detector de calor había ingresado por el costado derecho e impactado contra el enorme turbofan GE y los fragmentos desprendidos habían dañado los paneles del ala. Algunos fragmentos cayeron en un tanque de combustible —por suerte, casi vacío— ocasionando un pequeño incendio que aterró a los que llegaban a verlo por las ventanillas. Pero eso no era lo peor. Ese fuego no podría dañar a nadie y afortunadamente el tanque de combustible no había explotado, como hubiera sucedido de haber sido alcanzado diez minutos antes. Lo terrible eran los daños sufridos por los controles de superficie del avión.

Los dos pilotos tenían mucha experiencia, como todos los pilotos de vuelos internacionales. El Airbus podía volar bien con un solo motor, gracias a Dios, y el motor izquierdo no había sufrido daño alguno. El copiloto cerró el lado izquierdo de la nave y pulsó los controles manuales del elaborado sistema de apagado de incendios. Pocos segundos después, las alarmas de incendios dejaron de sonar y el copiloto volvió a respirar.

—Daños en el elevador —reportó el piloto, accionando los controles sin obtener respuesta.

Tampoco era un problema que pudiera resolver la tripulación. El Airbus volaba vía software de computadora, mediante un programa ejecutivo que recibía datos directamente del mecanismo interno de la nave y de los movimientos de control de los pilotos, los analizaba, y luego realizaba la maniobra conveniente. Pero los ingenieros de software no habían previsto daños de batalla al diseñar el avión. El programa advirtió la pérdida traumática del motor y decidió que se debía a una explosión del motor mismo... porque eso era lo único que le habían enseñado a pensar. Las computadoras a bordo evaluaron los daños y el funcionamiento de los controles y se adecuaron a la nueva situación.

—Veinte millas —reportó el copiloto. El piloto se aclaró la garganta y las computadoras —había siete a bordo— decidieron disminuir el poder del motor. El avión estaba liviano por haber consumido la mayor parte del combustible. Tenían la energía exacta que necesitaban. La altura era lo suficientemente baja y la despresurización no sería un problema. Podrían gobernarlo. Podrían manejar la situación. Se les acercó un avión de combate para comprobar los daños. El piloto trató de llamarlos por la frecuencia de guardia, pero recibió la orden de hacerse a un lado en airado mandarín.

El piloto del avión de combate vio que el Airbus estaba perdiendo partes e intentó reportarlo, pero fue rechazado con un desplante.

—Diez millas. —La velocidad era inferior a los doscientos nudos. Intentaron bajar los alerones, pero los de la derecha no respondían y las computadoras, advirtiendo esto, no permitieron que bajaran los de la izquierda. El aterrizaje tendría que ser rápido. Los pilotos frunció el ceño, maldijeron y emprendieron la difícil empresa.

—Adelante —ordenó el piloto. El copiloto accionó las palancas y las ruedas salieron y se colocaron en su lugar, lo que mereció un

suspiro de alivio por parte de ambos. No podían saber que las gomas del lado derecho estaban dañadas.

Ya podían ver la pista de aterrizaje y las luces intermitentes de los equipos de emergencia. La velocidad normal de descenso era de 135 nudos. Ellos se acercaban a 195. El piloto sabía que necesitaría todo el espacio disponible y tocó tierra a doscientos metros del borde de la pista.

El Airbus golpeó con fuerza contra la pista y empezó a carretear, pero no por mucho tiempo. Las gomas del lado derecho tardaron apenas tres segundos en perder presión y un segundo después la estructura metálica de las ruedas empezó a cavar un surco en el concreto. Los hombres y las computadoras trataron de mantener un curso recto, pero no funcionó. El 310 se ladeó hacia la izquierda. Por un segundo pareció que seguiría avanzando sobre el pasto, pero el extremo de un ala se partió y el avión empezó a darse vuelta. El fuselaje se partió en tres. Hubo una llamarada al desprenderse el ala izquierda... Gracias a Dios la parte anterior del fuselaje permaneció intacta, igual que la parte posterior, pero el sector del medio quedó atrapado por el incendio del combustible y todos los esfuerzos de los bomberos no lograron evitarlo. Después se determinaría que 127 personas habían muerto asfixiadas. Otras 104 escaparon con heridas de diverso grado, incluyendo la tripulación del avión. En menos de una hora la televisión transmitiría las imágenes y el incidente internacional sería noticia en todo el mundo.

Clark sintió un ligero escalofrío cuando el avión aterrizó. Al mirar por la ventanilla sintió cierta familiaridad, pero admitió que probablemente fuera imaginaria y además, todos los aeropuertos internacionales son iguales en la oscuridad.

—Bueno, ya llegamos —dijo Ding, bostezando. Llevaba puestos dos relojes, uno con la hora local y otro con la hora de Washington, y con la ayuda de ambos intentaba decidir qué hora era para su cuerpo. Miró hacia afuera con toda la curiosidad de un turista y sufrió la habitual decepción. Por lo que podía ver, era igual a Denver.

—Perdón —dijo la bella azafata—. Nos han ordenado permanecer en el avión hasta que otro sea desalojado primero.

—¿Qué nos hacen unos minutos más? —preguntó el secretario de Estado, tan cansado como el resto de los presentes.

Chávez miró por la ventanilla.

—Allí, debe haber llegado antes que nosotros.

—Apague las luces de la cabina, por favor —pidió Clark. Luego señaló a su socio.

—¿Por qué...? —Clark hizo callar a Adler con un gesto. La azafata apagó las luces. Ding sacó su cámara fotográfica.

—¿Qué pasa? —preguntó Adler en voz baja cuando las luces se apagaron.

—Hay un G justo enfrente de nosotros —replicó John, observando atentamente—. No hay muchos de esa clase y se dirige a una terminal segura. Veamos si podemos ver quién es, ¿de acuerdo?

Los agentes secretos siempre actúan como agentes secretos, y Adler lo sabía. No puso reparos. Los diplomáticos también recogían información y si lograban saber quién tenía acceso a un transporte oficial tan costoso también sabrían algo sobre las jerarquías internas del gobierno de la RIU. En pocos segundos un desfile de automóviles se acercó al Gulfstream estacionado a cincuenta metros de ellos en la rampa de la Fuerza Aérea iraní... o RIUní.

—Alguien importante —acotó Ding.

—¿Qué rollo cargaste?

—1200 ASAS, Mr. C. —replicó Chávez, ajustando el diafragma. Todo el avión cabía en el cuadro. Empezó a tomar fotos.

—Ah —Adler fue el primero en abrir la boca—. Bueno, no tenemos por qué asombrarnos.

—Es Daryaei, ¿no? —preguntó Clark.

—Sí, es nuestro amigo —confirmó Adler.

Al oír eso, Chávez tomó una secuencia rápida de diez fotos: Daryaei saliendo del avión, Daryaei recibido por algunos colegas que lo abrazaban como a un tío reencontrado después de mucho tiempo, Daryaei entrando al auto. Los vehículos partieron. Chávez tomó una última foto y guardó la cámara. Tuvieron que esperar otros cinco minutos para bajar del avión.

—¿Quieren saber qué hora es? —preguntó Chávez, yendo hacia la puerta.

—Probablemente no —decidió Clark—. Supongo que tendremos algunas horas para reponernos antes de la reunión.

Al pie de la escalera los esperaba el embajador de Francia, escoltado por su custodia personal y diez custodios locales. Viajarían a la embajada francesa en dos automóviles, escoltados por cuatro vehículos iraníes. Adler entró con el embajador al primero. Clark y Chávez se metieron en el segundo. En el asiento de adelante viajaban el conductor y otro hombre. Serían agentes encubiertos, seguramente.

—Bienvenidos a Teherán, amigos —dijo el acompañante.

—*Merci* —replicó Ding, bostezando.

—Lamento que hayan tenido que madrugar tanto —agregó Clark. El del volante debía ser el jefe de estación. Los que habían hablado con Ding y él en París habrían telefoneado para avisarle que no daban el tipo de los agentes de seguridad del Departamento de Estado.

El francés confirmó sus sospechas.

—Me han dicho que no es la primera vez que visita este país.

—¿Hace cuánto que está aquí? —preguntó John.

—Dos años. El auto es seguro —agregó, queriendo decir que probablemente no estuviera interceptado.

—Tenemos un mensaje de Washington para usted —le dijo el embajador a Adler en el auto principal. Luego le informó todo lo que sabía sobre el incidente del Airbus en Taipei—. Temo que tendrá mucho trabajo al volver a su país.

—¡Dios santo! —se quejó el secretario—. Justo lo que necesitábamos. ¿Se conoce alguna reacción?

—Todavía nada, que yo sepa. Pero en pocas horas la habrá. Está

programado para ver al ayatollah Daryaei a las diez treinta, de modo que tendrá tiempo de dormir. Su vuelo de regreso a París saldrá exactamente después de almorzar. Le proporcionaremos toda la asistencia que crea necesaria.

—Gracias, señor embajador —Adler estaba demasiado cansado para explayarse.

—¿Se sabe por qué pasó? —preguntó Chávez en el otro automóvil.

—Sólo sabemos lo que dice nuestro gobierno. Evidentemente hubo un enfrentamiento sobre el estrecho de Taiwan y un misil atacó un blanco no proyectado.

—¿Hubo víctimas? —preguntó Clark.

—Todavía no se sabe —dijo el jefe de estación local.

—Es bastante difícil derribar un avión sin matar a nadie —Ding cerró los ojos anticipando la mullida cama de la embajada.

La misma noticia fue recibida por Daryaei a la misma hora. Como de costumbre, sorprendió a sus colegas religiosos con su rostro impasible. Mahmoud Haji había decidido mucho tiempo atrás que la gente que no sabía nada tampoco interfería demasiado.

La calidad de la hospitalidad francesa no menguaba... ni siquiera transplantada a un lugar que no podría haber sido más diferente de la Ciudad Luz. Tres soldados uniformados recogieron las valijas de los norteamericanos y un hombre de librea los acompañó a sus habitaciones. Las camas estaban tendidas y había agua helada sobre las mesas de noche. Chávez chequeó por enésima vez sus relojes, gruñó... y cayó desmayado sobre la mullida cama. En cuanto a Clark... el sueño tardó en llegar. La última vez que había mirado una embajada en esa ciudad... ¿*Qué demonios era?* se preguntó impaciente. ¿Qué demonios era lo que lo perturbaba tanto?

El almirante Jackson se encargó de transmitir el informe y pasar el video.

—Esto fue lo que recibimos de *Port Royal*. Tenemos un video similar de *The Sullivans* pero, como no hay mayores diferencias entre ambos, nos atendremos a éste —informó a todos los presentes en la Sala de Situaciones. Tenía un puntero de madera y empezó a desplazarse frente a la enorme pantalla televisiva.

—Ésta es una flota de cuatro aviones de combate, probablemente Jianjiji Hongzhaji-7... nosotros los llamamos B-7 por razones obvias. Dos motores y dos asientos, capacidades y funciones similares a las del viejo Phantom F-4. El vuelo sale del continente y se aleja demasiado. Había un pacto tácito y una línea límite en el área que ninguno había violado, hasta hoy. Ésta es otra flota, probablemente formada por la misma clase de aviones y...

—¿No está seguro? —preguntó Ben Goodley.

—Hemos identificado las naves por sus emisiones de radar. Un radar no puede identificar directamente un avión por tipo —explicó Robby—. Los tipos se deducen por lo que hacen o por las señales electrónicas de los equipos, ¿correcto? Prosigo. El grupo líder avanza en dirección este y cruza la línea invisible aquí. —Movié el puntero—. Aquí hay un grupo de cuatro F-16 taiwaneses con todos los chiches. Ven que el grupo líder de la RPCH se acerca demasiado y lo persiguen. El grupo líder gira hacia el oeste. Poco después, exactamente... ahora —señaló con el puntero—, el segundo grupo activa sus radares, pero en vez de rastrear a su propio grupo líder, busca localizar a los F-16.

—¿Qué estás diciendo, Rob? —preguntó el presidente.

—Que aparentemente el grupo líder estaba simulando un ataque contra el continente y el segundo grupo, se supone, debía defenderse del ataque simulado. Superficialmente parece una práctica estándar de entrenamiento. Sin embargo, el segundo grupo iluminó a los aviones equivocados y, cuando cambiaron sus radares a modalidad ataque, los pilotos taiwaneses pensaron que iba a atacarlos y lanzaron algunos misiles.. ¡Zap! Justo... aquí, el B-7 se traga un Slammer, pero este otro consigue esquivarlo —realmente fue muy afortunado— y dispara a su vez otro misil. Entonces todos empiezan a disparar. Este F-16 esquiva uno pero se mete en el camino de otro... miren aquí, el piloto es expulsado, creemos que sobrevivió. Pero este elemento lanza cuatro misiles, y uno de los cuatro ataca la aerolínea. Chequeamos el alcance y comprobamos que supera en dos millas la capacidad que atribuíamos al misil. Cuando el misil alcanza su blanco todos los aviones han regresado a sus bases: los de China comunista probablemente por falta de combustible y los taiwaneses porque se quedaron sin misiles. Fue un episodio confuso por parte de ambos.

—¿Quiere decir que fue un error? —preguntó Tony Bretano.

—Así parece, excepto por una cosa...

—¿Porque llevaron misiles a la práctica? —sugirió Ryan.

—Casi casi, señor presidente. Los pilotos taiwaneses llevaban misiles blancos porque consideran que la práctica de China comunista es en sí misma una amenaza...

—¿Blancos? —Otra vez Bretano.

—Perdón, señor secretario. Los misiles blancos son armas de guerra. Los misiles de práctica usualmente están pintados de azul. ¿Pero por qué los muchachos de la RPCH llevaban detectores de calor? En situaciones como ésta no suele hacerse, porque es imposible “apagarlos”... una vez liberados siguen su propio rumbo. Por eso los llamamos “dispara y olvídate”. Otra cosa. Todos los misiles disparados contra los F-16 eran de otra clase. El que atacó la aerolínea parece ser el *único* detector de calor que lanzaron. No me huele nada bien.

—¿Un acto deliberado? —preguntó Jack sin perder la calma.

—Es una posibilidad, señor presidente. En líneas generales parece un clásico caso de provocación. Un par de aviones de combate realizan maniobras equívocas, se produce una reacción inmediata, muere alguna gente y jamás podremos probar otra cosa. Pero si lo pienso un poco, llego a la conclusión de que siempre quisieron atacar

la aerolínea... a menos que la hayan confundido con un F-16 taiwanés, cosa que dudo...

—¿Por qué?

—Porque todo el tiempo iba en la dirección equivocada —respondió Jackson.

—Fiebre de cazador inexperto —sugirió Bretano.

—¿Por qué retrocedían en vez de avanzar? Señor secretario, soy piloto de combate y no me trago esa píldora. Si me encuentro en una situación de combate inesperada, lo primero que hago es identificar las amenazas y dispararles.

—¿Cuántos muertos? —preguntó Jack fríamente.

—Los noticieros dicen que más de cien —informó Ben Goodley—. Hay sobrevivientes, pero todavía no sabemos cuántos. Y probablemente hubiera algunos norteamericanos a bordo. Se hacen muchos negocios entre Hong Kong y Taiwan.

—¿Opciones?

—Antes que nada tenemos que saber si los nuestros participaron, señor presidente. Sólo tenemos un transporte de tropas en la zona, el grupo de batalla *Eisenhower* camino a Australia para SOUTHERN CUP. Pero es indudable que esto no mejorará las relaciones entre Beijing y Taipei.

—Tendremos que hacer un comunicado de prensa —le dijo Arnie al presidente.

—Primero debemos saber si perdimos algún compatriota —dijo Ryan—. Si así fuera... bueno, ¿qué haríamos en ese caso, exigir una explicación?

—Dirían que fue un error —repitió Jackson—. Hasta serían capaces de culpar a los taiwaneses por disparar primero e iniciar la refriega. No asumirían la menor responsabilidad.

—Pero tú no les crees, Robby.

—No, Jack... perdón, no, señor presidente, no les creo. Quiero volver a ver los videos con un equipo de expertos para que me den su opinión. Tal vez esté equivocado... pero no creo. Los pilotos de combate son pilotos de combate. La única razón posible para dispararle al tipo que escapa y no al tipo que ataca es querer hacerlo.

—¿Mandamos el grupo *Ike* al norte? —preguntó Bretano.

—Consígame planes de contingencia al respecto —dijo el presidente.

—En ese caso, el océano Índico quedaría descubierto, señor —señaló Jackson—. *Carl Vinson* está regresando a Norfolk. *John Stennis* y *Enterprise* siguen en Pearl y no tenemos ningún portaaviones disponible en el Pacífico. No tenemos casi nada en esa parte del mundo y necesitaríamos por lo menos un mes para mandar alguno de LantFleet.

Ryan miró a Ed Foley.

—¿Qué posibilidades hay de que la cosa pase a mayores?

—En Taiwan habrá descontento. Tenemos misiles disparados y gente muerta. Una aerolínea nacional afectada. Los países tienden a protegerlas —observó el DCI—. Es posible que pasen a mayores.

—¿Intenciones? —Goodley se dirigió al DCI.

—Si el almirante Jackson está en lo correcto... y en principio coincido con él —agregó Foley—, quiere decir que algo está pasando, pero no sabemos exactamente qué. Sería mejor para todos que hubiera sido un accidente. No diré que me agrada la idea de retirar el portaaviones del océano Índico con la situación que enfrentamos en el Golfo Pérsico.

—¿Qué es lo peor que puede pasar entre China comunista y Taiwan? —preguntó Bretano, molesto por tener que hacer esa pregunta. Todavía era demasiado nuevo en el puesto para tener la eficacia que el presidente necesitaba.

—Señor presidente, la RPCH tiene suficientes misiles nucleares para no dejar rastro de Formosa, pero tenemos razones para creer que Taiwan también tiene misiles nucleares y...

—Exactamente veinte —interrumpió Foley—. Y esos F-16 pueden trasladar un par por vez a Beijing si se les antoja. No pueden destruir la República Popular China, pero veinte armas termonucleares bastarían para provocar una recesión económica de diez años en el país, tal vez de veinte. La RPCH no quiere que le pase eso, obviamente. No están locos, almirante. Por favor manténganse dentro de los cánones convencionales, ¿de acuerdo?

—Muy bien, señor. La RPCH *no tiene* las capacidades necesarias para invadir Taiwan. Le faltan vehículos anfibios para mover un gran número de tropas de asalto. ¿Entonces qué ocurrirá si la cosa pasa a mayores? Los escenarios más probables son el aire y la batalla naval, pero de ese modo no llegarían a ninguna resolución... porque ninguno de los dos está en condiciones de eliminar al otro. Esos escenarios también implicarían una guerra convencional en una de las rutas comerciales más importantes del mundo, con toda clase de consecuencias diplomáticas adversas para todos los involucrados. No veo razones para hacer intencionalmente algo así. Es demasiado destructivo para ser una decisión política... creo yo. —Se encogió de hombros. No tenía sentido, pero un ataque a una aerolínea indefensa e inofensiva tampoco tenía sentido... y acababa de decirle a su audiencia que ese ataque *sí había sido* deliberado.

—Y nosotros tenemos importantes relaciones comerciales con ambos —acotó el presidente—. Queremos evitar que la cosa pase a mayores, ¿no? Temo que tendremos que mover ese portaaviones, Robby. Analicemos algunas opciones y *tratemos* de imaginar qué demonios pretende la RPCH.

Clark se despertó primero, sintiéndose absolutamente miserable. Pero no le estaba permitido dadas las circunstancias. Diez minutos después, recién afeitado y pulcramente vestido, se dirigió hacia la puerta. Que Chávez siguiera durmiendo. De todos modos no hablaba el idioma.

—¿Paseo matinal? —Era el tipo que los había traído desde el aeropuerto.

—Podría usar un aparato —admitió John—. ¿Y usted es...?
—Marcel Lefevre.
—¿Jefe de estación? —preguntó John bruscamente.
—En realidad, soy agregado comercial —respondió el francés... queriendo decir *sí*—. ¿Le molesta si lo acompaño?
—Para nada —replicó Clark, sorprendiéndolo—. Sólo quería caminar un poco. ¿Hay algún mercado cerca?
—Sí, lo llevaré.

Diez minutos después estaban en una calle comercial. Dos sombras iraníes los seguían a poca distancia sin intentar disimularlo, pero se limitaban a observar.

Los sonidos le devolvieron la memoria. El farsi de Clark no era bueno, especialmente porque hacía más de quince años que no lo practicaba, pero sus oídos aún captaban las inflexiones de las voces en medio de las conversaciones y regateos.

—¿Cuánto cuesta comer en este país?

—Mucho —respondió Lefevre—. Más aún por todas las provisiones que enviaron a Irak. Algunos se quejan.

Después de unos minutos de contemplación, John advirtió que faltaba algo. Atravesaron media cuadra de puestos de comida y llegaron a otra área... oro, un ítem comercial muy popular en esa parte del mundo. La gente compraba y vendía. Pero ya no tenían el entusiasmo de antes. Observó los puestos al pasar, tratando de captar el porqué de la diferencia.

—¿Busca algo para su esposa? —preguntó Lefevre.

Clark ensayó una sonrisa para nada convincente.

—Bueno, uno nunca sabe. Se acerca nuestro aniversario de bodas.
—Se detuvo a mirar un collar.

—¿De dónde es usted? —preguntó el vendedor.

—De Estados Unidos —replicó John, también en inglés. El hombre había adivinado su nacionalidad, probablemente por la ropa.

—No solemos ver muchos norteamericanos por aquí.

—Qué lástima. Cuando era joven solía venir seguido. —Era un collar bastante lindo. Miró el precio e hizo el cálculo en dólares: el precio era sumamente conveniente. Y *de verdad* se acercaba su aniversario.

—Tal vez las cosas cambien algún día —dijo el comerciante.

—Hay muchas diferencias entre su país y el mío —observó John con un dejo de tristeza. Sí, *podía* pagarlo, y como de costumbre llevaba bastante efectivo encima. Lo bueno de los dólares era que los aceptaban casi en todo el mundo.

—Las cosas cambian —repitió el hombre.

—Las cosas han cambiado —coincidió John. Miró un collar un poco más caro. Estaba permitido tocarlos. Si algo bueno tenían los países islámicos era la falta de ladrones—. Veo muy pocas sonrisas por aquí, y estamos en un mercado callejero.

—Lo están siguiendo dos hombres.

—¿En serio? Bueno, no estoy violando ninguna ley, ¿no? —preguntó Clark con cierta preocupación.

—No, claro que no. —Pero el hombre estaba nervioso.

—Llevo éste —dijo John, entregándole el collar elegido.

—¿Cómo pagará?

—Dólares estadounidenses, ¿le parece bien?

—Sí, y el precio son novecientos dólares.

Tuvo que apelar a todo su autocontrol para no demostrar sorpresa. En una tienda mayorista de Nueva York ese mismo collar hubiera costado el triple y, aunque no estaba preparado para gastar tanto, el regateo era lo más divertido. Había imaginado que podría sacárselo por mil quinientos, obteniendo una rebaja considerable. ¿Habría escuchado bien?

—¿Novecientos?

El iraní le apuntó un dedo directo al corazón.

—Ochocientos, ni un dólar menos... ¿acaso quiere arruinarme? —agregó en voz alta.

—Usted es muy rudo para hacer negocios —Clark se puso a la defensiva para ver la reacción de la gente que empezaba a acercarse.

—¡Usted es un infiel! ¿Espera caridad? Éste es un collar finísimo y espero que se lo regale a su honorable esposa... ¡y no a una mujer perdida!

Clark supuso que lo había puesto en peligro. Sacó la billetera, contó rápidamente los billetes y se los entregó.

—Me está pagando demasiado, ¡no soy ladrón! —Le devolvió un billete.

¿Setecientos dólares por esto?

—Perdón, no quise insultarlo —se disculpó John, guardándose el collar en el bolsillo. El vendedor ni siquiera se molestó en ofrecerle una caja.

—No somos tan bárbaros —dijo el hombre ya más tranquilo, dándole la espalda abruptamente. Clark y Lefevre caminaron hasta la esquina y doblaron a la derecha. Avanzaban a paso rápido, apurando a sus seguidores.

—¿Qué carajo pasó? —gruñó. En verdad no esperaba que pasara algo así.

—Sí. El entusiasmo por el régimen ha decaído un poco. Lo que vio es representativo. Lo hizo muy bien, señor Clark. ¿Hace mucho que está en la CIA?

—Lo suficiente para que no me gusten las sorpresas excesivas. Creo que ustedes dirían *merde*.

—Entonces, ¿es para su esposa?

John asintió.

—Sí. ¿Tendrá problemas?

—No creo —dijo Lefevre—. Tal vez haya perdido dinero en el regateo, Clark. Fue un gesto interesante, ¿no cree?

—Volvamos. Tengo que despertar a un secretario de Gabinete. —Quince minutos después estaban de vuelta. John fue directamente a su habitación.

—¿Cómo está el tiempo afuera, Mr. C.? —Clark sacó algo de su bolsillo y lo arrojó sobre la cama. Chávez observó la maniobra—. Pesado.

—¿Cuánto piensas que costó, Domingo?
—Parece veintiún kilates... Fácil fácil... un par de grandes.
—Setecientos, ¿puedes creerlo?
—¿El vendedor era pariente suyo, John? —preguntó Chávez, lanzando una carcajada. Dejó de reírse—. Creí que no les gustábamos.
—Las cosas cambian —replicó John en voz baja, citando al vendedor.

—¿Fue muy terrible? —preguntó Cathy.
—Ciento cuatro sobrevivientes, algunos malheridos, noventa muertos confirmados, unos treinta desaparecidos, es decir muertos también, sólo que todavía no identificaron los cuerpos mutilados —dijo Jack, leyendo el informe que el agente Raman le había alcanzado a la puerta del dormitorio presidencial—. Dieciséis norteamericanos en la categoría sobrevivientes. Cinco muertos. Nueve desaparecidos, presumiblemente muertos. Dios santo, había cuarenta ciudadanos de la RPCH a bordo. —Sacudió la cabeza.

—¿Cómo es posible... si no se entienden...?
—¿Cómo es posible que hagan tantos negocios? Los hacen. Es un hecho, querida. Se escupen y amenazan uno al otro como gatos de callejón, pero también se necesitan mutuamente.

—¿Qué haremos nosotros?
—Todavía no lo sé. Esperaremos hasta mañana para el comunicado de prensa, cuando tengamos más información. ¿Cómo demonios se supone que voy a dormir en una noche como ésta? —se quejó el presidente de Estados Unidos—. Tenemos catorce norteamericanos muertos en la otra punta del mundo. Se supone que yo debía protegerlos, ¿no? No se supone que yo deba permitir que maten a nuestros ciudadanos.

—Todos los días muere gente, Jack —señaló con buen tino la primera dama.

—Sí, pero no por culpa de un misil —Ryan dejó el informe sobre la mesa de noche y apagó la luz, preguntándose cuándo llegaría el sueño, preguntándose cómo resultaría el encuentro en Teherán.

Comenzó con apretones de manos. Un funcionario del Ministerio del Exterior los recibió en la entrada. El embajador francés hizo las presentaciones de rigor e ingresaron rápidamente al edificio para evitar las cámaras de televisión, aunque al parecer no había ninguna. Clark y Chávez se dedicaron a cumplir su función específica parándose cerca de su custodiado, pero no demasiado, y mirando nerviosamente a su alrededor... como se suponía que debían hacerlo.

El secretario Adler siguió al funcionario, seguido a su vez por todo el resto. El embajador francés se quedó en el vestíbulo con los demás y Adler y su acompañante entraron en el modesto despacho oficial del líder espiritual de la RIU.

—Le doy la bienvenida en paz —dijo Daryaei, levantándose de su

silla para saludar a su huésped. Había un intérprete, personaje habitual en esa clase de encuentros. La presencia del intérprete permitía mayor precisión en las comunicaciones... y además, si algo salía mal, siempre se le podía echar la culpa del error para conveniencia de ambas partes—. Que Alá bendiga este encuentro.

—Gracias por recibirme tan pronto —dijo Adler, sentándose.

—Ha venido de lejos. ¿Tuvo un viaje agradable? —preguntó Daryaei cortésmente. Todo el ritual sería amable y cortés, al menos al comienzo.

—Nada especial —respondió Adler. Luchaba para no bostezar ni mostrar fatiga. Las tres tazas de café europeo ayudaban un poco, aunque sentía el estómago revuelto. En las reuniones importantes se supone que los diplomáticos deben actuar como cirujanos en la sala de operaciones, y Adler tenía larga práctica en eso de ocultar sus emociones, estómago revuelto o no.

—Lamento que no podamos hacerle conocer nuestra ciudad. Hay tanta historia y belleza aquí. —Ambos esperaban la traducción simultánea. El intérprete era joven, intenso y... ¿temía a Daryaei?, se preguntó Adler. Probablemente fuera un funcionario del Ministerio. Llevaba puesto un traje que necesitaba un buen planchado, pero el ayatollah vestía su túnica, enfatizando así su identidad nacional y religiosa. Mahmoud Haji era serio, aunque para nada hostil... y, parecía no sentir la menor curiosidad.

—Tal vez en mi próxima visita.

Daryaei asintió amistosamente.

—Sí. —Eso fue dicho en inglés y Adler recordó que el iraní entendía su idioma.

—Ha pasado mucho tiempo desde los últimos contactos directos entre su país y el mío.

—Es cierto, pero damos la bienvenida a los nuevos contactos. ¿En qué podría servirlo, secretario Adler?

—Si no tiene objeciones, me gustaría discutir el tema de la estabilidad de esta región.

—¿Estabilidad? —preguntó inocentemente Daryaei—. ¿A qué se refiere?

—La fundación de la República Islámica Unida ha creado el país más grande de toda la región. Es un tema que preocupa a muchos.

—Me atrevería a decir, sin embargo, que hemos mejorado la estabilidad. ¿Acaso el régimen iraquí no era una influencia desestabilizadora? ¿Acaso Irak no inició dos guerras agresivas? Nosotros no hemos hecho nada semejante, ciertamente.

—Es cierto —admitió Adler.

—El Islam es una religión de paz y hermandad —prosiguió Daryaei, hablando como maestro que había sido durante años. *Habrásido un maestro rudo*, pensó Adler, *capaz de ocultar un frío acero bajo el tono amable de su voz*.

—También es cierto, pero en el mundo de los hombres no todos los que se autoproclaman religiosos siguen las reglas de la religión —señaló el norteamericano.

—Otros países no aceptan la regla de la religión como nosotros. Sólo a través del reconocimiento de esa regla podemos esperar encontrar paz y justicia. Eso implica más que decir palabras. También hay que vivir de acuerdo con las palabras.

Y gracias por la lección de catecismo, pensó Adler asintiendo respetuosamente. ¿Entonces por qué demonios respaldas al Hezbollah?

—Mi país no desea otra cosa que paz en esta región... y en el mundo entero.

—Tal es el deseo de Alá, que nos fuera oportunamente revelado por el Profeta.

Adler no pudo dejar de advertir que Daryaei se remitía permanentemente a las escrituras. Tiempo atrás, el presidente Jimmy Carter había enviado un emisario al jefe de este hombre, Khomeini, por entonces en su exilio francés. El sha tenía graves problemas políticos y estaban sondeando a la oposición para evaluar la futura posición norteamericana. Después de la reunión, el emisario le había dicho a su presidente que Khomeini era un "santo". Carter había aceptado la opinión del emisario y favorecido el derrocamiento del sha Mohammad Reza Pahlevi, permitiendo que el "santo" en cuestión lo suplantara.

Caramba.

La siguiente administración había tratado con el mismo hombre, obteniendo solamente escándalos y quedando en ridículo frente al mundo entero.

Ajá.

Eran errores que Adler estaba decidido a no repetir.

—Uno de los principios de mi país es el respeto a las fronteras internacionales. El respeto a la integridad territorial es condición sine qua non para la estabilidad regional y global.

—Secretario Adler, todos los hombres son hermanos, tal es la voluntad de Alá. Los hermanos pueden pelear de vez en cuando, pero la guerra es un acto odioso a los ojos de Dios. En todo caso, la esencia de su discurso me resulta bastante perturbadora. Aparentemente está sugiriendo que tenemos intenciones hostiles hacia nuestros vecinos. ¿Por qué afirma semejante cosa?

—Perdón, creo que me malinterpreta. No hago sugerencias. He venido a discutir temas de interés común, simplemente.

—La salud económica de su país y sus socios y aliados depende de esta región. No es nuestra intención perjudicarlos. Ustedes necesitan nuestro petróleo. Nosotros necesitamos las cosas que el dinero del petróleo puede comprar. La nuestra es una cultura comercial. Usted lo sabe. Nuestra cultura también es islámica y es una gran fuente de dolor para mí comprobar que Occidente no ha llegado a apreciar jamás la esencia de nuestra Fe. No somos bárbaros, a pesar de lo que digan sus amigos judíos. De hecho, no tenemos una lucha religiosa con los judíos. El patriarca Abraham proviene de esa región. Los judíos fueron los primeros en proclamar al verdadero Dios y sinceramente creo que debe haber paz entre nuestros pueblos.

—Me agrada escuchar sus palabras. ¿Qué podemos hacer para lograr esa paz? —preguntó Adler, intentando recordar la última vez

que alguien había tratado de arrojarle un *olivo* —no la rama sino el árbol— por la cabeza.

—La paz se logrará con tiempo y con diálogo. Tal vez sea mejor que mantengamos un contacto directo. Ellos también son un pueblo de mercaderes además de ser un pueblo de fe.

Adler se preguntó qué quería decir con eso. Contacto directo con Israel. ¿Era una oferta o un intento de embaucar al gobierno norteamericano?

—¿Y sus vecinos islamitas?

—Compartimos la Fe. Compartimos el petróleo. Compartimos la cultura. En muchos sentidos, ya somos uno.

Clark, Chávez y el embajador francés permanecían sentados en silencio. El personal de servicio los ignoró deliberadamente después de ofrecerles los habituales refrescos. El personal de seguridad recorría las dependencias del edificio sin mirar a los visitantes... pero tampoco sin dejar de mirarlos. Por fin Chávez tenía la oportunidad de conocer un pueblo diferente. Notó que el mobiliario era anticuado y estaba extrañamente raído, como si el edificio no hubiera cambiado mucho desde la partida del anterior gobierno... hacía ya mucho tiempo, recordó. No obstante, el ambiente estaba cargado de tensión. Podía sentirlo en el aire. Un miembro del staff norteamericano seguramente los hubiera mirado con curiosidad. Los seis hombres que rondaban la sala, no. ¿Por qué sería?

Clark esperaba que eso sucediera. No lo sorprendía ser ignorado. En ese lugar Ding y él equivalían a fuerzas de seguridad y, como tales, merecían tanto respeto y atención como los muebles. Los funcionarios y asesores iraníes eran fieles a su jefe porque debían serlo, simplemente. Gracias a él tenían poder. Los visitantes podrían ratificar o amenazar ese poder, internacionalmente hablando y, aunque eso sería importante para el bienestar individual de cada uno de ellos, por el momento no podía afectarlos. Por consiguiente se limitaban a ignorar a los visitantes, con la excepción de los guardias de seguridad, entrenados para ver en todo una amenaza, aunque el protocolo les impedía intimidar físicamente como hubieran querido.

Para el embajador se trataba sólo de un ejercicio diplomático más: elegir cuidadosamente cada palabra de la conversación para mostrar poco por una parte y descubrir mucho por la otra. Podía adivinar lo que diría cada uno. Hasta podía adivinar el verdadero significado de las palabras. Lo único que le interesaba era la verdad. ¿Qué había tramado Daryaei? El embajador y su país anhelaban paz en la región y por consiguiente habían sugerido a Adler que se abriera a esa posibilidad, aun sin saber cuál sería el resultado final de las conversaciones. Daryaei era un hombre interesante. Un hombre consagrado a Dios que seguramente había asesinado al presidente iraquí. Un hombre de paz y justicia que gobernaba su país con mano de hierro. Un hombre misericordioso que aterraba incluso a sus allegados. Bastaba con mirar la sala para comprobarlo. ¿Un Richelieu mo-

derno en Medio Oriente? Ésa sí que era una idea novedosa, pensó el francés, conteniendo la risa con rostro impasible. La haría correr por el Ministerio. Y un ministro norteamericano de la nueva camada estaba hablando en ese mismo momento con el moderno Richelieu. Conocía la impecable reputación diplomática de Adler, ¿pero sería eficaz en *este* caso?

—¿Por qué estamos discutiendo esto? ¿Por qué tendría yo que tener ambiciones territoriales? —preguntó Daryaei con tono amable, aunque empezaba a transmitir sutilísimas señales de irritación—. Mi pueblo sólo desea la paz. Ya hubo demasiados conflictos aquí. Durante toda mi vida he estudiado y enseñado la Fe y ahora, finalmente, en los últimos días de mi existencia, *hay* paz.

—Es nuestro único deseo para esta región, tal vez igualado por el anhelo de restablecer un vínculo amistoso entre nuestros dos países.

—Más adelante hablaremos de eso. Agradezco a su país por no haber obstruido el levantamiento de las sanciones comerciales contra el antiguo Irak. Tal vez ése sea un buen comienzo. Al mismo tiempo, preferiríamos que Estados Unidos no interfiriera en los asuntos internos de nuestros vecinos.

—Estamos comprometidos con la seguridad de Israel —aclaró Adler.

—Israel no es vecino nuestro, estrictamente hablando —replicó Daryaei—. Pero si Israel puede vivir en paz, nosotros también podemos.

Era un hombre muy hábil, pensaba Adler. No revelaba demasiado, limitándose a negar todo. No formulaba postulados políticos, excepto las habituales declaraciones pacifistas. Todos los jefes de Estado hacían lo mismo, aunque la mayoría no invocaba el nombre de Dios. Paz. Paz. Paz.

Sólo que Adler no creyó ni por un instante lo que decía sobre Israel. De haber tenido intenciones pacíficas, la primera en enterarse hubiera sido Jerusalén. Teóricamente hablando, a Daryaei le convendría tener a los israelíes de su parte para tratar con Washington. Los israelitas habían sido mediadores invisibles en aquel desastroso intercambio de armas por rehenes, y también los habían engañado.

—Espero que esta conversación ayude a cimentar una buena relación en el futuro.

—Si su país trata con respeto a mi país, entonces podremos hablar. Sólo así podremos mejorar las relaciones.

—Se lo diré a mi presidente.

—Su país también ha sufrido mucho recientemente. Deseo que su presidente tenga la fuerza necesaria para curar las heridas de la nación.

—Gracias. —Ambos se pusieron de pie. Volvieron a intercambiar un fuerte apretón de manos, y Daryaei acompañó a Adler a la puerta.

Todos se levantaron de un salto al verlo, notó Clark. Daryaei acompañó a Adler a la puerta de entrada, le dio la mano una vez más y vio cómo se alejaba seguido por su escolta. Dos minutos después, los norteamericanos iban rumbo al aeropuerto en sendos automóviles oficiales.

—Me pregunto qué habrá pasado —musitó John, sin dirigirse a nadie en particular. Todos se preguntaban lo mismo, pero nadie dijo nada. Treinta minutos después llegaron al Aeropuerto Internacional Mehrabad, donde los esperaba el avión francés.

Hubo una sencilla ceremonia de despedida. El embajador francés habló unos minutos con Adler, prolongando el apretón de manos. Clark y Chávez se limitaban a mirar a su alrededor, aunque en realidad no tenían nada que temer... dada la cantidad de seguridad RIU-ní. Había seis aviones de combate a la vista en proceso de mantenimiento. Los mecánicos entraban y salían de un amplio hangar, sin duda construido por orden del sha. Ding se acercó a inspeccionar, pero nadie le prestó atención. Adentro había otro avión, parcialmente desarmado. También había un motor dentro de una carretilla rodeada de gente.

—Pollos y pollitos, ¿qué le parece? —preguntó Chávez.

—¿Qué? —dijo Clark, mirando hacia otro lado.

—Compruébelo usted mismo, Mr. C.

John se dio vuelta. Contra la pared del fondo del hangar había varias hileras de jaulas, como las que se utilizan para trasladar pollos. Centenares de jaulas. Un objeto bastante raro para una base de la Fuerza Aérea, pensó.

En el otro extremo del aeropuerto, Estrella de Cine esperó a que el último miembro de su equipo abordara el avión que lo trasladaría a Viena. Por casualidad vio los aviones privados a lo lejos y un grupo de gente y autos cerca de uno de ellos. Se preguntó a qué se debería tanto movimiento. Probablemente sería algo relacionado con el gobierno. Igual que lo que él había planeado, por supuesto, pero uno nunca podía estar seguro de nada. El vuelo de Austrian Airlines despegó a horario, inmediatamente después del avión comercial o lo que fuera. Estrella de Cine fue hacia otra puerta para abordar su vuelo.

Aperturas

La mayoría de los norteamericanos despertó para enterarse de lo que su presidente ya sabía. Once ciudadanos norteamericanos habían muerto —y se desconocía el destino final de otros tres— en un desastre aéreo ocurrido al otro lado del mundo. La televisión local había llegado justo a tiempo, alertada sobre la emergencia por gente de la terminal. El video había mostrado una lejana bola de fuego subiendo al cielo, seguida por algunas tomas cercanas tan típicas que podrían pertenecer a cualquier escena similar. Diez carros de bomberos rodeaban el fuselaje incendiado, tratando de apagar las llamas con humo y agua, demasiado tarde para salvar a nadie. Las ambulancias circulaban por todas partes. Algunas personas, obviamente sobrevivientes, caminaban desconcertadas por el impacto. Otras, con las caras ennegrecidas, se revolvían de dolor en brazos del personal de rescate. Había esposas sin maridos, padres sin hijos, y la clase de caos que siempre resulta dramática de ver e inexplicable.

El gobierno taiwanés había emitido un fuerte comunicado aludiendo a la piratería aérea y requiriendo una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de la ONU. Beijing emitió su propio comunicado pocos minutos después, diciendo que sus aviones habían sido atacados, sin mediar ofensivas de su parte, mientras realizaban prácticas pacíficas, y que habían devuelto el fuego en defensa propia. Beijing desestimó por completo cualquier intento deliberado de atacar el avión comercial y culpó a su provincia rebelde por el lamentable episodio.

—Entonces, ¿supimos algo más? —le preguntó Ryan al almirante Jackson a las siete y treinta de la mañana.

—Analizamos los dos videos aproximadamente durante dos horas. Convoqué a algunos pilotos de combate que trabajaron conmigo y a un par de tipos de la Fuerza Aérea. Creo que llegamos a algunas conclusiones importantes. Número uno, los chinos comunistas...

—Se supone que no debemos llamarlos así, Robby —observó el presidente.

—Es una vieja costumbre, lo siento. Los *caballeros* de la RPCH... demonios, sabían que teníamos barcos allí. La firma electrónica de un barco Aegis es grande como el Monte Santa Elena, ¿correcto? Y las capacidades de los barcos no son precisamente un secreto. Han estado en servicio más de veinte años. De modo que sabían que estábamos vigilando y sabían que veríamos todo. Tratemos de no olvidarlo.

—Prosigue —ordenó Jack.

—Número dos, tenemos un equipo especial en el *Chandler*, dedicado a escuchar el tráfico radial. Hemos traducido las transmisiones de los pilotos chinos. Cito textualmente: “Lo tengo, lo tengo, preparo lanzamiento”. Bueno, eso fue treinta segundos antes del lanzamiento del detector de calor contra la aerolínea.

”Número tres, todos los pilotos de combate dicen lo mismo: ¿por qué atacar un avión comercial al borde del alcance del misil teniendo aviones de combate enemigos frente a uno? Jack, esto huele... muy pero muy mal, viejo.

”Desafortunadamente no podemos probar que la transmisión radial proviene del avión que lanzó el misil contra el Airbus, pero yo opino que fue un acto deliberado, y mis colegas opinan exactamente lo mismo. Apuntaron a propósito contra la aerolínea —concluyó el director de Operaciones del Pentágono—. Es una suerte que algunos hayan sobrevivido.

—Almirante, ¿podríamos presentarlo ante un tribunal? —preguntó Arnie van Damm.

—No soy abogado, señor. Sólo soy piloto de avión. No tengo que probar cosas para ganarme la vida pero le diré algo: puede apostar cien contra uno a que nosotros tenemos razón.

—Pero no puedo decir nada de esto frente a las cámaras —dijo Ryan, mirando su reloj. Tendría unos minutos para maquillarse—. Si lo hicieron a propósito...

—Nada de “sí”, Jack, ¿de acuerdo?

—¡Maldita sea, Robby, ya te escuché! —saltó Ryan. Hizo una pausa y respiró hondo—. No puedo acusar a un país soberano de haber cometido un acto de guerra sin tener pruebas contundentes. Sigamos. Bueno, *lo hicieron a propósito*, sabiendo que nosotros lo sabríamos. ¿Qué *significa* eso?

La noche había sido larga para el equipo de seguridad nacional de Ryan. Goodley tomó la palabra.

—Es difícil saberlo, señor presidente.

—¿Están haciendo un movimiento contra Taiwan? —preguntó Ryan.

—*No pueden* —dijo Jackson, atajando el berrinche de su comandante en jefe—. No tienen capacidades físicas para invadir. No hay signos de actividad inusual en el área, sólo las maniobras que preocupan tanto a los rusos en el noroeste. Desde un punto de vista militar la respuesta es no.

—¿Invasión aérea? —preguntó Ed Foley. Robby negó terminantemente.

—No cuentan con la cantidad necesaria de transportes y, aunque lo intentaran, Taiwan tiene suficientes defensas antiaéreas como para transformar toda la maniobra en una cacería de patos. Podrían intentar una batalla aire-mar como te dije anoche, pero les costaría muchos barcos y aviones... ¿*con qué propósito*? —preguntó el J-3.

—¿Entonces derribaron un avión comercial para *probarnos*? —preguntó POTUS—. Eso tampoco tiene sentido.

—Si dijeras *probarme* en lugar de *probarnos*, tal vez tendría sentido —musitó el DCI.

—Vamos, director —objetó Goodley—. Había doscientas personas en ese avión y deben haber pensado que las matarían a todas...

—No seamos tan ingenuos, Ben —observó Foley—. Ellos no comparten nuestro sentimentalismo respecto de la vida humana, ¿no?

—No, pero...

Ryan los interrumpió.

—Está bien, un momento. Creemos que fue un acto deliberado pero no tenemos pruebas ni tampoco tenemos idea del porqué de ese acto. Entonces, si no conocemos el motivo no puedo decir que sea deliberado, ¿correcto? —Todos asintieron—. Bueno, dentro de quince minutos tengo que bajar a la Sala de Prensa y decir esto. Luego los periodistas me harán preguntas y las únicas respuestas que podré darles serán mentira.

—Es un buen resumen de la situación, señor presidente —confirmó Van Damm.

—Bueno, no es para festejar —reaccionó Jack—. Y Beijing sabrá, o al menos sospechará, que estoy mintiendo.

—Es posible, aunque no pondría las manos en el fuego —acotó Ed Foley.

—No soy bueno mintiendo —dijo Ryan.

—Tendrás que aprender —le aconsejó su jefe de staff—. Y rápido.

Nadie habló durante el vuelo de Teherán a París. Adler eligió un cómodo asiento en la cola del avión, sacó un anotador oficial y estuvo escribiendo todo el viaje, valiéndose de la memoria para reconstruir la conversación y agregando una serie de observaciones personales, desde el aspecto físico de Daryaei al desorden de su escritorio. Acto seguido, examinó las notas durante una hora y comenzó a escribir comentarios analíticos. Gastó media docena de lápices en todo el proceso. La espera en París duró menos de una hora, lo suficiente para que Adler pasara un momento con Claude y sus escoltas bebieran un trago. Finalmente abordaron el mismo VC-20B de la ida.

—¿Cómo le fue? —preguntó John.

Adler tuvo que recordar por enésima vez que Clark formaba parte del equipo SNIE y no era solamente un acartonado SPO.

—Primero dígame qué encontró en sus recorridas.

El oficial de la CIA metió la mano en el bolsillo y le entregó un collar de oro al secretario de Estado.

—¿Esto significa que estamos comprometidos? —bromeó Adler.

Clark señaló a su socio con desdén.

—No, señor. El que está comprometido es él.

Una vez estabilizado el avión, el operador de comunicaciones encendió su equipo. La máquina de fax empezó a transmitir inmediatamente.

—...Hemos confirmado once norteamericanos muertos y tres desaparecidos. Cuatro sobrevivientes heridos están siendo atendidos en hospitales locales. Con esto doy por concluido mi comunicado —les dijo el presidente.

—*¡Señor presidente!* —gritaron treinta voces al unísono.

—Por favor, de a uno —Jack señaló a una mujer de la primera fila.

—Beijing afirma que Taiwan disparó primero. ¿Podemos confirmarlo?

—Estamos analizando la información pero lleva tiempo descubrir esas cosas, y hasta que tengamos la información definitiva no me parece propicio sacar conclusiones.

—Pero las dos partes dispararon, ¿no es así?

—Así parece, sí.

—¿Entonces cómo sabemos a quién pertenecía el misil que derribo el Airbus?

—Como dije, estamos analizando la información. —*Sé breve, Jack*, se dijo. Y eso no era del todo mentira, ¿no?— ¿Sí? —señaló a otro periodista.

—Señor presidente, habiendo perdido tantos ciudadanos norteamericanos, ¿qué medidas tomará para que esto no vuelva a repetirse? —Por lo menos podría responder sinceramente esa pregunta.

—Estamos analizando opciones al respecto. Aparte de eso no tengo nada que decir, excepto que exigiremos a ambas Chinas que den un paso atrás y piensen muy bien lo que están haciendo. Ningún país desea que se pierdan vidas inocentes. Hace tiempo que están realizando estas prácticas militares con consecuencias nada alentadoras para la estabilidad de la región.

—¿Entonces les pedirá que suspendan las prácticas?

—Vamos a pedirles que lo consideren, sí.

—Señor presidente —dijo John Plumber—, ésta es su primera crisis política extranjera y...

Ryan miró fijamente al periodista. Sentía unas ganas enormes de decirle que *él* había fraguado su primera crisis *doméstica*, pero no podía darse el lujo de ganarse enemigos en la prensa, y los periodistas sólo se mostraban amistosos si uno les gustaba... posibilidad bastante improbable, de todos modos.

—Señor Plumber, antes de hacer algo es menester conocer los hechos. Estamos ocupándonos de eso al máximo de nuestras capacidades. Acabo de reunirme con mi equipo de seguridad nacional...

—Pero el secretario Adler no fue de la partida —señaló Plumber. Como buen periodista, había chequeado los automóviles estacionados en West Executive Drive—. ¿A qué se debe su ausencia?

—Hoy llegará más tarde a trabajar —Ryan intentó esquivar el bulto.

—¿Dónde está ahora? —insistió Plumber.

Ryan sacudió la cabeza.

—¿No podemos limitarnos a un solo tema? Es un poco temprano para tantas preguntas y, como usted bien dijo, tengo que ocuparme de un importante conflicto, señor Plumber.

—Y él es nuestro principal asesor en política extranjera, señor. ¿Dónde está el señor Adler?

—La próxima pregunta —ordenó el presidente, y recibió su merecido por intermedio de Barry de la CNN:

—Señor presidente, hace un momento usted dijo *ambas* Chinas. ¿Eso señala un cambio en nuestra política respecto a China, señor? Y si así fuera...

Eran poco más de las ocho de la noche en Beijing y las cosas marchaban bien. Lo estaba viendo por televisión. Qué extraño ver una figura política tan carente de encanto y destreza, especialmente un norteamericano. Zhang Han San encendió un cigarrillo y se felicitó en silencio. Otra vez lo había logrado. Habían corrido cierto peligro al establecer la “práctica”, más específicamente los despliegues de vuelo... pero los aviadores taiwaneses habían tenido la gran amabilidad de disparar primero, tal como esperaba que harían, y ahora había una crisis que podría controlar con eficacia y terminar cuando se le antojara... mandando sus fuerzas de vuelta a las bases. Obligaría a Estados Unidos a reaccionar, pero no con acciones precisamente. Todo lo contrario: la inacción los aniquilaría. Y luego alguien más se encargaría de provocar a ese nuevo presidente. No tenía idea de lo que Daryaei tenía en mente. ¿Un intento de asesinato, tal vez? ¿Otra cosa? Lo único que debía hacer era observar, como estaba haciendo ahora, y recoger la cosecha cuando llegara la ocasión... que seguramente llegaría. Estados Unidos no tendría suerte a perpetuidad. Mucho menos con ese tonto joven en el sillón de la Casa Blanca.

—Barry, uno de los países se autodenomina República Popular China y el otro República China. De algún modo tengo que llamarlos, ¿no? —preguntó Ryan malhumorado—. *Oh, mierda, ¿habré vuelto a meter la pata?*

—Sí, señor presidente, pero...

—Pero probablemente tengamos catorce ciudadanos norteamericanos muertos y no es momento de preocuparse por la semántica —*Ataja ésa, si puedes.*

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó una voz femenina.

—Primero trataremos de saber qué pasó en realidad. *Luego* evaluaremos posibles reacciones.

—¿Pero *por qué* no sabemos qué pasó?

—Porque por mucho que nos guste saber qué pasa en el mundo a cada instante, es simplemente imposible.

—¿Es por eso que su administración está aumentando radicalmente el tamaño de la CIA?

—Como dije antes, no estoy dispuesto a discutir asuntos de inteligencia, nunca.

—Señor presidente, se han publicado informes que...

—También se ha publicado que los OVNIS visitan regularmente a la Tierra —se atajó Ryan—. ¿Usted también se cree *eso*?

Se hizo silencio. No era común ver perder los estribos a un presidente. Y les encantó.

—Damas y caballeros, lamento no poder responder todas sus preguntas satisfactoriamente. De hecho, yo mismo estoy formulando algunas de esas preguntas a mis asesores, pero las respuestas acertadas llevan tiempo. Tengo que esperar la información, y ustedes también —dijo, intentando retomar el hilo de la conferencia.

—Señor presidente, un hombre muy parecido al ex director de la KGB soviética ha aparecido por televisión recientemente y... —El periodista se detuvo al ver que Ryan enrojecía bajo el maquillaje. Esperó otro estallido temperamental, pero no. Los nudillos se le pusieron blancos de tanto apretarlos contra el atril y respiró hondo antes de proseguir.

—Por favor termine su pregunta, Sam —le reclamó.

—Y ese caballero dice ser quien es. Bueno, señor, el gato se escapó de la bolsa a la vista de todos y yo creo que mi pregunta es legítima.

—Todavía no escuché ninguna pregunta, Sam.

—¿Ese hombre es quien dice ser?

—No necesita que yo se lo diga.

—Señor presidente, este acontecimiento, esta... operación tiene gran importancia a nivel internacional. Hasta cierto punto, las operaciones de inteligencia, por sensibles que sean, tienen graves efectos sobre nuestras relaciones exteriores. Por eso el pueblo norteamericano quiere saber de qué se trata.

—Sam, lo diré por última vez: nunca, jamás, discutiré temas de inteligencia. Estoy aquí para informar a nuestros compatriotas sobre un incidente trágico y absolutamente inesperado en el que un centenar de personas, entre ellas catorce ciudadanos norteamericanos, perdieron la vida. Este gobierno hará todo lo posible para determinar qué ocurrió y luego decidirá qué acciones llevar a cabo.

—Muy bien, señor presidente. ¿Tenemos una política para una sola China o dos políticas para dos Chinas?

—No hemos hecho cambios.

—¿Este incidente podría provocar algún cambio?

—No pienso especular sobre un tema tan importante como ése. Y ahora, con el permiso de ustedes, debo volver a trabajar.

—¡Gracias, señor presidente!

Jack abandonó de prisa la Sala de Prensa. En el rincón había un gabinete secreto de armas. POTUS golpeó tan fuerte la puerta que hizo temblar algunos de los subfusiles Uzi que había adentro.

—¡Maldita sea! —No pudo contener la furia y maldijo durante todo el trayecto de regreso a su despacho.

—¿Señor presidente? —Ryan giró sobre sus talones. Era Robby, que le alcanzaba su maletín. El objeto parecía fuera de lugar en manos de un aviador.

—Te debo una disculpa —dijo Jack, antes de que Robby pudiera abrir la boca—. Lo siento. Se me escapó.

El almirante Jackson palmeó a su amigo en el hombro.

—La próxima vez que juguemos golf apostaremos un dólar por hoyo, y si quieres enfurecerte hazlo conmigo, no con ellos, ¿entendido? Conozco tu carácter, viejo. Cálmate. Un comandante sólo puede enfurecerse para impresionar a las tropas —lo denominamos técnica de liderazgo—, pero nunca, nunca de verdad. Lo que sí puede es gritarle a los del staff. Eso es otra cosa. A propósito, yo soy parte del staff —dijo Robby—. Enfurécete conmigo. Gritame un poco.

—Sí, ya sé. Ya sé...

—¿Jack?

—¿Sí, Rob?

—Lo estás haciendo bien. Trata de mantener la calma.

—Supuestamente no debo permitir que maten norteamericanos, Robby. No estoy aquí para eso. —Volvió a cerrar los puños.

—A veces pasa lo peor, señor presidente. Si crees que puedes evitarlo tú solito, te engañas. Y no tengo necesidad de decírtelo porque ya lo sabes. No eres Dios, Jack, pero eres un buen muchacho que está haciendo un buen trabajo. Pronto tendremos más información para darte.

—Cuando las cosas se tranquilicen un poco, ¿me darás otra lección de golf?

—Estoy a tus órdenes. —Los dos amigos intercambiaron un apretón de manos. No fue suficiente para ninguno, pero por el momento debían conformarse. Jackson se dirigió a la puerta y Ryan volvió a su despacho—. ¡Señora Sumter! —llamó al entrar. Tal vez un cigarrillo lo ayudara a tranquilizarse.

—¿Entonces, señor secretario? —preguntó Chávez. El fax de tres páginas informaba exactamente lo mismo que sabía el presidente y Adler les había permitido leerlo.

—No sé —admitió Adler—. Chávez, esa tesis de la que me habló...

—¿Qué pasa con mi tesis, señor?

—Tendría que haber esperado para escribirla. Ahora sabe cómo son las cosas aquí. Como jugar a esquivar la pelota en la infancia, sólo que no estamos tratando de esquivar una pelota de goma, ¿no? —El secretario de Estado metió las notas en el maletín e hizo una seña al sargento de la Fuerza Aérea que, se suponía, debía atenderlos. Lamentablemente no era tan agradable como la azafata francesa.

—¿Sí, señor?

—¿Claude no dejó nada para nosotros?

—Un par de botellas del valle del Loire, señor —replicó el NCO con una sonrisa.

—¿Me haría el favor de descorchar una y conseguir unos vasos?

—¿Naipes? —preguntó John.

—No, creo que voy a beber uno o dos vasos y luego voy a dormir un poco. Parece que tengo otro viaje programado —les dijo el secretario de Estado.

—Beijing. —No me asombra, pensó John.

—No será Filadelfia —dijo Scott cuando llegaron la botella y los vasos. Treinta minutos después, los tres hombres reclinaron al máximo sus asientos. El sargento bajó las persianas plásticas para que descansaran mejor.

Esta vez Clark se durmió enseguida, pero Chávez no. Había algo de verdad en lo que Adler le había dicho. Su tesis atacaba la incapacidad de ver más allá de lo inmediato de los estadistas de principio de siglo. Ahora comprendía. Era difícil establecer la diferencia entre un problema táctico inmediato y un problema verdaderamente estratégico cuando uno estaba esquivando balas a cada minuto, y los libros de historia no podían revelar del todo el carácter, la *sensación* de los momentos históricos que supuestamente reportaban. También daban una impresión errónea de la gente. El secretario Adler, que ahora roncaba en su asiento de cuero, era diplomático de carrera, recordó Chávez, y se había ganado la confianza y el respeto del presidente... un hombre que él respetaba mucho. No era estúpido. No era venal. Pero era un hombre y los hombres cometen errores... y los grandes hombres cometen grandes errores. Algún día algún historiador escribiría sobre este viaje que acababan de hacer, ¿pero acaso sabría cómo había sido en realidad... y, no sabiendo, cómo podría comentar seriamente lo que había pasado?

¿Qué está pasando? se preguntaba Ding. Irán se pone juguetón, cae sobre Irak y empieza un nuevo país, y justo cuando Estados Unidos intenta iniciar las tratativas con ellos, zas, pasa algo más. Un acontecimiento menor en el gran plan de las cosas, tal vez... pero uno nunca sabe hasta que todo termina, ¿no? ¿Cómo saberlo? Siempre el mismo problema. Los estadistas siempre cometían errores porque estaban metidos en el ojo del huracán, sin poder dar un paso al costado para tener una perspectiva más distanciada de las cosas. Les pagaban para hacerlo... pero era un trabajo *sumamente difícil*, ¿no? Acababa de terminar su tesis de maestría. Se graduaría a fin de año y sería oficialmente proclamado experto en relaciones internacionales. Pero no era cierto, pensó Ding, recostándose en su asiento. Le volvió a la memoria una observación impertinente que había hecho durante otro vuelo largo. Con demasiada frecuencia las relaciones internacionales consistían en que un país simplemente se cogiera al otro. Domingo Chávez, inminente experto en relaciones internacionales, sonrió al recordarlo... aunque en realidad no era tan gracioso. Menos cuando moría gente. Mucho menos cuando Mr. C. y él eran abejas obreras de avanzada. Algo pasaba en Medio Oriente. Algo más pasaba en China... a cuatro mil millas de distancia, ¿no? ¿Ambos hechos podrían estar relacionados? Y si lo estaban, ¿cómo saberlo? Los historiadores daban por sentado que la gente *podía saber* si tenía la inteligencia suficiente. Pero no eran los historiadores los que hacían el trabajo...

—No fue su mejor actuación —dijo Plumber.

—Doce horas, ni siquiera tanto, para saber qué pasa al otro lado del mundo, John —sugirió Holtzman.

Estaban en un típico restaurant pseudofrancés de Washington que, detrás de las coquetas borlas del menú, ofrecía platos mediocres a precios excesivos... pero bueno, la cuenta sería pagada por sus empleadores.

—Se supone que debería conducirse mejor —observó Plumber.

—¿Te quejas de que no pueda mentir eficazmente?

—Mentir es una de las cosas que deben hacer los presidentes...

—Y cuando *nosotros* los pescamos con las manos en la masa...

—Holtzman no tuvo necesidad de continuar.

—¿Quién dijo que la presidencia era un trabajo fácil, Bob?

—A veces me pregunto si nuestra verdadera misión no es hacerlo todavía más difícil. —Pero Plumber no mordió el anzuelo.

—¿Dónde estará Adler? —preguntó en voz alta el corresponsal de la NBC.

—Ésa fue una buena pregunta esta mañana —aseguró el periodista del *Post*, levantando su copa—. Tengo una persona ocupándose del tema.

—Nosotros también. Ryan tendría que haber dicho que se estaba preparando para reunirse con el embajador de la RPCH. Hubiera quedado muy bien.

—Pero hubiera sido mentira.

—Hubiera sido la mentira *correcta*. Bob, así son las reglas del juego. El gobierno trata de hacer las cosas en secreto y nosotros tratamos de descubrir qué está pasando. A Ryan le gusta demasiado el secreto.

—Pero cuando nosotros lo quemamos vivo... ¿a quién estamos respondiendo?

—¿A qué te refieres?

—Vamos, John. Ed Kealty les filtró toda esa información. No necesito ser científico de la NASA para darme cuenta. Todos lo saben —Bob comió un poco de ensalada.

—Pero es verdad, ¿no?

—Sí, es verdad —admitió Holtzman—. Y hay mucho más.

—¿En serio? Bueno, sé que tenías una reseña en marcha. —No agregó que lamentaba haberle pasado por encima, principalmente porque no lo lamentaba.

—Tengo muchas más cosas para escribir.

—¿En serio? —La afirmación de Holtzman atrapó la atención de John Plumber. Holtzman pertenecía a una generación más joven que el corresponsal de televisión pero no era de aquellos, más jóvenes aún, que lo consideraban un mequetrefe... y no obstante asistían a sus seminarios de periodismo en la Universidad de Columbia.

—En serio —le aseguró Bob.

—¿Como qué?

—Como muchas más cosas para escribir —repitió Holtzman—. Aunque no enseguida, eso sí. John, vengo siguiendo esta historia desde hace años. Conozco al agente de la CIA que sacó a la esposa y la hija de Gerasimov. Tenemos un trato. En un par de años me dirá cómo lo hizo. La historia del submarino es cierta y...

—Ya sé. Vi una fotografía de Ryan en el bote. Y no puedo entender por qué no quiere que se sepa.

—No viola las reglas. Nadie le explicó que en determinadas circunstancias está bien hacerlo...

—Necesita pasar más tiempo con Arnie...

—No como Ed.

—Kealty conoce las reglas del juego.

—Sí, las conoce, John, tal vez demasiado bien. Sabes, hay algo que nunca llego a descifrar del todo...

—¿Qué?

—En este juego, ¿nosotros somos espectadores, árbitros o jugadores?

—Bob, nuestro trabajo es informar la verdad a nuestros lectores... bueno, telespectadores en mi caso.

—¿Qué verdad, John? —preguntó Holtzman.

—Un confuso y enojado presidente Jack Ryan... —Jack tomó el control remoto y dejó mudo al periodista de la CNN que lo había sacado de sus casillas con la pregunta sobre China—. Enojado, sí, confuso n...

—También sí —dijo Van Damm—. Tropezaste con el tema de China y dónde estaba Adler... A propósito, ¿dónde está?

El presidente miró su reloj.

—Llegaré a la Base Andrews dentro de noventa minutos aproximadamente. Ahora estará sobrevolando Canadá, supongo. Vendrá directamente aquí y probablemente tendrá que viajar a China. ¿Qué *demonios* se proponen los chinos?

—No lo sé —admitió el jefe de staff—. Pero para eso tienes un equipo de seguridad nacional.

—Yo sé tanto como ellos... y no sé un carajo —suspiró Jack, recostándose en la silla—. Tenemos que aumentar nuestras capacidades de inteligencia humana. El presidente de Estados Unidos no puede estar aquí clavado sin saber qué cuernos está pasando. No puedo tomar decisiones sin información y lo único que tenemos son suposiciones... excepto lo que nos dijo Robby. Eso tiene una fuerte base de datos pero carece de sentido porque no encaja con nada.

—Tienes que aprender a esperar, querido presidente. Aunque la prensa no sepa hacerlo, tú sí, y también tienes que aprender a concentrarte en lo que puedes hacer cuando puedes hacerlo. Ahora —prosiguió Arnie—, la semana próxima tenemos las primeras elecciones para la Casa de Representantes. Tendrás que dar algunos discursos. Si quieres gente buena en el Congreso tendrás que salir a buscarla. Callie está escribiéndote un par de discursos acordes a la ocasión.

—¿Tema central?

—Política impositiva, mejoras directivas, integridad, tus favoritos. Mañana tendrás los borradores. Tienes que pasar más tiempo entre la gente. Deja que te quieran un poco y quíérelos un poco

también. —El jefe de staff se ganó una mirada cortante gracias a esa frase—. Te lo dije muchas veces, no puedes permanecer atrapado aquí adentro y las radios de los aviones funcionan muy bien.

—Será agradable cambiar de escenario —admitió POTUS.

—¿Sabes qué sería bueno ahora?

—¿Qué?

Arnie sonrió.

—Un desastre natural. Eso te daría la oportunidad de salir al ruedo y dar una imagen presidencial, encontrarte con la gente, consolarla y prometerle soluciones rápidas y contundentes y...

—¡Maldita sea! —Gritó tan fuerte que los secretarios lo oyeron a través de la puerta de tres pulgadas de ancho.

Arnie suspiró.

—Tienes que aprender a reírte de las bromas, Jack. Guarda ese carácter tuyo en una caja bajo quince cerrojos. Sólo quería que te aflojaras un poco y además yo estoy *de tu lado*, ¿recuerdas? —Arnie volvió a su oficina y el presidente se quedó solo... nuevamente.

Acababa de recibir otra lección sobre Presidencia 101. Se preguntó cuándo terminarían las lecciones. Tarde o temprano tendría que *actuar* como un presidente, ¿no? Pero todavía no lo lograba. No era eso lo que había dicho Arnie exactamente, tampoco Robby, pero no era necesario. Todavía no se adaptaba, no entraba en el juego, no pertenecía. Hacía todo lo posible, pero todo lo posible no alcanzaba... todavía. ¿Todavía? Nunca, tal vez. *Una cosa por vez*, pensó. Lo que todo padre aconsejaba a todo hijo, salvo que no advertían que *una cosa por vez* era un lujo que algunos no se podían dar. Catorce norteamericanos muertos en una isla a ocho mil millas de distancia, probablemente asesinados por razones que no podía descifrar... Y se suponía que debía hacer a un lado ese terrible hecho y ocuparse de otras cosas, como viajar a encontrarse con la gente que supuestamente debía preservar, proteger y defender... mientras trataba de entender por qué no había podido preservar, proteger y defender a esos catorce muertos. ¿Qué se necesitaba para ser presidente? ¿Olvidarse de los muertos y concentrarse en otra cosa? Había que ser psicópata para lograrlo, ¿no? Bueno, no necesariamente. Muchos otros tenían que lograrlo ... médicos, soldados, policías. Y ahora él. Y *además* controlar su temperamento, guardarse las frustraciones y concentrarse en otra cosa durante el resto del día.

Estrella de Cine miró el océano. Seis kilómetros abajo, calculó. A pesar de su aspecto —del que estaba muy orgulloso; por ejemplo, le encantaban las sonrisas que le dedicaban las azafatas— el mundo lo rechazaba. El mundo lo odiaba —a él y a todos los de su clase— y hasta los que utilizaban sus servicios preferían mantenerlo a distancia, como a un perro malvado pero ocasionalmente útil.

El éxito le traería... ¿qué? Los oficiales de inteligencia intentarían identificarlo y localizarlo, pero hacía años que los israelíes hacían lo mismo... y todavía seguía vivo. ¿*Para qué* estaba haciendo esto? se

preguntó Estrella de Cine. Un poco tarde para la pregunta. Si cancelaba la misión, no sería bienvenido en ninguna parte del mundo. Se suponía que peleaba por Alá, ¿no? *Jihad*. La guerra santa. Un término religioso para definir un acto militar-religioso destinado a proteger y preservar la Fe, pero hacía tiempo que había dejado de creer en eso y en cierto sentido era aterrador no tener país, no tener hogar, no tener... ¿fe? ¿Tampoco tenía fe? Tuvo que admitir que no. Él y los de su clase, si sobrevivían, se transformaban en autómatas, en robots habilitados... computadoras en esta época. Máquinas que hacían cosas para otros y luego eran arrojadas a la basura...

Si los que habían ordenado la misión ganaban, tal vez obtendría alguna clase de recompensa. Siempre especulaba con lo mismo, aunque ninguna de sus experiencias lo atestiguaba... y si había perdido la fe en Dios, ¿por qué seguir fiel a una profesión que hasta sus empleadores miraban con disgusto?

Niños. No se había casado y, hasta donde sabía, no era padre de ninguno. Las mujeres que había tenido, tal vez... pero no, eran mujeres perdidas y su entrenamiento religioso le había enseñado a despreciarlas aunque hiciera uso de sus cuerpos, y si esas mujeres tenían retoños, sus hijos también estarían malditos. ¿Cómo era posible que un hombre persiguiera un ideal toda su vida y finalmente se diera cuenta de que era allí, en la menos hospitalaria de las escenas —un lugar donde ningún hombre podría vivir—, donde se sentía más a gusto? Ayudaría a matar niños. Infieles, expresiones políticas, cosas. Pero eso no era verdad. Los niños eran inocentes de toda culpa.

Estrella de Cine recordó que ya lo había pensado antes, que las dudas eran normales en los hombres que emprenden tareas difíciles, y que siempre las había hecho a un lado para actuar. Si el mundo hubiera cambiado, entonces tal vez...

Pero los únicos cambios ocurridos eran contrarios a la búsqueda de toda su vida. ¿Eso significaba que, habiendo matado para nada, tendría que seguir matando con la esperanza de obtener *algo*? ¿A dónde llevaba ese camino? Si había un Dios y había una Fe y había una Ley, entonces...

Bueno, tenía que creer en algo. Miró su reloj. Faltaban cuatro horas. Tenía una misión. Tenía que creer en eso.

Llegaron por tierra y no por helicóptero. Los helicópteros eran demasiado visibles y tal vez de ese modo nadie se diera cuenta. Para mayor precaución, los automóviles ingresaron por el Ala Este. Adler, Clark y Chávez entraron a la Casa Blanca por el mismo camino que Jack había hecho la primera noche y, escoltados por el Servicio Secreto, se las ingenieron para esquivar a la prensa. El Despacho Oval estaba superpoblado. Goodley y los Fooley también estaban allí, junto con Arnie, por supuesto.

—¿Qué tal el vuelo, Scott? —preguntó Jack.

—Si hoy es martes, esto debe ser Washington —replicó Adler.

—No es martes —observó Goodley, sin captar la broma.

—Entonces supongo que el vuelo me desorientó un poco —Adler tomó asiento y sacó sus notas. Un camarero de la Armada sirvió café para todos. El café es el combustible de Washington. Los recién llegados de la RIU aceptaron gustosamente sus pocillos.

—Cuéntanos todo sobre Daryaei —ordenó Ryan.

—Parece saludable. Un poco cansado —admitió Adler—. Su escritorio está sumamente ordenado. Habló con calma, pero, por lo que sé, no se caracteriza por levantar la voz en público. Me llamó la atención que llegara a la ciudad al mismo tiempo que nosotros.

—¿Ah, sí? —dijo Ed Foley, levantando la vista de sus anotaciones.

—Sí, llegó en un avión comercial, un Gulfstream —informó Clark—. Ding tomó unas cuantas fotos.

—¿De modo que anda paseando un poco? Supongo que tiene sentido —observó POTUS. Curiosamente, Ryan se sentía identificado con los problemas de Daryaei. No diferían demasiado de los suyos, aunque los métodos del iraní no podían haber sido más diferentes.

—Su staff le tiene miedo —agregó Chávez impulsivamente—. Parece una vieja película de la Alemania nazi. La gente estaba muy tensa. Si alguien hubiera gritado “¡buu!” todos se habrían clavado de cabeza contra el techo.

—Estoy de acuerdo —dijo Adler, sin molestarse por la interrupción—. Conmigo se condujo a la antigua, con calma, comentarios triviales, esas cosas. La clave del asunto es que no dijo nada realmente significativo... ni bueno, ni malo. Está dispuesto a mantenerse en contacto permanente con nosotros. Dice desear la paz para todos. Incluso expresó cierto grado de buena voluntad hacia Israel. La mayor parte del tiempo estuvo aleccionándome sobre lo pacíficos que son él y su religión. Destacó el valor del petróleo y las resultantes relaciones comerciales entre todos los involucrados. Negó tener ambiciones territoriales. Nada de eso me sorprende.

—De acuerdo —dijo el presidente—. ¿Y en cuanto al lenguaje corporal?

—Parece muy confiado, muy seguro. Le gusta estar donde está.

—Siempre que tenga poder —intervino Ed Foley.

Adler asintió.

—Coincido. Si tuviera que describirlo con una sola palabra, sería “sereno”.

—Cuando lo conocí, hace algunos años —recordó Jack—, era agresivo, hostil, buscaba enemigos en todas partes...

—Hoy no hubo nada de eso. —Desconcertado, el secretario de Estado se preguntó si todavía sería el mismo día. Probablemente sí, decidió—. Como dije, sereno. Pero en el camino de regreso el señor Clark me mostró algo.

—¿Qué? —preguntó Goodley.

—Pasó el detector de metales —John sacó el collar y se lo entregó al presidente.

—¿Anduvo de compras?

—Bueno, todos querían que merodeara un poco —le recordó a su audiencia—. ¿Qué mejor lugar que un mercado?

Clark contó el episodio del vendedor de oro mientras POTUS examinaba el collar.

—Si vende estas cosas por setecientos dólares me interesaría conseguir su dirección. ¿Un incidente aislado, John?

—El jefe de estación francés estaba conmigo. Dijo que este hombre era muy representativo.

—¿Entonces? —preguntó Van Damm.

—Entonces es posible que Daryaei no tenga tantos motivos para estar sereno —sugirió Adler.

—La gente como él no siempre sabe lo que piensa el pueblo —sugirió el jefe de staff.

—Por eso cayó el sha —dijo Ed Foley—. Y Daryaei es uno de los que lo hicieron caer. No creo que haya olvidado esa parte de la lección... y sabemos, además, que sigue eliminando a los que se salen de la fila. —El DCI miró a su oficial de campo—. Buen tiro, John.

—Lefevre —el agente francés— me dijo dos veces que nosotros no percibimos lo que siente la calle. Tal vez estuviera bromeando —prosiguió Clark—, pero no creo.

—Sabemos que hay disenso. Siempre hay disenso —acotó Goodley.

—Pero no sabemos cuánto —replicó Adler—. En resumen, creo que estamos frente a un hombre que quiere demostrar serenidad por una razón. Ha tenido un par de meses buenos. Ha derrotado a un enemigo mayor. Tiene algunos problemas internos cuya magnitud debemos evaluar. Entra y sale de Irak... lo hemos visto. Parece cansado. Su staff está tenso. Diría que está al límite de algo. De acuerdo, me dijo cuánto quiere la paz. Estuve a punto de creerle. Opino que necesita tiempo para consolidarse. Clark me dice que los precios de los alimentos son altos. El país es naturalmente rico y Daryaei puede calmar los ánimos transformando su éxito político en éxito económico lo antes posible. Un poco de comida en la mesa no le hará mal a nadie. Por el momento tiene que mirar adentro, no afuera.

—Entonces es posible que se nos haya abierto una puerta —concluyó el secretario de Estado.

—¿Tender la mano abierta de la amistad? —preguntó Arnie.

—Creo que por el momento debemos mantener contactos informales y livianos. Nombraré a alguien para arreglar los encuentros y veremos qué pasa luego.

El presidente asintió.

—Felicitaciones, Scott. Ahora, creo que lo mejor será informarte los pormenores de tu próximo viaje a China.

—¿Cuándo salgo? —preguntó Adler con expresión quejumbrosa.

—Esta vez viajarás en un avión más grande —le prometió el presidente.

Hienas

El avión tocó tierra norteamericana en el aeropuerto Dulles. La sensación física del aterrizaje no despejó las dudas de Estrella de Cine, pero sí le anunció que era hora de hacerlas a un lado. Vivía en un mundo práctico. La rutina de entrada fue... rutina, nuevamente.

—¿De vuelta tan pronto? —preguntó el oficial de inmigración, mirando la última fecha de entrada del pasaporte.

—*Ja, doch* —replicó Estrella de Cine haciendo gala de su identidad alemana—. Tal vez compre un departamento en la ciudad.

—Los precios son un poco altos en Washington —advirtió el oficial, estampando un nuevo sello en el pasaporte falso—. Que tenga un buen día, señor.

—Gracias.

No tenía nada que temer. No llevaba nada ilegal, excepto lo que tenía en la cabeza, y sabía que la inteligencia norteamericana jamás había perjudicado sustancialmente a un grupo terrorista. Pero este viaje era diferente, aunque sólo él lo sabía. Como de costumbre, no lo esperaba nadie. Más tarde tendrían una reunión a la que sería el último en llegar. Era más valioso que los otros miembros del equipo. Alquiló un auto y otra vez fue a Washington, mirando constantemente por el espejo retrovisor y tomando la salida equivocada para ver si alguien lo seguía. No, nadie lo seguía. Dio marcha atrás y retomó el camino correcto. Como siempre, no había moros en la costa. Por otra parte, si alguien lo estaba siguiendo sus métodos serían tan sofisticados que no tendría la menor oportunidad de sobrevivir. Sabía cómo funcionaban esas cosas: vehículos múltiples, incluso uno o dos helicópteros. Pero la oposición invertía tanto tiempo y recursos solamente cuando sabía mucho —lleva tiempo organizarse— y, para saber mucho, la CIA tendría que haberse infiltrado muy bien en su grupo. Los israelíes eran los únicos capaces de eso —al menos eso temían todos los integrantes del movimiento terrorista—, pero con los años un proceso brutalmente darwiniano había segado las vidas de los intrépidos. El Mossad israelí jamás empalidecía ante el derramamiento de sangre musulmana. Él mismo habría muerto mucho tiempo atrás de haber sido descubierto por esa agencia. Al menos eso pensaba, sin dejar de mirar por el espejo retrovisor, astucia permanente que hasta ahora le había salvado la vida.

Antes de la caída del sha su propio servicio de inteligencia, el Savak, fue entrenado por el Mossad... y no todos los miembros del

Savak fueron ejecutados con el advenimiento del nuevo régimen islámico. Los sobrevivientes habían transmitido sus técnicas a gente como Estrella de Cine, y la verdad del asunto era que era muy fácil de entender. Cuanto más importante la misión, más cautela requería. Si uno quería evitar que lo detectaran tenía que hacerse invisible. ¿Cómo lograrlo? Fácil. En un país secular, no siendo obviamente devoto. En un país cristiano o judío, no siendo musulmán. En una nación que había aprendido a desconfiar de la gente de Medio Oriente, ser de cualquier otro lugar... o mejor aún, ser sincero hasta cierto punto. Sí, nació *allí*, pero soy cristiano, o baha'i, o kurdo, o armenio, y *ellos* persiguieron con crueldad a mi familia, y por eso vine a Estados Unidos, la tierra de las oportunidades, para experimentar la verdadera libertad. Si uno seguía esas sencillas reglas la oportunidad se volvía absolutamente real, porque Estados Unidos siempre facilitaba las cosas. Ese país daba la bienvenida a los extranjeros con una amplitud de espíritu que a Estrella de Cine le recordaba la ley de hospitalidad de su país.

Y allí estaba, en campo enemigo, y sus dudas desaparecieron dando paso a un entusiasmo que le aceleró el ritmo cardíaco y lo obligó a sonreír. Era *el mejor* en lo suyo. Los israelíes, habiéndolo entrenado de segunda mano, jamás habían logrado acercarse a él, y si ellos no habían podido... ¿qué quedaba para los norteamericanos? Sólo había que tener mucho cuidado.

En cada equipo de tres había un hombre como él, no con tanta experiencia desde luego, pero casi. Un hombre capaz de alquilar un auto y conducir correctamente. Capaz de ser cortés y amistoso con todos los que conocía. Capaz de mostrarse compungido y disculparse si un policía lo paraba, capaz de preguntarle qué había hecho mal y luego preguntar algunas direcciones, porque la gente recuerda mucho más las hostilidades que las amabilidades. Capaz de adjudicarse una profesión respetable, médico o ingeniero por ejemplo. Era fácil... si uno tenía cuidado.

Estrella de Cine llegó a su primer destino, un hotel mediano en las afueras de Annapolis, donde se registró bajo el nombre de Dieter Kolb. Los norteamericanos eran tan tontos. Hasta los policías creían que todos los musulmanes eran árabes, olvidando sistemáticamente que Irán era un país ario... la misma identidad étnica que Hitler había anhelado para su nación. Fue a su habitación y miró el reloj. Si todo marchaba de acuerdo a los planes se reunirían dentro de dos horas. Para asegurarse, llamó a todas las aerolíneas y preguntó el horario de llegada de los vuelos. Todos llegarían puntuales. Podrían tener problemas en la aduana o retrasarse por el tránsito, pero estaba previsto en el plan. Era un plan sumamente cauteloso.

Iban en camino al próximo destino: Atlantic City, Nueva Jersey, donde había un inmenso centro de convenciones. Los numerosos automóviles "conceptuales" y últimos modelos eran trasladados en remolques tradicionales, convenientemente enfundados para prevenir cual-

quier daño eventual. Uno de los representantes de la fábrica estaba releendo los comentarios manuscritos que la empresa había solicitado a la gente que se detenía a mirar sus productos. Se restregó los ojos. Jaqueca, estornudos... Esperaba no estar incubando una gripe. También le dolía un poco el cuerpo. Qué otra cosa podía esperar después de haber pasado todo el día parado debajo del acondicionador de aire.

El telegrama oficial no lo sorprendió. El secretario de Estado norteamericano pedía una entrevista oficial con su gobierno para discutir temas de interés mutuo. Zhang sabía que no habría manera de evitarla. Lo mejor sería recibirlos amigablemente, declararse inocentes... y averiguar con extrema delicadeza si el presidente Ryan se había confundido al hablar o efectivamente había cambiado la antigua política norteamericana en su conferencia de prensa. Imaginaba que ese tema lateral mantendría ocupado a Adler algunas horas. El norteamericano probablemente se ofrecería a mediar entre Beijing y Taipei con el objetivo de tranquilizar los ánimos paulatinamente. Eso sería muy útil.

Por el momento las prácticas continuaban, aunque con mayor respeto explícito hacia el espacio neutral entre ambas fuerzas armadas. La cosa todavía estaba caliente. El embajador de la RPCH ya había explicado en Washington que ellos no habían hecho nada malo, no habían disparado *primero* y no tenían el menor deseo de iniciar hostilidades. El problema estaba en la provincia rebelde y si Estados Unidos accediera a la única solución obvia —hay *una* sola China— las cosas se resolverían de manera clara y sencilla.

Pero hacía tiempo que Estados Unidos sostenía una política que no tenía sentido para ninguno de los países involucrados, pretendiendo ser amigable con Beijing y con Taipei, tratando a esta última como nación inferior que era pero sin decidirse a llegar a la conclusión lógica. En cambio, Estados Unidos decía que sí, que había una sola China, pero que esa sola China no tenía derecho a imponerse sobre la “otra” China que, de acuerdo con la política oficial norteamericana, ni siquiera existía. Tal era la incoherencia norteamericana. Sería un placer comentárselo al secretario Adler en persona.

—“La República Popular China agradece el honor de recibir al secretario Adler en atención a los intereses de paz y estabilidad regional”. Bueno, muy encantador de su parte —dijo Ryan. Eran las nueve de la noche y todavía estaba en su despacho, preguntándose qué programa de televisión estarían viendo sus hijos sin él. Le devolvió el mensaje a Adler.

—¿Está completamente seguro de que fueron ellos? —le preguntó Adler al almirante Jackson.

—Si vuelvo a pasarla, la cinta de video se desintegrará.

—Sabe, a veces la gente se equivoca.

—Señor, ésta no es una de esas veces —replicó Robby, preguntándose si tendría que volver a pasar el video—. Y hace tiempo que están ejercitando su flota.

—¿Ah, sí? —preguntó Ryan.

—Al punto tal que deben haber estropeado muchos equipos. No son tan buenos como nosotros en mantenimiento. Además, están usando enormes cantidades de combustible. ¿Por qué tanta alharaca? El tema de la aerolínea me parece una gran excusa para hacer volver los barcos al puerto.

—Orgullo nacional —sugirió Adler—. Salvar las apariencias.

—Bueno, desde entonces han reducido en cierto modo las operaciones. No se acercan para nada a la línea que les mostré. Los taiwaneses están en estado de alerta. Demonios, tal vez sea eso —opinó el J-3—. Uno no ataca al enemigo enfurecido. Espera que se relaje un poco.

—Rob, dijiste que un ataque real era imposible —acotó Ryan.

—Jack, dado que no puedo conocer sus intenciones tengo que guiarme por sus capacidades. Pueden presentar batalla en el estrecho y salir ganando. Tal vez eso ejercería la presión política necesaria para que Taiwan hiciera algunas concesiones. Mataron gente —recordó Jackson—. Seguro, no valoran la vida humana como nosotros, pero cuando uno mata gente inevitablemente cruza otra línea invisible... y ellos saben qué sentimientos *nosotros* al respecto.

—Movamos el portaaviones —dijo Adler.

—¿Por qué, Scott?

—Señor presidente, así tendría un as en la manga. Demostraría que nos lo tomamos en serio. Como acaba de decirnos el almirante Jackson, nos tomamos en serio la pérdida de vidas humanas y ellos tendrán que aceptar el hecho de que no queremos y *no permitiremos* que las cosas pasen a mayores.

—¿Qué pasaría si de todos modos presionan... si hay otro “accidente” que podría implicarnos?

—El presidente está hablando de operaciones y las operaciones son mi negocio —se adelantó a responder Jackson—. Posicionaríamos a *Ike* al este de la isla. Así no podrían hundirlo por accidente. Tendrían que atravesar tres cinturones de defensa para hacerlo: las fuerzas taiwanesas sobre el estrecho, Taiwan propiamente dicho y la pared del batallón. También podría colocar un Aegis en el extremo del estrecho para tener cobertura completa de radar. Es decir, si recibimos la orden de mover a *Ike*. Sería una gran ventaja para Taiwan. Bueno, son cuatro escuadrones de aviones de combate, más la cobertura del radar. Creo que se sentirían más seguros.

—Y además me permitiría jugar mejores cartas si tengo que ir y venir —concluyó el secretario.

—Pero el Índico quedaría descubierto. Hace tiempo hicimos lo mismo —Robby volvía constantemente sobre el tema.

—¿No tenemos nada más en el Índico? —preguntó Jack, dándose cuenta de que tendría que haberlo averiguado mucho antes.

—Un crucero, el *Anzio*, dos cazatorpederos, y dos fragatas encargadas de proteger un grupo de apoyo con base en Diego García. Jamás dejamos descubierta la base de DG estando allí los barcos de repositionamiento. Tenemos 668 submarinos pequeños en el área. Lo

suficiente para impresionar, pero no para proyectar poder. Señor Adler, usted entiende la importancia de un portaaviones.

Adler asintió.

—La gente se los toma muy en serio. Por eso creo que debemos mandarlo a China.

—Creo que tiene razón, Rob. ¿Dónde está *Ike* ahora?

—Entre Australia y Sumatra, aproximándose al estrecho de Sunda. Se supone que la práctica SOUTHERN CUP debe simular un ataque de India contra su costa noroeste. Si lo movemos ahora, estará en Formosa dentro de cuatro días y dos horas.

—Entonces movámoslo, Rob, a toda velocidad.

—Está bien, señor —aceptó Jackson, todavía con dudas visibles en el rostro. Señaló el teléfono y, después de recibir un gesto afirmativo, llamó al Centro Nacional de Comando Militar—. Habla el almirante Jackson con órdenes de la Autoridad Nacional al Mando. Ejecutar GERYHOUND BLUE. Es una orden, coronel —Robby escuchó y asintió—. Muy bien, gracias. —Miró al presidente—. De acuerdo, *Ike* girará al norte dentro de aproximadamente diez minutos y avanzará a toda marcha en dirección a Taiwan.

—¿Tan rápido? —Adler se permitió mostrar su asombro.

—El milagro de las comunicaciones modernas... Además, ya habíamos enviado órdenes de alerta al almirante Dubro. No pasarán inadvertidos. Las características de la zona no lo permitirán —les advirtió.

—La prensa no nos perjudicará —dijo Adler—. Ya lo hemos hecho antes.

—Bueno, aquí tienes la carta para jugar en Beijing y Taipei —dijo Ryan después de haber dado otra orden ejecutiva, aunque un poco preocupado por las dudas de Robby. Lo más difícil sería el abastecimiento de combustible. Tendrían que mandar también una flota de reabastecimiento.

—¿Dejará traslucir que sabemos lo de la aerolínea?

Adler negó en forma terminante.

—No, definitivamente no. Se sentirán desconcertados si piensan que no sabemos.

—¿Ah, sí? —el presidente no pudo disimular su asombro.

—Y así podré decidir *cuándo* nos “daremos cuenta”, jefe. Y cuando eso suceda tendré otro as en la manga... jugaré un gran partido, ya verán. —Se dio vuelta—. Almirante, no sobrestime la inteligencia de su enemigo. Los diplomáticos como yo no sabemos tanto sobre los aspectos técnicos militares. Lo mismo vale para los diplomáticos de otros países. La mayoría de nuestras capacidades son un misterio para ellos.

—Tienen agentes secretos —objetó Jackson.

—¿Cree que les prestan atención? ¿Acaso nosotros lo hacemos?

El J-3 aceptó a disgusto la lección y la archivó para usos futuros.

Sucedió en un enorme centro de compras, un invento norteameri-

cano que parecía diseñado para operaciones secretas con sus innumerables entradas, el bullicio de la gente y la sensación de anonimato casi perfecto. La primera cita nunca era una reunión propiamente dicha. Sólo se establecía contacto visual a una distancia no menor de diez metros. Los miembros de cada grupo confirmaron sus respectivas identidades y luego se aseguraron de que nadie los estaba vigilando. Una vez hecho eso volvieron a sus hoteles. La verdadera reunión tendría lugar al día siguiente.

Estrella de Cine estaba exultante. La audacia del plan era en verdad excitante para él. No se parecía en nada a la tarea relativamente simple de ingresar un estúpido hombre-bomba —*perdón, un mártir heroico*, se corrigió enseguida— a Israel. Lo más bello de todo era que, si detectaba a uno de sus equipos, el enemigo no podría arriesgarse a ignorarlo. Uno podía *forzar* al enemigo a mostrarse y lo mejor sería hacerlo mientras su gente todavía no hubiera hecho otra cosa que entrar al país con pasaportes falsos.

A la mierda con las dudas, se dijo el líder de la operación. Lo único importante era esa áspera belleza de estar listo para escabullirse en la cueva del león y bailar frente a sus fauces. Sólo por *eso* seguía en el negocio del terrorismo. ¿En la cueva del león? Sonrió a los autos que pasaban. Ellos no lo sabían, pero él robaría los *cachorros* del león.

—¿Entonces qué van a hacer? —preguntó Cathy en la oscuridad.

—Scott viajará a China mañana por la mañana —respondió Jack, acostándose junto a ella. La gente decía que el presidente de Estados Unidos era el hombre más poderoso del mundo, pero al final de cada día el ejercicio de ese magnífico poder lo dejaba inexorablemente exhausto. Ni siquiera en Langley se había cansado tanto.

—¿Para decir qué?

—Para tratar de que se calmen y controlar la situación.

—¿Estás seguro de que deliberadamente...?

—Sí. Robby está positivamente seguro, igual que tú con tus diagnósticos —confirmó su marido, mirando el cielorraso.

—¿Y vamos a negociar con ellos? —preguntó SURGEON.

—Tenemos que.

—Pero...

—Querida, algunas veces... diablos, *cada vez* que un estado nacional comete asesinato sale libre de culpa y cargo. Se supone que debo considerar “el cuadro completo”, “los temas mayores”, etcétera.

—Es espantoso —dijo Cathy.

—Sí, claro que es espantoso. Hay que jugar de acuerdo con las reglas del juego. Si uno mete la pata, sufre más gente. Uno no puede tratar a un estado nacional como a un criminal. Hay miles de norteamericanos allí, hombres de negocios y cosas por el estilo. Si me paso del límite podría pasarles algo desagradable... y además las cosas empeorarían —le explicó POTUS.

—¿Hay algo peor que matar gente?

Jack no tenía respuesta para eso. Había llegado a aceptar el

hecho de no tener respuesta para las conferencias de prensa, para el pueblo norteamericano, incluso para su propio staff. Ahora tampoco tenía respuesta para una pregunta simple y lógica de su esposa. ¿El hombre más poderoso del mundo? Seguro. Y así terminó otro día en el 1600 de Pennsylvania Avenue.

Hasta la gente importante se descuida, eventualidad muchas veces facilitada por la creatividad de los cuidadosos. La Oficina Nacional de Reconocimiento estaba trabajando duro para investigar dos lugares. Constantemente recibía miles de imágenes de Medio Oriente y del Estrecho de Formosa que sus expertos en investigación fotográfica debían examinar una por una en el nuevo edificio en las proximidades del aeropuerto Dulles. Otra tarea más que no podía hacerse por computadora. La preparación de los militares de la RIU se había convertido en prioridad número uno para el gobierno norteamericano y formaba parte de la SNIE —Estimación Especial de Inteligencia— ordenada por la Casa Blanca. Debido a eso toda la atención del equipo recaía en ese sector y habían llamado personal extra para ocuparse de los otros temas. Este personal se dedicaba a estudiar las fotos que llegaban desde China. Si la RPCH decidía una avanzada militar lo advertirían inmediatamente. Las tropas saldrían a entrenarse o a realizar tareas de mantenimiento de equipos, o subirían los tanques a los trenes, o los aviones tendrían armas visibles en las alas. Una foto satelital estaba en condiciones de revelar esa clase de cosas. Más difícil era detectar barcos en el área... dado que no tenían posiciones fijas. Estados Unidos tenía tres satélites fotográficos en la región y cada uno recorría dos veces por día las áreas de interés. Los técnicos se sentían satisfechos con los resultados. Recibían información continuamente para respaldar sus estimaciones y sentían que estaban cumpliendo su deber con el presidente y con el país.

Pero no podían estar en todas partes... y uno de los lugares que no observaban era Bombay, sede de los cuarteles generales de la Armada india.

Maldición. El representante de Cobra se despertó un poco afebrado. Tardó unos segundos en orientarse. Otro motel, otra ciudad, otras luces en el cuarto. Buscó el interruptor en la oscuridad y luego se puso los anteojos. Entrecerró los ojos, molesto por la luz blanca, y buscó su valija. Sí. En el equipo de afeitar. Lo llevó al baño, retiró el papel protector que cubría el vaso y lo llenó de agua hasta la mitad. Tomó dos aspirinas. No tendría que haber bebido tanta cerveza después de cenar, se reprochó el representante de ventas, pero lo habían ayudado a cerrar un buen trato con dos golfistas profesionales. Además todo el mundo sabía que la cerveza era el mejor lubricante para el negocio del golf. Por la mañana se sentiría mejor. Era muy hábil en lo suyo, eso había que reconocerlo. Qué demonios, pensó,

volviendo a la cama. Todavía le quedaba mucho por escalar, el ritmo laboral era suave y pausado, y se daba una buena vida... además de jugar al golf prácticamente todas las semanas para demostrar la eficacia y solidez de sus palos. Ojalá la aspirina funcionara. Tenía un partido a las ocho y treinta.

STORM TRACK y PALM BOWL estaban interconectadas por un cable de fibra óptica que les permitía compartir información. En el antiguo territorio de Irak se estaba realizando otra práctica de entrenamiento, pero esta vez no se trataba de un CPX. Había tres cuerpos pesados de unidades integradas iraníes e iraquíes en el campo. Los radios indicaban que se encontraban lejos de las fronteras con Kuwait y Arabia Saudita y por eso no les habían adjudicado ningún peligro especial a sus actividades. Pero las tropas ELINT querían conocer el nivel de preparación de los comandantes que movían tanques y carros de infantería a lo largo de las anchas y secas planicies del sudeste de Bagdad.

—Buenas noticias, mayor —dijo la teniente norteamericana, pasándole un télex. Para variar, el SNIE de la RIU había generado algo positivo.

Doscientas millas al noroeste de Kuwait, en un lugar cinco millas al sur de la “lisera” —una duna levantada por el hombre, en realidad— que marcaba el límite entre el Reino y la RIU, se había detenido un camión de grandes dimensiones. Los tripulantes habían descendido, conectado la extensión a la rampa de lanzamiento y disparado su “zángano” Predator. Pero “zángano” era un término obsoleto. Ahora se denominaba UAV —Vehículos Aéreos Sin Piloto— a esos pequeños espías de color azul grisáceo. Les llevó veinte minutos colocar las alas, revisar los circuitos electrónicos y encender el motor. Una vez lanzado, tomó rápidamente altura y se dirigió al norte.

Producto de tres décadas de investigación, el Predator era esencialmente clandestino y muy difícil de detectar por radar debido a su pequeño tamaño, a la inclusión de material radar-absorbente en su diseño y al hecho de que su velocidad operativa era tan lenta que los radares modernos controlados por computadoras, si llegaban a captarlo, lo clasificaban como un pájaro y consecuentemente lo borraban de su esfera de acción. Además, estaba pintado con el mismo producto anulador de rayos infrarrojos que acostumbraban usar en la Armada. Era a la vez feo y muy pegajoso —los técnicos tenían que cepillarle la arena a su bebé todo el tiempo—, pero esos inconvenientes se equilibraban con el hecho de que el color del UAV se fundía perfectamente con el del cielo. Armado sólo con una cámara de televisión, había subido diez mil pies y cruzado al norte bajo el control de otro equipo en STORM TRACK, con el objetivo de vigilar de cerca las prácticas militares de la RIU. Sin duda era una violación técnica de la soberanía del nuevo país, pero las dos libras de explosivo que llevaba el UAV garantizarían su destrucción si descendía en un lugar inadecuado y nadie podría saber quién había sido. Una antena direccional enviaba las

“tomas” de la cámara a los receptores localizados en el Reino.

El cable de fibra óptica transmitía las mismas señales a PALM BOWL, y cuando una oficial de la USAF encendió el monitor de la sala, pudieron ver el mismo paisaje desdibujado mientras el Predator era guiado a destino por sus operadores.

—Será útil ver si saben lo que hacen —le comentó la teniente al mayor Sabah.

—Será mejor ver que no saben —replicó el oficial kuwaití. Muchos miembros de su extensa familia habían empezado a preocuparse. Debido a eso, sus fuerzas armadas se entrenaban día y noche. Igual que los sauditas, los ciudadanos kuwaitíes que habían acudido entusiastamente a manejar los equipos militares que su pequeño pero rico país pudo obtener sentían que el mantenimiento de los tanques era una tarea para hombres inferiores, pero, a diferencia de sus primos sauditas, tenían experiencia de perdedores y conquistados. Muchos de ellos habían perdido familiares, y la buena memoria era característica de esa parte del mundo. Por esa razón se entrenaban con decisión y ahínco. Pero aún no alcanzaban el nivel de los norteamericanos que les enseñaban ni el de los israelíes que los miraban compasivamente a distancia. El mayor Sabah lo sabía. Antes que nada habían aprendido a disparar... y gastado mucha pólvora en el intento. Luego se habían dedicado a maniobras y combate en movimiento. Tampoco lo hacían muy bien, pero bueno, estaban aprendiendo.

—SWORDSMAN está levantado —Andrea Price escuchó la frase cotidiana por su auricular. Estaba en la cocina con sus subordinados, bebiendo café de pie junto a una de las mesadas de acero inoxidable utilizadas para cocinar—. ¿Roy?

—Otro día de rutina —dijo el agente especial Altman—. Tiene programadas tres cirugías por la mañana y una conferencia para algunos médicos españoles por la tarde... de la Universidad de Barcelona, son diez, ocho varones, dos mujeres. Chequeamos los nombres con la policía española. Están limpios. No se reportan amenazas especiales contra SURGEON. Parece un día normal de trabajo.

—¿Mike? —El agente especial Michael Brennan era jefe de la Subcustodia de Little Jack.

—Bueno, SHORTSTOP tiene un examen de biología y una práctica de baseball después de clase. Es bastante bueno con el guante... pero no podría decirse lo mismo del bate —agregó el agente—. Por lo demás, es un día igual a cualquier otro.

—¿Wendy? —La agente especial Gwendolyn Merritt se ocupaba de Sally Ryan.

—SHADOW tiene examen de química. Está muy interesada en Kenny. Es un lindo chico, aunque necesita un corte de cabello y una corbata nueva. Está pensando en integrar el equipo femenino de vilorta. —Algunos quedaron estupefactos ante la revelación. ¿Cómo proteger a alguien perseguido por un grupo de adolescentes con palos?

—¿Podría repetirme cómo es el entorno familiar de Kenny?
—preguntó Price. Ni siquiera ella podía recordar todo.

—Padre y madre abogados, tema impositivo principalmente.

—SHADOW tendrá que mejorar su gusto —observó Brennan, provocando la carcajada general. Era el bromista del grupo—. Allí sí que hay una amenaza potencial, Wendy.

—¿Qué? ¿Cuál?

—Si POTUS promulga la nueva ley impositiva... sus consuegros quedarán en la calle.

Andrea Price hizo otra marca en su lista matutina.

—¿Don?

—La rutina de todos los días: Lápiz I. Todavía no me conformo con el lugar, Andrea. Quiero más gente, uno más adentro y dos más en la zona sur —anunció Don Russell—. Estamos demasiado expuestos. No tenemos suficiente profundidad defensiva. El perímetro exterior es esencialmente el único y no me siento cómodo con eso.

—SURGEON no quiere que superpoblemos el lugar. Están tú y dos agentes adentro, tres para apoyo inmediato y un agente de vigilancia al otro lado de la calle —le recordó Price.

—Quiero tres más, Andrea. Estamos demasiado expuestos —repetió Russell. Su voz sonaba razonable y profesional como siempre—. La familia tiene que prestarnos atención en cuestiones profesionales.

—¿Qué te parece si mañana por la tarde paso a echar un vistazo nuevamente? —preguntó Price—. Si estoy de acuerdo, hablaré con el Jefe.

—Bueno.

—¿Hubo más problemas con la señora Walker?

—Sheila trató de preparar un petitorio con el resto de los padres del Giant Steps... para sacar a SANDBOX del jardín o algo así. Pero la señora Daggett recibió muchas cartas de apoyo y más de la mitad de los padres conocen a los Ryan y los aprecian. De modo que se acabó el problema por ese lado. ¿Sabes cuál es el único problema verdadero?

—¿Cuál, Don?

Sonrió.

—A esa edad... a veces me doy vuelta y los chicos se mueven y cuando vuelvo a mirar... bueno, no podría decir cuál es SANDBOX con absoluta seguridad. Sabes que sólo hay dos cortes posibles de cabello para las niñas pequeñas y que la mayoría de las madres piensan que Oshkosh es la única fábrica de ropa para niños.

—Don, es cosa de mujeres —observó Wendy—. Si la primera Niña lo usa, tienen que estar a la moda.

—Probablemente pasa lo mismo con el pelo —agregó Andrea—. A propósito, olvidé decirte que Pat O'Day quiere hacer un pequeño torneo contigo —le dijo al miembro más añoso de la Custodia Personal.

—¿El tipo del FBI? —los ojos de Russell se iluminaron—. ¿Dónde? ¿Cuándo? Dile que traiga dinero, Andrea —Russell pensó que tenía derecho a divertirse un poco. Hacía siete años que no perdía un torneo de pistola... y el último lo había perdido por la gripe.

—¿Estamos listos? —les preguntó Andrea.

—¿Cómo anda el Jefe? —preguntó Altman.
—Lo mantienen bastante ocupado. Duerme muy poco.
—¿Quieres que hable con SURGEON al respecto? Sabe cuidarlo muy bien —le dijo Roy.
—Bueno...
—Sé cómo hacerlo. Hola, doctora Ryan, ¿el Jefe se encuentra bien? Esta mañana parecía un poquito cansado... —sugirió Altman.
Los cuatro agentes se miraron. Ocuparse del presidente era el más delicado de sus deberes. Este presidente escuchaba a su esposa casi como un marido normal. ¿Entonces por qué no aliarse con SURGEON? Los cuatro asintieron al unísono.
—Adelante —respondió Price.

—Hijo de puta —murmuró el coronel Hamm.
—Lo sorprendieron, ¿no? —le preguntó con delicadeza el general Diggs.
—¿Tienen un impostor ahí adentro? —quiso saber el CO del Blackhorse.
—No, pero también me sorprendieron a mí, Al. No dejaron que nadie se enterara de que habían recibido entrenamiento IVIS. Bueno, yo me enteré anoche.
—Buen tipo, señor.
—La sorpresa fue por ambas partes, coronel —le recordó Diggs.
—¿Cómo *diablos* consiguieron fondos para eso?
—Gracias a sus senadores “hada madrina”, supongo.

Las unidades visitantes no llevaban sus propios equipos a Fort Irwin por la obvia razón de que era demasiado costoso transportarlos ida y vuelta. Por lo tanto utilizaban vehículos de la base. Todos los vehículos tenían IVIS —Sistema de Información Intervehicular—, un sistema que proyectaba información de batalla por computadora al interior de los tanques y Bradleys. El IVIS era un adelanto que el 11 de Caballería había incluido exclusivamente en sus vehículos (los verdaderos, no los que utilizaban para simulacros) seis meses atrás. Aunque al parecer se trataba de un sistema simple de transmisión de datos, ofrecía a la tripulación una vista general del campo de batalla y en pocos segundos transformaba la información de reconocimiento en conocimiento aplicable. Con el IVIS, la información dejaba de quedar a cargo de un comandante de unidad distraído y abrumado. Ahora los sargentos sabían todo lo que hacía el coronel y, como de costumbre, la información era la ventaja más valiosa conocida por el hombre. Los operadores de tanques de la Guardia de Carolina habían sido entrenados para usar el IVIS... igual que los del Blackhorse, pero sus vehículos pseudosoviéticos no contaban con él.

—Coronel, acabamos de comprobar la eficacia del sistema. Lo derrotó *a usted*.

El simulacro de combate había sido particularmente sangriento. Hamm y su oficial de operaciones prepararon una terrible emboscada que el enemigo detectó y evitó, proponiendo luego una batalla de

maniobras que descolocó a la FuOp. El temerario contraataque de uno de sus comandantes de escuadrón les salvó el honor permitiéndoles eliminar a la mitad de la Fuerza Azul, pero de todos modos no alcanzó. Esa primera noche ganaron los buenos y festejaron a los saltos, como si de un partido de basketball se tratara.

—La próxima vez estaré prevenido —prometió Hamm.

—La humildad es buena para el alma —dijo Marion Diggs, disfrutando la salida del sol.

—La muerte es mala para el cuerpo, señor —le recordó el coronel.

—*Buaaaaahhh* —bromeó Diggs, burlándose un poco. Incluso Al Hamm necesitaba recibir lecciones de vez en cuando.

Se tomaron su tiempo. Estrella de Cine se encargó del alquiler de los vehículos. Tenía cuatro pasaportes iguales y alquiló cuatro: tres automóviles comunes de cuatro puertas y una camioneta U-Haul. Los tres automóviles eran iguales a los de los padres que iban a buscar a sus hijos a la guardería. La camioneta era para escapar... eventualidad que ahora consideraba probable y no meramente posible. Sus hombres eran más astutos de lo que había creído. Al pasar frente al objetivo en sus autos alquilados habían captado la totalidad de la escena por el rabillo del ojo, sin darse vuelta para mirar. Gracias a eso sabían cómo era exactamente el modelo que habían construido en sus cabezas basándose en las fotografías que él mismo había tomado. El hecho de pasar junto al objetivo fortalecería la imagen mental que se habían hecho y acrecentaría su confianza. Una vez cumplida esa primera fase del plan tomaron la Ruta 50 y se dirigieron a una granja solitaria al sur de Anne Arundel.

Los vecinos creían que el propietario de la granja era un judío nacido en Siria, pero en realidad era un agente doble que vivía allí desde hacía once años. En los últimos tiempos había comprado legalmente armas y municiones, afortunadamente antes de que se promulgaran las leyes restrictivas sobre algunos modelos... leyes que de todos modos hubiera podido evadir. En el bolsillo de la chaqueta tenía boletos de avión con otro nombre y otro número de pasaporte. La granja sería el último punto de encuentro. Allí llevarían a la niña. Luego, seis de ellos saldrían inmediatamente del país en vuelos separados y los tres restantes subirían al automóvil del dueño de la granja para trasladarse a otro sitio predeterminado donde esperarían el desarrollo de los acontecimientos. Estados Unidos era un país vasto, con muchos caminos. Los teléfonos celulares eran difíciles de rastrear. Les harían la vida imposible a sus perseguidores, pensaba Estrella de Cine. Y si las cosas llegaban demasiado lejos ya sabría qué hacer. El equipo encargado de la niña tendría un teléfono. Él tendría dos, uno para llamadas breves al gobierno norteamericano y otro para llamar a sus amigos. Exigirían muchas cosas a cambio de la vida de la niña, lo suficiente para sembrar el caos en todo el país. Tal vez la liberaran finalmente. No estaba seguro, pero suponía que era posible.

Predador/Presa

La CIA tiene su propio departamento fotográfico, por supuesto. Las fotografías tomadas por Domingo Chávez desde la ventanilla del avión fueron reveladas por el técnico mediante un procedimiento apenas diferente del utilizado por las casas de fotos y luego procesadas en un equipo estándar. Allí terminó el tratamiento de rutina. La película de 1200 ASAS produjo imágenes de mala calidad, imposibles de entregar a los tipos del séptimo piso. Los empleados del departamento fotográfico conocían la orden de prescindibilidad y sabían que la mejor manera de evitar un despido, allí y en todas partes, era volverse indispensable. De modo que el rollo revelado fue a parar a un sistema de ampliación computarizada que tardó sólo tres minutos para convertir cada fotografía en algo parecido a lo que hubiera obtenido un experto con una Hasselblad en el ámbito de un estudio. Menos de una hora después de haber recibido el rollo, el técnico produjo una lámina de fotos de ocho por diez que permitió identificar positivamente al pasajero como el ayatollah Mahmoud Haji Daryaei y obtener una imagen del avión tan clara y dramática que el fabricante podría haberla incluido en su folleto de ventas. Posteriormente el rollo fue colocado en un sobre y enviado al depósito de seguridad. Las fotos fueron almacenadas en formato digital y su identidad precisa —fecha, hora del día, localización, fotógrafo y tema— fue codificada en un registro de computadora para ser utilizada como referencia. Era el procedimiento estándar. Hacía tiempo que el técnico había dejado de preocuparse por lo que revelaba, aunque todavía le llamaban la atención las poses adoptadas por alguna gente para seducir a la cámara... pero ese tipo no era como los demás. Había oído decir que Daryaei no se interesaba demasiado por las chicas ni los chicos y la expresión hosca de su cara lo confirmaba. Sin embargo tenía buen gusto para los aviones, ése parecía un G-IV nada menos. Qué raro, tenía un código de registro suizo en la cola...

Cuando las fotos subieron al séptimo piso, inmediatamente apartaron un grupo completo para someterlo a otra clase de análisis. Un médico las examinaría escrupulosamente. Algunas enfermedades dejaban rastros visibles y la CIA jamás había dejado de interesarse por la salud de los líderes extranjeros.

—...El secretario Adler viajará a Beijing esta misma mañana —les dijo Ryan. Arnie *le había dicho* que, por desagradable que le

resultara aparecer en los noticieros, ser visto por televisión cumpliendo tareas presidenciales sería políticamente positivo para él...y eso, siempre según Arnie, redundaría en una mayor eficacia en su trabajo. El presidente también recordaba haber oído decir a su madre lo importante que era ir al dentista dos veces por año, y así como el olor del consultorio odontológico basta para asustar a cualquier niño él había llegado a detestar la humedad de esa sala. Las paredes chorreaban, algunas ventanas estaban desvencijadas y, en síntesis, ese sector del Ala Oeste de la Casa Blanca estaba tan ordenado y bien cuidado como el depósito de mantenimiento de un colegio secundario, cosa que los ciudadanos jamás adivinarían viéndolo por televisión. Aunque estaba a pocos metros de su despacho, nadie se preocupaba por mantenerlo en condiciones. Los periodistas eran tan desaliñados, opinaba el staff, que la limpieza no tenía la menor importancia. Diablos, obviamente a los periodistas les importaba un bledo el aseo.

—Señor presidente, ¿sabemos algo más sobre el incidente de la aerolínea?

—Ya han concluido el recuento de cadáveres. Han recuperado las grabaciones del vuelo y...

—¿Tendremos acceso a la información de la caja negra?

—¿Por qué demonios la llamaban negra si era *anaranjada*? Jack siempre se lo había preguntado sin obtener jamás una respuesta sensata.

—Hemos pedido acceso —respondió— y el gobierno de la República China ha prometido cooperación. No tienen por qué hacerlo. El avión está registrado en ese país y es de fabricación europea. Pero intentan colaborar con nosotros, cosa que agradecemos. Quisiera agregar que ninguno de los norteamericanos sobrevivientes corre peligro... Algunos han sufrido lesiones importantes, pero nadie está en peligro de muerte.

—¿Quién derribó el avión? —preguntó otro periodista.

—Todavía estamos analizando la información y...

—Señor presidente, la Armada tiene dos Aegis en el área. Debe tener idea de lo que ocurrió. —Ése había hecho las tareas escolares.

—No estoy en condiciones de hacer comentarios al respecto. El secretario Adler discutirá el incidente con las partes involucradas. Ante todo queremos asegurarnos de que no se pierdan más vidas.

—Señor presidente, usted *tiene* que saber más de lo que dice. Catorce norteamericanos murieron en el incidente. El pueblo norteamericano tiene derecho a saber por qué.

Lo peor de todo era que tenía razón. Pero Ryan tuvo que esquivar la respuesta:

—Todavía no sabemos qué pasó exactamente. No puedo hacer declaraciones hasta que lo sepamos. —Lo cual era filosóficamente cierto. Sabía quién había disparado. No sabía por qué.

—El secretario Adler regresó ayer de algún lugar desconocido. ¿Por qué mantuvo su viaje en secreto? —Otra vez Plumber, retomando la pregunta del día anterior.

Voy a matar a Arnie por exponerme de este modo todo el tiempo.

—John, el secretario estuvo realizando importantes consultas. Es todo lo que puedo decir al respecto.

—Estuvo en Medio Oriente, ¿no?

—La próxima pregunta, por favor.

—Señor, el Pentágono acaba de anunciar que el portaaviones *Eisenhower* se dirige al Mar Meridional de China. ¿Usted ordenó ese traslado?

—Sí, yo lo ordené. Creemos que la situación exige atención. Tenemos intereses vitales en esa región. Quiero señalar que no tomamos partido en la disputa y que sólo queremos proteger nuestros intereses.

—¿El traslado del portaaviones enfriará las cosas o las calentará todavía más?

—Es obvio que no intentamos empeorar las cosas sino mejorarlas. Sería útil que ambas partes den un paso atrás y piensen lo que están haciendo. Se han perdido vidas —les recordó el presidente—. Algunas de esas vidas eran norteamericanas. Por eso estamos directamente interesados en el tema. Tenemos gobierno y fuerzas armadas para proteger las vidas de los ciudadanos y los intereses del país. Las fuerzas navales que se dirigen a la región observarán el desarrollo de los acontecimientos y realizarán entrenamiento de rutina. Eso es todo.

Zhang Han San volvió a mirar su reloj y pensó que era una hermosa manera de concluir un día de trabajo... viendo al presidente norteamericano hacer exactamente lo que él deseaba que hiciera. China había cumplido sus obligaciones con ese bárbaro Daryaei. Por primera vez en veinte años no había presencia naval norteamericana en el Océano Índico. El ministro del Exterior norteamericano abandonaría Washington dentro de una o dos horas. Otras dieciocho horas de vuelo a Beijing y comenzaría el intercambio de perogrulladas. Vería cuántas concesiones podía obtener de Estados Unidos y ese Estado títere de Taiwan. Tal vez pocas pero buenas, pensó. Pero siempre tendría el problema de la omnipresencia norteamericana...

Adler estaba en su despacho. Sus valijas ya habían sido trasladadas al automóvil oficial que lo llevaría a la Casa Blanca, donde abordaría un helicóptero hasta la Base Andrews después del consabido apretón de manos presidencial y una brevísima declaración de despedida, blanda como harina de avena. Cuanto más dramática la despedida mejor se vería por televisión; de ese modo su misión parecería más importante y produciría arrugas adicionales en su traje... pero la tripulación de la Fuerza Aérea siempre llevaba una plancha a bordo del avión.

—¿Qué sabemos? —preguntó el subsecretario Rutledge.

—Según informes fehacientes del radar de la Armada, el misil fue disparado por un avión de la RPCH. No sabemos por qué, pero el almirante Jackson asegura que no fue accidental.

—¿Cómo fue lo de Teherán? —preguntó otro secretario asistente.
—Equívoco. Redactaré mi informe en el vuelo y se los mandaré por fax —Adler también sufría la presión del tiempo y no había podido evaluar convenientemente su encuentro con Daryaei.

—Lo necesitaremos si es que vamos a colaborar con la SNIE —señaló Rutledge. Quería *ese* documento. Con él, Ed Kealty podría probar que Ryan acudía a sus viejos trucos y jugaba al agente secreto, induciendo a Scott Adler a acompañarlo. La llave que destruiría la legitimidad política de Ryan no podía estar lejos. Se estaba defendiendo y contraatacaba bien, indudablemente gracias al entrenamiento que le prodigaba Arnie, pero su metida de pata del día anterior con respecto a China había revolucionado a todo el edificio. Como toda la gente de Estado, deseaba que Taiwan desapareciera del mapa —literalmente— para que Estados Unidos pudiera mantener relaciones normales con la nueva superpotencia mundial.

—Una cosa por vez, Cliff.

Volvieron al tema China. Decidieron por consenso que el problema RIU quedaría relegado durante unos días.

—¿La Casa Blanca hizo algún cambio en cuanto a la política a seguir con China? —preguntó Rutledge.

Adler hizo un gesto negativo.

—No, sólo fue un modo de decir del presidente... y sí, ya sé, no tendría que haber llamado China a Taiwan, pero probablemente haya sacudido un poco el avispero en Beijing, cosa que para nada lamento. Tienen que aprender a no matar norteamericanos. Han cruzado un límite, compañeros. Una de las cosas que debo hacer es hacerles saber que tomamos en serio ciertos límites.

—A veces hay accidentes —observó alguien.

—La Armada dice que no fue un accidente.

—Vamos, señor secretario —murmuró Rutledge—. ¿Por qué demonios lo habrían hecho a propósito?

—Nuestro trabajo es, precisamente, descubrirlo. El almirante Jackson defendió muy bien su posición. Si usted es policía y tiene un ladrón armado frente a los ojos, ¿por qué habría de dispararle a la viejita que cruza la calle?

—Por accidente, es obvio —insistió Rutledge.

—Cliff, hay accidentes y accidentes. Éste mató norteamericanos y, por si alguno de ustedes lo ha olvidado, se supone que debemos tomarlo en serio.

No estaban acostumbrados a esa clase de reprimenda. ¿*Qué* le estaba pasando a Adler? El deber del Departamento de Estado era mantener la paz y evitar los conflictos que mataban millares de personas. Los accidentes eran accidentes. Por supuesto que eran una desgracia, pero sucedían, como el cáncer y los infartos. Se suponía que Estado debía considerar el cuadro global.

—Gracias, señor presidente —Ryan abandonó el podio. Una vez más había logrado sobrevivir a los dardos y flechas arrojados por los

medios. Miró su reloj. Maldición. Se había perdido la ida de los niños a la escuela —otra vez— y tampoco había podido despedirse de Cathy. ¿Dónde estaba escrito en la Constitución que el presidente no era un ser humano?, se preguntó.

Una vez en su despacho echó un vistazo a la agenda del día. Tendría que ver a Adler dentro de una hora por el tema del viaje a China. Winston vendría a las diez para analizar detalles de los cambios administrativos en el Tesoro. Arnie y Callie a las once para hablar de los discursos de la semana próxima. Almuerzo con Tony Bretano. Reunión después de almorzar con... ¿quiénes? ¿Los Anaheim Mighty Ducks? Ryan sacudió la cabeza. Ah, sí. Habían ganado la Copa Stanley y sería una buena oportunidad fotográfica para ellos... y para él. Tendría que hablar con Arnie sobre esa basura política. Hmm. Hubiera sido mejor que Ed Foley estuviera presente. Jack sonrió para sus adentros. Ed era fanático del hockey...

—Está llegando tarde —dijo Don Russell mientras Pat O'Day despedía a su pequeña Megan.

El inspector del FBI pasó junto a él, puso el abrigo y el almuerzo de Megan en su casillero, y regresó.

—Anoche se cortó la luz y esta mañana falló el despertador —explicó.

—¿Tiene un gran día por delante?

Pat hizo un gesto negativo.

—Un día de escritorio para más datos. Tengo que terminar algunas cosas... ya conoce el paño.

Ambos lo conocían. De vez en cuando tenían que editar y foliar informes, función secretarial que sólo cumplían en casos particularmente sensibles.

—Oí decir que tiene interés en un pequeño torneo —dijo Russell.

—Dicen que usted es muy bueno.

—Oh, supongo que tienen razón —suspiró Russell.

—Sí, yo también trato de acertarle al blanco.

—¿Le gusta la SigSauer?

El agente del FBI hizo un gesto negativo.

—Smith 1076 inoxidable.

—La de diez milímetros.

—Hace agujeros más grandes —señaló O'Day.

—Siempre me alcanzó con la de nueve —informó Russell. Los dos rieron.

—¿También juega al billar? —preguntó O'Day.

—Jugaba en la secundaria, Pat. ¿Fijamos el monto de la apuesta?

—Tiene que ser serio —opinó O'Day.

—¿El caso de Samuel Adams? —sugirió Russell.

—Es una apuesta honorable, señor —acordó el inspector.

—¿Qué le parece Beltsville? —Era el emplazamiento de la Academia del Servicio Secreto—. Afuera. Adentro es demasiado artificial.

—¿Competencia estándar?

—Hace años que no apunto al ojo del huracán. Tampoco espero que uno de mis custodiados sea atacado por un punto negro.

—¿Mañana? —Era un buen plan para un sábado.

—Tal vez sea demasiado pronto. Pero puedo averiguar. Lo sabré esta tarde.

—Trato hecho, Don. Y ojalá que gane el mejor. —Se dieron la mano.

—Ganará el mejor, Pat. Siempre gana. —Los dos sabían quién ganaría, aunque uno de los dos tendría que estar equivocado. También sabían que el otro siempre sería un buen tipo para tener a las espaldas y que la cerveza resultaría más fresca cuando resolvieran ese tema.

Las armas no eran totalmente automáticas. Un experto podría haberlo resuelto, pero el agente doble no era precisamente experto en armas. A Estrella de Cine y sus hombres no les importó demasiado. Eran tiradores entrenados y sabían que las automáticas sólo servían para tres rondas completas... a menos que uno tuviera brazos de gorila. Después de tres rondas el fusil saltaba hacia arriba y uno agujereaba el cielo en vez del blanco, que por otra parte aprovecharía la ocasión para disparar.

No había tiempo ni espacio para otra ronda de disparos, pero afortunadamente estaban familiarizados con ese tipo de arma: la copia china del AK-47 soviético, a su vez copia de un fusil de asalto alemán de los años '40. Disparaba cartuchos de 7.62 mm y cada cargador alojaba treinta. Los miembros del equipo habían ideado un mecanismo especial para duplicar esa cantidad, e insertaron y eyectaron varias veces los cargadores para asegurarse de su buen funcionamiento. Una vez hecho eso, repasaron el análisis del objetivo. Cada uno conocía su lugar y su tarea asignada. También conocían los peligros, pero nos los mencionaron. Tampoco hablaron de la naturaleza de la misión, observó Estrella de Cine. Estaban tan deshumanizados por los años de actividad dentro de la comunidad terrorista que, aunque ésta era la primera misión real para la mayoría de ellos, sólo pensaban en ponerse a prueba. Cómo hacerlo era lo que menos les importaba.

—Van a exigir un montón de cosas —dijo Adler.

—¿Te parece? —preguntó Jack.

—Estoy seguro. Nación más favorecida, disputas por derechos de propiedad, esa clase de cosas.

El presidente sonrió torvamente. Resultaba obsceno poner los derechos de propiedad de los discos de Barbra Streisand junto al asesinato deliberado de tanta gente, pero...

—Sí, Jack. No piensan como nosotros.

—¿Me estás leyendo la mente?

—Soy diplomático, ¿recuerdas? ¿Crees que me limito a escuchar lo que la gente dice en voz alta? Demonios, de esa manera jamás llegaríamos a negociar nada. Las negociaciones equivalen a una larga partida de naipes, tensa y aburrida a la vez.

—Estuve pensando en las vidas perdidas...
—Yo también —replicó Adler, asintiendo—. No podré dedicarme abiertamente a ese tema —sería un signo de debilidad dado el contexto— pero tampoco lo pasaré por alto.

—Scott, alguna vez me gustaría que me digas por qué demonios debemos respetar *siempre* “su” contexto cultural. ¿Por qué no respetan ellos el nuestro? —quiso saber POTUS, bastante airadamente.

—En Estado siempre ha sido así.

—Eso no responde mi pregunta —insistió Jack.

—Si insistiéramos demasiado en eso estaríamos dando elementos. El otro lado sabría cómo presionarnos. Les estaríamos dando ventaja.

—Sólo si quisiéramos. Los chinos nos necesitan tanto como nosotros a ellos... más, si pensamos en el comercio. Matar es jugar duro. Nosotros también podemos jugar duro. Siempre me pregunto por qué no lo hacemos.

El secretario de Estado se acomodó los anteojos.

—No estoy en desacuerdo con eso, pero hay que pensarlo exhaustivamente y ahora no tenemos tiempo. Estás hablando de un cambio doctrinal en la política norteamericana. Y, como bien sabrás, es imposible acertarle a una presa mayor apoyando el fusil en la cadera.

—Cuando vuelvas pasaremos todo un fin de semana analizando las opciones. Desde un punto de vista moral, no me gusta cómo venimos manejando el tema. Y no me gusta porque nos vuelve demasiado predecibles.

—¿Predecibles cómo?

—Jugar según las reglas es bueno y está bien, siempre que todos jueguen según las mismas reglas, pero jugar según las reglas cuando el otro *no* las respeta sólo sirve para convertirnos en un blanco fácil —especuló Ryan—. Por otra parte, si el otro rompe las reglas y luego nosotros también las rompemos, tal vez de otra manera, pero las rompemos... entonces tendrá que pensar un poco. Uno puede ser predecible para sus amigos, sí, pero lo único que el enemigo debe poder predecir es que saldrá mal parado si se mete con uno. Lo impredecible será hasta dónde resultará lastimado en la contienda.

—Muy interesante, señor presidente. Me parece un buen tema para un fin de semana en Camp David. —Ambos dejaron de hablar cuando descendió el helicóptero—. Allí está mi chofer. ¿Tienes el discurso?

—Sí, y es casi tan dramático como un informe meteorológico en un día soleado.

—Son las reglas del juego, Jack —señaló Adler, dándose cuenta de que Ryan estaba aburrido de escuchar la misma canción todo el día. No era para menos.

—Nunca conocí un juego en el que no se cambiaran las reglas. En el baseball acudieron a un bateador determinado para darle vida al juego —dijo Ryan al pasar.

Un *bateador determinado*, pensó Adler yendo hacia la puerta. *Gran elección de palabras...*

Ryan vio despegar el helicóptero quince minutos después. Había estrechado la mano de Adler frente a cámaras, había hecho una breve declaración frente a cámaras y había dado un aspecto serio pero decidido frente a cámaras. Tal vez C-SPAN hubiera registrado el acontecimiento en vivo, pero nadie más. Si había pocas noticias en el día —los viernes solían ser poco movidos en Washington— le otorgarían uno o dos minutos en los noticieros de la noche. Probablemente no. Dedicaban los viernes a resumir las noticias de la semana, destacar a una u otra persona por haber hecho una u otra cosa, etcétera etcétera.

—¡Señor presidente! —Jack se dio vuelta y vio a su secretario del Tesoro, que llegaba unos minutos antes.

—Hola, George.

—¿Conoce el túnel entre mi edificio y éste?

—¿Qué pasa con el túnel?

—Esta mañana le eché un vistazo. Es un verdadero desastre. ¿Tiene presupuesto para limpiarlo?

—George, ésa es una función del Servicio Secreto y es *usted* quien le otorga los fondos, ¿recuerda?

—Sí, ya sé, pero el túnel desemboca en su casa y creí que era mi deber preguntar. Está bien, haré que se ocupen de limpiarlo. Tal vez sea útil cuando llueve.

—¿Cómo anda el plan impositivo? —preguntó Ryan, yendo hacia la puerta. Un agente se apresuró a abrirla. Esas cosas lo hacían sentir incómodo. Se suponía que un hombre tenía que hacer *ciertas* cosas por sí mismo.

—La semana próxima tendremos los modelos para computadora. Quiero que el nuevo código no afecte negativamente la renta pública, no perjudique a los de bajos recursos y mejore la recaudación impositiva. ¡Dios santo, Jack, estaba equivocado!

—¿A qué se refiere? —Doblaron la esquina rumbo al Despacho Oval.

—Creía que yo era el único interesado en la reforma del código impositivo. Todos lo están. Es una gran industria. Dejará a un montón de gente sin trabajo...

—¿Se supone que debo alegrarme?

—Todos encontrarán empleos honestos, excepto los abogados, tal vez. Y les ahorraremos algunos billones de dólares a los contribuyentes proporcionándoles formularios impositivos que ellos mismos puedan completar con escasos conocimientos de matemáticas. Señor presidente, este gobierno no quiere que el pueblo siga dándole de comer a los zánganos, ¿no?

Ryan le pidió a su secretario que llamara a Arnie. Necesitaba una opinión política sobre las ramificaciones del plan de George.

—¿Sí, almirante?

—Usted pidió un informe sobre el grupo *Eisenhower* —dijo Jackson, yendo hacia el mapa de la pared y consultando una hoja de papel—. Están exactamente aquí, a buena velocidad de marcha. —El

pager de Robby empezó a vibrar en su bolsillo. Lo sacó y chequeó el número. Enarcó las cejas—. Señor, ¿le molestaría si...?

—Adelante —dijo el secretario Bretano. Jackson utilizó el teléfono del despacho—. Aquí J-3... ¿cómo? ¿Dónde están? Entonces averigüémoslo, ¿de acuerdo, comandante? Correcto. —Colgó.— Era el NMCC. La NRO reporta que la Armada india ha desaparecido... es decir, sus dos portaaviones.

—¿Qué significa eso, almirante?

Robby volvió al mapa y recorrió con la mano el sector azul al oeste del subcontinente indio.

—Treinta y seis horas desde la última vez que chequeamos. Tres horas para salir del puerto y formarse... haciendo un cálculo rápido... seiscientas sesenta millas náuticas... bueno, quiere decir que están a mitad de camino entre el puerto de origen y el Cuerno de África. —Se dio vuelta—. Señor secretario, dos portaaviones, nueve escoltas y un grupo UNREP desaparecieron de sus muelles. La flota de petroleros indica que planean estar fuera por un rato. No tenemos información de inteligencia al respecto. —*Como de costumbre*, pensó para sus adentros.

—¿Dónde están exactamente?

—Ése es el punto. No sabemos. Tenemos algunos Orion P-3 en Diego García. Van a lanzar un par para que investiguen el área. También podemos asignar algunos satélites. Debemos informar inmediatamente al Departamento de Estado. Tal vez la embajada pueda averiguar algo.

—Es suficiente. Dentro de unos minutos hablaré con el presidente. ¿Debemos preocuparnos por algo en especial?

—Podría ser que estuvieran probando las naves recién reparadas... Hace poco les hicimos algunos agujeros, como sabrá.

—¿Pero ahora los únicos dos portaaviones presentes en el Océano Índico pertenecen a otro país?

—Sí, señor. —*Y el que tenemos más cerca se dirige al lugar equivocado*. Bueno, al menos el secretario de Defensa estaba captando algo de lo que pasaba.

Adler viajaba en un ex Uno de la Fuerza Aérea, una versión antigua pero venerable del 707-320B. Su comitiva oficial comprendía ocho personas, que serían atendidas por cinco azafatas de la Fuerza Aérea. Por el momento miró su reloj, calculó el tiempo de viaje —tendrían que bajar a recargar combustible en la Base Elmendorf de la Fuerza Aérea, en Alaska— y decidió dormir un poco. Era una lástima, pensaba, que el gobierno no otorgara millas de recompensa a los viajeros frecuentes. De ser así viajaría gratis por el resto de su vida. Sacó las notas que había tomado en Teherán y volvió a revisarlas. Cerró los ojos e intentó recordar detalles adicionales reviviendo la experiencia desde la llegada a Mehrabad hasta la partida, visualizando cada episodio en particular. Cada tres minutos abría los ojos, buscaba la página correspondiente y escribía algunos comentarios al margen. Con suerte podría enviarlos por fax a Washington.

—Tal vez tengas otra carrera por delante, Ding —observó Mary Pat, examinando la foto a través de una lente magnificadora. Había desilusión en su voz cuando dijo—: Parece gozar de buena salud.

—¿Crees que ser un hijo de puta contribuye a la longevidad? —preguntó Clark.

—En su caso sí, Mr. C. —bromeó Chávez.

—Tendrás que tolerarme por lo menos treinta años más.

—Pero tendrá unos nietos maravillosos, jefe. Y bilingües.

—¿Qué les parece si volvemos a lo nuestro? —sugirió la señora Foley, viernes por la tarde o no.

Nunca es agradable sentirse mal en un avión. Se preguntaba si habría sido la cena, o tal vez algo que había picado en la exhibición de computadoras en San Francisco, rodeado por esa multitud de imbéciles. El ejecutivo era un viajero experimentado y jamás salía sin su “botiquín de primeros auxilios”. Encontró el Tylenol. Tomó dos con un vaso de vino y decidió dormir un poco. Con suerte se sentiría mejor al llegar a Newark. No quería conducir hasta su casa sintiéndose tan mal. Reclinó el asiento al máximo, apagó la luz y cerró los ojos.

Era hora. Los automóviles alquilados salieron de la granja. Cada conductor conocía la ruta hacia y desde el objetivo. No llevaban mapas ni ninguna clase de material escrito, salvo fotos de su presa. Si a alguno le disgustaba la idea de raptar a una niñita, no lo había demostrado. Llevaban las armas en cajas tapadas por mantas o trapos. Todos vestían traje y corbata. De ese modo, si un patrullero se les ponía a la par sólo vería tres hombres atildados, probablemente empresarios. Esto último les resultaba divertido. Estrella de Cine era muy porfiado en cuanto al aspecto personal, probablemente —pensaban todos ellos— debido a su extrema vanidad.

Price esperó la llegada de los Mighty Ducks con bastante interés. Ya lo había visto antes. Los hombres más poderosos de la tierra entraban a ese lugar y se transformaban en niños. Lo que para ella y sus colegas era sólo parte de la escena —los retratos y todo eso—, era para otros un emblema de máximo poder. Tenía que admitir que, en cierto sentido, ellos tenían razón y ella estaba equivocada. Cualquier cosa puede volverse rutina después de incesantes repeticiones, mientras que el recién llegado tiene la posibilidad de ver con más claridad al verlo todo por primera vez. Los jugadores de hockey pasaron por los detectores de metales bajo la mirada vigilante de los miembros de la División Uniformada del USSS. Harían una rápida recorrida mientras el presidente terminaba de hablar con el secretario de Defensa, conversación que se estaba prolongando más de lo esperado. Como de costumbre, habían traído regalos para el presi-

dente —palos, pelotas y una camiseta del equipo con su nombre bordado (de hecho, tenían una igual para cada miembro de la familia). Andrea Price se acercó a Jeff Raman.

—Hoy iré a chequear el entorno de SANDBOX —le dijo.

—Oí decir que Don se puso un poco paranoico. ¿Hay algo que yo deba saber?

Price negó con la cabeza.

—POTUS no tiene planes especiales. Más tarde vendrá Callie Weston. Por lo demás, la rutina de siempre.

—Que ya es bastante —observó Raman.

—Aquí Price —dijo Andrea por su micrófono—. En tránsito a SANDBOX.

—Entendido —respondió el puesto de comando.

La jefa de la Custodia Personal salió por donde habían entrado los Mighty Ducks y dobló a la izquierda, hacia su vehículo personal, un Ford Crown Victoria. Parecía un automóvil como cualquier otro, pero no lo era. Tenía el motor estándar más grande fabricado por la Ford, dos teléfonos celulares, un par de radios seguras y neumáticos con discos de acero incorporados para eventuales pinchaduras. Como todos los miembros de la Custodia Personal había tomado el curso especial de manejo evasivo en Beltsville... curso que todos adoraban. Y en la cartera llevaba su automática SigSauer 9mm, dos cargadores extra, lápiz labial y diversas tarjetas de crédito.

Price era una mujer común. No tan bonita como Helen D'Agustino... Suspiró al recordarla. Andrea y Daga habían sido amigas. Daga la había ayudado a superar un divorcio consiguiéndole algunas citas amorosas. Buena amiga, buena agente, muerta con todo el resto aquella fatídica noche en la Colina. Los rasgos mediterráneos y curvas voluptuosas de Daga —nadie la llamaba Helen en el Servicio— le habían servido para enmascarar su profesión. Simplemente no parecía policía. Podría haber sido asistente presidencial, secretaria, tal vez amante... pero Andrea era más común y le gustaba usar gafas oscuras como a los demás agentes de la Custodia. No tenía demasiado encanto y tal vez era un poco estridente. En cierta oportunidad habían dicho eso de ella, cuando era una novedad que las mujeres se enrolaran y portaran armas. Afortunadamente aquello había pasado al olvido. Ahora era uno más de los muchachos, al punto tal que festejaba sus bromas chabacanas y contaba algunas de su colección. Pero haber sido nombrada instantáneamente jefa de la Custodia Personal aquella noche... Eso se lo debía a Ryan, y lo sabía. La había nombrado porque le gustaba su manera de hacer las cosas. Jamás hubiera llegado tan rápido a ese puesto jerárquico de no haber sido por Ryan. Sí, tenía condiciones. Sí, conocía muy bien al personal. Sí, amaba su trabajo. Pero era demasiado joven para tanta responsabilidad... y además era mujer. A POTUS parecía no importarle. No la había elegido porque, siendo mujer, lo ayudaría a captar los votos de cierto sector del electorado. La había escogido porque había demostrado su capacidad en un momento difícil. Simplemente

había hecho lo correcto y por eso SWORDSMAN era un hombre especial. Hasta la consultaba sobre algunos temas. Era único.

Price no tenía marido. Tampoco tenía hijos, y probablemente jamás los tuviera. No era de aquellas que utilizan su profesión para escapar de su condición femenina. Quería formar una familia pero por algún motivo no lo había logrado. Su carrera era importante para ella —no podía pensar en nada más vital para el país— y lo bueno era que la mantenía tan ocupada que rara vez tenía tiempo para añorar lo que le faltaba... un buen hombre para compartir la cama y una vocecita que la llamara mamá. Pero cuando viajaba sola pensaba en esas cosas, como ahora, rumbo a New York Avenue.

—No soy nada liberada, ¿no? —le preguntó al parabrisas. Pero el Servicio no le pagaba para liberarse. Le pagaba para proteger a la primera familia. Se suponía que debía dedicarle tiempo personal a su vida íntima, aunque el Servicio tampoco le dejaba demasiado.

El inspector O'Day ya estaba en la Ruta 50. El viernes era, indudablemente, el mejor día. Había cumplido su deber semanal. La corbata y la chaqueta descansaban sobre el asiento a su lado y ya se había encasquetado su gorra de la suerte John Deere... sin la cual jamás se le hubiera ocurrido jugar al golf o ir de caza. Ese fin de semana tenía una tonelada de cosas que hacer en la casa. Megan lo ayudaría bastante. Por alguna razón sabía cómo. Pat no llegaba a comprenderlo del todo. Tal vez fuera instintivo. Tal vez simplemente respondiera a la devoción paterna. Fuera como fuera, padre e hija eran inseparables. Cuando estaban en casa, la niña sólo se separaba de él para dormir, y eso después de rodearle el cuello con sus bracitos y darle un gran abrazo y muchos besos. O'Day se rió de sí mismo.

—Muchacho rudo —farfulló—. Sólo te falta el babero.

Russell suponía que era el abuelo en él. Esos niñitos lo derretían. Ahora estaban jugando afuera, todos con sus parkas puestas, más de la mitad con la capucha levantada, porque a los niños pequeños les gusta así por alguna misteriosa razón. SANDBOX estaba en el cajón de arena con la pequeña O'Day que tanto se le parecía y un niñito... el chico Walker, bastante agradable a pesar de ser hijo de ese insoportable del Volvo. Angela Hilton también estaba afuera, supervisando. No era extraño que pudieran relajarse más allí. El patio de juegos se localizaba en el sector norte del edificio del Giant Steps y era directamente vigilado por el equipo de apoyo desde la vereda de enfrente. El tercer miembro del equipo estaba adentro, hablando por teléfono. Usualmente trabajaba en el salón de atrás, donde estaban los televisores. Los niños la llamaban Señorita Anne.

Demasiado expuesto, pensó Russell por enésima vez, viendo divertirse a los niños. En el peor de los casos alguien podría entrar por la Autopista Ritchie y rodear el lugar. Intentar convencer a los Ryan

de que no mandaran a Katie allí sería un esfuerzo inútil... claro, obviamente querían que su hija menor fuera una niña normal. Pero...

Pero era una locura, ¿verdad? La vida profesional de Russell había girado desde un principio sobre la idea de que había gente que odiaba al presidente y a quienes lo rodeaban. Algunos eran locos. Otros eran algo más. Había estudiado la psicología de estos últimos para prever situaciones pero jamás había logrado entenderlos. Sus custodiados eran *niños*. Hasta la maldita mafia dejaba en paz a los niños. Muchas veces había envidiado la autoridad estatutaria del FBI para perseguir raptos de niños. Rescatar al niño y atrapar al secuestrador debía ser la más dulce de las misiones, aunque una parte de él se preguntaba cómo harían para no descerrajarle un tiro en la nuca al criminal y que Dios en persona le leyera sus derechos. Sonrió al pensarlo. Tal vez la realidad fuera el mejor castigo. Los secuestradores y violadores de niños *la pasaban muy mal* en la cárcel. Ni siquiera los criminales de pura raza podían tragar a los abusadores, quienes a raíz de eso tenían que aprender una nueva forma de recreación en las cárceles federales: supervivencia.

—Russell, puesto de comando —escuchó por el auricular.

—Russell.

—Price en camino, como usted pidió —informó el agente especial Norm Jeffers desde la casa de enfrente—. Llegará en cuarenta minutos.

—Correcto. Gracias.

—Veo que el chico Walker prosigue sus estudios de ingeniería —comentó Jeffers.

—Sí, la próxima vez hará un puente, creo yo —respondió Don. El niño ya iba por el segundo piso de su castillo de arena, bajo la mirada admirativa de Katie Ryan y Megan O'Day.

—Señor presidente —dijo el capitán del equipo—, espero que le guste.

Ryan lanzó una carcajada y se probó la camiseta del equipo. Los jugadores lo rodearon para la foto.

—Mi director de la CIA es fanático del hockey —dijo Jack.

—¿En serio? —preguntó Bob Albertsen. El corpulento defensor, el terror de sus oponentes, la fiera como algunos lo llamaban, se había transformado en un dócil gatito.

—Sí, tiene un hijo que juega muy bien. Participó en los campeonatos infantiles de Rusia.

—Entonces habrá aprendido bastante. ¿A qué colegio piensa ir?

—No estoy seguro. Creo que Eddie quiere estudiar ingeniería. —Era tan placentero hablar de cosas normales como una persona normal con otras personas normales...

—Dígale que lo mande a Rensselaer. Es la mejor escuela técnica de Albany.

—¿Por qué allí?

—Esos malditos inútiles ganan el campeonato intercolegial cada

dos por tres. Yo estudié en Minnesota y nos hicieron saltar el marcador dos veces seguidas. Mándeme el nombre del chico y le haré llegar algunas cosas. Y al papá también. Claro, si usted está de acuerdo, señor presidente.

—Claro que sí —prometió el presidente. A pocos metros de distancia, el agente Raman escuchó el diálogo y sonrió.

O'Day llegó justo cuando los niños iban en tropel al baño. Sabía que ésa era una empresa mayor. Estacionó su camioneta a las cuatro y un minuto y observó el cambio de posiciones de los agentes del Servicio Secreto. Russell apareció en la puerta principal, puesto que ocupaba regularmente cuando los niños estaban adentro.

—Entonces, ¿nos enfrentamos mañana?

—Demasiado pronto —Russell hizo un gesto negativo—. Dentro de dos semanas, a las dos de la tarde. Quiero darle tiempo para que practique.

—¿Y usted no piensa hacerlo? —preguntó O'Day, entrando al edificio. Vio a Megan entrar al baño de niñas, pero ella no lo vio. Se escondió detrás de la puerta para sorprenderla cuando saliera.

Estrella de Cine también ocupó su puesto de vigilancia en el sector noreste del estacionamiento de la guardería. Los árboles estaban empezando a llenarse de hojas. Todavía podía ver, pero las frondosas copas complicaban un poco el panorama. No obstante, las cosas parecían normales. A partir de ese momento todo estaría en manos de Alá, se dijo, asombrándose ante el hecho de invocar el nombre de Dios para un acto decididamente antirreligioso. Mientras observaba, el Auto 1 giró a la derecha al norte de la guardería. Llegaría al final de la calle, cambiaría de dirección y regresaría.

El Auto 2 era un Lincoln blanco, gemelo de otro perteneciente a los padres de un niño que asistía al Giant Steps. Los dos padres eran médicos, pero los terroristas no lo sabían. Inmediatamente después venía el Chrysler rojo cuyo gemelo pertenecía a la esposa embarazada de un contador. Los dos autos estacionaron lo más cerca posible de la autopista bajo la atenta mirada de Estrella de Cine.

Price llegaría pronto. Russell observó la llegada de los automóviles mientras repasaba los argumentos para convencerla. El sol de la tarde se reflejaba en los parabrisas impidiéndole distinguir los rasgos de los conductores. Habían llegado temprano, pero era viernes... ¿...los números de chapa?

Entrecerró los ojos para ver mejor y sacudió la cabeza con desganó, preguntándose por qué demonios no habría....

Alguien lo había hecho por él. Jeffers alzó los binoculares y enfocó los autos recién llegados. Eso era parte de su rutina de vigilancia. No

era consciente de que tenía memoria fotográfica. Recordar cosas era para él tan natural como respirar. Creía que todos podían hacerlo.

—Un momento, algo anda mal aquí. No son... —Utilizó el micrófono—. ¡Russell, no son nuestros autos! —Casi a tiempo.

Los dos conductores abrieron simultáneamente las puertas de sus autos y sacaron las piernas afuera, recogiendo las armas del asiento delantero al mismo tiempo. Dos hombres armados aparecieron en la parte trasera de cada auto.

Russell movió la mano derecha hacia abajo y a la derecha en busca de su automática mientras con la izquierda levantaba el micrófono que llevaba enganchado en el cuello de la camisa:

—*¡Armas!*

En el interior del edificio, el inspector O'Day oyó algo pero no supo qué. Como estaba mirando para otro lado tampoco pudo ver a la agente Marcella Hilton alejarse de un niño que le preguntaba algo y buscar su pistola.

Era la más simple de las palabras clave. Un instante después, Norm Jeffers la gritó desde el puesto de comando. El agente negro apretó un botón y activó el circuito radial con Washington.

—*¡SANDSTORM SANDSTORM SANDSTORM!*

Como la mayoría de los policías de carrera, el agente especial Don Russell jamás había disparado sin necesidad, pero los años de entrenamiento hicieron que sus acciones fueran tan automáticas como la ley de gravedad. Lo primero que vio fue el caño de un rifle automático tipo AK-47. Eso bastó para transformarlo de policía vigilante en arma de fuego encarnada. Sacó su SigSauer. Aferró con ambas manos la empuñadura de la pistola y se arrodilló lentamente para bajar su perfil y controlar mejor la situación. El hombre del rifle sería el primero en disparar, observó Russell, pero fallaría. Tres proyectiles pasaron por encima de su cabeza y se clavaron en el marco de la puerta. En el ínterin Russell apuntó directamente a la cara del tirador, apretó el gatillo y le voló el ojo izquierdo de un solo disparo, a quince yardas de distancia.

Adentro, los instintos de O'Day empezaron a actuar cuando Megan salió del baño, luchando con los tiradores de su enterito Oshkosh. La agente que los niños llamaban Señorita Anne salió del salón del fondo con su pistola desenfundada.

—Dios mío —tuvo tiempo de decir el inspector del FBI antes de que la Señorita Anne lo arrojara de un golpe a los pies de su hija, estrellándole la cabeza contra la pared en el proceso.

Al otro lado de la calle, dos agentes corrieron a la puerta principal de la residencia con sus subfusiles Uzi mientras Jeffers se ocupaba de las comunicaciones. Ya había mandado la primera señal de emergencia a los cuarteles generales. Luego activó las líneas directas con los cuarteles generales de la policía de Maryland, sobre el bulevar Rowe en Annapolis. Había mucho ruido y confusión, pero los agentes estaban entrenados para toda clase de eventualidades. La función de Jeffers era asegurarse de que llegara el código de emergencia y volver a respaldar a sus dos compañeros, que ya cruzaban el jardín de la casa...

...no pudieron hacer nada. Los tiradores del Auto 1 los acribillaron inmediatamente. Jeffers los vio caer mientras hablaba con la policía estatal. No tuvo tiempo de impresionarse. Terminó de transmitir la información, tomó su rifle M-16, le quitó el seguro y avanzó hacia la puerta.

Russell estaba en medio de un tiroteo. Otro tirador cometió el error de pararse para disparar mejor. No pudo hacerlo. Dos balas le atravesaron la cabeza, que explotó como un melón. Russell no pensaba ni sentía, simplemente se remitía a derribar blancos apenas los identificaba. Las balas enemigas silbaban por encima de su cabeza. Oyó un grito. Supuso que sería Marcella Hilton. Algo muy pesado cayó sobre su espalda y lo hizo caer de boca al suelo. Dios santo, tenía que ser Marcella. Se arrastró un poco para alejarse del cuerpo sin vida de la agente y vio que cuatro hombres avanzaban hacia él. Levantó su pistola, apuntó y le acertó a uno en pleno corazón. Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente por el impacto, hasta que un segundo disparo le borró la cara. Era tal como lo había soñado. La pistola hacía todo el trabajo. Por el raballo del ojo vio movimiento a su izquierda... El grupo de apoyo, pensó. No, era un automóvil que avanzaba a toda velocidad por el patio de juegos... pero no era el Suburban. Ann Pemberton acribilló a otro hombre desde el umbral. Los dos restantes —eran sólo dos, todavía tenía una oportunidad— seguían avanzando. Annie recibió un disparo en el pecho y cayó hacia adelante. Russell supo que estaba solo, completamente solo entre SANDBOX y esos malditos delincuentes.

Rodó hacia la derecha para evitar una ráfaga que pegó en el suelo a su izquierda, disparando mientras rodaba. El cargador se quedó sin balas. Tenía otro preparado. Rápidamente eyectó el cargador vacío y lo reemplazó por uno lleno, pero la maniobra llevó tiempo. Sintió que un proyectil le entraba por la cintura, el impacto fue como una patada que le sacudió el cuerpo. Con el pulgar derecho empujó el elevador del cargador. Otra bala le penetró por el hombro izquierdo, atravesándole el torso y saliendo por la pierna derecha. Un disparo más, sólo un disparo... Pero no, ya no podía sostener la pistola, algo andaba mal. Russell le destrozó la rótula a alguien un instante antes de que una serie de disparos lo obligara a apoyar la cabeza en el suelo, definitivamente.

O'Day estaba tratando de levantarse cuando dos hombres armados con fusiles AK entraron al edificio. Miró el salón lleno de niños azorados y silenciosos. El silencio duró un instante que pareció eterno y luego los niños se pusieron a gritar. A uno de los hombres le corría sangre por la pierna y apretaba los dientes por el dolor y la rabia.

Afuera, los tres hombres del Auto 1 observaban la carnicería. Salieron del auto y vieron que cuatro hombres habían muerto, pero ellos pertenecían al grupo de apoyo y...

... el primero de la izquierda cayó boca abajo. Los otros se dieron vuelta y vieron a un hombre negro de camisa blanca y rifle gris.

—Trágate tu mierda y muere. —En esta ocasión le fallaría la memoria. Norman Jeffers jamás recordaría haber dicho eso al apuntar al segundo blanco y volarle la cabeza de tres disparos. El tercer hombre corrió de vuelta al automóvil, pero éste estaba en medio del patio de juegos con los flancos totalmente descubiertos.

—Vamos, enderézala un poco y dime hola, Charlie —murmuró el agente...

... y claro que lo hizo. Levantó su Uzi para dispararle al custodio restante, pero no con la rapidez necesaria. Con los ojos muy abiertos y sin parpadear, como un búho, Jeffers vio desaparecer al tercer hombre bajo una nube de sangre.

—¡Norm! —Era Paula Mitchels, la agente de vigilancia del 7-Once, que avanzaba con la pistola desenfundada.

Jeffers se arrodilló dificultosamente detrás del auto cuyos ocupantes acababa de matar. Ella se le unió y ambos empezaron a respirar pesadamente... tenían acelerado el ritmo cardíaco y las manos les transpiraban copiosamente.

—¿Los contaste? —preguntó ella.

—Por lo menos uno logró entrar...

—Dos, yo vi dos, uno con la pierna herida. Oh, Dios mío, Don, Anne, Marcella...

—Basta. Los niños todavía están adentro, Paula. ¡Maldita sea!

Entonces, pensó Estrella de Cine, no funcionaría. Maldición. Les había *dicho* que había *tres* personas en la casa al norte. ¿Por qué no habían esperado a matar al tercero? Bueno. Sacudió la cabeza en un vano intento de clarificarla. Después de todo, nunca había esperado que la misión resultara un éxito. Se lo había advertido a Badrayn... y habían escogido la gente apropiada para el caso. Lo único que le quedaba por hacer era observar para estar seguro... ¿de qué? ¿Matarían a la niña? Ya lo habían discutido. Pero tal vez no cumplieran su deber antes de morir.

Price estaba a cinco millas de distancia cuando oyó el llamado de emergencia por radio. En menos de dos segundos apretó a fondo el

acelerador y activó la sirena policial. Al girar al norte rumbo a la Autopista Ritchie vio un grupo de autos bloqueando el camino. Inmediatamente maniobró hacia la izquierda y avanzó por la banquina. Llegó pocos segundos antes que el primer automóvil oliva y negro de la policía de Maryland.

—Price, ¿eres tú?

—¿Quién es? —replicó ella.

—Norm Jeffers. Creo que tenemos dos sujetos adentro. Perdimos cinco agentes. Michael está conmigo. La mandaré por atrás.

—Estaré contigo en un segundo.

—Ten cuidado, Andrea —le aconsejó Jeffers.

O'Day sacudió la cabeza. Todavía le zumbaban los oídos y sentía que le explotaba el cráneo por el golpe. Su hijita estaba junto a él, su enorme cuerpo la protegía de los dos... terroristas que apuntaban sus armas a derecha e izquierda entre los gritos de los niños. La señora Daggett se movía muy despacio, interponiéndose entre los criminales y "sus" chicos, abriendo instintivamente los brazos para protegerlos. Los niños se habían agrupado alrededor de ella, aterrados. Todos lloraban y llamaban a su mamá... no a su papá; extraño, pensó O'Day. Y un montón de pantaloncitos mojados.

—¿Señor presidente? —dijo Raman, ajustándose el auricular.
¿Qué demonios estaba pasando?

En el St. Mary, la llamada de emergencia "SANDSTORM" provocó un torbellino en las custodias personales de SHADOW y SHORTSTOP. Los agentes apostados en las puertas desenfundaron sus armas y entraron a las aulas para sacar a sus custodiados al pasillo. Se hicieron preguntas pero no hubo respuestas, ya que la Custodia seguía el plan preestablecido para esa eventualidad. Los dos chicos entraron al mismo Chevy Suburban, que no salió a la ruta sino que se dirigió a un edificio aledaño para evitar posibles emboscadas. Washington despachó un helicóptero de la Marina para rescatar a los chicos Ryan. El segundo Suburban estacionó en el campo de ejercicios, a ciento cincuenta metros del primero. Interrumpieron la clase de gimnasia y los agentes se posicionaron detrás de sus vehículos blindados, apuntando sus armas pesadas en busca de objetivos.

—¡Doc!

Cathy Ryan levantó la vista de su escritorio. Roy jamás la había llamado así. Y nunca había sacado la pistola en su presencia, sabiendo que le disgustaban las armas de fuego. Su reacción fue probablemente instintiva. La cara se le puso tan blanca como el guardapolvo.

—Se trata de Jack o...
—Es Katie. Es todo lo que sé, Doc. Por favor venga conmigo. Ya.
—¡No! ¡Otra vez no, otra vez no! —Altman le pasó el brazo por encima del hombro para guiarla al pasillo. Allí había cuatro agentes más, con las armas desenfundadas y la expresión torva. El personal de seguridad les abrió paso, pero la policía de Baltimore estaba afuera. Todos trataban de recordar cómo manejar una posible amenaza, sin tener en cuenta que estaban frente a una madre cuya hija corría peligro.

Ryan extendió el brazo, apoyó la mano contra la pared de su despacho, miró al suelo y se mordió el labio antes de hablar.

—Dígame todo lo que sepa, Jeff.

—Hay dos sujetos en el edificio. Don Russell está muerto, igual que otros cuatro agentes, señor, pero hemos contenido el golpe, ¿correcto? Déjenos hacer nuestro trabajo —dijo el agente Raman, tocándole el brazo para tranquilizarlo.

—¿Por qué mis hijos, Jeff? Yo soy el que está... aquí. Si se enfurecen con alguien... se supone que debe ser conmigo. ¿Por qué atacan a los niños?, respóndame eso...

—Es un acto odioso, señor, odioso ante Dios y ante los hombres —dijo Raman. Otros tres agentes entraron al Despacho Oval. ¿Qué estaba haciendo?, se preguntó el asesino. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué había dicho *eso*?

Hablaban en un idioma que no entendía. O'Day permanecía en el suelo, sentado con su hijita, abrazándola contra su pecho y tratando de parecer tan inofensivo como ella. Santo Dios, se había entrenado tantos años para cosas como ésa... pero no para estar adentro, no para estar en la escena del crimen mientras éste se cometía. Afuera uno sí sabía qué hacer. O'Day sabía bien lo que estaba pasando. Si quedaba gente del Servicio Secreto... probablemente quedarán algunos. Sí, tenían que quedar. Alguien había disparado dos o tres ráfagas con un M-16... O'Day reconocía el sonido distintivo de ese arma. No habían entrado más muchachos malos. Su mente analizaba los hechos. Bueno, sólo había muchachos buenos afuera. Primero demarcarían un perímetro para asegurarse de que nadie entrara ni saliera. Luego llamarían... ¿a quién? Probablemente el Servicio tenía su propio comando SWAT, pero también vendría el Comando de Rescate del FBI con sus helicópteros. Como por arte de magia, oyó un helicóptero a poca distancia.

—Aquí Tropa Tres, estamos sobrevolando el área —dijo una voz por radio—. ¿Quién está al mando allá abajo?

—Aquí agente especial Price, Servicio Secreto de Estados Unidos. ¿Cuánto tiempo podrá quedarse con nosotros, Tropa?

—Tenemos combustible para noventa minutos. Luego nos releva-

rá otro helicóptero. Estamos observando el área, agente Price —informó el piloto—. Tengo un individuo al oeste, parece una mujer detrás de un árbol seco, mirando la escena. ¿Es una de ustedes?

—Michaels, Price —dijo Andrea por su sistema de radio personal—. Hazle señas al helicóptero.

—Nos está haciendo señas —reportó enseguida Tropa Tres.

—Correcto, es una de los nuestros, cubriendo la retaguardia.

—Está bien. No hay movimiento alrededor del edificio y no vemos a nadie en cien yardas a la redonda. Seguiremos sobrevolando y observando hasta que ordene otra cosa.

—Gracias. Fuera.

El VH-60 de la Marina aterrizó en el campo de ejercicios físicos. Sally y Little Jack subieron a bordo y el coronel Goodman despegó inmediatamente, girando al este, hacia el agua donde, tal como le había informado la Guardia Costera, no había otras naves aéreas. Tomó altura y avanzó en dirección norte sobre el agua. A su izquierda podía ver la silueta de un helicóptero de la policía unas millas al norte de Annapolis. No había que ser experto para explicar su presencia y, detrás de su mirada imperturbable, Goodman deseó que enviaran un par de escuadrones de marines al lugar. Había oído decir que los criminales que lastimaban niños la pasaban muy mal en la cárcel, pero eso no llegaba ni a la mitad de lo que les harían los marines si tenían la oportunidad. Su ensoñación terminó allí mismo. Ni siquiera se dio vuelta para ver cómo estaban los otros dos chicos. Tenía que conducir el helicóptero. Ésa era su función. Confiaba en que los demás cumplieran las suyas.

Estaban mirando por la ventana con mucho cuidado. El herido permanecía apoyado contra la pared —aparentemente le habían destrozado la rótula; muy bien— y el otro espiaba. No era difícil adivinar lo que veía. Las sirenas anunciaban la llegada constante de vehículos policiales. Bueno, probablemente estarían rodeados. La señora Daggett y sus tres asistentes habían agrupado a los niños en un rincón mientras los dos sujetos hablaban. Bueno, afortunadamente no les estaba yendo tan bien. Uno de ellos recorría todo el tiempo el salón con los ojos y el fusil, pero no tenían...

Uno de ellos metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una foto. Dijo algo en ese indescifrable idioma que hablaban. Luego cerró las cortinas. Maldición. Eso impediría la tarea de los rifles con mira telescópica. Eran lo bastante astutos para saber que les dispararían. Los niños no llegaban al marco inferior de la ventana y...

El de la foto avanzó en dirección a los niños y señaló.

—Ésa.

Recién entonces advirtieron la presencia de O'Day en el salón. El de la rodilla herida parpadeó y lo apuntó con el AK. El inspector levantó las manos.

—Ya murió bastante gente, amigo —dijo. No tuvo que esforzarse mucho para que le temblara la voz. Había cometido un error abrazando a Megan de ese modo. Ese idiota era capaz de atravesarla de un disparo para matarlo a él. Sintió náuseas de sólo pensarlo. Lentamente, cuidadosamente, la levantó y la puso a un costado, a su izquierda.

—¡No! —Era la voz de Marlene Daggett.

—¡Démela! —insistió el hombre.

Hágalo, entréguesela, pensaba O'Day. *Ahorre su resistencia para después. Ahora no cambiará nada.* Pero la mujer no podía oír sus pensamientos.

—¡Démela! —repitió el terrorista.

—¡No!

Fastidiado, el hombre le disparó a Daggett en el pecho desde un metro de distancia.

—¿Qué fue eso? —Price se incorporó. Estaban llegando ambulancias por la Autopista Ritchie. A su izquierda, los policías intentaban despejar el camino.

Los que estaban cerca del Giant Steps oyeron una nueva ola de gritos, como de niños aterrados.

La campera de cuero se levantaba un poco cuando uno se sentaba en esa posición. Si hubiera habido alguien detrás de él, habría visto la pistolera, el inspector lo sabía. Jamás había visto un asesinato antes. Había investigado muchos, pero verlo... Una dama que trabajaba con niños. Estaba azorado como cualquiera al ver extinguirse una vida humana... una vida inocente, pensó con amargura. No tenía opción.

Volvió a mirar a Marlene Daggett, ansiando poder decirle que sus asesinatos no saldrían vivos del edificio.

Era un milagro que ningún niño estuviera herido. Todos los disparos les habían pasado por arriba. Se dio cuenta de que si la Señorita Anne no lo hubiera arrojado al suelo tal vez estaría muerto junto a su hija. La pared a sus espaldas estaba llena de agujeros y las balas que los habían hecho habían atravesado el espacio que él mismo ocupaba uno o dos segundos antes. Vio que le temblaban las manos. Sus manos sabían lo que debían hacer. Conocían su tarea y no comprendían por qué no estaban haciéndola, por qué la mente que las comandaba no les había dado la orden todavía. Pero sus manos debían ser pacientes. Éste era un trabajo de la mente en primer lugar.

El sujeto tomó a Katie Ryan del brazo, retorciéndoselo y haciéndola llorar. O'Day recordó a su primer supervisor en su primer caso de secuestro infantil, aquel gigantón rudo, Dom DiNapoli, que había llorado mientras llevaba al niño de vuelta con su familia: "Nunca lo olvides", había dicho, "*todos* son hijos nuestros".

Podrían haber elegido a Megan, se parecían tanto... La misma idea se le cruzó por la mente al que arrastraba a SANDBOX por el brazo. El terrorista volvió a mirar la foto y se dirigió a Pat O'Day.

—¿Quién es usted? —preguntó, mientras su socio se retorció de dolor en un rincón.

—¿Qué pasa? —preguntó nerviosamente el inspector. *Trata de parecer tonto y asustado.*

—¿De quién es esa niña? —Señaló a Megan.

—Es mía, ¿entendido? No sé de quién es ésa —mintió.

—Es la que queremos, es la hija del presidente, ¿correcto?

—¿Cómo demonios podría saberlo? Mi esposa viene a buscar a Megan, no yo. Hagan lo que tengan que hacer y déjennos salir de aquí, ¿entendido?

—Escuchen —gritó una voz femenina desde afuera—. Soy del Servicio Secreto de Estados Unidos. Queremos que salgan. No resultarán heridos si lo hacen. No tienen a dónde ir. Salgan donde podamos verlos y no los lastimaremos.

—Es un buen consejo, viejo —le dijo Pat—. Será imposible salir de aquí, ¿sabe?

—¿Sabe quién es esta chica? ¡Es la hija de su presidente Ryan! ¡No se atreverán a dispararme! —proclamó el sujeto. O'Day asintió, advirtiendo que su inglés era muy bueno.

—¿Y qué pasará con los demás niños, viejo? Si sólo quiere a ésa, si ésa es la única que le importa... demonios, ¿por qué no... este... por qué no nos deja salir, eh?

El hombre tenía razón en parte. Los del Servicio Secreto no dispararían al blanco por miedo a lastimar a alguien.

Lo que realmente aterraba a O'Day era la manera fría y reflexiva como había matado a Marlene Daggett. Simplemente no le importó. Esa clase de criminales era impredecible. Uno podía hablarles e intentar calmarlos o distraerlos, pero más allá de eso, había una sola manera de tratar con ellos.

—Si les entregamos los niños, nos darán un auto, ¿no?

—Sí, me parece que sí. Creo que sería justo. Sólo quiero llevar a mi hija a casa esta noche, ¿sabe?

—Sí, mejor ocúpese de su hija. Siéntese allá.

—Está bien. —Aflojó las manos, acercándolas al pecho, al extremo del cierre de su campera. Si lograba abrir el cierre la campera colgaría mejor, ocultando su arma.

—Atención —volvió a decir la voz—. Queremos hablar con ustedes.

Cathy Ryan se unió a sus hijos en el helicóptero. Las caras de los agentes eran sombrías. Sally y Jack estaban saliendo del shock inicial y empezaron a sollozar. Miraban a su madre en busca de consuelo mientras el Black Hawk subía nuevamente al cielo seguido por otro, en dirección a Washington. Cathy vio que el piloto no tomaba la ruta habitual sino que iba directamente hacia el oeste, alejándose de donde estaba Katie. No pudo resistir más y cayó abatida en brazos de sus hijos mayores.

—O'Day está adentro —le dijo Jeffers.
—¿Estás seguro, Norm?
—Ésa es su camioneta. Lo vi entrar antes de que empezara.
—Carajo —masculló Price—. Probablemente ése fue el disparo que escuchamos.
—Sí —Jeffers asintió desolado.

El presidente estaba en la Sala de Situaciones, el mejor lugar para mantenerse al tanto de las cosas. Tal vez podría haber estado en otro sitio, pero no podía ni mirar su despacho, y no era lo suficientemente presidente para fingir que...

—¿Jack? —Era Robby Jackson. Entró y el presidente se levantó de su silla para recibirlo, pero eran amigos desde hacía años y se fundieron en un abrazo—. Ya pasamos por esto juntos, viejo. En aquel momento funcionó, ¿recuerdas?

—Tenemos los números de patente de los autos del estacionamiento. Tres son alquilados. Los estamos investigando —dijo Raman por teléfono—. Tal vez podamos identificar a los agresores.

¿Cómo podían ser tan imbéciles? se preguntó O'Day. Tenían que ser absolutamente estúpidos para pensar que podrían salir con vida... y si no tenían esa esperanza entonces no tenían nada que perder... ni una maldita cosa... y aparentemente no les importaba matar. Ya había pasado antes, en Israel, recordó Pat. No recordaba el nombre ni la fecha, pero un par de terroristas había atrapado y masacrado un grupo de niños antes de que los comandos pudieran...

Había enseñado tácticas para todas las situaciones posibles, al menos eso creía, y hasta hacía apenas veinte minutos hubiera dicho... pero tenía a su lado a su única hija...

Todos son nuestros hijos, repitió la voz de Dom en su memoria.

El asesino ileso tenía del brazo a Katie Ryan. La niña sollozaba débilmente, exhausta de gritar... Casi colgaba de la mano del hombre parado a la izquierda del herido, que sostenía el AK con la mano derecha. Si hubiera tenido una pistola la habría apuntado a la cabeza de la nena, pero el AK era demasiado voluminoso para eso. Con extrema lentitud, el inspector O'Day bajó la mano y abrió el cierre de su campera.

Los terroristas estaban discutiendo. El herido se sentía muy incómodo. Al principio la adrenalina había sofocado el dolor pero ahora las cosas se estaban calmando y con el alivio de la tensión también desaparecía el mecanismo de bloqueo del dolor que protegía al cuerpo en los momentos de gran estrés. Estaba diciendo algo, pero Pat no podía entender qué. El otro ladró una respuesta, señalando la puerta, hablando con pasión y frustración. Lo peor sería cuando llegarán a una decisión. Podrían matar a los niños. Los de afuera entrarían al edificio si escuchaban más de uno o dos disparos. Llegarían lo bastante rápido para salvar a algunos niños, pero...

Empezó a llamarlos interiormente Herido e Ileso. Estaban enva-
necidos pero confusos, excitados pero indecisos, deseosos de vivir pero
dándose cuenta de que no sería posible...

—Eh, eh, muchachos —dijo Pat, levantando las manos y moviéndolas para que no repararan en el cierre abierto—. ¿Puedo decirles algo?

—¿Qué? —preguntó Herido mientras Ileso observaba.

—Todos estos niños que tienen aquí, son demasiados para cubrirse, ¿correcto? —preguntó, asintiendo para reforzar su idea—. ¿Qué les parece si llevo afuera a mi hijita y a algunos otros? ¿Tal vez les facilitaría las cosas?

La propuesta generó más discusiones. La idea le resultó atractiva a Ileso, o al menos eso le pareció a O'Day.

—¡Atención, les habla el Servicio Secreto! —llamó la voz de antes. Parecía Price, pensó el agente del FBI. Ileso miraba hacia la puerta y su lenguaje corporal lo llevaba en esa dirección, pero para llegar allí tenía que pasar frente a Herido.

—Eh, vamos, déjennos salir, ¿sí? —suplicó O'Day—. Tal vez pueda decirles que les den un auto o algo así.

Ileso apuntó a O'Day con su rifle.

—¡De pie! —ordenó.

—Está bien, está bien, tranquilos, por favor —O'Day se puso de pie, manteniendo las manos bien lejos del cuerpo. ¿Verían la pistolera si se daba vuelta? Los del Servicio la habían visto desde un principio y si fallaba ahora, Megan... No había punto de regreso. Simplemente no lo había.

—¡Usted les dirá, usted les dirá que nos den un auto o mataré a ésta y al resto!

—Déjeme llevar a mi hija, ¿sí?

—¡No! —gritó Herido.

Ileso dijo algo en su lengua natal, mirando a Herido, con su arma apuntada al piso mientras la de Herido apuntaba al pecho del inspector.

—Demonios, ¿quieren perder la partida?

Era como si Ileso le hubiera dicho lo mismo a su amigo herido. Tironeó del brazo de Katie Ryan. Ella volvió a gritar con fuerza cuando el terrorista empezó a avanzar empujándola, bloqueando el campo de visión de Herido al hacerlo. Le había llevado veinte minutos lograrlo. Ahora tenía sólo un segundo para ver si funcionaba.

Hizo lo mismo que antes había hecho Don Russell. Bajó la mano derecha, buscó en el interior de la chaqueta y sacó la pistola, arrodillándose. Cuando el cuerpo de Ileso despejó el blanco, la Smith 1076 disparó dos balas perfectas. Los cartuchos de acero inoxidable saltaron por el aire en el mismo momento en que Herido se transformaba en Muerto. Los ojos de Ileso se agrandaron por la sorpresa y la niña volvió a gritar.

—¡Suéltela! —aulló O'Day.

La primera reacción de Ileso fue tironear nuevamente del brazo de Katie Ryan y levantar al mismo tiempo el arma, como si fuera una pistola, pero el AK era demasiado pesado para usarlo de esa manera. O'Day lo quería vivo, pero no podía correr riesgos. Disparó dos veces.

El cuerpo cayó pesadamente dejando una mancha roja sobre las blancas paredes del Giant Steps.

El inspector Patrick O'Day se levantó de un salto y corrió hacia los cadáveres, pateando los rifles lejos de sus dueños muertos. Los observó con atención. A pesar de los años de práctica e instrucción que había dado y recibido, lo asombraba que hubiera funcionado. Sólo entonces volvió a latirle el corazón, o al menos eso parecía. Se relajó un momento. Luego endureció los músculos y se arrodilló junto a Katie Ryan, SANDBOX para el Servicio Secreto y una *cosa* para la gente que acababa de matar.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó. Ella no respondió. Se agarraba el brazo y sollozaba, pero no tenía manchas de sangre—. Vamos —le dijo suavemente, abrazando a una hija que de ahora en más sería en parte suya. Luego alzó a su Megan y fue hacia la puerta.

—¡Hay disparos en el edificio! —dijo una voz por el speaker. Ryan quedó helado. El resto de los presentes en la Sala de Situaciones tembló.

—Sonó como una pistola. ¿Tienen pistolas? —preguntó otra voz por el mismo circuito radial.

—¡Santo Dios, mira eso!

—¿Quién es ése?

—¡Estamos saliendo! —gritó una voz—. ¡Saliendo!

—¡No disparen! —ordenó Price por megáfono. Las armas no se movieron un milímetro de la puerta, pero las manos se relajaron.

—¡Dios! —dijo Jeffers, saliendo de su puesto y corriendo hacia el inspector.

—Los dos sujetos están muertos y la señora Daggett también —dijo O'Day—. Todo está bien, Norm. Todo bien.

—Déjeme...

—¡No! —chilló Katie Ryan.

Tuvo que apartarse. Pat bajó la vista y vio las ropas empapadas de sangre de tres agentes de la agencia rival. Había por lo menos diez cartuchos junto al cuerpo de Don Russell y un cargador vacío. Más allá había cuatro criminales muertos. A dos les habían volado la cabeza. Se detuvo junto a su camioneta. Tenía las rodillas un poco débiles. Dejó a las niñas en el suelo y se apoyó contra la carrocería. Una agente se acercó a ellos. Pat se sacó la Smith del cinturón y se la entregó sin mirar.

—¿Estás herido? —Era Andrea Price.

Él negó con la cabeza. Tardó un poco en poder hablar.

—En menos de un minuto empezaré a temblar. —Miró a sus dos niñas. Un policía estatal alzó a Katie Ryan, pero Megan se negó a alejarse de su papá. Pat la abrazó y ambos lloraron en silencio.

—¡SANDBOX está a salvo! —oyó decir a Price—. ¡SANDBOX está a salvo e ilesa!

Price miró a su alrededor. Los agentes de refuerzo del Servicio

todavía no habían llegado y la mayoría de las fuerzas del orden presentes en el lugar pertenecían a la policía de Maryland. Diez de ellos formaron un anillo alrededor de SANDBOX, protegiéndola como leones a sus cachorros.

Jeffers se unió a ellos. O'Day jamás se había dado cuenta de cómo cambiaba el tiempo en momentos como ése. Cuando levantó la vista, estaban haciendo salir a los niños de la guardería. El área estaba inundada de paramédicos que se apresuraban a atender a los niños.

—Tenga —dijo el agente negro, ofreciéndole un pañuelo.

—Gracias, Norm —O'Day se secó los ojos, se sonó la nariz y se levantó—. Lo lamento, muchachos.

—Está bien, Pat. Hiciste...

—Hubiera sido mejor sacar vivo al último, pero no podía... no podía arriesgarme. —Ya no le temblaban las piernas y llevaba a la pequeña Megan de la mano—. Oh, maldita sea —agregó.

—Creo que debemos sacarte de aquí —acotó Andrea—. Podemos hablar en un lugar mejor.

—Estoy muerto de sed —dijo O'Day, sacudiendo la cabeza nuevamente—. Jamás esperé una cosa así, Andrea. Son niños. No se supone que deba ser así, ¿no? —*¿Por qué balbuceo, carajo?*, se preguntaba el inspector.

—Vamos, Pat. Hiciste lo que debías.

—Espera un momento.

Se restregó la cara con las manos, respiró hondo y contempló la escena del crimen. Dios, qué desastre. Escalofriante. Tres muertos a este lado del patio de juegos. Obra de Jeffers, seguramente, con su M-16. No estaba nada mal. Pero quería hacer algo. Al lado de cada automóvil alquilado había un cuerpo, cada uno con un disparo. Otro más, con una bala en el pecho y otra en la cabeza. No estaba seguro de quién había matado al cuarto. Probablemente una de las chicas. Las pruebas balísticas determinarían la autoría de los disparos. Caminó hasta la puerta principal, donde yacía el cadáver del agente especial Don Russell. Se dio vuelta y miró el estacionamiento. Había visto muchas escenas de crímenes. Conocía las señales, sabía cómo imaginar los hechos. La llegada de los terroristas habría sido imposible de advertir... Tal vez sólo un segundo antes, no más. El valiente Russell se había defendido solo contra seis sujetos armados y abatido a tres. El inspector Patrick O'Day se arrodilló junto al cuerpo. Sacó la pistola Sig de la mano de Russell y se la entregó a Price. Luego tomó la mano del muerto entre las suyas durante lo que pareció un largo tiempo.

—Hasta la vista, campeón —murmuró, apoyando la mano inerte en el suelo. Era hora de partir.

Retiro

El lugar más conveniente y más cercano para aterrizar un helicóptero de la Marina era la Academia Naval y lo más difícil fue encontrar personal del Servicio Secreto disponible para hacerse cargo de SANDBOX. Andrea Price, la agente más jerárquica presente en la escena del crimen y también jefa de la Custodia Personal, debía quedarse en el Giant Steps. Por consiguiente, los miembros del USSS que se dirigían a Annapolis cambiaron de ruta, se encontraron con los tripulantes del helicóptero y asumieron la custodia de Katie Ryan. El primer comando de oficiales federales que llegó al Giant Steps fue un grupo de agentes del FBI perteneciente a la pequeña oficina de Annapolis, satélite de la División de Campo de Baltimore. Dado el caso, recibirían órdenes de Price.

O'Day cruzó la calle hacia la casa que había sido puesto de comando local de Norman Jeffers, cuya propietaria, una abuela, superó la impresión del atentado para preparar café. Encendieron el grabador y el inspector del FBI inició una prolongada e ininterrumpida narración de los hechos. Ésa era la mejor manera de obtener información fresca y fehaciente. Más tarde le leerían la transcripción de lo que había dicho para obtener datos adicionales. O'Day miraba por la ventana de vez en cuando. El personal de las ambulancias estaba esperando para levantar los cadáveres, pero antes los fotógrafos debían registrar imágenes para la posteridad.

No podían saber que Estrella de Cine seguía observando la escena, esta vez en medio de una multitud compuesta por alumnos y profesores de la comunidad y por curiosos que habían adivinado la naturaleza del hecho y querían mirar de cerca. Pero Estrella de Cine ya había visto demasiado y volvió a su automóvil. Salió del estacionamiento y se alejó por la Autopista Ritchie hacia el norte.

—Caramba, le di una oportunidad —decía O'Day—. Le dije que soltara el arma. Grité tan fuerte que me sorprende que no me hayan oído afuera, Price. Pero el tipo movió el arma y yo no estaba en posición de correr riesgos, ¿saben? —Ya no le temblaban las manos. El impacto violento del primer momento había pasado. Después vendrían otros.

—¿Tienes idea de quiénes eran? —preguntó Price, una vez terminada la narración del hecho.

—Hablaban un idioma extraño, pero no sé cuál. No era alemán ni ruso... fuera de eso, no sé. Los idiomas extranjeros suenan todos igual.

Me fue imposible reconocer frases o palabras. Su inglés era muy bueno, con un poco de acento, pero tampoco podría definir el acento. El aspecto físico era mediterráneo. Tal vez de Medio Oriente. Tal vez no. Absolutamente despiadados. Mató a la señora Daggett de un disparo, sin parpadear siquiera, sin emoción... no, no es así. Estaba molesto, perturbado. Eso sí, no vaciló. *Boom*, y ya estaba muerta. No pude hacer nada —prosiguió el inspector—. El otro me estaba apuntando y pasó tan rápido que apenas me di cuenta...

—Pat —Andrea le tomó la mano—. Estuviste grandioso.

El helicóptero aterrizó en la Casa Blanca, al sur de la entrada principal. Ryan corrió hacia la nave antes de que se detuvieran los rotores pero esa vez nadie lo detuvo. Un marine de uniforme verde abrió la puerta y bajó de un salto. Los agentes del Servicio Secreto bajaron con SANDBOX en brazos y se la entregaron a su padre.

Jack la acunó como a la beba que ya no era pero siempre sería para él y subió la loma hasta la casa, donde esperaba el resto de la familia. Los noticieros registraron el hecho, pero ningún reportero pudo acercarse a POTUS. Los del Servicio Secreto estaban dispuestos a matar, por primera vez parecían extremadamente peligrosos.

—¡Mamita! —Katie se revolvió en brazos de su padre y estiró sus bracitos hacia su madre, que enseguida se la sacó a Jack. Sally y Little Jack se abrazaron a ambas, dejando solo a Ryan por un momento.

—¿Cómo estás? —preguntó Arnie en voz baja.

—Ahora mejor, supongo. —Todavía estaba mortalmente pálido y tembloroso—. ¿Sabemos algo más?

—Mira, lo primero que debemos hacer es sacarlos a todos de aquí. Los llevaremos a Camp David. Allí te tranquilizarás. Hay seguridad aérea. Te aseguro que es el mejor lugar para relajarse.

Ryan lo pensó un momento. La familia no conocía Camp David y él mismo había estado allí sólo un par de veces.

—Arnie, no tenemos ropas ni...

—Nos ocuparemos de todo —le aseguró Van Damm.

El presidente asintió.

—Entonces hagámoslo. Rápido —agregó. Mientras Cathy llevaba a los niños arriba, Jack salió rumbo al Ala Oeste. Dos minutos después estaba de vuelta en la Sala de Situaciones. El impacto inicial y el miedo habían dado paso a la determinación.

—Bueno —dijo Ryan, ya más calmo—. ¿Qué sabemos?

—¿Llegó el presidente? —preguntó Dan Murray por el speaker.

—Llegué, Dan. Dime todo lo que sepas —ordenó SWORDSMAN.

—Teníamos un hombre adentro, uno de los míos. Tú lo conoces. Pat O'Day, uno de mis inspectores itinerantes. Su hija —Megan, creo— va a la misma guardería. Pat liquidó a los dos sujetos. Los del Servicio Secreto mataron al resto... Eran nueve en total, a dos los mató Pat y de los demás se encargó la gente de Andrea Price. Murieron cinco agentes del Servicio Secreto, más la señora Daggett. Gracias a Dios no hay niños heridos. Price está hablando con O'Day en este

momento. Tengo aproximadamente diez agentes en la escena del crimen para colaborar con la investigación. También hay gente del Servicio Secreto en camino.

—¿Quién dirige la investigación?

—Hay dos estatutos al respecto. Los ataques contra tu persona o los miembros de tu familia están bajo la jurisdicción del Servicio Secreto. El terrorismo nos toca a nosotros. Opino que el Servicio debe dirigir la investigación y nosotros colaboraremos al máximo —prometió Murray—. No habrá problemas, te doy mi palabra. Ya hablé con Justicia. Martin nos asignará un fiscal superior para coordinar la investigación criminal. ¿Jack? —agregó el director del FBI.

—¿Qué, Dan?

—Trata de tranquilizar a tu familia. Sabemos cómo encarar esto. Sé que tú eres el presidente, pero durante los próximos días límitate a ser sólo un hombre, ¿lo prometes?

—Buen consejo, Jack —acotó el almirante Jackson.

—¿Jeff? —Ryan se dirigió al agente Raman. Todos sus amigos decían lo mismo. Probablemente tuvieran razón.

—¿Sí, señor?

—Salgamos ya mismo de esta ciudad.

—Sí, señor presidente —Raman abandonó la sala.

—Robby, me gustaría que tú y Sissy nos acompañaran. Hace tiempo que queremos pasar unos días juntos.

—Como quieras, amigo.

—Está bien, Dan —le dijo al speaker—. Vamos a Camp David. Manténme informado.

—Claro —prometió Murray.

Lo escucharon por radio. Brown y Holbrook iban en dirección norte por la Ruta 287 para tomar la Interestatal 90-Este. El camión era lento como un cerdo, pesado, lento para acelerar e igualmente lento para frenar. Tal vez anduviera mejor por la Interestatal. Pero al menos tenía una radio decente.

—Maldición —dijo Brown, ajustando el dial.

—Niños —Holbrook sacudió la cabeza—. Debemos asegurarnos de que no haya niños cerca, Ernie.

—Creo que podremos manejarlo, Pete, suponiendo que logremos llegar con esta batata.

—¿Cuánto crees que tardaremos?

Un gruñido sordo.

—Cinco días.

Daryaei lo tomó bien, especialmente al enterarse de que todos estaban muertos.

—Perdóneme por recordárselo, pero yo le advertí que... —comenzó Badrayn.

—Ya sé. Lo recuerdo perfectamente bien —admitió Mahmoud

Haji—. El éxito de esta misión jamás fue necesario, siempre y cuando se tuvieran en cuenta los aspectos de seguridad. —El religioso clavó los ojos en su interlocutor.

—Todos tenían pasaportes falsos. Por lo que sé, ninguno tenía antecedentes criminales en ningún lugar del mundo. Ninguno tenía conexiones con nuestro país. Si alguno hubiera quedado vivo... bueno, habríamos corrido peligro, y yo se lo advertí, pero afortunadamente los han matado a todos.

El ayatollah asintió y les dedicó un epitafio:

—Sí, todos eran fieles.

¿Fieles a qué? se preguntó Badrayn.

—¿Y el resto? —preguntó Daryaei, una vez concluida su plegaria por las almas de los nueve muertos.

—Tal vez lo sabremos el martes, el miércoles con certeza —replicó Ali.

—¿Y la seguridad?

—Perfecta. —Badrayn tenía absoluta confianza. Todos los viajeros habían regresado sanos y salvos y reportado el éxito de sus misiones. La única evidencia física que habían dejado —los aerosoles de crema de afeitar— habría sido recogida como basura y descartada. La plaga se desataría dentro de poco y jamás sabrían cómo había llegado. Y por eso lo que aparentemente había sido un fracaso no lo era, en absoluto. Ese Ryan, por muy aliviado que se sintiera tras haber recuperado a su hija, estaba debilitado. Y Estados Unidos era un país debilitado. Y Daryaei tenía un plan para ambos. Ciertamente un buen plan, pensó Badrayn, y su propia vida cambiaría para siempre por haberlo ayudado a implementarlo. Sus días de terrorista internacional ya pertenecían al pasado. Obtendría un puesto importante en el gobierno de la RIU... en seguridad o inteligencia, probablemente, con una cómoda oficina y un excelente sueldo, y por fin podría establecerse en paz. Daryaei tenía un sueño y estaba a punto de concretarlo. El sueño de Badrayn estaba todavía más cerca y ya no debía hacer nada para volverlo realidad. Nueve hombres habían muerto por su sueño. Qué mala suerte. ¿Verdaderamente estarían en el Paraíso por su sacrificio? Tal vez Alá fuera misericordioso y efectivamente perdonara cualquier acto realizado en Su Nombre, errado o no. Tal vez.

En realidad no tenía importancia, ¿o sí?

Trataron de que la partida pareciera normal. Los niños se cambiaron de ropa. Las valijas irían en otro vuelo. La seguridad era más estricta que nunca, y se notaba. Tal vez fuera un error. Los miembros del Servicio Secreto, usualmente acuclillados, ahora se erguían en los techos del edificio del Tesoro al este y el Antiguo Edificio Ejecutivo al oeste, dejándose ver por completo mientras recorrían el área con sus binoculares. Junto a cada uno de ellos montaba guardia un hombre armado con un rifle. Había ocho agentes en el perímetro sur, observando a la gente que pasaba o que se había allegado al enterarse de la

horrible noticia. Probablemente habían acudido porque lo ocurrido les importaba en mayor o menor medida, tal vez para rezar una plegaria por la seguridad de los Ryan. Los agentes vigilaban por si alguien tenía otro propósito en mente. Pero esa vez, como todas las otras, no vieron nada inusual.

Jack subió al helicóptero con su familia. La cabina estaba silenciosa. El presidente Ryan rumiaba algunas ideas. Su esposa hacía otro tanto. Los chicos miraban por las ventanas... porque volar en helicóptero es una de las grandes maravillas inventadas por el hombre. Hasta la pequeña Katie giró en su asiento para mirar hacia abajo, olvidando la horrible tarde en el asombro del momento.

Un automóvil del Servicio Secreto había recogido a Cecilia Jackson en su casa de Fort Myers. El almirante Jackson y su esposa abordaron un VH-60 de refuerzo con algunos bolsos de mano y más equipaje de la familia Ryan. Las cámaras no los registraron. El presidente y la primera familia se habían ido, y con ellos los periodistas y las cámaras. Casualmente, antes de partir habían hecho varias tomas desde el mismo lugar donde Estrella de Cine había observado la operación frustrada.

Estrella de Cine se había preparado para esta eventualidad, por supuesto. Se dirigió hacia el norte por la Autopista Ritchie —el tránsito no era para nada denso, considerando que la policía seguía bloqueando el camino en el Giant Steps— y una vez en el aeropuerto internacional Baltimore-Washington tuvo tiempo de devolver el auto alquilado y alcanzar el vuelo 767 de British Airways con destino a Heathrow. Esta vez no viajaría en primera clase. Todo el avión era clase business. No sonrió. No tenía por qué. Había esperado que el secuestro resultara un éxito, aunque desde el comienzo se había preparado para el fracaso. Para Estrella de Cine la misión no había fracasado. Seguía vivo y estaba a punto de escapar nuevamente. Allí estaba, a punto de despegar, y pronto llegaría a otro continente... donde desaparecería por completo mientras la policía norteamericana se esforzaba por averiguar si quedaba algún miembro de la conspiración criminal. Decidió beber un par de vasos de vino para conciliar el sueño después de un día tan estresante. Sonrió al pensar que beber iba contra su religión. ¿Acaso había algún aspecto de su vida que no se opusiera a su religión?

El sol se puso en un abrir y cerrar de ojos. Cuando llegaron a Camp David la tierra era una sombra ondulante puntuada por las luces quietas de las casas y las luces movientes de los automóviles. El helicóptero descendió lentamente y aterrizó con suavidad. Había pocas luces más allá del perímetro de aterrizaje. Raman y el otro custodio fueron los primeros en salir cuando el jefe de tripulación abrió la puerta. El presidente se desabrochó el cinturón de seguridad y fue hacia adelante. Se paró detrás de los tripulantes y palmeó el hombro del piloto.

—Gracias, coronel.

—Usted tiene muchísimos amigos, señor presidente. Estamos aquí para lo que necesite —le dijo Goodman a su comandante en jefe.

Jack asintió, bajó la escalerilla y vio, más allá de las luces, las siluetas espectrales de los marines y sus poderosos rifles.

—Bienvenido a Camp David, señor. —Era un capitán de la Marina.

Jack ayudó a bajar a su esposa. Sally bajó a Katie en brazos. Little Jack fue el último en salir. Ryan se sorprendió al ver que su hijo era casi tan alto como su mujer. Tal vez debieran dejar de tratarlo como a un niño.

Cathy miraba nerviosamente a su alrededor. El capitán se dio cuenta.

—Señora, allí afuera hay sesenta marines —le aseguró. No tuvo necesidad de agregar para qué. El presidente sabía cuál era el estado de alerta de las tropas dada la situación.

—¿Dónde? —preguntó Little Jack, mirando sin ver.

—Prueba con esto. —El capitán le prestó sus binoculares PVS-7 de visión nocturna. SHORTSTOP se los llevó a los ojos.

—*Allí están.* —Extendió el brazo para señalar a los que podía ver. Luego bajó los binoculares y los marines volvieron a desaparecer.

—Son muy buenos para detectar ciervos, y también hay un oso que va y viene según la época del año. Lo llamamos Yogui. —El capitán Larry Overton se felicitó por haberlos tranquilizado un poco y los acompañó al HMMWV que los trasladaría a la residencia. Después explicó que Yogui tenía una radio-collar para que su presencia no sorprendiera a nadie, mucho menos a un marine con un rifle cargado.

La residencia de Camp David era bastante rústica. Un grupo de marines les franqueó la entrada y un segundo grupo, esta vez de marineros, los acompañó a sus dormitorios privados. Afuera había doce chalets adicionales y, por supuesto, cuanto más cerca se alojaba uno de Aspen, más importante era.

—¿Qué hay de cenar? —preguntó Jack Junior.

—Lo que quieras —replicó el jefe de cocina de la Armada.

Jack miró a Cathy. Ella asintió. Sería una noche de “lo que quieras”. El presidente se quitó la chaqueta y la corbata. Un camarero se apresuró a recibirlos.

—Aquí la comida es fuera de serie, señor presidente —prometió.

—Es un hecho, señor —confirmó el cocinero—. Tenemos un trato con algunos vecinos. Todo fresco, productos directos de granja. ¿Puedo traerle algo para beber?

—Es una gran idea, gracias. ¿Cathy?

—¿Vino blanco? —preguntó, intentando dejar atrás el cansancio.

—Tenemos una excelente selección, señora. ¿Qué le parece un Chateau Ste. Michelle reserva Chardonnay? Cosecha 1991, realmente un gran chardonnay.

—¿Usted es cocinero naval? —preguntó POTUS.

—Sí, señor. Solía cocinar para los almirantes pero me ascendieron y, si me permite decirlo, señor, algo sé de vinos.

Ryan levantó los dedos índice y mayor. El cocinero asintió y salió.

—Esto es una locura —dijo Cathy.

—No te obsesiones. —Mientras esperaban los tragos los dos niños mayores se decidieron por una pizza. Katie pidió una hamburguesa con papas fritas. Oyeron el zumbido de otro helicóptero. Cathy tenía razón. Era una locura.

La puerta volvió a abrirse y el cocinero regresó con copas y un balde de plata, seguido por un camarero de anteojos.

—Sólo queríamos dos copas.

—Sí, señor presidente, pero están llegando otros dos huéspedes: el almirante Jackson y su esposa. La señora Jackson también prefiere una copa de exquisito vino blanco, señor. —Descorchó la botella y le sirvió un poco a SURGEON. Ella asintió complacida.

—¿No le parece que tiene un excelente aroma? —le preguntó, llenándole la copa y sirviendo otra para el presidente. Luego se retiró.

—Siempre me dijeron que la Armada tenía esta clase de gente, pero nunca les creí... hasta hoy.

—Oh, Jack —Cathy se dio vuelta. Los chicos estaban mirando televisión sentados en el piso, incluso Sally... que intentaba transformarse en una dama elegante. Compartían un momento en familia mientras sus padres hacían lo de siempre: tratar de comprender una nueva realidad para proteger a sus hijos de los embates del mundo.

Jack vio las luces de un HMMWV a la izquierda. Supuso que Robby y Sissy tendrían un chalet privado. Se cambiarían antes de reunirse con ellos. Se dio vuelta y abrazó a su esposa por detrás.

—Todo está bien, nena.

Cathy hizo un gesto negativo.

—Nunca estará todo bien, Jack. Nunca más. Roy me dijo que tendremos custodia toda la vida. Vayamos donde vayamos necesitaremos protección. Siempre —dijo bebiendo su vino con más resignación que enojo. Estaba empezando a comprender algo que jamás había soñado vivir. Las trampas del poder eran seductoras a veces. Ir a trabajar en helicóptero. Gente que se ocupaba de su ropa, cuidaba a sus hijos, cocinaba lo que le pedía, la escoltaba a todas partes...

¿Pero a qué precio? No valía la pena. Siempre habría alguien decidido a asesinar a sus hijos. No había manera de escapar. Era como si le hubieran diagnosticado un cáncer de mamas, de ovarios, algo espantoso. Por horrible que fuera, en esos casos una tenía que hacer lo que debía. Llorar no serviría de nada... aunque estaba segura de que lloraría a mares. Gritarle a Jack tampoco serviría de nada... y además no le gustaba gritar... y tampoco era culpa de Jack, ¿no? Tendría que atenerse a los hechos, tal como hacían los enfermos de Hopkins que debían visitar el Departamento Oncológico... *Oh, por favor, no se preocupe. Son los mejores, lo mejor de lo mejor, y los tiempos han cambiado, y ahora saben qué hacer.* Sus colegas del Departamento de Oncología eran, efectivamente, los mejores. Y habían inaugurado un bonito edificio. ¿Pero quién quería ir allí?

Jack y ella tenían una hermosa casa prestada, un staff maravilloso, algunos expertos en vinos incluso, pensó, bebiendo otro sorbo de vino helado. *¿Pero quién quiere estar aquí?*

Había tantos agentes asignados al caso que por el momento no sabían qué hacer. Aún no tenían suficiente información para definir directivas, pero la situación estaba cambiando aceleradamente. Habían fotografiado a la mayoría de los terroristas —dos de ellos, aniquilados por el rifle M-16 de Norman Jeffers, no tenían rostro que fotografiar— y también les habían tomado las huellas digitales. Más tarde extraerían muestras de sangre para conocer el ADN, en caso de que fuera necesario utilizarlo luego... lo cual era una posibilidad bastante remota, ya que la identidad se confirma *exclusivamente* mediante la comparación genética con parientes cercanos.

Por el momento trabajaban con las fotos. Antes que nada las transmitieron al Mossad. Probablemente los terroristas fueran islámicos —eso pensaban todos— y los israelíes tenían la mejor fuente de datos del mundo. La CIA envió el primer aviso, a continuación refrendado por el FBI. Avi ben Jakob prometió absoluta cooperación.

Todos los cadáveres fueron trasladados a Annapolis para la autopsia. Era el procedimiento requerido por ley, aun en casos de muertes causadas por algo tan obvio como un terremoto. Se establecería la condición previa a la muerte de cada cuerpo, más un análisis toxicológico completo para saber si alguno había consumido drogas.

Les quitaron las ropas para un examen completo en el laboratorio del FBI en Washington. Lo primero que mirarían serían las marcas para determinar el país de origen. La marca y el estado general determinarían el momento de la compra, dato que podría ser importante. Además, los técnicos —que, debido a la contundencia del hecho, estaban trabajando horas extra un viernes a la noche— utilizarían cinta Scotch ordinaria para recoger fibras sueltas, en especial partículas de polen, que servirían para determinar muchas cosas, porque algunas plantas sólo crecen en algunas partes del mundo. Los resultados tardarían semanas, pero en casos como ése los recursos eran ilimitados. El FBI tenía un amplio espectro de expertos para consultar.

Los números de patente de los autos habían sido transmitidos antes de que O'Day disparara y un gran número de agentes había acudido a las agencias de alquiler para chequear los registros computarizados.

Los adultos sobrevivientes entrevistados en el Giant Steps confirmaron el relato de O'Day. Algunos detalles diferían, pero no tenía importancia. Ninguna de las mujeres reconoció el idioma de los terroristas. Los niños pasaron por interrogatorios más suaves, siempre junto a sus padres. Dos de los padres eran de Medio Oriente y se creyó que los niños podrían identificar algún idioma de la región, pero fue una esperanza vana.

Recogieron todas las armas para chequear sus números de serie con una base de datos. La fecha de fabricación era fácil de establecer y posteriormente se identificaría a los distribuidores para llegar, finalmente, al comerciante que las había vendido. No fue tan fácil. Las armas eran viejas, hecho disimulado por su aspecto exterior, previamente establecido por inspección visual de los cañones y disparadores.

No tenían uso. Ése fue el primer dato importante que transmitieron, incluso antes de tener el nombre del comprador.

—Maldición, quisiera que Bill estuviera aquí —dijo Murray en voz alta, sintiéndose incompetente por primera vez en su carrera. Había convocado a sus jefes de división. Desde el principio sabían que la investigación sería compartida por las divisiones Criminal y Contra-Inteligencia Extranjera (FCI), ayudadas, como siempre, por el Laboratorio. La cosa iba tan rápido que todavía no había llegado ningún oficial del Servicio Secreto—. ¿Opiniones?

—Dan, el que compró esas armas está en el país desde hace mucho tiempo —dijo el FCI.

—Un doble agente —asintió Murray.

—Pat no reconoció el idioma. Probablemente hubiera reconocido un idioma europeo. Tienen que ser de Medio Oriente —dijo el de Criminal. No era una observación digna del Premio Nobel, pero hasta el FBI debía cumplir las formas—. Bueno, de Europa Occidental en todo caso. Supongo que debemos considerar los países balcánicos. —Todos coincidieron.

—¿Qué antigüedad tienen las armas? —preguntó por enésima vez el director.

—Once años. Mucho antes del embargo —respondió el de División Criminal—. Probablemente no hayan sido usadas hasta hoy, son armas vírgenes, Dan.

—Alguien creó una red de espionaje que desconocemos por completo. Alguien con mucha paciencia. Sea quien sea el comprador, sus documentos serán falsos... y habrá desaparecido hace tiempo. Es un clásico trabajo de inteligencia, Dan —prosiguió el FCI, diciendo lo que todos estaban pensando—. Estamos hablando de profesionales.

—Es un poco especulativo —objetó Murray.

—¿Cuándo me equivoqué por última vez, Danny?

—Hace mucho. Prosigue.

—Tal vez los del laboratorio nos entreguen un buen material forense, pero aun así no tendremos suficientes pruebas para presentar ante una corte, a menos que tengamos suerte y atrapemos al comprador o a los otros involucrados en la misión.

—Registros de vuelo y pasaportes —dijo el de la división Criminal—. Para empezar, dos semanas atrás. Hay que buscar repeticiones. Alguien reconoció el objetivo. Probablemente desde que Ryan asumió la presidencia. Eso ya es algo. —Seguro, tendrían que chequear diez millones de registros. Pero así era el trabajo policial.

—Dios, espero que te equivoques en lo del doble agente —dijo Murray, tras un instante de reflexión.

—También yo, Dan —replicó el FCI—. Pero lamentablemente no me equivoco. Necesitaremos tiempo para identificar su casa, punto de reunión o lo que sea, entrevistar a los vecinos, chequear los registros de bienes raíces hasta encontrar un nombre falso y empezar desde ahí. Seguramente ha salido del país, pero eso no es lo peor.

Lo aterrador es que estuvo aquí por lo menos once años. Recibió dinero. Fue entrenado. Y mantuvo la fe hasta hoy para colaborar con la misión. Después de tanto tiempo conservaba la fe necesaria para ayudar a matar niños.

—No será el único —concluyó secamente Murray.

—No creo.

—¿Podrían acompañarme, por favor?

—Recuerdo haberlo visto antes, pero...

—Jeff Raman, señor.

El almirante le dio la mano.

—Robby Jackson.

El agente sonrió.

—Lo sé, señor.

Fue una caminata agradable, aunque hubiera sido más placentera sin tantos hombres armados alrededor. El aire de la montaña era frío y puro y había millones de estrellas en el cielo.

—¿Cómo está Ryan? —preguntó Robby.

—Ha sido un día difícil. Murió mucha gente.

—Entre ellos, algunos delincuentes —Jackson siempre sería un aviador de combate para quien la muerte era parte del trabajo. Llegaron a la residencia presidencial.

Robby y Sissy no podían disimular su asombro. Como no tenían hijos —un problema médico de Cecilia lo había impedido a pesar de todos los esfuerzos realizados—, no entendían del todo lo que pasaba con los niños. El hecho más horrible desaparecía instantáneamente por obra del abrazo materno u otra señal de seguridad. El mundo, especialmente para Katie, había recuperado su forma habitual. Pero también habría pesadillas que durarían semanas, tal vez más, hasta que los recuerdos desaparecieran por completo. Las dos parejas se abrazaron y, como de costumbre, los hombres se pusieron a conversar entre ellos y las mujeres hicieron otro tanto. Robby se sirvió una copa de vino y acompañó a Ryan afuera.

—¿Cómo te sientes, Jack? —En ese momento no le hablaba al presidente sino a su amigo.

—El shock va y viene —admitió Jack—. Es lo mismo de antes. Esos malditos bastardos no vienen a buscarme *a mí*... ah, no, tienen que atacar a los niños. ¡*Malditos cobardes!*

Jackson bebió un trago, casi sin saber qué decir.

—Es la primera vez que vengo aquí —dijo finalmente, sólo por decir algo.

—Mi primera vez fue... ¿me creerás si te digo que enterramos un tipo aquí? —dijo Jack—. Era un coronel ruso, un agente que teníamos en el Ministerio de Defensa soviético. Un gran soldado, héroe de la Unión Soviética, condecorado tres o cuatro veces, creo, lo enterramos aquí con el uniforme puesto y con todas las condecoraciones. Yo mismo leí la oración fúnebre. Ahí fue cuando sacamos a Gerasimov.

—El director de la KGB. ¿Entonces es cierto?

—Sí —Ryan asintió—. Y también sabes lo de Colombia y lo del submarino. ¿Cómo demonios se habrán enterado los periodistas?

Robby estuvo a punto de reír a carcajadas, pero se contuvo y esbozó apenas una tímida sonrisa.

—Santo Dios, y yo que creía memorable mi carrera...

—También hiciste de las tuyas —observó Jack un poco molesto.

—Igual que tú, amigo mío.

—¿Te parece? —Ryan entró a servirse vino. Volvió con los binoculares de visión nocturna. Los encendió y empezó a observar los alrededores—. Pero no hice nada para que mi familia fuera vigilada por una compañía de marines. Allá abajo hay tres, con chalecos antibalas, cascos y rifles... ¿y todo por qué? Porque en el mundo hay gente que quiere matarnos. ¿Y por qué? Porque...

—Te diré por qué. Porque tú eres mejor que ellos, Jack. Porque defiendes cosas que son buenas para todos. Porque tienes pelotas y no le huyes a la mierda. No quiero oírte hablar así, Jack. No me vengas con eso de “Oh, Dios mío, ¿qué hice yo para merecer esto?”, ¿entendido? Sé quién eres. Yo soy piloto de combate porque elegí serlo. Tú estás aquí porque quisiste. Nadie dijo jamás que la presidencia fuera fácil, ¿no?

—Pero...

—Pero un carajo, señor presidente. ¿Así que hay gente a la que no le gustas? Bueno, está bien. Debes pensar cómo encontrarlos y, una vez que los encuentres, puedes pedirle a uno de esos marines que se encargue de ellos. Sabes lo que pasará. Tal vez algunos te odien, pero son muchos más los que te aman y respetan. Te estoy diciendo, por si lo has olvidado, que no hay un solo uniformado en el país que no esté dispuesto a *barrer de la superficie de la Tierra* a cualquiera que se meta contigo o con tu familia. No sólo por lo que eres, sino por quién eres, ¿entendido?

¿*Quién soy?* se preguntó SWORDSMAN. En ese momento se manifestó una de sus debilidades.

—Vamos —Ryan avanzó en dirección oeste. Acababa de ver un repentino resplandor. Treinta segundos después descubrió a un cocinero de la Armada fumando un cigarrillo. Presidente o no, esa noche no tenía de qué sentirse orgulloso—. Hola.

—¡Dios mío! —balbuceó el marinero, tirando el cigarrillo al suelo y aplastándolo con el pie—. Quiero decir... hola, señor presidente.

—Lo primero sí, lo segundo no. ¿Tiene un cigarrillo? —preguntó POTUS sin avergonzarse.

—Claro, señor. —Le dio uno.

—Marinero, si la primera dama lo ve hacer esto otra vez, mandará que lo fusilen los marines —le advirtió Jackson.

—¡Almirante Jackson! —Esas palabras sacudieron al muchachito—. Creo que los marines trabajan para mí. ¿Falta mucho para la cena?

—En este momento están cortando la pizza, señor. Yo mismo la amasé y horneé. Sus hijos van a chuparse los dedos —prometió el cocinero.

—Tranquilícese. Gracias por el cigarrillo.
—Cuando guste, señor —Ryan le estrechó la mano y se alejó, seguido por Robby.
—Lo necesitaba —admitió Jack, un poco avergonzado. Dio una larga pitada.
—Si tuviera un lugar como éste lo usaría muchísimo. Es casi como estar en el mar —prosiguió Jackson—. A veces subes a cubierta, te paras en una de las galerías, y simplemente disfrutas el mar y las estrellas. Los placeres simples de la vida.
—Es difícil desenchufarse, ¿no? Incluso cuando comulgas con el mar y las estrellas nunca logras desenchufarte del todo, ¿no?
—No —admitió el almirante—. El mar y las estrellas hacen que sea más fácil pensar y alivian un poco la intensidad de la atmósfera, pero tienes razón. Uno nunca se desenchufa. —Tampoco ahora.
—Tony dice que perdimos de vista a la Armada india.
—Mandaron los dos portaaviones al mar, con escoltas y petroleros. Los estamos buscando.
—¿Eso tendrá alguna conexión? —preguntó Ryan.
—¿Con qué?
—Los chinos crean problemas en un lugar, la flota india vuelve al mar y a mí me pasa *esto*... ¿me estaré poniendo paranoico?
—Es probable. Tal vez los indios estén intentando demostrarnos que no les hicimos tanto daño después de todo. Lo de China... bueno, ya ha sucedido otras veces. Además no pasará a mayores, especialmente a partir de la llegada de Mike Dubro. Conozco a Mike. Les mandará aviones de combate. ¿El atentado contra Katie? Es muy pronto para hablar, y no es mi campo. Tienes a Murray y al resto para eso. De todos modos fracasaron, ¿no? Tu familia está allá adentro, mirando la tele y pasará mucho tiempo antes de que vuelvan a intentar algo semejante.

En todo el mundo pasaba lo mismo. En Tel Aviv por ejemplo, eran las cuatro de la mañana cuando Avi ben Jakob convocó a sus expertos en terrorismo. Juntos analizaron las fotos transmitidas desde Washington, comparándolas con las de su banco de datos. El problema era que las fotos del archivo israelí mostraban hombres jóvenes con barba —el disfraz más común conocido por el hombre— y eran de mala calidad. Para colmo, las imágenes transmitidas por los norteamericanos tampoco tenían una buena definición.

—¿Algo útil? —preguntó el director del Mossad.

Todos los ojos apuntaron a una de las expertas del Mossad, una cuarentona llamada Sarah Peled. A sus espaldas le decían “la bruja”. Poseía el don especial de identificar gente a partir de fotografías y la mayoría de las veces acertaba en casos donde otros oficiales de inteligencia fracasaban estrepitosamente.

—Éste. —Deslizó dos fotos sobre la mesa—. Es la misma persona.

Ben Jakob estudió ambas fotos, una al lado de la otra... y no encontró nada que confirmara la opinión de su experta. Muchas veces

le había preguntado cuál era la clave de sus deducciones. Sarah siempre decía que eran los ojos. Avi volvió a mirar las fotos, comparando los ojos de ambas. Lo único que vio fueron dos pares de ojos. Dio vuelta la foto del archivo israelí. Los datos del reverso decían que se trataba de un miembro sospechado del Hezbollah, de nombre desconocido y alrededor de veinte años de edad en el momento de la foto, fechada seis años antes.

—¿Algún otro, Sarah? —preguntó.

—No, ninguno.

—¿Está muy convencida de éste? —preguntó un oficial de contrainteligencia después de mirar las fotos e, igual que Avi, no ver nada.

—Estoy cien por ciento segura, Benny. Dije “es la misma persona”, ¿no? —Sarah solía ser un poco brusca, particularmente con los hombres incrédulos a las cuatro de la mañana.

—¿Hasta dónde debemos llegar con esto? —preguntó otro miembro del staff.

—Ryan es amigo de nuestro país y presidente de Estados Unidos. Iremos tan lejos como podamos. Quiero investigar a fondo. Utilizaremos todos los contactos. Líbano, Siria, Irak e Irán, todos los contactos.

—Cerdos —Bondarenko se pasó la mano por el pelo. Hacía rato que se había sacado la corbata. Su reloj decía que era sábado, pero él ya no sabía en qué día estaba.

—Sí —coincidió Golovko.

—Una operación negra... ¿No solían llamar “húmeda” a esta clase de operaciones? —preguntó el general.

—Húmeda e incompetente —dijo abruptamente el director de la RVS—. Pero Ivan Emmetovich tuvo suerte, camarada general. Esta vez.

—Tal vez —musitó Gennady Iosefovich.

—¿No está de acuerdo conmigo?

—Los terroristas subestimaron a sus oponentes. Recientemente estuve con el ejército norteamericano, como usted sabe. Su entrenamiento no tiene igual en el mundo entero, y el entrenamiento de la custodia presidencial ha de ser muy eficaz también. ¿Por qué será que la gente tiende a subestimar a los norteamericanos? —preguntó.

Era una buena pregunta, reconoció Sergey Nikolayevich, indicándole con un gesto que prosiguiera.

—Estados Unidos sufre con frecuencia una falta de dirección política. Eso no equivale a incompetencia. ¿Sabe cómo es en realidad? Como un perro bravo atado con una correa corta... Y como el perro no puede romper la correa la gente deduce que no debe temerle, olvidando que dentro del alcance de la correa es invencible... y que una correa, camarada director, es una cosa temporaria. Usted conoce a Ryan.

—Lo conozco bien —admitió Golovko.

—¿Y? ¿Es cierto lo que dice la prensa?

—Es cierto.

—Le diré qué pienso, Sergey Nikolayevich. Si usted lo considera un adversario formidable, y él tiene a ese perro bravo atado a la correa, yo no me atrevería a ofenderlo. ¿Pero atacar a un niño? ¿A su hija? —El general sacudió la cabeza.

Era eso. Ambos estaban cansados, pero tuvieron un momento de claridad. Golovko había pasado demasiado tiempo leyendo los informes políticos de Washington, de su propia embajada, y directamente de los medios norteamericanos. Todos decían que Ivan Emmetovich... ¿era ésa la clave? Desde un comienzo había llamado así a Ryan, creyendo honrarlo con la versión rusa de su nombre y el patronímico ruso. Y claro que era un gran honor en el contexto de Golovko...

—¿Está pensando lo mismo que yo, *da*? —preguntó el general, viéndole la cara.

—Alguien ha hecho un cálculo...

—Que no es correcto. Creo que necesitamos saber quién fue. Creo que cualquier ataque sistemático a los intereses norteamericanos, cualquier intento de debilitar a Estados Unidos, camarada director, es en realidad un ataque contra nuestros intereses. ¿Por qué China hace lo que hace, eh? ¿Por qué obligan a Estados Unidos a modificar sus disposiciones navales? ¿Y ahora esto? Ejercen presión sobre las Fuerzas Armadas norteamericanas y al mismo tiempo arrojan un dardo directo al corazón del presidente. No es una casualidad. Bueno, nosotros podemos dar un paso al costado y no hacer otra cosa que observar o...

—No hay nada que podamos hacer, y menos con las revelaciones de la prensa norteamericana...

—Camarada director —lo interrumpió Bondarenko—. Durante setenta años nuestro país ha confundido teoría política con hechos objetivos, y ése fue nuestro gran fracaso como nación. Aquí tenemos condiciones objetivas —prosiguió, utilizando la frase preferida de los militares soviéticos... tal vez por reacción a tres generaciones de control político—. Veo que intentaron concretar una operación inteligente, coordinada, pero con un error fatal. El error es haber subestimado al presidente de Estados Unidos. ¿Está de acuerdo?

Golovko lo pensó unos segundos, teniendo en cuenta que Bondarenko podía estar observando algo real... ¿pero qué pasaría con los norteamericanos? Siempre es mucho más difícil ver algo desde adentro que desde afuera. ¿Una operación coordinada? De vuelta a Ryan, pensó.

—Sí. Yo mismo cometí ese error. Ryan parece menos de lo que es. Las señales están allí, pero nadie las ve.

—Cuando estuve en Estados Unidos, el general Diggs me contó la historia de los terroristas que atacaron la casa de Ryan. Él tomó las armas y los derrotó con coraje y decisión. Por lo que usted dice, también es muy eficaz como oficial de inteligencia. Su única falla, si podemos llamarla así, es no ser adepto a la política, cosa que los políticos consideran invariablemente una debilidad. Y tal vez lo sea

—admitió Bondarenko—. Pero si ésta fue una operación hostil contra Estados Unidos, eso quiere decir que las debilidades políticas de Ryan importan mucho menos que sus capacidades.

—¿Y?

—Tenemos que ayudarlo —decidió el general—. Siempre es mejor estar del lado de los ganadores, y si no lo ayudamos, corremos el riesgo de quedar del otro lado. Nadie atacará a Estados Unidos directamente. No tendremos esa suerte, camarada director. —Tenía razón.

Incubación

Ryan se despertó al alba, preguntándose por qué. La quietud. Casi como su casa en la bahía. Intentó escuchar algún sonido mecanizado, pero nada. Salir de la cama fue difícil. Cathy había decidido que Katie durmiera con ellos, y allí estaba con su pijamita rosa y su aspecto angelical. El presidente sonrió al verla y luego se dirigió al baño. Le habían dejado ropa informal en el vestidor. Se puso un sweater y un par de zapatillas y salió.

El aire era frío. Había rastros de helada en los árboles y el cielo estaba despejado. Nada mal. Robby tenía razón. Era un buen lugar para descansar. Ponía distancia entre él y el resto de las cosas, y eso era precisamente lo que necesitaba ahora.

—Buen día, señor. —Era el capitán Overton.

—No es un mal lugar para prestar servicio, ¿no?

El joven oficial asintió.

—Nosotros nos ocupamos de la seguridad y la Armada de las petunias. Es una justa división del trabajo, señor presidente. Hasta los del Servicio Secreto logran dormir aquí, señor.

Ryan miró a su alrededor y vio por qué. Había dos marines armados cerca de la residencia y otros tres a menos de cincuenta metros. Y eso era solamente lo que podía ver.

—¿Desea tomar algo, señor presidente?

—Café, para empezar.

—Sígame, por favor.

—¡Atención en cubierta! —gritó un marinero pocos segundos después, cuando Ryan entró a la antecocina... o como la llamaran.

—Sigán en lo suyo —les dijo el presidente—. Creí que estaba en el retiro presidencial, no en un campo militar. —Se sentó a la mesa del personal. El café apareció como por arte de magia. Luego hubo más magia todavía.

—Buen día, señor presidente.

—Hola, Andrea. ¿Cuándo llegó?

—A eso de las dos, en helicóptero —explicó Price.

—¿Pudo dormir algo?

—Unas cuatro horas.

Ryan bebió un poco de café. El café de la Armada seguía siendo eso mismo, café de la Armada.

—¿Y?

—La investigación está en marcha. Se ha reunido el equipo. Cada

uno tiene su lugar en la mesa. —Le tendió una carpeta que debería leer antes del informe matutino. Las policías de Anne Arundel y el estado de Maryland, el Servicio Secreto, el FBI, la ATF, y todas las agencias de inteligencia se estaban ocupando del caso. Habían comenzado a investigar las identidades de los terroristas, pero los dos documentos que chequearon resultaron falsos, probablemente de origen europeo. No era para sorprenderse. Cualquier criminal competente podía obtener pasaportes falsos, mucho más una organización terrorista. Levantó la vista.

—¿Qué pasa con los agentes que perdimos?

Andrea suspiró, encogiéndose de hombros.

—Todos tenían familia.

—Quiero conocerlas... ¿tendrían que venir todas juntas o mejor una por una?

—Como usted quiera, señor.

—No, tiene que ser lo mejor para ellos. Son su gente, Andrea. Usted se encargará de planificarlo, ¿de acuerdo? Les debo la vida de mi hija y tengo que hacer lo mejor para ellos —dijo POTUS amargamente, recordando por qué estaba en ese lugar pacífico y soleado—. Y doy por sentado que nos ocuparemos de su bienestar económico. Consígame los detalles: seguros, pensiones, todo, ¿entendido? Quiero supervisarlos yo mismo.

—Sí, señor.

—¿Todavía no sabemos nada importante?

—No, en realidad no. Lo único que sabemos es que los trabajos odontológicos de las bocas de los terroristas no fueron realizados en Estados Unidos.

Ryan hojeó los informes. Una conclusión preliminar lo dejó boquiabierto.

—¿Once años?

—Sí, señor.

—Entonces se trata de una operación mayor planeada por alguien... por un país.

—Es una posibilidad real.

—¿Quién más tendría los recursos necesarios? —preguntó el presidente. Price se vio obligada a recordar por enésima vez que había sido oficial de inteligencia.

El agente Raman se acercó a la mesa. Había escuchado el comentario de Ryan e intercambió una mirada con Price.

Sonó el teléfono de la pared. El capitán Overton atendió el llamado.

—¿Sí? —Escuchó unos segundos y se dio vuelta—. Señor presidente, es la señora Foley de la CIA.

El presidente se acercó a tomar la llamada.

—Sí, Mary Pat.

—Acabamos de recibir un llamado de Moscú. Nuestro amigo Golovko quiere saber si puede ayudarnos. Recomiendo una respuesta afirmativa.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Avi ben Jakob quiere hablar contigo más tarde. Oídos solamente —advirtió la DDO.

—Dentro de una hora, primero quiero despertarme.

—Sí, señor... ¿Jack?

—¿Sí, MP?

—Gracias a Dios no le pasó nada a Katie —le estaba hablando de madre a padre. Luego dijo, como madre que era:

—Si podemos atrapar al criminal que está atrás de esto, lo haremos.

—Sé que son los mejores —oyó la señora Foley—. Ahora estamos bien aquí.

—Bueno. Ed y yo trabajaremos todo el día. —Colgó.

—¿Cómo lo escuchaste? —preguntó Clark.

—Lo lograré, John.

Chávez se pasó una mano por la barba crecida. Los tres habían pasado la noche revisando toda la información de la CIA sobre grupos terroristas.

—Tenemos que hacer algo con esto, muchachos —dijo—. Fue un acto de guerra. —Hablaba sin acento, como solía hacerlo cuando un asunto le parecía lo suficientemente serio como para recurrir a su educación en vez de a sus orígenes callejeros.

—No sabemos casi nada. Carajo —dijo la DDO—, todavía no sabemos nada en realidad.

—Lástima que no haya sacado a uno vivo. —Esa observación, para sorpresa de los otros dos, salió de labios de Clark.

—No creo que haya tenido grandes posibilidades de ponerle las esposas al tipo —replicó Ding.

—Es cierto —Clark recogió las fotos de la escena del crimen que el FBI había enviado justo después de medianoche. Había trabajado en Medio Oriente y por eso los del FBI esperaban que pudiera reconocer alguna de las caras, pero no—. Alguien está aprovechando en grande la ocasión —concluyó.

—Eso es un hecho —replicó Mary Pat automáticamente. Todos se quedaron pensando.

La cuestión no era la ocasión en sí, sino cómo la percibían aquellos que habían arrojado los dados. Los nueve terroristas eran indudablemente “kamikazes” señalados para la muerte como los fanáticos del Hezbollah que habían recorrido las calles israelíes con ropas diseñadas por DuPont... Ésa era la broma interna de la CIA sobre el hecho, aunque de hecho los explosivos plásticos pertenecían a la Skoda de la ex Checoslovaquia. El otro apelativo que utilizaban para denominarlos era “bombas no-tan-inteligentes”. ¿Realmente habrían creído que se saldrían con la suya? El problema con los fanáticos era que no medían las consecuencias de sus actos... aunque tal vez no les importaran.

El mismo problema tenían quienes los habían mandado. Después de todo, esta misión era diferente del resto. Generalmente los terroristas alardeaban de sus actos, por odiosos que fueran, y la CIA sólo tenía

que sentarse a esperar el comunicado de prensa. Pero esa vez no llegó. Jamás llegaría. Si no mandaban el comunicado era porque no querían que se supiera. Era una ilusión vana. Los terroristas siempre proclamaban sus actos, aunque no siempre apreciaban las capacidades y artimañas de las fuerzas de la ley.

Supuestamente las naciones sí las apreciaban. Bueno, de acuerdo, los terroristas no habían dejado nada que permitiera identificar su punto de origen... eso creían algunos. Pero Mary Pat no se dejaba llevar por ilusiones. El FBI era mejor que bueno, tan bueno que el Servicio Secreto le había permitido ocuparse de todos los aspectos forenses. Y por eso era probable que los instigadores de la misión supieran que el plan se descubriría finalmente. Aun sabiéndolo, habían seguido adelante. Si esa línea de especulación era acertada, entonces...

—¿Parte de otra cosa? —preguntó Clark—. No un hecho aislado, sino parte de un plan mayor.

—Tal vez —dijo Mary Pat.

—Si es así, es grande —prosiguió Chávez—. Tal vez por eso nos hayan llamado los rusos.

—Tan grande... tan grande que aunque pudiéramos averiguarlo no tendría importancia.

—En ese caso sería muy, muy grande, Mary Pat —dijo Clark—. ¿Qué podría ser...?

—Algo permanente, algo que no podamos modificar una vez hecho —sugirió Domingo. Obviamente no había perdido el tiempo en la Universidad George Manson.

La señora Foley hubiera querido que su esposo estuviera presente, pero en ese momento Ed estaba reunido con Murray.

Los sábados de primavera suelen ser días de rutina torpe pero esperanzada, pero ese sábado, en aproximadamente doscientas casas, se hizo poco o nada. No se desmalezaron jardines. No se lavaron autos. No se destaparon latas de pintura. Eso sin contar a los empleados gubernamentales o periodistas ocupados con la gran noticia de la semana. La mayoría de los engripados eran hombres. Treinta estaban en habitaciones de hotel. Varios habían intentado trabajar en las exhibiciones. Enjugándose el sudor frío, sonándose las narices y esperando que el Tylenol o la aspirina surtieran efecto. La mayoría de estos últimos volvió a descansar a su cuarto de hotel... no tenía sentido atender clientes estando enfermos, ¿verdad? En ningún caso buscaron atención médica. Simplemente se trataba de la habitual gripe invierno/primavera. Todos se la pescaban tarde o temprano. Después de todo no estaban tan enfermos, ¿no?

La cobertura del atentado al Giant Steps fue absolutamente predecible: tomas de cámara desde unos cincuenta metros de distancia, las mismas palabras repetidas por todos los corresponsales, segui-

das por las mismas frases de “expertos” en terrorismo y/o otros campos. Todos los comentarios apuntaban a Medio Oriente, aunque las agencias de inteligencia todavía no se habían pronunciado al respecto, salvo para destacar la heroica intervención de un agente del FBI y la batalla librada por los custodios del Servicio Secreto en defensa de Katie Ryan. Palabras como “heroico”, “dedicado” y “determinado” eran repetidas frecuentemente, hasta llegar a la “dramática conclusión”.

Badrayn estaba seguro de que algo muy simple andaba mal, aunque no lo sabría con certeza hasta que su colega volviera a Teherán desde Londres, vía Bruselas y Viena, bajo diferentes pasaportes.

—El presidente y su familia están en el retiro presidencial de Camp David —concluyó el periodista—, para recuperarse del impacto de este lamentable hecho al norte de la pacífica Annapolis, en Maryland. Esto es...

—¿Retiro? —preguntó Daryaei.

—Esa palabra significa muchas cosas en inglés, pero la primera acepción es huir —respondió Badrayn, principalmente porque estaba seguro de que eso era lo que quería oír su patrón.

—Si cree que puede huir de mí... se equivoca —observó el religioso con cierto humor negro, producto del espíritu del momento.

Badrayn no reaccionó ante la revelación. Fue fácil porque estaba mirando la televisión, no a su jefe, pero la situación se volvió más clara. Después de todo no sería tan riesgoso, ¿verdad? Mahmoud Haji tenía una manera de matar a ese hombre, tal vez cuando se le antojara, y la estaba orquestando. ¿Podría hacerlo? Aunque en cierto modo ya lo había hecho.

El IVIS le hacía difícil la vida a la FuOp. Bueno, no tanto. El coronel Hamm y el Blackhorse habían ganado la última batalla, pero lo que un año atrás hubiera sido una barrida de proporciones cósmicas —Fort Irwin *estaba* en California y era imposible evitar algunas peculiaridades lingüísticas— se había transformado en una tímida victoria. La guerra era información. Ésa era la lección del NTC: encontrar al enemigo; impedir que el enemigo te encuentre. Reconocimiento. Reconocimiento. Reconocimiento. El sistema IVIS, operado por gente a medias competente, informaba tan rápido a todos que los soldados apuntaban en la dirección correcta aun antes de recibir la orden. Gracias al IVIS habían estado a punto de desbaratar una maniobra de la FuOp digna de los mejores días de Erwin Rommel. Viendo la transmisión del ejercicio en la enorme pantalla del Salón de la Guerra de las Galaxias, Hamm comprobó que habían estado muy cerca. Si una de las compañías de tanques de la Fuerza Azul se hubiera movido apenas cinco minutos antes, también hubiera perdido esa batalla. La NTC perdería efectividad si los Muchachos Buenos ganaban regularmente.

—Fue una hermosa estrategia, Hamm —admitió el coronel de la Guardia Carolina, ofreciéndole un cigarro—. Pero mañana le partiremos la cabeza.

En otra ocasión hubiera sonreído antes de responder: *Eso habrá*

que verlo. Pero el maldito hijo de puta podría lograrlo, arrebatándole así la mayor diversión de su vida. Bueno, tendría que encontrar una manera de engañar al IVIS. Hacía tiempo que lo pensaba. Ya lo había discutido varias veces con su oficial de operaciones y habían llegado a la conclusión de que sería mejor utilizar vehículos camuflados... como los de Rommel. Tendría que conseguir fondos para comprarlos. Salió a fumar su cigarro. Se lo había ganado honorablemente. Afuera se encontró con el coronel de la Guardia.

—Para ser gendarmes son bastante buenos —tuvo que admitir Hamm. Jamás había dicho algo así de una formación de gendarmería. Ni de nadie. Excepto por un error de despliegue, el plan de la Fuerza Azul había sido esencialmente bello.

—Gracias por decirlo, coronel. El IVIS fue una desagradable sorpresa, ¿no?

—Esa afirmación corre por su cuenta.

—Mi gente lo adora. Muchos vienen fuera de hora a practicar en los simuladores. Demonios, me sorprende que haya podido derrotarnos la última vez.

—Su reserva estaba demasiado cerca —le dijo Hamm—. Creyeron saber qué recursos explotar. En cambio, los encontré fuera de posición con mi contraataque. —No era precisamente una revelación. El operador de controles ya se lo había dicho al contrito comandante de los tanques.

—Trataré de recordarlo. ¿Vio el noticiero?

—Sí, esos bastardos... —pensó Hamm en voz alta.

—No puedo creer que se metan con niños. ¿Condecorarán a los del Servicio Secreto?

—Supongo que sí. Puedo pensar en peores motivos para morir. —De eso se trataba. Los cinco agentes habían muerto cumpliendo su deber, enfrentando con valor las balas. Seguramente habían cometido algunos errores, pero a veces no había opción. Todos los soldados lo sabían.

—Dios ampare sus almas valientes. —Parecía una frase de Robert Edward Lee. Disparó algo en Hamm.

—¿Y qué puede decirme de ustedes? Usted, coronel Eddington, supuestamente no... ¿qué demonios hace en la vida real? —El coronel tenía más de cincuenta años, demasiado para un comandante de brigada, incluso en la gendarmería.

—Soy profesor de historia militar en la Universidad de Carolina del Norte. ¿Qué puedo decir de nosotros? Se supone que nuestra brigada debía apoyar al 24 de Mecánica en 1991, por eso vinimos a entrenarnos aquí. Nunca llegamos a concretar operaciones. En ese entonces yo era XO, Hamm. Queríamos ir. Las insignias de nuestra fuerza datan de la Revolución. La inactividad hiere nuestro orgullo. Hace casi diez años que esperábamos volver aquí, muchacho, y el IVIS nos ha dado la ocasión. —Era un hombre alto y delgado. Miró a Hamm a los ojos—. Vamos a aprovechar la ocasión, hijo. Conozco la teoría. Hace treinta años que leo y estudio estrategias y mis hombres no van a rodar y morir por culpa de ustedes, ¿entiende?

—¿Mucho menos porque somos yanquis?
—¡Muchísimo menos! —Lanzaron una carcajada. Nick Eddington era un verdadero maestro y tenía el don del impromptu dramático. Suavizó la voz—. Sé bien que si no tuviéramos el IVIS ustedes nos harían papilla...
—La tecnología es maravillosa...

Se tropezaron en el estacionamiento del 7-Once, que estaba haciendo su agosto con la venta de café y bizcochos de toda laya.

—Hola, John —dijo Holtzman, contemplando la escena del crimen desde la vereda de enfrente.

—Hola, Bob —respondió Plumber. El área estaba llena de cámaras, de televisión y fotográficas, cuya única misión era registrar la escena para la posteridad.

—Supongo que es demasiado temprano para ti —dijo el periodista del *Post* con una sonrisa amistosa—. ¿Qué te parece?

—Es realmente terrible —Plumber era varias veces abuelo—. No sé si recuerdas... ¿era Ma'alot, el de Israel, allá por...? ¿1975, fue en 1975? —Los atentados terroristas solían mezclarse en la memoria.

Holtzman tampoco estaba seguro.

—Creo que sí. Pedí que lo chequeen en la redacción.

—Los terroristas son noticia siempre pero, santo Dios, estaríamos mejor sin ellos.

La escena del crimen era casi prístina. Habían retirado los cadáveres. Probablemente ya habrían terminado las autopsias. Pero todo lo demás estaba intacto, o casi. Los automóviles seguían allí, rodeados por los expertos en balística. El negro con el rompevientos del Servicio Secreto era Norman Jeffers, uno de los héroes del día. Estaba demostrando cómo había salido de la casa y atravesado la calle. Adentro estaba el inspector O'Day. Algunos agentes simulaban los movimientos de los terroristas. Uno estaba tirado en el suelo frente a la puerta principal, apuntando un revólver de juguete de plástico rojo.

—¿Se llamaba Don Russell? —preguntó Plumber.

—Era uno de los más viejos del Servicio —confirmó Holtzman.

—Maldición —Plumber sacudió la cabeza—. Horacio en el puente... parece una escena de película antigua. "Heroico" no es una palabra que usemos muy a menudo, ¿no?

—No, se supone que los héroes ya no existen. Pero nosotros sabemos que sí —Holtzman terminó su café y arrojó el vaso al tacho de basura—. Imagínate, dar tu vida para salvar al hijo de otro.

Muchos relataban el hecho en términos de "western". Un periodista lo había bautizado "Balacera en el Rancho Infantil", ganándose el primer premio al mal gusto y obsequiándole a su canal cientos de llamados negativos. Plumber estaba verdaderamente furioso con eso. Evidentemente todavía creía en la importancia del periodismo.

—¿Se sabe algo de Ryan? —preguntó Bob.

—Hubo un comunicado de prensa. Callie Weston lo escribió y

Arnie lo leyó. No puedo culparlo por llevarse a su familia. Merecen un respiro, John.

—Bob, creo recordar...

—Sí, ya sé. Me engañaron. Elizabeth Elliot me pasó una historia sobre la época de Ryan en la CIA. —Lo miró a los ojos—. Era mentira. Me disculpé personalmente con él. ¿Sabes cuál era el meollo de la cuestión?

—No —admitió Plumber.

—La misión Colombia. Estaba allí, sí. Y murió gente. Entre ellos un sargento de la Fuerza Aérea. Ryan se ocupa de la familia. Manda a estudiar a los hijos con dinero de su bolsillo.

—Jamás lo publicaste —objetó el periodista de TV.

—No, no lo publiqué. La familia... bueno, no son figuras públicas, ¿sabes? Además, cuando me enteré la noticia ya era vieja. Supuse que no le interesaría a nadie. —La última frase era sustancial en su profesión. Los periodistas decidían qué se publicaba y qué no, y al elegir las noticias controlaban en cierto modo la opinión pública y además decidían qué cosas tenía derecho a saber el pueblo norteamericano. Con sus decisiones podían levantar o quebrar a cualquier personaje, particularmente dentro del ámbito político.

—Tal vez te hayas equivocado.

Holtzman se encogió de hombros.

—Tal vez, pero no esperaba que Ryan llegara a presidente. Y él tampoco. El tipo hizo algo honorable... diablos, mucho más que honorable. John, hay cosas sobre el tema Colombia que jamás saldrán a luz. Creo conocer la historia completa, pero no puedo escribirla. Sería perjudicial para el país y no ayudaría a nadie.

—¿Qué fue lo que hizo Ryan, Bob?

—Evitó un incidente internacional. Se ocupó de que el culpable fuera castigado de una u otra manera...

—¿Jim Cutter? —preguntó Plumber, preguntándose de qué sería capaz Ryan.

—No, eso fue un suicidio. ¿Ubicas al inspector O'Day, el hombre del FBI que participó en el hecho?

—¿Qué pasa con O'Day?

—Estaba siguiendo a Cutter y lo vio saltar bajo las ruedas del ómnibus.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Ryan no sabe que estoy metido en esto. Tengo un par de fuentes confiables y todo encaja perfectamente con los hechos conocidos. O es verdad... o es la mentira más inteligente que me han contado. ¿Sabes qué tenemos en la Casa Blanca, John?

—¿Qué tenemos?

—Un hombre honesto. No "relativamente honesto", no uno al que "todavía no han pescado con las manos en la masa". Honesto. No creo que haya hecho nada ilegal en toda su vida.

—Entonces es como un bebé en el bosque —replicó Plumber. Su conciencia comenzaba a hacer ruido.

—Tal vez lo sea. ¿Pero quién dijo que nosotros somos los lobos?

No, no es así. Se supone que debemos descubrir a los delincuentes, pero hace tanto que lo hacemos que hemos olvidado que no todos los gobernantes son delincuentes. —Volvió a mirar a su colega—. Nos pasamos la vida compitiendo para conseguir primicias... y de paso nos corrompemos un poco. ¿Qué hacemos con eso, John?

—Entiendo la pregunta. La respuesta es no.

—En una época de valores relativos es agradable hallar uno absoluto, señor Plumber. Aunque sea errado —agregó Holtzman, obteniendo la reacción que esperaba.

—Bob, eres bueno. Muy bueno en realidad. Pero no vas a engatusarme, ¿entendido? —El comentarista esbozó una sonrisa. Había sido un gran intento y no podía menos que admirarlo. Holtzman lo remontaba a las épocas que tanto añoraba.

—¿Y si pruebo que tengo razón?

—¿Entonces por qué no escribiste la historia? —preguntó Plumber. Ningún periodista verdadero podría evitar la tentación de hacerlo.

—No la publiqué. Eso no significa que no la haya escrito —aclaró Bob.

—Tu editor te mandaría fusilar si...

—¿Y? ¿No hay cosas que no hayas hecho, aun después de tener todo lo que necesitabas?

Plumber esquivó la pregunta:

—Hablaste de pruebas —dijo.

—Las tengo a treinta minutos de aquí. Pero no puedo publicar la historia.

—¿Por qué habría de confiar en ti, Bob?

—¿Por qué habría de confiar yo en ti, John? ¿Qué está en primer lugar? ¿Publicar la historia? ¿Sí? ¿Qué me dices del país, qué me dices de la gente? ¿Dónde termina la responsabilidad profesional y empieza la responsabilidad pública? No publiqué esa historia porque una familia perdió al padre. Porque quedó una esposa embarazada. El gobierno no podía asumir la responsabilidad de lo ocurrido y Jack Ryan tomó la posta. Hizo lo que había que hacer, lo correcto. Con dinero de su bolsillo. Jamás pensó que se sabría. ¿Qué se supone que debía hacer yo? ¿Exponer a la familia? ¿Para qué, John? Para dar a conocer una historia que perjudica al país... no, que perjudica a una familia ya demasiado perjudicada. Podría estropear la educación de los niños. Hay un montón de noticias para dar, no tenemos por qué centrarnos en esa justamente. Pero te diré una cosa, John: has perjudicado a un hombre inocente y tu amigo, el de la gran sonrisa, le *mintió* al público para hacerlo. Se supone que no debemos mentir.

—¿Entonces por qué no escribes sobre *eso*?

Holtzman lo hizo sufrir unos segundos antes de responder.

—Porque quiero darte la oportunidad de corregir el error. Por eso. Tú también estuviste allí. Pero debo tener tu palabra, John.

Había algo más. Tenía que haber. Plumber había recibido dos insultos profesionales. Primero, su joven socio de la NCB le había pasado por encima, creyendo, como todos los de su generación, que

hacer periodismo era dar bien en cámara. Segundo, Ed Kealty también le había pasado por encima, lo había usado para... ¿perjudicar a un hombre inocente? Por lo menos tendría que averiguarlo. Tendría que hacerlo, de otro modo pasaría siglos mirándose al espejo. Tomó el minigrabador de Holtzman y apretó el botón de grabación.

—Soy John Plumber, es sábado, son las siete y cincuenta de la mañana, y estamos parados en la calle, frente al Giant Steps. Robert Holtzman y yo estamos a punto de ir a otra parte. He dado mi palabra de que lo que vamos a investigar será confidencial y no saldrá de nosotros. Esta grabación es para registrar mi promesa. Firmado: John Plumber —concluyó—, de la NBC. —Apagó el grabador. Volvió a encenderlo—. Pero la promesa quedará sin efecto si Bob me ha mentido.

—Es justo —admitió Holtzman, sacando el cassette del grabador y metiéndoselo en el bolsillo. La promesa no tenía valor legal. Aunque la hubieran hecho por contrato la Primera Enmienda la hubiera negado, pero era la palabra de un hombre, y ambos sabían que la palabra tenía cierta importancia, incluso en la época presente. Camino al automóvil de Holtzman, Plumber aferró del brazo a su productor.

—Volveremos dentro de una hora.

El Predator volaba en círculo aproximadamente a diez mil pies de altura. Por motivos estratégicos los tres cuerpos militares de la RIU fueron identificados como I, II y III por los oficiales de inteligencia de STORM TRACK y PALM BOWL. En ese preciso instante el UAV sobrevolaba el Cuerpo I, formado por una división acorazada reconstituida de la la ex Guardia Republicana iraquí y una división similar del ex ejército iraní, denominada “Los Inmortales” en homenaje a la guardia personal de Jerjes. El despliegue de fuerzas era convencional. Habían adoptado la clásica disposición triangular dos-arriba/uno-atrás. Las dos divisiones estaban en fila y de frente. No obstante, la hilera del frente era asombrosamente angosta: cada división cubría apenas treinta kilómetros de espacio lineal, con una brecha de escasos cinco kilómetros entre ambas.

Se estaban entrenando duramente. Cada pocos kilómetros había un blanco, por lo general la silueta de un tanque de madera terciada. Les disparaban en cuanto aparecían. El Predator no podía identificar la calidad de las armas, aunque la mayoría de los blancos eran derribados por el primer escalón de vehículos de combate. Los vehículos eran de origen ruso/soviético. Los más pesados eran tanques de batalla T-72 y T-80 fabricados en los grandes establecimientos de Chelyabinsk. Los carros de infantería eran BMP. Las tácticas también eran soviéticas, detalle que se evidenciaba en la manera de moverse. Las subunidades permanecían bajo estricto control y las formaciones avanzaban con precisión geométrica, como cosechadoras en un campo de trigo en Kansas, barriendo el terreno en líneas regulares.

—Sí, yo vi la película —observó el sargento jefe en la estación ELINT kuwaití.

—¿Qué película? —preguntó el mayor Sabah.
—Los rusos... bueno, los soviéticos, acostumbraban filmar estos despliegues, señor.
—¿Qué comparación establecería entre ambos despliegues? —*Esa* sí que era una buena pregunta.
—No hay mucha diferencia, mayor. —Señaló la mitad inferior de la pantalla—. ¿Ve esto? El comandante de la compañía mantiene la distancia apropiada y los intervalos. Antes, el Predator sobrevoló la división de reconocimiento y también estaban formados según los libros. ¿Sabe algo de tácticas soviéticas, mayor Sabah?
—Sólo sé cómo las implementaron los iraquíes —admitió el militar kuwaití.
—Bueno, entonces sabe bastante. El ataque es duro y veloz y está destinado a atravesar literalmente al enemigo sin darle ocasión de reaccionar. Hay que mantener las propias fuerzas bajo control. Es un proceso matemático.
—¿Y el nivel de preparación?
—No está mal, señor.

—Elliot vigilaba a Ryan —señaló Holtzman, entrando el auto al 7-Once.

—¿Lo hacía seguir?
—Liz lo odiaba por su coraje. Yo nunca... bueno, está bien, lo descubrí solo. Era un asunto personal. Se la había jurado a Ryan antes de que Bob Fowler fuera electo presidente. El caso es que filtró una historia para perjudicar a su familia. ¿Qué te parece?

Plumber no se dejaba impresionar fácilmente.

—Así es Washington —replicó.

—Es cierto, ¿pero qué piensas de usar recursos gubernamentales para una vendetta personal? —Apagó el motor y le hizo señas a Plumber para que saliera.

Adentro encontraron una mujer diminuta y unos cuantos chicos asiático-norteamericanos llenando los estantes de provisiones para el sábado a la mañana.

—Hola —dijo Carol Zimmer. Reconocía a Holtzman de sus anteriores visitas para comprar leche y pan... y echarle un vistazo al establecimiento. No sabía que era periodista. Pero reconoció inmediatamente a John Plumber. Lo señaló —¡Usted es de la tele!

—Sí, soy —admitió el comentarista con una sonrisa.

El hijo mayor —Laurence, según su placa— se acercó con una sonrisa bastante menos amistosa.

—¿Puedo ayudarlo, señor? —Su voz sonaba impasible y sus ojos eran brillantes y suspicaces.

—Me gustaría hablar con usted, si fuera posible —Plumber formuló el pedido cortésmente.

—¿Acerca de qué, señor?

—Usted conoce al presidente, ¿no?

—La máquina de café está por allá, señor. En el camino encontra-

rá algo para comer. —El joven le dio la espalda. Era alto como su fallecido padre y había estudiado.

—¡Espere un momento! —dijo Plumber.

Laurence se dio vuelta.

—¿Por qué? Tengo que ocuparme del negocio. Excúseme.

—Larry, sé amable con él.

—Mamá, te conté lo que hizo, ¿recuerdas? —Laurence clavó sus ojos en los de Plumber, hiriéndolo como hacía años no lo herían.

—Discúlpeme, por favor —musitó el comentarista—. Sólo quiero hablar con usted. No hay cámaras.

—¿Estás yendo a la facultad de medicina, Laurence? —preguntó Holtzman.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién demonios es usted?

—¡Laurence! —lo reprendió su madre.

—Espere un momento, por favor —Plumber levantó las manos—.

Sólo quiero hablar. No hay cámaras ni grabadores. No intento...

—Ah, sí... seguro. ¿Nos da su palabra, señor?

—¡Laurence!

—¡Déjame manejar esto, mamá! —gritó el joven. Inmediatamente se disculpó—. Perdóname, mamá, pero no sabes de qué se trata.

—Estoy tratando de entender...

—Vi lo que hizo, señor Plumber. ¿Nadie se lo dijo? ¡Si escupe sobre el presidente también escupe sobre la memoria de mi padre! Ahora, ¿por qué no compra lo que necesita y se manda a mudar? —Volvió a darle la espalda.

—No sabía —protestó John—. Si hice algo mal, ¿por qué no me dice qué? Lo prometo, tiene mi palabra de que no haré nada que lo perjudique a usted ni a su familia. Pero si hice algo mal, por favor dígame qué fue.

—¿Por qué lastimó al señor Ryan? —preguntó Carol Zimmer—. Él es un buen hombre. Cuida de nosotros. Él...

—Por favor, mamá. ¡A esta gente le importa un bledo eso!

—Laurence arremetió nuevamente. Su madre era demasiado ingenua.

—Laurence, mi nombre es Bob Holtzman. Trabajo en el *Washington Post*. Hace años que conozco el caso de tu familia. Jamás publiqué la historia porque no quería invadir tu privacidad. Sé lo que el presidente Ryan está haciendo por ustedes. Quiero que John lo sepa. No se hará público, te lo garantizo. Si quisiera publicarlo, ya lo habría hecho.

—¿Por qué habría de confiar en ustedes? —preguntó Laurence Zimmer—. Son periodistas. —La observación hirió a Plumber al punto de causarle dolor físico. ¿Tanto se había hundido su profesión?

—¿Está estudiando medicina? —preguntó anonadado.

—En Georgetown, voy a segundo año. Tengo un hermano en el MIT y una hermana que acaba de empezar en UVA.

—Es costoso. Demasiado caro para lo que ganan en este negocio. Lo sé bien. Tengo que educar a mis hijos.

—Todos trabajamos aquí. Yo trabajo los fines de semana.

—Estás estudiando para ser médico. Es una profesión honorable

—dijo Plumber—. Y si cometes errores trata de aprender de ellos. Yo hago lo mismo, Laurence.

—De la boca para afuera, señor Plumber, como la mayoría de la gente.

—El presidente los ayuda, ¿verdad?

—Si le digo algo en privado, ¿puedo estar seguro de que no se publicará?

—No necesariamente. Pero si le prometo, aquí y ahora, que jamás utilizaré esa información —y tenemos testigos— y luego falto a mi palabra... bueno, usted podrá arruinarme la carrera. Los periodistas profesionales solemos proponernos con demasiada frecuencia —admitió Plumber—, pero no podemos mentir. —Ése era el punto, ¿no?

Laurence miró a su madre, cuyo inglés deficiente no denotaba una mente deficiente. Ella asintió.

—El presidente estaba con mi padre cuando lo mataron —dijo el joven—. Le prometió ocuparse de nosotros. Cumplió su promesa, y sí, él y sus amigos de la CIA pagan nuestra educación y otras cosas.

—Tuvieron problemas con algunos alborotadores —agregó Holtzman—. Un tipo de Langley que conozco vino y...

—¡No debió hacerlo! —objetó Laurence—. El señor Clar... Bueno, no tenía por qué hacerlo.

—¿Por qué no estudias en Johns Hopkins? —preguntó Holtzman.

—Me aceptaron —dijo Laurence, sin perder la hostilidad de la voz—. Pero así estoy más cerca y puedo ayudar con la tienda. Al principio la doctora Ryan no lo sabía, pero luego se enteró... y bueno, otra hermana empezará la carrera allí este otoño.

—¿Pero por qué...? —a Plumber se le ahogó la voz.

—Porque es esa clase de tipo, sí, y usted se aprovechó de él.

—¡Laurence!

Plumber no pudo hablar durante unos segundos. Miró a la mujer.

—Gracias por su tiempo, señora Zimmer. Jamás se sabrá nada de esto. Lo prometo. —Se dio vuelta—. Buena suerte con el estudio, Laurence. Gracias por decírmelo. No los molestaré más.

Los dos periodistas salieron y fueron directo al Lexus de Holtzman.

¿Por qué habría de confiar en ustedes? Son periodistas. Las palabras acaso toscas de un estudiante lo habían herido profundamente. Porque se las había ganado. Porque las merecía.

—¿Qué más? —preguntó.

—Hasta donde sé, ni siquiera ellos conocen las circunstancias de la muerte de Buck Zimmer. Sólo saben que murió cumpliendo su deber. Evidentemente Carol estaba embarazada de su hija menor cuando Buck murió. Liz Elliot trató de difamar a Ryan diciendo que la cortejaba y que el bebé era suyo en realidad. Yo le creí.

Un largo suspiro.

—Sí. Yo también.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto, John?

Plumber levantó la vista.

—Quiero confirmar algunas cosas.

—El del MIT se llama Peter. Estudió computación. La que estudia en Charlottesville... creo que se llama Alisha. Desconozco el nombre de la que está en la secundaria, pero puedo averiguarlo. Tengo las fechas de todo este asunto. Encajan perfectamente con la misión de Colombia. Ryan les festeja la Navidad todos los años. Cathy también. No sé cómo se las arreglan con todo. Probablemente muy bien —Holtzman sonrió—. Sabe guardar secretos.

—Y el tipo de la CIA que...

—Lo conozco. No te daré el nombre. Descubrió que unos punks estaban molestando a Carol. Habló con ellos. La policía tiene los registros, los vi —dijo Holtzman—. Es un hombre interesante. Él sacó a la esposa y a la hija de Gerasimov. Carol opina que es un osito de felpa tamaño gigante. También rescató a Koga. Un tipo serio.

—Dame un día. Un día nada más —dijo Plumber.

—Me parece justo. —No volvieron a hablar en el camino de regreso a la Autopista Ritchie.

—¿Doctora Ryan? —Era el capitán Overton, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó Cathy, levantando la vista del artículo que estaba leyendo.

—Con su permiso, señora, está pasando algo que puede interesarles a los chicos. A todos, en realidad.

Dos minutos después estaban en la parte trasera de un Hummer, rumbo al bosque. El vehículo se detuvo a doscientos metros de la valla. El capitán y un cabo los acompañaron a pie hasta el borde.

—Shh —le dijo el cabo a SANDBOX, acercándole los binoculares a los ojos.

—¡Grandioso! —opinó Little Jack.

—¿Tendrá miedo de nosotros? —preguntó Sally.

—No, aquí no los cazan y están acostumbrados a los vehículos —les dijo Overton—. Ésa es Elvira, la segunda más vieja del área.

Unos minutos antes había dado a luz. Elvira se estaba levantando y lamía al cervato recién nacido, de ojos confundidos por un nuevo mundo que no tenía por qué entender.

—¡Bambi! —observó Katie Ryan. Era toda una experta en películas de Disney. Minutos después, el cervato se paró sobre sus patas.

—De acuerdo. ¿Katie?

—¿Sí? —preguntó la niña, sin dejar de mirar al recién nacido.

—Tú nos dirás cómo se llama —le anunció el capitán Overton. Ésa era la tradición del lugar.

—Señorita Marlene —dijo SANDBOX sin vacilar.

Confirmación

Como decía el dicho... millas y millas de millas y millas. El camino era tan aburrido como podía permitírsele cualquier ingeniero civil, pero nadie tenía la culpa. Así era la región. Ahora sabían por qué los Montañeses se habían vuelto Montañeses. Por lo menos el paisaje era imponente. Holbrook y Brown hubieran querido ir más rápido, pero llevaba tiempo aprender a manejar la nueva bestia. Por eso no pasaban de las cincuenta millas por hora ganándose las miradas reprobadoras de los otros choferes que transitaban la I-90, especialmente de esos odiosos propietarios del K-Whopper, convencidos de que el ilimitado límite de velocidad en Montana era genial, más los abogados ocasionales —*tenían* que ser abogados— que les pasaban rozando en sus autos alemanes como si fueran un transporte de ganado.

Los preparativos los habían dejado exhaustos. Todas esas semanas de esfuerzo acondicionando el camión, mezclando los explosivos, fabricando las balas y ocultándolas. Casi no habían podido dormir... y no había nada como conducir por una autopista interestatal para conciliar el sueño. Pasaron la primera noche en un motel de Sheridan, justo en el límite con Wyoming. Sabían que el camión sería tan difícil de manejar como un cerdo sobre el hielo, pero la experiencia real había superado sus peores miedos. Esa mañana durmieron hasta pasadas las ocho.

El motel prestaba sus servicios a vehículos privados y fletes interestatales. Servían un buen desayuno, devorado por hombres de aspecto rudo e independiente y mujeres a tono. La conversación matinal fue absolutamente predecible.

—Tienen que ser unos asquerosos hijos de puta —opinó un camionero barrigón con tatuajes en los brazos.

—¿Te parece? —preguntó Ernie Brown desde el mostrador, muy interesado en conocer los sentimientos de esas almas afines.

—¿Quién más hubiera atacado niños? Hijos de puta. —El camionero volvió a sus panqueques de frambuesa.

—Si la TV dice la verdad, esos dos policías los dejaron fritos —proclamó un repartidor de leche—. Cinco cabezas voladas... ¡Grandioso!

—¿Y qué me dicen del tipo que enfrentó solo a los seis rifleros? Con una *pistola*. Mató a tres, probablemente a cuatro. Fue un verdadero hombre de ley norteamericano el que murió allí. —El forzado levantó la vista de los panqueques—. Se ha ganado un lugar en el Valhalla, claro que sí.

—Eh, eran policías, viejo —dijo Holbrook, masticando su tostada—. No son héroes. ¿Qué me dices...?

—Puedes meterte esas palabras en el culo, amiguito —le advirtió el repartidor de leche—. No quiero oírlos. Había veinte, treinta niños en ese lugar.

Otro chofer se sumó a la conversación.

—Y ese negro con la M-16. Carajo, me hizo recordar mis épocas en la Caballería. No me molestaría invitarlo a una cerveza ni estrecharle la mano...

—¿Estuviste en la Caballería? —preguntó el transportador de ganado, olvidando su desayuno.

—Charlie, Primera de la Séptima. —Se dio vuelta para mostrar la insignia sobredimensionada de la Primera División de Caballería en su campera de cuero.

—¡Gary Owen, hermano! Delta, Segundo/Séptimo. —Se levantó para darle la mano—. ¿De dónde vienes?

—De Seattle. El de los repuestos mecánicos allá afuera es el mío. Voy a St. Louis. Gary Owen. Dios, es bueno volver a escuchar eso.

—Cada vez que paso por allí...

—Claro. Tenemos hermanos enterrados allá afuera. Siempre rezo por ellos cuando paso.

—Mierda. —Volvieron a darse la mano—. Mike Fallon.

—Tim Yeager.

Los dos Montañeses no estaban allí sólo para desayunar. Ésa era su gente. Individualistas recios. ¿Pero llamar héroe a un policía federal? ¿Qué demonios estaba pasando?

—Muchacho, cuando sepamos quién carajo ordenó el atentado espero que ese tipo Ryan sepa qué hacer —dijo el de repuestos mecánicos.

—Es un ex marine —replicó el del ganado—. No es uno de ellos. Es uno de nosotros. Por fin.

—Tal vez tengas razón. Alguien tendrá que pagar por esto y espero que les den su merecido.

—Ojalá —farfulló el repartidor de leche desde el mostrador.

—Bueno —Ernie Brown se puso de pie—. Llegó el momento de seguir viaje.

Los camioneros los miraron de soslayo. Eso fue todo.

—Si mañana no te sientes mejor, irás al médico. ¡Así de simple! —dijo ella.

—No, mañana me sentiré bien —gruñó el hombre, preguntándose si padecería la gripe de Hong Kong o algo por el estilo. No porque conociera la diferencia. Pocos la conocían y esos pocos eran médicos generalmente... y él lo sabía. ¿Qué le recomendarían entonces? Descanso, líquidos, aspirinas... lo mismo que venía haciendo hasta ahora. Se sentía como si lo hubieran metido en una bolsa y golpeado hasta el cansancio con bates de baseball... y los viajes habían empeorado su estado. A nadie le gustaba viajar, en realidad. A todos les gustaba

estar en otro lugar, pero llegar siempre era una patada en el... en todo el cuerpo, gruñó. Bueno, dormiría un rato. Esperaba que su esposa no se preocupara demasiado. Mañana se sentiría mejor. Esas cosas siempre desaparecían tal como habían llegado: solas. La cama era mullida y tenía el control remoto del televisor en la mano. Si no se movía no le dolía... tanto. El dolor no podría aumentar, eso seguro. Entonces tendría que amainar, como una tempestad. Siempre pasaba lo mismo.

Cuando uno llega a cierto punto ya no deja de trabajar. Puede alejarse, sí, pero el trabajo vuelve a uno, lo busca y lo encuentra donde esté... Tal era el problema de Jack Ryan y Robby Jackson.

Para Jack eran los discursos que Callie le había preparado... Al día siguiente volaría a Tennessee, luego a Kansas, luego a Colorado, luego a California y por último de regreso a Washington, donde llegaría a las tres de la madrugada del que iba a ser el más importante día de elecciones de la historia norteamericana. Se elegiría más de un tercio de las bancas dejadas vacantes por Sato, y el resto quedaría para las dos semanas siguientes. Por fin tendría un Congreso completo y tal vez, sólo tal vez, podría hacer algo como era debido. La política en estado puro se cernía sobre su futuro inmediato. La semana entrante tendría que estudiar los planes destinados a poner límites a las dos burocracias más poderosas del gobierno: Defensa y Tesoro. Y el resto estaba en marcha.

Robby Jackson también recibía toda clase de informes del jefe de inteligencia del Pentágono —el J-2— desde que estaba en Camp David acompañando al presidente. Esa mañana le llevó una hora revisar todos los reportes.

—¿Qué tal van las cosas, Rob? —preguntó Jack. Pero no era una simple pregunta de un amigo a otro... No, Jack estaba preguntando por el estado del planeta. El J-3 enarcó las cejas.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por donde quieras. Elige un tema —sugirió el presidente.

—Bueno, Mike Dubro y el grupo *Ike* siguen rumbo al norte de China, con ritmo estable. Hay buen tiempo y el mar está calmo, lo cual les permite avanzar a una velocidad promedio de veinticinco nudos. Siguen las prácticas en el estrecho de Formosa, pero ambos bandos se están replegando hacia sus respectivas costas. Parece que la caída del avión los tranquilizó un poco. Se supone que el secretario Adler está allí ahora, tratando ciertos temas de interés común.

”Medio Oriente. Estamos vigilando las prácticas militares de la RIU. Seis divisiones pesadas, más reservas y táctica aérea. Hemos lanzado Predators para ver más de cerca y...

—¿Quién autorizó esos lanzamientos? —preguntó el presidente.

—Yo —replicó Jackson.

—¿Autorizaste la invasión del espacio aéreo de otro país?

—J-2 y yo dirigimos la operación. Quieres saber qué se proponen y cuáles son sus capacidades, ¿sí o no?

—Sí, necesito saberlo.

—Bueno, tú me dices qué necesitas y yo me ocupo de conseguirlo, ¿de acuerdo? El Predator es un medio de investigación de alta seguridad. Se autodestruye si sale fuera de control o si quienes lo maniobran ven algo sospechoso y nos brinda información en tiempo real que no podemos obtener mediante satélites. ¿Alguna otra pregunta, señor presidente?

—*Touché*, almirante. ¿Qué sabemos al respecto?

—Están en mejores condiciones de lo que esperábamos según nuestras primeras estimaciones de inteligencia. Todavía no ha cundido el pánico... pero están empezando a atraer nuestra atención.

—¿Qué pasa con Turkestán?

—Evidentemente están tratando de llamar a elecciones, pero es información vieja y es todo lo que sabemos del aspecto político. La situación general se mantiene calma por el momento. Los satélites indican que aumentó la cantidad de cruces de frontera... y los de inteligencia opinan que es un tema puramente comercial.

—¿Están observando el desplazamiento de tropas iraníes —malición, de la RIU quise decir— hacia la frontera?

—No sé. Puedo chequear —Jackson escribió una nota—. Por último, hemos detectado a la flota india.

—¿Cómo?

—No han intentado ocultarse. Mandé un par de Orions desde Diego García, que detectaron a nuestros amigos a trescientas millas de distancia por emisiones electrónicas. Están a cuatrocientas millas de su base, aproximadamente. Y, a propósito, eso los coloca a mitad de camino entre Diego García y la entrada del Golfo Pérsico. Nuestro agregado de Defensa irá mañana a preguntarles qué se proponen. Probablemente no se lo dirán.

—Si se niegan a informarnos, creo que el embajador Williams tendrá que ocuparse personalmente del asunto.

—Buena idea. Acabo de hacerte un resumen sustancial de las noticias de hoy, a menos que quieras conocer las trivialidades —Robby hizo a un lado los papeles—. ¿Qué tal tus discursos?

—Centrados en el sentido común —informó el presidente.

—¿En Washington?

Adler no estaba demasiado complacido. A punto de llegar a Beijing se enteró de que los horarios no eran propicios. Su avión aterrizó en lo que resultó ser la noche del sábado y poco después le informaron que los principales ministros estaban fuera de la ciudad, analizando las implicancias de la batalla aérea sobre el estrecho y dándole la oportunidad de recuperarse del malestar posterior al vuelo y llegar en buen estado a una reunión tan seria. Al menos eso habían dicho sus secretarios. Pero, como todo en la vida, el momento crucial llegó.

—Es un placer tenerlo aquí —dijo el ministro del Exterior, estrechándole la mano y acompañándolo a su oficina privada, donde lo esperaba otro hombre—. ¿Conoce a Zhang Han San?

—No. ¿Cómo le va, señor ministro? —preguntó Adler, estrechándole la mano. *Entonces, ésta era su fisonomía...*

Tomaron asiento. Adler estaba solo. Junto a los dos ministros de la RPCH había una intérprete de unos treinta años de edad.

—¿El vuelo fue agradable? —preguntó el ministro del Exterior.

—Viajar a su país siempre es agradable, pero me gustaría que los aviones volaran más rápido —admitió Adler.

—Los efectos de los viajes sobre el cuerpo suelen ser complejos, y el cuerpo afecta a la mente. Confío en que habrá tenido tiempo de recuperarse. Es importante —prosiguió el ministro del Exterior— que las conversaciones de alto nivel no sean obstaculizadas por complicaciones ajenas, especialmente en momentos tan delicados.

—Descansé muy bien —les aseguró Adler. Había dormido mucho. Sólo que no estaba seguro de dónde y a qué hora creía estar su cuerpo—. Y, como ustedes saben, los intereses de la paz y la estabilidad nos compelen a hacer sacrificios de vez en cuando.

—Es muy cierto.

—Ministro, los desafortunados hechos de la semana pasada preocupan a mi país —empezó el norteamericano.

—¿Por qué buscan provocarnos esos bandidos? —preguntó el ministro del Exterior—. Nuestras fuerzas están haciendo prácticas, eso es todo. Y ellos dispararon contra dos de nuestros aviones. Todos los tripulantes han muerto. Es muy triste, pero espero sepan tener en cuenta que la República Popular no ha devuelto el golpe.

—Lo hemos advertido con gratitud.

—Los bandidos dispararon primero. Ustedes lo saben.

—No lo tenemos claro, en realidad. Una de las razones de mi viaje es esclarecer los hechos —replicó Adler.

—Ah.

¿Los habría sorprendido? Era como una partida de naipes, con la diferencia de que uno desconocía el valor de las cartas que tenía en la mano. En este caso había mentido, y aunque la otra parte sospechara la mentira no podría darla por segura, y eso afectaría el juego. Si creían saber, dirían una cosa. Si creían no saber, dirían otra. En este caso creían saber, pero no estaban seguros. Y él acababa de decirles algo que podía ser mentira o verdad. Ventaja para Estados Unidos. Adler había planeado la estrategia en el camino.

—Ustedes han declarado públicamente que el primer disparo fue realizado por la otra parte. ¿Están seguros?

—Completamente —le aseguró el ministro del Exterior.

—Discúlpeme, ¿pero qué pasaría si uno de sus pilotos muertos hubiera sido el primero en disparar? ¿Cómo podríamos saberlo?

—Nuestros pilotos tenían órdenes estrictas de no disparar, salvo en defensa propia.

—Es una orden razonable y prudente. Pero en el calor de la batalla... si no de la batalla, en el de una situación por demás tensa, se cometen errores. Nosotros tenemos ese problema. Creo que los aviadores son impulsivos, especialmente los más jóvenes y orgullosos.

—¿No podría decirse lo mismo de la otra parte?

—Ciertamente —admitió Adler—. Ése es el problema, ¿verdad? Y

por eso los diplomáticos debemos asegurarnos de que tales situaciones no se presenten.

—Pero ellos nos provocan constantemente. Siempre esperan ganar el beneplácito norteamericano y nos resulta problemático que lo hayan obtenido.

—¿Perdón?

—Su presidente Ryan habló de *dos* Chinas. Hay una sola China, secretario Adler. Creí que el tema estaba cerrado hace tiempo.

—Fue un error semántico del presidente, un tropezón lingüístico —replicó Adler, restándole importancia al tema—. El presidente tiene muchas cualidades, pero todavía tiene que aprender las estrategias del intercambio diplomático. Nada más. No hubo cambios en nuestra política para esta región.

—Los errores lingüísticos corren el riesgo de ser considerados otra cosa —replicó el ministro del Exterior.

—¿Acaso no he aclarado nuestra posición al respecto? Permítanme recordarles que en ese momento Ryan respondía por un incidente desafortunado donde perecieron muchos norteamericanos... y que por consiguiente eligió palabras que tienen un sentido en nuestro idioma y otro en el de ustedes. —Era más fácil de lo que esperaba.

—También murieron chinos.

Adler advirtió que Zhang se limitaba a escuchar sin proferir palabra. En un contexto occidental su actitud hubiera delatado a un asistente técnico convocado para aconsejar al ministro sobre temas de interpretación legal. Pero no era el caso. Al contrario. Si Zhang era lo que Adler suponía que era, y si además era lo bastante inteligente para sospechar lo que el norteamericano estaba pensando... ¿entonces qué demonios hacía allí?

—Sí, se perdieron muchas vidas por razones mezquinas y para desolación nuestra. Espero sabrán comprender que nuestro presidente toma en serio esas cuestiones.

—Por cierto, y lamento no haberme adelantado a expresar nuestro horror ante el atentado contra su hija. Confío en que transmitirá al presidente Ryan nuestra solidaridad frente a ese acto inhumano y nuestra alegría porque su hija haya salido ilesa.

—Les agradezco en nombre del presidente y transmitiré sus buenos deseos. —El ministro había aflojado dos veces. Ahí estaba la brecha. Recordó que sus interlocutores se creían más inteligentes y astutos que nadie—. Mi presidente es un sentimental —admitió el secretario—. Es un rasgo norteamericano. Más aún, siente profundamente su deber de proteger a todos los ciudadanos.

—Entonces tendrá que hablar con los rebeldes de Taiwan. Estamos convencidos de que ellos derribaron el avión.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —preguntó Adler, ignorando la parte verdaderamente sorprendente. ¿Habría sido un desliz? Hablar con Taiwan. ¿La RPCH le estaba pidiendo eso?

—Para fomentar este incidente, es obvio. Para jugar con los sentimientos personales de su presidente. Para oscurecer los temas pendientes entre la RPCH y la provincia rebelde.

—¿Realmente cree lo que está diciendo?

—Sí, estamos convencidos —le aseguró el ministro—. No queremos hostilidades. Estas cosas hacen perder gente y recursos y nosotros tenemos objetivos mayores para nuestro país. El tema Taiwan se decidirá a su debido tiempo. Siempre y cuando Estados Unidos no interfiera —agregó.

—Ya le he dicho, señor ministro, que no hemos realizado cambios políticos. Lo único que deseamos es que se restauren la paz y la estabilidad en esta región —dijo Adler.

—Entonces estamos de acuerdo.

—¿No pondrán objeciones a nuestros despliegues navales?

El ministro suspiró.

—El océano está allí para que pasen libremente todos. No nos corresponde dar órdenes a Estados Unidos de Norteamérica, así como a ustedes no les corresponde dar órdenes a la República Popular China. El despliegue de las fuerzas norteamericanas probablemente tendrá influencia sobre los acontecimientos locales y pensamos hacer comentarios pro forma al respecto. Pero en nombre de la paz —prosiguió con voz a la vez paciente y cansada—, no haremos objeciones importantes, especialmente si la presencia norteamericana estimula el cese de las provocaciones por parte de los rebeldes.

—Sería útil saber si sus prácticas navales terminarán pronto. Sería un gesto muy favorable.

—Las maniobras primaverales continuarán. Ya no significan una amenaza, y la creciente presencia naval norteamericana lo dejará en claro. No le pedimos que crea en nuestra palabra. Queremos que los hechos hablen por nosotros. También sería bueno que nuestros primos rebeldes reduzcan sus actividades militares. ¿Tal vez pueda sugerírsele, secretario Adler? —¿Dos veces? Entonces no había sido un desliz.

—Si usted me lo pide, sí. Me complacerá unir mi voz y la de mi país a un pedido de paz.

—Valoramos los buenos oficios de Estados Unidos y confiamos en que usted será un honesto mediador en esta ocasión, teniendo en cuenta que, lamentablemente, se han perdido vidas norteamericanas en este trágico incidente.

El secretario Adler bostezó.

—Oh, perdóneme —se disculpó.

—Los viajes son una maldición, ¿no? —Zhang habló por primera vez.

—Creo que sí —coincidió Adler—. Por favor permítanme consultar con mi gobierno. Creo que tendrán una respuesta favorable a su pedido.

—Excelente —observó el ministro—. No queremos sentar precedentes. Espero sepa comprender que aceptamos su ayuda dada la singularidad de las circunstancias.

—Mañana les traeré la respuesta —prometió Adler, levantándose—. Perdónenme por prolongarles el día de trabajo.

—Todos debemos cumplir nuestro deber.

Scott Adler se retiró, preguntándose qué bomba era ésa que le habían puesto en las manos. No sabía quién había ganado la partida.

Ni siquiera sabía a qué demonios habían jugado. Ciertamente no había sido como esperaba. Tenía la impresión de haber ganado fácilmente. La otra parte había hecho más concesiones de las que él mismo hubiera hecho en su lugar.

Algunos lo llamaban investigación periodística, pero no era un procedimiento nuevo ni costoso a nivel laboral. Cualquier periodista experimentado tenía gente a la que acudir, gente que, por un modesto estipendio, chequeaba cualquier clase de información. Pedirle un favor a un amigo no era en sí un procedimiento ilegal. En este caso la información era de conocimiento público. Sólo que las oficinas no estaban abiertas los domingos.

Un burócrata mediano del estado de Maryland fue a su oficina en Baltimore, utilizó su pase para estacionar, entró y abrió la cantidad necesaria de puertas para llegar a un archivo húmedo y sombrío. Encontró el gabinete que buscaba, abrió un cajón y sacó una carpeta. Hizo una marca en el cajón y llevó la carpeta a la fotocopidora más próxima. En menos de un minuto fotocopió los documentos y volvió a poner todo en su lugar. Luego volvió a su casa. Hacía tan a menudo esa clase de “investigaciones” que tenía un fax personal. Diez minutos después de llegar a su casa las fotocopias habían sido enviadas, llevadas a la cocina y arrojadas a la basura. Recibiría quinientos dólares por el servicio. Cobraba extra por trabajar los fines de semana.

John Plumber empezó a leer los documentos antes de que terminara la transmisión del fax. Sí, un tal Ryan, John P., había establecido una corporación sub-S en la época que le había dicho Holtzman. El control de la corporación había pasado a manos de Zimmer, Carol, cuatro días después (había un fin de semana en el medio), y la corporación era propietaria de un 7-Once en Maryland. Los miembros de la corporación eran Zimmer, Laurence; Zimmer, Alisha; y otro Zimmer más. Todos los accionistas eran de apellido Zimmer. Reconoció la firma de Ryan en el documento de transferencia. De la parte legal se había ocupado un estudio de Washington... uno grande, conocía el nombre. Habían realizado una maniobra absolutamente legal para que la familia Zimmer no pagara impuestos por la transacción. No había más papeles sobre el tema. No era necesario.

Pero tenía otros documentos. Plumber conocía a un empleado de el MIT y la noche anterior se había enterado, también vía fax, de que los gastos de matrícula y alojamiento de Peter Zimmer eran pagados por una fundación privada, cuyos cheques eran emitidos y firmados por un socio del estudio legal que había creado la corporación sub-S para la familia Zimmer. Incluso tenía una transcripción del certificado analítico de Peter Zimmer. Seguro, estudiaba computación. Salvo algunas notas mediocres en literatura —hasta en el MIT querían que la gente leyera, pero evidentemente a Peter le importaba un cuerno la poesía—, el muchacho tenía excelentes calificaciones.

—Entonces es cierto —Plumber se recostó en su sillón giratorio y dejó hablar a su conciencia—. “¿Por qué habría de confiar en ustedes? Son periodistas”, repetía una y otra vez.

Ni él ni sus colegas hablaban jamás del verdadero problema de su profesión, así como los ricos no se quejan cuando bajan los impuestos. Allá por la década del '60 un hombre llamado Sullivan había demandado al *New York Times* por difamación, logrando demostrar que una noticia publicada por el diario no era totalmente verídica. Pero el diario apeló y la Corte juzgó que, a falta de malicia comprobada, no podía considerársele culpable ya que el interés público por los acontecimientos nacionales era más importante que la protección de un individuo. El caso dejó la puerta técnicamente abierta a demandas posteriores y la gente comenzó a actuar contra los medios, ganando algunas veces.

El dictamen de la Corte había sido necesario, pensó Plumber. La Primera Enmienda garantizaba la libertad de prensa, porque la prensa era el primer, y a veces único, guardián de la libertad. La gente mentía todo el tiempo. En especial los que estaban en el gobierno, pero los otros también. El trabajo de los medios era, precisamente, revelar los hechos —la *verdad*— para que la gente pudiera opinar y tomar posiciones.

Pero había una trampa sutil en esa licencia de caza emitida por la Corte Suprema. Los medios podían destruir gente. La sociedad norteamericana tenía recursos casi contra cualquier acción impropia, pero los periodistas tenían tantas protecciones como los reyes del pasado. En la práctica, su profesión estaba por encima de la ley. Y se había esforzado mucho para estarlo, también en la práctica. Admitir un error no era solamente un *faux pas* legal que implicaría pagar sumas cuantiosas. También debilitaría la fe de la audiencia en su profesión. Y por eso jamás admitían errores y, si alguna vez lo hacían, la retractación no tenía la preminencia de la noticia inicial... En fin, sólo realizaban el esfuerzo mínimo necesario definido por abogados que conocían exactamente la altura de los muros del castillo que defendían. Había excepciones, sí, pero todos sabían cuáles eran.

Plumber había visto cambiar su profesión. Había demasiada arrogancia y nadie se daba cuenta de que el público al que servían ya no confiaba en ellos... y *eso* hería a Plumber. Se creía merecedor de confianza. Se creía heredero profesional de Ed Murrow, en cuya voz *todos* los norteamericanos habían aprendido a confiar. Y así debía ser. Pero no era, y las cosas tendrían que cambiar mucho para que volvieran los viejos tiempos. Los periodistas criticaban por deporte las fallas éticas de las demás profesiones... medicina, abogacía, política, lo que fuera. *Haz lo que yo digo, no lo que yo hago*, parecía ser el lema. La cosa iba de mal en peor, sí... ¿y después qué?

Consideró su situación. Podría retirarse cuando quisiera. La Universidad de Columbia lo había invitado más de una vez a ser profesor adjunto de periodismo... y ética, porque la suya era una voz confiable, una voz razonable, una voz honesta. Una voz vieja, pensó para sus adentros. ¿Tal vez la última voz?

En resumen, todo era cuestión de conciencia, de las ideas que le habían inculcado sus padres muertos y algunos maestros cuyos nombres había olvidado. Debía ser leal a algo. Para ser leal a su profesión tenía que ser leal a sus fundamentos. Decir la verdad, caiga quien caiga. Levantó el tubo del teléfono.

—Holtzman —contestó el periodista.

—Habla Plumber. Estuve investigando un poco. Parece que tienes razón.

—Está bien. ¿Y ahora qué, John?

—Tengo que hacerlo solo. Te daré la exclusiva en los diarios.

—Muy generoso de tu parte, John. Gracias —respondió Bob.

—Ryan sigue sin gustarme como presidente —agregó Plumber, a la defensiva. Tenía sentido que tomara sus recaudos, pensó Holtzman. De otro modo podía parecer que lo hacía para ganar favores.

—Sabes bien que no se trata de eso. ¿Entonces cuándo? —preguntó Bob Holtzman.

—Mañana a la noche, en vivo.

—¿Qué te parece si nos sentamos a conversar algunas cosas? Será una gran primicia para el *Post*. ¿Quieres compartir la firma?

—Es muy probable que esté buscando otro trabajo mañana por la noche —acotó Plumber—. Está bien, lo haremos.

—Entonces, ¿qué significa esto? —preguntó Jack.

—Que no les importa lo que hacemos. Es como si quisieran que el portaaviones estuviera allí. Han pedido que medie con Taipei...

—¿Directamente? —El presidente estaba atónito. Si Adler volaba directamente y con frecuencia a Taipei daría la impresión de que el gobierno norteamericano legitimaba al gobierno de la República China. Los secretarios de Estado sólo visitaban capitales de países soberanos. Las disputas menores solían quedar a cargo de “enviados especiales”, quienes podían tener el mismo poder pero jamás el mismo estatus.

—Sí, también me sorprendió bastante —respondió Adler por canal encriptado—. Pero, perro que ladra... Objetaron tu gaffe de las “dos Chinas” en la conferencia de prensa y el comercio jamás alzó su fea cabezota. Son muy dóciles para haber matado más de cien pasajeros de una línea aérea.

—¿Las prácticas navales?

—Seguirán, y prácticamente nos invitaron a ver lo rutinarias que eran.

El almirante Jackson habló por el speaker.

—¿Señor secretario? Soy Robby Jackson.

—¿Sí, almirante?

—Ellos instalan una crisis, nosotros movemos un portaaviones, y ahora dicen que nos quieren cerca, ¿entendí bien?

—Correcto. No saben que sabemos, es decir, no creo que sepan... aunque ya no estoy tan seguro.

—Algo anda mal —dijo inmediatamente el J-3—. Muy mal.

—Almirante, creo que tiene toda la razón.
—¿Qué debemos hacer? —preguntó Ryan.
—Supongo que viajaré a Taipei por la mañana. No puedo esquivar el bulto, ¿no?
—De acuerdo. Manténme informado, Scott.
—Sí, señor presidente —prometió Adler, dando por terminada la conversación.
—Jack... acaba de encenderse mi luz roja.
Ryan sonrió.
—Mañana tendré un día político. Debo salir a las... déjame ver —miró su agenda del día—, salir de la Casa Blanca a las seis cincuenta y hablar en Nashville a las ocho treinta. Mierda. Adler está al otro lado del mundo, yo estoy en el aire y Ben Goodley no tiene la experiencia necesaria. Te quiero allí, Rob. Si esto tiene ramificaciones operacionales tú tendrás que ocuparte. Los Foley. Arnie en lo político. Necesitaremos una buena mano del Departamento de Estado...

Adler se metió en la cama de su habitación VIP en la embajada. Revisó sus notas desde otra perspectiva. La gente cometía errores a todo nivel. La difundida capacidad estratégica de los diplomáticos no era tan infalible como creía la gente. Cometían errores. Cometían deslices. Les encantaba parecer inteligentes.

—Los viajes son una maldición —había dicho Zhang. Sus únicas palabras. ¿Por qué en ese momento, y por qué esas palabras? Era tan obvio que Adler no se dio cuenta.

—¿Bedford Forrest, eh? —preguntó Diggs, poniéndole mostaza a sus salchichas.

—El mejor comandante de caballería que hemos tenido —dijo Eddington.

—Tendrá que perdonarme, profesor, si no demuestro mucho entusiasmo por ese caballero —observó el general—. Ese hijo de puta *fundó* el Ku Klux Klan.

—Nunca dije que fuera políticamente astuto, señor, y tampoco defiendo su carácter personal. Pero si hemos tenido un comandante de caballería mejor que ése, humildemente debo declarar que desconozco su nombre —replicó Eddington.

—En su momento nos derrotó —tuvo que admitir Hamm.

—Stuart era pretencioso, a veces petulante y muy afortunado. Nathan tenía *Fingerspitzengefühl*, sabía tomar decisiones al vuelo y maldita sea si se equivocó alguna vez. Supongo que tendremos que pasar por alto sus otras falencias.

Estallido

Hubiera sido mejor volver el lunes por la mañana, pero tendrían que haber levantado muy temprano a los niños. Jack Junior y Sally tenían que estudiar para sus exámenes y había que resolver el tema de la custodia de Katie. La estadía en Camp David había sido tan placentera que era casi como volver de vacaciones, y por otra parte volver fue una especie de shock. Las caras y los estados de ánimo cambiaron apenas la mansión del Ejecutivo asomó por las ventanas del helicóptero. La seguridad había aumentado. La cantidad de agentes que rodeaba el perímetro era notablemente mayor, y eso *también* le recordó lo indeseable que era para ellos ese lugar y la vida que les deparaba. Ryan fue el primero en descender. Saludó a los marines que acudieron a recibirlo y miró el lado sur de la Casa Blanca. Fue como una bofetada. Bienvenido a la realidad. En cuanto su familia entró a la residencia sana y salva, el presidente Ryan se dirigió a su despacho.

—Bueno, ¿cómo van las cosas? —le preguntó a Van Damm, que no había pasado el fin de semana descansando precisamente... pero bueno, tampoco nadie había tratado de matarlo a él ni a su familia.

—La investigación todavía no dio resultados. Murray nos recomienda tener paciencia, dice que pronto darán en el clavo. Es un buen consejo, Jack, y te aconsejo que lo sigas. Mañana tienes el día completo. El país te apoya espiritualmente. Los atentados suelen provocar oleadas de simpatía...

—Arnie, no estoy saliendo a buscar votos para mí, ¿recuerdas? Es agradable que la gente piense mejor de mí después de que un grupo terrorista intentó matar a mi hija, pero, sabes una cosa, realmente no quiero considerar las cosas en esos términos —observó Jack, nuevamente furioso después de dos días de calma—. Si alguna vez acaricié la idea de seguir en la presidencia, puedo asegurarte que la semana pasada me curé de espanto.

—Bueno, sí, pero...

—¡Pero nada, Arnie! Dime una cosa, cuando todo esté dicho y hecho, ¿qué me llevaré de este lugar? ¿Un lugar en los libros de historia? Cuando la escriban estaré muerto y no me preocupará lo que digan los historiadores, ¿sabes? Tengo un amigo historiador que dice que la historia no es nada más que la aplicación de ideologías al pasado... de todos modos no estaré allí para leerla. Lo único que quiero llevarme de aquí es mi vida y las vidas de mis familiares. Eso es todo. Si algún otro anhela la pompa y la circunstancia de esta maldita

prisión, se la regalo en bandeja. He aprendido la lección, Arnie. Bueno —dijo amargamente POTUS—. Haré mi trabajo, pronunciaré los discursos y trataré de hacer algo útil en líneas generales. Pero no vale la pena, Arnie. Te aseguro que la presidencia no vale el dolor de que nueve malditos terroristas intenten matar a tu hija. Lo único que dejamos al morir son nuestros hijos. Todo lo demás es pura invención, como las noticias.

—Sé que has pasado momentos difíciles y...

—¿Qué me dices de los agentes que murieron? ¿Qué me dices de sus familias? Pasé dos días descansando, casi de vacaciones. Ellos no, seguramente. Me acostumbré tanto a ser presidente que casi no pensé en ellos. Más de cien personas se esforzaron para que los olvidara. ¡Y yo lo permití! Es saludable que no piense demasiado en ciertas cosas, ¿no? ¿En qué se supone que debo concentrarme? ¿“Deber, Honor, País”? El que pueda hacerlo dejando de lado su humanidad es un autómatas, y la presidencia me está transformando en eso.

—¿Terminaste o tendré que conseguirte una caja de Kleenex? —Por un instante pareció que el presidente iba a golpear a van Damm—. Esos agentes murieron porque eligieron trabajos que consideraban importantes para el país. Los soldados hacen exactamente lo mismo. ¿Qué pasa contigo, Ryan? ¿Cómo carajo crees que se hace un país? ¿Con pensamientos y palabras lindas? No siempre fuiste tan estúpido. Alguna vez fuiste marine. Trabajaste para la CIA. Antes tenías pelotas. Eres el presidente de Estados Unidos, ése es tu trabajo. Nadie te obligó a llegar aquí, lo admitas o no. Sabías que podía ocurrir cuando aceptaste la vicepresidencia. Y ahora estás aquí. Quieres escapar, bueno... escapa de una vez. Pero no me digas que no vale la pena. ¡Si hubo gente que *murió* para proteger a tu familia, no te *atrevas* a decirme que no tiene importancia! —Van Damm salió como un rayo del despacho, sin molestarse en cerrar la puerta.

Ryan no sabía qué hacer. Se sentó detrás de su escritorio. Como de costumbre lo esperaba una pila de papeles, acomodada por un staff que jamás dormía. China. Medio Oriente. India. Información avanzada sobre indicadores económicos. Proyecciones políticas para las 161 bancas vacantes del Congreso. Un informe sobre el atentado terrorista. La lista de los agentes muertos con los nombres de sus esposas y esposos, padres, hijos y, en el caso de Don Russell, nietos. Recordaba las caras de todos, pero no los nombres. Lo peor era haberlos olvidado esos dos malditos días, haber gozado de tantas comodidades artificiales... Pero allí estaba todo, sobre su escritorio, esperándolo. La prolija pila de papeles no desaparecería. Él tampoco podría escapar. Se levantó y fue hacia la puerta. Atravesó el pasillo bajo la mirada de los agentes del Servicio Secreto, que seguramente habrían escuchado la discusión y elaborado sus propias opiniones al respecto.

—¿Arnie?

—¿Sí, señor presidente?

—Lo siento.

—Está bien, querida —gruñó. Al día siguiente iría al médico. No había mejorado. Al contrario, estaba peor. La jaqueca era insoportable a pesar de los Tylenol extra-fuertes cada cuatro horas. Si sólo pudiera dormir, pero no podía. El cansancio lo ayudaba a dormitar un poco de vez en cuando. Levantarse para ir al baño le demandaba un gran esfuerzo, tanto que su esposa se había ofrecido a ayudarlo. Pero no, un hombre era un hombre y no necesitaba escoltas para ir al baño. De ninguna manera. Por lo demás, ella tenía razón. Necesitaba ir al médico. Hubiera sido preferible ir el día anterior, pensó. De haberlo hecho, ya se sentiría mejor.

Fue fácil para Plumber, al menos en cuanto al procedimiento. La bóveda donde se depositaban las grabaciones tenía el tamaño de una respetable biblioteca pública y uno podía encontrar lo que necesitaba sin mayores dificultades. Allí, en el quinto estante, estaban los tres cassettes formato Beta. Plumber bajó las cajas, retiró los cassettes grabados y los reemplazó por vírgenes. Guardó todo el material en su maletín. Veinte minutos después estaba de vuelta en su casa, donde por cuestiones profesionales tenía una Betamax tipo comercial. Pasó la grabación de la primera entrevista sólo para asegurarse, sólo para confirmar que los cassettes estaban en perfecto estado. Y así era. Tendría que guardarlos en lugar seguro.

—Supongo que terminaron —dijo el sargento jefe.

Las tomas del Predator mostraban columnas de tanques regresando a sus bases. Por las compuertas abiertas de las torretas asomaban los tripulantes, muchos de ellos fumando. Las prácticas del recién constituido ejército de la RIU habían sido exitosas y los soldados volvían en orden a los cuarteles.

El mayor Sabah había pasado tanto tiempo mirando por encima del hombro del sargento que llegó a la conclusión de que tendrían que tratarse con menos formalidades. Todo era cuestión de rutina. Demasiada rutina. Había alentado la esperanza de que el nuevo vecino de su país necesitara más tiempo para integrar sus fuerzas militares, pero la similitud de armas y doctrinas los había favorecido. Los mensajes radiales copiados allí y en STORM TRACK sugerían que la práctica había concluido. La cobertura televisiva del UAV lo confirmó, y la confirmación nunca era desdeñable.

—Es gracioso... —observó el sargento, bastante sorprendido.

—¿Cómo? —preguntó Sabah.

—Perdón, señor. —El NCO se puso de pie y fue hacia el gabinete del rincón. Extrajo un mapa y lo llevó a su estación de trabajo—. No hay camino allí. Mire, señor. —Comparó las coordenadas del mapa con las de la pantalla (el Predator tenía su propio sistema de navegación GPS —Posicionamiento Satelital Global— e informaba su posición a sus operadores) y señaló el sector correcto—. ¿Ve?

El oficial kuwaití miró alternativamente el mapa y la pantalla.

En esta última había un camino, *ahora*. Pero era fácil de explicar. Una columna de cien tanques es capaz de abrir un camino casi en cualquier clase de terreno. Sin duda era eso lo que había ocurrido allí.

Pero antes no había ningún camino en ese área. Los tanques lo habían abierto hacía pocas horas.

—Es un cambio, mayor. Antes el ejército iraquí no se apartaba de los caminos.

Sabah asintió. Era tan obvio que no lo había advertido. Aunque oriundo del desierto y supuestamente avezado conocedor de su superficie cambiante, el ejército iraquí se había cavado la fosa en 1991 permaneciendo cerca de los caminos. Sus comandantes parecían perderse cada vez que se alejaban. Por extraño que resulte —el desierto es tan indescifrable como el mar—, esa actitud volvió predecibles sus movimientos (cosa nada deseable en una guerra) y otorgó a las fuerzas aliadas libertad para atacarlos desde posiciones inesperadas.

Pero eso acababa de cambiar.

—¿También tendrán GPS? —preguntó el sargento.

—No podemos esperar que sean eternamente estúpidos, ¿no?

El presidente Ryan besó a su esposa camino al ascensor. Los niños todavía no se habían levantado. Lo esperaba cierta clase de trabajo. La otra quedaría relegada. Hoy no tendría tiempo para ambas, aunque de todos modos lo intentaría. Ben Goodley lo esperaba en el helicóptero.

—Aquí están las notas de Adler sobre el viaje a Teherán. —Se las entregó—. También hay un informe desde Beijing. El grupo de trabajo se reunirá a las diez para analizar la situación. El equipo SNIE se reunirá en Langley un poco más tarde.

—Gracias —Jack se ajustó el cinturón de seguridad y empezó a leer. Arnie y Callie subieron a bordo y se sentaron adelante.

—¿Alguna idea, señor presidente? —preguntó Goodley.

—Se supone que tú debes darme ideas, Ben. ¿Lo has olvidado?

—¿Qué pasa si te digo que no tiene sentido?

—Conozco esa parte. Hoy te encargarás de los fax y los llamados. Scott debe estar en Taipei. Quiero recibir inmediatamente todo lo que envíe.

—Sí, señor.

El helicóptero despegó. Ryan no se dio cuenta. Estaba concentrado en el trabajo, por farragoso que fuera. Price y Raman lo acompañaban. En el 747 habría más agentes, y todavía habría más esperándolo en Nashville. La presidencia de John Patrick Ryan proseguía, le gustara a él o no.

El país podía ser pequeño, podía ser insignificante, podía ser un paria en la comunidad internacional —no porque hubiera hecho algo para merecerlo (excepto, tal vez, prosperar) sino a causa del vecino más grande y menos próspero que tenía al oeste—, pero tenía un

gobierno *electo* y supuestamente eso contaba en la comunidad de las naciones, sobre todo entre aquellas con gobiernos populares y mayoritarios. La República Popular China había nacido por la fuerza de las armas —bueno, como la mayoría de los países, recordó Adler—, y acto seguido había masacrado a millones de ciudadanos. A pesar de todo, el resto del mundo estaba absolutamente dispuesto a permitir que la RPCH reprimiera a sus primos de Taiwan.

Eso se denominaba *realpolitik*, pensó Scott Adler. Algo similar había producido un hecho llamado Holocausto, hecho al que su padre había sobrevivido con un número tatuado en el antebrazo para probarlo. Hasta su país sostenía oficialmente la política de “una China”, dando tácitamente por sentado que la RPCH no atacaría a Taiwan... porque si lo hacía, Estados Unidos podría reaccionar. O no.

—Tenemos fragmentos... y algunos pedazos grandes del misil que se incrustaron en el ala. Definitivamente son de la RPCH —dijo el ministro de Defensa de Taiwan—. Permitiremos que sus técnicos los analicen para confirmarlo.

—Gracias. Lo discutiré con mi gobierno.

—Bueno. —El que hablaba ahora era el ministro del Exterior—. Permiten un vuelo directo de Beijing a Taipei. No objetan privadamente el envío de un portaaviones. Niegan toda responsabilidad en el incidente del avión. Confieso que esa conducta no me parece para nada razonable.

—Me complace que manifiesten interés en la recuperación de la estabilidad regional.

—Es muy amable de su parte —dijo el ministro de Defensa—. Especialmente después de haber hecho lo imposible por perjudicarla. Esto nos ha ocasionado grandes perjuicios económicos. Los inversores extranjeros han vuelto a ponerse nerviosos y debido al retiro de capitales debemos enfrentar problemas mayores. ¿Tal vez haya sido ese su objetivo?

—Ministro, si ése fuera el caso, ¿por qué me habrían pedido que volara directamente aquí?

—Obviamente se trata de un subterfugio —respondió el ministro del Exterior, adelantándose a su compañero.

—¿Subterfugio para qué? —quiso saber Adler. Demonios, *ellos eran chinos*. Tal vez pudieran dar en el clavo.

—Nosotros estamos seguros aquí. Lo sabemos, aunque los inversores extranjeros no lo saben. Aun así, nuestra situación no es muy feliz. Es como vivir en una castillo con foso. Al otro lado del foso hay un león. El león nos mataría y devoraría si tuviera la oportunidad de hacerlo. No puede saltar el foso, y lo sabe, pero aun sabiéndolo intenta saltarlo. Espero que comprenda nuestra preocupación.

—La comprendo, señor —le aseguró Adler—. Si la RPCH reduce su nivel de actividad militar, ¿ustedes harían otro tanto? —Aunque no pudieran imaginar qué se proponía la RPCH, al menos podrían descomprimir la situación.

—En principio sí. Cómo hacerlo exactamente es una cuestión técnica que debe resolver mi colega aquí presente. Verá que somos razonables.

Había hecho el viaje para recibir esa sencilla respuesta. Ahora tendría que regresar a Beijing para transmitirla. Casamentero, casamentero...

Hopkins tiene su guardería propia, atendida por personal permanente y algunos alumnos de la universidad que realizan trabajos de laboratorio para el departamento de pediatría. Katie entró, miró a todas partes y quedó encantada con el ambiente multicolor. Tras ella entraron cuatro agentes, todos varones, porque no había mujeres vacantes. Tras ellos entraron tres oficiales de la policía de Baltimore e intercambiaron credenciales con los del Servicio Secreto para confirmar identidades. Así comenzó un nuevo día para SURGEON y SANDBOX. Katie había disfrutado el viaje en helicóptero. Durante el día haría nuevos amigos, pero su madre sabía que al llegar la noche preguntaría dónde estaba la Señorita Marlene. ¿Cómo explicarle la muerte a una niña de dos años y medio?

La multitud aplaudió con más calidez que otras veces. Ryan pudo sentirlo. Allí estaba, menos de tres días después del atentado contra su hija menor, cumpliendo su deber, mostrando fuerza y coraje y todas esas mierdas, pensaba POTUS. Había empezado con una plegaria por los agentes caídos y en Nashville tomaban muy en serio esas cosas. El resto del discurso había sido bueno, expresaba cosas en las que realmente creía. Sentido común. Honestidad. Deber. Sólo que oír su propia voz diciendo palabras escritas por otro hacía que le parecieran vacías, y además era difícil mantener la concentración tan temprano.

—Gracias, y que Dios bendiga a Estados Unidos de Norteamérica —concluyó. La multitud se puso de pie y lo vitoreó. La banda empezó a tocar. Ryan salió del podio blindado, volvió a darles la mano a los funcionarios locales y bajó del escenario saludando a la multitud. Arnie lo esperaba detrás del cortinado.

—Para ser falso, lo sigues haciendo muy bien. —La entrada de Andrea no le dio tiempo a responder.

—En el pájaro hay tráfico FLASH para usted, señor. Del señor Adler.

—Bueno, veamos de qué se trata. Manténgase cerca —le dijo a su agente principal rumbo a la salida.

—Siempre —prometió Price.

—¡Señor presidente! —gritó un periodista. Había varios. El que había gritado era de la NBC. Ryan se detuvo—. ¿Presionará al Congreso para una nueva ley de control de armas?

—¿Para qué?

—El atentado contra su hija fue...

Ryan levantó la mano para hacerlo callar.

—Está bien. Entiendo que las armas utilizadas eran de tenencia ilegal. Por desgracia no veo en qué podría ayudar una nueva ley.

—Pero los que abogan por el control de armas dicen que...

—Sé lo que dicen. Y ahora están utilizando el atentado contra mi hijita y las muertes de cinco valientes norteamericanos para sus propios fines políticos. ¿Qué piensa *usted* de eso? —preguntó el presidente, siguiendo su camino.

—¿Qué te anda pasando?

Describió sus síntomas. El médico de la familia era un viejo amigo. Incluso jugaban al golf juntos. Al terminar cada año, el representante de Cobra acumulaba gran cantidad de palos de demostración prácticamente impecables. Donaba la mayoría a programas juveniles o bien los vendía a clubes pequeños para ser alquilados. Pero también regalaba algunos a sus amigos, por no mencionar los autógrafos de Greg Norman.

—Bueno, tienes fiebre alta. Mal color...

—Ya sé. Me siento enfermo.

—Estás enfermo, pero yo no me preocuparía demasiado. Probablemente te pescaste el virus de la gripe en algún bar, y los viajes aéreos no ayudan demasiado... hace años te vengo diciendo que reduzcas la cantidad de viajes. Lo que pasó es que te pescaste un virus y otros factores empeoraron el cuadro general. Empezó el viernes, ¿no?

—El jueves a la noche, tal vez el viernes a la mañana.

—¿No obstante jugaste un partido?

—Muy a mi pesar terminé con un muñeco de nieve —admitió, usando una imagen para describir su puntaje de 80.

—Yo no lo hubiera hecho mejor, sano y fuerte como un roble. —El doctor tenía 20 de handicap—. Tienes más de cincuenta años; no puedes revolcarte con los cerdos por la noche y pretender remontar vuelo con las águilas por la mañana. Reposo absoluto. Mucho líquido... nada de alcohol, por favor. Sigue con el Tylenol.

—¿Ninguna medicación?

El médico negó con la cabeza.

—Los antibióticos no funcionan en casos de infecciones virósicas. Tu sistema inmunitario tendrá que hacer todo el trabajo, y lo hará si lo dejas. Pero ya que estás aquí, haré que te extraigan sangre. Te harás un análisis de colesterol. Enviaré a mi enfermera a tu casa. ¿Tienes alguien que te acompañe?

—Sí. —No tenía ganas de conducir.

—Bien. Dale unos días. Cobra puede arreglárselas perfectamente sin ti y los campos de golf seguirán estando allí cuando te mejores.

—Gracias. —Ya se sentía mejor. Uno siempre se siente mejor cuando el médico le asegura que no va a morir.

—Aquí tienes —Goodley le pasó el informe. Pocos edificios oficiales contaban con los adelantos en comunicación instalados en el nivel superior del VC-25, cuyo código de llamada era Fuerza Aérea Uno—. No son malas noticias —agregó.

SWORDSMAN le echó un vistazo y luego se sentó a leerlo más lentamente.

—Bueno, está bien, cree poder suavizar la situación —observó Ryan—. Pero todavía no sabe cuál es la situación en realidad.

—Es mejor que nada.

—¿El grupo de trabajo tiene esto?

—Sí.

—Tal vez puedan descifrarlo. ¿Andrea?

—¿Sí, señor presidente?

—Dígale al piloto que es hora de movernos. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Arnie?

—Te estoy hablando desde el celular —dijo Plumber.

—Bueno —replicó Van Damm—. De hecho, yo también estoy usando el celular. —Los instrumentos de la nave también eran seguros, con capacidades STU-4, pero no lo comentó. Alguien tenía que escastrarlo. John Plumber ya no estaba en su listado de Navidad. Lamentablemente su línea directa seguía en el Rolodex de Plumber. Qué lástima que no pudiera cambiarla. Tendría que decirle a su secretaria que no volviera a pasarle llamados de Plumber, mucho menos cuando estaba de viaje.

—Sé lo que estás pensando.

—Bien, John, bien. Así no tendré que decir lo que pienso.

—Quiero que mires el noticiero esta noche. Estaré al final.

—¿Por qué?

—Compruébalo tú mismo, Arnie. Hasta la vista.

El jefe de staff cortó la comunicación preguntándose qué demonios querría Plumber. Alguna vez había confiado en él. Carajo, hasta había confiado en su colega. Podría haber comentado la llamada con el presidente, pero decidió no hacerlo. Acababa de dar un buen discurso, a pesar de las distracciones, a pesar de sí mismo, porque el pobre hijo de puta creía más de lo que pensaba. No tenía sentido arrojarle un fardo sobre los hombros. Habían filmado el discurso y, si era digno de verse, se lo mostraría a POTUS durante el vuelo a California.

—No sabía que hubiera un virus dando vueltas —dijo, poniéndose la camisa. Tardó un poco. Le dolía todo el cuerpo.

—Siempre hay un virus dando vueltas. Pero uno no siempre se entera —replicó el médico, estudiando las anotaciones que su enfermera acababa de pasarle—. Esta vez le tocó a usted.

—¿Entonces?

—Entonces, tómelo con calma. No vaya a trabajar. No tiene sentido infectar a sus empleados. Para el fin de semana se habrá recuperado.

El equipo SNIE se reunió en Langley. Habían recibido una tonelada de información del Golfo Pérsico y la estaban analizando en la sala de conferencias del sexto piso. El laboratorio fotográfico de la CIA

había ampliado la foto de Daryaei tomada por Chávez, ahora colgada de la pared. Tal vez sirviera para jugar a los dardos, pensó Ding.

—Los sapos avanzan —murmuró luego, mirando el video del Predator.

—Son un poco grandes para cazarlos con un rifle, Sundance —acotó Clark—. Esas cosas siempre me aterraron.

—Los cohetes LAWS pueden hacerlos pedazos, Mr. C.

—¿Qué alcance tienen los LAWS, Domingo?

—Cuatrocientos, quinientos metros.

—Esos tanques tienen un alcance de dos o tres kilómetros —señaló John—. Tenlo en cuenta.

—No sé tanto de armas —dijo Bert Vasco. Señaló la pantalla—. ¿Qué significa esto?

Uno de los analistas militares de la CIA se encargó de responder.

—Significa que las fuerzas armadas de la RIU están mucho mejor de lo que esperábamos.

—Estoy muy impresionado —acotó un mayor del ejército enviado por la Agencia de Inteligencia Defensiva—. Muy impresionado. Fue una práctica convencional, para nada complicada en cuanto a maniobras, pero se mantuvieron organizados todo el tiempo. Nadie se perdió...

—¿Supone que están usando GPS? —preguntó el analista de la CIA.

—Cualquier suscriptor de la revista *Yachting* puede comprarlo. La última vez que miré, costaba menos de cuatrocientos dólares —respondió el mayor a su contraparte civil—. Eso significa que pueden manejar mucho mejor sus fuerzas móviles. Más aún, significa que su artillería será mucho más eficaz. Si uno sabe dónde están las armas, dónde está el observador de avanzada y dónde está el blanco con respecto a él tiene grandes posibilidades de acertar.

—¿Aumento cuádruple de rendimiento?

—Fácil —replicó el mayor—. Ese viejo que cuelga de la pared tiene un palo enorme para amenazar a sus vecinos. Supongo que ya se los habrá mostrado.

—¿Bert? —preguntó Clark.

Vasco se revolvió en su asiento.

—Estoy empezando a preocuparme. Esto va más rápido de lo que esperaba. Si Daryaei no tuviera otras cosas de qué ocuparse... bueno, yo estaría más preocupado aún.

—¿Como cuáles? —preguntó Chávez.

—Tiene que consolidar el país y sabe que reaccionaremos si empieza a blandir el sable —el FSO hizo una breve pausa—. Claro que quiere hacerles saber a sus vecinos quién es el patrón de la vereda. ¿Hasta qué punto está cerca de poder hacer algo?

—¿Militarmente? —preguntó el analista civil. Hizo un gesto al hombre de la DIA.

—Si no estuviéramos en el medio, ya mismo. Pero estamos en el medio.

—Deben preguntarse qué clase de hombre tenemos aquí —dijo Kealty frente a sus propias cámaras—. Cinco hombres y mujeres muertos y no ve la necesidad de reforzar el control de armas. Su frialdad de corazón es incomprensible para mí. Bueno, si a él no le importan esos valientes, a mí sí. ¿Cuántos norteamericanos más tendrán que morir para que el señor Ryan vea la necesidad de esto? ¿Tendrá acaso que perder a un miembro de su familia? Lo lamento, sencillamente no puedo creer lo que dijo —prosiguió el político.

—Todos recordamos cuando algunos candidatos querían ser reelegidos para sus bancas en el Congreso, y recordamos que nos decían “Vóteme, porque por cada dólar de impuestos pagados por el distrito volverá un dólar veinte”. ¿Recuerdan esas declaraciones? —preguntó el presidente.

”Lo que no nos dijeron fue... bueno, en realidad no nos dijeron muchas cosas. Número uno, ¿quién dijo que dependemos del gobierno para obtener dinero? No votamos por Papá Noel, ¿no? Es exactamente al revés. El gobierno no puede existir si *nosotros* no *le* damos dinero.

”Número dos, ¿nos dicen “Vote por mí, porque yo les tiraré el fardo a esos cerdos de Dakota del Norte”? ¿Acaso no son norteamericanos también?

”Número tres, esto sucede porque el déficit gubernamental implica que *cada* distrito obtenga más en pagos federales de lo que perdió en impuestos federales... perdón, quise decir impuestos federales *directos*. Los que todos podemos ver.

”Entonces se estaban jactando de gastar más dinero del que tenían. Si el vecino de al lado nos dice que está falsificando cheques de nuestro banco personal, ¿no sería prudente considerar denunciarlo a la policía?

”Todos sabemos que el gobierno se lleva más de lo que da. Simplemente han aprendido a ocultarlo. El déficit del presupuesto federal implica que cada vez que nos prestan dinero, cuesta más de lo que debiera... ¿por qué? Porque el gobierno presta tanto dinero que hace subir las tasas de interés.

”Y así, damas y caballeros, cada vez que pagamos el auto, la casa o la tarjeta de crédito estamos pagando un *impuesto*. Pero, si nos portamos bien, tal vez no nos cobren impuestos sobre los intereses. ¿No es maravilloso acaso? —preguntó POTUS—. El gobierno no nos cobra impuestos sobre un dinero que en primer lugar no debíamos pagar, y luego nos dice que recibimos más de lo que pagamos. —Hizo una pausa.

”¿Alguno de ustedes cree de verdad eso? ¿Alguien les cree cuando dicen que Estados Unidos *no está en condiciones de... no* gastar más dinero del que tiene? ¿Son palabras dignas de Adam Smith o de Lucy Ricardo? Soy graduado en economía y *Yo quiero a Lucy* no estaba en el programa de estudios.

”Damas y caballeros. No soy político y no estoy aquí para favorecer a ninguno de los candidatos locales a las bancas vacantes del Congreso. Estoy aquí para pedirles que piensen. Ustedes también tienen un deber.

El gobierno les pertenece a ustedes, no ustedes al gobierno. Cuando vayan a votar mañana tómense el tiempo de pensar en las promesas y dichos de los candidatos. Pregúntense “¿Esto tiene sentido?” y luego elijan al mejor... y si no les gusta ninguno, voten en blanco, pero manifiéstense. No se queden en sus casas. Le deben eso al país.

La camioneta frenó y dos hombres salieron y subieron al porche. Uno de ellos golpeó.

—¿Sí? —preguntó la dueña de casa, un poco confundida.

—FBI, señora Sminton. —Le mostró sus credenciales—. ¿Podemos pasar, por favor?

—¿Por qué? —preguntó la viuda de sesenta y dos años.

—Quisiéramos que nos ayude con algo, si fuera posible. —Habían tardado más de lo que esperaban. Las armas utilizadas en el atentado contra SANDBOX habían sido rastreadas hasta el fabricante, del fabricante al mayorista, del mayorista al minorista, del minorista a un nombre, y del nombre a una dirección. Una vez obtenida la dirección, el FBI y el Servicio Secreto habían obtenido una orden de allanamiento y requisita emitida por un juez.

—Entren, por favor.

—Gracias. Señora Sminton, ¿conoce al caballero que vive en la casa de al lado?

—¿Se refiere al señor Azir?

—Sí.

—No muy bien. A veces nos saludamos.

—¿Sabe si está en casa ahora?

—El automóvil no está —respondió la anciana, después de mirar. Los agentes ya lo sabían. Azir tenía un Oldsmobile azul con chapa de Maryland. La policía en pleno lo estaba buscando en un radio de doscientas millas.

—¿Recuerda la última vez que lo vio?

—El viernes, creo. Había otros autos en su casa, y un camión.

—De acuerdo. —El agente sacó una radio del bolsillo—. Adelante, adelante. Gallina probablemente —repito, *probablemente*— fuera del gallinero.

Un helicóptero apareció a pocos metros de la casa ante la mirada atónita de la viuda. Arrojaron sogas desde ambos lados y varios agentes armados se deslizaron al suelo. Al mismo tiempo cuatro vehículos ingresaron al jardín de la casa. En otras circunstancias el proceso hubiera sido más lento, con algún período de vigilancia discreta, pero se había corrido la voz. Los agentes patearon las puertas de entrada y trasera... y treinta segundos después se oyó una sirena. Aparentemente el señor Azir tenía una alarma antirrobo.

—Despejado, edificio despejado. Habla Betz. Búsqueda completa, edificio despejado. Manden a los del laboratorio. —Aparecieron dos camionetas. Una de las primeras cosas que hicieron sus ocupantes fue tomar muestras de la tierra y el pasto para compararlas con los restos hallados en los autos utilizados en el atentado al Giant Steps.

—¿Podríamos sentarnos, señora Sminton? Queremos hacerle un par de preguntas sobre el señor Azir.

—¿Y? —preguntó Murray, llegando al Centro de Comando del FBI.

—Nada —respondió el agente de la consola.

—Maldición. —No lo dijo con pasión. En realidad no esperaba demasiado. Pero sí esperaba algo de información importante. El laboratorio había recogido toda clase de evidencias físicas. Las muestras de grava podrían indicar la dirección tomada. El pasto y la tierra encontrados en la cara interna de guardabarros y paragolpes podrían vincular los vehículos con la casa de Azir. Las fibras de alfombra en los zapatos de los terroristas muertos podrían pertenecer al interior de la casa. Un grupo de diez agentes estaba intentando descubrir quién era en realidad "Mordecai Azir". Todos apostaban su cabeza a que era tan judío como Adolf Eichmann.

—Centro de Comando, aquí Betz —Billy Betz era un agente especial a cargo de la División de Campo de Baltimore y ex tirador HRT, de allí su dramático descenso del helicóptero al frente de cuatro hombres... y una mujer.

—Billy, aquí Dan Murray. ¿Qué tienes allí?

—No podrá creerlo. Una caja semivacía de frascos de amoníaco siete-seis-dos. La alfombra del living es de lana roja. Éste es el lugar. Faltan algunas cosas en el ropero del dormitorio principal. Diría que la casa está vacía desde hace un par de días. La ubicación es segura. Nada de trampas para tontos. Los del laboratorio están iniciando su rutina—. Habían pasado ochenta minutos desde que fuera emitida la orden de allanamiento. No lo suficientemente rápido, pero rápido al fin.

Los expertos forenses eran una mezcla del FBI, el Servicio Secreto y la División de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, una agencia conflictiva con un excelente staff técnico. Revisarían la casa durante horas. Todos usaban guantes. Buscarían huellas digitales en todas las superficies para compararlas con las de los terroristas muertos.

—Hace algunas semanas me vieron jurar preservar, proteger y defender la Constitución de Estados Unidos. Fue la segunda vez que lo hice. La primera fue como teniente segundo del Cuerpo de Marines, cuando me gradué en el Boston College. Inmediatamente después de aquel primer juramento leí la Constitución, para saber exactamente qué había jurado defender.

"Damas y caballeros, con frecuencia los políticos dicen querer que el gobierno *les dé poder a ustedes*, para que puedan hacer cosas.

"Pero no es así como son las cosas —dijo Ryan enérgicamente—. Thomas Jefferson escribió que los justos poderes del gobierno derivan del *consentimiento* de los gobernados. Los gobernados son ustedes. Me permito aconsejarles leer la Constitución. La Constitución de Estados

Unidos no fue escrita para decirles qué deben hacer. La Constitución establece las relaciones entre los tres poderes del gobierno. Le dice al gobierno qué puede y qué *no* puede hacer. El gobierno *no* puede restringir la libertad de expresión. El gobierno *no* puede decirles cómo rezar. El gobierno *no* puede hacer un montón de cosas. El gobierno es más hábil para sacar que para dar, pero sobre todo el gobierno no les da poder a ustedes. Son ustedes los que le dan poder al gobierno. El nuestro es un gobierno del pueblo. Ustedes *no* le pertenecen al gobierno, el gobierno les pertenece a ustedes.

"Mañana no elegirán patrones, elegirán empleados, sirvientes de la voluntad popular, guardianes de los derechos del pueblo. Nosotros no les diremos qué hacer. Ustedes nos dirán qué hacer.

"Mi función no es pedirles dinero y luego devolvérselo. Mi función es tomar el dinero necesario para protegerlos y servirlos... y hacerlo lo más eficazmente posible. El servicio de gobierno puede ser un importante deber y una gran responsabilidad, pero no se supone que deba ser una bendición para quienes lo llevan a cabo. Son los gobernantes quienes deben sacrificarse por ustedes.

"El viernes pasado, tres hombres y dos mujeres perdieron la vida al servicio del país. Estaban protegiendo a mi hija, Katie. Pero también había otros niños, y cuando protegemos a un niño los protegemos a todos. Gente como ésa no pide más que respeto. Lo merece. Lo merecen porque hacen cosas que no podemos hacer solos. Por eso los contratamos. Y ellos juran protegernos porque saben que prestan un importante servicio, porque nosotros les importamos, porque ellos *son* nosotros. Ustedes y yo sabemos que no todos los empleados de gobierno son así. Pero no es culpa de ellos. Es culpa de *ustedes*. Si ustedes no exigen lo mejor, jamás tendrán lo mejor. Si ustedes no otorgan la justa medida de poder a la gente indicada, la gente menos indicada acumulará más poder que el necesario y lo usará como se le antoje, no como ustedes quieran.

"Damas y caballeros, por eso es tan importante que mañana elijan la gente apropiada para servirlos. Muchos de ustedes tienen empresas y contratan empleados. Muchos tienen casas y a veces contratan plomeros, electricistas, carpinteros... Tratan de contratar a los mejores porque pagan por ese servicio que les prestan y quieren que se haga bien. Si uno de sus hijos enferma llaman al mejor médico... y prestan mucha atención a lo que hace y cómo lo hace. ¿Por qué? Porque para ustedes no hay nada más importante que la vida de sus hijos.

"Estados Unidos también es hijo de ustedes. Estados Unidos es un país eternamente joven. Estados Unidos necesita que gente correcta se ocupe de él. Ustedes deben elegir a la gente correcta, sin tener en cuenta filiaciones políticas, raza, género... sólo teniendo en cuenta su talento e integridad. No puedo y no voy a decirles cuál candidato merece su voto. Dios les dio libre albedrío. La Constitución está para proteger su derecho a ejercer el libre albedrío. Si fallan al hacerlo se habrán traicionado, y ni yo ni nadie podremos solucionarlo.

"Gracias por venir a verme en mi primera visita a Colorado

Springs. El día de mañana les pertenece. Por favor utilícenlo para contratar a la gente adecuada.

—Con una serie de discursos claramente destinados a captar votantes conservadores, el presidente Ryan está recorriendo el país en vísperas de las elecciones parlamentarias. Pero mientras los oficiales federales investigan el perverso atentado terrorista contra su propia hija, el presidente *rechaza* de plano la idea de mejorar el sistema de control de armas. Ahora pasaremos el informe de Hank Roberts, corresponsal de la NBC, quien viajó hoy con la comitiva presidencial. —Tom Donner siguió mirando a cámara hasta que se apagó la luz roja.

—Creo que hoy dijo varias cosas interesantes —comentó Plumber mientras pasaban el video.

—Esa alusión a *Yo quiero a Lucy* debió ser producto de una pésima menstruación de Callie Weston —observó Donner, hojeando su copia—. Y pensar que redactaba discursos geniales para Bob Fowler.

—¿Leíste el discurso?

—Vamos, John, no necesitamos leer lo que dice Ryan. *Sabemos* lo que va a decir.

—Diez segundos —anunció el director.

—A propósito, tu comentario final es muy bueno, John. —Puso su mejor sonrisa al oír “tres”.

—Un importante conjunto de fuerzas federales investiga el atentado contra la hija del presidente, perpetrado el viernes último. Éste es el informe de Karen Stabler desde Washington.

—Supuse que te gustaría, Tom —replicó Plumber cuando volvió a apagarse la luz roja. Tanto mejor, pensó. Tenía la conciencia limpia.

El VC-25 despegó a horario y se dirigió hacia el norte para evitar condiciones climáticas adversas sobre el norte de Nuevo México. Arnie van Damm permanecía enclaustrado en el área de comunicaciones, donde había suficientes cajas de aspecto importante para manejar a la mitad del mundo, o al menos eso parecía. Oculta en la epidermis del avión había una fuente satelital cuyo costoso sistema podía detectar casi cualquier cosa. Por pedido del jefe de staff, dentro de unos segundos captaría la NBC.

—El comentario de cierre estará a cargo de nuestro corresponsal especial, John Plumber —anunció Donner—. Todo tuyo, John.

—Gracias, Tom. Entré al periodismo, inspirado por un episodio de mi juventud. Todavía recuerdo mi vieja radio capilla... los más viejos seguramente la recordarán —esbozó una sonrisa—. Recuerdo haber escuchado a Ed Murrow desde Londres durante los bombardeos, a Eric Sevareid desde la jungla de Birmania, a todos los padres fundadores —verdaderos gigantes— de nuestra profesión. Crecí con imáge-

nes pintadas por las palabras de esos hombres, hombres en quienes todo el país confiaba porque siempre decían la verdad. Entonces decidí que descubrir la verdad y comunicársela a la gente era la vocación más noble a la que un hombre —o una mujer— podía aspirar.

”No siempre somos perfectos en esta profesión. Nadie lo es —prosiguió Plumber.

A su derecha, Donner contemplaba atónito el TelePrompTer. Lo que Plumber estaba diciendo no era lo que pasaba por la lente. Se dio cuenta de que, aunque tenía su discurso impreso, hablaba de memoria. Como en los viejos tiempos, aparentemente.

—Me gustaría poder decir que estoy orgulloso de ejercer esta profesión. Y alguna vez lo estuve.

”Yo estaba frente al micrófono cuando Neil Armstrong pisó la luna por primera vez, y también en ocasiones más tristes, como el funeral de Jack Kennedy. Pero ser profesional no significa meramente estar allí. Significa que uno debe profesar algo, creer en algo.

”Hace unas semanas entrevistamos al presidente Ryan dos veces el mismo día. La primera entrevista se grabó y la segunda se hizo en vivo. Las preguntas fueron un poco diferentes. Hubo razones. Entre la primera entrevista y la segunda, nos llamaron para que viéramos a una persona. Por el momento no diré quién es. Lo diré después. Esa persona nos dio cierta información. Era información sensible que apuntaba a perjudicar al presidente Ryan y en ese momento parecía buena. No lo era, pero nosotros no lo sabíamos. Creíamos haber hecho malas preguntas y quisimos mejorar la puntería.

”Y entonces mentimos. Le mentimos al jefe de staff del presidente, el señor Arnold van Damm. Le dijimos que la cinta se había estropeado misteriosamente. Al mentirle a Van Damm, también le mentimos al presidente. Pero lo peor de todo es que les mentimos a ustedes. Tengo las cintas en mi poder. Están intactas.

”No se violó ninguna ley. La Primera Enmienda nos permite hacer casi todo lo que queramos, y está bien, porque son ustedes los jueces definitivos de nuestra tarea y nuestra persona. Lo único que no podemos hacer es engañarlos en su buena fe.

”No aprecio particularmente al presidente Ryan. Estoy en desacuerdo con él en la mayoría de los temas políticos. Si buscara la reelección, tal vez votaría por el candidato opositor. Pero fui parte de una mentira y no puedo vivir con eso en la conciencia. Más allá de sus posibles errores, John Patrick Ryan es un hombre honorable y yo no debo permitir que las animosidades personales afecten mi trabajo.

”En este caso lo permití. Me equivoqué. Cometí un grave error. Le debo una disculpa al presidente y les debo una disculpa a ustedes. Probablemente éste sea el final de mi carrera como periodista televisivo. Si así fuera, quiero irme como llegué, diciendo la verdad, con las manos limpias.

”Buenas noches. Fue el noticiero de la NBC —Plumber suspiró hondamente mirando la cámara.

—¿Qué carajo se supone que es *esto*?

El añoso periodista se paró antes de responder.

—Si todavía tienes necesidad de hacer esa pregunta, Tom...

Sonó el teléfono de su escritorio, mejor dicho parpadeó la lucecita de llamada. Plumber decidió no atender. Tom Donner tendría que darse cuenta solo.

A dos mil millas de distancia, sobre el Parque Nacional de las Rocallosas, Arnold van Damm detuvo la máquina, eyectó el cassette y lo llevó al compartimento del presidente en la nariz del avión. Ryan estaba releendo su último discurso del día.

—Jack, creo que te agradará ver esto —le dijo, esbozando una ancha sonrisa.

Siempre hay una primera vez para todo. Esa vez sucedió en Chicago. El sábado a la tarde había visitado al médico, y el médico le había dicho lo mismo que a todos los demás. Gripe. Aspirina. Líquidos. Guardar cama. Pero al mirarse al espejo vio que la piel se le estaba decolorando, y eso la asustó más que los otros síntomas. Llamó a su médico pero le respondió el contestador automático. Esas manchas no podían esperar. Subió a su automóvil y fue al Centro Médico de la Universidad de Chicago, uno de los mejores de Estados Unidos. Esperó cuarenta minutos en la guardia de emergencia. Cuando escuchó su nombre se levantó y empezó a caminar hacia el escritorio, pero no llegó. Se desmoronó sobre el piso de baldosas ante la mirada atónita del personal administrativo. Hubo algunas reacciones instantáneas ante el desmayo y un minuto después aparecieron dos paramédicos con una camilla, quienes la trasladaron de inmediato al área de tratamiento acompañados por una empleada de admisión.

El primero que la vio fue un joven médico residente que acababa de recibirse.

—¿Qué pasó? —preguntó, mientras un enfermero le tomaba el pulso y la presión sanguínea a la enferma.

—Tome —dijo la empleada de admisión, entregándole los formularios de ingreso de la paciente. El médico les echó un rápido vistazo.

—Parecen síntomas gripales, ¿pero qué es esto?

—Tiene acelerado el ritmo cardíaco, la presión sanguínea es... un momento, por favor. —Volvió a tomársela—. ¿Noventa treinta? —La mujer tenía un aspecto demasiado normal para esas cifras.

El médico le desabotonó la blusa. Y allí estaba. En la claridad del momento ciertos pasajes específicos de sus libros de medicina le volvieron a la memoria. El joven residente levantó las manos en señal de alarma.

—Quietos todos —ordenó—. Tal vez tengamos un grave problema aquí. Quiero que se pongan guantes nuevos y máscaras. Ya mismo.

—La temperatura es uno-cuatro-punto-cuatro —dijo otro enfermero, apartándose de la paciente.

—No es gripe. Tenemos una importante hemorragia interna y

petequias. —El residente se puso una máscara y guantes nuevos mientras hablaba—. Llamen al doctor Quinn.

El enfermero salió corriendo y el residente volvió a leer los papeles de admisión. Vómitos de sangre, deposiciones oscuras. Baja presión sanguínea, fiebre alta y hemorragia subcutánea. Pero estaban en Chicago. No podía ser posible. Agarró una aguja.

—Aléjense todos, muy bien, no se acerquen —dijo clavando la aguja en la vena y llenando cuatro tubos de 5 cc.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor Joe Quinn. El residente repitió los síntomas y expuso sus temores llevando los tubos de ensayo a la mesa.

—¿Qué opinas, Joe?

—Si no estuviéramos en Chicago...

—Sí. Fiebre hemorrágica. Pero no es posible.

—¿Alguien le preguntó dónde estuvo últimamente?

—No, doctor —respondió la empleada de admisión.

—Paños fríos —dijo la enfermera jefe, trayendo una brazada. Se los colocaron en las axilas, debajo del cuello y en todas partes para aplacar el calor potencialmente letal del cuerpo.

—¿Dilantina? —preguntó Quinn.

—Todavía no tiene convulsiones. Diablos. —El residente cortó el corpiño de la enferma con sus tijeras quirúrgicas. Se le estaban formando más petequias en el torso—. Esta mujer está muy enferma. Enfermera, por favor llame al Dr. Klein de infectología. Debe estar en su casa. Dígale que lo necesitamos aquí enseguida. Tenemos que bajarle la temperatura, despertarla y averiguar dónde demonios estuvo.

Caso Índice

Mark Klein era profesor en la facultad de medicina y por lo tanto estaba acostumbrado a trabajar en horarios regulares. Que lo llamaran a las nueve de la noche era inusual para él, pero era médico, y cuando lo llamaban... iba. Esa noche de lunes tardó veinte minutos en llegar a su estacionamiento reservado. Pasó la zona del personal de seguridad, se puso el uniforme, entró por atrás a la sala de guardia y le preguntó al enfermero a cargo dónde estaba el doctor Quinn.

—Pabellón Aislado Dos, doctor.

Llegó en menos de veinte segundos y quedó helado al ver las señales de advertencia sobre la puerta. Bueno, pensó, poniéndose barbijo y guantes. Entró.

—Hola, Joe.

—No quiero hacer el diagnóstico sin conocer antes su parecer, profesor —dijo Quinn, entregándole la planilla.

Klein la leyó rápidamente. Quedó anonadado. La leyó por segunda vez desde el principio, mirando a la paciente para comparar su estado general con los contenidos de la planilla. Mujer caucásica, sí, edad cuarenta y uno, supongo que sí, divorciada, eso es asunto suyo, domicilio a unas dos millas de distancia, bueno, temperatura en el momento de la admisión, 104.4, terriblemente alta, presión sanguínea horriblemente baja. ¿Petequias?

—Voy a echarle un vistazo —dijo Klein. La paciente se estaba despertando. Movía un poco la cabeza y hacía ruiditos—. ¿Cómo anda la temperatura?

—Está bajando lentamente —replicó el residente mientras Klein retiraba la sábana verde. La enferma estaba desnuda y las marcas no podían ser más evidentes en su piel por lo demás inmaculada. Klein miró a los otros dos médicos.

—¿Dónde estuvo?

—No sabemos —admitió Quinn—. Revisamos su cartera. Parece que es ejecutiva de Sears y tiene su oficina en la torre.

—¿La examinaron?

—Sí, doctor —respondieron al unísono.

—¿Mordeduras de animal?

—Ninguna. Tampoco hay evidencias de agujas, en fin, nada fuera de lo común. Está limpia.

—Yo diagnosticaría posible fiebre hemorrágica, método de transmisión desconocido por el momento. La quiero arriba, totalmente ais-

lada, con todas las precauciones. Quiero que desinfecten esta sala... y todo lo que la paciente haya tocado.

—Creía que esta clase de virus se transmitía solamente...

—Nadie sabe cómo, doctor, y lo que no tiene explicación me asusta. Estuve en África. He visto casos de Lassa y fiebre Q. Nunca vi Ébola. Pero lo que esta mujer padece tiene mucho de eso —dijo Klein, pronunciando los nombres temibles por primera vez.

—Pero cómo...

—Si uno admite que no sabe, es que no sabe —insistió el profesor Klein—. En las enfermedades infecciosas, si uno desconoce el medio de transmisión debe suponer lo peor. Lo peor es que se transmitan por aire, y así es como atenderemos a esta paciente. Trasládenla a mi unidad. Que todos los que estuvieron en contacto con ella se desinfecten. Como si fuera SIDA o hepatitis. Tomen máximas precauciones. ¿Dónde están las muestras de sangre?

—Allá —el residente señaló un recipiente plástico.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Quinn.

—Enviaremos una muestra a Atlanta, pero creo que yo mismo haré los análisis —Klein tenía un laboratorio excelso donde trabajaba a diario, principalmente con el virus del SIDA, que era su gran pasión.

—¿Puedo acompañarlo? —preguntó Quinn—. De todos modos, mi turno termina dentro de diez minutos. —Los lunes suelen ser días tranquilos en las salas de guardia. El momento crítico son los fines de semana.

—Claro.

—Estaba seguro de que Holtzman no me fallaría —dijo Arnie, levantando su copa para celebrar mientras el 747 iniciaba el descenso a Sacramento.

—¿Cómo? —preguntó el presidente.

—Bob es un reverendo hijo de puta, pero honesto. Eso también implica que te quemará en la pira sin titubear si cree que lo mereces. No lo olvides —le aconsejó el jefe de staff.

—Donner y Plumber mintieron —murmuró Jack—. Maldición.

—Todo el mundo miente, Jack. Incluso tú. Es una cuestión de contexto. Algunas mentiras se dicen para preservar la verdad. Otras para ocultarla. Otras para negarla. Y otras porque a nadie le importa.

—¿Cuál de las opciones se aplica a este caso?

—Todas combinadas, señor presidente. Ed Kealty quería que Donner y Plumber te tendieran una emboscada que resultaría en su beneficio, y los engañó. Pero ese traicionero rufián pagará todas sus deudas, te lo aseguro. Apuesto a que mañana mismo saldrá un artículo de primera plana en el *Post* exponiendo a Kealty como el tipo que sobornó a dos periodistas muy importantes. La prensa en pleno lo atacará con la ferocidad de una jauría de lobos. —Los periodistas que viajaban en la cola del avión ya lo estaban comentando. Arnie se había ocupado de que transmitieran el noticiero de la NBC por el sistema de video de la cabina.

—Porque Kealty los hizo quedar mal ante la opinión pública...
—Acertaste, jefecito —confirmó Van Damm, vaciando su copa de un trago. No se atrevió a decir que probablemente nada de eso hubiera ocurrido de no mediar el atentado contra Katie. Hasta los periodistas eran capaces de solidarizarse a veces, y el atentado seguramente había jugado un papel decisivo en el cambio de Plumber. Tampoco se atrevió a decir que fue él quien filtró información con cuentagotas a Holtzman. Decidió fumarse un buen cigarro apenas aterrizaran.

El reloj corporal de Adler atravesaba un estado de absoluta confusión. Descubrió que las siestitas esporádicas ayudaban, igual que el mensaje simple y favorable que acababa de enviar. El automóvil se detuvo. Un suboficial le abrió la puerta y se inclinó reverentemente a su paso. Adler reprimió un bostezo al entrar al edificio ministerial.

—Es muy agradable volver a verlo, secretario Adler —dijo el ministro del Exterior de la RPCH a través de su intérprete. Zhang Han San estaba nuevamente presente y lo saludó con una cortés inclinación de cabeza.

—El que hayan permitido vuelos directos entre ambas capitales me facilita notablemente el proceso. Quiero expresarles mi agradecimiento por eso —replicó Adler, sentándose.

—Siempre y cuando usted comprenda que se trata de circunstancias excepcionales —acotó el ministro.

—Por supuesto.

—¿Qué noticias nos trae de nuestros belicosos primos?

—Están dispuestos a igualarlos en la reducción de actividades militares con miras a reducir la tensión.

—¿Y qué dicen de sus insultantes acusaciones?

—Ese tema no se tocó, ministro. Creo que están tan interesados como ustedes en mantener la paz en la región.

—Es notable —comentó Zhang—. Inician hostilidades, derriban dos aviones nuestros, atacan contra su propia aerolínea, matan más de un centenar de personas, deliberadamente o por incompetencia, tanto da, y luego dicen que *nos* igualarán en la reducción de actos provocativos. Espero que su gobierno sepa apreciar la tolerancia que estamos demostrando en este lamentable caso, señor Adler.

—Señor ministro, señor Zhang, la paz es un interés común a todos, ¿no es así? Estados Unidos aprecia los actos de ambas partes en estos emprendimientos informales. La República Popular ha sido generosa en más de un sentido, y el gobierno de Taiwan está dispuesto a igualar su generosidad. ¿Qué más se puede pedir?

—Muy poco —replicó el ministro del Exterior—. Una simple compensación por las muertes de nuestros cuatro aviadores. Todos dejaron familias.

—Sus pilotos dispararon primero —acotó Zhang.

—Puede ser, pero el tema de la aerolínea todavía no está cerrado.

—Puedo asegurarle que *nosotros* no tenemos nada que ver con eso —le espetó el ministro.

Pocas cosas hay más aburridas que las negociaciones entre países, pero existe una razón para que así sea. Los actos súbitos o sorpresivos pueden forzar a un país a tomar decisiones inmediatas.

La situación se agravaba aún más porque Adler y Taiwan sabían quién había atentado contra el avión, demostrando escaso interés por las vidas humanas... ¡por las que ahora pedían compensación! Adler se preguntó por enésima vez qué sabían en la RPCH de lo que él sabía. Si sabían mucho, entonces estaban jugando un juego cuyas reglas todavía debían ser decodificadas.

—Creo que sería más conveniente que ambas partes cubran sus pérdidas y necesidades particulares —sugirió Adler.

—Lamentablemente no podemos aceptarlo. Es una cuestión de principios. El que comete el acto impropio debe repararlo.

—¿Pero qué pasaría si...? No tengo ninguna evidencia para lo que voy a decir, ¿pero qué pasaría si se determinara que la RPCH dañó inadvertidamente el avión? En ese caso, este pedido de compensación resultaría injusto.

—No es posible. Hemos entrevistado a los pilotos sobrevivientes y sus declaraciones son inequívocas —dijo Zhang.

—¿Qué piden exactamente?

—Doscientos mil dólares por cada aviador muerto. El dinero será entregado a las familias, obviamente —prometió Zhang.

—Puedo presentar este pedido a...

—Perdóneme. No es un pedido. Es una exigencia —aclaró el ministro del Exterior.

—Ya veo. Puedo presentar su posición al gobierno de Taiwan, pero debo urgirlos a no transformar esto en una condición para la reducción de las tensiones.

—Ésa es, precisamente, nuestra posición. —Los ojos del ministro del Exterior eran serenos.

—... y que Dios bendiga a Estados Unidos de Norteamérica —concluyó Ryan. La multitud se levantó y lo vitoreó. La banda empezó a tocar y Jack supuso que la presencia de la banda era obligatoria en todas partes. Bajó del estrado protegido por una compacta pared de nerviosos agentes del Servicio Secreto. Bueno, por lo menos no había más fogonazos que los de los reflectores, pensó. Reprimió un bostezo. Hacía doce horas que no paraba. A primera vista, cuatro discursos no implicaban demasiado esfuerzo físico, pero estaba aprendiendo lo extenuante que era hablar en público. Siempre temblaba antes de subir al estrado, y aunque los temblores desaparecían pronto, el estrés acumulado no. La cena no ayudó demasiado. La comida era insípida, tan cuidadosamente elegida para no ofender el gusto de nadie que no tenía sabor. No obstante, le había producido acidez estomacal.

—Bueno —le dijo Arnie—. Por tratarse de alguien que ayer estaba dispuesto a arrojar todo por la borda, lo hiciste bastante bien.

—¡Señor presidente! —gritó un periodista.

—Contéstale —susurró Van Damm.

—¿Sí? —dijo Jack, retrocediendo unos pasos para disgusto de los agentes de seguridad.

—¿Se enteró de lo que dijo John Plumber esta noche por la NBC? —El periodista era de la ABC y no quería desaprovechar la oportunidad de superar a la competencia.

—Sí, me enteré —contestó el presidente con parquedad.

—¿Podría hacer algún comentario?

—Obviamente no me gustó enterarme, pero en lo que concierne al señor Plumber, considero que el suyo ha sido un acto de coraje moral como hacía tiempo no veíamos. Aprecio su actitud.

—¿Sabe quién fue el que...?

—Por favor, dejen que el señor Plumber maneje ese dato. Es su historia, y creo que sabrá contarla. Ahora, si me disculpa, debo tomar el avión.

—Gracias, señor presidente —dijo el periodista. Ryan ya le había dado la espalda.

—Muy bien —aprobó Arnie con una sonrisa—. Fue un largo día para todos nosotros, pero fructífero.

Ryan exhaló un largo suspiro.

—Si tú lo dices...

—Oh, Dios mío —murmuró el profesor Klein. Allí estaba, en la pantalla. El Cayado del Pastor, como recién salido de un libro de medicina. ¿Cómo demonios había llegado a Chicago?

—Es Ébola —musitó el doctor Quinn—. No es posible.

—¿El examen físico que le hicieron fue exhaustivo?

—Podría haber sido más exhaustivo pero... no hay mordeduras de animales ni marcas de agujas. Mark, estamos en *Chicago*. El otro día había *escarcha* en el parabrisas de mi auto.

El profesor Klein juntó las manos y se llevó los dedos enguantados a la nariz. Detuvo el gesto al darse cuenta de que aún tenía puesta la máscara quirúrgica.

—¿Tenía llaves en la cartera?

—Sí, señor.

—Primero, tenemos policías en la sala de guardia. Busque a uno y dígame que necesitamos escolta policial para entrar al departamento de la paciente y echarle un vistazo. Dígame que la vida de esta mujer corre peligro. Tal vez tenga una mascota, una planta tropical, no sé, algo. Tenemos el nombre de su médico de cabecera. Llámelo y que se presente de inmediato. Necesitamos que nos diga todo lo que sabe de ella.

—¿Tratamiento?

—Enfriarla, mantenerla hidratada, medicarla para aliviar el dolor. Pero no hay nada que realmente actúe contra esta enfermedad. Nada. Rousseau en París probó interferón y otras cosas, pocas, pero no tuvo suerte. —Frunció el ceño al contemplar la pantalla por enésima vez—. ¿Cómo se lo pescó? ¿Cómo demonios contrajo ese maldito virus?

—¿CDC?

—Tráigame a esos policías. Ya mismo le enviaré un fax a Gus Lorenz —Klein miró su reloj. Maldición.

Los Predator regresaron a Arabia Saudita sin ser descubiertos. No obstante, se llegó a la conclusión de que era peligroso hacerlos sobrevolar una posición permanente —por ejemplo un campamento de división— y a partir de ese momento los satélites se encargaron de vigilar la zona, enviando sus primeras fotos a la NRO (Oficina Nacional de Reconocimiento).

—Mira esto —le dijo un operador nocturno a su compañero—. ¿Qué son?

Los tanques de la división “Inmortales” de la RIU estaban agrupados en lo que esencialmente era un enorme estacionamiento, distribuidos en hileras largas y regulares para facilitar el recuento... siempre es peligroso tener en contra un tanque robado con su carga de proyectiles, y por eso todos los ejércitos vigilan especialmente los lugares donde se guardan. El orden también facilita las tareas del personal de mantenimiento. Precisamente, lo que veían era un grupo de hombres trepados a los tanques y otros vehículos de combate, realizando el mantenimiento normal posterior a una práctica mayor. Frente a cada tanque de la primera hilera había dos líneas oscuras, de aproximadamente un metro de ancho y diez de largo. El operador de pantalla era ex aviador de la Fuerza Aérea y por consiguiente sabía más de aviones que de carros de combate.

Su compañero sólo necesitó una mirada rápida.

—Orugas.

—¿Qué?

—Están cambiando las orugas. La oruga se gasta y hay que reemplazarla por una nueva. Las viejas se llevan al taller para recauchutarlas o lo que sea —dijo el ex infante—. No es gran cosa.

Un grupo de imágenes más próximas les permitió ver cómo lo hacían. Ponían las orugas nuevas frente a las viejas. Retiraban las viejas y colocaban las nuevas, y el tanque, con el motor en marcha, simplemente avanzaba para que la rueda dentada empujara a la nueva oruga a su lugar encima de las ruedas de arrastre. Era un trabajo pesado que requería varios hombres, pero la tripulación entrenada de un tanque podía realizarlo en una hora en condiciones ideales. Y ése era, precisamente, el caso, explicó el ex infante.

—Nunca entendí cómo lo hacían.

—Como verás, no es para nada difícil.

—¿Cuánto dura una oruga?

—¿En uno de esos, diseñados para atravesar el desierto? Oh, digamos que unas mil millas, tal vez un poco menos.

Claro, las dos butacas de la cabina delantera del Uno de la Fuerza Aérea se hacían cama. Ryan despidió a su staff, se quitó la ropa, la colgó y se acostó. Las sábanas estaban tan impecables y perfumadas y él tan

cansado que no le importó dormir en un avión. El tiempo de vuelo a Washington era de cuatro horas y media. Luego podría dormir más en su propia cama. Y a diferencia de los viajeros de ojos enrojecidos por el cansancio, incluso podría desempeñarse bien al día siguiente.

En la cabina grande, más precisamente en la cola del avión, los periodistas también dormían. Habían decidido dejar para mañana la impactante revelación de John Plumber. No tenían opción; las noticias de esa magnitud se manejaban por lo menos a nivel editorial. Muchos de ellos soñaban con los titulares de los diarios. Los de la televisión intentaban no deprimirse por los efectos de la noticia sobre su credibilidad.

En el medio estaban los miembros del staff presidencial. Todos se deshacían en sonrisas, o casi.

—Bueno, por fin le conocí el carácter —le comentó Arnie a Callie Weston—. Bastante fuerte, por cierto.

—Y apuesto a que él conoció el tuyo.

—Y gané yo —Arnie bebió un trago—. Sabes, tal como van las cosas, creo que tenemos un gran presidente aquí.

—Pero él odia la presidencia. —A Weston no se le pasaba nada por alto.

Arnie van Damm no se ofuscó por el comentario.

—Fabulosos discursos, Callie —la felicitó.

—Los dice de una manera tan comprometida —opinó ella—. Siempre empieza un poco rígido, como avergonzado, pero luego aparece el maestro que hay en él y se mete de lleno en lo que está diciendo. No creo que se dé cuenta.

—Honestidad. De eso se trata. La honestidad siempre se nota, ¿no? —Arnie hizo una pausa—. Habrá un servicio en memoria de los agentes muertos.

—Ya estoy pensando el discurso —aseguró Weston—. ¿Qué piensas hacer con Kealty?

—Lo estoy pensando. Vamos a hundir a ese mequetrefe de una vez y para siempre.

Badrayn estaba frente a su computadora, chequeando la Internet. Todavía nada. Un día más y empezaría a preocuparse, aunque no era problema suyo si no pasaba nada, ¿no? Todo lo que él hizo salió bien.

La Paciente Cero abrió los ojos bajo la mirada atenta de los médicos. Le había bajado la temperatura a 101.6 gracias a los paños fríos que rodeaban su cuerpo como los bloques de hielo rodean a los pescados en el mercado chino. Su cara evidenciaba una mezcla de dolor y extenuación. Debido a eso parecía una enferma de SIDA en estado avanzado, enfermedad con la que Klein estaba por demás familiarizado.

—Hola, soy el doctor Klein —le dijo el profesor detrás del barbijo—. Nos tuvo un poquito preocupados, pero ya está todo bajo control.

—Duele —se quejó la mujer.
—Ya sé, y vamos a aliviarla, pero necesito hacerle algunas preguntas. ¿Cree que puede ayudarme?
—Bueno.
—¿Viajó recientemente?
—¿Viajar cómo? —Cada palabra que pronunciaba parecía agotar sus escasas energías.
—¿Salió del país?
—No. Viajé a Kansas City... hace diez días, eso es todo. Un viaje de un día —agregó.
—Bueno. —Malo, en realidad—. ¿Tuvo algún contacto con alguien que haya estado fuera del país?
—No. —Trató de sacudir la cabeza. Apenas pudo moverla un milímetro.
—Perdóneme, pero debo preguntárselo. ¿Actualmente está manteniendo relaciones sexuales con alguien?
La pregunta la impactó.
—¿SIDA? —musitó, obviamente creyendo que era lo peor que podía tener.
Klein negó terminantemente.
—No, de ninguna manera. Por favor no se preocupe por eso.
—Me divorcié —dijo la paciente—. Hace pocos meses. Todavía no apareció nadie... en mi vida.
—Bueno, siendo tan hermosa como es, no dudo que pronto aparecerá —observó Klein, tratando de arrancarle una sonrisa—. ¿Qué hace en Sears?
—Compras, artículos para el hogar. Hace poco tuvimos... una gran exhibición... en el McCormick Center... muchos papeles, órdenes de compra, esas... cosas.
Con eso no iban a ninguna parte. Klein formuló dos o tres preguntas más. Nada. Se dio vuelta y señaló a la enfermera.
—Bueno, ahora haremos algo para aliviarle el dolor —le dijo. Dio un paso atrás para no obstaculizar a la enfermera, que inyectó morfina en la bolsa de suero intravenoso—. Empezará a surtir efecto en unos segundos, ¿está bien? Enseguida vuelvo.
Quinn lo esperaba en el pasillo con un policía uniformado.
—¿Qué pasa, doc? —preguntó el oficial.
—La paciente tiene algo muy serio, posiblemente muy contagioso. Necesito revisar su departamento.
—No es legal, sabe. Se supone que debe ver al juez y conseguir...
—Oficial, no hay tiempo para eso. Tenemos las llaves. Podríamos irrumpir en el departamento, pero lo quiero allí para que vea que no hacemos nada malo. —Y además, si tenía alarma antirrobo, se evitarían un arresto—. No hay tiempo que perder. La mujer está muy mal.
—Está bien, tengo el auto afuera. —Los médicos siguieron al policía.
—¿Mandó el fax a Atlanta? —preguntó Quinn. Klein hizo un gesto negativo.
—Primero quiero revisar la casa. —Decidió no llevar chaqueta.

Afuera hacía frío y la baja temperatura sería poca hospitalaria para el virus, en el improbable caso de que se le hubiera pegado. La razón le decía que no había peligro. Jamás se había topado con Ébola clínicamente, pero sabía todo al respecto. Lamentablemente era normal no poder explicar a priori la presencia de ciertas enfermedades fatales. La mayoría de las veces la investigación rigurosa permitía conocer la forma de contagio, pero no siempre. Hasta con el SIDA había cierto número de casos inexplicables. Pero eran pocos, y nadie empezaba con uno de esos como Caso Índice. El profesor Klein sintió un escalofrío al salir. La temperatura había bajado y soplaban un viento helado proveniente del lago Michigan. Pero no temblaba por eso.

Price abrió la puerta de la cabina delantera. Las luces estaban apagadas, salvo algunas suaves e indirectas. El presidente estaba acostado boca arriba y roncaba sonoramente, tanto que sus ronquidos superaban el intenso zumbido de los motores. Tuvo que resistir la tentación de acercarse en puntas de pie y taparlo con una manta. En cambio, sonrió y cerró la puerta.

—Tal vez exista la justicia, Jeff —le dijo al agente Raman.

—¿Te refieres a lo del noticiero?

—Sí.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Raman.

Miraron a su alrededor. Finalmente todos se habían dormido, hasta el jefe de staff. En ese momento, el Uno de la Fuerza Aérea sobrevolaba la región central de Illinois. Los dos agentes fueron a sentarse. Tres miembros de la Custodia Personal jugaban a las cartas en silencio. Otros leían o dormitaban.

Una sargento de la Fuerza Aérea bajó la escalera de caracol con un papel en la mano.

—Tráfico FLASH para el Jefe —anunció.

—¿Es tan importante? Llegaremos a Andrews dentro de noventa minutos.

—Acabo de sacarlo de la máquina de fax —dijo la sargento.

—Está bien —Price recibió el mensaje y fue hacia adelante, donde estaba Ben Goodley. Era él quien debía decirle al presidente lo que tuviera que saber sobre los acontecimientos importantes del mundo... o, como en ese caso, evaluar la importancia de un mensaje. Sacudió el hombro de Goodley, que a regañadientes abrió un ojo.

—¿Sí?

—¿Despertamos al Jefe para que lo lea?

El oficial de inteligencia le echó un vistazo al fax y sacudió la cabeza.

—Puede esperar. Adler sabe lo que hace y un grupo de Estado está trabajando en esto. —Se dio vuelta en el asiento sin decir nada.

—No toque nada —le dijo Klein al policía—. Lo mejor será que se quede en la puerta, pero si quiere seguirnos, no toque nada. Un

momento. —Buscó en la bolsa plástica de residuos que había llevado y sacó un barbijo de cirugía—. Póngaselo, por favor.

—Como usted diga, doc.

Klein le entregó las llaves de la casa. El oficial abrió la puerta. Había un sistema de alarma. Los controles estaban detrás de la puerta, desactivados por suerte. Los dos médicos se pusieron barbijos y guantes de látex. Antes que nada encendieron todas las luces.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Quinn.

Fuera lo que fuera, Klein ya lo estaba buscando. Ningún perro o gato se había asomado a recibirlos. No vio jaulas de pájaros... hasta cierto punto había esperado encontrar un monito mascota, pero intuía que no era posible. De todos modos, a Ébola no le gustaban tanto los monos. Los mataba con la misma alacridad que aplicaba a sus víctimas humanas. Plantas, pensó. ¿No sería extraño que Ébola eligiera un huésped ajeno al reino animal?

Sí, había plantas, pero ninguna exótica. Estaban parados en el centro del living, sin tocar nada con sus manos enguantadas ni con ninguna otra parte del cuerpo. Giraban lentamente sobre sí mismos, mirando en derredor.

—No veo nada —dijo Quinn.

—Yo tampoco. Vayamos a la cocina.

En la cocina había más plantas, dos parecían hierbas medicinales en maceta. Klein no reconoció la variedad y decidió llevárselas.

—Espere. Aquí —dijo Quinn abriendo un cajón y sacando bolsas para freezer. Guardaron las plantas en las bolsas y el joven médico las selló cuidadosamente. Klein abrió la heladera. Nada fuera de lo común. Lo mismo podía decirse del freezer. Había especulado con algún producto alimenticio exótico... pero no. Todo lo que comía la paciente era típicamente norteamericano.

El dormitorio era un dormitorio y nada más. Sin plantas.

—¿Alguna prenda de vestir? ¿Cuero? —sugirió Quinn—. El ántrax puede...

—Ébola no puede. Es demasiado delicado. Lo conocemos. No puede sobrevivir en este medio ambiente. Simplemente *no puede* —insistió el profesor. No sabían demasiado sobre el pequeño bastardo, pero una de las cosas que hacían en el CDC era establecer los parámetros medioambientales, el tiempo de supervivencia del virus en determinada serie de condiciones. Chicago en esa época del año era tan inhospitalario para esa clase de virus como un alto horno. Orlando, algún lugar en el sur, podía ser. ¿Pero Chicago? —Nada. No conseguimos nada —concluyó, frustrado.

—¿Tal vez las plantas?

—¿Tiene idea de lo difícil que es pasar una planta por la aduana?

—Nunca lo intenté.

—Yo sí, una vez quise traer una variedad de orquídeas salvajes de Venezuela... —Miró por última vez a su alrededor—. Aquí no hay nada, Joe.

—¿El pronóstico de la paciente es tan malo como...?

—Sí. —Le transpiraban las manos dentro de los guantes de látex.

Las refregó contra el pantalón—. Si no podemos determinar de dónde vino... si no podemos explicarlo... —Miró a su colega, más joven y más alto—. Tengo que volver. Quiero echarle otro vistazo a esa estructura.

—Hola —dijo Gus Lorenz. Miró el reloj. ¿Quién demonios...?

—¿Gus?

—Sí, ¿quién habla?

—Max Klein, de Chicago.

—¿Pasó algo malo? —preguntó el somnoliento Lorenz. La respuesta lo hizo abrir los ojos de par en par, como ventanas.

—Creo que... no, sé que tenemos un caso de Ébola aquí, Gus.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo tengo en el microscopio. Es el Cayado del Pastor. No es un error, Gus. Ojalá lo fuera.

—¿Dónde estuvo el paciente?

—Es una mujer y no estuvo en ningún sitio especial. —Klein resumió todo lo que sabía en menos de un minuto—. No hay manera de explicarlo.

Lorenz podría haber objetado que eso no era posible, pero la comunidad médica es muy íntima en los niveles más altos y él sabía que Mark Klein era profesor titular de una de las mejores cátedras del mundo.

—¿Un solo caso? —preguntó.

—Siempre se empieza por uno, Gus —le recordó Klein a su amigo. A más de mil millas de distancia, Lorenz sacó las piernas fuera de la cama y se paró de un salto.

—Está bien. Necesito un espécimen.

—En este momento va camino a O'Hare. Lo mandaremos en el primer vuelo. Puedo enviarte las imágenes microscópicas por correo electrónico ahora mismo.

—Dame cuarenta minutos para acondicionarme.

—¿Gus?

—¿Sí?

—¿Hay algo que yo no sepa en cuanto al tratamiento? La paciente se encuentra muy mal —dijo Klein, anhelando desconocer algo de su esfera por primera vez en su vida.

—Temo que no, Mark. Nada nuevo.

—Maldita sea. Bueno, haremos lo que podamos. Llámame cuando llegues. Estoy en mi consultorio.

Lorenz fue al baño, abrió la canilla y metió la cabeza bajo el agua fría para comprobar que no era un sueño. No, pensó. Era una pesadilla.

Hasta la prensa respetaba ciertas cosas. Ryan fue el primero en bajar la escalera. Saludó al sargento de la USAF y caminó las cincuenta yardas que lo separaban del helicóptero. Una vez a bordo se abrochó el cinturón de seguridad y volvió a dormirse. Quince minutos después lo despertaron. Bajó otra escalera, saludó a un marine, y entró a la

Casa Blanca. Diez minutos después estaba en una cama que no se movía.

—¿Fue bueno el viaje? —preguntó Cathy, abriendo apenas un ojo.

—Demasiado largo —suspiró su marido, volviendo a dormirse.

El primer vuelo de Chicago a Atlanta salió a las 6.15, hora local. Hacía media hora que Lorenz estaba frente a la computadora de su oficina, conectado a la Internet y hablando por teléfono.

—Estoy enviando la imagen.

El Cayado del Pastor apareció en pantalla, de abajo hacia arriba. Era perfecto.

—Dime que estoy equivocado, Gus —pidió Klein, pero no había atisbos de esperanza en su voz.

—Creo que tenías razón, Mark. —Hizo una pausa. La imagen había terminado de formarse—. Sí, es nuestro amigo.

—¿Dónde apareció por última vez?

—Bueno, tuvimos un par de casos en Zaire, y otros dos en Sudán. Eso es todo. ¿Tu paciente estuvo...?

—No. No hemos podido identificar factores de riesgo. Teniendo en cuenta el período de incubación, debe haberlo contraído aquí en Chicago. Y eso es imposible, ¿no?

—¿Sexo? —preguntó Lorenz.

—Le pregunté. Nada. ¿Han reportado algún otro caso?

—No, nada. Mark, ¿estás seguro de lo que me dijiste? —Por insultante que fuera la pregunta, debía formularla.

—Ojalá no estuviera seguro. La pobre mujer tiene la sangre llena de esa maldita cosa, Gus. Espera un momento. —Lorenz oyó una conversación susurrada—. Volvió a despertarse. Dice que le extrajeron una muela hace una o dos semanas. Tenemos el nombre del dentista. Lo investigaremos. Es todo lo que tenemos.

—Está bien, dame tiempo para analizar la muestra. Es el único caso. No nos alarmemos tanto.

Raman llegó a su casa poco antes del alba. Era maravilloso que las calles estuvieran casi vacías a esa hora del día. No estaba en condiciones de conducir. Al llegar a la casa siguió su rutina habitual. En el contestador automático lo esperaba la voz del señor Alahad.

No comía desde hacía dos días, a pesar de la insistencia de su esposa con la sopa de pollo y las tostadas. Desesperado se bajó los calzoncillos y se sentó en el inodoro justo a tiempo. La parte superior de su sistema gastrointestinal explotó simultáneamente, y el ex golfista profesional se dobló en dos y vomitó sobre las baldosas. Instantáneamente se avergonzó de haber hecho algo tan poco varonil. Hasta que vio lo que había a sus pies.

—¿Querida? —llamó débilmente—. Ayúdame...

Hemorragia

Seis horas de sueño, tal vez un poco más, eran mejor que nada. Esa mañana Cathy fue la primera en levantarse y el padre de la primera familia se presentó a desayunar con la barba crecida, atraído por el aroma del café recién hecho.

—Sería bueno poder culpar a la resaca cuando uno se siente tan estropeado —proclamó el presidente. Los diarios de la mañana estaban en el lugar de siempre. Había una nota adherida a la primera página del *Washington Post*, justo sobre un artículo firmado por Bob Holtzman y John Plumber. Bueno, allí tenía algo para empezar el día, pensó Jack.

—Es realmente lamentable —dijo Sally Ryan. Había visto la cobertura televisiva de la controversia—. Qué imbéciles. —Hubiera preferido decir “forros”, término recientemente favorecido por las jovencitas del St. Mary, pero papá no estaba preparado para reconocer el hecho de que su pequeña Sally hablara como una adulta.

—Ajá —replicó Jack. Todas las pistas señalaban a Kealty, quien al parecer tenía una fuente en la CIA que le había filtrado la información. Aparentemente también, la información no era ciento por ciento verdadera y lo peor de todo era que había sido utilizada para atacar políticamente a Ryan valiéndose de los medios. Jack sonrió con sorna. Como si fuera una novedad, pensó. El *Post* ponía énfasis en la violación de la integridad periodística. Decía que la retractación de Plumber había sido muy sincera y que los ejecutivos de la NBC se habían negado a hacer comentarios. También decía que los cassettes de la entrevista original estaban en perfectas condiciones y bajo la custodia del *Post*.

El editorial del *Washington Times* era igualmente airado, pero en otro sentido. Según el *Times*, este asunto generaría una batalla interna colosal entre los organismos de prensa, batalla que seguramente divertiría mucho a los políticos.

Bueno, pensó Ryan, eso me los sacará de encima por un rato.

Abrió el sobre lacrado de papel manila y extrajo un documento evidentemente viejo.

—Miserables —murmuró.

—Esta vez se patearon en contra —comentó Cathy, leyendo su propio diario.

—No —contestó SWORDSMAN—. Se trata de China.

Todavía no era una epidemia, porque nadie lo sabía. Los médicos reaccionaban con sorpresa ante los llamados telefónicos. Llamados excitados, si no frenéticos, que despertaron a más de veinte de ellos en todo el país. En todos los casos los pacientes reportaron vómitos de sangre y diarrea, pero esos síntomas podían deberse a varios problemas médicos. Por ejemplo a una úlcera sangrante, más teniendo en cuenta que muchas de las llamadas provenían de hombres de negocios para quienes el estrés venía pegado a la corbata y la camisa blanca. La mayoría recibió el consejo de acudir al hospital más cercano, y en casi todos los casos el médico se ocupó de atender allí personalmente a su paciente o de que un colega confiable lo reemplazara. Pero otros tuvieron que esperar al día siguiente y presentarse entre las ocho y las nueve de la mañana para ser los primeros en atenderse y no interferir con el planeamiento diario.

Gus Lorenz no se sentía bien solo en su oficina y convocó a otros miembros superiores del cuerpo médico. Ya había encendido su pipa cuando llegaron. Uno de ellos estaba a punto de poner reparos —fumar iba contra las regulaciones federales— pero quedó boquiabierto frente a la pantalla de la computadora.

—¿De dónde proviene? —preguntó el epidemiólogo.

—De Chicago.

—¿De *nuestra* Chicago?

Pierre Alexandre llegó a su consultorio en el undécimo piso del Edificio Ross poco antes de las ocho. Lo primero que hizo fue revisar la máquina de fax. Los médicos que atendían casos de SIDA solían enviarle información sobre sus pacientes vía fax. Eso le permitía monitorear gran cantidad de pacientes, a los fines de aconsejar tratamientos opcionales y aumentar sus propios conocimientos. Esa mañana había un solo fax, y bastante bueno. Merck acababa de lanzar una nueva droga con resultados aparentemente positivos. En ese instante sonó el teléfono.

—Doctor Alexandre.

—Guardia de emergencia, señor. ¿Podría bajar un momento? Tengo un paciente, blanco caucásico, treinta y siete años. Fiebre alta, hemorragia interna. No sé qué le pasa... quiero decir —dijo la residente—, sé lo que parece, pero...

—Déme cinco minutos.

—Sí, señor.

El biólogo virólogo/molecular se puso su guardapolvo de laboratorio, lo abotonó, y fue a la guardia de emergencia, localizada en un edificio aparte en el campus de Hopkins. Incluso en su época de militar se vestía igual. "Look médico", lo llamaba. El estetoscopio en el bolsillo derecho. El nombre bordado en el bolsillo izquierdo. Una expresión serena en el rostro al entrar a la casi ociosa sala de guardia. La noche era el período más ajetreado allí. Siempre la noche. Vio a la residente,

bella como una flor... y poniéndose un barbijo de cirugía. ¿Qué era lo que podía andar mal en esa maravillosa mañana de primavera?

—Buen día, doctora —dijo Alexandre con su más encantador acento sureño—. ¿Qué problema tenemos por aquí?

La joven residente le entregó la planilla y empezó a hablar mientras él la leía.

—Lo trajo la esposa. Fiebre alta, desorientación, presión sanguínea baja, probable hemorragia interna, vómitos y heces con sangre. Y tiene algunas marcas en la cara —informó—. No estoy lo suficientemente segura para arriesgar un diagnóstico.

—Bueno, vamos a ver. —Parecía una joven prometedora, pensó Alexandre, complacido. Sabía que no sabía y llamaba para consultar... ¿pero por qué no habría llamado a uno de los internos?, se preguntó el ex coronel volviendo a mirar el hermoso rostro de la chica. Se puso barbijo y guantes y entró a la sala.

—Buen día, soy el doctor Alexandre —saludó al paciente. El hombre tenía los ojos vacuos, pero fueron las manchas de sus mejillas las que le cortaron la respiración. Era la cara de George Westphal que regresaba después de una década. Alexandre no podía dar crédito a sus ojos.

—¿Cómo llegó aquí?

—Su médico de cabecera le dijo a la esposa que lo trajera. Tiene privilegios con Hopkins.

—¿A qué se dedica? ¿Es reportero gráfico? ¿Diplomático? ¿Algo que tenga que ver con viajes?

La residente negó con la cabeza.

—Vende Winnebagos y RV, el mayorista está sobre la autopista Pulaski.

Alexandre miró a su alrededor. Había un estudiante de medicina y dos enfermeros además de la residente que atendía el caso. Todos con guantes y barbijo. Bien. Muy bien. La joven era inteligente y precavida, y ahora entendía por qué tenía miedo.

—¿Sangre?

—Ya le extrajimos, doctor. Enviaremos las muestras a su laboratorio.

Alexandre asintió.

—Bueno. Admítanlo ya mismo. En mi unidad. Necesito un recipiente para los tubos. Cuidado con los punzantes. —Uno de los enfermeros salió a buscar lo que Alexandre había pedido.

—Profesor, parece... bueno, es imposible, pero parece...

—Es imposible —coincidió—. Pero parece. Ésas son petequias, como salidas de un libro de medicina. Por lo tanto, lo trataremos como si fuera lo que parece, ¿de acuerdo? —Volvió el enfermero. Alexandre tomó las muestras de sangre—. Trasládenlo arriba y desinfecten todo inmediatamente. Ustedes también desinfectense. No correrán peligro si toman las precauciones debidas. ¿La esposa está aquí?

—Sí, doctor, en la sala de espera.

—Mándenla a mi consultorio. Tengo que hacerle unas preguntas. ¿Alguna pregunta? —Silencio—. Entonces, a moverse.

Alexandre revisó visualmente el recipiente plástico y lo guardó en el bolsillo izquierdo de su guardapolvo, una vez seguro de que estaba bien cerrado. El sereno “look médico” desapareció apenas subió al ascensor. Mirando el pulido acero de las puertas automáticas repitió que no, no, era imposible. Tal vez fuera otra cosa. ¿Pero qué? La leucemia compartía algunos de los síntomas, y por temible que fuera ese diagnóstico no era nada frente a lo que temía. Se abrieron las puertas y Alexandre salió rumbo a su laboratorio.

—Buen día, Janet —dijo al entrar.

—Hola, Alex —replicó Janet Clemenger, bióloga molecular.

Alexandre sacó la caja plástica de su bolsillo.

—Necesito que lo hagas ya. Es decir, ahora mismo.

—¿Qué es? —Pocas veces le pedían que dejara de hacer lo que estaba haciendo, especialmente al empezar el día de trabajo.

—Parece fiebre hemorrágica. Trátala como si fuera nivel... cuatro.

La bióloga abrió un poco los ojos.

—¿Aquí? —Muchos se hacían la misma pregunta en todo el territorio norteamericano, pero todavía no lo sabían.

—Van a subir al paciente. Tengo que hablar con la esposa.

Clemenger tomó la caja plástica y la apoyó suavemente sobre la mesa de trabajo.

—¿Análisis de anticuerpos?

—Sí, y por favor ten muchísimo cuidado, Janet.

—Eso siempre —le aseguró. Igual que Alexandre, trabajaba en muchos experimentos sobre SIDA.

Alexandre fue a su consultorio y llamó a Dave James.

—¿Está seguro? —preguntaba el decano dos minutos después.

—Dave, por ahora es una presunción, pero... lo he visto antes. Es lo mismo de George Westphal. Jan Clemenger está haciendo los análisis. Hasta saber más, creo que debemos tratarlo como lo que parece. Si los resultados del laboratorio son lo que espero, llamaré a Gus por teléfono y declararemos estado de alerta.

—Bueno, Ralph vuelve pasado mañana de Londres. Por el momento el departamento es tuyo, Alex. Manténme informado.

—Entendido —respondió el ex soldado. Había llegado la hora de hablar con la esposa del paciente.

En la sala de guardia, los ordenanzas desinfectaban el lugar donde había estado la cama, supervisados por la enfermera a cargo. El poderoso y distintivo sonido de un helicóptero Sikorsky los distrajo unos segundos de sus quehaceres. La primera dama estaba llegando a trabajar.

Finalmente el mensajero llegó al CDC y entregó la “caja de sombreros” a uno de los técnicos de laboratorio que trabajaban con Lorenz. A partir de allí el proceso fue ultrarápido. Los tests de anticuerpos ya estaban preparados. El técnico virtió una gota de sangre en un tubito de vidrio tomando precauciones exquisitamente precisas. El líquido del tubo cambió casi instantáneamente de color.

—Es Ébola, doctor —informó el técnico. En la sala contigua colocaron una muestra similar bajo el microscopio. Lorenz entró. Tenía las piernas cansadas para ser tan temprano. El microscopio ya estaba encendido.

—Ponte cómodo, Gus. —El que habló fue un médico. La imagen era absolutamente clara. La muestra de sangre estaba colmada de virus. Pronto no quedaría otra cosa—. ¿De dónde vino?

—De Chicago —murmuró Lorenz.

—Bienvenido al Nuevo Mundo —le espetó a la imagen de la pantalla—. Pequeño hijo de puta.

El próximo paso sería establecer el sub-tipo. Eso demoraría un poco.

—¿Entonces no salió del país? —preguntó Alex, con la vista clavada en el listado de preguntas.

—No, para nada —aseguró la mujer—. El único viaje que hizo fue a la gran exhibición de RV. Va todos los años.

—Señora, tengo que hacerle varias preguntas, y algunas podrían resultar ofensivas. Por favor tenga en cuenta que lo hago para ayudar a su marido. —Ella asintió. Alexandre era muy hábil en ciertas circunstancias—. ¿Tiene alguna razón para sospechar que su marido haya tenido relaciones con otras mujeres?

—No.

—Lo siento, tenía que preguntárselo. ¿Tienen mascotas exóticas?

—Sólo dos perdigueros Chesapeake —replicó la mujer, sorprendida por la pregunta.

—¿Monos? ¿Algo de otro país?

—No, nada.

Con esto no vamos a ninguna parte. No se le ocurría ninguna pregunta relevante. Se suponía que debían responder *sí* a la del viaje.

—¿Conocen a alguien... un familiar, un amigo, lo que sea, que viaje mucho?

—No... ¿puedo verlo?

—Sí, pero primero debemos instalarlo en la habitación e iniciar el tratamiento.

—¿Se va a...? Bueno, nunca estuvo enfermo, corre, no fuma, tampoco bebe demasiado, en fin, siempre hemos sido muy cuidadosos.

—No quiero mentirle. Aparentemente su marido está muy enfermo, pero su médico de cabecera lo mandó al mejor hospital del mundo. Yo me inicié aquí. Pasé más de veinte años en el ejército, en el área de enfermedades infecciosas. De modo que están en el lugar correcto, con el médico correcto. —Había que decir frases como ésa, por vacías que parecieran. Lo único que uno no podía hacer, jamás, era desalentar la esperanza. Sonó el teléfono.

—Doctor Alexandre.

—Alex, soy Janet. El análisis de anticuerpos dio positivo. Es Ebola. Lo hice dos veces. Envié el resto de los tubos al CDC y realizaremos la observación microscópica dentro de quince minutos.

—Muy bien. Quiero estar presente. —Colgó y le dijo a la mujer—:

Permítame acompañarla a la sala de espera y presentarle a las enfermeras. Son excelentes.

Esa parte era la menos entretenida, aun teniendo en cuenta que el de las enfermedades infecciosas no era un campo particularmente entretenido. Tal vez se hubiera extralimitado en su afán de darle esperanzas. A partir de ese momento la pobre mujer lo escucharía como si Dios hablara por su boca, pero Dios se había quedado sin respuestas y además tendría que explicarle que las enfermeras le extraerían sangre para analizarla.

—¿Qué opinas, Scott? —preguntó Ryan a trece husos horarios de distancia.

—Bueno, es obvio que quieren problemas. ¿Jack?

—¿Sí?

—Ese Zhang, ya lo vi dos veces. No habla mucho, pero es un pez más gordo de lo que creíamos. Creo que vigila al ministro del Exterior. Es uno de los jugadores, Jack. Pídeles a los Foley que abran un archivo con su nombre y le pongan una bandera enorme.

—¿Taipei aceptará la exigencia de compensación?

—¿Tú la aceptarías?

—Si actuara por instinto les diría que se metieran la exigencia ya sabes dónde, pero se supone que no debo perder los estribos.

—Escucharán la exigencia y me preguntarán cuál es la posición de Estados Unidos al respecto. ¿Qué les digo?

—Por el momento, abogamos por la renovación de la paz y la estabilidad.

—Ese argumento podría durar una o dos horas. ¿Y después qué? —insistió Adler.

—Conoces el área mejor que yo. ¿Cuál es el juego, Scott?

—No sé. Creía conocerlo, pero no. Primero esperaba que hubiera sido un accidente. Luego pensé que podrían estar agitando el avispero... me refiero a los taiwaneses. Pero no. Insisten demasiado y de manera inadecuada para eso. Tercera opción, hacen todo esto para probarte. Si así fuera, estarían jugando muy fuerte... demasiado fuerte. Todavía no te conocen, Jack. Es un pozo demasiado grande para la primera mano de la noche. Por último, no sé qué se proponen. Al no saberlo, no puedo decirte cómo jugar.

—Sabemos que estaban detrás de Japón... Zhang en persona estaba detrás de ese bastardo Yamata y...

—Sí, ya sé. Y deben saber que sabemos, razón de más para no molestarnos. Hay demasiadas fichas sobre la mesa, Jack —arremetió Adler—. Y no entiendo por qué.

—¿Y si respaldamos a Taiwan?

—Bueno, si decides hacerlo y se corre la voz y la RPCH aguza sus antenas... demonios, tenemos casi cien mil norteamericanos viviendo en China que pasarían a convertirse en rehenes. No quiero entrar en consideraciones comerciales, pero sería bastante perjudicial en términos político-económicos.

—Pero si no respaldamos a los taiwaneses, la RPCH pensará que están solos y acorralados...

—Sí, y lo mismo pasaría en el caso contrario. Sugiero que sigamos adelante. Transmitiré la exigencia, Taipei responderá negativamente, y yo les sugeriré que sugieran dejar el tema en suspenso hasta que se determinen las causas del ataque contra el avión. Para eso acudiremos a la ONU. Nosotros, es decir Estados Unidos, plantearemos el caso ante el Consejo de Seguridad. Eso demorará un poco las cosas. Tarde o temprano, la armada de la RPCH se quedará sin combustible. Tenemos portaaviones en la región, de modo que no puede pasar *nada*.

Ryan frunció el ceño.

—No diré que me gusta, pero adelante. De todos modos pasarán uno o dos días. Mi instinto es respaldar a Taiwan y mandar a la mierda a la RPCH.

—El mundo no es tan simple, y tú lo sabes —le recordó Adler.

—Mal que me pese, es cierto. Adelante entonces, Scott, y manténme informado.

—Prometido.

Alex miró su reloj. El anotador de la doctora Clemenger estaba junto al microscopio. A las 10.16 había confirmado la presencia del virus de Ébola. En la otra punta del laboratorio, uno de los técnicos analizaba la sangre extraída a la esposa del Paciente Cero. El análisis dio positivo. Ella también había contraído la enfermedad, aunque por ahora no lo sabía.

—¿Tienen hijos? —preguntó Janet al enterarse.

—Dos, en la universidad.

—Alex, a menos que sepas algo que yo no sé... Espero que hayan pagado su póliza de seguro. —Clemenger todavía no tenía el status de M.D., pero en momentos como ése no le importaba. Los médicos clínicos llegaban a conocer mejor a los pacientes que los científicos.

—¿Qué más puedes decirme?

—Necesitaría mapear un poco los genes, pero mira esto. —Señaló la pantalla—. ¿Ves cómo se agrupan las proteínas y esa estructura ahí abajo? —Janet era la mayor experta del laboratorio en cuanto a formación de virus.

—¿Mayinga? —*Dios, la misma variedad que se había contagiado George...* Y nadie sabía cómo se la había contagiado, y ahora tampoco sabía cómo el paciente...

—Es demasiado pronto para asegurarlo. Sabes lo que tengo que hacer para...

—Está bien. No hay factores de riesgo para él, y probablemente tampoco para ella. Dios, Janet, si se transmite por aire...

—Ya sé, Alex. ¿Quién llamará a Atlanta, tú o yo?

—Yo.

—Empezaré a aislar al pequeño miserable —prometió Clemenger. El trayecto desde el laboratorio al consultorio le pareció lar-

guísimo. Su secretaria ya había llegado y no necesitó ser muy suspicaz para captar su estado de ánimo.

—El doctor Lorenz está en una reunión —dijo otra secretaria. Ese argumento usualmente disuadía a la gente. Pero esa vez no.

—Interrúmpala, por favor. Dígale que lo llama Pierre Alexandre de Johns Hopkins, y que es muy importante.

—Sí, doctor. Un momento por favor. —Apretó un botón y después otro. Sonó el teléfono de la sala de conferencias—. Doctor Lorenz, por favor, es urgente.

—¿Sí, Marjorie?

—Tengo al doctor Alexandre en la tres. Dice que es importante, doctor.

—Gracias. —Gus cambió de línea—. Habla rápido, Alex, tenemos un problemita aquí, —dijo con voz inusualmente expeditiva.

—Ya lo sé. Ébola ha llegado a esta parte del mundo, —anunció Alexandre.

—¿También hablaste con Mark?

—¿Mark? ¿Qué Mark?

—Espera un momento, Alex. ¿Por qué me llamaste?

—Tenemos dos pacientes con Ébola en mi unidad, Gus.

—¿En Baltimore?

—Sí, pero... ¿dónde más, Gus?

—Mark Klein tiene uno en Chicago, una mujer de cuarenta y un años. Ya vi la muestra de sangre por microscopio. —En dos ciudades distantes entre sí, dos expertos mundiales hicieron exactamente lo mismo. Uno miró la pared de su pequeño consultorio. El otro miró la mesa de la sala de conferencias y luego clavó los ojos alternativamente en los diez médicos y científicos que lo acompañaban. Las expresiones de ambos eran idénticas—. ¿Alguno de ellos estuvo en Chicago o Kansas City?

—Negativo —respondió el ex coronel—. ¿Cuándo se declaró el caso de Klein?

—Anoche, a eso de las diez. ¿Y el tuyo?

—Poco antes de las ocho. El hombre tiene todos los síntomas. La mujer no, pero el análisis dio positivo... oh, mierda, Gus...

—Tengo que llamar a Detrick.

—Hazlo. Y échale un vistazo a la máquina de fax de vez en cuando, Gus —aconsejó el profesor Alexandre—. Espero que todo esto sea un maldito y asqueroso error. —Pero no lo era, y ambos lo sabían.

—Quédate cerca del teléfono. Tal vez te ponga en línea.

—Claro. —Alex se quedó pensando. También tenía que hacer una llamada.

—Dave, soy Alex.

—¿Y? —preguntó el decano.

—Marido y mujer, ambos positivos. La mujer todavía no presenta síntomas. El marido muestra todos los signos clásicos.

—¿Entonces qué pasa, Alex? —preguntó el decano cautelosamente.

—Pasa que Gus estaba en una reunión cuando llamé. Discutían un caso de Ébola aparecido en Chicago. Mark Klein lo reportó ayer a medianoche. Nada en común con nuestro Caso Índice. Yo... creo que tenemos una epidemia potencial entre manos. Debemos alertar a los equipos de emergencia. Podría ser muy peligroso.

—¿Epidemia? Pero...

—Debo hacerlo, Dave. El CDC hablará con el ejército. Sé exactamente qué van a decirles a los de Detrick. Hace seis meses yo mismo hubiera hecho la llamada. —La otra línea de Alexandre empezó a sonar. Su secretaria atendió el llamado. Un momento después, asomó la cabeza por el vano de la puerta.

—Doctor, llaman desde la sala de guardia. Lo necesitan inmediatamente. —Alex le transmitió el mensaje al decano.

—Lo veré allí, Alex —le aseguró Dave James.

—Después de recibir la próxima llamada, estará en libertad de completar su misión —dijo el señor Alahad—. Usted escogerá el momento adecuado. —No agregó que sería conveniente que Raman borrara todos los mensajes del contestador automático. Semejante comentario hubiera resultado venal a quien estaba dispuesto a sacrificar su vida—. No volveremos a vernos en esta vida.

—Debo ir a trabajar. —Raman titubeó. Finalmente, la orden había llegado. Los dos hombres se abrazaron, y el más joven se marchó sin mirar atrás.

—¿Cathy?

La doctora Ryan levantó la vista y vio la cabeza de Bernie Katz asomando por el vano de la puerta.

—¿Sí, Bernie?

—Dave convocó una reunión de jefes de departamento a las dos, en su oficina. Tengo que ir a Nueva York para dar esa conferencia en Columbia y Hal opera esta tarde. ¿Podrás hacerte cargo?

—Seguro, estoy libre.

—Gracias, Cath. —La cabeza desapareció y SURGEON volvió a los informes de sus pacientes.

El decano había pedido la reunión con un pie en la puerta de su oficina. Ahora estaba en la sala de guardia. Oculto tras el barbijo, parecía un médico más.

El paciente no tenía nada que ver con los otros dos. Lo vieron vomitar en un recipiente plástico desde dos metros de distancia. Había sangre en el vómito.

El caso era atendido por la misma joven residente.

—No viajó. Dice que pasó por Nueva York. Fue al teatro, a una exhibición de autos, esas cosas. ¿Qué pasó con el primero?

—Dio positivo. Ébola —le informó Alex. La joven abrió los ojos como un búho.

—¿Aquí?

—Aquí. No se sorprenda tanto, doctora. Usted me llamó, ¿recuerda? —Miró al decano James enarcando una ceja.

—Todos los jefes de departamento estarán en mi oficina a las dos. No pudo ser antes, Alex. Más de un tercio están operando o viendo pacientes en este momento.

—¿Inicio el tratamiento? —preguntó la residente.

—Cuanto antes. —Alexandre tomó del brazo al decano y se lo llevó afuera. Una vez en el jardín, con su uniforme verde puesto, encendió un cigarrillo bajo la mirada atónita del personal de seguridad. Fumar estaba prohibido.

—¿Qué demonios está pasando?

—Sabe, siempre se dice lo mismo en estos casos. —Alex dio varias pitadas seguidas—. Sé lo que van a decir en Detrick.

—Adelante.

—Dos casos índice separados, Dave, a más de mil millas de distancia y con ocho horas de diferencia horaria. Sin conexiones de ninguna clase. Nade en común. Piénselo un poco —dijo Pierre Alexandre, pitando con preocupación.

—No hay información suficiente para respaldar la hipótesis —objetó James.

—Ojalá me equivoque. Deben estar enloquecidos en Atlanta. Son muy buenos. Los mejores. Pero no consideramos estas cosas desde el mismo punto de vista. Usé mucho tiempo ese uniforme verde. Bueno —otra pitada—, veremos qué podemos hacer. Estamos mejor equipados que el mejor hospital de África. Chicago también. Igual que los otros lugares que empezarán a comunicarse, supongo.

—¿Otros... lugares? —Aunque era un excelente médico, James persistía en su ignorancia.

—Alejandro el Grande realizó el primer intento de guerra biológica. ¿Cómo lo hizo? Catapultando cadáveres de víctimas de plaga al interior de una ciudad sitiada. No sé si funcionó o no. De todos modos tomó la ciudad, mató a todos su habitantes, y se fue.

Alex vio en los ojos de Dave que había comprendido. El decano estaba tan pálido como el paciente recién admitido.

—¿Jeff? —Raman estaba en el puesto de comando estudiando los detalles de la agenda de POTUS. Tenía una misión que cumplir y ya era hora de iniciar los planes. Andrea se acercó a él—. Tenemos un viaje a Pittsburgh el viernes. Me gustaría que vayas antes con el equipo de avanzada. Hay un par de problemas locales en el hotel.

—Está bien. ¿Cuándo debo partir?

—El vuelo sale dentro de noventa minutos. —Le entregó un pasaje—. Volverás mañana a la noche.

Tanto mejor, pensó Raman, hasta podría sobrevivir. Si se ocupaba de estructurar todo el aparato de seguridad de uno de esos eventos

tal vez pudiera lograrlo. La idea del martirio no le resultaba conflictiva, pero si existía la posibilidad de sobrevivir optaría por ella.

—Muy bien —replicó el asesino. No debía preocuparse por el equipaje. Los agentes de la Custodia Personal siempre tenían una valija preparada en el baúl del auto.

Hubo que esperar tres pasadas de satélite para que la NRO realizara una estimación de la situación. Las seis divisiones pesadas de la RIU que habían participado en el simulacro de guerra estaban en mantenimiento. Muchos dirían que era normal. Todas las unidades pasan al ciclo de mantenimiento después de una práctica mayor, pero seis divisiones al mismo tiempo era demasiado. La información fue inmediatamente transmitida a los gobiernos saudita y kuwaití. En el interin, el Pentágono llamó a la Casa Blanca.

—Sí, señor secretario —dijo Ryan.

—Todavía no está listo el SNIE de la RIU, pero hemos recibido... bueno, cierta información perturbadora. El almirante Jackson pasará a informársela.

El presidente escuchó. No había mucho que analizar, aunque hubiera querido tener la SNIE sobre el escritorio para sopesar mejor las intenciones políticas de la RIU.

—¿Recomendaciones? —preguntó, cuando Robby terminó de hablar.

—Creo que llegó el momento de mover los barcos de Diego. Un poco de ejercicio no les hará mal. Podemos trasladarlos en dos días sin que nadie se entere. Segundo, recomiendo que enviemos órdenes de alerta al XVIII de Aviación, que comprende el 82, el 101 y el 24 Mecanizado.

—¿Haremos mucho ruido? —preguntó Jack.

—No. Será una práctica de alerta. Las hacemos todo el tiempo. Pero dejará pensando a más de uno.

—Háganlo. Discretamente.

—Creo que es un buen momento para realizar ejercicios conjuntos con las naciones amigas de la región —sugirió el J-3.

—Lo pensaré. ¿Algo más?

—No, señor presidente —replicó Bretano—. Lo mantendremos informado.

Al llegar el mediodía había más de treinta fax en el CDC de Atlanta, de diez estados diferentes. Los mensajes fueron remitidos inmediatamente a Fort Detrick, Maryland, base del USAMRIID (Instituto Médico de Investigación de Enfermedades Infecciosas de Estados Unidos), contraparte militar del Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Atlanta. La información era escalofriante, tal vez demasiado para tomar una decisión rápida. Se convocó una reunión de la plana mayor para después de almorzar. En el interin, un grupo de militares y civiles trataría de organizar los datos. Se esperaba que los oficiales superiores de Walter Reed acudieran a la reunión.

—¿Doctora Ryan?
—¿Sí? —Cathy levantó la vista de sus papeles.
—El horario de la reunión con el doctor James se modificó —anunció su secretaria—. Quiere verla ahora mismo.
—Entonces, será mejor que vaya. —Se levantó y fue hacia la puerta. Roy Altman estaba de pie junto al umbral.
—¿Hay algo que deba saber? —le preguntó.
—Pasó algo, pero no sé qué.
—¿Dónde está la oficina del decano? —Nunca había estado allí.
—Por ahí —señaló—. En el edificio administrativo al otro lado de Monument Street.

—SURGEON se traslada en dirección norte hacia Monument. —Cuatro agentes salieron de la nada. Hubiera sido divertido, de no ser por los acontecimientos recientes—. Si no le molesta, estaré presente. Sin intromisiones —le aseguró Altman.

Cathy asintió. No tenía sentido oponerse. Estaba segura de que Altman odiaría la oficina del decano por sus grandes ventanales. Tardaron diez minutos en llegar y aprovechó para disfrutar un poco de aire fresco. Al entrar al edificio encontró un montón de amigos, la mayoría directores de departamento. Pierre Alexandre entró como un rayo. Llevaba puesto su uniforme verde, una carpeta en la mano izquierda y tenía un aspecto desdichado. Casi se llevó por delante a la primera dama, pero un agente del Servicio Secreto lo impidió.

—Qué bueno que esté aquí, Cathy —dijo al pasar—. Y ellos también.

—Es lindo que lo aprecien a uno —le comentó Altman a un colega. El decano salió a recibirlos.

—Entren, por favor.

Apenas entró a la sala de conferencias, Altman decidió cerrar las cortinas con sus propias manos. Los ventanales daban a una calle de anónimas casas de ladrillo. Algunos médicos lo miraron con disgusto, pero sabían quién era y no pudieron poner objeciones.

—Orden en la sala —dijo el decano James antes de que pudieran sentarse—. Alex tiene algo importante para decirnos.

No hubo preámbulo.

—En este momento tenemos cinco casos de Ébola en Ross. Todos ingresaron hoy.

Todas las cabezas giraron para mirarlo. Cathy dio un respingo al otro extremo de la mesa.

—¿Alumnos de otro país? —preguntó el director de cirugía—. ¿Zaire, quizás?

—Un vendedor de autos y su esposa, un vendedor de botes de Annapolis y tres personas más. La respuesta a su pregunta es no. Nada de viajes internacionales. Cuatro de los cinco presentan todos los síntomas. La esposa del vendedor dio positivo, pero permanece asintomática. Así están las cosas. Lamentablemente no son los únicos ni los primeros casos. Reportaron casos en Chicago, Nueva York, Filadelfia, Boston y Dallas al CDC. Ésos eran los datos de hace una

hora. En total son veinte los casos reportados, cantidad que se duplicó entre las diez y las once. Probablemente siga en aumento.

—Dios santo —musitó el director de clínica médica.

—Todos ustedes saben a qué me dedicaba antes de entrar aquí. Supongo que estarán reunidos en Fort Detrick. Llegarán a la conclusión de que no es un estallido accidental. Alguien ha iniciado una campaña de guerra biológica contra nuestro país.

Nadie objetó el análisis de Alexandre. Cathy sabía por qué. Los médicos presentes eran tan brillantes que a veces se preguntaba si pertenecían a la misma facultad que ella... sin considerar jamás que tal vez ellos albergaran similares pensamientos. Casi todos eran expertos a nivel mundial en sus campos, y por lo menos cuatro eran los mejores. Pero la mayoría hacía lo mismo que ella: almorzar con colegas de otras áreas para intercambiar información, porque todos eran fanáticos del eterno aprendizaje. Querían saberlo todo, y aunque sabían que era imposible, incluso dentro de un solo campo profesional, no dejaban de intentarlo. En este caso, la repentina rigidez de sus caras disimulaba el mismo proceso analítico.

Ébola era una enfermedad infecciosa y esa clase de enfermedades empezaban en un solo lugar. Siempre había una primera víctima, llamada Paciente Cero o Caso Índice, y a partir de allí la enfermedad se propagaba. Ninguna enfermedad explotaba de ese modo. El CDC y el USAMRIID tendrían el deber de reunir, organizar y presentar la información mediante una estructura casi legal para probar el caso. Para Johns Hopkins sería más sencillo, tanto más porque Alex había comandado una de las divisiones en Fort Detrick. Más aún, Hopkins era una de las instituciones preparadas para recibir pacientes en casos como ése.

—Alex —dijo el director de urología—, los libros dicen que Ebola sólo se transmite por vía líquida. ¿Cómo podría propagarse tan rápido, incluso a nivel local?

—Hay una sub-variedad denominada Mayinga. Se llama así por una enfermera que se contagió y murió. Nunca se supo cuál fue la manera de contagio. Un colega mío, George Westphal, murió de lo mismo en 1990. Tampoco pudimos determinar la forma de contagio. Se cree que este sub-tipo podría transmitirse por aire. No se ha probado una cosa ni la otra —explicó Alex—. Además, es posible fortalecer al virus. Por ejemplo, admitiendo genes cancerígenos en la estructura.

—¿Y no hay tratamiento posible, ni siquiera experimental?

—Rousseau está haciendo un trabajo interesante en el Pasteur, hasta ahora sin resultados positivos.

Un escalofrío recorrió el espinazo de todos los médicos presentes. Estaban entre los mejores del mundo, y lo sabían. También sabían que eso no tenía la menor importancia frente al virus de Ébola.

—¿Y una vacuna? —preguntó el de clínica médica—. Tal vez no sea excesivamente engorroso.

—Hace diez años que el USAMRIID coquetea con ese tema. Parece que hay un problema de especificidad. Lo que funciona con una sub-variedad no funciona con otra. También está el tema de control de

calidad. Los estudios previos predicen un dos por ciento de infecciones por la vacuna misma. Merck cree que podrán mejorarla, pero llevará tiempo.

—Caramba —suspiró el de cirugía entrecerrando los ojos. Inocularle a una de cada cincuenta personas una enfermedad con un ochenta por ciento de mortalidad promedio... daba un total de veinte mil personas infectadas por cada millón de dosis, de las cuales morirían por lo menos dieciséis mil. Aplicado a la población de Estados Unidos significaría tres *millones* de muertes para salvaguardar a la totalidad de la población—. La elección de Hobson.

—Pero es demasiado pronto para determinar el alcance de la epidemia nacional, y además no tenemos información sobre la capacidad de propagación de la enfermedad en las condiciones medioambientales existentes —opinó el director de urología—. Por lo tanto, no sabemos qué medidas tomar.

—Correcto. —Por lo menos era fácil explicárselo a esa gente.

—Mi gente será la primera que entrará en contacto —dijo el de emergencias—. Debo prevenirlos. No podemos arriesgarnos a perder gente sin necesidad.

—¿Quién se lo dirá a Jack? —se preguntó Cathy en voz alta—. Tiene que saberlo. Y rápido.

—Bueno, el USAMRIID y el cirujano general deben encargarse de eso.

—Pero no están listos para hacerlo. Acaba de decirlo —replicó Cathy—. ¿Está seguro de todo lo que nos ha dicho?

—Sí.

SURGEON se dirigió a Roy Altman.

—Traigan ya mismo mi helicóptero.

Tiempo de reacción

El llamado sorprendió al coronel Goodman. Estaba almorzando después de revisar un VH-60 recién salido de mantenimiento. El que usaba para trasladar a SURGEON estaba en la rampa. Los tres tripulantes abordaron el Sikorsky y encendieron los motores, sin saber por qué había cambiado la agenda del día. Diez minutos después llegaban a Johns Hopkins. Bueno, ahí estaban SURGEON con SANDBOX a su lado, el escuadrón del Servicio Secreto... y uno que no conocían, de guardapolvo blanco. El coronel verificó el viento e inició el descenso.

La reunión de facultativos había terminado cinco minutos antes. Hubo que tomar decisiones. Dos pisos completos serían despejados y acondicionados para posibles casos de Ébola. El director de emergencias reuniría a su personal para ponerlo al tanto. Dos colaboradores de Alexandre llamarían a Atlanta para informarse sobre la totalidad de casos conocidos y anunciarían que Hopkins había activado su plan de emergencias. Por eso Alex no había tenido tiempo de cambiarse. Cathy también llevaba puesto su guardapolvo, pero encima de un vestido común y corriente. En cambio, Alex había usado su uniforme verde —el tercero del día— durante la reunión, y todavía lo llevaba puesto. Cathy le dijo que no se preocupara. Los del Servicio Secreto esperaron que el rotor se detuviera, y recién entonces permitieron que sus protegidos abordaran el Black Hawk. Alex advirtió la presencia de un helicóptero de refuerzo aproximadamente a una milla de distancia y un tercero más cerca. Supuso que pertenecería al departamento de seguridad de la policía.

—Todo va muy rápido —dijo Alex por el intercom.

—¿Cree que deberíamos esperar? —replicó Cathy, abriendo su micrófono.

—No. —Y no tenía sentido decir que no estaba adecuadamente vestido para ver al presidente. El helicóptero despegó, ascendió aproximadamente trescientos pies y giró hacia el sur.

—¿Coronel? —Cathy llamó al piloto.

—Sí, señora.

—Vaya lo más rápido posible —ordenó.

Goodman jamás la había oído hablar como cirujana que era. La suya era una voz de comando que cualquier marine obedecería. Aumentó la velocidad del Black Hawk a 160 nudos.

—¿Está apurado, coronel? —preguntaron desde el helicóptero de refuerzo.

—La primera dama está apurada. Ruta rápida, acercamiento directo. —Llamó al Aeropuerto Internacional Baltimore-Washington para que suspendieran los despegues y aterrizajes hasta que pasara el Black Hawk. No tardaría demasiado. Casi nadie se dio cuenta, pero dos 737 USAir tuvieron que dar vueltas por la pista para disgusto de sus pasajeros. Desde su asiento eyectable, SANDBOX contemplaba el panorama y pensaba que volar era maravilloso.

—¿Señor presidente?

—¿Sí, Andrea? —Ryan levantó la vista.

—Su esposa está por llegar. Necesita verlo de inmediato. No sé por qué. Estará aquí dentro de quince minutos —le dijo Price.

—¿Pasó algo malo?

—No, no, todos están bien. SANDBOX está con ella.

—Bueno —Ryan volvió a concentrarse en los últimos avances de la investigación.

—Bueno, oficialmente es una maniobra limpia, Pat —Murray quiso decirse en persona. Por supuesto que no habían habido dudas al respecto.

—Quisiera haber mantenido al último con vida —acotó O'Day con una mueca de disgusto.

—No pudiste. No había opción con todos esos niños alrededor. Creo que serás condecorado.

—¿Sabemos algo de ese Azir?

—Tenemos la foto de su registro de conductor y bastante información escrita, pero aparte de eso va a ser muy difícil probar que existió. —Eran circunstancias clásicas. En algún momento de la tarde el viernes, "Mordecai Azir" viajó en su automóvil al Aeropuerto Internacional Baltimore-Washington y abordó un vuelo al Aeropuerto Kennedy de Nueva York. Eso afirmó el empleado de USAir que emitió un pasaje a ese nombre. Luego desapareció como una nube de humo en un día ventoso. Indudablemente tendría una batería de pasaportes vírgenes. Tal vez ya los había usado en Nueva York para abordar un vuelo internacional. De ser astuto, primero hubiera tomado un taxi a Newark o La Guardia y abordado un vuelo transoceánico en el primero o uno a Canadá en el segundo. Los agentes de la oficina de Nueva York seguían interrogando a todos los empleados de compañías aéreas. Pero casi todas las aerolíneas del mundo llegaban al Kennedy y los empleados veían millares de personas por día. Tal vez llegarían a saber qué vuelo había tomado. No obstante, el supuesto Azir alunizaría antes de que consiguieran ese dato.

—Un doble agente profesional —comentó O'Day—. Parece bastante complicado, ¿no?

Murray recordó las palabras de su jefe. Si uno podía hacerlo una vez, entonces podría hacerlo más de una vez. Tenía sobradas razones para creer que había una red de espionaje —peor aún, de terrorismo—

en su país, esperando órdenes... ¿para hacer qué? Y lo único que tenían que hacer sus miembros para evitar ser detectados era... no hacer nada. Samuel Johnson había dicho una vez que todo el mundo era capaz de esa proeza.

El helicóptero aterrizó suavemente, sorprendiendo a los periodistas que siempre estaban a la caza de algo nuevo. Cualquier suceso inesperado en la Casa Blanca merecía atención. Reconocieron a Cathy Ryan. No obstante, era raro que llevara puesto el guardapolvo, y cuando vieron a otra persona con guardapolvo y uniforme verde supusieron inmediatamente que el presidente había sufrido una emergencia médica. En cierto sentido era verdad, pero un vocero presidencial se apresuró a decir que no, que el presidente estaba bien y trabajando en su despacho; no, no sabía por qué la doctora Ryan había vuelto a casa tan temprano.

No estoy vestido para la ocasión, pensó Alex. Las miradas de los agentes de seguridad del Ala Oeste confirmaron su apreciación y muchos de ellos comenzaron a preguntarse si SWORDSMAN estaría enfermo, preocupación que resultó en algunas llamadas radiales oportunamente desalentadas. Cathy guió a Alex por el pasillo y empujó la puerta equivocada. Enseguida apareció un agente que indicó y abrió para ellos la puerta del Despacho Oval. Los del Servicio Secreto advirtieron que la primera dama no se había enojado ni avergonzado por su equivocación. Jamás la habían visto tan concentrada.

—Jack, él es Pierre Alexandre —dijo sin saludar.

Ryan se puso de pie. No tenía entrevistas importantes programadas hasta dentro de dos horas y se había aflojado el cuello de la camisa.

—Hola, doctor —dijo, tendiéndole la mano. El atuendo del médico le llamó la atención. Después se dio cuenta de que Cathy también llevaba puesto el guardapolvo—. ¿Qué está pasando, Cathy? —le preguntó a su esposa.

—¿Alex? —Nadie se había sentado todavía. Dos agentes del Servicio Secreto habían seguido a los médicos y la tensión reinante era como una campana de alarma para ellos, aunque tampoco sabían qué estaba pasando. Roy Altman estaba en la habitación contigua, hablando con Price.

—Señor presidente, ¿sabe qué es el virus de Ébola?

—África —respondió Jack automáticamente—. Una enfermedad de la jungla, ¿no? Letal. Vi una película...

—Bastante acertado —lo interrumpió Alexandre—. Es un virus variedad-negativa ARN. No sabemos dónde vive... es decir, conocemos el lugar pero no el huésped. Se denomina huésped al animal donde vive —explicó—. Es un asesino, señor. La tasa de mortalidad es del ochenta por ciento.

—Bueno —dijo POTUS, aún de pie—. Prosiga, por favor.

—Ébola está aquí, ahora.

—¿Dónde?

—Tenemos cinco casos en Hopkins y más de veinte en todo el país... según el recuento de hace tres horas. ¿Puedo usar el teléfono?

Gus Lorenz estaba solo en su oficina cuando sonó el teléfono.

—Otra vez el doctor Alexandre.

—¿Sí, Alex?

—Gus, ¿cuál es la cifra actual?

—Sesenta y siete —respondió el speaker. Alex se había inclinado para hablar.

—¿Dónde?

—Principalmente en grandes ciudades. Los casos son reportados por importantes centros médicos. Boston, New Haven, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, uno en Richmond, siete aquí en Atlanta, tres en Orlando... —Oyeron abrirse una puerta y ruido de papeles—. Ochenta y nueve, Alex. Siguen llegando más.

—¿El USAMRIID ya lanzó el alerta?

—Espero que lo haga en menos de una hora. Se reunieron para determinar...

—Gus, estoy en la Casa Blanca. El presidente está aquí conmigo. Quiero que le digas lo que piensas —ordenó Alexandre, volviendo a hablar como un coronel del ejército.

—¿Qué... cómo pu...? Todavía no es seguro, Alex.

—Si no lo dices tú, lo diré yo. Será mejor que tú lo digas.

—¿Señor presidente? —Ellem Sumter se asomó por la puerta lateral—. El general Pickett quiere hablarle, señor. Es urgente.

—Dígale que espere.

—John es bueno, pero un poco conservador —observó Alex—. ¡Habla de una vez, Gus!

—Señor, señor presidente, aparentemente no estamos ante un hecho natural. Parece más bien un acto deliberado.

—¿Guerra biológica? —preguntó Ryan.

—Sí, señor presidente. Todavía no tenemos suficiente información para llegar a una conclusión cierta, pero las epidemias naturales no se declaran de esta manera, mucho menos se propagan por todas partes.

—Señora Sumter, ¿puede poner en esta misma línea al general?

—Sí, señor.

—¿Señor presidente? —preguntó una nueva voz.

—General, tengo al doctor Lorenz en línea, y a mi lado está el doctor Alexandre, de Hopkins.

—Hola, Alex.

—Hola, John —respondió Alexandre.

—Entonces ya lo sabe.

—¿Está ciento por ciento seguro de esta estimación? —preguntó SWORDSMAN.

—Tenemos por lo menos diez focos de infección. Ninguna enfermedad se propaga sola de esa manera. Siguen llegando datos, señor. Todos los casos se presentaron en un período de veinticuatro horas. No

es accidental. No es un proceso normal. Alex podrá explicarle más a fondo el tema. Antes trabajaba para mí. Es muy bueno —informó Pickett a su comandante en jefe.

—¿Usted coincide con esto, doctor Lorenz?

—Sí, señor presidente.

—Dios —Jack miró a su esposa—. ¿Qué pasará después?

—Señor, tenemos algunas opciones —intervino Pickett—. Necesito verlo personalmente.

Ryan se dio vuelta.

—¡Andrea! —llamó.

—¿Sí, señor?

—Manden un helicóptero a Fort Detrick. ¡Ya!

—Sí, señor presidente.

—Lo espero, general. Gracias, doctor Lorenz. ¿Hay algo más que deba saber?

—El doctor Alexandre puede ocuparse de eso.

—Muy bien, lo comunicaré con la señora Sumter para que le pase los números directos de mi despacho —Jack fue hacia la puerta—. Denles todo lo que necesiten. Luego llamen a Arnie y Ben. Los quiero aquí.

—Sí, señor presidente.

Jack se sentó sobre el borde de su escritorio. Guardó silencio un instante. En cierto sentido, agradecía el atentado fallido contra su hijita. En aquel momento había acusado inmediatamente el golpe. En este caso, en cambio, todavía no se daba cuenta de lo que pasaba, y aunque comprendía que las consecuencias serían muchísimo peores, no sentía el impacto emocional.

—¿Qué más debo saber?

—Todavía no podemos decirle lo más importante. Son temas técnicos —explicó Alex—. Por el momento, todo lo que sabemos de la propagación de la enfermedad es anecdótico y poco confiable. Ése es el punto clave. Si se propaga fácilmente por aire...

—¿Cómo sería eso? —preguntó POTUS.

—Por gotas de saliva de tamaño microscópico, como las que expelemos al estornudar o toser. Si se transmite por aire estaremos frente a un gravísimo problema.

—Supuestamente no —objetó Cathy—. Jack, el virus de Ébola es muy delicado. No dura al aire libre más de... ¿cuánto, Alex, unos segundos?

—Ésa es la teoría, pero algunas variedades son más robustas que otras. Aunque pudiera sobrevivir pocos minutos al aire libre... sería terrible. Si ésta es la variedad que denominamos Mayinga, bueno, aún desconocemos su fortaleza. Lo único seguro es que dura mucho más que las otras. La persona que se contagia lleva el virus a su casa. Las casas son medioambientes benignos para los agentes patógenos. Tenemos sistemas de calefacción y acondicionadores de aire y los miembros de la familia mantienen contacto directo. Se abrazan. Se besan. Hacen el amor. Y una vez que alguien tiene el virus en su sistema, empieza a desparramar las cosas.

- ¿Qué cosas?
—Partículas de virus, señor. Se miden en micrones. Son mucho más pequeñas que las partículas de polvo, más pequeñas que cualquier cosa que podamos ver.
—¿Usted trabajaba en Detrick?
—Sí, señor, era coronel, jefe de patógenos. Me retiré y Hopkins me contrató.
—¿Entonces tendrá idea de cuáles son los planes del general Pickett, las opciones quiero decir?
—Sí, señor. Las opciones se reevalúan por lo menos anualmente. Yo formaba parte del comité de planeamiento.
—Síntese, doctor. Quiero enterarme un poco.

Los barcos de repositionamiento marítimo acababan de regresar de una práctica naval y ya habían recibido el mantenimiento necesario. En cuanto recibieron órdenes de CINCLANTFLT iniciaron procedimientos de encendido de motores, lo que esencialmente significaba calentar el combustible y los aceites lubricantes. Al norte, el crucero *Anzio* y los destructores *Kidd* y *O'Bannon* recibieron órdenes de avanzar en dirección oeste hacia el punto de reunión. El oficial de mayor rango presente era el navegante del crucero *Aegis*, quien se preguntaba cómo demonios metería esos gordos mercantes en el Golfo Pérsico sin cobertura aérea. La Armada de Estados Unidos no iba a ninguna parte sin cobertura aérea y el portaaviones más próximo era el *Ike*, a unas tres mil millas de distancia. Por otra parte, pensó, no era tan malo ser un simple capitán al mando de una fuerza de tareas sin tener un almirante mirando por encima de su hombro.

El primero de los MPS en salir del fondeadero fue el USNS *Bob Hope*, un transportador de diseño reciente con capacidad para 952 vehículos. La tripulación civil del *Hope* tenía cierta tradición. Los enormes altavoces de la base naval emitían "Thanks for the Memories" cada vez que la nave pasaba, un minuto después de la medianoche, seguida por sus cuatro hermanas. *Bob Hope* llevaba a bordo el total de vehículos complementarios para una brigada pesada reforzada. Una vez pasada la entrada marcada por los arrecifes, la nave aumentó su velocidad a veintiséis nudos.

Esperaron que llegaran Goodley y Van Damm, y luego tardaron diez minutos en informarles rápidamente lo que estaba pasando. Para ese entonces la enormidad del hecho había penetrado la conciencia del presidente y éste debía luchar para que las emociones no obnubilaran su intelecto. Notó que —aunque debía estar tan horrorizada como él— Cathy tomaba las cosas con calma, al menos exteriormente. Bueno, después de todo era su profesión, ¿no?

—No creía que Ébola pudiera sobrevivir fuera de la jungla —dijo Goodley.

—No puede, al menos a largo plazo. Si pudiera ya se habría propagado por el mundo entero.

—Mata demasiado rápido para eso —objetó SURGEON.

—Cathy, hace más de treinta años que se hacen vuelos internacionales regulares. El pequeño miserable es muy delicado, y eso juega a favor nuestro.

—¿Cómo haremos para descubrir quién lo hizo? —preguntó Arnie.

—Entrevistando a las víctimas, averiguando dónde estuvieron, y tratando de reducir los focos infecciosos a un solo punto de convergencia si fuera posible. Es una función investigativa. Los epidemiólogos son expertos en eso... pero esto es demasiado grande —agregó Alexandre.

—¿El FBI podría servir para algo, doctor? —preguntó Van Damm.

—No estaría de más.

—Llamaré a Murray —le dijo Arnie al presidente.

—¿No hay ningún tratamiento? —preguntó POTUS.

—No, la epidemia se autoelimina después de varios ciclos generacionales. Es decir: una persona contrae la enfermedad. El virus se reproduce en sus órganos y se transmite a otras personas. Cada víctima se transforma en un huésped imperfecto. La enfermedad se reproduce y mata a la víctima y la víctima la transmite, todo al mismo tiempo. *Pero*, lo bueno es que Ébola no se reproduce eficientemente. A medida que aumentan los ciclos generacionales pierde virulencia. La mayoría de los sobrevivientes se presentan al final de la epidemia, porque el virus muta progresivamente hacia una forma menos peligrosa. Es un organismo tan primitivo que no sabe reproducirse bien.

—¿Cuántos ciclos tienen que pasar para que pierda virulencia, Alex? —preguntó Cathy.

El sureño se encogió de hombros.

—Es una cuestión empírica —respondió—. Conocemos el proceso pero no podemos cuantificarlo.

—Demasiados interrogantes —dijo ella.

—¿Señor presidente?

—¿Sí, doctor?

—¿Antes habló de una película?

—¿Qué tiene que ver la película?

—El presupuesto de esa película es un poco mayor que la totalidad de fondos destinados a investigaciones virósicas. Téngalo en cuenta. Supongo que la ciencia no es lo suficientemente seductora para obtener más —Arnie intentó decir algo pero Alex lo detuvo con un gesto—. Ya no estoy al servicio del gobierno, señor. No tengo que levantar ningún imperio. Investigo con fondos privados. Sólo quise plantear el hecho. Bueno, supongo que el país no puede solventar tantas cosas.

—Si no hay tratamiento posible, ¿cómo vamos a detener la enfermedad? —preguntó Ryan, volviendo al tema central. Giró la cabeza. Una sombra cruzó el Jardín Sur y el rugido de un helicóptero atravesó los vidrios a prueba de balas.

—Ajá —murmuró Badrayn con una sonrisa. La Internet había sido diseñada para proporcionar información, no para ocultarla, y por intermedio del amigo del amigo de un amigo que estudiaba medicina en la Emory University de Atlanta, había obtenido la contraseña para entrar al correo electrónico de esa universidad. Una segunda palabra clave eliminó los últimos obstáculos... y allí estaba. Eran las dos de la tarde en la costa este de Estados Unidos y Emory informaba al CDC que ya tenía seis casos de posible fiebre hemorrágica. Pero lo más interesante era la respuesta del CDC. Badrayn imprimió ambos mensajes e hizo una llamada telefónica. Ahora sí que tenía buenas noticias.

El DC-9 de Raman aterrizó un tanto bruscamente en Pittsburgh después de un breve vuelo que le permitió pasar un rato a solas y pensar diversas opciones. Su colega —hermano— de Bagdad había estado demasiado dispuesto al sacrificio, con un perfil demasiado dramático, y además la custodia del presidente iraquí era mucho más numerosa que la de su par norteamericano. ¿Cómo lograrlo? La clave era crear la mayor confusión posible. Tal vez cuando Ryan pasara entre la multitud. Sí, lo mejor sería dispararle, matar a uno o dos agentes y escapar entre la gente. Si conseguía atravesar las dos primeras filas de espectadores le resultaría fácil escapar mostrando en alto su identificación del Servicio Secreto... porque todos pensarían que estaba persiguiendo al criminal. En el USSS había aprendido que los primeros treinta segundos eran la clave para escapar de un asesinato. Si uno lograba sobrevivirlos tenía la chance de sobrevivir a todo el resto. Y, por si fuera poco, estaba a cargo de organizar el aparato de seguridad para el viaje del viernes. ¿Cómo llevar al presidente a un lugar donde tuviera opción de matarlo y escapar? Matar a POTUS. Matar a Price. Matar a un tercero. Luego mezclarse con la multitud. Lo mejor sería disparar desde la cadera. Tendría que evitar que los presentes lo vieran con el arma en la mano después de los disparos. Sí, podría funcionar, pensó, destrabando el cinturón de seguridad y levantándose. Al final de la manga lo estaría esperando un agente del Tesoro local. Irían directamente al hotel en cuyo enorme salón comedor Ryan pronunciaría su discurso. Tendría todo el día y parte de mañana para elaborar el plan ante los propios ojos de sus compañeros de servicio, pensó Raman. Era ciertamente un desafío.

El general John Pickett resultó ser graduado de la Yale Medical School, título al que sumaba un par de doctorados: biología molecular en Harvard y salud pública en la UCLA. Era un hombre pálido y descarnado que parecía flotar dentro del uniforme —no había tenido tiempo de cambiarse y llevaba puesto el BDU de camuflaje—, lo que daba un aire ridículo a sus alas de paracaidista. Llegó acompañado de dos coroneles y seguido por el director del FBI. El Despacho Oval resultó demasiado pequeño para semejante comitiva y el presidente

Ryan los guió al Salón Roosevelt. En el camino, un agente del Servicio Secreto le entregó al general un fax todavía caliente. Acababan de recibirlo en la sala de secretarios.

—Los casos suman ciento treinta y siete según el informe de Atlanta —dijo Pickett—. Quince ciudades, quince estados, de costa a costa.

—Hola, John —lo saludó Alexandre—. Personalmente ya vi tres.

—Me alegra verte, viejo. —Levantó la vista—. Supongo que Alex le habrá informado los lineamientos básicos.

—Correcto —dijo Ryan.

—¿Alguna pregunta inmediata, señor presidente?

—¿Están seguros de que fue un acto deliberado?

—Las bombas no explotan por accidente —Pickett desplegó un mapa. Algunas ciudades estaban marcadas con puntos rojos. Uno de los coroneles marcó otras tres: San Francisco, Los Ángeles y Las Vegas.

—Centros de convenciones. Lo mismo que hubiera hecho yo —suspiró Alexandre—. Parece la Bio-Guerra 95, John.

—Casi. Alex alude a un simulacro de guerra que hicimos con la Agencia de Defensa Nuclear. Él fue uno de los mejores planificadores de ofensiva biológica —informó Pickett—. Era el comandante del Equipo Rojo.

—¿Eso no va contra la ley? —preguntó Cathy, con el rostro descompuesto de ira.

—Ofensa y defensa son dos caras de la misma moneda, doctora Ryan— replicó Pickett, defendiendo airadamente a su ex subordinado—. Tenemos que pensar cómo los malos si queremos detenerlos.

—¿Es un concepto operativo? —preguntó Ryan. En esas cosas era más ducho que su esposa.

—A nivel estratégico la guerra biológica implica iniciar una reacción en cadena dentro de la población blanco. Se trata de infectar a la mayor cantidad de gente posible... que de todos modos no es tanta. Me permito recordarles que no estamos hablando de armas nucleares. La idea es que la gente, las víctimas, hagan el trabajo por uno. Tal es la particularísima elegancia de la guerra biológica. Son las víctimas las que matan. Todas las epidemias empiezan de a poco y luego aumentan, lentamente al principio, como una curva tangencial, hasta que se disparan geométricamente. Entonces, si uno utiliza armas biológicas en el rol ofensivo, tratará de empezar infectando la mayor cantidad de gente posible y optará por gente que viaje. Las Vegas es el caso típico, una ciudad de convenciones y gran movimiento de gente. Los asistentes a una convención se infectan, toman aviones para volver a sus casas y ellos mismos se encargan de propagar la enfermedad.

—¿Existe alguna posibilidad de descubrir cómo lo hicieron? —preguntó Murray, mostrando su identificación para que el general supiera con quién estaba hablando.

—Creo que perderíamos el tiempo. El otro punto interesante de las armas biológicas es que... bueno, en este caso el período de incubación dura por lo menos tres días. Cualquiera sea el sistema de

distribución que hayan utilizado... lo hicieron desaparecer por arte de magia. No hay evidencias físicas que prueben quién nos hizo esto.

—Dejemos eso para después, general. ¿Qué debemos hacer? Veo varios estados libres de infección...

—Sólo por ahora, señor presidente. Ébola tarda de tres a diez días en aparecer. Por consiguiente, todavía no sabemos hasta dónde ha llegado. La única manera de averiguarlo es esperando.

—Pero tenemos que iniciar CURTAIN CALL, John —dijo Alexandre—. Y debemos hacerlo rápido.

Mahmoud Haji estaba leyendo. Tenía una oficina contigua a su dormitorio y prefería trabajar allí porque el entorno familiar lo ayudaba a concentrarse. No obstante, le disgustaba que lo molestaran cuando estaba allí y por eso sus custodios se sorprendieron cuando atendió el llamado telefónico. Veinte minutos después, el que había llamado entró sin escolta a la privadísima oficina.

—¿Ha comenzado?

—Ha comenzado —Bradrayn le pasó el mensaje impreso del CDC—. Mañana sabremos más.

—Has hecho un buen servicio —dijo Daryaei, despidiéndolo con un gesto. Apenas Badrayn cerró la puerta, el anciano hizo una llamada.

Alahad jamás conoció el origen de la llamada, sólo sabía que era transoceánica. Suponía que de Londres, pero no sabía y tampoco quiso averiguar. Las preguntas fueron completamente rutinarias, excepto por la hora del día... en Inglaterra era de noche, fuera del horario comercial. La clase de alfombra y el precio fueron los puntos clave que le permitieron saber lo que necesitaba mediante un código hacia tiempo memorizado y nunca escrito. Sabiendo poco, poco podría revelar. Entendió el mensaje. Ahora le tocaba a él. Colgó el cartelito "Vuelvo enseguida" en la vidriera, salió, cerró la puerta y dobló la esquina. Caminó dos cuadras hasta un teléfono público. Marcó un número y comunicó su última orden a Aref Raman.

La reunión empezó en el Despacho Oval, fue transferida al Salón Roosevelt y finalmente se instaló en la Sala de Gabinete, donde más de una imagen de George Washington fue testigo de sus avatares. Todos los secretarios de Gabinete llegaron casi al mismo tiempo y su arribo no pasó desapercibido. Demasiados vehículos oficiales, demasiada custodia, demasiadas caras conocidas para los periodistas.

Pat Martin se presentó por Justicia. Bretano representaba a Defensa con el almirante Jackson sentado a sus espaldas. (Todos habían llevado asistentes, principalmente para tomar apuntes.) Winston había cruzado la calle desde el edificio del Tesoro. Comercio e Interior

eran sobrevivientes de la administración Durling previamente designados por Bob Fowler. El resto de los presentes ocupaban puestos subsecretariales, puestos que conservaban ya por apatía presidencial, ya porque parecían saber lo que hacían. Pero ninguno de ellos sabía qué estaba haciendo ahora. Ed Foley se hizo presente, convocado por el presidente a pesar de la previa pérdida de rango de la CIA.

También estaban Arnie van Damm, Ben Goodley, el director Murray, la primera dama, tres oficiales del ejército y el doctor Alexandre.

—Damas y caballeros, gracias por venir —empezó el presidente—. No tenemos tiempo para preámbulos. Enfrentamos una emergencia nacional. Las decisiones que tomemos hoy tendrán serios efectos sobre nuestro país. El caballero del rincón es el general John Pickett. Es médico y científico, y será el encargado de llevar adelante la reunión. Por favor, general, lo escuchamos.

—Gracias, señor presidente. Damas y caballeros, soy comandante general de Fort Detrick. Esta mañana empezamos a recibir informes muy perturbadores...

Ryan dejó de escucharlo. Con ésa sería la segunda vez. En cambio se dedicó a leer la carpeta que Pickett le había pasado. La etiqueta central decía TOP SECRET-AFFLICTION (Ultrasecreto-Aflicción), nombre bastante apropiado para el compartimiento de acceso especial al que pertenecía, pensó Ryan. Abrió la carpeta y empezó a leer el OPPLAN CURTAIN CALL. El plan tenía cuatro variantes. Escogió la Opción Cuatro, denominada SOLITARY, nombre también apropiado. La lectura del resumen ejecutivo le provocó escalofríos y tuvo ganas de mirar a George, recostado contra la pared, y preguntarle *¿Qué demonios se supone que debo hacer ahora?* Pero George no hubiera entendido. No sabía nada de aerolíneas, virus ni armas nucleares, ¿verdad?

—¿En qué punto están las cosas?

—Hace quince minutos eran más de doscientos los casos reportados al CDC. Quiero destacar que todos se han presentado en menos de veinticuatro horas —respondió el general Pickett.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Agricultura.

—Dejemos eso por ahora —dijo el presidente—. Más adelante nos ocuparemos del tema. Lo que debemos decidir ya es la mejor manera de contener la epidemia.

—No puedo creer que no haya tratamiento...

—Créalo —interrumpió Cathy Ryan—. ¿Sabe cuántas enfermedades infecciosas sabemos curar?

—Bueno, no —admitió HUD.

—Ninguna. —La ignorancia de la gente sobre temas médicos la sorprendía constantemente.

—Por consiguiente, la contención es nuestra única opción —prosiguió Pickett.

—¿Cómo se contiene una epidemia que abarca todo el país? —Era la voz de Clifford Rutledge, en reemplazo del ausente Scott Adler.

—Ése es, precisamente, el problema —dijo el presidente—. Gracias, general. A partir de ahora seguiré yo. La única manera de conte-

ner la epidemia es cerrar todos los lugares de reunión —teatros, shoppings, estadios deportivos, oficinas comerciales, todo— y prohibir los viajes interestatales. Sabemos que hay treinta estados libres de infección hasta el momento. Debemos intentar que sigan así. Podríamos conseguirlo prohibiendo todos los viajes interestatales hasta controlar la epidemia. Después sí, impondríamos medidas menos severas.

—Eso es inconstitucional, señor presidente —dijo enseguida Pat Martin.

—Explique por qué —ordenó Ryan.

—El derecho de viajar está protegido por la Constitución. Incluso dentro de un mismo estado, cualquier restricción al libre tránsito implica una violación a la Constitución bajo el caso Lemuel Penn... Penn fue un oficial negro del ejército asesinado por el Klan en los '60. Es un precedente de la Suprema Corte —informó el director de la División Criminal.

—Entiendo que yo... perdón, casi todos los presentes juramos respetar la Constitución. Pero si respetarla implica matar varios millones de norteamericanos, ¿entonces de qué sirve? —preguntó POTUS.

—¡No podemos hacer *eso*! —insistió HUD.

—General, ¿qué pasaría si no lo hiciéramos? —preguntó Martin para sorpresa de Ryan.

—No hay respuesta certera. No puede haberla, porque desconocemos el método de transmisión del virus. Si se transmitiera por aire, y hay sobradas razones para sospechar que así sea, bueno, tenemos un centenar de modelos computarizados para probar. El problema es decidir cuál. ¿Qué pasaría en el peor de los casos? Veinte millones de muertos. Eso ocasionaría el colapso de la sociedad. Los médicos y enfermeros abandonarían los hospitales, la gente se encerraría en sus casas y la epidemia se autoeliminaría como la peste negra en la Europa medieval. Cuando cesa la interacción humana la enfermedad deja de propagarse.

—¿Veinte millones? ¿Cuánta gente mató la peste negra? —preguntó Martin. Había empalidecido de golpe.

—No hay cifras ciertas. En aquella época no había sistemas de censo. Los datos más seguros son los de Inglaterra —replicó Pickett—. Mató a la mitad de la población. La plaga duró aproximadamente cuatro años. Y Europa tardó ciento cincuenta años en volver al nivel de población de 1347.

—*Santo Dios* —musitó Interior.

—¿Realmente es tan peligroso, general? —insistió Martin.

—Potencialmente sí. El problema, señor, es que si uno no actúa en un principio y luego descubre semejante virulencia... llega demasiado tarde.

—Ya veo —Martin se dio vuelta—. Señor presidente, no veo que tengamos otra opción.

—¡Hace un momento dijo que eso iba contra la ley, maldita sea! —bramó HUD.

—Señor secretario, la Constitución no es un pacto suicida, y

aunque creo saber lo que opinará la Suprema Corte de esto, nunca hemos atravesado una situación semejante. Es un argumento fuerte para utilizar llegado el caso y no tendrán más remedio que considerarlo.

—¿A qué se debe el cambio de opinión, Pat? —preguntó Ryan.

—A veinte millones de razones, señor presidente.

—Si violamos nuestras propias leyes... ¿a qué nos veremos reducidos? —preguntó Cliff Rutledge.

—A seguir vivos —respondió tranquilamente Martin—. Tal vez.

—Estoy dispuesto a escuchar argumentos durante quince minutos —anunció Ryan—. Luego tendremos que tomar una decisión.

Era vital.

—Si violamos nuestra propia Constitución —dijo Rutledge—, ¡nadie en el mundo volverá a confiar en nosotros!

HUD y HSS manifestaron su apoyo a la posición de Cliff.

—¿Qué me dicen de las consideraciones prácticas? —preguntó Agricultura—. La gente tiene que comer.

—¿Qué clase de país heredarán nuestros hijos si nosotros...?

—¿Qué clase de país heredarán si están muertos? —saltó George Winston.

—¡Ya no pasan esas cosas!

—Señor secretario, ¿sería tan amable de darse una vuelta por mi hospital para ver cómo son las cosas? —le espetó Alex desde el rincón.

—Gracias —dijo Ryan, mirando su reloj—. Llegó el momento de decidir.

Defensa, Tesoro, Justicia y Comercio votaron afirmativamente. Todo el resto votó un no rotundo. Ryan los miró con fijeza.

—El sí ha ganado —dijo fríamente—. Gracias por su apoyo, director Murray, el FBI brindará toda la asistencia que requieran el CDC o el USAMRIID para establecer los focos infecciosos de la epidemia. Esa tarea tendrá prioridad absoluta e incondicional.

—Sí, señor presidente.

—Señor Foley, todo el aparato de inteligencia estará consagrado a este problema. También trabajarán en colaboración con los expertos médicos. El virus vino de alguna parte y quien lo haya enviado ha cometido un acto de guerra al utilizar armas de destrucción masiva contra nuestro país. Tenemos que descubrir quién fue, Ed. A partir de ahora tienes autoridad estatutaria para coordinar todas las actividades de inteligencia. Informa a los demás.

—Haremos lo imposible para cumplir nuestro deber, señor.

—Secretario Bretano, voy a declarar estado de emergencia nacional. Debemos activar inmediatamente todas las Reservas y Guardias Nacionales bajo órdenes federales. En el Pentágono encontrará este plan de contingencia. —Ryan levantó la carpeta CURTAIN CALL—. Le ordeno ejecutar la Opción Cuatro, SOLITARY, lo antes posible.

—Sí, señor.

Ryan miró al secretario de Transporte.

—Señor secretario, el sistema de control de tráfico aéreo está a su

cargo. Apenas regrese a su oficina, ordenará a todas las naves en vuelo regresar a destino y quedarse allí. Las naves en tierra permanecerán donde están. La medida se aplicará a partir de las seis de la tarde de hoy.

—No. —El secretario de Transporte se puso de pie—. No voy a hacer eso, señor presidente. Creo que es un acto ilegal y no estoy dispuesto a contravenir la ley.

—Muy bien, señor. Estoy dispuesto a aceptar su renuncia inmediata. ¿Usted es la subsecretaria? —le preguntó Ryan a una mujer sentada a su lado.

—Sí, señor presidente.

—¿Está dispuesta a ejecutar mi orden?

La mujer miró a su alrededor sin saber qué hacer. Había escuchado todo, pero siempre había desempeñado funciones subalternas y no estaba acostumbrada a apostar fuerte sin cobertura política.

—A mí tampoco me gusta —dijo Ryan. La sala fue invadida por el rugido de un avión que acababa de despegar del aeropuerto nacional de Washington—. ¿Qué pasaría si ese avión llevara la muerte a bordo? ¿Dejaremos que pase? —preguntó casi en un susurro.

—Cumpliré su orden, señor —dijo la mujer, temblando.

—Sabe una cosa, Murray —dijo el ex secretario de Transporte—, podría arrestarlo ahora mismo. Está violando la ley.

—Hoy no, señor —replicó Murray, mirando a su presidente—. Alguien debe decidir qué ley está primero.

—Si alguien más siente la necesidad de abandonar el servicio federal por este tema, aceptaré su renuncia sin prejuicios... pero por favor *piensen* lo que hacen. Si estoy equivocado en esto, bueno, estoy equivocado y pagaré el precio que corresponda por mi error. Pero si los médicos tienen razón y nosotros no hacemos nada, tendremos más sangre en las manos que el propio Hitler. Necesito que me ayuden y respalden —Ryan se puso de pie y abandonó la sala. Se movía rápido. Tenía que hacerlo. Entró al Despacho Oval, dobló a la derecha rumbo a la sala de estar presidencial, y llegó al baño justo a tiempo. Cathy lo encontró unos segundos después, vomitando de rodillas frente al inodoro—. ¿Estoy haciendo lo correcto? —le preguntó, todavía sin poder levantarse.

—Tienes mi voto de aprobación, Jack —le aseguró SURGEON.

—Te ves maravilloso —bromeó Van Damm, atrapándolo en esa postura indecorosa.

—¿Por qué no dijiste nada, Arnie?

—Porque no necesitaste que lo hiciera, Jack —replicó el jefe de staff.

El general Pickett y los demás médicos lo estaban esperando en su despacho.

—Señor —dijo Pickett—, acabamos de recibir un fax del CDC. Hay dos casos en Fort Stewart. Es la base del 24 Mecanizado.

Informe especial

Se empezó por los cuarteles de la Guardia Nacional. Prácticamente en todos los pueblos y ciudades de Estados Unidos había uno, con un sargento de guardia, o tal vez un cabo, sentado al escritorio para atender llamadas. Cuando el oficial a cargo atendía el teléfono, una voz del Pentágono pronunciaba la palabra-código que designaba la orden de activación. El oficial alertaba al comandante de la unidad e inmediatamente se hacían más llamadas, que cada receptor multiplicaba a su vez. Usualmente la orden tardaba una hora en llegar a todos... o a casi todos, porque siempre había alguien de viaje, ya fuera por vacaciones o por trabajo. Los comandantes superiores de la Guardia trabajaban directamente para los gobernadores de los distintos estados, porque la Guardia Nacional es una institución híbrida, en parte milicia estatal y en parte Ejército de Estados Unidos (o Fuerza Aérea en el caso de la Guardia Aérea Nacional). Los mencionados comandantes, sorprendidos por la orden, reportaron la situación y solicitaron directivas a sus respectivos gobernadores, directivas que éstos aún no estaban en condiciones de dar... principalmente porque tampoco sabían qué estaba pasando. Pero a nivel de compañías y batallones, militares y hombres (y mujeres) abandonaron sus trabajos civiles —como ciudadanos soldados que eran—, corrieron a sus casas, se pusieron sus ropas de fajina BDU, se calzaron las botas y llegaron al cuartel local para integrarse a los escuadrones y pelotones. En los cuarteles recibieron la sorpresa de que deberían usar armas y equipos MOPP. El MOPP era un equipo especialmente diseñado para guerra química que todos habían probado más de una vez y al que toda persona de uniforme detestaba cordialmente. Se dijeron las bromas de siempre y se contaron historias del trabajo, las esposas o esposos e hijos, mientras los oficiales jerárquicos se reunían en salas de conferencias para averiguar qué demonios estaba pasando. Todos salían enojados y confundidos de esas breves reuniones... y los mejor informados salían aterrados. Fuera de los cuarteles, empezaron a encender los motores de los vehículos. Adentro, los televisores.

En Atlanta, el agente especial a cargo de la División de Campo del FBI llegó al CDC a toda velocidad y con la sirena ululando, acompañado por otros diez agentes. En Washington, un grupo de la CIA y otros

oficiales de inteligencia se presentaron en el edificio Hoover para crear una fuerza de tareas conjunta. En ambos casos tendrían el deber de descubrir cómo había empezado la epidemia y detectar su punto de origen. No todos eran civiles. La Agencia de Inteligencia de Defensa y la Agencia de Seguridad Nacional eran organizaciones esencialmente militares, cuyos miembros ya sabían que había pasado algo inédito en la historia norteamericana. Si, como sospechaban, había sido un ataque deliberado contra Estados Unidos, eso quería decir que una nación-estado había hecho uso de lo que delicadamente se denominaba un “arma de destrucción masiva”. Después les explicaron a sus contrapartes civiles cuál era la política norteamericana para responder a esa eventualidad.

Todo pasaba demasiado rápido para todos, por supuesto, porque las emergencias son por definición situaciones para las que no hay planes precisos. El presidente no podía ser la excepción. Entró a la sala de prensa de la Casa Blanca acompañado por el general Pickett del USAMRIID. Treinta minutos antes la Casa Blanca había informado a las redes nacionales que el presidente realizaría un anuncio y que en esa ocasión el gobierno haría uso de su derecho a exigir tiempo de transmisión en vez de pedirlo. Los comentaristas ya habían informado a la audiencia lo único que sabían: que el gabinete había celebrado una reunión de emergencia pocos minutos antes.

—Queridos compatriotas —empezó el presidente Ryan. Su cara apareció en casi todas las casas y su voz se oyó en todos los autos. Los más perceptivos advirtieron la palidez de su rostro (la señora Abbot no había tenido tiempo de maquillarlo) y el tono amargo de su voz. El mensaje fue todavía más amargo.

El camión de Brown y Holbrook tenía radio, por supuesto. Incluso tenía pasacassette y CD player porque, por más que fuera un vehículo de trabajo, había sido diseñado para el uso de un ciudadano norteamericano. Ya estaban en Indiana. Habían cruzado el río Mississippi e Illinois en un día, rumbo a la capital de la nación. Holbrook, que odiaba los discursos presidenciales, cambió el dial... sólo para descubrir que la voz de Ryan había invadido todas las estaciones. Le pareció tan raro que decidió escucharlo. Brown, al volante del camión, vio que algunos vehículos empezaban a desviarse y detenerse en la banquina... no muchos al principio, pero cada vez más a medida que el discurso avanzaba.

—El gobierno tomará las siguientes medidas por decreto presidencial:

”Uno, se cerrarán todas las escuelas y universidades del país hasta nuevo aviso.

”Dos, se cancelarán todas las actividades hasta nuevo aviso, ex-

cepto las que brinden servicios esenciales, a saber: los medios de información, los hospitales, los almacenes, la policía y los bomberos.

”Tres, se cerrarán todos los lugares de reunión pública, teatros, restaurantes, bares y demás.

”Cuatro, se suspenderán los viajes interestatales hasta nuevo aviso. Esto incluye viajes aéreos, trenes y ómnibus interestatales y vehículos particulares. Los camiones de alimentos podrán viajar con escolta militar, igual que los transportes de artículos farmacéuticos y otros esenciales.

”Cinco, he activado la Guardia Nacional en los cincuenta estados y la he puesto bajo control federal para mantener el orden público. A partir de ahora se declara estado de ley marcial en todo el territorio norteamericano.

”Pedimos a los ciudadanos... no, permítanme hablarles con más informalidad. Damas y caballeros, lo único que les pedimos para capear esta crisis es un poco de sentido común. Todavía no sabemos cuán peligrosa es esta enfermedad. Las medidas que acabo de ordenar son de naturaleza precautoria. Parecen medidas extremas, y en verdad lo son. La razón de ello es que este virus es potencialmente el organismo más letal del planeta, pero todavía desconocemos el peligro que puede representar para nosotros. Lo que *sí* sabemos es que estas medidas pueden limitar su propagación, por muy letal que sea, y por eso las he implementado en interés de la seguridad pública. Para implementarlas hemos contado con la mejor asesoría científica. Es importante que sepan cómo se transmite la enfermedad para poder protegerse. Para eso he convocado al general John Pickett, médico del ejército y experto en enfermedades infecciosas. ¿General? —Ryan se apartó del micrófono.

—¡Qué demonios! —gritó Holbrook—. ¡No puede hacer eso!

—¿Te parece? —Brown iba pegado a las ruedas de otro camión. Estaban a cien millas del límite entre Indiana y Ohio. Dos horas más arriba de este cerdo, pensó. Sería imposible llegar antes de que la guardia local cerrara el camino.

—Será mejor que busquemos un motel, Pete.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó la agente del FBI en Chicago.

—Desnudarse. Cuelgue su ropa en la puerta. —No había tiempo para preámbulos y él era médico, después de todo. La recién llegada no se inmutó. El doctor Klein le proporcionó un clásico uniforme de cirugía. No había trajes espaciales para todos, y los pocos que quedaban le correspondían al personal médico y paramédico. Debía ser así. Eran los que se acercaban más. Manejaban líquidos. Tocaban a los pacientes. Ya tenían nueve pacientes sintomáticos cuyos análisis habían dado positivo. Seis estaban casados, y cuatro de las esposas habían dado positivo también. Ahora estaban analizando la sangre de los hijos, lo cual era realmente doloroso.

El uniforme protector de la agente era de algodón, pero el personal del hospital lo había rociado con desinfectante, especialmente la mascarilla. También llevaba puesto un par de gruesos anteojos de laboratorio.

—Bueno —dijo Klein—. No se acerque. Si permanece a unos metros estará completamente a salvo. Si vomita o tose, o si tiene una convulsión, no intente ayudarla. Ése es nuestro trabajo, no el suyo. No debe tocar absolutamente nada, aunque la mujer muera ante sus ojos.

—Entendido. ¿Cerrará el consultorio con llave? —preguntó la agente, señalando el arma colgada junto a su ropa.

—Sí. Y cuando termine quiero ver sus anotaciones. Las pasaré por la máquina copiadora.

—¿Cómo funciona?

—Hace copias mediante una luz muy brillante. Los ultravioletas matan cualquier partícula de virus que eventualmente haya quedado en el papel —explicó el profesor Klein. Seguían realizando experimentos rápidos para determinar la robustez de las partículas de Ébola, lo que ayudaría a definir el nivel indispensable de precauciones a tomar en los hospitales.

—Eh, doctor, ¿puedo hacer las copias yo misma?

—Oh —Klein sacudió la cabeza—. Sí, supongo que no habrá problema.

—Señor presidente. —Era Barry, de la CNN—. ¿Las medidas que está tomando, son legales?

—Barry, no tengo respuesta para eso —dijo Ryan con rostro agobiado—. Legales o no, estoy convencido de que son necesarias.

Mientras Ryan hablaba, un empleado de la Casa Blanca repartía mascarillas quirúrgicas a los periodistas presentes por idea de Arnie. Las habían traído del hospital universitario George Washington.

—Pero, señor presidente, usted no puede violar la ley. ¿Qué pasaría si estuviera equivocado?

—Barry, hay una diferencia fundamental entre mi trabajo y el suyo. Si usted comete un error puede retractarse. Ayer mismo uno de sus colegas se retractó, ¿no? Pero si yo cometo un error en una situación como ésta, ¿cómo podría retractarme de una muerte? ¿Cómo podría retractarme de mil muertes? No puedo darme ese lujo, Barry —dijo el presidente—. Si resulta que estoy equivocado, allí estaré para pagar mi deuda. Eso también es parte de mi trabajo, y me estoy acostumbrando. Tal vez sea un cobarde. Tal vez tenga miedo de permitir que muera gente cuando tengo el poder de evitarlo.

—Pero todavía no está seguro, ¿no?

—No —admitió Jack—, ninguno de nosotros está seguro. Éste es uno de esos casos en que debemos guiarnos por la intuición. Desearía parecer más seguro, pero no puedo, y no quiero mentir.

—¿Quién lo hizo, señor presidente? —preguntó otro periodista.

—No sabemos, y por el momento no quiero especular en cuanto al origen de esta epidemia. —Eso sí era mentira, y Ryan lo supo apenas

habló. Acababa de mentir inmediatamente después de afirmar que no mentiría porque la situación lo exigía. Qué mundo de mierda.

Fue la peor entrevista de su vida. La mujer denominada Paciente Índice era atractiva, o lo había sido hasta hacía dos días. Ahora tenía la piel floja y moteada de manchas púrpura. Lo peor de todo era que sabía. Tenía que saber, pensaba la agente, oculta tras la mascarilla. Sostenía el marcador de punta afelpada (nada punzante que pudiera atravesar el delgado látex) con sus guantes de goma y tomaba apuntes sin sacar nada en limpio. La mujer tenía que saber que esa clase de tratamiento era absolutamente inusual, que los médicos tenían miedo de tocarla, y que ella misma no se atrevía a acercarse a su cama.

—¿Aparte del viaje a Kansas City?

—Nada más —replicó la voz, como salida del fondo de la tumba—. Trabajé en mi oficina preparando las órdenes de otoño. Estuve dos días en la exhibición de electrodomésticos del McCormick Center.

Hizo un par de preguntas más, sin obtener información útil. La mujer que palpitaba en la agente quería acercarse, tocarle la mano, brindarle un poco de consuelo y simpatía... pero no. La semana anterior se había enterado de que iba a tener su primer hijo. Ahora debía custodiar dos vidas, no sólo la suya, y era lo único que podía pensar para evitar que le temblara la mano.

—Gracias. Volveremos a verla —prometió en voz baja. Se levantó de la silla metálica y fue hacia la puerta. La abrió, metió los hombros hacia adentro para no tocar el marco, y caminó hasta la habitación vecina para la próxima entrevista. Klein estaba en el pasillo, discutiendo algo con otra persona de uniforme... imposible saber si era médico o enfermero.

—¿Cómo le fue? —preguntó el profesor.

—¿Qué pronóstico tiene? —preguntó la agente.

—Esencialmente cero —replicó Klein. En esa clase de enfermedades, el Paciente Cero era sólo eso. Cero.

—¿Compensación? ¿Nos piden compensación a *nosotros*? —bramó el ministro de Defensa antes de que el ministro del Exterior pudiera abrir la boca para hablar.

—Ministro, yo me remito a transmitir palabras de otro —le recordó Adler.

—Han venido dos oficiales de la Fuerza Aérea norteamericana a examinar los fragmentos de misil. Su evaluación confirma la nuestra. Es un Pen-Lung-13, el nuevo rastreador de calor de largo alcance de la RPCH, una copia mejorada de un modelo ruso. Ahora es definitivo, además de las evidencias de los radares norteamericanos —agregó Defensa—. El disparo contra la aerolínea fue un acto deliberado. Usted lo sabe. Nosotros lo sabemos. Entonces dígame, señor Adler, ¿cuál es la posición de Estados Unidos en esta disputa?

—No deseamos otra cosa que la restauración de la paz —replicó el secretario de Estado, confirmando sus predicciones—. Me gustaría destacar que la RPCH ha dado muestras de buena voluntad al permitir vuelos directos entre Beijing y Taipei.

—Claro que sí —replicó el ministro del Exterior—. Eso pensaría cualquier observador ocasional, pero dígame, señor Adler, ¿qué quieren en realidad?

Las cosas se le estaban yendo de las manos, pensó Adler. Esos dos eran tan inteligentes y astutos como él, y encima estaban furiosos. Pero la situación cambió repentinamente.

Un secretario golpeó y entró, para disgusto de su superior. Inter cambiaron unas palabras en mandarín. El ministro leyó el télex y se lo pasó al norteamericano.

—Parece que hay un serio problema en su país, señor secretario.

La conferencia de prensa fue interrumpida. Ryan abandonó la sala, volvió al Despacho Oval y se sentó en el sofá junto a su esposa.

—¿Cómo te fue?

—¿No viste la transmisión?

—Estábamos resolviendo algunas cosas —explicó Cathy. En ese instante entró Arnie.

—No estuvo mal, jefe —opinó—. Esta noche tendrás que reunirte con los del Senado. Acabo de arreglar con los líderes de ambos bandos. Esto influirá sobre las elecciones de hoy y...

—Arnie, hasta nuevo aviso no se discutirán temas políticos en este edificio. La política es ideología y teoría. Ahora debemos tratar con fríos hechos —dijo SWORDSMAN.

—No puedes escaparte, Jack. La política *es* real, y si esta epidemia es producto de un ataque deliberado como asegura el general, entonces estamos frente a una guerra, y la guerra *es* un acto político. Estás al frente del gobierno. Te presentarás ante el Congreso, y eso es un acto político. No eres un rey filósofo. Eres el presidente de un país democrático —le recordó Van Damm.

—Está bien —suspiró Ryan, rindiéndose al momento—. ¿Qué más?

—Llamó Bretano. Están implementando el plan. Dentro de unos minutos el sistema de tráfico aéreo interrumpirá todos los vuelos. Es probable que en este mismo momento los aeropuertos sean un caos.

—Seguramente —Jack cerró los ojos, atribulado.

—Señor, no tenía otra opción —acotó el general Pickett.

—¿Cómo vuelvo a Hopkins? —preguntó Alexandre—. Debo ocuparme del departamento y los pacientes.

—Le dije a Bretano que permita la salida de Washington —informó Van Damm—. Lo mismo pasará en otras grandes ciudades con grandes suburbios. Nueva York, Filadelfia, etc. La gente debe volver a sus casas, ¿no?

Pickett asintió.

—Sí, estarán más seguros en sus casas. No es realista suponer que podamos implementar el plan antes de medianoche.

—Alex —intervino Cathy—, supongo que podrá venir conmigo. Yo también debo volver.

—¿Qué? —Ryan abrió los ojos, atónito.

—Jack, también soy médica.

—Eres médica de *ojos*, Cathy. La gente puede esperar por sus anteojos nuevos —insistió Jack.

—En la reunión de hoy decidimos que todos vamos a colaborar. No podemos dejar que los enfermeros y los chicos residentes atiendan solos a estos pacientes. Soy médica clínica. Tenemos que turnarnos, querido —explicó SURGEON.

—¡No! No, Cathy, es demasiado peligroso —Ryan la miró a los ojos—. No te dejaré ir.

—Jack, muchas veces te fuiste y hay muchas cosas que no me contaste —dijo la primera dama—. Soy médica. Tengo un deber que cumplir.

—No es tan peligroso, señor presidente —acotó Alex—. Si uno toma todas las precauciones, claro. Trabajo con enfermos de SIDA diariamente y...

—¡No, maldita sea!

—¿Porque soy mujer? —preguntó Caroline Ryan con extrema dulzura—. También me da un poco de miedo, Jack, pero soy profesora en la universidad de medicina. Enseño a los alumnos a ser médicos. Les enseño sus responsabilidades profesionales. Una de esas responsabilidades es estar allí para sus pacientes. Tú no puedes huir de tus deberes, Jack. Yo tampoco.

—Me gustaría ver las medidas precautorias que has implementado, Alex —dijo Pickett.

—Encantado, John.

Jack seguía mirando a su esposa. Sabía que era fuerte y que a veces atendía pacientes con enfermedades contagiosas... El SIDA, por ejemplo, produce serias complicaciones oculares. Sólo que nunca lo había pensado. Y ahora debía hacerlo.

—¿Qué pasaría si...?

—No pasará. Debo ser cuidadosa. —Lo besó frente a los demás—. Mi marido es verdaderamente inoportuno —le anunció al público.

Era demasiado para Ryan. Empezaron a temblarle las manos y los ojos se le llenaron de lágrimas. Parpadeó para despejarlas.

—Por favor, Cathy... —musitó.

—¿Acaso me habrías escuchado camino a ese submarino, Jack? —Lo besó otra vez y se puso de pie.

Hubo resistencia, pero no tanta. Cuatro gobernadores ordenaron a sus generales adjuntos —título atribuido a los oficiales superiores de la Guardia Nacional estatal— no obedecer la orden presidencial, y tres de éstos cumplieron el mandato hasta que el secretario de Defensa llamó para confirmar personalmente la orden, amenazándolos con la baja inmediata, el arresto y la corte marcial en caso de desobediencia. Algunos hablaron de organizar protestas, pero eso llevaría tiempo y

los vehículos verdes ya habían empezado a moverse. Las radios y teleemisoras locales informaron que la gente podría trasladarse a su casa sin problemas hasta las nueve de la noche, y hasta medianoche con identificación especial. La mayoría de la gente llegó a su hogar sin inconvenientes, pero como nada es uniforme en la vida, los moteles de todo el territorio norteamericano se llenaron al tope.

Los niños recibieron con entusiasmo la noticia de que cerrarían las escuelas por lo menos durante una semana, sin comprender la preocupación o el miedo que manifestaban sus padres.

Todo el stock de mascarillas quirúrgicas se vendió en cuestión de minutos sin que los farmacéuticos supieran por qué... hasta que alguien prendió la radio.

Por extraño que parezca, los agentes del Servicio Secreto que debían organizar la próxima visita del presidente a Pittsburgh fueron los últimos en enterarse. Mientras algunos iban al bar para ver a Ryan por televisión, Raman se escapó para hacer un llamado telefónico. Llamó a su casa, esperó que entrara el contestador automático y marcó el código de acceso a mensajes. Había otro mensaje falso anunciando la llegada de una alfombra que no había ordenado a un precio que no tendría que pagar. Sintió un levísimo escalofrío. Ya era libre para cumplir cuando quisiera su misión. Es decir pronto, porque se esperaba que pereciera en el intento. Aunque estaba dispuesto a morir, camino al bar pensó que tal vez tendría una oportunidad de sobrevivir. Los otros tres agentes, parados frente al televisor, mostraron en alto sus credenciales cuando alguien protestó por el bloqueo de la imagen.

—¡Dios santo! —dijo el más viejo de la oficina de Pittsburgh—. ¿Y ahora qué hacemos?

Hubo complicaciones con los vuelos internacionales. Acababan de comunicar las nuevas medidas a las embajadas en Washington. Los embajadores a su vez comunicaron la naturaleza de la emergencia a sus gobiernos, pero en el caso de los europeos, la mayoría estaba en la cama cuando llegaron las llamadas. Tuvieron que ir a sus oficinas, reunirse con funcionarios autorizados y decidir qué hacer, pero la prolongada duración de los vuelos transoceánicos les dio un margen de tiempo. Inmediatamente decidieron que todos los pasajeros provenientes de Estados Unidos entrarían en cuarentena... todavía no se sabía por cuánto tiempo. Realizaron llamadas urgentes a la Administración Federal de Aviación para posibilitar que los vuelos con destino a Estados Unidos aterrizaran, recargaran combustible y regresaran al punto de origen. Esos aviones serían identificados como “no contaminados” y sus pasajeros podrían volver inmediatamente a sus casas, aunque por supuesto habría errores burocráticos en el camino.

El cierre de los mercados financieros se evidenció a raíz de un caso de Ébola que se presentó en el Northwestern University Medical Center. Era un financista que trabajaba en la Bolsa de Comercio de

Chicago. La noticia no tardó en trascender. Se cancelaron todas las operaciones y la próxima preocupación de la comunidad mercantil y financiera fue el efecto que esto causaría sobre sus actividades. Todo el mundo miraba la cobertura televisiva. Todas las redes tenían su propio experto médico, que gozaba de absoluta libertad para explicar el problema. Los canales de cable transmitían especiales científicos sobre epidemias de Ébola en Zaire, mostrando hasta dónde podían llegar los síntomas gripales. El resultado de tanta información fue un estallido de pánico silencioso y privado en todo el país. La gente se encerró en su casa, contó las provisiones y siguió mirando televisión y preocupándose y a la vez esforzándose por ignorar lo que ocurría. Si los vecinos hablaban, lo hacían a distancia.

En Atlanta, el número de casos llegó a quinientos poco antes de las ocho. Gus Lorenz había pasado el día entre el laboratorio y la oficina. En esas condiciones, su staff y él corrían peligro. La fatiga solía ocasionar errores y accidentes. El personal del CDC estaba acostumbrado a trabajar de manera calma y ordenada en uno de los laboratorios de investigación más organizados y eficaces del mundo, y ahora sufría una actividad frenética. Las muestras de sangre que recibían minuto a minuto debían ser clasificadas y analizadas, y los resultados enviados por fax al hospital de origen. Lorenz había batallado todo el día para reorganizar a su gente de modo tal que se trabajara las veinticuatro horas del día sin sobrecargar a nadie. Él también necesitaba descansar, pero cuando fue a dormir la siesta a su oficina encontró a alguien esperándolo.

—FBI —dijo el hombre, mostrándole su identificación. En realidad se trataba del SAC local, un agente muy jerárquico que manejaba sus asuntos por teléfono celular. Era un hombre alto, tranquilo y de emociones lentas que solía afirmar que, en situaciones de crisis, lo primero era pensar. Estaba convencido de que siempre habría tiempo para masticar las cosas y enderezarlas.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Lorenz, sentándose.

—Necesito información, señor. El FBI está trabajando con otras agencias para descubrir los orígenes de la epidemia. Estamos entrevistando a las víctimas para determinar dónde se contagiaron, y suponemos que usted es quien mejor conoce el cuadro general de la situación. ¿Dónde comenzó todo?

Los militares no sabían dónde había empezado, pero rápidamente vieron a dónde había llegado. Fort Stewart, en Georgia, sólo había sido el primer paso. Casi todas las bases del ejército estaban cerca de grandes ciudades. Fort Stewart estaba a escasa distancia de Savannah y Atlanta. Fort Hood estaba cerca de Dallas-Fort Worth. Fort Campbell estaba a una hora de Nashville, donde Vanderbilt había reportado muchos casos. Los soldados vivían en barracas donde compartían duchas e inodoros y los médicos militares estaban literalmente aterrados.

Los marinos eran los que estaban en peor situación, porque los barcos son microambientes cerrados. Los que estaban en el mar recibieron la orden de permanecer allí hasta que se evaluara la situación en tierra. Pronto se determinó que todas las bases importantes corrían peligro, y aunque algunas unidades —principalmente infantería y policía militar— se sumaron a la Guardia Nacional, los médicos mantenían a los soldados y marines bajo estricta vigilancia. Pronto empezaron a encontrar hombres y mujeres con síntomas gripales. Los aislaron inmediatamente, los vistieron con equipos protectores MOPP y los mandaron en helicóptero al hospital más próximo que atendiera casos de Ébola. A medianoche se supo que, hasta próximo aviso, las Fuerzas Armadas norteamericanas eran un instrumento contaminado. Se realizaron llamados de urgencia al Centro Nacional de Comando Militar para reportar unidades infectadas, y sobre esa información se decidió separar algunos batallones de otros. Mientras tanto, los soldados se alimentaban con raciones de combate (los comedores estaban cerrados) y pensaban en un enemigo que no podían ver.

—Dios santo, John —dijo Chávez. Estaban en la oficina de Clark.

Clark asintió en silencio. Su esposa, Sandy, era instructora de enfermería en un hospital escuela y su vida corría peligro. Trabajaba en el piso de clínica médica. Si llegaba un paciente infectado, iría a la unidad de Sandy y ella tendría que mostrarle a sus alumnos cómo atenderlo sin correr riesgos.

¿Sin correr riesgos? se preguntó. Seguro. Ese pensamiento le trajo malos recuerdos y una clase de miedo que hacía años no experimentaba. Este ataque contra el país —nadie se lo había dicho todavía, pero había aprendido a no creer en casualidades— no lo ponía en peligro a él, sino a su esposa.

—¿Quién supones que lo hizo? —Fue una pregunta torpe, que mereció una respuesta aún más torpe.

—Alguien que nos odia *in extremis* —respondió, de mal modo.

—Lo siento —Chávez miró por la ventana y pensó unos segundos—. Es una apuesta pesadísima, John.

—Si descubrimos que lo es... el que montó el aparato de seguridad es un reverendísimo hijo de puta.

—Sin duda, Mr. C. ¿La gente que estuvimos viendo últimamente?

—Es una posibilidad. Supongo que hay otras. —Miró su reloj. El director Foley ya habría llegado de Washington y debían reunirse en su oficina. Tardaron un par de minutos en llegar.

—Hola, John —dijo el DCI, levantando la vista de su escritorio. Mary Pat también estaba allí.

—No fue accidental, ¿no? —preguntó Clark.

—No, claro que no. Estamos implementando una fuerza de tareas conjunta. El FBI está hablando con la gente en el interior. En cuanto tengamos pistas trabajaremos fuera de nuestras fronteras. Ustedes dos se harán cargo. Estoy tratando de encontrar una manera eficaz de mandar gente al otro lado del charco.

—¿Y la SNIE? —preguntó Ding.

—Todo pasó a segundo plano hasta nuevo aviso. Y Jack me dio autorización para dar órdenes a la NSA y la DIA. —Aunque el DCI tenía legalmente el poder de hacerlo, las otras agencias siempre se habían manejado como imperios independientes. Hasta ahora.

—¿Cómo andan los chicos? —preguntó Clark.

—En casa —replicó Mary Pat. Por muy reina de los espías que fuera, seguía siendo una madre con preocupaciones maternas—. Dicen que están bien.

—Armas de destrucción masiva —dijo Chávez. No tuvo necesidad de agregar nada.

—Sí —asintió el DCI. A alguien se le había pasado por alto, o bien no concedía importancia a la política explícita de los Estados Unidos respecto al tema. Un-arma-nuclear-era-un-germen-era-una-granada-de-gas, y la respuesta norteamericana a un germen o una granada de gas sería un arma nuclear, porque Estados Unidos tenía armas nucleares, pero no gérmenes o gases. Sonó el teléfono de Foley—. ¿Sí? —Escuchó unos segundos—. Bueno, ¿podría enviarnos un equipo? Está bien, gracias.

—¿Quién era?

—El USAMRIID de Fort Detrick. Llegarán dentro de una hora. Podemos mandar gente al otro lado del charco, pero primero tendrán que hacerse todos los análisis. Los países europeos están... bueno, imagínense. Carajo, no se puede llevar un maldito *perro* a Inglaterra sin dejarlo un mes en la perrera para estar seguros de que no tiene rabia. Probablemente les harán análisis a ustedes. Y también a la tripulación del avión —agregó el DCI.

—No trajimos equipaje —dijo Clark.

—Compren allá todo lo que necesiten, Johh, ¿de acuerdo? —Mary Pat hizo una pausa—. Lo siento.

—¿Tenemos alguna pista?

—Todavía no, pero pronto habrá. Es imposible hacer algo así sin dejar *algunas* huellas.

—Aquí hay algo raro —observó Chávez, con la vista clavada en el suelo—. John, ¿recuerda lo que le dije el otro día?

—No —admitió Clark—. ¿Qué era?

—Hay cosas de las que uno no se puede retractar, cosas irreversibles. Caramba, si fue una operación terrorista...

—Demasiado grande —objetó Mary Pat—. Demasiado sofisticada.

—Está bien, señora, pero si lo fuera, demonios, podríamos transformar el Valle del Bekaa en un estacionamiento y mandar a los marines a pintar las rayas antes de que se enfríe. No es ningún secreto. Lo mismo valdría para una nación-estado, ¿no? Enterramos los misiles balísticos pero todavía tenemos bombas nucleares. Podemos transformar en cenizas a cualquier país y el presidente Ryan lo haría sin titubear... bueno, al menos no apostaría mi casa a lo contrario. Lo he visto en acción y no es ningún pusilánime.

—¿Entonces? —preguntó el DCI, sin aclarar que no era tan simple. Para que Ryan o cualquier otro iniciara una orden de lanzamiento

nuclear, el ataque previo debía pasar el escrutinio de la Corte Suprema, y *no* creía que Ryan fuera capaz de hacerlo en esas circunstancias.

—Entonces el que pergeñó la operación está pensando una de dos cosas. O le importa un bledo que sepamos quién es, o no cree posible que vayamos a responder de esa manera, o... —Había una tercera opción, ¿no? Casi casi, pero no del todo.

—O matan al presidente... ¿pero por qué atacar primero a su hijita? —preguntó Mary Pat—. El atentado sólo sirvió para aumentar la seguridad y dificultarles el trabajo. Está pasando de todo en todas partes. China. La RIU. La Armada india en alta mar. La mierda política doméstica, y ahora Ébola. No hay cuadro general. No hay conexión entre los hechos.

—Salvo que entre todos *nos están arruinando la vida*, ¿no? —Se hizo silencio.

—El chico acaba de anotarse un punto —admitió Clark.

—Siempre empieza en África —dijo Lorenz, llenando su pipa—. Allí vive. Hace unos meses hubo un pequeño estallido en Zaire.

—No miré el noticiero —dijo el agente del FBI.

—Sólo dos víctimas, un niño y una enfermera... una monja enfermera, creo, pero la perdimos en un accidente aéreo. Luego hubo un miniestallido en Sudán, otra vez dos víctimas, un hombre joven y una niña. El hombre murió. La niña sobrevivió. Eso fue hace unas semanas. Tenemos muestras de sangre del Caso Índice. Estamos experimentando con ellas.

—¿Cómo lo hacen?

—El virus se cultiva en tejido. En riñones de mono, de hecho... ah, sí —recordó.

—¿Qué pasa?

—Hace un tiempo ordené monos verdes africanos. Son los que usamos para el cultivo. Hay que matarlos y sacarles los riñones. Pero alguien se me adelantó y tuve que esperar otra camada.

—¿Sabe quién fue?

Lorenz hizo un gesto negativo.

—No, no me interesó averiguarlo. Me retrasó una semana, diez días, eso fue todo.

—¿Quién más podría querer monos?

—Las empresas farmacéuticas, los laboratorios médicos, esa gente.

—¿Con quién tengo que hablar para averiguarlo?

—¿Habla en serio?

—Sí, señor.

Lorenz se encogió de hombros y buscó en su Rolodex.

—Aquí está —dijo.

No fue fácil combinar la reunión-desayuno. El embajador David L. Williams salió de su auto y fue escoltado a la residencia oficial de la primera ministra. Agradeció la hora del día. India podía ser un verda-

dero horno, y a esa edad el calor se volvía cada vez más opresivo, especialmente cuando debía vestirse como embajador y no como gobernador de Pennsylvania, donde estaba bien parecer de clase obrera. En este país, parecer de clase trabajadora implicaba una vestimenta aún más informal, y eso volvía locos a los de arriba con sus amados símbolos de status. Les gustaba denominarla “la democracia más grande del mundo”, pensó el político retirado. ¿A quién querían engañar?

La primera ministra ya estaba sentada a la mesa. Se puso de pie cuando Williams entró, le estrechó la mano y lo invitó a sentarse. La porcelana tenía bordes de oro, un sirviente de librea se acercó a servirles café. El desayuno empezó con un sabroso melón.

—Gracias por recibirme —dijo Williams.

—Siempre es bienvenido en mi casa —replicó cortésmente la P.M., pero el embajador sabía que era sibilina como una víbora. La charla “hola-cómo está usted” duró diez minutos. Los esposos estaban bien. Los hijos estaban bien. Los nietos estaban bien. Sí, cada vez hacía más calor. Bueno, se acercaba el verano—. ¿Cuáles son los temas que debemos discutir?

—Entiendo que la Armada india ha salido al mar.

—Sí, efectivamente. Después de los daños infligidos por las fuerzas norteamericanas tuvimos que hacer numerosas reparaciones. Supongo que quieren comprobar el buen funcionamiento de los equipos —replicó la P.M.

—¿Sólo son ejercicios navales? —preguntó Williams—. Mi gobierno está haciendo una simple pregunta, señora.

—Señor embajador, le recuerdo que somos una nación soberana. Nuestras fuerzas armadas operan bajo nuestra ley, y además ustedes nos recuerdan constantemente que el océano es zona de libre tránsito. ¿Y ahora me dice que su país quiere negarnos ese derecho?

—En absoluto, primera ministra. Solamente nos resulta curioso que realicen una práctica tan larga. —Omitió agregar: *teniendo recursos tan limitados*.

—Señor embajador, a nadie le gusta que le pasen por encima. Hace pocos meses ustedes nos acusaron falsamente de tener intenciones agresivas hacia un vecino. Amenazaron a nuestro país. Atacaron a nuestra armada y dañaron nuestros barcos. ¿Qué hemos hecho para merecer actos tan poco amistosos? —preguntó, recostándose en la silla.

Actos poco amistosos no era una frase que se usara con ligereza, y Williams no pudo menos que advertir que no la había dicho por casualidad.

—Señora, jamás hubo semejante cosa. Me atrevo a sugerir que hubo malentendidos mutuos y por eso, para evitar futuros errores, he venido a hacer una simple pregunta. Estados Unidos no amenaza. Simplemente quiere conocer las intenciones de la Armada india.

—Ya le he respondido. Estamos haciendo prácticas. —Antes *suponía* que pasaba algo. Ahora estaba segura—. Nada más.

—Entonces mi pregunta ya tiene respuesta —comentó Williams con una sonrisa benigna. Dios, encima se creía inteligente. Williams

había crecido en uno de los entornos políticos más complejos de EE.UU., el Partido Democrático de Pennsylvania, y había luchado hasta llegar a la cima. Allí conoció mucha gente como ella, sólo que menos mojigata. Mentir era un hábito tal para los políticos que estaban convencidos de que siempre se saldrían con la suya—. Gracias, señora.

Había sido una barrida absoluta, la primera de ese ciclo de entrenamiento. Pésima elección del momento, pensó Hamm, viéndolos volver por el camino de tierra. Habían empezado justo después del mensaje presidencial. Eran guardias nacionales y estaban lejos de sus casas y preocupados por sus familias. Eso los distrajo mucho. No habían podido calmarse, llamar a sus casas y asegurarse de que mamá y papá estaban bien, o la mujer y los hijos. Y lo habían pagado caro. Pero, como soldado profesional que era, Hamm sabía que era injusto bajar el puntaje de la brigada Carolina. Uno no se enteraba de esas cosas en el campo de batalla. Por muy realista que fuera el NTC, no dejaba de ser un juego. Nadie moría allí, excepto por accidente, pero en casa podría haber muertos de verdad. No se suponía que fuera así, ¿no?

El médico del ejército les extrajo sangre para analizarla. Clark y Chávez lo observaban con fascinación mórbida, especialmente porque usaba mascarilla y guantes.

—Los dos están limpios —les anunció, con un suspiro de alivio.

—Gracias, sargen —dijo Chávez. Ahora todo se había vuelto real. En sus oscuros ojos latinos había algo más que alivio. Igual que John, Domingo estaba adoptando el rostro de su futura misión.

Una vez concluido el análisis, subieron a un automóvil oficial para ser trasladados a la Base Andrews. Las calles de Washington estaban inusualmente vacías, pero la rapidez del viaje no logró ahuyentar la sensación ominosa que ambos padecían. Después de cruzar un puente, pararon y tuvieron que esperar que otros tres vehículos pasaran el puesto de control. Había un camión de la Guardia Nacional atravesado en el camino. Clark sacó por la ventanilla su identificación de la CIA.

—Agencia —gritó.

—Pasen —replicó el Spec-4.

—Entonces, ¿adónde se supone que vamos, Mr. C?

—África, vía Azores.

Investigaciones

La reunión con los líderes del Senado fue predecible. La entrega de mascarillas quirúrgicas marcó el tono de la noche... nuevamente por idea de Van Damm. El general Pickett se había trasladado a Hopkins para evaluar las medidas precautorias, pero ya estaba de vuelta para hacer su informe. Los quince senadores reunidos en la Sala Este lo escucharon con expresión grave. Sólo se les veían los ojos por encima de las mascarillas.

—No estoy de acuerdo con sus medidas, señor presidente —dijo uno de ellos. Jack no pudo identificarlo.

—¿Cree que *yo* sí? —replicó—. Si alguien tiene una idea mejor, estoy dispuesto a escucharlo. Debo atenerme a las opiniones médicas calificadas. Si este virus es tan mortal como dice el general, cualquier error podría significar miles de muertos... tal vez millones. De errar, debemos errar por exceso de cautela.

—¿Pero qué pasa con las libertades civiles? —preguntó otro.

—¿Hay alguna libertad civil que sea más importante que la vida? —preguntó Jack—. Si alguno de ustedes tiene una mejor opción, lo escucharé... aquí tenemos uno de nuestros expertos para evaluarla. *Pero no escucharé* opciones que *no* estén basadas en hechos científicos. La Constitución y las leyes no pueden anticipar todas las eventualidades. Se supone que debemos usar la cabeza en casos como éste...

—¡Se supone que debemos guiarnos por principios! —Otra vez el senador de las libertades civiles.

—Bueno, discutamos un poco el tema. Si hay un punto medio entre las medidas que tomé y cualquier otra cosa que permita que el país siga en movimiento —*y a salvo!*—, bueno, analicémoslo. *¡Quiero opciones! ¡Ofrézcanme algo útil!* —Se hizo silencio. Las miradas eran tensas. Hasta eso era difícil.

—¿Por qué tuvo que actuar tan rápido?

—¡Porque está muriendo gente, imbécil! —le espetó otro senador a su buen amigo y distinguido colega. Debía pertenecer a la nueva camada, pensó Jack. Todavía no conocía los mantras.

—¿Pero qué pasará si se equivoca? —preguntó una voz.

—Podrán hacerme juicio político después que el Congreso me procese —replicó Jack—. Luego será otro el que tome las decisiones, y que Dios lo ayude. Senadores, mi esposa está en Hopkins atendiendo a esos enfermos. Tampoco me gusta *eso*. Me gustaría contar con el

apoyo de ustedes. Es difícil estar solo en una situación como ésta pero, con apoyo o sin él, tengo que hacer lo mejor que pueda. Por última vez: si alguien tiene una idea mejor, estamos aquí para escucharla.

Pero ninguno de ellos tenía una idea mejor. Tampoco tenían la culpa. Habían tenido menos tiempo que él para ponerse al tanto del problema.

La Fuerza Aérea les había conseguido uniformes tropicales en el Puesto de Intercambio de Andrews —un depósito mediano—, porque sus ropas de Washington eran un poco pesadas para el trópico. El nuevo atuendo también les serviría de camuflaje. Clark ostentaba alas plateadas de coronel y Chávez había completado su uniforme de mayor con las alas y galones plateados donados por la tripulación del VC-20B. De hecho, había dos tripulaciones. La de refuerzo dormitaba en dos asientos de pasajeros.

—No está mal para un E-6 retirado —acotó Ding, aunque el uniforme no le sentaba demasiado bien.

—Tampoco está mal para un E-7 retirado. Y no olvide que debe llamarme “Señor”, mayor Chávez.

—Tres valijas llenas, señor. —Fue el único respiro que tuvieron. La versión militar del Gulfstream llevaba una tonelada de equipos de comunicación y una sargento encargada de manejarlos. Los documentos que abarrotaban los equipos amenazaban extinguir la reserva de papel a bordo. En ese instante sobrevolaban Cabo Verde, rumbo a Kinshasa.

—La segunda parada es Kenia, señor —la sargento de comunicaciones, que era en realidad especialista en inteligencia, leyó toda la información recibida—. Deben ver a un hombre en relación con unos monos.

Clark le arrebató la hoja —después de todo era el coronel— para leerla, mientras Chávez se preguntaba cómo quedarían los galones sobre la camisa azul de uniforme. Decidió ser menos meticuloso.

—Mira esto —dijo John, pasándole la hoja.

—Es una pista, Mr. C. —observó Ding inmediatamente. Cruzaron una mirada. Era una misión de pura inteligencia, una de las pocas que les habían tocado. Debían reunir información vital para su país y nada más. Por ahora. Aunque no lo dijeron, no hubieran objetado hacer algo más. Aunque ambos eran oficiales de campo del directorio de Operaciones de la CIA, también eran ex combatientes (en el caso de Clark, ex SEAL) que frecuentemente caían en el lado paramilitar del DO, donde hacían cosas que los agentes secretos puros consideraban poco excitantes. Pero satisfactorias, pensó Chávez. Muy satisfactorias. Estaba aprendiendo a controlar su carácter —de hecho, esa parte de su herencia genética, como la llamaban ahora, siempre había estado bajo estricto control— pero eso no le impedía pensar que si llegaba a encontrar al que había perjudicado a su país haría con él lo que hacen los soldados en esos casos.

—Usted lo conoce mejor que yo, John. ¿Qué va a hacer?
—¿Jack? —Clark se encogió de hombros—. Eso depende de qué le consigamos nosotros, Domingo. Es nuestro trabajo, ¿recuerdas?
—Sí, señor —respondió el joven, súbitamente serio.

El presidente no durmió bien esa noche, aunque le habían dicho —y él mismo se había dicho— que el sueño era requisito fundamental para tomar buenas decisiones... y *ésa*, decían todos, era su única y verdadera función. Era lo que los ciudadanos esperaban que hiciera por sobre todas las cosas. El día anterior apenas había dormido seis horas después de una extenuante agenda de discursos y viajes, pero aun así el sueño tardaba en llegar. Su staff y el de otras agencias federales dormían todavía menos, porque, por abarcativo que fuera el decreto presidencial, debía ser implementado en el mundo práctico, lo que equivalía a interpretarlo en el contexto de una nación viva. Además estaba el problema de las dos Chinas, que empezaban el día trece horas antes que Washington; otro problema potencial con India, diez horas adelantada; y otro en el Golfo Pérsico, ocho horas antes. Todos se sumaban a la crisis mayor en Estados Unidos, que abarcaba siete husos horarios contando Hawaii... o más, agregando las posesiones del Pacífico. Acostado en su cama de la Casa Blanca, Ryan pensaba en el globo terráqueo, preguntándose qué parte del mundo *no* le traía preocupaciones. Alrededor de las tres capituló, se levantó y, vestido con ropa informal, se dirigió a la Oficina de Señales del Ala Oeste, con algunos agentes de la Custodia Personal pisándole los talones.

—¿Cómo están las cosas? —le preguntó al mayor Charles Canon, USMC, el mismo que le había informado el asesinato del presidente iraquí... con el que aparentemente había empezado todo, recordó. Todos se pusieron de pie y Jack les hizo señas para que volvieran a sentarse—. Sigán en lo suyo.

—Es una noche agitada, señor. ¿Está seguro de pasar la noche en vela para enterarse? —preguntó el mayor.

—No tengo muchas ganas de dormir, mayor —replicó Ryan. Los tres agentes del Servicio hicieron caras a sus espaldas. Ellos sabían bien que POTUS necesitaba dormir, por más que él lo ignorara.

—Bueno, señor presidente, estamos copiando toda la información que reciben y emiten el CDC y el USAMRIID. Hemos marcado todos los casos en aquel mapa —señaló Canon. Alguien había clavado un mapa nuevo y más grande en una plancha de corcho. Los alfileres rojos obviamente indicaban casos de Ebola. También había una caja de alfileres negros cuya función era demasiado obvia, aunque todavía no habían pinchado ninguno. Los alfileres se agrupaban principalmente en dieciocho ciudades, con algunos sueltos y pares dispersos por el resto del mapa. Quedaban varios estados intactos. Idaho, Alabama, ambas Dakotas y, extrañamente, Minnesota con su Clínica Mayo eran algunos de los estados protegidos por el decreto presidencial de Ryan... o por casualidad, ¿cómo establecer certeramente la diferencia? Había varios informes impresos... todas las computadoras e impre-

soras estaban en funcionamiento. Ryan escogió uno al azar. Era una lista de los pacientes-víctimas por nombre, por estado, por ciudad y por ocupación. El quince por ciento pertenecía a la categoría “custodia y mantenimiento”. Ése era el grupo estadísticamente más grande después de “ventas y marketing”. La información provenía del FBI y el CDC, que analizaban en conjunto los parámetros de la infección. Otro informe indicaba posibles fuentes de infección, confirmando la sospecha del general Pickett sobre la elección de exhibiciones comerciales como blanco privilegiado del ataque.

Cuando trabajaba para la CIA, Ryan había estudiado toda clase de ataques teóricos contra su país. Por alguna razón jamás había visto nada parecido a esto. La guerra biológica estaba más allá de cierto límite. Había pasado horas pensando en ataques nucleares. Qué teníamos nosotros, qué tenían ellos, qué blancos, qué víctimas, centenares de blancos privilegiados seleccionados por factores políticos, económicos o militares, y, para cada opción, un amplio espectro de soluciones según el clima, la época del año, la hora del día y otras variables, tantas que los resultados sólo podían determinarse por computadora, y aun así seguían siendo meros cálculos de probabilidades. Había odiado aquello y se había alegrado con el fin de la Guerra Fría y su amenaza constante e implícita de mega-muertes. Incluso había capeado una crisis que podría haber llegado a ese extremo. Todavía recordaba las pesadillas posteriores...

Jamás había tomado un curso de gobierno per se —como los usuales cursos de ciencia política del Boston College— para graduarse en economía. Recordaba las palabras de un aristocrático dueño de plantaciones, escritas casi treinta años antes de transformarse en el tercer presidente del país: “...Vida, Libertad y Búsqueda de Felicidad. Los gobiernos han sido creados para garantizar esos derechos, y sus justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados”. Ésa era la clave de su deber. La Constitución que había jurado preservar, proteger y defender había sido creada para preservar, proteger y defender las vidas y derechos de la gente, y no se suponía que él debiera estar allí, leyendo listas de nombres y lugares y ocupaciones de un grupo de gente destinado a morir en un ochenta por ciento. Esa gente tenía derecho a vivir. Tenía derecho a ser libre. Tenía derecho a buscar —en realidad, Jefferson había escrito “persecución de la felicidad” en el sentido de *vocación*, no de cacería— la felicidad. Bueno, alguien les estaba quitando la vida. Ryan había ordenado la suspensión de la libertad. Seguramente muy pocos serían felices en semejantes condiciones...

—En cierto sentido tenemos buenas noticias, señor presidente —Canon le pasó el resultado de las elecciones del día anterior. Ryan quedó atónito. Lo había olvidado por completo. Alguien había preparado una lista de los ganadores según la profesión, y menos de la mitad eran abogados. Veintisiete eran médicos. Veintitrés ingenieros. Diecinueve granjeros. Dieciocho maestros. Catorce hombres de negocios. Bueno, ya era algo, ¿no? Tenía un tercio de la Casa de Representantes. Se preguntó cómo trasladarlos a Washington. No podían impedirles el

traslado. La Constitución era muy explícita al respecto. Aunque Pat Martin arguyera que la suspensión de los viajes interestatales jamás había sido considerada en la Corte Suprema, la Constitución mandaba que no se impidiera acudir a una sesión a los miembros del Congreso excepto a causa de ¿traición...? Algo así. No podía recordar con exactitud, pero sabía que la inmunidad de los congresales era sumamente importante.

Empezó a sonar una máquina de télex. Un Spec-5 del ejército se acercó a ver.

—Tráfico FLASH de Estado, del embajador Williams en India —anunció.

—A ver —Ryan se acercó también. Malas noticias. Igual que las de Taipei.

Los médicos hacían turnos de cuatro horas. Por cada residente había un miembro superior del staff médico. Esencialmente hacían tareas de enfermería, pero aunque las hacían bien sabían que eso no tenía demasiada importancia.

Era la primera vez que Cathy se ponía un traje espacial. Había operado aproximadamente treinta enfermos de SIDA por complicaciones oculares producidas por la enfermedad, pero sólo había usado guantes. Claro, también había sido más lenta y cuidadosa en sus movimientos, pero eso era todo. Ahora no. Ahora estaba dentro de una enorme y gruesa bolsa de plástico y llevaba puesto un casco cuya lámina transparente se empañaba con el aliento. Así ataviada, atendía pacientes que iban a morir a pesar de todos los cuidados dispensados.

De todos modos debían intentar salvarlos. En ese instante Cathy observaba el Caso Índice local, el vendedor de Winnebago cuya esposa estaba en la habitación vecina. Le estaban aplicando suero intravenoso —con fluidos, electrolitos y morfina— y transfundiendo sangre. Lo único que podían hacer era esperar. Antes se creía que el interferón ayudaba, pero no. Los antibióticos no combatían las enfermedades virósicas, hecho no del todo apreciado. No había nada más, aunque centenares de personas estaban examinando opciones día y noche en sus laboratorios. Nadie se había dedicado a Ébola. El CDC, el ejército y unos pocos laboratorios del mundo habían hecho algunos avances, pero Ébola jamás había merecido la atención consagrada a otras enfermedades que devastaban países “civilizados”. En Estados Unidos y Europa se investigaban prioritariamente las enfermedades con alto índice de mortalidad o las que atraían la atención política, porque la adjudicación de dinero público para investigación era un acto político, y en cuanto a los fondos privados, tenía mucho que ver con la desgracia de alguna persona rica o prominente. La miastenia gravis mató a Aristóteles Onassis y los fondos destinados al estudio de la enfermedad (si bien no llegaron a tiempo para ayudar al magnate naviero) sirvieron para obtener avances significativos casi de la noche a la mañana... En gran parte gracias a la

suerte, pensó la doctora Ryan, pero de todos modos fue una bendición para las otras víctimas. El mismo principio era aplicable a la oncología, donde los fondos para cáncer de mama (que atacaba a una mujer de cada diez) superaban a los fondos destinados a investigar el cáncer de próstata (que atacaba a la mitad de la población masculina). Además, se destinaban grandes sumas a todas las variedades de cáncer infantil aunque la cantidad de casos era estadísticamente ínfima (sólo doce casos anuales cada cien niños), ¿pero acaso había algo más precioso que la vida de un niño? Nadie lo ponía en duda, y ella menos. Ébola y otras enfermedades tropicales contaban con fondos casi inexistentes para investigación porque tenían bajo perfil en los países que ponían el dinero. Eso cambiaría ahora, pero no lo suficientemente rápido para ayudar a los enfermos que llenaban los hospitales.

El paciente comenzó a jadear y giró a la derecha. Cathy tomó el recipiente plástico —las bandejas de emesis eran demasiado pequeñas y tendían a derramar su contenido— y lo sostuvo frente a él. Bilis y sangre. Sangre negra. Sangre muerta. Sangre llena de los “ladrillitos” cristalinos del virus de Ébola. Cuando el hombre dejó de vomitar, Cathy le alcanzó un vaso de agua con un sorbete para que se humedeciera los labios.

—Gracias —murmuró el enfermo. Tenía la piel pálida excepto donde había manchas de hemorragia subcutánea. Petequias. Debía ser latín, pensó Cathy. Una palabra de una lengua muerta para designar un síntoma de muerte próxima. El hombre la miró. Lo sabía. Tenía que saberlo. El dolor estaba superando la dosis normal de morfina y llegaba en oleadas a su conciencia, como el mar que azota el farallón.

—¿Cómo me encuentra? —preguntó.

—Bueno, está muy enfermo —le dijo Cathy—. Pero se está defendiendo muy bien. Si sigue defendiéndose así su sistema inmunológico derrotará al virus, pero tendrá que ser muy fuerte y poner mucha voluntad. —Lo cual no era del todo mentira.

—No la conozco. ¿Es enfermera?

—No, soy cirujana y profesora. —Le sonrió a través del escudo plástico.

—Tenga cuidado —le aconsejó el enfermo—. No vaya a contagiarse. Hágame caso. —Se las ingenió para sonreír con esa débil sonrisa de todos los enfermos graves. Cathy sintió que el corazón se le partía.

—Estamos tomando todas las precauciones. Lamento tener que usar este traje. —Necesitaba tocarlo, demostrarle que le importaba, pero era imposible hacerlo a través de la goma y el plástico, maldita sea.

—Duele muchísimo, doc.

—Póngase boca arriba. Duerma todo lo que pueda. Permítame verificar la dosis de morfina. —Dio la vuelta a la cama para aumentar el goteo y esperó unos minutos, hasta que el enfermo cerró los ojos. Luego fue hasta el balde y lo roció con un poderoso desinfectante químico. El recipiente ya había sido bañado en esa sustancia, al punto tal que el químico había impregnado el plástico y todo lo que cayera en

él sería eliminado al instante. Probablemente fuera innecesario rociarlo una vez más, pero siempre era preferible tomar precauciones de más. Entró una enfermera y le pasó los resultados de los últimos análisis de sangre del paciente. El hígado prácticamente había dejado de funcionar. Ébola sentía una desagradable atracción por ese órgano. Los otros indicadores químicos confirmaban el comienzo de una necrosis sistémica. Los órganos internos habían empezado a morir, los tejidos a deshacerse, devorados por el virus. Teóricamente era posible que su sistema inmunológico apelara a toda su energía y se lanzara al contraataque, pero eso era pura teoría, una oportunidad en un millón. *Algunos* pacientes *derrotaban* la enfermedad. Eso decían los libros que ella y sus colegas habían estudiado las últimas doce horas, y en ese caso, siempre especulando, si pudieran aislar los anticuerpos obtendrían algo que podrían usar terapéuticamente.

Si... tal vez... podrían... tal vez.

Ésa no era la medicina que Cathy conocía. Ciertamente no era la medicina limpia y aséptica que había practicado en Wilmer, curando ojos, devolviéndoles la vista. Volvió a pensar en su decisión de dedicarse a la oftalmología. Uno de sus profesores la había presionado para que entrara en oncología. Tenía cerebro, tenía curiosidad, tenía el don de relacionar las cosas, le había dicho el profesor. Pero mirando a su paciente dormido, agonizante, Cathy supo que no, que no tenía corazón para hacer eso todos los días. No podía verlos morir. ¿Eso la convertía en un fracaso? Miró nuevamente al moribundo y tuvo que admitir que sí, sí, en ese caso sí.

—Maldición —dijo Chávez—. Es como Colombia.

—O Vietnam —acotó Clark, azotado por el calor tropical. Un funcionario de la embajada y un representante del gobierno de Zaire habían ido a recibirlos. Este último usaba uniforme y saludó a los “oficiales” recién llegados con cortesía marcial, que John devolvió.

—Por aquí por favor, coronel. —El helicóptero resultó ser francés, y el servicio, excelente. Estados Unidos había gastado mucho dinero en ese país. Ya era hora de exigir retribuciones.

Clark miró hacia abajo. Jungla. Ya la había visto antes, en más de un país. En su juventud había corrido bajo los frondosos árboles buscando enemigos, mientras los enemigos lo buscaban a él... hombrecitos de pijamas negros o uniformes caqui con fusiles AK-47, gente decidida a matarlo. Por eso apreciaba el hecho de que el enemigo actual fuera más pequeño, no portara armas, y no apuntara exclusivamente a él, sino al corazón de su país. Parecía tan irreal. John Clark era hijo de su país. Había estado en operaciones de combate y en eventos más personalizados, y siempre había recuperado la salud sin problemas. Sobre todo una vez, cuando rescató a un piloto en un río de Vietnam del Norte cuyo nombre no podía recordar. Se había cortado y el río contaminado lo había infectado. *Eso sí* que había sido desagradable, pero las medicinas y el tiempo lo habían curado. Había salido de aquellas experiencias con la profunda convicción de que su país produ-

cía médicos capaces de curar casi cualquier cosa... menos la vejez y el cáncer, por ahora, pero estaban trabajando en eso y a su debido tiempo ganarían la batalla, así como él había ganado la mayoría de las suyas. Pero todo había sido una mera ilusión. Tenía que admitirlo. Y así como él y su país habían perdido la batalla en una jungla como ésa, ahora la jungla salía a derrotarlos. No. Desechó la idea. La jungla no estaba saliendo a acabar con ellos ni nada por el estilo. Todo era obra de ciertos seres humanos.

Los cuatro barcos RO/RO se posicionaron seiscientas millas al nor-noroeste de Diego García, en formación encajonada, separados por mil yardas entre quillas y otras mil yardas entre proas y popas. El destructor *O'Bannon* se ubicó cinco mil yardas adelante, *Kidd* a diez mil yardas al noreste de la embarcación ASW, y *Anzio* a veinte mil millas de avanzada con respecto a los demás. La flota de reabastecimiento con sus dos fragatas avanzaba en dirección oeste y se uniría al grupo al caer el sol.

Era una buena oportunidad para realizar prácticas. Había seis Orion PC-3 en Diego García —en otras épocas la cantidad era mayor— y uno de ellos patrullaba a la cabeza del mini-convoy, arrojando boyas sonoras para detectar submarinos. El Orion que estaba más adelante rastreaba los dos portaaviones de la India a partir de sus emisiones de radar, manteniéndose a su vez fuera del área de detección. El Orion guía sólo llevaba armas antisubmarino, y por ahora su misión era “vigilancia de rutina”.

—Sí, señor presidente —dijo el J-3... sin atreverse a agregar: *¿Por qué no estás durmiendo, Jack?*

—Robby, ¿has visto esta cosa del embajador Williams?

—Me llamó la atención —confirmó el almirante Jackson.

David Williams se había tomado su tiempo para redactar el comunicado, cosa que molestó a la gente de Estado y originó dos pedidos de informes que el embajador ignoró olímpicamente. El ex gobernador había apelado a todo su saber político para considerar las palabras, el tono y el lenguaje corporal escogidos por la primera ministra de India... y sobre todo su mirada. No había nada como la mirada, y Dave Williams había aprendido esa lección más de una vez. Lo único que no había aprendido era verbosidad diplomática. Su informe era filoso como un cuchillo y llegaba a la conclusión de que India se traía algo entre manos. Más adelante destacaba que el tema de Ébola no se había tocado. Ni una palabra solidaria. Eso, según Williams, era en cierto sentido un error y, en otro, un acto deliberado. India tendría que haberse preocupado por la crisis, o al menos demostrado preocupación aunque no la sintiera. Pero la P. M. había preferido ignorar el tema. Si le hubieran preguntado por qué, hubiera dicho que no sabía nada, mintiendo obviamente. Nada pasaba desapercibido en la era de la CNN. En cambio, había insistido en

las actitudes agresivas de Estados Unidos, recordándole el “ataque norteamericano” contra la Armada india dos veces, no una, y denominándolo posteriormente “acto poco amistoso”, frase que en diplomacia se pronunciaba justo antes de llevar la mano al revólver. Williams concluía diciendo que la práctica naval de India no era errada en cuanto a tiempo escogido y lugar. Según él, había recibido un mensaje directo que decía: *¡En tu propia cara!*

—¿Qué opinas, Rob?

—Opino que el embajador Williams es flor de hijo de puta, Jack. Lo único que no dice es lo que no sabe: que no tenemos ningún portaaviones en la zona. India no ha estado rastreándonos, pero es de conocimiento público que *Ike* va rumbo a China y si sus oficiales de inteligencia son medianamente competentes *tienen* que saberlo. Por eso salen al mar. Y ahora recibimos este informe del embajador...

—Basta, Robby —le advirtió Jack—. Ya lo dijiste muchas veces para un solo día.

—Bueno. Jack, tenemos sobradas razones para creer que China e India operaron juntas en otras oportunidades. ¿Y qué pasa ahora? China provoca un incidente. La cosa se pone espesa. Movemos un portaaviones. Los indios salen al océano. Su flota queda en línea directa entre Diego García y el Golfo Pérsico. El Golfo Pérsico se calienta.

—Y aquí tenemos una plaga —agregó Ryan. Se apoyó sobre el escritorio barato de Señales. No podía dormir, pero tampoco estaba completamente despierto—. ¿Simples coincidencias?

—Tal vez. Tal vez la primera ministra de la India esté enfadada con nosotros porque hace un tiempo le sacudimos el avispero. Tal vez sólo quiera demostrarnos que no podemos presionarla. Tal vez sea una porquería más, Jack. Pero tal vez no.

—¿Opciones?

—Tenemos un grupo de acción de superficie en el Mediterráneo Oriental, dos cruceros Aegis y tres fragatas. El Mediterráneo está tranquilo. Sugiero que movamos ese grupo a través de Suez para reforzar el grupo *Anzio*. También sugiero que traslademos un portaaviones al Mediterráneo. Eso llevará su tiempo, Jack. Son seis mil millas; incluso a veinticinco nudos de velocidad tardaremos casi nueve días en acercar el portaaviones. Tenemos más de una tercera parte del mundo sin portaaviones cerca, y la parte descubierta está empezando a ponerme nervioso. No estoy seguro de que podamos intervenir si necesitáramos hacerlo, Jack.

—Hola, hermana —dijo Clark, estrechándole la mano con delicadeza. Hacía años que no hablaba con una monja.

—Bienvenido, coronel Clark. Mayor —saludó a Chávez con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señora.

—¿Qué los trae por nuestro hospital? —El inglés de la hermana Mary Charles era excelente, con un acento belga que a los norteamericanos les sonó a francés.

—Hermana, hemos venido a averiguar sobre la muerte de una colega suya, la hermana Jean Baptiste —respondió Clark.

—Ya veo. —Señaló un par de sillas toscas—. Siéntense, por favor.

—Gracias, hermana —dijo cortésmente Clark.

—¿Son católicos? —les preguntó. Era muy importante para ella.

—Sí, señora, los dos somos católicos —respondió Chávez.

—¿Qué educación recibieron?

—Yo fui exclusivamente a colegios católicos —dijo Clark, para complacerla—. Hice la primaria en la Escuela de Monjas de Notre Dame, y luego estudié con los jesuitas.

—Ah. —La monja sonrió, contenta con la noticia—. He oído algo sobre la enfermedad que asola su país. Es muy triste. Y por eso están aquí para preguntar sobre el pobrecito Benedict Mkusa, la hermana Jean y la hermana María Magdalena. Lamentablemente no creo que podamos ayudarlos.

—¿Por qué, hermana?

—Benedict falleció y su cuerpo fue cremado por orden del gobierno —explicó la hermana Mary Charles—. Jean enfermó, sí, pero la llevaron a París en un vuelo de evacuación médica, al instituto Pasteur. El avión cayó al mar y murieron todos.

—¿Todos? —preguntó Clark.

—La hermana María Magdalena la acompañaba, y el Dr. Moudi también, por supuesto.

—¿Quién era el doctor Moudi?

—Formaba parte de la misión de la OMS en esta región. Algunos colegas suyos todavía están en el edificio vecino. —Lo señaló.

—¿Dijo Moudi, señora? —preguntó Chávez, tomando nota.

—Sí. —Deletreó el nombre—. Mohammed Moudi. Era un buen médico —agregó—. Fue muy doloroso perderlos a todos.

—Mohammed Moudi, dijo. ¿Tiene idea de cuál era el origen del doctor Moudi? —insistió Chávez.

—Irán... bueno, no sé, el país acaba de cambiar de nombre, ¿verdad? Había estudiado en Europa, era un excelente médico, joven y muy respetuoso.

—Ya veo —Clark se acomodó en su silla—. ¿Podríamos hablar con sus colegas?

—Creo que el presidente ha ido demasiado lejos —dijo el médico por televisión. Lo estaban entrevistando en una filial local dado que esa mañana era imposible viajar de Connecticut a Nueva York.

—¿Por qué, Bob? —preguntó el reportero. Había ido desde su casa en Nueva Jersey hasta el estudio neoyorquino de Central Park West antes de que cerraran los puentes y túneles, y se había visto obligado a dormir en su oficina. Comprensiblemente, no estaba demasiado contento.

—Ébola es terrible. Eso es indudable —dijo el corresponsal médico de la red. Era un médico que no practicaba la medicina pero sabía hablar muy bien. Se dedicaba a anunciar novedades médicas todas las

mañanas, concentrándose especialmente en los beneficios del jogging y la dieta equilibrada—. Pero jamás lo tuvimos aquí, precisamente porque el virus no puede sobrevivir en nuestro medio ambiente. No obstante, y a pesar de que esa gente lo contrajo —por el momento no especularé sobre el tema—, el virus *no puede* propagarse. Creo que las medidas presidenciales fueron demasiado precipitadas.

—E inconstitucionales —agregó el especialista legal—. De eso no hay duda. El presidente entró en pánico y eso no es bueno para el país en términos médicos o legales.

—Un millón de gracias, amigos —dijo Ryan, enmudeciendo el aparato.

—Tenemos que trabajar en esto —dijo Arnie.

—¿Cómo?

—La mala información se combate con buena información.

—Bravo, Arnie, salvo que para probar que hice lo correcto tendrá que morir gente.

—Debemos evitar el pánico, señor presidente.

Era notable que todavía no hubiera estallado. El tiempo había ayudado. La noticia se había difundido por la noche y la mayoría de la gente había regresado a sus casas, donde tenían suficientes provisiones para unos días. Gracias a eso no se habían producido vaciamientos de supermercados. Pero todo cambiaría hoy. En pocas horas la gente empezaría a protestar. Los noticieros cubrirían las protestas y se formaría cierta opinión pública. Arnie tenía razón. Debía hacer algo al respecto. ¿Pero qué?

—¿Cómo, Arnie?

—Estaba esperando esa pregunta, Jack.

El próximo destino fue el aeropuerto, donde les confirmaron que sí, un avión comercial Gulfstream G-IV, de propiedad privada y registrado en Suiza, había despegado de allí con destino a París, previa parada en Libia para recargar combustible. El jefe de control les había conseguido una fotocopia de los registros del aeropuerto y del avión. Era un documento notablemente abarcativo, dado que también servía para control de aduanas. Incluso figuraban en él los nombres de la tripulación.

—¿Entonces? —preguntó Chávez.

Clark miró a los funcionarios del aeropuerto.

—Gracias por su valiosa colaboración —dijo. Acto seguido, Ding y él fueron hacia el automóvil que los trasladaría a su avión.

—¿Entonces? —repitió Ding.

—Tranquilo, socio. —El viaje de cinco minutos transcurrió en silencio. Clark miraba por la ventanilla. Tronaba, y él odiaba volar en esas cosas.

—De ninguna manera. Esperaremos unos minutos. —El copiloto era un teniente coronel—. Tenemos reglas.

Clark señaló las águilas de sus charreteras y lo miró cara a cara.

—Yo coronel. Yo ordeno volar, muchachito del aire. ¡Ahora mismo, carajo!

—Mire, señor Clark, sé quién es usted y...
—Señor —intervino Chávez—, sólo soy un mayor falso, pero esta misión es más importante que sus reglas. Trate de evitar las zonas más turbulentas, ¿correcto? Tenemos bolsitas para vomitar si necesitamos hacerlo. —El piloto los miró con furia, pero volvió a la oficina de comando. Chávez se dio vuelta—. Tranquilo, John.

Clark le pasó el informe.

—Mira los nombres de los tripulantes. No son suizos, pero el avión estaba registrado en Suiza.

Chávez leyó la fotocopia. El código de registro de la nave era HX-NJA. Y los nombres de la tripulación no eran germanos, galos ni italianos.

—¿Sargento? —llamó Clark cuando los motores se encendieron.

—¡Sí, señor!

—Mandé esto por fax a Langley, por favor. Tiene el número. Lo más pronto posible, señora —agregó, porque era una dama, y no solamente una sargento. La NCO no prestó atención al gesto. Tampoco tenía importancia.

—Ajústense los cinturones —ordenó el piloto por intercom. El VC-20B empezó a moverse en dirección a la pista.

Hubo tres intentos fallidos antes de lograrlo debido a la interferencia eléctrica de la tormenta, pero finalmente la transmisión de fax fue recogida por el satélite, copiada a Fort Belvoir, Virginia, y reapareció en Mercury, el nexo de comunicaciones de la CIA. El oficial de vigilancia ordenó al suboficial que la llevara al séptimo piso. Luego habló por teléfono con Clark.

—Hay un poco de interferencia —dijo el oficial. Una tormenta eléctrica seguía siendo una tormenta eléctrica, a pesar de todos los adelantos de las comunicaciones satelitales.

—Hay muchos pozos de aire. Revisen el número de registro y los nombres de ese documento. Averigüen todo lo que puedan.

—Repita.

Clark lo hizo. Esa vez el mensaje llegó a destino.

—Está bien. Alguien debe tener un archivo de esto. ¿Algo más?

—Volveré a llamarlos. Fuera —dijo Clark.

—¿Entonces? —preguntó Ding, ajustando al máximo su cinturón de seguridad. El G acababa de caer a un pozo de aire de diez pies.

—Los nombres están en farsi, Ding... oh, carajo. —Otro pozo gigante. Miró por la ventana. Era como un desierto, una formación cilíndrica de nubes con relámpagos por todas partes. No estaba acostumbrado a ver esa clase de cosas—. Ese bastardo lo hace a propósito.

Pero no era así. El teniente coronel al mando de la nave estaba aterrado. Las regulaciones de la Fuerza Aérea prohibían estrictamente lo que estaba haciendo, por no mencionar el sentido común. El radar climático de la nariz del avión marcaba rojo veinte grados a la izquierda

y a la derecha de la ruta proyectada a Nairobi. La izquierda parecía mejor. Giró treinta grados, manejando el jet ejecutivo como si fuera un avión de combate, en busca de un lugar calmo mientras continuaba el ascenso. Lo que encontró no fue precisamente calmo, pero sí un poco mejor. Diez minutos después el VC-20B asomó victorioso a la luz del sol.

Una de las pilotos de refuerzo se dio vuelta en su asiento de la primera fila y encaró a Clark:

—¿Satisfecho, coronel? —le espetó.

Clark desabrochó su cinturón de seguridad a pesar del signo luminoso que indicaba lo contrario y fue al lavatorio, a echarse un poco de agua en la cara. Después se arrodilló en el suelo junto a ella y le mostró la fotocopia que acababa de transmitir—. ¿Puede decirme algo sobre esto? —Con un solo vistazo la capitana supo de qué se trataba.

—Ah, sí —dijo—. Ya nos enteramos.

—¿De qué?

—Éste es el mismo avión. Cuando uno se rompe, el fabricante informa a todo el mundo... Es decir, nosotros hubiéramos preguntado en cualquier caso, pero el proceso de información es casi automático. Salió de aquí, voló al norte hacia Libia y aterrizó para cargar combustible, ¿correcto? Despegó enseguida... creo que era un vuelo de emergencia médica, ¿no?

—Correcto. Prosiga.

—El piloto reportó una emergencia, dijo que uno de los motores había perdido poder, luego el otro, y después cayó al mar. Tres radares lo detectaron. Uno en Libia, otro en Malta y otro en un destructor de la Armada, creo.

—¿No encuentra nada raro en eso, capitana?

Ella se encogió de hombros.

—Éste es un buen avión. No creo que los militares hayan roto uno jamás. Usted mismo se dará cuenta de lo bueno que es. Esos pozos de aire que acabamos de pasar... y los motores son muy eficaces... Jerry, ¿alguna vez perdimos un motor en vuelo en un -20?

—Dos veces, creo. El primero por un defecto en la bomba de combustible... Rolls Royce se ocupó de reparar toda la serie. El otro fue en noviembre, hace unos años. Se tragaron un ganso.

—Fue inevitable —explicó la capitana—. Un ganso pesa entre quince y veinte libras. Tratamos de no acercarnos a ellos.

—Pero este tipo perdió los dos motores, ¿no?

—Todavía no entienden cómo. Tal vez por problemas de combustible. Si el combustible es malo puede suceder, pero los motores son unidades aisladas, señor. Todo está separado, las bombas, los electrónicos, todo.

—Excepto el combustible —dijo Jerry—. Sale de un solo camión.

—¿Qué más? ¿Qué pasa cuando pierden un motor?

—Si uno no tiene cuidado puede perder el control de la nave. Todos los aparatos se apagan por culpa del motor muerto. Eso cambia la corriente de aire sobre las superficies de control. Una vez perdimos así un Lear VC-21. Bueno, si uno pierde el motor durante una manio-

bra de transición la cosa puede volverse un tanto excitante. Pero estamos entrenados para esas eventualidades, igual que los tripulantes de ese vuelo, según decía el informe. Ambos eran pilotos experimentados e iban a la caja —los simuladores de vuelo— regularmente. Estamos obligados a hacerlo, de lo contrario nos quitan la licencia. De todos modos, el radar no indicó maniobras de parte de ellos. De modo que no les pasó eso. Lo más probable es que haya sido culpa del combustible malo, pero los libios dicen que el combustible estaba en perfectas condiciones.

—A menos que la tripulación haya enloquecido por completo —agregó Jerry—. Pero eso también es difícil de creer. Quiero decir, hacen estas cosas para que uno pueda superarse, ¿entiende? Yo tengo dos mil horas de vuelo.

—Yo dos mil quinientas —acotó la capitana—. Esto es más seguro que andar en auto por el D.C., señor. Nosotros amamos los aviones.

Clark asintió y se inclinó hacia adelante.

—¿Disfrutando del viaje? —le dijo el piloto por encima del hombro. Su voz no era precisamente amistosa, y por supuesto no tenía que preocuparse por futuros cargos de insubordinación. Menos con un “oficial” que había tomado prestados sus propios galones.

—No me gusta pasarle por encima a nadie, coronel. Esta mierda es muy importante. Es lo único que puedo decirle.

—Mi esposa es enfermera en el hospital de la base. —No necesitaba agregar nada. Estaba preocupado por ella.

—La mía también, en Williamsburg. —El piloto se dio vuelta al escuchar eso e hizo un gesto afirmativo para tranquilizarlo.

—No sufrimos daños. Llegaremos a Nairobi dentro de tres horas, coronel —anunció.

—Bueno, ¿cómo hago para volver? —preguntó Raman por teléfono.

—Por ahora no volverás —le dijo Andrea—. Quédate allí. Tal vez puedas ayudar al FBI con sus investigaciones.

—¡Bueno, ésta sí que es grande!

—Tranquilízate, Jeff. No tengo tiempo para esto —le contestó bruscamente a su subordinado.

—Seguro. —Colgó.

Qué raro, pensó Andrea. Jeff siempre había sabido mantener la calma. ¿Pero quién podía mantener la calma en circunstancias como ésa?

Algo de valor

—¿Estuvimos aquí antes, John? —preguntó Chávez mientras el avión descendía para encontrarse con su propia sombra en la pista.

—Pasamos una vez. Sólo vimos la terminal —Clark desabrochó su cinturón de seguridad y se desperezó. El sol estaba bajando, pero sus débiles rayos *no* marcaban el fin de un largo día para los dos oficiales de inteligencia—. Lo poco que sé sobre este lugar lo leí en los libros de un tipo llamado Ruark. Libros de caza, para más datos.

—Pero usted no caza... por lo menos animales, que yo sepa —agregó Ding.

—Antes cazaba. Y todavía me gusta leer sobre el tema. Es agradable cazar seres que no devuelven el disparo —respondió sonriendo a medias.

—Pero no tan excitante. Más seguro, puede ser —concedió el joven agente. ¿Hasta qué punto sería peligroso un león?, se preguntaba.

Llegaron a la terminal militar. Kenia tenía una pequeña Fuerza Aérea cuyas actividades eran todo un misterio para los “oficiales” visitantes de la CIA/Fuerza Aérea, y probablemente lo seguirían siendo. Una vez más, el avión fue recibido por un funcionario de la embajada. Esta vez se trataba del agregado de Defensa, un coronel negro del ejército condecorado con un CIB por su heroica participación en la guerra del Golfo Pérsico.

—Coronel Clark, mayor Chávez. —Se detuvo en seco—. ¿Puede ser que lo conozca, Chávez?

—¡Ninja! —lo reconoció Ding—. En aquel tiempo estabas en la brigada, en el Primero de la Séptima.

—¡Acero Frío! Eras uno de los que perdimos. Veo que te encontraron. Tranquilícense, caballeros, yo sé de dónde vienen, pero nuestros anfitriones no —aseguró el oficial.

—¿A qué se debe el CIB, coronel? —preguntó Ding camino al automóvil.

—Derroté a un batallón en Irak. Matamos a unos cuantos y apresamos al resto. —El tono de su voz cambió de repente—. ¿Cómo andan las cosas en casa?

—Mal —replicó Ding.

—No olvidemos que la guerra biológica es esencialmente un arma psicológica, como cuando nos amenazaron con gas en el '91.

—Tal vez —respondió Clark—. Pero es indudable que me llama la atención, coronel.

—A mí también —admitió el agregado de Defensa—. Tengo familia en Atlanta. La CNN dice que hay muchos casos allí.

—Lectura rápida —John le pasó el último informe recibido en el avión—. Debe ser mucho mejor que lo que sale por televisión. —Aunque *mejor* no era la palabra más acertada en ese caso, pensó.

Aparentemente, el coronel también era chofer. Se acomodó en el asiento delantero del coche de la embajada y hojeó el informe.

—¿Esta vez no habrá bienvenida oficial? —preguntó Chávez.

—No aquí. Habrá un policía donde vamos ahora. Les pedí a mis amigos del Ministerio que mantuvieran bajo perfil. Tengo buenos contactos en la ciudad.

—Perfecto —dijo Clark. El auto empezó a moverse. Apenas tardaron diez minutos en llegar.

El traficante de animales tenía su negocio en las afueras de la ciudad, convenientemente emplazado entre el aeropuerto y la autopista que llevaba a la selva, aunque no demasiado cerca de ninguno de los dos. Los oficiales de la CIA pronto descubrieron por qué.

—Dios santo —comentó Chávez, saliendo del auto.

—Sí, son ruidosos, ¿no? Hoy temprano estuve por aquí. Tiene listo un cargamento de verdes para Atlanta. —Abrió un maletín y sacó algo—. Aquí tienen, necesitarán esto —dijo, pasándoles un sobre.

—Perfecto —Clark lo deslizó dentro de su carpeta.

—¡Hola! —dijo el traficante, saliendo de su oficina. Era un hombre corpulento y, a juzgar por su barriga, afecto a la cerveza. Lo acompañaba un oficial de policía uniformado, evidentemente de alto rango. El agregado se acercó a hablar con él, apártandolo a un lado. El policía no puso objeciones. Clark comprobó que el coronel de infantería sabía jugar el juego.

—Buenas —dijo John, estrechándole la mano—. Soy el coronel Clark. Éste es el mayor Chávez.

—¿Son de la Fuerza Aérea norteamericana?

—Así es, señor —replicó Ding.

—Me encantan los aviones. ¿Ustedes cuáles vuelan?

—Un poco de todo —respondió Clark. Ya casi lo tenían con ellos—. Queremos hacerle algunas preguntas, si no se opone.

—¿Sobre los monos? ¿Por qué les interesan los monos? El alguacil no supo explicármelo.

—¿Es tan importante? —preguntó John, entregándole el sobre. El traficante se lo metió en el bolsillo sin abrirlo. No tenía necesidad de contarle, le bastó con sentir el espesor.

—Sinceramente no, pero me encanta mirar aviones. ¿Entonces en qué puedo servirlos? —preguntó con voz clara y amistosa.

—Usted vende monos —dijo John.

—Sí, vendo. A zoológicos, coleccionistas privados y laboratorios médicos. Vengan, les mostraré. —Los guió a un edificio trilateral hecho de hierro corrugado. Había dos camiones en la entrada y cinco empleados encargados de subir las jaulas. Llevaban puestos gruesos guantes de cuero.

—Estamos completando un envío para el CDC de Atlanta —explicó

el traficante—. Cien verdes en total. Son animales lindos, pero muy desagradables. Los granjeros locales los odian.

—¿Por qué? —preguntó Ding, mirando las jaulas. Eran de alambre de acero y tenían una manija en la parte superior. Desde cierta distancia parecían iguales en tamaño a las que se usaban para transportar pollos al mercado... pero vistas de cerca eran un poco más grandes, aunque...

—Devoran las cosechas. Son plaga, igual que las ratas, aunque más inteligentes. Pero los norteamericanos creen que son dioses o algo por el estilo, digo yo, ¿si no por qué se quejarían tanto cuando los usan en experimentos médicos? —El traficante lanzó una sonora carcajada—. Como si fuéramos a quedarnos sin monos. Hay millones. Arrasamos un lugar, nos llevamos treinta vivos, y al mes siguiente podemos volver y llevarnos otros treinta. Los granjeros nos suplican que vayamos a atraparlos.

—Usted tenía un cargamento listo para Atlanta a principio de año, pero se lo vendió a otros, ¿verdad? —preguntó Clark. Miró a su socio, que no se había acercado al edificio. En cambio, se había apartado de Clark y el traficante y caminado en línea recta. Apparentemente estaba observando las jaulas vacías. Tal vez le molestara el olor. Era muy denso.

—Los de Atlanta no me pagaron a tiempo y se presentó otro cliente con el dinero en la palma de la mano —aclaró el traficante—. Esto es un negocio, coronel Clark.

John sonrió burlesco.

—Caramba, no formo parte de la Oficina de Mejoramiento Comercial. Sólo quiero saber a quién se los vendió.

—A un comprador —dijo el hombre—. ¿Qué más necesito saber?

—¿De dónde era? —insistió Clark.

—No sé. Me pagó en dólares, pero supongo que no era norteamericano. Era un tipo tranquilo —recordó—, no demasiado amigable. Sí, sé que me atrasé con el cargamento de Atlanta, pero ellos tampoco me pagaron a tiempo —aclaró—. Afortunadamente no es el caso de ustedes.

—¿Se los llevaron en avión?

—Sí, en un viejo 707. Lleno hasta el tope. No sólo iban mis monos. Habían conseguido muchos más. Verá, el verde es muy común. Vive en toda África. Los adoradores de animales no deben temer que el verde se extinga. Pero debo admitir que el gorila es otra cosa. —Además, los gorilas vivían principalmente en Uganda y Ruanda, y la gente pagaba fortunas por ellos.

—¿Tiene registros? ¿El nombre del comprador, la cantidad de monos vendidos, el número del avión?

—Registros de aduana, quiere decir. —Sacudió la cabeza—. Lamentablemente no. Tal vez se perdieron.

—Tiene un arreglo con los empleados del aeropuerto —dijo John, con una sonrisa falsa.

—Tengo muchos amigos en el gobierno, sí. —Otra sonrisa, más bien ladina, para confirmar la clase de arreglos y de amigos que tenía.

Bueno, tampoco podía decirse que en Estados Unidos no hubiera corrupción a nivel oficial, ¿no?, pensó Clark.

—¿Entonces no sabe dónde los llevaron?

—No, en eso no puedo ayudarlos. Si pudiera, lo haría encantado —replicó el traficante, palmeando su abultado bolsillo—. Lamento decirles que mis registros de transacciones suelen ser incompletos.

Clark se preguntó si le convendría seguir presionándolo. Decidió que no. Nunca había trabajado en Kenia, pero sí en Angola, en la década del '70, y sabía que África era un continente muy informal donde el dinero era el lubricante. Miró al agregado de Defensa, que hablaba con el alguacil... El título de alguacil era un remanente del imperio británico, igual que los pantalones cortos y las medias hasta las rodillas. Lo había leído en un libro de Ruark. Bueno, probablemente el alguacil estaba confirmando que no, el traficante no era un delincuente sino un individuo creativo en sus relaciones con las autoridades locales quienes, por una modesta suma, miraban hacia otro lado cuando la situación así lo requería. Y los monos verdes no eran de vital importancia para la nación... si el traficante decía la verdad en cuanto a las cantidades. Tal vez fuera sincero. Los granjeros seguramente querrían deshacerse de los malditos monos, aunque más no fuera para detener ese ruido infernal. Sonaba como un motín en el bar más grande del pueblo un viernes por la noche. Eran unos condenados bastardos que pretendían morder las manos que trasladaban las jaulas. Qué demonios, estaban pasando un mal día. Y al llegar al CDC de Atlanta no lo pasarían mejor, ¿verdad? ¿Serían tan inteligentes como para darse cuenta? Claro que sí. Clark estaba seguro. Ninguna tienda de mascotas compraba tantos a la vez. Pero no tenía tiempo para lamentar el destino de unos monos.

—Gracias por su colaboración. Es probable que alguien vuelva a hablar con usted.

—Lamento no poder decirles más. —Era sincero. Cinco mil dólares en efectivo merecían mucho más. De todos modos, no pensaba devolver ni un solo billete.

Los dos hombres caminaron hacia el auto. Chávez se unió a ellos, pensativo, sin abrir la boca. Cuando llegaron, el alguacil y el agregado se dieron la mano. Era hora de partir. Cuando el auto arrancó, Clark se dio vuelta y vio cómo el traficante sacaba el abultado sobre del bolsillo y le daba unos billetes al alguacil. Tenía sentido.

—¿Sacó algo en limpio? —preguntó el coronel verdadero.

—No lleva registros —replicó John.

—Es la manera de hacer negocios aquí. Hay que pagar una tasa de importación por los animales, pero los policías y los empleados de aduana suelen tener...

—Arreglos —lo interrumpió John, frunciendo el ceño.

—Ésa es la palabra. Caramba, mi padre era de Mississippi. Solían decirlo cuando el comisario liberaba a un tipo que merecía quedar encerrado de por vida, ¿sabe?

—Las jaulas —dijo abruptamente Ding.

—¿Cómo? —preguntó Clark.

—¡Las jaulas, John! Las hemos visto antes, igualitas... en Teherán, en el hangar de la Fuerza Aérea. —Había mantenido la distancia para recordar lo que había visto en Mehrabad. El tamaño y las proporciones eran los mismos—. Casitas para pollos o jaulas o como quiera llamarlas... estaban en el hangar con los aviones de combate, ¿recuerda?

—¡Diablos!

—Otro indicador más, Mr. C. Las coincidencias se van sumando, “manito”. ¿Dónde vamos ahora?

—A Kartum.

—Vi la película.

La cobertura de noticias continuaba ininterrumpidamente. Los noticieros dedicaban muchísimo tiempo a mostrar imágenes de guardias nacionales apostados en las principales autopistas interestatales, bloqueando los caminos con Hummers y camiones medianos. Nadie trataba de atravesar el bloqueo. Los camiones de alimentos y productos médicos tenían permitido el paso, previa inspección de sus contenidos, pero al día siguiente se verificaría el estado de salud de los conductores y, si no estaban infectados, se les otorgarían pases para que pudieran realizar más eficientemente su trabajo.

Pero la situación era diferente para otros vehículos en otros caminos. Aunque la mayoría del tránsito interestatal tenía lugar en las grandes autopistas, no había estado de la Unión que no tuviera una extensa red de caminos laterales interconectados con caminos similares de los estados vecinos. Sin ninguna duda todos esos caminos debían ser bloqueados, pero llevaba tiempo conseguirlo, y la televisión transmitía entrevistas de gente que había atravesado los límites y lo consideraba una especie de broma, seguidas por sesudos comentarios según los cuales eso probaba que la orden presidencial era imposible de implementar por completo, además de ser errada, estúpida y anticonstitucional.

—Simplemente no es posible —había dicho un especialista en transportes en el noticiero de la mañana.

Pero nadie tuvo en cuenta que los guardias nacionales vivían en el país al que protegían y sabían leer mapas. Tampoco pensaron que la presunción implícita de su estupidez los ofendería. En respuesta a eso, al mediodía del miércoles había un vehículo de la Guardia en cada camino de cada estado, tripulado por hombres armados con rifles y vestidos con trajes antiquímicos que les daban aspecto de marcianos.

Como era de esperar, en los caminos laterales hubo complicaciones. Algunas se resolvieron con palabras: “Mi familia está del otro lado, ¿sabe? Lo lamento, no puede pasar”. En otros casos hubo que apelar al sentido común, después de pedir documentos y hacer una radiollamada. En otros hubo que imponer literalmente la ley. En todos los casos se cruzaron palabras, a veces acaloradas, a veces violentas. En dos casos se produjeron disparos, y en uno murió un hombre. Esa muerte fue noticia nacional menos de dos horas después de ocurrida y

servió para que los comentaristas criticaran por enésima vez la improcedencia del decreto presidencial. Uno de ellos culpó directamente a la Casa Blanca.

No obstante, la mayoría de la gente —incluso los más decididos a cruzar fronteras para llegar a destino— decidía que no valía la pena arriesgarse al ver a los guardias armados y dispuestos a reprimir.

El mismo principio se aplicaba a las fronteras nacionales. El ejército y la policía canadienses habían cerrado todos los pasos de frontera. Los ciudadanos norteamericanos residentes o de paso en Canadá debieron presentarse en los hospitales para hacerse análisis, donde fueron detenidos de manera civilizada. En Europa sucedía algo similar, aunque el tratamiento difería según los países. El ejército mexicano cerró la frontera con Estados Unidos por primera vez en la historia, en cooperación con las autoridades norteamericanas.

Los supermercados permitían ingresar a la gente en pequeños grupos para adquirir artículos de primera necesidad. Las farmacias agotaron el stock de mascarillas quirúrgicas. Muchos llamaban a las pinturerías y ferreterías para comprar máscaras protectoras destinadas a otros usos. La cobertura televisiva colaboraba diciéndole a la gente que esa clase de máscaras, previamente rociadas con desinfectantes de uso doméstico, ofrecían mayor protección contra el virus que el equipo antiquímicos del ejército. Pero algunos echaron desinfectante de más, lo que resultó en reacciones alérgicas, dificultades respiratorias y algunas muertes.

Los médicos de todo el país trabajaban frenéticamente. Pronto se supo que los primeros síntomas de Ébola eran similares a los de la gripe, y la mayoría de la gente creía padecerlos. Diferenciar a los enfermos de los hipocondríacos era lo más fácil.

A pesar de todo, la gente supo enfrentar las dificultades. Miraban la televisión y se miraban unos a otros, preguntándose dónde estaba lo que tanto debían temer.

Ése era el trabajo del CDC y el USAMRIID, con la colaboración del FBI. Ya había quinientos casos confirmados, todos vinculados directa o indirectamente con dieciocho exhibiciones comerciales. Eso les permitió tener referencias horarias e identificar otras cuatro exhibiciones sin casos reportados. Las veintidós exhibiciones fueron visitadas por agentes que rápidamente se enteraron de que la basura había sido desechada hacía varios días. Se pensó en rastrear los residuos, pero el USAMRIID disuadió al FBI aduciendo que para identificar el sistema de distribución habría que comparar los contenidos de miles de toneladas de material residual, tarea imposible de realizar desde todo punto de vista, y además peligrosa. El hallazgo más importante fue el marco de tiempo, información que se hizo pública inmediatamente. Los norteamericanos que habían salido del país antes de las fechas de inicio de las exhibiciones comerciales reconocidas como focos infecciosos no corrían peligro ni implicaban un peligro para los demás, dato que se dio a conocer a los servicios nacionales de salud del mundo

entero. A partir de allí, la información se conoció globalmente en un lapso de pocas horas. No tenía sentido guardar el secreto.

—Bueno, eso quiere decir que estamos todos a salvo —informó el general Diggs a sus subordinados. Fort Irwin era una de las bases militares más aisladas de Estados Unidos. Había un solo camino de entrada y salida, en ese momento bloqueado por un Bradley.

Pero no podía decirse lo mismo de otras bases militares; el problema era global. Un general del Pentágono había volado a Alemania para una conferencia con el V Cuerpo y dos días después había fallecido, infectando en el proceso a un médico y dos enfermeras. Las noticias habían sacudido a los aliados de la OTAN, que instantáneamente pusieron en cuarentena bases militares norteamericanas que databan de los años '40. La noticia apareció en todos los canales de la televisión mundial. Lo peor para el Pentágono era que casi todas las bases tenían un caso, real o sospechado. El efecto que eso causaba sobre la moral de las unidades era terrible, información también imposible de ocultar. Las líneas telefónicas transatlánticas ardían de preocupación en ambas direcciones.

Las cosas no andaban mejor en Washington. La fuerza de tareas conjunta incluía miembros de todos los servicios de inteligencia, además del FBI y los organismos federales para el cumplimiento de la ley. El presidente les había dado mucho poder y estaban tratando de ejercerlo. El tema del Gulfstream perdido hizo que las cosas tomaran un curso nuevo e inesperado, pero así eran por naturaleza las investigaciones.

En Savannah, Georgia, un agente del FBI golpeó a la puerta del presidente de la Gulfstream y le entregó una mascarilla quirúrgica. La fábrica estaba cerrada, como la mayoría de las fábricas norteamericanas, pero habría que pasar por alto el decreto. El presidente llamó a su jefe de seguridad y le ordenó entrar, junto con el piloto de pruebas más importante de la firma. Seis agentes del FBI se sentaron a conversar con ellos. A partir de esa conversación descubrieron que la caja negra del avión perdido no había sido recuperada. Inmediatamente llamaron al CO del USS *Radford*, quien confirmó que su barco, ahora en el muelle seco, había rastreado el avión perdido y buscado los sonares de la caja negra sin éxito. El oficial naval no podía explicárselo. El piloto de pruebas de la Gulfstream explicó que el avión había sufrido un duro golpe, y que la caja negra podía haberse roto a pesar de su robusto diseño. Pero todo había pasado *demasiado* rápido, recordó el navegante del *Redford*, y tampoco se habían hallado restos de ninguna clase. Todo era muy llamativo. A raíz de eso, los agentes pidieron los registros de la FAA y la NTSB.

En Washington —el grupo trabajaba en el edificio del FBI— se cruzaron miradas de diverso tenor por encima de las respectivas mascarillas quirúrgicas. La parte FAA del equipo había registrado la

identidad y calificaciones de los tripulantes del avión. Resultó que ambos eran ex pilotos de la Fuerza Aérea iraní, entrenados en Estados Unidos en la década del '70. Revisaron fotografías y huellas digitales. Otro par de pilotos que volaban la misma clase de avión para la misma empresa suiza tenían un entrenamiento similar, y el agregado legal del FBI en Berna llamó a sus colegas suizos para que le prepararan una entrevista con ellos.

—Bueno —resumió Dan Murray—. Tenemos una monja belga enferma y su amiga con un médico iraní. Parten en un avión registrado en Suiza que desaparece sin dejar huellas. El avión pertenece a una pequeña empresa comercial, y sabemos que la tripulación era iraní.

—Todo parece converger en cierta dirección, Dan —dijo Ed Foley. En ese momento llegó un fax para el director de la CIA—. Mira esto. —Lo deslizó sobre la mesa. No era largo.

—Se creen muy astutos —dijo Murray, pasando el informe al resto de los presentes.

—No los subestimes —advirtió Ed Foley—. Todavía no sabemos nada. El presidente no puede actuar hasta que nosotros no tengamos certezas. —Y tal vez ni siquiera así, pensó. También estaba lo que Chávez había dicho antes de partir. Maldita sea, el chico era inteligente y estaba progresando. No sabía si decirlo o no. Decidió que no; tenían asuntos más urgentes que resolver. Lo discutiría en privado con Murray.

Chávez no se sentía inteligente mientras dormitaba en su asiento de cuero. El viaje a Kartum duraría tres horas. Había volado bastante como oficial de la CIA, pero los viajes siempre lo habían aburrido, incluso en un jet ejecutivo con asientos mullidos y todos los chiches. La falta de presión disminuía la cantidad de oxígeno y aumentaba la sensación de cansancio. El aire era seco y uno se deshidrataba. El ruido de los motores hacía que uno se sintiera en medio del campo, rodeado de murciélagos y mosquitos dispuestos a chuparle la sangre al menor descuido.

Pero el que lo había hecho no era tan astuto. De ninguna manera. De acuerdo, había desaparecido un avión con cinco personas a bordo, pero eso no era necesariamente un punto final, ¿no? HX-NJA, recordaba muy bien el documento de aduana. Hmm. Probablemente hacían registros porque despachaban gente, no monos. HX por Suiza. ¿Por qué HX? se preguntó. ¿“H” por Helvecia, tal vez? ¿No era el nombre antiguo de Suiza? ¿En algunos idiomas no la seguían llamando así? Creía recordar que sí. En alemán tal vez. NJA para identificar específicamente ese avión. Usaban letras en vez de números porque permitían más variantes. Por ejemplo, el avión en el que volaban tenía un código semejante, con el prefijo “N” porque los aviones norteamericanos se identificaban con esa letra. NJA, pensó con los ojos cerrados. NJA. Ninja. Sonrió. El apodo de su viejo camarada del Batallón 1ro. del Regimiento 17 de Infantería. “¡Nos debemos una noche!” Sí, aque-

llos fueron días gloriosos, saltando por las colinas de Fort Ord y Hunter-Liggett. Pero la 7ma. División de Infantería (Ligera) había sido desmantelada y sus equipos pasados a retiro, o tal vez destinados a otro uso... Ninja. Ese nombre parecía importante. ¿Por qué?

Abrió los ojos. Se levantó, se desperezó y fue hacia adelante. Despertó al piloto con el que Clark había discutido.

—¿Coronel?

—¿Qué pasa? —preguntó el coronel, abriendo un solo ojo.

—¿Cuánto cuesta uno de éstos?

—Mucho más de lo que podemos pagar cualquiera de nosotros. —Volvió a cerrar el ojo.

—En serio.

—Más de veinte millones de dólares, según el modelo. Es el mejor jet comercial que existe.

—Gracias —Chávez volvió a su asiento. No tenía sentido tratar de dormir. El avión acababa de iniciar el descenso. El jefe de estación de la CIA local iría a recibirlos... perdón, se corrigió en silencio. El agregado comercial. ¿O era el oficial político? Lo que fuera. Sabía que esa ciudad no sería tan amistosa como las otras dos.

El helicóptero aterrizó en Fort McHenry, cerca de la estatua de Orfeo que alguien había considerado adecuada para honrar el nombre de Francis Scott Key, pensó Ryan. Era un dato irrelevante, casi tan irrelevante como la idea de Arnie sobre la maldita foto. Debía demostrar que estaba preocupado. Se preguntó por qué. ¿Acaso la gente creía que el presidente daba fiestas en ocasiones como ésa? ¿Poe no había escrito un cuento sobre el tema? ¿“La máscara de la muerte roja”? Algo por el estilo. Pero la plaga se les había metido en la fiesta, ¿no? El presidente se restregó los ojos. *Dormir. Tengo que dormir. Basta de pensar estupideces.* Eran como fregonazos. Uno tenía la mente cansada y los pensamientos ociosos iban y venían sin razón aparente, y había que luchar contra ellos para pensar en las cosas verdaderamente importantes.

Los Chevy Suburbans estaban allí como siempre, pero la limusina presidencial no. Ryan se trasladaría en un vehículo blindado. También había varios policías de mirada sombría. Bueno, si todos los demás estaban abatidos, ¿por qué no los policías?

Él también usaba mascarilla, y había tres cámaras de televisión para registrar el hecho. Tal vez saliera en vivo. No lo sabía, y casi ni las miró al pasar en dirección a los autos. Los Suburbans arrancaron inmediatamente, subieron por Fort Avenue y doblaron al norte hacia la Autopista Key. Tardaron apenas diez minutos en llegar a Johns Hopkins, donde el presidente y la primera dama darían muestras de preocupación ante las cámaras. Ésa era una de las funciones del liderazgo, le había dicho Arnie, eligiendo una frase que sabía que Ryan respetaría, le gustara o no. Arnie tenía razón. Él era el presidente y no podía aislarse de la gente... Pudiera o no ayudarlos, sus compatriotas necesitaban verlo preocupado... cosa que tenía y no tenía sentido a la vez.

Los automóviles ingresaron por la entrada de Wolfe Street. Había soldados: guardias del Regimiento de Infantería 175 de Maryland. El comandante local había decidido que todos los hospitales fueran vigilados y Ryan supuso que era una medida sensata. La Custodia se sentía molesta por la presencia de tantos hombres con rifles cargados, pero eran soldados y los soldados portan armas... Después de todo, lo raro hubiera sido que estuvieran desarmados. Todos saludaron, protegidos por sus equipos MOPP y con los rifles colgados del hombro. Nadie había amenazado el hospital, tal vez debido a la presencia militar... o tal vez porque la gente tenía miedo. Un oficial de policía le había dicho a un agente del Servicio que los crímenes callejeros eran prácticamente nulos. Hasta los narcotraficantes habían desaparecido de la vista.

No había mucha gente a la vista, pero la poca que había llevaba mascarilla y hasta la recepción apestaba al desinfectante químico que últimamente se había convertido en perfume nacional. ¿Sería una medida física necesaria o una mera treta psicológica? se preguntó Jack. En todo caso, ¿bajo qué punto de vista definir su propio viaje allí?

—Hola, Dave. —El presidente saludó al decano, que llevaba puesto el típico uniforme verde, mascarilla y guantes. No se dieron la mano.

—Gracias por venir, señor presidente. —Había cámaras en la recepción... lo habían seguido desde afuera. Antes de que los periodistas empezaran a hacer las consabidas preguntas, Jack hizo una seña y el decano lo llevó al punto de reunión. Los agentes del Servicio Secreto se adelantaron, cubriendo el trayecto entre el ascensor y el piso de clínica médica. Las puertas se abrieron y revelaron un ajetreadísimo pasillo. Allí sí que había gente y bullicio.

—¿Cómo está el marcador, Dave?

—Hemos admitido treinta y cuatro pacientes. El total del área es ciento cuarenta... bueno, así era la última vez que chequeé. Por ahora tenemos espacio y contamos con todo el personal. Dimos de alta a más de la mitad de nuestros pacientes regulares, es decir a los que estaban en condiciones de irse a sus casas. Por ahora hemos cancelado todas las cirugías planeadas, pero tenemos la actividad de siempre. Quiero decir que los bebés siguen naciendo, la gente se sigue enfermando de enfermedades normales y debemos seguir los tratamientos de algunos pacientes externos, haya epidemia o no.

—¿Dónde está Cathy? —preguntó Ryan, mientras una cámara cuya grabación sería transmitida a todas las redes nacionales llegaba en el ascensor vecino. El hospital no quería ni necesitaba verse invadido por gente ajena, y aunque el nivel directivo de los medios hacía poco o nada de ruido, los camarógrafos y técnicos no eran tan delicados. Tal vez fuera el olor a antiséptico. Tal vez afectara a la gente de la misma manera que a los perros cuando los llevan al veterinario. Evidentemente era el olor del peligro para todos.

—Por aquí. Primero tendrá que vestirse adecuadamente. —En el piso había una sala de médicos y otra de enfermeros. Estaban usando

ambas como vestuarios. La más lejana se usaba para quitarse el traje protector y descontaminarse, la más próxima para vestirse. No hubo tiempo ni espacio para preámbulos. Los agentes del Servicio Secreto entraron primero y vieron una mujer en bombacha y corpiño eligiendo un traje protector a medida. La mujer no se ruborizó. Era su cuarto turno en la unidad y ya se había acostumbrado.

—Puede colgar su ropa allí —dijo—. ¡Oh! —agregó, reconociendo al presidente.

—Gracias —dijo Ryan, sacándose los zapatos y tomando la percha que le alcanzó Andrea. Price examinó brevemente a la mujer. Era obvio que no portaba armas—. ¿Cómo andan las cosas? —preguntó Jack.

La mujer —que a la sazón era la enfermera a cargo del piso— no se dio vuelta para responder.

—Muy mal. —Hizo una breve pausa y decidió que era mejor darse vuelta—. Apreciamos el hecho de que su esposa esté aquí con nosotros.

—Intenté disuadirla —admitió Jack, aunque no se sentía culpable por eso.

—Mi esposo también. —Se acercó a ayudarlo—. Aquí tiene, la escafandra se coloca por encima —Ryan experimentó un breve instante de pánico. El acto de ponerse una bolsa de plástico en la cabeza era absolutamente antinatural. La enfermera percibió su malestar—. A mí me pasaba lo mismo —dijo para tranquilizarlo—. Pero uno se acostumbra a todo.

El decano James lo estaba esperando con la suya puesta. Se acercó a revisar el equipo protector del presidente.

—¿Puede oírme?

—Sí —Jack había empezado a transpirar a pesar del acondicionador de aire portátil que llevaba enganchado en el cinturón del traje.

El decano se dirigió al personal del Servicio Secreto.

—De aquí en adelante mando yo —les dijo—. No permitiré que corra ningún peligro, pero no tenemos trajes para ustedes. Estarán a salvo si permanecen en los pasillos. No toquen nada. Ni las paredes ni el piso, nada. Si alguien les pasa al lado con una camilla o una mesa rodante, quítense del medio. Si no pueden quitarse del medio caminen hasta el final del pasillo. Si ven un recipiente de plástico no se les ocurra tocarlo ni acercarse. ¿Entendido?

—Sí, señor —POTUS vio que, por una vez, Andrea Price agachaba la cabeza y se sometía. Él también. El impacto psicológico de la situación era terrorífico. El doctor James tocó el hombro del presidente.

—Sígame. Sé que es aterrador, pero dentro de esa cosa estará a salvo. Nosotros también tuvimos que acostumbrarnos, ¿no, Tisha?

La enfermera se dio vuelta, ya completamente vestida.

—Sí, doctor.

Dentro del traje se podía oír la propia respiración. También el leve zumbido del acondicionador portátil, pero nada más, ningún otro sonido. Ryan tenía una asfixiante sensación de claustrofobia mientras seguía al decano.

—Cathy está aquí. —El decano abrió la puerta. Ryan entró.

Era una criatura, un niño de unos ocho años. Dos siluetas vestidas de azul lo estaban atendiendo. Desde atrás no podía saber cuál de las dos era su esposa. El doctor James levantó la mano para impedir que Ryan avanzara. Una de las dos figuras estaba intentando recolocar el suero intravenoso y no podía haber distracciones. El niño se quejaba y se retorció en la cama. Ryan no podía ver demasiado, pero sí lo suficiente para que se le revolviera el estómago.

—Mantén el brazo quieto un momento. Esto te hará sentir mejor.
—Era la voz de Cathy; evidentemente era ella la encargada del pinchazo. El otro par de manos sostenía el brazo del enfermo en su lugar—. ...listo. Cinta —agregó, levantando las manos.

—Buen pinchazo, doctora.

—Gracias —Cathy se acercó a la caja electrónica que controlaba la morfina, marcó los números correctos y se aseguró de que la máquina empezara a funcionar. Una vez hecho eso, se dio vuelta—. Oh.

—Hola, querida.

—Jack, tú no perteneces a este lugar —dijo SURGEON con firmeza.

—¿Quién si no?

—Está bien, puedo conectarlos con ese doctor MacGregor —les dijo el jefe de estación a bordo de su Chevy rojo. Su nombre era Frank Clayton y se había graduado en Grambling. Clark lo había conocido en la Granja hacía unos años.

—Entonces vayamos a verlo, Frank —Clark miró su reloj, calculó y decidió que eran las dos de la madrugada. Gruñó. Sí, el cálculo era correcto. La primera parada fue en la embajada, donde se cambiaron de ropa. Los uniformes militares norteamericanos no eran bien vistos en el país. De hecho, el jefe de estación les advirtió que muy pocas cosas norteamericanas lo eran. Chávez advirtió que un auto los venía siguiendo desde el aeropuerto.

—No se preocupen. Lo perderemos en la embajada. Saben, a veces me pregunto si no fue bueno que mis ancestros negros fueran arrancados de África. No se lo digan a nadie, ¿eh? Alabama es como el paraíso en la tierra comparado con este pozo de mierda.

Estacionó en la parte de atrás de la embajada y los acompañó adentro. Un minuto después salió uno de sus hombres, puso en marcha el Chevy y partió... seguido por el auto que los había seguido hasta allí.

—Camisas —dijo Clayton, dándoles un par—. Supongo que pueden dejarse los pantalones.

—¿Ya habló con MacGregor? —preguntó Clark.

—Por teléfono, hace unas horas. Pasaremos a buscarlo por su casa y subirá al auto. Elegí un lugar tranquilo donde estacionar para conversar tranquilamente —les dijo Clayton.

—¿Corre peligro?

—No creo. Los locales son muy descuidados. Si alguien nos siguiera, yo sabría qué hacer.

—Entonces vayamos ya mismo, amigo —dijo John—. Estamos perdiendo tiempo.

La casa de MacGregor estaba en el barrio predilecto de los europeos que, según Clayton, era un lugar muy seguro. Marcó el número del médico en su teléfono celular. Menos de un minuto después se abrió la puerta de la casa y salió alguien que caminó hasta el auto, entró en la parte de atrás y cerró la puerta un segundo antes de que el vehículo arrancara nuevamente.

—No estoy acostumbrado a estas cosas —John lo miró asombrado. El médico era más joven que Chávez—. ¿Quiénes son ustedes exactamente?

—Somos de la CIA —informó Clark.

—¡En serio!

—En serio, doctor —dijo Clayton desde el volante. Miró los espejos retrovisores. Nadie los seguía. Sólo para asegurarse dobló a la izquierda, luego a la derecha y luego otra vez a la derecha. Bien.

—¿Y les permiten decírselo a la gente? —preguntó MacGregor mientras el automóvil se detenía junto a lo que localmente se conocía como la draga principal—. ¿Tienen que matarme?

—Deje eso para las películas, doctor, ¿entendido? —sugirió Chávez—. La vida real es otra cosa, y si le hubiéramos dicho que éramos del Departamento de Estado tampoco nos hubiera creído, ¿no?

—No parecen diplomáticos —comentó MacGregor.

Clark se dio vuelta y lo miró a los ojos.

—Gracias por acceder a encontrarse con nosotros, señor.

—La única razón que me llevó a hacerlo... bueno, el gobierno local me obligó a pasar por alto los procedimientos normales en los dos casos. Esos procedimientos tienen una razón de ser, ¿saben?

—Bueno. Antes que nada, díganos todo lo que pueda al respecto —pidió John, encendiendo el grabador.

—Pareces cansada, Cathy. —Aunque no era fácil darse cuenta a través de la escafandra de plástico.

SURGEON miró el reloj de pared de la enfermería. Técnicamente estaba fuera de servicio. Nunca sabría que Arnie van Damm había llamado al hospital para asegurarse de que así fuera. Se habría enfurecido de enterarse y ya estaba bastante furiosa con el mundo entero.

—Esta tarde empezaron a llegar niños. Casos de segunda generación. El que viste debe habérselo contagiado del padre. Se llama Timothy y está en tercer grado. Su papá está en el piso de arriba.

—¿Y el resto de la familia?

—La mamá dio positivo. En este momento la están admitiendo en el hospital. Tiene una hermana mayor, limpia hasta ahora. La tenemos en el edificio de pacientes externos. Habilitaron un área para la gente que estuvo expuesta al virus pero aparentemente no se infectó. Vamos. Te mostraré el piso. —Un minuto después estaban en la habitación 1, hogar temporario del Caso Índice.

Ryan pensó que debía estar imaginando el olor. Había una mancha oscura en las sábanas que dos personas —no sabía si enfermeros o médicos— intentaban cambiar. El hombre estaba semiinconsciente y

tironeaba de las correas que sujetaban sus brazos a los barrotes de la cama. Su actitud preocupaba a los dos médicos, pero primero tenían que cambiar las sábanas. Las sucias fueron a parar a un recipiente plástico.

—Las quemarán —dijo Cathy, apoyando su escafandra contra la de su esposo—. Hemos implementado al máximo todas las precauciones.

—¿Está muy mal?

Cathy señaló la puerta y siguió a Jack al pasillo. Una vez allí, cerró la puerta de la habitación y le clavó un dedo furibundo en el pecho.

—Nunca, Jack, *nunca* discutas el pronóstico de un paciente estando él presente, a menos que sea bueno. ¡Jamás! —Hizo una pausa y prosiguió sin disculparse por el estallido—. Hace tres días que presenta todos los síntomas.

—¿Tiene alguna posibilidad de salvarse?

Cathy hizo un gesto negativo dentro de la escafandra. Siguieron recorriendo el pasillo, deteniéndose en otras habitaciones donde el pronóstico era desalentadoramente el mismo.

—¿Cathy? —Era la voz del decano—. Estás fuera de servicio. Vete —le ordenó.

—¿Dónde está Alexandre? —preguntó Jack camino a la ex sala de médicos.

—Tiene el piso de arriba. Dave se ocupa de éste. Esperábamos que Ralph Forster viniera a ayudarnos, pero no hay vuelos. —En ese momento vio las cámaras—. ¿Qué demonios están haciendo aquí?

—Vamos —Ryan acompañó a su esposa al improvisado vestuario. La ropa con la que había llegado al hospital debía estar colgada en alguna parte. Se desinfectó frente a dos mujeres y un hombre que aparentemente no tenía el menor interés en mirarlas. Salió del vestuario y fue al ascensor.

—¡Deténgase! —gritó una voz femenina—. ¡Viene un caso de la sala de emergencia! Use la escalera. —El presidente y su Custodia Personal obedecieron sin chistar. Ryan acompañó a su esposa a la planta baja y salieron juntos, todavía con las mascarillas puestas.

—¿Cómo te sientes?

Antes de que Cathy pudiera responder, una voz gritó ¡Señor presidente! Dos guardias nacionales se interpusieron en el camino del reportero y el camarógrafo, pero Ryan hizo señas para que los dejaran pasar.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó, bajándose la mascarilla. El periodista sostenía el micrófono con el brazo totalmente extendido. En otras circunstancias hubiera sido cómico, pero ahora no. Todos temían el contagio.

—¿Qué está haciendo aquí, señor?

—Bueno, supongo que es parte de mi trabajo ver lo que está pasando, y también quería saber cómo estaba Cathy.

—Sabemos que la primera dama está trabajando arriba. ¿Con eso intenta darle un ejemplo a la nación o...?

—¡Soy *médica!* —saltó Cathy—. Todos estamos haciendo turnos. Es mi deber.

—¿La cosa está tan mal como dicen?

Ryan habló antes de que Cathy los insultara.

—Mire, sé que tiene que hacer esa pregunta, pero usted conoce la respuesta. Esta gente está extremadamente enferma y los médicos están haciendo todo lo posible por ayudarla, aquí y en todas partes. Es muy duro para Cathy y sus colegas. Pero es mucho más duro para los enfermos y sus familias.

—Dra. Ryan, ¿Ébola es tan letal como dicen?

Cathy asintió.

—Sí, es terriblemente letal. Pero estamos haciendo lo imposible para ayudar a los infectados.

—Algunos sugieren que si los pacientes tienen tan poca expectativa de vida y sufren un dolor tan extremo...

—¿Qué está insinuando? ¿Quiere que los matemos?

—Bueno, si sufren tanto como dicen algunos...

—No soy esa clase de médico —replicó Cathy, roja de ira y vergüenza ajena—. Con seguridad salvaremos a algunos. Tal vez aprendamos a salvar a otros a partir de los primeros. No se aprende nada dejando caer los brazos y *rindiéndose*. ¡Por eso los médicos de verdad no matan pacientes! ¿Qué pasa con usted? Los que están allá adentro son *seres humanos* y mi trabajo es luchar para salvarles la vida... ¡y no se atreva a decirme cómo hacerlo! —Sólo se detuvo cuando su marido le apretó suavemente el hombro—. Lo siento. Todo es muy difícil aquí.

—¿Podría disculparnos un momento? —preguntó Ryan—. Desde ayer que no hablamos. Sabe, somos marido y mujer, como el resto de la gente.

—Sí, señor. —Los periodistas retrocedieron pero la cámara siguió filmándolos.

—Ven aquí, nena —Jack la abrazó por primera vez hacía más de un día.

—Vamos a perderlos a todos, Jack. A todos, de mañana en adelante —murmuró Cathy, echándose a llorar.

—Sí —Ryan bajó la cabeza hasta tocar la de su esposa—. ¿Sabe una cosa, doctora? Usted también tiene permiso para ser humana de vez en cuando.

—¿Cómo piensan que aprendemos? Ah, como no podemos curarlos, dejémoslos morir con dignidad. Rindámonos. Bajemos los brazos. No fue eso lo que me enseñaron aquí.

—Ya sé.

Cathy se secó los ojos en la camisa de Jack.

—Está bien, todo está bajo control. Estaré ocho horas fuera de servicio.

—¿Dónde vas a dormir?

Cathy suspiró hondo y se encogió de hombros.

—Tenemos varios catres. Bernie está en Nueva York, ayudando en Columbia. Tienen doscientos casos.

—Eres muy fuerte, doctorcita —Jack le dedicó su mejor sonrisa.
—Jack, si llegas a encontrar al que nos hizo esto...
—Lo encontraremos, querida —aseguró POTUS.

—¿Conoce a alguno de éstos? —Clayton le mostró algunas fotos que él mismo había tomado. También le pasó una linterna.

—¡Es Saleh! ¿Quién era exactamente? Nunca me lo dijo y tampoco lo averigüé.

—Todos estos son iraquíes. Vinieron aquí cuando cayó el gobierno. Tengo un montón de fotos. ¿Está seguro sobre éste?

—Completamente seguro, lo atendí más de una semana. El pobre tipo murió —dijo MacGregor—. Y ésa parece Sohaila. Gracias a Dios sobrevivió. Es una niña encantadora... y ése es su padre.

—¿Cómo es posible? —preguntó Chávez—. Nadie nos dijo nada.

—En aquel momento estábamos en la Granja, ¿no?

—¿Otra vez entrenando gente, John? —se burló Frank Clayton—. Bueno, aquí se corrió el rumor y entonces fui a tomar algunas fotos. Volaron en primera clase, en un viejo G. Aquí está, ¿ve?

Clark lo miró y gruñó... era casi gemelo del que estaban usando ellos para “dar-la-vuelta-al-mundo”.

—Buenas fotos —murmuró.

—Gracias, señor.

—Permítame ver aquélla —Chávez acercó la linterna para ver mejor—. *Ninja* —susurró entre dientes—. Maldito *ninja*...

—¿Qué?

—Lea las letras de la cola, John —dijo en voz baja.

—HX-NJA... Dios mío.

—Clayton —dijo Chávez—, ¿ese celular es seguro?

Clayton lo prendió y marcó tres dígitos.

—Ahora sí. ¿Adónde quiere llamar?

—A Langley.

—Señor presidente, ¿podemos hablar un poco más?

Jack asintió.

—Sí, claro. Acompañenme. —Necesitaba caminar un poco—. Quiero pedirles disculpas por lo de Cathy. Ella no es así. Es una buena médica —dijo SWORDSMAN con cierto cansancio en la voz—. Todos están muy estresados. Creo que lo primero que les enseñaron fue *primum non nocere*: “primero de todo, no hacer daño”. Es una regla de oro. De todos modos, mi esposa está pasando momentos duros. Igual que todos nosotros.

—¿Es posible que haya sido un acto deliberado, señor?

—No estamos seguros y no puedo hablar de eso hasta tener información confiable.

—Ha estado muy ocupado, señor presidente. —El periodista no formaba parte de la escena de Washington. No sabía cómo hablarle a

un presidente. No obstante, la entrevista iría en vivo por la NBC, aunque el periodista no lo sabía.

—Sí, supongo que sí.

—¿Puede darnos alguna esperanza, señor?

Ryan reaccionó vivamente.

—En cuanto a los enfermos, bueno, la esperanza está en los médicos y las enfermeras. Son buenos profesionales y buena gente. Eso se ve. Son luchadores, guerreros. Estoy muy orgulloso de mi esposa y de lo que hace. Me enorgullece lo que está haciendo ahora, aunque yo mismo le pedí que no lo hiciera. Supongo que fue egoísta de mi parte, pero de todos modos se lo pedí. Como sabrá, ya trataron de matarla una vez. Personalmente no me importa correr peligro, pero no me gusta que les pase nada a mi esposa ni a mis hijos. A ellos no. Tampoco tenía por qué pasarle nada a toda esta gente. Pero pasó, y ahora debemos hacer todo lo posible para atender a los enfermos y asegurarnos de que no se propague. Sé que mi decreto le molestó a mucha gente, pero no podría vivir sin hacer nada para salvar las vidas de mis compatriotas. Desearía que hubiera una manera más fácil de hacerlo, pero si la hay nadie me la ha comentado. Verá, no basta con decir “No, eso no me gusta”. Cualquiera puede hacer eso. En este momento necesitamos otra cosa. Mire, estoy muy cansado —dejó de mirar a cámara—. ¿Podríamos dar por concluida la entrevista?

—Sí, señor. Gracias, señor presidente.

—De nada —Ryan dio media vuelta y caminó hacia el sur, dejándose llevar por el aire fresco de la noche, rumbo a los grandes garajes de Johns Hopkins. Vio un hombre fumando, un negro de unos cuarenta años que desafiaba abiertamente los carteles que prohibían el vicio dentro de ese altar de la medicina humana. POTUS se acercó a él, olvidándose de los tres agentes y dos soldados que le pisaban los talones.

—¿Me convida uno?

—Claro. —El hombre no levantó la vista para responder. Estaba sentado sobre un muro bajo de ladrillo, con la mirada clavada en el piso de concreto. Le ofreció el paquete y el encendedor con el brazo totalmente extendido.

—Gracias —Ryan se sentó a un metro del hombre y le devolvió el paquete y el encendedor.

—¿Usted también, viejo?

—¿Yo también qué?

—Mi esposa está allá adentro, enferma. Trabaja con una familia, es niñera. Todos están enfermos. Ahora ella también.

—Mi esposa es médica y está allá atendiéndolos.

—No servirá de nada, viejo. De nada.

—Ya sé —Ryan dio una larga pitada y miró ascender el humo.

—No me dejan entrar, dicen que es muy peligroso. Me sacaron sangre, dicen que debo quedarme cerca, no me dejan fumar, no me dejan verla. Santo Dios, viejo, ¿cómo es posible?

—Si usted estuviera enfermo y supiera que puede contagiar a su esposa, ¿qué haría?

El negro asintió con resignación airada.
—Ya sé. El doctor dijo lo mismo. Tiene razón. Ya sé. Pero eso no quiere decir que esté *bien*. —Hizo una pausa—. Hablar ayuda.
—Sí, supongo que sí.
—Los hijos de puta que hicieron esto... por televisión dijeron que alguien lo hizo. Esos malditos van a pagarlo caro, viejo.
Ryan no supo qué decir. Pero otra persona habló por él: Andrea Price.
—¿Señor presidente? Tengo un llamado del DCI para usted.
El negro volvió la cabeza. Miró a Ryan a la luz anaranjada del encendedor.
—Usted es el presidente —musitó.
—Sí, señor —respondió Jack.
—¿Dice que su esposa está trabajando ahí?
Ryan asintió con un suspiro.
—Sí, hace quince años que trabaja aquí. Vine a verla, y a ver cómo están las cosas. Lo siento...
—¿Por qué?
—Porque a usted no lo dejan entrar y a mí sí.
El hombre sonrió con tristeza.
—¿Así que vino a ver, eh? Fue terrible lo que le pasó a su hijita la semana pasada. ¿Está bien ahora?
—Sí, está muy bien. A esa edad, bueno, ya sabe cómo son los niños.
—Bravo. Bueno, gracias por hablar conmigo.
—Gracias por el cigarrillo —dijo el presidente, levantándose y yendo a donde estaba Andrea—. Hola, Ed. —Debía responder el llamado.
—Te necesitamos aquí. Queremos que veas algo —dijo Ed Foley, preguntándose cómo haría para explicar que la evidencia colgaba de una pared en los cuarteles generales de la CIA.
—Dame una hora, Ed.
—Sí, Jack. Nos estamos organizando.
Jack cerró el celular y lo devolvió.
—En marcha —ordenó.

SNIE

Todos debían descontaminarse antes de volver a sus casas. Hopkins había habilitado una sala enorme con compartimentos para ambos sexos. El agua era caliente y tenía sustancias químicas; el olor le dio a Ryan una sensación de seguridad. Luego se puso un nuevo equipo verde. Ya los había usado antes para presenciar el nacimiento de sus hijos. Antes tenían connotaciones felices. Ya no, pensó rumbo al Suburban que lo llevaría a Fort McHenry y al helicóptero que lo devolvería a la Casa Blanca. Por lo menos la ducha lo había revigorizado. Esa sensación le duraría un par de horas, pensó POTUS, cuando el VH-3 despegó y giró al sudoeste. Si tenía suerte.

Fue la actuación más deslucida en la historia del NTC. Las tropas del Undécimo de Caballería y los tanques de la Guardia Carolina pasaron cinco horas dando vueltas sin ejecutar los planes que ambos habían preparado. La repetición de la escena en el Salón de la Guerra de las Galaxias mostró tanques a menos de mil metros de distancia y a plena vista, que sin embargo no habían intercambiado disparos. El simulacro de combate no había terminado sino que se había evaporado por apático acuerdo mutuo. Antes de la medianoche las unidades formaron para regresar a sus barracas y los comandantes fueron a la casa del general Diggs en la colina.

—Hola, Nick —dijo el coronel Hamm.

—Hola, Al —replicó el coronel Eddington.

—¿Qué demonios les pasó? —preguntó Diggs.

—Los hombres están bastante desanimados, señor —dijo Eddington—. Todos estamos preocupados por nuestras familias. Aquí estamos a salvo, pero los nuestros corren peligro. No puedo culparlos por distraerse, general. Son humanos.

—Lo único que puedo decir es que nuestra familia inmediata parece estar a salvo aquí, general —Hamm coincidió con su camarada de armas—. Pero todos tenemos familia afuera.

—De acuerdo, caballeros, ahora podremos llorar sobre nuestras cervezas. A mí tampoco me gusta esta mierda, ¿me están escuchando? Pero el trabajo de *ustedes* es liderar a sus tropas, ¡y liderar significa *liderar*! En caso de que todavía no lo hayan notado, mis queridos jefes guerreros, todo el ejército de Estados Unidos está metido en esta maldita epidemia... ¡*excepto nosotros*! ¿Me harán el favor de tenerlo en

cuenta, señores coroneles? ¿Harán que sus hombres lo tengan en cuenta? Nadie me dijo jamás que ser soldado fuera fácil, y maldita sea, estar al mando es más difícil todavía, pero es nuestro trabajo, y si ustedes no pueden hacerlo, caballeros, hay otros que sí.

—Señor, no va a funcionar. No tenemos cómo tranquilizarnos —señaló Hamm, muy ofuscado.

—Coronel...

—Él tiene razón, Diggs —lo interrumpió Eddington—. Hay cosas que nos superan. Allá afuera hay un enemigo que no podemos combatir. Nuestra gente levantará la cabeza en cuanto pueda, tal vez cuando recibamos una buena noticia para variar. Vamos, general, usted sabe de qué estoy hablando. Usted sabe historia. Los que están allá afuera son... sí, son soldados, pero antes que nada son seres humanos. Están conmovidos. Y yo también, Diggs.

—También sé que no hay malos regimientos, sino malos coroneles —retrucó Diggs, pero los coroneles no recogieron el guante del desafío. Dios, eso sí que era malo.

—¿Cómo fue? —preguntó Van Damm.

—Horrible —replicó Ryan—. Vi seis o siete personas que van a morir. Una de ellas era un niño. Cathy dice que cada vez habrá más.

—¿Cómo está Cathy?

—Muy estresada, pero bien. Tuvo un encontronazo con un periodista.

—Ya sé, lo vi por televisión.

—¿Ya?

—Salió en vivo —Arnie se las ingenió para esbozar una sonrisa—. Se te vio muy bien. Preocupado. Muy sincero. Dijiste cosas lindas de tu esposa. Hasta te disculpaste por lo que dijo... eso sí que fue bueno, jefe, especialmente porque Cathy estuvo maravillosa.

—Arnie, esto no es teatro —Ryan estaba demasiado cansado para enojarse. Los efectos vivificantes de la ducha se habían esfumado.

—No, es liderazgo. Algún día terminarás por aprenderlo... Carajo, tal vez no. Solamente sigue como hasta ahora —aconsejó Arnie—. Lo haces bien sin darte cuenta, Jack. Trata de no pensar.

La NBC compartió su grabación con el mundo entero. Por muy competitivo que fuera el negocio de los medios, cierta conciencia de responsabilidad pública impregnaba la profesión. La breve entrevista con el presidente salió una hora después por las emisoras del mundo.

Había tenido razón desde un primer momento, se dijo la primera ministra. Había perdido la compostura. Ni siquiera podía tenerse en pie. Titubeaba al hablar. Permitía que su esposa contestara por él... y ella era emocional, débil. La era gloriosa de Estados Unidos estaba llegando a su fin... porque no tenían un líder fuerte. No *sabía* quién había originado esa plaga, pero era fácil adivinarlo. Tenía que ser la RIU. ¿Por qué otro motivo los habría convocado en China? Ella hacía

lo suyo protegiendo las proximidades del Golfo Pérsico. Estaba segura de que sería recompensada... a su tiempo.

—Su presidente está distraído —dijo Zhang—. Es entendible.

—Qué terrible infortunio. Desde ya pueden contar con nuestra más profunda simpatía —agregó el ministro del Exterior. Los tres acababan de ver la entrevista acompañados por la intérprete.

Adler no había reaccionado al recibir la noticia de la epidemia, pero ahora sí. No obstante, debía hacerla a un lado.

—¿Procedemos? —preguntó.

—Bien. ¿Nuestra lejana provincia accede a nuestra demanda de compensación? —preguntó el ministro.

—Desafortunadamente no. Creen que el incidente es un resultado de las maniobras que ustedes realizan en la zona. Considerado en abstracto, ese punto de vista no carece de mérito —respondió Adler en puro idioma diplomático.

—Pero la situación no es abstracta. Nosotros estamos realizando prácticas pacíficas. Uno de sus pilotos atacó nuestros aviones y en el proceso otro de sus estúpidos aviadores destruyó la aerolínea. ¿Quién puede decir si fue o no un accidente?

—¿No fue un accidente? —preguntó Adler—. ¿Qué podría haber detrás de un acto semejante?

—Imposible saberlo tratándose de esos delincuentes —le espetó el ministro del Exterior, tirando un poco más de la soga.

Ed y Mary Pat Foley llegaron juntos. Al sentarse en el Salón de Gabinete, todavía vestido con el uniforme verde de Hopkins, Jack vio que Ed tenía una lámina bajo el brazo. Después llegó Murray, seguido por el inspector O'Day. Ryan se levantó para saludarlo.

—Estoy en deuda con usted. Lamento no haber podido verlo antes —dijo, estrechándole la mano.

—Comparado con esto, aquello fue un juego de niños —dijo Pat—. Y mi hijita también estaba ahí. Pero sí, fue una suerte que yo estuviera presente. Esos disparos no me traerán pesadillas, se lo aseguro. —Se dio vuelta—. Ah. Hola, Andrea.

Price sonrió por primera vez en el día.

—¿Cómo está tu hija, Pat?

—En casa con la niñera. Las dos están bien —respondió.

—¿Señor presidente? —Era Goodley—. Esto está muy caliente.

—Bueno, ¿qué les parece si empezamos a trabajar? ¿Quién empieza?

—Yo —dijo el DCI, deslizando una hoja de papel sobre la mesa—. Para que leas. —Ryan le echó un vistazo. Era una especie de formulario oficial escrito en francés.

—¿Qué es esto?

—Es el formulario de inmigración y aduana de un avión. Te pido que leas el código identificador, arriba a la izquierda.

—HX-NJA. ¿Entonces? —preguntó SWORDSMAN. Van Damm se

había sentado junto a él para ayudarlo a mantener la calma. El ambiente estaba muy cargado.

La ampliación de la foto tomada por Chávez en el Aeropuerto de Mehrabad era más grande que una lámina. Mary Pat la extendió sobre la mesa, sujetando los extremos con la ayuda de dos maletines.

—Lee el código de la cola —aconsejó la DDO.

—HX-NJA. No tengo tiempo para jugar a Agatha Christie, amigos —advirtió el presidente.

—Señor presidente —dijo Dan Murray—. El formulario de aduana identifica un avión comercial, un Gulfstream IV perteneciente a esta corporación con sede en Suiza. —Apoyó una hoja sobre la mesa—. Tripulado por esta gente. —Dos fotos y tarjetas de identificación—. Salíó de Zaire con tres pasajeros. Dos eran monjas, la hermana Jean Baptiste y la hermana María Magdalena. Ambas enfermeras en un hospital católico de Zaire. La hermana Jean atendía a Benedict Mkusa, un niño que contrajo Ébola y murió. La hermana Jean se contagió y el tercer pasajero, el doctor Mohammed Moudi —todavía no tenemos su foto pero nos estamos ocupando de conseguirla—, decidió llevarla a París para probar un tratamiento. La hermana María Magdalena los acompañó. El doctor Moudi es un médico iraní que trabaja para la OMS. Le dijo a la monja-jefe que Jean Baptiste tal vez tendría una oportunidad de curarse en París y ofreció alquilar un avión privado para trasladarla. ¿Me sigues?

—Y éste es el avión.

—Correcto, señor presidente. Éste es el avión. Salvo por un detalle. Supuestamente este avión cayó al mar apenas salió de Libia, donde había bajado a recargar combustible. Tenemos una tonelada de documentos sobre eso. Excepto una cosa. —Señaló la lámina nuevamente—. Esa foto fue tomada por Domingo Chávez...

—Tú lo conoces —acotó Mary Pat.

—Prosigue. ¿Cuándo tomó la foto Ding?

—Cuando Clark y él acompañaron al secretario Adler a Teherán la semana pasada.

—El avión se dio por perdido un tiempo antes. Incluso uno de nuestros destructores detectó sus señales de emergencia. Sin embargo, desapareció sin dejar rastro —dijo Murray—. ¿Ed?

—Al desmoronarse Irak, Irán facilitó la huida de los líderes militares. Todos tenían paracaídas de oro y nuestro amigo Daryaei los dejó saltar del avión. Incluso les *ofreció* transporte, ¿correcto? Esto comenzó el día después de la desaparición del Gulfstream —dijo Foley—. Los llevaron a Kartum, Sudán. Nuestro jefe de estación allí, Frank Clayton, fue al aeropuerto y tomó estas fotos para confirmar información de inteligencia. —Les pasó las fotos.

—Parece el mismo avión, ¿pero no podría ser que alguien hubiera jugado con los números... las letras o lo que sea? —preguntó Ryan.

—Siguiendo indicador —prosiguió Murray—. Hubo dos casos de Ébola en Kartum.

—Clark y Chávez hablaron hace unas horas con el médico que los atendió —agregó Mary Pat.

—Los dos pacientes volaron en este avión. Tenemos fotos de ellos bajando. Entonces —prosiguió Murray—, tenemos un avión con una persona enferma a bordo. El avión desaparece... *pero* reaparece menos de veinticuatro horas después en otro lugar, y dos de sus pasajeros bajan con la misma enfermedad que tenía la monja. Los pasajeros venían de Irak, vía Irán, con destino a Sudán.

—¿Quién es el dueño del avión? —preguntó Arnie.

—Una corporación. Dentro de unas horas sabremos más detalles. Pero la tripulación del vuelo es iraní. Tenemos información sobre ellos porque aprendieron a volar aquí —explicó Murray—. Y tenemos a nuestro amigo Daryaei en el mismo avión. Parece haber sido robado del servicio internacional. Tal vez Daryaei lo esté usando para recorrer su nuevo país. Entonces, señor presidente, tenemos la enfermedad, el avión y el propietario, todos vinculados entre sí. Mañana trabajaremos con la Gulfstream para averiguar si el avión tiene características únicas que podamos identificar, además del código de registro.

—Ahora sabemos quién lo hizo, señor —concluyó Murray—. Esta cadena de evidencias es imbatible, creo.

—Y hay más detalles —dijo Mary Pat—. Los antecedentes del Dr. Moudi. El rastreo de algunos cargamentos de monos... usan monos para estudiar la enfermedad. Cómo prepararon el simulacro de accidente aéreo... ¿qué les parece? Hasta reclamaron el seguro.

—Vamos a suspender un momento la reunión. ¿Andrea?

—Sí, señor presidente.

—Llame al secretario Bretano y al almirante Jackson. Los quiero aquí inmediatamente.

—Sí, señor —Price salió a buscarlos.

Ed Foley esperó que se cerrara la puerta tras ella.

—Estee... ¿señor presidente?

—¿Sí, Ed?

—Hay algo más. Todavía no se lo he dicho a Dan. Sabemos que la RIU —es decir, nuestro amigo Mahmoud Haji Daryaei— está detrás de esto. Chávez planteó un interrogante antes de irse con John. El otro bando podría estar esperando que lo descubramos. Es casi imposible lograr seguridad operativa en un caso como éste.

—¿Entonces?

—Entonces dos cosas, Jack. Primero, piensan que sus planes son irreversibles y no les importa si los descubrimos o no. Segundo, debemos tener presente lo que hicieron en Irak. Tenían un doble agente.

Eran dos cosas muy grandes. Mientras Ryan consideraba la primera, Dan Murray intercambió una rápida mirada con su inspector itinerante.

—Santo Dios, Ed —murmuró Murray.

—Piénsalo un poco, Dan —dijo Foley—. Tenemos un presidente. Tenemos un Senado y un tercio de Diputados. Aún no tenemos vicepresidente. La sucesión presidencial está en veremos, no hay figuras realmente poderosas y la plana mayor del gobierno está en pañales. Acaba de desatarse una epidemia en todo el país. Para todos los observadores externos somos débiles y vulnerables en este momento.

Ryan levantó la vista cuando entró Andrea.

—Esperen un momento. Atentaron contra Katie. ¿Por qué habrían de hacerlo si lo que querían era sacarme del medio *a mí*?

—¿Qué es esto? —preguntó Price.

—La otra parte ha demostrado una capacidad aterradora. Uno —dijo Foley—, se infiltraron en la custodia personal del presidente iraquí y le volaron la tapa de los sesos. Dos, la operación de la semana pasada fue facilitada por un doble agente “dormido” que vivió aquí más de una década sin hacer nada, pero que cuando despertó tuvo la audacia de colaborar en el atentado contra una criatura.

Murray tuvo que estar de acuerdo:

—Nosotros pensamos lo mismo. La División de Inteligencia está estudiando el caso en este mismo momento.

—Un momento —objetó Andrea—. Conozco a todos los integrantes de la Custodia Personal. ¡Por el amor de Dios, murieron cinco defendiendo a SANDBOX!

—Agente Price —dijo Mary Pat—. ¿Sabe cuántas veces la CIA fue traicionada por gente que todos conocíamos... que *yo* misma creía conocer muy bien? Perdí tres agentes por culpa de esa clase de gente. Los *conocía*, y *conocía* al tipo que los entregó. No me hable de paranoia. Enfrentamos un enemigo muy capaz. Y sólo se necesita una persona.

Murray lanzó un silbido al escuchar ese argumento. Había estado analizando las cosas en una dirección, y ahora debía cambiarla.

—Señora Foley, yo...

—Andrea —intervino el inspector O’Day—, esto no es personal. Quiero que des un paso al costado y lo pienses. Si tuvieras los recursos de una nación-estado, fueras paciente y contaras con gente verdaderamente motivada, ¿cómo lo harías?

—¿Cómo lo hicieron en Irak? —arremetió Ed Foley—. ¿Alguno de ustedes lo habría creído posible?

El presidente miró a todos los presentes. *Fabuloso, ahora me dicen que no confíe en el Servicio Secreto.*

—Todo cobra sentido si uno se molesta en pensar como el otro —dijo Mary Pat—. Es parte de su tradición, ¿recuerdan?

—Está bien, ¿entonces qué debemos hacer? —preguntó Andrea, azorada ante la posibilidad de un doble agente en el Servicio.

—Pat, tienes una nueva misión —anunció Murray—. Es decir, si el presidente está de acuerdo.

—Claro que sí —suspiró POTUS.

—¿Reglas? —quiso saber O’Day.

—Ninguna, ninguna en absoluto —respondió Price.

Era casi mediodía en la República Islámica Unida. El mantenimiento de las seis unidades pesadas con base en la región centro-sur del país progresaba sin altibajos. Casi todas las orugas de los carros mecanizados de combate habían sido reemplazadas. Había nacido un

saludable espíritu de competencia entre las ex divisiones iraquíes y sus colegas iraníes. Todos los vehículos —tanques T-80 y carros de infantería BMP— tenían su carga de municiones completa.

Los recientemente adquiridos localizadores GPS obraban como por arte de magia y por fin los iraquíes comprendieron por qué los norteamericanos los habían tratado con tanta rudeza en 1991. Teniendo un GPS no se necesitaban caminos. La cultura árabe siempre había llamado mar al desierto, y ahora podrían navegarlo como marineros, moviéndose de un punto a otro con una confianza desconocida para ellos. Acababan de recibir mapas nuevos y tenían asignada una nueva misión. La fuerza mecanizada de tres cuerpos tenía un nombre: Ejército de Dios. Al día siguiente, los comandantes de sub-unidades se enterarían de todas estas cosas... y de muchas otras.

Tardaron una hora en llegar. El almirante Jackson había dormido en su oficina, pero el secretario Bretano había vuelto a su casa después de una maratónica sesión de revista de despliegues dentro del país. Vieron que el código de vestimenta de la Casa Blanca se había relajado. El presidente, que también tenía los ojos enrojecidos de cansancio, llevaba puesto un uniforme de médico.

Dan Murray y Ed Foley repitieron todo lo que sabían y suponían. Jackson lo tomó bien:

—Correcto. Ahora sabemos contra quién luchamos —dijo.

Pero Bretano lo tomó mal:

—Es abiertamente un acto de guerra —dijo.

—Pero nosotros no somos el objetivo —aclaró el DCI—. El objetivo es Arabia Saudita y el resto de los estados del Golfo. Es lo único que tiene sentido. Supone que si tomara esos estados nosotros *no podríamos* enfrentarlo... porque dejaría sin petróleo al mundo entero. —Casi tenía razón, pero no del todo.

—Y tiene a India y China en el bolsillo —prosiguió Robby Jackson—. Por el momento sólo están interfiriendo, pero muy eficazmente. *Ike* está en un mal lugar. India ha bloqueado el estrecho de Ormuz con sus portaaviones. No podemos ingresar los barcos MPS sin cobertura aérea. Y por si fuera poco Daryaei mueve tres regimientos. Los sauditas pelearán, sí, pero les faltan hombres. Todo terminará en una semana. No es un mal concepto operativo —concluyó el J-3.

—El ataque biológico también es muy astuto. Creo que obtuvieron más de lo que esperaban. Casi todas nuestras bases y unidades están fuera de uso por el momento —observó el secretario de Defensa.

—Señor presidente, recuerdo que cuando era niño en Mississippi los del Klan solían decir: “cuando veas un perro rabioso, no lo mates... arrójalo al jardín de tu enemigo”. Saben, un hijo de puta nos hizo exactamente eso cierta vez, porque mi papá estaba consiguiendo que la gente se empadronara para votar.

—¿Qué hiciste entonces, Rob?

—Papá le voló la cabeza al perro con su Fox —replicó el almirante

Jackson—. Y prosiguió su misión. Si vamos a movernos tendremos que hacerlo rápido. El problema es con qué.

—¿Cuánto tardarán los MPS en llegar a Arabia Saudita?

—Menos de tres días, pero hay alguien en el camino. Ya han recibido la orden de atravesar Suez y podrán llegar al estrecho a tiempo, pero antes tendrán que pasar por la flota india. Los cuatro barcos son escoltados por un crucero y dos fragatas y si llegamos a perderlos, el equipo de reabastecimiento más cercano está en Savannah, señores.

—¿Qué tenemos en Arabia saudita? —preguntó Goodley.

—Lo suficiente para una brigada pesada. Igual que en Kuwait. Lo de la tercera brigada está a flote y en ruta hacia el peligro.

—Kuwait es el primero en la fila —dijo Ryan—. ¿Qué podemos conseguir ahí?

—Si nos tuvieran agarrados de las bolas podríamos mandar el Décimo ACR desde Israel al emplazamiento POMCUS al sur de Kuwait City. Tardaríamos sólo veinticuatro horas. No habría problemas con los kuwaitíes. Tienen un acuerdo tácito con Israel al respecto. Nosotros ayudamos a forjarlo —dijo Robby—. Ese plan se denomina BUFFALO FORWARD.

—¿A alguien le parece mala idea? —preguntó Jack.

—Un regimiento acorazado de caballería... no creo que alcance a disuadirlos, señor —opinó Goodley.

—Tiene razón —admitió Jackson.

Ryan miró a su alrededor. Saber era una cosa. Poder actuar era otra. Él *podía* ordenar un ataque nuclear estratégico contra Irán. Tenía bombarderos silenciosos B-2A en la Base Whiteman de la Fuerza Aérea, y con la información que acababa de recibir en las últimas dos horas sería fácil que CINC-STRIKE convalidara la orden. Los "Espíritus", como llamaban a los B-2, estarían allí en menos de dieciocho horas y convertirían al país en una ruina humeante y venenosa.

Pero no podía hacer eso. Los presidentes norteamericanos habían tenido muchas veces necesidad de decirle al mundo que sí, *lanzaremos* nuestros misiles y bombarderos si nos vemos obligados a hacerlo, pero Ryan jamás había esperado tener que cumplir ese deber. Incluso ese ataque contra Estados Unidos, el uso de armas de destrucción masiva —el equivalente de las armas nucleares para Norteamérica— había sido decidido por un solo hombre e instrumentado por unos pocos. ¿Tenía derecho a arrasarse ciudades enteras en respuesta, a matar inocentes como había hecho Daryaei, sólo porque él lo había hecho primero? ¿Cómo haría para sobrevivir a eso? Tenía que haber otra opción mejor. Por ejemplo, matar a Daryaei.

—¿Ed?

—¿Sí, señor presidente?

—¿Dónde están ahora Clark y Chávez?

—En Kartum, esperando instrucciones.

—¿Crees que podrán volver a Teherán?

—No será fácil, señor. —Miró a su esposa.

—Los rusos nos ayudaron en el pasado. Puedo preguntar. ¿Qué misión tendrían asignada?

—Primero averigüen si pueden entrar. Después asignaremos la misión. ¿Robby?

—¿Sí?

—Que el Décimo Regimiento se traslade ya mismo a Kuwait. Jackson lanzó un suspiro profundo y escéptico.

—Sí, señor.

Faltaba obtener la aprobación del gobierno kuwaití. El embajador se ocupó de eso. No resultó difícil. El mayor Sabah había mantenido informado a su gobierno sobre los despliegues militares del nuevo vecino y las fotos satelitales de los reemplazos de orugas en los tanques de la RIU eran por demás inquietantes y elocuentes. El gobierno kuwaití, con todas sus fuerzas armadas en estado de alerta, envió un télex a Estados Unidos pidiendo formalmente que los militares norteamericanos realizaran prácticas mayores de entrenamiento en la región occidental del país. El proceso fue rápido. Los gobernantes de la pequeña nación tenían fresco el recuerdo de viejos errores. Lo único que pidieron fue que el movimiento se hiciera en secreto, pedido que Estados Unidos no objetó. Cuatro horas después, los aviones de la aerolínea nacional empezaron a despegar, primero en dirección a Arabia Saudita, y luego hacia el norte, hacia el Golfo de Aqaba.

La orden fue emitida por el Comando de Doctrina y Entrenamiento, propietario administrativo del Décimo ACR, ya que técnicamente era una fuerza de entrenamiento. La mayoría de las otras unidades pertenecían al Comando de Fuerzas, FORCECOM. La orden de despliegue-de-emergencia llegó al coronel Sean Magruder como prioridad-CRÍTICA. Debía trasladar cinco mil efectivos, traslado que requeriría veinte vuelos Jumbo. La ruta ida y vuelta comprendía 1.300 millas y tres horas en cada dirección, con una hora de demora en ambas terminales. Pero todo estaba bien pensado y gracias a la disminución de los viajes aéreos internacionales había más aviones disponibles que los que anticipaba el BUFFALO FORWARD. Hasta los israelíes cooperaron. Al entrar en la gran base aérea israelí del Negev, los pilotos kuwaitíes tuvieron la singular experiencia de ser escoltados por aviones F-15 de combate con la Estrella de David en la cola.

El primer grupo estaba formado por oficiales de alto rango y un equipo de seguridad destinado a complementar la guardia kuwaití en el emplazamiento POMCUS. El emplazamiento era un grupo de depósitos que contenían el equipo completo de una brigada pesada. Un grupo de contratistas muy bien pagados por los kuwaitíes se encargaba del mantenimiento.

En el segundo vuelo se trasladaron la Tropa-A, Primera del Décimo, y parte del 1er. Escuadrón "Guión" bajo la mirada vigilante del comandante del escuadrón, teniente coronel Duke Masterman, quien tenía familia en Filadelfia y se daba cuenta de todo. Algo muy malo

estaba pasando en su país y por eso habían activado el BUFFALO FORWARD bajo el cielo despejado.

Magruder y su staff también vigilaban. Incluso había insistido en que el grupo de comando llevara el estandarte del regimiento.

—¿Tan malo es, Foleyeva? —preguntó Golovko, aludiendo a la epidemia. Hablaban en ruso. Aunque su inglés era casi perfecto, Mary Pat hablaba su idioma nativo con cierta elegancia poética.

—No sabemos, Sergey Nikolayevich, y me estuve ocupando de otras cosas.

—¿Cómo lo está llevando Ivan Emmetovich?

—¿A usted qué le parece? Sé que vio la entrevista por televisión hace unas horas.

—Su presidente es un hombre interesante. Tan fácil de subestimar... Yo mismo cometí ese error una vez.

—¿Y Daryaei?

—Formidable, pero es un bárbaro inculto. —Casi pudo oírlo escupir al otro extremo de la línea.

—Absolutamente.

—Dígale a Ivan Emmetovich que analice la escena, Foleyeva —sugirió Golovko—. Sí, vamos a cooperar —agregó, respondiendo una pregunta que aún no había sido formulada—. En todo.

—*Spasiba*. Volveré a llamarlo —Mary Pat miró a su marido—. Tendrás que besarle los pies.

—Desearía tenerlo de nuestro lado —observó el DCI.

—Lo está, Ed.

En STORM TRACK advirtieron que el perro había dejado de ladrar. Los tres cuerpos que estaban observando dejaron de usar sus aparatos de radio cerca del mediodía. Cero. Por sofisticado que fuera el equipo ELINT, nada era nada, allí y en todas partes. Las líneas directas a Washington ardían. Estaban llegando más oficiales sauditas, lo que demostraba el creciente estado de alerta del ejército que ya había comenzado a desplegarse en los alrededores de KKMC para consuelo del personal de inteligencia de STORM TRACK. Estaban demasiado cerca de la boca del león. Al ser agentes secretos pensaban como tales, y decidieron por unanimidad que lo que pasaba en Estados Unidos se había iniciado allí, aunque todavía no sabían cómo. La misma idea había generado una sensación de indefensión en los demás lugares, pero allí causó otro efecto. La ira era verdadera y ellos tenían una misión que cumplir, estuvieran expuestos o no.

—Está bien —dijo Jackson por la línea de conferencia telefónica—, ¿a quiénes *podemos* mandar?

—Mire —dijo el comandante de la FORCECOM—. El Undécimo ACR y una brigada de la Guardia se están entrenando en el NTC. Esa

base está limpia y podremos trasladar las unidades en cuanto lleguen los aviones. ¿En cuanto al resto? Antes de moverlos tendremos que examinar a todos los soldados y todavía no han llegado los equipos.

—Tiene razón —dijo otra voz. Todos asintieron. Las empresas farmacéuticas los estaban fabricando a toda velocidad. Se necesitaban millones de equipos para análisis y sólo había unos diez mil disponibles, destinados a la gente que mostraba síntomas, a los parientes y amigos de los afectados, a los camioneros que transportaban alimentos y medicinas, y sobre todo a los médicos, que eran los más expuestos al virus.

La RIU está por iniciar una guerra, pensó Jackson, y no tendrá oponentes.

—¿Cuánto tardaríamos?

—En el mejor de los casos, estaría hecho antes del fin de semana —replicó FORCECOM—. Tengo un oficial a cargo.

—Yo tengo el Ala 366 en Mountain Home. Todos están limpios —reportó el comandante de Combate Aéreo—. Tenemos el ala F-16 en Israel. Pero todas mis unidades europeas están en cuarentena.

—Los aviones son muy lindos, Paul —dijo FORCECOM—. Los barcos también, pero necesitamos llenarlos con soldados, ya.

—Avisen a Fort Irwin —dijo Jackson—. Haré que el secretario de Defensa autorice la salida en menos de una hora.

—Hecho.

—¿Moscú? —preguntó Chávez—. Jesucristo, estamos dando la vuelta al mundo.

—No debemos preguntar por qué.

—Sí, conozco la segunda parte, Mr. C. Si estamos yendo al lugar correcto, ésta es mi oportunidad.

—El carruaje los espera, caballeros —bromeó Clayton.

—Sí, eso me recuerda algo —Clark sacó del ropero la camisa del uniforme. Un minuto después era nuevamente un coronel. Cinco minutos después iban rumbo al aeropuerto, dispuestos a dejar Sudán a los buenos oficios de Frank Clayton.

O'Day reunió un equipo de agentes del FBI para investigar los archivos de antecedentes personales de todos los agentes del Servicio Secreto que estuvieran cerca del presidente, tanto los de civil como los oficiales de la División Uniformada. En otras circunstancias algunos habrían sido desechados por falta de mérito, pero este caso era demasiado importante y por eso debían revisar exhaustivamente cada archivo antes de desecharlo. Les dejó ese trabajo a otros. Había otro equipo examinando algo no del todo conocido: un registro computarizado de todas las llamadas telefónicas realizadas en el área metropolitana de Washington DC. Si el programa (absolutamente legal en sentido estricto) se hubiera extendido más allá de esa zona habría despertado las iras de los más adustos defensores de la ley, pero el

presidente vivía en Washington y Estados Unidos ya había perdido presidentes allí. Tal vez tuvieran demasiadas expectativas. Un conspirador infiltrado en el Servicio Secreto sería, por definición, experto en medidas de seguridad. El blanco, si lo había, debía ser masculino. Tendría que ser un excelente profesional —característica imprescindible para formar parte de la Custodia Personal—, pero nada más. Estaría bien adaptado. Tendría una buena reputación de servicio. Sería exactamente igual a los otros que estaban dispuestos a dar su vida por el presidente y a comportarse con tanta valentía como Don Russell. O'Day lo sabía, y en cierto sentido se odiaba a sí mismo por tener que tratarlos como sospechosos en una investigación criminal. Supuestamente no debía ser así. ¿Pero entonces cómo era?

Diggs convocó a los dos coroneles a su oficina para darles la noticia.

—Recibimos órdenes de movernos.

—¿Quiénes? —preguntó Eddington.

—Las dos unidades —respondió el general.

—¿Adónde, señor? —preguntó Hamm.

—Arabia Saudita. Ambos estuvimos allí antes, Al, y ésta es su oportunidad, coronel Eddington.

—¿Por qué?

—Todavía no lo han dicho. Pronto recibiré más detalles por fax. Lo único que me dijeron por teléfono es que la RIU se está poniendo espinosa. En este momento el Décimo va rumbo a POMCUS...

—¿BUFFALO FORWARD? —preguntó Hamm—. ¿Sin advertencia?

—Correcto, Al.

—¿Tiene que ver con la epidemia? —preguntó Eddington.

Diggs hizo un gesto negativo.

—Nadie me dijo nada de eso.

Tuvo lugar en la Corte Federal de Baltimore. Edward J. Kealty llenó una demanda contra John Patrick Ryan. La esencia de la queja era que el primero quería cruzar un límite interestatal y el segundo no se lo permitía. La demanda exigía el juicio sumario y la anulación inmediata del decreto del presidente (extrañamente, en el pedido Ryan figuraba como presidente de Estados Unidos). Kealty estaba seguro de ganar esta vez. La Constitución estaba de su parte y había elegido muy bien al juez.

La SNIE estaba concluida... y era absolutamente irrelevante. Las intenciones de la RIU eran transparentes. La clave era hacer algo al respecto, pero, en términos estrictos, ésa no era una función de inteligencia.

Amigos y vecinos

No los habían visto venir y les llamaron la atención. Al alba del día siguiente los tres escuadrones terrestres del Décimo de Caballería estaban completamente desplegados. El cuarto escuadrón, compuesto por helicópteros de ataque, necesitaría un día más para ponerse a tono. Los oficiales kuwaitíes —el ejército del país era relativamente pequeño pero contaba con muchos y entusiastas reservistas— saludaron a sus colegas norteamericanos blandiendo las espadas y abrazándolos frente a cámaras. Después mantuvieron serias y tranquilas conversaciones en las carpas de los comandantes. Por si fuera poco, el coronel Magruder ordenó a uno de sus escuadrones desfilar con los estandartes desplegados al viento. Era bueno para la moral de todos y los cincuenta y dos tanques avanzando en masa parecían el puño de un dios enfurecido. El servicio de inteligencia de la RIU obviamente esperaba que pasara algo, pero no eso, y menos tan rápido.

—¿Qué es esto? —preguntó Daryaei, dejando traslucir por una vez su ira mortífera. Por lo general bastaba que la gente supiera que estaba allí, oculta en su pecho como una serpiente venenosa.

—Es un simulacro. —Después del impacto inicial, el jefe de inteligencia comenzaba a percibir la realidad de la situación—. Eso es un *regimiento*. Cada una de las seis divisiones del Ejército de Dios tiene tres —cuatro en dos casos— brigadas. Y por consiguiente tenemos veinte contra una de ellos. ¿Acaso esperaba que los norteamericanos se quedaran de brazos cruzados? Imposible. Pero aquí tenemos su respuesta. Un solo regimiento sacado de Israel y trasladado al lugar errado. Con esto intentan asustarnos.

—Prosiga. —Los oscurísimos ojos se suavizaron levemente, perdiendo algo de su amenazante hostilidad.

—Estados Unidos no puede mover sus divisiones de Europa. Están contaminadas. Igual que las del país. Entonces tendremos que enfrentar a los sauditas en primer lugar. Será una gran batalla, que ganaremos nosotros. Los estados menores se rendirán o serán aplastados... y Kuwait quedará solo en la punta del Golfo, con sus propias fuerzas y este regimiento norteamericano. Entonces nos encargaremos de ellos. Probablemente esperan que invadamos primero Kuwait. Pero no repetiremos ese error, ¿verdad?

—¿Y si respaldan a los sauditas?

—Solamente tienen equipos para una brigada en el Reino. La segunda está a flote. Usted habló con India al respecto, ¿no? —Era tan

normal que podría haberlo previsto, pensaba el jefe de inteligencia de la RIU detrás de una mirada exteriormente mansa. Siempre se ponían nerviosos antes de que la cosa empezara, como si esperaran que alguien siguiera al pie de la letra el guión que habían escrito. El enemigo era el enemigo... y no siempre cooperaba—. Y dudo que tengan efectivos para mover. Tal vez tengan aviones, pero no hay ningún portaaviones en diez mil kilómetros a la redonda, y por consiguiente los aviones, por muy molestos que sean, no podrán despegar ni aterrizar.

—Gracias por aclararme la situación. —El humor del anciano se había suavizado.

—Por fin nos encontramos, camarada coronel —dijo Golovko.

Clark siempre había fantaseado con entrar a los cuarteles generales de la KGB. Pero jamás se le pasó por la cabeza que le servirían un trago en la oficina del director. Aunque todavía era muy temprano, bebió un poco de vodka Starka.

—No fui entrenado para recibir semejante hospitalidad de su parte, camarada director.

—Aquí ya no hacemos esas cosas. La cárcel Lefortovo es mucho más adecuada. —Hizo una pausa, dejó el vaso sobre la mesa y se sirvió un té. Brindar con su huésped era obligatorio, pero era demasiado temprano para seguir bebiendo—. Debo hacerle una pregunta. ¿Fue usted el que sacó del país a la señora Gerasimov y su hija?

Clark asintió. No ganaba nada con mentir.

—Sí, fui yo.

—Bienvenido entonces, Ivan... ¿cuál es el nombre de su padre?

—Timothy. Yo soy Ivan Timofeyevich, Sergey Nikolayevich.

—Ah —Golovko lanzó una carcajada—. La Guerra Fría fue terrible, mi amigo, pero es maravilloso volver a ver a los viejos enemigos ahora que todo ha terminado. Dentro de cincuenta años, cuando todos estemos muertos, los historiadores compararán los registros de la CIA con los nuestros y decidirán quién ganó la guerra de inteligencia. ¿Tiene alguna idea de qué dirán?

—Se olvida de que yo era soldado raso, no comandante.

—Nuestro mayor Scherenko quedó muy impresionado con usted y su joven compañero. El rescate de Koga fue impresionante. Y ahora volvemos a trabajar juntos. ¿Ya lo pusieron al tanto de todo?

Para Chávez, que se había hecho hombre mirando películas de Rambo y cuyo temprano entrenamiento en el ejército le había enseñado a esperar siempre encontronazos con los soviéticos, fue una experiencia que hubiera preferido atribuir al malestar posterior al vuelo. Pero los dos habían visto los pasillos vacíos a su paso. No tenía sentido permitirles ver caras que podrían recordar en otro momento y otro lugar.

—No, esencialmente estuvimos reuniendo información.

Golovko apretó un botón de su escritorio.

—¿Bondarenko está en el edificio?

Unos segundos después se abrió la puerta y entró un general ruso.

Los dos norteamericanos se pusieron de pie. Clark observó las medallas y lo miró con dureza. Bondarenko hizo lo mismo. Los apretos de manos fueron cautos, curiosos y extrañamente cálidos. Perteneían a una época que estaba cambiando.

—Gennady Iosefovich es nuestro jefe de operaciones. Ivan Timofeyevich es espía de la CIA —los presentó el director—. Igual que su silencioso compañero. Dígame, Clark, ¿la plaga viene de Irán?

—Sí, es un hecho.

—Entonces es un bárbaro, pero muy inteligente. ¿General?

—Anoche ustedes movieron un regimiento de caballería de Israel a Kuwait —dijo Bondarenko—. Son soldados excelentes, pero la corrección de fuerzas es adversa al extremo. Estados Unidos no puede desplegar grandes cantidades de efectivos por lo menos hasta dentro de dos semanas. Daryaei no les dará dos semanas. Estimamos que las divisiones pesadas localizadas al sudeste de Bagdad estarán listas para moverse dentro de tres días, cuatro como máximo. Tardarán un día en llegar a la frontera, ¿y después? Después veremos qué se traen entre manos.

—¿Alguna idea?

—No tenemos más inteligencia que ustedes al respecto —dijo Golovko—. Lamentablemente hemos perdido la mayoría de la inteligencia que teníamos en el área y nuestros amigos, los generales del anterior régimen iraquí, han abandonado el país.

—La plana mayor del ejército es iraní, muchos fueron entrenados en Gran Bretaña y Estados Unidos bajo el régimen del sha y sobrevivieron a las purgas —dijo Bondarenko—. Tenemos dossiers sobre varios de ellos y los estamos transmitiendo al Pentágono.

—Es muy amable de parte de ustedes.

—Sin duda —acotó Ding—. Si nos hacen polvo, subirán al norte.

—Jovencito, las alianzas no se hacen por amor sino por intereses comunes —le dijo Golovko.

—Si ustedes no pueden enfrentar a este maníaco ahora, nosotros tendremos que enfrentarlo dentro de tres años —dijo seriamente Bondarenko—. Creo que será mejor para todos enfrentarlo ahora.

—Hemos ofrecido apoyo a Foleyeva y ella ha aceptado. Cuando conozcan su misión avísennos, y veremos qué podemos hacer.

Algunos durarían más que otros. Algunos menos. La primera muerte sucedió en Texas: un representante de equipos para golf que expiró debido a complicaciones cardíacas tres días después de ser admitido, un día después de que su esposa ingresara al hospital con los mismos síntomas. Los médicos que la entrevistaron determinaron que probablemente había contraído la enfermedad limpiando el vómito de su marido en el baño y no por contacto íntimo, porque debido a su malestar ni siquiera la había besado al volver de Phoenix. Aunque era una conclusión aparentemente insignificante y obvia fue transmitida por fax a Atlanta. El CDC había pedido toda la información existente, por nimia que fuera. Pero no era nimia para el equipo

médico de Dallas. La primera muerte fue para ellos una mezcla de alivio y horror. Alivio porque el estado del hombre hacia el final era agónico y desesperante; horror porque pronto habría más muertes.

Lo mismo ocurrió seis horas después en Baltimore. El vendedor de Winnebagos tenía un problema gastrointestinal previo, una úlcera péptica que, aunque controlada, resultó blanco fácil para el virus de Ébola. Se le desintegró el estómago y se desangró mientras estaba inconsciente por la morfina. Fue casi una sorpresa para el médico a cargo y la enfermera. Poco después las muertes se sucedían a gran escala en todo el territorio nacional. Los medios informaban y el horror se profundizaba. En la primera serie de casos el marido fue el primero en morir, seguido por la esposa y los hijos.

Ahora era más real para todos. En un principio la crisis había sido un hecho lejano para la mayoría. Los negocios y las escuelas estaban cerrados y no se podía viajar, pero lo demás era un simple hecho televisado, como tienden a serlo todas las cosas en los países occidentales. Era algo que uno veía en una pantalla de fósforo, una imagen móvil aumentada por el sonido, algo real e irreal al mismo tiempo. Pero ahora la palabra *muerte* se pronunciaba con frecuencia. Las fotos de las víctimas aparecían en pantalla y en algunos casos transmitían videos domésticos, y las imágenes de personas ya muertas en momentos de placer y relajación seguidas por las sombrías palabras de los periodistas... invadían la conciencia pública con una inmediatez nueva y diferente a la vez que horrenda. Ya no se trataba de la pesadilla que termina al despertar. Ésta era una pesadilla interminable, creciente, devastadora como aquel sueño infantil de la nube negra que invade la habitación y crece y crece y se acerca a pesar de todos los esfuerzos por evitarla, y uno sabe que, si la nube lo toca, estará perdido.

Las protestas por la prohibición de viajar murieron el mismo día que el golfista de Texas y el vendedor de Winnebagos de Maryland. Los contactos interpersonales, que al principio habían menguado, volvieron a manifestarse, aunque restringidos al nivel familiar. La vida de la gente pasaba por el teléfono. Se hacían muchísimos llamados de larga distancia para conocer el estado de familiares y amigos, al punto tal que AT&T, MCI y el resto de las empresas telefónicas sacaron avisos pidiendo que abreviaran las llamadas y destinaron líneas de acceso especial para uso médico y gubernamental. El pánico se había extendido a toda la nación, pero era un pánico silencioso y personal. No había demostraciones públicas. Casi no había autos en las calles, ni siquiera en las grandes ciudades. La gente ya no iba a los supermercados, prefería quedarse en casa alimentándose de latas y productos congelados.

Los periodistas seguían informando cámara y micrófono en mano, y paradójicamente, al hacerlo aumentaban el grado de tensión y a la vez contribuían a solucionarlo.

—Funciona —anunció por teléfono el general Pickett a su ex subordinado en Washington.

—¿Dónde estás, John? —preguntó Alexandre.

—En Dallas. Funciona, coronel. Necesito que hagas algo.

—Lo que sea.

—Deja de jugar al practicante. Para eso están los residentes. Tengo un grupo de trabajo en Walter Reed. Únete a ellos. Eres demasiado importante en el campo teórico para seguir perdiendo tiempo clavando agujas enfundado en tu traje Racal, Alex.

—John, ahora éste es mi departamento y debo guiar a mis tropas. —Recordaba la lección de sus épocas de uniforme verde.

—Bueno, tu gente sabe cuidarse, coronel. Ahora puedes bajar el rifle y empezar a pensar como un verdadero *comandante*. No ganaremos esta batalla en los hospitales, ¿verdad? —preguntó Pickett, intentando ser razonable—. Tengo un transporte esperándote: un Hummer que te llevará directo a Reed. ¿Quieres que te reincorpore y lo convierta en una orden?

Alexandre sabía que podía hacerlo si se le antojaba.

—Dame media hora. —Colgó y miró el pasillo. Estaban sacando otro cadáver de una habitación. Era un orgullo estar allí. Aunque estaba perdiendo pacientes y perdería aún más... estaba allí, era médico, hacía lo mejor posible, y le demostraba al personal que sí, él era uno de ellos, atendía a los enfermos, corría riesgos en honor del juramento hecho a los veintiséis años. Cuando todo terminara, el equipo albergaría un sentimiento de solidaridad. Por horrible que fuera, habrían cumplido su deber...

—Maldita sea —musitó. John Pickett tenía razón. La batalla se peleaba en los hospitales, pero no se ganaría allí. Le avisó a su asistente que iría a ver al decano James en el otro piso.

Había un caso interesante. Una mujer de treinta y nueve años, admitida hacía dos días. Su media naranja estaba agonizando y ella estaba abatida. Había anticuerpos de Ébola en su sangre y presentaba los clásicos síntomas gripales, pero la enfermedad no había avanzado. De hecho, parecía haberse detenido.

—¿Qué te parece? —Cathy Ryan estaba especulando con el decano James.

—No te entusiasmes, Cathy —respondió James con voz cansada.

—No estoy entusiasmada, Dave, pero quiero saber por qué. Yo misma la entrevisté. Durmió en la misma cama con él dos días antes de traerlo al hospital...

—¿Tuvieron relaciones sexuales? —preguntó Alex, metiéndose en la conversación.

—No, Alex. Se lo pregunté. Él ya no se sentía bien. Creo que ella va a sobrevivir. —Sería la primera en Baltimore.

—La tendremos en observación por lo menos una semana, Cathy.

—Ya sé, Dave, pero ella es la primera —aclaró SURGEON—. Aquí hay algo diferente. ¿Qué es? ¡Tenemos que averiguarlo!

—¿La planilla? —Cathy se la pasó.

Alexandre le echó un rápido vistazo. La temperatura había bajado a 100.2, la sangre... no era del todo normal pero...

—¿Qué le dijo, Cathy? —preguntó Alex, hojeando el informe.

—¿Cómo dice que se siente, eso me pregunta? Aterrada, tiene terror de morir. Jaquecas masivas, calambres abdominales... en gran parte debidos al estrés. No podemos culparla, ¿no?

—Parece estar mejorando. El hígado había empezado a decaer, pero anoche se interrumpió el proceso y está volviendo a...

—Eso es lo que me llamó la atención. Lo está venciendo, Alex —dijo la Dra. Ryan—. Sí, creo que vamos a vencerlo con ella. ¿Pero *por qué*? ¿Cuál es la diferencia? ¿Qué podemos aprender de esto? ¿Podremos aplicarlo a otros pacientes?

El doctor Alexandre se decidió. John Pickett tenía razón. Debía ir a Reed.

—Dave, me quieren en Washington ahora mismo.

—Vaya —replicó el decano—. Aquí estamos cubiertos. Si puede ayudar, vaya.

—Cathy, la respuesta más probable a su pregunta es también la más sencilla. La capacidad de luchar contra esta enfermedad es inversamente proporcional a la cantidad de partículas que entren al sistema. Todos piensan que un solo virus basta para matar. No es cierto. No existe nada tan peligroso. Ébola mata destruyendo primero el sistema inmunitario, luego pasa a los órganos. Si esa mujer adquirió sólo una cantidad ínfima de pequeños miserables, es probable que su sistema inmunológico haya ganado la batalla. Hable un poco más con ella, Cathy. Pídale todos los detalles de su relación con su marido o lo que sea la semana pasada. La llamaré dentro de dos horas. ¿Cómo les está yendo?

—Alex, si hay alguna esperanza en esto —replicó el doctor James—, entonces creo que vamos a derrotarlo.

Alexandre subió a descontaminarse. Primero roció escrupulosamente su traje protector y se lo quitó. Luego se puso un uniforme verde y mascarilla, tomó el ascensor "limpio" hasta la planta baja, y salió.

—¿Usted es el coronel Alexandre? —preguntó un sargento.

—Sí.

El NCO hizo la venia.

—Sígame, señor. Tenemos un Hummer y un chofer esperándolo. ¿Quiere una chaqueta, señor? Hace frío afuera.

—Gracias. —Se puso la parka sobre los hombros y avanzó en dirección al Hummer. Una Spec-4 iba al volante. Alexandre se sentó en la incómoda butaca, se ajustó el cinturón y ordenó:

—¡Adelante!

Sólo entonces volvió a pensar en lo que acababa de decirles a James y Ryan. Sacudió la cabeza como quien repele un insecto. Pickett tenía razón. Tal vez.

—Por favor, señor presidente, permítanos examinar la información primero. Incluso convoqué al Dr. Alexandre de Hopkins para que se uniera al grupo que formé en Reed. Es demasiado pronto para sacar conclusiones. Por favor, déjenos trabajar.

—Está bien, general —dijo Ryan, ofuscado—. Estaré aquí. Maldita sea —protestó antes de colgar.
—Tenemos otras cosas que hacer, señor —le recordó Goodley.
—Sí.

Todavía estaba oscuro cuando iniciaron el despliegue en el huso horario del Pacífico. Al menos fue fácil trasladar los aviones. Los Jumbos de las empresas más importantes fueron desviados a Barstow, California, donde sus tripulantes fueron revisados por médicos del ejército. También se modificó el sistema de ventilación de las naves. En el NTC, los soldados empezaron a abordar los ómnibus, cosa normal para la Fuerza Azul pero no para la FuOp. Los familiares de estos últimos los miraban subir a los vehículos. Se sabía poco, excepto que partían. Por el momento el destino era secreto; los soldados lo conocerían recién después del despegue. Más de diez mil hombres y mujeres significaban cuarenta vuelos a un promedio de cuatro por hora dadas las rudimentarias condiciones con que contaban en el desierto de California. Si alguien preguntaba, los encargados de relaciones públicas dirían que las unidades de Fort Irwin iban a colaborar con la emergencia nacional. En Washington, mientras tanto, algunos periodistas se enteraron de algo más.

—¿Thomas Donner? —preguntó la mujer de barbijo.
—Soy yo —respondió malhumorado. Había dejado el desayuno por la mitad y llevaba puesto un jean y una camisa de franela.
—FBI. ¿Podría acompañarme, señor? Tenemos que hablar con usted.
—¿Estoy arrestado? —preguntó Donner airadamente.
—Sólo si lo desea, señor Donner —respondió la agente—. Pero tiene que venir conmigo ahora mismo. No necesitará nada especial, excepto su billetera y sus documentos —agregó, entregándole una mascarilla quirúrgica estéril.
—Está bien. Déme un minuto —Donner cerró la puerta, besó a su esposa, se puso el saco y se cambió los zapatos. Luego salió, se ajustó la mascarilla y siguió a la agente hasta su automóvil—. ¿Puedo saber qué pasa?
—Formo parte del servicio de limusinas —replicó ella, poniendo punto final a la conversación. Si Donner era tan torpe como para olvidar que era miembro del grupo de prensa preseleccionado para operaciones del Pentágono, bueno, eso no era asunto suyo.

—El mayor error cometido por los iraquíes en 1990 fue logístico —explicó el almirante Jackson, deslizando el puntero por el mapa—. Todos creen que es cuestión de armas y bombas. Pero no. Es cuestión de combustible e información. Si uno tiene suficiente combustible para seguir moviéndose y sabe lo que está haciendo el otro, tendrá grandes

posibilidades de triunfar. —La diapositiva de la pantalla colgada junto al mapa cambió y Jackson la señaló con su puntero—. Aquí.

Las fotos satelitales eran clarísimas. Todos los tanques y carros BMP estaban acompañados por otra cosa: tambores de combustible. Cada uno contenía cincuenta y cinco galones de diesel. La presencia de los tambores en la parte trasera de los T-80 aumentaba la vulnerabilidad de esos tanques, aunque tenían la ventaja de poder desprenderse de ellos mediante un sistema accionado desde la torreta.

—Quisiera que no alberguen dudas al respecto. Están listos para moverse, probablemente esta misma semana. Tenemos el Décimo de Caballería en Kuwait. El Undécimo y la Primera Brigada de la Guardia Nacional de Carolina del Norte ya están en camino. Eso es todo lo que podemos hacer por ahora. Debido a la cuarentena, recién el viernes podremos trasladar otras unidades.

—Y eso es de conocimiento público —agregó Ed Foley.

—Esencialmente hemos desplegado una división, muy pesada, pero sólo una —concluyó Jackson—. Todos los militares kuwaitíes están en el terreno. Los sauditas también están saliendo.

—Y la tercera brigada depende de que los barcos MPS logren pasar a la Armada india —señaló el secretario Bretano.

—No podremos hacerlo —les informó el almirante DeMarco—. No tenemos suficiente poder de combate para abrirnos paso.

Jackson no respondió. No podía. El jefe de Operaciones Navales en ejercicio era su superior, muy a pesar suyo.

—Mira, Brucie —intervino Mickey Moore, dándose vuelta para mirarlo—, mis muchachos necesitan esos vehículos. Si no llegan, la Guardia Carolina deberá enfrentar una brigada enemiga mecanizada sólo con armas livianas. Ustedes se han pasado la vida diciéndonos lo imbatibles que son esos cruceros Aegis. Háganse cargo o cierren el pico, ¿de acuerdo? Mañana a esta hora tendré mil quinientos soldados en riesgo.

—Almirante Jackson —dijo el presidente—. ¿Qué opina Operaciones?

—Señor presidente, sin cobertura aérea...

—¿Podemos o no podemos? —exigió Ryan.

—No —respondió DeMarco—. No permitiremos que perdamos los barcos de esa manera. Sin cobertura aérea no.

—Robby, quiero que opine al respecto —dijo Bretano.

—Bueno —Jackson respiró hondo—. Tienen un total de cuarenta Harriers. Son aviones buenos, pero no los mejores. La fuerza escolta tiene un total de, digamos, treinta misiles superficie-a-superficie. No debemos preocuparnos por una batalla con armas de fuego. El *Anzio* transporta normalmente setenta y cinco SAM, quince Tomahawks y ocho Arpones. El *Kidd* tiene setenta SAM y ocho Arpones. El *O'Bannon* no tiene SAM. Sólo tiene armas de defensa específica, pero también tiene Arpones. Las dos fragatas que acaban de unírseles deben tener por lo menos 20 SAM cada una. Teóricamente están en condiciones de presentar batalla.

—¡Es demasiado peligroso, Jackson! ¡Es imposible mandar una fuerza de superficie sola contra un grupo de portaaviones!

—¿Qué pasa si nosotros disparamos primero? —preguntó Ryan. Todos se dieron vuelta para mirarlo.

—Señor presidente. —Otra vez DeMarco—. Nosotros no hacemos esas cosas. Ni siquiera tenemos la seguridad de que sean hostiles.

—El embajador opina que sí —acotó Bretano.

—Almirante DeMarco, esos equipos tienen que llegar —dijo el presidente, enrojeciendo.

—La Fuerza Aérea va rumbo a Arabia Saudita. Dentro de dos días estaremos en condiciones de hacerlo, pero hasta entonces...

—Almirante, lo doy de baja. —El secretario Bretano clavó la vista en su informe—. Ya no necesitamos sus servicios. No tenemos dos días para concederle.

Bretano acababa de violar el protocolo. Los jefes del Consejo Militar eran nombrados por el presidente, y aunque titularmente eran asesores militares del secretario de Defensa y del presidente, sólo el presidente podía pedirles la renuncia. El almirante DeMarco miró a Ryan.

—Señor presidente, estoy obligado a darle mi opinión sobre este espinoso asunto.

—Almirante, tenemos mil quinientos hombres en peligro. Usted no puede venir aquí y decirnos que la Armada no va a respaldarlos. A partir de ahora prescindimos de sus servicios —dijo el presidente—. Buen día. —Los otros jefes uniformados se miraron. Jamás había pasado algo así—. ¿Cuánto falta para entrar en contacto con India? —preguntó Ryan, cambiando de tema.

—Aproximadamente veinticuatro horas, señor.

—¿Tenemos alguna manera de proveer refuerzos adicionales?

—También hay un submarino en la zona, cargado con torpedos y misiles. Está aproximadamente cincuenta millas delante del *Anzio* —dijo Jackson, mientras un almirante atónito y su asistente abandonaban la sala—. Podemos aumentarle la velocidad. Así correrá más riesgos de ser detectado, pero los indios no son tan rápidos con el ASW. Sería un arma ofensiva, señores. Los submarinos no pueden defender pasivamente. Hunden barcos.

—Tal vez deba conversar un poco con la primera ministra de India —comentó POTUS—. Una vez que los hayamos pasado, ¿qué pasará?

—Bueno, tendremos que atravesar el estrecho y llegar a los puertos de descarga.

—En eso puedo ayudarlos —prometió el jefe de staff de la Fuerza Aérea—. Ya tendremos los F-16 posicionados. El Ala 336 aún no estará lista, pero los muchachos de Israel sí.

—Vamos a necesitarlos, general —enfaticó Jackson.

—Caramba, la Armada nos está pidiendo ayuda a los muchachitos del aire —bromeó el de la Fuerza Aérea, poniéndose serio inmediatamente—. Matáremos a todos los hijos de puta que se atraviesen en tu camino, Robby. En cuanto entres al estrecho tendrás un amigo en el cielo.

—¿Con eso alcanza? —preguntó el presidente.

—Estrictamente hablando, no. El otro bando tiene cuatrocientos

aviones de primera línea. Cuando tengamos lista la 366 —tardaremos tres días como mínimo—, tendremos solamente ochenta aviones de combate aire-a-aire, pero los sauditos no son malos. Tenemos AWACS in situ. Tus tanques pelearán bajo cielo neutral en el peor de los casos, Mickey. —El general miró su reloj—. Apuesto a que ya están llegando.

—Bueno, damas y caballeros —el jefe de relaciones públicas se dirigió a los quince periodistas reunidos—. Han sido convocados para un despliegue militar. El sargento Astor está repartiendo los formularios de consentimiento. Por favor firmenlos y devuélvanlos.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de ellos.

—¿Tal vez le interese leerlo? —sugirió el coronel detrás de su mascarilla.

—Análisis de sangre —murmuró—. Esto sí lo entiendo. ¿Pero y el resto?

—Señores, los que firmen el formulario se enterarán de los siguientes pasos. Los que no firmen serán trasladados a sus casas. —Como siempre, la curiosidad pudo más. Todos firmaron.

—Gracias. —El coronel examinó todos los formularios—. Por favor salgan por la puerta de la izquierda. Los oficiales de la Armada los esperan.

Defendía su propio caso. Aunque había sido miembro del Colegio de Abogados durante treinta años, Ed Kealty sólo había asistido a la Corte como espectador, aunque en muchas ocasiones había utilizado las escalinatas de un tribunal para dar un discurso o hacer un anuncio. La Corte era un lugar por naturaleza dramático.

—Estoy aquí —comenzó el ex vicepresidente— para pedir un juicio político. Mi derecho a cruzar un límite interestatal ha sido violado por un decreto del presidente. Esto va en contra de garantías constitucionales explícitas y también de un precedente de la Corte Suprema, el caso Lemuel Penn, que la Corte juzgó por unanimidad...

Pat Martin estaba sentado junto al subsecretario de Justicia, que hablaría por el gobierno. Las cámaras de *Court TV* transmitirían el caso vía satélite a toda la nación. Era una escena extraña. El juez, el periodista de la Corte, el alguacil, todos los abogados, los diez reporteros y los cuatro espectadores llevaban puestas mascarillas quirúrgicas y guantes de goma. Todos acababan de ver a Ed Kealty cometer el mayor error de cálculo político de toda su carrera, aunque aún no se habían dado cuenta. Martin lo había anticipado.

—La libertad de tránsito es central para todas las libertades establecidas y protegidas por la Constitución. El presidente no tiene autoridad constitucional ni estatutaria para negar esta libertad a los ciudadanos, mucho menos con aplicación de la fuerza armada, lo que ya ha resultado en la muerte de un ciudadano. Es un simple punto legal —decía Kealty, media hora después—, y en mi nombre y el de mis conciudadanos pido a esta Corte la anulación de ese decreto ilegal. —Dicho eso, Edward J. Kealty volvió a su lugar.

—Su Excelencia —dijo el subsecretario de Justicia, yendo hacia el podio con el micrófono de la TV—, tal como ha dicho el demandante, éste es un caso importante pero simple en sus fundamentos.

”El gobierno cita al señor Justice Holmes en el célebre caso de libertad de opinión, cuando nos dijo que la suspensión de las libertades es permisible cuando el peligro que corre el país es a la vez real y presente. La Constitución, Su Excelencia, no es un pacto suicida. La crisis que enfrenta hoy nuestro país es mortal y de una naturaleza tal que los constituyentes no pudieron anticipar. A fines del siglo XVIII no se conocía la naturaleza específica de las enfermedades infecciosas. Pero la cuarentena de los barcos era un proceso común y aceptado. Tenemos el precedente del embargo comercial de Jefferson, pero sobre todo, Su Señoría, tenemos sentido común. No podemos sacrificar a nuestros ciudadanos en el altar de la teoría legal...

Martin escuchaba restregándose la nariz bajo la mascarilla. Parecía que hubieran derramado un barril de Lysol en la sala.

Podría haber sido cómico que los quince periodistas reaccionaran de la misma manera al conocer los resultados del análisis de sangre, pero no lo fue. Un parpadeo. Un suspiro de alivio.

—Bueno, afuera los espera un ómnibus para llevarlos a Andrews. Recibirán más información después del despegue —anunció el coronel.

—¡Un momentito! —objetó Tomm Donner.

—Eso figuraba en su formulario de consentimiento, señor, ¿recuerda?

—Tenías razón, John —dijo Alexandre. La epidemiología era la versión médica de la contaduría, y así como esa aburrida profesión era vital para el funcionamiento de una empresa, el estudio de las enfermedades y sus formas de propagación era la madre de la medicina moderna, a partir de que un médico francés descubrió en 1830 que los enfermos morían o sanaban proporcionalmente al tratamiento recibido o a la falta de él. Ese extraño descubrimiento forzó a la comunidad médica a estudiarse a sí misma, a buscar lo que servía y lo que no, y transformó la medicina de comercio en arte científico.

El diablo siempre está en los detalles. Pero en este caso tal vez no fuera el diablo, pensaba Alex.

Ya había 3.451 casos de Ébola en el país. La cifra incluía a los que empezaban a morir, a los que manifestaban síntomas claros y a los que tenían anticuerpos. Desde cierto punto de vista la cantidad no era exagerada. Menos que las muertes por SIDA, dos veces menos que las muertes por cáncer y enfermedades cardiovasculares. El estudio estadístico, realizado por el FBI con la colaboración de los médicos locales de todo el país, establecía 223 casos originales o primarios, todos infectados en exhibiciones comerciales, que habían contagiado a otros, que a su vez habían contagiado a más gente. Aunque seguían apareciendo nuevos casos, el porcentaje de aumento era menor que el predi-

cho por los modelos computarizados preexistentes... y en Hopkins ya habían tenido un primer caso de anticuerpos sin manifestación de síntomas...?

—Tendría que haber más casos primarios, Alex —dijo Pickett—. Anoche nos dimos cuenta. El primero que murió había volado de Phoenix a Dallas. El FBI consiguió los registros del vuelo y la Universidad de Texas examinó a todos los que viajaron en ese avión. Terminaron esta mañana. Un solo pasajero tiene anticuerpos, pero no síntomas.

—¿Factores de riesgo?

—Gingivitis. Encías sangrantes —informó el general Pickett.

—Intenta transmitirse por aire... pero...

—Eso pienso yo, Alex. Los casos secundarios aparentemente se producen por contactos más íntimos. Abrazos, besos, prestación de cuidados a un enfermo querido. Si tenemos razón, la epidemia llegará a su pico dentro de tres días y luego se detendrá. En el ínterin habrá varios sobrevivientes.

—Tenemos uno en Hopkins. Tiene anticuerpos, pero no manifiesta síntomas importantes.

—Necesitamos que Gus empiece a trabajar sobre degradación medioambiental. Ya tendría que estar haciéndolo.

—De acuerdo. Llámalo. Tengo que terminar unos seguimientos.

El juez era un viejo amigo de Kealty. Martin no sabía cómo había llegado a ser primer violín del distrito, pero ya no tenía importancia. Las dos presentaciones duraron aproximadamente treinta minutos cada una. Se trataba, como habían dicho ambos, de un punto legal bastante simple, aunque sus aplicaciones prácticas producían toda clase de complejidades. También era un asunto de suma urgencia, y debido a eso el juez regresó a las cámaras después de apenas una hora de reflexión. Se puso de pie para leer su decisión. Más tarde redactaría formalmente el veredicto.

—La Corte —comenzó— reconoce el grave peligro que atraviesa el país y debe solidarizarse con el presidente Ryan y su decisión de salvaguardar las vidas de los norteamericanos además de sus libertades.

No obstante, la Corte debe reconocer el hecho de que la Constitución es, y sigue siendo, la ley suprema del país. Violar ese instrumento legal es un paso que potencialmente sienta un precedente cuyas graves consecuencias van más allá de esta terrible crisis, y aunque el presidente Ryan está actuando ciertamente con los mejores motivos, esta Corte debe anular la orden ejecutiva y confiar en que nuestros ciudadanos obren con prudencia e inteligencia en atención a su propio bienestar. Es cosa juzgada.

—Su Señoría. —El subsecretario de Justicia se puso de pie—. El gobierno apelará su veredicto ante el tribunal de Richmond. Pedimos una suspensión hasta que los documentos pertinentes sean procesados.

—Pedido denegado. Se levanta la sesión. —El juez se levantó y abandonó el estrado sin agregar nada más. La sala estalló.

—¿Qué significa esto? —le preguntó el corresponsal de *Court TV* —aunque él también era abogado y seguramente sabía qué significaba— a Ed Kealty, extendiendo el brazo que sostenía el micrófono como ya era costumbre en el medio.

—Significa que el así llamado presidente Ryan no puede violar la ley. Creo haber demostrado aquí que la ley todavía sigue gobernando nuestro país —replicó el político, sin demostrar abiertamente su satisfacción.

—¿Qué dice el gobierno? —le preguntaron al subsecretario de Justicia.

—No mucho. Nos presentaremos ante la Corte de Apelaciones de Richmond antes de que el juez Venable termine de redactar su veredicto. La orden de la Corte no entra oficialmente en vigencia hasta estar escrita, firmada y debidamente archivada. Nosotros terminaremos de redactar nuestra apelación antes de que eso pase. La Corte de Apelaciones dejará en suspenso la orden...

—¿Y si no lo hace?

Martin se encargó de responder.

—En ese caso, señor, el decreto presidencial seguirá vigente en beneficio de la seguridad pública hasta que el caso pueda presentarse dentro de un marco más estructurado. Pero hay sobradas razones para creer que la Corte de Apelaciones la dejará en suspenso. Los jueces son personas más allá de ser jueces. Además, hay otra cosa.

—¿Qué? —preguntó el periodista. Kealty los observaba a pocos metros de distancia.

—La Corte acaba de solucionar otro importante tema constitucional. Al referirse al presidente Ryan por su nombre y cargo, la Corte ha dilucidado el tema de la sucesión presidencial planteado por el exvicepresidente Kealty. Además, la Corte dijo que anulaba el decreto presidencial. Si el señor Ryan no hubiera sido presidente de Estados Unidos, el decreto hubiera sido inválido y nulo por naturaleza y la Corte lo hubiera manifestado así. En cambio, y si bien la Corte actuó incorrectamente en un punto, a mi entender actuó correctamente en cuanto al procedimiento. Gracias. El subsecretario de Justicia y yo tenemos que redactar la apelación.

No siempre se podía dejar mudo a un periodista... mucho menos a una figura política.

—¡Eh, un momento! —gritó Kealty.

—Nunca fuiste un buen abogado, Ed —le susurró Martin al pasar.

—Creo que tiene razón —dijo Lorenz—. Dios santo, espero que la tenga.

Los laboratorios del CDC habían trabajado frenéticamente desde un comienzo para determinar la supervivencia del virus al aire libre. Habían instalado cámaras ambientales con diferentes grados de tem-

peratura y humedad y diferentes niveles de intensidad lumínica, y los resultados, cosa incomprensible, seguían siendo los mismos. La enfermedad que supuestamente debía transmitirse por aire... no se transmitía de esa manera o al menos estaba dejando de hacerlo. La supervivencia del virus al aire libre se medía en minutos, aun en condiciones favorables.

—Me gustaría entender mejor el lado militar de esto —dijo Lorenz tras un momento de reflexión.

—Doscientos veintitrés casos primarios. Eso es todo. Si hubiera más ya lo sabríamos. Dieciocho sitios confirmados y cuatro exhibiciones comerciales adicionales que no generaron infección. ¿Por qué esos dieciocho sí y los otros cuatro no? —preguntó Alex—. ¿Qué pasa si atacaron los veintidós sitios pero en esos cuatro erraron el golpe?

—Sobre la base de nuestra información experimental, es una posibilidad real, Alex —Lorenz sacó su pipa del bolsillo—. Nuestros modelos predicen un total de ocho mil casos. Tendremos sobrevivientes que alterarán las cantidades de los modelos. Este asunto de la cuarentena ha enloquecido a nuestra gente. Sabe, no creo que la prohibición de viajar sea importante en sí misma, pero la gente se asustó tanto con eso que dejó de interactuar y...

—Doctor, ésa es la tercera buena noticia del día —suspiró Alexandre. La primera había sido la mujer de Hopkins. La segunda, la información analítica de Pickett. La tercera era el trabajo de laboratorio de Gus y la conclusión lógica a que llevaba—. John siempre dijo que la guerra biológica era más psicológica que real.

—John es un médico astuto, Alex. Igual que usted.

—Dentro de tres días lo sabremos.

—De acuerdo.

—Puede encontrarme en Reed por estos días.

—Yo también estoy durmiendo en la oficina.

—Nos vemos —Alexandre cortó la comunicación. Lo acompañaban seis médicos del ejército, tres de Walter Reed y tres del USAMRIID—. ¿Comentarios?

—Es una locura —observó un mayor de sonrisa exhausta—. Dicen que es un arma psicológica, bueno. Aterra a todo el mundo. Pero eso también vale para nosotros. Y alguien del otro bando se equivocó en grande. Me pregunto cómo...

Alex lo pensó un instante y llamó a Johns Hopkins.

—Habla el doctor Alexandre. Necesito hablar con la Dra. Ryan, es muy importante... Está bien, espero —Cathy tardó unos minutos en atender—. ¿Cathy? Soy Alex. Necesito hablar con su marido. Sería mejor que usted también estuviera presente... Es importantísimo —concluyó.

Comienzo

Doscientos archivos significaban doscientas partidas de nacimiento, doscientos permisos de conducir, doscientas casas o departamentos, doscientas tarjetas de crédito y toda clase de documentos a verificar. Era inevitable que el agente especial Aref Raman llamara especialmente la atención de los trescientos investigadores del FBI asignados al caso. Pero de hecho todos los empleados del Servicio Secreto con acceso regular a la Casa Blanca figuraban en la lista. En todo el país (el USSS reclutaba su personal en todo el territorio nacional como cualquier agencia) los agentes del FBI empezaron por las partidas de nacimiento y prosiguieron con el resto, llegando incluso a comparar las fotos de fin de año escolar con las de los documentos de los implicados. Tres agentes de la Custodia Personal resultaron ser inmigrantes, lo cual dificultó la investigación de ciertos detalles personales. Uno, nacido en Francia, había llegado a Estados Unidos en brazos de su madre. Otra había huido ilegalmente de México con sus padres y luego había legalizado su situación, destacándose como un genio de la División Técnica de Seguridad... y miembro ferozmente patriótico del equipo. Por último, faltaban algunos datos de "Jeff" Raman, lo que bien podía explicarse por tener sus padres status de refugiados.

En cierto sentido era demasiado fácil. En su registro decía que había nacido en Irán y había llegado a Estados Unidos con sus padres después de la caída del sha. Todo indicaba que se había adaptado perfectamente a su nuevo país, adoptando incluso un fanatismo por el basketball legendario en el Servicio. Casi nunca erraba un pronóstico y sus colegas solían decir que los apostadores profesionales lo consultaban antes de un partido importante. Siempre estaba dispuesto a disfrutar una cerveza con sus compañeros. Había cosechado una excelente reputación como agente de campo. Era soltero, estado civil bastante común entre los oficiales federales. El Servicio Secreto era particularmente cruel para las esposas, que debían compartir a sus bienamados con un trabajo más exigente aún que la más exigente de las amantes... y por eso el divorcio era allí más común que el matrimonio. Se lo había visto en compañía femenina, pero no hablaba del tema. De ahí podía deducirse que su vida privada era tranquila. Había certeza de que no mantenía contacto con otros ciudadanos iraníes. No era religioso y jamás había mencionado el Islam en una conversación, excepto para decir, como le había dicho al presidente aquella vez, que

la religión había causado tanto sufrimiento a su familia que prefería no tenerla presente.

Al inspector O'Day, a cargo de los casos sensibles por orden de Dan Murray, no le impresionaba ni ésta ni ninguna otra historia. Estaba supervisando la investigación y asumía que el adversario, si existía, sería experto. Por consiguiente la identidad más plausible y consistente era para él una máscara potencial a ser examinada. Mejor aún, no había reglas a seguir. La agente Price en persona lo había decidido. Él mismo había seleccionado gente de los Cuarteles Generales y la Oficina de Campo de Washington para integrar el equipo investigador. Había asignado los mejores a Aref Raman, que por el momento seguía convenientemente en Washington.

El departamento de Raman, en el sector noroeste del DC, era modesto pero confortable. Tenía una alarma antirrobo, pero no les había traído problemas. Entre los agentes seleccionados para el ingreso ilegal a la vivienda había un mago técnico que, después de abrir la cerradura en dos segundos, reconoció el panel de control e ingresó el código de emergencia del fabricante —los sabía todos de memoria— para desactivar el sistema.

Los dos agentes de avanzada llamaron a otros tres para entrar al departamento después de violar la cerradura. Fotografiaron cada rincón tratando de no alterar posibles “alcahuetes”: objetos aparentemente inocentes o casuales que, si alguien los tocaba o movía, advertirían al ocupante que alguien había estado en su casa. Los “alcahuetes” solían ser endiabladamente difíciles de detectar y derrotar, pero los cinco agentes eran parte de la División de Contrainteligencia Extranjera del FBI y habían sido entrenados contra y por agentes secretos profesionales. “Inspeccionar” el departamento demandaría largas horas de tedioso esfuerzo. Sabían que por lo menos otros cinco equipos estaban haciendo lo mismo en las casas de otros sospechosos potenciales.

El P-3C revoloteaba al límite del alcance del radar de los barcos indios, volando bajo e irregularmente en el aire que cubría la caliente superficie del Mar Árabe. Habían detectado treinta emisores de diecinueve fuentes. Los que más los preocupaban eran los poderosos radares de detección de baja frecuencia, aunque los receptores de amenazas también registraban radares SAM. Supuestamente la Armada india estaba realizando prácticas después de un largo intervalo de mantenimiento. El problema era la imposibilidad de distinguir esas prácticas de los preparativos de guerra. La información analizada a bordo por el equipo ELINT fue transmitida al *Anzio* y al resto de las escoltas del Grupo de Tareas COMEDY, como habían dado en llamar los marineros al *Bob Hope* y sus escoltas.

El comandante del COMEDY estaba sentado en su centro de información de combate. Las tres grandes pantallas (aparatos de televisión conectados con el sistema computarizado de radar del Aegis) mostraban la ubicación de la flota india con bastante precisión. Inclu-

so podía identificar cuáles de los *blips* o señales luminosas correspondían a portaaviones. Su tarea era compleja. El COMEDY estaba completo. Las naves de abastecimiento *Platte* y *Supply* se habían sumado al grupo con sus escoltas *Hawes* y *Carr*, y en las próximas horas todos los escoltas se turnarían para evitar derroches de combustible... Para un capitán de la Armada, tener demasiado combustible era como tener mucho dinero: imposible. Después de eso, las embarcaciones UNREP recibirían la orden de posicionarse junto a los transportadores de tanques y las fragatas. El *O'Bannon* avanzaría para proseguir su rastreo ASW... India tenía dos submarinos nucleares y nadie sabía dónde estaban. El *Kidd* y el *Anzio* volverían a la formación para tener cobertura aérea próxima. Por lo general el crucero Aegis permanecía apartado, pero en esa oportunidad no.

El motivo no eran las órdenes recibidas sino la TV. Todas las embarcaciones del grupo tenían su receptor de TV satelital; en la Armada moderna los marineros querían y obtenían su propio sistema de cable, y mientras la tripulación pasaba la mayor parte del tiempo viendo películas —tratándose de marineros, las del canal Playboy eran las favoritas—, el comandante sufría una sobredosis de CNN porque, aunque no siempre las órdenes recibidas le proporcionaban toda la información que necesitaba para su misión, la televisión comercial sí. Los tripulantes estaban tensos y nerviosos. Hubiera sido imposible ocultarles lo que pasaba en Estados Unidos, y las imágenes de gente enferma y agonizante, rutas interestatales bloqueadas y calles vacías los habían impresionado tan mal que los oficiales y jefes habían tenido que sentarse a conversar con ellos. Luego habían llegado esas órdenes. Estaban pasando cosas en el Golfo Pérsico y en casa y súbitamente todos los barcos MPS, con sus brigadas de vehículos de combate, ponían proa al puerto saudita de Dhahran... y la Armada india estaba en el camino. El capitán Greg Kemper del USS *Anzio* advirtió que la tripulación estaba silenciosa. Sus jefes reportaron que las “tropas” no bromeaban ni gritaban en las salas de reunión. Los constantes simulacros en el sistema de combate Aegis lo habían dejado en claro: el COMEDY no navegaba fuera de peligro.

Todos los barcos escolta tenían un helicóptero coordinado con el equipo ASW del *O'Bannon*, homónimo del “barco de oro” de la Armada en la Segunda Guerra Mundial, un destructor clase Fletcher que había combatido en todas las batallas mayores del Pacífico sin víctimas ni daños. Su homónimo tenía grabada una *A* dorada, símbolo de todo cazasubmarinos digno de nota... al menos en los simulacros. La herencia del *Kidd* era menos afortunada. Lo habían bautizado en homenaje al almirante Isaac Kidd, muerto a bordo del USS *Arizona* la mañana del 7 de diciembre de 1941, y formaba parte del grupo de cuatro destructores de misiles “clase almirante muerto” originalmente construidos para la Armada iraní bajo el régimen del sha, impuestos al renuente presidente Carter y luego bautizados perversamente con los nombres de almirantes muertos en batallas perdidas. El *Anzio*, siguiendo una rara tradición de la Armada, llevaba el nombre de una batalla terrestre, parte de la campaña italiana de 1943, en la que una

invasión temeraria se transformó en lucha desesperada. Los barcos de guerra se fabricaban con ese fin, pero sus comandantes tenían el deber de que la desesperación corriera por cuenta del enemigo.

En una guerra real hubiera sido fácil. El *Anzio* tenía quince misiles Tomahawk a bordo, cada uno con una cabeza de guerra de mil libras, y estaba cerca de la flota india. En un mundo ideal los hubiera lanzado a doscientas millas, basándose en la información de blanco privilegiado de los Orion.

—¡Capitán! —Era un suboficial del ESM—. Tenemos información de radar. El Orion tiene compañía en el aire, parecen dos Harriers, distancia desconocida, orientación constante, fuerza de señal en aumento.

—Gracias. El cielo es libre aunque algunos piensen lo contrario —recordó Kemper en voz alta... por si alguien lo había olvidado.

Tal vez fuera una práctica naval, pero la flota india no había avanzado las consabidas cuarenta millas el día anterior, y en cambio había ido y venido, al este y al oeste, cruzando varias veces su propio derrotero. Se suponía que las prácticas tenían formas más libres. El capitán del *Anzio* comprendió que se habían apoderado de esa parte del océano, casualmente entre la posición actual del COMEDY y su destino final.

Tampoco era un secreto para nadie. Todos fingían estar en condiciones normales de épocas de paz. Pero el *Anzio* había activado su radar SPY-1 y la flota india había hecho otro tanto. Parecía un juego de niños.

—Capitán, tenemos contactos aéreos múltiples orientación cero-siete-cero, alcance dos-uno-cinco millas. No son comerciales. Los designamos Raid-Uno. —Los símbolos aparecieron en la pantalla central.

—No hay emisores en esa orientación —reportó el EMS.

—Muy bien. —El capitán cruzó las piernas en su silla de comando. Ése era el momento en que Gary Cooper encendía un cigarrillo en las películas.

—Raid-Uno tiene aparentemente cuatro aeronaves en formación, velocidad cuatro-cinco-cero nudos, curso dos-cuatro-cinco.

—¿CPA proyectado? —preguntó el capitán.

—Pasarán dentro de las veinte millas de su curso corriente, señor —respondió un marinero muy crispado.

—Muy bien. De acuerdo, muchachos, presten atención. Quiero que conserven la calma y sean eficientes. Todos conocen su trabajo. Cuando haya razones para excitarse, yo seré el primero en avisarles —prometió—. Armas desactivadas. —Eso significaba que todavía se aplicaban las reglas de épocas de paz. Además, no tenían nada listo para disparar... situación que podía remediarse fácilmente girando algunas llaves.

—*Anzio*, aquí Gonzo-Cuatro, cambio —dijo una voz por la radio aire-a-superficie.

—Gonzo-Cuatro, aquí *Anzio*, cambio.

—*Anzio* —informó el aviador—, tenemos dos Harriers jugando

con nosotros. Uno acaba de pasar apenas a veinte yardas. Lleva blancos colgando de los rieles. —Misiles verdaderos colgando de las alas.

—¿Hace algo? —preguntó el oficial de control aéreo.

—Negativo, es como si quisiera jugar un poco.

—Dígale que prosiga la misión —dijo el capitán—. Y que finja que no le importa.

—Sí, señor. —La orden fue transmitida.

Esa clase de cosas no era para nada inusual. Los pilotos de combate eran pilotos de combate, y el capitán lo sabía. Nunca pasaban de molestar a las muchachas en bicicleta. Concentró su atención en el Raid-Uno. El curso y la velocidad permanecían inalterables. No se trataba de un acto hostil. Los indios le estaban haciendo saber que sabían, lo cual era evidente por la aparición de aviones de combate en dos lugares al mismo tiempo. Era definitivamente un juego de niños.

¿*Qué hago ahora?* se preguntó. ¿*Juego duro?* ¿*Juego débil?* ¿*Juego apático?* La gente solía subestimar el aspecto psicológico de las operaciones militares. Raid-Uno estaba ahora 150 millas afuera, aproximándose a toda velocidad al alcance de sus SM-2 MR SAM.

—¿Qué opina, Weps? —le preguntó a su oficial de armas.

—Creo que están tratando de molestarnos.

—Correcto. —El capitán revoleó mentalmente la moneda—. Bueno, están acosando al Orion. Les haremos saber que los vemos —ordenó.

Dos segundos después el radar de búsqueda SPY aumentó su poder a cuatro millones de vatios y lo dirigió a los aviones de combate aumentando la “residencia” en los blancos, lo que significaba que los captarían casi continuamente. Eso bastaría para enloquecer al equipo de detección de amenazas que llevarían a bordo. Dentro de veinte millas incluso podría empezar a dañar el equipo, según lo delicado que fuera. Eso se denominaba un “zorch”... y al capitán todavía le quedaban dos millones de vatios en la manga. La broma era que si uno molestaba de verdad a un Aegis corría el riesgo de engendrar niños bicéfalos.

—El *Kidd* acaba de entrar en espacio de batalla, señor —reportó el oficial de cubierta.

—Buen momento para entrenarse, ¿no? —El Raid-Uno estaba ahora a unas cien millas de alcance—. Ilumínelos, Weps.

Los cuatro radares de iluminación de blanco SPG-51 se encendieron, enviando rayos de energía banda-X a los aviones de combate. La función de esos radares era decirles a los misiles cómo encontrar sus blancos. El equipo de detección de amenazas de la flota india también los captaría. Los aviones no modificaron curso ni velocidad.

—Está bien, eso significa que no estamos jugando duro hoy. Si tuvieran en mente hacer algo ya estarían maniobrando —anunció el capitán a su tripulación—. Saben, es como doblar en la esquina al ver un policía. —O tenían hielo en las venas, lo cual no parecía probable.

—¿Quiere ver la formación? —preguntó Weps.

—Eso es lo que haré. Tomar algunas fotos, ver qué hay aquí —opinó Kemper.

—Muchas cosas al mismo tiempo, señor.

—Sí —admitió el capitán, observando el despliegue. Levantó el teléfono.

—Puente —respondió el OOD.

—Dígale a sus subordinados que quiero saber qué son. Fotos si fuera posible. ¿Cómo es la visibilidad arriba?

—Bruma superficial, no está mal, señor. Tengo hombres en el Big Eyes.

—Muy bien.

—Nos pasarán rumbo al norte, doblarán a la izquierda y bajarán al puerto —predijo el capitán.

—Señor, Gonzo-Cuatro reporta una pasada muy próxima hace pocos segundos —dijo control aéreo.

—Dígale que mantenga la calma.

—Sí, capitán.

La situación se desarrolló rápidamente. Los aviones de combate sobrevolaron en círculo dos veces al COMEDY, sin acercarse nunca más de cinco millas náuticas. Los Harriers indios pasaron otros quince minutos rodeando al Orion y tuvieron que regresar a su portaaviones para recargar combustible. El día siguió normalmente en el mar, sin disparos ni actos hostiles a menos que contaran las jugarretas del aviador, pero eso era pura rutina. Cuando todo terminó, el capitán del *Anzio* llamó a su oficial de comunicaciones.

—Necesito hablar con CINCLANT. Y... ¿Weps? —agregó.

—¿Sí, señor?

—Quiero que todos los sistemas de combate de la embarcación sean revisados por completo.

—Señor, los revisamos hace apenas doce horas...

—Ahora mismo, Weps —ordenó el capitán.

—¿Y son buenas noticias? —preguntó Cathy.

—Es muy simple, doctora —respondió Alex—. Usted vio morir algunas personas esta mañana. Y mañana verá morir otras más, y eso apesta. Pero miles es mejor que millones, ¿no? Creo que esta epidemia va a terminar. Lo sabremos en un par de días a partir del análisis estadístico de los casos.

El presidente asintió en silencio. Van Damm habló por él:

—¿A cuánto ascenderá la cuenta?

—Menos de diez mil, según los modelos computarizados de Reed y Detrick. Señor, no pretendo hacerme el elegante. Sólo estoy diciendo que diez mil es mejor que diez millones.

—Una muerte es una tragedia y un millón es una estadística —dijo Ryan finalmente.

—Sí, señor. Conozco el refrán. —La buena noticia tampoco hacía feliz a Alexandre. ¿Pero qué otra manera había de decirle a alguien que un desastre era mejor que una catástrofe?

—Iosef Vissarionovich Stalin —dijo SWORDSMAN—. Era hábil con las palabras.

—Usted sabe quién lo hizo —dijo Alexandre.

—¿Qué lo lleva a decir eso?
—Que no reaccionó normalmente ante lo que dije, señor presidente.
—Doctor, hace unos meses que no hago nada normalmente.
¿Cómo se relaciona esto con la prohibición de viajar?

—Sugiero que la prohibición se mantenga una semana más. Nuestra estimación no está grabada en piedra. El período de incubación de la enfermedad es variable. Uno no despide a los carros de bomberos ni bien desaparece la última llama. Se sienta allí y espera un posible estallido de fuego. Lo mismo pasa en este caso. El hecho de que la gente se asustara tanto fue fundamental. Debido a eso disminuyeron los contactos interpersonales y así es como se detienen estas cosas. Dejemos que sigan así. Los nuevos casos estarán muy circunscriptos. Los atacaremos como atacamos la viruela. Identificaremos los casos, examinaremos a todos los que hayan estado en contacto con ellos, aislaremos a los que tengan anticuerpos y veremos cómo evolucionan. Está funcionando, ¿no? El que lo hizo calculó mal. La enfermedad no es tan contagiosa como pensaron... o tal vez se tratara de un mero ejercicio psicológico. Eso es precisamente la guerra biológica. Las grandes plagas del pasado ocurrieron porque la gente no sabía cómo se propagaban las enfermedades. No sabían nada de microbios, insectos y aguas contaminadas. Nosotros sí. Todos lo sabemos, lo aprendemos en las clases de higiene y anatomía en la escuela. Demonios, por eso no se contagió ningún médico. Tenemos mucha práctica con el SIDA y la hepatitis. Las mismas precauciones funcionan para las tres enfermedades.

—¿Cómo evitaremos que vuelva a ocurrir? —preguntó Van Damm.

—Ya se lo dije. Fondos. Investigación básica de temas genéticos y concentración en las enfermedades que conocemos. Nada nos impide descubrir vacunas contra Ébola y otras pestes.

—¿SIDA? —preguntó Ryan.

—Es difícil. El virus del SIDA es un ágil diablillo. Todos los intentos de vacuna han fracasado. Hicimos investigación genética básica para determinar cómo funciona el mecanismo biológico y a partir de allí lograr que el sistema inmunitario reconozca el virus y lo mate... una especie de vacuna. Bueno, eso es una vacuna. Pero todavía no sabemos cómo hacerla funcionar. Mejoraremos. O dentro de veinte años no existirá África. Eh —dijo el sureño—, tengo parientes allá, ¿sabían?

—Ésa es una manera de evitar que vuelva a ocurrir. Usted, señor presidente, ya estuvo trabajando en el otro sentido. ¿Quién fue?

No tenía necesidad de aclarar que era un secreto:

—Irán. El ayatollah Mahmoud Haji Daryaei y sus alegres muchachos.

Alexandre volvió a ser oficial del ejército norteamericano por un instante:

—Señor, en lo que a mí respecta puede borrarlos de la faz de la Tierra si se le antoja.

Fue interesante ver el Aeropuerto Internacional de Mehrabad a la luz del sol. Clark jamás había considerado a Irán un país amistoso. Supuestamente, antes de la caída del sha la gente había sido amistosa, pero él no había estado allí para experimentarlo en carne propia. Había visitado el país como agente encubierto en 1979 y 1980, primero para reunir información para rescatar a los rehenes y luego para participar del operativo. No tenía palabras para describir lo que era estar en un país en condición revolucionaria. Sus épocas en la Unión Soviética habían sido mejores. Enemigo o no, Rusia siempre había sido un país civilizado con montones de reglas y ciudadanos dispuestos a violarlas. Pero Irán había ardidido como una selva reseca bajo una tormenta eléctrica. “Muerte a Estados Unidos”. Esa frase, como un cántico, había estado en labios de todos... lo cual era sumamente aterrador si uno estaba en medio de la turba que aullaba. Un pequeño error hubiera significado la muerte para él, idea bastante horrenda para un hombre joven con hijos, espía o no. En Irán fusilaban a los criminales, pero los espías eran colgados. Una manera gratuitamente cruel de terminar con la vida de un hombre.

Algunas cosas habían cambiado. Otras no. Todavía sospechaban de los extranjeros en la aduana. El empleado estaba escoltado por hombres armados cuyo trabajo era impedir la entrada de gente como él. Para la nueva RIU, como para el país anterior, toda cara nueva era un espía potencial.

—Klerk —dijo, entregando su pasaporte—, Ivan Sergeyevich. —La identidad rusa falsa había funcionado bien antes y ya la había memorizado. Mejor aún, su ruso era casi perfecto. Había pasado por ciudadano soviético frente a oficiales uniformados más de una vez.

—Chekov, Yevgeniy Pavlovich —le dijo Chávez a otro empleado.

Nuevamente eran corresponsales de noticias. Las reglas prohibían que los agentes de la CIA se presentaran como periodistas *norteamericanos*, pero la prohibición no se aplicaba a los medios extranjeros.

—¿Propósito de la visita? —preguntó el primer despachante.

—Conocer el nuevo país —replicó Ivan Sergeyevich—. Ha de ser muy excitante para todos. —Para su misión en Japón habían llevado equipos fotográficos profesionales y un minúsculo y útil dispositivo que parecía, y ciertamente era, una luz brillante. Esa vez no.

—Él y yo venimos juntos —le dijo Yevgeniy Pavlovich a su empleado.

Los pasaportes eran nuevos, aunque nadie lo hubiera adivinado. Era una de las pocas cosas por las que no tenían que preocuparse. La manufactura de la RVS era tan buena como la de la KGB. Hacían los mejores documentos falsos del mundo. Las páginas estaban cubiertas de sellos y engrasadas y resquebrajadas por los años de supuesto uso. Un inspector revisó sus valijas. Encontró ropa, la mayor parte usada, dos libros que hojeó para ver si eran pornográficos, y dos cámaras de mediana calidad. Ambos llevaban sendos bolsos de mano con anotadores y minigrabadores. El inspector se tomó su tiempo, aun después de que los despachantes les permitieran ingresar al país con disgusto palpable.

—*Spasiba* —dijo John, complacido, levantando sus valijas y moviéndose. Con los años había aprendido a no ocultar por completo su alivio. Los viajeros normales se intimidaban. Él también debía parecer intimidado para no diferenciarse. Salieron y se ubicaron en la cola de taxis. Cuando estaban por subir a uno, Chávez tropezó y dejó caer el contenido de su bolso de mano. Otras dos personas tomaron ese taxi mientras ellos se agachaban a recoger las pertenencias de Ding. Eso les garantizaría un taxi cualquiera, a menos que todos fueran manejados por espías.

El truco era parecer normal en todos los aspectos. No demasiado estúpido. Nunca demasiado inteligente. Desorientarse y pedir indicaciones, pero no con demasiada frecuencia. Parar en hoteles baratos. Y, en el caso de ellos, rezar para que nadie que los hubiera visto durante su breve visita se les cruzara en el camino. Supuestamente la misión era simple. Ésa era la idea. Rara vez mandaban oficiales de inteligencia a misiones complejas... porque obviamente tendrían el buen tino de rehusar. Pero las simples siempre resultaban complejas una vez que uno estaba allí.

—Se llama Grupo de Tareas COMEDY —dijo Robby—. Esta mañana les tocaron el timbre. —Informó brevemente a Ryan sobre el episodio.

—¿Juego duro? —preguntó el presidente.

—Al parecer le dieron un verdadero espectáculo aéreo al P-3. Yo hice lo mismo un par de veces en mi loca juventud. Quieren que sepamos que están allí y que no están intimidados. El comandante del grupo es Greg Kemper. No lo conozco, pero tiene una excelente reputación. A CINCLANT le gusta. Está pidiendo un cambio ROE.

—Todavía no. Más tarde.

—Está bien. No espero un ataque nocturno, pero tengamos presente que el alba de ellos es nuestra medianoche, Jack.

—Arnie, ¿qué se sabe de la P.M.?

—No intercambiaré regalos de Navidad con el embajador Williams —replicó Van Damm—. La conociste hace un tiempo en el Salón Este.

—Corremos el riesgo de que se comunique con Daryaei —les recordó Ben Goodley—. Si la confrontan, se escurrirá como una comadreja.

—¿Y? ¿Robby?

—¿Y si logramos pasar a la flota india y ella previene a Daryaei? Podrían tratar de bloquear el estrecho. La fuerza Mediterránea llegará allí dentro de unas horas y se unirá al resto a unas cincuenta millas de la entrada. Tendremos cobertura aérea. Lo lograrán. El problema son los míos. El estrecho es demasiado profundo para ellos. Cerca de Dhahran es otra cosa. Cuanto menos sepa la RIU mejor, pero probablemente ya sabrán para qué está allí COMEDY.

—Tal vez no —opinó Van Damm—. Si ella cree que puede mane-

jar esto sola, tratará de demostrarle que también tiene un buen par de bolas.

La transferencia fue bautizada Operación CUSTER. Los cuarenta aviones ya estaban en el cielo y cada uno llevaba 250 soldados en un tren celeste de seis mil millas de longitud. Los aviones líderes estaban a seis horas de Dhahran. Acababan de abandonar el espacio aéreo ruso y sobrevolaban Ucrania.

Los pilotos de los F-15 se habían saludado con un grupo de aviones de combate rusos que se acercaron a decir hola. Les ardían los traseros de pasar tanto tiempo en el mismo asiento... En cambio, los pilotos de aerolínea que los escoltaban podían levantarse y caminar un poco; hasta tenían baños, todo un lujo para un aviador de combate que sólo conocía un artefacto mordazmente denominado "tubo de alivio". Los brazos parecían piedras. Los músculos se entumecían de tanto estar en la misma posición. Llegaron a la conclusión de que un conflicto aire-a-aire una hora antes de llegar a destino no sería precisamente divertido. La mayoría bebía café, trataba de cambiar de mano la palanca y se estiraba todo lo que podía.

Los soldados dormían, ignorando todavía la naturaleza de su misión. Las aerolíneas habían abastecido normalmente los aviones y las tropas habían disfrutado lo que podía ser su último trago en mucho tiempo. Los que habían estado en Arabia Saudita en 1990 y 1991 contaban sus historias de guerra, dejando muy bien en claro que el reino no era un lugar donde uno fuera a buscar vida nocturna.

Holbrook y Brown descubrieron que Indiana tampoco, al menos ahora. Por lo menos habían tenido la astucia de meterse en un motel antes del pánico general, y allí estaban todavía, atrapados. Ese motel, como los que habían ocupado en Wyoming y Nebraska, apuntaba a una clientela de camioneros. Tenía un enorme restaurante a la antigua con estaño y bancos altos, y ahora con camareras y clientes enmascarados que no se juntaban a conversar. Todos comían en soledad y volvían a sus habitaciones o dormían en el camión. Todos los días había una especie de danza ritual. Tenían que mover los camiones para evitar que la permanencia en el mismo lugar estropeara las ruedas. Algunos escuchaban los noticieros de la radio. Los cuartos, el restaurante y hasta algunos camiones tenían televisores. Reinaba el aburrimiento, ese aburrimiento tenso familiar para los soldados pero no para los dos Montañeses.

—Maldito gobierno —dijo un transportador de muebles. Tenía familia a dos estados de distancia.

—Supongo que quisieron demostrarnos quién manda, ¿no?
—masculló Ernie Brown.

Posteriormente se sabría que ningún camionero había contraído la enfermedad. Llevaban una vida demasiado solitaria para eso. Pero

sus vidas dependían del movimiento, porque se ganaban la vida de esa manera y porque lo habían elegido. Quedarse quietos no estaba en su naturaleza. Mucho menos que los obligaran a hacerlo.

—Qué demonios —dijo otro. Evidentemente no se le ocurría otra cosa—. Estoy muy contento de haber salido de Chicago cuando lo hice. Esas noticias son terribles.

—¿Piensas que esto tiene algún sentido? —preguntó alguien.

—¿Desde cuándo el gobierno tiene sentido? —saltó Holbrook.

—Así se habla —dijo una voz y por fin los Montañeses se sintieron como en casa. Entonces, por acuerdo tácito, decidieron retirarse.

—¿Cuánto tiempo más estaremos clavados aquí, Pete? —quiso saber Ernie Brown.

—¿A mí me lo preguntas?

—Un enorme montón de nada —concluyó el agente principal. Aref Raman era tal vez demasiado prolijo para ser soltero. Uno de los agentes del FBI había notado con sorpresa que hasta las medias estaban perfectamente dobladas, igual que todas las prendas guardadas en los cajones. Entonces alguien recordó un estudio sobre jugadores de football. Un psicólogo había determinado después de varios meses de estudio que los jugadores ofensivos eran ordenados y los defensivos, desordenados. Esa observación les dio ocasión de reírse un poco y al mismo tiempo les proporcionó una explicación. No encontraron nada más. Una foto de sus padres, muertos ambos. Recibía dos revistas nuevas, tenía todas las opciones de cable para sus dos televisores, no tenía alcohol en la casa y comía alimentos sanos. Sentía una particular afinidad por las salchichas kosher, a juzgar por el freezer. No había cajones ni compartimentos ocultos —los hubieran encontrado—, en fin, nada sospechoso. Eso era bueno y malo a la vez.

Sonó el teléfono. Nadie contestó, porque supuestamente no debía haber nadie en la casa.

—Hola, éste es el 536-3040 —respondió la voz grabada de Raman después del segundo timbre—. En este momento no puedo atenderlo, pero si deja un mensaje, lo llamaré a la brevedad. —Seguido por un bip y, en este caso, un clic.

—Número equivocado —dijo uno de los agentes.

—Revisemos los mensajes —ordenó el agente a cargo al genio técnico del equipo.

Raman tenía un sistema de grabación digital y nuevamente tuvieron que utilizar el código del fabricante. El agente marcó los seis dígitos y otro se dispuso a tomar nota. Había tres clics y un número equivocado. Alguien que preguntó por un señor Sloan.

—¿Alfombra? ¿Señor Alahad?

—Parece el nombre de un vendedor de alfombras —comentó otro. Pero en el departamento no había ninguna alfombra persa, sólo la moquette barata que uno encuentra en esa clase de condominios.

—Número equivocado.

—Anotemos los nombres de todos modos. —Más por hábito que por otra cosa. Había que chequear todo. Nunca se sabía.

En ese instante volvió a sonar el teléfono y los cinco agentes miraron el contestador automático como si fuera un testigo real con una voz real.

Mierda, pensó Raman. Había olvidado borrar los mensajes anteriores. No había nada nuevo. Su control no había vuelto a llamar. Sería una sorpresa que lo hubiera hecho. Bueno. Sentado en su habitación de hotel en Pittsburgh, Raman marcó el código de borrado absoluto. Lo bueno de los sistemas digitales era que, una vez que uno daba la orden de borrado, los mensajes desaparecían para siempre. Lamentablemente no pasaba lo mismo con los contestadores a cassette.

Los agentes del FBI tomaron nota de la maniobra.

—Eh, todos lo hacemos. —Hubo consenso general. Y todo el mundo recibía llamados equivocados. Y Raman era un agente hermano. Pero de todos modos verificarían los números.

Para alivio de su custodia, SURGEON estaba durmiendo arriba, en la residencia. Roy Altman y el resto casi habían enloquecido con su guardia febril —así habían dado en llamarla— en Johns Hopkins, tanto por el peligro físico que entrañaba como por el hecho de que se expusiera tanto. Los niños, en cambio, habían hecho lo mismo que los demás niños norteamericanos: mirar televisión y jugar bajo la mirada vigilante de sus custodios, cuya más reciente preocupación era ver aflorar síntomas gripales... afortunadamente ausentes en todo el campus. SWORDSMAN, por su parte, se encontraba en el Salón de Situaciones.

—¿Qué hora es allá?

—Diez horas antes, señor.

—Haga la llamada —ordenó.

El primer 747 atravesó el espacio aéreo saudita unos minutos antes de lo previsto gracias a los vientos favorables del Ártico. No tenía sentido tomar una ruta más compleja. Sudán tenía aeropuertos y radares, igual que Egipto y Jordania, y se suponía que la RIU tenía informantes en esos países. La Fuerza Aérea saudita, aumentada por los F-16C llegados de Israel el día anterior como parte del plan BUFFALO FORWARD, había posicionado sus patrullas de combate aéreo a lo largo de la frontera con la RIU. Estaba saliendo el sol en esa parte del mundo... al menos podían verse las primeras luces desde altitud cruce-ro, aunque la superficie todavía estaba negra seis millas abajo.

—Buen día, primera ministra. Habla Jack Ryan —dijo el presidente.

—Es un placer escuchar su voz. Es tarde en Washington, ¿verdad?

—Evidentemente ambos trabajamos en horarios irregulares. Imagino que su día recién está comenzando.

—Así es —admitió ella. Ryan hablaba con el tubo pegado a la oreja, pero la conversación se escuchaba también por el speaker y estaba siendo grabada por sistema digital. Además, la CIA había implementado un detector de estrés vocal—. Señor presidente, ¿han mejorado los problemas de su país?

—Tenemos alguna esperanza, pero no, todavía no.

—¿Podemos ayudarlos de alguna manera? —Sus voces no dejaban traslucir ninguna emoción, excepto la falsa amabilidad típica de quienes sospechan del otro y tratan de ocultarlo.

—Bueno, en realidad sí.

—Por favor, dígame cómo.

—Primera ministra, en este momento tenemos barcos en el Mar Árábigo —le dijo Ryan.

—¿De verdad? —Absoluta neutralidad en la voz.

—Sí, señora, de verdad, y usted lo sabe. Quiero que me garantice personalmente que su flota, que también está en el mar, no interferirá con la nuestra.

—¿Pero por qué me pide eso? ¿Por qué habríamos de interferir? Además, ¿con qué propósito están moviendo sus barcos?

—Bastará con su palabra, primera ministra —dijo Ryan, aferrando un lápiz número 2 con la mano derecha.

—Pero, señor presidente, no alcanzo a comprender el propósito de su llamada.

—El propósito de mi llamada es obtener su garantía personal de que la Armada india no interferirá con el pasaje pacífico de embarcaciones norteamericanas a través del Mar Árábigo.

Era tan débil, pensó la primera ministra. Y su debilidad se hacía aún más palpable cuando repetía sus propias palabras de esa manera.

—Señor presidente, su llamada me resulta perturbadora. Estados Unidos jamás se ha dirigido a nosotros de esta manera. Dice que está enviando barcos de guerra cerca de mi país, pero no aclara con qué propósito. El traslado de esos barcos sin explicación no es un acto amistoso. —¿Acaso lograría hacerlo retroceder?

—¿Qué le dije? —decía la nota de Ben Goodley.

—Muy bien, primera ministra. Por tercera vez, ¿me dará garantías de que no habrá interferencias?

—¿Pero por qué están invadiendo nuestras aguas? —volvió a preguntarle.

—Muy bien —Ryan hizo una breve pausa. El tono de su voz cambió—. Primera ministra, el propósito de nuestro movimiento no concierne directamente a su país, pero puedo asegurarle que esos barcos llegarán a destino. Dado que su misión es muy importante para nosotros, no queremos, repito, no queremos ninguna clase de interferencia, y debo advertirle que si algún barco o avión no identificado se acerca a nuestra formación podrá sufrir consecuencias adversas. No, discúlpeme por favor, *sufrirá* consecuencias adversas. Para evitarlo, la estoy anoticiando de la maniobra y requiero su garantía personal de que no atacará a los barcos norteamericanos.

—¿Y ahora me amenaza? Señor presidente, entiendo que está pasando momentos de gran estrés, pero por favor, evite tratar de ese modo a un país soberano.

—Entonces tendré que ser más claro, primera ministra. Se ha cometido abiertamente un acto de guerra contra Estados Unidos de Norteamérica. Cualquier interferencia o ataque contra nuestras Fuerzas Armadas serán considerados actos de guerra, y el país que cometa un acto semejante deberá enfrentar gravísimas consecuencias.

—¿Pero quién les ha hecho esto?

—No creo que eso le quite el sueño, primera ministra. Opino que en beneficio de nuestros dos países sería mejor que su flota regresara inmediatamente a puerto.

—¿Se atreve a inculparnos, se atreve a darnos órdenes?

—Empecé haciendo un pedido formal, primera ministra, que usted evitó tres veces seguidas. Lo considero un acto no amistoso. De modo que debo hacerle otra pregunta: ¿Desea entrar en guerra con Estados Unidos de Norteamérica?

—Señor presidente...

—Porque si no mueve sus barcos, primera ministra, mañana entraremos en guerra. —El lápiz se le partió en la mano—. Tal vez se haya aliado con amigos errados, primera ministra. Espero equivocarme, pero si mi impresión es correcta, su país pagará caro ese error de juicio. Hemos sufrido un ataque directo contra nuestros ciudadanos. Un ataque particularmente bárbaro y cruel, con la utilización de armas de destrucción masiva. —Pronunció claramente las palabras—. Ni siquiera nuestros ciudadanos lo saben aún. Pero la situación cambiará pronto —le espetó—. Y cuando cambie, primera ministra, los culpables de ese ataque tendrán que hacer frente a nuestra justicia. No enviaremos cartas de protesta. No pediremos una asamblea especial del Consejo de Seguridad de la ONU en Nueva York. Haremos la guerra, primera ministra. Haremos la guerra con todo el poder y la ira que este país y sus ciudadanos pueden juntar. ¿Ahora sí entiende lo que digo? Una potencia extranjera está asesinando hombres, mujeres y hasta niños dentro de nuestras propias fronteras. Incluso hubo un atentado contra mi propia hija, primera ministra. ¿Su país desea quedar vinculado con esos ataques? Si así fuera, primera ministra, si desean formar parte de eso, entonces... la guerra acaba de comenzar.

Despliegue

—Dios santo, Jack, me convenciste —suspiró Jackson.

—Nuestro amigo religioso no será tan fácil —dijo el presidente, frotándose las manos húmedas de sudor—. Y todavía no sabemos si ella mantendrá su palabra. Bueno, el Grupo de Tareas COMEDY está en DEFCON 1. Si creen que es hostil, acaben con quien sea. Pero por el amor de Dios, asegúrense de que el comandante use la cabeza.

La Sala de Situaciones estaba en silencio. El presidente Ryan se sentía muy solo a pesar de toda la gente reunida a su alrededor. El secretario Bretano y los jefes del Consejo Militar estaban presentes. Rutledge estaba por Estado. El secretario Winston porque Ryan confiaba en su opinión. Goodley porque conocía toda la información de inteligencia. Además de su jefe de staff y los habituales custodios. Todos demostraban solidaridad, pero eso no ayudaba demasiado. Él solo había hablado con la primera ministra de India, porque a pesar de toda la ayuda y el staff y los consejos, Jack Ryan era ahora Estados Unidos de Norteamérica, un país que iba rumbo a la guerra.

Los representantes de los medios se enteraron mientras sobrevolaban el Océano Atlántico. Estados Unidos esperaba un ataque inminente de la RIU contra los demás estados del Golfo. Ellos iban a cubrir la historia. También se enteraron del despliegue de fuerzas.

—¿Eso es todo? —preguntó uno de los más eruditos.

—Por el momento sí —confirmó el jefe de relaciones públicas—. Esperamos que la demostración de fuerza baste para disuadir el ataque, pero si no fuera así, habrá diversión.

—Diversión no es la palabra adecuada.

Entonces el PAO les explicó por qué pasaba lo que pasaba y el KC-135 sin ventanas que los llevaba a Arabia Saudita quedó repentinamente en silencio.

Kuwait contaba esencialmente con dos brigadas pesadas, complementadas por una brigada motorizada de reconocimiento equipada con armas antitanque y destinada a proteger las fronteras. Las dos brigadas pesadas, equipadas y entrenadas de acuerdo al modelo norteamericano, fueron retiradas de la frontera a fin de que pudieran contrarrestar una incursión en vez de enfrentar el ataque inicial... posiblemente en el

lugar errado. El Décimo de Caballería de EE.UU. se posicionó entre las dos brigadas, ligeramente detrás. El mando general era un tanto equívoco. El coronel Magruder era el oficial de mayor rango en situación de servicio, y también el estratega más experimentado, pero había kuwaitíes de rango más alto —las tres brigadas estaban comandadas por brigadieres generales— y además era *su* país. Por otra parte, el país era tan pequeño que sólo necesitaba un puesto de comando primario, y Magruder estaba allí para comandar su propio regimiento y aconsejar a los comandantes kuwaitíes... que sumaban un creciente nerviosismo a su orgullo proverbial. Comprensiblemente disfrutaban los progresos obtenidos desde 1990. Ya no eran aquel ejército de opereta desintegrado por la invasión iraquí —aunque algunas sub-unidades habían peleado con bravura—; ahora contaban con una fuerza mecanizada muy capaz. Estaban nerviosos porque los superaban en número y sus reservistas tendrían que recorrer un largo camino hasta alcanzar los estándares norteamericanos de entrenamiento a que aspiraban. Pero sabían muchísimo de artillería. Disparar contra los poderosos tanques era para ellos un pasatiempo placentero a la vez que vital, y los espacios vacíos en sus formaciones se debían a los veinte tanques que tenían en reparación como resultado de esa práctica.

Los helicópteros del Décimo de Caballería sobrevolaban la frontera del país apuntando sus radares a la RIU para detectar posibles movimientos. Por el momento no habían descubierto nada extraño. La Fuerza Aérea kuwaití mantenía en posición su patrulla de combate y el resto de la fuerza en estado de extrema alerta. Aunque contaran con pocos hombres, no se repetiría lo de 1990. Los más atareados eran los excavadores que cavaban pozos para los tanques. Una vez dentro de los pozos sólo quedarían afuera las torretas, que a su vez se cubrirían con red mimética para hacerlas invisibles desde el aire.

—¿Y entonces, coronel? —preguntó el general kuwaití.

—Sus despliegues son correctos, general —replicó Magruder, mirando nuevamente el mapa. No demostró todo lo que sentía. Dos o tres semanas de entrenamiento intensivo hubieran sido una bendición. Acababa de realizar un ejercicio muy simple, y aun así los había derrotado. Pero no era momento de quebrarles la confianza. Tenían entusiasmo y su artillería alcanzaba el setenta por ciento de los estándares norteamericanos. Pero todavía tenían que aprender mucho sobre maniobras de guerra.

—Su Alteza, quiero agradecerle su invaluable cooperación —dijo Ryan por teléfono. El reloj de pared marcaba las 2.10 hs.

—Con un poco de suerte verán los despliegues y no se moverán, Jack —replicó el príncipe Ali bin Sheik.

—Desearía poder coincidir con usted al respecto. Bueno, llegó el momento de decirle algo que todavía no sabe, Ali. Nuestro embajador completará más tarde el resto de la información. Por ahora, creo que debe saber qué se proponen sus vecinos. No se trata sólo del petróleo, Alteza. —Siguió hablando durante cinco minutos.

—¿Está seguro de esto?
—Dentro de cuatro horas tendrá toda la evidencia en sus manos —prometió Ryan—. Todavía no hemos informado a nuestros soldados.
—¿Podrían usar las mismas armas contra nosotros? —Era la pregunta más natural del mundo. La guerra biológica es capaz de erizarle la piel a cualquiera.
—No creo, Ali. Las condiciones ambientales militan contra esa posibilidad. —Lo habían comprobado. El pronóstico meteorológico indicaba tiempo caluroso, seco y despejado para la semana próxima.
—La utilización de esas armas es un acto de extrema barbarie, señor presidente.
—Por eso no esperamos que se echen atrás. No pueden...
—No pluralice, señor presidente. Se trata de un solo hombre. Un hombre sin Dios. ¿Cuándo informará a su pueblo?
—Pronto —respondió Ryan.
—Por favor, Jack, esto no tiene nada que ver con nuestra religión ni con nuestra fe. Por favor dígaselo a su pueblo.
—Ya lo sé, Su Alteza. No se trata de Dios. Es una cuestión de poder. Siempre lo es. Temo que tengo otras cosas que hacer.
—Yo también. Debo ver al rey.
—Por favor déle mis respetos. Estamos juntos, Ali, como antes.
—Cortó la comunicación—. Bueno, ¿dónde está Adler exactamente?
—Volviendo a Taiwan —respondió Rutledge. Las negociaciones proseguían, aunque el propósito oculto era cada vez más evidente.
—Está bien, tiene línea segura en el avión. Infórmelo —le ordenó al subsecretario—. ¿Qué tengo que hacer ahora?
—Dormir —dijo el almirante Jackson—. Permítenos hacer la guardia nocturna, Jack.
—Es un buen plan —Ryan se levantó, vacilando un poco por el estrés y la falta de sueño—. Si me necesitan, despiértenme.
Ni lo sueñes, pensaron todos... aunque nadie se atrevió a decírselo.

—Bueno —dijo el capitán Kemper, leyendo el mensaje CRITIC de CINCLANT—. Esto simplifica mucho las cosas. —La flota india estaba ahora a doscientas millas, aproximadamente ocho horas de vapor... Kemper levantó el teléfono y llamó al sistema 1-MC del barco—. Escuchen. Habla el capitán. El Grupo de Tareas COMEDY ha entrado en DEFCON 1. Eso significa que si alguien se acerca hay que dispararle. La misión es llevar los transportadores de tanques a Arabia Saudita. Nuestro país está enviando soldados para tripularlos, anticipando un ataque a nuestros aliados en la región por parte de la nueva República Islámica Unida. Dentro de dieciséis horas nos reuniremos con un grupo proveniente del Mediterráneo. Entonces entraremos al Golfo Pérsico para cumplir nuestra misión. El grupo recibirá cobertura aérea de los F-16C de la Fuerza Aérea, pero creemos que la RIU —nuestros viejos amigos iraníes— no festejará nuestra llegada.

”El USS *Anzio* está yendo a la guerra, compañeros. Eso es todo por ahora. —Cortó la comunicación—. Bueno, volvamos a los simula-

cros. Quiero ver anticipadamente todo lo que esos miserables pueden intentar contra nosotros. Dentro de dos horas recibiremos una estimación de inteligencia recién salida del horno. Por ahora veamos qué pasa con los ataques aéreos y misilísticos.

—¿Qué pasa con la flota india? —preguntó Weps.

—No debemos perderlos de vista. —La pantalla táctica principal mostraba un P3-C Orion sobrevolando al COMEDY. La flota india avanzaba hacia el este volviendo a cruzar su propia estela, tal como lo venía haciendo últimamente.

El primer grupo de cuatro aviones aterrizó sin complicaciones en las afueras de Dhahran. No hubo ceremonia de llegada. Ya hacía calor. La primavera había llegado temprano a la región.

El primer avión detuvo su marcha y el general Marion Diggs fue el primero en asomar. Sería el comandante de la operación. La epidemia que todavía asolaba a Estados Unidos había comprometido también la Base MacDill de la Fuerza Aérea en Florida, sede del Comando Central y responsable del área. Los informes que había recibido decían que el comandante del Ala de Combate 366 también tenía una sola estrella, pero era más joven. Hacía mucho tiempo que una operación tan vital no recaía en alguien de rango tan inferior como el suyo.

Un militar saudita de tres estrellas lo esperaba al pie. Los dos hombres se saludaron y subieron a un automóvil para trasladarse al puesto de comando local. Diggs había viajado con el grupo de comando del Undécimo ACR. En los otros tres aviones habían llegado un grupo de seguridad y la mayor parte del Segundo Escuadrón del Blackhorse. Había una flota de ómnibus esperándolos para trasladarlos al emplazamiento POMCUS. Todo se parecía un poco a los ejercicios REFORGER de la Guerra Fría que, previendo una colisión OTAN-Pacto de Varsovia, habían obligado a los soldados norteamericanos a bajar de los aviones, abordar sus vehículos y marchar al frente. Eso sólo había sucedido en simulacros, pero ahora estaba pasando de verdad. Dos horas después, el Segundo del Blackhorse salía al terreno.

—¿Qué intenta decirme? —preguntó Daryaei.

—Que aparentemente hay un movimiento mayor de tropas en camino —informó su jefe de inteligencia—. Los radares de Irak occidental han detectado la entrada de aviones comerciales en Arabia Saudita desde el espacio aéreo israelí. También detectaron aviones de combate escoltándolos y patrullando la frontera.

—¿Qué más?

—Por el momento nada más, pero todo indica que Estados Unidos está haciendo ingresar otra fuerza al Reino. No estoy seguro de cuál podría ser... pero ciertamente no puede ser muy grande. Las divisiones con base en Alemania están en cuarentena, igual que las de Estados Unidos. La mayor parte del ejército disponible está destinado a seguridad interna.

—Deberíamos atacarlos de todos modos —lo urgió su asesor de la Fuerza Aérea.

—Creo que sería un error —dijo Inteligencia—. Si los atacáramos estaríamos invadiendo el espacio aéreo saudita y alertaríamos demasiado pronto a esos pastores de cabras. En el mejor de los casos, los norteamericanos sólo podrán mover una brigada. Tienen otra en Diego García pero no tenemos información de que la hayan movido. Y, si lo hicieran, nuestros amigos de India los detendrían.

—¿Acaso podemos confiar en los paganos? —preguntó el de la Fuerza Aérea con tono despectivo. Así consideraban los musulmanes a la religión oficial del sub-continente.

—Podemos confiar en la antipatía que sienten por Estados Unidos. Y podemos preguntarles si la flota ha detectado algo. En el peor de los casos los norteamericanos sólo podrán desplegar otra brigada.

—¡Hagámosla pedazos!

—Si lo hiciéramos, echaríamos a perder la seguridad operativa —señaló Inteligencia.

—Serían más que imbéciles si todavía no se dieron cuenta de lo que planeamos —objetó el asesor.

—Los norteamericanos no tienen motivos para sospechar que hemos realizado actos hostiles contra ellos. Si atacamos sus aviones los alertaremos innecesariamente a *ellos*, no sólo a los sauditas. Es posible que estén preocupados por nuestros despliegues militares en Irak y por eso envían refuerzos. Los enfrentaremos cuando llegue el momento —dijo Inteligencia.

—Hablaré con India —anunció Daryaei, contemporizando.

—Radares de navegación solamente... Dos detectores aéreos, probablemente de los portaaviones —dijo el suboficial—. Curso cero-nueve-cero, velocidad dieciséis aproximadamente.

El oficial táctico del Orion miró el mapa. La flota india estaba llegando al límite oriental del derrotero modelo que había seguido los últimos días. En menos de veinte minutos revertirían el curso y se dirigirían al oeste. El COMEDY estaba ahora a 120 millas de la otra formación y los aviones mandaban información constante al *Anzio* y el *Kidd*. De las alas del Lockheed turbopropulsado pendían cuatro misiles Arpón. Blancos, con cabezas de guerra. El avión estaba bajo comando táctico del capitán Kemper del *Anzio*, y en cuanto él diera la orden lanzarían los misiles, dos contra cada portaaviones indio, la nave más poderosa de la flota enemiga. Pocos minutos después se producirían nuevos lanzamientos de Tomahawks y más Arpones en la misma dirección.

—¿Estarán bajo EMCON? —preguntó el oficial.

—¿Con radares de navegación? —replicó el marinero—. El COMEDY ya debe tenerlos en su ESM. Seguramente nuestros muchachos están iluminando el cielo, señor.

El COMEDY tenía esencialmente dos opciones: aplicar EMCON —control de emisiones— y apagar sus radares para que el otro bando

perdiera tiempo y combustible buscándolo, o iluminar todo, creando una burbuja electrónica que el otro bando vería perfectamente bien pero cuya penetración sería muy peligrosa. El *Anzio* había elegido la segunda opción.

—¿Conversaciones aéreas? —preguntó el oficial táctico.

—Negativo, señor.

—Hmm. —Aunque el Orion estaba volando muy bajo, probablemente India no había advertido su presencia, a pesar de utilizar equipos de búsqueda aérea. El oficial táctico sentía la tentación de iluminarse con su propio radar de búsqueda. ¿Qué pretendían? ¿Tal vez algunos barcos se habían apartado de la flota en dirección oeste para lanzar un ataque misilístico? Era imposible saber qué estaban diciendo o pensando. Sólo contaba con trayectos generados por computadora de acuerdo con las señales del radar. La computadora sabía dónde estaba exactamente el avión dentro del sistema GPS. A partir de eso la orientación hacia las fuentes del radar permitía calcular la localización y...

—¿Cambio de curso?

—Negativo. Mantienen el curso anterior. Avanzan en dirección este. Ahora están treinta millas al este del curso del COMEDY hacia el estrecho.

—Me pregunto si habrán cambiado de idea...

—Sí, nuestra flota está en el mar —respondió la primera ministra.

—¿Han visto barcos norteamericanos?

La líder del gobierno indio estaba sola en su despacho. Su ministro del Exterior acababa de retirarse. Había previsto, aunque no deseado, la llamada de Daryaei.

La situación había cambiado. El presidente Ryan, al que todavía seguía considerando débil —¿quién si no un hombre débil se hubiera atrevido a amenazar de ese modo a un país soberano?—, había logrado asustarla a pesar de todo. ¿Qué pasaría si la plaga de Estados Unidos efectivamente hubiera sido iniciada por Daryaei? No tenía pruebas de que así fuera, y jamás las buscaría. Su país no podía quedar vinculado a un acto semejante. Ryan le había pedido —¿cuántas veces? ¿Cuatro? ¿Cinco?— su palabra de que la flota india no interferiría con los barcos norteamericanos. Pero había pronunciado la frase *armas de destrucción masiva* sólo una vez. Era la frase más temida en las conversaciones internacionales. Más aún, según su ministro del Exterior, porque Estados Unidos poseía una sola clase de armas de destrucción masiva, por lo cual consideraba que las armas biológicas y las armas químicas *eran* armas nucleares. Ahora bien: los aviones peleaban con aviones, los barcos peleaban con barcos, los tanques peleaban con tanques. Usualmente se respondía a un ataque con la misma arma utilizada por el enemigo. *Todo el poder y la ira*, también recordaba eso. Ryan había sugerido abiertamente que actuaría basándose en la naturaleza del supuesto ataque de la RIU. Tampoco había que descartar el atentado

demencial contra su hijita. Había visto a Ryan con sus hijos en la Sala Este, durante la recepción posterior al funeral de Durling. Por débil que fuera, era un débil *furioso*, pertrechado con las armas más poderosas del planeta.

Daryaei había cometido la tontería de provocar a Estados Unidos de esa manera. Hubiera sido mejor que atacara directamente a Arabia Saudita y la derrotara con armas convencionales en el campo de batalla. Pero no, había intentado baldar a Estados Unidos en su propio territorio, provocándolo de una manera que era la más pura forma de locura... y ahora ella, su gobierno y *su país* podían quedar involucrados.

No había querido nada de eso. Desplegar la flota ya era bastante... y los chinos, ¿qué habían hecho los chinos? Lanzado un misil, tal vez dañado aquel avión comercial... ¡a cinco mil kilómetros de distancia! ¿Qué riesgos estaban corriendo *ellos*? Ninguno, ninguno en absoluto. Daryaei esperaba mucho de India, pero después de su demencial ataque contra Estados Unidos, ese mucho se había transformado en demasiado.

—No —le dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Nuestra flota ha detectado aviones norteamericanos de patrullaje, pero barcos no. Hemos oído decir, y tal vez usted también, que un grupo naval norteamericano está atravesando Suez, pero son barcos de guerra y nada más.

—¿Está segura de esto? —preguntó Daryaei.

—Querido amigo, ni nuestros barcos ni nuestros aviones han detectado barcos norteamericanos en el Mar Árabe. —Solamente un MiG-23 de la Fuerza Aérea india había sobrevolado la zona. Por consiguiente no le había mentido a su supuesto aliado. No del todo—. El océano es grande —agregó—. Pero los norteamericanos no son tan inteligentes, ¿verdad?

—Su amistad será tenida en cuenta —le prometió Daryaei.

La primera ministra colgó, preguntándose si habría hecho lo correcto. Bien. Si los barcos norteamericanos llegaban al Golfo siempre podría decir que la flota india no los había detectado. Después de todo era la verdad, ¿no? A veces se cometían errores, ¿no?

—Arriba. Tengo cuatro aviones despegando de Gasr Amu —dijo el capitán a bordo del AWACS. La Fuerza Aérea de la recién constituida RIU también había estado entrenando, principalmente sobre la zona central del nuevo país, lo que la hacía difícil de detectar incluso con radares de plataforma aérea.

El que lo había planeado sabía lo que hacía. El cuarto cuarteto de aviones acababa de entrar al espacio aéreo saudita, a menos de dos millas de distancia de los aviones de la RIU. Hasta ese momento el frente aéreo había estado en calma. Pocas horas antes habían detectado dos aviones de combate, pero al parecer se trataba de naves recién reparadas en vuelos de prueba. Pero éste era un grupo de cuatro que había despegado en dos segmentos perfectamente espaciados. Eso los convertía en aviones de combate en misión.

La cobertura aérea de la Operación CUSTER en ese sector eran cuatro F-16 norteamericanos a veinte millas de la frontera.

—Kingston Lead, aquí Sky-Eye Seis, cambio.

—Sky, Lead.

—Tenemos cuatro bandidos, a cero-tres-cinco de su posición, curso dos-nueve-cero. —Los cuatro aviones de combate norteamericanos avanzaban en dirección oeste para interponerse entre los aviones de combate de la RIU y los aviones que trasladaban las tropas.

A bordo del AWACS, un oficial saudita escuchó tráfico radial entre la estación terrestre de radar que controlaba el vuelo y los aviones. Los aviones de la RIU, identificados como F-1 de fabricación francesa, se acercaron a la frontera y giraron a diez millas de ésta. Los F-16 hicieron otro tanto. Los pilotos de ambas naves se vieron las caras y pudieron examinar el avión del otro a cuatro mil yardas de distancia, a través de los visores protectores de sus cascos. Los misiles aire-a-aire eran claramente visibles bajo las alas de todas las aeronaves.

—¿Quieren acercarse a saludar? —dijo el mayor de la USAF al mando de los F-16. No hubo respuesta. La próxima entrega de la Operación CUSTER siguió sin interferencias rumbo a Dhahran.

O'Day llegó temprano. La niñera de Megan disfrutaba pensando en todo el dinero que ganaría... Pero la noticia más importante era que no se había presentado ningún nuevo caso de Ébola en diez millas a la redonda. A pesar de todo, había dormido todas las noches en su casa... No se sentía un buen padre si no besaba a su hijita por lo menos una vez al día, aunque más no fuera dormida. Por lo menos era fácil llegar al trabajo. Le habían dado un vehículo del FBI. Era más rápido que su camioneta y podía pasar por los controles sin detenerse.

Los informes de las investigaciones sobre el personal del Servicio Secreto estaban sobre su escritorio. En casi todos los casos el informe era un mero duplicado de los datos originales. Pero quedaban diez archivos con incógnitas. O'Day los revisó con detenimiento. Uno de ellos le llamó particularmente la atención.

Raman era de origen iraní. Pero Estados Unidos era un país de inmigrantes. El FBI se había formado con irlandeses-norteamericanos preferentemente educados en instituciones jesuitas —según la leyenda, el Boston College y el Holy Cross eran los favoritos—, y todo porque J. Edgar Hoover creía que un irlandés-norteamericano con educación jesuita sería incapaz de traicionar a su país. Sin dudas se habrían dicho muchas cosas al respecto en aquel momento... y se seguirían diciendo, porque el anticatolicismo era el último de los prejuicios respetables. Pero se sabía que los inmigrantes solían ser los ciudadanos más leales, de una lealtad a veces feroz. Las Fuerzas Armadas y las agencias de seguridad daban prueba de eso. Bueno, pensó Pat, no era tan difícil. Sólo había que chequear el tema de la alfombra y listo. Se preguntó quién sería el señor Sloan. Un tipo que quería una alfombra, probablemente.

Las calles de Teherán estaban en calma. Clark no las recordaba así en 1979 y 1980. Su viaje reciente le había mostrado un aspecto distinto de Teherán, más parecida al resto de la región, con calles bullentes pero no peligrosas. Como supuestamente eran periodistas, actuaban como tales. Clark volvió a los mercados y habló con la gente sobre las condiciones comerciales, el abastecimiento de comida, lo que pensaban de la unificación con Irak, sus esperanzas de futuro... Sólo obtuvo pura cháchara. Loas edulcoradas. Las opiniones políticas eran particularmente blandas, carecían de la pasión que habían ostentado durante la crisis de los rehenes, cuando las mentes y los corazones de todos los iraníes se habían vuelto contra el mundo entero... en especial contra Estados Unidos. Muerte a Estados Unidos. Bueno, habían concretado en parte ese deseo, pensó Clark. O alguien lo había concretado por ellos. Ya no sentía ese espíritu entre la gente. Recordó a aquel joyero extrañamente cordial. Tal vez sólo querían vivir, como todo el mundo. La apatía reinante le recordó a los ciudadanos soviéticos de la década del '80. Sólo querían progresar, vivir un poco mejor; sólo pretendían que su sociedad respondiera a sus necesidades. No les quedaba un ápice de furia revolucionaria. ¿Entonces por qué? ¿Por qué Daryaei había obrado de esa manera? ¿Cómo respondería la gente al saberlo? La respuesta obvia era que había perdido contacto con su pueblo, como la mayoría de los Grandes Hombres. Tendría un séquito de creyentes sinceros y una enorme cantidad de gente dispuesta a subirse al tren y disfrutar las comodidades mientras los demás caminaban y se apartaban del medio, pero nada más. El momento era propicio para reclutar agentes, para identificar a los que estaban hartos y dispuestos a hablar. Qué lástima que no hubiera tiempo para realizar una operación de inteligencia completa. Miró su reloj. Era hora de volver al hotel. Ese primer día había sido un desperdicio. Mañana llegarían sus colegas rusos.

El primer paso fue investigar los nombres Sloan y Alahad. Empezó consultando la guía telefónica. Obviamente había un Mohammed Alahad. Tenía un aviso en las páginas amarillas. Alfombras persas y orientales. Por alguna razón la gente no conectaba "Persia" con "Irán"... para beneficio de muchos vendedores de alfombras. La tienda estaba sobre Wisconsin Avenue, a una milla del departamento de Raman. También había un Joseph Sloan cerca, cuyo número telefónico era 536-4040, casi igual al de Raman, que era 536-3040. Un dígito de diferencia, lo que explicaba el número equivocado en el contestador de Raman.

El próximo paso fue puramente formal: revisar los registros computarizados de las llamadas. En la pantalla apareció un llamado al 202-536-3040 desde el 202-459-6777. Pero ése no era el número de la tienda de Alahad, ¿no? El -6777 resultó ser un teléfono público a dos cuadras de la tienda. Qué raro. Si estaba tan cerca de su negocio, ¿por qué gastar un cuarto de dólar para hacer una llamada?

¿Por qué no volver a chequear la información? Después de todo,

era el genio técnico del equipo, con su mostacho y su corte de cabello marginal. Había tenido éxito investigando asaltos a bancos, pero lo que de verdad le gustaba era la contrainteligencia extranjera. Era como las clases de ingeniería de la facultad. Había que saber elegir. También había descubierto que los espías extranjeros que perseguía pensaban como él. Hmm... en todo el mes pasado no había ninguna llamada de la tienda de alfombras al 536-4040. Tampoco el mes anterior. ¿Y al revés? No, nunca habían llamado al 457-1100 desde el 536-4040. Pero si el tipo había ordenado una alfombra —y esas cosas llevaban tiempo— tendría que haber llamado. Y si el vendedor lo había llamado para decirle que la alfombra finalmente había llegado... ¿por qué no había devuelto el llamado en todo caso?

El agente se apoyó sobre el escritorio vecino.

—¿Me haces el favor de echarle un vistazo a esto, Sylvia?

—¿Qué es, Donny?

El Blackhorse ya estaba completo. La mayoría de sus efectivos estaban en los vehículos o en los aviones. El Undécimo Regimiento Acorazado de Caballería —el ACR— comprendía 123 tanques de combate M1A2 Abrams, 127 carros de ataque M3A4 Bradley, 16 cañones móviles M109A6 Paladin de 155 mm, y 8 orugas M270 de Lanzamiento Múltiple, más un total de 83 helicópteros, entre ellos 26 AH-54D Apache. La fuerza sería abastecida por centenares de vehículos livianos —en su mayoría camiones de combustible, alimentos y municiones—, más veinte extras localmente denominados Water Buffaloes (Búfalos de Agua), una necesidad vital en esa región del mundo.

La primera orden fue desmantelar POMCUS. Los vehículos oruga fueron colocados en remolques para ser trasladados al norte, a Abu Hadriyah, una ciudad pequeña con aeropuerto y punto de reunión asignado al Undécimo de Caballería. Cada vehículo que salía del depósito era ubicado en un cuadrado pintado de rojo donde se chequeaban los sistemas de navegación GPS contra un punto de referencia conocido. Dos de los IVIS fallaron. Uno de ellos lo anunció enviando un mensaje radial codificado a las tropas de refuerzo del regimiento, pidiendo que lo reemplazaran y repararan. El otro estaba completamente muerto y la tripulación tuvo que darse cuenta del desperfecto por las suyas. El gran cuadrado rojo ayudó bastante.

Los remolques tenían choferes pakistaníes, un centenar de los miles importados a Arabia Saudita para realizar trabajos menores. Mientras los remolcaban, los tripulantes de los Abrams y los Bradleys trabajaban arduamente para asegurarse de que todo funcionara a la perfección. Una vez concluidas las tareas de rutina, los conductores, alimentadores y comandantes asomaron las cabezas, esperando disfrutar el paisaje. Lo que vieron era diferente de Fort Irwin pero no demasiado excitante. Al este había un oleoducto. Al oeste un montón de nada. De todos modos siguieron mirando —la vista era mejor que lo que habían experimentado durante el vuelo—, con excepción de los tiradores que padecían mareos, problema común entre ellos. Los que

miraban tampoco la pasaban tan bien. Aparentemente a los camioneros locales les pagaban por milla y no por hora. Manejaban como locos.

Estaban empezando a llegar los guardias nacionales. Por el momento no tenían nada que hacer, excepto armar sus carpas, beber litros de agua y practicar.

La agente supervisora Hazel Loomis comandaba el grupo de diez agentes. "Sissy" Loomis había estado en el FCI desde el comienzo de su carrera en Washington. Aunque rondaba los cuarenta, todavía conservaba el mismo aspecto vivaz que le había sido tan útil en sus épocas de agente callejera. También tenía un gran número de casos exitosamente resueltos en su haber.

—Esto es bastante raro —dijo Donny Selig, dejando sus notas sobre el escritorio de Loomis.

No había mucho que explicar. Los contactos telefónicos entre agentes de inteligencia jamás incluían la frase "Tengo el microfilm". El truco era seleccionar mensajes inocuos para transmitir información importante. Por eso se los llamaba "codificados". Loomis leyó la información y levantó la vista.

—¿Tienes las direcciones?

—Por supuesto, Sis.

—Entonces vayamos a visitar al señor Sloan. —Lo peor de ocupar un cargo jerárquico era que uno se perdía constantemente la oportunidad de husmear el ambiente. Pero esta vez no sería así, decidió Loomis.

Al menos el F-15E Strike Eagle tenía dos tripulantes, y por eso el piloto y el operador de sistemas de armas pudieron conversar durante el vuelo interminable. Lo mismo pasó con los seis tripulantes de los bombarderos B-1B; y en el Lancer había lugar suficiente para que la gente pudiera acostarse y dormir... por no mencionar la presencia de un inodoro. Por eso, a diferencia de la tripulación de los aviones de combate, no tuvieron que ducharse inmediatamente al llegar a Al Kharj, su destino final al sur de Ridayh. El Ala de Combate Aéreo 366 tenía asignadas tres locaciones "de bandera escaqueada" en todo el mundo. Eran bases en sitios conflictivos, que contaban con equipos, combustible y facilidades ordinarias de cuyo mantenimiento se encargaban grupos pequeños. Teóricamente, la tripulación que había volado desde la Base Mountain Home de la Fuerza Aérea en Idaho podría descansar mientras otra tripulación de refuerzo presentaba batalla. Para fortuna de todos los implicados, nada de eso fue necesario. Los exhaustos aviadores aterrizaron, carretearon hasta los hangares y bajaron de los aviones. El personal de mantenimiento se hizo cargo del resto. Retiraron en primer lugar los tanques de combustible y los reemplazaron por soportes de armas mientras los agotados tripulantes iban a bañarse y luego a recibir informes de inteligencia. Durante seis horas la fuerza de combate del 366 permaneció en Arabia Saudita,

menos un F-16 que tuvo problemas y fue desviado a la Base Bentwaters de la Real Fuerza Aérea en Inglaterra.

—¿Sí? —La anciana no usaba barbijo. Sissy Loomis le dio uno. Era la nueva forma de saludo en Estados Unidos.

—Buen día, señora Sloan. FBI —dijo la agente, mostrándole su identificación.

—¿Sí? —No estaba intimidada, aunque sí sorprendida.

—Señora Sloan, estamos haciendo una investigación y necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Podría ayudarnos, por favor?

—Supongo que sí.

La esposa de Joseph Sloan tenía más de sesenta años, vestía prolijamente y parecía complacida, aunque un poco sorprendida por la aparición del FBI. En el interior del departamento había un televisor prendido, sintonizado en un canal local. En ese momento estaban transmitiendo el pronóstico meteorológico.

—¿Podemos entrar? Éste es el agente Don Selig —dijo, señalando con la cabeza al genio tecnológico. Como de costumbre su sonrisa compradora ganó la partida; la señora Sloan ni siquiera se puso el barbijo.

—Claro —respondió, franqueándoles la entrada.

Sissy Loomis no necesitó más de una mirada para saber que algo no encajaba del todo. En primer lugar, no había ninguna alfombra persa en la sala de estar... y además la gente solía comprar más de una. En segundo lugar, el departamento era demasiado sobrio.

—Perdón, ¿su marido está en casa?

La respuesta fue inmediata y dolorosa:

—Mi marido falleció en septiembre pasado —dijo la anciana.

—Oh, lo lamento mucho, señora Sloan. No sabíamos. —A partir de ese momento la rutina se transformó en algo muy diferente.

—Era más viejo que yo. Joe tenía setenta y ocho años cuando murió —dijo, señalando una vieja foto enmarcada sobre el aparador.

—¿El nombre Alahad le dice algo, señora Sloan? —preguntó Loomis, sentándose.

—No. ¿Tendría que decirme algo?

—Vende alfombras persas y orientales.

—Oh, aquí no tenemos esa clase de alfombras. Soy alérgica a la lana, ¿sabe?

Pasaje nocturno

—¿Jack? —Ryan abrió los ojos y vio la luz del sol a través de las persianas. Su reloj decía que eran más de las ocho de la mañana.

—¿Cómo demonios...? ¿Por qué nadie...?

—Ni siquiera escuchaste el despertador —le dijo Cathy—. Andrea dijo que Arnie dijo que te dejáramos dormir hasta ahora. Supongo que yo también lo necesitaba —agregó SURGEON. Había dormido diez horas antes de levantarse a las siete—. Dave me dijo que me tomara el día libre —agregó.

Jack se levantó de un salto y fue al baño. Cuando salió, Cathy, vestida de entrecasa, le pasó los informes del día. El presidente empezó a leerlos parado en el medio del cuarto. La razón le decía que si hubiera pasado algo grave lo habrían despertado... no era la primera vez en su vida que seguía de largo sin escuchar el despertador, pero jamás había dejado de atender el teléfono. Los informes decían que todo seguía relativamente estable. Diez minutos después estaba vestido. Saludó a sus hijos, besó a su esposa y salió.

—SWORDSMAN en movimiento —anunció Andrea por radio—. ¿Sala de Situaciones? —le preguntó a POTUS.

—Sí. ¿Quién tuvo la brillante idea de...?

—Señor presidente, fue idea del jefe de staff. Pero tuvo razón, señor.

Ryan la miró divertido mientras ella apretaba el botón de la planta baja.

—Supongo que he sido derrotado —murmuró.

El equipo de seguridad nacional había pasado la noche en vela. Un café esperaba a Ryan sobre la mesa, la misma bebida que los había mantenido despiertos toda la noche.

—Bueno, ¿qué está pasando?

—El COMEDY está ahora ciento treinta millas *adelante* de la flota india... ¿me creerás si te digo que reanudaron el patrullaje *detrás* nuestro? —dijo el almirante Jackson.

—Les gusta jugar a ambos lados de la calle —concluyó Ben Goodley.

—Es una buena manera de ser atropellado desde dos direcciones simultáneamente —acotó Arnie.

—Prosigan.

—La Operación CUSTER está casi concluida. El Ala 366 también está en Arabia Saudita, menos un avión roto que se desvió a Inglate-

rra. El Undécimo de Caballería está saliendo del depósito —dijo el J-3—. El otro bando envió algunos aviones a la frontera, pero tenemos una fuerza de bloqueo conjunta con los sauditas y no pasó nada... aparte de unas miradas arteras.

—¿Alguien piensa que van a retroceder? —preguntó Ryan.

—No —respondió Ed Foley—. No pueden, ya no.

El encuentro tuvo lugar a cincuenta millas del cabo Rass al Hadd, en el extremo sudeste de la península arábiga. Los cruceros *Normandy* y *Yorktown*, el destructor *John Paul Jones*, y las fragatas *Underwood*, *Doyle* y *Nicholas* fueron remolcados por *Platte* y *Supply* luego de su rápido viaje desde Alejandría. Los capitanes fueron trasladados en helicóptero al *Anzio* para discutir la misión. El destino final era Dhahran. Para llegar allí tendrían que avanzar en dirección noroeste hasta el estrecho de Ormuz, trayecto que demandaría seis horas. El estrecho, de veinte millas de ancho y moteado de islas, era una de las rutas acuáticas más transitadas del mundo... incluso ahora, a pesar de la crisis. Los barcos-tanques, uno de los cuales desplazaba más agua que todos los barcos de guerra de la recién denominada TF-61.1 combinada, eran simplemente las embarcaciones más célebres que transitaban la zona. También había macizos barcos-contenedores con las banderas de diez naciones y hasta una enorme embarcación que parecía un garaje y transportaba carneros vivos de Australia. Su olor era famoso en todos los océanos del mundo. El estrecho tenía cobertura de radar para control de tráfico —un choque entre dos barcos-tanque era la posibilidad más temida—, lo cual significaba que el TF-61.1 no pasaría del todo desapercibido. Pero al menos intentarían algo. Al llegar al punto más angosto del estrecho se dirigirían al sur entre las islas pertenecientes a Omán, amparados por la confusión. Luego se dirigirían al sur de Abu Musa y pasarían las plataformas de petróleo, utilizándolas otra vez para engañar a los radares, y finalmente llegarían a Dhahran, pasando los mini-estados de Qatar y Bahrain. Según los oficiales de inteligencia, la fuerza opositora comprendía barcos de origen norteamericano, británico, chino, ruso y francés, todos armados con misiles. Los barcos más importantes del grupo, por supuesto, estarían completamente desarmados. El *Anzio* los guiaría 2.000 yardas adelante, manteniendo la formación encajonada. El *Normandy* y el *Yorktown* se posicionarían 2.000 yardas a estribor, con el *Jones* a la zaga. Las dos naves de abastecimiento formarían un segundo grupo señuelo, con *O'Bannon* y las fragatas escoltándolos de cerca. La flota sería sobrevolada por helicópteros que, además de patrullar, simularían blancos mucho más grandes. Los comandantes estuvieron de acuerdo con el plan y los helicópteros volvieron a llevarlos a sus puestos de mando. Era la primera vez en mucho tiempo que una formación naval norteamericana atravesaba una zona de peligro sin un portaaviones cerca. Con los pañoles llenos de combustible, el grupo formó como estaba planeado, puso proa al noroeste y alcanzó una

velocidad de veintiséis nudos. A las 1800 hora local, cuatro F-16 sobrevolaron el grupo, tanto para darles a los Aegis la ocasión de practicar control de fuego contra blancos vivos como para verificar los códigos IFF que utilizarían en la misión nocturna.

Mohammed Alahad era común como la mierda. Había llegado a Estados Unidos hacía más de quince años. Se decía que era viudo y sin hijos. Tenía un negocio decente y próspero en una de las calles comerciales más bellas de Washington. De hecho, en ese mismo momento debía estar allí. Aunque el cartel de CERRADO colgaba de la puerta, los agentes de Loomis supusieron que Alahad no tenía nada mejor que hacer que sentarse y revisar su contabilidad.

Uno de ellos cruzó la calle y golpeó la puerta. Alahad se acercó a abrir e intercambió algunas palabras con él. *Lo siento, pero todas las tiendas están cerradas por el decreto presidencial. —Sí, claro, pero yo no tengo nada que hacer y usted tampoco, ¿no? — Sí, pero es una orden ejecutiva. —¿Y quién va a saberlo, qué está diciendo?* Finalmente el agente entró, poniéndose su mascarilla quirúrgica. Tardó diez minutos en salir, dar la vuelta a la esquina y hacer un radiollamado desde su automóvil.

—Es una tienda de alfombras —le dijo a Loomis por el canal de radio encriptado—. Si queremos poner patas arriba el lugar, tendremos que esperar. —Ya habían intervenido la línea telefónica, pero hasta el momento no había entrado ni salido ningún llamado.

La otra mitad del equipo estaba en el departamento de Alahad, donde encontraron una foto de una mujer y un niño, probablemente su hijo, que vestía algo parecido a un uniforme... Tendría unos catorce años, pensó el agente, fotografiando la foto con su Polaroid. Nuevamente nada. Podría haber sido el departamento de cualquier comerciante de Washington... o de cualquier oficial de inteligencia. Era imposible saberlo. Tenían el comienzo de un caso pero no evidencia suficiente para llevarlo ante un juez, mucho menos para pedir una orden de allanamiento. Pero se trataba de una investigación de seguridad nacional que involucraba el bienestar personal del presidente, y la cúpula había dicho expresamente que *no había reglas*. Ya habían cometido dos violaciones técnicas de la ley al invadir dos propiedades privadas sin orden de allanamiento, y otras dos más al intervenir ambas líneas telefónicas. Loomis y Selig entraron a un edificio de departamentos en la vereda de enfrente. Se habían enterado de que había un departamento vacío frente a la tienda de Alahad. Consiguieron las llaves sin dificultad y montaron un equipo de vigilancia allí, mientras otros dos agentes vigilaban la puerta trasera. Sissy Loomis llamó a los cuarteles generales por teléfono celular. Tal vez la evidencia no alcanzara para presentarla ante un tribunal, pero era más que suficiente para comentarla con un agente colega.

O'Day advirtió que había un segundo sospechoso potencial: un

agente negro cuya esposa era musulmana y estaba tratando de convertirlo... pero el agente había discutido el tema con sus compañeros, y además en el archivo decía que su matrimonio, como el de tantos otros en el Servicio, estaba a punto de naufragar.

Sonó el teléfono.

—Inspector O'Day.

—¿Pat? Habla Sissy.

—¿Cómo anda Raman? —Había trabajado con ella en tres casos, todos con espías rusos implicados. Loomis era obstinada como un buey cuando metía la cabeza en algo.

—¿Recuerdas el mensaje del contestador, el número equivocado?

—Sí...

—Nuestro vendedor de alfombras llamó a una persona muerta cuya esposa es alérgica a la lana —murmuró Loomis.

Clic.

—Adelante, Sis —Loomis leyó sus notas y la información reunida por los agentes que habían entrado al departamento de Alahad.

—Parece real, Pat. El procedimiento es demasiado bueno. Como salido de un libro. Parece tan normal que a uno no se le ocurriría pensarlo. ¿Pero por qué llamar desde un público si no es por temor a tener el teléfono intervenido? ¿Por qué llamar por error a un muerto? ¿Y por qué el llamado equivocado fue a parar al contestador de un miembro de la Custodia Personal?

—Bueno, Raman no está en la ciudad.

—Que se quede donde está —aconsejó Loomis. No tenían un caso. Todavía estaban buscando causas probables. Si arrestaban a Alahad, seguramente pediría un abogado... ¿y qué tenían hasta ahora? Había hecho un llamado telefónico. No tendría necesidad de defenderse. Podría callarse la boca. Su abogado diría que había sido un error —Alahad incluso podría tener preparada una explicación plausible; un as que escondería en la manga, por supuesto—, pediría evidencias y el FBI no tendría nada que mostrar.

—Tenemos las manos atadas, ¿no?

—Mejor a salvo que arrepentido, Pat.

—Tengo que hablar con Dan. ¿Cuándo investigarán la tienda?

—Esta noche.

Los efectivos del Blackhorse estaban exhaustos. Esos soldados rudos y preparados para el desierto habían pasado dos terceras partes del día en aviones con aire seco, asientos incómodos y con las armas guardadas en el portaequipajes —cosa que siempre provocaba una curiosa reacción en las azafatas—, para llegar finalmente a un lugar caluroso y húmedo a once husos horarios de diferencia. Pero hicieron lo que tenían que hacer.

Primero las armas de fuego. Los sauditas habían establecido un enorme polígono de tiro con blancos móviles de acero, cuya distancia del tirador oscilaba entre los trescientos y los tres mil metros. Los tiradores apuntaron sus armas y dispararon balas verdaderas, no de fogueo,

descubriendo que los proyectiles de guerra, más certeros, habían “atravesado el punto”, expresión que aludía a la retícula circular en el centro de los sistemas de visión. Se revisaron las radios para garantizar que todos pudieran hablar con todos. Luego se verificaron las importantísimas conexiones de los IVIS. Las tareas más mundanas se dejaron para el final. Los M1A2 sauditas todavía no contaban con la más reciente modificación de la serie: armeros cargados a paleta. Tenían, en cambio, un chirriante cable de acero para objetos personales, especialmente cantimploras. Uno por uno, los vehículos se pusieron en marcha y dieron vueltas en círculo. La tripulación de los Bradley se dio el lujo de disparar un misil TOW por carro. Luego ingresaron al área de recarga y repusieron las municiones utilizadas en la práctica.

Como entrenaban regularmente a otros regimientos en el bello arte de la muerte mecanizada, los efectivos del Blackhorse eran abiertamente insensibles a las tareas rutinarias de todo soldado. Debían recordar a cada momento que ése no era *su* desierto... Si bien todos los desiertos se parecían, ése en particular no tenía arbustos de creosota ni coyotes. Tenía camellos y mercaderes. Los sauditas honraron su ley de hospitalidad ofreciendo comida y bebida liviana en abundancia a las tropas. Mientras tanto, los comandantes discutían mirando los mapas y bebiendo el amargo café de la región.

Martin Diggs no era lo que se dice un hombre corpulento. Siempre había tenido la habilidad de dirigir sesenta toneladas de acero con la punta de los dedos y acertarle al vehículo ajeno a tres millas de distancia. Ahora era un comandante de alto rango y efectivamente estaba al mando de una división... pero un tercio de la misma estaba doscientas millas al norte y otro tercio a bordo de unos barcos que esa noche tal vez tendrían dificultades.

—¿Entonces qué se proponen, qué grado de preparación tienen? —preguntó el general.

Bajaron fotos satelitales y el oficial norteamericano de inteligencia con base en KKMC comenzó su informe. Tardó treinta minutos en completarlo, tiempo que Diggs pasó de pie. Estaba harto de estar sentado.

—STORM TRACK reporta tráfico radial mínimo —dijo el coronel—. Por otra parte, debemos recordar que están muy expuestos donde están.

—He mandado una compañía a cubrirlos —dijo un oficial saudita—. Mañana estarán posicionados.

—¿Qué está haciendo Buffalo? —preguntó Diggs. Bajó otro mapa. Las disposiciones kuwaitíes le parecieron acertadas. Por lo menos no se habían desplegado hacia adelante, con excepción de las tres brigadas pesadas destinadas a contrarrestar una posible invasión. Conocía a Magruder. De hecho, conocía a los tres comandantes de los escuadrones. Si la RIU disparaba primero, la Fuerza Azul, en desventaja numérica o no, le haría sangrar la nariz a la Roja.

—¿Intenciones enemigas? —preguntó después.

—Desconocidas, señor. Hay varias cosas que no entendemos. Washington nos dice que esperemos un ataque, pero no dice por qué.

—¿Cómo?
—Esta noche o mañana por la mañana podré darle más información, señor —replicó el oficial de inteligencia—. Ah, tenemos periodistas asignados. Llegaron hace unas horas. Están en un hotel de Riyadh.

—Maravilloso.

—¿Al no tener conocimiento de lo que planean hacer...?

—El objetivo está claro, ¿no? —observó el comandante saudita—. Nuestros vecinos chiítas tienen todo el desierto que necesitan. —Señaló el mapa—. Allí está nuestro centro de gravedad económico.

—¿General? —preguntó otra voz. Diggs miró a su izquierda.

—¿Coronel Eddington?

—El centro de gravedad es político, no militar. Debemos tenerlo presente, caballeros —señaló el coronel de Carolina—. Si quisieran los pozos de petróleo de la costa tendríamos un montón de advertencias estratégicas.

—Nos superan en número, Nick. Eso les otorga cierto grado de flexibilidad estratégica. Señores, veo gran cantidad de camiones de combustible en estas fotos —dijo el general norteamericano.

—La última vez tuvieron que detenerse en la frontera con Kuwait por falta de combustible —les recordó el comandante saudita.

El ejército saudita —llamado Guardia Nacional— comprendía cinco brigadas pesadas, casi todas con equipamiento norteamericano. Tres estaban desplegadas al sur de Kuwait, una de ellas en Ras al Khafji, sitio de la única invasión al Reino, pero Khafji estaba junto al agua y nadie esperaba un ataque desde el mar. No era inusual que los soldados se prepararan para pelear su última guerra, recordó el norteamericano.

Eddington, por su parte, recordó una cita de Napoleón. Cuando le mostraron un plan de defensa con las tropas dispersas azarosamente a lo largo de la frontera francesa, el insigne militar preguntó si la idea era evitar el contrabando. Ese concepto defensivo fue legitimado por la doctrina de la OTAN de defensa adelantada dentro de la frontera alemana pero jamás fue comprobada su eficacia, y si había un lugar donde cambiar espacio por tiempo, ese lugar era el desierto saudita. Eddington se calló la boca. Era inferior en rango a Diggs y los sauditas parecían ser muy posesivos con su territorio, como la mayoría de los pueblos. Cruzó una mirada con Diggs. Así como el Décimo de Caballería era la reserva de los kuwaitíes, el Undécimo cumpliría la misma función para los sauditas. La situación cambiaría cuando sus guardias montaran sus orugas en Dhahran, pero por el momento tendría que ser así.

Uno de los mayores problemas era la relación de mandos. Diggs tenía una sola estrella... absolutamente merecida, Eddington lo sabía, pero de todos modos no pasaba de brigadier. Si CENTCOM hubiera podido viajar, su rango le habría permitido hacer sugerencias más firmes a los sauditas. Evidentemente el coronel Magruder del Buffalo había hecho algo por el estilo, pero la posición de Diggs era un poquito resbalosa.

—Bueno, de todos modos tenemos un par de días —el general norteamericano se dio vuelta—. Establezcamos equipos de reconoci-

miento. Si esas seis divisiones se tiran pedos... por lo menos quiero saber qué comieron.

—Al atardecer mandaremos algunos Predators —prometió el coronel de inteligencia.

Eddington salió a fumar. Después de la primera pitada comprendió que no debía preocuparse. Todos los sauditos fumaban.

—¿Y bien, Nick? —preguntó Diggs, acercándose.

—Una cerveza no vendría nada mal.

—Calorías al pedo —observó el general.

—Cuatro a uno, y ellos tienen la iniciativa. Eso si mi gente se encuentra con sus equipos a tiempo. La cosa podría ponerse interesante, Diggs. —Otra pitada—. Sus despliegues apestan. —Frase robada a sus alumnos, pensó su superior—. A propósito, ¿cómo se denomina esto?

—BUFORD, Operación BUFORD. Elija un nombre para su brigada, Nick.

—¿Qué le parece WOLFPACK? No es lo más acertado, pero suena mejor que TARHEEL. La cosa va demasiado rápido, general.

—Lección que el otro bando *debería* haber aprendido de la última vez: no nos den tiempo para juntar nuestras fuerzas.

—Es cierto. Bueno, debo ir a ver a mi gente.

—Use mi helicóptero —dijo Diggs—. Me quedaré un rato.

—Sí, señor —Eddington hizo la venia y empezó a caminar. Pero se dio vuelta—. ¿Diggs?

—¿Sí?

—Tal vez no estemos tan bien entrenados como Hamm y sus muchachos, pero lo haremos, ¿oyó? —Volvió a hacer la venia, arrojó el cigarro al suelo y caminó decidido rumbo al Black Hawk.

Nada se mueve tan silenciosamente como un barco. Un automóvil moviéndose a esa velocidad —un poco menos de treinta millas por hora— haría tanto ruido que uno podría escucharlo a pocas yardas de distancia en una noche silenciosa, pero en el caso del barco era como un levísimo *latigazo* del casco de acero contra lo que hasta el momento era un mar calmo. Los que iban a bordo percibían las vibraciones del motor o escuchaban la succión de las turbinas, pero eso era todo. Además, esa clase de sonidos sólo se escucharía a unas cien yardas a través del agua y de la noche. Sólo el levísimo latigazo y la estela brumosa que cada barco iba dejando, una sombra fantasmal y verdosa por la presencia de minúsculos organismos perturbados por la ola de presión que fosforescían en una suerte de protesta biológica. Para los tripulantes, la estela tenía un brillo endiablado. Bajaron las luces de los puentes para no comprometer la visión nocturna y apagaron las luces de navegación, violando las leyes vigentes. Los vigías usaban binoculares convencionales y equipos de amplificación lumínica para escrutar el horizonte. La formación estaba entrando a la parte más angosta del pasaje.

En todos los centros de información de combate la gente se agol-

paba sobre mapas y planos, hablando en voz muy baja. Los que fumaban anhelaban hacerlo en los espacios asépticos y los que habían dejado el hábito se preguntaban por qué. Tal vez para proteger su salud, pensaban, contemplando los misiles superficie-a-superficie montados en sus lanzadores a mil quinientas yardas de distancia, cada uno con una tonelada de explosivos detrás de la cabeza de búsqueda.

—Doblando a la izquierda, nuevo curso dos-ocho-cinco —reportó el oficial de cubierta del *Anzio*.

Según el plan principal había más de cuarenta “blancos” —así llamaban a los radares de contacto—, cada uno con un vector que indicaba curso y velocidad aproximados. La cantidad de señales emitidas y recibidas era más o menos la misma. Algunas eran más voluminosas, por ejemplo los barcos-tanque equivalían en tamaño para el radar a una isla mediana.

—Bueno, hemos llegado hasta aquí —le dijo Weps al capitán Kemper—. ¿Se habrán quedado dormidos?

—Tal vez haya un Gran Hongo de verdad, Charlie Brown.

Sólo estaban activados los radares de navegación. Los iraníes/RIUníes debían tener equipos ESM allá afuera, pero si estaban patrullando el estrecho de Ormuz todavía no los habían detectado. Había blancos inexplicables. ¿Pesqueros? ¿Contrabandistas? ¿Algún incauto en viaje de placer? Imposible saberlo. Probablemente el enemigo tuviera ciertas reticencias para mandar sus naves al centro del estrecho. Los árabes eran tan territoriales como cualquiera, supuso Kemper.

Todas las naves eran estaciones de combate. Todos los sistemas de combate habían sido activados por completo, pero estaban en espera. Si alguien se les acercaba, en primer lugar tratarían de visualizarlo. Si alguien los iluminaba con un radar, la nave localizada en el sector más iluminado aumentaría el nivel de alerta y realizaría algunos barridos con los radares SPY para comprobar si se preparaba un ataque. Aunque no sería tan fácil. Todos los misiles tenían cabezas de búsqueda independientes y el estrecho estaba plagado de ellos. Pero el otro bando seguramente no tendría el gatillo tan fácil... podrían terminar matando unas cuantas ovejas, pensó Kemper con una sonrisa burlona en los labios. Por muy tensa que fuera esta parte de la misión para ellos, la tarea del enemigo tampoco era *tan* fácil.

—Cambio de curso en contacto cuatro-cuatro, a la izquierda —dijo el contramaestre.

Aludía a un contacto de superficie a la entrada de las aguas territoriales RIUníes, a siete millas de distancia. Kemper se inclinó hacia adelante. Un comando computarizado le permitió ver la ruta seguida por el contacto en los últimos veinte minutos. Había estado avanzando con cautela, a una velocidad de aproximadamente cinco nudos. Pero acababa de aumentar a diez y se dirigía... hacia el grupo señuelo. Esa información fue transmitida al USS *O'Bannon*, cuyo capitán era el oficial de más rango del grupo. La distancia entre ambas naves era de 16.000 yardas y se estaba achicando.

La cosa se estaba poniendo interesante. El helicóptero del

Normandy se ubicó sobre el contacto desde atrás, volando bajo. Los pilotos vieron un resplandor verdiblanco: la embarcación no identificada había aumentado la velocidad, revolviendo el agua y perturbando aún más a los organismos que inexplicablemente sobrevivían a la polución. El repentino aumento de velocidad significaba que...

—Es un cañonero —informó el piloto—. El blanco aumentó la velocidad.

Kemper sonrió. Debía elegir. No hacer nada, y tal vez no pasara nada. No hacer nada, y darle al cañonero misilístico la oportunidad de disparar primero contra el *O'Bannon* y su grupo. Hacer algo, y correr el riesgo de alertar al enemigo. Pero si el enemigo disparaba primero, eso quería decir que ya estaba alertado, ¿no? Tal vez. Tal vez no. La información era demasiado compleja para procesarla en cinco segundos. Esperó otros cinco.

—El blanco es misilístico, veo dos lanzadores. Está estabilizando la velocidad.

—Está en línea directa al *O'Bannon*, señor —reportó Weps.

—Tráfico radial, tengo tráfico radial en UHF, orientación cero-uno-cinco.

—Disparen —dijo Kemper instantáneamente.

—¡Disparen! —ordenó Weps al helicóptero.

—¡Entendido!

—Combate, vigía. Señor, estoy viendo un lanzador de misiles a babor... en realidad son dos, señor.

—Bárranlos...

—Dos lanzadores más, señor.

Carajo, pensó Kemper. El helicóptero llevaba solamente dos misiles anti-barco Penguin. Y él no podía hacer nada. El grupo señuelo estaba cumpliendo su función. Le estaban disparando.

—Dos vampiros adentro... blanco destruido —agregó el piloto, anunciando la destrucción del cañonero misilístico... confirmada un minuto después por el vigía—. Repito, dos vampiros adentro.

—Los Silkworm son grandes blancos —dijo Weps.

No podían ver bien la mini-batalla. El radar de navegación indicaba que el *O'Bannon* se dirigía al puerto... tal vez con la intención de descubrir su sistema de defensa anti-misil. Pero de ese modo también proporcionaría un blanco más amplio a los misiles enemigos. El destructor no disparó sus pájaros por temor a que el intento de engañar a los misiles enemigos sólo sirviera para desviarlos hacia los barcos de reabastecimiento que debía proteger. ¿Decisión automática? se preguntó Kemper. ¿Pensada? Valiente en cualquier caso. Se encendió el radar de iluminación del destructor. Eso significaba que estaba disparando sus misiles, pero el radar de navegación no podía captarlos. Luego, por lo menos una de las fragatas se unió al destructor.

—Hay muchísima luz —reportó el vigía—. ¡*Auch*, ése fue grandioso! ¡Allá va otro! —Cinco segundos de silencio.

—*O'Bannon* al grupo, estamos bien —dijo una voz.

Por ahora, pensó Kemper.

Habían lanzado tres Predators, uno para cada uno de los tres cuerpos acampados al sudoeste de Bagdad. Ninguno llegó tan lejos como esperaban. A treinta millas de sus objetivos, las cámaras de visión térmica captaron las brillantes siluetas de una enorme formación de vehículos blindados. El Ejército de Dios se estaba moviendo. La información fue inmediatamente transmitida de STORM TRACK a KKMC, y desde allí al mundo entero.

—Un par de días más hubieran venido bien —pensó Goodley en voz alta.

—¿Los nuestros están preparados? —le preguntó Ryan a Jackson.

—El Décimo está listo para atacar. El Undécimo necesitará por lo menos un día más. La otra brigada todavía no tiene sus equipos —respondió el almirante.

—¿Cuánto falta para el contacto? —preguntó el presidente.

—Por lo menos doce horas, tal vez dieciocho. Depende de dónde se dirijan exactamente.

Jack asintió.

—Arnie —preguntó—, ¿Callie está enterada de esto?

—No, no sabe nada.

—Entonces ha llegado el momento de que sepa. Tengo que hacer un discurso.

Alahad estaría aburrido de atender un negocio sin clientes, pensó Loomis. Cerró temprano, subió a su auto y se marchó. Seguirle el rastro por las calles vacías sería fácil. Pocos minutos después, lo vieron estacionar y entrar a su edificio. Loomis y Selig salieron del departamento, cruzaron la calle y se dirigieron a la parte de atrás de la tienda. La puerta tenía doble candado y el genio técnico tardó diez minutos en violentarlos, quedando estupefacto ante tanta dificultad. Luego se encargó del sistema de alarma, pero eso fue mucho más fácil. Era una alarma vieja de código simple. Adentro encontraron más fotos, probablemente una de su hijo. Primero revisaron el Rolodex. Allí estaba la tarjeta del señor Sloan con el número 536-4040, pero sin dirección.

—Díme qué piensas —dijo Loomis.

—Pienso que es una tarjeta nueva, sin marcas ni dobleces, y pienso que hay un punto sobre el primer número *cuatro*. Eso le indica cuál número cambiar, Sis.

—Este tipo conoce el juego, Donny.

—Pienso que tienes razón y que Aref Raman también lo conoce.

¿Pero cómo probarlo?

La cobertura podía haber desaparecido o no. Imposible saberlo. Kemper evaluó la situación lo mejor que pudo. Tal vez el cañonero había recibido permiso para disparar... Tal vez el joven comandante lo había decidido por su cuenta... probablemente no. Los países dictatoriales no daban demasiada autonomía a sus jefes militares. Si un dictador cometía el error de hacerlo, tarde o temprano terminaría

frente a un pelotón de fusilamiento. Hasta el momento el tanteador marcaba EE.UU. 1-RIU 0. Ambos grupos avanzaban hacia el sudoeste a una velocidad de veintiséis nudos, todavía rodeados por naves mercantes cuyos tripulantes se preguntaban qué demonios había pasado al norte de Abu Masa.

Las naves de Omán que patrullaban la zona hablaban con alguien, tal vez con la RIU, para averiguar qué pasaba.

Kemper decidió que la confusión era benéfica. Afuera estaba oscuro y nunca había sido fácil identificar barcos en la oscuridad.

—¿Cuánto falta para el crepúsculo náutico?

—Cinco horas, señor —respondió el contramaestre.

—Eso equivale a ciento cincuenta millas. Seguimos como antes. Que esquiven los obstáculos si pueden. —Llegar a Bahrain sin ser detectados sería un verdadero milagro.

Dejaron todo encima del escritorio de O'Day. "Todo" eran tres páginas de anotaciones y un par de fotos Polaroid. Apparentemente lo más importante era una copia de los llamados telefónicos. También era la única evidencia legal con que contaban.

—No es precisamente la pila de pruebas más gorda que he visto en mi vida —dijo Pat.

—Eh, Pat, dijiste que nos moviéramos rápido —le recordó Loomis—. Ambos están sucios. No puedo probárselo a un jurado, pero alcanza para iniciar una investigación mayor, suponiendo que tengamos tiempo, cosa que dudo.

—Correcto. Vamos —dijo, levantándose—. Tenemos que ver al director.

Murray estaba tapado de trabajo. El FBI no estaba realizando la investigación epidemiológica de todos los casos de Ébola, pero casi. Además estaba el atentado al Giant Steps, que era criminal y FCI al mismo tiempo. Y ahora esto, la tercera situación "todo lo demás puede esperar" en menos de diez días. El inspector saludó a los secretarios al pasar y entró sin golpear a la oficina del director.

—Por suerte no estaba filtrando información —bromeó Murray.

—No creo que tuvieras tiempo para hacerlo. Yo tampoco —dijo Pat—. Es probable que haya un doble agente en el Servicio, Dan.

—¿Ah, sí?

—Ah, sí, sí, y ah... mierda. Loomis y Selig te pondrán al tanto.

—¿Puedo decírselo a Andrea Price sin que me mate? —preguntó el director.

—Creo que sí.

La luz del día

No era para celebrar, pero ya era el segundo día que los casos de Ébola disminuían. Mejor aún, de los nuevos casos identificados, cerca de un tercio presentaban anticuerpos pero eran asintomáticos. El CDC y el USAMRIID habían chequeado la información dos veces antes de enviarla a la Casa Blanca, advirtiendo también que era demasiado preliminar para ser transmitida al público. Aparentemente, la prohibición de viajar y sus efectos sobre los contactos interpersonales habían dado buenos resultados... pero el presidente todavía no podía decirlo.

El caso del Giant Steps también estaba progresando, gracias a la intervención del laboratorio del FBI. Los microscopios electrónicos no sólo se utilizaban para identificar virus de Ébola. También los usaban para partículas de polen y otras sustancias. La cosa se complicaba un poco porque el atentado se había hecho en primavera, cuando el aire está lleno de polen.

Se había llegado a la firme conclusión de que Mordecai Azir era un fantasma que había cobrado vida con un único propósito y que, una vez alcanzado éste, había desaparecido. Pero en el camino había dejado algunas fotografías que podrían servir como pistas. Ryan se preguntó si habría buenas noticias al terminar el día. No habría.

—Hola, Dan. —Estaba de vuelta en su despacho. La Sala de Situaciones sólo servía para recordarle que su próxima orden ejecutiva sería mandar gente a la guerra.

—Señor presidente —dijo el director del FBI, entrando. Lo acompañaban el inspector O'Day y Andrea Price.

—¿Qué los pone tan contentos?

Se lo dijeron.

Había que ser un valiente para despertar al ayatollah Mahmoud Haji Daryaei antes del alba, y dado que quienes lo rodeaban temían su ira mortal, tardaron dos horas en reunir el coraje necesario para hacerlo. Eran las cuatro de la mañana en Teherán cuando sonó el teléfono junto a la cama de Daryaei. Diez minutos después estaba en la sala de su departamento, decidido a castigar a los responsables.

—Nos informan que han entrado barcos norteamericanos al Golfo —anunció el jefe de inteligencia.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó el ayatollah con mirada sombría.

—Después de la medianoche por la zona más angosta. Uno de nuestros cañoneros misilísticos detectó lo que resultó ser un destructor norteamericano. Recibió orden de atacar del comandante local, pero desde entonces no supimos nada más.

—¿Eso es todo? *¿Para esto me despertaron?*

—Hubo tráfico radial en el área, entre barcos. Mencionaron varias explosiones. Tenemos razones para creer que nuestro cañonero fue atacado y destruido por alguien, probablemente una aeronave... ¿pero de qué origen?

—Queremos su autorización para iniciar operaciones aéreas de barrido en el Golfo después del alba. Nunca hicimos algo así sin su autorización —señaló el comandante de la Fuerza Aérea.

—El permiso *está otorgado* —dijo Daryaei. Bueno, *ya* estaba despierto, pensó—. ¿Qué más?

—El Ejército de Dios marcha hacia la frontera. La operación prosigue de acuerdo a lo planeado. —Esa noticia seguramente lo complacería, pensó el jefe de inteligencia.

Mahmoud Haji asintió. Había querido dormir bien esa noche, anticipando las largas horas de vigilia de los próximos días, pero estaba en su naturaleza no volverse a dormir una vez despierto. Miró el reloj de su escritorio —no usaba reloj pulsera— y decidió que el día acababa de comenzar.

—¿Los tomaremos por sorpresa?

—En cierto sentido sí —respondió Inteligencia—. El ejército tiene órdenes estrictas de mantener silencio radial. Los puestos de escucha norteamericanos son muy sensibles, pero en este caso no podrán oír nada. Recién podrán detectarnos en las proximidades de Al Bussayah, pero entonces estaremos listos para saltarles encima, y será de noche.

Daryaei hizo un gesto negativo.

—Esperen —dijo—, ¿qué reportó nuestro cañonero?

—Reportó un destructor o fragata norteamericano, posiblemente acompañado por otros barcos. Eso fue todo. Dentro de dos horas tendremos helicópteros investigando.

—¿Y sus transportadores, sus portaaviones?

—No sabemos —admitió Inteligencia. Esperaba evitar esa pregunta.

—¡*Averígüenlo!*

Los dos militares se retiraron. Daryaei llamó a su sirviente para pedirle el té. Se le ocurrió otra cosa. Todo quedaría en claro, incluso resuelto, cuando el joven Raman cumpliera su misión. El informe decía que estaba en su puesto y había recibido la orden. ¿Entonces por qué no la había cumplido?! se preguntó el ayatollah con ira creciente. Volvió a mirar el reloj. Era demasiado temprano para llamar.

Kemper había dado una suerte de descanso a su tripulación. Gracias a la automaticidad de los Aegis, dos horas después del incidente con el cañonero —barco misilístico, se corrigió— los tripulantes realizaron turnos rotativos en las estaciones de combate y pudieron

aliviarse, comer algo y en muchos casos dormir unos minutos. El descanso duró una hora, de la cual le correspondieron quince minutos a cada uno. Ahora todos estaban de vuelta. Faltaban dos horas para el crepúsculo náutico. Estaban a menos de cien millas de Qatar; avanzaban en dirección oeste-noroeste, serpenteando entre todas las isletas y oleoductos que encontraban para confundir a los radares enemigos. Ya había pasado lo peor. El Golfo era mucho más ancho en esa zona. El COMEDY tenía lugar para maniobrar y usar a pleno sus poderosos sensores. Los radares del *Anzio* informaban que había un grupo de cuatro F-16 veinte millas al norte de la formación. Hubiera sido mejor un AWACS, pero todos estaban al norte. Ese día habría batalla. Ni el Aegis ni él estaban específicamente preparados para eso, pero así eran las cosas en la Armada.

El grupo señuelo marchaba hacia el sur. Por ahora había terminado su trabajo. Cuando saliera el sol ya no habría manera de disimular qué era ni qué estaba haciendo el COMEDY, pensó.

—¿Están totalmente seguros de esto? —preguntó POTUS—. ¡Por Dios, mil veces me he quedado solo con él!

—Ya sabemos —dijo Price—. Ya sabemos. Es difícil de creer, señor. Hace tiempo que conozco a Jeff y...

—Es el fanático del basket. Me dijo quién ganaría las finales de la NCAA. Acertó. Tuvo una excelente *puntería*.

—Sí, señor —Andrea se vio obligada a coincidir con él—. Desafortunadamente, estas cosas son un poco difíciles de explicar.

—¿Van a arrestarlo?

—No podemos —respondió Murray—. Ésta es una de esas situaciones donde uno sabe, o cree saber, pero no puede probar nada. Pero Pat y yo tenemos una idea.

—Escuchémosla, entonces —ordenó Ryan. La jaqueca había vuelto. No, no era eso. El breve período intermedio sin jaquecas había terminado. Ya era bastante la vaga sospecha de que un miembro del Servicio Secreto estuviera involucrado, pero ahora creían tener pruebas —peor aún, ¡no tenían pruebas suficientes y lo poco que tenían sólo servía para aumentar las malditas sospechas!— de que una de las personas más próximas a él y su familia era un asesino en potencia. ¿Nunca terminaría esto? No obstante, escuchó.

—En realidad es muy simple —concluyó O'Day.

—¡No! —saltó Price inmediatamente—. ¿Qué pasará si...?

—Podemos controlarlo. No habrá peligro real —aseguró el inspector.

—Un momento —dijo SWORDSMAN—. ¿Dice que puede dejarlo en evidencia?

—Sí, señor.

—¿Y que yo tendría que *hacer* algo en lugar de quedarme aquí sentado como un rey imbécil?

—Sí, señor —repitió Pat.

—¿Dónde tengo que firmar? —preguntó Ryan retóricamente—. Hagámoslo.

—Señor presidente...
—¿Usted estará aquí, Andrea?
—Bueno, sí, pero...
—Entonces está aprobado —dijo POTUS—. Que no se *acerque* a mi familia. ¿Está claro? Si mira el ascensor usted misma lo bajará de un tiro. ¿Entendido, Andrea?
—Entendido, señor presidente. Ala Oeste exclusivamente.
Una vez acordado el plan bajaron a la Sala de Situaciones, donde Arnie y el resto del equipo de seguridad nacional estaban observando un mapa en una gran pantalla de televisión.

—De acuerdo, iluminemos el cielo —ordenó Kemper. El *Anzio* y los otros cuatro Aegis activaron sus radares SPY a máxima potencia. No tenía sentido seguir escondiéndose. Se hallaban exactamente debajo de una ruta aérea comercial denominada W-15 y cualquier piloto de aerolínea podría verlos con sólo mirar hacia abajo. Y el que lo hiciera empezaría a hablar. Después de todo, el elemento sorpresa tenía sus límites prácticos.

En un segundo aparecieron numerosos rastros aéreos en las tres grandes pantallas. Ése debía ser el espacio aéreo más ajetreado del mundo después de O'Hare, pensó Kemper. El escaneo IFF detectó un grupo de cuatro F-16 desplegados al noroeste de la formación. Había seis aviones comerciales en tránsito y el día recién comenzaba. Los especialistas en misiles ingresaron blancos de práctica para ejercitar las computadoras, pero el sistema del Aegis estaba diseñado para ser una de esas cosas superpoderosas que pueden estar quietas un segundo y provocar un infierno al segundo siguiente. Pronto llegarían al lugar adecuado para ponerlo en práctica.

Los primeros aviones de combate iraníes que subieron al cielo ese día fueron dos añosos Tomcats F-14 de Shiraz. El sha había comprado aproximadamente ochenta en la década del '70. Diez todavía podían volar, con partes "canibalizadas" de todos los demás o adquiridas en el agitado mercado negro mundial de componentes de aeronaves de guerra. Los dos Tomcats volaron en dirección sureste hacia Bandar Abbas y luego aumentaron la velocidad y pusieron rumbo al sur, hacia Abu Musa. Los acompañantes oteaban el horizonte con binoculares mientras los pilotos sobrevolaban el norte de Abu Musa. El sol era absolutamente visible a veinte mil pies de altura, pero en la superficie reinaba todavía la semioscuridad del crepúsculo náutico.

Es difícil ver un barco desde arriba, hecho que los marineros y aviadores suelen pasar por alto. En la mayoría de los casos los barcos son demasiado pequeños y la superficie del océano demasiado vasta. Lo que sí se ve, ya sea por foto satelital o a simple vista, es la estela, un alboroto en el agua parecido a una flecha de punta enorme —las olas de proa y popa generadas por el paso del barco a través del agua— que deja un rastro de espuma en línea recta. El

ojo se siente atraído por esas formas como por el cuerpo de una mujer... y en el vértice de la V descubre el barco. O, en este caso, los barcos. Primero detectaron el grupo señuelo a cuarenta millas de distancia. El cuerpo principal del COMEDY fue identificado un minuto después.

El problema de los barcos es la identificación positiva. Kemper no podía arriegarse a derribar un avión comercial, como había hecho una vez el USS *Vincennes*. Los cuatro F-16 ya habían girado hacia ellos cuando oyó el radiollamado. No había nadie a bordo que hablara lo suficientemente bien el idioma como para entender lo que decían.

—Parecen F-14 —informó el líder de los F-16. Kemper sabía que la Armada no tenía ninguno en la zona.

—*Anzio* a STARFIGHTER, liberen armas, derribenlos.

—Entendido.

Los pilotos estaban demasiado ocupados mirando hacia abajo en vez de mirar a los costados. Un vuelo de reconocimiento, supuso el líder del Starfighter. Bueno. Seleccionó AIM-120 y disparó, una fracción de segundo antes que los otros aviones de su formación.

—¡Fox-Uno, Fox-Uno!

Acababa de empezar la Batalla de Qatar.

Los pilotos de la RIU estaban demasiado ocupados para su bien. Los receptores de los radares de advertencia reportaban toda clase de señales en ese momento y la de los misiles aire-a-aire fue apenas una más. Uno de los pilotos intentaba contar los barcos norteamericanos mientras hablaba por radio cuando un par de misiles AMRAAM explotó a veinte metros de su viejo avión. El otro piloto tuvo tiempo de levantar la vista y ver llegar a la muerte.

—*Anzio*, aquí STARFIGHTER, derribamos dos, no hay paracaídas, repito, derribamos dos.

—Entendido.

—Linda manera de empezar el día —comentó un mayor de la USAF que acababa de pasar dieciséis meses practicando contra la Fuerza Aérea israelí en el Negev—. Regreso a estación. Fuera.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —dijo Van Damm. La foto satelital del *John Paul Jones* acababa de llegar a Washington. Estaban viendo los hechos menos de medio segundo después de ocurridos.

—No podemos detener esos barcos, señor —le dijo Robby Jackson—. No podemos correr riesgos.

—Pero dirán que disparamos primero y...

—Error, señor. El cañonero iraní fue el primero en disparar hace cinco horas —le recordó el J-3.

—Pero no lo admitirán.

—Basta, Arnie —dijo Ryan—. Fue orden mía. Las reglas de enfrentamiento están claras. ¿Qué pasará de ahora en más, Robby?

—Depende de lo que hagan los iraníes. El primer blanco fue fácil. Suele serlo —dijo Jackson, recordando algunos episodios de su carrera que no se parecían en nada a lo que había aprendido, pero nadie jugaba limpio en la guerra, ¿no?

El sector más angosto del estrecho estaba a cien millas entre Qatar y la ciudad iraní de Basatin. En Basatin había una base aérea y la cobertura satelital informaba que los aviones de combate estaban listos para el despegue.

—Hola, Jeff.

—¿Qué está pasando, Andrea? —preguntó Raman—. Por suerte recordaste que me tienes abandonado aquí —agregó.

—Este asunto de la epidemia nos tuvo muy ocupados. Te necesitamos de vuelta. ¿Tienes auto?

—Creo que podré robar uno de la oficina local. —De hecho, ya tenía un automóvil oficial.

—Bueno —dijo Price—, entonces regresa. No creo que necesitemos el equipo de avanzada en Pittsburgh. Usa tu identificación para pasar los bloqueos de la Interestatal 70. Te quiero aquí lo más rápido posible. Están pasando cosas.

—Dame cuatro horas.

—¿Tienes una muda de ropa?

—Sí, ¿por qué?

—Vas a necesitarla. Hemos implantado procedimientos de descontaminación. Todos tienen que desinfectarse antes de entrar al Ala Oeste. Ya verás cuando llegues.

—No hay problema.

Alahad no hacía nada. Los micrófonos ocultos en su departamento habían indicado que miraba televisión, pasando de un canal de cable a otro en busca de una película que no hubiera visto, y que antes de irse a la cama había visto el noticiero de la CNN. Después, nada. Todas las luces estaban apagadas y ni siquiera las cámaras de visión térmica podían atravesar las gruesas cortinas del ventanal de su dormitorio. Los agentes encargados de vigilarlo bebían café en vasitos de plástico y miraban las cortinas cerradas mientras compartían su preocupación por la epidemia, igual que todos los norteamericanos. Los medios seguían dedicándole todo el tiempo a esa noticia. Tampoco había mucho de qué hablar. No había actividad deportiva. El pronóstico meteorológico seguía vigente, pero eran pocos los que salían a comprobarlo. Todo giraba alrededor de la crisis de Ébola. En los programas científicos explicaban qué era el virus y cómo se propagaba

—en realidad cómo *podía* propagarse, ya que había opiniones diversas al respecto— y los agentes con auriculares habían escuchado los últimos informes por el televisor de Alahad. Un defensor del medio ambiente sostenía que era una venganza de la naturaleza. El hombre había invadido la jungla, talado árboles, matado animales, perturbado el ecosistema... y ahora el ecosistema se vengaba. O algo por el estilo.

También escucharon el análisis legal de la demanda de Edward Kealty, pero simplemente faltaba entusiasmo para levantar la prohibición de viajar. Los noticieros mostraban aviones en los aeropuertos, ómnibus en las terminales, trenes en las estaciones y montones de caminos vacíos. También enseñaban a reutilizar una mascarilla quirúrgica, sosteniendo que esa simple medida de seguridad era casi infalible, cosa que la mayoría parecía creer. Pero también mostraban imágenes de hospitales y bolsas de cadáveres. Relataban cómo se cremaban los cuerpos sin mostrar las llamas; el relato en sí ya era bastante desagradable. Los periodistas y consultores médicos comenzaban a lamentar la falta de información sobre el número de casos —alarmante para muchos—, haciendo hincapié en que el espacio destinado en los hospitales a los casos de Ébola no había aumentado —para consuelo de algunos—. Los quejosos de siempre seguían quejándose, pero muchos otros decían que la situación podía estar estabilizándose, aunque tal vez fuera demasiado pronto para especular al respecto.

Algunos empezaban a decir que la gente estaba luchando y que muchos estados estaban absolutamente limpios, igual que algunas regiones de los estados infectados. Por último, algunos se atrevían a decir que la epidemia no había sido una desgracia natural. Los medios no podían medir la opinión pública al respecto. La gente no interactuaba lo suficiente ni intercambiaba ideas como para formarse una opinión, pero muchos estaban empezando a creer que el mundo *no* llegaría a su fin. Y esa creencia iba acompañada de una pregunta inevitable: ¿Cómo había empezado la epidemia?

El secretario Adler estaba nuevamente en su avión, rumbo a la República Popular China. En la embajada de Beijing se enteró de las últimas noticias. Sintió ira y cierto grado de satisfacción perversa. Zhang había llevado al gobierno en esa dirección. Estaba seguro, mucho más sabiendo que India se había involucrado —otra vez— a instancias de China e Irán. Habría que averiguar si la primera ministra haría saber a sus socios que había renunciado a su parte del trato. Probablemente no, pensó Adler. Volvería a escabullirse. Parecía capaz de escabullirse incluso dormida.

Pero la ira no lo abandonaba. Su país había sido atacado por alguien que él había visitado hacia unos días. La diplomacia había fracasado. No había podido detener un conflicto... ¿y acaso no era ése su trabajo? Peor, él y su país habían sido engañados. China lo había manejado a su antojo, a *él* y a una fuerza naval opositora vital. La RPCH lamentaba una crisis que ella misma había creado con el propósito de perjudicar los intereses norteamericanos, y probablemente con

el propósito final de remodelar el mundo según su propio diseño. Habían sido astutos por demás. China no le había hecho nada a nadie directamente —excepto a los pasajeros del avión—, permitiendo que otros tomaran la delantera y corrieran los riesgos pertinentes. Cualquiera fuera el resultado de la contienda, los chinos seguirían con sus actividades comerciales, conservarían el respeto debido a toda superpotencia y ejercerían influencia sobre la política norteamericana. Habían matado norteamericanos en el Airbus. Y con sus maniobras estaban ayudando a matar más norteamericanos, a ocasionar un daño real y permanente a su país... y todo sin correr el menor riesgo, pensó el secretario de Estado, mirando por la ventanilla del avión.

Pero no sabían que él lo sabía, ¿verdad?

El próximo ataque sería un poco más serio. La RIU tenía una amplia reserva de misiles C-802. Fabricados en China, eran similares en tipo y capacidades al Exocet francés, con un alcance de aproximadamente setenta millas. No obstante, el problema era, una vez más, el blanco. Había demasiados barcos en el Golfo. Para poder dirigir con precisión sus misiles los iraníes tendrían que acercarse lo suficiente para que sus radares captaran al COMEDY.

Bueno, decidió Kemper, tendría que ocuparse de eso. El *John Paul Jones* aumentó la velocidad a treinta y dos nudos y puso proa al norte. Era un destructor pequeño —en los radares aparecía como un pesquero mediano— y para acentuar esa característica favorable apagó todos sus radares. Kemper reclamó AWACS a Riyadh. Los tres cruceros —*Anzio*, *Normandy* y *Yorktown*— mantenían su posición cerca de los transportadores, y la tripulación civil del COMEDY ya había comprendido que los barcos de guerra no estaban cumpliendo una mera función defensiva. Los vampiros tendrían que atravesar primero los cruceros para llegar a los transportadores. Pero no había nada que hacer al respecto. Todos los civiles ocuparon sus puestos. Los equipos de guerra fueron desplegados en las cubiertas. Los motores aumentaron la potencia al máximo.

Arriba, la primera patrulla de F-16 fue reemplazada por otra. Las armas estaban liberadas y entre los pilotos civiles se estaba corriendo la voz de que el cielo del Golfo Pérsico no era el mejor lugar para volar. Eso facilitaría las cosas. Ya no era un secreto que estaban allí. Los radares iraníes debían haberlos detectado, pero ya no tenía importancia.

—Parece que hay dos fuerzas navales en el Golfo —dijo Inteligencia—. No estamos seguros de la composición, pero es posible que sean transportadores militares.

—¿Y?

—Y dos de nuestros Tomcats fueron derribados al aproximarse a ellos —prosiguió Fuerza Aérea.

—Los barcos norteamericanos... algunos son barcos de guerra muy modernos. Nuestros aviones dicen que hay otros que parecen barcos mercantes. Aparentemente transportan tanques desde Diego García...

—¡Los que la flota india debía detener!

—Creo que sí.

¡Fui un tonto al confiar en esa mujer!

—¡Húndanlos! —ordenó, creyendo que su deseo podría hacerse realidad.

A Raman le gustaba conducir rápido. La ruta casi vacía, la noche oscura y el poderoso automóvil del Servicio le permitieron disfrutar de ese pasatiempo al ingresar a la Interestatal 70 que lo llevaría a Maryland. Lo sorprendió la cantidad de camiones. No sabía que hubiera tantos vehículos dedicados al transporte de alimentos y medicamentos. La sirena de su automóvil obligó a los camiones a cederle el paso, permitiéndole avanzar a cien millas por hora sin interferencias de la policía de Pennsylvania.

Tuvo tiempo para pensar. Hubiera sido mejor para todos que él hubiese sabido de antemano lo que estaba pasando. Por cierto hubiera sido mejor para él. El atentado contra SANDBOX no le había gustado. Era una niña, demasiado chica, demasiado inocente para ser considerada enemiga. Raman la conocía personalmente, conocía su cara, su nombre, su voz. El atentado lo había perturbado. No entendía del todo por qué lo habían ordenado... como no fuera para achicar aún más el círculo protector que rodeaba a POTUS, facilitando así su misión. Pero en realidad no había sido necesario. Estados Unidos no era Irak, cosa que Mahmoud Haji probablemente no entendía del todo.

El atentado biológico era otra cosa. Su propagación había sido obra de la Voluntad de Dios. Era desagradable, pero así era la vida. Recordó el incendio del cine en Teherán. Allí también había muerto gente, gente común cuyo único error había sido ir a ver una película en lugar de atender sus devociones. El mundo era duro y lo único que lo volvía tolerable era la fe en algo superior a uno mismo. Raman tenía esa clase de fe. El mundo no cambiaba de forma por accidente. Los grandes acontecimientos solían ser crueles. La Fe se había propagado con ayuda de la espada, a pesar de que el Profeta había dicho que la espada no podía forjar un creyente... dicotomía que no entendía del todo, pero que también formaba parte de la naturaleza del mundo. El mundo era incomprensible para el hombre. Para la mayoría de las cosas uno debía depender de la guía de los más sabios, que le dirían qué hacer, qué era aceptable a los ojos de Alá, qué servía a Su propósito.

Bueno, el que no le hubieran transmitido información útil era una razonable medida de seguridad... si aceptaba el hecho de que no iba a sobrevivir. Darse cuenta no le dio escalofríos. Hacía tiempo que había aceptado esa posibilidad, y si su hermano en la Fe había podido cumplir su misión en Bagdad, él podría cumplir la suya en Washing-

ton. Pero, si se daba la ocasión, trataría de sobrevivir. Eso no tenía nada de malo, ¿no?

Era evidente que todavía estaban planeando la operación, pensó Kemper. En 1990-91 habían tenido tiempo para decidir cosas, asignar misiones, establecer circuitos de comunicación y cosas por el estilo. Pero esta vez no. Cuando llamó para reclamar los AWACS, un individuo de la Fuerza Aérea replicó: “¿Cómo, todavía no tienen uno? ¿Por qué no lo pidieron?” El comandante del USS *Anzio* y la Fuerza de Tareas 61.1 no desató su ira contra el hombre. Probablemente no tuviera la culpa y lo bueno era que podían contar con un AWACS. El tiempo también les jugaba a favor. Cuatro aviones de combate, modelo desconocido, acababan de despegar de Basatin, a noventa millas de distancia.

—COMEDY, aquí Sky-Two, vemos cuatro aviones. —La información apareció en una de las pantallas del Aegis. Su propio radar no podía ver tan lejos, porque estaba debajo del horizonte. El AWACS mostraba cuatro “blips” en dos pares.

—Sky, aquí COMEDY, son suyos. Derríbelos.

—Entendido. Un momento, hay cuatro más.

—Aquí es donde se pone interesante —dijo Jackson en la Sala de Situaciones—. Kemper tiene una trampa para misiles a bordo de la formación principal. Si alguien logra pasar a los F-16, veremos si funciona.

Un tercer grupo de cuatro despegó un minuto después. Los doce bombarderos subieron a diez mil pies de altura y luego giraron al sur a máxima velocidad.

El escuadrón de F-16 no podía correr el riesgo de alejarse demasiado del COMEDY, pero avanzó a enfrentar la amenaza en el centro del Golfo bajo directivas del AWACS. Ambos bandos activaron sus radares de blanco. La fuerza de la RIU era controlada por equipos terrestres y los equipos de la USAF eran guiados por el E-3D a cien millas detrás de ellos. No eran maniobras elegantes. Los F-16, que contaban con misiles de largo alcance, dispararon primero. Los iraníes respondieron al ataque. El primer escuadrón de cuatro descendió en picada al agua y se produjo una poderosa interferencia desde la orilla que los norteamericanos no esperaban. Tres aviones de la RIU fueron derribados por la descarga misilística. Los aviones norteamericanos esquivaron la descarga de respuesta y volvieron a disparar. El escuadrón norteamericano se dividió en elementos de dos aviones, tomó dirección este, y luego regresó nuevamente para un ataque yunque. Pero las velocidades eran demasiado altas y un escuadrón iraní estaba ahora a cincuenta millas del COMEDY. Fue detectado por el radar del *Anzio*.

—Capitán —dijo el jefe del ESN por micrófono—, estoy recibiendo

señales de radar, orientación tres-cinco-cinco. Son valores de detección, señor. Creo que nos tienen.

—Muy bien.

Kemper giró la llave. En el *Yorktown* y el *Normandy* había pasado lo mismo. El primero era una vieja versión del crucero. Cuatro SM-2 MR pintados de blanco salieron de los depósitos rumbo a los rieles de lanzamiento. En el caso del *Anzio* y el *Normandy* no hubo cambios visuales. Sus misiles utilizaban lanzadores verticales. Los radares SPY estaban emitiendo seis millones de vatios de energía RF, con residencia casi continua en los bombarderos enemigos fuera del alcance de los cruceros.

Pero no fuera del alcance del *John Paul Jones*, diez millas al norte de la formación principal. En tres segundos el *Jones* activó su radar principal y lanzó la primera serie de ocho misiles, que ascendieron al cielo en columnas de humo y llamas y luego cambiaron de dirección hacia el norte.

Los bombarderos no habían visto al *Jones*. Su silueta furtiva no había aparecido como blanco real en las pantallas y tampoco habían advertido que un cuarto radar SPY los estaba rastreando. La serie de misiles blancos llegó como una sorpresa desagradable a los pilotos apenas levantaron la vista de la información del radar. Pero dos de ellos dispararon sus C-802 justo a tiempo.

A cuatro segundos de sus blancos, los misiles SM-2 recibieron directivas definitivas de los radares de iluminación SPG-62. Fue demasiado súbito, demasiado inesperado para intentar maniobras. Los cuatro aviones iraníes explotaron en voluminosas nubes amarillas y negras, pero antes lanzaron seis misiles anti-barco.

—¡Vampiro, vampiro! Veo misiles de búsqueda, orientación tres-cinco-cero.

—Bueno, allá vamos —Kemper volvió a girar la llave, dejándola en “especial-auto”. El Aegis se movería automáticamente a partir de ahora. En cubierta, las ametralladoras Gatling CIWS giraron a estribor. Los marineros de los cuatro barcos de guerra escuchaban, tratando de no retroceder. Las tripulaciones mercantes todavía no se daban cuenta del peligro.

En el cielo, los F-16 se cerraron sobre el escuadrón de cuatro, que también llevaba misiles anti-barco pero se dirigía al lugar errado, probablemente al grupo señuelo. El primer escuadrón había visto una formación cerrada de barcos. El segundo todavía no la había visto, y nunca la vería. Acababan de reconocer las señales de los radares del Aegis al oeste cuando el cielo se llenó de rastros humeantes. Los cuatro se dispersaron. Dos explotaron en el aire. Otro quedó dañado y trató de huir hacia el noroeste antes de perder poder y caer al agua, y el cuarto, totalmente perdido, giró hacia la izquierda y empezó a incendiarse. Los cuatro F-16 de la Fuerza Aérea acababan de destruir seis bombarderos enemigos en menos de cuatro minutos.

El *Jones* había disparado pero las altas velocidades de los bombarderos provocaron dificultades. Tres de cuatro intentos de lanza-

miento computarizado fracasaron. Quedaban cinco. Los sistemas de combate del destructor se reciclaron y buscaron blancos adicionales.

Los pilotos habían visto humo en el *Jones* y se preguntaban qué podía ser, pero la primera advertencia real de que algo andaba mal llegó cuando el trío de cruceros inició los lanzamientos.

Kemper había decidido no lanzar sus cohetes señuelo, igual que el *O'Bannon*. Tres de los misiles enemigos parecían apuntados a la parte posterior de la formación, y sólo dos a la parte anterior. El *Anzio* y el *Normandy* se concentraron en los primeros. Los lanzamientos se podían sentir. El casco tembló cuando salieron los dos primeros. Las señales del radar cambiaban segundo a segundo, mostrando lanzamientos internos y externos. Los "vampiros" estaban ahora a ocho millas de distancia. A diez millas por minuto, eso significaba menos de cincuenta segundos para apuntar y destruir. Parecerían una semana.

El sistema estaba programado para adoptar una modalidad de control de fuego adecuada al momento. En ese instante estaba haciendo disparo-disparo-observación. Disparaba un misil, disparaba otro y luego observaba si el blanco había sobrevivido a los dos primeros o merecía un tercer intento. Su blanco, en este caso, había sido impactado por el primer SM-2 y el segundo SAM se había autodestruido. El primer misil del *Normandy* erró, pero el segundo impactó contra el C-802 y lo arrojó al mar provocando una explosión que los tripulantes sintieron un segundo después.

El *Yorktown* tenía una ventaja y una desventaja. Su sistema más viejo permitía realizar lanzamientos directos contra los misiles enemigos en vez de forzar a los misiles a cambiar de dirección en vuelo antes de impactar. Pero no podía lanzar tan rápido. Tenía tres blancos y cincuenta segundos para destruirlos. El primer C-802 cayó al mar a cinco millas de distancia destrozado por un doble impacto. El segundo estaba ahora a diez pies de la superficie. El siguiente SM-2 le pasó por arriba y explotó sin causar daño. El siguiente misil también erró. El estallido de dos misiles en el aire produjo confusión. El último C-802 atravesó el humo y los fragmentos en dirección al crucero. El *Yorktown* realizó dos lanzamientos más, pero uno de los misiles estaba fallado y el otro erró. Las CIWS localizadas en proa y popa giraron apenas y el vampiro entró en área de blanco. Las ametralladoras dispararon, erraron, volvieron a errar y finalmente impactaron al misil a menos de doscientas yardas de la proa. Los fragmentos de la cabeza de guerra de quinientas libras cubrieron el crucero y partes del cuerpo del misil continuaron cayendo durante unos segundos, impactando contra el panel del radar SPY del barco y destrozando la superestructura de proa, matando a seis marineros e hiriendo a veinte más.

—Caramba —dijo el secretario Bretano. Toda la teoría que había aprendido en las últimas semanas acababa de hacerse realidad.

—No está mal. Lanzaron catorce bombarderos contra nosotros y

sólo recuperarán dos o tres, eso es todo —dijo Robby—. Eso les dará qué pensar durante algún tiempo.

—¿Qué pasa con el *Yorktown*? —preguntó el presidente.

—Tenemos que esperar y ver.

El hotel estaba a media milla de la embajada rusa. Como buenos periodistas parsimoniosos decidieron ir caminando y salieron pocos minutos antes de las ocho. Clark y Chávez caminaron pocos metros y se dieron cuenta de que algo andaba mal. La gente estaba demasiado ensimismada para ser un día laboral. ¿Habrían declarado la guerra contra los sauditas? John fue a otro mercado y vio que la gente escuchaba sus radios portátiles en lugar de ocuparse de la mercadería.

—Perdón. —Hablaba en farsi con un ligero acento ruso—. ¿Pasa algo?

—Estamos en guerra con Estados Unidos —dijo un vendedor de fruta.

—Ah, ¿cuándo se declaró?

—La radio dice que los norteamericanos atacaron nuestros aviones —dijo el vendedor—. ¿Quién es usted?

John sacó su pasaporte.

—Somos periodistas rusos. ¿Puedo preguntarle qué piensa de esto?

—¿Acaso ya no hemos peleado demasiado? —preguntó el hombre.

—Les dije. Nos echan la culpa —dijo Arnie, leyendo el informe filtrado de la radio de Teherán—. ¿Qué pasará con la política de la región?

—Los bandos están definidos —dijo Ed Foley—. Se está de un lado o del otro. La RIU es el otro. Más simple que la última vez.

El presidente miró su reloj. Era poco más de medianoche.

—¿Cuándo salgo al aire?

—Al mediodía.

Raman tuvo que detenerse en el límite Maryland-Pennsylvania. Más de veinte camiones esperaban la autorización de la policía de Maryland vigilados de cerca por la Guardia Nacional, bloqueando por completo el camino. Diez minutos después, enfurecido, mostró su identificación. El policía le hizo señas para que pasara. Raman volvió a prender la sirena y aceleró. Encendió la radio para escuchar el noticiero pero se perdió el resumen de las últimas noticias y tuvo que soportar el resto —lo mismo que había estado oyendo toda la semana— hasta las doce treinta, momento en que anunciaron una batalla aérea en el Golfo Pérsico. Ni la Casa Blanca ni el Pentágono habían comentado el incidente. Irán proclamaba haber hundido dos barcos y derribado cuatro bombarderos norteamericanos.

Aunque era patriota y fanático, Raman no pudo creerlo. El pro-

blema de Estados Unidos, y motivo de su misión de sacrificio, era que esa nación pobremente organizada, mal gobernada e idólatra era mortalmente competente en el uso de la fuerza. Hasta el presidente Ryan, por mucho que lo despreciaran los políticos, ostentaba una fuerza silenciosa. Él lo había comprobado. Ryan no gritaba, no gesticulaba, no actuaba como la mayoría de los “grandes” hombres. Se preguntó cuánta gente percibiría lo peligroso que era SWORDSMAN, precisamente por esa razón. Bueno, por eso tenía que matarlo, y si el precio era su propia vida, adelante.

El TF61.1 giró al sur detrás de la península de Qatar sin incidentes ulteriores. La superestructura de proa del *Yorktown* estaba muy dañada. Kemper volvió a posicionar sus barcos escolta colocándolos detrás de los transportadores de tanques. No obstante, no esperaban otro ataque. El resultado del primero había sido desastroso para el enemigo. Ocho F-15, cuatro de la Fuerza Aérea saudita y cuatro del 366, sobrevolaban la flota. También había una mezcla de barcos sauditas y escoltas, la mayoría cazadores de minas que rastreaban el fondo delante del COMEDY. No encontraron nada. Habían retirado seis enormes barcos contenedores del muelle de Dhahran para hacer lugar para el *Bob Hope* y sus hermanos. Los cuatro barcos Aegis arrojaron sus anclas. La fuerza señuelo, que no había sufrido ningún daño, se dirigió a Bahrain para esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Desde la sala de timón del USS *Anzio*, el Capitán Gregory Kemper observó acercarse la primera fila de ómnibus marrones a los transportadores de tanques. A través de sus binoculares pudo ver hombres con ropa de fajina trotando hasta el borde y esperando que bajaran las planchadas para reunirse con sus vehículos de guerra.

—Esta vez no haremos comentarios —le dijo Van Damm al último periodista que llamó—. El presidente dará un discurso más tarde. Es todo lo que puedo decirle por ahora.

—Pero...

—Es todo lo que podemos decirle por ahora —el jefe de staff colgó de golpe.

Price había reunido a todos los agentes de la Custodia Personal en el Ala Oeste para explicarles el plan. Posteriormente sería repetido al personal de la Casa Blanca, donde la reacción sería la misma, estaba segura: asombro, incredulidad y enojo al borde de la ira.

—Saquemos todo eso de nuestro sistema, ¿entendido? Hagamos lo que debemos. Éste es un caso criminal y lo trataremos como tal. Que nadie pierda el control. Que a nadie se le escape nada. ¿Alguna pregunta?

Nadie tuvo nada que preguntar.

Daryaei volvió a mirar su reloj. Sí, por fin, ya era hora. Realizó una llamada telefónica por línea segura a la embajada de la RIU en París. El embajador, por su parte, llamó a otra persona. Esa otra persona llamó a Londres. En todos los casos, las palabras que se intercambiaron fueron inocuas. El mensaje no.

Después de pasar por Cumberland, Hagerstown y Frederick, Raman dobló al sur y entró a la Interestatal 270 rumbo a Washington. Le quedaba una hora de viaje. Estaba cansado pero sus manos se mantenían firmes en el volante. Vería el amanecer. Tal vez fuera el último de su vida. Si debía ser así, esperaba que fuera hermoso.

El ruido hizo saltar a los agentes. Ambos chequearon sus relojes. Era un llamado de ultramar, código 44: Reino Unido.

—¿Sí? —contestó Mohammed Alahad.

—Lamento molestarlo tan temprano. Llamo por la Isfahan de tres metros, la roja. ¿Ha llegado? Mi cliente está muy ansioso. —La voz tenía acento, pero extraño.

—Todavía no —replicó el abotagado Alahad—. Llamé a mi proveedor para preguntarle.

—Muy bien, pero ya le dije que mi cliente está muy ansioso.

—Veré qué puedo hacer. Adiós.

Don Selig tomó su celular, llamó a los cuarteles generales y les pasó el número del Reino Unido para que lo investigaran.

—Acaba de prender la luz —dijo la agente Scott—. Parece que despertaron a nuestro muchacho. Atención —dijo por radio—. El sujeto está levantado y en movimiento.

—Ya vi las luces, Sylvia —aseguró otro agente.

Cinco minutos después Alahad salió por la puerta principal de su edificio. Seguirlo no sería fácil, pero los agentes se habían tomado el trabajo de localizar los cuatro teléfonos públicos más próximos y apostar gente en todos. El sujeto eligió el de la estación de servicio/almacén. El monitor de la computadora les diría a qué número había llamado. A través de una cámara de lente larga vieron que metía un cuarto de dólar en la ranura y marcaba 3-6-3 rápidamente. Todo quedó claro cuando el otro teléfono intervenido sonó y fue atendido por el contestador automático.

—Señor Sloan, soy el señor Alahad. Ha llegado su alfombra. No entiendo por qué no me llama, señor. —*Clic*.

—¡Bingo! —exclamó uno de los agentes—. Tal cual. Llamó al número de Raman. Señor Sloan, tenemos su alfombra.

Se oyó otra voz.

—Soy O'Day —dijo—. ¡Atrápenlo ya mismo!

No fue difícil. Alahad entró al almacén a comprar un cartón de leche y emprendió el regreso a su casa. Se asombró al encontrar un hombre y una mujer al abrir la puerta de su departamento.

—FBI —dijo el hombre.

—Está arrestado, señor Alahad —dijo la mujer, sacando un par de esposas. No exhibieron sus armas. El sujeto no se resistió —rara vez lo hacían—, pero afuera había dos agentes por si lo intentaba.

—¿Pero por qué? —preguntó.

—Por conspiración para asesinar al presidente de Estados Unidos —dijo Sylvia Scott, empujándolo contra la pared.

—¡No es verdad!

—Cometió un error, señor Alahad. Joseph Sloan falleció el año pasado. ¿Cómo se le vende una alfombra a un muerto? —le preguntó. El hombre saltó como si se hubiera electrocutado. Eso hacían los más inteligentes cuando descubrían su falta de inteligencia. Jamás esperaban que los atraparan. La treta siguiente era explotar el momento. Comenzaría a hacerlo dentro de unos minutos, cuando le dijeran cuál era la pena por violar el 18 USC § 1751.

El interior del USNS *Bob Hope* parecía el garaje del infierno: los vehículos estaban tan juntos que hasta a una rata le hubiera resultado difícil escurrirse entre ellos. Para abordar un tanque, los tripulantes recién llegados tuvieron que caminar agachados por el borde de los vehículos para no partirse la frente, dudando de la cordura de quienes los revisaban periódicamente.

Asignar tripulantes a orugas y camiones era una tarea administrativa de grandes proporciones, pero el barco había sido cargado de manera que los ítems más importantes fueran los primeros en desembarcar. Los guardias tenían registros computarizados con el número y la locación de los vehículos asignados. Los tripulantes del barco los ayudaron a encontrarlos. Menos de una hora después de la llegada del barco, el primer tanque de combate M1A2 bajó al muelle para abordar el mismo transportador de tanques utilizado poco antes por el Undécimo de Caballería, con los mismos conductores. La descarga tardaría más de un día, y necesitarían por lo menos otro para organizar la Brigada WOLFPACK.

Aref Raman contempló satisfecho la belleza del amanecer sobre West Executive Drive. Llevaría a cabo su misión en un día claro. El guardia uniformado del portón lo saludó y levantó la barrera de seguridad. Otro automóvil entró inmediatamente después del suyo y estacionó a dos lugares de él. Raman reconoció al conductor. Era O'Day, el tipo del FBI que había tenido tanta suerte el día del atentado a la guardería. No tenía sentido odiarlo. Después de todo, había defendido a su propia hija.

—¿Cómo le va? —preguntó cordialmente el inspector del FBI.

—Acabo de volver de Pittsburgh —replicó Raman, sacando su valija del baúl.

—¿Qué demonios estaba haciendo allá?

—Trabajo de avanzada... pero supongo que ese discurso no tendrá

lugar. ¿Para qué vino? —Raman agradeció la distracción. Le permitía concentrarse en el juego, por paradójico que fuera.

—El director y yo tenemos que informarle algo al Jefe. Aunque primero habrá que darse una ducha.

—¿Ducha?

—Para desinfectarse... Claro, usted no sabe nada. Uno del staff de la Casa Blanca se contagió el virus. Ahora *todos* tenemos que bañarnos y desinfectarnos antes de entrar. Vamos —dijo O'Day, levantando su maletín.

Ingresaron por la Entrada Oeste. Los detectores de metales zumbaron a su paso, pero como ambos eran oficiales federales nadie se preocupó porque portaran armas. El inspector señaló a la izquierda.

—Esto es un trato, adentro le mostraré algo —bromeó O'Day.

—¿En qué anduvo últimamente? —Raman vio que dos oficinas habían sido convertidas en otra cosa. Una decía HOMBRES y la otra MUJERES. Andrea Price salió de esta última con el cabello mojado y oliendo a sustancias químicas.

—Hola, Jeff. ¿Qué tal el viaje? Pat, ¿cómo anda nuestro héroe? —preguntó.

—Eh, no es para tanto, Price. Sólo corté un par de cabezas —respondió O'Day con una sonrisa burlona. Abrió la puerta de HOMBRES y entró. Apoyó su maletín en el piso.

Raman observó que habían trabajado rápido. La oficina había pertenecido obviamente a algún funcionario menor, pero todos los muebles habían desaparecido y el piso estaba cubierto por un plástico. Había un perchero para colgar la ropa. O'Day se desnudó y se metió en la improvisada ducha.

—Por lo menos estos químicos lo despiertan a uno —dijo, haciendo correr el agua. Salió dos minutos después y empezó a secarse vigorosamente—. Es su turno, Raman.

—Grandioso —respondió el agente del Servicio, desvistiendo con el pudor físico heredado de su cultura paterna. O'Day no lo miró ni miró a otro lado. No dejó de secarse hasta que Raman entró a la ducha. La pistola del custodio, una SigSauer, estaba encima del perchero. O'Day abrió su maletín. Luego tomó la automática de Raman y eyectó el cargador.

—¿Cómo están los caminos? —le preguntó.

—Despejados, el viaje fue muy rápido... ¡Maldición, este agua apesta!

—¡Claro que sí!

Raman tenía dos cargadores de repuesto. El inspector guardó los tres en su maletín antes de desenvolver los que había preparado. Deslizó uno en la culata de la SigSauer y colocó los otros dos en la pistolera de Raman. Puso la Sig en su lugar. El peso y el equilibrio eran los mismos. O'Day siguió vistiéndose. No tenía por qué apurarse. Evidentemente Raman necesitaba una ducha. Tal vez se estuviera purificando, pensó fríamente el inspector.

—Tenga —O'Day le arrojó una toalla y siguió abrochándose la camisa.

—Por suerte tenía una muda —Raman sacó calzoncillos y medias limpios de su valija.

—Supongo que tienen la obligación de estar impecables para trabajar con el presidente, ¿no? —Se agachó a atarse los zapatos y levantó la vista—. Buen día, director.

—No sé para qué cuernos me baño en casa —gruñó Murray—. ¿Trajiste los papeles, Pat?

—Sí. Esto es algo que debemos mostrarle.

—Claro que sí —Murray se quitó la chaqueta y la camisa—. Vestuario de la Casa Blanca —bromeó—. Buen día, Raman.

Los dos agentes terminaron de vestirse, comprobaron la correcta colocación de sus armas y salieron al pasillo.

—Murray y yo vamos a entrar —le dijo Pat al del pasillo. No tuvieron que esperar mucho a Murray, y Price reapareció como por arte de magia. O'Day se restregó la nariz para indicarle que todo estaba en orden. Ella asintió.

—Jeff, por favor acompaña a estos caballeros al Despacho. Yo debo ir primero al puesto de comando. El Jefe está esperando.

Al llegar al otro piso, Raman vio que estaban instalando cámaras de televisión en el Despacho Oval. Arnie van Damm revoloteaba por el pasillo, seguido por Callie Weston. El presidente Ryan estaba en su escritorio, en mangas de camisa como de costumbre, hojeando un expediente. Ed Foley también estaba allí.

—¿Disfrutaste la ducha, Dan? —preguntó el DCI.

—Muchísimo, Ed. Me hará perder el poco pelo que me queda.

—Hola, Jeff —dijo el presidente, levantando la vista del expediente.

—Buen día, señor presidente —saludó Raman, ubicándose como de costumbre contra la pared.

—Bueno, Dan. ¿Qué tienen para mostrarme? —preguntó Ryan.

—Descubrimos un operativo de espionaje iraní. Creemos que está asociado con el atentado contra tu hija. —Mientras Murray hablaba, O'Day abrió su maletín y sacó una carpeta.

—Los británicos hicieron la conexión —empezó Foley—. Y el contacto aquí es un tipo llamado Alahad... ¿Puedes creer que el miserable tiene una tienda de alfombras a una milla de aquí?

—Lo tenemos bajo vigilancia —acotó Murray—. Estamos investigando su línea telefónica.

Todos estaban mirando los papeles sobre el escritorio del presidente y no vieron la expresión congelada de Raman. Su mente se disparó, como si le hubieran inyectado una poderosa droga en el torrente sanguíneo. Si lo estaban haciendo ahora... Todavía podía haber una chance, aunque ínfima, pero si no, ahí estaban el presidente y los directores del FBI y la CIA, y podía mandarlos a todos ante Alá, y si ese sacrificio no alcanzaba... Raman se desabrochó el saco con la mano izquierda. Se apartó un poco de la pared y cerró los ojos para rezar. Luego bajó la mano a la automática con un movimiento rápido y suave.

Lo sorprendió ver que el presidente lo miraba directo a los ojos.

Bueno, después de todo no estaba tan mal. El infeliz sabría que le llegaba la muerte pero lamentablemente jamás entendería por qué.

Ryan pegó un salto al ver emerger la pistola. Fue una reacción automática, a pesar de que O'Day le había advertido que no corría peligro. No obstante retrocedió, preguntándose si podía confiar en alguien, y vio que las manos de Raman lo seguían y que apretaba el gatillo como un autómatas, sin la menor emoción en los ojos...

El sonido los hizo saltar a todos, aunque por distintas razones.

Pop.

Eso fue todo. Raman abrió la boca, incrédulo. El arma estaba cargada. Podía sentir el peso de las balas y...

—Bájela —dijo O'Day, apuntándolo con su Smith. Un instante después, Murray desenfundaba la suya.

—Ya arrestamos a Alahad —explicó el director.

Raman tenía otra arma, una Aspid, pero el presidente estaba a unos metros de distancia y...

—Podría volarle la rótula si quisiera —dijo O'Day fríamente.

—¡Miserable traidor! —gritó Andrea, entrando al Despacho con la pistola desenfundada—. ¡Maldito asesino! ¡Al piso, ya!

—Tranquila, Price. No va a ir a ninguna parte —le dijo Pat.

Pero fue Ryan el que estuvo a punto de perder el control.

—Mi hijita, mi *bebé*, ¿tú ayudaste a planear su *asesinato*?

—Empezó a dar la vuelta al escritorio pero Foley lo detuvo—. ¡No, esta vez no, Ed!

—¡Basta! —gritó el DCI—. Lo tenemos, Jack. Lo tenemos.

—Al piso —dijo Pat, ignorando a los demás y apuntándole a la rótula—. Arroje el arma y al piso.

Estaba temblando, de miedo, de ira, toda clase de emociones lo asaltaban, todas menos la única que había esperado. Volvió a apretar el gatillo de la Sig. Ni siquiera apuntó, fue sólo un acto de negación.

—No pude usar balas de fogeo. No pesan lo mismo —le explicó O'Day—. Son verdaderas. Pero las abrí y retiré la pólvora. La primera hizo un pequeño y encantador *pop* al salir, ¿no?

Era como si se hubiera olvidado de respirar. Raman se dobló en dos. Soltó la pistola con el sello del presidente en la culata y cayó de rodillas. Price lo obligó a besar el piso de un empujón. Murray colocó un par de esposas por primera vez después de muchos años.

—¿Quiere que le lea sus derechos? —le preguntó.

Normas de contacto

Diggs aún no había recibido órdenes pertinentes a la misión y lo más perturbador era que su Operación BUFORD tampoco tenía un plan preciso todavía. El ejército entrenaba a sus comandantes para actuar con rapidez y decisión pero, como les pasa a los médicos en los hospitales, las situaciones de emergencia no son tan bien recibidas como las cirugías planeadas. El general mantenía contacto permanente con sus dos regimientos de Caballería, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, el oficial de una estrella que había trasladado el 366, los sauditas, los kuwaitíes y varios jefes de inteligencia para tener una apreciación de los planes del enemigo... a partir de la cual intentaría formular alguna clase de plan, aparte de la consabida reacción *ad hoc*.

Las órdenes y normas de contacto llegaron por fax aproximadamente a las 11.00 hora de Washington, 16.00 hora Zulu, y 19.00 Lima u hora local. Por fin encontró la explicación que faltaba. Las transmitió enseguida a sus subordinados inmediatos y reunió a los miembros de su staff para informarlos. Las tropas, les dijo, recibirían órdenes directas del comandante en jefe. Los oficiales superiores debían estar con sus subordinados cuando *esas* órdenes llegaran.

La cosa estaba bastante agitada. Según los satélites, el Ejército de Dios —Inteligencia ya había identificado el nombre— se encontraba a cien millas de la frontera con Kuwait, aproximándose ordenadamente desde el oeste y siguiendo la ruta esperada. Por consiguiente, el despliegue saudita había sido acertado, dado que tres de sus cinco brigadas cubrían las entradas a los yacimientos petrolíferos.

Todavía no estaban listos. El Ala 366 estaba en el Reino, pero no bastaba con tener los aviones en las pistas correctas. Había que resolver miles de detalles menores, tarea que todavía estaba por la mitad. Los F-16 provenientes de Israel estaban en óptimas condiciones, sus cuarenta y ocho bombarderos incluso habían sumado algunas muertes enemigas durante las primeras escaramuzas, pero el resto necesitaba un día más de preparación. El Décimo de Caballería también estaba listo para la batalla, pero el Undécimo no; todavía estaba pertrechándose y trasladándose al área de despliegue inicial. La tercera brigada recién se había reunido con sus equipos. Un ejército no es una colección de armas. Es un equipo compuesto por gente que tiene idea de lo que supuestamente debe hacer. Pero escoger el lugar y el momento de la batalla suele ser tarea del agresor, rol que Estados Unidos, su país, no había practicado demasiado.

Releyó el fax de tres páginas. Parecía literalmente explosivo. Los miembros del staff de planeamiento leyeron sus copias y guardaron un extraño silencio hasta que el S-3 del Undécimo, el oficial de operaciones del regimiento, habló en nombre de todos:

—Vamos a reventar a varios.

Acababan de llegar tres rusos. Clark y Chávez tuvieron que recordar que no se trataba de un sueño inducido por el alcohol. Los dos oficiales de la CIA estaban siendo apoyados por los rusos bajo órdenes de Langley a través de Moscú. En realidad tenían dos misiones. Los rusos habían diseñado la más dura y habían llevado por valija diplomática el equipo necesario para que los dos norteamericanos intentaran la más fácil. También había llegado un despacho de Washington, vía Moscú, que todos leyeron.

—Demasiado rápido, John —suspiró Ding. Luego puso cara de misión—. Pero adelante, carajo.

La sala de prensa aún estaba despoblada. Muchos de los habitués estaban en otra parte, algunos bloqueados por la prohibición de viajar, otros desaparecidos, aunque nadie sabía bien por qué.

—El presidente dará un importantísimo discurso dentro de una hora —anunció Van Damm—. Desafortunadamente no tendremos tiempo de darles una copia anticipada. Por favor informen a las redes que se trata de un tema de la mayor importancia.

—¡Arnie! —llamó un periodista, pero el jefe de staff ya les había dado la espalda.

Los periodistas presentes en Arabia Saudita sabían más que sus colegas de Washington. En ese momento se dirigían a las unidades que les habían asignado. A Tom Donner le tocó la Tropa-B, Primera del Undécimo. Llevaba puesto un uniforme de combate para desierto o BDU y encontró al comandante de la tropa, un joven de veintinueve años, parado junto a su tanque.

—Hola —dijo el joven capitán, levantando a medias la vista del mapa.

—¿Dónde me quiere? —preguntó Donner.

El capitán lanzó una carcajada.

—Jamás le pregunte a un soldado dónde quiere a un periodista, señor.

—¿Con usted, entonces?

—Yo manejo esto —respondió el capitán, señalando el tanque—. Lo pondré en uno de los Brads.

—Necesito un camarógrafo.

—Ya están aquí —aseguró el capitán, señalando—. Por allá. ¿Algo más?

—Sí, ¿le gustaría saber de qué se trata todo esto? —preguntó

Donner. Los periodistas habían estado virtualmente prisioneros en el hotel de Riyadh, sin poder siquiera llamar a sus casas para decir dónde estaban... lo único que sabían sus familiares era que los habían convocado y que sus empleadores habían acordado no revelar el propósito de la convocatoria. En el caso de Donner la red dijo que estaba “de viaje”, cosa difícil de explicar debido a la prohibición de viajar. Pero no habían tenido más remedio que explicarles —no hubo manera de evitarlo— que estarían con un grupo de soldados.

—Lo sabremos dentro de una hora, eso nos dijo el coronel. —Pero el joven capitán estaba interesado.

—Esto es algo que necesita saber. Honestamente.

—Señor Donner, sé que engañó al presidente y...

—Si quiere matarme, hágalo después. Escúcheme, capitán. Es importante.

—Diga lo que tenga que decir, señor.

Dejarse maquillar en un momento como ése le parecía perverso. Como siempre era la señora Abbot la encargada de acicalarlo, esta vez con barbijo y guantes, mientras ambos TelePrompTers copiaban el discurso. Ryan no había tenido tiempo ni voluntad de ensayar. Era un discurso de verdad importante y lo único que quería era pronunciarlo cuanto antes.

—No pueden cruzar el país —insistió el general saudita—. No están entrenados para hacerlo y todavía sienten apego por los caminos.

—Nuestra información sugiere otra cosa, señor —dijo Diggs.

—Estamos listos para enfrentarlos.

—Nunca se está lo suficientemente listo, general. Nadie lo está jamás.

El clima en PALM BOWL era un poco tenso. Las fotografías satelitales indicaban que las fuerzas de la RIU seguían moviéndose y que, de continuar haciéndolo, se encontrarían con dos brigadas kuwaitíes dispuestas a defender su territorio, más un regimiento norteamericano de reserva y los sauditas listos para enviar refuerzos inmediatos. No podía predecir el resultado de la batalla —la diferencia numérica no les era favorable—, pero no sería como la última vez, se dijo el mayor Sabah. Le parecía una tontería que las fuerzas aliadas no atacaran primero cuando *sabían* lo que estaba por pasar.

—Interceptamos tráfico radial —reportó el técnico. Afuera, el sol comenzaba a bajar. Las fotos satelitales que estaban analizando tenían cuatro horas de antigüedad. No tendrían otras hasta dentro de dos horas.

STORM TRACK estaba cerca de la frontera entre Kuwait y la RIU, demasiado lejos para un disparo de mortero pero no a salvo de los cañones de artillería. En ese momento había una compañía de catorce tanques sauditas entre STORM TRACK y la liserá. También estaban empezando a copiar transmisiones de radio por primera vez en varios días. Las señales eran confusas y se asemejaban más a las baterías de comando que a las transmisiones de radios tácticas regulares, demasiado numerosas para el sistema de encriptado. Al no poder leerlas inmediatamente —tarea que correría por cuenta de las computadoras en KKMC— intentaron localizar sus puntos de origen. En veinte minutos obtuvieron treinta fuentes. Veinte representaban cuarteles generales de brigadas. Seis, puestos de comando de divisiones. Tres, comandantes de cuerpos, y una el comando del ejército. La gente de ELINT decidió que debían estar probando la red común. Tendrían que esperar que las computadoras descifrarán lo que habían dicho. Los buscadores de dirección localizaron las fuentes en el camino a Al Busayyah, todavía en marcha hacia Kuwait. El tráfico radial no era en absoluto notable. Tal vez, opinaba la mayoría, el Ejército de Dios necesitara un poco más de práctica en disciplina de marcha... aunque en los ejercicios previos no lo habían hecho tan mal...

Al ocaso volvieron a lanzar los Predators, en dirección norte. En primer lugar se dirigieron a las fuentes radiales. Sus cámaras penetraron diez millas en el territorio de la RIU y lo primero que vio una de ellas fue una batería de artillería de 203 mm, fuera de los carros, con los cañones apuntados al sur.

—¡Coronel! —gritó un sargento.

Afuera, los tanques sauditas se habían ocultado tras las colinas y sus comandantes estaban eligiendo vigías. Los primeros en llegar a sus puestos de observación vieron que el horizonte se ponía anaranjado y resplandecía.

Diggs todavía estaba discutiendo patrones de despliegue cuando llegó el primer mensaje:

—Señor, STORM TRACK reporta fuego de artillería.

—Buen día, mis queridos compatriotas —dijo Ryan frente a las cámaras. Su imagen estaba siendo transmitida a todo el mundo. Su voz sería escuchada hasta por los que no tenían televisor. En Arabia Saudita sus palabras fueron emitidas por AM, FM y bandas de onda corta para que cada soldado, marinero y aviador escuchara lo que iba a decirles—. Han pasado muchas cosas en estas dos semanas.

”Lo primero que quiero hacer es informarles los progresos logrados con respecto a la epidemia infligida a nuestro país.

”No me resultó fácil prohibir los viajes interestatales. Hay pocas libertades tan preciosas como el derecho a ir y venir a nuestro antojo, pero teniendo en cuenta la opinión de prestigiosos médicos tuve necesidad de tomar esa medida. Ahora estoy en condiciones de decirles que

la prohibición de viajar tuvo el efecto esperado. Hace cuatro días que están disminuyendo los casos de Ébola. En parte debido al decreto presidencial, pero en especial porque ustedes tomaron las medidas adecuadas para protegerse. Más tarde daremos más información al respecto, pero por el momento puedo decirles que la epidemia de Ébola va a terminar, probablemente la semana próxima. Muchos de los casos más recientes sobrevivirán sin lugar a dudas. Los profesionales médicos norteamericanos han hecho esfuerzos sobrehumanos para ayudar a los enfermos, y también para ayudarnos a entender lo que estaba pasando y cuál era la mejor manera de combatirlo. Su esfuerzo todavía no ha terminado, pero nuestro país capeará esta tormenta tal como ha capeado muchas otras.

”Antes dije que la epidemia nos había sido infligida.

”La llegada de esta enfermedad a nuestro país no fue accidental. Hemos sido golpeados por un ataque bárbaro y novedoso a la vez. Se llama guerra biológica. Según los tratados internacionales está absolutamente fuera de la ley. La guerra biológica tiene el objetivo de aterrorizar y baldar a las naciones víctimas en vez de exterminarlas. Todos hemos experimentado rechazo y horror ante lo que pasaba en nuestro país, ante la manera azarosa en que esta enfermedad ataca. Mi propia esposa, Cathy, ha trabajado días enteros con infectados de Ébola en su hospital de Baltimore. Como saben, estuve allí hace unos días para ver la situación con mis propios ojos. Visité a las víctimas, hablé con médicos y enfermeros, y al salir del hospital conversé con un hombre que tenía a su esposa con Ébola.

En aquel momento no pude decírselo, pero ahora sí puedo decirles que desde el principio sospechamos que esta epidemia era producto de un acto humano, y hace pocos días nuestras agencias federales y de inteligencia nos proporcionaron las pruebas que necesitábamos para poder decirles lo que van a escuchar. —En los televisores de todo el mundo aparecieron las caras de un niño africano y una monja belga de uniforme blanco.

”La enfermedad se desató hace unos meses en Zaire —prosiguió el presidente. Debía transmitir todo lo que sabía lenta y cuidadosamente y le resultaba difícil mantener un tono de voz neutro.

Los efectivos sauditas subieron inmediatamente a sus tanques, encendieron los motores y se trasladaron a nuevas posiciones por temor a que los hubieran detectado. Pero no. El fuego de artillería iba dirigido a STORM TRACK. Tenía sentido, pensó el comandante. STORM TRACK era un punto primordial de reunión de inteligencia. Ellos debían protegerlo, pero sólo contra tanques y pelotones, nunca contra artillería. El capitán saudita era un joven de veinticinco años, apuesto y casi garboso. También era devoto religioso y por consiguiente atento al hecho de que los norteamericanos eran huéspedes de su país y merecían protección. Llamó a los cuarteles generales de su batallón y pidió carros acorazados —pedir helicópteros hubiera sido suicida— para evacuar a los especialistas de inteligencia.

—Y de ese modo la enfermedad viajó de África a Irán. ¿Cómo lo sabemos? —preguntó el presidente—. Lo sabemos porque la enfermedad volvió a África en este avión. Por favor tomen nota del código de registro, HX-NJA. Es el mismo avión supuestamente caído al mar con la hermana Jean Baptiste a bordo...

¡Necesitamos un día más, maldita sea! pensó Diggs. Y las fuerzas enemigas estaban casi doscientas millas al oeste de donde todos pensaban encontrarlas.

—¿Quién está más cerca? —preguntó.

—La 4ta. Brigada está en el área —replicó el general saudita. Pero esa brigada estaba desplegada sobre un frente de más de cien millas. Contaban con algunos helicópteros de reconocimiento, pero los de ataque también estaban en el lugar errado, cincuenta millas al sur de Wadi al Batin. El enemigo no estaba cooperando mucho, ¿no?

Daryaei quedó fuertemente impactado al ver su foto por televisión. Peor aún, por lo menos un diez por ciento de los habitantes de su país la estaría viendo. La CNN norteamericana no llegaba a la RIU, pero el *British Sky News* sí y nadie había pensado que...

—Este es el hombre que está detrás del ataque biológico contra nuestro país —dijo Ryan, con una especie de calma robótica—. Este hombre es la razón de que hayan muerto miles de norteamericanos. Ahora les diré por qué lo hizo, por qué hubo un atentado contra mi hija Kathie, y por qué hubo un atentado contra mi propia vida hace unas horas en el Despacho Oval. Supongo que el señor Daryaei también estará mirándome, en este mismo momento. Mahmoud Haji —dijo Ryan, mirando directamente al ojo de la cámara—, su agente Aref Raman está bajo custodia federal. ¿De verdad cree que los norteamericanos somos tan idiotas?

Como todos los del Blackhorse, Tom Donner estaba escuchando... en su caso con los auriculares de la radio del Bradley. No había suficientes para todos y los efectivos debían compartirlos. Miró sus caras. Eran tan impasibles e inexpresivas como había sido la voz de Ryan hasta esa última frase cargada de desprecio.

—Maldito —dijo un Spec-4. Era un 11-Delta, soldado de Caballería y tirador de refuerzo de su unidad.

—Dios mío —musitó Tom Donner.

Ryan prosiguió:

—Las fuerzas de la RIU se proponen ahora invadir a nuestro aliado, el reino de Arabia Saudita. Durante los últimos dos días hemos trasladado fuerzas para apoyar a nuestros amigos.

”Ahora debo decirles algo muy importante. El atentado contra mi hijita, el atentado contra mi vida y el bárbaro ataque contra nuestro país fueron llevados a cabo por personas que se autodenominan mu-

sulmanes. Pero nosotros debemos entender que la religión no tiene absolutamente nada que ver con estos actos inhumanos. El Islam es una *religión*. Estados Unidos es un país donde la libertad de culto es la *primera* libertad nombrada en la Declaración de Derechos, antes que la libertad de expresión y el resto de las libertades. El Islam no es enemigo de nuestro país ni de ningún otro. Así como mi familia fue atacada una vez por personas que se autodenominaban católicos, esta gente ha trastornado y traicionado su propia fe religiosa en nombre del poder mundano, ocultándose tras una máscara como cobardes que son. No puedo saber qué piensa Dios de todo esto. Pero sé que el Islam, igual que el cristianismo y el judaísmo, habla de un Dios de amor y misericordia... y justicia.

"Bueno, habrá justicia. Si las fuerzas de la RIU avanzan para invadir Arabia Saudita, las enfrentaremos. Nuestras fuerzas armadas ya están en el terreno mientras estoy hablando, y ahora les hablaré directamente a sus miembros:

"Ahora saben por qué fueron separados de sus casas y sus familias. Ahora saben por qué deben tomar las armas en defensa de su país. Ahora conocen la naturaleza del enemigo y la naturaleza de sus actos.

"Pero Estados Unidos no tiene la tradición de atacar deliberadamente a los inocentes. Ustedes actuarán, siempre y en todos los casos, de acuerdo con nuestras leyes. Ahora debo enviarlos al campo de batalla. Querría que no fuera necesario. Yo mismo serví como marine y sé lo que es estar en un país extraño. Pero están allí para defender a su país y nosotros los apoyaremos desde aquí. Rezaremos por ustedes.

"A nuestros aliados en Kuwait, Arabia Saudita, Qatar, Omán y todos los estados del Golfo: Estados Unidos está con ustedes para detener la agresión y restablecer la paz. Buena suerte. —La voz de Ryan cambió, transmitiendo por primera vez sus emociones—. Y buena caza.

Los efectivos de la Tropa-B se miraron unos a otros varios segundos antes de hablar. Hasta se olvidaron que había un periodista presente. El más joven de todos, un PFC, fue el primero en decirlo:

—Los miserables van a pagar. Los malditos miserables van a pagar por esto, muchachos.

Los cuatro vehículos acorazados atravesaron el desierto a cuarenta millas por hora. Evitaron el camino de tierra apisonada a STORM TRACK por miedo a que fuera blanco planeado de la artillería enemiga, lo que resultó ser una precaución sensata. La primera visión que tuvieron del objetivo fue una nube de humo y polvo alejándose de las antenas mientras continuaban los disparos. Uno de los tres edificios parecía seguir en pie, pero incendiándose, y el teniente saudita que lideraba el pelotón se preguntó si quedaría alguien con vida. Al norte vio otra clase de resplandor... A cinco millas de distancia la llameante lengua horizontal del cañón principal de un tanque iluminó los vados y lomas de un paisaje que no era tan monótono como parecía bajo la

luz del sol. Un minuto después el fuego contra STORM TRACK disminuyó un poco, dirigiéndose a donde los tanques evidentemente atacaban a los vehículos enemigos que invadían su país. Agradeció a Alá que su misión inmediata se hubiera facilitado un poco mientras su operador de radio llamaba al puesto de comando táctico.

Los cuatro APC se abrieron paso entre las antenas desmoronadas rumbo a la destruida estación de inteligencia. Se abrieron las puertas traseras y los soldados corrieron a echar un vistazo. Treinta hombres y mujeres trabajaban en STORM TRACK. Encontraron nueve personas ilesas y cinco heridos. El pelotón tardó cinco minutos en revisar las ruinas. No encontraron más sobrevivientes y no había tiempo para ocuparse de los muertos. Empezaron el regreso al campamento del batallón, donde un escuadrón de helicópteros esperaba para llevarse a los norteamericanos.

El comandante del tanque saudita estaba sorprendido. Sabía que la mayor parte de las fuerzas de su país estaba doscientas millas al este. Pero el enemigo estaba *allí* y avanzaba hacia el sur. No pensaban invadir Kuwait ni apoderarse de los pozos petroleros ni nada por el estilo. Todo quedó claro cuando los primeros tanques de la RIU aparecieron en su visor térmico. Se había refugiado en un sector bajo de la lisería, fuera de alcance del fuego, porque le habían ordenado no acercarse demasiado. El joven oficial no sabía qué hacer. Los militares de su país cumplían órdenes estrictas y por consiguiente pidió instrucciones. Pero el comandante del batallón estaba demasiado ocupado con su propio comando de cincuenta y cuatro tanques y otros vehículos desplegados en un frente de treinta kilómetros, atacados en ese mismo instante por fuego indirecto de artillería y reportando que los tanques enemigos habían empezado a cruzar la frontera apoyados por carros de infantería.

El oficial decidió que debía hacer algo. Ordenó a sus tanques enfrenar el ataque. Sus hombres abrieron fuego a tres mil metros de distancia. Los primeros catorce disparos dieron por resultado ocho aciertos, nada mal por tratarse de soldados a medias, pensó el oficial, decidiéndose a combatir allí mismo y defender su tierra contra el invasor. Sus catorce tanques estaban desplegados sobre una línea de tres kilómetros de longitud. Era un despliegue defensivo pero provisorio. El oficial, en el centro de la línea defensiva, estaba demasiado concentrado en lo que tenía frente a él. La segunda descarga destruyó seis blancos, pero uno de sus tanques recibió un disparo directo de artillería que le destruyó el motor e inició un incendio que obligó a huir a los tripulantes, sólo para ser despedazados por más fuego de artillería a menos de cinco metros. El oficial estaba mirando en esa dirección y los vio morir a cuatrocientos metros de distancia. A partir de ese momento había una peligrosa brecha en su línea defensiva. Tenía que hacer algo.

Su tirador, como todos los demás, estaba buscando y tratando de destruir tanques enemigos —T-80 con torretas en cúpula— cuando el

primer grupo de misiles anti-tanque pasó por encima de los BMP de infantería que estaban detrás de ellos. Aunque los disparos no podían penetrar la coraza de los tanques destrozaban las orugas, incendiaban los motores y estropeaban los sistemas de control de fuego. El joven oficial decidió retroceder cuando la mitad de su comando estaba incendiándose. Cuatro tanques retrocedieron dos kilómetros al sur. El capitán se quedó con los otros tres, pero uno fue destrozado antes de que empezara a moverse. El aire estaba lleno de misiles y uno de ellos impactó contra la parte trasera de su torreta, incendiando el depósito de municiones. La llama vertical chupó el aire por la compuerta abierta, asfixiando y quemando vivos a los tripulantes. Sin comandante, la compañía siguió peleando cuarenta minutos más, hasta que los tres tanques sobrevivientes huyeron en dirección sur a cincuenta kilómetros por hora en busca del puesto del comando del batallón.

Que ya no estaba allí. El enemigo los había localizado por las transmisiones radiales y lanzado contra ellos una brigada de artillería completa justo cuando los sobrevivientes de STORM TRACK llegaban con la tropa de rescate. Durante la primera hora de la Segunda Guerra del Golfo Pérsico, la RIU había logrado abrir una brecha de treinta millas en la línea defensiva saudita, lo que implicaba un camino directo a Riyadh. Para lograrlo, el Ejército de Dios había perdido media brigada, un precio bastante elevado que, no obstante, estaba dispuesto a pagar.

El cuadro inicial no era claro. Raramente lo era. Ésa era la ventaja que casi siempre tenía el agresor. Diggs lo sabía y también sabía que su trabajo era hacer orden del caos y utilizar el primero para infligir el segundo al enemigo. Con la destrucción de STORM TRACK el uso de los Predators quedó momentáneamente interrumpido. Habría que restablecerlo. El 366 se había desplegado sin radar J-STARS para detectar movimientos de tropas terrestres. Había dos E-3B AWACS en el aire, cada uno con cuatro bombarderos. Aparecieron veinte bombarderos de la RIU y empezaron a seguirlos. La escaramuza sería excitante para la Fuerza Aérea.

Pero Diggs tenía problemas. La pérdida de STORM TRACK y los Predators lo había dejado ciego y su primera acción curativa fue ordenar el traslado del escuadrón aéreo del Décimo de Caballería. Las palabras de Eddington lo habían impresionado. Después de todo, tal vez el centro de gravedad saudita no fuera económico.

—Nuestras tropas han entrado al Reino —anunció Inteligencia—. Han encontrado oposición, pero la están superando. El puesto espía norteamericano fue destruido.

La noticia no alegró a Daryaei.

—¿Cómo lo supieron... cómo lo supieron?

El jefe de inteligencia tuvo miedo de preguntar *cómo supieron qué*. Esquivó el tema:

—No tiene importancia. Dentro de dos días entraremos en Riyadh y entonces ya nada tendrá importancia.

—¿Qué sabemos de la epidemia en Estados Unidos? ¿Por qué no se enferma más gente? ¿Cómo es posible que tengan tropas para enviar?

—Eso no lo sé —admitió Inteligencia.

—¿Y entonces *qué* sabe?

—Parece que los norteamericanos tienen un regimiento en Kuwait, otro en el Reino, y un tercero que acaba de recibir sus equipos de los barcos —los mismos que la flota india no detuvo— anclados en Dhahran.

—¡Entonces atáquenlos! —gritó Mahmoud Haji. Ese norteamericano había tenido la arrogancia de llamarlo por su nombre de una manera que su propio pueblo había visto y escuchado... ¿y acaso creído?

—Nuestra Fuerza Aérea está atacando el norte. Ése es el lugar decisivo. Apartarnos de allí sería una pérdida de tiempo —replicó razonablemente.

—¡Misiles, entonces!

—Ya veré.

Al brigadier comandante de la 4ta. Brigada Saudita le habían dicho que no esperara más que un ataque menor en el área y estuviera listo para lanzar un contraataque contra la RIU al comienzo de la invasión a Kuwait. Como tantos otros generales a lo largo de la historia, cometió el error de confiar demasiado en su inteligencia. Tenía tres batallones mecanizados y cada uno cubría un sector de treinta millas, separados entre sí por brechas de cinco a diez millas. En un rol ofensivo hubiera sido un despliegue sensato para acosar el flanco enemigo, pero la temprana pérdida del batallón del medio había partido sus fuerzas en dos y ahora le resultaba difícil comandar las partes separadas. Solucionó el error avanzando en lugar de retroceder. La suya fue una decisión valiente, sin duda, aunque pasó por alto el hecho de que tenía cien millas de profundidad a sus espaldas hasta KKMC —Ciudad Militar Rey Khalid—, espacio que podría haber usado para reorganizar un contraataque en bloque en vez de fragmentado e improvisado.

El ataque de la RIU estaba basado en el modelo perfeccionado por el ejército soviético en la década del '70. La fase inicial se apoyó en una brigada pesada que emergió detrás del fuego compacto de artillería. La eliminación de STORM TRACK se planeó desde un comienzo. STORM TRACK y PALM BOWL —incluso conocían los nombres codificados— eran los ojos de la estructura de comando enemiga. No podían destruir los satélites pero sí los puestos de inteligencia terrestres. Como era de esperar, los norteamericanos tenían algunos, pero no tantos. Como los soviéticos en la Bahía de Vizcaya, la RIU aceptaría el costo, ofreciendo vidas a cambio de tiempo para alcanzar su objetivo político antes de que sus enemigos potenciales hicieran sentir su peso. Si los sauditas creían que Daryaei quería el petróleo antes

que nada, que lo siguieran creyendo, pero en Riyadh estaban la familia real y el gobierno. Al avanzar sobre Riyadh la RIU descuidaría su flanco izquierdo, pero las fuerzas kuwaitíes tendrían que atravesar el terreno de Wadi al Batin y luego cruzar doscientas millas de desierto para llegar adonde había estado el Ejército de Dios.

La clave era la velocidad, y la clave de la velocidad era la eliminación rápida de la 4ta. saudita. La artillería pesada posicionada al norte de la liserá rastreó las comunicaciones radiales e inició una serie de disparos constantes en el área para perturbar las comunicaciones y la cohesión de las unidades que, suponían, serían las encargadas de contrarrestar la invasión inicial. Era una táctica prácticamente infalible, siempre que estuvieran dispuestos a pagar el precio. Se asignó una brigada a cada uno de los tres batallones de frontera.

El comandante de la 4ta. Brigada también tenía artillería propia, pero decidió usarla en la brecha del centro con el propósito de castigar a las unidades que pretendían entrar al corazón de su nación.

Diggs estaba en el puesto de comando principal recibiendo todas las noticias y comprendiendo por fin lo que le estaba pasando. Él se lo había hecho a los iraquíes en 1991. Se lo había hecho a los israelíes durante un par de años como CO del Buffalo. Y también había comandado el NTC durante un tiempo. Ahora sabía cómo era estar del otro lado. Las cosas estaban pasando demasiado rápido para los sauditas. Reaccionaban en vez de pensar, veían la magnitud de la crisis pero no su forma, semiparalizados por la velocidad de los acontecimientos que, si hubieran estado del otro lado, les hubieran parecido excitantes y nada más.

—Hagan retroceder la 4ta. —dijo en voz baja—. Tienen mucho lugar para maniobrar.

—¡Los detendremos allí mismo! —replicó automáticamente el comandante saudita.

—General, eso es un error. Está arriesgando la brigada sin necesidad. Puede recuperar el terreno perdido. No puede recuperar ni el tiempo ni los hombres perdidos.

Pero el saudita no estaba escuchando y Diggs no tenía estrellas suficientes en el uniforme para insistir. *Un día más*, pensó, *un maldito día más*.

Los helicópteros se tomaron su tiempo. La Tropa-N, 4ta. del Décimo, estaba compuesta por seis OH-58 Kiowa y cuatro AH-64 Apache que llevaban más tanques extra de combustible que armas. Les habían advertido que había bombarderos enemigos en las proximidades y por eso no podían volar muy alto. Los sensores husmeaban el aire en busca de emisiones de radares SAM —tenía que haber varios— mientras los pilotos iban de loma en loma escaneando el área con sus sistemas de luz baja y sus radares Longbow. Mientras sobrevolaban el territorio de la RIU detectaron un vehículo, tal vez parte de una compañía avistada

cerca de la frontera kuwaití, pero eso fue todo. En las cincuenta millas siguientes vieron más de lo mismo, aunque los vehículos eran más pesados. Al llegar a las afueras de Al Busayyah, adonde el Ejército de Dios se estaba aproximando según información de inteligencia satelital, lo único que encontraron fueron rastros en la arena y grupos pequeños de vehículos de apoyo, principalmente camiones de combustible. No tenían órdenes de destruirlos. Su misión era localizar la formación enemiga principal y determinar su eje de avanzada.

Eso les llevó otra hora de avances y retrocesos; los helicópteros saltaban como ranas. Había vehículos SAM en la zona, de corto alcance y fabricación rusa y francesa, que los helicópteros sabían cómo evitar. Una dupla Kiowa-Apache se acercó para ver una columna de tanques atravesando una brecha en la liserá, a ciento cincuenta millas del punto que habían dejado. Una vez reunida esa información los helicópteros se retiraron sin efectuar ningún disparo. La próxima vez traerían refuerzos y no tenía sentido advertir al enemigo sobre la brecha en su defensa aérea antes de explotarla adecuadamente.

El batallón más oriental de la 4ta. Brigada defendió su territorio y murió en el intento. Los helicópteros de ataque de la RIU se unieron al ejército, y aunque los sauditas tenían buena puntería su incapacidad de maniobrar los destruyó. El Ejército de Dios sacrificó otra brigada para cumplir su misión, pero al concluir el enfrentamiento la brecha en la línea defensiva saudita tenía setenta millas de ancho.

Al oeste fue diferente. El batallón, comandado por un mayor a raíz de la muerte del coronel, perdió contacto y avanzó hacia el sudoeste con la mitad de sus fuerzas, y luego intentó doblar al este para adelantarse a los invasores. Le faltaban fuerzas para resistir y por eso retrocedió, destruyendo veinte tanques y otros vehículos antes de quedarse sin combustible treinta kilómetros al norte de KKMC. Los vehículos de apoyo de la 4ta. Brigada habían quedado en algún lugar. El mayor pidió ayuda por radio, preguntándose si llegaría a tiempo.

Fue una verdadera sorpresa. El satélite DSSP sobre el Océano Índico detectó el lanzamiento. La información pasó directamente a Sunnyvale, California, y de allí a Dhahran. Ya había pasado antes, pero no con misiles lanzados desde Irán. Los barcos estaban cargados a medias. La guerra había empezado hacía apenas cuatro horas cuando el primer Scud salió de su lanzador rumbo al sur, cerca de los Montes Zagros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ryan.

—Ahora verás por qué siguen allí los cruceros —replicó Jackson.

No hubo necesidad de advertencias. Los tres cruceros, más *Jones*, barrían el cielo con sus radares y ya habían detectado el rastro a cien millas de distancia. Los guardias nacionales que esperaban su turno

para buscar sus carros oruga vieron ascender al cielo las bolas de fuego de los misiles superficie-a-aire, que saltaban persiguiendo cosas que sólo los radares podían ver. El lanzamiento inicial de tres explotó por separado en la oscuridad, y eso fue todo. Pero los soldados se sintieron aún más motivados para subir a sus tanques cuando la triple explosión se produjo a cien mil pies de altura.

En el *Anzio*, el capitán Kemper vio desaparecer el rastro en la pantalla. Los Aegis también servían para esa clase de cosas, aunque estar sentado debajo del fuego no era precisamente su idea de diversión.

El otro acontecimiento de la noche fue un enfrentamiento aéreo sobre la frontera. Los AWACS habían detectado lo que resultaron ser veinticuatro bombarderos avanzando en línea recta hacia ellos con la intención de dejar a los aliados sin cobertura aérea. Lo pagaron caro. Ningún ataque contra los E-3B tuvo final feliz. En cambio, la Fuerza Aérea de la RIU siguió demostrando su habilidad para perder aviones en vano.

Buford

Las intenciones del enemigo quedaron claras recién seis horas después de la primera cortina de fuego de artillería. Los informes de los helicópteros de reconocimiento proporcionaron el cuadro inicial, pero la clave estuvo dada por una fotografía satelital imposible de descartar. Los precedentes históricos afluyeron a la mente de Marion Diggs. Cuando la plana mayor francesa se enteró del plan Schlieffen alemán antes de la Primera Guerra Mundial reaccionó diciendo: “¡Mejor para nosotros!” El asalto alemán pudo ser detenido recién en las afueras de París. En 1940, la misma plana mayor recibió con una sonrisa de beneplácito la noticia inicial de otro ataque alemán... ataque que terminó en la frontera con España. El problema era que la gente tendía a ser más fiel a sus ideas que a sus esposas, tendencia por otra parte universal. Por consiguiente, recién después de la medianoche los sauditas se dieron cuenta de que la formación principal de su ejército estaba en el lugar errado y admitieron que su fuerza defensiva occidental había sido arrollada por un enemigo que era lo suficientemente astuto o lo suficientemente tonto para hacer lo que se esperaba que hiciera. Para contrarrestarlo tendrían que pelear una batalla de maniobras para la cual no estaban preparados. Era evidente que la RIU se dirigiría primero a KKMC. Habría una batalla por ese punto del mapa, después de la cual el enemigo tendría la opción de marchar al este, hacia el Golfo Pérsico —y el petróleo—, y enfrentar a las fuerzas aliadas; o seguir al sur, a Riyadh, para dar un golpe político y ganar la guerra. Pensado así no era un mal plan, pensó Diggs. Si podían ejecutarlo. Pero tenían el mismo problema que los sauditas. Tenían un plan. Pensaban que era muy bueno y también pensaban que el enemigo contribuiría a su propia destrucción. Tarde o temprano todos lo hacían y la clave para estar del lado ganador era saber qué se podía hacer y qué no. Este enemigo todavía no sabía la parte del “no poder”. No tenía sentido enseñarle tan pronto, ¿verdad?

Ryan hablaba por teléfono con su amigo de Riyadh desde la Sala de Situaciones.

—Tengo la foto, Ali —aseguró el presidente.

—Esto es muy serio.

—El sol saldrá pronto y ustedes deben cambiar espacio por tiempo. Ha funcionado antes, Su Alteza.

—¿Y qué harán las fuerzas enemigas?
—No pueden regresar desde allí, ¿no?
—¿Tanta confianza se tiene?
—Usted sabe lo que nos hicieron esos miserables, Su Alteza.
—Bueno, sí, pero...
—Nuestros soldados también, amigo mío.

—Esta guerra ha empezado mal para las fuerzas aliadas —Tom Donner estaba saliendo en vivo por la NBC—. Eso es lo que sabemos. Los ejércitos combinados de Irak e Irán han aplastado la línea defensiva saudita al oeste de Kuwait y se dirigen al sur. Estoy aquí con los efectivos del Undécimo Regimiento de Caballería, el Blackhorse. Éste es el sargento Bryan Hutchinson de Syracuse, Nueva York. ¿Qué opina de esto, sargento?

—Supongo que tenemos que esperar, señor. Lo único que puedo decirle es que la Tropa-B está lista para lo que sea. Me pregunto si ellos estarán listos para nosotros, señor. Venga a ver. —Eso era todo lo que tenía que decir sobre el tema.

—Como verán, a pesar de las malas noticias del campo de batalla, nuestros soldados están listos, incluso ansiosos por combatir.

El comandante saudita colgó el teléfono. Acababa de hablar con su soberano.

—¿Qué nos recomienda? —le preguntó a Diggs.

—Para comenzar, creo que deberíamos mover las brigadas 5ta. y 2da. al sudoeste.

—Riyadh quedaría desprotegida.

—No, señor, actualmente no lo está.

—¡Deberíamos contraatacar enseguida!

—Todavía no, general —dijo Diggs, mirando el mapa. El Décimo estaba en una posición interesante... Levantó la vista—. Señor, ¿alguna vez le contaron el cuento del toro viejo y el toro joven?

Diggs procedió a contar una de sus bromas favoritas, broma que, después de unos segundos, hizo asentir a los generales sauditas.

—Fíjese, hasta la televisión norteamericana dice que vamos ganando —le dijo el jefe de inteligencia a su patrón.

El comandante general de la Fuerza Aérea de la RIU era menos entusiasta. El día anterior había perdido treinta bombarderos y sólo había destruido dos aviones sauditas a cambio. Su plan para destruir los AWACS había fracasado, costándole algunos de sus pilotos mejor entrenados. Lo bueno era que sus enemigos no tenían suficientes aviones para invadir el país y causar daños serios. En ese momento estaban avanzando más fuerzas terrestres de Irán a Kuwait y con suerte lo único que tendría que hacer sería cubrir los grupos de avan-

zada, cosa que su gente sabía cómo hacer, especialmente de día. En pocas horas se enterarían.

Un total de quince misiles balísticos tipo Scud fueron lanzados en Dhahran. Los barcos del COMEDY resultaron ilesos y los misiles fueron interceptados o, en la mayoría de los casos, cayeron en forma inofensiva al mar durante una noche de ruido y fuegos artificiales. La última parte de la carga —principalmente camiones en esta etapa— se alejaba. Greg Kemper bajó sus binoculares y miró desaparecer la larga fila de camiones marrones bajo la luz difusa del amanecer. No sabía a dónde se dirigían. Lo único que sabía era que cinco mil guardias nacionales de Carolina del Norte enfurecidos estaban decididos a hacer algo.

Eddington ya estaba al sur de KKMC con su staff. Probablemente su fuerza WOLFPACK no llegaría a tiempo para la batalla. Los había enviado a Al Artawiyah, uno de esos lugares que a veces cobran importancia histórica porque todos los caminos llevan a ellos. No estaba seguro de que la batalla se produjera allí, aunque recordaba que Bobby Lee sólo esperaba conseguir calzado para sus hombres en Gettysburg. Mientras el staff hacía su trabajo, el coronel encendió un cigarro y salió a recibir a las dos compañías. Oyó el ruido de los bombarderos en el cielo. F-15E norteamericanos, por el aspecto. Bueno, pensó, el enemigo había pasado doce horas difíciles. Que pensara un poco en eso.

—¡Coronel! —saludó el sargento comandante de un Bradley desde la compuerta. Eddington se trepó al vehículo apenas éste se detuvo—. Buen día, señor.

—¿Cómo están todos?

—Estamos listos para lo que sea, señor. ¿Dónde están ellos? —preguntó el sargento, quitándose las antiparras cubiertas de polvo. Eddington señaló.

—Aproximadamente a cien millas en esa dirección, viniendo hacia aquí. Dígame cómo se sienten las tropas, sargento.

—¿Cuántos podemos matar antes de que nos ordenen detenernos, señor?

—Si es un tanque, destrúyanlo. Si es un BMP, destrúyanlo. Si es un camión, destrúyanlo. Si está al sur de la liserá y tiene un arma, mátenlo. *Pero* las normas son estrictas en cuanto a matar gente que no se resista. No podemos violarlas. Es muy importante.

—Es lo justo, coronel.

—Tampoco se arriesguen con los prisioneros.

—No, señor —prometió el sargento—. No lo haremos.

La geometría puso al Blackhorse primero, avanzando hacia el oeste desde el punto de reunión hacia KKMC. El coronel Hamm

formó su comando de avanzada, los escuadrones 1ro., 2do. y 3ro. alineados de sur a norte, cada uno cubriendo un frente de veinte millas. Se guardó el 4to. Escuadrón (Aviación) en la manga junto con algunos helicópteros y mandó sus elementos de refuerzo terrestre a establecer una base de avanzada en un punto al cual las unidades principales todavía no habían llegado. Hamm estaba en su vehículo de comando M4 (llamado, naturalmente, el Vehículo de la Guerra de las Galaxias).

El sistema IVIS estaba empezando a funcionar en un verdadero ambiente táctico. El IVIS —Sistema de Información Inter-Vehicular— era una red de información con la que el ejército venía jugando desde hacía cinco años. Nunca lo habían probado en combate y Al Hamm se sentía muy complacido de ser el primero en hacerlo. Sus pantallas de comando en el M4 captaban todo. Cada vehículo individual era a la vez fuente y receptor de información. El IVIS comenzaba por decir dónde estaban las unidades amigas para evitar pérdidas por “fuego amigo”. Con sólo mover una perilla Hamm podía conocer la localización de todos los carros de combate que tenía, desplegados en un mapa que mostraba todos los rasgos relevantes del terreno. En su momento contaría con un cuadro semejante, preciso de las disposiciones enemigas y, conociendo las posiciones de ambos bandos, tendría la opción de elegir los mejores lugares. Las brigadas 2da. y 5ta. sauditas estaban al noroeste, bajando desde la frontera kuwaití. Tenía aproximadamente cien millas de desierto de ventaja y las cuatro horas de marcha le servirían para establecer el control de sus unidades y asegurarse de que todo anduviera bien. Aunque no lo dudaba debía asegurarse, porque los errores en el campo de batalla, por pequeños que fueran, siempre se pagaban caro.

Los restos de la 4ta. Brigada saudita intentaron reunirse al norte de KKMCC. Sumaban probablemente dos compañías de tanques y carros de infantería que habían participado de las escaramuzas durante la larga noche del desierto. Algunos habían sobrevivido por pura suerte, otros gracias al proceso brutalmente darwiniano de la guerra móvil. El oficial de mayor rango sobreviviente era un mayor especialista en inteligencia que había comandado un tanque. Sus hombres habían descuidado las prácticas con el equipo IVIS porque preferían disparar y escabullirse a las tácticas de batalla más estructuradas. Bueno, lo habían pagado caro. La primera orden del mayor fue buscar y reunir los camiones de combustible esparcidos que la brigada había dejado en la retaguardia para que los veintinueve tanques y quince carros sobrevivientes pudieran reabastecerse. También encontraron algunos camiones de municiones que sirvieron para que aproximadamente la mitad de sus vehículos pesados reabastecieran sus depósitos. Una vez hecho eso, mandó los vehículos de abastecimiento a la retaguardia y seleccionó un *uadi* —palabra árabe que indica un cauce seco— al norte y al oeste de KKMCC como próxima posición defensiva. Tardó otra media hora en establecer contacto con el alto mando y pedir refuerzos.

Su fuerza no era cohesiva. Los tanques y carros provenían de cinco batallones diferentes. Algunos soldados no se conocían o se conocían poco y faltaban oficiales de mando. Se dio cuenta de que su tarea sería mandar en vez de combatir. A regañadientes le devolvió el tanque al sargento y eligió un carro de infantería con más equipos de radio y menos distracciones. No era una decisión combativa, mucho menos para una persona cuya tradición cultural era liderar una turba de guerreros a caballo y blandiendo las espadas, pero había aprendido una dura lección al sur de la lisera, lección que le había permitido sobrevivir, a diferencia de un montón de hombres muertos por no aprender a tiempo.

El día de batalla comenzó después de una pausa de movimiento y matanza que más tarde parecería tan estilizada como el entretiem- po de un partido de fútbol. La razón de que los sobrevivientes de la 4ta. saudita tuvieran tiempo y espacio para reorganizarse y reabastecerse era que el Ejército de Dios tenía que hacer lo mismo. El proceso tardó cuatro horas. Los comandantes de brigadas y divisiones se sentían bastante complacidos. Estaban sólo diez kilómetros atrás del plan —los planes siempre son demasiado optimistas— en distancia y una hora atrás en tiempo. Habían arrasado la oposición inicial, aunque sufriendo más pérdidas que las esperadas. Los hombres estaban cansados, pero los soldados también podían cansarse y el tiempo de reabastecimiento les permitió dormir un poco para refrescarse. Al llegar el alba, el Ejército de Dios encendió sus motores y reemprendió su viaje al sur.

Las primeras batallas del día tendrían lugar en el aire. Las fuerzas aéreas aliadas iniciaron el despegue después de las cuatro desde las bases del sector sur del Reino. El primer escuadrón, formado por Eagles F-15, se reunió con los E-3B AWACS alineados al este y al oeste de Riyadh. Los bombarderos de la RIU también emprendieron el vuelo, controlados aún por radares terrestres localizados en el antiguo Irak. Todo comenzó como una suerte de danza entre dos cuerpos de baile. Los dos bandos querían saber dónde estaban los SAM del otro; habían reunido información sobre ellos mientras reinaba la oscuridad. Gradualmente se determinó que ambos bandos se refugiarían detrás de un cinturón misilístico y que las batallas iniciales se pelearían en una “tierra de nadie” electrónica. El primer movimiento estuvo a cargo de cuatro bombarderos del Escuadrón de Combate 390, los Wild Boars. Apenas les avisaron que un escuadrón de la RIU había girado al este, los Eagles se posicionaron en ángulo oeste y atravesaron el espacio vacío como flechas, revirtiendo nuevamente el curso hacia el mar. Los norteamericanos esperaban ganar, y ganaron. Atraparon a los bombarderos de la RIU —en realidad F-4 iraníes de la época del sha— mirando en la dirección errada. Los aviones de la RIU, alertados por sus controles terrestres, se dieron vuelta... pero tenían un problema mayor que la

situación táctica. Habían esperado un modelo de enfrentamiento en el que un bando dispararía misiles y el otro trataría de esquivarlos y volvería a disparar los suyos: un estilo de combate tan rígido como una justa medieval.

Los Eagles dispararon primero: un AMRAAM cada uno. El AMRAAM es un misil dispara-y-olvídate que permite emprender la retirada inmediatamente después de dispararlo. Pero no lo hicieron. En cambio, siguieron a los misiles dejándose llevar por su doctrina y por las emociones provocadas por diez horas de masticar lo que el presidente había dicho por radio. Era una cuestión personal. El primer escuadrón de Eagles siguió acercándose mientras sus misiles rastreaban el primer grupo de blancos. Tres de los cuatro blancos fueron destruidos, sorprendidos por el misil que los pilotos norteamericanos llamaban Slammer. El cuarto blanco escapó, bendijo su suerte y regresó a disparar su propio misil... hasta que su radar indicó la presencia de un bombardero a quince kilómetros de distancia con un promedio de oclusión próximo a los dos mil nudos. El piloto iraní titubeó y giró al sur, grave error. El piloto del Eagle disminuyó la velocidad y se colocó en posición de ataque de cola. Quería un golpe certero y lo consiguió, cerrándose sobre el "seis" del enemigo y seleccionando armas. El otro piloto estaba un poco lento esa mañana. Quince segundos después, su F-4 llenaba el visor del arma...

—¡Fox-Tres, Fox-Tres dispara!

Un segundo escuadrón de Eagles ingresó al área de combate en busca de sus propios blancos. Los controles terrestres de la RIU habían quedado anonadados por la velocidad del resultado y ordenaron a sus bombarderos apuntar a los norteamericanos recién llegados y disparar sus misiles de largo alcance guiados por radar... pero aun así los norteamericanos no escaparon para evadir el impacto como esperaban. En cambio adoptaron la táctica de inclinarse noventa grados hacia la tierra manteniendo una distancia uniforme con respecto al bombardero. Esa maniobra impidió que los radares del bombardero captaran el cambio en el promedio de alcance de sus blancos y quebró la oclusión del radar, lanzando los misiles a la deriva. Los Eagles se posicionaron, seleccionaron misiles y dispararon a menos de diez millas mientras los bombarderos de la RIU intentaban recolocarse para lanzar una segunda descarga. Alertados de que había más misiles en el aire, los bombarderos enemigos trataron de modificar el curso y huir, pero estaban dentro del área de alcance de los Slammer y fueron destruidos.

—Eh, compañeros, aquí Bronco —dijo una voz extraña por el canal de guardia de la RIU—. Mándennos algunos más. Estamos hambrientos. ¡Queremos matarlos a *todos* y cogernos a sus viejas esposas! —Cambió de canal a Sky-One—. Aquí Razorback Líder, ¿más trabajo?, cambio.

—En su sector no, manténgase atento.

—Entendido. —El teniente coronel al mando del 390 miró hacia abajo. Al ver avanzar la masa de tanques enemigos deseó ser aire-a-tierra en vez de aire-a-aire por primera vez en su vida. El coronel

Winters era de Nueva York. Sabía que había mucha gente infectada en su ciudad... y allí estaba él, en guerra con los culpables, pero hasta el momento sólo había derribado dos aviones y matado apenas tres personas—. Razorback, Líder, fórmense detrás de mí. —Chequeó el combustible. Tendría que recargar pronto.

Los próximos en llegar fueron los Strike Eagles del 391, escoltados por F-16 con equipos HARM. Los pequeños bombarderos de un solo asiento ingresaron al área de combate con los receptores de amenaza encendidos, husmeando posibles lanzadores móviles SAM. Descubrieron una hermosa colección de Crotales franceses y viejos Gainfuls SA-6 rusos detrás de los escalones enemigos. Los conductores de los Vipers descendieron velozmente para llamar la atención y dispararon sus misiles anti-radar para cubrir a los Eagles F-15, que a su vez intentaban detectar artillería enemiga.

Los Predators se estaban ocupando de eso. Tres habían chocado por la pérdida de STORM TRACK creando una brecha en la cobertura de inteligencia que llevó horas rectificar. Sólo quedaban diez en el teatro de operaciones. Cuatro estaban volando a ocho mil pies de altura, holgazaneando sobre las divisiones en marcha sin ser vistos. Las fuerzas de la RIU confiaban en sus cañones y ametralladoras polivalentes de artillería antiaérea. Los artilleros se estaban preparando para un ataque mayor, alineados detrás de dos brigadas mecanizadas próximas a dar el salto hacia KKMC. Un Predator localizó el grupo de seis baterías. La información fue transmitida a un equipo recolector, luego a los AWACS y finalmente a los dieciséis Strike Eagles del 391.

La formación saudita mantenía una tensa espera. Sus cuarenta y cuatro carros de combate estaban dispersos a lo largo de ocho kilómetros. Su comandante no se había atrevido a más. Tendría que equilibrar despliegue con poder de ataque en lo que esperaba sería al menos una acción de retardo. Un vibrante sonido proveniente del cielo anunció la caída de proyectiles de ocho pulgadas frente a su posición. El bombardeo inicial duró tres minutos, y ahora avanzaban en dirección a sus carros....

—¡TIGERS al ataque! —gritó el comandante. Evidentemente, el enemigo había esperado que ellos atacaran primero para arremeter contra los tanques. Allí estaban los SAM, y los Vipers intentaban arreglárselas con ellos. Los tres escuadrones de cuatro se separaron, conformaron elementos de dos y bajaron a cuatro mil pies. Las baterías de artillería estaban alineadas con prolijidad, los cañones separados cada cien metros junto con sus carros, tal como indicaba el manual, pensó el teniente coronel Steve Berman. Su operador de sistemas de armas seleccionó municiones y empezó a rociar al enemigo.

—Se ve muy bien. —Habían arrojado dos botes de municiones de efectos combinados BLU-97, un total de cuatrocientas minibombas. La primera batería fue barrida. Hubo explosiones secundarias en los camiones de municiones—. El próximo. —El piloto maniobró, hizo girar el bombardero bruscamente a la derecha, se acercó a la segunda batería, apuntó...

—Triple-A a diez. —Resultó ser un ZSU-23 anti-avión móvil. Sus cuatro cañones lanzaron una ráfaga de disparos contra el Strike Eagle.— Seleccionando Mav.

La danza macabra duró apenas unos segundos. El Eagle esquivó el fuego y liberó un misil Maverick aire-a-tierra que destruyó el ZSU-23... y luego se dirigió a la siguiente batería de obuses.

Era como Red Flag, pensó repentinamente el piloto. Había venido al Golfo en 1991 como capitán y destruido algunos blancos, pero sobre todo había perdido mucho tiempo cazando Scuds. Jamás había experimentado a fondo la guerra. Ahora sí. No se parecía en nada a las prácticas en la Base Nellis de la Fuerza Aérea. Sólo se planeaba el cuadro general de la misión. Ahora estaba buscando blancos con ayuda de sus radares en tiempo real y, a diferencia de sus oponentes en Nellis, estos tipos devolvían los disparos con balas de verdad. Bueno, él también arrojaba bombas de verdad. Se produjeron más ráfagas de disparos cuando posicionó el avión sobre el siguiente blanco.

Parecía un ataque de tos en medio de una conversación. Veinte o treinta misiles cayeron al desierto, cien metros delante de su posición. Treinta segundos después cayeron otros diez. Treinta segundos después, otros tres. Vio nubes de polvo en el horizonte, justo detrás de la primera hilera de tanques que empezaba a aparecer. Unos segundos después sintió algo a través de las botas, y después un estruendo lejano. Pronto supo de qué se trataba. Bombarderos pintados de verde rumbo al sur. Eran amigos. Luego apareció otro, solitario, dejando un rastro de humo en el cielo. Los pilotos saltaron, abrieron sus paracaídas y tocaron tierra un kilómetro atrás de su posición. El bombardero se estrelló un poco más lejos, convertido en una enorme bola de fuego. El mayor mandó un carro a recoger a los sobrevivientes y volvió a concentrarse en los tanques todavía fuera de su alcance... y aún no tenía artillería para enfrentarlos.

Bueno, mierda, pensó el coronel, era como Red Flag después de todo, excepto que no pasaría la noche contando mentiras en el club de oficiales ni se escaparía a Las Vegas para ver un espectáculo y pasar por el casino. En la tercera pasada le habían acertado y el Eagle estaba demasiado averiado para volver a la base. Se eyectó. Aún no había tocado tierra cuando vio un vehículo que se acercaba. Parecía un Hummer de fabricación norteamericana. Estaba a cincuenta metros de distancia cuando el coronel cayó bruscamente sobre la arena compacta. Se quitó el paracaídas y buscó su pistola. Pero el vehículo era

amigo y estaba tripulado por dos soldados sauditas. Uno se acercó a él mientras el otro iba a buscar a su copiloto con el Hummer, a media milla de distancia.

—¡Venga, venga! —dijo el cabo saudita. Un minuto después el Hummer estaba de vuelta con su copiloto, que se agarraba la rodilla y gemía.

—Me la torcí, jefe. Aterricé sobre una maldita piedra —explicó, apoltronándose en el asiento trasero.

El coronel comprobó inmediatamente que todo lo que había oído decir de los conductores sauditas era cierto. Era como estar en una película de Burt Reynolds. Fue un alivio ver vehículos amigos cuando el Hummer llegó a la seguridad del *uadi*. El enemigo todavía seguía lanzando bombas contra la posición, pero había empeorado la puntería: ahora caían a quinientos metros por lo menos.

—¿Quién es usted? —preguntó Berman.

—El mayor Abdullah. —Hizo la venia. Berman guardó la pistola y miró a su alrededor.

—Supongo que son los refuerzos. Les reventamos la artillería, pero un bastardo tuvo suerte con su Shilka. ¿Puede conseguirme un helicóptero?

—Trataré. ¿Está herido?

—Mi copiloto tiene la rodilla estropeada. Tengo un poco de sed.

El mayor Abdullah le ofreció su cantimplora.

—Estamos esperando un ataque.

—¿Le molesta si vigilo? —preguntó Berman.

Cien millas al sur, la brigada de Eddington todavía se estaba formando. Tenía un batallón intacto. Lo adelantó veinte millas, posicionándolo a derecha e izquierda del camino a KKMC para cubrir al resto de las fuerzas que llegarían de Dhahran. Desafortunadamente la artillería había sido lo último en bajar de los barcos y no estaría disponible hasta dentro de por lo menos cuatro horas. No podía hacer nada al respecto. A medida que las unidades arribaban, eran enviadas a las áreas de reabastecimiento de combustible. Cada compañía tardó por lo menos una hora en organizarse. El segundo batallón estaba casi listo para moverse. Lo posicionaría al oeste del camino para permitir que el primero se moviera lateralmente al este y duplicaría sus fuerzas de avanzada. Era tan difícil explicarle a los soldados que una batalla tenía más que ver con el control de tráfico que con matar gente... Con eso, y con reunir información. Una acción de combate era como el último acto de un inmenso ballet... lo más importante era que los bailarines ocuparan el lugar que les correspondía en el escenario. Los otros dos actos —saber dónde ponerlos y hacerlos llegar— eran interactivos y Eddington todavía no tenía una imagen clara de la cosa. Inteligencia estaba empezando a recibir información de Riyadh. En la delantera, el batallón líder tenía un equipo de reconocimiento de HMMWV y Bradleys diez millas antes de la fuerza principal, todos camuflados —los vehículos lo más ocul-

tos posible y los hombres cuerpo a tierra— y observando el área con binoculares. Hasta el momento habían reportado remolinos de polvo ocasionales en el horizonte y estruendos lejanos. Bueno, decidió Eddington, mejor así. Tendría tiempo para prepararse, y el tiempo era lo más valioso para un soldado.

—LOBO-SEIS, aquí WOLFPACK, cambio.

—LOBO-SEIS copiando.

—Aquí WOLFPACK-SEIS-ACTUAL. WHITEFANG está saliendo. Estarán a su izquierda en una hora. Puede iniciar el movimiento lateral cuando lleguen. Cambio.

—LOBO-SEIS-ACTUAL copiando, coronel. Todavía no vemos nada. Estamos en buena forma, señor.

—Muy bien. Manténgame informado. Fuera.

—¡Coronel! —Era el mayor que dirigía Inteligencia—. Tenemos información para usted.

—¡Por fin!

El fuego de artillería continuaba, varias ráfagas habían caído directamente en el *uadi*. Era la primera experiencia del coronel Berman en esas lides y descubrió que no le gustaba demasiado. Eso también explicaba por qué los tanques y carros de orugas estaban tan separados, cosa que al principio le había resultado muy extraña. Una bomba cayó cien metros a la izquierda del tanque que les servía de refugio a él y al mayor Abdullah. Pudieron escuchar distintivamente los *pings* de los fragmentos que golpeaban el glacis blindado pintado de marrón.

—Esto no es nada divertido —comentó Berman, sacudiendo la cabeza para sacarse el ruido de las explosiones.

—Gracias por aniquilar la artillería enemiga. Era aterradora —dijo Abdullah, mirando a través de sus binoculares. Los T-80 de la RIU estaban a tres mil metros de distancia y todavía no habían detectado sus M1A2.

—¿Hace cuánto que hicieron contacto?

—Empezó ayer al atardecer. Somos todo lo que queda de la 4ta. Brigada —esa declaración no aumentó la confianza de Berman. Encima de sus cabezas, la torreta del tanque hizo un leve movimiento de ajuste hacia la izquierda. Se escuchó una frase breve por la radio del mayor, a la que respondió con una sola palabra... gritada, no obstante. Un segundo después, el tanque posicionado a la izquierda de ellos retrocedió un poco y su cañón principal disparó una ráfaga. En comparación, los disparos enemigos parecían fuegos artificiales. Contra toda lógica Berman asomó la cabeza. A lo lejos vio una columna de humo por cuyo extremo superior asomaba la torreta de un tanque.

—¡Dios!

—¿Puede prestarme una radio?

—Sky-One, aquí Tiger Líder —escuchó el oficial del AWACS por un canal lateral—. Estoy en el terreno con una flota de tanques

sauditas al norte de KKMC. Hay enfrentamientos. ¿Pueden mandarnos ayuda? Cambio.

—Tiger, ¿puede autenticar?

—No, maldita sea. Mis códigos desaparecieron con mi F-15. Soy el coronel Steve Berman, de Mountain Home, y en este momento soy un aviador enfurecido, Sky. Hace cuarenta minutos hicimos pedazos parte de la artillería iraquí y ahora nos están amenazando con los tanques. ¿Va a creerme o no? Cambio.

—Suena a norteamericano —opinó un oficial de mayor rango.

—Y si se acerca verá que los tanques de ellos terminan en cúpula y apuntan al sur y los nuestros son chatos y apuntan al norte, cambio. —La última información fue seguida por el choque de una explosión—. Esto no nos divierte para nada —les dijo.

—A mí tampoco —decidió el Control—. Tiger, espere. Devil-Líder, aquí Sky-One. Tenemos trabajo para ustedes...

No se suponía que fuera así, pero así era. Se suponía que debían recibir órdenes parciales destinando “paquetes” de aeronaves tácticas a partidas de caza, pero no había suficientes bombarderos para eso y tampoco había tiempo para seleccionar blancos. Sky-One tenía un escuadrón de cuatro F-16 esperando para realizar algunas acciones aire-a-tierra, y ésta era una oportunidad tan buena como cualquiera.

Los tanques se detuvieron para intercambiar fuego sostenido, pero fueron a pérdida contra los sistemas de control de fuego —o sistemas de estabilización de armamento— de los tanques Abrams de fabricación norteamericana, cuyos tripulantes sauditas se habían recibido de tiradores temprano ese día. El enemigo retrocedió y maniobró a izquierda y derecha, lanzando humo para oscurecer el campo de batalla y dejando atrás algunos carros que contribuyeron con sus propios lanzafumígenos a ennegrecer el cielo de la mañana. La primera parte del contacto había durado cinco minutos y le había costado a la RIU veinte vehículos que Berman pudo identificar, sin pérdidas para los aliados. Tal vez no fuera tan malo después de todo.

Los Vipers llegaron desde el oeste y arrojaron sus bombas mudas Mark-82 exactamente en el medio de la formación enemiga.

—¡Brillante! —exclamó el mayor Abdullah, que se había educado en Inglaterra. No podían saber cuántos vehículos habían destruido en total, pero ahora sus hombres sabían que no estaban solos en la pelea. Eso marcaba una diferencia.

Las calles de Teherán se habían vuelto más sombrías, si eso fuera posible. Lo que más impresionó a Clark y Chávez (Klerk y Chekov para los locales) fue la ausencia de conversaciones. La gente iba de un lado a otro sin hablarse. La cantidad de hombres había disminuido porque habían convocado a las reservas para pelear la guerra que su nuevo país había declarado después del discurso del presidente Ryan.

Los rusos les habían dado la dirección de la casa de Daryaei y lo

único que tenían que hacer era observarla... Se decía fácil, pero se hacía difícil en las calles de la capital de un país en guerra. Especialmente si uno había estado en esa ciudad hacía poco tiempo y las fuerzas de seguridad lo habían visto. Lo único seguro era que no faltarían complicaciones.

A dos cuadras y media de distancia vieron que el hombre vivía modestamente. Era un edificio de tres pisos sobre una calle de clase media, sin ninguna ostentación de poder, excepto la obvia presencia de guardias en la escalera principal y algunos automóviles estacionados en las esquinas. A doscientos metros pudieron ver que la gente evitaba caminar por esa vereda. Era evidente que el ayatollah era un hombre "popular".

—¿Quién más vive ahí? —le preguntó Klerk al ruso. El ruso en cuestión era un agente que pasaba por el segundo secretario de la embajada y realizaba muchas funciones diplomáticas para mantener su leyenda.

—Principalmente sus guardaespaldas, suponemos. —Estaban sentados en una cafetería, bebiendo café y tratando de no mirar al edificio que les interesaba—. Creemos que los edificios vecinos están vacíos. Este religioso se preocupa por su seguridad. La gente está cada vez más incómoda bajo su gobierno... incluso se ha esfumado el entusiasmo por la conquista de Irak. Usted mismo podrá darse cuenta, Klerk. Esta gente ha estado bajo control durante casi una generación. Están hartos. Fue muy inteligente de parte de Ryan declarar las hostilidades antes de que nuestro amigo hablara. Causó muchísimo impacto, creo. Me gusta su presidente —agregó—. A Sergey Nikolaevich también.

—Este edificio está bastante cerca, Ivan Sergeevich —dijo Chávez—. Doscientos metros, línea de visión directa.

—¿Habrán daños colaterales? —preguntó Clark.

—Ustedes los norteamericanos son muy sentimentales con esas cosas —observó el ruso. Eso le causaba gracia.

—El camarada Klerk siempre tuvo el corazón blando —confirmó Chekov.

Ocho pilotos llegaron al hospital de la base Holloman de la Fuerza Aérea en Nuevo México para hacerse un análisis de sangre. Los equipos de análisis para Ébola por fin estaban llegando. Las primeras entregas fueron para la Fuerza Aérea, porque podía desplegar más poder y más rápidamente que las otras ramas de la Fuerza. Había habido algunos casos en Albuquerque, todos tratados en el Centro Médico de la Universidad de Nuevo México y dos en la misma base, un sargento y su esposa, él muerto y ella agonizante... Toda la base conocía la mala noticia, que había enfurecido aun más a los guerreros. Los aviadores estaban limpios. Al enterarse, se sintieron muy aliviados. Ahora sabían que podían salir y hacer algo. Luego le llegó el turno al personal de tierra. También estaban limpios. Todos fueron a la pista. La mitad de los pilotos trepó a Nighthawks F-117. La otra

mitad, junto con el personal de tierra, abordó un KC-10 para el largo vuelo a Arabia Saudita.

Se estaba corriendo la voz. El 366 y los F-16 de la base israelí estaban haciendo de las suyas, pero todos querían participar, y los hombres y mujeres de Holloman liderarían la segunda fuerza de combate en el campo de batalla.

—¿Está completamente loco? —preguntó el diplomático a un colega iraní. Los oficiales de la RVS tenían la parte más peligrosa —o al menos más sensible— de la misión de inteligencia.

—No puede hablar así de nuestro líder —replicó el iraní cuando salían a la calle.

—Muy bien, ¿su erudito hombre santo comprende lo que sucede cuando uno emplea armas de destrucción masiva? —preguntó delicadamente el oficial de inteligencia. Por supuesto que no, y ambos lo sabían. Ninguna nación-estado había hecho algo semejante en los últimos cincuenta años.

—Tal vez haya errado el cálculo —concedió el iraní.

—Ciertamente —el ruso lo dejó pasar por el momento. Hacía un año que estaba trabajándose a ese diplomático de mediano nivel—. Ahora el mundo sabe que ustedes tienen esta capacidad. Fue muy inteligente de su parte utilizar el mismo avión que la hizo posible. Está loco de remate. Usted lo sabe. Su país se convertirá en paria...

—No si podemos...

—No, no si pueden. ¿Pero qué pasará si no pueden? —preguntó el ruso—. El mundo entero se les pondrá en contra.

—¿Es cierto? —preguntó el religioso.

—Absolutamente cierto —le aseguró el hombre de Moscú—. El presidente Ryan es un hombre de honor. Fue nuestro enemigo la mayor parte de su vida, un enemigo peligroso por otra parte, pero ahora estamos en paz y es nuestro amigo. Los israelíes y los sauditas lo respetan. El príncipe Ali bin Sheik y él están muy próximos. Todos lo saben. —El encuentro estaba teniendo lugar en Ashkhabad, capital de Turkmenistán, lamentablemente cerca de la frontera iraní, sobre todo después de que el ex premier había muerto en un accidente automovilístico —probablemente provocado, a juicio de Moscú— y con elecciones pendientes—. Pregúntese esto: ¿por qué dijo esas cosas del Islam el presidente Ryan? Un ataque contra su país, un ataque contra su hija, un ataque contra él mismo... ¿y él ataca su religión, mi amigo? No, no la ataca. ¿Quién sino un hombre honorable haría algo así?

El hombre al otro lado de la mesa asintió.

—Es posible. ¿Qué pide de mí?

—Una simple pregunta. Usted es un hombre religioso. ¿Puede aprobar los actos cometidos por la RIU?

Indignación:

—La matanza de inocentes es odiosa a los ojos de Alá. Todos lo saben.

El ruso asintió.

—Entonces debe decidir qué tiene más importancia para usted, el poder político o la fe.

Pero no era tan simple:

—¿Qué nos ofrece? Tengo gente que pronto acudirá a mí en busca de bienestar. No se puede usar la Fe como arma contra los Fieles.

—Autonomía creciente, libre comercio de sus bienes al resto del mundo, vuelos directos a otros países. Nosotros y los norteamericanos lo ayudaremos a abrir líneas de crédito en los estados islámicos del Golfo. Ellos no olvidan a sus amigos —le aseguró al próximo premier de Turkmenistán.

—¿Cómo puede un creyente hacer esas cosas?

—Amigo mío —lo de amigo era un decir—, ¿cuántos hombres empiezan haciendo algo noble y luego se corrompen? ¿Qué buscan? Tal vez le convenga recordar esta lección. El poder es una cosa mortífera, más letal aún para aquellos que lo detentan en sus manos terrenales. En cuanto a usted, la decisión es suya. ¿Qué clase de líder desea ser, y con qué líderes desea asociar a su país? adelante y bebió un sorbo de té. Cómo se había equivocado su país al despreciar la religión... y no obstante, qué bueno había sido el resultado. Ese hombre se había aferrado a su fe islámica como a un ancla contra el régimen anterior, encontrando en ella una continuidad de creencias y valores de los que había carecido la realidad política de su juventud. Ahora que su carácter, conocido por todos en el país, lo estaba llevando al poder político, ¿seguiría fiel a sí mismo o se transformaría en otra cosa? Debía reconocer el peligro que lo acechaba. Golovko se dio cuenta de que no lo había considerado en profundidad. Las figuras políticas rara vez lo hacían. Éste tenía que hacerlo, y ahora mismo. El director de la RVS lo vio hurgar en su alma... algo que la doctrina marxista de su juventud le había dicho que no existía. Aunque sería mejor que existiera.

—Nuestra religión, nuestra Fe, es una cosa de Dios, no de asesinos. El Profeta nos enseña la Guerra Santa, sí, pero no nos enseña a transformarnos en nuestros enemigos. A menos que Mahmoud Haji pruebe que estas cosas son falsas, no me quedaré con él a pesar de sus promesas de dinero. Cuando llegue el momento me gustaría conocer a ese Ryan.

A las 13.00 hora Lima el cuadro estaba prácticamente definido. Los números seguían siendo poco atractivos, pensó Diggs, con cinco divisiones concentradas en marcha frente a cuatro brigadas todavía dispersas. Pero tal vez pudiera hacer algo al respecto.

La reducida fuerza de bloqueo saudita al norte de KKMC había resistido espectacularmente durante tres horas, pero ahora la estaban cercandando y debía moverse a pesar de los deseos de la plana mayor saudita y su general. Diggs ni siquiera sabía el nombre del muchacho,

pero esperaba encontrarse con él luego. Con un par de años de entrenamiento adecuado podría convertirse en un extraordinario militar.

Por “sugerencia” de Diggs, la Ciudad Militar Rey Khalid —KKMC— estaba siendo evacuada. Lo único malo era que se quedarían sin puestos de inteligencia. Especialmente los equipos Predator que debían retirarse a la línea de WOLFPACK al norte de Al Artawiyah. Ahora que tenían todo el tiempo para pensarla, la batalla era como un gran ejercicio de entrenamiento en el NTC... Tres cuerpos en lugar de batallones para enfrentar, pero el principio seguía siendo el mismo, ¿no?

Lo que lo preocupaba ahora era una división pesada iraní que estaba cruzando los pantanos al oeste de Basra. El concepto operativo del enemigo dejaba un lugar vacío. Al pasar Kuwait no habían dejado cobertura en el lugar, tal vez porque lo creían innecesario, más probablemente porque creían que podrían tapar el agujero como lo estaban haciendo ahora. Bueno, todo plan tiene su grieta.

Lo mismo que el plan que él había pensado para la Operación BUFORD, seguramente. Pero no veía la famosa grieta, a pesar de que la buscaba hacía más de dos horas.

—¿Estamos de acuerdo, caballeros? —tuvo que preguntar. Todos los oficiales sauditas presentes tenían mayor rango que él pero habían aceptado la lógica de su propuesta. Iban a matarlos *a todos*, no sólo a unos pocos. Los generales asintieron. No volverían a quejarse de dejar KKMC al enemigo. Siempre podrían reconstruirla—. Entonces, la Operación BUFORD se iniciará al caer el sol.

Retrocedieron escalonadamente. Habían aparecido algunos artilleros sauditas que disparaban sus lanzafumígenos para oscurecer el campo de batalla. Apenas aterrizaron, la mitad de los vehículos del mayor Abdullah abandonó sus posiciones y corrió al sur. Las unidades de los flancos ya estaban en marcha desmantelando los intentos de encerramiento que el enemigo había adoptado, probablemente a un alto precio para ambos extremos de la línea saudita.

El helicóptero de Berman nunca llegó y la tarde de acción confusa y ruidosa fue instructiva.

—Venga conmigo, coronel —dijo Abdullah, preparándose para correr a su vehículo de comando, dando por terminada la Primera Batalla de KKMC.

La cabalgata de Grierson

Lo que se veía en el mapa era espantoso. Cualquiera podía verlo, un montón de flechas rojas largas y flechas cortas azules. Los mapas de los noticieros matutinos no se diferenciaban de los de la Sala de Situaciones, y los comentaristas —particularmente los comentaristas “expertos”— explicaban que las fuerzas sauditas y norteamericanas eran superadas en número y estaban pobremente desplegadas de espaldas al mar. Pero luego llegó la transmisión satelital.

—Hemos sabido que hubo feroces batallas aéreas al noroeste —le dijo Donner a la cámara desde “algún lugar en Arabia Saudita”—. Pero los efectivos del Regimiento Blackhorse todavía deben entrar en acción. No puedo decirles dónde estoy ahora... porque no lo sé. La Tropa-B se ha detenido para recargar combustible, vertiendo centenares de galones en esos enormes tanques Abrams M1. Me dicen que es un trabajo arduo. Pero mantienen el mismo estado de ánimo. Los hombres —y las mujeres— del Blackhorse están furiosos —agregó—. No sé qué encontraremos en el horizonte occidental. Lo único que puedo decirles es que estos soldados están tirando de la trailla a pesar de las malas noticias transmitidas por el alto mando saudita. El enemigo está allá afuera en algún lugar. Avanza hacia el sur a gran velocidad y esperamos enfrentarlo al atardecer. Soy Tom Donner, desde el terreno con la Tropa-B, primera del Blackhorse —concluyó el periodista.

—No estuvo mal —comentó Ryan—. ¿Cuándo sale al aire?

Afortunadamente para todos los involucrados, las transmisiones televisivas se realizaban por canales militares encriptados y controlados. No era momento de que la RIU se enterara de quién era quién. No obstante, el comentario negativo sobre la “derrota” del ejército saudita se estaba filtrando. La noticia, filtrada desde Washington y deliberadamente no comentada por el Pentágono, estaba siendo aceptada como un Evangelio. Jack estaba bastante preocupado por eso, aunque en abstracto le resultaba gracioso que los medios estuvieran malinformando sin que se lo pidieran.

—Esta noche. Tal vez antes —replicó el general Mickey Moore—. Allá atardecerá dentro de tres horas.

—¿Podremos hacerlo? —preguntó POTUS.

—Sí, señor.

WOLFPACK, Primera Brigada de la Guardia Nacional de Ca-

rolina del Norte, estaba formada. Eddington subió a un Black Hawk UH-60 para sobrevolar sus unidades de avanzada. LOBO, su 1er. Batallón, estaba posicionado en el borde izquierdo del camino entre Al Artawiyah y KKMC. WHITEFANG, el 2do., estaba al oeste del camino. COYOTE, el 3ro., era la reserva de maniobras y estaba posicionado al oeste porque se suponía que allí tendría mejores posibilidades. Dividió el batallón de artillería en dos segmentos capaces de cubrir los extremos izquierdo o derecho, y también el centro. No tenía ventajas aéreas y sólo había podido conseguir tres Black Hawks. También contaba con un grupo de inteligencia, un batallón de refuerzo, personal médico y todas las otras cosas propias de una brigada. Delante de los dos batallones de primera línea había un elemento de reconocimiento cuya misión era, primero, informar, y segundo, arrancarle los ojos al enemigo en cuanto apareciera. Había pensado en pedirle algunos helicópteros al Undécimo ACR, pero conocía los planes de Hamm y pedirlos hubiera sido una pérdida de saliva. Miró hacia abajo y vio que la línea de avanzada de M1A2 y Bradleys había encontrado lugares cómodos, principalmente detrás de liseras y mini-dunas. Siempre buscaban ubicarse detrás de terreno elevado para que sólo se viera la parte superior de la torre o ni siquiera eso. Sólo la cabeza del comandante y un par de binoculares bastarían en la mayoría de los casos. Los tanques estaban separados por al menos trescientos metros, generalmente más. Eso los volvía un blanco demasiado disperso para la artillería o el ataque aéreo enemigos. Le habían aconsejado no preocuparse por este último, pero de todos modos se preocupaba. Sus comandantes subordinados conocían su trabajo tanto como puede conocerlo un reservista, y la verdad del asunto era que la misión había sido sacada tal cual era de los libros escritos por Guderian y puestos en práctica por Rommel y todos los comandantes montados desde entonces.

La retirada empezó con una estampida a treinta y cinco millas por hora, suficiente para escapar al fuego de artillería y dar el aspecto de la derrota que Berman inicialmente creyó que era... hasta que recordó que él tenía la costumbre de dejar atrás el fuego enemigo por lo menos quince veces tan rápido como lo estaban haciendo esos vehículos mecanizados. Avanzaban con las compuertas abiertas y Berman se paró y miró hacia atrás, más allá de las explosiones pardonegruzcas del fuego de artillería. Jamás había sabido cómo era una situación defensiva. Esencialmente solitaria, pensó. Había esperado encontrar vehículos y hombres agazapados, olvidándose de lo que él mismo les hacía cuando los detectaba desde el aire. Vio algo que debían ser cincuenta columnas de humo, provenientes de vehículos destrozados por la Guardia Nacional saudita. Tal vez no se tomaran el entrenamiento demasiado en serio —eso había oído decir—, pero habían defendido su tierra contra una fuerza por lo menos cinco veces mayor en tamaño, conteniéndola durante tres horas.

No obstante, lo habían pagado caro. Miró hacia atrás y contó

solamente quince tanques y ocho carros de infantería. Tal vez hubiera más que no podía ver por las nubes de polvo. Levantó la vista hacia lo que esperaba fuera un cielo amistoso.

Lo era. El tanteador marcaba cuarenta bombarderos de la RIU derribados, todos aire-a-aire, contra seis pérdidas norteamericanas y sauditas, todas tierra-a-aire. La fuerza aérea enemiga no había podido superar la ventaja representada por la cobertura aérea de radar de los aliados, y lo mejor que podía decirse era que habían dedicado sus mejores esfuerzos a atacar las fuerzas terrestres, que de otro modo no hubieran sido obstaculizadas. Sólo los F-15E Strike Eagles eran realmente aptos para todo clima (la noche se considera una condición climática). La Inteligencia de la RIU estimó que había aproximadamente veinte de esas naves y que por consiguiente no harían mucho daño. Las divisiones de avanzada hicieron un alto antes de llegar a KKMC para recargar combustible y rearmarse. Sus comandantes pensaron que faltaba poco para llegar a Riyadh y que entrarían allí antes de que los norteamericanos pudieran reorganizarse. Todavía tenían la iniciativa y estaban a mitad de camino de su objetivo.

PALM BOWL les seguía el rastro alimentándose de las interferencias radiales del sudoeste, y acababa de detectar una nueva amenaza al norte de una división acorazada iraní. Tal vez la RIU había esperado que, estando los sauditas fuera de combate o al menos seriamente comprometidos, los kuwaitíes se sentirían intimidados y no se atreverían a actuar. En todo caso había sido una expresión de deseos. Las fronteras podían cruzarse en dos direcciones y el gobierno de Kuwait supuso correctamente que no hacer nada sólo serviría para empeorar las cosas, no para mejorarlas. Una vez más se necesitaba otro día para componer las cosas, pero esta vez era el enemigo el que necesitaba el tiempo extra. El Escuadrón de Caballería Aéreo (Infantería Heliportada), 4to. del Décimo, despegó veinte minutos después del ocaso con dirección norte. Había algunas unidades ligeras motorizadas de guardia en la frontera que pronto serían relevadas por la unidad que en ese momento estaba cruzando el delta del Tigris-Éufrates. Comprendía dos batallones de tropas en camiones y vehículos acorazados livianos. Habían hablado bastante por radio para mover las unidades hacia adelante y hacia atrás, pero extrañamente no estaban preparados para ser atacados por una nación diez veces menor en tamaño que la suya. Durante la siguiente hora los veintiséis Apaches del Buffalo los cazarían con cañones y fuego sostenido, abriendo una brecha para la brigada mecanizada liviana de Kuwait, cuyos vehículos de reconocimiento se dedicarían a buscar y encontrar los elementos líderes del ejército iraní. Cinco kilómetros atrás había un batallón pesado guiado por información de reconocimiento, y la primera sorpresa mayor de la noche para la RIU fue la aparición de veinte tanques, seguida dos segundos después por quince disparos

mortales. La segunda sorpresa tuvo que ver con la confianza. Como su primer contacto con el enemigo fue exitoso, los elementos kuwaitíes emprendieron gustosamente el ataque. Todo les parecía perfecto. Los sistemas de visión nocturna funcionaban. Las armas funcionaban. Tenían acorralado al enemigo.

En PALM BOWL, el mayor Sabah escuchó los radiollamados. Resultó que la única brigada de la 4ta. División Acorazada iraní, una formación de reserva, había atravesado el terreno alegre e inadvertidamente, metiéndose en la boca del lobo. Sabah pensó que era casi tan justo como lo que le había pasado a su país la mañana del 1° de agosto de 1990. Tres horas después de la puesta del sol, la única ruta de acceso al sur de Irak estaba completamente bloqueada y con ella los refuerzos del Ejército de Dios. Las bombas de precisión derribarían puentes durante toda la noche para asegurarlo. Era una pequeña batalla para su pequeña nación, pero el ganarla significaría mucho para los aliados.

El Buffalo ya estaba moviendo sus elementos terrestres hacia el oeste cuando el escuadrón de caballería aérea regresó a recargar combustible y rearmarse mientras el ejército kuwaití defendía la retaguardia aliada, dispuesto a la batalla.

El I Cuerpo de la RIU había estado en reserva hasta el momento. Una de sus divisiones estaba conformada por el ex primer Acorazado iraní, "Los Inmortales", acompañada por otra división acorazada formada principalmente por guardias republicanos sobrevivientes y una nueva clase de reclutas no alcanzados por la guerra de 1991. El II Cuerpo había atravesado la frontera y avanzado hacia KKMC, perdiendo en el combate más de un tercio de su fuerza. Una vez cumplida esa tarea se dirigió a la izquierda y al este, abriendo la marcha para el I Cuerpo, todavía intacto excepto por algunos ataques aéreos, y el III Cuerpo, también intacto. El II Cuerpo protegería el flanco de la fuerza de avanzada contra los contraataques esperados del lado del mar. Todas las unidades, de acuerdo con la doctrina, enviaron fuerzas de reconocimiento apenas oscureció.

Las unidades líderes rodearon KKMC sin encontrar oposición. Envalentonado, el comandante del batallón de reconocimiento envió unidades directamente a la ciudad, a la que encontraron despoblada. La mayoría de los ciudadanos había abandonado sus casas el día anterior. Le pareció lógico. El Ejército de Dios estaba avanzando, y aunque había sufrido algunas pérdidas, los sauditas no podrían detenerlo. Satisfecho, se dirigió al sur, esta vez con más cautela. Seguramente encontraría oposición más adelante.

El destacamento MP de Eddington había hecho su trabajo enviando gente al sur. Al principio había visto algunas caras, pero finalmente pudo ver lo que había entre KKMC y Al Artawiyah. WOLFPACK no podía ocultar todo. Las unidades MP sauditas atravesaron la patrulla

de reconocimiento a las 21.00 hora local. Dijeron que no había nada detrás de ellas. Se equivocaban.

Con sus vehículos livianos al frente y sus carros de combate en la retaguardia, el mayor Abdullah había pensado en seguir resistiendo, pero no tenía poder de combate para resistir lo que se venía. Sus hombres estaban exhaustos después de veinticuatro horas de operaciones de combate continuas, y los más agotados eran los conductores de los tanques. La posición que ocupaban en el frente de los vehículos era tan cómoda que muchas veces se quedaban dormidos y eran despertados por los gritos de los comandantes o el golpe del tanque que salía del camino y caía en la zanja. Además, había esperado hacer contacto con unidades amigas... pero el día anterior había comprobado que los campos de batalla eran cualquier cosa menos lugares amistosos.

Al principio aparecieron como burbujas blancas en los registros térmicos de imágenes. Eddington, en su puesto de comando, sabía que podía haber algunos rezagados sauditas y había advertido a su patrulla de reconocimiento al respecto, pero sólo cuando los Predators nocturnos subieron al cielo estuvo seguro. Las compuertas chatas distintivas de los tanques M1A2 se veían con claridad a través de los visores térmicos. Transmitió esta información a HOOTOWL, su destacamento de reconocimiento, pero la tensión disminuyó cuando las burbujas informes de sus sistemas de visión fueron convirtiéndose en perfiles amistosos. No obstante quedaba la posibilidad de que los vehículos amigos hubieran sido capturados y el enemigo los estuviera utilizando.

Los efectivos encendieron bengalas y las arrojaron al camino. Los camiones de avanzada se detuvieron prácticamente sobre ellas, aunque estaban avanzando muy despacio y sin luces. Un grupo de oficiales sauditas asignados a WOLFPACK verificó la identidad de los camiones y les hizo señas de seguir hacia el sur. El mayor Abdullah llegó diez minutos después y bajó de un salto de su vehículo de comando, acompañado por el coronel Berman. Los guardias norteamericanos les dieron comida y agua en primer lugar, y luego café GI (un café especial que triplica la cantidad normal de cafeína).

—Están lejos, pero vienen hacia aquí, —dijo Berman— Mi amigo Abdullah... bueno, tuvo un día muy ajetreado.

El mayor saudita estaba al borde del colapso, sus facultades físicas y mentales exhaustas como nunca antes. No obstante se acercó al puesto de comando HOOTOWL e, inclinado sobre el mapa, transmitió todo lo que sabía con la mayor coherencia posible.

—Debemos detenerlos —concluyó.

—Mayor, si avanza unas diez millas más verá el más grande bloqueo de caminos de su vida. Buen trabajo, hijo —le dijo el abogado de Charlotte a Abdullah. El mayor volvió a su vehículo—. ¿Fue tan duro? —le preguntó a Berman cuando el saudita ya no podía oírlos.

—Sé que destruyeron cincuenta tanques, y eso fue lo único que pude ver —dijo Berman, mientras bebía café de un jarro metálico—. Pero están viniendo más, muchos más.

—¿En serio? —preguntó el abogado/teniente coronel—. Eso nos viene bárbaro. ¿No quedan aliados detrás de ustedes?

Berman negó con la cabeza.

—Ni por casualidad.

—Ahora quiero que vaya al camino, Berman. A diez millas de aquí hay un gran espectáculo, ¿me oye?

Parecían norteamericanos, pensó Berman, con sus BDU para desierto y las caras pintadas bajo los cascos Fritz estilo alemán. Afuera estaba oscuro y sólo las estrellas le permitían diferenciar la tierra del cielo. La luna aparecería más tarde pero no serviría de mucho. El comandante tenía un HMMWV con varios aparatos de radio. A lo lejos pudo ver un Bradley, algunos efectivos y casi nada más. Pero se paraban como norteamericanos y hablaban como norteamericanos.

—HOOT-SEIS, aquí Dos-Nueve.

—Dos-Nueve, adelante Seis. —El comandante atendió el radio-llamado.

—Tenemos movimiento cinco millas al norte de nuestra posición. Dos vehículos asoman la nariz por el horizonte.

—Entendido, Dos-Nueve. Manténganos informados. Fuera. —Se volvió hacia Berman—. Adelante, coronel. Tenemos trabajo que hacer.

Había un escudo en los flancos. Sería el II Cuerpo enemigo, pensó el coronel Hamm. Su línea delantera de helicópteros Kiowa lo estaba vigilando. Los Kiowas —la versión militar del Bell 206, el helicóptero más usado en Estados Unidos para informar congestiones de tránsito— eran muy hábiles para ocultarse, con frecuencia detrás de colinas y riscos, utilizando sólo su periscopio electrónico para escrutar el terreno mientras el piloto mantenía la aeronave suspendida, viendo sin ser vista. En ese momento Hamm tenía seis en el aire. Eran los helicópteros de avanzada de su 4to. Escuadrón, diez millas adelante de sus elementos terrestres que todavía estaban treinta millas al sudeste de KKMC. Mientras observaba el despliegue en el vehículo de la Guerra de las Galaxias, los técnicos convertían la información de los Kiowas en data gráfica para distribuir a los vehículos de combate que tenía a cargo. Inmediatamente después llegó información de los Predators que cubrían los caminos y el desierto al sur de la ciudad capturada. También había uno sobrevolando KKMC. Las calles estaban atestadas de camiones de combustible y abastecimiento. Era un lugar conveniente para esconderlos.

Lo más importante era que los sensores electrónicos estaban funcionando. Las fuerzas de la RIU se estaban moviendo demasiado rápido para seguir apelando al silencio radial. Los comandantes necesitaban hablar entre ellos. Las fuentes se estaban moviendo de manera predecible, hablando casi todo el tiempo, ya que los comandantes debían informar a las sub-unidades dónde ir y qué hacer, obtener información y transmitirla a su vez a la cadena de mando. Había identificado dos brigadas CP y probablemente una división.

Hamm analizó el cuadro general. Dos divisiones se estaban moviendo al sur desde KKMC. Supuso que se trataría del I Cuerpo enemigo desplegado sobre un frente de diez millas, con dos divisiones

avanzando en columnas de brigadas, una brigada de tanques al frente y la artillería móvil exactamente detrás de ella. El II Cuerpo se estaba moviendo a la izquierda para proteger los flancos. El III Cuerpo aparentemente estaba en reserva. El despliegue de fuerzas era convencional y predecible. El primer contacto con WOLFPACK se produciría dentro de una hora. Hasta ese momento no haría nada y permitiría que el I Cuerpo se trasladara del norte al sur y de derecha a izquierda a lo largo de su propio frente.

No había tiempo de preparar adecuadamente el campo de batalla. La Guardia no tenía un destacamento de excavadores y tampoco minas anti-tanque para sembrar el terreno. No habían tenido tiempo de preparar obstáculos y trampas. Hacía apenas diez horas que estaban en el lugar. Lo único que tenían era un plan de ataque. WOLFPACK podría hacer disparos cortos adonde quisiera, pero todo el fuego profundo debería estar dirigido al oeste del camino.

—Es una muy buena imagen, señor —comentó su oficial de inteligencia S-2.

—Envíela. —Todos los vehículos de combate del Blackhorse recibieron la misma imagen digital del enemigo que tenía él. Hamm tomó la radio.

—WOLFPACK-SEIS, aquí BLACKHORSE-SEIS.

—Aquí WOLFPACK-SEIS-ACTUAL. Gracias por la información, coronel —replicó Eddington por radio digital. Ambas unidades sabían dónde estaban los amigos—. Supongo que los primeros contactos serán dentro de una hora.

—¿Listo para atacar, Nick? —preguntó Hamm.

—Ya no sé cómo contener a mis muchachos, Al. Estamos preparados —aseguró Eddington—. Ya podemos visualizar sus fuerzas de avanzada.

—Buena suerte, Nick.

—Blackhorse —replicó Eddington.

Hamm llamó a BUFORD-SEIS.

—Tengo la imagen, Al —dijo Marion Diggs, cien millas atrás y bastante molesto por eso. Estaba mandando a sus hombres a la batalla por control remoto y eso no le gustaba nada.

—Está bien, señor, estamos posicionados. Lo único que tienen que hacer es atravesar la puerta.

—Entendido, BLACKHORSE. Seguiremos aquí. Fuera.

La tarea más importante estaba ahora a cargo de los Predators. Los operadores UAV, en el sector de inteligencia de Hamm, hicieron ascender las mininaves para minimizar el riesgo de que fueran detectadas o escuchadas. Las cámaras de los Predators apuntaban hacia abajo, contando y chequeando locaciones. Los Inmortales estaban sobre la izquierda enemiga y la ex-División de Guardias iraquí sobre la derecha, al oeste del camino. Avanzaban constantemente con los batallones alineados y compactos para lograr el máximo de poder y efecto de choque si encontraban oposición, diez millas atrás de sus propios equipos de reconocimiento. Detrás de la brigada líder avanzaba la artillería. Esta fuerza estaba dividida en dos y, mientras los norte-

americanos observaban la información de inteligencia, una de las mitades se detuvo, se dispersó y se posicionó para cubrir el avance de la otra mitad. De nuevo se trataba de un plan sacado textualmente de los libros. Estarían en posición durante noventa minutos. Los Predators sobrevolaron la línea de artillería y marcaron sus posiciones. La información fue transmitida a las baterías aliadas. Enviaron otros dos Predators. Estos dos se dedicaron a detectar la localización exacta de los vehículos de comando enemigos.

—Bueno, no estoy seguro de que esto salga al aire —le dijo Donner a la cámara—. Estoy aquí, dentro del Bravo-Tres-Dos, vehículo de exploración número dos del 3er. Pelotón de la Tropa-B. Acabamos de recibir información sobre la posición del enemigo. En este momento está veinte millas al oeste de nosotros, aproximadamente. Por lo menos hay dos divisiones avanzando en dirección sur por el camino a la Ciudad Militar Rey Khalid. Sé que una brigada de la Guardia Nacional de Carolina del Norte está en posición de bloqueo. Llegaron con el Undécimo Regimiento de Caballería porque estaban realizando entrenamiento de rutina en el Centro Nacional de Entrenamiento, el NTC.

”El estado de ánimo imperante aquí... bueno, ¿cómo explicarlo? Los efectivos del Regimiento Blackhorse son casi como médicos, por extraño que parezca. Estos hombres están furiosos por lo que ha pasado en su país y he hablado con ellos al respecto. Están listos para lo que sea, como los médicos que esperan la llegada de la ambulancia en la sala de guardia. El ambiente es tranquilo. Acabamos de enterarnos de que dentro de unos minutos nos moveremos en dirección oeste, hacia el punto de ataque.

”Quiero agregar un comentario personal. Hace poco, como ya sabrán, violé una regla de mi profesión. Obré mal. Fui embaucado, pero la culpa fue mía. Hoy me enteré de que el presidente en persona pidió que me enviaran aquí... ¿tal vez para que me maten? —bromeó Donner—. No, claro que no. La gente de los medios vive esperando situaciones como ésta. Estoy en un lugar que será histórico, rodeado por otros norteamericanos que tienen una importantísima tarea por delante, y sea cual fuere el resultado final de todo esto, es aquí donde debe estar un verdadero periodista. Gracias por haberme dado la oportunidad, presidente Ryan.

”Soy Tom Donner, al sudeste de KKMC, con la Tropa-B, 1er. Escuadrón del Blackhorse. —Bajó el micrófono—. ¿Grabó?

—Sí, señor —respondió el spec-5 del ejército. Luego preguntó algo por micrófono—. De acuerdo, subió al satélite, señor.

—Buen tiro, Tom —dijo el comandante del vehículo, encendiendo un cigarrillo—. Venga conmigo. Le mostraré cómo funciona el IVIS y... —Se detuvo, apretando el casco con la mano para escuchar el mensaje radial—. En marcha, Stanley —le ordenó al conductor—. Está por empezar la función.

Los dejó entrar. El comandante de la patrulla de reconocimiento del WOLFPACK era un abogado criminalista que se había graduado en West Point y optado por una carrera civil. Pero el bichito militar —lo pensaba en esos términos— nunca lo había abandonado del todo, aunque no sabía por qué. Ya tenía cuarenta y cinco años y venía prestando servicio de una u otra manera durante casi treinta años de prácticas extenuantes y rutinas entorpecedoras que le habían quitado tiempo a él y a su familia. Ahora, en la línea del frente de su fuerza de reconocimiento, por fin supo por qué.

Los carros de avanzada enemigos estaban dos millas adelante. Calculó dos pelotones a primera vista, un total de diez vehículos dispersos a lo largo de tres millas de terreno, moviéndose de a tres o de a cuatro en la oscuridad. Tal vez tuvieran equipos de luz baja. No estaba seguro, pero debía suponer que sí. Gracias al sistema térmico supo que se trataba de vehículos BRDM-2 de cuatro ruedas, pertrechados con ametralladoras pesadas o misiles anti-tanque. Vio ambas versiones, pero estaba buscando especialmente el de las cuatro antenas de radio. Ése sería el vehículo del comandante del pelotón o compañía...

—Detectamos antena directamente al frente —informó el comandante de un Bradley cuatrocientos metros a la derecha del coronel—. Alcance dos kilómetros, empezando a moverse.

El oficial-abogado asomó la cabeza por encima de la loma y observó con su visor térmico. Era un momento tan bueno como cualquiera.

—HOOTOWL, aquí SEIS, partida en diez segundos, repito, partida en diez segundos. Cuatro-Tres, prepárese.

—Cuatro-Tres preparado, SEIS. —El Bradley efectuaría el primer disparo. El tirador, sentado en la pequeña torre, intensificó la imagen para localizar el objetivo. Seleccionó munición de alto explosivo incendiaria-trazadora. El BRDM no era lo suficientemente duro para necesitar los proyectiles de alto explosivo perforante que tenía en las cámaras de doble alimentación de su cañón Bushmaster. Centró el blanco en la mira y la computadora a bordo ajustó el alcance.

—Traga tu propia mierda y muere —dijo el tirador por interfon.

—HOOTOWL, SEIS, inicio de fuego, inicio de fuego.

—¡Fuego! —ordenó el comandante. El tirador disparó tres salvas de su cañón de 25 mm. Los proyectiles incendiarios-trazadores atravesaron en línea recta el desierto y dieron en el blanco. El comando BRDM ardió convertido en una bola de fuego y el tanque de combustible explotó—. ¡Blanco! —dijo instantáneamente el comandante, confirmando la destrucción del blanco enemigo—. Muévase transversalmente a la izquierda, blanco.

—¡Identificado! —dijo el tirador.

—¡Fuego! —Un segundo después—: ¡Blanco! ¡Alto el fuego, transversal derecha! ¡Blanco, dos en punto, alcance mil quinientos! —La torre del Bradley rotó en sentido contrario cuando los carros enemigos empezaron a reaccionar.

—¡Identificado!

—¡Fuego! —Y el tercero fue aniquilado diez segundos después que el primero.

En menos de un minuto todos los BDRM que había avistado el comandante estaban ardiendo. El resplandor blanquísimo del fuego le dificultaba la visión. Aparecieron otras dos luces a la izquierda y a la derecha de su posición.

—¡Muévanse, aplástenlos! —fue la orden.

A través de diez millas de desierto, veinte Bradleys salieron de sus escondites y avanzaron, sin retroceder jamás, con sus torres girando y sus tiradores a la caza de carros enemigos. Se inició una batalla corta, viciosa y rápida, que duró diez minutos. Los BMRD intentaron reaccionar pero no pudieron disparar efectivamente. Lanzaron dos misiles anti-tanque Sagger que cayeron lejos de sus objetivos y explotaron en la arena en el mismo momento en que los vehículos que los habían lanzado eran destruidos por el fuego de los Bushmaster. Las ametralladoras pesadas del enemigo no tenían poder suficiente para perforar el blindaje de aluminio soldado de los Bradley. La fuerza enemiga, compuesta por treinta vehículos en total, fue exterminada y HOOTOWL se adueñó de ese sector del campo de batalla.

—WOLFPACK, aquí HOOT-SEIS-ACTUAL, creo que los tenemos a todos. La fuerza de avanzada está en llamas. No sufrimos bajas —agregó. Aleluya, pensó, esos Bradley sí que sabían disparar.

—Interceptamos tráfico radial, señor —dijo el operador de ELINT más próximo a Eddington—. Ahora hay más.

—Está pidiendo fuego de artillería —tradujo rápidamente el oficial de inteligencia saudita.

—HOOT, esperen fuego en breve —advirtió Eddington.

—Entendido. HOOT avanza.

Avanzar era más seguro que quedarse en el lugar o retroceder. Los Bradley y los Hummer pusieron rumbo al norte en busca de la fuerza de reconocimiento suplementaria del enemigo —tenía que haberla— que probablemente se estaría moviendo, sin duda con cautela, en dirección a los comandos de brigada aliados. El teniente coronel de la Guardia sabía que ésta sería la batalla de reconocimiento, previa al combate principal, donde los pesos livianos dirimirían su contienda antes que los pesos pesados. Pero había una diferencia. Él podría seguir diseñando el campo de batalla para WOLFPACK. Esperaba encontrar otra compañía de vehículos de reconocimiento seguida de cerca por una unidad de avanzada de tanques y BMP. Los Bradley estaban equipados con misiles TOW anti-tanque o contracarro y el Bushmaster había sido diseñado con el expreso propósito de acabar con el carro de infantería que denominaban *bimp*. Más aún, aunque el enemigo supiera dónde estaba ahora la Fuerza Azul de reconocimiento —o dónde había estado—, esperaría que retrocediera, no que avanzara.

Todo quedó claro dos minutos después, cuando se produjo una ráfaga de fuego aéreo detrás de los Bradleys que avanzaban. El otro

bando se guiaba por los libros, mejor dicho por el viejo libro soviético. No era un mal libro, pero los norteamericanos también lo habían leído. HOOTOWL avanzó un kilómetro más y se detuvo detrás de una conveniente hilera de lomas bajas. El coronel/abogado informó por radio su nueva posición.

—BUFORD, aquí WOLFPACK, estamos en contacto —le informó Eddington a Diggs—. Acabamos de destruir un elemento de reconocimiento enemigo. Nuestras fuerzas están en condiciones de visualizar la avanzada. Mis intenciones son un contacto breve y empujarlos atrás y a la derecha, al sudeste. Estamos recibiendo fuego de artillería entre el cuerpo principal y la fuerza de avanzada. Cambio.

—Entendido, WOLFPACK —Diggs vio los Bradley en marcha en su pantalla de comando, moviéndose en línea recta pero bien dispersos. Luego empezó a detectar movimiento. Parecían símbolos enemigos desconocidos en el sistema de comando IVIS.

Todo era muy frustrante para el general al mando. Sabía todo lo que se puede saber sobre el desarrollo de una batalla. Ahora tenía la capacidad de decirles qué hacer a los pelotones, dónde ir, contra quién disparar... *pero no podía permitirse hacerlo*. Había aprobado las intenciones de Eddington, Hamm y Magruder, coordinando sus planes en espacio y tiempo, y ahora como comandante debía permitirles hacerlo a su manera, interfiriendo sólo si algo andaba mal o se presentaba una situación inesperada. El comandante de las fuerzas norteamericanas en el Reino era ahora un simple espectador. Movi6 la cabeza, anonadado. Sabía que sería así. Pero no había previsto que dolería tanto.

Ya era casi la hora. Los escuadrones de Hamm avanzaban en fila, cubriendo sólo diez kilómetros cada uno, pero separados por intervalos también de diez kilómetros. En cada caso, los comandantes de escuadrón habían optado por mandar tropas de avanzada y mantener los tanques en reserva. Cada escuadrón tenía nueve tanques y trece Bradleys, más dos carros M113 porta-mortero. Frente a ellos, ahora a siete kilómetros de distancia, estaban las brigadas del II Cuerpo de la RIU, diezmadas por las batallas al norte de KKMC, debilitadas, pero probablemente en estado de alerta. No hay nada como la muerte violenta para despertar la atención de los dormidos. Los helicópteros y Predators habían localizado y definido sus posiciones. Sabían dónde estaban. Ellos todavía no sabían dónde estaba él... probablemente. Sin duda estarían tratando de enterarse. Su orden final a los helicópteros fue un barrido más del terreno comprometido en busca de un grupo de avanzada enemigo. Todo lo demás estaba bien identificado. Cincuenta millas atrás, sus Apaches y Kiowas iniciaron el despegue para participar del evento central.

Los F-15 Strike Eagles estaban bien al norte. Habían perdido dos

ese mismo día, incluyendo el del comandante del escuadrón. Ahora, protegidos por bombarderos F-16 con equipos HARM, derribaban puentes y terraplenes a lo largo del estuario mesopotámico con bombas inteligentes. Podían ver tanques en el terreno, algunos incendiándose al oeste de los pantanos y otros intactos, arracimados al este. En una hora destruyeron todas las rutas.

Los F-15C sobrevolaban el área de KKMC, siempre bajo control AWACS. Un grupo de cuatro volaba más alto, fuera del radio de alcance de los SAM móviles de la fuerza de avanzada terrestre. Su tarea era interceptar los bombarderos de la RIU que pudieran obstaculizar la marcha de las cosas. El resto iba a la caza de helicópteros pertenecientes a las divisiones acorazadas. Esa clase de cacería no tenía el prestigio de un golpe mortal infligido en combate... pero un golpe mortal era un golpe mortal, y además podían darlo con impunidad casi absoluta. Lo mejor de todo era que los generales viajaban en helicóptero y en este caso serían parte de los equipos de reconocimiento de la RIU. Según el plan, no podían permitirles pasar.

Abajo se había corrido rápidamente la voz. Sólo habían derribado tres helicópteros durante el día, pero con la llegada de la oscuridad habían destruido la mitad de los primeros en despegar en menos de diez minutos. Era muy diferente de la última vez. Esta cacería era muy fácil. El enemigo, en la ofensiva, debía presentar batalla... no podía esconderse en refugios, no podía dispersarse. Eso les gustaba a los pilotos de los Eagles. Un piloto al sur de KKMC localizó un helicóptero en su radar, seleccionó AIM-120 y lanzó el misil en cuestión de segundos. Observó el recorrido del misil. La bola de fuego que generó fue a estrellarse contra la tierra. Una parte de él pensaba que era una estupidez perder así un Slammer en perfectas condiciones. Pero un disparo mortal era un disparo mortal, y siempre valía la pena. Ése sería el último helicóptero derribado de la noche. El control Centinela E-3B informó a los pilotos que estaban ingresando helicópteros aliados en el área de batalla y los Eagles guardaron sus armas.

Menos de la mitad de los tiradores sentados en los Bradleys había lanzado misiles TOW en la realidad, aunque todos lo habían hecho centenares de veces en simulacros. HOOTOWL esperó que la fuerza de avanzada ingresara al radio de alcance. Era una trampa. La unidad suplementaria de reconocimiento estaba todavía más cerca. Los Bradley la enfrentaron primero en un contacto de fuego sostenido más equilibrado que los anteriores. De hecho había dos BRDM detrás de la línea exploradora norteamericana. Los dos giraron instantáneamente. Uno casi le pasó por encima a un HMMWV, destruyéndolo con su ametralladora antes de que un Bradley lo hiciera volar en pedazos. El vehículo acorazado corrió al lugar del incidente y encontró sólo un sobreviviente herido de los tres tripulantes del Hummer. Los infantes se ocuparon de atenderlo mientras el conductor subía a la liserá y el tirador elevaba el lanzador de TOW.

El grupo líder de tanques estaba disparando, buscando el res-

plandor de los cañones de los Bradley y activando sus sistemas de visión nocturna. Nuevamente hubo una batalla breve y confusa sobre el terreno oscuro y yermo. Un Bradley explotó por acción del fuego enemigo y toda su tripulación murió. El resto lanzó dos misiles cada uno, destruyendo veinte tanques enemigos en respuesta. En ese momento el comandante les ordenó regresar, justo a tiempo para salvarlos de las ráfagas de artillería ordenadas por el comandante enemigo. HOOTOWL dejó atrás un Bradley, dos Hummers y las primeras bajas terrestres norteamericanas en la Segunda Guerra del Golfo Pérsico. Las pérdidas fueron informadas inmediatamente por radio.

Acababan de almorzar en Washington. El presidente había comido liviano y la noticia llegó a la Sala de Situaciones justo después de que había terminado. Miró el plato con reborde de oro, la corteza del pan de su emparedado y las papas fritas que no había probado. La noticia de las muertes lo golpeó con fuerza, con más fuerza si cabe que las bajas del USS *Yorktown* o los seis aviadores desaparecidos... Desaparecidos no significaba necesariamente muertos, ¿no? Se permitió pensarlo así. Esos hombres sí estaban muertos. Eran guardias nacionales. Soldados ciudadanos cuya función más común era socorrer víctimas de inundaciones y huracanes...

—Señor presidente, ¿usted hubiera ido a cumplir esta misión? —preguntó el general Moore antes de que Robby Jackson pudiera abrir la boca—. Si volviera a tener veintitantos años, fuera marine y lo convocaran, iría, ¿verdad?

—Supongo que... No, no, iría. Claro que iría. Sería mi deber.

—Lo mismo hicieron ellos, señor —dijo Mickey Moore.

—Es nuestro trabajo, Jack —intervino Robby—. Nos pagan para eso.

—Sí. —Tenía que admitir que a él también le pagaban para eso.

Los cuatro Nighthawks F-117 aterrizaron en Al Kharj y carretearon a los refugios. Los transportes de pilotos y tripulantes de reserva estaban exactamente detrás. Los oficiales de inteligencia de Riyadh recibieron al último grupo, y llevaron aparte a los pilotos de reserva para informarles su primera misión en una guerra que acababa de comenzar en grande.

El general mayor a cargo de la División Inmortales estaba en su vehículo de comando tratando de entender lo que ocurría. Hasta el momento había sido una guerra satisfactoria para él. El II Cuerpo había hecho su trabajo, abriendo la brecha para que pasara la fuerza principal. Hasta hacía una hora el cuadro era a la vez claro y agradable. Sí, había fuerzas sauditas rumbo al oeste en su búsqueda, pero estaban casi a un día de distancia. Cuando llegaran él ya estaría en los suburbios de la capital saudita, y además tenía otros planes para ellos.

Al alba, el II Cuerpo saltaría al este desde su escondite a la izquierda de los Inmortales, hacia los yacimientos petrolíferos. Esa maniobra daría qué pensar a los sauditas. Ciertamente le concedería un día más en el que, con suerte, atraparía a algunos miembros del gobierno saudita, si no a todos. Tal vez incluso a la familia real... Si huían, y tal vez lograran hacerlo, el reino quedaría acéfalo y entonces su país habría ganado la guerra.

Hasta ese punto había sido costosa. El II Cuerpo había pagado el precio de media fuerza de combate para que el Ejército de Dios llegara a donde estaba ahora, pero la victoria siempre se pagaba cara. Su fuerza de avanzada había desaparecido de la red radial. Habían anunciado contacto con fuerzas desconocidas, pedido refuerzos de artillería y después nada. Sabía que había una fuerza saudita en algún lugar más adelante. Sabía que eran los restos de la 4ta. Brigada, a la que el II Cuerpo casi había inmolado, aunque no del todo. Sabía que la 4ta. había resistido al norte de KKMC y luego retrocedido... Probablemente le habían ordenado resistir para que la ciudad fuera evacuada... y probablemente todavía tenía la fuerza suficiente para aniquilar a su propia fuerza de reconocimiento. Lo que no sabía era dónde estaba el Regimiento de Caballería norteamericano... Tal vez al este. Sabía que podía haber otra brigada norteamericana en algún lugar, casi seguro también al este. Necesitaba helicópteros, pero había perdido el único que tenía por acción del fuego norteamericano, junto con su jefe de inteligencia. Felicitaciones para los que le habían prometido apoyo aéreo. El único bombardero amigo que había visto en todo el día era un agujero humeante en la tierra al este de KKMC. Pero aunque los norteamericanos lo averiaran, no podrían detenerlo, y si llegaba a Riyadh a tiempo, enviaría tropas a cubrir la mayoría de las pistas de aterrizaje sauditas aniquilando así esa amenaza. Entonces, la clave de la operación era avanzar a la mayor velocidad posible. Una vez tomada esa decisión, ordenó a su brigada líder emprender la marcha como estaba previsto, contando con el equipo de avanzada para tareas de reconocimiento. Acababan de reportar contacto y una batalla, además de las pérdidas sufridas e infligidas a un enemigo todavía no identificado, pero que se había retirado después de un breve intercambio de fuego sostenido. Era posible que se tratara de aquella fuerza saudita, decidió. La aniquilaría después del amanecer. Dio las órdenes pertinentes, informó sus intenciones a su staff y dejó el puesto de comando para adelantarse. Quería ver qué pasaba en el frente, como debía hacerlo todo buen general. Mientras tanto, el staff comenzó a radiotransmitir las órdenes a los comandantes subordinados.

Los Kiowa reportaron algunos elementos de exploración. No muchos. Probablemente los habían diezmado camino al sur, pensó el coronel Hamm. Ordenó a uno de sus escuadrones maniobrar a la derecha para evitarlos y pidió a su comandante aéreo que enviara un Apache a destruir ése en unos minutos. Uno de los otros tres podría ser sobrepasado fácilmente. El tercero estaba directamente en el cami-

no del 3er. Escuadrón y eso era bastante malo. La posición de los BRDM estaba marcada en la pantalla IVIS, junto con la mayoría del vapuleado II Cuerpo de la RIU.

Los Inmortales también estaban vapuleados. Eddington vio que el grupo de avanzada, con los elementos líderes de la fuerza principal pegados a los talones, acababa de ingresar al radio de alcance de sus tanques, a unos veinte kilómetros por hora. Llamó a Hamm.

—Cinco minutos desde *ahora*. Buena suerte, Al.

—Buena suerte, Nick —oyó Eddington.

Se denominaba sincronicidad. Separados entre sí por treinta millas, varios grupos de artillería móvil Paladin elevaron sus cañones y los apuntaron a lugares escogidos por los Predators y las interferencias del ELINT. Los tiradores marcaron las coordenadas correctas en sus computadoras de modo que las armas ampliamente separadas pudieran disparar exactamente al mismo punto o blanco. Todos los ojos estaban clavados en los relojes, viendo cambiar los números digitales, segundo por segundo, hacia las 22.30.00 hora Lima, 19.30.00 Zulu, 14.30.00 Washington.

Lo mismo pasaba en los vehículos oruga autopropulsados de Sistema Lanzacohetes Múltiple o MLRS. Los apuntadores-tiradores chequearon el sistema de sobrepresión de la cabina y trabaron los martinets de elevación para estabilizar los vehículos durante el ciclo de lanzamiento. Cada disparo debía ser mortal.

Al sur de KKMC, los conductores de los tanques de la Guardia Carolina observaban la marcha de las burbujas blancas. Los tiradores accionaron sus buscadores de haz láser. Los elementos de avanzada estaban ahora a 2.500 metros de distancia y el cuerpo principal enemigo a mil metros detrás, pertrechado con tanques y BMP.

Al sudeste de KKMC, el Blackhorse avanzaba a quince kilómetros por hora hacia la línea de blancos sobre la loma, cuatro mil metros al oeste.

No era perfecto. La Tropa-B, 1ra. del Undécimo, tropezó con una inesperada posición de BRDM y abrió fuego, lanzando disparos al aire, captando las miradas y alertando a la gente unos segundos antes de tiempo, pero finalmente no importó, ya que los números digitales siguieron cambiando al mismo ritmo, más rápido o más lento según la percepción de los observadores.

Eddington lo calculó al segundo. No había podido fumar en toda la noche por miedo a crear un resplandor que alertara a algún centinela nocturno. Abrió su Zippo y lo encendió cuando el 59 cambió a 00. Un poquito de luz ya no tendría importancia... ya no.

Primero fue la artillería. Tenía orden de disparar ni bien el segundero cambiara a 00. Los disparos más espectaculares fueron los

de los MLRS, doce por cada lanzador, separados por sólo dos segundos. Los llameantes motores de los cohetes iluminaron el rebufo mientras atravesaban un cielo ya no más oscuro. A las 22.30.30, había casi doscientos cohetes M-77 en el aire. A esa misma hora, la artillería móvil se preparaba para la nueva ronda de disparos.

La noche era clara y el espectáculo de luces no podía pasarle desapercibido a nadie en cien millas a la redonda. Los pilotos de los bombarderos al noroeste vieron volar los cohetes y observaron su trayectoria. No querían estar en el mismo cielo que esas cosas.

Los oficiales iraquíes de la División Acorazada de avanzada fueron los primeros en verlos venir desde el sur y luego girar hacia el oeste del camino norte-sur entre KKMC y Al Artawiyah. Muchos de ellos habían visto lo mismo como tenientes y capitanes y sabían qué significaba. Estaba cayendo una lluvia de acero, una verdadera cortina de fuego. Algunos quedaron paralizados por la visión. Otros gritaron a sus hombres que se cubrieran, cerraran las compuertas y escaparan.

Pero las divisiones de artillería no pudieron escapar. La mayoría de los cañones eran remolcados por vehículos oruga y la mayoría de los artilleros estaban afuera, preparando los camiones de municiones para la próxima misión. Vieron arder los motores de los cohetes, advirtieron la dirección y no pudieron hacer más que esperar. Algunos se arrojaron al suelo sujetándose los cascos y rezando para que las malditas cosas se dirigieran a otra parte.

Los cohetes llegaron a su apogeo y apuntaron a la tierra. A varios miles de pies abrieron las espoletas y cada cohete liberó 644 bombetas o submuniciones. Cada bombeta pesaba media libra, lo que hacía un peso total de 7.728 por cohete. Todas apuntaban a la División de Artillería de la Guardia. La artillería era la mayor ventaja del enemigo y Eddington quería sacarla del juego lo antes posible. Los iraníes no miraron hacia arriba. No podían verlos ni oírlos llegar.

Desde cierta distancia parecían chispas o fuegos artificiales del Año Nuevo chino, danzando y explotando en el aire para celebrar. Para los blancos fue una muerte ruidosa, ya que más de setenta mil submuniciones explotaron sobre un área de aproximadamente cien hectáreas. Los camiones se prendieron fuego y explotaron en llamas. Hubo explosiones secundarias, pero la mayoría de los artilleros ya estaban muertos (más del ochenta por ciento habían resultado heridos o muertos durante la primera descarga). Habría dos más. Los vehículos oruga de los MLRS se dirigieron a los camiones de reabastecimiento. Sus tripulantes recargaron el sistema desde los contenedores, sin abandonar la protección de la cabina acorazada. La operación duró apenas cinco minutos.

En el caso de los cañones de 155 mm fue más rápido. Éstos también disparaban contra su contraparte enemiga y sus salvas eran tan certeras como los cohetes. La artillería es la más mecánica de las actividades militares. El cañón mata a la gente y la gente sirve al cañón. Los tiradores jamás pueden ver su obra consumada y en este caso no contaban con un observador de avanzada que les dijera cómo

lo estaban haciendo. Pero sabían que si el GPS programaba los disparos, el hecho de que no pudieran ver carecía de importancia... y si las cosas sucedían como estaba planeado, más tarde verían los resultados de su trabajo mortífero.

Perversamente, los que tenían visión directa de las fuerzas enemigas fueron los últimos en disparar. Finalmente, los tanques recibieron orden de actuar.

Por tratarse de un arma mortífera, el sistema de control de tiro del tanque Abrams es uno de los mecanismos más simples en manos de los soldados, aún más fácil de usar que los simuladores de entrenamiento. Las ráfagas iniciales HEAT —alto-explosivo contracarro— disparadas por los comandantes habían dejado una estela visual distintiva. Se asignaron a los tanques áreas a la derecha o a la izquierda de las estelas de las trazadoras. Los sistemas térmicos de visión captaban la radiación infrarroja. Sus blancos eran más calientes que el paisaje desértico por la noche y anunciaban su presencia con tanta claridad como una bombita de luz. A cada tirador se le asignó un área, y cada uno seleccionó un T-80 enemigo. Cada tirador situó su visor primario sobre el objetivo y determinó la distancia con ayuda del telémetro láser. El computador digital de control de tiro recibió automáticamente, de un sensor situado en lo alto de la torre, información sobre la distancia, velocidad y dirección de movimiento del blanco. Otros sensores le indicaron la temperatura exterior, la temperatura de las municiones, la densidad atmosférica, la dirección y velocidad del viento, la condición del cañón y cuántos proyectiles había disparado a lo largo de su carrera. El computador digirió esta y otra información, la procesó y cuando terminó, iluminó un rectángulo blanco en el visor para avisarle al tirador que el sistema estaba sobre el objetivo. A partir de ese momento todo era cuestión de cerrar los dedos índices sobre los gatillos gemelos de la palanca de mando. El tanque se sacudió violentamente, y el fogonazo del cañón resultó cegador. Los proyectiles tenían un alcance de más de una milla por segundo. Eran como flechas muy gruesas, menores en longitud al brazo de un hombre y de dos pulgadas de diámetro, con aletas cerdosas en la cola que ardían por la fricción del aire en su breve vuelo y dejaban un rastro —la estela de la trazadora— que permitía al comandante del tanque seguir el trayecto de las “balas de plata”.

Los blancos eran T-80 de fabricación rusa, viejos tanques con viejos diseños. Eran mucho más pequeños que sus adversarios norteamericanos y su reducido tamaño había comprometido la eficacia del diseño. Cada T-80 tenía un tanque de combustible en la parte delantera, cuya línea de abastecimiento pasaba por la torre. El depósito de proyectiles estaba cerca del tanque de combustible, de modo que las municiones quedaban rodeadas por combustible. Finalmente, para ahorrar espacio en la torre, el alimentador había sido reemplazado por un sistema de recarga automático que además de ser más lento que el hombre requería una provisión permanente de municiones en la torre. Tal vez no fuera una diferencia tan grande después de todo, pero favorecía las matanzas espectaculares.

El segundo T-80 destruido recibió una “bala de plata” en la base de la torre. El proyectil obliteró en primer lugar la línea de abastecimiento de combustible, y en el proceso de horadar el casco produjo una lluvia letal de fragmentos que giraban a más de mil metros por segundo en los estrechos confines, carcomiendo la superficie interna y haciendo pedazos a los tripulantes. La tripulación ya estaba muerta cuando explotaron las municiones, encendiendo a su vez el combustible y generando una explosión que hizo volar la pesada torreta a cincuenta pies de altura en línea recta. Fue lo que el ejército denominaba “un disparo catastrófico”. Otros quince T-80 perecieron de la misma manera en un espacio de treinta segundos. La avanzada de la División Inmortales se evaporó en otros diez, y la única resistencia que pudieron ofrecer fueron las piras funerarias de sus vehículos oscureciendo el campo de batalla.

El fuego fue dirigido inmediatamente al cuerpo principal, tres batallones que avanzaban en fila, ahora a poco más de tres mil metros de distancia; un total de ciento cincuenta avanzando contra un batallón de cincuenta y cinco.

Los comandantes de los tanques iraníes se asomaron por las torres para ver mejor a pesar de haber visto el lanzamiento de los cohetes a varias millas de distancia. Lo próximo que vieron fue una onda lineal blanca y anaranjada a lo lejos, aproximadamente a tres kilómetros de distancia, seguida por explosiones al frente. Los oficiales y comandantes más sagaces ordenaron a los tiradores que dispararan contra los resplandores veloces, y no menos de diez acataron la orden, pero no tuvieron tiempo para medir el alcance y los disparos resultaron cortos. Los efectivos iraníes supuestamente sabían qué pasaba pero todavía no habían tenido tiempo de que el miedo reemplazara a la sorpresa. Algunos empezaban a recargar ciclos mientras otros trataban de mejorar la puntería, pero el horizonte volvió a ponerse anaranjado y lo que siguió apenas les dio tiempo de advertir el cambio de color en el cielo.

La siguiente salva de los cincuenta y cuatro cañones principales encontró su blanco en pocos segundos.

—Veamos si queda alguno moviéndose —le dijo el comandante de un tanque E-6 a su tirador. El campo de batalla estaba ardiendo y las bolas de fuego interferían los visores térmicos. Allí. El tirador calculó la distancia con ayuda del telémetro láser —3.560 m— y abrió fuego. La pantalla quedó en blanco, luego pudo ver la estela de la trazadora al ras del desierto, en línea recta a...

—¡Blanco! —dijo el comandante—. Cambie de dirección.

—Identificado... ¡tengo uno!

—¡Fuego! —ordenó el comandante.

—¡Allá va! —el tirador disparó su tercera ráfaga en medio minuto, y tres segundos después, la torre de otro T-80 se transformaba en objeto balístico.

Así de rápido concluyó la “fase tanques” de la batalla.

Mientras tanto, los Bradley enfrentaban a los BMP con sus poderosos cañones Bushmaster. El proceso fue más lento para ellos, pero el resultado fue igualmente mortífero.

El comandante de los Inmortales estaba acercándose a los elementos de reconocimiento de la brigada líder cuando vio volar los cohetes. Ordenó detenerse al conductor y se paró en su vehículo de comando. Inmediatamente se dio vuelta y vio las explosiones secundarias de su fuerza de artillería. Volvió a darse vuelta, miró hacia adelante y vio la segunda descarga de los tanques de Eddington. El cuarenta por ciento de su fuerza de combate acababa de desaparecer en menos de un minuto. Aun antes de que el impacto lo golpeará, supo que había caído en una emboscada... ¿pero de qué clase?

Los cohetes de los MLRS que habían despojado a los Inmortales de su artillería habían venido del este, no del sur. Fue un regalo de Hamm a los guardias nacionales, que no podían enfrentar solos a la artillería iraní con el plan de fuego existente. Los MLRS del Blackhorse lo habían hecho, y luego habían cambiado la dirección del fuego para abrir camino a los helicópteros de ataque, los Apaches, que estaban acercándose por detrás a las unidades del II Cuerpo, en ese momento enfrentadas por los tres escuadrones terrestres. El primer objetivo serían las divisiones, el segundo las brigadas.

El staff de los Inmortales estaba captando señales recientes. Algunos oficiales pedían confirmación o rectificación, información que necesitaban para reaccionar adecuadamente a la situación. Ése era el problema con los puestos de comando. Eran el cerebro institucional de las unidades que comandaban y la gente que participaba del proceso de decisión debía reunirse para funcionar.

Desde seis kilómetros de distancia el conjunto de vehículos resultaba obvio. Cuatro lanzadores SAM orientados al sur y un anillo de cañones AAA. Ésos serían los primeros. Los Apaches de la Tropa P (de Ataque) se detuvieron, eligieron un lugar sin peligros alrededor y sobrevolaron el área aproximadamente a cien pies. Los copilotos-artilleros, sentados en la delantera, activaron los TADS para localizar, designar y adquirir el primer grupo de blancos, e inmediatamente después seleccionaron misiles contracarro Hellfire guiados a láser. El primer lanzamiento fue sorpresivo, pero un soldado iraní vio el resplandor y llamó a un tirador, que apuntó sus cañones y disparó antes de que los misiles estuvieran definitivamente orientados. Lo que siguió fue cosa de locos. El Apache blanco del enemigo giró a la izquierda, acelerando a cincuenta nudos para arrojar sus misiles y arruinando la puntería del asombrado tirador, que tuvo que volver a disparar. Los otros AH-64 no fueron detectados y de sus seis lanzamientos, cinco dieron en el blanco. Un minuto después el problema antiaéreo fue neutralizado y los helicópteros de ataque se cerraron. Podían ver gente corriendo, saliendo y entrando de los vehículos de comando. Algunos soldados del grupo comando de seguridad empezaron a disparar sus rifles al cielo y los artilleros respondieron incluso de manera más estructurada, pero la sorpresa más grande llegó del otro lado. Los tiradores lanzaron cohetes de 2.75 pulgadas para paralizar el área, más Hellfires para eliminar los pocos vehículos

acorazados restantes y por último comenzaron a disparar sus cañones de 30 mm montados bajo la proa de los Apaches. Enfurecidos, se cerraron sobre la fuerza enemiga como insectos sobredimensionados, zumbando y deslizándose de un lado a otro mientras los tiradores-artilleros intentaban apuntarle a la gente que las armas más pesadas aún no habían localizado. No había dónde esconderse en el terreno llano y los cuerpos humanos brillaban en la oscuridad. Los furibundos tiradores de los Apaches los cazaron en grupos, en pares, y finalmente uno por uno, barriendo el sitio como cosechadoras mortíferas. En la discusión previa al ataque habían decidido que, a diferencia de 1991, no aceptarían rendiciones en esta guerra. La Tropa-P —se llamaban a sí mismos los Predadores— sobrevoló el terreno diez minutos más antes de darse por satisfecha. Habían destruido cada vehículo y cada cuerpo en movimiento. Dieron un gran giro en el cielo y volvieron al este a rearmarse.

El ataque prematuro contra el elemento de reconocimiento del II Cuerpo había dado inicio tal vez demasiado pronto a una parte de la batalla y alertado a una compañía de tanques razonablemente intacta antes de lo previsto, pero los tanques enemigos seguían siendo burbujas blancas sobre fondo negro a menos de cuatro mil metros de distancia.

—Hagan contacto —ordenó el comandante de la Tropa-B disparando la primera ráfaga, inmediatamente seguida de ocho más. Seis dieron en el blanco, incluso a esa distancia extrema, y el ataque del Blackhorse contra el II Cuerpo empezó con la primera descarga de MLRS. La siguiente fue inmediata y otros cinco tanques explotaron. Antes de explotar habían disparado, pero sus proyectiles no alcanzaron el blanco. De todos modos, era bastante difícil acertarles. Aunque el contenedor de lanzamiento estaba estabilizado los sacudones podían afectarlo, y se esperaban desaciertos aunque nadie los deseaba.

—Maldición —Eddington sólo profirió la palabra, sin énfasis. Sus comandantes de batallón habían convocado una reunión de mandos y allí estaba él, de pie en su HMMWV.

—¿Puede creer que en menos de cinco minutos? —preguntó LOBO-SEIS. Los efectivos de su batallón no habían ocultado su sorpresa—: ¿Eso es todo? —había preguntado más de un sargento en voz alta. Todos estaban pensando lo mismo.

Pero no había por qué quedarse a admirar la obra consumada. Eddington llamó por radio a su S-2.

—¿Qué nos dice el Predator?

—Todavía tenemos otras dos brigadas al sur, pero han aminorado la marcha, señor. Están aproximadamente a nueve kilómetros de su línea por lo bajo, y a doce por lo alto.

—Páseme con BUFORD —ordenó WOLFPACK-SEIS.

El general estaba todavía en el mismo lugar, con la muerte adelante y atrás. Habían pasado apenas diez minutos. Tres tanques y doce BMP habían escapado, deteniéndose en una depresión del terreno y manteniendo la posición a la espera de instrucciones. También estaban volviendo algunos hombres, muchos heridos, pero la mayoría ilesos. No podía reprenderlos. El impacto del momento era más fuerte en él que en sus hombres, si ello fuera posible.

Había intentado contactar su puesto de comando de división, recibiendo sólo estática a cambio. Nada en su experiencia de uniformado, ni en su época de comandante, ni en las escuelas a que había asistido, ni en las prácticas que había ganado y perdido... nada, nada lo había preparado para esto.

Pero todavía le quedaba más de media división. Dos de sus brigadas estaban intactas y él no había ido allí a perder. Ordenó avanzar a su conductor. Ordenó esperar a los elementos sobrevivientes de la brigada líder. Tenía que maniobrar. Se había metido en una pesadilla, pero no sería igual en todas partes.

—¿Qué propone, Eddington?

—Quiero mover mi gente al norte, general Diggs. Acabamos de tragarnos dos brigadas de tanques. La artillería enemiga está prácticamente desmantelada, señor, y tengo terreno despejado al frente.

—Bueno, tómese su tiempo y cuide los flancos. Notificaré al Blackhorse.

—Entendido, señor. Nos moveremos en veinte minutos.

Habían considerado esa posibilidad, por supuesto. Incluso habían bosquejado el plan sobre un mapa. LOBO se desplegaría hacia la derecha. WHITEFANG iría directo al norte, y el Batallón de Tareas COYOTE tomaría la izquierda escalonadamente para barrer el terreno en dirección oeste. Desde sus nuevas posiciones, la brigada avanzaría al norte a intervalos de diez kilómetros durante la primera fase. Tendrían que moverse lentamente debido a la oscuridad, el terreno desconocido y el hecho de que sólo se trataba de un plan a medias. El código de activación del plan era NATHAN, y el de la primera fase MANASSAS.

—Aquí WOLFPACK-SEIS a todos los seis. El código de activación es NATHAN. Repito, estamos activando el Plan NATHAN en dos-cero minutos. Espero respuesta— ordenó.

Los tres comandantes de los batallones se comunicaron con él en pocos segundos.

El coronel Magruder no estaba sorprendido por los resultados iniciales, excepto tal vez por el excelente desempeño de los hombres de Eddington. Más sorprendente aún era el progreso alcanzado por el Décimo. Avanzando a una velocidad promedio de treinta kilómetros por hora, ya estaba dentro del ex Irak y listo para avanzar en dirección sur. Lo hizo a las 02.00 L. Había dejado atrás su escuadrón de helicóp-

teros para cubrir a los kuwaitíes y se sentía un poco desnudo, pero todavía estaba oscuro y seguiría así cuatro horas más. Para entonces habría vuelto a Arabia Saudita. BUFFALO-SEIS pensaba que tenía la mejor de todas las misiones de caballería. Allí estaba él, en territorio enemigo. Lo mismo que el coronel John Grierson le había hecho a Johnny Reb, y lo que él y los Buffalo le habían hecho a los Apaches. Ordenó abrirse a sus unidades. Reconocimiento dijo que no había nada en el camino, e informó que la fuerza principal del enemigo estaba adentro en el Reino. Bueno, no creía que siguieran avanzando y lo único que tendría que hacer sería golpear la puerta al salir.

Donner estaba asomado por la compuerta de la torre, con su camarógrafo del ejército al lado. Jamás había visto nada igual. Habían filmado el asalto a la artillería, pero no creía que pudieran utilizar la filmación debido al estruendo. A su alrededor sólo había destrucción. Al sudeste había por lo menos cien tanques quemados, además de camiones y otras cosas que no podía reconocer, y todo había pasado en menos de una hora. Cayó hacia adelante, golpeándose la cara contra la compuerta cuando el Bradley se detuvo.

—¡Seguridad afuera! —gritó el comandante—. Nos quedaremos un rato aquí.

Los Bradley fueron estacionados en círculo, aproximadamente una milla al norte de la artillería enemiga devastada. Nada se movía en los alrededores, pero el tirador se aseguró haciendo girar transversalmente la torre. Se abrió el portón hidráulico de popa y dos hombres saltaron afuera. Primero miraron y luego salieron corriendo, rifles en mano.

—Venga —dijo el sargento, tendiéndole la mano. Donner la tomó y trepó al techo del vehículo—. ¿Quiere un cigarrillo?

Donner negó con la cabeza.

—Dejé el vicio.

—¿Ah, sí? Bueno, esos tipos dejarán de fumar dentro de un día o dos. Para siempre —dijo, señalando a una milla de distancia. Levantó los binoculares y miró alrededor, confirmando la información de los visores térmicos.

—¿Qué opina de esto? —preguntó el periodista, palmeando a su camarógrafo.

—Opino que me pagan para hacerlo, y que realmente funciona.

—¿Por qué nos detuvimos?

—Llegará combustible dentro de media hora y tenemos que reabastecernos de municiones. —El sargento bajó los binoculares.

—¿Necesitamos más combustible? No nos movimos tanto, creo.

—Bueno, el coronel cree que mañana sí nos moveremos. —Se dio vuelta—. ¿Qué opina *usted*, Tom?

¡Preparados y adelante!

Lo que la gente llama “la iniciativa”, ya sea en la guerra o en cualquier otro campo de la actividad humana, no es ni más ni menos que una ventaja psicológica. Combina la sensación de estar ganando de un lado con la sensación de que algo anda mal del otro... el que a partir de ese momento deberá prepararse y responder a la acción del enemigo en vez de realizar su propia acción ofensiva. En términos de “impulso” o “influjo” siempre tiene que ver con “quién” le hace “qué” a “quién”, y un cambio repentino en esa ecuación siempre tendrá un efecto más fuerte que la edificación gradual de las mismas circunstancias. Lo esperado, cuando lo inesperado lo reemplaza, persiste un tiempo, subsiste en la mente, ya que es más fácil, momentáneamente, negarse que adaptarse. Este complejo proceso sólo sirve para dificultarle aún más la vida al que “se lo hacen”. Para el que “lo hace”, la dificultad es otra.

Las fuerzas norteamericanas en contacto debieron atravesar una breve, desagradable, pero necesaria pausa. Para el coronel Nick Eddington del WOLFPACK debería haber sido más fácil que para nadie, pero no. Su Guardia Nacional no había hecho más que quedarse en su lugar durante la primera batalla, permitiendo que el enemigo entrara a la “caja mortal”, una emboscada de quince millas de ancho por quince de profundidad. Con la única excepción del grupo de reconocimiento, los hombres de Carolina no se habían movido. Pero eso tendría que cambiar y Eddington recordó que, aunque hasta cierto punto era un maestro del ballet, los que realizaban las maniobras eran los tanques, pesados y torpes, atravesando en la oscuridad un terreno desconocido.

La tecnología ayudaba. Tenía radios para decirle a su gente cuándo y a dónde ir, además del sistema IVIS para decirles cómo. La Fuerza de Tareas LOBO empezó por retroceder de las posiciones detrás de las lomas que tanto les habían servido cuarenta minutos antes, doblando al sur y dirigiéndose, a través de planes de sendas previamente seleccionadas, a nuevos destinos menos de diez kilómetros al sur de sus iniciales posiciones de combate. En el proceso, el batallón aumentado se diluyó, esparciéndose más que antes, alternativa posibilitada porque la plana mayor del batallón podía programar sus movimientos electrónicamente y transmitir sus intenciones a los comandantes de sub-unidades quienes, una vez que les asignaban áreas de responsabilidad, podían subdividir las casi en forma automática, hasta que cada vehículo individual conocía su destino al metro. La demora

inicial de veinte minutos desde la notificación de la próxima activación del Plan NATHAN permitió que comenzara el proceso de selección. El traslado lateral requirió una hora, con los vehículos moviéndose a través de lo que parecía una tierra vacía a la velocidad de viajeros abonados en una hora pico particularmente congestionada. Aun así funcionó, y el movimiento concluyó una hora después de iniciado. WOLFPACK, que ahora cubría más de veinte millas de espacio lateral, dobló al norte y empezó a moverse a diez kilómetros por hora. Los equipos de reconocimiento iban adelante y más rápido aún para tomar posición cinco kilómetros antes del cuerpo principal. Estaban cerca del final del intervalo, según el libro. Eddington no debía olvidar que estaba maniobrando una enorme fuerza de soldados de medio tiempo cuya dependencia de la tecnología electrónica era tal vez demasiado grande para sus parámetros. Mantendría bajo control su fuerza de tres batallones de combate hasta que establecieran contacto y se esclareciera el cuadro general.

A Tom Donner lo sorprendía mucho que los vehículos de abastecimiento, casi todos camiones voluminosos y aparentemente pesados, pudieran seguir a las unidades de combate a toda velocidad. Por algún motivo no entendía del todo la importancia de esos vehículos, acostumbrado como estaba a cargar nafta en una estación de servicio determinada una o dos veces por semana. Aquí el servicio personal debía tener tanta movilidad como los clientes, y ésa, comprendió por fin, era una tarea mayor. Los Bradleys y tanques se acercaron a reabastecerse de a dos por vez y volvieron a sus puestos, donde algunos soldados estaban bajando municiones de otros camiones para que los tripulantes las cargaran en sus vehículos. Donner se enteró de que cada Bradley tenía un sistema Sears —en casi todos los casos comprado con el salario del tirador— para facilitar la recarga del depósito del Bushmaster. El mencionado Sears funcionaba mejor que la herramienta diseñada con tal propósito. Probablemente valiera la pena comentarlo, pensó con una sonrisa lejana.

El comandante de la tropa, ya en su HMMWV de comando, corría de tanque en tanque para comprobar el estado de cada vehículo y su tripulación. Dejó para el final el Tres-Dos.

—Señor Donner —llamó—, ¿se encuentra bien, señor?

El periodista bebió un sorbo del café preparado por el conductor del Bradley y asintió.

—¿Siempre es así? —le preguntó al joven oficial.

—Es mi primera vez, señor. De todos modos, se parece mucho a los entrenamientos.

—¿Qué *piensa* de todo esto? —insistió el periodista—. Quiero decir, allá atrás, usted y su gente, bueno, *mataron* un montón de enemigos y destruyeron sus recursos.

El capitán lo pensó un instante.

—Señor, ¿alguna vez cubrió tornados, huracanes u otros desastres naturales?

—Sí.

—Y a la gente se le complica la vida y usted les pregunta cómo se sienten, ¿no?

—Es mi trabajo.

—Lo mismo nos pasa a nosotros. Esos tipos nos hicieron la guerra. Nosotros devolvemos el golpe. Si no les gusta, bueno, tal vez la próxima vez lo piensen mejor antes de empezar. Señor, tenía un tío en Texas... un tío y una tía en realidad. Él era golfista profesional, me enseñó a jugar, después empezó a trabajar para la Cobra... los fabricantes de palos, ¿sí? Poco antes de que saliéramos de Fort Irwin, mamá llamó y me dijo que los dos murieron de esa mierda de Ébola, señor. *¿Realmente* quiere saber que pensamos de esto? —preguntó el oficial que había destruido cinco tanques esa misma noche—. Aliste su montura, señor Donner. El Blackhorse empezará a moverse dentro de diez minutos. Entraremos en contacto con el enemigo justo antes del alba, señor. —Hubo un resplandor en el horizonte, seguido por el estruendo de un trueno distante—. Supongo que los Apaches están empezando temprano.

Quince millas al noroeste, el puesto de comando del II Cuerpo acababa de ser destruido.

El plan era envolvente. El Primer Escuadrón pivotaría y se dirigiría al norte a través de las unidades restantes del II Cuerpo. El Tercer Escuadrón avanzaría al sur atravesando oposición liviana, masificando el regimiento para el primer ataque contra el flanco izquierdo del III Cuerpo enemigo. A diez millas de distancia, Hamm estaba moviendo su artillería para facilitar la destrucción de los remanentes del II Cuerpo, a cuyos comandantes acababa de eliminar su escuadrón de helicópteros.

Eddington se obligó a recordar que debía mantener la simplicidad. A pesar de todos sus años de estudio y del nombre que había asignado al plan de contraataque, él *no era* Nathan Bedford Forrest y ese campo de batalla *no era* lo suficientemente reducido como para que él improvisara sus maniobras, como había hecho ese genio racista con tanta frecuencia en la Guerra de Agresión al Norte.

HOOTOWL se había desplegado duplicando el frente de la brigada en noventa minutos, y eso los lentificaba. Tal vez no fuera contra-productente, pensó el coronel. Debía tener paciencia. La fuerza enemiga no podía maniobrar demasiado lejos al este por temor a chocarse con la izquierda del Blackhorse —suponiendo que supieran que estaba allí— y el terreno al oeste era demasiado escarpado para permitir movimientos fáciles. Habían probado por el medio y los habían eliminado. Entonces el movimiento más lógico del I Cuerpo enemigo sería una maniobra envolvente limitada, probablemente inclinada al este. Las imágenes registradas por los Predators empezaron a confirmarlo.

El comandante de los Inmortales ya no tenía puesto de comando

propio, y por consiguiente se apropió de lo que quedaba del puesto de comando de la desaparecida 1ra. Brigada. Su primera orden fue restablecer contacto con el comando del I Cuerpo, pero resultó difícil porque el CP se estaba moviendo cuando él cayó en la emboscada norteamericana —tenía que ser norteamericana— en el camino a Al Artawiyah. Ahora el I Cuerpo se estaba posicionando y probablemente hablarían mucho con el comando del ejército. Irrumpió en las comunicaciones, consiguió al tres estrellas —un compatriota iraní—, y le dijo todo lo que pudo lo más rápido posible.

—No puede haber más de una brigada —le aseguró su superior inmediato—. ¿Qué piensa hacer?

—Reuniré mis fuerzas y los atacaré por ambos flancos antes del amanecer —replicó el comandante de división. No tenía mucha opción y ambos lo sabían. El I Cuerpo no podía retirarse porque el gobierno que le había ordenado marchar no lo toleraría. Quedarse quieto equivalía a esperar un feroz ataque de las fuerzas sauditas desde la frontera kuwaití. La tarea, entonces, era recuperar la iniciativa superando a la fuerza de bloqueo norteamericana con maniobras y efectos sorpresivos. Para eso estaban los tanques y todavía tenía más de cuatrocientos a su mando.

—Aprobado. Le mandaré mi cuerpo de artillería. Los guardias acorazados a su derecha harán otro tanto. Cumpla su objetivo —dijo su compatriota iraní—. Al atardecer entraremos en Riyadh.

Muy bien, pensó el comandante de los Inmortales. Ordenó aminorar la marcha a su 2da. Brigada para que la 3ra. la alcanzara y una vez concentradas maniobrarán al este. Al oeste, los iraquíes estarían haciendo lo mismo como la imagen de un espejo. La segunda avanzaría, iniciaría el contacto y cercaría el flanco enemigo. La 3ra. los barrería del mapa, atacándolos desde atrás. El centro quedaría vacío.

—Se detuvieron. La brigada líder se detuvo. Están ocho kilómetros al norte —dijo el S-2—. HOOT los visualizará dentro de unos minutos para confirmarlo. —Eso explicaba la posición de una de las fuerzas enemigas en el frente. El grupo occidental estaba un poco más atrás. No se había detenido, pero avanzaba poco a poco; evidentemente esperaba órdenes o algún cambio en las disposiciones. El enemigo se estaba tomando tiempo para pensar.

Eddington no podía permitírselo.

El único problema del MLRS era que tenía un alcance mínimo mucho menos conveniente que el máximo. Para la segunda misión de esa noche, los vehículos transportadores del sistema lanzacohetes múltiple, que no se habían movido para nada, activaron los martinets de elevación y apuntaron exclusivamente por información electrónica. Una vez más la noche fue perturbada por las estelas de las trazadoras de los cohetes, aunque esta vez las trayectorias eran mucho más bajas. Los cañones de artillería hicieron lo mismo, y ambas fuerzas dividieron su atención entre las brigadas de avanzada enemigas a izquierda y derecha del camino.

El propósito era más psicológico que real. Las bombetas de los cohetes MLRS no podían *destruir* un tanque. Con suerte podrían estropearle un motor o perforar los carros de infantería BMP con una detonación cercana. El efecto real era fastidiar al enemigo, limitar su capacidad de ver y, con la invaluable ayuda de la lluvia de acero, limitar también su capacidad de pensar. Los oficiales que habían abandonado sus tanques para la reunión de mandos tuvieron que volver corriendo; algunos de ellos murieron o fueron heridos por la salva repentina. Sentados a salvo en sus vehículos, oyeron el *ping* distintivo de los fragmentos de acero que golpeaban contra las cascos blindados y espionaron por sus sistemas de visión, intentando averiguar si la ráfaga de artillería presagiaba un verdadero ataque. Los menos numerosos cañones de 155 mm significaban un peligro mayor, pero los primeros en tocar el suelo fueron proyectiles “comunes”. Las leyes de probabilidad garantizaban que algunos de los vehículos resultarían averiados... y algunos fueron incluso destruidos, ardiendo como bolas de fuego mientras el resto de la 2da. Brigada permanecía inmóvil en su lugar porque le habían ordenado hacerlo mientras la 3ra. avanzaba a su izquierda. Incapaces de moverse y sin poder responder al ataque debido a la pérdida de su artillería, no podían hacer otra cosa que permanecer alertas y mirar caer los proyectiles y bombetas.

La Tropa-B, 1ra. del Undécimo, se movió como estaba planeado, abriéndose y avanzando en dirección norte, con los Bradley en la delantera y los tanques medio kilómetro atrás, listos para responder al contacto. Fue una extraña revelación para Donner. Hombre inteligente, e incluso de espíritu aventurero, había pasado todo el tiempo posible asomado por la compuerta del Bradley, mirando todo sin tener la menor idea de qué estaba pasando en realidad. Finalmente superó la vergüenza y preguntó por interfon al comandante cómo se hacía para saber. Lo llamaron y fue el tercer hombre en un espacio diseñado para dos... Más bien para uno y medio, pensó el periodista.

—Estamos aquí —le dijo el sargento, tocando la pantalla del IVIS—. Vamos hacia allá. Según esto, no hay nadie alrededor para molestarnos, pero seguimos atentos. El enemigo está aquí, y nosotros estamos a lo largo de esta línea.

—¿Cuánto falta?

—Dentro de doce kilómetros empezaremos a verlos.

—¿Esta información es confiable? —preguntó Donner.

—Nos hizo llegar hasta aquí, Tom —señaló el comandante.

El patrón de movimientos era bastante molesto. Le hacía recordar a Donner una tarde de viernes en la ciudad. Los vehículos acorazados pasarían —nunca más rápido de veinte millas por hora— de un tipo de terreno a otro, otearían el horizonte y avanzarían un poco más. El sargento le explicó que los movimientos serían más estables en terreno más liso, y que esa parte del desierto saudita estaba plagada de lomas y depresiones que podían servir de escondite al enemigo. Los

Brads conformaban un pelotón pero parecían moverse en pares. Cada M3 tenía un vehículo de refuerzo.

—¿Qué pasa si hay alguien allá afuera?

—Probablemente intentarán matarnos —explicó el sargento. El tirador estaba girando la torre a derecha e izquierda, buscando el resplandor de un cuerpo caliente en el suelo helado. Podían ver mejor de noche, se enteró Donner, y por eso habían elegido la oscuridad para las cacerías—. Stanley, doble a la derecha y deténgase detrás de esa loma —le ordenó al conductor—. Si yo fuera cerdo, elegiría ese lugar a la derecha. Cubriremos a Chuck para que averigüe si hay alguno por ahí. —La torre giró y apuntó hacia una loma más grande, mientras el refuerzo del Bradley los pasaba para investigar. —De acuerdo, Stanley, muévase.

El sector comando del Ejército de Dios era endiabladamente difícil de detectar, pero Hamm había destinado dos tropas de helicópteros a esa misión y reactivado su estación de inteligencia en los cuarteles generales del 2do. Escuadrón. Habían decidido llamar “tortilla” a su blanco. Debían localizarlo y desorganizar toda la fuerza enemiga. Los oficiales de inteligencia sauditas escuchaban señales por los equipos ELINT. Las fuerzas de la RIU tenían radios encriptadas para los comandantes superiores, pero sólo servían para hablar con quienes tenían el mismo equipo, y con la gradual degradación de la red radial enemiga, tarde o temprano la tortilla tendría que hablar a voz en cuello. Habían atacado un Cuerpo y dos divisiones, destruyendo casi por completo a dos de ellos y dejando muy mal a un tercero. Más aún, ya sabían dónde estaba el III Cuerpo y además el comando del Ejército tendría que empezar a hablar con esa formación, dado que era la única prácticamente ilesea... con excepción de algunos ataques aéreos. No tenían que leer los mensajes, aunque hubiera sido divertido. Conocían los alcances de frecuencia del circuito del alto mando y unos pocos minutos de tráfico les permitirían localizarlo lo suficientemente bien para que las tropas M y N de helicópteros lo sobrevolaran y empezaran a arruinarle la mañana.

Sonaba como estática, pero las radios encriptadas digitalmente suenan así. El oficial de ELINT, un teniente primero, amaba escuchar pero extrañaba su equipo de interferencia, probablemente pasado por alto porque se suponía que ésa era una misión de la Fuerza Aérea. Era todo un arte. Sus efectivos, todos especialistas en inteligencia militar, debían discernir la diferencia entre estática atmosférica y estática humana.

—¡Bingo! —exclamó Uno—. Orientación tres-cero-cinco, sibilante como una víbora. —Era demasiado alto para ser ruido atmosférico, por azaroso que pareciera el sonido.

—¿Confiable? —preguntó el oficial.

—En un noventa por ciento. —Había un segundo vehículo —esclavizado electrónicamente al primero— a un kilómetro de distancia, como línea de base de la triangulación... —Allí. —La localización apa-

reció en la pantalla de la computadora. El teniente llamó por radio al puesto de comando del 4to. Escuadrón.

—ANGEL-SEIS, aquí PEEPER, creo que tenemos la posición de la tortilla...

Los cuatro Apaches y seis Kiowas de la Tropa-M estaban a veinte kilómetros de la posición, realizando una búsqueda visual. Un minuto después giraron en dirección sur.

—¡Qué está pasando! —clamó Mahmoud Haji. Odiaba ese radioteléfono y entrar en contacto con su propio comandante le estaba resultando bastante difícil.

—Hemos encontrado oposición al sur de la Ciudad Militar Rey Khalid. La estamos enfrentando.

—Pregúntele qué clase de oposición —aconsejó Inteligencia.

—Tal vez su huésped pueda decírmelo —sugirió el comandante, que había escuchado—. Todavía no sabemos.

—¡Los norteamericanos no pueden tener más de dos brigadas en el teatro de operaciones! —insistió Inteligencia—. Y el equivalente de otra en Kuwait, ¡pero eso es todo!

—¿En serio? Bueno, he perdido más de una división en las últimas tres horas y todavía no sé a qué me estoy enfrentando. El II Cuerpo está diezmado. El I Cuerpo está atacando. El III Cuerpo está intacto hasta el momento. Puedo continuar el avance a Riyadh pero necesito saber a qué me estoy enfrentando. —El comandante general —que frisaba los sesenta años— no era tonto, y todavía sentía que podía ganar. Todavía tenía el poder de combate de aproximadamente cuatro divisiones. Sólo era cuestión de dirigir las adecuadamente. Pensaba que era una suerte que los ataques aéreos de las fuerzas norteamericanas y sauditas hubieran sido tan livianos. Había aprendido rápido otras lecciones. La desaparición de dos sectores de comando lo había vuelto cauteloso en beneficio de su propia seguridad. Ahora estaba a un kilómetro de los radiotransmisores de su vehículo de comando, un BMP-1KS, rodeado por un escuadrón de soldados que hacían lo posible por no prestar atención a la excitación de su voz.

—Maldición, miren todos esos SAM —dijo por radio el observador del Kiowa, ocho kilómetros al norte. El piloto hizo la llamada mientras el observador contaba.

—MARAUDER-LIDER, aquí MASCOT-TRES. Creo que tenemos la tortilla.

—TRES, LIDER, adelante —fue la breve respuesta.

—Seis *bimps*, diez camiones, cinco SAM, dos radares y tres ZSU-23 en un *uadi*. Recomiendo aproximarse desde el oeste, repito, aproximarse desde el oeste. —Era demasiado poder ofensivo: sólo podía tratarse del sector de comando móvil del Ejército de Dios. Los lanzadores SAM eran Crotales franceses, y esos pequeños miserables eran aterradores, MASCOT-TRES lo sabía. Pero tendrían que haber elegido

otro lugar. Ésta era una de esas situaciones donde se está mejor a campo abierto, o incluso en terreno alto, para que los radares SAM puedan ver mejor.

—TRES, LIDER, ¿puede iluminar?

—Afirmativo. Díganos cuándo. Primero rastreamos con los radares.

El líder del Apache, un capitán, se encontraba al oeste avanzando a una velocidad de treinta nudos, sobrevolando lo que parecía una línea de lomas sobre el *uadi*. Lentamente, lentamente, dejando que el sensor principal observara. El piloto volaba el avión como un niño mientras el tirador manipulaba los sensores.

—Manténgalo ahí, señor —dijo el tirador desde el asiento delantero.

—TRES, LIDER, que empiece la música —anunció el piloto.

El Kiowa activó su iluminador láser, un rayo infrarrojo invisible que apuntó primero al vehículo porta-radar enemigo más lejano. Una vez iluminado el blanco, el Apache alzó la nariz y lanzó un Hellfire, seguido por otro cinco segundos después.

El general oyó los gritos de advertencia desde mil metros de distancia. Sólo uno de los porta-radares estaba transmitiendo, intermitentemente además por razones de seguridad. Había captado el misil disparado. Uno de los vehículos lanzadores rotó sus cuatro cañones y disparó, pero el Crotale perdió el blanco cuando el Hellfire bajó en ángulo tornándose inmune a las balas. El porta-radar voló en pedazos un instante después, y el otro vehículo seis segundos después de la primera explosión. El comandante general del Ejército de Dios dejó de hablar, ignorando las órdenes de Teherán. No podía hacer más que agazaparse, y sus custodios lo obligaron.

Los cuatro Apaches sobrevolaban el área en semicírculo, esperando que el comandante de la tropa lanzara sus Hellfires. Lo hizo, con intervalos de cinco segundos. El Kiowa lo guiaba de blanco a blanco. El siguiente objetivo fueron los vehículos lanzadores de SAM, seguidos por los de artillería de fabricación rusa. Ya no quedaba nada para proteger el BMP del comandante.

El general estaba descorazonado. Sus hombres intentaban devolver el fuego, pero en principio no había contra quién disparar. Algunos miraban. Otros señalaban. Sólo unos pocos corrían. La mayoría se quedaba e intentaba pelear. Los misiles parecían venir del oeste. Podía ver el resplandor blanco-amarillento de los motores de los cohetes atravesando la oscuridad como luciérnagas, pero no podía ver quiénes los disparaban. Todos los vehículos de defensa antiaérea habían sido destruidos, luego los BMP, luego los camiones. Todo en menos de dos minutos. Sólo entonces empezaron a aparecer los heli-

cópteros. El destacamento de seguridad de su puesto de comando móvil era una compañía de infantes escogidos. Sus custodios pelearon bravamente con ametralladoras pesadas y lanzadores portátiles de misiles, pero las siluetas fantasmales de los helicópteros estaban demasiado lejos. Los misiles no podían encontrarlos. No obstante, sus hombres lo intentaron, pero la estela de sus misiles los delató y los helicópteros lanzaron sus Hellfires como haces de luz violenta en un área ya iluminada por los vehículos en llamas. Un escuadrón allí, una sección allí, un par más allá. Los hombres intentaban correr pero los helicópteros los encerraban y les disparaban desde apenas doscientos metros de distancia, acosándolos en un juego cruel y sin remordimientos. El micrófono estaba muerto en su mano, pero el general todavía lo sostenía y observaba.

—LIDER, DOS, tengo unos cuantos al este —le dijo el piloto al comandante del Apache.

—Destrúyalos —ordenó el comandante. Uno de los helicópteros de ataque se dirigió al sur, hacia los restos del puesto de comando.

Nada que hacer. Ningún lugar a donde huir. Tres de sus hombres cargaron los lanzadores sobre el hombro y dispararon. Otros trataron de escapar, pero no había dónde correr ni dónde ocultarse. El que comandaba los helicópteros estaba decidido a matar todo lo que veía. Norteamericanos. Tenían que ser norteamericanos. Enfurecidos por lo que les habían dicho. Tal vez fuera cierto, pensó el general, y si...

—¿Cómo se dice *cómete tu propia mierda* en el idioma de estas cabezas andrajosas? —preguntó el tirador, asegurándose de que no quedara nadie vivo.

—Creo que entendieron el mensaje —dijo el piloto, haciendo girar el helicóptero en busca de blancos adicionales.

—ANGEL-SEIS, ANGEL-SEIS, aquí MARAUDER-SEIS-ACTUAL. Seguramente parecía un CP y ahora ya no parece nada —dijo el comandante de la tropa—. Vamos a recargar combustible y proyectiles. Fuera.

—¡Y bien, hágalo volver! —le gritó Daryaei al oficial de comunicaciones. El jefe de inteligencia no dijo nada, sospechando que no volverían a hablar con el general en esta vida. Lo peor era no saber por qué. Su evaluación de inteligencia sobre las unidades norteamericanas era correcta. De eso estaba seguro. ¿Cómo era posible que tan pocos pudieran causar tanto daño...?

—Tenían un par de brigadas —regimientos, lo que sea— allí, ¿no?

—preguntó Ryan, observando las últimas modificaciones del campo de batalla en la gran pantalla de la Sala de Situaciones.

—Sí. —El general Moore asintió. Advirtió con cierto placer que hasta el almirante Jackson estaba tranquilo—. Ya no, señor presidente. Dios mío, esos guardias nacionales lo están haciendo extraordinariamente bien.

—Señor —dijo Ed Foley—, ¿hasta dónde quiere llevar esto?

—¿Tenemos alguna duda de que fue Daryaei en persona quien tomó todas las decisiones? —Era una pregunta tonta, pensó Ryan. ¿Por qué si no les habría dicho eso a sus compatriotas? Pero debía formularla y los demás sabían por qué.

—Ninguna —replicó el DCI.

—Entonces llevémoslo hasta el fin, Ed. ¿Los rusos intervendrán?

—Sí, creo que sí.

Jack pensó en la plaga que se estaba extinguiendo en Estados Unidos. Ya habían muerto miles de inocentes, y morirían más. Pensó en los soldados, marineros y aviadores que corrían peligro bajo su comando lejano. Se descubrió pensando en las tropas de la RIU que habían seguido el estandarte errado y las ideas erradas porque no habían podido elegir su país ni su líder y ahora estaban pagando ese error de nacimiento. Si no eran completamente inocentes, tampoco eran completamente culpables, porque la mayoría de los soldados sólo hacen lo que se les ordena. También recordó la mirada de su esposa cuando Katie llegó sana y salva en helicóptero al Jardín Sur. Había momentos en que podía permitirse ser un hombre común, igual a los demás, excepto por el poder que tenía en las manos.

—Averígüenlo —dijo fríamente.

Era una mañana de sol en Beijing y Adler sabía más que los demás. No le habían mandado un informe demasiado detallado, sólo los puntos clave, pero igualmente se lo había mostrado al agregado de Defensa, quien le había aconsejado tomar cada palabra al pie de la letra. Pero esa información no era conocida por todos. Los noticieros televisivos recibían las noticias de las redes militares y debido a la hora del día todavía no habían informado demasiado sobre el inicio de las acciones de combate. Si la RPCH estaba en connivencia con la RIU como sospechaba, tal vez creería que sus amigos lejanos llevaban la mejor parte. Valía la pena probar, pensó Adler, seguro de que POTUS lo respaldaría.

—Bienvenido otra vez, señor secretario —dijo cortésmente el ministro del Exterior. Y Zhang estaba allí, silencioso y enigmático como de costumbre.

—Gracias —Adler tomó asiento en el lugar de siempre. No era tan cómodo como el de Taipei.

—Los acontecimientos recientes... ¿puede ser cierto? —preguntó su anfitrión oficial.

—Ésa es la posición pública de mi presidente y mi país —replicó Adler. Por consiguiente *tenía* que ser cierto.

—¿Tienen fuerzas suficientes para proteger sus intereses en la región?

—Ministro, no soy experto en temas militares y no puedo hacer comentarios —respondió Adler. Era absolutamente cierto, aunque un hombre en posición de poder hubiera dicho tal vez algo más.

—Sería muy desafortunado que no fuera así —observó Zhang.

Hubiera sido divertido preguntar la posición de la RPCH al respecto, pero la respuesta habría sido en cualquier caso neutral e insignificante. Tampoco habrían mencionado la presencia del grupo de batalla *Eisenhower*, cuyas patrullas aéreas estaban sobrevolando en ese mismo instante las “aguas internacionales” del estrecho de Formosa. La treta era no hacerles decir nada.

—La situación mundial requiere ocasionalmente que cada uno examine su posición respecto de muchas cosas, y es menester elegir con mucho cuidado las amistades —probó Adler. La pelota quedó picando medio minuto.

—Hemos sido amigos desde que su presidente Nixon tuvo el coraje de venir por primera vez a nuestro país —dijo el ministro del Exterior tras una breve reflexión—. Y lo seguimos siendo, a pesar de los malentendidos ocasionales.

—Es bueno escuchar eso, ministro. Nosotros tenemos un dicho sobre la amistad en momentos de necesidad. —Bueno, piensen un poco en eso. Tal vez lo que se dice sea cierto. Tal vez su amigo Daryaei triunfará. La pelota picó otros quince segundos.

—En realidad, nuestro único punto de discordia permanente es la posición de Estados Unidos sobre lo que su presidente inadvertidamente llamó “las dos Chinas”. Si eso pudiera regularizarse... —musitó el ministro.

—Bueno, como le dije, el presidente intentaba hacerse entender por los periodistas en una situación muy confusa.

—¿Y no debemos tenerlo en cuenta?

—Estados Unidos sigue pensando que la solución pacífica de esta disputa provincial sería beneficiosa para ambas partes. —Era la posición tomada por un Estados Unidos fuerte y confiado al que esta China no desafiaría abiertamente.

—La paz siempre es preferible al conflicto —dijo Zhang—. ¿Pero hasta cuándo tendremos que seguir mostrando tanta tolerancia? Los acontecimientos recientes sólo han servido para ilustrar el problema central.

Una presión muy leve, notó Adler.

—Entiendo su frustración, pero todos sabemos que la paciencia es la más valiosa de las virtudes.

—Llegado cierto punto, la paciencia se transforma en indulgencia. —El ministro del Exterior bebió un poco de té—. Una palabra de ayuda de Estados Unidos sería muy bien recibida.

—¿Está pidiéndonos que alteremos nuestra política? —El secretario de Estado se preguntaba si Zhang volvería a hablar ahora que el curso de la conversación se había alterado ligeramente.

—Simplemente pedimos que vean la lógica de la situación. Una

palabra favorable de parte de ustedes haría que la amistad entre nuestras dos naciones fuera más sustancial y, después de todo, se trata de un tema menor para países como los nuestros.

—Ya veo —replicó Adler. Claro que veía. Ahora estaba seguro. Se felicitó por la estrategia empleada. La próxima llamada sobre el tema sería realizada por Washington, suponiendo que tuvieran tiempo para algo que no fuera la guerra.

El Décimo ACR regresó a territorio saudita a las 03.30 L. El Buffalo estaba desplegado ahora sobre una línea de treinta millas. Dentro de una hora estarían a horcajadas de la línea de abastecimiento de la RIU, habiendo pasado inadvertidos. La fuerza se estaba moviendo más rápido ahora, casi a treinta millas por hora. Los elementos líder habían descubierto algunas patrullas y unidades de seguridad interna en territorio de la RIU, principalmente vehículos portapersona. En cuanto se acercaran al próximo camino verían más. Los primeros serían unidades MP —o como las llamara el enemigo— usadas para control de tráfico. Tendría que haber un montón de combustible rodando por el camino a KKMC... y ésa sería la primera misión del Buffalo.

La 2da. Brigada de los Inmortales había estado bajo la cortina de fuego durante casi una hora cuando llegó la orden de avanzar. Los vehículos blindados de la ex división acorazada iraní se movieron. El dos estrellas al mando estaba en la retaguardia de la 3ra. Brigada, escuchando más que hablando, y muy agradecido por la ausencia de aviones norteamericanos. Los cuerpos de artillería ya habían llegado pero hasta el momento no habían disparado para no revelar su presencia. Aunque tal vez no duraran demasiado, quería el beneficio de su presencia. La fuerza opositora apenas sumaría una brigada completa de ese lado del camino y él tenía el doble. Y aunque debiera enfrentar una brigada entera los comandantes iraquíes vendrían en su ayuda, como haría él por ellos llegado el caso. Por radio, y en movimiento para evitar ataques de artillería o de helicópteros, exhortó a sus comandantes a iniciar el ataque, siguiéndolos en un vehículo de comando abierto. Ahora bien, si el enemigo mantenía la misma posición de antes...

El LOBO pasó a la fase MANASSAS con veinte minutos de retraso, despertando la ira silenciosa del coronel Eddington, quien pensaba haber concedido tiempo para la maniobra. Pero ese condenado abogado criminalista —había bromeado sobre la redundancia implícita en el término— que comandaba el HOOTOWL estaba adelantado, cubriendo la derecha mientras su batallón XO tomaba la izquierda.

—WOLFPACK-SEIS, aquí HOOT-SEIS, cambio.

—SEIS-ACTUAL, HOOT —replicó Eddington.

—Están viniendo, señor, dos brigadas en fila, muy compactas, avanzan en este momento sobre la línea HIGHPOINT.

—¿A qué distancia se encuentra usted, coronel?

—Tres mil. Estoy haciendo retroceder a mi gente. —Habían establecido rutas seguras para eso. HOOT esperaba que todos recordaran dónde estaban. El nuevo despliegue los llevaría al este, al extremo derecho del batallón del flanco.

—Está bien, despeje el campo.

—Entendido, profesor Eddington. HOOTOWL sale volando —replicó el abogado—. Fuera. —Ordenó a su conductor que avanzara lo más rápido posible en la oscuridad.

El mismo informe llegó cuatro minutos más tarde desde la izquierda. Su brigada debía enfrentar cuatro enemigas. Era momento de achicar la diferencia. El batallón de artillería abrió fuego. Los comandantes de tanques y Bradleys empezaron a barrer el horizonte en busca de movimiento y los tres batallones mecanizados avanzaron a enfrentar al enemigo. Los comandantes de compañías y pelotones chequearon los intervalos de sus efectivos. El comandante del batallón estaba en su propio tanque sobre el lado izquierdo de la línea. El oficial de operaciones S-3 cubría la derecha. Como siempre, los Bradley estaban un poco atrás de los cincuenta y cuatro tanques Abrams y su misión era barrer el terreno para la infantería y los vehículos de apoyo.

La artillería disparada fueron proyectiles comunes que les complicaron la vida a los tanques con compuertas abiertas y a la gente lo suficientemente tonta como para andar en el descampado. Nadie pensó en caballeros con armaduras. El campo de batalla era demasiado disperso. Se parecía más a una batalla naval sobre un mar rocoso y arenoso, tan hostil a la vida humana como el mar convencional y en vísperas de serlo aún más. Eddington se quedó con el WHITEFANG, que era esencialmente una fuerza de reserva, cuando quedó claro que el enemigo avanzaba sobre ambos flancos, dejando en el centro una fuerza "pantalla", si es que dejaba algo.

—Contacto —dijo el comandante del pelotón por radio—. Tengo vehículos enemigos acorazados a mil quinientos metros. —Chequeó la pantalla del IVIS para confirmar, una vez más, que no había amigos allá afuera. Bueno. Había solamente una Fuerza Roja al frente.

La luna estaba muy alta —luna menguante— pero iluminaba lo suficiente para que la avanzada de los Inmortales viera movimiento en el horizonte. Los hombres de la 2da. Brigada, furiosos por el ataque soportado cuando no tenían orden de avanzar, tenían sus armas preparadas. Algunos contaban con buscadores láser que duplicaban el tamaño de los blancos. Transmitieron la información y recibieron órdenes de aumentar la velocidad para acortar la distancia y salir del fuego indirecto, que debía cesar pronto. Los tiradores apuntaban a blancos todavía demasiado lejanos. Sintieron que los vehículos aumentaban la velocidad y recibieron la orden de esperar. Habían contado suficientes blancos y la cantidad no era tan impresionante. Tenían ventaja. Debían tenerla, pensaban todos los Inmortales.

¿Pero entonces por qué los norteamericanos avanzaban contra ellos?

—Abran fuego a cuatro mil metros —ordenó el comandante de la compañía. Los tanques Abrams estaban separados por quinientos metros entre sí y posicionados en dos hileras escalonadas, cubriendo el terreno de un batallón montado. Los comandantes estaban asomados por las compuertas en la fase de aproximación, pero luego bajarían a activar sus propios sistemas de control de tiro.

—Tengo a uno —dijo un tirador—. Es un T-80, identificado, alcance cuarenta-dos, cincuenta. Alimentador, emplearemos balas de plata hasta nueva orden.

—Lo escucho, tirador. Trate de no errar ningún disparo.

—Cuarenta-uno —suspiró el tirador. Esperó otros quince segundos y fue el primero de la compañía en disparar, y también el primero en acertar. El tanque de sesenta y dos toneladas se sacudió por el disparo y siguió moviéndose.

—Blanco, alto el fuego, blanco tanque en once —dijo el comandante por interfon.

El alimentador clavó su bota en el pedal, abrió la compuerta de las municiones y cargó otra ronda de “balas de plata”.

—¡Arriba! —gritó.

—¡Identificado! —dijo el tirador.

—¡Fuego!

—¡Allá va! —Una pausa—. ¡Justo a través del punto!

Comandante: —¡Blanco! ¡Alto el fuego! Giro a la derecha, blanco tanque.

Alimentador: —¡Arriba!

Tirador: —¡Identificado!

Comandante: —¡Fuego!

—¡Allá vaaaaa...! —dijo el tirador, lanzando su tercer disparo en menos de once segundos. No parecía real, pensaba el comandante del batallón, demasiado ocupado en observar para ordenar disparos. Era como una ola que avanza. Primero volaron la primera fila de tanques T-80, errando algunos disparos que corrigieron cinco segundos después. La segunda fila enemiga siguió avanzando. Devolvían el fuego. Los fogonazos parecían las descargas de simulacro Hoffman que había visto recientemente en el NTC y resultaron ser igualmente inofensivas. Los disparos enemigos eran identificables por las estelas de las trazadoras, y todos se quedaron cortos. Algunos T-80 lanzaron una segunda ronda. Ninguno llegó a la tercera.

—¡Por Dios, señor, indíqueme un blanco! —suplicó el tirador.

—Elija uno.

—*Bimp* —dijo el tirador para sus adentros. Disparó una nueva ronda de altos explosivos y acertó al blanco a poco más de cuatro mil metros, pero como antes, la batalla terminó en menos de un minuto. La línea norteamericana avanzó. Algunos MBP lanzaron sus misiles, pero fueron atacados por los tanques y los Bradleys. Los vehículos

explotaron, llenando el cielo de humo y fuego. Ahora podían ver a los hombres corriendo, algunos disparando e intentando desplegarse. Los tiradores de los tanques, a quienes no les quedaba nada grande que disparar, optaron por las ametralladoras coaxiales. Los Bradley se pusieron paralelos a los tanques e iniciaron la cacería.

La primera fila de tanques atravesó los restos humeantes de la división Inmortales menos de cuatro minutos después de la primera descarga. Las torres se movían a derecha e izquierda, buscando blancos. Los comandantes asomaban las cabezas, con las manos sobre las ametralladoras pesadas. Si el enemigo abría fuego, lo devolvían con creces, y al principio hubo una especie de carrera para ver quién mataba más, porque hay una excitación, un impulso letal hacia la guerra que aquellos que nunca lo han sentido desconocen... Sentir el poder divino, la capacidad de tomar una decisión de vida o muerte y llevarla a cabo con sólo mover un dedo. Más aún, esos guardias nacionales sabían por qué estaban allí, sabían que los habían mandado a ejecutar una venganza. A algunos la ira les duró unos minutos mientras los vehículos avanzaban a menos de diez millas por hora, como tractores de granja o cosechadoras, recogiendo vida y convirtiéndola en muerte, como algo del principio de los tiempos, abiertamente inhumano, abiertamente desalmado.

Pero luego todo empezó a diluirse. Dejó de ser deber. Dejó de ser venganza. Dejó de ser la diversión que esperaban que fuera. Se transformó en asesinato y, uno por uno, los tiradores comprendieron quiénes eran y en qué se convertirían si no ahogaban esas emociones sórdidas. No era como ser aviador y dispararle a formas que se movían cómicamente en las pantallas y jamás llegaban a verse como seres humanos. Estos hombres estaban más cerca. Podían ver las caras y las heridas y las espaldas inofensivas e indefensas de los que huían. Hasta los tontos que seguían disparando despertaban piedad en los tiradores que los mataban, pero pronto la futilidad del combate quedó clara para todos, y los soldados que habían llegado al desierto colmados de ira odiaron el fruto de la ira. Poco a poco dejaron de disparar, aun antes de recibir la orden. La resistencia cesó, y con ella la necesidad de matar. El Batallón LOBO atravesó hasta el final las ruinas humeantes de las dos brigadas pesadas enemigas, buscando blancos dignos de atención profesional, más que personal.

No quedaba nada por hacer. El general se levantó y se alejó de su vehículo de comando, indicándole a la tripulación que hiciera otro tanto. Bajaron las armas y se quedaron esperando en terreno alto. No tuvieron que esperar mucho. El sol estaba saliendo. Hubo un primer resplandor anaranjado al este, anunciando un nuevo día muy diferente del anterior.

El primer convoy pasó justo frente a ellos: treinta camiones de combustible. Sus choferes debían creer que los vehículos que avanza-

ban hacia el sur pertenecían a su propio ejército. Los tiradores de los Bradleys de la Tropa-I, 3ra. del Décimo, abrieron fuego e incendiaron los primeros cinco camiones. El resto se detuvo en seco, y dos explotaron solos al caer en las zanjas en un fútil intento de escapar. Los tripulantes de los Bradleys dejaron salir a la gente, destruyeron los camiones con descargas explosivas y siguieron avanzando al sur. Pasaron lentamente junto a los aterrados conductores, que se quedaron allí, parados, atónitos, mirándolos pasar.

Un Bradley lo encontró. Se detuvo a unos cincuenta metros. El general que doce horas antes había comandado una división acorazada virtualmente intacta no se movió ni intentó resistirse. Se quedó quieto cuando los cuatro infantes aparecieron detrás del M2A4 apuntándolo con sus rifles.

—¡Al suelo! —ordenó el cabo.

—Se lo diré a mis hombres. Yo hablo inglés. Ellos no —dijo el general, y cumplió su palabra. Sus soldados se arrojaron cuerpo a tierra. Él siguió de pie, tal vez esperando la muerte.

—Arriba las manos, socio. —El cabo era oficial de policía en la vida civil. El iraní —todavía no sabía qué rango tenía y su uniforme estaba demasiado andrajoso para adivinarlo— obedeció. El cabo dejó su rifle y sacó una pistola. Se acercó y la apoyó contra la sien del hombre mientras lo registraba hábilmente—. Bueno, ahora puede ir al suelo. Si juegan limpio nadie saldrá lastimado. Por favor dígaselo a sus hombres. Los mataremos si nos obligan a hacerlo, pero no queremos asesinar a nadie, ¿de acuerdo?

—Se los diré.

Con la llegada del día, Eddington volvió al helicóptero que le habían prestado y voló a observar el campo de batalla. Estaba claro que su brigada había destruido dos brigadas completas. Ordenó a su fuerza de reconocimiento adelantarse para la fase siguiente y llamó a Diggs para recibir instrucciones sobre los prisioneros. Antes de que empezaran a analizar las opciones, llegó un helicóptero de Riyadh con un equipo de televisión.

Antes que las imágenes corrieron los rumores, como siempre sucede en los países donde no hay libertad de prensa. Un funcionario de la embajada rusa recibió un llamado telefónico en su casa. El teléfono sonó antes de las siete y lo despertó, pero pocos minutos después salía de su casa y conducía su automóvil por las calles vacías y silenciosas al lugar de la cita con un hombre que, creía, estaba a punto de cruzar la línea y convertirse en agente de la RVS.

El ruso pasó diez minutos extra protegiéndose las espaldas, pero si alguien lo seguía debía ser invisible... y además, la mayor parte de las fuerzas de seguridad del ayatollah habían sido convocadas.

—¿Sí? —dijo apenas se encontró con el sujeto. No había tiempo para formalidades.

—Tiene razón. Nuestro ejército fue... derrotado anoche. Me llamaron a las tres para pedirme opinión sobre las intenciones norteamericanas y me enteré de todo. Ni siquiera podemos hablar con nuestras unidades. El comandante general simplemente desapareció. El ministro del Exterior es víctima del pánico.

—Era previsible —opinó el diplomático—. Es mi deber informarle que el líder turcomano ha...

—Ya lo sabemos. Anoche llamó a Daryaei para preguntar si la historia de la plaga era cierta.

—¿Y qué dijo Daryaei?

—Dijo que era una mentira de los infieles... ¿qué esperaba que dijera? —Hizo una pausa—. No logró persuadirlo del todo. No sé qué le habrán dicho los otros, pero está neutralizado. India nos traicionó... también me enteré de eso. China todavía no sabe nada.

—Si esperan que *ellos* los respalden, es porque han violado la ley religiosa que prohíbe el consumo de alcohol. Quiero decir que están completamente borrachos, amigo mío. Por supuesto que mi gobierno apoya a Estados Unidos. Están completamente solos —le dijo el ruso—. Necesito cierta información.

—¿Qué información?

—Dónde se localiza la fábrica de virus. La necesito hoy.

—En la granja experimental al norte del aeropuerto.

¿Así de fácil? pensó el ruso.

—¿Cómo está tan seguro?

—El equipo se compró en Francia y Alemania. En aquel momento trabajaba en el sector comercial. Si desea confirmarlo, será fácil. ¿Cuántas granjas tienen guardias uniformados? —preguntó el iraní.

El ruso asintió.

—Ya veré. Hay otros problemas. Su país pronto estará en guerra... es decir, absolutamente en guerra con Estados Unidos. Mi país puede ofrecerle sus buenos oficios para negociar una tregua. Si usted susurra la palabra correcta en la oreja correcta, nuestro embajador estará a su disposición y además le habrá hecho un gran servicio al mundo.

—Es simple. Al mediodía estaremos tratando de encontrar la manera de salir de esto.

—Para su gobierno no hay manera de salir de esto. Ninguna —enfaticó el oficial de la RVS.

La doctrina Ryan

Usualmente las guerras comienzan en un momento determinado en el tiempo, pero casi nunca terminan de manera clara y precisa. La luz del día encontró al Undécimo Regimiento Acorazado de Caballería en otro campo de batalla, ya completada la destrucción de una de las divisiones del II Cuerpo de la RIU. La otra división enemiga estaba ahora enfrentando a la 2da. Brigada saudita, que atacaba desde la salida del sol mientras la unidad norteamericana había hecho un alto para recargar combustible y rearmarse para el ataque continuo contra el II Cuerpo, todavía no enfrentado decisivamente.

Pero todo estaba cambiando. Las dos divisiones tenían ahora la atención completa e indivisa de todas las aeronaves tácticas del teatro de operaciones. El primer blanco fueron las defensas antiaéreas. Cada radar que se encendía atraía la atención de los F-16 equipados con HARM (Misiles Anti-radiación de Alta Velocidad), y en dos horas el cielo se transformó en un espacio amigable para los aviadores sauditas y norteamericanos. Los bombarderos de la RIU abandonaron las bases para defender a las asediadas fuerzas terrestres, pero ninguno logró pasar la unidad defensiva localizada más allá de las fuerzas de apoyo y perdieron más de sesenta aviones en el fútil intento. Hubiera sido más fácil para ellos atacar a las brigadas kuwaitíes que habían invadido imprudentemente su territorio, sin tener en cuenta que se enfrentaban a un enemigo más grande y más poderoso. La reducida Fuerza Aérea de Kuwait combatió en solitario la mayor parte del día y la batalla tuvo poca relevancia estratégica. Las rutas que atravesaban los pantanos estaban destruidas y tardarían varios días en repararlas. La batalla aérea resultante fue más un despliegue de ira mutua que otra cosa, y allí también triunfaron las fuerzas kuwaitíes, no espectacularmente, pero aniquilaron tres por cada uno que perdieron. Tratándose de un pequeño país que recién estaba aprendiendo las artes marciales, hablarían durante años de esa batalla, aumentando la magnitud de la hazaña cada vez que la contaran. Pero todas las muertes de ese día serían inútiles, vidas perdidas sólo para reafirmar una decisión que ya estaba tomada.

Una vez aniquilados los SAM del III Cuerpo, las fuerzas aliadas trasladaron el centro de su atención. En el terreno había más de seiscientos tanques, ochocientos carros de infantería, más de doscientas piezas de artillería autopropulsada, varios miles de camiones y treinta mil hombres, todos ellos emboscados en una nación extranjera

y con intenciones de escapar. Los F-15E Strike Eagles sobrevolaban el área aproximadamente a 15.000 pies de altura, casi holgazaneando, mientras los operadores de sistemas seleccionaban blancos uno por uno para las bombetas guiadas a láser. El aire era transparente, el sol brillante y el campo de batalla llano. Era mucho más fácil que cualquier ejercicio en el campo de bombardeo en Nellis. Más abajo y en diferentes cotos, los F-16 se unieron a la cacería con Mavericks y bombas convencionales. Antes del mediodía, el comandante del III Cuerpo, creyéndose correctamente el oficial de mayor rango sobreviviente, ordenó una retirada general, reunió los camiones de abastecimiento guardados en KKMC y trató de restablecer entre sus unidades algo parecido al orden. Con las bombas cayéndole encima, la 5ta. Brigada saudita aproximándose desde el este, y una fuerza norteamericana cerrándole la retaguardia, el III Cuerpo giró al noroeste esperando cruzar a territorio amigo por donde había entrado. Activaron los lanzafumígenos para ocultarse lo más posible, frustrando en cierto sentido a los aviadores aliados que, no obstante, no descendieron para atacar dado que las fuerzas de la RIU podrían haber devuelto el fuego con cierta eficacia a esa altura. El comandante alentaba la esperanza de regresar a su país con casi dos tercios de su fuerza. El combustible no lo preocupaba. Contaba con todas las reservas de combustible destinadas al Ejército de Dios.

Diggs se detuvo a ver la brigada de Eddington. Ya lo había visto y olido antes. Los tanques podían arder mucho tiempo, casi dos días, debido a la cantidad de combustible y municiones que transportaban, y el olor apestoso del diesel y los propulsores químicos servía para disfrazar el horrible hedor de la carne humana carbonizada. Los enemigos armados siempre eran objeto de odio, pero los enemigos muertos pronto se transformaban en objeto de piedad, especialmente cuando habían sido masacrados como éstos. Pero, en términos relativos, sólo unos pocos habían muerto a manos de los hombres de Carolina. La mayoría se habían rendido. Los rendidos fueron reunidos, desarmados, contados y puestos a trabajar, principalmente para enterrar los cadáveres de sus camaradas de armas. Era un hecho tan viejo como la guerra, y la lección de los derrotados era siempre la misma: *Es por esto que no debes volver a meterte con nosotros.*

—¿Y ahora qué? —preguntó Eddington, con un cigarro entre los dientes. Los victoriosos también pasaban por muchos estados de ánimo en el campo de batalla. Llegaban confundidos y apurados, enfrentaban lo desconocido con miedo oculto, presentaban batalla con decisión —y, en este caso, con una ira que jamás habían sentido antes—, ganaban con algarabía y finalmente sentían horror por la carnicería y piedad por los vencidos. El ciclo se renovó. La mayor parte de las unidades mecanizadas se habían reorganizado durante las últimas horas y estaban listas para moverse nuevamente, mientras las unidades sauditas que iban llegando se hacían cargo de los prisioneros.

—Quédese ahí sentado —replicó Diggs, para alivio y desilusión de Eddington—. Los remanentes huyen a toda velocidad. Jamás podrá atraparlos y no tenemos órdenes de invadir.

—Nos enfrentaron de la misma vieja manera —declamó el coronel de la Guardia Nacional, recordando a Wellington—. Y los detuvimos de la misma vieja manera. Qué tarea terrible.

—Bobby Lee, ¿recuerda Chancellorsville?

—Ah, sí. Él también tenía razón. Ese par de horas, Diggs, ese par de horas maniobrando mis batallones, consiguiendo información y actuando de acuerdo con ella. —Negó con la cabeza—. Nunca creí que pudiera sentirse algo así... pero ahora...

—“Es bueno que la guerra sea tan terrible, de otro modo nos aficionaríamos demasiado a ella”. Lo gracioso es que uno se olvida a veces. Esos pobres bastardos —dijo el general, observando cómo arrebaban a unos cincuenta iraníes vencidos a la parte trasera de un camión—. Adelante, coronel. Reúna sus unidades. Tal vez recibamos órdenes de movernos, pero no creo.

—¿El III Cuerpo?

—No llegarán lejos, Nick. Tenemos “puesta la trampera” y ellos están yendo directamente a la boca del lobo.

—Entonces conoce a Bedford Forrest después de todo. —Era uno de los más importantes aforismos del oficial confederado. *Poner la trampera*: no darle al enemigo en retirada ocasión de descansar jamás; acosarlo, castigarlo, forzarlo a cometer errores adicionales, correrlo. Aunque ya no tuviera importancia.

—Mi tesis doctoral fue sobre Hitler como manipulador político. Tampoco me gustaba mucho —Diggs sonrió e hizo la venia—. Usted y su gente lo hicieron muy bien, Nick. Me alegra tenerlo con nosotros.

—Jamás me lo hubiera perdido, señor.

El vehículo tenía chapa diplomática, pero el conductor y el pasajero sabían que esas cosas no siempre se respetaban en Teherán. Las cosas cambiaban constantemente en los países en guerra y era fácil detectar disponibilidades previamente clandestinas por el hecho de que en épocas de peligro tenían más guardias en vez de seguir como siempre. Lo último hubiera sido más astuto, pero todos lo hacían. El auto se detuvo. El conductor tomó los binoculares, el pasajero una cámara. Seguro, la granja experimental tenía guardias armados rodeando el edificio de investigación y eso no era normal, ¿no? *Así de fácil*. El auto pegó la vuelta y regresó a la embajada.

Sólo estaban atrapando rezagados. El Blackhorse había iniciado la persecución y la cacería era por demás prolongada. Los vehículos norteamericanos eran mejores y generalmente más rápidos que los que estaban persiguiendo, pero siempre era más fácil correr que cazar. Los perseguidores debían cuidarse de posibles emboscadas y la lujuria de matar enemigos se veía obstaculizada por la preocupación de morir

en una guerra ya ganada. El desorden enemigo había permitido que el Undécimo se acercara bastante y las unidades del flanco derecho estaban ahora en contacto radial con la avanzada saudita, que acababa de aniquilar los últimos batallones del II Cuerpo y planeaba enfrentar al III en una batalla final y decisiva.

—Blanco tanque —dijo el comandante—. Diez en punto, cuarenta-uno cien.

—Identificado —dijo el tirador. El Abrams hizo un alto para facilitar el disparo.

—No disparen —dijo repentinamente el comandante—. Están sacando el agua. Dénles unos segundos.

—Correcto. —El tirador también podía verlos. En cualquier caso, el cañón principal del T-80 apuntaba hacia otro lado. Esperaron que la tripulación se alejara otros cien metros.

—Correcto, disparen.

—Allá va. —El tanque reculó, se sacudió y salió el disparo. Tres segundos después la torreta del tanque enemigo volaba por el aire.

—Blanco. Alto el fuego. Conductor, salga —ordenó el comandante. Ya había destruido quince con ése. La tripulación se preguntaba cuál sería el récord de la unidad. El comandante marcó la posición de los tres tripulantes enemigos en su IVIS, que inmediatamente transmitió la información al regimiento de seguridad para que los recogiera. Por si acaso los esquivaron. Por improbable que fuera, a uno de ellos podía ocurrírsele disparar o hacer una estupidez, y ellos no tenían tiempo ni ganas de desperdiciar municiones. Les quedaba una batalla más, a menos que el enemigo tuviera cerebro y se rindiera.

—¿Comentarios? —preguntó POTUS.

—Esto sentará un precedente, señor —replicó Cliff Rutledge.

—Es la idea —dijo Ryan. Habían visto el video de la batalla sin editar. Incluía los horrores usuales, partes de cuerpos desgarrados por los explosivos, cuerpos enteros muertos por causas misteriosas, una mano asomando de un vehículo todavía humeante, un pobre bastardo que casi había logrado salir, pero no... Tenía que haber algo especial en el hecho de llevar una minicámara que hacía que la gente registrara esas cosas. Los muertos eran muertos, y todos los muertos eran víctimas en uno u otro sentido... En más de un sentido, pensó Ryan. Esos soldados de dos países hasta hace poco independientes y con una cultura en común habían muerto a manos de norteamericanos armados, pero el que los había enviado a la muerte era un hombre cuyas órdenes debían cumplir, un miserable que había errado el cálculo y había tenido el tupé de usar sus vidas como talismanes, fichas de juego de azar, monedas en la gran máquina tragamonedas cuya palanca se había atrevido a bajar sólo por ver el resultado. No se suponía que fuera así. El poder conllevaba responsabilidad. Jack sabía que enviaría una carta manuscrita a las familias de los norteamericanos muertos, tal como había hecho George Bush en 1991. Las cartas cumplirían dos propósitos. Tal vez servi-

rían de consuelo a los familiares de los muertos. Ciertamente le recordarían al hombre que los había mandado a la guerra que los muertos alguna vez habían estado vivos. Se preguntó cómo serían sus caras. Probablemente iguales a las de los que habían formado esa guardia de honor en Indianápolis el día de su primera aparición pública. Acaso tendrían el mismo aspecto, pero cada vida humana era única e irrepetible, la más valiosa posesión de cada uno, y Ryan había jugado un papel en la eliminación de esas vidas. Y aunque sabía que era necesario, también era necesario para él, ahora y mientras siguiera ocupando el sillón presidencial, recordar que esos muertos eran algo más que caras. Y ésa, se dijo, es la diferencia. Yo conozco mi responsabilidad. *Él* no conoce la *suya*. *Él* todavía vive con la ilusión de que la gente es responsable ante él, y no a la inversa.

—Es dinamita política, señor presidente —dijo Van Damm.

—¿Y?

—Hay un problema legal —dijo Pat Martin—. Viola un decreto presidencial del presidente Ford.

—Conozco ese decreto —respondió Ryan—. ¿Pero quién decide los decretos presidenciales u órdenes ejecutivas?

—El jefe del Poder Ejecutivo, señor —respondió Martin.

—Redácteme uno nuevo.

—¿Qué es ese olor? —En el motel de Indiana, los camioneros habían salido para la cotidiana danza matinal de mover los camiones de un lugar a otro para evitar que se estropearan las ruedas. Ya estaban hartos de ese lugar y deseaban de todo corazón que la prohibición de viajar se levantara pronto. Un camionero que acababa de ejercitar un poco su Mack estacionó junto al camión de cemento de los Montañeses. La primavera se estaba volviendo calurosa y las cajas metálicas de los camiones convertían en hornos los interiores. En el caso del camión de cemento, el calor excesivo estaba surtiendo un efecto que sus dueños no habían previsto—. ¿Está perdiendo nafta? —le preguntó el camionero a Holbrook, agachándose a mirar—. No, el tanque está bien.

—Tal vez alguien haya derramado algo en las bombas —sugirió el Montañés.

—No creo. Las limpiaron hace poco con mangueras. Será mejor que veamos qué es. Una vez vi arder un KW por error de un mecánico. El chofer murió; fue en el '85, en la Interestatal 40. Un desastre —Seguía dando vueltas al camión—. Tienes una pérdida en alguna parte, amigo. Veamos el motor —dijo, empezando a abrir la tapa.

—Eh, eh, espera un momento... Eh...

—No te pongas nervioso, viejo, sé cómo arreglar estas cosas. Ahorro más de cinco grandes al año haciendo mi propia mecánica. —Levantó el capot y miró adentro, sacudiendo algunos cables—. Correcto, están bien. —Luego miró el radiador. La tapa estaba un poco floja, pero la ajustó enseguida. No había nada raro. Se agachó para mirar la parte de abajo—. No gotea nada. Maldición —concluyó, levan-

tándose. Olió el viento. Tal vez el olor viniera de... no. Olió el desayuno que preparaban en el restaurante, su próxima parada del día. El olor venía exactamente de ese maldito camión... pero era otra cosa, no sólo nafta, ahora que lo pensaba.

—¿Qué pasa, Coots? —preguntó otro camionero, acercándose.

—¿Hueles eso? —Los dos se pusieron a oler el aire como marmotas.

—¿A alguien se le rompió el tanque?

—No que yo sepa. —El primero miró a Holbrook—. Mira, no quiero ser descortés, pero soy dueño de mi camión y me estoy poniendo nervioso, ¿sabes? ¿Te molestaría correr tu camión más allá? Llamaré a alguien para que le eche un vistazo al motor, ¿de acuerdo?

—Eh, claro, no hay problema, no te preocupes —Holbrook subió a su camión, lo puso en marcha y lo llevó muy despacito a un sector vacío del estacionamiento. Los otros dos se quedaron mirando.

—Ese maldito olor no se va, ¿no, Coots?

—Es un camión enfermo.

—A la mierda con él. Están por pasar el noticiero. Vamos.

—¡Carajo! —oyeron al entrar al restaurante. El televisor estaba sintonizado en la CNN. La escena parecía producto de los efectos especiales de un gran estudio de cine. Esas cosas nunca eran reales. Pero esta vez sí.

—Coronel, ¿qué pasó anoche?

—Bueno, Barry, el enemigo nos atacó dos veces. La primera vez —explicó Eddington, sosteniendo un cigarro humeante en la mano extendida—, estábamos en aquella loma. La segunda vez estábamos avanzando, y ellos también, y nos encontramos aproximadamente aquí... —La cámara giró para mostrar dos tanques que cruzaban el camino.

—Apuesto a que es divertido manejar esas cosas —dijo Coots.

—Apuesto a que es divertido dispararlas. —La escena volvió a cambiar. La cara familiar y agradable del periodista estaba cubierta de polvo. Tenía bolsas de cansancio debajo de los ojos.

—Soy Tom Donner, con el equipo de prensa asignado al Undécimo Regimiento Acorazado de Caballería. ¿Cómo podría describir la noche que pasamos? Estuve con la tripulación de este Bradley, y nuestro vehículo y el resto de la Tropa-B han destruido... no sé cuántos tanques enemigos en las últimas horas. Anoche, en Arabia Saudita, tuvo lugar *La Guerra de los Mundos*... y nosotros éramos los marcianos.

”Las fuerzas de la RIU —las que enfrentamos eran una mezcla de iraquíes e iraníes— pelearon, o trataron de hacerlo, pero nada de lo que hicieron...

—Mierda, ojalá hubieran mandado a mi unidad —comentó un policía que patrullaba la ruta, sentándose en el lugar de siempre a beber su café. Ya conocía a varios de los camioneros.

—¿Tienen de éstos en la Guardia de Ohio, Smoky? —le preguntó Coots.

—Sí, mi unidad es caballería acorazada. Estos tipos de Carolina

tuvieron una gran noche. Dios. —El policía negó con la cabeza y vio por el espejo a un hombre que volvía del estacionamiento.

—Las fuerzas enemigas están huyendo ahora. Acabamos de recibir un informe de las actividades de la Guardia Nacional, que derrotó a dos divisiones acorazadas completas...

—¿Tantas?! Caramba —masculló el policía, bebiendo un primer sorbo de café.

—... el Blackhorse aniquiló otra. Fue como ver una película. Fue como ver un partido de fútbol entre la NFL y la Pop Warner League.

—Bienvenidos a lo grande, bastardos —le gritó Coots al televisor.

—Eh, ¿ese camión de cemento es suyo? —preguntó el policía, dándose vuelta.

—Sí, señor —respondió Holbrook, sentándose a desayunar junto a su amigo.

—Ten cuidado, te hará volar por el aire —le aconsejó Coots sin darse vuelta.

—¿Qué demonios hace aquí un camión de cemento de Montana? ¿Eh? —preguntó el policía como si nada—. ¿Eh? —repitió, mirando a Coots.

—Tiene un problema en el tanque de nafta. Le pedimos que lo cambiara de lugar. A propósito, gracias —agregó, dirigiéndose al Montañés—. No quise ser desagradable, compañero.

—Está bien. Lo haré revisar por si acaso.

—¿Para qué vinieron desde Montana? —volvió a preguntar el policía.

—Bueno, eh, lo compramos allá y lo trajimos al este para nuestro negocio, ¿está bien?

—Hmm. —La atención general volvió al televisor.

—¡Sí, estaban llegando al sur y los empujamos adentro! —le decía un oficial saudita a otro periodista. Palmeaba el cañón de su tanque con el mismo afecto con que podría haber palmeado un semental campeón, era un hombrecito pequeño que había crecido unos centímetros la noche pasada, igual que su país.

—¿Tienes idea de cuándo podremos volver a trabajar, Smoky? —le preguntó Coots al policía.

Smoky negó con la cabeza.

—Sé tanto como tú. Cuando salga de aquí, tendré que ir a bloquear caminos.

—¡Sí, te estás perdiendo unas cuantas propinas, viejo oso Smokey! —comentó socarronamente otro camionero.

—No me había fijado en las chapas. ¿Para qué demonios trajeron un camión de cemento de Montana? —preguntó Coots. Esos tipos eran muy raros.

—Tal vez lo pagaron barato —dijo el policía, terminando su café—. No me molestaría tomarlo caliente de vez en cuando. Maldición, ¿lo habrán robado?

—No escuché nada al respecto... ¡Epa! —saltó Coots. Estaban mostrando los resultados de las bombas inteligentes—. Al menos no debe doler mucho.

—Te quisiera ver ahí —le espetó el policía, saliendo. Entró a su patrullero Chevy y se dirigió a la autopista, pero antes decidió echarle un vistazo al camión de cemento. Tal vez debería anotar el número de patente, pensó. Tal vez fuera robado después de todo. Lo olió. Para él no era nafta, era... ¿amoníaco? Un olor que siempre había asociado con los helados porque había trabajado todo un verano en una fábrica... y también con el olor de los impelentes de su unidad de caballería en la Guardia Nacional. Sintió curiosidad y volvió al café—. Perdón, caballeros, ¿ese camión estacionado en aquella punta es de ustedes?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Brown—. ¿Hicimos algo mal?

Sus manos lo traicionaron. El policía las vio crisparse. Decididamente algo andaba mal.

—¿Me harían el favor de acompañarme, caballeros?

—Un momento, ¿qué está pasando aquí?

—Nada. Sólo quiero saber qué es ese olor. ¿Está claro?

—Ya le dije que lo haremos revisar.

—Lo harán revisar ahora mismo, caballeros. —Hizo un gesto—.

¿Me harán el favor?

El policía los acompañó afuera, subió a su auto y los siguió mientras ellos caminaban hacia el camión. Hablaban gesticulando. Decididamente algo andaba mal. Sus compañeros de patrulla no estaban muy ocupados. Por instinto llamó otro auto de refuerzo y transmitió el número de patente a los cuarteles generales. Una vez hecho eso, salió y miró el camión.

—¿Puede ponerlo en marcha?

—Claro —Brown subió al camión y encendió el motor, que era bastante ruidoso.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó el policía a Holbrook—. ¿Puedo ver sus documentos, por favor?

—Eh, no entiendo qué le pasa a usted.

—Nada, sólo quiero ver sus documentos, señor.

Pete Holbrook sacó su portadocumentos del bolsillo. Llegó otro patrullero. Brown lo vio, vio a Holbrook con el portadocumentos en la mano, y vio la mano del policía en la culata de su pistola. Era la manera de pararse de todos los policías, pero Brown no lo tuvo en cuenta. Ninguno de los Montañeses tenía un arma a mano. Las tenían en la habitación, pero francamente no habían creído necesario llevarlas a desayunar. El policía tomó el permiso de conducir de Pete, volvió a su auto, levantó el micrófono...

—La chapa está limpia, no sale nada raro en la computadora —le informó la chica de la estación.

—Gracias. —Tiró el micrófono sobre el asiento y fue hacia Pete Holbrook con el permiso en la mano...

Brown vio un policía con su amigo, vio otro policía, vio que el primer policía hablaba por radio...

El policía levantó la vista azorado cuando el camión aceleró. Gritó y le hizo señas de parar. El otro patrullero avanzó para bloquearle el paso y el camión se detuvo. Eso hizo. Se detuvo en seco. Algo andaba mal, decididamente.

—¡Salga! —gritó Smoky, pistola en mano. El segundo oficial de policía se encargó de Holbrook aunque no tenía la menor idea de qué estaba pasando. Brown bajó del camión y sintió que una poderosa mano lo agarraba del cuello de la camisa y lo empujaba contra el camión—. ¿Qué pasa con ustedes? —preguntó el policía. Tardaría horas en saberlo.

Lo único que podía hacer era gritar y, por extraño que le resultara, eso hacía. El video era innegable. La televisión mundial tenía una respetabilidad inherente e instantánea, y no podía evitarlo. Su país tenía fuentes satelitales como tantos otros, incluyendo las naciones vecinas. ¿Qué haría ahora? ¿Ordenar que las apagaran?

—¿Por qué no están atacando? —preguntó Daryaei.

—No podemos comunicarnos ni con el comandante del ejército ni con los comandantes de cuerpo. Sólo tenemos contacto con dos divisiones. Una brigada reportó que está yendo hacia el norte perseguida por las fuerzas enemigas.

—¿Y?

—Y nuestras fuerzas han sido derrotadas —murmuró el oficial de inteligencia.

—¿Pero cómo?

—¿Acaso tiene importancia?

El enemigo vino del norte, el Buffalo del sur. Evidentemente, el III Cuerpo de la RIU no sabía qué había más adelante. Al promediar la tarde se enteró. El 1er. Escuadrón de Masterman había eliminado hasta el momento un centenar de camiones de combustible y otros vehículos, muchos más que los otros dos batallones. La única cuestión a dirimir era cuánta resistencia desplegaría el enemigo. Gracias a la cobertura aérea sabían exactamente dónde estaba la fuerza de avanzada, qué poder tenía y cómo estaba concentrada, y hacia dónde se dirigía. Era mucho más fácil que la última vez que había participado en acción.

La Tropa-A ocupaba la posición de avanzada, la B y la C se hallaban tres kilómetros más atrás, y la compañía de tanques estaba en reserva. Por temible que fuera el avance enemigo, decidió no usar la artillería. No tenía sentido alertarlos sobre la proximidad de los tanques. Diez minutos antes de hacer contacto giró la Tropa-A hacia la derecha. A diferencia de la primera —y única— batalla de su carrera, Duke Masterman no veía el desarrollo de ésta. En cambio, la escucharía por radio.

La Tropa-A abrió fuego a máximo alcance con ambos cañones y misiles TOW, aniquilando la primera línea desigual de vehículos enemigos. El comandante de la tropa estimó por lo menos fuerza de batallón al atacar el frente izquierdo, aproximándose oblicuamente según la maniobra planeada en un principio. La división de la RIU, de origen iraquí, retrocedió en sentido contrario sin darse cuenta de que la estaban empujando contra otras dos tropas de caballería.

—Aquí GUIDON-SEIS. Taladren a la izquierda, repito, taladren a la izquierda —ordenó Masterman desde su vehículo de comando. Las Tropas B y C giraron al este, corrieron aproximadamente tres kilómetros y retrocedieron. Al mismo tiempo, Masterman abrió fuego de artillería contra el segundo escalón enemigo. Ya no había efecto sorpresa que proteger y era hora de dañar al enemigo de todas las maneras posibles. Pocos minutos después supo que estaba enfrentando por lo menos una brigada sólo con el 1er. Escuadrón del Buffalo, pero las cantidades importaban tan poco ahora como la noche anterior.

Por última vez, se produjo una suerte de horror mecánico. Los fognazos de cañones y subfusiles brillaban menos a la luz del día y los tanques avanzaban entre la polvareda levantada por sus propios disparos. Tal como estaba planeado, la fuerza enemiga retrocedió nuevamente para escapar de los efectos devastadores de las Tropas B y C esperando encontrar una brecha entre la primera fuerza de ataque y la segunda. Pero lo que encontraron fueron catorce M1A2 del escuadrón de la compañía de tanques, espaciados a doscientos metros como escolleras. Como siempre, las fuerzas aliadas destruyeron primero los tanques y luego los carros de infantería mecanizada mientras GUIDON avanzaba contra la formación enemiga. Pero se detuvieron. Los vehículos enemigos todavía no comprometidos en el combate se detuvieron repentinamente. Sus tripulantes saltaron afuera y huyeron corriendo. Masterman se enteró de que estaba pasando lo mismo en toda la línea hacia el oeste. Tomados por sorpresa y con la salida bloqueada, los soldados enemigos tuvieron la suerte de ver lo que se les venía encima y decidieron —justo a tiempo— que toda resistencia sería fatal para ellos. Y así, la Tercera (y última) Batalla de KKMC terminó treinta minutos después de comenzada.

No obstante, para los invasores no fue tan fácil. Las fuerzas sauditas, finalmente en contacto pesado, pelearon una batalla deliberada y aniquilaron otra brigada. Al caer el sol, las seis divisiones de la RIU que habían invadido su país estaban exterminadas. Las subunidades restantes recibieron la orden de rendirse antes de que los aliados, que atacaban por los tres flancos, forzaran una decisión más definitiva.

Como de costumbre, el mayor dolor de cabeza administrativo fue provocado por los prisioneros y empeorado por la confusión adicional de la llegada de la noche. El problema duraría por lo menos un día, informaron los comandantes. Afortunadamente la mayoría de los efectivos iraníes tenía agua y raciones de alimentos. Fueron separados de sus equipos y puestos bajo vigilancia, pero estando tan lejos de su patria no había peligro de que intentaran escapar a pie por el vasto e insondable desierto.

Clark y Chávez salieron de la embajada rusa una hora después del anochecer. En el baúl del auto llevaban una valija grande cuyo contenido no le resultaría abiertamente peligroso a nadie y era de hecho adecuado a sus identidades periodísticas. La misión, pensaban ambos,

era un poco alocada, y si bien esa peculiaridad perturbaba en cierto sentido al miembro más viejo del equipo, Ding estaba bastante excitado con la novedad. No obstante, la premisa parecía increíble y debía ser verificada. El trayecto hasta el callejón detrás de la cafetería fue normal. El perímetro de seguridad que rodeaba la casa de Daryaei terminaba cerca de allí. La cafetería estaba cerrada, sumándose al apagón impuesto a una ciudad medio en guerra, medio en paz... Las luces de las calles estaban apagadas, las ventanas cerradas o cubiertas, pero los autos podían circular con los faroles encendidos y la electricidad doméstica seguía funcionando... cosa que redundó en beneficio de los dos agentes. Violar la cerradura fue fácil. Chávez abrió la puerta y miró adentro. Clark lo siguió con la valija en la mano, y ambos entraron cerrando la puerta tras ellos. Ya estaban en el segundo piso cuando oyeron ruidos. Una familia vivía allí. Resultó ser una pareja de cincuentones, los dueños de la cafetería, que miraban televisión. Si la misión hubiera sido debidamente planeada ese detalle hubiera sido previsto, pensó John. Oh, bueno. No era momento de quejarse.

—Hola —dijo Clark con mucha calma—. Por favor no hagan ruido ni griten.

—¿Qué...?

—No les haremos daño —aseguró John mientras Ding buscaba... Sí, los cables servirían—. Por favor tírense al piso.

—¿Quién...?

—Los desataremos antes de irnos —prosiguió Clark, siempre en farsi—. Pero si se resisten tendremos que lastimarlos.

La pareja estaba demasiado aterrada para resistirse a esos dos hombres que habían entrado como ladrones en su casa. Clark les ató los brazos con los cables, luego los tobillos. Chávez los puso de costado y le dio un poco de agua a la mujer antes de amordazarla.

—Asegúrate de que puedan respirar —dijo Clark, esta vez en inglés. Revisó todos los nudos, complacido de recordar sus habilidades marineras básicas aprendidas treinta años atrás. Satisfechos, siguieron subiendo.

La parte verdaderamente demencial era la de comunicaciones. Chávez abrió la valija y empezó a sacar cosas. El techo del edificio era plano y tenían una línea de visión directa y despejada a otro edificio similar situado a tres cuadras. Por esa razón debían permanecer agachados. En primer lugar, Ding instaló la mini-fuente. El trípode era pesado y tenía tornillos en las patas para asegurarlo al piso. Lo giró hasta encontrar el zumbido de la señal del satélite. Una vez hecho eso, ajustó el tornillo para afirmar la fuente en su lugar. Después se ocupó de la cámara, que también tenía trípode. Abrió el trípode, colocó la cámara y la apuntó al centro de los tres edificios que les interesaban. Por último, conectó el cable de la cámara al generador que habían dejado en la valija abierta.

—Está funcionando, John.

Lo más raro de todo era que podían copiar señales del satélite pero no tenían canal de audio para usar. Para eso necesitarían equipos adicionales con los que no contaban.

—Allí está —informó Robby Jackson desde el Centro Nacional de Comando Militar.

—Ése es —confirmó Mary Pat Foley, observando la misma imagen. Marcó el número telefónico de la embajada norteamericana en Moscú, y desde allí la comunicaron con el Ministerio del Exterior ruso, desde allí con la embajada rusa en Teherán, y desde allí con el teléfono digital que John tenía en la mano.

—¿Puedes oírme, Ivan? —le preguntó en ruso—. Soy Foleyeva. La respuesta tardó un larguísimo segundo en llegar.

—Ah, María, qué bueno es oír tu voz. —*Gracias a Dios que existen las compañías telefónicas*, pensó John, exhalando un largo suspiro. *Incluso las de este país.*

—Tengo tu foto aquí, sobre el escritorio —dijo ella.

—En aquel entonces yo era mucho más joven.

—Clark está in situ y todo está en orden —informó la DDO.

—Perfecto —Jackson llamó por teléfono—. Es un hecho. Repito, es un hecho.

—La Operación BOOTH es un hecho —confirmó Diggs desde Riyadh.

El sistema de defensa antiaérea iraní estaba tenso al máximo. Aunque nadie había lanzado ningún ataque contra el territorio, los operadores de radar se mantenían en estado de alerta. Sólo vieron algunos aviones patrullando las costas de Arabia Saudita y Qatar. Volaban paralelos a la costa, sin acercarse siquiera al centro del agua.

—BANDIT-DOS-CINCO-UNO y BANDIT-DOS-CINCO-DOS terminaron de recargar combustible con una diferencia de segundos. No siempre los bombarderos Stealth operaban al unísono. De hecho, estaban diseñados para operar individualmente. Pero esa vez no. Se separaron de los KC-10 y giraron al norte para un vuelo de casi una hora, con mil pies de separación vertical. Las tripulaciones de los tanques de abastecimiento permanecieron en la estación y aprovecharon el tiempo para reabastecer a la patrulla de bombarderos que esperaba sobre la costa saudita para la rutina de las operaciones nocturnas. A cincuenta millas de distancia, un AWACS detectó todo... o casi todo. El E-3B no estaba en condiciones de detectar un F-117.

—Seguimos encontrándonos —le dijo el presidente a su maqui-lladora con forzado buen humor.

—Tiene cara de cansado —comentó Mary Abbot.

—Estoy muy cansado —admitió Ryan.
—Le tiemblan las manos.
—Por la falta de sueño. —Era mentira.

Callie Weston estaba tipeando los cambios del discurso directamente en la memoria electrónica del TelePrompter. Ni siquiera los técnicos de la TV tenían permitido ver el contenido del discurso y, en cierto sentido, la asombraba poder leerlo. Terminó y revisó la tipografía que —y esto lo había aprendido con los años— podía ser desconcertante para los presidentes cuando salían en vivo por televisión.

Algunos estaban fumando. Eso era indicio de una disciplina pobre, pensó Clark, aunque tal vez los ayudara a mantenerse despiertos.
—John, ¿alguna vez pensó que este trabajo es tal vez demasiado excitante?

—¿Quieres tomarte un descanso? —Era la reacción más común, y ellos no eran la excepción.

—Sí.

—Yo también. —Eso nunca aparecía en las películas de James Bond.— Hmm. No sabía eso. —Clark apretó el auricular contra la oreja. Oyó que una voz normal —no de locutor profesional— decía que el presidente hablaría dentro de dos minutos. Tal vez fuera el director de la red, pensó. Sacaron los dos últimos objetos de la valija.

—Compatriotas, estoy aquí para informarlos sobre la situación en Medio Oriente —anunció el presidente sin preámbulos.

”Hace aproximadamente cuatro horas cesó la resistencia organizada de las fuerzas de la República Islámica Unida que habían invadido el reino de Arabia Saudita. Las fuerzas sauditas, kuwaitíes y norteamericanas en conjunto han destruido seis divisiones enemigas en una batalla que duró una noche y un día.

”Ahora estoy en condiciones de decirles que nuestro país envió a los regimientos de Caballería Décimo y Undécimo, más la Primera Brigada de la Guardia Nacional de Carolina del Norte y el Ala 366 de la Base Mountain Home de la Fuerza Aérea en Idaho. Se peleó una batalla masiva al sur de la Ciudad Militar Rey Khalid. Ya han visto algo de eso por televisión. Las últimas unidades de la RIU intentaron abandonar el campo de batalla con dirección norte, pero fueron interceptadas y después de un breve enfrentamiento se rindieron. El combate terrestre en el área ha concluido, *por el momento*.

”Digo “por el momento” porque esta guerra no se parece a las que hemos conocido en los últimos cincuenta años. El enemigo atacó directamente a nuestros ciudadanos, en nuestro propio suelo. Fue un ataque deliberado contra civiles. Fue un ataque que utilizó un arma de destrucción masiva. Las violaciones a la ley internacional son demasiadas para mencionarlas ahora —prosiguió el presidente—, pero me equivocaría si dijera que este ataque fue obra del pueblo de la RIU.

”Los *pueblos* no hacen la guerra. La decisión de iniciar una guerra suele ser fruto de un solo hombre. Reyes, príncipes o jefes bárbaros, a lo largo de la historia siempre ha sido un solo hombre el que declaró la guerra, y la decisión de iniciar una guerra nunca es resultado de un proceso democrático.

”Los norteamericanos no queremos pelear con el pueblo de Irán e Irak. Su religión puede ser diferente de la nuestra, pero nuestro país protege la libertad de culto. Hablamos diferente idioma, pero Estados Unidos siempre dio la bienvenida a gente de todos los idiomas. Si Estados Unidos le ha demostrado algo al mundo, es que todos los hombres son iguales y que con la misma libertad y las mismas oportunidades todos prosperan teniendo como único límite sus capacidades personales.

”En las últimas veinticuatro horas matamos por lo menos diez mil soldados de la RIU. Probablemente muchos más. No conocemos y tal vez nunca conoceremos la cantidad de muertos *enemigos*, pero no necesitamos que nadie nos recuerde que esos muertos no eligieron su destino. Su destino fue elegido por otros, más bien por una sola persona. —Ryan juntó las manos teatralmente. A todos los que miraban les pareció un gesto sumamente extravagante.

—Allá va —dijo Chávez, con la cara pegada al visor de la cámara, que ahora estaba mostrando lo que llegaba del satélite —Empieza la música.

Clark activó el transmisor láser y apuntó a la cornisa del edificio... Cornisa o parapeto, no recordaba la diferencia. Fuera lo que fuera, había un guardia parado allí, con el pie sobre la estructura.

Diggs en Riyadh:

—Chequeo final.

—BANDIT-DOS-CINCO-UNO. —Fue la respuesta...

—DOS-CINCO-DOS.

—A lo largo de la historia reyes y príncipes hicieron la guerra a su antojo, mandando a sus pueblos a una muerte casi segura. Para los reyes sólo eran campesinos y las guerras eran maneras de obtener poder y riquezas, una suerte de entretenimiento, y si moría gente a nadie le importaba demasiado, y cuando todo terminaba la mayoría de los reyes seguían siendo reyes, ganaran o perdieran, porque estaban por encima de todo. En este siglo se dio por sentado que un jefe de Estado tiene *derecho a* hacer la guerra. En Nuremberg, después de la Segunda Guerra Mundial, cambiamos esa regla de oro juzgando y ejecutando a algunos de los responsables. Pero para llegar a ese punto, para llegar a arrestar y juzgar a los criminales debieron morir veinte millones de rusos, seis millones de judíos... Se perdieron tantas vidas que los historiadores no saben cuántas fueron en realidad... —Ryan

levantó la vista y vio que Andrea Price le hacía señas. No sonreía. Tampoco era para sonreír. Pero de todos modos hizo la seña.

Habían llevado el láser con base terrestre sólo por seguridad. Podrían haber prescindido de él, pero hubiera sido difícil escoger la casa correcta y además querían limitar los daños colaterales. De esa manera, también, los aviones podrían arrojar sus armas desde más altitud. Justo a tiempo, los dos BANDIT abrieron sus compuertas. Cada uno llevaba un arma de quinientas libras que colgó del trapecio hasta que su cabeza buscadora detectó la señal modulada del radar. Las bombas adquirieron la señal láser e informaron a los pilotos, que inmediatamente ejecutaron el disparo. Entonces, ambos pilotos dijeron algo que jamás habían dicho en una misión Stealth.

—BANDIT-DOS-CINCO-UNO, ¡bomba lanzada!

—DOS-CINCO-DOS, ¡bomba lanzada!

—Cada idea en la historia de la humanidad, buena o mala, ha empezado en una sola cabeza, en una mente, y las guerras empiezan porque una mente considera provechoso matar y robar. Esta vez nos pasó a nosotros de una manera muy cruel. Esta vez estamos completamente seguros de quién lo hizo... y de mucho más.

En todo el mundo, en todos los países con cable y satélite, en más de un billón de hogares, la imagen cambió del Despacho Oval de la Casa Blanca a un edificio de tres pisos en una calle de ciudad. La mayoría de los televidentes pensó que era un error, algo de una película, una mala conexión...

Algunos, pocos, sabían que no era así aun antes de que el presidente prosiguiera. Daryaei también estaba mirando el discurso de Ryan, más por curiosidad que por razones políticas. ¿Qué clase de hombre era ese Ryan en realidad? se preguntaba. Lo descubrió demasiado tarde.

—Allí vive Mahmoud Haji Daryaei, el hombre que atacó a nuestro país con la enfermedad, el hombre que atentó contra mi hija, el hombre que trató de matarme, el hombre que mandó a su ejército en una misión de conquista que se transformó en misión de muerte. Es un hombre que ha traicionado su religión y las leyes de los hombres y las naciones, y ahora, señor Daryaei, aquí tiene la respuesta de Estados Unidos de Norteamérica.

El presidente dejó de hablar, y un segundo o dos después pasó lo

mismo con las traducciones de todo el mundo. La voz fue reemplazada por un profundo silencio. Los televidentes seguían mirando la imagen en blanco y negro de un edificio ordinario... pero sabían que iba a pasar algo extraordinario. Los más atentos vieron encenderse una luz en un departamento y abrirse la puerta del frente, pero nadie conocería jamás la identidad de la persona que intentaba escapar... porque ambas armas dieron en el blanco, atravesaron el techo del edificio y explotaron un segundo después.

El ruido fue horrible. La ola de presión fue todavía peor. Pero ambos observaban la escena, ignorando abiertamente el peligro. Se oyó el eco de los vidrios rotos a media milla a la redonda.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Ding.

—Sí. Llegó el momento de partir, socio.

—Maldita sea, Mr. C.

Bajaron al dormitorio lo más rápido posible. Chávez cortó los cables con una navaja. Supuso que tardarían cinco minutos en terminar de desatarse. Los callejones les permitieron alejarse del área y apartarse de los vehículos de emergencia que ululaban hacia las ruinas de los tres edificios. Media hora después estaban a salvo en la embajada rusa. Les ofrecieron vodka. Bebieron vodka. Chávez nunca había temblado tanto en su vida. Clark sí. El vodka los ayudó a ambos.

—Al pueblo de la República Islámica Unida, éste es el mensaje de Estados Unidos de Norteamérica para ustedes:

”Primero, conocemos la localización exacta de la fábrica de virus letales. Hemos pedido y recibido ayuda de la Federación Rusa. Los rusos son neutrales en nuestra disputa, pero conocen esta clase de arma. Un equipo de expertos técnicos está yendo rumbo a Teherán. Aterrizarán dentro de pocas horas y ustedes los llevarán directamente a las instalaciones para supervisar su neutralización. Serán acompañados por periodistas que verificarán los hechos. Si esto no pasa, dentro de doce horas destruiremos la fábrica con una bomba nuclear arrojada por un bombardero Stealth. No cometan el error de pensar que no me atreveré a dar la orden. Estados Unidos de Norteamérica no tolerará la existencia de ese lugar y sus armas inhumanas. El plazo de doce horas acaba de comenzar.

”Segundo, sus prisioneros serán tratados de acuerdo con las convenciones internacionales y con las austeras y admirables leyes de hospitalidad que son parte de su fe islámica. Los prisioneros les serán devueltos en cuanto ustedes entreguen a Estados Unidos los cuerpos vivos de todos los que desempeñaron un rol en la preparación y el envío de esas armas contra nuestro país, y también de los que están detrás del atentado contra mi hija. Sobre eso no habrá compromiso.

”Tercero, les damos una semana para satisfacer este pedido. Si no lo satisfacen, Estados Unidos declarará y llevará a cabo una guerra ilimitada contra su país. Ya han visto lo que podemos hacer, lo que

hemos hecho. Les aseguro que podemos hacer mucho más todavía si nos vemos obligados. Ustedes eligen. Elijan sabiamente.

"Por último, y esto vale para todas las naciones que quieran perjudicarnos, Estados Unidos de Norteamérica no tolerará ataques contra el país, sus posesiones o sus ciudadanos. De hoy en adelante, el que ejecute u ordene un ataque semejante, no importa quién sea, no importa dónde se esconda, no importa cuánto tiempo lleve, será castigado. He jurado ante Dios cumplir mi deber de presidente. Lo haré. A los que deseen nuestra amistad les digo que no encontrarán un amigo más fiel que nosotros. A los que deseen nuestra enemistad les digo que también sabemos ser enemigos fieles.

"Compatriotas, hemos pasado momentos difíciles, igual que algunos de nuestros aliados e igual, también, que nuestros enemigos. Hemos derrotado la agresión. Hemos castigado al mayor culpable de las crueles muertes ocurridas en nuestro país y también nos ocuparemos de los que obedecieron fielmente sus órdenes, pero en cuanto al resto quiero que recordemos las palabras del presidente Abraham Lincoln:

"Sin malicia hacia nadie, con caridad hacia todos, siguiendo con firmeza el camino recto cuya visión Dios nos ha concedido, esforcémosnos por completar nuestra obra y curemos las heridas de la nación... Para lograrlo debemos alcanzar y anhelar una paz justa y duradera entre nosotros, y con todas las naciones de la Tierra".

"Gracias, y buen día.

EPÍLOGO

SALA DE PRENSA

—... y por último, someto a consideración del Senado el nombre del Dr. Pierre Alexandre para ocupar el puesto de cirujano general. El doctor Alexandre, después de una distinguida carrera en el Cuerpo Médico del Ejército de Estados Unidos, se unió a la Facultad de Medicina de la Universidad Johns Hopkins como profesor asociado en el área de enfermedades infecciosas. Me ayudó mucho durante la crisis de Ébola. El Dr. Alexandre es un clínico e investigador brillante que iniciará y supervisará varios programas, entre ellos la investigación básica de enfermedades infecciosas poco comunes y una nueva comisión federal para la investigación del SIDA. Donde no habrá burocracia —aclaró el presidente—, porque ya ha habido demasiada. La idea es crear un nuevo sistema en el que los médicos y otros científicos e investigadores puedan intercambiar fácilmente los avances y resultados de sus investigaciones. Espero que el Senado tenga a bien confirmar a la brevedad su nombramiento.

”He concluido mi discurso de presentación —Jack señaló a una periodista—. ¿Sí, Helen?

—Señor presidente, sus comentarios sobre China...

—Creí que estaba claro. Hemos mantenido discusiones con la República de China y llegamos a la conclusión de que la restauración de las relaciones diplomáticas es de interés fundamental para ambos países. La política de Estados Unidos no es desalentar a los países con gobiernos libremente elegidos. La República de China es uno de esos países y merece todo nuestro respeto y reconocimiento.

—¿Pero qué pensará China continental de esto?

—Lo que piensen es cosa de ellos. Ambos somos países soberanos. Lo mismo que Taiwan, y ya es hora de dejar de fingir lo contrario.

—¿Esto tiene algo que ver con la caída del avión?

—Ese asunto todavía se está investigando. ¿Próxima pregunta? —Ryan señaló.

—Señor presidente, el nuevo gobierno provisional iraní está buscando establecer relaciones diplomáticas con nuestro país. ¿Atendemos ese pedido?

—Sí, ciertamente —replicó Jack—. Si existe una manera mejor de transformar al enemigo en amigo que la discusión abierta y el comercio, yo la desconozco. Los iraníes han cooperado mucho y todavía tenemos un edificio de embajada allí, pero supongo que tendremos que cambiar la cerradura de la entrada. —Risotada general—. Sí, Tom. A propósito, muy buena su cobertura. Y bienvenido a casa.

—Gracias, señor presidente. Respecto de la destrucción de la fábrica de virus en las afueras de Teherán... Los únicos periodistas presentes fueron los dos rusos que la embajada mandó con ese propósito. ¿Cómo podemos estar seguros...?

—Tom, los expertos rusos que supervisaron la neutralización del emplazamiento son verdaderos expertos. Tenemos videos del procedimiento filmados por los periodistas, y tanto yo como mis asesores en el tema estamos satisfechos. ¿Ed?

—Señor presidente, el intercambio de prisioneros está concluido. ¿Cómo responderemos al pedido de crédito formulado por Irán e Irak?

—Los secretarios Adler y Winston volarán a Londres la semana próxima para discutirlo con los representantes de ambos gobiernos.

—Señor, ¿eso significará precios preferenciales en la importación de petróleo? Y de ser así, ¿por cuánto tiempo?

—Ed, éstos son temas sujetos a negociación, pero supongo que nos ofrecerán algo a cambio de la aprobación del crédito que piden. Los detalles exactos están por verse y tenemos dos hombres muy capaces para negociarlo.

—¿Qué puede decirnos de las mujeres capaces? —preguntó una periodista.

—Tenemos muchísimas aquí, Denise, entre ellas usted. En caso de que no lo sepa, la agente especial Andrea Price —el presidente hizo un gesto hacia la puerta a su derecha— acaba de aceptar una propuesta matrimonial. No obstante, será un matrimonio mixto ya que su prometido, el inspector Patrick O'Day, es agente especial del FBI. Les deseo lo mejor, aunque eso signifique que deba buscarme un nuevo custodio. Sí, Barry —dijo finalmente, señalando al periodista de la CNN.

—La gran pregunta que todavía nadie ha formulado. Señor presidente...

Ryan alzó la mano.

—Queda tanto...tanto por hacer para poner en marcha el gobierno después de todo lo que hemos pasado...

—No vamos a dejarlo escapar, señor.

Una sonrisa. Un suspiro. Una rendición.

—La respuesta a su pregunta es sí, Barry, sí, me quedaré.

—Gracias, señor presidente.

